

se

DAVID VAN REYBROUCK

Congo

Una historia épica

Congo, un libro que se sale de todos los moldes, fue un éxito editorial y se tradujo a más de veinte lenguas pero nunca antes al castellano. Traza de manera magistral la trayectoria de una de las naciones más devastadas, adoptando un enfoque profundamente humano, con el fin de devolverle la historia de la nación a su pueblo. Van Reybrouck va más allá del relato del comercio de esclavos y del marfil, del colonialismo belga y de la inestable independencia, y nos ofrece la perspectiva íntima de los congolese comunes atrapados en la turbulenta historia de su nación.

Congo recorre el país desde la prehistoria, los primeros cazadores de esclavos, el viaje de Stanley, enviado por Leopoldo II, hasta la descolonización, la llegada de Mobutu —seguido de Kabila— y la implantación de una importante comunidad china. Entrelazando con gran acierto las voces de todo un elenco de personajes —de dictadores y caudillos a niños soldado, ancianos, campesinos, comerciantes y artistas—, equilibradas con una investigación histórica tan meticulosa como ágilmente contada, construye un retrato multidimensional y vibrante que revela el papel crucial del Congo en la historia mundial.



David Van Reybrouck

Congo - Una historia épica

ePub r1.1

Titivillus 07.10.2020

Título original: *Congo. Een geschiedenis*
David Van Reybrouck, 2010
Traducción: Catalina Ginard Ferón

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A la memoria de Étienne Nkasi (¿1882?-2010), en profundo reconocimiento de su excepcional testimonio y de los plátanos que me ofreció durante nuestro primer encuentro.

Y para el pequeño David, nacido en 2008, hijo de Ruffin Luliba, niño soldado desmovilizado, y de su esposa Laura, que quisieron ponerle mi nombre a su primer hijo.

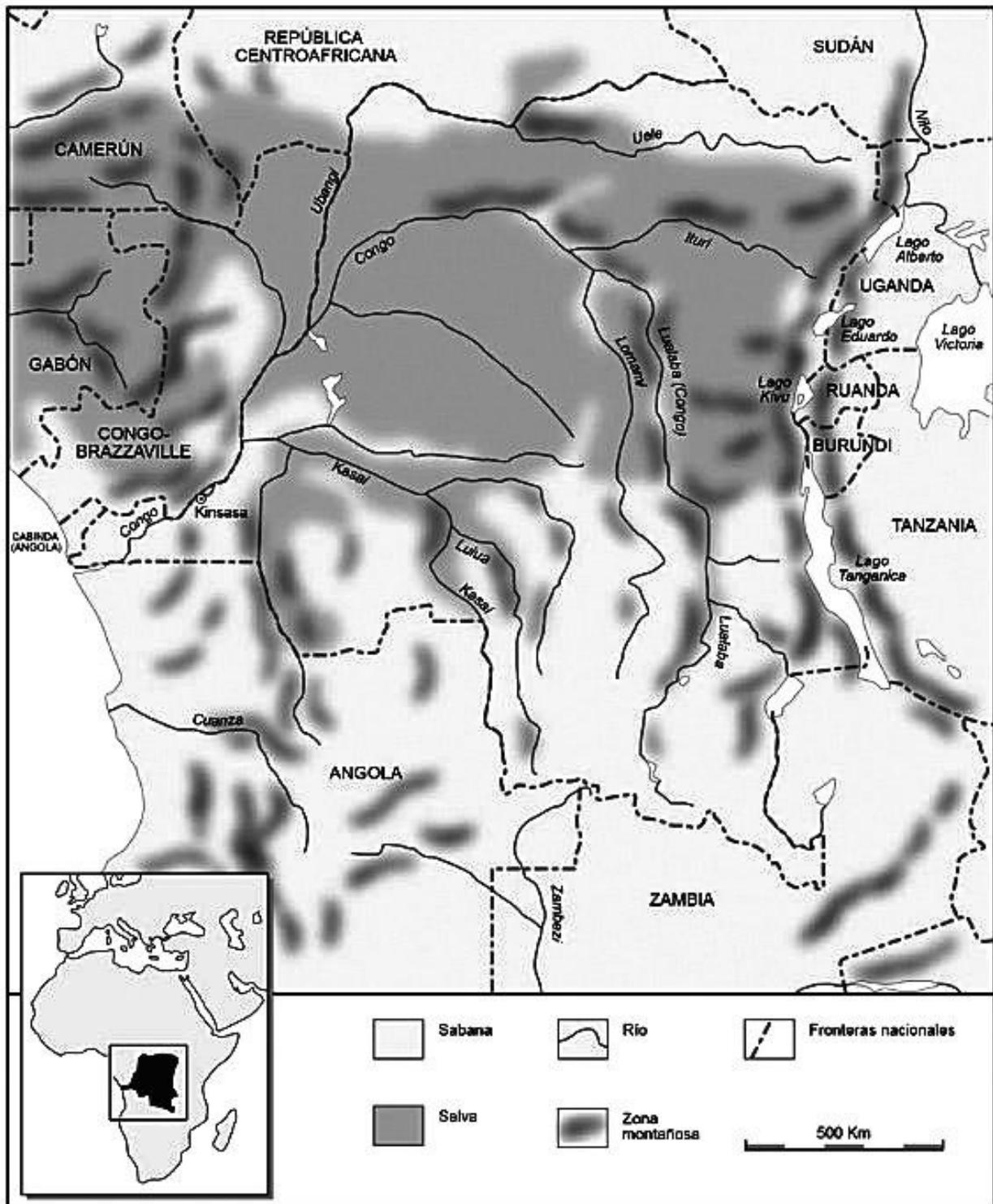
Le Rêve et l'Ombre étaient de très grands camarades^[c1].

BADIBANGA,

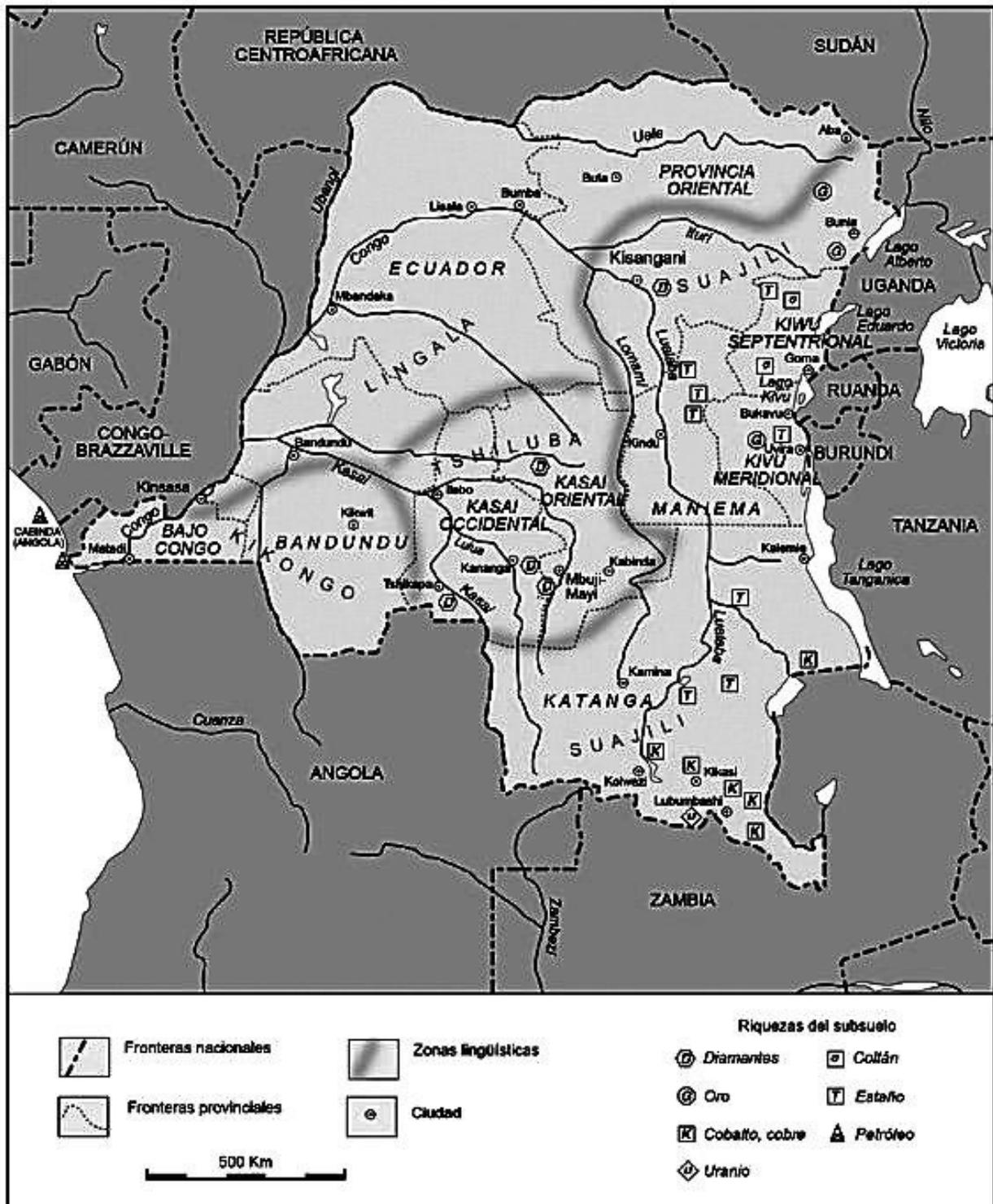
L'éléphant qui marche sur des oeufs

Bruselas, 1931

Mapa 1: Geografía



Mapa 2: Población, administración y materias primas



INTRODUCCIÓN

Sigue siendo el océano, por supuesto, aunque hay algo diferente, su color ha cambiado. Las olas anchas y bajas continúan meciéndose con suavidad, lo único que se ve es el mar y, sin embargo, el azul se tiñe gradualmente de amarillo. Y, en contra de lo que creía recordar de la teoría de los colores, el resultado de esta mezcla no es un océano verde, sino uno turbio. Ya no queda nada del esplendoroso azul celeste, ni de las ondas turquesa bajo el sol de la tarde. No queda nada del insondable cobalto del que emergía el sol, del azul ultramarino del crepúsculo, del gris de la noche.

A partir de aquí solo se ve agua sucia.

Un caldo amarillento, ocre oxidado. A pesar de estar aún a cientos de millas de la costa, uno ya lo sabe: aquí empieza la tierra. Es tal la fuerza con la que el río Congo desemboca en el océano Atlántico que tiñe el agua del mar a lo largo de cientos de kilómetros.

En otras épocas, ese cambio de color engañaba al viajero que realizaba por primera vez la travesía en paquebote hacia el Congo haciéndole creer que casi había llegado. Sin embargo, la tripulación y los veteranos de la colonia desengañaban pronto al novato indicándole que, a partir de allí, aún faltaban dos días de navegación, dos días en los que podría ver cómo el agua se volvía cada vez más marrón, cada vez más sucia. De pie, apoyado en la borda de popa, el viajero distinguiría el creciente contraste con el agua azul del océano que la hélice hacía emerger de las profundidades. Después de un tiempo, vería pasar flotando gruesas matas de hierba, cepellones, islotes escupidos por el río que se mecen a merced de las olas en el océano. A través del ojo de buey de su camarote vislumbraría lóbregas formas en el agua, «trozos de madera y árboles arrancados de cuajo, arrebatados mucho antes a la sombría selva, pues los troncos negros ya no tenían hojas y los tocones de ramas gruesas salían a veces a flote girando sobre sí mismos antes de volver a sumergirse^[1]».

En las imágenes de satélite se aprecia con claridad: una mancha marrón que, en plena temporada del monzón, se extiende hasta ochocientos kilómetros hacia el oeste. Como si el continente tuviera un escape. Los oceanógrafos lo llaman el «abanico del Congo» o el «penacho del Congo». La primera vez que vi fotos aéreas de la zona me vino de inmediato a la mente la imagen de alguien que se ha cortado las venas y mantiene las muñecas bajo el agua, para toda la eternidad. El agua del Congo, el segundo río más largo de África, se precipita literalmente en el océano. El fondo rocoso hace que su desembocadura sea algo angosta^[2]. A diferencia del Nilo, el Congo no confluye en el océano formando un apacible delta, sino que la enorme masa de agua es expulsada al exterior a través del ojo de una cerradura.

El mar debe su color ocre al lodo que el río Congo acumula a lo largo de su viaje de cuatro mil setecientos kilómetros: desde su nacimiento en lo alto en el extremo meridional del país, pasando por la árida sabana, los ensortijados pantanos de Katanga y la inmensa selva ecuatorial que cubre casi la mitad septentrional del país, hasta los paisajes caprichosos del Bajo Congo y los espectrales manglares de la desembocadura. El color le viene también de los cientos de ríos y afluentes que conforman la cuenca del Congo, una zona de unos 3,7 millones de kilómetros cuadrados, más de una décima parte de la superficie de África, que coincide en gran medida con el territorio de la república homónima.

Y todas esas partículas de tierra, todos esos fragmentos erosionados de barro, arcilla y arena se dejan llevar, río abajo, hacia el ancho mar. A veces flotan y se deslizan de forma imperceptible, para volcarse después en una frenética furia que mezcla la luz del día con la oscuridad y la espuma. Otras veces tropiezan. Con una roca. Con una orilla. Con los restos oxidados de un buque que aúlla en silencio a las nubes y alrededor del cual se ha formado un banco de arena. En ocasiones no encuentran nada, nada en absoluto, salvo agua, un agua cambiante que empieza siendo dulce, después salobre y por último salada.

Así empieza un país: mucho antes de alcanzar la costa, diluido en una gran cantidad de agua del océano.

Pero ¿dónde empieza la historia? Tal como sucede con el propio país, también su historia comienza mucho antes de lo que cabría esperar. Hace seis años, cuando con ocasión del quincuagésimo aniversario de su independencia consideré la posibilidad de escribir un libro sobre la turbulenta historia del Congo —no solo del periodo poscolonial, sino también de la época colonial y de una parte de los tiempos precoloniales—, decidí que eso solo tendría sentido si podía dar la palabra al mayor número posible de voces congoleñas. En un intento por reprimir en la medida de lo posible el eurocentrismo que, sin duda, me jugaría malas pasadas, me pareció necesario buscar de forma sistemática la perspectiva local o, mejor dicho, la diversidad de perspectivas locales, puesto que, por supuesto, no existe una única interpretación congoleña de la historia, como tampoco hay una única versión belga, europea o simplemente «blanca». Así pues, había que escuchar voces congoleñas, tantas como fuera posible.

Sin embargo, ¿cómo ponerse manos a la obra en un país donde la esperanza de vida media durante la última década era inferior a los cuarenta y cinco años? El país estaba a punto de cumplir los cincuenta, pero sus habitantes no alcanzaban esa edad. Por supuesto, tenía a mi disposición las voces procedentes de fuentes coloniales, en ocasiones ya olvidadas. Contaba con las magníficas historias y canciones recopiladas por misioneros y etnógrafos; con los innumerables textos escritos por los propios congoleños: para mi sorpresa incluso daría con un documento autobiográfico de

finales del siglo XIX. No obstante, yo buscaba también testigos vivos, personas que quisieran compartir conmigo la historia de su vida, incluidas las banalidades. Deseaba aquello que pocas veces se encuentra en los textos, porque la historia es mucho más que lo que acaba consignado por escrito. Eso es algo válido siempre y en todas partes, sobre todo en zonas donde una élite es la única que tiene acceso a la palabra escrita. Como arqueólogo concedo mucho valor a la información no textual, puesto que a menudo ofrece una imagen más completa y más palpable de la realidad. Quería entrevistar a la gente, no necesariamente a personajes influyentes, sino a personas ordinarias, gente común cuya vida está marcada por la Historia con mayúscula. Quería preguntarles qué comían en ese o en aquel periodo. Sentía curiosidad por saber qué ropa vestían, si iban a la iglesia, cómo eran las casas que habitaron durante su infancia.

Claro está que resulta arriesgado extrapolar al pasado basándose en lo que la gente cuenta hoy: no hay nada que se actualice tanto como el recuerdo. Si bien es cierto que las opiniones son particularmente maleables —me encontré con informantes que hablaban maravillas de la colonización: ¿por qué lo hacían? ¿porque las cosas iban tan bien en aquella época o porque van tan mal ahora? ¿O porque soy belga?—, los recuerdos de objetos o de actos triviales son a menudo más persistentes. Uno tenía o no una bicicleta en 1950. De niño, hablaba kikongo con su madre o no. Jugaba al fútbol en la misión o no. La memoria no se destiñe de manera uniforme. Los detalles en apariencia insignificantes de la vida de una persona mantienen su color por más tiempo.

Por tanto, quería entrevistar a gente corriente, a congoleños ordinarios sobre sus vidas ordinarias, aunque no me gusta la palabra «ordinario», porque muchas de las historias que me contaron eran realmente extraordinarias. Mientras escribía este libro aprendí que el tiempo es una máquina que tritura vidas, pero de vez en cuando hay personas que Trituran el tiempo.

Aun así, seguía sin saber cómo empezar. Esperaba poder hablar aquí y allá con alguien que conservara recuerdos claros de los últimos años de la época colonial. Partía de la idea de que apenas quedarían testigos del periodo anterior a la Segunda Guerra Mundial. Podría considerarme afortunado si encontraba un informante de más edad capaz de relatarme algo de lo que vivieron sus padres o sus abuelos durante el periodo de entreguerras. Para épocas anteriores tendría que guiarme por la trémula brújula de las fuentes escritas. Sin embargo, al cabo de un tiempo caí en la cuenta de que la esperanza de vida media en el Congo no es tan baja porque haya poca gente mayor, sino porque mueren muchos niños. Lo que hace que la media disminuya es la terrible mortalidad infantil. Durante los diez viajes que hice al Congo conocí a personas de setenta, de ochenta y hasta de noventa años. En una ocasión, un anciano ciego de casi noventa años me contó muchas cosas de la vida de su padre, lo que me permitió remontarme de forma indirecta hasta la década de 1890, una profundidad vertiginosa. Sin embargo, aquello no era nada comparado con lo que me contó Nkasi.

Desde el aire Kinsasa parece una termita reina, asquerosamente hinchada y presa de una bulliciosa agitación, siempre activa y en continuo crecimiento. Bajo un calor sofocante, la ciudad se extiende a lo largo de la margen izquierda del río. En la otra orilla se encuentra su hermana gemela Brazzaville, más pequeña, más fresca y más resplandeciente. Allí, los edificios de oficinas tienen cristales reflectantes. Es el único lugar del mundo donde dos capitales pueden mirarse; sin embargo, en Brazzaville, Kinsasa solo ve reflejada su miserable imagen.

Kinsasa tiene una paleta de colores variada, pero no son los vivos pigmentos de otras ciudades bañadas por el sol. Allí no se ven nunca los colores saturados de Casablanca, ni el cálido colorido de La Habana, nunca los rojos intensos de Varanasi. En Kinsasa la pintura palidece tan rápido que da la impresión de que la gente ya ni se toma la molestia de darle una nueva mano: las tonalidades pálidas se han convertido en una estética en sí misma. Predominan los colores pastel, los tonos que tanto gustaban a los misioneros. Todos los edificios —desde la más humilde tienda que vende jabón o minutos de llamada hasta una gigantesca iglesia pentecostal de nueva construcción— tienen las paredes pintadas de amarillo, de verde o de azul pálidos. Como si estuvieran iluminadas día y noche por luces de neón. Las cajas de Coca-Cola apiladas en altas torres en el patio de la fábrica de cerveza Bralima no son de color escarlata, sino de rojo apagado. Las camisas de los guardias de tráfico no son de amarillo chillón, sino del color de la orina. Y cuando el sol brilla con toda su intensidad, incluso la bandera nacional parece descolorida mientras ondea al viento.

No, Kinsasa no es una ciudad llena de color. La tierra no es rojiza como en otros lugares de África, sino negra. Detrás de la capa de pintura pastel siempre se asoman las paredes grises. Cuando uno mira los ladrillos que los albañiles dejan secar al sol a lo largo del bulevar Lumumba, aprecia todo un abanico de tonos grisáceos: ladrillos mojados de color gris oscuro junto a ladrillos gris ratón con la textura del cuero, junto a ejemplares gris ceniza. El único color que resalta realmente es el blanco de la mandioca seca, también llamada *cazabe*, la planta tuberculosa que constituye el alimento básico en muchas partes del África Central. Los barreños de plástico llenos de harina que venden las mujeres en cuclillas relucen tanto que las obligan a entrecerrar los ojos. Al lado de ellas se acumulan montones de raíces de mandioca, unos grandes tocones de un blanco cegador que recuerdan a colmillos cortados. Vistos desde el aire se diría que esos montones desordenados son los dientes que muestra el subsuelo, enfurecido y asustado como un babuino. Una mueca. La dentadura torcida de una ciudad apagada; eso sí, blanca como la nieve. Impecablemente blanca.

Si pudiésemos sobrevolar esta ciudad como un ibis, veríamos un tablero de ajedrez de tejados de chapa ondulada oxidada y parcelas de follaje verde oscuro. También apreciaríamos la grisalla de la *cité*, los interminables barrios populares de

Kinsasa. Trazaríamos círculos sobre barrios de nombre plúmbeo como Makala, Bumbu y Ngiri Ngiri, y descenderíamos hacia Kasavubu, uno de los más antiguos barrios para «indígenas», como se llamaba a los congoleños en la época colonial. Veríamos la avenida Lubumbashi, un largo eje en el que confluyen numerosas callejuelas y callejones, pero que nunca ha sido asfaltado. Estamos en temporada de lluvias y hay charcos del tamaño de una piscina en los que incluso el taxista más hábil se queda atascado. Cuando hace girar los neumáticos, el barro negro azabache sale proyectado y ensucia los laterales de su Nissan o de su Mazda destartado, pero recién lavado.

Dejaríamos atrás a nuestro taxista echando pestes y seguiríamos planeando hacia la avenida Faradje. En el patio del número 66, después del muro de hormigón rematado con trozos de vidrio, tras la puerta de metal negro, resplandece algo blanco. Lo enfocamos. No es mandioca, ni marfil. Se trata de plástico duro y blanco, moldeado por inyección. Es un orinal sobre el que una adorable niña de un año está sentada. Su peinado: una plantación de pequeñas palmeras atadas a la coronilla con gomas amarillas y rojas. Lleva el vestido amarillo con estampado de flores subido hasta las nalgas y no se ven braguitas alrededor de sus tobillos. Sin embargo, hace lo mismo que todos los niños y niñas de un año de cualquier parte del mundo que no comprenden por qué tienen que quedarse sentados en el orinal: llorar con rabia y de forma desgarradora.

La vi sentada allí el jueves 6 de noviembre de 2008. Se llamaba Keitsha. Para ella fue una tarde traumática. No solo la privaban del placer de la evacuación espontánea, sino que además tuvo que asistir al espectáculo más escalofriante que había visto en su vida: un blanco, algo que solo conocía por su ajada e inválida Barbie, pero esta vez de tamaño real, de carne y hueso, y con dos piernas.

Keitsha estuvo en guardia toda la tarde. Mientras sus familiares hablaban con el extraño visitante y hasta compartían con él plátanos y cacahuets, ella se mantenía a una prudente distancia, mirando fijamente durante minutos cómo aquel individuo también metía la mano en la bolsita de cacahuets.

Por fortuna, yo no había ido allí para verla, sino para hablar con Nkasi, el patriarca de la familia. Dejé atrás el patio con la niña que lloraba y aparté la fina sábana que cubría la entrada de la casa. Me sumergí en la penumbra. Mientras mis ojos intentaban acostumbrarse a la oscuridad, oí crujir el tejado por el calor. Era de chapa ondulada, cómo no; y las paredes, de color azul pálido, como en todas partes. Sobre una de ellas habían escrito con tiza *Christ est dieu*. Al lado, alguien había garabateado con carboncillo una lista de números de móvil. Las paredes de la casa hacían las veces de libreta de direcciones, puesto que en Kinsasa hace años que el precio del papel resulta prohibitivo.

Nkasi estaba sentado en el borde de su cama. Mantenía la cabeza gacha mientras intentaba abotonarse la camisa abierta con sus viejos dedos. Acababa de despertarse. Me acerqué y lo saludé. Él alzó la vista. Llevaba las gafas sujetas con una goma alrededor de la cabeza. Detrás de los gruesos cristales rayados vi unos ojos húmedos. Soltó la camisa y cogió mi mano entre las suyas. Era sorprendente la fuerza que aún tenía en los dedos.

—*Mundele* —murmuró—, *mundele!*

Parecía emocionado, como si llevásemos años sin vernos. «Hombre blanco.» Su voz parecía una rueda lenta y oxidada que se ponía lentamente en movimiento. Un belga en su casa..., después de tantos años... Pensar que iba a vivir para verlo.

—*Papa Nkasi* —le dije en la penumbra—. Es un verdadero honor conocerlo.

Sin soltarme la mano me indicó que tomara asiento. Encontré una silla de plástico.

—¿Cómo está?

—¡Aaah! —gimió desde detrás de unas gafas tan rayadas que no se le veían los ojos—, me molesta mi *demi-vieillesse*.

Junto a la cama había un cuenco lleno de flemas. Sobre el mugriento colchón, un enema cuya pera de goma parecía a punto de desintegrarse. Por aquí y por allá, un trozo de envoltorio de algún medicamento. De pronto, Nkasi se echó a reír de su propio chiste.

¿A cuántos años equivalía aquella «semivejez»? Sin duda, parecía el congoleño más viejo que había visto hasta entonces.

No tuvo que pensárselo mucho.

—*Je suis né en mille-huit cent quatre-vingtdeux.*

¿Nació en 1882? Las fechas son un concepto relativo en el Congo. En ocasiones me he encontrado con informantes que al preguntarles cuándo ocurrió un suceso, me contestaban: «Hace mucho tiempo, sí, realmente mucho, al menos seis años, o no, espera, digamos más bien un año y medio». Nunca podré hacer realidad mi deseo de mostrar las cosas desde la perspectiva congoleña: le concedo demasiada importancia a las fechas. Y algunos informantes consideran más importante dar una respuesta que una respuesta correcta. Sin embargo, por otro lado, a menudo me llamaba la atención la precisión con la que recordaban distintos hechos de su vida. Además del año, muchas veces se acordaban del mes y del día. «Me mudé a Kinsasa el 12 de abril de 1963.» O: «El 24 de marzo de 1943 zarpó el barco». Todo eso me enseñó a ser muy precavido con las fechas.

¿En 1882? En tal caso, estamos hablando de la época de Stanley, de la fundación del Estado Libre del Congo, de las primeras misiones. Eso era antes de la Conferencia de Berlín, de la famosa reunión de 1885 durante la cual las potencias europeas determinaron el futuro de África. ¿Era posible que me encontrara ante alguien que no solo recordaba el colonialismo, sino que incluso provenía de la época precolonial? ¿Alguien que había nacido en el mismo año que James Joyce, Ígor

Stravinski y Virginia Woolf? Era difícil de creer. De ser eso cierto, ¡aquel hombre debía de tener ciento veintiséis años! No solo se trataba de la persona más vieja del mundo, sino, además, de una de las más longevas de todos los tiempos. Y, encima, en el Congo. Sumaba tres veces la esperanza de vida media del país.

Así que hice lo de siempre, comprobar y volver a comprobar. Y en su caso eso implicaba tener que escarbar poco a poco en el pasado, con infinita paciencia. A veces avanzaba rápido; otras, nada en absoluto. Nunca antes había hablado así con la historia lejana, nunca antes me había parecido tan frágil. A menudo yo no entendía lo que me decía. Muchas veces él empezaba una frase y se detenía a la mitad, con la mirada sorprendida de alguien que va a buscar algo a la nevera y, de repente, ya no recuerda qué. Era luchar contra el olvido, pero Nkasi no solo olvidaba el pasado, también olvidaba el olvido. Los agujeros que se abrían volvían a cerrarse de inmediato. Él no era consciente de la pérdida. Yo, en cambio, me sentía como si intentara achicar un transatlántico con una lata de conservas.

Al final llegué a la conclusión de que su año de nacimiento bien podría ser correcto. Hablaba de sucesos de las décadas de 1880 y 1890 que solo podía saber de primera mano. Nkasi no había estudiado, pero conocía hechos históricos de los que otros ancianos congoleños de su zona no tenían ni la más remota idea. Era oriundo del Bajo Congo, la región entre Kinsasa y el océano Atlántico, donde la presencia occidental se hizo sentir antes. Si el mapa del Congo se parece a un globo, el Bajo Congo es la boquilla por la que pasa todo. Aquello me permitía comprobar la veracidad de sus recuerdos a partir de hechos bien documentados. Me habló con gran precisión de los primeros misioneros, los protestantes anglosajones que se instalaron en la región y que, en efecto, iniciaron las conversiones en torno a 1880. Me dio nombres de misioneros que, según comprobé más tarde, habían llegado a la zona en la década de 1890 y que a partir de 1900 se instalaron en una misión vecina. Me habló de Simon Kimbangu, un hombre de una aldea vecina de quien sabemos que nació en 1889 y que en la década de 1920 fundaría su propia religión. Y, quizá lo más importante, me contó que de niño había sido testigo de la construcción del ferrocarril entre Matadi y Kinsasa. Eso sucedió entre 1890 y 1898. Las obras en su región se iniciaron en 1895.

—Entonces yo tenía unos doce o quince años —me dijo.

—*Papa Nkasi...*

—*Oui?*

Cada vez que le dirigía la palabra, me miraba con aire distraído, como si hubiese olvidado que tenía visita. No se esforzaba lo más mínimo en convencerme de su avanzada edad. Me contaba lo que aún recordaba y parecía asombrarse de mi asombro. A todas luces, su edad le impresionaba menos que a mí, que llené una libreta entera sobre este tema.

—¿Cómo sabe su año de nacimiento? Entonces aún no había registros, ¿no?

—Me lo dijo Joseph Zinga.

—¿Quién?

—Joseph Zinga. El hermano menor de mi padre.

Y entonces me explicó la historia de su tío que se había marchado con un misionero inglés a la misión de Palabala y que se hizo catequista, gracias a lo cual aprendió el calendario cristiano.

—Él me dijo que nació en 1882.

—Pero ¿conoció usted a Stanley?

Nunca en la vida pensé que se me presentaría la ocasión de formular esa pregunta con total seriedad.

—*Stanlei?* —me preguntó él, con fuerte acento francés—. No, nunca lo vi, pero oí hablar mucho de él. Primero llegó a Lukunga y después fue a Kintambo.

Sea como fuere, la cronología coincidía con el viaje que Stanley emprendió entre 1879 y 1884.

—A quien sí conocí fue a Lutunu, uno de sus boys. Era de Gombe-Matadi, no lejos de donde vivíamos nosotros. Nunca llevaba pantalones.

El nombre de Lutunu me sonaba de algo. Recordé entonces que fue uno de los primeros congoleños en servir a los blancos como boy. Más tarde, el colonizador lo nombraría jefe indígena. Lutunu vivió hasta la década de 1950, así que Nkasi podía haberlo conocido más adelante. Sin embargo, estaba claro que no podía haber sucedido lo mismo con Simon Kimbangu.

—Conocí a Kimbangu en los años de 1800 —me dijo con insistencia.

A excepción de su año de nacimiento, fue la única vez en que Nkasi aludió al siglo XIX. Me explicó que ambos vivían en poblados cercanos. Y añadió:

—Teníamos más o menos la misma edad. Simon Kimbangu era más grande que yo en cuanto al *pouvoir de Dieu*^{le21}, pero yo era mayor en años.

En visitas posteriores me confirmó que era unos años mayor que Kimbangu, que había nacido en 1889.

En las semanas siguientes a mi primera visita, fui a ver varias veces a Nkasi. Cuando regresaba a la casa donde me hospedaba en Kinsasa consultaba mis notas, encajaba los trozos del rompecabezas y buscaba las lagunas en su historia. Cada visita duraba a lo sumo un par de horas. Nkasi me hacía saber si se cansaba o si le fallaba la memoria. Las conversaciones eran siempre en su dormitorio. A veces se sentaba en el borde de la cama; otras, en el único mueble de la habitación: un viejo asiento de coche sobre el suelo. En una ocasión charlé con él mientras se afeitaba. Lo hacía sin espejo, sin espuma de afeitar, sin agua, solo con una maquinilla desechable que él nunca desechaba. Se palpaba la barbilla, hacía muecas grotescas y se raspaba la piel curtida con la hoja de afeitar blanca. Después de unas cuantas pasadas temblorosas, la golpeaba contra el borde de la cama para vaciarla. Los pelillos blancos caían lentamente al suelo oscuro.

En un rincón de la habitación había un montón de trastos: lo que quedaba de sus pertenencias. Una máquina de coser rota de la marca Singer, una pila de harapos, una lata grande de leche en polvo de la marca Milgro, una bolsa de deporte y un fardo de tela. Este último ya me había llamado la atención en mi primera visita. Parecía contener algo abombado.

—¿Qué hay en ese paquete? —le pregunté en una ocasión.

—Ah, ça! —exclamó cogiendo el fardo.

Lo abrió lentamente y sacó un precioso casco colonial. Uno negro. Yo ni siquiera sabía que existiera algo así. Él se lo puso sin que tuviera que pedírselo y esbozó una amplia sonrisa.

—Ah, *monsieur* David, he vivido toda la vida entre las manos de los blancos; pero dentro de dos o tres días voy a morir.

Le costaba mucho desplazarse. A modo de bastón utilizaba un viejo paraguas con mango, pero prefería confiar en el apoyo de algunas de sus hijas. Nkasi tuvo cinco esposas... o seis, o siete. Sobre este particular las opiniones eran diversas y ni siquiera él se acordaba. En el patio siempre había algunos miembros de la familia. Las estimaciones sobre el número de su prole variaban. Treinta y cuatro hijos era el que más a menudo se mencionaba. En cualquier caso, todos parecían coincidir en que había tenido cuatro veces gemelos. ¿Y nietos? Más de setenta, seguro.

También conocí a sus dos hermanos menores, Augustin y Marcel, de noventa y de cien años, respectivamente. Marcel no vivía en Kinsasa, sino en Nkamba. Hablé con el hijo de Augustin, un hombre desenvuelto e inteligente que aún no había alcanzado la mediana edad. Al menos eso creía yo. Hasta que me dijo que ya había cumplido los sesenta. Apenas podía creerlo: no le hubiese dado ni cuarenta y cinco. Comprendí que se trataba de una familia increíblemente resistente, un excepcional capricho de la naturaleza. Tres hermanos vetustos, los tres vivos. Habían tenido también dos hermanas que habían fallecido hacía poco, ambas con más de noventa años.

Catorce miembros de la familia vivían juntos en tres pequeñas habitaciones contiguas, pero todos los días había un incesante ir y venir de familiares. Nkasi compartía la habitación con sus dos nietos veinteañeros, llamados Nickel y Platini. Uno de ellos llevaba una sudadera con el texto *Miami Champs* estampado en ella. Al ser el más anciano, Nkasi tenía derecho a dormir todas las noches en la cama, eso se sobreentendía; los jóvenes se echaban en el suelo sobre esterillas de hojas de plátano trenzadas, aunque durante el día se tumbaban de vez en cuando sobre el ligero colchón de su abuelo.

Nkasi se alimentaba a base de mandioca, arroz, alubias y a veces algo de pan. No había dinero para comprar carne. Un día, después de una larga conversación, pensó que debía de tener hambre y me acercó con el mango de su paraguas un racimo de plátanos y una bolsa de cacahuetes.

—Ya lo veo. Tienes la cabeza cerrada, pero la barriga abierta. Ten, come.

No tenía sentido negarse. Cada vez que lo visitaba le llevaba algo y le compraba refrescos. Al igual que innumerables familias de la cité, la de Nkasi tenía un modesto almacén de bebidas de la fábrica de cerveza Bralima, aunque carecían de dinero para comprar Coca-Cola o Fanta. Una vez vi a Nkasi sentado en su asiento de coche, vertiendo un poco de Coca-Cola en un vaso de plástico. Con sobrecogedora lentitud le pasó el vaso a Keitsha. Era una escena que conmovía: el hombre que por lo visto había venido al mundo antes de la Conferencia de Berlín (y de la invención de la Coca-Cola) le daba ahora algo de beber a su nieta nacida después de las elecciones presidenciales de 2006.

Conocí a Nkasi el 6 de noviembre de 2008, dos días después de que se produjera un acontecimiento histórico. En un determinado momento de la conversación, Nkasi invirtió los papeles. ¿Podía por una vez hacerme él una pregunta y dejar de hablar del pasado? Había oído rumores a los que no daba crédito.

—¿Es cierto que en Estados Unidos han elegido a un presidente negro?

La vida de Nkasi corrió paralela a la historia del Congo. En 1885, el territorio cayó en manos del soberano belga Leopoldo II que declaró el *État Indépendant du Congo*, que suele denominarse «Estado Libre del Congo». En 1908, después de recibir fuertes críticas tanto dentro como fuera de Bélgica, el rey se vio obligado a ceder su territorio al Estado belga. Hasta 1960 se llamaría el Congo Belga, para después convertirse en un país independiente: la República del Congo. En 1965, Mobutu dio un golpe de Estado y se mantuvo treinta y dos años en el poder. Durante aquel periodo, el país recibió un nuevo nombre: Zaire. En 1997, cuando Laurent-Désiré Kabila destronó a Mobutu, el país pasó a llamarse República Democrática del Congo, aunque hubo que esperar hasta el 2006 para que fuera realmente democrático: aquel año se celebraron las primeras elecciones libres en más de cuarenta años. Joseph Kabila, hijo de Laurent-Désiré, fue elegido presidente. Sin apenas haberse mudado, Nkasi había vivido en cinco países distintos, o al menos en un país con cinco nombres diferentes.

Aunque el país que concibió Leopoldo II no se correspondía de ningún modo con una realidad política existente, mostraba una sorprendente coherencia geográfica: coincidía en gran medida con la cuenca del río Congo. Todos los arroyos y todas las corrientes que hay en el Congo desembocan en ese río poderoso y contribuyen teóricamente a la mancha pardusca del océano. Se trata de un dato meramente cartográfico; sobre el terreno, este sistema hidrográfico no parece una unidad. Sin embargo, el Congo —con una extensión de 2,3 millones de kilómetros cuadrados, el tamaño de Europa occidental, dos tercios de la India y la única nación de África con dos husos horarios— ha sido el país de ese único río. A pesar de los cambios de denominación, siempre recibió el nombre de la madre de todas las corrientes (el Congo, el Zaire). Hoy en día, los habitantes lo llaman en francés *le fleuve*, el río, igual que los habitantes de los Países Bajos dicen «el mar» cuando se refieren al mar del Norte.

El curso del río Congo no es rectilíneo; describe tres cuartos de un círculo, en sentido contrario a las agujas del reloj, como si se retrasara cuarenta y cinco minutos un reloj analógico. Esta gran curva tiene que ver con el relieve regular y algo llano del interior del África Central. En realidad, el río Congo describe un gran meandro en un territorio con una suave pendiente que, por lo general, se eleva tan solo unos cientos de metros por encima del nivel del mar. Desde su nacimiento en el extremo meridional del país, el río desciende menos de mil quinientos metros a lo largo de miles de kilómetros. Solo en la parte oriental del país se encuentran zonas por encima de los dos mil metros de altitud. El punto más alto se halla justo en la frontera con Uganda: el monte Stanley, de 5109 metros, la tercera cumbre más alta de África, cubierto de nieves eternas y con un glaciar (menguante). Las montañas orientales y una serie de lagos alargados (los cuatro Grandes Lagos, de los cuales el Tanganica es el más grande) son consecuencia de una importante actividad tectónica, como también atestiguan los volcanes aún activos de la zona. Este borde oriental arrugado del Congo forma parte del rift, la gran línea de falla que atraviesa África de norte a sur. Desde el punto de vista climatológico, esa zona montañosa puede ser fresca; por ejemplo, una ciudad como Butembo, cerca de la frontera con Uganda, tiene una temperatura media anual de tan solo diecisiete grados Celsius, mientras que Matadi, no muy alejada del océano Atlántico, alcanza una media de más de veintisiete grados. En otros lugares la proximidad del ecuador asegura un clima tropical con temperaturas altas y una elevada humedad del aire, si bien las diferencias regionales resultan considerables. Mientras que en la selva ecuatorial la temperatura de la tarde oscila entre los treinta y los treinta y cinco grados, en el extremo sur del país puede llegar a aparecer escarcha durante la temporada seca. También varían la duración y el inicio de la temporada seca.

Dos tercios del país están cubiertos por una densa selva ecuatorial que, con 1,45 millones de kilómetros cuadrados, es la selva pluvial más grande del mundo después de la Amazonia. Desde el avión recuerda a un brócoli gigante, una zona que tiene casi tres veces el tamaño de España. Al norte y al sur, esa selva (*la forêt*, como dicen los congoleños) se transforma poco a poco en sabana. No en un interminable mar de hierbas amarillas y ondulantes similar al que suele aparecer en *National Geographic*, sino en una sabana arbórea que se convierte de forma gradual en arbustiva a medida que uno se aleja más del ecuador. La biodiversidad del país es espectacular, pero está cada vez más amenazada. Tres de los principales descubrimientos zoológicos del siglo xx se llevaron a cabo en el Congo: el pavo real del Congo, el okapi y el bonobo. El hecho de que en el siglo xx se descubriera un nuevo simio antropomorfo podía calificarse casi de milagroso. El Congo es el único país del mundo en el que viven tres de los cuatro tipos de simios antropomorfos (solo falta el orangután); sin embargo, también los chimpancés y sobre todo los gorilas de montaña son especies animales muy amenazadas.

Los etnógrafos del siglo xx distinguían unos cuatrocientos grupos étnicos en el interior, todos ellos correspondían a sociedades con sus propias costumbres, con sus propias formas de convivencia, con sus propias tradiciones artísticas, y a menudo también con una lengua o con un dialecto propios. Normalmente, esos grupos se designan con una forma plural, reconocible por el prefijo *ba* o *wa*. Los bakongo (también escrito baKongo) pertenecen a la etnia kongo; los baluba (o baLuba), a la etnia luba; los watutsi (o waTutsi o incluso waTuzi), a la etnia tutsi. En los siguientes capítulos utilizaré los términos usuales. Por consiguiente hablaré al mismo tiempo de los bakongo y de los tutsis, lo cual no resulta muy coherente, pero sí práctico. He evitado, en la medida de lo posible, el singular (mukongo o muKongo). Kongo con una *k* designa a la etnia que vive en la desembocadura del río Congo, mientras que Congo con *c* hace referencia al país y al río. Las lenguas de esas etnias suelen empezar con el prefijo *ki* o *tshi*: el kikongo, el tshiluba, el kisujili, el kinyaruanda. También en este caso he dado prioridad a lo que es usual. Por ello utilizo suajili en lugar de kisujili, y kinyaruanda en lugar de «ruandés». El lingala es la excepción que confirma la regla, lo que no quita que, en lingala, las lenguas también empiezan por *ki*. En una ocasión oí a alguien hablar del «kiChinois». Y el kiflamba es la lengua de los baflamba, los flamencos (derivado de flamands); es decir, el neerlandés.

La excepcional riqueza antropológica del Congo no debe hacernos olvidar su gran homogeneidad lingüística y cultural. Prácticamente todas las lenguas son bantúes y ponen de relieve una similitud estructural interna. (*Bantú* es el plural de *muntú*; significa «las personas».) Eso no quiere decir que Nkasi entienda a alguien procedente de la otra parte del país, pero sí que sus lenguas se parecerán, como las lenguas indoeuropeas entre sí. Solo en el extremo septentrional del Congo se hablan lenguas muy diferentes, lenguas que pertenecen al grupo lingüístico del sudanés. En el resto del país, las lenguas bantúes se popularizaron con la expansión de la agricultura desde el noroeste. Incluso los pigmeos, los primitivos cazadores-recolectores de la selva, acabaron utilizando lenguas bantúes.

La «conciencia étnica» constituye un concepto relativo en el Congo. Casi todos los congoleños pueden indicar con bastante precisión a qué etnia pertenecen tanto ellos como sus padres, pero la medida en que se identifican con ese grupo varía mucho según la edad, el lugar de residencia, el nivel de formación y el factor más decisivo de todos: las condiciones de vida. Los grupos se cohesionan más cuanto más amenazados se ven. En diferentes momentos de la vida pueden tener más o menos importancia para sus integrantes. Si hay algo que nos deja claro la agitada historia del Congo, es la elasticidad de lo que antes se denominaba la «conciencia tribal». Se trata de una categoría fluida. A lo largo del libro abordaré a menudo este tema.

Aunque los nombres de las provincias y su número hayan cambiado con frecuencia, existen algunas designaciones regionales que los habitantes utilizan de forma invariable para dividir este enorme territorio. El Bajo Congo es, como ya hemos visto, la boquilla del globo. Matadi, la capital administrativa, se trata de un

puerto situado cien kilómetros al interior, donde pueden atracar portacontenedores, después de navegar contra la fuerte corriente del río Congo. Río arriba, los rápidos impiden la navegación. Kinsasa, una ciudad de unos ocho millones de habitantes, llamados *kinois*, se encuentra justo en el lugar donde el globo se ensancha. A partir de aquí, el río vuelve a ser navegable, hasta las profundidades de la selva. Al este de Kinsasa se encuentra Bandundu, una zona entre la selva y la sabana, que cuenta entre otras con la ciudad de Kikwit y una provincia importante desde el punto de vista histórico llamada Kwilu. Además, en el corazón del país, se halla Kasai, la zona de diamantes. Su principal ciudad es Mbuji-Mayi, que en los últimos años, gracias a la fiebre del diamante, se ha convertido en la tercera, e incluso quizá en la segunda, ciudad del país. Más al este aparece la zona que antiguamente se llamaba Kivu, ahora subdividida en tres provincias: Kivu del Norte, Kivu del Sur y Maniema. Los dos Kivu forman la frágil parte superior del globo, con Goma y Bukavu como principales centros, justo en la frontera con Ruanda. Se trata de una zona agrícola densamente poblada. Debido a su altitud, allí no aparece la enfermedad del sueño y es posible la ganadería; además, el suelo y el clima se prestan a una agricultura de gran valor (café, té, quinina).

Al norte del eje Bandundu-Kasai-Kivu se extiende la mayor parte de la selva ecuatorial que se divide administrativamente en dos gigantescas provincias que se quiere subdividir desde hace tiempo: la provincia de Ecuador y la Provincia Oriental, con Mbandaka y Kisangani como respectivas capitales. Ambas se hallan a orillas del río y son accesibles por barco desde Kinsasa. Sobre todo Kisangani ha desempeñado un papel clave en toda la historia congoleña. Al sur de este eje central este-oeste se encuentra otra provincia de enormes dimensiones, Katanga, cuya capital es Lubumbashi. En esta zona minera late el corazón económico del Congo. Katanga se prolonga hacia el sureste, como si un payaso hubiese retorcido el globo del Congo: es el resultado de una disputa fronteriza con Reino Unido a finales del siglo XIX. Mientras que Katanga es rica en cobre y en cobalto y Kasai vive de los diamantes, el subsuelo de Kivu contiene estaño y coltán; el de la Provincia Oriental es rico en oro.

Las cuatro principales ciudades del país son, por consiguiente, Kinsasa, Lubumbashi, Kisangani y, desde hace poco, Mbuji-Mayi. De momento, no están unidas entre sí ni por ferrocarril, ni por carretera. A principios del tercer milenio, el Congo cuenta con menos de mil kilómetros de carreteras asfaltadas (que en su mayoría conducen al extranjero: desde Kinsasa hasta los puertos de Matadi, desde Lubumbashi hasta la frontera con Zambia, para hacer posible la importación de mercancías y la exportación de minerales). Casi no circulan trenes. Los barcos tardan semanas en realizar la travesía de Kinsasa a Kisangani. Quien quiera viajar de una a otra ciudad tendrá que coger un avión o disponer de mucho tiempo. Por norma general, una hora de trayecto en la época colonial equivale a todo un día de viaje en la actualidad.

Kinsasa ha sido siempre el ombligo del país, el nudo del globo. Más del 13 por ciento de los sesenta y nueve millones de habitantes vive en uno de los veinticinco municipios de la capital, aunque el grueso de la población congoleña sigue residiendo en las zonas rurales. Sobre todo el Bajo Congo, Kasai y la zona de los Grandes Lagos están densamente poblados.

El francés es la lengua administrativa y de la enseñanza superior, pero el lingala es el idioma del ejército y el de la omnipresente música popular. Existen cuatro idiomas originarios reconocidos oficialmente como lenguas nacionales: el kikongo, el chiluba, el lingala y el suajili. Mientras que las primeras dos son lenguas étnicas (el kikongo es la de los bakongo en el Bajo Congo y en Bandundu, y el chiluba la de los baluba en Kasai), las dos últimas son lenguas comerciales con una proyección mucho mayor. El suajili surgió en la costa oriental de África y no solo lo hablan en toda la parte oriental del Congo, sino también en Tanzania y en Kenia; el lingala nació en la provincia de Ecuador y descendió, siguiendo el curso del río Congo, hasta Kinsasa. Hoy es la lengua de mayor crecimiento del Congo y también la empleada en el vecino Congo-Brazzaville.

Ya que hablamos de los países vecinos: el Congo tiene nada menos que nueve. Siguiendo el sentido de las agujas del reloj y empezando a orillas del océano Atlántico, son estos: Congo-Brazzaville, la República Centroafricana, Sudán, Uganda, Ruanda, Burundi, Tanzania, Zambia y Angola. Un número solo superado, a escala mundial, por Brasil, Rusia y China, cada uno de ellos con entre diez y catorce vecinos. Esto complica la diplomacia y es precisamente lo que sucedió en el Congo, tanto durante como después de la época colonial. Las disputas fronterizas y los conflictos territoriales constituyen una constante desde hace un siglo y medio, del mismo modo que algunas partes de la frontera entre Rusia y China han supuesto un motivo de discordia desde hace mucho tiempo.

¿Dónde empieza la historia? En alta mar muy lejos de la costa y en un tiempo remoto, muy anterior al nacimiento de Nkasi. Existe la molesta tendencia de hacer coincidir el inicio de la historia del Congo con la llegada de Stanley en la década de 1870, como si antes de esa fecha los habitantes del África Central vagaran tristes en un presente eterno e inmutable y tuvieran que esperar el viaje de un blanco para liberarse del cepo de su indolencia prehistórica. Bien es cierto que el África Central experimentó un importante impulso entre 1870 y 1885, pero eso no significa que antes sus habitantes se hallaran en un estado natural petrificado. No eran fósiles vivos.

El África Central era una zona sin escritura, pero no sin historia. Cientos o, mejor dicho, miles de años de historia humana precedieron a la llegada de los europeos. Si existía ese «corazón de las tinieblas», se debía más a la ignorancia con la que los exploradores blancos observaban el territorio que al territorio en sí. Las tinieblas también estaban en el ojo del observador.

Para ilustrar ese pasado remoto utilizaré cinco diapositivas virtuales, cinco instantáneas, al mismo tiempo que me preguntaré cómo era la vida de, supongamos, un niño de doce años en cada uno de esos cinco momentos. La primera diapositiva se tomó hará unos noventa mil años. La fecha es algo arbitraria, pero se trata de la única datación fiable que tenemos de los restos arqueológicos más antiguos del Congo.

Qué extraño subordinar la historia del Congo a la llegada de un europeo. ¡Es increíble lo eurocentrista que se puede llegar a ser! Fue en África donde, hace entre cinco y siete millones de años, la línea de la especie humana se separó de la de los simios antropomorfos. Fue en África donde el ser humano empezó a caminar erguido hace cuatro millones de años. Fue en África donde hace casi dos millones de años se tallaron las primeras herramientas de piedra. Y fue en África donde hace cien mil años surgió el comportamiento complejo, prehistórico, de nuestra especie, caracterizado por las redes de intercambio sobre largas distancias, los ingeniosos utensilios de piedra y hueso, el uso del ocre como pigmento, los primeros sistemas de cálculo y otras formas de simbolismo. El Congo se hallaba demasiado al oeste para poder vivir esta evolución desde el principio, pero en muchos lugares se han encontrado herramientas muy primitivas y sin duda muy antiguas que por desgracia en su mayoría están mal datadas. En la zona se encontraron también algunas de las más impresionantes hachas de mano de toda la prehistoria, unas hachas de piedra elaboradas con esmero de hasta cuarenta centímetros de longitud.

Remontémonos noventa mil años. Imaginemos la orilla de uno de los cuatro Grandes Lagos en la parte oriental, el que ahora se llama lago Eduardo. Nuestro niño de doce años podría haber estado allí, en el lugar donde el río Semliki sale del lago. Quizá formara parte del grupo de hombres prehistóricos cuyos restos fueron exhumados con meticulosidad en la década de 1990. Una vez al año, un grupo de cazadores-recolectores acudía a este lugar, durante el periodo de freza del siluro. Este pez lento, de escalofrantes barbillas y deliciosa carne, puede medir hasta setenta centímetros y pesar más de diez kilos. Suele vivir en el fondo del lago, fuera del alcance de los humanos. Sin embargo, al inicio de la temporada de lluvias sale de su escondite para desovar en aguas poco profundas. Para tal fin dispone incluso de un órgano respiratorio adicional, lo cual resulta práctico, pero también peligroso: hace noventa mil años, en este lago, los humanos ya tallaban arpones de hueso, los más antiguos que se conocen en el mundo, puesto que en otros lugares empezaron a hacerse tan solo hace veinte mil años. Con una costilla o cualquier otro hueso, fabricaban una punta de lanza con muescas y ganchos mortales. Es muy posible que un niño de doce años aprendiera a arponear a uno de estos grandes peces o a alguna de las numerosas especies más pequeñas. Asimismo resulta factible que desenterrara dipnoos, unos peces parecidos a las anguilas, que al inicio de la temporada seca anidan en un hueco poco profundo para pasar allí los ocho meses de verano. El entorno era mucho más seco que ahora, lo sabemos por las investigaciones paleontológicas. Había elefantes, cebras y facóqueros, especies típicas de los espacios

abiertos. Sin embargo, debido a la cercanía del agua, también había hipopótamos, cocodrilos, antílopes de los pantanos y nutrias. El viento soplaba sobre el lago, los arbustos crujían, un pez se retorció de dolor. Impotente y furioso, al mismo tiempo que golpeaba su cola contra las rocas mojadas. Y, por encima, se oía quizá la voz del niño apoyado en su arpón: excitada, salvaje y triunfante. Una instantánea, nada más.

La segunda diapositiva: dos mil quinientos años antes del inicio de nuestra era. Nuestro niño de doce años era entonces un pigmeo en la densa selva tropical. La agricultura aún no existía, pero él debió de probar, sin duda, los frutos de la palma aceitera silvestre. Debajo de rocas voladizas en la selva de Ituri se han encontrado restos de antiguos habitantes. Entre el montón de utensilios de piedra se hallaron pepitas de frutos de palmas prehistóricas. ¿Vivían allí los habitantes del bosque? ¿Acudían solo de forma esporádica? No lo sabemos. En cualquier caso, fabricaban sus herramientas con cuarzo y cantos rodados que habían recogido en los alrededores. El niño de doce años podía pertenecer a un grupo pequeño y muy móvil de cazadores-recolectores que debían de tener unos conocimientos excepcionales de su entorno. Cazaban monos, antílopes y puercoespines, recolectaban nueces y frutos, cavaban la tierra para sacar tubérculos y sabían qué plantas eran medicinales y cuáles alucinógenas.

Sin embargo, aquel mundo tampoco era cerrado. Entonces ya existían contactos con el exterior. El sílex y la obsidiana se intercambiaban a grandes distancias de hasta trescientos kilómetros. Quizá nuestro niño de doce años fuera el primer congoleño del que tenemos una fuente escrita. Quizá lo convirtieran en esclavo y se lo llevaran lejos del bosque cruzando la sabana y el desierto, en un viaje de meses hasta llegar a un río por el que tuvo que navegar y que parecía no tener fin: el Nilo. Su acompañante estaba entusiasmado con la captura: un pigmeo, lo más raro y más valioso que existía. Su divino amo en el norte le había enviado una carta muy especial, que más tarde él mandaría grabar en la piedra: «Ven y tráeme un enano, el enano que me traigas del país de los espíritus debe estar vivo, sano y salvo, para que baile las danzas sagradas para diversión y alegría del faraón Neferkara»^[3]. Estos jeroglíficos fueron grabados en las rocas de la tumba del jefe de la expedición, cerca de Asuán, dos mil quinientos años antes de nuestra era. El país de los espíritus: era la primera vez que el Congo aparecía en un texto.

La siguiente proyección, la tercera diapositiva. Nos situamos unos quinientos años después del inicio de nuestra era. En Europa acaba de producirse el hundimiento del Imperio romano de Occidente. Un niño de doce años en el Congo llevaba entonces una vida totalmente distinta a la de su predecesor. Se había acabado la vida nómada: en adelante sería más o menos sedentaria; ya no se mudaba varias veces al año, sino solo unas cuantas veces durante toda su vida. Aproximadamente dos mil años antes de nuestra era, la agricultura hizo su aparición en lo que ahora es Camerún. Esta nueva fuente de alimentos impulsó el crecimiento de la población. Y puesto que se trataba de agricultura extensiva, cada año había que cultivar nuevos

campos. De forma gradual, el estilo de vida agrícola se fue extendiendo por África. Se trataba del inicio de la migración bantú. No debemos verlo como un gran movimiento migratorio de campesinos que un buen día liaron los bártulos y, después de recorrer mil kilómetros, exclamaron: «¡Hemos llegado!», sino como un desplazamiento lento, pero seguro, en dirección sur (al norte estaba el Sáhara). En el transcurso de tres milenios, la agricultura conquistó todo el centro y el sur de África. Como hemos dicho antes, los centenares de lenguas de este enorme territorio siguen estando emparentadas. Para los campesinos de habla bantú, el bosque del Congo no supuso ningún obstáculo. Se adentraron en él siguiendo los ríos y los senderos de elefantes. Allí entraron en contacto con los habitantes de bosque, los pigmeos. Hacia el año 1000, toda la región se encontraba habitada.

La gran innovación en el año 500 fue el plátano macho, un fruto comestible de una planta musácea de origen incierto, pero de delicioso sabor. Nuestro niño de doce años estaba de suerte: en los siglos anteriores se había cultivado sobre todo ñame, un tubérculo nutritivo, rico en fécula, pero bastante soso. Para su madre, que labraba la tierra, el plátano macho tenía grandes ventajas: a diferencia del ñame no atraía a los mosquitos de la malaria. Además, la cosecha era diez veces superior, la planta exigía menos cuidados y la tierra se agotaba menos rápido. Su padre probablemente se subía a las palmas para obtener el aceite. Quizá tuvieran algunas gallinas y cabras, puede que incluso un perro. Al mismo tiempo seguían recolectando frutos y practicando la pesca y la caza. Nuestro niño también debió de recolectar termitas, orugas, larvas, caracoles, setas y recoger miel silvestre. Junto con su padre y otros hombres del poblado cazaba antílopes y potamóqueros rojos. Y atrapaba peces colocando buitrones o levantando pequeñas presas en los arroyos. En resumidas cuentas, tenía una dieta muy variada. La agricultura representaba tan solo el 40 por ciento de su alimentación.

En el año 500, el padre de nuestro niño tenía seguramente algunas herramientas de hierro. Aquello también constituía una novedad: la metalurgia no apareció en la región hasta los primeros siglos de nuestra era. Antes se utilizaban tan solo utensilios de piedra. Su madre disponía, sin duda, de vasijas de barro cocido. La alfarería existía desde hacía siglos. La cerámica y el metal eran mercancías de lujo que sus padres obtenían por medio del trueque y el intercambio, igual que las apreciadas pieles de animales y los pigmentos raros.

La familia vivía en una modesta aldea con algunas otras familias, pero entre los poblados existían formas de colaboración. La difusión de la agricultura garantizaba vínculos familiares en una zona más grande. Puede que cada aldea tuviera ya un gong o «tambor de hendidura», un tronco vaciado en el que se podían hacer sonar dos tonos (uno agudo y otro grave) y que permitía transmitir mensajes a lo largo de grandes distancias. No señales de emergencia poco claras, sino mensajes muy exactos, frases completas, noticias e historias. Si alguien había muerto, se percutía el nombre, el apodo y el pésame. Si una choza se había quemado, si se había cazado a

un animal o si alguien iba a visitar a un miembro de la familia, los aldeanos se lo comunicaban unos a otros mediante el tambor. Por la mañana temprano o por la noche, cuando hacía frío, los mensajes podían oírse a una distancia de diez kilómetros. Los poblados más alejados los transmitían a su vez a los siguientes. Los pueblos de África Central nunca desarrollaron la escritura, pero su lenguaje tambouriné resultaba muy ingenioso. No se almacenaba la información para el futuro, sino que se difundía de inmediato por la región y se compartía con la comunidad. Los exploradores del siglo XIX se quedaron asombrados al comprobar que las aldeas donde desembarcaban ya estaban al corriente de su llegada. Cuando se enteraron de que una noticia percutida podía viajar seiscientos kilómetros en veinticuatro horas, bautizaron burlescamente al instrumento como *télégraphe de brousse*^[e3]. No sabían que aquella forma de comunicación podía ser fácilmente mil quinientos años más antigua que la invención del código morse.

La siguiente diapositiva puede datarse más de mil años después. En 1560 por ejemplo. Italia está en pleno Renacimiento. Brueghel el Viejo pinta sus obras maestras. En Holanda se ven los primeros tulipanes. ¿Cómo vivía un niño de doce años en el Congo? Si había nacido en la selva, quizá habitaría en un poblado más grande que antes, con una docena de casas y con un centenar de habitantes, gobernado por un jefe cuyo poder se basaba en su nombre, fama, honor, riqueza y carisma. Solo él podía engalanarse con la piel y con los colmillos de un leopardo. Debía gobernar como un padre que nunca antepone sus propios intereses a los de la comunidad. Algunos de esos poblados juntos formaban al mismo tiempo una especie de círculo. Eso ayudaba a evitar los conflictos sobre la tierra agrícola y a actuar contra los intrusos.

Si nuestro niño había nacido en la sabana, debió de encontrarse con un sistema más avanzado. Diversos círculos conformaban una comarca y en algunos casos incluso un reino. Fue en la sabana al sur de la selva ecuatorial donde a partir del siglo XIV, surgieron verdaderos estados como el reino de Kongo, el de Lunda, el de Luba y el de Kuba. Semejante expansión fue posible gracias a las cosechas más grandes. Algunos de aquellos estados tenían la extensión de Irlanda. Eran sociedades feudales y jerarquizadas. A la cabeza había un rey: un jefe de poblado por partida doble, el padre de su pueblo y protector y benefactor de sus súbditos. Él se ocupaba de la comunidad, consultaba a los mayores y resolvía las disputas. La consecuencia de aquella estructura política es fácil de imaginar: dependía en gran medida de la personalidad del rey. Se podía tener suerte o no tenerla. Cuando el poder está tan personalizado, la historia se vuelve maniacodepresiva. Sin duda, era el caso de los reinos de la sabana. Los periodos de florecimiento se alternaban pronto con otros de decadencia. La sucesión al trono provocaba casi siempre una guerra civil.

Si nuestro niño imaginario había nacido en el curso inferior del río Congo, era súbdito del reino de Kongo, el más famoso de los reinos feudales. La capital se llamaba Mbanza-Kongo y actualmente es una localidad de Angola, ubicada al sur de

Matadi. En 1482, los súbditos del reino de Kongo vieron aparecer algo muy extraño en la costa: unas grandes chozas que parecían surgir del mar, unas cabañas con telas que ondeaban. Cuando aquellos barcos de vela echaron anclas, el poblado comprobó desde la orilla que salían hombres blancos de su interior. Debían de ser ancestros que vivían en el fondo del mar, una especie de espíritus de las aguas. Llevaban ropas, muchas más que ellos, que parecían hechas con pieles de criaturas marinas desconocidas. Todo aquello era muy curioso. Las cantidades inagotables de telas que llevaban consigo hacían sospechar que allá, bajo el mar, se pasaban el tiempo tejiendo^[14].

En realidad, eran portugueses que, además de telas, traían hostias. El rey de Bakongo, Nzinga Kuwu, los autorizó a dejar cuatro misioneros en su reino y a cambio envió a cuatro destacados representantes en sus barcos. Cuando regresaron unos años más tarde, contaron extrañas y maravillosas historias sobre aquel lejano Portugal; el rey, ardiendo en deseos de conocer el secreto de los europeos, se hizo bautizar en 1491 con el nombre de Don João. Sin embargo, unos años más tarde, decepcionado, volvió a practicar la poligamia y la adivinación. En cambio su hijo, el príncipe Nzinga Mvemba, llegaría a ser un hombre profundamente cristiano y gobernaría durante cuatro décadas en el reino de Kongo (1506-1543) con el nombre cristiano de Afonso I. Fue un periodo de consolidación y de gran prosperidad. El comercio con los portugueses constituía la base de su poder. Y cuando estos pedían esclavos, él organizaba raids en las comarcas vecinas. Se trataba de algo que sucedía desde siempre, la esclavitud era un fenómeno nativo: quien tenía poder tenía gente. Y la complaciente colaboración del rey benefició tanto sus relaciones con los portugueses que Afonso pudo incluso enviar a uno de sus hijos a Europa para que estudiara en el seminario. El hijo en cuestión, un tal Henrique, de once años, aprendió portugués y latín en Lisboa y después viajó a Roma, donde fue consagrado como obispo —el primer obispo negro de la historia— antes de regresar a su tierra. Sin embargo, su constitución era débil y murió unos años más tarde.

Los jesuitas portugueses y más tarde los capuchinos italianos se encargaron de proseguir con la evangelización del reino de Kongo. Su labor no se parecía en nada a la de las misiones del siglo XIX: en el siglo XVI la Iglesia se dirigía expresamente a las clases superiores de la población. La Iglesia representaba el poder y la riqueza, y eso agradaba a la élite del reino. Los ricos se hacían bautizar y aceptaban títulos nobiliarios portugueses. Algunos incluso aprendieron a leer y a escribir, aunque entonces una hoja de papel costara una gallina y un misal, un esclavo^[15]. No obstante se levantaban iglesias y se quemaban fetiches. Allí donde había brujería, debía triunfar el cristianismo. En la capital Mbanza-Kongo se construyó una catedral, aunque los gobernadores provinciales también erigieron iglesias en otros lugares. Las capas más amplias de la población observaban con interés la nueva religión. Mientras que los sacerdotes cristianos esperaban llevar la verdadera fe, el pueblo los veía como una protección contra la brujería. Muchas personas no se bautizaban porque hubieran

dejado atrás la brujería, ¡sino porque creían a pie juntillas en ella! El crucifijo era muy popular por considerarse el fetiche más eficaz para ahuyentar a los malos espíritus.

En 1560, después de la muerte de Afonso, el reino de Kongo se sumió en una profunda crisis. Es muy probable que nuestro niño de doce años llevara colgado del cuello un crucifijo, un rosario o una medalla y, en último término, un pequeño amuleto hecho por su madre. El cristianismo no ahuyentó las viejas religiones, sino que se fusionó con ellas. Años después, en 1704, cuando la catedral de Mbanza-Kongo ya se había convertido en una ruina, se instalaría en ella una mística negra que afirmaba que Jesucristo y la Virgen pertenecían a la tribu de Kongo^[i6]. A mediados del siglo XIX, mientras recorrían el curso inferior del Congo, los misioneros seguían encontrando personas con nombres como Ndodioko (Don Diogo), Ndoluvualu (Don Álvaro) y Ndonzwau (Don João). También presenciaron los rituales que se practicaban delante de crucifijos de tres siglos de antigüedad, que habían sido recubiertos con conchas y con piedras y que, según aseguraba todo el mundo, eran nativos.

En torno a 1560, nuestro niño tenía, además de un amuleto, otras costumbres alimentarias. El comercio atlántico trajo consigo nuevos cultivos a su comarca^[i7]. Los cambios empezaron a sucederse con rapidez a partir de 1575, cuando los portugueses fundaron su propia colonia en la costa cerca de Luanda. Mientras que la patata ganaba terreno en Europa, el maíz y la mandioca conquistaron África Central en un abrir y cerrar de ojos. El maíz crecía desde Perú hasta México, la mandioca provenía de Brasil. En 1560, nuestro niño de doce años se habría alimentado sobre todo con papilla de sorgo, una gramínea nativa. A partir de 1580 empieza a comer mandioca y maíz. El sorgo solo podía cosecharse una vez al año; en cambio, el maíz se cosechaba dos veces y la mandioca a lo largo del año. Mientras que el maíz crecía bien en el clima más seco de la sabana, la mandioca iniciaba su avance en la selva más húmeda. Era más nutritiva y más fácil de cultivar que el plátano macho y el ñame. Los tubérculos apenas se pudrían. Bastaba con liberar y quemar cada año un nuevo terreno. En aquella época surgió la agricultura de roza y quema^[i8]. Si tenía suerte, el chico también comería boniatos, cacahuetes y alubias, que aún hoy siguen siendo los ingredientes básicos de la cocina congoleña. En unas cuantas décadas, la dieta de África Central cambió de forma radical debido a la globalización iniciada por los portugueses.

Por consiguiente, el Congo no tuvo que esperar a Stanley para entrar en la historia. El territorio no era virgen y el tiempo no se había detenido. A partir de 1500 tenía ya presencia en el comercio mundial. Y aunque la mayoría de los habitantes de la selva no conocieran el mundo exterior, comían a diario plantas que procedían de otro continente.

La quinta diapositiva. La última instantánea: hemos llegado a 1780. Si nuestro niño hubiera nacido en ese momento, existía una posibilidad real de que se

convirtiera en mercancía de los negreros europeos y de que acabara en las plantaciones de caña de azúcar de Brasil, del Caribe o en el sur del futuro Estados Unidos. El comercio transatlántico de esclavos se prolongó de 1500 a 1850. Afectó a toda la costa occidental de África, pero fue más intenso en la zona alrededor de la desembocadura del río Congo. Se estima que de una franja costera de cuatrocientos kilómetros salieron cuatro millones de personas, cerca de un tercio del total de la trata de esclavos entre ambos continentes. Nada menos que uno de cada cuatro esclavos en las plantaciones de algodón y de tabaco de los estados del sur de lo que hoy es Estados Unidos, procedía del África ecuatorial^[i9]. Los principales traficantes eran portugueses, británicos, franceses y holandeses, pero eso no significa que estos se adentraran en el interior de África.

A partir de 1780, la escala del tráfico aumentó debido a la mayor demanda de esclavos en Estados Unidos. A partir de 1700, delante de la costa de Loango, al norte del río Congo, salían cada año entre cuatro mil y seis mil esclavos; a partir de 1780 eran quince mil al año^[i10]. Este incremento se hizo sentir hasta las profundidades de la selva ecuatorial. Si nuestro niño había sido secuestrado durante un raid o había sido vendido por sus padres en tiempos de hambruna, estaría en manos de un importante traficante en el río. Tendría que sentarse en una enorme canoa de hasta veinte metros tallada en el tronco de un árbol, capaz de transportar entre cuarenta y setenta pasajeros. Posiblemente iría encadenado. Además de decenas de esclavos, la canoa también transportaría marfil, el otro producto suntuario de la selva tropical. Por supuesto, un pigmeo que matara a un elefante no iría a la costa para venderle los dos colmillos a un británico o a un holandés. El comercio se daba a través de intermediarios. También en sentido inverso: un barril de pólvora podía tardar unos cinco años en llegar a una aldea del interior desde la costa atlántica^[i11].

Entonces podía iniciarse el viaje río abajo. Durante meses se cruzaba la selva navegando por el ancho río marrón hasta llegar al lugar donde ya no era navegable. Allí había surgido el gran mercado de Kinsasa, que llegaría a ser muy importante. Allí acudía gente de todas partes. Se oían los balidos de las cabras, había rejillas llenas de pescado seco, montones de pan de mandioca junto a telas procedentes de Europa. ¡Incluso se podía encontrar sal! En el mercado se oían gritos, órdenes, risas y disputas. Aún no era una ciudad, pero en aquel lugar reinaba una actividad febril. Era el punto donde el comerciante del interior vendería a sus esclavos y su marfil al jefe de una caravana, que luego se los llevaría a pie hasta la costa a trescientos kilómetros de distancia. Sería allí donde nuestro chico de doce años vería por primera vez a un blanco. Durante días enteros se negociaría sobre su precio.

No sabemos cómo era la travesía hacia el Nuevo Mundo. Sin embargo, uno de los escasos testimonios de un esclavo del África occidental, que fue embarcado en 1840 hacia Brasil, nos ofrece una imagen:

Nos metieron desnudos en la bodega del barco, los hombres hacinados a un lado y las mujeres al otro; el techo de la bodega era tan bajo que no podíamos mantenernos de pie y nos veíamos

obligados a permanecer en cuclillas o a sentarnos en el suelo; para nosotros no había diferencia entre el día y la noche, el espacio era tan angosto que nos resultaba imposible dormir y el dolor y el cansancio nos sumían en la desesperación. [...] Lo único que nos dieron de comer durante todo el viaje fueron cereales que habían puesto en remojo y que luego habían hervido. [...] Padecíamos terriblemente por la falta de agua. Solo teníamos derecho a medio litro de agua al día, nada más; y muchos esclavos perecieron durante la travesía. [...] Si uno de nosotros se rebelaba, le hacían un corte profundo en la carne y le rociaban con vinagre y pimienta la herida^[i12].

El tráfico internacional de esclavos tuvo un enorme impacto en el África Central. Desmembró regiones, arruinó vidas y desplazó horizontes. Y también dio origen a un comercio regional muy intenso a lo largo del río. Puesto que, de todas formas, había que transportar esclavos y colmillos río abajo, convenía llenar las piraguas de mercancías menos lujosas para venderlas por el camino. Así pues, también se cargaba pescado, mandioca, azúcar de caña, aceite de palma, vino de caña de azúcar, cerveza, tabaco, rafia, productos trenzados, vasijas y hierro. Cada día se transportaban hasta cuarenta toneladas de mandioca por el río Congo, a lo largo de distancias que cubrían menos de doscientos cincuenta kilómetros^[i13]. Casi siempre se trataba de pan de mandioca, *chikwangué*: una papilla de mandioca que se envolvía hábilmente en hojas de plátano para hervirse después. Un plato nutritivo y sin duda muy pesado para el estómago, pero que podía conservarse durante mucho tiempo y resultaba fácil de transportar.

No hay que subestimar la importancia del comercio regional. En aquel mundo de pescadores, agricultores y cazadores surgió una nueva categoría de oficios: los comerciantes. La gente que desde siempre se había dedicado a lanzar sus redes, descubría que podía capturar más navegando. Los pescadores se convirtieron en vendedores y los poblados de pescadores se transformaron en mercados. Aunque desde antaño se había comerciado a pequeña escala, ahora el comercio se convertía en un oficio que permitía ganarse bien la vida. Algunos adquirieron piraguas, mujeres, esclavos, mosquetes y, por consiguiente, poder. Todo el que tuviera pólvora, tenía algo que decir. Debido a ello, el poder tradicional de los jefes tribales empezó a tambalearse al mismo tiempo que se iniciaba el deterioro de las formas de convivencia seculares. Amenazaba la anarquía. Los vínculos políticos basados en el poblado y la familia fueron sustituidos por nuevas alianzas económicas entre comerciantes. Incluso el otrora tan poderoso reino de Kongo se desmoronó por completo^[i14]. Surgió un gigantesco vacío político. El florecimiento del comercio mundial provocó un caos total en el interior del continente africano.

Una historia humana de noventa mil años, una sociedad de noventa mil años... ¡Y cuánta vida! No un estado natural atemporal lleno de nobles salvajes o sangrientos bárbaros. Fue lo que fue: historia, movimiento, intentos de contener los desastres, lo que a veces daba pie a otros nuevos, pues el sueño y la sombra son grandes amigos. Nunca hubo estancamiento, los cambios cruciales se sucedieron con rapidez. A medida que la historia se aceleraba, se ampliaba el horizonte. Aunque los cazadores-recolectores vivieran en grupos de cincuenta personas, los primeros agricultores ya

tenían sociedades de quinientos individuos. Cuando esas sociedades se convirtieron en estados estructurados, el individuo fue absorbido en contextos de miles o incluso decenas de miles de personas. En su apogeo, el reino de Kongo contaba seguramente con quinientos mil súbditos. Sin embargo, el tráfico de esclavos pulverizó estos vínculos más amplios. Y en la selva pluvial, lejos del río, las personas seguían viviendo en pequeñas comunidades cerradas. Incluso en 1870.

En marzo de 2010, cuando estaba dando los últimos toques al manuscrito de este libro, reservé un vuelo a Kinsasa. Quería visitar una vez más a Nkasi, en esta ocasión acompañado por un cámara. Me había propuesto llevarle una bonita camisa de seda, puesto que la pobreza no se combate solo con leche en polvo. Durante el largo periodo que dediqué a escribir este libro, llamé de manera periódica a su sobrino para preguntarle cómo se encontraba Nkasi. *Il se porte toujours bien!*^[e4], me contestaba sistemáticamente en tono animado al otro lado de la línea. Apenas una semana antes de que finalizara mi plazo de entrega, cinco días antes de mi viaje, volví a llamarlo. Entonces me enteré de que Nkasi acababa de morir. Su familia había salido de Kinsasa con el cuerpo para darle sepultura en Ntimansi, el poblado en el Bajo Congo donde había nacido hacía una eternidad.

Miré por la ventana. Bruselas vivía los últimos días un invierno que se negaba a dejarnos. Y mientras estaba allí de pie, no paraba de pensar en los plátanos que me había ofrecido durante nuestro primer encuentro. «Ten, come.» Un gesto tan cordial, en un país que es mucho más noticia por su corrupción que por su generosidad. Y recordé aquella tarde en diciembre de 2008 cuando, después de una larga entrevista, Nkasi quiso descansar un rato y yo entablé conversación con Marcel, un sobrino segundo suyo. Estábamos sentados en el patio. Había metros de ropa tendida y algunas mujeres seleccionaban alubias secas. Marcel llevaba una gorra de béisbol al revés y estaba reclinado en una silla de jardín de plástico. Empezó a hablarme de su vida. Aunque en la escuela había sido un buen estudiante, ahora se dedicaba al *marché ambulante*, a la venta ambulante. Era uno de los miles y miles de jóvenes que se pasan el día recorriendo la ciudad intentando vender unos cuantos artículos: un pantalón, dos pares de zapatillas deportivas, cuatro cinturones, un mapa. Algunos días solo vendía dos pares de zapatillas, que representaba apenas cuatro dólares. Marcel suspiró.

—Me gustaría que mis tres hijos estudiaran —me dijo—. A mí me encantaba, sobre todo la literatura.

Y, para demostrarlo, empezó a recitar con su voz grave *El soplo de los ancestros*, el largo poema del senegalés Birago Diop. Se sabía de memoria fragmentos enteros.

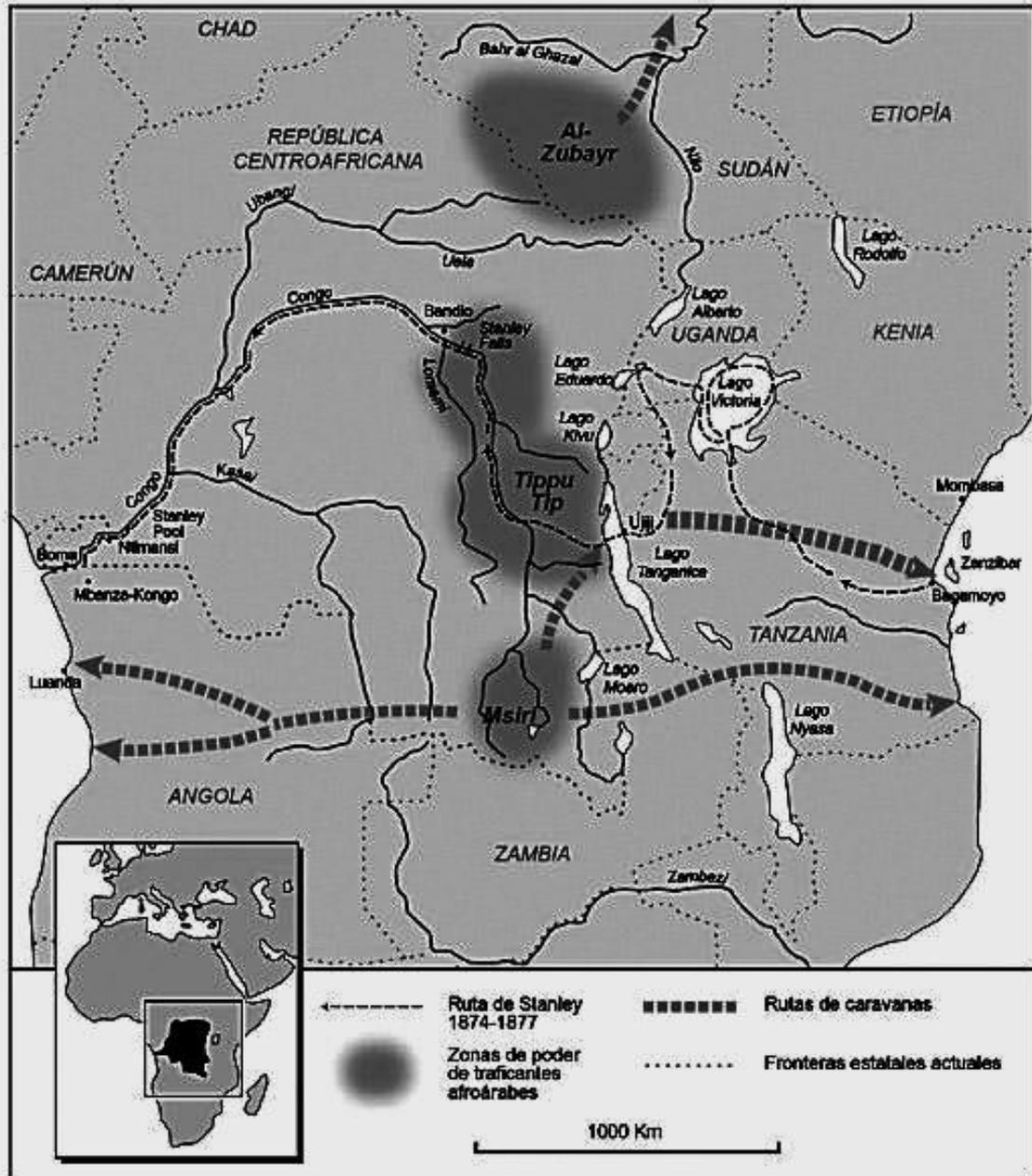
Escucha más a menudo
a las cosas que a los seres,
la voz del fuego se escucha,
escucha la voz del agua,

escucha en el viento
al zarzal sollozando:
es el soplo de los ancestros.

Aquellos que han muerto no se han ido nunca
están en la sombra que se alumbra
y en la sombra que se espesa,
los muertos no están bajo la tierra,
están en el árbol que se estremece,
están en la madera que gime,
están en el agua que corre,
están en el agua que duerme,
están en la cabaña, están en la multitud,
los muertos no están muertos.

El invierno sobre los tejados de Bruselas. La noticia que acababa de recibir. Su voz
que todavía hoy oigo. «Ten, come.»

Mapa 3: África Central a mediados del siglo XIX



NUEVOS ESPÍRITUS
ÁFRICA CENTRAL DESPIERTA EL INTERÉS DE ORIENTE Y
OCCIDENTE

1870-1885

Nadie sabe con exactitud cuándo vino al mundo Disasi Makulo. Ni siquiera él. «Nací en la época en que el hombre blanco aún no había llegado a nuestra región —contó muchos años más tarde a sus hijos—. Entonces no sabíamos que en la tierra había hombres con un color de piel distinto al nuestro.»^[1] Debió de ser entre 1870 y 1872. Falleció en 1941. Poco antes de morir había dictado la historia de su vida a uno de sus hijos. Esta se publicaría tan solo en la década de 1980; de hecho, en dos ocasiones: una en Kinsasa y otra en Kisangani. Sin embargo, el Zaire, como se denominaba al Congo entonces, se encontraba casi en bancarrota. Por ello, fueron ediciones en rústica con una tirada limitada y escasa distribución. Y es una pena, porque la vida de Disasi Makulo es especialmente rocambolesca. No existe mejor guía que él para comprender el último cuarto del siglo XIX en el África Central.

Lo que sí sabía muy bien Disasi era dónde había nacido: en un poblado llamado Bandio. Era hijo de Asalo y Boheheli y pertenecía a la tribu Turumbu. Bandio se hallaba en la zona de Basoko, que ahora forma parte de la Provincia Oriental; es decir, en plena selva ecuatorial. Navegando en barco desde Kinsasa hasta Kisangani, una travesía de varias semanas remontando el río Congo, se atraviesa el importante poblado de Basoko unos días antes de llegar al destino. El poblado se encuentra a babor, en la margen norte, junto a la confluencia con el Aruwimi, uno de los principales afluentes del Congo. Bandio se halla al este de Basoko, a un trecho del río.

Los padres de Disasi no eran pescadores, sino que vivían en la selva pluvial. Su madre cultivaba mandioca. Removía la tierra con la azada o con un palo de cavar a fin de arrancar los gruesos tubérculos. Luego los ponía a secar al sol y al cabo de unas semanas los molía para hacer harina. Su padre elaboraba aceite de palma. Se subía a lo alto de las palmas armado con un machete para cortar los racimos de los frutos carnosos. Después los prensaba para sacar el precioso jugo de intenso color naranja, una especie de cobre líquido que desde tiempos inmemoriales constituía la

riqueza de la región. Con el aceite de palma se podía comerciar con los pescadores a orillas del río. Desde hacía siglos los ribereños y los habitantes de la selva practicaban el trueque. Unos tenían pescado en abundancia; los otros, aceite de palma, mandioca o plátanos machos. Ello aseguraba una alimentación equilibrada. El pescado rico en proteínas era transportado hasta la selva, mientras que las plantas ricas en fécula y la grasa vegetal se quedaban en la orilla.

Bandio era un mundo bastante cerrado. El radio de acción de una vida humana se limitaba a unas decenas de kilómetros. La gente podía desplazarse a otro poblado para asistir a una boda o para organizar una herencia, pero la mayoría de los habitantes no abandonaba nunca, o casi nunca, su región. Morían donde habían vivido. Cuando Disasi Makulo llegó al mundo y dio su primer grito, ninguno de los vecinos de Bandio sabía nada del ancho mundo. Ignoraban por completo que los portugueses se habían instalado a kilómetros al oeste, en la costa del océano Atlántico. Ni siquiera sabían que existiera algo llamado «océano». Aunque Angola, la colonia de los portugueses, había perdido gran parte de su esplendor —al igual que el propio Portugal—, el portugués seguía siendo la principal lengua comercial en el litoral al sur de la desembocadura del Congo, también para los africanos. Los aldeanos tampoco sabían que desde el siglo XVIII los británicos habían tomado el relevo de los lusos junto a la desembocadura y el curso inferior del río. Jamás hubiesen podido sospechar que también habían llegado holandeses y franceses, puesto que ninguno de aquellos europeos penetraba jamás en las tierras del interior. Permanecían en la costa y en las zonas cercanas donde esperaban a que las caravanas, guiadas por comerciantes africanos, les ofrecieran las mercancías procedentes del interior (sobre todo marfil, aunque también aceite de palma, cacahuetes, café, corteza de baobab y colorantes como la orchilla y el copal) y, por supuesto, esclavos. Si bien en torno a aquella época la trata de esclavos empezó a prohibirse en todo Occidente, se mantuvo aún durante mucho tiempo de forma clandestina. Los occidentales pagaban con telas preciosas, trozos de cobre, pólvora, mosquetes, perlas rojas o azules, o conchas poco comunes. Y estas últimas rarezas no constituían un engañoso. Al igual que las monedas de curso legal, se trataba de mercancías de gran valor, fáciles de transportar y de contar y que no podían falsificarse. Sin embargo, el poblado de Bandio quedaba demasiado lejos de todo para ver muchas de aquellas maravillas. Si en su región aparecía alguna de aquellas conchas blancas y brillantes o un collar de cuentas, nadie sabía con precisión de dónde provenía.

Puede que los vecinos del recién nacido Disasi no supieran nada de los europeos instalados en la costa occidental, pero, si cabe, sabían aún menos de los grandes cambios que se estaban llevando a cabo a más de mil kilómetros hacia el este y el norte. A partir de 1850, la selva del África Central empezó a llamar también la atención de los comerciantes de la isla de Zanzíbar y de la costa este de África (en la actual Tanzania), y hasta de Egipto, un país situado a más de dos mil kilómetros de allí. Lo que despertaba el interés de aquellos hombres era una materia prima natural

que desde hacía siglos era muy apreciada en todo el mundo como un producto de lujo para la fabricación de suntuosas tablillas chinas, figurillas indias y relicarios medievales. Aquel material era el marfil. En las tierras del interior de África había grandes cantidades de marfil de alta calidad. Los colmillos del elefante africano proporcionaban las piezas más grandes y más puras del mundo, que podían superar los setenta kilos. A diferencia de los elefantes asiáticos, que en aquella época ya escaseaban, las hembras de elefante africano también tenían colmillos. A mediados del siglo XIX se inició una creciente batida de esta reserva, en apariencia inagotable.

En el noroeste de lo que posteriormente sería el Congo, donde la selva se convierte en sabana, había comerciantes procedentes del valle del Nilo: sudaneses, nubios e incluso coptos egipcios que tenían clientes hasta en El Cairo. Viajaban hacia el sur pasando por Darfur o Jartum. Los principales productos de exportación eran los esclavos y el marfil, y lo habitual era obtenerlos mediante razias y cacerías. A partir de 1856, todo aquel comercio empezó a caer en manos de un solo hombre: Al-Zubayr, un poderoso comerciante cuyo imperio se extendía, en 1880, desde el norte del Congo hasta Darfur. Oficialmente, su zona comercial era una provincia de Egipto, aunque en la práctica constituía un reino en sí mismo. La influencia árabe se propagó hasta el sur de Sudán.

Sin embargo, fue sobre todo Zanzíbar, una insignificante isla del océano Índico, situada frente a la costa de la actual Tanzania, la que desempeñó un papel crucial. El hecho de que en 1832 el sultán de Omán se estableciera allí para controlar los flujos comerciales en el océano Índico tuvo importantísimas consecuencias para las regiones del este de África. Zanzíbar, cuyas únicas riquezas eran el coco y el clavo, se convirtió en intermediario mundial de la venta no solo de marfil, sino también de esclavos. La isla exportaba a la península arábiga, a Oriente Próximo, al subcontinente indio y a China.

En 1879, los habitantes de Bandio aún no notaban nada de todo eso, pero como los comerciantes de Zanzíbar disponían de excelentes armas de fuego, se fueron adentrando cada vez más en el interior del país, llegando mucho más lejos de lo que habían hecho nunca los europeos en la parte oeste. Algunos de ellos eran árabes puros, otros tenían mezcla de sangre africana. A menudo se trataba de africanos musulmanes. Es lo que llamamos «comerciantes afroárabes o suajiloárabes»; en el siglo XIX se les conocía como los *arabisés*, los arabizados. El suajili, una lengua bantú con muchas palabras tomadas del árabe, empezó a propagarse desde allí hacia todo el África oriental. A partir de 1850, imponentes caravanas partían de Zanzíbar y de la localidad costera de Bagamoyo hacia el este, para alcanzar las orillas del lago Tanganica después de recorrer ochocientos kilómetros. La pequeña ciudad de Ujiji, donde Stanley «encontraría» a Livingstone en 1871, se convirtió en una importante factoría para comerciar con los nativos. Desde la orilla más alejada del lago se

penetraba aún más en el interior, en la zona que ahora es el Congo. Y al igual que sucedía con el reino de Al-Zubayr, también allí las áreas de influencia comerciales se convirtieron en entidades políticas. En el sureste de Katanga, un comerciante llamado Msiri, procedente de la costa oriental africana, absorbería un reino que ya existía: el viejo y agonizante reino de Lunda. Entre 1856 y 1891, Msiri dominó como un soberano sobre esta región rica en cobre y controló las rutas comerciales hacia el este. Su interés, en un principio solo mercantil, adquirió así un carácter político.

Un poco más al norte operaba el tristemente famoso traficante de marfil y de esclavos Tippu Tip. Como descendiente de una familia afroárabe de Zanzíbar estaba sujeto a la autoridad del sultán, pero no tardó en convertirse en el hombre más poderoso de todo el Congo oriental. Controlaba una zona que se extendía desde los Grandes Lagos del este hasta el curso superior del Congo (que allí se llama también «Lualaba»), trescientos kilómetros hacia el oeste. El poder de Tippu Tip no se basaba únicamente en su excepcional instinto para los negocios, sino también en la violencia. Al principio obtenía sus mercancías de lujo —esclavos y marfil— de forma amistosa: al igual que otros zanzibareños firmaba alianzas con jefes locales para practicar el trueque. Algunos de aquellos jefes se convirtieron en vasallos de los comerciantes afroárabes. Sin embargo, la situación cambió a partir de 1870. A medida que las toneladas de marfil fluían hacia el este, aumentaban el poder y la riqueza de los traficantes de esclavos como Tippu Tip. Al final descubrieron que salía mucho más barato saquear poblados enteros que intercambiar algunos colmillos y adolescentes. ¿Por qué pasarse días enteros discutiendo con el jefe del poblado y rechazando el vino de palma tibio que de todas formas su religión les prohibía beber, si podían reducir a cenizas el poblado? Con ese método conseguían no solo marfil, sino también más esclavos para transportarlo. El *raiding* superó al *trading*, el saqueo al comercio, y las armas se alzaron con la victoria. El nombre de Tippu Tip hacía temblar a una zona más grande que media Europa. Ni siquiera era su verdadero nombre (en realidad, se llamaba Hamed ben Mohammed el Marjebi), sino quizá una onomatopeya del sonido de su mosquete.

No obstante, los habitantes de Bandio, el poblado de Disasi Makulo, nunca habían oído hablar de él. El escenario aún estaba vacío, el mundo todavía era verde oscuro. A derecha e izquierda, entre bastidores, había comerciantes extranjeros —europeos cristianos y musulmanes afroárabes— listos para avanzar hasta el corazón del África Central. Ello fue posible solo porque las estructuras de poder en el interior se habían desintegrado, entre otras cosas debido al tráfico europeo de esclavos de los siglos precedentes. Ya quedaba poco de los reinos originarios, otrora tan poderosos, y además en la selva virgen, las estructuras sociales habían sido desde siempre más sencillas que en la sabana. Por consiguiente, el vacío político del interior brindaba nuevas oportunidades económicas a los extranjeros. Esa es la manera amable de expresarlo. Lo que se anunciaba en realidad era un periodo de anarquía administrativa, de saqueo y de violencia. Aunque todavía faltaba para ello. El

pequeño Disasi dormía atado a la espalda de su madre, con la mejilla apoyada contra el hombro de ella. El viento susurraba entre los árboles. Después de una tormenta, la selva goteaba durante horas.

«Un día algunos ribereños vinieron a visitar a mis padres.» Así empieza el recuerdo más antiguo de Disasi Makulo. En aquella época él debía de tener cinco o seis años. Lo que iban a contarles aquellos hombres era bastante extraño. «Explicaron que habían visto algo raro en el río, puede que un espíritu. “Hemos visto una piragua grande y misteriosa que navegaba sola”, dijeron. “Dentro de aquella piragua había un hombre, todo blanco, como un albino, y cubierto por completo con ropas, de forma que solo se le veían la cabeza y los brazos. Llevaba consigo algunos hombres negros”.»^[2]

Aparte de pescado y de aceite de palma, los ribereños y los habitantes de la selva también intercambiaban información. La gente del río solía traer noticias más bien raras —¡eran increíbles las cosas que les contaban los pescadores y los comerciantes venidos de más lejos!—, pero aquella nueva sonaba muy peculiar. Es más, nunca habían oído hablar de ello. El albino vestido que habían visto era, ni más ni menos, que Henry Morton Stanley. Los hombres negros que lo acompañaban eran sus portadores y sus ayudantes de Zanzíbar. La piragua grande y misteriosa era el *Lady Alice*, su barco de acero de ocho metros de eslora. Después de que encontrara a Livingstone —el médico, misionero y explorador supuestamente perdido— en las orillas del lago Tanganica en 1871, el *New York Herald* y *The Daily Telegraph* encargaron a Stanley que realizara, entre 1874 y 1877, lo que sería la madre de todas las exploraciones: la travesía del África Central de este a oeste, un viaje vertiginoso a través de pantanos febriles, territorios de tribus hostiles y rápidos mortales.

A mediados de siglo, en Europa se había declarado la fiebre de los descubrimientos. Los periódicos y las sociedades geográficas retaban a los aventureros a explorar los macizos montañosos, a describir los cursos de agua y a cartografiar las selvas vírgenes. Existía una especie de fascinación mística por «las fuentes» de las corrientes y de los ríos, en especial las del Nilo. En 1871, poco antes de su encuentro con Stanley, el británico David Livingstone había descubierto el Lualaba, un río ancho, pero aún innavegable, en el Congo oriental. Dado que discurría hacia el norte, pensó que podría tratarse del curso superior del Nilo. En 1875, su compatriota Lovett Cameron se encontraba a orillas del mismo río, pero se dio cuenta de que si su curso se desviaba hacia el oeste, bien podía tratarse del río Congo, del que se sabía que desembocaba a más de mil kilómetros de allí, en la costa del océano Atlántico. Sin embargo, ninguno de ellos consiguió seguir el río. Stanley sí.

En 1874, Stanley salió de Zanzíbar con su caravana. Por si acaso llevaba consigo su barco, el *Lady Alice*, que podía desmontarse como un mecano. Debió de ser un

espectáculo curioso aquella larga caravana que cruzaba la tórrida sabana del África oriental, a cientos de kilómetros de la corriente navegable, y cuya cola estaba formada por veinticuatro porteadores que cargaban con los segmentos grandes y relucientes del casco de un barco de acero venido de otro mundo.

Stanley sometió el lago Victoria y el lago Tanganica a una minuciosa exploración. Después partió hacia el oeste y, en 1876, se adentró en la zona del temido Tippu Tip que, hechas las presentaciones, resultó ser asimismo un hombre atento, hasta el punto de que Stanley llegó a un acuerdo con él. A cambio de una generosa compensación, Tippu Tip y sus hombres lo acompañarían un buen trecho en dirección norte siguiendo las orillas del Lualaba. Era lo que denominaríamos «un trato beneficioso para todos»: Stanley estaba protegido por Tippu Tip, y este a su vez podía ampliar su territorio añadiendo las zonas que descubriera con Stanley.

El trato funcionó, aunque la presencia del más temido negrero entre el séquito de Stanley provocó bastante malestar en el seno de la población nativa. Nadie sabía lo que era un explorador y todos tomaban a Stanley por otro traficante. En más de una ocasión tuvieron que soportar una lluvia de lanzas y de flechas envenenadas, y más de una vez hubo muertos. Pese a que en sus escritos Stanley solía exagerar el número de escaramuzas (algo que no reportó ningún bien a su reputación), su frecuencia indica hasta qué punto el tráfico de esclavos por parte de los árabes había alterado la zona. Después de una serie de cataratas, el río se volvía navegable y giraba en dirección occidental. Stanley bautizó el lugar como Stanley Falls (que posteriormente se convertiría en Stanleyville y más adelante en Kisangani). Se despidió de Tippu Tip y siguió avanzando solo, acompañado por algunas piraguas tradicionales, en una región en la que jamás un europeo o un comerciante afroárabe habían puesto un pie.

El 1 de febrero de 1877, a las dos de la tarde, su barco pasó por la zona donde vivían los amigos de los padres de Disasi Makulo. Los ribereños habían sido avisados de antemano de su llegada por medio de los gongs y se habían preparado debidamente para la ocasión^[3]. Una flota de guerra de cuarenta y cinco largas canoas de troncos de árbol, con cien hombres a bordo de cada una, puso proa hacia la flotilla de Stanley. Él anotó: «En estas regiones salvajes, nuestra sola presencia despierta airados sentimientos de odio e instintos asesinos, como un buque que en aguas poco profundas remueve el sedimento fangoso». Se trató, en efecto, de una de las mayores confrontaciones militares de su viaje. Las piraguas, impulsadas por cientos de brazos musculosos que remaban a la vez, se echaron encima del *Lady Alice* sobre olas de espuma. Mientras que en la proa los guerreros ataviados con plumas de colores se disponían a atacar con sus lanzas, en la popa estaban sentados los ancianos del poblado. El ruido de tambores y cuernos era ensordecedor. «Este es un mundo salvaje —escribió Stanley— y por primera vez sentimos odio por estos inmundos, rapaces necrófagos que habitan estas tierras»^[4]. Tan pronto vieron caer sobre ellos la primera lluvia de lanzas, sus hombres respondieron disparando los mosquetes. Stanley consiguió abrirse camino hasta la orilla. Una vez en tierra encontró montones de

colmillos de elefante y, en los poblados, vio cráneos humanos ensartados en palos. A las cinco de la tarde ya se había ido de allí.

Aquel parecía haber sido un hecho aislado, una terrible aparición, una inexplicable epifanía. Las aguas volvieron a su cauce o al menos eso pensaban los habitantes del poblado. Sin embargo, aquella travesía cambiaría sus vidas y sin duda la de Disasi Makulo.

Una semana más tarde, Stanley preguntó por enésima vez a un nativo cómo se llamaba el río. Por primera vez la respuesta fue: *Ikuti ya Congo* («Este es el Congo»^[5]). Una respuesta simple que lo llenó de alegría: ahora estaba seguro de que no acabaría en las pirámides de Gizeh, sino en el océano Atlántico. Poco después empezaron a aparecer los primeros mosquetes portugueses. Los ataques de ribereños disminuyeron, pero el hambre, la enfermedad, la fiebre y los rápidos supusieron un pesado lastre para esta histórica travesía del África Central.

El 9 de agosto de 1877, más de medio año después de atravesar la zona donde vivía Disasi, un blanco extenuado y demacrado se desplomaba en el extremo occidental de aquel inmenso territorio, cerca del océano Atlántico, a algunos kilómetros de la adormitada factoría de Boma. Nadie sabía que aquel desecho humano era el primer europeo que había recorrido en barco todo el río Congo. Stanley era el único blanco de la expedición que regresaba con vida, pues durante el viaje habían muerto los cuatro hombres blancos que lo acompañaban. De los doscientos veinticuatro miembros de la expedición, solo noventa y dos llegaron a la costa occidental de África. Fue una travesía heroica con profundas repercusiones: en un periodo de tres años —de 1874 a 1877— Stanley había explorado y cartografiado dos gigantescos lagos: el Victoria y el Tanganica; había desenmarañado la compleja hidrografía del Nilo y del Congo y había determinado la distribución de las aguas entre los dos ríos más grandes de África; había trazado con precisión el curso del Congo y se había abierto camino por el África ecuatorial^[6]. El mundo nunca volvería a ser igual. En la actualidad, el nombre de Stanley se asocia más con aquella frase algo patosa —*Doctor Livingstone, I presume?*— con la que intentaba mantener el decoro victoriano en el trópico que con su impresionante proeza que cambiaría la vida de cientos de miles de personas en el África Central.

Los habitantes de la región de Disasi Makulo pensaban que habían visto un fantasma. No podían saber que a muchos miles de kilómetros al norte había un continente frío y lluvioso donde en el último siglo algo tan banal como el agua hervida había cambiado el curso de la historia. No sabían nada de la Revolución industrial que había transformado el aspecto de Europa. Desconocían por completo la existencia de una sociedad, principalmente agrícola, como la suya, en la que de repente habían aparecido minas de carbón, altas chimeneas, trenes de vapor, suburbios, bombillas y socialistas. En Europa llovían las invenciones y los descubrimientos, pero de esa

lluvia no llegaba ni una gota al África Central. Se habría necesitado una larga tarde para explicar a los nativos lo que era un tren.

Los habitantes del África Central no podían sospechar que la industrialización impulsada por el vapor cambiaría no solo Europa, sino el mundo entero. Más industria significaba un aumento de la producción, más productos y, por consiguiente, más competencia a la hora de conseguir mercados y materias primas. Las fábricas europeas ampliaban cada vez más los círculos en los que compraban y vendían. Estos pasaron de ser regionales a nacionales y de ser nacionales a mundiales. El comercio mundial crecía como nunca antes lo había hecho. En torno a 1885, los buques de vapor reemplazaron a los barcos de vela en las rutas de larga distancia. Una familia rica de Liverpool bebía té de Ceilán. En Worcester se fabricaba a escala industrial una salsa cuyos ingredientes procedían de la India. Los buques holandeses transportaban prensas de imprimir a Java. Y en Sudáfrica se criaban avestruces para que las damas de París, Londres y Nueva York pudieran pasearse con grandes plumas meciéndose en la cabeza. El mundo era cada vez más pequeño, el tiempo avanzaba cada vez más rápido. Y el ritmo nervioso de esta nueva era resonaba en las oficinas, en las ventanillas de las estaciones y en los puestos de aduanas con el febril golpeteo del telégrafo.

La industrialización propició sin duda el expansionismo de las potencias europeas. En lugares lejanos se podían encontrar materias primas baratas y, con un poco de suerte, nuevos clientes. Sin embargo, aquello no promovió de inmediato la colonización. Quien aspira a maximizar los beneficios no se dedica a fundar colonias caras. Quien apuesta por el libre comercio (cosa que hacían todos los industriales de la época) no se siente atraído por algo tan proteccionista como un territorio de ultramar. La industrialización por sí sola no puede explicar el surgimiento del colonialismo. Desde el punto de vista puramente comercial, ni siquiera era necesaria una colonia. Los comerciantes habrían podido seguir durante un tiempo en el África Central intercambiando colmillos por balas de algodón. No, faltaba un ingrediente más para desatar la fiebre colonial: el nacionalismo.

Fue la rivalidad entre los estados nación de Europa lo que los impulsó, a partir de 1850, a abalanzarse apresurados sobre el resto del mundo. El amor por la patria provocó un hambre de poder que a su vez despertó la voracidad territorial. Italia y Alemania acababan de unificarse y en ultramar encontraron posesiones que se adaptaban a su estatus recién adquirido. Francia, que había sufrido una humillante derrota ante Prusia en 1870, intentaba recuperar su reputación con aventuras coloniales en tierras extrañas, sobre todo en Asia y el África occidental. Reino Unido se pavoneaba de su armada, que llevaba décadas dominando, invencible, los mares del mundo, y de su Imperio, que se extendía por todo el globo, desde las Indias Occidentales hasta Nueva Zelanda. La orgullosa Rusia zarista aspiraba también a la expansión y echó el ojo a los Balcanes, a Persia, a Afganistán, a Manchuria y a Corea.

Aquella encarnizada lucha se manifestó antes en Asia que en África. Los europeos conocían el territorio asiático desde hacía más tiempo y sabían que podían hacer negocios lucrativos (algo de lo que aún no parecían estar seguros en África). Cuando Disasi vio por primera vez a un hombre blanco (Stanley), los británicos controlaban ya todo el subcontinente indio, con prolongaciones hacia Baluchistán al oeste y Birmania al este. En la misma época los franceses conquistaron Indochina en el sureste asiático, que hoy incluye Laos, Vietnam y Camboya. Los holandeses llevaban ya más de dos siglos gobernando el enorme grupo de islas que posteriormente se denominaría «Indonesia». Las islas Filipinas estaban en manos españolas, pero no tardarían en pasar a ser territorio de Estados Unidos: un grupo formado por antiguas colonias francesas e inglesas que de este modo se convertía también en potencia colonial. Aunque China y Japón resistieron la presión de los colonizadores occidentales, acabaron firmando a regañadientes tratados sobre aranceles aduaneros, concesiones, esferas de influencia y protectorados. La globalización que se había iniciado en el siglo XVI se aceleró a partir de 1850. Y sería la combinación de industrialización y nacionalismo lo que conduciría al característico colonialismo del siglo XIX.

Eso mismo sucedió también en el África Central. En un principio, el interés europeo por la zona era sobre todo comercial. Hasta 1880, los diferentes países no se sentían llamados a transformar sus actividades económicas en acciones políticas. Todavía no se hablaba de «colonias». Sin las crecientes rivalidades nacionales de Europa, grandes partes del África Central habrían caído seguramente en la esfera de influencia política de Egipto y de Zanzíbar^[7]. De hecho, ese proceso se encontraba ya en marcha. En el este, Tippu Tip y Msiri controlaban los reinos que dependían del sultán de Zanzíbar. Más al norte, Al-Zubayr dominaba un gran territorio que oficialmente era una provincia del jedive de Egipto. En definitiva, nada parecía anunciar el nacimiento del Congo. Todo podría haber sucedido de forma muy distinta, pues la región no estaba predestinada a convertirse en un único país. De entrada, no se había previsto que Disasi fuera compatriota de Nkasi, el anciano al que conocí en Kinsasa. Puede que aquellos dos niños se llevaran apenas diez años, pero uno vivía en la selva ecuatorial y el otro en el curso inferior del Congo, separados por una distancia de mil doscientos kilómetros. Hablaban idiomas distintos, tenían costumbres diferentes y no sabían absolutamente nada de la cultura del otro. El hecho de que se convirtieran en compatriotas no fue un logro suyo ni de sus padres, sino el resultado de la envidia en aquel extraño continente del hemisferio norte que ellos no conocían.

No, los coetáneos de aquellos dos niños no podían saber que en Europa a floraba a menudo la envidia. Y que fue debido a ello por lo que, en 1830, los principales estados aprobaron la creación de un nuevo y minúsculo país. Bélgica —así se llamaba el pequeño Estado— se había separado del Reino Unido de los Países Bajos después de un *mariage de raison* de quince años y podía servir de Estado colchón,

una zona de contención entre la ambiciosa Prusia, la poderosa Francia y la orgullosa Inglaterra. Quizá pudiera refrenar algo la envidia que sentían, los unos por los otros, aquellos países. En 1815, después de la batalla de Waterloo, se había tenido la misma idea: la región que durante siglos había servido de campo de batalla para los ejércitos europeos debía convertirse ahora en una zona neutral que fomentara la paz. En 1830, Bélgica declaró su independencia. Un gran paso para los belgas, pero insignificante para la humanidad, que no le quitó el sueño a nadie en el África Central.

De hecho, allí nadie había oído hablar de Bélgica. Nadie podía sospechar que el primer rey de aquel país fuera a tener un hijo que haría gala de una desmesurada ambición. El padre, un príncipe melancólico que enviudó joven, había aceptado gustoso la corona. Sin embargo, su ambicioso hijo, el futuro Leopoldo II, no parecía contentarse con el pequeño territorio sobre el que le había tocado reinar. Con tan solo veinticuatro años, ordenó que grabaran el siguiente texto en un pisapapeles destinado a su ministro de Finanzas: *Il faut à la Belgique une colonie*: Bélgica necesitaba una colonia y lo de menos era dónde. Antes de ascender al trono ya había considerado como posible colonia el Limburgo holandés, Constantinopla, Borneo, Sumatra, Formosa (Taiwán), Tonkín (Vietnam), partes de China o Japón, las islas Filipinas, algunas islas del océano Pacífico o, en caso necesario, algunas islas del Mediterráneo (Rodas, Chipre). Aun así, a partir de 1875 se sintió atraído por el África Central. Devoraba las crónicas de los exploradores, se relamía al pensar en una gloriosa aventura y soñaba con una empresa heroica. No lo hacía únicamente por megalomanía o para demostrar su valía personal, como a menudo se ha afirmado. No. Él creía de corazón que una estimulante aventura en el extranjero, dondequiera que fuese, haría bien a la joven nación belga, tanto desde el punto de vista monetario como moral. En contra de lo que se ha repetido, no lo hizo solo por sí mismo, sino también por el pueblo y por la patria. En total sintonía con su tiempo, el rey conciliaba sin esfuerzo un apasionado patriotismo con un calculado mercantilismo.

En 1876, el joven e impetuoso monarca reunió a treinta y cinco exploradores, geógrafos y hombres de negocios de toda Europa en una conferencia con el fin de evaluar la situación del África Central. Oficialmente, su intención era detener la trata de esclavos afroárabe e impulsar la ciencia, pero su círculo íntimo sabía que quería para sí parte de *ce magnifique gâteau africain*^[e5].^[8] Por otro lado, su indignación con el comercio de esclavos era selectiva, pues guardó silencio sobre el hecho de que los occidentales hubieran traficado a gran escala con seres humanos y de que incluso siguieran haciéndolo en algunos lugares. La conferencia se haría célebre. Durante cuatro días el palacio real acogió a aventureros de toda Europa, más acostumbrados a pasearse en el trópico con camisas sudadas que a cenar con el soberano y su consorte y a recorrer las calles de Bruselas en elegantes carruajes. Entre ellos se encontraban Lovett Cameron, el hombre que había atravesado África Central de este a oeste pasando por la sabana al sur de la selva ecuatorial; Georg Schweinfurth, que había realizado importantes descubrimientos en las sabanas al norte de la selva virgen; y

Samuel Baker, que se había acercado a la región desde el curso superior del Nilo. En las últimas décadas se habían logrado increíbles avances en la exploración de África.

Hasta aproximadamente 1800 el continente más próximo a Europa era el que los europeos menos conocían. Desde el siglo XVI los buques mercantes portugueses, holandeses y británicos que ponían rumbo a la India estaban más o menos familiarizados con las costas, pero el interior de África siguió siendo durante siglos *terra incognita*. Aparte de algunas pequeñas factorías europeas en el litoral occidental, allí no había nada. A principios del siglo XIX África era uno de los dos grandes espacios en blanco en el mapamundi de aquella época; el otro era la Antártida. La Amazonia ya había sido cartografiada en gran medida.

Sin embargo, tres cuartos de siglo más tarde los cartógrafos europeos sabían con bastante exactitud dónde se encontraban los oasis, las rutas de caravanas y los *uadis* del Sáhara. Habían localizado con precisión los volcanes y ríos de la sabana del África meridional. Los croquis, en sus mesas de dibujo, se fueron llenando rápidamente con nombres de plantas exóticas y de denominaciones de poblados. A pesar de ello, en el centro del mapa que estudiaban los participantes de la Conferencia de Bruselas en 1876 había aún un gran espacio en blanco. En uno u otro momento, todos ellos habían recorrido sus contornos. Parecía una planicie sin nombre, sin leyenda y sin color. Un enorme vacío que abarcaba nada menos que una octava parte del continente. Contenía, como mucho, una línea de puntos titubeante y torcida. Aquel espacio era la selva ecuatorial. La línea de puntos erróneamente trazada era el río Congo.

Mientras, en Bruselas los conferenciantes celebraban reuniones e iban al teatro a expensas del rey, Stanley cruzaba el África Central. El 14 de septiembre de 1876, el día en que Leopoldo clausuró la conferencia, Stanley abandonaba la costa oeste del lago Tanganica para abrirse paso hacia el curso superior del Congo. Aquel fue, si lo hubo, el día en que se selló —o al menos se determinó en gran medida— el destino político de la región. Al iniciar la etapa, Stanley encontraría el misterioso río que lo llevaría a través de la supuestamente impenetrable selva ecuatorial del África Central, aunque en aquellos momentos esa fuera la última de sus preocupaciones (bastante tenía con la selva, los indígenas y los negreros). Aquel día se decidió crear en Bruselas una asociación internacional —la Association Internationale Africaine (AIA)—, cuyo objetivo consistía en hacer científicamente accesible la zona por medio de diversas estaciones. La asociación tenía comités nacionales, pero estaba presidida por Leopoldo.

En Europa, la noticia de la travesía de Stanley cayó como una bomba. El rey Leopoldo se dio cuenta de inmediato de que Stanley era el hombre que podía hacer realidad sus ambiciones coloniales. Sin pérdida de tiempo, en enero de 1878 envió dos emisarios a Marsella con la misión de esperar su llegada e invitarlo al palacio real de Laeken. Por su parte, Stanley —como buen británico— intentó primero despertar el interés de Reino Unido por su aventura. Sin embargo, cuando Londres le cerró la

puerta, decidió aceptar la invitación de Leopoldo. Los dos hombres debatieron los planes durante mucho tiempo. El rey se entusiasmó tanto con su empresa que la reina se preguntaba qué sería de él «si llegaba a arruinarse con esta loca quimera». El primer secretario de la AIA se quejó ante la reina: «*Madame*, paremos esto, ya no sé qué hacer, no hago más que discutir con Su Majestad, pero él trabaja a mis espaldas con canallas. ¡Me está volviendo loco! Y el rey se está arruinando por completo»^[9]. Fue en vano. El soberano se salió con la suya: en 1879, Stanley volvió a partir hacia el África Central, ahora a expensas de Leopoldo, por un periodo de cinco años. En aquella ocasión el explorador iba a realizar el recorrido en dirección contraria, de oeste a este, corriente arriba. Y no se trataba de la única diferencia. El viaje de Stanley de 1879 a 1884 fue fundamentalmente distinto de la expedición que llevó a cabo entre 1874 y 1877. La primera vez viajaba pagado por un periódico, ahora lo hacía por encargo de la asociación internacional de Leopoldo. La primera vez tuvo que arreglárselas para llegar cuanto antes al otro lado de África, ahora se le había encomendado la misión de crear estaciones aquí y allá: una actividad que le exigía mucho tiempo. Tenía que negociar con jefes locales y además dotar las estaciones de efectivos. La primera vez iba como aventurero y periodista, ahora en calidad de diplomático y funcionario.

Disasi Makulo cumplió diez años y luego doce, y oía hablar cada vez más de una nueva tribu, los batambatamba. Los niños mayores y los adultos se referían a ellos con miedo y horror. Batambatamba no era un nombre étnico, sino una onomatopeya con la cual se designaba a los comerciantes afroárabes. Habían llegado a su región, el extremo occidental de su ruta. En su poblado, Disasi oyó decir: «Hemos visto a hombres que van y vienen; llevan una especie de palo hueco, cuando lo golpean se oye un ruido, pam pam, y de él salen granos que hieren y matan a las personas. ¡Es horrible!»^[10].

Sin embargo, todo aquello parecía muy lejano, igual de raro que la historia sobre el albino que navegaba en un barco sin remeros. Un día, sus padres dejaron que Disasi saliera con su tío y con su tía^[11]. Corría el año 1883, aunque allí los años aún no tenían números.

Aquel día hacía mucho calor. Cuando llegamos a un pequeño río llamado Lohulu, entre Makoto y Bandio, mi tío y yo decidimos lavarnos. Mi tía Inangbelema nos esperaba un poco más lejos. Mientras nadábamos y chapoteábamos en el agua, los batambatamba nos oyeron y nos rodearon. Mi tía cantaba nanas para tranquilizar a su bebé que lloraba. Ninguno de nosotros pensó que pudiera haber peligro.

De repente, se oyó un grito. «¡Ayuda! ¡Ayuda! Hermano Akambu, los guerreros me atacan.» Salimos apresuradamente del río y vimos que mi tía ya había caído en manos de nuestros enemigos. Uno de los atacantes le arrancó al bebé de las manos y lo dejó sobre un nido de hormigas rojas. Estábamos tan aterrados que ninguno de nosotros osó acercarse a él. El tío Akambu y mi primo huyeron y se escondieron entre los matorrales. Yo me mantuve a una distancia para ver qué querían hacer con mi tía. Por desgracia, uno de aquellos hombres me

descubrió. Se acercó a mí corriendo y me atrapó. Mi tío Akambu y mi primo también fueron apresados.

Hasta aquel terrible día la vida de Disasi había transcurrido en su poblado y en algunos asentamientos cercanos. De pronto era arrancado con brutalidad de su entorno familiar. La travesía de Stanley, y en particular su trato con Tippu Tip, habían abierto la selva ecuatorial a los traficantes de esclavos afroárabes. Aquello provocó una oleada de violencia. Los batambatamba saqueaban y quemaban poblados, asesinaban y tomaban prisioneros. A su vez, los nativos se pintaban el rostro y atacaban de noche los campamentos de los traficantes para masacrar a los invasores con sus lanzas mientras proferían gritos de guerra.

Seguramente, los asaltantes de Disasi también eran esclavos que saqueaban por encargo de su amo. Disasi no tardaría en conocer a aquel amo, un hombre que recorría la selva vestido con una chilaba de un blanco inmaculado: ¡Tippu Tip! Quizá también viera a Salum ben Mohammed, su primo y más próximo colaborador^[12]. Los esclavos recién capturados eran llevados al poblado de Yamokanda.

Aquí se podía redimir a los prisioneros. Muchos de los capturados eran liberados porque sus padres traían marfil. Mi padre también trajo algunos colmillos, pero Tippu Tip le dijo que no era suficiente para cuatro personas. Solo dejó que se fueran mi tío Akambu, mi tía Inangbelema y mi primo. Sobre mí les dijo: «Id a casa y traedme otros dos colmillos». Yo me quedé solo entre otros prisioneros que no habían sido rescatados.

Sin embargo, el traficante de esclavos en cuestión decidió no esperar y se marchó aquel mismo día. Los adultos presos iban maniatados, los niños, no. En la orilla del Aruwimi les esperaban unas piraguas grandes. «Lo único que se podía oír durante aquella aciaga travesía eran llantos y sollozos.» Disasi sabía que abandonaba su región y que ya no podría ser rescatado. Más tarde se enteró de que su padre había regresado al campamento con el marfil que le habían pedido, pero cuando llegó la caravana ya había partido.

El viaje hacia el este fue penoso. «Para nosotros, aquella travesía hacia el curso superior era solo un viaje hacia la muerte, aunque ellos nos decían que querían protegernos y hacernos iguales a ellos.» Cuando les aseguraban eso no lo decían con cinismo. Los esclavos de los traficantes afroárabes no tenían como destino las grandes plantaciones de algodón o azúcar, como sucedía en América. Aunque algunos de ellos acabarían cosechando clavo en Zanzíbar, la mayoría servirían como esclavos domésticos de musulmanes adinerados, entre otros en la India. Muchos se convirtieron al islam y ascendieron en la escala social. Su conversión se iniciaba ya durante el viaje.

Un día nos sucedió algo raro. Mientras nuestro *mualimu* [profesor] nos enseñaba el Corán, vimos que, bajando por el río, se nos acercaban unas piraguas muy grandes. Eran tres. Todos, tanto los ribereños como nosotros, nos asustamos porque creíamos que eran nuevos atacantes que también navegaban por el río para asesinar y saquear. Algunos ribereños huyeron con sus piraguas para esconderse en los islotes del río; otros se adentraron enseguida en la selva. Nosotros nos quedamos sentados, mirando fijamente aquellas extrañas piraguas. Pronto se acercaron a la orilla.

Vimos salir a hombres blancos y negros: eran Stanley y algunos blancos, que iban a establecer una estación en Kisangani (Stanleyville). Stanley no era un desconocido para los ribereños. Los lokele lo llamaban *bosongo*, que significaba «albino».

Stanley navegaba, en efecto, con tres barcos de vapor. Ejecutaba el encargo del rey Leopoldo de crear estaciones en diversos lugares y de negociar con los jefes de las tribus locales. Fue durante aquel viaje cuando constató que su travesía había abierto el interior no solo al comercio y a la civilización de Occidente, sino también a los traficantes de esclavos de Oriente que descendían cada vez más por el río. Fue en aquel viaje cuando se dio cuenta de que los comerciantes árabes podrían adelantarlos y llegar enseguida al curso inferior del río. De momento solo acababan de dejar atrás Stanley Falls (Kisangani), pero no tardarían en llegar a Stanley Pool (Kinsasa). En tal caso, Leopoldo podía olvidarse de sus planes. En aquel viaje Stanley adquirió conciencia de la superioridad de los traficantes: tenían decenas de piraguas y varios miles de hombres. En cambio él contaba únicamente con tres barcos y varias docenas de ayudantes^[13].

En la región de Disasi, Stanley solo vio poblados calcinados y chozas carbonizadas en las orillas, «restos de asentamientos muy poblados, plantaciones de plátanos chamuscadas y palmeras abatidas, [...] otras tantas pruebas de un despiadado deseo de destrucción». Un poco más lejos divisó los campos de esclavos a lo largo del río. A finales de noviembre de 1883 llegó al campamento en el que permanecía Disasi:

La primera impresión general que nos produjo el campamento fue que estaba demasiado poblado para ofrecer un mínimo de comodidad. Se veían hileras e hileras de negros desnudos, separados, solo de vez en cuando, por las ropas blancas de los negreros. Aquellas infelices criaturas negras estaban paradas o avanzaban con desánimo, en filas o en grupos; en los barracones había cuerpos desnudos tumbados en todas las posturas imaginables; a lo lejos se veían innumerables piernas desnudas de gente dormida; innumerables niños desnudos, incluso lactantes; muchachos y muchachas y de vez en cuando un pequeño grupo de ancianas completamente desnudas encorvadas bajo el peso de una cesta de leña o de un racimo de *casava* (mandioca) o de plátanos y empujadas por dos o tres hombres armados^[14].

Stanley se fue primero a establecer una estación cerca de Stanley Falls, pero el 10 de diciembre de 1883 regresó al campo de esclavos. El pequeño Disasi fue testigo de una escena singular. «Tippu Tip fue a ver a Stanley. Después de una larga conversación en una lengua incomprensible, Tippu Tip llamó a nuestro capataz. Este nos agrupó y nos llevó ante los dos hombres.» Disasi no entendía nada. Una vez acabada la conversación, los hombres de Stanley sacaron algunos rollos de tela y varios sacos de sal del casco del barco. Su profesor de Corán le explicó, con todo el dolor de su corazón, que el hombre blanco quería comprarlos a él y a sus compañeros. Stanley se llevó consigo a dieciocho niños^[15]. Sabía que su inferioridad numérica no le permitía emprender acciones militares contra los batambatamba. Lo único que podía hacer era preocuparse por el destino de algunos niños. Así que los redimió.

De este modo se inició una nueva fase en la vida de Disasi. El ambiente a bordo era alegre. «Gritábamos, reíamos, nos contábamos historias. Nadie me puso una cuerda alrededor del cuello y no nos trataban como bestias, como cuando estábamos con los árabes.» Sin embargo, sería demasiado simple afirmar que Stanley los liberó de la esclavitud. Desde siempre, en el África Central la esclavitud no se entendía tanto como la privación de la libertad, sino más bien como el desarraigo del entorno social en el que uno se había criado^[16]. Sin ninguna duda, la esclavitud era terrible, pero por motivos distintos de los que se suele creer. En una sociedad tan caracterizada por el sentido de comunidad, «la autonomía del individuo» no significaba en absoluto libertad, como llevaban proclamando los europeos desde el Renacimiento, sino soledad y confusión. Existes para quien conoces y si no conoces a nadie, no existes. La esclavitud no significaba estar sometido, sino desarraigado, lejos de casa. A Disasi lo habían arrancado de su entorno y seguiría así. Por ello no veía a Stanley como su liberador, sino como un nuevo amo, mejor que el anterior.

Eso se puso de relieve con total claridad al día siguiente cuando volvieron a navegar por su región natal. Disasi pensó que Stanley lo devolvería con sus padres, pero, para su asombro, los barcos no aminoraron la marcha. «¡Allí vivimos! ¡Allí vivimos! —gritó—. ¡Llevadme de vuelta con mi padre!» Sin embargo, según recordaría Disasi una vida después, Stanley les dijo:

No temáis, hijos míos. No os he comprado para haceros daño, sino para que conozcáis la verdadera felicidad y la prosperidad. Solo habéis visto cómo los árabes tratan a vuestros padres e incluso a los niños pequeños. No puedo devolveros a casa porque no quiero que seáis como ellos, unos salvajes crueles que no conocen a Dios. No lloréis la pérdida de vuestros padres. Os encontraré otros padres que os tratarán bien y que os enseñarán muchas cosas buenas; más tarde seréis como nosotros.

Acto seguido, Stanley cortó un rollo de tela en pedazos y dio a todos los niños un taparrabos para que se adecentaran. «Aquel regalo nos alegró —contó Disasi—, y su bondad nos hizo sentir ya su amor paternal»^[17].

El encuentro con Stanley supuso un giro radical en la vida de Disasi Makulo. En cambio, muchos de sus coetáneos parecían seguir igual. Los hombres quemaban como siempre los campos de cultivo, mientras que las mujeres plantaban maíz y mandioca; los pescadores reparaban sus redes; los viejos charlaban sentados a la sombra; los niños capturaban saltamontes. Nada parecía haber cambiado.

Sin embargo, era solo en apariencia, pues los que habían visto a aquellos curiosos europeos, a menudo se quedaban profundamente impresionados. Aquellos hombres andrajosos querían comprar algunas gallinas y se pasaban la tarde hablando con el jefe del poblado, pero se esforzaban en asombrar a la población local. Sacaban adrede espejos, lupas, sextantes, brújulas, relojes y teodolitos para impresionar. Esto no siempre provocaba el entusiasmo. En algunos poblados achacaban la muerte natural de algunos habitantes a aquellos extraños termómetros y barómetros cuyo funcionamiento les habían mostrado los hombres blancos^[18]. El respeto se alternaba

con el recelo. No obstante, la violencia a gran escala llegaría solo más tarde, cuando la población local fue sometida *manu militari* al control europeo.

Muy a menudo los nativos dudaban de que los blancos fueran mortales comunes y corrientes. Para empezar, debido a su calzado no parecían tener dedos en los pies. Y puesto que en grandes partes del África subsahariana el blanco era el color de la muerte (el color de los huesos humanos, de las termitas, de los colmillos), suponían que debían de proceder del país de los muertos. Los consideraban espíritus pálidos, con poderes mágicos sobre la vida y la muerte, hombres que abrían sombrillas y eran capaces de hacer caer muerto a un animal a cientos de metros de distancia. Los bangala llamaban Midjidji, «espíritu», a Stanley y los bakongo Bula matari, «rompepiedras», porque hacía volar las rocas en pedazos con dinamita. Más tarde, el término «Bula matari» se utilizaría asimismo para designar al régimen colonial. También en el poblado de Disasi Makulo se hablaba de él como de un fantasma. E. J. Glave, uno de los ayudantes de Stanley, recibió primero el nombre de Barimu, «fantasma», y luego Makula, «flechas». Los bangala dieron a Herbert Ward, otro de sus hombres, el apodo de Nkumbe, «halcón negro», porque era un buen cazador.

También resultaba muy extraña la manera en que los hombres blancos se desplazaban. ¡Con barcos de vapor! Los bangala, que vivían a orillas del río en el interior del país, creían que aquellos viajeros reinaban sobre las aguas y que sus barcos eran tirados por gigantescos peces o por hipopótamos. Cuando, después de una negociación, veían bajar al blanco a la bodega para volver a salir con abalorios, telas o muestras de cobre, pensaban que en el barco había una puerta por la que podían acceder al lecho del río para recoger aquello con lo que pagaban^[19].

La primera oleada de evangelización siguió en la estela de las exploraciones. Fue obra de protestantes anglosajones y escandinavos que empezaron estableciéndose en la costa oeste, justo después de la travesía de Stanley. La Livingstone Inland Mission inició su labor predicadora en 1878 desde la desembocadura del Congo; en 1879, la Baptist Missionary Society partió desde la colonia portuguesa en el sur; la Svenska Missions Förbundet desembarcó en 1881, seguida en 1884 y 1886 por los baptistas y metodistas estadounidenses. Del lado católico, a partir de 1880 hubo dos congregaciones francesas activas: los misioneros del Espíritu Santo en el oeste y los padres blancos en el este. Las iniciativas de este tipo comportaban una serie de riesgos. Quien partía hacia el África Central sabía que podía morir. La enfermedad del sueño y la malaria se cobraban un costoso tributo. El baptista británico Thomas Comber perdió a su esposa a las pocas semanas de llegar al África Central. Él fallecería a causa de una enfermedad tropical, al igual que sus dos hermanos, su hermana y su cuñada; en total, seis miembros de una misma familia. Una tercera parte de todos los baptistas enviados entre 1879 y 1900 pereció en el trópico^[20]. Allí no podía conseguirse ni dinero, ni poder. Los primeros misioneros eran personas muy creyentes que consideraban que su obligación consistía en hacer partícipes a otros de su verdad.

También los primeros misioneros tenían una caja de trucos para impresionar a los nativos. Y esta era necesaria incluso en regiones que habían estado en contacto con los blancos durante algún tiempo. El comercio de marfil no había traído solo prosperidad. En 1878, cuando los primeros misioneros blancos, los baptistas británicos George Grenfell y Thomas Comber, pusieron rumbo hacia el norte desde la colonia portuguesa, se encontraron con la pequeña ciudad de Makuta a medio camino entre Mbanza-Kongo en Angola y el río Congo. El jefe local los recibió con recelo:

¡Ah, así que no han venido a comprar marfil! ¿Qué quieren entonces? ¡Darnos lecciones sobre Dios! ¡O sobre la muerte, seguro! Estamos más que hartos de eso; en mi ciudad hay muertes y más muertes. Los blancos no pueden venir aquí. Si los dejamos entrar, eso supondrá nuestro fin. Ya es horrible que estén en la costa. Los comerciantes de marfil se llevan demasiados espíritus en los colmillos y luego los venden; nosotros morimos demasiado pronto. Los blancos no deberían haber venido para hechizarme^[21].

Aunque uno de aquellos dos misioneros sería herido de bala en Makuta, en otros lugares los evangelistas protestantes consiguieron ganarse el corazón y la mente de la población local. En parte gracias a las maravillas de la técnica. Los baptistas británicos le mostraron algunos autómatas al jefe de los bakongo. Además de un ratón mecánico, le enseñaron un *dancing nigger*, como lo llamaban, un muñeco mecánico que tocaba el violín y daba brincos^[22]. Este tipo de ingenios aseguraba el respeto y la diversión de los nativos. Las cajas de música eran otro prodigio. Sin embargo, lo mejor de todo eran las imágenes luminosas de escenas bíblicas que algunos misioneros proyectaban en la oscuridad de la noche con ayuda de una linterna mágica. Para la población indígena aquello debía de representar algo de otro mundo^[23].

Hablar con Nkasi en su sofocante vivienda sobre aquellos pioneros constituía una experiencia que producía vértigo. La conversación avanzaba a trompicones, lo que él me contaba eran solo retazos de recuerdos, pero el hecho de que, más de un siglo después, aún recordara de la llegada de misioneros blancos indica lo especial que fue aquello. Refiriéndose a los baptistas británicos precisó que «los protestantes ingleses habían llegado al Congo desde Mbanza-Kongo en Angola». Me habló de las misiones de Palabala y de Lukunga, ambas fundadas por la Livingstone Inland Mission y que, en 1884, pasaron a formar parte de la American Baptist Missionary Union. Recordaba a «mister Ben», tal como lo transcribí fonéticamente en mi libreta. Más tarde descubrí que debía de tratarse de Alexander L. Bain, el baptista estadounidense que había realizado una importante labor en la zona a partir de 1893^[24]. Sin embargo, se centró sobre todo en «mister Wells» o «Welsh», *mister*, no *monsieur*, puesto que en aquella época todavía no se hablaba francés en el Congo. «Lo vi en la misión protestante de Lukunga. Era un misionero inglés que impartía clases. Vivía con su mujer en Palabala, cerca de Matadi.»

Durante mucho tiempo me pregunté quién era aquel hombre. ¿Se trataba del estadounidense Welch, seguidor del enérgico obispo metodista estadounidense William Taylor, que en 1886 había fundado tres misiones en la zona (aunque no en Palabala, ni en Lukunga^[25])? ¿O era «mister Welsh», el apodo de William Hughes, un baptista británico, y sobre todo un nacionalista galés, que entre 1882 y 1885 había trabajado en la misma zona en la misión de Bayneston^[26]? Al final llegué a un tal Ernest T. Welles, un baptista estadounidense que había viajado al Congo en 1896 y que en 1898 ya traducía textos bíblicos al kikongo. Tenía que ser él. Se trataba de un colega directo de mister Bain y durante un tiempo estuvo vinculado con la misión de Lukunga. En sus cartas familiares hablaba de asistentes indígenas que le ayudaban a imprimir las traducciones de la Biblia^[27]. Eso era interesante, puesto que Nkasi me había contado que el hermano menor de su padre había trabajado para aquel misionero. Aquellos primeros evangelistas dejaron una impresión indeleble en el joven Nkasi. Lo que más recordaba de ellos era su sencillez y su amabilidad. «Mister Welles —me dijo pensativo durante una de nuestras conversaciones—, iba a pie a todas partes, era muy bueno.»

Enero de 1884. Hacía ya una semana que Stanley había iniciado el camino de vuelta. Repartió a los dieciocho niños que llevaba consigo entre las estaciones que había establecido en su viaje de ida, como Wangata y Lukolela. Disasi Makulo y un amigo suyo eran los últimos que quedaban y se preguntaban qué sería de ellos. Por fin llegaron al *pool*^[e6], el lugar donde el río se ensanchaba y donde Stanley había levantado la estación de Kinsasa, cuya dirección había dejado en manos de su fiel amigo Anthony Swinburne, un joven de veintiséis años que llevaba ya diez viajando con él. Fue Swinburne quien se hizo cargo de Disasi y de su amigo. Para Disasi resultó doloroso separarse de Stanley: «Desde el primer día de nuestra liberación hasta que llegó el momento de la despedida, él fue para nosotros un padre lleno de bondad». Hoy en día, Stanley es considerado a menudo el racista por antonomasia, una reputación que debe a su exagerado estilo narrativo y a su asociación con Leopoldo II. En realidad, su actitud era mucho más ambigua^[28]. Tenía un alto concepto de numerosos africanos, con algunos de ellos había trabado una profunda y sincera amistad y muchos sentían por él un gran aprecio. Por supuesto, sus actividades de secuestrador y buscador de gangas lo convertían en un personaje de lo más peculiar, pero él parecía preocupado de verdad por el bienestar de los niños redimidos. Tal como relató Disasi:

El señor Swinburne nos recibió con los brazos abiertos. La predicción de Stanley resultó ser cierta. Aquí nos encontramos en una situación que no se diferenciaba en nada de la que ofrecen un buen padre y una buena madre a sus hijos. Estábamos bien alimentados y bien vestidos. Durante su tiempo libre, el señor Swinburne nos enseñaba a leer y a escribir^[29].

Es un milagro que a Swinburne le quedara tiempo libre. En unos pocos años había convertido Kinsasa en una de las mejores estaciones a orillas del Congo. Esta se encontraba cerca del río entre los baobabs. Allí hizo cultivar bananas, plátanos macho, piñas y guayabas, así como verduras europeas. Tenía vacas, cabras y aves de corral. El aire era saludable. El lugar se conocía como The Paradise of the Pool^[30]. Su casa estaba hecha de adobe y el tejado, de hierba; tenía tres habitaciones. Alrededor había una veranda donde comían y leían. Detrás de la casa de Swinburne se encontraban las cabañas de los zanzibareños. En aquella época, las «estaciones» eran a menudo poco más que una simple vivienda habitada por un blanco. Su tarea consistía en ayudar a los viajeros, en impulsar la ciencia, en predicar la civilización y, si era posible, en erradicar la esclavitud. En la práctica se trataba de una especie de minicolonias que intentaban ejercer cierta autoridad sobre el territorio circundante. Islotes de Europa. Los zanzibareños constituían el ejército de uno de aquellos puestos. Aún no se había producido una ocupación general del interior.

Detrás de la estación de Swinburne se abría una gran llanura, limitada a lo lejos por las colinas. En la actualidad, allí se extiende una de las más grandes ciudades de África, pero en el siglo XIX era tierra de nadie, un lugar pantanoso habitado por búfalos, antílopes, patos, perdices y codornices. En las zonas más secas, los lugareños cultivaban mandioca, cacahuetes y boniatos. Sus poblados se encontraban a algunos kilómetros de allí. Swinburne se llevaba muy bien con la población local. Su paciencia y su tacto lo convirtieron en un hombre no solo respetado, sino también querido. Hablaba el idioma de los nativos y ellos lo llamaban «padre del río». No obstante, no dudaba en intervenir siempre que lo consideraba necesario. Por ejemplo, intentaba de forma sistemática impedir que, al fallecer el jefe de un poblado, se asesinara y se enterrara con él a sus esclavos y a sus esposas, algo que asombraba mucho a los lugareños, pues ¿cómo podía permitirse que un jefe de poblado digno de ese nombre llegara solo al reino de los muertos?

Para establecer una estación, Stanley y sus ayudantes firmaban contratos con los jefes locales, tal como habían hecho durante siglos los comerciantes europeos en la desembocadura del Congo. A cambio de una contribución económica arrendaban un trozo de tierra donde instalarse. Swinburne también había firmado algunos de esos contratos, a menudo después de jornadas de largas negociaciones. Sin embargo, a partir de 1882, Leopoldo empezó a impacientarse. Su asociación filantrópica internacional se había transformado en una empresa comercial privada con capital internacional: el Comité d'Études du Haut-Congo (CEHC). El rey ordenó a sus agentes que obtuvieran concesiones más grandes, en menos tiempo y, a ser posible, a perpetuidad. En lugar de mantener interminables conversaciones para poder arrendar una parcela de tierra, en adelante había que adquirir zonas enteras a toda prisa. Y ni siquiera eso bastaba: Leopoldo no solo quería comprar tierras, sino conseguir todos los derechos sobre ellas. Su iniciativa comercial se convirtió en un claro proyecto

político: el monarca belga soñaba con una confederación de soberanos indígenas que dependieran de él. En una carta a uno de sus empleados no dejó ni un ápice de duda:

El texto de los tratados que Stanley ha firmado con los jefes no me gusta. Tenemos que añadir al menos un artículo que establezca que renuncian a sus derechos soberanos sobre esos territorios. [...] Se trata de una labor importante y urgente. Esos tratados deben ser lo más breves posible y deben concedérselo todo en uno o en dos artículos^[31].

La consecuencia fue que los ayudantes de Stanley pasaron a organizar auténticas *treaty making campaigns*. Iban de poblado en poblado visitando a los jefes, armados con la nueva hoja de ruta de Leopoldo y con unos escuetos contratos. Algunos no perdían el tiempo. En las primeras seis semanas de 1884, un comandante británico llamado Francis Vetch consiguió firmar nada menos que treinta y un tratados. Algunos agentes belgas, como Van Kerckhoven y Delcommune, llegaron a cerrar, en un solo día, nueve tratados cada uno. En menos de cuatro años se refrendaron unos cuatrocientos. Todos ellos redactados en francés o en inglés, idiomas que los jefes nativos no comprendían. En una tradición oral en la que los pactos importantes se sellaban con sangre, a menudo los jefes no eran conscientes de la importancia de la cruz que estampaban al pie de unas páginas llenas de signos extraños. Y aunque hubiesen podido leer los textos, no estaban familiarizados con conceptos del derecho de propiedad y del derecho constitucional como «soberanía», «exclusividad» y «perpetuidad». Seguramente pensaban que estaban afianzando lazos de amistad. Sin embargo, aquellos tratados estipulaban que los jefes renunciaban a sus tierras y, por consiguiente, a sus derechos en relación con los senderos, la pesca, el pago de peajes y el comercio. A cambio de esa cruz, sus amigos blancos les daban rollos de tela, cajas de ginebra, abrigos militares, gorras, cuchillos, una librea o un collar de coral. En adelante, la bandera de la asociación de Leopoldo ondearía en su poblado: una estrella amarilla sobre un fondo azul. El azul hacía referencia a la oscuridad en la que vivían los indígenas; el amarillo, a la luz de la civilización que se acercaba a ellos. Estos siguen siendo los colores dominantes de la actual bandera del Congo.

El motivo de las repentinas prisas de Leopoldo II por conquistar aquellos territorios se debía, una vez más, a la rivalidad entre los países europeos. El rey temía que otros se le adelantaran. Algunos ya lo hacían. En el sur, los portugueses seguían ejerciendo sus derechos sobre su vieja colonia. Y en el norte, Savorgnan de Brazza había empezado a firmar tratados similares con los jefes lugareños en 1880. Brazza, un oficial italiano al servicio del ejército francés, había recibido el encargo de crear dos estaciones científicas en la margen derecha del río Congo. Francia participaba en la Association Internationale Africaine, la asociación que presidía el rey Leopoldo, y aquellas dos estaciones constituían la contribución francesa a la iniciativa de Leopoldo. Sin embargo, Brazza también era un fanático patriota francés que, sin que nadie se lo hubiese pedido, estaba fundando una colonia para su querida Francia: la que más tarde se convertiría en la República de Congo-Brazzaville^[32]. En 1882, en Europa se empezó a adquirir conciencia de que alguien estaba comprando grandes

partes del África Central por propia iniciativa, lo que provocó una gran consternación. Leopoldo tenía que intervenir.

Un italiano compraba trozos de África para Francia, mientras que un británico, Stanley, negociaba otros pedazos para el rey belga: lo llamaban diplomacia, pero en realidad se trataba de una fiebre del oro. En mayo de 1884, Brazza cruzó el Congo con cuatro piraguas en un intento por ganar Kinsasa para su causa. Sin embargo, se topó allí con Swinburne, el enviado con el que Disasi llevaba ya cuatro meses viviendo. Brazza intentó hacerle una mejor oferta al jefe de poblado a fin de anular el anterior acuerdo, pero fue un error, pues provocó una encarnizada discusión con Swinburne, un enfrentamiento con los dos hijos del jefe y, por último, la retirada de Brazza. La pérdida de Kinsasa habría sido desastrosa para la empresa de Leopoldo. No era únicamente la mejor, sino también la más importante de sus estaciones, pues se encontraba en una encrucijada de rutas comerciales, en el lugar donde atracaban los barcos y desde el cual partían las caravanas, donde el interior se comunicaba con la costa. Sin duda, Disasi no comprendió el alcance del altercado con Brazza, pero este tuvo una importancia crucial para las generaciones futuras: la zona al norte y al oeste del río se convertiría en colonia francesa, llamada el Congo Francés, mientras que la zona al sur quedaría en manos de Leopoldo.

Sin embargo, aquel episodio también sacó a la luz una importante debilidad. Aunque desde el punto de vista militar Stanley pudiera hacer frente a una figura como Brazza —Stanley tenía hombres y cañones Krupp, mientras que Brazza carecía de recursos, pues viajaba casi solo—, no podría disparar un solo cañón mientras las potencias europeas no reconocieran sus asentamientos^[33]. Leopoldo también era consciente de esto. Así, a partir de 1884 emprendería con ahínco una iniciativa diplomática sin parangón en la historia de la monarquía belga: la búsqueda de reconocimiento internacional para su aventura privada en el África Central.

Leopoldo empezó a buscar la manera de dar un golpe maestro. Y la encontró.

En aquella época a muchos se les hacía la boca agua al pensar en el África Central. Portugal y Reino Unido se disputaban los enclaves en la costa. Al este, avanzaban los comerciantes suajiloárabes. Una Alemania recién unificada deseaba tener posesiones coloniales en África (y acabaría consiguiendo lo que más tarde sería Camerún, Namibia y Tanzania). Sin embargo, el principal rival de Leopoldo era Francia, de eso no cabía duda. En contra de todas las expectativas, el país galo cometió la temeridad de aceptar las anexiones personales de Brazza, pese a no habérselas pedido en un principio. Leopoldo podría haberse enfurecido y haber dado la espalda a Francia, pues Brazza había ido demasiado lejos, pero el rey optó por coger el toro por los cuernos. Y su propuesta fue la siguiente: ¿estaba dispuesta Francia a dejarle actuar en la zona que Stanley acababa de abrir, si le brindaba la oportunidad de ser la primera en recuperar el territorio en caso de que él fracasara? Se trataba de una oferta que los franceses no podían rechazar. A fin de cuentas, existía una posibilidad real de que Leopoldo fracasara. Era como si un joven hubiese

descubierto un castillo abandonado, quisiera reconstruirlo con sus propias manos y les dijera a los vecinos: «Si me sale demasiado caro, ¡tendréis *ipso facto* una opción!». Eso gustaba a los vecinos. Fue un brillante *coup de poker*^{le71} con consecuencias en otros países de Europa. Aquel acuerdo hizo callar a Portugal, puesto que si se enfrentaba a Leopoldo podría acabar teniendo a Francia de poderoso vecino en África. Por su parte, los británicos estaban encantados con la garantía de libre comercio que Leopoldo ofrecía con tanta facilidad.

La creciente competencia entre los estados europeos en relación con África exigía cambiar las reglas de juego. Debido a ello, Bismarck, al frente del Estado más joven, pero más poderoso de la Europa continental, convocó a las grandes potencias del momento en la capital alemana. Del 15 de noviembre de 1884 al 26 de febrero de 1885 se celebró la llamada Conferencia de Berlín. Según la tradición, allí se decidió el reparto de África y se regaló el Congo a Leopoldo. Sin embargo, no es cierto. La conferencia no fue el lugar donde unos hombres distinguidos, equipados con compás y regla, se entretuvieron repartiéndose el pastel de África. Es más, ellos aspiraban a hacer lo contrario: abrir África al libre comercio y a la civilización. Para ello necesitaban nuevos acuerdos internacionales. La prolongada disputa entre Portugal e Inglaterra sobre la desembocadura del Congo ponía de relieve esta necesidad. Así pues, se establecieron dos importantes principios: en primer lugar, si un país reclamaba un territorio, tenía que existir una ocupación efectiva (ya no bastaba con haberlo descubierto y luego haberlo dejado al barbecho, como llevaba haciendo Portugal desde hacía siglos); en segundo lugar, cada nuevo territorio conquistado debía abrirse al libre comercio internacional (ningún país podía imponer barreras comerciales, derechos de tránsito o aranceles a la importación o a la exportación). En la práctica, como no tardaría en comprobar Leopoldo, eso significaba que colonizar salía muy caro. Exigía invertir muchísimo en una ocupación efectiva, para luego conceder acceso gratuito ilimitado a comerciantes de otros países. No obstante, aunque el criterio de la ocupación real aceleraba el *scramble for Africa*, el reparto de África, todavía no se llevaba a cabo una división definitiva del continente. La conferencia se reunió a lo sumo en diez ocasiones, en un periodo de más de tres meses, y Leopoldo ni siquiera llegó a viajar a Berlín.

Aun así, en los pasillos y en las recámaras de la reunión se cerraron muchos acuerdos. Durante las sesiones plenarias se practicaba la diplomacia multilateral, pero durante los recesos imperaba la diplomacia bilateral. Antes de que se iniciara la conferencia, Estados Unidos ya había reconocido la reivindicación de Leopoldo en el África Central. Los estadounidenses aceptaron la bandera y la autoridad del monarca en las zonas recién conquistadas. Eso parece más impactante de lo que en realidad fue. Estados Unidos aún no era el peso pesado internacional en el que se convertiría en el siglo xx y sus intereses en África eran nulos. Mucho más importante fue el reconocimiento por parte de Alemania. Bismarck consideraba que el plan de Leopoldo era demencial. El rey belga reclamaba un territorio tan grande como

Europa occidental, pero tenía a lo sumo un puñado de estaciones a orillas del río. Era un collar con tan solo unos cuantos abalorios, por no hablar de las enormes zonas en blanco a izquierda y a derecha de este. ¿Podía llamarse a eso «ocupación efectiva»? Pero ¿qué más daba? Leopoldo era el rey de un país pequeño: no suponía ningún peligro. Además, tenía recursos y era tremendamente apasionado. A ello había que añadir que aseguraba el libre comercio (algo de lo que nunca se podía estar seguro con los franceses y con los portugueses) y que protegería a los comerciantes alemanes en la zona. Por otra parte, Bismarck pensó que el territorio podría convertirse en un Estado colchón ideal entre las pretensiones de portugueses, franceses y británicos en la región. Es decir, igual que la propia Bélgica en 1830, pero mucho más grande. Quizá aquello procurara algo de tranquilidad. Así que Bismarck firmó.

Después de eso, los demás países que participaron en la conferencia no pudieron hacer más que seguir el ejemplo de la nación anfitriona. Aquel reconocimiento no tuvo lugar en un momento formal durante una sesión plenaria, sino a medida que avanzaba la conferencia. A excepción de Turquía, accedieron los catorce estados presentes, incluido Reino Unido, que no deseaba desafiar a Alemania, en previsión de un importante acuerdo sobre el Níger. Más o menos por error, la conferencia llegó incluso a refrendar más tarde las enormes fronteras con las que había soñado Leopoldo. De este modo, la nueva asociación de Leopoldo, la Association Internationale du Congo (AIC), fue reconocida como la autoridad soberana de un territorio gigantesco en el África Central. La AIA había sido estrictamente científica y filantrópica, la CEHC comercial, mientras que la AIC era claramente política. Poseía un trozo pequeño, pero crucial, de la costa Atlántica (en concreto, la desembocadura del río Congo), una estrecha franja que se adentraba en el interior y que limitaba al norte y al sur con colonias francesas y portuguesas, y luego una zona que se abría como un embudo, mil kilómetros en dirección norte y sur, para detenerse tan solo en la región de los Grandes Lagos, a mil quinientos kilómetros en dirección este. Parecía un clarín con un tubo muy corto y un pabellón muy grande. Y el resultado era un gigantesco territorio que no estaba en absoluto en consonancia con la escasa presencia efectiva de Leopoldo en el lugar. El gran historiador belga Jean Stengers dijo en una ocasión: «Con un poco de fantasía se podría comparar la creación del Estado del Congo con la historia de una persona o de una asociación que en Europa estableciera algunas estaciones a lo largo del Rin, desde Róterdam hasta Basilea, y gracias a ello se le adjudicara la soberanía de toda Europa occidental»^[34].

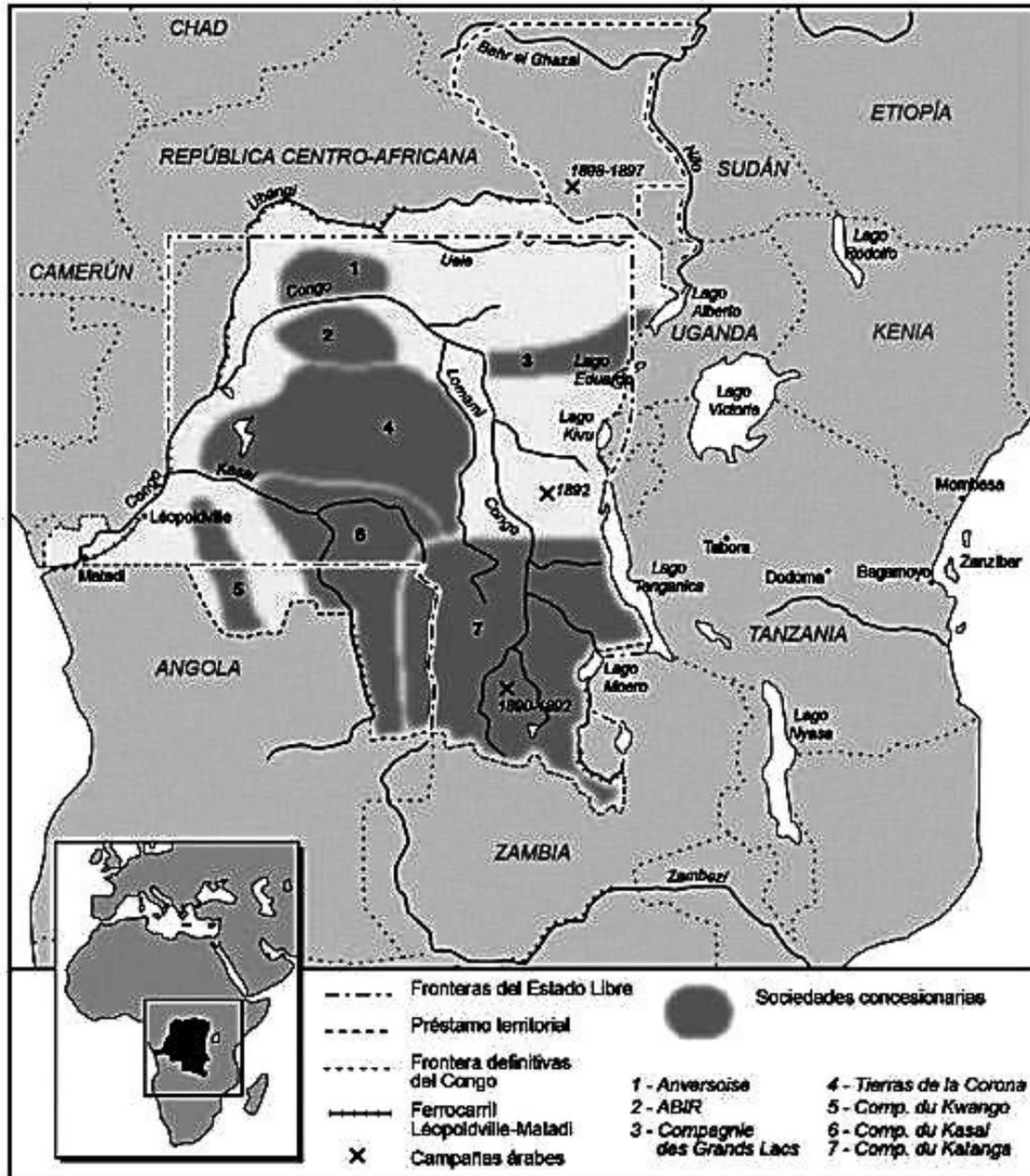
Durante la sesión de clausura de la Conferencia de Berlín, cuando Bismarck «acogió con satisfacción» el trabajo realizado por Leopoldo y expresó sus mejores augurios «para un rápido desarrollo y para la realización de las nobles aspiraciones de su ilustre fundador», la sala se puso en pie para aclamar al soberano belga. Con aquel aplauso celebraban la creación del Estado Libre del Congo.

Poco después de que se hiciera con el control del Congo, Leopoldo recibió en su palacio la visita de un misionero británico que traía consigo a nueve niños y niñas

negros, de doce o trece años, de la misma generación de Disasi. Todos ellos procedían de la región recién adquirida y vestían trajes europeos —elegantes zapatos, guantes rojos y una gorra—, pues había que cubrir su desnudez. Lo que sí se les permitió fue bailar y cantar, como cuando navegaban en piragua. El rey los observaba, sentado con las piernas cruzadas, desde el trono. Cuando acabaron de cantar le dio a cada uno de ellos un trozo de oro y les pagó el viaje de vuelta a Londres^[35].

Mientras tanto, ignorante de todo aquello, Disasi Makulo practicaba su caligrafía en la veranda de Swinburne en Kinsasa. Era un lugar fresco y agradable. Una suave brisa soplaba sobre el agua. Disasi veía los barcos de vapor y las canoas deslizarse sobre el pool. En la otra orilla se encontraba el asentamiento de Brazzaville que ya formaba parte de otra colonia que a partir de 1891 se llamaría el Congo Francés. ¡Cuánto había cambiado su vida en un año y medio! Primero niño, luego esclavo y ahora *boy*. Nadie había vivido la Historia con mayúscula tan de cerca como él. La política mundial lo arrastraba como un joven árbol en un gran río. Y aún le quedaba mucho camino por recorrer.

Mapa 4: Estado Libre del Congo (1885-1908)



UNA DIABÓLICA PORQUERÍA EL CONGO BAJO LEOPOLDO II

1885-1908

El 1 de junio de 1885, el rey Leopoldo II se despertó en su palacio de Laeken sintiéndose un hombre nuevo: a partir de aquel día, además del rey de Bélgica, era también el soberano de un nuevo Estado: el Estado Libre del Congo. El Estado Libre existiría durante exactamente veintitrés años, cinco meses y quince días: el 15 de noviembre de 1908 se convirtió en una colonia de Bélgica. Por consiguiente, el Congo no empezó siendo una colonia, sino un Estado, y uno de los más curiosos que haya conocido nunca el África subsahariana.

Para empezar, el jefe de Estado vivía a más de seis mil kilómetros al norte, a cuatro semanas de navegación de su reino, un viaje que, por cierto, él nunca emprendió. Desde el día de su investidura, en 1885, hasta su muerte, en 1909, Leopoldo II nunca pondría los pies en el Congo. Eso no debe extrañarnos, teniendo en cuenta los inevitables riesgos para la salud que dicha aventura suponía. Los jefes de Estado de otras potencias coloniales europeas tampoco se desplazaban a sus territorios recién adquiridos en el África Central. En cambio, era insólito que, a diferencia de sus homólogos, el rey belga reinara como soberano absoluto sobre su territorio de ultramar. En 1885, Bismarck, la reina Victoria y Jules Grévy, presidente de la Tercera República francesa, también dominaban vastos territorios de África, pero estas no eran de su propiedad. La administración de sus colonias competía al Estado, las decisiones eran tomadas por el Parlamento y el Gobierno, y no constituían un asunto particular de los gobernantes. Sin embargo, el monarca belga reinaba en su propio nombre.

Oficialmente, el reino de Bélgica no tenía, de momento, nada que ver con el Congo; solo se daba la coincidencia de que compartía jefe de Estado con aquel lugar perdido en el trópico. En Bélgica, Leopoldo era un monarca constitucional con competencias limitadas, mientras que en el Congo pasaba a ser un soberano absoluto. Debido a aquel régimen extremadamente personalizado, se parecía más a un rey del siglo xv del reino del Kongo que a un monarca europeo moderno. Y además, se comportaba como si su reino de verdad le perteneciera.

Leopoldo obtuvo tanto poder de forma sigilosa. Las potencias europeas no habían reconocido al rey, sino a su Association Internationale du Congo como organismo soberano en la cuenca del Congo. Sin embargo, nadie protestó cuando, después de la Conferencia de Berlín, el monarca dejó de esconderse detrás de aquella fachada y empezó a proclamarse de forma manifiesta como el soberano del Estado Libre del Congo, pues era tenido por un gran filántropo, con muchos ideales y numerosos recursos.

Sin embargo, sobre el terreno todo parecía muy diferente. Sus ideales resultaron ser, sobre todo, pecuniarios y sus recursos, a menudo, muy limitados. Al principio, el Estado Libre del Congo solo existía sobre el papel. Incluso a finales del siglo XIX, Leopoldo disponía tan solo de unas quince estaciones que dominaban, cada una de ellas, una superficie tan grande como los Países Bajos. Al menos en teoría, puesto que en la práctica grandes partes del territorio escapaban a un control efectivo. Katanga continuaba estando en gran medida en manos de Msiri, mientras que Tippu Tip era aún quien mandaba en el este y diversos jefes nativos no daban su brazo a torcer. Y hasta el último momento de la existencia del Estado Libre del Congo el Gobierno seguía teniendo muy pocos representantes. En 1906 había tan solo mil quinientos funcionarios europeos entre un total de tres mil blancos, el resto eran misioneros y comerciantes^[1].

Un buen indicador de lo insegura que era la situación es que nadie sabía con certeza dónde estaban los límites del reino de Leopoldo; ni siquiera el propio rey, que cambiaba con frecuencia de idea sobre esas fronteras. Antes de la Conferencia de Berlín era comprensible, pues no había nada estipulado. El 7 de agosto de 1884, el rey había elaborado un primer esbozo del futuro territorio junto con Stanley en la villa real de Ostende. Stanley desplegó el mapa muy provisional que había dibujado después de atravesar África: una hoja de papel casi en blanco en la que solo se había reflejado con precisión el río Congo con sus cientos de afluentes. Sobre aquella hoja de papel el monarca y Stanley trazaron a lápiz algunas rayas con suma rapidez y arbitrariedad. No existía ninguna entidad natural, ninguna necesidad histórica, ningún destino metafísico que predestinara a los habitantes de aquel territorio a ser compatriotas. Solo dos hombres blancos, uno con bigote y otro con barba, que una tarde de verano, en un lugar de la costa del mar del Norte, unieron algunas líneas trazadas con un lápiz rojo sobre una gran hoja de papel. No obstante, fue ese mapa el que aceptó Bismarck, unas semanas más tarde, al dar el pistoletazo de salida al reconocimiento internacional.

El 24 de diciembre de 1884, el rey volvió a sacar su lápiz. Estaba a punto de perder la zona al norte de la desembocadura del Congo en beneficio de los franceses, un área en la que había puesto muchas esperanzas y a la que tuvo que renunciar con gran pesar. A modo de compensación, aquella oscura víspera de Navidad el monarca se consoló anexionándose otro territorio: Katanga. En su caso, «anexionar» significaba, literalmente, examinar un mapa y pensar, al igual que el mítico primer

terrateniente de Jean-Jacques Rousseau, *Ceci est à moi*^[e8]. Para aquella anexión no hizo falta ni un solo soldado. Era una partida de Risk, no un Blitz. Así que Leopoldo añadió Katanga, aunque no se quedó del todo satisfecho. Katanga se componía de sabana, donde no se podía conseguir tanto marfil como en la selva tropical. Solo décadas más tarde se sabría que el subsuelo estaba repleto de minerales. El monarca se limitó a añadirlo a su territorio sin pensárselo demasiado.

En el transcurso de 1885, Francia e Inglaterra aceptaron las nuevas fronteras. Sin embargo, ello no implicaba que, en adelante, fueran inmutables. En los siguientes veinte años surgirían numerosos conflictos fronterizos: con Francia sobre Ubangi, con Reino Unido sobre Katanga y con Portugal sobre Lunda, la zona que limitaba con Angola. Y por si fuera poco, durante los primeros años del Estado Libre del Congo, Leopoldo intentó avanzar hacia el curso superior del Zambezi, el lago Malawi, el lago Victoria y el curso superior del Nilo; en definitiva, toda la zona al este de su territorio. Su hambre de tierra era insaciable. Pero ¿por qué tantas prisas? Su Estado africano era todavía muy débil. ¿No era preferible que empezara poniendo orden en sus asuntos internos antes de pensar en una ampliación? Al fin y al cabo, no disponía de recursos ilimitados. Todo eso era cierto, pero Leopoldo se daba cuenta de que pronto no quedaría nada que adquirir en el África Central. Se trataba de una preocupación comprensible. La facilidad con la que había conseguido cientos de miles de kilómetros cuadrados antes de 1885 no volvería a repetirse. Hasta 1900 siguió esperando una mayor expansión, pero todos sus planes fracasaron. Había puesto el ojo sobre todo en el Nilo y hasta intentó hacerse con Sudán, donde, por lo visto, esperaba convertirse en un moderno faraón. No obstante, también le tentaban Uganda y Eritrea. Mientras tanto, se mantenía al acecho fuera de África para hacerse con las islas Filipinas o partes de China...

Las fronteras definitivas del Congo se trazarían tan solo en 1910. Pero ¿quién dice definitivo? En 1918, el mapa volvió a cambiar cuando se asignó a Bélgica un mandato sobre Ruanda y Burundi. Durante la Primera Guerra Mundial ya se había manoseado la frontera oriental. En 1927, se añadió otro pedazo de Katanga. Y en 2007 aún se discutía sobre la frontera exacta entre el Congo y Angola.

Hoy, el Estado Libre del Congo no es conocido por la inestabilidad de sus fronteras, sino por la dureza de su régimen. Y con razón. Se considera que aquel periodo el más sangriento de toda la historia, junto con los turbulentos años anteriores y posteriores a la independencia en 1960 y el decenio 1996-2006. Sin embargo, durante el primer lustro, ese no era el caso. Entre 1885 y 1890, la historia transcurría todavía de manera un tanto tranquila. Los europeos se ocupaban sobre todo del comercio del marfil junto a los puestos comerciales que Stanley había fundado desde 1879. La Administración del Estado era bastante rudimentaria.

Eso no significa que todo fuera paz y luz. En algunas regiones se vivieron intensas protestas indígenas contra el nuevo régimen que, en esencia, no se diferenciaban de las anteriores formas de resistencia. Los nativos atacaban las expediciones, se negaban a izar la bandera de los recién llegados y asediaban las estaciones creadas por el Estado. No parece casual que estos actos de resistencia se declararan a menudo en zonas periféricas como el Kwango en el suroeste del Congo, partes de Katanga en el sur y el Uele en el noreste. Allí, el poder tradicional se encontraba menos erosionado por los turbulentos sucesos que habían ocurrido a lo largo del río; allí aún había reinos bastante sólidos que fueron «pacificados» a la fuerza^[2].

Leopoldo II invirtió gran parte de su propio capital en la construcción de su Estado, sobre todo en estaciones nuevas. De este modo aumentó su control del territorio. Sin embargo, se trataba de una forma de administración muy limitada. El rey no desarrolló un aparato de Estado burocrático, sino que creó las condiciones mínimas para que floreciera el libre comercio. La consigna se traducía en minimizar los costes y en maximizar los beneficios. Su imperialismo tenía una fuerte motivación económica. Los posibles beneficios que esperaba generar no tenían por objeto desarrollar el Estado Libre del Congo, sino ser transferidos a Bruselas. Algo que a menudo se ha considerado, y no del todo sin razón, como codicia. No obstante, es solo la mitad de la historia. Leopoldo utilizaba uno de sus estados, el Congo, para dar un nuevo impulso al otro, Bélgica. Soñaba con la prosperidad económica, con la estabilidad social, con la grandeza política y con el orgullo nacional. De Bélgica, por supuesto, pues la caridad bien entendida empieza por uno mismo. Reducir su empresa al enriquecimiento personal desmedido no hace justicia a los motivos nacionales y sociales de su imperialismo. Bélgica era todavía un Estado joven e inestable, había perdido grandes partes de su territorio al renunciar al Limburgo neerlandés y a Luxemburgo, los católicos y los liberales estaban dispuestos a despedazarse vivos, el proletariado empezaba a agitarse; en definitiva, el país era un cóctel explosivo. Parecía una «caldera de vapor sin válvula», opinaba Leopoldo^[3]. El Congo se convirtió en esa válvula.

El lugar en el Congo donde aquel nuevo Estado se hizo más visible fue sin duda la pequeña ciudad de Boma, que en 1886 se convirtió en la primera capital. Hoy parece detenida en el tiempo. Existen pocos lugares en África donde la colonización decimonónica se haya mantenido de forma tan visible. En 1926, Boma perdió su condición de capital en favor de Léopoldville, mientras que como puerto acabó siendo sustituida por Matadi. Pasearse por Boma es viajar en el tiempo. Cerca de la orilla, un enorme baobab levanta desde hace siglos sus nudosas ramas al aire. Un poco más allá se ve la vieja oficina de correos de 1887 que, al igual que casi todos los edificios de aquella época, está construida sobre pilotes de hierro fundido para evitar la putrefacción y para repeler los insectos. Un poco más allá, sobre una colina, se alza «la catedral», un nombre pomposo para una modesta capilla construida enteramente

de hierro. Las paredes, las puertas y las ventanas se componen de placas sueltas, enviadas en 1889 desde Bélgica para ser montadas *in situ*, como una especie de mueble de Ikea *avant la lettre*. Sin embargo, la construcción más imponente es, sin duda, la residencia oficial del gobernador general de 1908. También este edificio se apoya sobre pilotes de hierro y fue construido con láminas de metal prefabricadas, pero a su alrededor se levantó una preciosa extensión de madera con una magnífica veranda, habitaciones de techos altos y estucados, así como cristales tallados con suma exquisitez. Desde aquí se administraba el Estado Libre del Congo: el gobernador general daba instrucciones a sus gobernadores provinciales, que se comunicaban con los comisarios de distrito en el interior; desde allí iban al *chef de secteur* y, bajando en la jerarquía, al *chef de poste*. Boma era la ciudad donde se estampaban los sellos, se elaboraban estadísticas y se adiestraba a los soldados. Se administraba justicia y se creaba un régimen. Era realmente la bisagra entre el Congo y el mundo exterior. También fue en Boma donde, unas décadas más tarde, los habitantes —que ya se habían acostumbrado a los barcos de vapor, a las imprentas y a las fanfarrias— contemplaron la cosa más extraña que jamás se había visto: un automóvil. Un industrial británico había hecho llegar un Mercedes de ocho cilindros y ruedas radiadas y, unos años más tarde, un LaSalle de Estados Unidos. «Para su mujer», aseguran los habitantes ahora, puesto que los restos de los dos automóviles, los primeros coches que hubo en el Congo, siguen oxidándose debajo de una marquesina a las afueras de la ciudad.

Sin embargo, los habitantes de Boma no fueron los únicos en tener contacto con el estilo de vida europeo. En distintos puntos del país, jóvenes congoleños fueron contratados como *boys*, lo que les permitió acceder a la casa, a la cocina y al dormitorio del hombre blanco. Vieron que este no dormía sobre una esterilla, sino sobre un colchón. Descubrieron sus sábanas y su ropa sucia. Tuvieron que quitar las manchas de sudor de sus camisas y las de orina de su ropa interior. En las paredes veían fotografías y luego se lo contaban a sus amigos: «Cuando estaba en la casa del blanco, vi personas que colgaban “de pie” de las paredes, pero no podían hablar, estaban mudas. En realidad, eran muertos. Los blancos los habían atrapado»^[4]. Fue una iniciación difícil. Los *boys* se preguntaban por qué su amo tomaba pastillas todos los días, por qué no comía con las manos, por qué se enfadaba tanto por una mancha en un vaso y por qué dejaba siempre la cabeza del pescado en el plato (¿no era acaso lo más sabroso? ¡Con lo delicioso que era sentir los huesecillos crujir entre los dientes y los ojos reventar en la boca!). Por las noches, lo veían escribir junto a la lámpara, fumar una pipa o ponerse las gafas. Todo aquello resultaba extraño, muy extraño. El boy aprendía a cocinar a la manera occidental, ponía la mesa, fregaba los platos y hacía las camas. Y se esmeraba en no quemar la ropa al plancharla (por cierto, ¡otra costumbre rara!) Cuando el amo tenía que salir, él podía acompañarle a menudo, lo que le permitía visitar lugares que, de lo contrario, nunca habría visto. Un buen boy podía recibir elogios, alguna que otra paliza, pero casi nunca total

autonomía. Leopoldo había jurado acabar con el tráfico suajiloárabe de esclavos, pero en realidad no había ninguna diferencia entre la vida de un esclavo doméstico del África Central en la península Arábiga y la existencia de un *boy* en la residencia de un funcionario europeo en el Congo.

Así era la vida de Disasi Makulo desde que Stanley lo confió a Anthony Swinburne. Podría haber sido peor, puesto que Swinburne era paciente y amable, y la estación de Kinsasa, cómoda y animada. Ninguno de los dos podría sospechar entonces que su vida estaba a punto de dar un vuelco inesperado. Sin embargo, Leopoldo II así lo decidió.

Aunque Bélgica no estuviera implicada de una manera directa en la organización del Estado Libre del Congo, el rey enviaba cada vez más súbditos suyos allí: oficiales belgas para que dirigieran las expediciones y diplomáticos belgas para que contrataran personal para el consulado en Zanzíbar, así como ciudadanos belgas para que se pusieran al frente de las estaciones a lo largo del río. Los británicos que Stanley había contratado fueron desapareciendo poco a poco. El inglés como lengua de la Administración dejó paso al francés, aunque se mantuvieron algunos topónimos como Beach, Pool y Falls. Palabras como *steamer* y *boy* nunca desaparecieron del vocabulario, debido a la labor de los misioneros británicos y estadounidenses. En lingala, la lengua que se hablaba a orillas del río, un libro se llamaba *buku* (deformación de *book*) y el verbo *beta* (deformación de *to beat*) significaba «golpear».

Después de la Conferencia de Berlín, Leopoldo II necesitaba cada vez menos a los británicos. Además, se había visto obligado a prometer a los franceses que Stanley, que para ellos era el propio diablo, pues había desbaratado los planes de su querido Savorgnan de Brazza, no ocuparía nunca un alto cargo en el Estado Libre del Congo^[5]. En 1886, Leopoldo nombró a Camille Jansen primer gobernador general belga del Estado Libre del Congo. La asociación fundada por Leopoldo con el elegante nombre de Association Internationale du Congo se convirtió poco a poco en la empresa gestionada por un solo hombre e integrada por personal belga. Entre los tres mil blancos que residían en el Congo en 1908, más de mil setecientos eran belgas^[6]. Pese a ser conscientes de la facilidad con la que se podía perder la vida en aquel lugar, esperaban sobre todo adquirir honor, fama y dinero. Se sabe muy poco de aquel incipiente entusiasmo de los belgas. Aunque el rey estuviera solo al frente de su empresa de ultramar, eso no quita para que en su patria europea se desatara un entusiasmo imperial. Bien es cierto que no consiguió enfervorizar a las masas belgas, pero en las ciudades logró ilusionar a una élite de oficiales, diplomáticos, juristas y periodistas. Y en las capitales de provincia, los jóvenes de clase media baja soñaban con una existencia heroica y gloriosa como soldado, agente o misionero.

Para alguien como Anthony Swinburne aquella «belgificación» resultó ser muy amarga: el hombre que había conseguido evitar que Kinsasa cayera en manos de los franceses, lo que le había hecho albergar en silencio esperanzas de ser nombrado

gobernador provincial, fue puesto de patitas en la calle^[7]. En cambio, para sus dos boys aquel despido supuso un golpe de suerte. En abril de 1886, la relación laboral de su amo llegó a su fin. Swinburne regresó a Inglaterra y se los llevó consigo. Así fue como Disasi Makulo, que siendo esclavo de Tippu Tip estaba predestinado a ser trasladado a Zanzíbar y desde allí a la península Arábiga o la India, acabó de pronto en Europa.

Fue terrible ver por primera vez el gran barco y el mar. Después de que abandonáramos el muelle para cruzar el océano, nos mareamos y tuvimos que vomitar. A pesar de los cuidados que nos brindaron, apenas nos sentimos mejor en toda la travesía. Después de muchos días, llegamos a Inglaterra. Ver Europa nos parecía un sueño, ¡no podíamos creer que estuviésemos realmente allí! Los enormes edificios, las calles pavimentadas, la limpieza que se veía en todas partes, las casas con esos interiores decorados. Nos alojábamos en una que tenía una especie de armario en el que los alimentos se conservaban sin estropearse. La vida de los blancos era realmente diferente de la nuestra. Cada día estábamos alegres, lo único que nos hacía sufrir era el frío. Sin embargo, nos dejaban ponernos ropas pesadas que abrigaban mucho^[8].

De este modo, Disasi se convirtió en uno de los pocos congoleños en llegar a Europa antes de 1900. Fueron a lo sumo varios cientos de personas. Los misioneros se llevaban a veces a algunos niños a los que utilizaban como material didáctico durante sus conferencias y como material promocional en sus colectas. Les enseñaban los astilleros, las minas de carbón y las vidrierías para reforzar su amor por el trabajo y su diligencia. Un puñado de ellos fue a estudiar al Congo Institute de Gales, donde el baptista británico William Hughes había creado un centro de formación para jóvenes congoleños con vocación: doce de ellos salieron entre 1889 y 1908 hacia Colwyn Bay^[9]. Sesenta niños y niñas llegaron en la década de 1890 al pueblo de Gijzegem en Flandes oriental, donde pudieron asistir a la escuela con el reverendo padre Van Impe. Los niños permanecían en el internado, mientras que las niñas estaban repartidas en conventos de Flandes. Vestían trajes de marinero blancos y azules^[10]. Otros congoleños fueron a parar a exposiciones etnográficas; sobre todo los pigmeos constituían una atracción popular en circos y ferias. En la Exposición Universal de Amberes de 1885 se podía ver un «poblado negro» con doce congoleños. En 1894 ya eran ciento cuarenta y cuatro; pero el mayor grupo de nativos, unos doscientos sesenta y siete, viajó en 1897 a Tervuren como atracción exótica durante la exposición colonial. Construyeron sus cabañas a orillas del estanque del parque y durante el día hacían de sí mismos ante la mirada de cientos de miles de belgas deseosos de ver qué era un negro.

Aparte de topar con las maravillas del mundo occidental, se enfrentaban una y otra vez a las inclemencias del clima europeo. Siete de los miembros de la delegación en Tervuren murieron durante el húmedo verano a causa de la gripe. En el invierno de 1884-1885, Lutunu, un exesclavo que al igual que Disasi había sido boy en casa de un enviado blanco, partió junto con algunos niños hacia Inglaterra con el baptista británico Thomas Comber. Algunos de ellos empezaron a tener dolor de oído y de garganta, pero se negaron a tomar los medicamentos occidentales, puesto que creían

que se volverían ciegos (algo que sí sucedía con la quinina que habían visto utilizar a los blancos en el trópico para combatir la malaria). Aunque no tuvieran con ellos a ningún féticheur^[e9] digno de ese nombre y en todo Liverpool no encontraran aceite de palma adecuado para un uso ritual, se curaban unos a otros a la manera tradicional^[11].

En 1895 un tal Buntungu partió hacia Inglaterra con John Weeks, otro baptista. Buntungu había recibido clases en una misión a orillas del río en la selva ecuatorial y sabía leer y escribir. También él llegó a casa con un montón de historias sobre los barcos de vapor, los mareos, el agua salada y el mar. Las escribió en boloki, su lengua materna. Se trata del único texto de un congoleño que conocemos del siglo XIX^[12].

Y vi muchísimas cosas: ovejas, cabras, vacas, y mucho más. En su país hay de todo. Si no me creéis, mirad sus ciudades, así son. ¡Y sus poblados son tan limpios! Un día fuimos a un espectáculo de tiro en el que hacían disparos al aire que explotaban. [...] Y, cuando llegaba el frío, vi cosas como copos, igual que los copos del árbol de molondo. Y pregunté: «¿Qué es esto?». La gente me decía: «Esto es nieve». Bajo nuestros pies había granizo, pero el granizo es duro, en cambio esto era suave. Este era, además, el final del círculo del año. Durante seis meses solo hace frío y durante los otros seis meses brilla el sol. [...] Así que su país no se parece en absoluto al nuestro. No vi ni una sola serpiente. Los pequeños animales que crían, y que nosotros también tenemos en nuestro país, no viven en los patios de la gente, aunque ellos también tienen cucarachas, ratas y gatos; pero para todos los animales han construido cercados. Si entras en uno de esos cercados, puedes ver diferentes animales, y hasta allí han construido casas para los animales. El caballo es el único que se pasea libremente.

Buntungu permaneció allí casi un año y medio. Además de granjas, copos de nieve y fuegos artificiales, también vio Londres y «las muchas cosas que las personas han hecho». No contó nada más al respecto. En cambio, describió de forma muy emotiva el regreso a su poblado:

Fui a la casa del reverendo y me hablé a mí mismo. Miré a mi alrededor y vi a mi madre y dije: «Esta es mi verdadera madre». Me acerqué a ella y la llamé y ella dijo: «¿Dónde está Buntungu?». Yo le contesté: «Estoy aquí. Soy yo». Y ella dijo: «Así que has vuelto». Y yo dije: «Sí». Nos paseamos por el poblado y muchos vinieron a saludarme.

Cuando alguien regresaba de la mítica Europa, tenía que contar su historia cientos de veces. Viejos y niños estaban pendientes de sus palabras, sus familiares lo interrogaban. Los que habían viajado a Europa eran muy pocos, así que poblados enteros se congregaban para escuchar a personas que, como Buntungu, relataban su primer viaje en tren: «El tren iba tan rápido como una mosca, ¡increíble!». Los que se habían quedado en casa también veían ahora de cerca objetos de lo más extraños. Los que volvieron de Tervuren trajeron consigo no solo trajes y camisas, sino también bombines, broches, bastones, pipas, relojes, pulseras y collares, así como martillos, sierras, cepillos, hachas, anzuelos, cafeteras, embudos y lupas para hacer fuego. Y muchos de ellos asimismo se compraron un perro en el pueblo de Tervuren. Después de su viaje a Inglaterra, el joven Lutunu navegó hasta Nueva York. Allí se alojó en casa de la hermana de un misionero que, al despedirse, le hizo un regalo curioso: ¡una

bicicleta! Lutunu se la llevó consigo de vuelta al Congo y de este modo se convirtió en el primer ciclista del África Central.

A muchos blancos les parecía práctico llevarse consigo a su *boy* a Europa. Estos chicos atraían muchas miradas y para ellos la experiencia resultaba instructiva. Sin embargo, había que estar en guardia y vigilar que no aprendieran demasiado durante el viaje. El baptista británico George Grenfell viajó con un niño y una niña de nueve años a Inglaterra, pero advirtió a sus anfitriones: «Si los abrumamos con atenciones, después nos costará devolverlos a su antigua condición cuando regresemos»^[13]. El socialista belga Edmond Picard se burlaba de los colonizadores que, en su país, presumían de su sirviente supuestamente modélico: «No suele pasar mucho tiempo antes de que ese espléndido personaje se convierta en la desesperación de su imprudente patrón que le ha permitido entablar un contacto demasiado íntimo con nuestra refinada civilización y con nuestras camareras»^[14]. El número de congoleños que tendría la oportunidad de viajar a Europa sería siempre limitado. Por medio de los viajes, la gente no se volvía más libertina, pero al parecer sí menos dócil. Algo que, por cierto, se revelaría más adelante. Los veteranos congoleños que en 1945 regresaron de la Segunda Guerra Mundial empezaron a estar incómodos con la autoridad colonial. Los intelectuales y periodistas que en 1958 volvieron de la Exposición Universal de Bruselas empezaron a soñar con la independencia.

También Disasi Makulo regresó. Aunque su amo Swinburne ya no trabajaba para el Estado Libre del Congo, estaba decidido a buscar fortuna como comerciante allí. Así empezó a comprar marfil junto con Edward Glave, otro británico que había sido cesado por Leopoldo. Ya en Kinsasa, venían congoleños a ofrecérselo. En un determinado momento, tenía sesenta colmillos alrededor de su casa, cada uno de ellos de entre diez y quince kilos de peso. Sin embargo, en cuanto Swinburne se hizo con un barco de vapor, puso rumbo río arriba, donde podía conseguir el marfil por menos de una tercera parte del precio^[15]. Y no era el único. Ahora los europeos se hacían cargo de todo el comercio fluvial que durante casi cuatro siglos había estado en manos de los armadores locales. El libre comercio internacional de Leopoldo devoró la vieja red comercial en un abrir y cerrar de ojos. Se construyeron factorías y almacenes europeos. En Matadi atracaban transatlánticos que utilizaban grúas para izar el marfil a bordo. En Amberes había almacenes llenos de colmillos de elefante. En 1897, se exportaron doscientas cuarenta y cinco toneladas de marfil a Europa, casi la mitad de la producción mundial de aquel año. Amberes superó pronto a Liverpool y a Londres como punto de distribución mundial del marfil^[16]. En todo Occidente los pianos y los órganos tenían teclas de marfil congoleño; en los salones llenos de humo, los europeos golpeaban bolas de billar o colocaban piezas de dominó cuya materia prima provenía de la selva ecuatorial congoleña; las casas burguesas exhibían sobre sus repisas figurillas de marfil del Congo; los domingos la gente salía a pasear con bastones y paraguas cuyas asas habían sido colmillos. Aquel libre comercio internacional le quitaba el pan de la boca al comercio local.

Fueron sobre todo los niños y los adolescentes los que conocieron de cerca el estilo de vida europeo al trabajar en las casas de los colonos: los niños de *boys* y las niñas de *ménagères*^[e10]. Pese a su nombre, una *ménagère* no se ocupaba tanto de administrar la casa de su patrón como de gestionar sus hormonas. Debido a que las mujeres europeas eran consideradas poco aptas para la vida en el trópico y que, al mismo tiempo, se opinaba que un celibato demasiado prolongado resultaba perjudicial para el rendimiento y la energía del hombre blanco, con frecuencia se hacía la vista gorda ante el concubinato con una indígena. En 1900 vivían en todo el Congo solo ochenta y dos mujeres blancas, de las cuales sesenta y dos eran monjas, frente a los más de mil cien hombres blancos que residían allí^[17]. Por consiguiente, muchos de ellos entablaron relaciones íntimas y duraderas con una o con varias mujeres africanas. Algunos hablaban abiertamente de su *ménagère* llamándola «mi mujer», mientras que otros adoptaron un estilo de vida muy libertino. A menudo los hombres elegían a niñas de doce o de trece años; muchas veces el límite entre el afecto y la prostitución se difuminaba; otras tantas, el mero deseo iba de la mano del cuidado. Sea como fuere, las relaciones que se entablaban eran siempre desiguales. La *ménagère* podía dormir debajo de la misma mosquitera que el hombre blanco, aunque con frecuencia yacía, voluntariamente o no, sobre una esterilla en el suelo.

Todo ello sucedía, por supuesto, muy a pesar de los misioneros. Sin embargo, los europeos que vivían en el Congo frecuentaban mucho menos las iglesias que en la metrópoli: la minúscula catedral de Boma era más que suficiente para acoger a los fieles el domingo por la mañana. Los blancos solo recurrían a la liturgia en los funerales. Disasi Makulo pudo verlo con sus propios ojos. En 1889, apenas tres años después de su viaje a Europa, su patrón Swinburne empezó a sufrir fiebre gástrica. Sus piernas se llenaron de terribles úlceras y su estado empeoraba considerablemente. Disasi y un amigo convirtieron una hamaca en una litera e intentaron transportarlo hasta Boma. Por el camino se detuvieron en la misión de Gombe, donde el baptista británico George Grenfell se ocupó del enfermo durante dos semanas. Al ver que no mejoraba, prosiguieron su interminable viaje. En la factoría holandesa de Ndunga, donde trabajaba Anton Greshoff, tío del escritor Jan Greshoff, Swinburne falleció. Tenía tan solo treinta años. «Los blancos que habíamos encontrado en aquel lugar se apresuraron a preparar el funeral. Todos los blancos vestidos con elegantes trajes y una multitud de negros asistieron al funeral —señaló. Y luego añadió—: Aquel día el mundo nos pareció el lugar más amargo, y se nos heló la sangre al pensar que quizá no volveríamos a tener nunca ninguna ayuda.»^[18]

Después del entierro, Greshoff decidió devolver a los dos chicos a la misión de George Grenfell. Este se había convertido ya en una leyenda viva. Debía su reputación a su sorprendente combinación de ímpetu proselitista y pasión por descubrir. En 1879 fue uno de los primeros misioneros en llegar al Congo y murió allí en 1906, por lo visto inmune a todas las enfermedades tropicales. Con su pequeño barco de vapor *Peace*, en 1884 empezó a remontar los innumerables afluentes del río

Congo que ningún otro blanco había explorado. En dos años recorrió veinte mil kilómetros a lo largo del Congo, el Ubangi, el Kasai, el Kwango y otros afluentes. Confeccionó mapas y estableció puestos. Se le considera el tercer gran explorador del Congo, después de Stanley y de Livingstone. Disasi Makulo, esclavo de Tippu Tip, había sido redimido por Stanley antes de convertirse en *boy* de Swinburne. Ahora, con casi dieciocho años, se convertía, con su amigo, en ayudante del más famoso de todos los misioneros del siglo XIX en el Congo.

Grenfell nos recibió como si nos conociera desde hacía mucho tiempo. Nos llevó con él en su barco y, mira por dónde, volvíamos a estar en el río. Hicimos muchos viajes por el río y los afluentes. Al principio no veíamos qué utilidad podían tener tantos y tan frecuentes viajes. Solo más tarde él nos explicó que era para explorar los ríos y estudiar los alrededores a fin de que pudieran establecerse misiones^[19].

Los misioneros seguían avanzando infatigables. Mientras que muchos servidores europeos del Estado aflojaban las riendas, ellos actuaban contra lo que, a su entender, eran unas perniciosas costumbres indígenas, como los sacrificios humanos, las ordalías con veneno, la esclavitud y la poligamia. Aunque eso era, por supuesto, subjetivo y muchos nativos no ansiaban ser cristianizados. Disasi Makulo lo vio con sus propios ojos:

Cuando nos acercábamos en barco a Bolobo, vimos a una muchedumbre de aldeanos en la orilla. Gritaban y blandían cuchillos, lanzas y armas, porque creían que queríamos luchar contra ellos. Para demostrarles que no habíamos venido a eso, la señora Bentley [la esposa de otro misionero] sostuvo a su bebé en alto y lo mostró a la multitud. El pueblo veía por primera vez a una mujer blanca y a un bebé blanco. Eso despertó su curiosidad, dejaron sus armas y se acercaron a nosotros entusiasmados para admirar a aquellas criaturas. El barco echó amarras tranquilamente^[20].

Bolobo se convirtió en una de las principales misiones. A falta de bebés blancos, los protestantes se servían también de niños congoleños para llevar a cabo su labor de evangelización. En sus viajes, Grenfell solía llevarse a algunos de «sus» niños consigo. Cortaban leña para el barco de vapor, manejaban el timón y hacían de intérpretes. Al ser esclavos redimidos, a menudo aún hablaban la lengua de su región de origen que había que cristianizar. En Yakusu la evangelización se desarrolló con bastante facilidad gracias a una niña nativa conversa. Los vecinos del poblado reconocieron sus tatuajes tribales y, gracias a esto, supieron que era de allí^[21]. Por consiguiente, la evangelización no fue solo una cuestión de blancos frente a negros; también los negros ayudaron a evangelizar y desempeñaron un papel importante en el cambio religioso que se estaba produciendo. Disasi Makulo se convirtió en uno de estos intermediarios. En 1894 recibió el bautismo y ayudó, con éxito, en la cristianización. Grenfell escribió en una de sus cartas: *Disasi [...] worked well and created quite a favourable impression among the native*^{[e11][22]}.

Durante uno de los viajes con Grenfell, Disasi volvió por primera vez a su región. El reencuentro con sus padres resultó emotivo. El gong percutió por todos los alrededores la noticia del hijo perdido que había regresado. Los parientes sacrificaron

de inmediato algunas cabras y perros y de paso propusieron inmolar también a dos esclavos. «Al ver aquello, me sentí indignado en lo más profundo por el hecho de que en mi tribu todavía existieran semejantes costumbres bárbaras de esclavitud y de canibalismo.» Disasi protestó con vehemencia y liberó a los esclavos ante la desconcertada mirada de sus paisanos: «Muchos de ellos se preguntaban asombrados por qué sentía compasión por aquellos esclavos. Otros me reprochaban que les hubiera impedido comer la sabrosa carne humana. Los bailes se prolongaron sin interrupción durante dos días»^[23]. Disasi Makulo se había convertido en un hombre entre dos culturas, leal a su tribu y a su nueva fe.

No fue el único en sumergirse en un nuevo universo moral. Los primeros habitantes de las misiones eran a menudo niños que las autoridades del Estado Libre del Congo habían apartado de las zonas de conflicto. No eran forzosamente esclavos rescatados a los traficantes; algunos de ellos eran víctimas de la violencia tribal. Lungeni Dorcas, una niña de Kasai, fue capturada por guerreros de la cercana tribu de los basonge. Los había visto apalear a su madre y a sus hermanos, así como golpear contra el suelo a su hermano menor, aún bebé, hasta matarlo. Ella es una de las pocas voces femeninas que conocemos de aquella época:

Después de algunos días nos dijeron que vendría un blanco para luchar contra nuestros enemigos y para liberarnos. Al oír eso, nuestros invasores empezaron a vender a sus prisioneros. Entonces llegó el blanco, era un funcionario del Estado acompañado de un gran número de soldados. Convocó al jefe del poblado y le dijo que quería liberar a todos los prisioneros, incluidos los que estaban en poder de sus súbditos. Ordenó que abrieran un baúl lleno de todo tipo de cuentas, collares, *mitakos* [varillas de cobre utilizadas para pagar] y telas. Nos impactó la belleza de aquellos objetos y luego nos presentaron a aquel europeo. Después de liberarnos, nos llevó con él a Lusambo. Aquel día llegó a Lusambo una barca guiada por un blanco. El funcionario nos confió a él y él nos llevó a una importante misión protestante de Kintambo. Allí conocimos a muchos niños y niñas de distintas tribus, también rescatados como nosotros^[24].

Sería difícil sobreestimar la importancia de ese testimonio, porque demuestra con precisión cómo las misiones consiguieron a sus primeros creyentes por medio del Estado y cómo de esta manera surgieron las primeras comunidades interétnicas. Así, algunos jóvenes congoleños empezaron a estrechar lazos de convivencia con otros cuya lengua y cultura desconocían. Los misioneros fueron incluso más lejos y se convirtieron en casamenteros multiculturales a medida que los niños crecían. Lungeni Dorcas cuenta: «Para ahorrarnos muchos problemas en el futuro, los misioneros querían que solo nos casáramos con jóvenes cristianos que también hubiesen sido criados por ellos». En su caso, significó contraer matrimonio con un viejo conocido: «De este modo organizaron que me casara con Disasi. Y así se hizo»^[25]. Una generación antes hubiese sido impensable que Lungeni contrajera matrimonio con un hombre que había nacido a ochocientos kilómetros más lejos; en cambio, ella tuvo seis hijos con él: tres niños y tres niñas. La misión relativizaba los vínculos tribales, separaba a las personas de su poblado y promovía la familia nuclear (padres con sus hijos) como alternativa.

El recién casado Disasi seguía sintiendo una profunda tristeza por «la terrible barbarie de su pueblo»^[26]. Por ello propuso a Grenfell establecer él una misión. En 1902 fundó la de Yalamba, una de las primeras misiones negras del Congo. Grenfell pasaba por allí de vez en cuando. Después de todos sus viajes, Disasi había vuelto a casa:

El objetivo de mi regreso era ayudar a los míos, protegerlos y llevarles la luz de la civilización. [...] Había decidido que todos los habitantes de mi poblado vinieran a establecerse conmigo en la misión. Empecé trayendo a los miembros de mi familia: mi padre, mi madre, mis hermanas, mis hermanos, mis primos y mis primas. Al principio los demás no querían abandonar su poblado. Solo después de muchos esfuerzos conseguí convencerles de que se fueran y de que se establecieran conmigo^[27].

Los catequistas negros se convirtieron en cabeza de puente entre dos mundos. Algo parecido me había contado el viejo Nkasi durante nuestras conversaciones. Joseph Zinga, el hermano más joven de su padre, se había ido a Palabala con el misionero protestante mister Welles para convertirse en catequista. Así se había familiarizado con las ideas y con los conocimientos europeos. Aprendió el calendario cristiano. «Es gracias a él que sé que nací en 1882», me dijo Nkasi^[28].

Entretanto, los católicos también se habían animado. Después de unos primeros intentos por parte de los espiritanos y por parte de los padres blancos, la obra misionera católica cobró impulso a raíz de la Conferencia de Berlín. Tras desligarse de su asociación internacional, Leopoldo II dio preferencia a los misioneros belgas, que eran sin excepción católicos. En 1886, el papa León XIII, que se llevaba muy bien con Leopoldo, proclamó que el Estado Libre del Congo debía ser evangelizado por los belgas. Los padres blancos, en su origen una congregación francoargelina, enviaron a partir de entonces solo a misioneros belgas. De innumerables pueblos y ciudades belgas partieron jóvenes scheutistas^[e12] y jesuitas, seguidos por trapenses, franciscanos, padres del Sagrado Corazón y hermanas de la Adoración de la Preciosísima Sangre, que se repartieron el interior del Congo de forma organizada. Los misioneros protestantes procedentes de Inglaterra, Estados Unidos y Suecia siguieron ejerciendo su labor, aunque perdieron influencia, pues tuvieron que adaptarse al nuevo Estado y soportar los hostigamientos de los misioneros católicos que les arrebataban a sus fieles.

Mientras que los protestantes se centraban en el individuo, de acuerdo con su doctrina de la relación personal entre Dios y el creyente, los católicos se dirigieron desde el principio a los grupos. Para ellos, la profesión de fe colectiva resultaba prioritaria. Pero ¿cómo apañárselas para encontrar un grupo? Una vez más, los niños les ofrecieron la solución. Al igual que con los protestantes, sus primeros discípulos eran a menudo niños esclavos liberados o rescatados que les habían sido confiados por el Estado. Por ejemplo, en la misión de Kimuenza, los jesuitas empezaron en

1893 con diecisiete negros liberados, doce trabajadores de la tribu de los bangala, dos carpinteros de la costa, dos soldados con sus mujeres y ochenta y cinco niños que el Estado había «confiscado» a los comerciantes de esclavos arabizados. Juntos formaban una *colonie scolaire*. Dos años más tarde, en abril de 1895, había cuatrocientos niños, setenta niñas y hasta cuarenta pequeños de dos y tres años. En 1899 ya habían construido una iglesia con mil quinientos asientos, tres vidrieras y dos campanas de bronce: una de doscientos y otra de seiscientos kilos. Habían sido fundidas en Bélgica y se las podía oír a dos horas y media de camino de la misión^[29].

Por consiguiente, la ayuda del Estado parecía esencial. Sin embargo, el vínculo entre la Iglesia y el Estado era aún más estrecho. Durante la fundación de Kimuenza, un enviado del Estado Libre del Congo congregó a los jefes de los poblados para dejarles claro que los misioneros gozaban de la protección especial del Estado y que ellos debían venderles gallinas, mandioca y otros alimentos^[30]. El Estado incluso se encargaría del mantenimiento de la pequeña escuela a condición de que, al completar sus estudios, cuatro de cada cinco alumnos se enrolaran en la Force Publique, el ejército del Estado Libre del Congo. Una cosa estaba fuera de toda duda: los jesuitas luchaban por Jesús, pero también por Leopoldo. De ahí que la escuela se dirigiera como una escuela militar para cadetes en Bélgica.

Los negritos tienen que hacer el saludo militar e incluso marchar. [...] El orden del día se adapta a ello. A las cinco y media de la mañana tienen que levantarse rápido al toque de clarines, lavarse con prisas y luego rezar: un padrenuestro, un avemaría y un credo en lengua fiote [kikongo]. Después de la oración viene el desayuno. Para eso se congregan todos en la plaza delante del edificio que hace las veces de refectorio. Cada uno ocupa su sitio. El sargento grita: «¡Atención!». De inmediato se hace un silencio en las filas. «¡Columna derecha!» La pequeña fila se pone en movimiento y se coloca bien erguida y en silencio delante de las mesas. «¡A sentarse!», y todos ocupan sus asientos. Luego se da la orden que todos esperan con impaciencia: «¡A comer!»^[31].

Después de un tiempo se comprobó que este tipo de *colonie scolaire* tenía también limitaciones: ya no llegaban niños esclavos y por mucho que sonaran las campanas no se podía convertir a los «paganos» de los alrededores si todos los exalumnos desaparecían hacia la caserna. Por ello, los jesuitas desplegaron el sistema de *fermes-chapelles* o granjas capilla. En las inmediaciones de un poblado existente establecían un nuevo asentamiento donde los niños podían aprender a rezar, a leer y a cuidar el jardín en un relativo aislamiento. Se hacía hincapié en ese «relativo aislamiento»: había que apartarlos suficiente tiempo de su cultura, pues de lo contrario caerían de nuevo en el «paganismo». «Civilizar a esos negros mientras permanecen en su entorno es como reanimar a un ahogado manteniéndole la cabeza debajo del agua», era el sutil símil que se utilizaba^[32]. Sin embargo, al mismo tiempo su nueva condición de catequistas bien alimentados y bien vestidos tenía que ser visible para los demás habitantes del poblado que se paseaban casi desnudos; a fin de cuentas, eso despertaba la envidia. La misión se convirtió en un medio para conseguir el bienestar material. El jefe del poblado recibía un obsequio por cada niño que dejaba ir a la granja capilla. Por consiguiente, no resultaba extraño que uno de ellos dijera en una

ocasión: «Blancos, venid a honrar a mi pueblo, construid aquí vuestra casa, enseñadnos a vivir como los blancos. Os entregaremos a nuestros hijos para que los convirtáis en *mindele ndombe*, negros blancos»^[33].

Las misiones se transformaron en granjas de grandes dimensiones y en escaparates de otra vida. El número de bautizos se disparó. Ya solo los jesuitas convirtieron entre 1893 y 1918 a cerca de doce mil personas. En 1896 tenían quince vacas en su misión de Kisantu; en 1918 eran más de mil quinientas. Había un taller de carpintería, un pequeño hospital e incluso una imprenta^[34]. Los alumnos que completaban los estudios se quedaban a vivir en la misión para casarse. Trabajaban de campesino, de carpintero o de impresor y fundaban familias. Como ya había sucedido entre los protestantes, surgieron así poblados que no se encontraban bajo la autoridad de un jefe nativo. El poblado, con sus innumerables contactos y múltiples formas de solidaridad, pasó a estar subordinado a la familia monógama. Otras órdenes religiosas adoptaron la fórmula de la granja capilla, pero el sistema también fue objeto de duras críticas. Para inflar sus libros de bautismo, los misioneros no tenían reparos en registrar a niños como «huérfanos», aunque quedaran suficientes familiares para criarlos según la tradición africana. Cuando se declaró la enfermedad del sueño, muchos niños fueron apartados de sus poblados. «El resultado fue desastroso —constató un contemporáneo— y despertó el odio de los indígenas hacia nosotros.»^[35]

La benevolencia de los misioneros también tenía sombras. Abordaban a la población con rostro sonriente, pero a veces actuaban de forma maliciosa a sus espaldas. El misionero de Brujas Gustaaf van Acker explicó qué hacía él con los amuletos de las religiones indígenas («huesos, cabellos, trenzas de pelo de animales, dientes, cientos de cosas sucias y muchas más») que se encontraba en «pequeños nichos» a lo largo del camino:

Para no contrariar al pueblo y no perjudicar nuestra investigación, no queríamos hacer nada en contra de esta diabólica porquería; teníamos que reprimir nuestro odio y solo de tanto en tanto, cuando estábamos solos, osábamos lanzar discretamente una patada furiosa para que todo aquello se viniera abajo. Ojalá hubiésemos podido actuar de forma más abierta y haber sustituido en todo el Urua, en todos aquellos poblados, a lo largo de las calles, todos esos diabólicos signos e infernales baratijas por el crucifijo salvador. ¡Ay! ¡Cuánto trabajo para tan pocos defensores de la cruz^[36]!

Algunos misioneros destruyeron de esa forma miles de fetiches. En Boma tuve el privilegio de hablar con algunos ancianos del poblado. Victor Masunda tenía ochenta y siete años y estaba ciego, pero recordaba con asombrosa claridad las historias que su padre le había contado^[37]. «El primer misionero que vio mi padre —me dijo mientras bebíamos una Fanta en la penumbra de su sala de estar— fue *père* Natalis de Cleene, un hombre gigantesco de Gante, un *scheutista*. Había fundado la *colonie scolaire* de Boma que sustituyó a la misión de los espiritanos. Leopoldo pidió misioneros belgas al Papa, y entonces vinieron los *scheutistas*.»

Él conocía la historia de aquel sacerdote, cuyo nombre, por cierto, era totalmente correcto; lo encontré más tarde en los libros de los scheutistas. De Cleene era un famoso misionero.

Cuatro o cinco años más tarde, el padre abandonó la ciudad a caballo y en la selva de Mayombe fundó la misión de Kango. Mi padre y mi madre vivían en la selva. Papá tenía quince años. En diciembre de 1901 recibió el bautismo. Formaba parte del segundo reemplazo. Su número era el 36B. Mi madre fue bautizada en 1903. Se casaron tres años más tarde. Dejaron su poblado y se establecieron en el campo de trabajo de la misión.

Le pregunté a Masunda por qué se habían ido a vivir a la misión. Se echó a reír para disimular su vergüenza y dijo: «En la selva no había sillas como en la misión, ¡la gente se sentaba en troncos de árboles! Comían solo plátanos, ñame y alubias. ¡En cambio, mi padre tenía un fusil que le había dado un sacerdote! ¡Eso le permitía cazar antílopes, cerdos salvajes y castores!». Más de medio siglo más tarde, seguía encomiando las ventajas de la misión: «En la selva vestían harapos, pero en la misión le dieron a mi padre un pantalón corto y a mi madre, un pequeño *boubou*^[e13]. Incluso enseñaron a mi padre a escribir un poco. Allí había niños de todas partes. Así, además del kiyombe que hablaba en casa, aprendió a hablar el lingala, el suajili y el chiluba».

Días más tarde conversé a la sombra de un joven mango con Camille Mananga, de setenta y tres años. Él también era ciego, también procedía del Mayombe. No me habló de su padre, sino de su abuelo. «Nunca quiso que lo bautizaran. Él se subía a la palmera y elaboraba vino de palma. Tenía cuatro mujeres y muchos niños. Los misioneros opinaban que solo podía tener una, pero él se sentía responsable de las cuatro. Tampoco se peleaba con ellas.»^[38] Evangelizar a los adultos era, a todas luces, una misión más difícil.

Los evangelistas protestantes tenían un vínculo menos estrecho con el Estado que los misioneros católicos, pero tampoco eran del todo independientes. En 1890, Grenfell protestó enérgicamente cuando el Estado Libre del Congo requisó su pequeño barco de vapor para utilizarlo en la guerra contra los comerciantes afroárabes en el este. ¡Era inadmisibles que su *Peace* —aunque solo fuera por el nombre— sirviera en una guerra! Sin embargo, un año más tarde aceptó encantado el encargo que le confió el rey Leopoldo: delimitar sobre el terreno la frontera entre el Estado Libre del Congo y la colonia portuguesa de Angola. La zona no solo era objeto de una disputa internacional, sino que a escala local se había desencadenado una de las peores revueltas contra el nuevo régimen. Así pues, Grenfell, un religioso británico, fue escoltado por cuatrocientos soldados de la Force Publique para cartografiar y pacificar la zona. Tenía plenos poderes para firmar tratados y trazar la frontera. Disasi Makulo lo acompañó durante aquella pesada travesía por territorio hostil: «El más doloroso y peligroso de todos los viajes que emprendí nunca». También él se dio cuenta del claro vínculo entre misión y Estado: «El Estado nos suministraba equipamiento y porteadores». Disasi Makulo vestía el uniforme —pantalones bombachos y fez— de la Force Publique^[39].

Por último, los jóvenes nativos podían entrar en contacto con el Estado Libre del Congo a través de las fuerzas armadas. En 1885 se creó la Force Publique, un ejército colonial cuyo mando estaba en manos de oficiales blancos. En su mayoría eran belgas, pero entre ellos también había bastantes italianos, suizos y suecos. Los soldados de infantería más numerosos y más apreciados eran, sin excepción, los zanzibareños, unos hombres que habían acompañado a los exploradores en sus viajes, seguidos de los mercenarios de Nigeria y Liberia. Estos africanos occidentales tenían fama de ser unos soldados leales y valientes. Al finalizar 1885 se incorporaron los primeros congoleños al ejército. Eran diez. Los habían reclutado en la tribu de los bangala en la selva pluvial y se los llevaron a Boma. Los bangala eran conocidos por su belicosidad; más adelante el ejército reclutaría a muchos más. Gracias a ello, su lengua, el lingala, inició una gran expansión y acabaría convirtiéndose en la principal de la parte occidental del país.

Como capital del Estado Libre del Congo, Boma fue también la primera guarnición del país. Allí, unos jóvenes, que nunca habían oído hablar de horas y relojes, aprendieron a llevar una vida pautada. Se levantaban a las cinco y media y se acostaban a las nueve. El toque de corneta dividía la jornada en ejercicios, pase de revista, rancho y retreta. Había que inculcarles disciplina a toda costa. Aprendían a disparar, a limpiar el fusil, a desfilar y hasta a tocar marchas militares. Sin embargo, la estricta disciplina castrense a duras penas podía esconder aquel desastre de ejército. La caballería no tenía caballos, sino burros, diecisiete para ser exactos. La artillería poseía algunos cañones Krupp, pero ningún blanco móvil con el que practicar. Por ello, los soldados tenían que arreglárselas apuntando y disparando a manadas de antílopes^[40]. No obstante, la Force Publique se convertiría en un elemento de vital importancia. Y durante los primeros años el rey Leopoldo le destinó la mitad de su presupuesto. Para muchos jóvenes fue la relación más directa y estrecha que mantuvieron con el Estado. Antes de 1889 había mil quinientos reclutas y en 1904 nada menos que diecisiete mil. Al final, el Estado Libre del Congo disponía de más de veinticinco mil fusiles Albini con bayoneta, cuatro millones de balas, ciento cincuenta cañones y diecinueve ametralladoras Maxim^[41]. Por consiguiente, representaba el mayor ejército del África Central. A diferencia de lo que sucedía en Bélgica, los jóvenes podían llevarse consigo a sus mujeres cuando entraban en las fuerzas armadas. Incluso recibían una pequeña bonificación; también se les proporcionaba un suplemento si tenían hijos. De este modo, el ejército alentaba la monogamia y la familia nuclear, tal como hacían las misiones^[42]. De ahí surgieron auténticos linajes de militares profesionales.

En 2008 conocí en Kinsasa a Eugène Yoka, que durante décadas fue coronel del ejército del aire cuando las fuerzas aéreas nacionales aún tenían aviones. En la época de Mobutu formaba parte del selecto círculo de pilotos que durante los desfiles

nacionales sobrevolaban la capital con cazas Mirage franceses. Me contó que su padre había sido militar profesional y que había participado en la Primera Guerra Mundial. Y su abuelo había sido uno de los primeros reclutas de la Force Publique. Él también procedía de la provincia de Ecuador y pertenecía a la tribu de los bangala. Uno de los dos hijos del coronel Yoka se había incorporado al ejército y ya había ascendido al grado de comandante^[43]. Es decir, cuatro generaciones de militares convencidos, más de un siglo al servicio del Estado.

Los primeros cinco años del Estado Libre del Congo fueron, con diferencia, los más fáciles. La Administración era todavía muy rudimentaria y aún no se había generalizado el terror. Sin embargo, durante ese periodo, un creciente número de nativos, sobre todo niños y jóvenes, estuvo en contacto directo con el estilo de vida europeo en el Congo. Como *boys, ménagères*, cristianos o reclutas entraban en casas nunca vistas antes, vestían ropas que hasta hacía poco les resultaban extrañas y probaban alimentos desconocidos para ellos. Aprendían francés y asimilaban nuevas ideas. Un puñado de ellos incluso visitó Europa. Algunos predicaban el nuevo estilo de vida o su interpretación de este. Los jóvenes catequistas intentaban que sus familiares y sus conciudadanos abandonaran su modo de vida pagano. Los jóvenes militares presumían en su poblado de uniforme y de sueldo. Sus esposas se mudaban con ellos al cuartel, sus hijos crecían allí. Surgió una existencia fuera del poblado, tal como sucedió en las granjas capilla. Ya no se vivía bajo la autoridad de un jefe indígena, sino bajo un estricto régimen europeo. El Estado Libre del Congo cambió muchas vidas de forma drástica.

Después de 1890, la situación se volvió mucho más sombría. El contacto con el Estado Libre del Congo ya no significaba conocer otro estilo de vida, sino enfrentarse a la violencia, al horror y a la muerte. Y además a una escala mucho mayor. Si bien al principio el Estado Libre del Congo influyó sobre varios miles o sobre decenas de miles de nativos, ahora millones de personas sufrían la (implacable) presencia del Estado. Para comprender ese cambio radical, debemos fijarnos de nuevo en el fundador del Estado Libre del Congo, en el creador, ejecutor, usufructuario y responsable final de toda la empresa: Leopoldo II.

En 1885, el soberano belga había adquirido su Congo haciendo tres promesas. En la Conferencia de Berlín se había comprometido a garantizar el libre comercio y a luchar contra la trata de esclavos. Mientras que garantizó al Estado belga que nunca pediría dinero para su proyecto personal. Y hasta 1890 se atuvo a sus promesas: el libre comercio florecía, el rey no tocaba las arcas del Estado belga y, aunque la batalla contra la trata de esclavos aún no se había ganado, obsequiaba con regularidad a las misiones con niños «liberados». Cumplir estos compromisos le salía realmente caro. Para asegurar el funcionamiento del libre comercio el rey tuvo que desarrollar, pagándolas de su propio bolsillo, las infraestructuras y la administración necesarias. Un asunto costoso, del que se beneficiaban sobre todo otros. Leopoldo se había puesto manos a la obra esperando conseguir grandes beneficios, pero el resultado lo

defraudaba enormemente. Entre 1876 y 1885 ya había invertido diez millones de francos belgas, pero los beneficios en 1886 ni siquiera llegaban a setenta y cinco mil francos belgas^[44]. En torno a 1890 ya había dedicado diecinueve millones de francos belgas al Congo y la gran fortuna que había heredado de su padre se había esfumado por completo. El rey estaba casi arruinado.

En aquel momento decidió romper dos de sus promesas. Suplicó a Bélgica que le concediera dinero y entorpeció el libre comercio con determinación. A pesar de las pasiones que despertaba el Congo en una élite de banqueros e industriales, el Parlamento belga no parecía muy dispuesto a embarcarse en una aventura colonial. Sin embargo, tampoco podía limitarse a mirar de brazos cruzados cómo el jefe del Estado iba a la quiebra. Por ello, los diputados aceptaron a regañadientes concederle un préstamo: el soberano recibió veinticinco millones de francos oro, a modo de recapitalización, que más adelante se complementaron con otros siete millones de francos oro^[45]. Asimismo, el país realizó cuantiosas inversiones en la construcción de un ferrocarril. Y se acordó que, en el caso de que se produjera una catástrofe económica, el Congo pasaría a ser administrado por Bélgica.

La situación sobre el terreno empeoró mucho a raíz de una serie de decretos poco escrupulosos promulgados por Leopoldo, en virtud de los cuales todo el suelo que no fuera cultivado o que no estuviera habitado, incluidas todas las materias primas que pudiera contener, pasaban a ser propiedad del Estado Libre del Congo. Aquello supuso un duro golpe para los compradores de marfil europeos y una tragedia para los habitantes locales. El monarca nacionalizó de golpe cerca del 99 por ciento de todo el territorio. Un pigmeo que matara un elefante y vendiera los colmillos ya no se ganaba el sustento de manera legítima, sino que robaba al Estado. Un comerciante británico que comprara los colmillos no comerciaba, sino que incurría en receptación. En teoría, el libre comercio seguía existiendo —por supuesto, pues no podía ser de otra forma—, pero en la práctica no era más que papel mojado: al fin y al cabo, ya no quedaba nada que comprar, puesto que el Estado se hacía con todo.

Desde el punto de vista contable, el golpe de efecto de Leopoldo era, sin lugar a dudas, astuto y taimado; desde el punto de vista etnológico, constituía un sinsentido. Parecía partir de la idea de que los habitantes de los poblados solo utilizaban el lugar donde estaban sus cabañas y sus campos de cultivo. Sin embargo, en realidad las comunidades locales hacían uso de zonas mucho más grandes. La agricultura extensiva los obligaba a abrir cada año nuevos campos de cultivo en la selva o en la sabana. Además, a menudo poblados enteros cambiaban de lugar. Y puesto que nunca vivían solo de la agricultura, aprovechaban zonas de caza y de pesca muy extensas. La decisión de Leopoldo arrebató literalmente a la gente su bien más preciado: las tierras. No tenía ni la más remota idea de la extrema complejidad de los derechos de uso del suelo que imperaban en la región, por no hablar de las creencias nativas sobre la propiedad colectiva de las tierras. Leopoldo se limitó a trasplantar el concepto

europeo occidental de «propiedad privada» al trópico, y de ese modo sembró el germen de un profundo descontento con el Estado Libre del Congo.

Pero ¿qué pasó con su tercera promesa, la batalla contra la trata de esclavos? Fue la única a la que se mantuvo fiel y que incluso reforzó. A fin de cuentas esa lucha le proporcionaba una tapadera ideal para dar rienda suelta a sus ambiciones expansionistas. En 1890 se celebró en Bruselas un gran congreso contra la esclavitud. Al finalizar, el rey redobló sus esfuerzos. Las operaciones de combate se concentraban, en líneas generales, en tres grandes zonas: de sur a norte eran Katanga, el Congo oriental y Sudán del Sur. Las regiones coincidían con las áreas de influencia histórica de los tres principales comerciantes de esclavos afroárabes: Msiri, Tippu Tip y Al-Zubayr.

El reino de Msiri en Katanga se anexionó entre 1890 y 1892. Leopoldo no perdió tiempo porque sabía que Cecil Rhodes —un imperialista británico cuya megalomanía no tenía nada que envidiar a la del soberano belga— avanzaba hacia la misma zona desde Sudáfrica e intentaba unir las posesiones coloniales británicas en África desde Ciudad del Cabo hasta El Cairo. Sin embargo, Leopoldo se quedó con Katanga, y esta vez lo hizo de verdad y no solo sobre el mapa como ocurrió durante la Navidad de 1884.

La lucha contra los negreros en el Congo oriental fue más ardua, porque estaban bien armados, eran poderosos y tenían mucha experiencia de guerra en la zona. En 1886 habían atacado el puesto estatal de Stanley Falls. Para apaciguar los ánimos, Stanley —que contaba con la aprobación de Leopoldo— nombró a Tippu Tip gobernador provincial del puesto, dado que era el hombre más poderoso de la zona. Para Tippu Tip aquello supuso una disputa de lealtades. En una carta al rey Leopoldo escribió: «Ninguno de los belgas en el Congo me quiere y sé que todos me desean lo peor. Empiezo a lamentar haberme puesto al servicio del reino de Bélgica. Veo que no me quieren. Y ahora también tengo problemas con todos los árabes. Me guardan rencor porque suministro más marfil a Bélgica que a ellos»^[46]. Los intereses económicos de los europeos y los de los zanzibareños chocaban tanto que resultaba inevitable que se produjera una confrontación, sobre todo porque la oferta de marfil disminuía de forma continua. Entre 1891 y 1894, la Force Publique emprendió las denominadas «campañas árabes». Al frente de estas se encontraba el teniente Dhanis y en 1892 destruyeron Nyangwe y Kasongo, los dos principales centros comerciales de los musulmanes de habla suajili en el Congo oriental. Aquello quebró para siempre el poder de los comerciantes afroárabes de Zanzíbar. Aunque tenían asegurada la superioridad económica y militar, su reino estaba políticamente dividido. Ya entonces, Tippu Tip había abandonado el Congo para pasar su vejez en Zanzíbar. A pesar de ello, en Maniema y Kisangani, el islam sigue estando presente como religión minoritaria.

Sería en el norte donde se libraría la lucha más encarnizada. Durante años, Leopoldo soñaría con la anexión de Sudán del Sur. Su egiptomanía se despertó en

1855, mientras disfrutaba de su luna de miel en El Cairo y desde entonces el Nilo se convirtió en su obsesión. Hacerse con Sudán del Sur le permitiría atribuirse el curso superior de aquel mítico río. Además, se decía que la zona era rica en marfil. Ya en 1886 envió allí a Stanley para liberar a Emin Pasha, quien en realidad era un médico alemán de Silesia que había adquirido tan exótico título al asumir el cargo de gobernador de la provincia egipcia de Ecuatoria en el Alto Nilo y que había caído en manos del ejército de los mahdistas. Aquella misión era, de hecho, un primer intento de anexionar Sudán del Sur al Congo. En 1890, Leopoldo ofreció a Stanley la fabulosa suma de 2,5 millones de francos oro para llevar a cabo la misión y de paso conquistar Jartum, pero el explorador ya no estaba interesado^[47]. Debido a esto, el monarca optó por financiar algunas expediciones propias, comandadas por oficiales belgas; todos mordieron el polvo. En 1894, los británicos le dieron en préstamo un trozo del sudeste de Sudán, pero eso solo satisfizo a medias al monarca. Una vez más puso en marcha un cuerpo expedicionario. En 1896, la Force Publique partió con el mayor ejército que se había visto en el África Central hacia el noreste del Congo para desde allí abrirse paso hacia el Nilo. Sin embargo, nunca llegaron, pues los soldados se amotinaron en masa.

¿Cómo se explica esto? Desde 1891, el Estado Libre del Congo había puesto en marcha un sistema de levas para la Force Publique, puesto que el número de alistamientos resultaba demasiado limitado para reunir un ejército importante. Por ello se exigió a los jefes de poblados y a las misiones que entregaran algunos jóvenes al ejército, a razón de un soldado por cada veinticinco cabañas. El servicio militar duraba siete años, lo que proporcionaba a los jefes de poblado una magnífica oportunidad para librarse de los alborotadores, de los indeseables y de los presos. Así pues, la Force Publique pudo crecer gracias a la llegada de elementos rebeldes que no tenían ningunas ganas de permanecer en ella. Eso se manifestó también durante la campaña hacia Sudán. Una expedición militar como aquella no suponía un desplazamiento directo hasta el campo de batalla. Cientos de mujeres, niños y ancianos acompañaban a los soldados a través de la selva; en una misma tropa luchaban hombres de uniforme con fusiles Albini junto a guerreros tribales que gritaban mientras blandían sus lanzas. No formaban un ejército nacional regular en marcha, sino un grupo variopinto, una banda desorganizada que recordaba más a una brigada del siglo XVIII integrada por soldados y mercenarios que a un cuadro de infantería napoleónico. Y el caos no se encontraba solo en los alrededores y en las huestes, también llegaba hasta el mismísimo corazón del aparato militar. Puesto que era imposible cargar con provisiones para un grupo tan grande, el avituallamiento dependía de la improvisación. La población local se mostraba a veces dispuesta a vender víveres a los soldados, pero muy a menudo se negaba. Así que ellos cogían lo que necesitaban y saqueaban mientras se abrían paso hacia el prometido Sudán. Aunque Bruselas prefiriera presentar el asunto de otra manera, existía poca diferencia entre la Force Publique y los batambatamba, las bandas afroárabes de negreros de

antaño, de las que me habló Disasi. Aquello tenía que dar pie necesariamente a la agitación.

Ya en 1895 se produjo una revuelta en un cuartel de Kasai en la que hubo muertos, también del lado europeo; varios cientos de amotinados se sustrajeron a la autoridad del Estado. Sin embargo, la furia que se desató entre los soldados de camino a Sudán carecía de precedentes. Diez oficiales belgas fueron asesinados. Más de seis mil soldados y tropas de apoyo se volvieron contra sus comandantes. El amotinamiento dirigido por los batetela se convirtió en una rebelión que se prolongó durante cuatro años. Constituyó la primera gran protesta violenta contra la presencia de los blancos. Los historiadores militares han destacado a menudo la baja moral de las tropas: los soldados estaban enfermos y desnutridos, morían como chinches, muchos de ellos apenas habían seguido una instrucción, los últimos reclutas en incorporarse eran soldados que habían luchado del lado de los negreros afroárabes y que ahora tenían pocas ganas de combatir con aquellos que los habían derrotado. Aun así, también el exceso de mano dura de los oficiales, en combinación con su extrema incompetencia en el ámbito de la logística y de la estrategia, alimentó un odio profundo que no solo se dirigió contra los oficiales, ni únicamente contra los belgas, sino contra los blancos en general.

Un sacerdote francés pasó una noche de angustia cuando fue capturado por los amotinados. «Todos los blancos se confabulan contra los negros. Todos los blancos deben ser asesinados o expulsados», les oyó argumentar en su contra. La fuerte discusión se resolvió a su favor, lo que fue a la vez un golpe de suerte para la historiografía, puesto que en una carta a su obispo el sacerdote describió lo sucedido. Gracias a ello sabemos con bastante precisión cuáles fueron las razones del amotinamiento. Uno de los jefes de la rebelión se lo contó al sacerdote: «Llevaba ya tres años reprimiendo mi resentimiento contra los belgas, sobre todo contra Fimbo Nyingi, y ahora teníamos la oportunidad de vengarnos». Fimbo Nyingi era el apodo del comandante de la expedición, el barón Dhanis, el mismo hombre que también había dirigido las tropas en el Congo oriental. Aquel apodo significaba «muchos latigazos». El sacerdote se propuso escuchar sus quejas: «Incluso se volvieron amables y me ofrecieron café, un café delicioso, por cierto. Lo que me contaron sobre los belgas era, en efecto, estremecedor; a veces tenían que trabajar durante meses enteros sin recibir nada a cambio, salvo, de tanto en tanto, una tunda con el kiboko. Podían ser colgados o fusilados por minucias. Según me contaron, al menos cuarenta jefes habían sido asesinados por una nimiedad, y el número de muertos entre los soldados de a pie era incalculable». Le explicaron que los oficiales belgas ordenaban enterrar vivos a los jefes indígenas. Insultaban a sus soldados tildándolos de bestias y los mataban «como si fueran cabras»^[48].

Nunca hubiese imaginado que, a principios de este tercer milenio, llegaría a captar ecos de aquel periodo lejano y oscuro del Congo. Sin embargo, un día fui al barrio popular de Bandalungua de Kinsasa y visité a Martin Kabuya. Era un anciano

de noventa y dos años, exmilitar de la Force Publique y veterano de la Segunda Guerra Mundial. Vivía en la capital, pero su familia procedía de Aba, el poblado situado en el extremo nororiental del Congo, justo en la frontera con Sudán. Su abuelo había sido jefe de aquel poblado durante las campañas de la Force Publique hacia Sudán del Sur. «Se llamaba Lukudu y era muy malvado. Por ello lo enterraron vivo, con la cabeza justo por encima del suelo», me explicó su nieto. Se trataba, al parecer, de una práctica habitual. Para quebrar la resistencia de los jefes de poblado rebeldes, los enterraban a ser posible a pleno sol, cerca de un hormiguero. A algunos de ellos les obligaban a mirar horas enteras al sol. También destruían a sus familias: les arrebataban a sus hijos alegando que los «liberaban». «Los hermanos maristas se llevaron a todos sus hijos al internado de Buta [a seiscientos kilómetros al oeste]. También a mi padre. Allí se convirtió al catolicismo. Se casó en la misión y tuvo tres hijos. Yo soy el menor de ellos.»^[49]

Mientras que en el este, las tropas del rey Leopoldo luchaban contra la trata de esclavos y creaban nuevas formas de avasallamiento, la situación en el oeste no era mucho mejor. No se habían declarado guerras abiertas, pero sí formas regulares de coacción y de terror. Con la esperanza de eludir el tramo innavegable del río Congo, entre 1890 y 1898 se construyó la línea de ferrocarril entre Matadi y Stanley Pool, el Bajo Congo. Stanley ya había afirmado antes que el Congo no valía ni un penique sin ferrocarril. El sistema de porteadores resultaba demasiado caro y demasiado lento, sobre todo ahora que el Estado había pasado a ser el principal exportador. Una caravana tardaba dieciocho días, mientras que una locomotora, aunque tuviera que detenerse para reponer agua y leña, solo dos^[50]. Leopoldo consiguió reunir a duras penas el dinero para aquella empresa (los fondos procedían de inversores privados y sobre todo del Estado belga) y las obras se iniciaron con aún más dificultades. Los primeros dos años solo se construyeron ocho kilómetros del trayecto total de casi cuatrocientos: el ferrocarril tenía que abrirse un camino serpenteante a través de un terreno inhóspito y montañoso al este de Matadi. Después de tres años, solo se había avanzado hasta el kilómetro treinta y siete. Las condiciones de trabajo eran extremadamente duras. La malaria, la disentería, el beriberi y la viruela diezmaron a las cuadrillas. Solo en los primeros dieciocho meses murieron novecientos obreros africanos y cuarenta y dos blancos; otros trescientos tuvieron que ser repatriados a Europa. A lo largo de un total de nueve años cerca de dos mil implicados perdieron la vida en el proyecto.

La jerarquía de las obras se parecía un poco a la del ejército: en la cúpula había una élite belga (integrada en este caso por ingenieros, ingenieros de minas y geólogos) dirigida por el coronel Albert Thys, que era militar y capitán de industria. Por debajo estaban los obreros procedentes de Zanzíbar y el África occidental, su número oscilaba entre dos mil y ocho mil hombres. También había algunas docenas de mineros italianos. Sin embargo, cuando comenzó a disminuir el número de africanos dispuestos a trabajar en aquel infierno llamado Congo, los responsables se

vieron obligados a reclutar trabajadores en las Antillas e hicieron llegar por barco a cientos de chinos de Macao, que casi en su totalidad murieron a causa de las enfermedades tropicales.

Al principio, tal y como había sucedido en el ejército, los congoleños apenas participaban, pues se argumentaba que todavía eran imprescindibles como porteadores. Solo en 1895, cuando se hubo alcanzado casi la mitad del trazado en Tumba, se empezó a contratar a trabajadores entre la población local. Eso sucedió en la región donde vivía Étienne Nkasi, el anciano al que conocí en Kinsasa. «Yo tendría unos doce o quince años —me contó durante una de nuestras conversaciones—, todavía era un niño, no podía trabajar, pero acompañaba a mi padre. Él trabajó en el ferrocarril. Entonces aún no existían ni Kinsasa ni Mbanza-Ngungu.» En efecto, recordé que Kinsasa todavía no era una ciudad, sino como mucho un grupo de asentamientos; Mbanza-Ngungu, la antigua Thysville, aún tenía que ser levantada. Debía su existencia al ferrocarril. En el punto más alto del trayecto, justo a medio camino entre Matadi y Kinsasa, había una colina fresca y fértil. Allí se construyó, entre 1895 y 1898, la pequeña ciudad que recibió el nombre del ingeniero jefe Albert Thys. Los viajeros pasaban la noche allí durante su segundo día de viaje en tren. Se convirtió en un lugar agradable, en el que se cultivaban a gran escala plantas europeas. Hoy se ven allí vagones oxidados sobre vías oxidadas junto a las oxidadas casas coloniales de estilo modernista.

«Yo estaba allí cuando se construyó Thysville —me dijo Nkasi, asombrándome por enésima vez con sus recuerdos increíblemente lejanos—. Mi padre conocía a Albert Thys. Mi padre era capataz de una cuadrilla. Con cuatro negros tiraban de la vagoneta del hombre blanco sobre las vías. El blanco tenía uno de estos cascos blancos. Yo lo vi». Sonrió como si de repente se percatara de que hacía mucho tiempo de eso. «Papá trabajó en Tumba, Mbanza-Ngungu, Kinsasa y Kintambo. Yo lo seguí a todas partes.» Se trataba, en efecto, de puestos en el trayecto que quedaba por acabar. En 1898 se completó la construcción. Durante la festiva inauguración, un grupo de blancos realizó el trayecto de Matadi a Kinsasa, un viaje de diecinueve horas en el que vistieron sus mejores galas y se lucieron escotes. A lo largo del recorrido se lanzaron fuegos artificiales y había negros de uniforme en posición de firmes y saludando. En algunas estaciones, los viajeros eran acogidos con himnos cantados por el coro de la cercana misión; un desvencijado armonio acompañaba su canto^[51]. El famoso ferrocarril era, en realidad, nada más que un pequeño tren de vía estrecha, un tranvía con vagones descubiertos, pero su puesta en marcha constituyó un hito en la explotación del Congo. En cambio, para Nkasi significó el regreso a casa. Había estado fuera tres años. «Después de las obras, papá volvió al poblado, donde esperaba mi madre. Para hacer más niños. Yo seguía siendo el único. Después de mí habían fallecido dos. Cuando regresó del ferrocarril concibió cinco más.» Le pregunté por los trenes de entonces. También se acordaba de eso: «Los motores funcionaban con madera —me explicó—. Y cuando estaban en marcha... —Se sentó

más erguido en la cama, cerró los puños y, con sus delgados brazos, empezó a trazar pequeños círculos junto al torso— hacía: tutuuuut... taca, taca, taca.» Luego se rio en silencio^[52].

Trabajar para el ferrocarril no era lo peor que podía pasarle a un congoleño, sobre todo después de 1895, pues cuando se contrataron obreros nativos se introdujo un sistema de bonificaciones. El capataz blanco acordaba con el jefe negro un plazo para la realización de un determinado tramo. Si se cumplía, su equipo recibía una bonificación acordada de antemano. De hecho, se trataba de una cultura de empresa con un plan de incentivos *avant la lettre*. De este modo, además de su jornal de cincuenta céntimos y su ración de arroz, galletas y pescado seco, el obrero podía ganarse un complemento solo canjeable en las tiendas del Estado, puesto que en el resto del país aún no existía una economía monetaria. Louis Goffin, el ingeniero que ideó el sistema de bonificaciones, hablaba de *une coopération du travail des noirs et du capital européen*^[e14]. Lo que se pretendía era, según él, despertar en el congoleño el gusto por el trabajo, ofrecerle poder adquisitivo y conseguir que se sintiera orgulloso. Había que «generar en el indígena nuevas necesidades que le inculcaran amor por el trabajo y que dieran pie a un rápido desarrollo del comercio y, por consiguiente, de la civilización»^[53]. Una vez acabada la construcción del ferrocarril algunos nativos pudieron seguir trabajando en el taller mecánico, en el torno, en una estación o incluso de maquinista en la locomotora. Eran asalariados y por ello fueron los primeros en incorporarse a una economía monetaria. Cada vez que iba a visitarlo, Nkasi me hablaba con profunda admiración de un tal Lema, un primo de su padre que había sido boy-bateau en los buques que navegaban a Amberes, pero que después de 1900 empezó a trabajar para el ferrocarril.

—Fue jefe de estación en Lukala.

—¿Donde ahora está la fábrica de cemento?

—Sí. Allí. ¡Jefe de estación! Conocía a los blancos^[54].

En otros lugares del Estado Libre aún no existía la monetización. El trueque seguía siendo la norma, lo que suponía un obstáculo para la recaudación de impuestos. El Estado Libre del Congo necesitaba recursos y consideraba oportuno que sus súbditos pagaran por la construcción de su país, pero resultaba imposible pedir dinero a personas que nunca lo habían tenido. El Estado tampoco tenía ningún interés en recuperar los abalorios, las varillas de cobre y las balas de algodón de antaño. Entonces había que hacerlo en especie: con mercancías o con trabajo. Al fin y al cabo, era lo que se solía hacer antes, cuando un cazador regalaba un colmillo o una parte del botín de caza al jefe del poblado. En el pasado aquel había sido un sistema estable, pero ahora provocaría la total dislocación del Congo. La negativa a introducir el dinero también en el interior trajo consigo graves consecuencias.

Leopoldo II le había jugado una muy mala pasada al libre comercio. Se había convertido en propietario de la práctica totalidad del suelo del Congo, pero como no podía explotarlo todo, concedió enormes extensiones de tierra a sociedades

comerciales. Aquellas concesiones eran muy amplias: la Anversoise, una empresa recién fundada, obtuvo permiso para explotar ciento sesenta mil kilómetros cuadrados al norte del río Congo, una zona que doblaba el tamaño de Irlanda. Al sur del mismo río, ABIR (Anglo-Belgian Indian Rubber Company) consiguió autorización para explotar una superficie comparable. El propio rey se adjudicó un generoso pedazo de selva: las Tierras de la Corona, una zona de doscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, casi diez veces más grande que Bélgica, en su mayor parte al sur de la provincia de Ecuador. Kasai permanecía en una reserva donde el libre comercio pudo mantenerse a fuego lento durante un tiempo, pues tampoco era cuestión de enojar a todo el mundo (aunque, finalmente, sería acaparado por el rey). La Compagnie du Katanga y la Compagnie des Grands Lacs recibieron asimismo grandes territorios; sus nombres ya indican que habían sido fundadas para la ocasión. La principal explotación económica del interior del Congo era, por tanto, obra del monarca y de algunas empresas concesionarias favorecidas. No se trataba de mundos separados, pues de hecho Leopoldo solía ser el accionista principal o al menos tenía derecho a una parte sustancial de los beneficios. En el consejo de administración de estas sociedades siempre había altos funcionarios de la Administración del Estado Libre del Congo. En Bélgica, el asesor financiero del soberano, Browne de Tiège, no solo era presidente de la Anversoise y de la Société Générale Africaine, sino también directivo de ABIR, así como de la Société Internationale Forestière et Minière, de la Société Belge de Crédit Maritime en Amberes y de algunas otras.

Aquel enorme interés económico por el Congo ya no se limitaba al marfil. En 1888 un veterinario escocés, John Boyd Dunlop, inventó algo que no solo haría más confortables los viajes de miles de pasajeros en Europa y en América, sino que también dominaría la vida de millones de congoleños e incluso acabaría con ella: el neumático de caucho inflable. En una época en que las nuevas invenciones como el automóvil y la bicicleta seguían apañándose con ruedas de madera revestidas, el neumático apareció como caído del cielo. La demanda mundial de caucho se disparó. Para Leopoldo aquello constituyó su inesperada salvación. En su Estado Libre había cada vez menos elefantes, pero los árboles de caucho crecían en abundancia. El momento no podía ser más oportuno. Su Congo oscilaba al borde de la quiebra. Bélgica estaba dispuesta a hacerse cargo de la situación, si bien es cierto que a regañadientes. Y de repente ya no era necesario. En 1891 el Congo produjo tan solo varios cientos de toneladas de caucho, pero en 1896 fueron de pronto mil trescientas toneladas y en 1901 seis mil^[55]. El Estado Libre del Congo pasó de ser un proyecto deficitario en África Central a convertirse en un milagro económico. Leopoldo amasaba millones y veía cómo después de una larga espera y de una empresa temeraria su inversión, por fin, aportaba beneficios. Al fin podía demostrar para qué servía una colonia: una explosión económica, fama imperial y orgullo nacional. Con los ingresos procedentes del Congo embelleció Bélgica a lo grande. En Bruselas levantó el Museo del Cincuentenario y un nuevo palacio real; en Tervuren se

construyó un inmenso museo colonial y un parque, inspirado en Versalles, mientras que en Ostende aparecieron las Galerías Venecianas.

La otra cara de la moneda solo podía verse en el Congo. Allí, aparte de las latas de *foie gras* y las botellas de champán que recibían los funcionarios desde Bélgica, había poco boato. Leopoldo no solo se negaba a invertir los beneficios de su imperio del caucho en el Congo, sino que además la manera en que se extraía el caucho resultaba muy problemática. Aún no había plantaciones, se trataba solo de árboles silvestres. Sin embargo la recogida del caucho constituía un trabajo largo y pesado que exigía mucha mano de obra. De esta forma se había conseguido el medio ideal para recaudar impuestos: el propio caucho. Los indígenas debían penetrar en la selva para hendir las lianas de caucho, extraer el látex y transformarlo de forma rudimentaria en pedazos pegajosos. Antes se recaudaban impuestos en especie (pan de mandioca o marfil) o con la leva de personas como porteadores. Ahora la población local tenía que entregar cestas de caucho de forma pautada. La cuota impuesta variaba de una región a otra, pero el principio era siempre el mismo. En las Tierras de la Corona, el administrador provincial hacía una estimación, tras lo cual los soldados de la Force Publique se encargaban de cobrar la tasa sobre el caucho. En las zonas donde trabajaban las empresas concesionarias, esta tarea corría a cargo de guardias armados, denominados *sentries*. En ambos casos se trataba de africanos con escasa formación militar y menos disciplina.

Estaba escrito que aquello solo podía provocar abusos. Los hombres que debían recaudar el caucho eran remunerados en función de la cantidad de materia prima que conseguían. Si no había caucho, no había paga. Por consiguiente, hacían todo lo que podían para sacar el máximo partido a la recaudación. En la práctica, aquello significaba un régimen de terror generalizado. Dado que estaban armados, podían aterrorizar de forma despiadada a la población local. En las empresas concesionarias, los abusos eran horribles, y en las zonas que pertenecían al Estado Libre del Congo la situación apenas mejoraba. Disasi Makulo lo vivió en primera persona en la misión de Yalembe que él había fundado. Tuvo que reconocer que el daño no solo provenía de los habitantes de los poblados paganos de su región, sino también de los congoleños de otras zonas que se encontraban al servicio del Estado Libre del Congo.

A menudo se aprovechaban de la ausencia de sus superiores. En ocasiones incluso maltrataban, torturaban y asesinaban. [...] En el puesto de Bandu había un hombre al que llamaban Alio [águila] por su crueldad. Era el capataz general para la entrega de caucho. Aquel hombre era terriblemente cruel. ¡Asesinó a muchísima gente! Un día cruzó el río con su séquito para ir al poblado de los turumbu, una tribu que vivía en la orilla derecha del río. Como de costumbre, en cada poblado pidió cabras, gallinas, marfil y muchas más cosas. Aquella vez provocó graves problemas e incluso asesinó a un hombre.

Cuando me enteré de que venía hacia mi poblado de Bandio [...], me llevé a varios muchachos de la misión y salimos a su encuentro. ¡Cuando llegamos allí, nos lo encontramos golpeando, torturando y saqueando! Sin perder un instante, me acerqué a él y le dije: «Está usted al servicio del Estado únicamente para ocuparse de la entrega de caucho, no para maltratar, saquear y asesinar. Devuelva de inmediato todo lo que ha confiscado o de lo contrario informaré de estos hechos a las autoridades estatales en Basoko»^[56].

Disasi también fue testigo de cómo un guardián del depósito de caucho mató de un disparo a una muchacha del poblado. Sus experiencias coinciden con las de todos aquellos que estuvieron en contacto con la política del caucho. Enviaban a los hombres a la selva a extraer el caucho mientras retenían a las mujeres hasta que se hubiera suministrado suficiente caucho. Algunos testimonios aterradores señalan que una vida humana tenía poco valor. «Dos *sentries*, Bokombula y Bokusula, detuvieron a mi abuelo Iselunyako, porque su cesta no estaba llena de caucho. Lo metieron en un pozo y lo pisotearon. Después falleció. Cuando le mostramos su cadáver al blanco, este nos dijo: “Bien hecho. Se le había acabado el caucho y, por tanto, también la vida”.»^[57]

Eluo, un hombre de Esanga, ofreció el siguiente testimonio: «Teníamos que entregar cincuenta cestas de caucho. Un día, durante la administración del blanco Intamba (*monsieur Dîneur*), solo había cuarenta y nueve y nos declararon la guerra. El *sentry* Lomboto se presentó en nuestro poblado con algunos otros. Por el camino, al pasar por un pantano vio a mi hermana que estaba pescando. Sin ningún motivo, Lomboto la mató con un disparo de su fusil»^[58].

Entonces ya se perpetraban actos de violencia sexual. Una mujer casada contó: «Para castigarme, los *sentries* Nkusu Lomboto y Itokwa me quitaron el *pagne*^[e15] y me metieron barro en la vagina, fue muy doloroso»^[59]. La crueldad tenía una función:

El jefe Isekifusa fue asesinado mientras estaba en su choza. Al mismo tiempo asesinaron a dos de sus esposas. Cortaron en dos a un niño. A una mujer le sacaron las entrañas. [...] Las gentes de Boeringa que acompañaban a los *sentries* se comieron el cadáver. Después mataron a diez hombres que habían huido al bosque. Antes de abandonar Bolima, dejaron atrás una parte del cuerpo de Lombutu, lo cortaron en pedazos y lo mezclaron con plátano y mandioca a la vista para asustar a los habitantes. Colgaron los intestinos del niño alrededor de las chozas del poblado y clavaron sus miembros en estacas^[60].

Si se hubiese introducido el sistema de bonificaciones, tal y como se había hecho durante la construcción del ferrocarril en el Bajo Congo, se habría generado una dinámica totalmente diferente. Las personas habrían sido recompensadas por sus esfuerzos, lo que las habría motivado para seguir produciendo. Los congoleños reclamaban este tipo de sistema, pero el régimen los ignoró: «Si pedimos *mitakos*, nos dan con el *chicotte*»^[e16], afirmó alguien^[61]. El caucho tenía que fluir sin cargo hacia el Estado. Se trataba de recaudar impuestos y no de pagar sueldos, aunque, en realidad, no era más que saqueo.

El trabajo sucio de la recaudación de impuestos se dejaba a subalternos con un fusil. Puesto que sus jefes blancos querían estar seguros de que estos no usaban sus armas para cazar animales, les exigían que demostraran lo que habían hecho con la munición. De este modo, en diversos lugares surgió la costumbre de cortar la mano derecha de las víctimas y llevarla como prueba de las balas disparadas. Las manos se ahumaban encima de un fuego de leña para que no se pudrieran —como se sigue haciendo hoy con la comida—, puesto que el recaudador de impuestos solo veía a su

jefe cada muchas semanas. Cuando pasaba el parte, tenía que mostrar las extremidades como *pièces justificatives*, a modo de comprobantes o de «recibos» de los gastos realizados.

A partir de 1900 empezaron a alzarse voces en Europa contra aquel monarca belga que ordenaba a sus funcionarios que cercenaran manos. Algunas fotos de congoleños con el brazo rematado por un muñón dieron la vuelta al mundo. Así, se extendió la falsa idea de que en el Congo constituía una práctica habitual amputar la mano a personas vivas. Es cierto que eso también sucedía, pero no tanto como se suele creer. La mayor infamia de la política del caucho de Leopoldo no era que se cortaran las extremidades de los muertos, sino que se asesinara tan a la ligera. La mutilación de los cadáveres no era sino una consecuencia indirecta. Eso no debe hacernos olvidar que en algunos casos el horror realmente careciera de límites. «Cuando aún era una niña —explicó Matuli, una muchacha de quince años que iba a la escuela en la misión de Ikoko— los *sentries* mataban a la gente de mi poblado por el caucho. A mi padre lo asesinaron de la siguiente manera: lo ataron a un árbol y le dispararon hasta matarlo, y cuando lo soltaron, lo entregaron a sus boys para que se lo comieran. A mi madre y a mí nos apresaron. Los *sentries* le cortaron a mi madre las dos manos cuando aún estaba viva. Dos días más tarde la decapitaron. Cuando cometieron estos actos no había hombres blancos presentes.»^[62]

Al cercenar los miembros vivos, los guardias no solo ahorraban balas, sino que además podían arrebatar a las mujeres las anchas pulseras de cobre que llevaban en las muñecas o los tobillos. La historia de Boali resulta muy elocuente en este sentido: «Un día que mi marido se había ido a la selva a extraer caucho, el *sentry* Ikelonda entró en mi choza y me pidió que me entregara a él. Yo me negué. Entonces me disparó furioso con su fusil; aún puede ver usted la herida. Yo caí e Ikelonda creyó que estaba muerta. Entonces me cortó el pie derecho para poder quitarme el aro de cobre que llevaba en el tobillo»^[63]. Si Boali hubiese dado una sola señal de vida, la hubiese rematado de inmediato.

Sin embargo, la violencia no se limitaba a la de africanos contra africanos. La sangre no solo corría al pie de la pirámide del poder. También muchos funcionarios belgas cometieron actos de brutalidad. Si bien la violencia física se toleraba más que ahora —en los cafés belgas había broncas a diario, las trifulcas formaban parte de la cultura juvenil y en la escuela se impartían castigos corporales—, algunos de los delitos cometidos por los belgas en el Congo fueron muy graves. Los latigazos con el *chicotte* constituían un correctivo oficial. El funcionario determinaba el número de azotes y su ayudante negro los administraba cuando pasaban lista por la mañana o por la noche, mientras ondeaba la bandera del Estado Libre del Congo. El látigo debía ser plano, el número de latigazos no podía superar los cincuenta (que debían administrarse en dos series de veinticinco), solo se podían golpear las nalgas y la parte baja de la espalda y había que parar de inmediato si el castigado sangraba. Sin embargo, algunos blancos no eran tan estrictos con las normas: preferían látigos no

reglamentarios trenzados y angulosos y, por consiguiente, infligían más dolor. También ordenaban fustigar el vientre, los riñones y los genitales. A veces imponían castigos de cuatrocientos latigazos y no se inmutaban ante posibles hemorragias o desmayos. Las mujeres embarazadas que oficialmente no podían recibir castigos corporales solían ser golpeadas de todos modos^[64].

Mokolo, una mujer casada, confesó:

Mi marido se llamaba Wisu y cada dos semanas llevaba el caucho de nuestro poblado a la factoría de Boyeka acompañado por Ebobondo y Ebote. Siempre les entregábamos veinte cestas, pero entonces los blancos nos pidieron veinticinco. Los nuestros se negaron indicando que éramos un poblado pequeño. Sin embargo, cuando nuestros hombres volvieron y los blancos vieron que solo les traían veinte cestas, se enfadaron. Uno de ellos, Nkoi [apodo de Ablay], tiró a mi marido al suelo y le sujetó la cabeza. El otro, Ekotolongo [apodo de Félicien Molle], le golpeó con *nkekeles* [bastones], llegando incluso a romper tres de estos. Ebobondo y Ebote se llevaron a Wisu casi muerto hasta una piragua en la que lo trasladaron a Bokotola. Falleció antes de que pudieran llegar a la orilla. Vi el cuerpo de Wisu y usted ve aún las marcas de mis lágrimas^[65].

En la Administración había auténticos racistas y sádicos que cometieron torturas, abusos de poder y masacres. Un personaje como René de Permentier, un oficial de la Force Publique, se deleitaba perpetrando salvajes carnicerías. Ordenó podar la *brousse* (maleza) alrededor de su casa para poder disparar a los transeúntes desde su veranda. El personal doméstico que cometía un pequeño error era liquidado sin conmiseración. Las ejecuciones eran casi diarias^[66]. Léon Fiévez, comisario del distrito en la provincia de Ecuador e hijo de campesinos de Valonia, solía emprender sangrientas expediciones de castigo. Tras cuatro meses de servicio, había asesinado a quinientas setenta y dos personas^[67]. Durante una de aquellas expediciones ordenó saquear y quemar ciento sesenta y dos poblados, arrasar campos de cultivo y matar a mil trescientas cuarenta y seis personas. Eso sí, consiguió la mayor producción de caucho de todo el Estado Libre del Congo^[68].

El grueso de los belgas que fueron a probar suerte en el Congo procedía de las capitales de provincias y pertenecía a la pequeña burguesía. Muchos de ellos habían estado en el ejército y deseaban aventura, gloria y fortuna. Sin embargo, en el Congo solo encontraban la soledad de un puesto remoto y un clima sofocante. El calor y la humedad eran implacables y los accesos de fiebre, frecuentes. En aquella época aún no se sabía que la malaria era transmitida por mosquitos. Uno de aquellos jóvenes en la flor de la vida podía despertarse sin ningún motivo en plena noche, bañado en sudor, delirando, tiritando, pensando en todos los blancos que habían pasado a mejor vida. Oía una selva llena de sonidos extraños, recordaba retazos de violentas conversaciones que había mantenido durante el día con un jefe de poblado, rememoraba las miradas asustadizas de las personas que debían recolectar el caucho, los ponzoñosos susurros en su incomprensible lengua. En sus visiones febriles entre la vigilia y el sueño veía pasar los ojos llenos de recelo, las espaldas anchas y brillantes cubiertas de tatuajes y los incipientes pechos de una joven indígena que le había sonreído.

George Grenfell, el baptista británico que se había hecho cargo de Disasi Makulo, se dio cuenta de lo que sucedía. Durante mucho tiempo había sido un ferviente partidario del rey Leopoldo, incluso había asumido la presidencia de su Comisión para el Bienestar de los Indígenas que, en realidad, no era más que una maniobra del monarca para apaciguar los ánimos. Sin embargo, el descontento de Grenfell crecía a ojos vistas:

Teniendo en cuenta la cantidad de puestos solitarios que ocupan hombres blancos solteros con apenas un puñado de soldados indígenas en medio de poblados no siempre sumisos y a menudo crueles y supersticiosos, no sería de extrañar que saliera a la luz más locura. Sin embargo, es el sistema el que hay que condenar, más que al pobre individuo que, abrumado por la fiebre y el miedo, pierde el control de sí mismo y se excede con formas de intimidación para mantener su autoridad^[69].

La Administración del Estado Libre del Congo presumía de puntualidad, los funcionarios estatales fingían cierta flema y se mantenía la apariencia de control. No obstante, detrás de esta fachada abundaban el miedo, la depresión, la melancolía, el aturdimiento, la desesperación y la más absoluta locura. La gente perdía los estribos.

El Estado Libre del Congo condenaba de palabra las malas conductas, pero en la práctica era incapaz de mantener ningún control. Apenas había condenas. Boma estaba antes al corriente de lo que sucedía en Bruselas que de lo que pasaba en la selva. El rey Leopoldo también se mostró indignado cuando le llegaron los primeros rumores sobre abusos; dijo: «Hay que detener esas atrocidades o me retiraré del Congo. No dejaré que me manchen de sangre o de barro. Esas vilezas han de cesar»^[70]. Sin embargo, eso no le impidió nombrar de nuevo a redomados canallas como Fiévez, pese a que el monarca estaba al corriente de su vergonzoso palmarés. Ni él, ni sus consejeros, así como tampoco los altos cargos de su Administración en Boma, querían admitir que los horrores eran inherentes al sistema que utilizaban. Y, no obstante, puesto que obtener el máximo beneficio constituía el principio y el fin de toda la empresa, se presionaba a todos los niveles del escalafón para que recaudaran más impuestos, recogieran más caucho y presionaran más a la población. El sistema del Estado Libre del Congo era una pirámide en cuya cima se encontraba Leopoldo II; debajo de él, el gobernador general en Boma; después, las diferentes capas de la Administración, seguidas de los militares negros de la Force Publique; y abajo del todo, el indígena en su aldea. Puede que la violencia física se limitara a los escalones inferiores (perpetrada por soldados ávidos y funcionarios locos destacados en el interior, por guardias brutales y mentes enfermizas en la selva), pero la violencia estructural llegaba hasta la cima, hasta el palacio de Laeken. Oficialmente, un indígena podía trabajar un máximo de cuarenta horas al mes para el Estado, pero a medida que el caucho empezaba a escasear, había que adentrarse más en la selva para conseguir la cantidad deseada y no quedaba tiempo para otro trabajo. Las personas se convirtieron en siervos del Estado. Leopoldo II había declarado la guerra a la esclavitud afroárabe, al menos de manera formal, y en su lugar había instaurado un

sistema más terrible; al fin y al cabo, un amo cuidaba de su esclavo (pues había pagado mucho por él), mientras que la política del caucho de Leopoldo, por su propia naturaleza, no se preocupaba del bienestar del individuo. Sin duda resulta difícil elegir entre la peste y el cólera, pero desde una cierta distancia la vida de un esclavo doméstico congoleño en Arabia Saudí o en la India parece más atractiva que la de quienes recogían el caucho en la región ecuatorial del Congo.

Las consecuencias fueron desastrosas. Los campos de cultivo quedaron en barbecho. La agricultura se redujo hasta el punto de que se sembraba solo lo más básico. El comercio local se paralizó. Se perdieron oficios que se habían perfeccionado durante siglos, como la forja o la talla de madera. La población nativa estaba apática, debilitada y desnutrida. Debido a ello era muy propensa a las enfermedades. En torno al cambio de siglo se declaró la enfermedad del sueño. Esta enfermedad, que era transmitida por la mosca tse-tse, existía desde hacía tiempo en la zona, pero el número de víctimas mortales nunca había sido tan alto. Adquirió proporciones pandémicas. En 1904, George Grenfell escribió: «En muchos distritos, la actual tasa de mortalidad es realmente preocupante. Después de haber contado las casas y de haber hecho una estimación aproximada a lo largo de los mil seiscientos kilómetros del río (dos mil kilómetros de márgenes) entre Léopoldville y Stanleyville, dudo mucho que todavía vivan cien mil personas en todas las ciudades y poblados a lo largo del río»^[71]. Y esa había sido la zona más densamente poblada del interior. Algunos poblados perdieron entre un 60 y un 90 por ciento de la población. Lukolela, uno de los puestos más antiguos junto al río, tenía, en 1891, unos seis mil habitantes; en 1903 eran menos de cuatrocientos^[72]. Resulta imposible decir cuántas personas murieron directa o indirectamente a consecuencia de la política del caucho de Leopoldo. No existen cifras fiables. Además, la despoblación tenía otro importante motivo: muchos se marcharon, lejos del río, lejos de las orillas. Se fueron a vivir a las profundidades de la selva o cruzaron la frontera para quedar fuera del alcance del Estado. Ellos también se volvieron invisibles. Uno de los pocos testigos de aquella gran corriente de refugiados en tiempos históricos fue entrevistado allí en 1903:

—¿Cuánto hace que abandonasteis vuestras casas? ¿Desde que empezaron los grandes problemas de los que habláis?

—Hace tres años. Este es el cuarto año desde que huimos y nos vinimos a vivir a esta zona.

—¿Cuántos días de camino hay andando hasta vuestro país?

—Seis días a buen ritmo. Huimos porque ya no podíamos soportar las cosas que nos hacían.

Ahorcaban a los jefes de nuestros poblados, a nosotros nos asesinaban y nos dejaban morir de hambre. Y nos matábamos trabajando para encontrar caucho^[73].

Sería absurdo hablar en este contexto de «genocidio» y de «holocausto», puesto que un genocidio presupone una destrucción consciente y planificada de una determinada población y esa nunca fue, en este caso, ni la intención, ni el resultado. Y el término «holocausto» se utiliza solo para aludir a la persecución que sufrieron los judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, fue, sin duda, una hecatombe, una masacre perpetrada a una escala increíble que no estaba prevista, pero que podría

haber detectado mucho antes como «daño colateral» de una política de explotación páfida y depredadora, un sacrificio en el altar del lucro patológico. Cuando la epidemia de la enfermedad del sueño assolaba a la poblaci3n, Leopoldo II pidi3 ayuda a la Liverpool School of Tropical Medicine, que entonces era el m3s famoso centro de medicina tropical. No lo habr3a hecho nunca de haber sido su intenci3n perpetrar un genocidio. No obstante, eso no significaba que entonara enseguida el *mea culpa*. En realidad, no lleg3 a hacerlo nunca.

El impacto de la sangrienta pol3tica del caucho, el llamado *red rubber*, el caucho rojo, no fue igual en todas partes. La provincia de Ecuador, Bandundu y Kasai fueron las regiones m3s afectadas, es decir, la parte occidental de la selva pluvial congoleña. All3, los grandes r3os facilitaban la explotaci3n. Cuando pregunt3 al viejo Nkasi, que proced3a del Bajo Congo, sobre la 3poca de la explotaci3n del caucho, no supo qu3 contestar: «Eso no fue en nuestra zona —me dijo—, sino en el Mayombe». Podr3a ser cierto. El Mayombe era un pedazo de selva ecuatorial al norte de Boma, cerca del oc3ano, en las inmediaciones del enclave portugu3s de Kabinda. Se trataba de uno de los pocos lugares del Bajo Congo donde se extra3a caucho. Nkasi solo lo sab3a de o3das. «All3 los portugueses cortaban manos», añaadi3, aunque no estaba del todo seguro. Cuando le pregunt3 si hab3a vivido la enfermedad del sueño, asinti3 con mucha m3s convicci3n. «S3, eso lo vi. Murieron muchos j3venes. Es una mala enfermedad. —Repiti3 esa 3ltima frase dos veces en su sencillo franc3s—. *C'est mauvaise maladie.*»

A partir de 1900 empezaron a llegar señaes cada vez m3s claras de las atrocidades del Estado Libre del Congo, aunque en un primer momento no se les dio ning3n cr3dito. Los misioneros protestantes manifestaron expresamente su repulsa, pero en B3lgica se cre3a que solo estaban frustrados por la afluencia de misioneros cat3licos y su consiguiente p3rdida de poder. En Amberes, un empleado de una compa3a naviera brit3nica llamado Edward Morel empez3 a darse cuenta de que algo iba radicalmente mal en el Congo: ve3a zarpar barcos sin cargamento (llevando a bordo, como mucho, armas y munic3n) y volver repletos de caucho. Aquello parec3a m3s un saqueo que un comercio bilateral. Aun as3, se rest3 importancia a su protesta: la t3pica queja de un comerciante brit3nico de Liverpool que sigue enfurruñado por la p3rdida del libre comercio. Adem3s, ¿los brit3nicos iban a darle lecciones a la pequeña B3lgica? ¿De verdad? ¿Acaso no hab3a quedado demostrado que esos malditos imperialistas eran los peores criminales despu3s de haber machacado a los indefensos b3eres en Sud3frica? A fin de cuentas, B3lgica se hab3a escandalizado por la guerra de los b3eres.

El tono cambi3 algo despu3s de que Roger Casement, el c3nsul brit3nico en Boma, redactara en 1904 un informe ponderado, pero implacable. Casement era un diplom3tico muy respetado. El que hablaba ahora no era un simple empleado

británico del puerto de Amberes, sino un representante oficial de Gran Bretaña, alguien con gran autoridad moral que llevaba tiempo familiarizado con el interior del Congo. Resultaba imposible ignorar sus objeciones, que provocaron una violenta indignación en la Cámara de los Comunes. Escritores como Arthur Conan Doyle, Joseph Conrad y Mark Twain expresaron en voz alta su descontento. Un año después de la aparición del informe, el rey Leopoldo se vio obligado a enviar una comisión de investigación internacional e independiente al Congo. Permitió que tres magistrados —un belga, un suizo y un italiano— viajaran durante meses y realizaran entrevistas en su Estado Libre del Congo, pensando que limpiarían su mala imagen. Sin embargo, el asunto no salió tal y como esperaba. La comisión de investigación procedió como una especie de comisión de la verdad *avant la lettre*. Sus miembros escucharon a cientos de testigos, recopilaron quejas y redactaron un informe objetivo que analizaba con detalle la política del Estado Libre del Congo. Se trataba de un texto seco, pero sin contemplaciones, que afirmaba que «el secuestro y la encarcelación de mujeres, el sometimiento de jefes al trabajo de esclavos, las humillaciones de las que son objeto, el *chicotte* que emplean con los recolectores, la dura actuación de los negros que se supone han de vigilar a los presos» se habían convertido en la norma^[74]. El jurista y catedrático bruselense Félicien Cattier llevó el razonamiento hasta sus últimas consecuencias:

La verdad más clara y más irrefutable que emana de este trabajo se traduce en que el Estado del Congo no es un Estado colonizado, apenas puede considerarse un Estado, sino solo una empresa financiera. [...] La colonia no se administra pensando en el interés de los indígenas, ni siquiera en los intereses económicos de Bélgica: su única motivación consiste en proporcionar los máximos beneficios económicos al rey soberano^[75].

La presión internacional sobre el rey Leopoldo II fue en aumento. Tenía que suceder algo y la única opción era que el monarca renunciara a su territorio de ultramar y que Bélgica se hiciera cargo del Congo. En diciembre de 1906 se tomó la decisión, pero Leopoldo se pasó casi dos años dándole vueltas al tipo de transferencia. Se preguntaba si no podía quedarse con un pedazo del Congo; por ejemplo, las Tierras de la Corona. Era evidente que se resistía a desprenderse del proyecto de su vida. Poco antes del traspaso ordenó quemar los archivos del Estado Libre del Congo. No obstante, el 15 de noviembre de 1908 llegó por fin el día: con motivo de la fiesta nacional de la dinastía, esta renunciaba al Estado Libre del Congo. El término «Estado Libre» había quedado bastante desactualizado considerando que se trataba de una zona sin libre comercio, sin trabajo libre, ni ciudadanos libres. En lugar de ello había un régimen que giraba en torno a una economía de monopolio, trabajo forzado y servidumbre. En adelante, el territorio se denominaría el «Congo Belga».

Durante el periodo del Estado Libre del Congo, la población local había entrado por primera vez en contacto con diversos aspectos de la presencia europea. En 1908, cerca de dieciséis mil niños iban a la escuela en las misiones, se estima que treinta mil personas estaban alfabetizadas, sesenta y seis mil habían estado en el ejército y

unas doscientas mil habían sido bautizadas^[76]. Cientos de miles habían tenido que ver, directa o indirectamente, con la política del caucho. Millones habían muerto a causa de la enfermedad del sueño y otras enfermedades contagiosas.

Y Disasi Makulo lo había vivido todo de cerca. Había estado implicado en el comercio de marfil cuando todavía era libre; se había convertido en boy de un famoso misionero británico; había realizado innumerables viajes de exploración con él en su barco de vapor; había sentido en su propia carne el vínculo entre misión y Estado cuando, durante la expedición con Grenfell, le hicieron un uniforme de la Force Publique; había recibido el bautismo; se había casado con una muchacha de una región lejana; se había convertido en un ferviente defensor de la monogamia y de la familia nuclear, que criticaba la vida tradicional de los poblados; y, finalmente, se había convertido en catequista para poder cristianizar su propia región. Y precisamente allí había podido contemplar por sí mismo la violencia de la política del caucho.

Sin embargo, en su misión le aguardaba un inmenso desconsuelo. A mediados de 1906 vino a visitarle su gran maestro George Grenfell. Aparentaba ochenta años, cuando apenas tenía cincuenta y siete. Sus años en el trópico habían sido largos y virulentos. Estaba agotado. Grenfell le pidió que cantara con sus feligreses un himno en su propia lengua, el bobangi. Después le habló de su gran deseo de ser enterrado en Yalamba, la misión que había fundado el propio Disasi. Este lo llamaba «aquel que fue nuestro padre hasta su muerte»^[77].

Hoy no queda gran cosa de aquellos primeros años en Kinsasa, pero durante mi primer viaje al Congo, en diciembre de 2003, pude acceder a la vieja cochera de los autobuses urbanos en el barrio de Limete. Hacía mucho tiempo que ya no circulaban por la capital y los pocos ejemplares desvencijados que aún quedaban se habían convertido en viviendas que ocupaban varias familias. Había ropa colgada en los limpiaparabrisas. Los inquilinos dormían en los viejos asientos, abrazados a las barras de aluminio. En la sombra de un tapacubos o de un capó balaba una cabra invisible. Era un polígono industrial abandonado donde la naturaleza había recuperado su lugar. Después de un trecho, advertí en la hierba una obra de arte posmoderno muy peculiar. Nunca antes había visto una instalación tan estrafalaria con reminiscencias históricas. En un barco de acero oxidado yacía boca abajo la estatua de un hombre de bronce que medía al menos cuatro metros. Reconocí de inmediato la imagen: era la efigie triunfante de Stanley que, desde lo alto de la colina de Ngaliema, escudriñó durante décadas con mirada intrépida el otro lado del río. La estatua realizada y vaciada en Molenbeek, cerca de Bruselas, había sido transportada en barco en la época colonial, pero después de la independencia había caído de su pedestal. Y aquí yacía ahora nuestro Stanley. El amplio ademán con el que antes abarcaba el Congo ya no apuntaba a ningún lugar. Los dedos se apoyaban solo en la oxidada caldera de vapor

del barco. El poder se había convertido en un espasmo; el valor, en una bufonada. Cerca de la proa del barco vi tres letras escritas: AIA, las siglas de Association Internationale Africaine. Era uno de los tres barcos con los que Stanley navegó por el río entre 1879 y 1884 para establecer puestos comerciales en distintos lugares; uno de aquellos en los que había llevado a bordo a Disasi Makulo cuando lo redimió de un comerciante de esclavos. Ahora un Stanley derribado descansaba en el suyo. La flota con la que había sometido al Congo a una nueva autoridad se había convertido en su mausoleo. No tengo ni idea de a qué funcionario se le ocurrió ese genial bricolaje, seguramente un servicio de grúa había improvisado *in situ* ese montón de chatarra de la historia, pero pocas veces he visto un ajuste de cuentas más irónico con el colonialismo que en esa estatua oficial de Stanley, caído de bruces dentro de su propia bañera.

Al día siguiente, encontré en el otro lado de la ciudad, en el tranquilo y verde barrio de Ngombe, la vieja misión de los baptistas. Estaba situada a orillas del río en lo que hoy es el barrio más residencial de Kinsasa. El primer edificio de la misión sigue en pie, es una construcción sencilla levantada sobre pilotes de hierro fundido, igual que en Boma. Cada uno de ellos tenía incluso una especie de jarrón alrededor: era donde vertían el petróleo para desanimar a las termitas. Creo que debe de ser el edificio más antiguo de Kinsasa. Seguí avanzando unos pasos para poder contemplar bien el río. Kinsasa está a orillas de uno de los ríos más grandes del mundo, pero con tanta muralla y tanta barrera (pues constituye una frontera nacional), existen pocos lugares donde se pueda ver de verdad el agua. Sobre la pendiente en descenso, entre la hierba alta, había algo parecido a un enorme insecto o a la caja torácica de un gigante de bronce. Se trataba del radiador de un motor descomunal. Decenas de tubos de latón paralelos confluían en una gran barra de acero. Un catequista baptista me comentó que era el motor del *Peace*, el barco de vapor con el que Grenfell había realizado todas sus exploraciones. Cuando quedó ya inservible, izaron esta joya de la arqueología industrial y la dejaron en tierra. Parecía demasiado hermoso para ser cierto. No solo conocemos con todo detalle la magnífica historia de la vida de Disasi Makulo, sino que además los dos barcos con los que navegó por el Congo continúan oxidándose en la hierba alta y callada de Kinsasa.

LOS BELGAS NOS LIBERARON LOS PRIMEROS AÑOS DEL RÉGIMEN COLONIAL

1908-1921

Lutunu miró a su mujer y observó que cada vez le costaba más caminar. «¡Aún es tan joven!», pensó. Vio claramente los bultos que tenía en el cuello, como una fila de piedras debajo de la piel. Él conocía los síntomas, así había empezado también con sus hijos. Primero fiebre, dolor de cabeza y rigidez en las articulaciones; luego un mortal cansancio y desánimo durante el día, alternados con insomnio por la noche. Sabía lo que le esperaba. Estaría cada vez más confusa, cada vez más apática. Pondría los ojos en blanco y de sus labios saldría espuma. Después iría a tumbarse en un rincón hasta que todo acabara. ¿Qué había hecho él para que le sucediera esto? Todos esos muertos. Unos años antes sus hermanos y hermanas habían sido víctimas de la viruela, habían caído como moscas. Más adelante fallecieron sus dos hijos por la enfermedad del sueño, los primeros hijos que ella había tenido... Y ahora ella... ¿Acaso había bebido de una calabaza usada por alguien con la enfermedad del sueño? ¿Había comido una manzana con motas negras? Nadie sabía cómo se contagiaba la enfermedad, ningún sanador tenía un amuleto o un remedio para combatirla. Algunos decían que se trataba de un castigo de los misioneros, que la propagaban porque estaban enfadados con los que no aceptaban su religión^[1]. Lutunu no tenía la menor idea de cuál era la causa.

En torno a 1900 la enfermedad había matado incluso a su amo Mfumu Makitu, el gran jefe de Mbanza-Gombe. En 1884 había sido uno de los primeros jefes del país en firmar un acuerdo con Stanley. Su poblado se hallaba en la ruta de las caravanas que iban desde la costa al interior mucho antes de que se construyera el ferrocarril. Al principio el jefe Makitu no quería saber nada de aquellos blancos recién llegados, pero al final cambió de idea. El 26 de marzo de 1884, junto con algunos otros jefes, puso una cruz en la parte inferior de una hoja de papel que decía:

Nosotros, los abajo firmantes, grandes jefes de Nzoengi, prometemos reconocer la suprema autoridad de la Association Internationale Africaine, en testimonio de lo cual adoptamos su bandera [azul con una estrella dorada]. [...] Declaramos que, a partir de este momento, nosotros y nuestros sucesores actuaremos conforme a lo que decidan los representantes de la asociación en todo lo que concierna a los asuntos relacionados con la prosperidad de nuestras posesiones^[2].

Lutunu lo recordaba como si fuera ayer. Acto seguido, el jefe Makitu hizo a Stanley un generoso regalo de bienvenida, uno de sus esclavos más jóvenes: el propio Lutunu. Él tenía entonces diez años. Tanta lealtad le valió a Makitu, en 1888, una condecoración; fue uno de los primeros *chefs médaillés*¹⁷¹ del país. Sus riquezas no hacían más que aumentar. Moriría años más tarde, dejando atrás sesenta y cuatro poblados, cuarenta mujeres y cientos de esclavos.

Al igual que Disasi Makulo, Lutunu tuvo una vida tan llena de aventuras que todavía hoy se le recuerda. En Kinsasa le pusieron su nombre a una calle y el viejo Nkasi lo había conocido hacía mucho tiempo, pues ambos eran oriundos de poblados vecinos: «¡Incluso conocí a Lutunu!», me soltó en una ocasión. Era la primera vez que yo oía aquel nombre. «Procedía de mi región y me llevaba unos años. Era el boy de Stanley. Y nunca quiso ponerse pantalones. Cuando el blanco gritaba “¡Lutunu!”, él respondía exclamando “¡Blanco!” ¡Así, sin más! ¡Blanco!». Todavía se reía al recordarlo. Lutunu era un caso aparte. Un bravucón amigo de muchos blancos. Cuando volví a casa en Bélgica descubrí que la historia de su vida había sido documentada en la década 1930 por una artista y escritora belga¹³.

Al igual que Disasi Makulo, Lutunu había sido esclavo y había acabado en manos de un europeo. Fue boy del teniente Alphonse Vangele, uno de los primeros colaboradores de Stanley. También él estuvo en contacto con los baptistas británicos que establecieron una de sus principales misiones en la región donde vivía Lutunu, quien se convertiría en boy de uno de ellos, Thomas Comber. Y al igual que Disasi, acabó en Europa. En 1885 se encontraba allí cuando Comber partió hacia Inglaterra y Bélgica, y estaba presente cuando Comber fue recibido por el rey Leopoldo II. Lutunu era uno de los nueve niños que cantaron para el rey. Más adelante, partiría hacia América y al volver se haría famoso desde Matadi hasta Stanley Pool y sería aclamado por multitud de seguidores por ser el primer ciclista del Congo. Ese era Lutunu. Y sus peripecias aún no habían acabado. No estaba predestinado para traducir pacientemente el evangelio en su lengua materna, sino para ver mundo. Remontó con Grenfell el río Congo y debió de conocer a Disasi Makulo. En las campañas militares, ejerció de guía y de intérprete para los oficiales belgas Tobback y Dhanis. Durante un breve periodo también fue soldado en la Force Publique. Iba a todas partes y conocía al colonizador blanco como nadie. «¡Lutunu!» «¡Blanco!». Pese a ello, se negaba a ponerse pantalones. Tampoco tenía ningún interés en bautizarse.

Cuando falleció su mujer él se quedó solo en el mundo. Sus hijos habían muerto y su familia estaba diezmada. Después de tantos viajes, regresó al poblado donde había nacido. Habló con los misioneros protestantes y se convirtió al cristianismo. Tenía entonces unos treinta años. Redimió a las decenas de esclavos que había comprado a lo largo de los años. Se fue a vivir a la misión. Francis Lutunu-Smith, ese era su nuevo nombre.

Cuando el gran jefe Makitu murió en torno al cambio del siglo XIX al XX, su sucesor, conforme a las costumbres locales, fue un joven de dieciséis años con poca experiencia. Los misioneros propusieron que Lutunu se convirtiera en su ayudante regente: eso era mejor para el poblado y también para la misión. Así podían influir en el régimen local, a fin de cuentas Lutunu era uno de ellos. Al igual que Disasi Makulo, al que permitieron construir su propia misión, dejaron que Lutunu asumiera parte de la responsabilidad administrativa; los niños esclavos de otro tiempo adquirirían, gracias a los blancos, mucho poder.

Aunque la vida de Lutunu se parecía a la de Disasi, su devoción no era la misma. Después de cinco años, un buen día lo echaron de la misión porque le gustaba demasiado la cerveza inglesa. El Estado Libre del Congo no se andaba con contemplaciones con el alcoholismo crónico de la población local. Las autoridades habían limitado de forma drástica el consumo de vino de palma, mientras que el *brandy*, la ginebra y el ron estaban totalmente prohibidos, pero Lutunu bebía y bailaba. Y a pesar de que seguía conservando su biblia, de repente descubrieron que estaba casado con tres mujeres y que tenía cuatro, cinco, ocho, doce, diecisiete hijos. ¿Tan difícil era conciliar la nueva fe con las viejas tradiciones?

¿Qué significó para él que el Congo se convirtiera de repente en una colonia de Bélgica? ¿Notó algo de la transición del Estado Libre del Congo al Congo Belga? ¿Fue 1908 también un año decisivo para él y para los suyos? ¿Se dio cuenta la población local de que se producía este cambio?

Son preguntas difíciles de contestar.

La historiografía clásica ofrece a menudo la siguiente explicación: las atrocidades del Estado Libre del Congo continuaron hasta 1908, pero a partir del momento en que Bélgica se hizo cargo de la administración de la colonia, todo se calmó y la historia se convirtió en un *long fleuve tranquille*, un río largo y tranquilo en el que solo a finales de la década de 1950 volverían a aparecer algunas olas^[4]. Desde ese punto de vista, el colonialismo en sentido estricto —el periodo entre 1908 y 1960— fue un largo y ondulante *intermezzo* entre dos episodios turbulentos. Hoy Bélgica se siente más culpable por las atrocidades de Leopoldo II y el asesinato de Lumumba — estrictamente hablando, dos momentos que no pertenecen a la época colonial clásica — que por las décadas en que el Parlamento belga y, por consiguiente, el pueblo belga fueron (o deberían haber sido) responsables de lo que sucedía en el Congo. Esa idea de estabilidad pacífica se ve reforzada por los largos mandatos de algunas figuras clave. Entre 1908 y 1960 el Congo solo tuvo diez gobernadores generales, algunos de ellos permanecieron siete o incluso doce años en el cargo. Los primeros dos ministros para las Colonias, Renkin y Franck, sirvieron diez y seis años, respectivamente. Parecía, en efecto, un río tranquilo con unas cuantas balizas firmes.

Sin embargo, quizá solo lo fuera en la superficie. Al fin y al cabo no se produjo una ruptura total con el periodo anterior a 1908. Bien es cierto que el 15 de noviembre de aquel año, en la capital, Boma, se izó por primera vez la bandera belga

tricolor y se plegó de forma definitiva la del Estado Libre del Congo, pero poco más cambió. El régimen de Leopoldo proyectaría aún una sombra muy larga sobre el periodo colonial. Además, el medio siglo belga fue de todo menos estático. Al contrario, se caracteriza por un dinamismo excepcional; no se trata solo del tan a menudo alabado dinamismo unilineal del «progreso», sino del multidimensional de una época histórica compleja llena de tensiones, conflictos y fricciones. ¿Un río ancho y largo cada vez más poderoso? No, más bien un río lleno de vueltas, cauces secundarios, rápidos y vorágines.

Realmente sucedieron muchas cosas en 1908, pero al principio ese incipiente dinamismo se percibía más en Bruselas que en el Congo. Sobre el papel empezaba un nuevo día. La Carta Colonial que regulaba el traspaso del Estado Libre del Congo otorgó por primera vez una especie de Constitución al Congo. Los mandatarios belgas, muy conscientes de las miserias del Estado Libre del Congo, proyectaron un aparato de poder totalmente nuevo. La política de la colonia ya no dependía de los caprichos de un monarca testarudo que podía imponer su voluntad, sino del Parlamento, que aprobaba leyes sobre la administración de la colonia. En la práctica, la administración quedaba sobre todo en manos del ministro para las Colonias, un cargo recién creado con un título más bien ridículo: el plural era del todo inútil, pues a diferencia de otros países, Bélgica tenía una única colonia. El Parlamento se injería solo de vez en cuando en la política de ultramar. Leopoldo murió el 17 de diciembre de 1909, apenas trece meses después de que le arrebataran la obra de su vida. Su sucesor, el rey Alberto I, tenía una postura mucho más discreta y menos voluntarista que la de su padre en relación con el Congo. Además, se creó el Consejo Colonial, un órgano de gobierno que asesoraba al ministro en relación con numerosos aspectos técnicos. Ocho de los catorce miembros eran nombrados por el rey y seis por la Cámara Baja y por el Senado. Asimismo existía una Comisión Permanente para la Protección de los Indígenas, una institución con una noble aspiración, pero escasa influencia. Durante sus más de veinticinco años de existencia solo se reunió en diez ocasiones^[5]. También se modificaron los métodos de financiación: atrás quedaban las opacas estructuras de Leopoldo que le permitían traspasar dinero a voluntad entre su fortuna personal y los recursos puestos a su disposición por la nación (la llamada Lista Civil del rey). En adelante se manejaban carteras cerradas. Los rendimientos de la colonia debían ir a parar a la colonia y no a la construcción de edificios bruselenses; sin embargo, aquello implicaba también que el Congo debía apañárselas solo en tiempos de crisis (aunque en la práctica Bélgica le ayudó en algunas ocasiones). Por consiguiente, la colonia asumía las ventajas y los inconvenientes de poseer un presupuesto propio.

Fueron reformas administrativas de gran calado. Aunque también se notó un cambio en la manera en que se administraba la colonia. El espíritu aventurero dio paso a la burocracia, el *foie gras* al *corned-beef*. Después de los caprichos de Leopoldo se apostó por un enfoque riguroso y sobrio. Bélgica asumió su papel de

colonizador con más seriedad que orgullo. El régimen se volvió en gran medida formal, y en términos belgas eso significaba: muy jerárquico y centralizado. El poder emanaba de Bruselas y era asumido por personas que no habían estado nunca o casi nunca en el Congo. En más de una ocasión eso provocó tensiones con los blancos que residían en la colonia. En el Congo, el gobernador general seguía acaparando todo el poder, pero su evaluación de la situación colonial con frecuencia difería en casi todo de las directrices que recibía de Bruselas. Además, los colonos belgas no podían pronunciarse sobre la política colonial: carecían de poder político formal. La acataban y no siempre de buen grado.

Si ellos se sentían ninguneados, ¿cómo debían de sentirse los propios congoleños? Los políticos belgas querían sin duda lo mejor para los nativos; habían aprendido esa lección después de lo vivido con el caucho rojo. Sin embargo, el Gobierno no tenía que rendir cuentas ante la población local. Al fin y al cabo no había sido elegido por los congoleños y tampoco los consultaba. Se limitaba a cuidar de ellos, lleno de conmiseración.

El régimen belga no escuchaba a los congoleños, en cambio prestaba mucha atención a la ciencia. Aspiraba a lo que Albert Thys denominó la *colonisation scientifique*^[6]. Se habían acabado las improvisaciones *ad hoc*, había llegado la hora de la planificación cartesiana. Los científicos eran la encarnación de aquella nueva sobriedad imparcial, formal y fiable. Al menos eso creía la gente. Precisamente debido a esa supuesta imparcialidad, en la práctica tenían mucho que decir.

Los primeros científicos en intervenir de esta manera fueron los médicos. En torno al cambio del siglo XIX al XX, Ronald Ross, un médico británico nacido en la India, descubrió que la malaria no se adquiría por respirar «aire malo» de zonas pantanosas, como se creía hasta entonces (*mal aria*, en italiano, pues la enfermedad aún era frecuente en la llanura del Po), sino que era transmitida por los mosquitos que vivían cerca del agua estancada. De este modo quedaba resuelto uno de los grandes misterios del trópico que había costado la vida a tantos religiosos y pioneros. Ronald Ross recibió el premio Nobel por aquel descubrimiento, pero eso no fue todo. También la fiebre amarilla y la elefantiasis, la enfermedad que deformaba horriblemente los miembros, resultaron ser propagadas por los mosquitos. La enigmática enfermedad del sueño se contagiaba al entrar en contacto con la mosca tse-tse. La fiebre negra era transmitida por los mosquitos flebotomos; el tifus, por los piojos; la peste, por las pulgas de las ratas. Las garrapatas podían provocar persistentes accesos de fiebre. Había nacido una nueva especialidad, la medicina tropical, que se convertiría en un poderoso instrumento al servicio del colonialismo. El propio Leopoldo II ya había invitado al Congo a investigadores de Liverpool para que estudiaran la enfermedad del sueño. Siguiendo el ejemplo de la Liverpool School

of Tropical Medicine, en 1906 se fundó en Bruselas la Escuela de Medicina Tropical, precursora del Instituto de Medicina Tropical de Amberes.

Aquella medicalización tuvo grandes consecuencias para los habitantes del Congo. Ya durante el régimen de Leopoldo, en algunos lugares del Estado Libre del Congo fueron surgiendo *lazarettes*, hospitales donde las víctimas de enfermedades contagiosas eran atendidas y cuidadas por monjas. Aquellos lazaretos se encontraban en islotes del río o en lugares apartados de la selva y podían compararse con las leproserías. El ingreso solía efectuarse por la fuerza y más que cuidar a los pacientes, se los aislaba. Tenían prohibido recibir visitas de la familia, de los amigos o de los parientes. Por ello muchos consideraban el traslado a un lazareto como una especie de pena de muerte. Con aquellos pacientes se probaban todo tipo de nuevos medicamentos, como el atoxil, un derivado del arsénico, que provocaba más la ceguera que la curación. No siempre estaba claro qué intentaban mejorar exactamente: si el cuerpo del paciente o el medicamento que ensayaban. Dado que el objetivo consistía en aislar a las víctimas en una fase temprana de la enfermedad (cuando aún eran muy contagiosas y tenían posibilidad de curarse), se trataba a menudo de personas que en el momento del ingreso se sentían sanas y que a lo sumo tenían una hinchazón en los ganglios linfáticos del cuello. Solo desarrollaban los síntomas habituales durante su estancia en el lazareto. Así pues, los lazaretos adquirieron muy mala reputación: la gente creía que eran campos donde los funcionarios coloniales transmitían de forma deliberada la enfermedad. Aquello provocaba revueltas, los guardias intervenían, pero muchos pacientes lograban escapar y volvían a sus poblados.

Cuando Bélgica se hizo cargo del Congo, por primera vez en la historia del colonialismo se instaló un servicio médico... en Bruselas. Aunque la cadena de mando hasta los jefes de puesto en la jungla era larguísima, se logró adaptar la política a la nueva situación. No bastaba con tener solo lazaretos. En adelante había que controlar muy de cerca la movilidad de todos los congoleños. En 1910, un decreto estipuló que cada indígena pertenecía a una *chefferie* o *sous-chefferie* (jefatura o subjefatura^[7]). Los contornos de estas zonas se delimitaban con precisión, conforme a las restricciones territoriales existentes. Según otro decreto de 1910, quien quisiera desplazarse a una distancia de más de treinta kilómetros o por un periodo superior a un mes tenía que llevar consigo un pasaporte médico en el que figurara su región de nacimiento, su estado de salud y el posible tratamiento recibido. Un pasaporte de este tipo solo podía recibirse con la autorización del jefe del poblado o la de su subjefe. Los que ya habían contraído una enfermedad debían permanecer en el poblado. Y el que saliera de viaje sin papeles corría el riesgo de que lo multaran.

Resulta difícil exagerar la importancia de tal medida, dadas las profundas consecuencias que tuvo. En primer lugar, los congoleños, incluso los sanos, ya no podían ir adonde quisieran, su libertad de movimiento se vio muy restringida. Eso fue difícil de asimilar para una región caracterizada por un alto grado de movilidad. En

segundo lugar, a partir de entonces cada habitante quedaba prendido con un alfiler del mapa, como un escarabajo sobre un trozo de cartón. Las comunidades nativas siempre habían tenido un fuerte *sense of belonging*, pero ahora ese «sentido de pertenencia» se volvía absoluto. A partir de entonces la identidad de cada uno quedaba fijada para siempre. En tercer lugar, en adelante los jefes locales participaban por completo en la Administración local. Con ello se ratificaba el proceso que se había iniciado en la época de Stanley (recordemos a Makitu). Los jefes representaban el escalón inferior de la jerarquía administrativa y hacían las veces de intermediario entre Estado y súbdito. Por supuesto, la Administración colonial prefería a las figuras dóciles. El jefe que recibía un contrato oficial era a menudo un personaje débil con poca autoridad moral, mientras que el auténtico jefe tradicional se mantenía en la sombra para poder seguir gobernando con tranquilidad^[8]. En cuarto lugar, dado que una *chefferie* de tamaño medio no tenía más de un millar de habitantes, los conjuntos étnicos más grandes se disolvieron^[9]. El poblado pasó a depender directamente de la autoridad estatal y los niveles intermedios se evaporaron. Esto repercutió también en la conciencia tribal: surgió una nostalgia por un antiguo esplendor. Y en quinto lugar, aquellas leyes promulgadas en la lejana Bruselas supusieron para muchos el primer contacto inmediato con la burocracia colonial. En la época del Estado Libre del Congo cientos de miles de personas habían sido sometidas al yugo de un lejano tirano, ahora en principio nadie se libraba. El número de belgas en la colonia todavía era escaso (varios miles en 1920), pero el aparato colonial reforzó su influencia sobre la población y fue penetrando cada vez más en la vida del individuo.

En 1885 el Estado era un blanco solitario que le pedía al jefe de tu poblado que agitara una bandera azul. En 1895 el Estado era un funcionario que venía a reclutarte para trabajar de porteador o de soldado. En 1900 el Estado era un soldado que llegaba al poblado bramando y disparando por unas cestas de caucho. Sin embargo, en 1910 el Estado era un auxiliar de enfermería negro que te palpaba las glándulas linfáticas del cuello en la plaza del poblado y te decía que todo estaba bien.

El régimen colonial esperaba iniciar pronto un estudio demográfico médico a gran escala y el rey Alberto destinó más de un millón de francos belgas a tal fin, pero la Primera Guerra Mundial ralentizó el proceso. No obstante, a partir de 1918 los equipos de salud compuestos por médicos belgas y enfermeros congoleños empezaron a recorrer los poblados y examinaron a muchos cientos de miles de congoleños. El Estado era un hombre con microscopio que fruncía el ceño mientras analizaba tu sangre. El Estado era la jeringuilla estéril y reluciente que se deslizaba bajo tu piel y que te inyectaba un veneno. El Estado se te metía literalmente bajo la piel. No solo colonizaba el paisaje, también tu cuerpo y la imagen que tenías de ti. El Estado era el pasaporte que decía quién eras, de dónde venías y adónde podías ir.

En cualquier caso, la vida de Lutunu se volvió mucho más hogareña. El hombre que además de viajar a Europa y a América había visitado todos los rincones de su

país, se quedaba ahora año tras año en su poblado. Lo más seguro es que, al ser ayudante de un jefe de poblado adolescente, tuviera que asesorar al supervisor blanco sobre quién tenía derecho a un permiso de viaje. No resulta difícil imaginar que el sistema abría la puerta de par en par a los abusos. Los pasaportes eran muy codiciados, y algunos jefes, empleados y enfermeros se dejaban sobornar. Los vecinos del poblado que querían viajar, pese a que acababan de recibir tratamiento para la enfermedad del sueño, afirmaban que habían perdido su pasaporte médico con la esperanza de que les dieran otro nuevo en blanco. Muchos sentían un profundo recelo por la medicina de los blancos. El atoxil podía provocar ceguera y las punciones lumbares que se aplicaban a los casos más graves eran extremadamente dolorosas. Esto no significaba que los nativos sintieran un miedo irracional por todo aquel que luciera una bata blanca. Algunos tratamientos, como la extirpación de tumores provocados por la elefantiasis, eran apreciados, pero se había generalizado la idea de que las agujas servían para propagar enfermedades. El colonizador subestimó sin duda el profundo apego de los congoleños hacia los remedios tradicionales y los rechazó resueltamente tachándolos de charlatanería y de brujería. Por ello, para muchos africanos la enfermedad del sueño se convirtió en la del colonizador; era la prolongación del dominio militar, de la explotación económica y de la reestructuración política.

Y a todo esto, los médicos gozaban de muchísimo poder. Decidían quién podía ir y adónde. Delimitaban las zonas a las que estaba prohibido viajar. Podían obligar a los individuos rebeldes a seguir un tratamiento y hasta podían castigarlos. Tenían autoridad incluso para desplazar poblados enteros, si existían fundados motivos sanitarios para hacerlo. Podían obligar a las comunidades de poblados que estaban en zonas donde proliferaba la mosca tse-tse a mudarse de forma colectiva. Y si un poblado se negaba, podían recurrir a los funcionarios coloniales y a la Force Publique. Más que curar a las personas, este tipo de medicina tenía por objeto garantizar la buena salud de la colonia.

No obstante, las comunidades locales acababan con frecuencia devastadas por aquellos desplazamientos forzosos. Los bakongo, que habían tenido que abandonar su poblado, cantaban llenos de añoranza y tristeza:

*¡Eb! Mirad el poblado de nuestros antepasados.
El poblado sombreado con sus palmeras que tuvimos que abandonar.
¡Eb! Los viejos.
¡Eb! ¡Eb!
¡Eb! ¡Nuestros muertos han desaparecido!
¡Eb! ¡Mirad nuestro poblado abandonado!
¡Qué lástima!¹⁰¹*

El pueblo de Lutunu no fue obligado a desplazarse, sin embargo, para reducir el riesgo de enfermedades, él realizó algo que nadie en su poblado había hecho antes: construyó una casa de ladrillos. A partir de entonces ya no dormiría debajo de un tejado de hojas y entre muros de adobe, sino en una choza de ladrillos debajo de una

chapa ondulada. A fin de cuentas, en el vecino Thysville había suficientes albañiles y carpinteros. Sabían cómo fabricar ladrillos con barro y cómo clavar la chapa ondulada. La enfermedad del sueño había aniquilado a la familia de Lutunu, pero ahora él vivía más o menos como los blancos. ¿Estarían adornadas las paredes de ladrillo de su casa con «retratos muy mediocres de nuestros soberanos, como los repartidos por toda la Administración colonial, y con algunas imágenes arrancadas de revistas de París o Londres», como los que vio un ministro del Estado belga en la casa del jefe de un poblado del Congo oriental? ¿Le obsequiarían los ocasionales visitantes blancos con «algunos grabados y cajas de caramelos»^[11]? Lo desconocemos; pero lo que sí sabemos es que, algunos años más tarde, el régimen colonial lo nombró jefe de la región y que él, como antiguo esclavo, pudo ejercer su autoridad sobre nada menos que cincuenta y dos poblados.

El segundo grupo de científicos que prestó atención a la colonia fue el de los etnógrafos. Si algo había dejado claro el escándalo del Estado Libre del Congo era la total falta de conocimientos sobre la cultura indígena. Félicien Cattier, el eminente catedrático bruselense y virulento crítico de Leopoldo, había sido muy explícito al respecto: «¿Cómo es posible realizar un trabajo útil en las colonias sin antes estudiar a fondo las instituciones de los nativos, sus costumbres, su psicología, las condiciones de su vida económica y la estructura de sus sociedades?»^[12]. Algunos exploradores y misioneros habían mostrado interés por las costumbres locales, pero muchos oficiales y enviados del Estado Libre del Congo tenían criterios algo rudimentarios sobre «la raza negra». Si prestaban algún interés, este se centraba ante todo en los aspectos tangibles de la cultura extranjera: en sus cestas y en sus máscaras, en sus piraguas y en sus tambores, en la forma de sus lanzas, en el tamaño de sus cráneos.

Sin embargo, eso no era suficiente, opinaba Cattier. No se trataba de examinar objetos concretos o figuras individuales. Había que prestar atención a las capas más profundas de la sociedad congoleña. Y eso exigía un estudio serio. «Por consiguiente, convendría que en el Congo, al igual que en las Indias neerlandesas o en la India británica, se estableciera un departamento u oficina de estudios etnológicos.»^[13]

Y así se hizo. Se creó el Bureau International d'Ethnographie, una oficina internacional de etnografía con investigadores belgas y extranjeros cuyo objetivo consistía en recopilar y analizar el mayor número posible de datos sobre la población nativa del Congo. La École de Médecine Tropicale era para la medicina lo que el Bureau International d'Ethnographie para la antropología: un organismo con conocimientos que traducía en influencia. Los miembros leían crónicas de viajes e informes de misiones y dedicaban mucho tiempo a elaborar exhaustivos cuestionarios que luego enviaban a miles de personas de la colonia: funcionarios, comerciantes, militares y misioneros. Se les pedía que rellenaran doscientos dos apartados. Los

temas variaban e iban desde el derecho matrimonial y los ritos funerarios hasta el cuidado corporal. Los encuestados se pusieron a escribir y las respuestas entraron a mares. En cuestión de unos cuantos años se procesaron más de cuatrocientos mil datos etnográficos^[14] que se recopilaron en una monumental colección de libros, la *Collection des Monographies Ethnographiques*. Entre 1907 y 1914 se publicaron los primeros once tomos. Cada uno de ellos abordaba a una determinada comunidad que se consideraba característica de una zona geográfica específica: los bangala; para la ribera del río; los basonge, para la sabana; los warega, para la selva... También se prestó atención a los mayombe, a los mangbetu, a los baluba y a los baholoholo. Cada vez se ofrecía una descripción de los doscientos dos apartados, que en conjunto llenaban seis mil páginas. Se trataba del primer intento de documentación sistemática de la cultura indígena. El resultado fue, ni más ni menos, que una *Encyclopédie des races noires*^[15].

Sin embargo, otra consecuencia fue que de repente esas «razas» se consideraron algo absoluto. La serie dividía la población del Congo en bloques claramente diferenciados, cada uno con una identidad, unas costumbres y un carácter nacional propios. Tal división no era del todo arbitraria —pues existían diferencias innegables—, pero era completamente artificial levantar alrededor de cada uno de aquellos grupos un muro cultural que encubría los posibles intercambios. No obstante, fue exactamente lo que sucedió. Al inicio del trabajo, en 1908, Édouard de Jonghe, el principal colaborador, se proponía estudiar *les peuplades une à une, en elles-mêmes, pour elles-mêmes*^{[e18][16]}. Desde el punto de vista metodológico, aquel enfoque escalonado era comprensible: así ofrecía una mejor visión de conjunto. Sin embargo, lo que empezó siendo un punto de partida no tardó en convertirse en una conclusión irrefutable. Las «tribus» se convirtieron en conjuntos autónomos e invariables. El iniciador del proyecto, Cyrille van Overbergh, que también era un importante político católico, afirmarían unos años más tarde sin ambages: «Por lo general, esas comunidades tienen pocas relaciones entre sí. [...] Las tribus son independientes unas de otras y mantienen su autonomía»^[17]. Aquella observación pasaba por alto los intercambios centenarios y en aquel entonces conocidos entre los diferentes grupos de la población. Los pigmeos vivían junto a los agricultores de habla bantú. Los bobangi iban río arriba y río abajo y entablaban contactos con decenas de otros poblados. Los antiguos reinos de la sabana de los bakongo o de los baluba estaban étnicamente muy mezclados. Muchos indígenas dominaban varias lenguas. Las culturas de lengua bantú estaban muy emparentadas entre sí. Pese a ello, los antropólogos de principios del siglo xx dividieron la población en razas particulares, igual que habían hecho los taxonomistas del siglo xviii con las diferentes especies. Inmutables en el tiempo y sin contactos mutuos.

El Congo se convirtió en una caja de imprenta. El mapa de la colonia se componía a partir de entonces de cajetines, cada uno con su propia «tribu». En Tervuren, cerca de Bruselas, se construyó una gigantesca colección etnográfica,

debidamente ordenada por tribu. El hecho de que los médicos obligaran a la gente a no moverse de su sitio reforzó la impresión de los antropólogos de que las comunidades que veían «estaban ligadas a su territorio correspondiente», como explicó el jefe del Bureau International d'Ethnographie^[18]. Las consecuencias de aquella «visión monográfica» fueron enormes. En la colonia, los blancos actuaron en consecuencia y los congoleños empezaron a identificarse cada vez más de forma tribal. El genio del tribalismo había salido de la botella.

Aquella reciente etnología no se hacía por amor al arte, sino que su objetivo iba dirigido a agilizar el trabajo del colonizador. Ofrecía a los reclutadores de la Force Publique una descripción de la beligerancia inherente a determinadas tribus. Informaba a los servicios médicos sobre las circunstancias higiénicas de las comunidades más afectadas por la enfermedad del sueño. Permitía a los administradores en Bruselas adaptar su legislación de acuerdo con lo que leían sobre el derecho fundamental tradicional en la colonia. Y las congregaciones misioneras podían ajustar su táctica a la religión que prevaleciera en una determinada región. Todos ellos actuaban sobre la base de los criterios ideados en la Collection des Monographies Ethnographiques. Se atribuyeron a las tribus tópicos, como en las distintas nacionalidades europeas. En el Congo surgió el equivalente del escocés tacaño, del siciliano holgazán, del español desaseado y del alemán trabajador, pero sin sentido del humor.

Los propios habitantes de la colonia empezaron a mirarse así unos a otros. ¿Cómo le iba, por ejemplo, a Lutunu? Había tenido diecisiete hijos, de los cuales trece seguían vivos. A partir de 1910 todos pertenecían a la misma *chefferie*, tenían el mismo jefe de poblado reconocido por el Estado y no podían salir de la región sin un permiso médico: todos ellos elementos que fomentaban la conciencia regional y étnica. Además, los misioneros les impartían clases, pues la enseñanza estaba exclusivamente en sus manos. En 1908 había unos quinientos misioneros en el Congo, mientras que en 1920 eran ya mil quinientos. La escolarización no era obligatoria, pero Lutunu con su bicicleta y su casa de ladrillos los alentó, sin duda, a aprender a leer y a escribir como él. A fin de cuentas fue uno de los primeros alfabetizados en el Bajo Congo. Su poblado se encontraba en el área de influencia de los protestantes británicos, pero fuera de esta zona el poder de los católicos belgas seguía aumentando.

¿Y qué se enseñaba a los congoleños en aquellas sencillas aulas o a la sombra de un árbol? A leer y a escribir, por supuesto. También a contar. Historia sagrada. Relatos edificantes. Las provincias de Bélgica. La casa real. Sí, pero también recibían lecciones sobre el propio país; sobre el tráfico de esclavos, por ejemplo. *Tungalikuua watumua ua Wanguana / Wabeleji wakatukombo*, cantaban los niños en las misiones católicas en el interior. Textualmente: «Íbamos a ser esclavos de los arabizados / Los belgas nos liberaron». La melodía era la de *La Brabantzone*, el himno nacional de Bélgica. Una de las más antiguas canciones escolares en suajili ofrecía una versión

breve de la colonización: «Antes éramos idiotas / Con pecados cotidianos / Niguas en los pies / Y la cabeza llena de tiña / ¡Gracias, reverendos padres!»^[19].

Las canciones y las lecciones de los sacerdotes y las monjas católicos se enseñaban siempre en la lengua autóctona. La mayoría de misioneros procedían de Flandes, y por analogía con la batalla lingüística flamenca, consideraban que la propia lengua era un bien que había que preservar. Eso estimuló asimismo el orgullo tribal. En una pequeña escuela de los misioneros del Sagrado Corazón de la década de 1930 en Mbandaka se ponía el siguiente ejercicio: «Nuestra lengua es el lonkundo. [...] Aunque a algunos les guste hablar en lingala, nosotros preferimos hablar lonkundo. Es una lengua muy bonita y tiene significados muy precisos. Estamos muy orgullosos de ella. Es la lengua que recibimos de nuestros ancestros»^[20].

Sin embargo, la identificación étnica también se daba de forma mucho más explícita. En torno a aquella época los alumnos de la provincia de Ecuador aprendían que «las personas del Congo están divididas en varios grupos. Se distinguen por su dialecto, por sus costumbres y hasta por sus leyes. Nuestra verdadera familia es la tribu de los nkundo»^[21]. Eso sonaba como un eco literal de la *Collection des Monographies Ethnographiques*. Los primeros manuales de los hermanos maristas (el más antiguo data de 1910, aproximadamente) iban aún más lejos. En lingala se podía leer:

Los habitantes del Congo son negros. Todavía no se ha contado su número. Se estima que son unos dieciséis millones. Se dividen en diferentes tribus: basorongo, bakongo, bateke, bangala, bapoto, basoko, babua, bazande, bakango, bangbetu, batikitiki o baka y muchas otras.

Los basorongo viven a orillas del océano.

Los bakongo río arriba, cerca de Boma, Matadi, Kisantu, en la margen izquierda del río. Son estibadores y muy trabajadores.

Los bateke viven en Kitambo. Están especializados en la compraventa.

Los bangala habitan Makanza, Mobeka, Lisala y Bumba. Son altos. Tienen tatuajes en la cara y en las orejas. Se arrancan las pestañas de los párpados y se afilan los dientes. No temen la guerra. ¿Acaso no hay muchos bangala en el ejército del Estado? Son inteligentes.

Los bapoto y los basoko son hermanos de los bangala. Se deforman el rostro con tatuajes. Fabrican grandes morteros y buenas piraguas, forjan lanzas y machetes. Matan muchos peces^[22].

Y así sucesivamente. Enseñaban que el Congo se componía de tribus, cada una de ellas con su propio territorio y con sus propias costumbres. Algunas eran buenas, otras no. Así, se inculcaba a los niños que los azande respetaban a sus jefes y que eso era muy bueno; que los babua no lo hacían y que era una vergüenza; o que los bakango mataban elefantes y, por consiguiente, eran muy valientes. Las escuelas de las misiones se convirtieron en pequeñas fábricas de prejuicios tribales. A niños que no podían salir de sus poblados, se les contaba que, al otro lado de su extenso país, vivían los bakongo y lo que debían pensar de ellos. En muchos manuales se retrataba a los pigmeos como extrañas aberraciones. Quien no se hubiera encontrado nunca uno, ya sabía lo que debía pensar de ellos.

Se distinguen por robar la propiedad ajena —leían los alumnos de Bongandanga a finales de la década de 1920—, no entablan amistad con otras personas. [...] A la mayoría de pueblos del

África Central les gusta tener un cuerpo limpio y, puesto que hay abundancia de agua, se lavan todos los días. En cambio, los pigmeos rechazan el agua y son muy sucios. [...] Superan en ignorancia a todos los demás pueblos de África. No comprenden que vivir en un poblado con gente de su propia cultura es mejor que llevar una vida nómada^[23].

Ello no significa que nunca hubiesen existido las tribus; por supuesto que sí: había importantes diferencias regionales, se hablaban distintas lenguas, se tenían otras tradiciones, otras danzas, otras costumbres alimentarias, había habido guerras tribales. Sin embargo, ahora las diferencias se subrayaban y quedaban registradas para siempre. Llovían los estereotipos. Las tribus no eran comunidades que hubiesen permanecido inmutables durante siglos, se volvieron inmutables durante las primeras décadas del siglo xx. Más que nunca, la gente se identificaba con esa o aquella tribu.

En la década de 1980 un anciano de Lubumbashi habló de sus recuerdos de infancia. En aquella época, la naciente minería reunía a personas de diferentes trasfondos en *compounds*^[e19]: «En los viejos tiempos, no mirábamos a la gente y decíamos: aquel de allí es un kasai, un lamba, un bemba o un luba, no. Éramos todos iguales. —Y luego añadió—: No había diferencias. No se hablaba de las diferencias»^[24].

Las misiones no solo impartían enseñanza primaria, también crearon seminarios para escolares con talento con el fin de formar a sacerdotes locales. El primer congoleño en ser ordenado sacerdote fue Stefano Kaoze. Eso sucedió en 1917. Procedía del macizo de Marungu y había sido educado y moldeado por los padres blancos. En 1910, a los veinticinco años, ya había entregado una primicia: su largo ensayo *La psychologie des Bantu* se publicó en *La Revue Congolaise*. Gracias a ello se convirtió en el primer congoleño que publicaba un texto. ¿Y qué leemos en los primeros párrafos de este incuestionable hito histórico? ¿Qué escribe un joven intelectual congoleño impregnado de las enseñanzas de la misión católica? En efecto, que la conciencia tribal en África fue alimentada por los libros europeos: «Después de leer algunos libros sobre diversas tribus, vi que la mayoría de las costumbres tenían el mismo trasfondo que las de los beni-marungu [su tribu]. Ahora que soy consciente de ello, explicaré quiénes somos los beni-marungu y lo que no somos»^[25]. Los libros le hicieron reflexionar sobre su propia identidad tribal. ¿Es de extrañar que más adelante se convirtiera en un nacionalista tribal, en un defensor de su propio pueblo y de los intereses congoleños? «El negro potencialmente más peligroso —afirmó un miembro de la nobleza francesa después de una gira por la colonia—, es el que ha gozado de cierta instrucción»^[26].

Mientras tanto, la vida de Nkasi discurría apaciblemente. Cuando lo entrevisté, me llamó varias veces la atención que guardara pocos recuerdos de los primeros años del Congo Belga. Cuando hablaba de la construcción del ferrocarril en la década de 1890 le brillaban los ojos y las historias surgían por sí solas. En cambio, las décadas

posteriores, cuando volvía a estar en su poblado, parecían haberse borrado. Durante mucho tiempo me pregunté a qué se debía, hasta que comprobé que también la biógrafa de Lutunu era bastante escueta sobre aquel periodo de su vida. En sus conversaciones con él, la biógrafa también había observado lagunas. ¿Podía tratarse de una casualidad? No lo creo. Sospecho que la legislación, que obligaba a la gente a permanecer en su poblado, trajo consigo años tranquilos con pocos acontecimientos espectaculares. Incluso la Primera Guerra Mundial pasó de puntillas sin hacer ruido, hasta para Lutunu que entonces ya era ayudante-regente. Después de preguntarle varias veces a Nkasi si no recordaba realmente nada de la Gran Guerra, me contestó: «Puede que haya oído algo al respecto, pero eso no sucedió aquí»^[27]. Su mundo se había vuelto mucho más pequeño. Su hermano menor nació entonces, de eso sí se acordaba. Y él por fin aceptó recibir el bautismo protestante. Eso fue en 1916, en la misión de Lukunga. Le dieron el nombre cristiano de Étienne, pero todos siguieron llamándolo Nkasi.

No obstante, en 1921 se produjo un importante cambio de rumbo en su vida: por primera vez en mucho tiempo volvió a abandonar su poblado. Para ello tuvo que solicitar un pasaporte válido y una *feuille de route*, pues, de lo contrario, no podría irse. Incluso hoy, un congoleño tiene dificultades para viajar por su país sin una *ordre de mission* en el bolsillo; el Congo es uno de los pocos países del mundo con un servicio de migración para los desplazamientos en el interior y lo debe a la enfermedad del sueño de antaño. Sin embargo, Nkasi también tuvo suerte. Por mediación de un primo de su padre que trabajaba en el ferrocarril, pudo viajar gratis en tren. Durante un día entero recorrió lentamente el ancho país hasta que una noche llegó a Kinsasa.

El lugar había cambiado hasta quedar irreconocible desde que Swinburne fundara su puesto en 1885 en plena naturaleza virgen. En las orillas de Stanley Pool, cerca de ochenta empresas habían construido almacenes. Unos ocho kilómetros hacia el oeste se encontraba el viejo centro militar y administrativo, Léopoldville, donde los baptistas británicos habían establecido en otro tiempo su sede. En 1910, los dos núcleos, Kinsasa y Léopoldville, estaban unidos entre sí por un puente ancho. Ahora es el bulevar 30 Juin, que ya no es una vía de enlace entre dos asentamientos europeos, sino un eje principal concurrido y humeante de la ciudad. Sin embargo, cuando Nkasi llegó a la ciudad apenas circulaban doscientos coches y camiones. En Kinsasa vivían entonces mil blancos, de los cuales ciento cincuenta eran mujeres. Había unas cuatrocientas casas construidas con materiales resistentes^[28].

Nkasi se encontró con una ciudad en construcción, una llanura polvorienta llena de obras y avenidas que aún no llevaban a ninguna parte. Hacia el sur del barrio blanco, el colonizador había construido una *cit  indigène*, un damero de tres por cuatro kilómetros, dividido con diligencia por avenidas rectas. En unas pequeñas y pulcras parcelas cuadradas había chozas de adobe con techo de paja, alrededor de las cuales los habitantes cultivaban mandioca y plátano macho. Aquí y allá vio una casa

de ladrillo con un tejado de chapa ondulada. Los niños se paseaban desnudos por los callejones de tierra. Las mujeres permanecían horas enteras sentadas a la sombra peinándose unas a otras. Algunas fachadas estaban pintadas. Nkasi no tardó en enterarse de que aquí se podía comprar arroz, pescado seco y cerillas. Este era un mundo nuevo. En unos cuantos años habían venido a vivir aquí veinte mil personas. En la cercana Léopoldville se habían instalado otras doce mil. Llegaban de todas partes del interior. Hablaban lenguas que él no comprendía y venían de regiones de las que nunca había oído hablar. Entre aquellas personas solo había cuatro mil mujeres. Se trataba de un mundo de hombres repleto de gritos, carcajadas y añoranza. La cité indigène no se parecía en nada al poblado tradicional, era un gran campo de obreros y artesanos, pero también de boys que cada día se dirigían al barrio blanco, y de vagabundos, ladrones, prostitutas y víctimas de la enfermedad del sueño^[29].

«En 1921 llegué a Kinsasa. Trabajaba para *monsieur* Martens, que poseía cobertizos llenos de diamantes de Kasai —me contó Nkasi—. Los diamantes salían de las minas. En Kinsasa se clasificaban los diamantes. Mi trabajo consistía en llenar y vaciar sacos.» Para recalcar sus palabras, movió los brazos como si diera paladas. «Llenar y vaciar. Ganaba tres francos al mes.»^[30] Para evitar el robo, los diamantes no se seleccionaban en las minas. El concentrado que salía de las instalaciones de lavado se trasladaba a un depósito central.

El traslado de Nkasi a la gran ciudad, que pronto se convertiría en la capital de la colonia, se debía a un grano de cristal de veinte miligramos que años antes habían encontrado a muchos cientos de kilómetros al este. En 1907, Narcisse Janot, un prospector belga que recorría Kasai en compañía de un geólogo, recogió un trozo de cristal que llamó su atención. Puesto que no disponía de instrumentos para realizar un análisis petrográfico *in situ*, lo metió en un tubito y se lo llevó a Bruselas. Sin embargo, al llegar lo dejó de lado y la minúscula piedra quedó relegada al olvido entre las numerosas muestras geológicas que la expedición había traído de África. Solo volvió a aparecer algunos años más tarde. Al analizarla se descubrió que se trataba de un diamante^[31]. Entonces se propagó una auténtica fiebre del diamante. Kasai resultó tener diamantes de alta calidad adecuados para la joyería, además de un tipo más basto muy demandado en la industria.

El subsuelo de la colonia tenía también reservadas otras agradables sorpresas. Ya en 1892, el joven geólogo Jules Cornet había descubierto en Katanga vetas de cobre muy ricas; sobre todo los yacimientos de Kambove, Likasi y Kipushi parecían excepcionalmente prometedores. Por la noche, en su tienda de campaña, anotó: «No me atrevería a mencionar una cifra para dar una idea de las enormes reservas de cobre que contienen los terrenos que acabo de estudiar, pues parecería inconcebible e increíble»^[32]. El rey Leopoldo II le suplicó que guardara el secreto, no fuera a ser que aquello despertara el interés de los británicos. Una precaución no injustificada, ya que las reservas de cobre de Katanga resultaron estar entre las más ricas del mundo. Algunas capas del suelo contenían hasta un 16 por ciento de cobre puro. En el

accidentado noreste del país, cerca de la frontera con Uganda, dos prospectores australianos encontraron en algunos ríos unos feos trozos que brillaban intensamente a la luz del sol: oro. Los yacimientos de Kilo y Moto se convertirían en las principales reservas de oro del África Central. Y en 1915 otro prospector encontró en Katanga una piedra amarilla y muy pesada que le recordó los hallazgos de Pierre y Marie Curie. Una vez analizado el mineral se descubrió que, en efecto, era muy rico en uranio. El lugar donde fue hallado se convirtió en la mina de Shinkolobwe, que durante mucho tiempo fue el principal proveedor de uranio del mundo.

El subsuelo del Congo resultó contener un auténtico «escándalo geológico», según palabras de Jules Cornet. Era casi demasiado hermoso para ser cierto. Hasta entonces la explotación económica de la zona se había centrado exclusivamente en las riquezas biológicas —marfil y caucho—, pero ahora se constataba que a varios metros por debajo de la superficie del suelo había una riqueza aún mayor. De repente, Katanga, la región poco prometedor que Leopoldo II se había anexionado casi por casualidad en 1884, resultaba cobijar un tesoro inconcebible. Además de cobre y uranio, se localizaron importantes depósitos de zinc, cobalto, estaño, oro, volframio, manganeso, tantalio y hulla. El descubrimiento de estas inmensas riquezas del subsuelo llegaba, por cierto, justo en el momento adecuado. Los ingresos de la explotación del caucho habían empezado a disminuir drásticamente desde 1910. El precio mundial del caucho se hallaba en caída libre. En 1901 el caucho representaba el 87 por ciento de las exportaciones congoleñas; en 1928, tan solo el 1 por ciento^[33]. «Hoy —constataba un viajero en 1922—, y hasta nueva orden, ya no se habla nada o casi nada del caucho en el Congo»^[34].

La historia parecía repetirse: del mismo modo que el *boom* del caucho había llegado a tiempo para sustituir al menguante comercio del marfil, la minería llegó en el momento justo para dar el relevo a la debilitada explotación de caucho. Ningún país del mundo ha tenido tanta suerte con sus riquezas naturales como el Congo. En el último siglo y medio cada vez que se generaba una creciente demanda de una determinada materia prima en el mercado internacional —marfil en la época victoriana; caucho después de la invención del neumático hinchable; cobre en plena expansión industrial y militar; uranio durante la Guerra Fría; corriente eléctrica alternativa durante la crisis del petróleo en la década de 1970; coltán en tiempos de la telefonía móvil—, el Congo daba con gigantescas reservas del material deseado y satisfacía dicha demanda sin ningún problema. La historia económica del Congo está llena de golpes de suerte inverosímiles, pero también de increíble miseria. El grueso de la población no recibía ni una migaja de los fabulosos beneficios que se obtenían. Ese tremendo contraste resulta trágico. Nkasi, que en un tiempo vació con el sudor de su frente los sacos de tierra que contenían piedras preciosas, sacó muy poco provecho del negocio de los diamantes. Hoy es tan pobre como las ratas.

Sin embargo, para el colonizador aquellos hallazgos geológicos fueron de una importancia excepcional. Significaron el inicio de la minería que, hasta hoy, es de

lejos el sector más importante de la industria congoleña. Pese a ello, extraer y procesar minerales no resultaba tan sencillo como comprar colmillos o como exigir cestas llenas de caucho. Para sacar provecho de todo esto hacían falta grandes inversiones. Había que construir máquinas trituradoras e instalaciones de lixiviación, hornos, fundiciones, grúas y laminadoras. Además, los principales minerales procedían de regiones que se encontraban muy lejos del océano. Si África se parecía a una gigantesca pera, Katanga era, «si no su corazón, al menos una de sus mejores pepitas»^[35]. Eso exigía la construcción de nuevos ferrocarriles, líneas de telégrafo y carreteras.

Todo eso fue financiado por el Estado belga y por capital privado. Al principio las minas de oro de Kilo-Moto estaban del todo en manos del Estado, sin embargo, a partir de 1926 la empresa pública empezó a emitir acciones. En otros lugares se recuperó el sistema de empresas concesionarias, el mismo que había hecho posible el caucho rojo. Aunque dichas empresas funcionaban con capital privado, también solía haber generosas retombées para las arcas coloniales. Estas «implicaciones o repercusiones económicas» no se lograban por medio de los impuestos (antes de la Primera Guerra Mundial no existía el impuesto sobre los beneficios), sino mediante la cesión obligatoria de grandes paquetes de acciones al Estado colonial. Gracias a esa cartera de acciones el Tesoro público del Congo Belga se aseguraba de obtener a menudo unos magníficos dividendos.

En 1906 se crearon tres empresas que desempeñarían un papel decisivo en la minería: la Union Minière du Haut-Katanga (UMHK), la Société Internationale Forestière et Minière du Congo (Forminière) y la Compagnie du Chemin de Fer du Bas Congo au Katanga (BCK). La mitad del capital inicial de la UMHK procedía de inversores británicos y la otra, de la Société Générale Africaine, el poderoso *holding* belga que desde 1822 llevaba firmemente las riendas de la economía nacional. Se concentraba sobre todo en Katanga. Después de la primera explotación emprendida por una empresa de inversiones privada —la Compagnie du Katanga de Albert Thys (el mismo que había construido el ferrocarril en el Bajo Congo)—, pasó a ocuparse de ello el Comité Spécial du Katanga (CSK). El CSK tenía un estatuto jurídico muy especial: no era una empresa clásica, sino una organización semipública bajo la tutela del Estado colonial. Se trataba de una sociedad *sui generis* con dinero público-privado y excepcionales privilegios. Obtuvo todos los derechos de minería de la mitad de Katanga, y además se encargaba de la administración política de la región. El CSK, aunque era más una empresa que un organismo público, tenía incluso su propia policía. Se había constituido como un Estado dentro del Estado. Esa situación singular no desapareció cuando se gestó la UMHK en 1906. También entonces fue evidente que los intereses económicos y los políticos estaban entrelazados. Como gigante industrial absoluto en Katanga, la empresa tenía con frecuencia más poder sobre el régimen colonial que este sobre ella. Así, el Estado colonial estaba al servicio de la empresa para la contratación de mineros. Por consiguiente, Katanga

tuvo siempre una forma de administración distinta a la del resto del país. Ese sería, entre otras cosas, el germen del posterior afán de independencia de la región.

La Forminière se creó con capital estadounidense. Puesto que los diamantes estaban muy diseminados, la empresa consiguió en un principio una zona de prospección de nada menos que de cien millones de hectáreas, que luego se redujo a dos millones de hectáreas de zona de explotación, donde se administraban cincuenta minas en las proximidades de Tshikapa y de Bakwanga. En 1913 la Forminière extrajo quince mil quilates en diamantes; en 1922, doscientos veinte mil quilates^[36].

Por último, la BCK, la tercera empresa de 1906, era una compañía privada de ferrocarril con capital francobelga encargada de construir la conexión ferroviaria entre Katanga y el Bajo Congo. A lo largo de esa línea, los minerales debían llegar al océano sin abandonar el territorio del Congo Belga. De lo contrario, había que cruzar las colonias portuguesa, alemana o británica, lo que generaba una incómoda dependencia. El nuevo ferrocarril se completó en 1928. Sin embargo, la BCK no se ocupaba tan solo de la construcción del ferrocarril: la compañía poseía además enormes derechos mineros que le resultarían muy ventajosos. Su concesión contenía uno de los mayores yacimientos de diamantes industriales del mundo. Se obtuvieron beneficios enormes y casi la mitad de ellos fueron a parar al Estado congoleño^[37].

Y mientras tanto Nkasi seguía dando paladas. Las primeras perforaciones exigían trabajo manual, mucho trabajo manual. ¿Y quién debía realizarlo? Parecía impensable que se encargaran de ello los propios belgas: «Al sur del ecuador, el belga apenas puede ejercer otro trabajo que no sea el de dirigir. El esfuerzo físico continuado, cualquier forma de trabajo manual, algo que de por sí ya es molesto, le está más o menos prohibido»^[38]. En el no muy poblado Katanga se consideró durante un tiempo la posibilidad de importar mano de obra china, pero el plan se desechó al recordar las terribles tasas de mortalidad que se produjeron durante la construcción del ferrocarril. Si hoy se cruza Katanga en helicóptero, por ejemplo, desde Kalemie hasta Lubumbashi, como hice yo en junio de 2007, se aprende mucho de la historia social. El avión de las Naciones Unidas al que debía subirme fue sustituido, por falta de pasajeros, por un desgastado helicóptero con tripulación y rótulos rusos. En lugar de un vuelo corto de dos horas, sobrevolamos un paisaje vacío durante seis largas y ruidosas horas. Volábamos a tan solo trescientos metros de altitud. Podíamos distinguir los árboles, los búfalos y las montañas de termitas, pero apenas vimos poblados. Mientras miraba por la ventana abierta, protegido con orejeras rojas, comprendí gran parte de la transformación que había ocurrido allí un siglo antes. Si ahora, en tiempos de explosión demográfica, la sabana sigue estando tan vacía, pensé, hasta qué punto no debía de encontrarse mucho más desolada hace un siglo después de la pandemia de la enfermedad del sueño.

Katanga estaba repleta de minerales, pero no había nadie para extraerlos. En los poblados aislados se intentó sin éxito reclutar a hombres dispuestos a trabajar. A partir de 1907 se empezó a buscar mano de obra al otro lado de la frontera: cada año

acudían entre seiscientos y setecientos rodesianos a trabajar en las minas de cobre de Katanga^[39]. En 1920 ya eran muchos miles y representaban la mitad de la mano de obra africana. Los obreros se quedaban a lo sumo seis meses trabajando, vivían en *compounds*, alojados en barracones, como en las minas sudafricanas, y no podían traerse a sus familias. Salvo en contadas excepciones, es casi imposible encontrar testimonios de aquellos primeros mineros. «Llegué a Katanga el 4 de mayo de 1900. Me contrató el señor Kantshingo», recordaba un anciano. Tuvo que pasar un examen médico y le entregaron una ficha laboral en la que debía dejar la huella de su pulgar.

No había casas de piedra o de ladrillos. Los negros dormían en chozas; los blancos, en tiendas de campaña y en termiteros [*sic*]. Una gran cantidad de blancos eran italianos. Los capataces venían de Nyasalandia [Malawi]. La lengua que se hablaba era el kikabanga. Un pico se llamaba *mutalimbi*. Una pala, *chibassu*; una carretilla, *pusi-pusi*; un martillo, *hamalu* [obsérvese la influencia del inglés]. A las cuatro de la mañana salíamos hacia el trabajo. Empezábamos a las seis y parábamos a las cinco, las seis o las siete de la tarde. Los trabajadores recibían muchísimas palizas. [...] Utilizábamos dinero rodesiano. La cerveza que bebíamos se llamaba *kataka* y *kibuku*, estaba hecha a base de maíz o sorgo^[40].

En 1910 Katanga se conectó a la red de ferrocarriles que los británicos habían construido en sus colonias meridionales. A partir de entonces existía un enlace ferroviario ininterrumpido entre Katanga y Ciudad del Cabo. Cerca del poblado de Lubumbashi, en las inmediaciones de la mina que los prospectores llamaban Star of the Congo, se levantó una pequeña ciudad: Elisabethville. En 1910 vivían allí trescientos europeos y mil africanos; un año más tarde eran ya mil europeos y cinco mil africanos^[41]. La ciudad fue desde un principio más sudafricana que congoleña. Las rectas avenidas, bordeadas de árboles, recordaban a Pretoria, las fachadas blancas y acogedoras, a Ciudad del Cabo. Debido a la afluencia de obreros rodesianos e industriales británicos, el inglés se convirtió en la lengua dominante y la libra esterlina en el medio de pago más habitual.

Disponemos de un documento excepcional para comprender la primera fase de la minería katanguesa desde una perspectiva africana. En la década de 1960, André Yav, un anciano que durante toda su vida había sido *boy* en Elisabethville, escribió sus recuerdos:

Cuando se puso en marcha *buana* Union Minière, los primeros en venir a trabajar fueron los hombres de los poblados cercanos. Había balamba, baseba, balemba, basanga, bayeke y bene mitumba. No eran muchos y no querían abandonar sus poblados y quedarse mucho tiempo fuera. Trabajaban durante dos o tres meses y luego regresaban a casa. Después de un tiempo los lugares donde había trabajo se volvieron grandes. Entonces, llamaron a gente de Luapula y de Rodesia [actualmente Zimbabue y Zambia] y también vinieron otros: balunda, babemba, barotse y también *boys* de Nyasalandia. Tenían fuerza para hacer el trabajo, pero ellos tampoco podían dejar su poblado por mucho tiempo. Después de seis o diez meses, volvían a casa^[42].

Y eso no fue todo. Los reclutadores penetraban cada vez más en el interior de Katanga para convencer a hombres jóvenes y fuertes. Algunos de aquellos trabajaban para organismos oficiales, pero durante los primeros años hubo también muchos *private contractors*^[e20], aventureros blancos que intentaban atraer al mayor número

de jóvenes hacia las minas. Algunos iban incluso hasta Kasai o Maniema, lo que suponía un viaje de ochocientos kilómetros. Sus métodos de reclutamiento eran con frecuencia discutibles: sobornaban a los jefes de poblado con objetos de lujo procedentes de Europa, como mantas y bicicletas, y les daban una bonificación por cada trabajador que suministraran. Guardaban un prudente silencio en relación con las condiciones laborales en la mina. Compraban trabajadores para revenderlos después. A menudo recurrían a la violencia. En esencia, sus métodos no se diferenciaban mucho de las tácticas de reclutamiento utilizadas por la Force Publique en 1890 o de las de los traficantes de esclavos afroárabes en 1850. El boy jubilado lo dejó bien claro en sus memorias.

De esta manera, buana Changa-Changa [el apodo africano de la Union Minière] y los demás blancos pudieron fundar sus compañías mineras. [...] Las miserias que padecimos eran inimaginables; dormíamos en el suelo, nos mordían las serpientes, nos picaban los mosquitos y todo tipo de insectos. Así iban las cosas con los blancos, y todo para encontrar minerales en Katanga, y aún era peor con los blancos del Comité Spécial [du Katanga, que estuvo activo hasta 1910]. Nos hacían caminar, explorar, buscar en los matorrales y en las colinas todo tipo de piedras. Y además, nosotros, los boys, teníamos que seguir a los blancos por todos los ríos de Katanga, del Congo, de todas partes^[43].

Los alojamientos de esta primera generación de mineros eran a menudo abominables y se encontraban en campamentos para trabajadores, lejos del centro de la ciudad, que estaba reservado a los blancos. Esta segregación espacial se estableció por ley en 1913^[44]. Sus barriadas recordaban más a acantonamientos militares que a barrios urbanos: eran rectangulares y sin mucha sombra. Las chozas tradicionales estaban estrictamente alineadas. En cada una de ellas podían vivir cuatro trabajadores, cada uno disponía de cuatro metros cuadrados. Había letrinas, al menos en teoría. En realidad, los incansables trabajadores vivían en condiciones muy duras y con poca higiene. En la mina de Kambove, a veces los habitantes del campamento tenían que abrirse paso, literalmente, entre los excrementos. El agua potable escaseaba, pues la mina, con sus máquinas de vapor y perforadoras, se tragaba la mayor parte. Durante la temporada seca los trabajadores bebían de charcos de agua estancada o de arroyos cenagosos^[45]. No tardaron en aparecer enfermedades. La disentería, la enteritis y el tifus se cobraron víctimas, y en Elisabethville, cerca de la mina The Star, y en Kambove se declararon epidemias de gripe local. En 1916 murieron en aquellos tres lugares trescientos veintidós trabajadores en seis meses, de un total de cinco mil. Además, muchos mineros sufrían pulmonía y tuberculosis debido al trabajo en las polvorientas minas. Pese a que enfermó entre una cuarta parte y un tercio de ellos, la atención sanitaria siguió siendo casi nula^[46]. En 1920 solo había cerca de setenta médicos y un único dentista para todo el Congo; en su mayoría, al servicio de la población blanca^[47]. Los trabajadores hacían largas jornadas y recibían un mísero sueldo. Muchos de ellos perdían el apetito, se sumían en la depresión y ansiaban regresar a casa. Apenas si lograban organizarse, a menudo siguiendo el linaje étnico, para cuidar de sus enfermos, enterrar a sus muertos, beber y cantar. Algunos

desertaban, otros no se atrevían. Hasta 1922 los castigos corporales estuvieron permitidos por ley.

El balance de todo esto fue terrible. El sur de Katanga nunca había sufrido mucho por la política del caucho, pero ahora la región se veía arrasada por un despiadado capitalismo industrial. Esto condujo a André Yav, el antiguo *boy*, a una conclusión sorprendente, y a la vez significativa: decidió que el rey Alberto I era mucho peor que Leopoldo II, quien al menos «aún respetaba las leyes de África y del Congo». Esto exigía una explicación: «En tiempos del rey Leopoldo II, los *boys* comían con los blancos, en la misma mesa. Los blancos los consideraban empleados. No eran como los blancos que vinieron después de Leopoldo II. Cuando este murió, le sucedió el rey Alberto I. Aquellos blancos tomaron decisiones duras que eran realmente muy malas. Fueron ellos los que nos trajeron a nosotros, los congoleños, una esclavitud mala»^[48].

Tampoco eran agradables las condiciones en las minas de oro de Kilo-Moto en la Provincia Oriental. Solo uno de cada ocho mineros trabajaba de forma voluntaria; el resto había sido apresado en los poblados cercanos. Es decir, eran víctimas de trata de seres humanos y de trabajos forzados. Los reclutadores pagaban al jefe del poblado diez francos por obrero y se llevaban a los hombres encadenados y unidos entre sí por el cuello con un yugo de madera o con una cuerda con nudos corredizos. En 1908 fueron ochocientos obreros; en 1920, más de nueve mil^[49]. En la región de Kasai, rica en diamantes, trabajaban en 1923 unos veinte mil africanos al servicio de doscientos blancos^[50].

Por consiguiente, entre 1908 y 1921 el Congo fue testigo de la primera oleada de industrialización que provocó la proletarización de sus habitantes. Así, unos hombres que antes eran pescadores, herreros o cazadores se convertían en asalariados de una empresa. En esta primera fase se vio implicado un gran número de personas. En Katanga, donde el 60 por ciento de los obreros trabajaba para la Union Minière, la cifra de mineros aumentó, entre 1914 y 1921, de ocho mil a cuarenta y dos mil y la de obreros del ferrocarril de diez mil a cuarenta mil setecientos. Kasai y la Provincia Oriental tenían en conjunto treinta mil obreros y en Kinsasa y Léopoldville vivían otros treinta mil migrantes. La razón de esa contratación de mano de obra africana a gran escala parecía sencilla: el sudor resultaba más barato que la gasolina^[51].

Además, la proletarización no se limitaba solo a la industria. También la agricultura necesitaba trabajadores manuales, sobre todo ahora que los agricultores blancos ponían en marcha plantaciones de café, cacao y tabaco. Sin embargo, el sector del aceite de palma era el que más mano de obra requería. En 1884, en Liverpool, un tal William Lever, mediante el uso de prensas, había empezado a fabricar pastillas de jabón a escala industrial. Bautizó su producto con el nombre de Sunlight. Así, entre otras cosas, gracias al Congo esta empresa creció hasta convertirse en la multinacional Unilever. El jabón se elaboraba a base de aceite de palma que, al principio, Lever compraba en el África occidental. Cuando la

Administración colonial británica dejó de ofrecerle unas condiciones favorables, el Estado belga le proporcionó, en 1911, una concesión muy extensa en el Congo. Se le permitió trazar, según lo deseara, cinco círculos con un radio de sesenta kilómetros en zonas con una gran abundancia de palmas silvestres, en conjunto 7,5 millones de hectáreas, dos veces y medio el tamaño de Bélgica. Ese fue el comienzo de Huileries du Congo Belge (HCB), una compañía que ejercía sus actividades sobre todo en el sur de Bandundu y que creció hasta convertirse en una empresa gigantesca. En aquella zona alrededor de Kikwit se levantó la pequeña ciudad de Leverville. Para cosechar el fruto de la palma, la empresa recurría a miles de congoleños, que trepaban de forma tradicional por el tronco para cortar los racimos. Lever tenía fama de ser un gran filántropo, aunque en el Congo no hizo honor a su nombre. Los jornaleros ganaban unos míseros veinticinco céntimos al día y vivían en condiciones muy primitivas. Se practicaban reclutamientos forzosos y se sobornaba a los jefes de poblado. Decenas de aldeas tuvieron que ser evacuadas en nombre de la industria. Y los trabajadores eran tratados con mano dura. Hoy, en Kikwit aún recuerdan aquel periodo con amargura; fue peor que lo que vivió la región durante los años del caucho^[52]. Seguramente, el rey Alberto I no sospechaba nada de eso cuando en 1912 William Lever le regaló una cajita de marfil que contenía la primera pastilla de jabón Sunlight elaborada con aceite de palma congoleño.

«Yo ganaba tres francos al mes», me había contado Nkasi. Todavía lo recordaba muy bien, porque fue la primera vez en su vida que cobraba un salario. La incipiente industrialización del Congo acarreó no solo una primera forma de urbanización y de proletarización, también un proceso radical de monetización. Por primera vez la población se enfrentaba a gran escala a algo tan abstracto como el dinero. Los medios de pago formales no eran del todo nuevos: en el Bajo Congo se utilizaban desde siempre conchas blancas; en Katanga, cruces de cobre elaboradas de forma artesanal; en otros lugares, *mitakos*, las varillas de cobre que habían introducido los primeros colonizadores. Sin embargo, se usaban solo para transacciones particulares. Todavía no existía una economía monetaria extendida. No obstante, esto no tardó en cambiar. En 1900 había como mucho varios cientos de trabajadores asalariados en el Bajo Congo, en su mayoría en el ferrocarril; pero en 1920, cuando Nkasi partió hacia Kinsasa, ya eran ciento veintitrés mil distribuidos por todo el país. Y entonces aún no había empezado el verdadero *boom* del empleo: en 1929 ya había cuatrocientos cincuenta mil obreros. El Congo se convirtió en una economía monetaria^[53].

El impacto de este proceso de monetización fue enorme. Una vez más el Estado se hacía sentir de forma clara en la vida cotidiana. Uno ya no podía comprar una gallina a los vecinos sin que el Estado estuviera implicado de un modo simbólico. El trueque, un sistema centenario y diáfano de intercambio entre personas, fue desplazado por otro abstracto impuesto por el Estado. La gente tenía que confiar en

que aquellos extraños billetes, en los que se veía a una mujer blanca con una túnica blanca, tuvieran un valor real. «Banque du Congo-Belge —ponía en aquel primer billete de banco congoleño con letras solemnes—, un franc», al menos para quien supiera leer. La mujer —que tenía un tipo más bien helénico— llevaba una diadema. Su brazo izquierdo descansaba sobre una gran rueda, el derecho abrazaba un haz de trigo^[54]. Debía de representar, sin duda, una alegoría de la Agricultura y de la Industria, pero el congoleño medio no estaba tan familiarizado con el diseño y el *kitsch* neoclásicos. A principios de la década de 1920 las monedas reflejaban más la realidad local: llevaban grabada la imagen de una palma, *m'bila* en las lenguas nativas^[55]. Los congoleños interpretaron aquella palma de forma literal como el vínculo entre el Estado y la industria y no tardaron en ponerle a la empresa de Lever el apodo de *Compagnie m'bila*. El dinero era el trueque con la fábrica. Uno les daba su cuerpo y a cambio ellos le proporcionaban un sueldo.

Sin embargo, la ventaja era que a partir de entonces resultaba más fácil recaudar impuestos. El congoleño ya no tenía que pagar en especie o con trabajo su pertenencia obligatoria al Estado. Se había acabado el transportar cargas, el remar en el río o el recoger caucho para el blanco, y podía olvidarse de la norma de tener que trabajar cuarenta horas mensuales al servicio del Estado. Cuando Bélgica se hizo cargo del Congo empezó introduciendo un sistema según el cual todas las mercancías que no fueran caucho podían servir como impuestos —al fisco colonial le complacía por igual recibir pan de mandioca, copal, aceite de palma o gallinas—, pero con el paso del tiempo empezó a dar preferencia a un impuesto cobrado en metálico. Joseph Njoli, un hombre del Ecuador congoleño recordaba muy bien que en 1953 un misionero le pidió que describiera su larga vida:

Después del caucho, nos impusieron una tasa sobre el pescado y la mandioca. Después del pescado, tuvimos que entregar aceite de palma y madera al administrador provincial en Ikenge. Se llamaba Molo, el hombre blanco que vivía en Ikenge con los ribereños. Hemos conocido muchas formas de vasallaje. [...] Entonces vino otro blanco llamado Lokoka. Hizo parar los trabajos anteriores y nos trajo dinero. Dijo: «Podéis pagar los impuestos con dinero. Todo el mundo debía pagar cuatro francos y medio». Así fue como introdujeron el dinero entre los negros. Y ahora seguimos viviendo en la esclavitud de los belgas^[56].

Cuatro francos y medio al año, esa no era una cantidad excesiva. La presión fiscal se mantenía baja adrede. En 1920 eso equivalía a seis kilos de caucho, o cuarenta y cinco kilos de frutos de palma, cuarenta y cinco kilos de aceite de palma, cuarenta y cinco kilos de resina de copal, nueve gallinas, media cabra o varias docenas de panes de mandioca^[57].

Sobre el papel, el Congo Belga quería romper con las malas costumbres del Estado Libre del Congo, pero en la práctica con frecuencia no lo conseguía. En las zonas en las que se implantó el gran capital internacional, surgieron nuevas formas de explotación y de vasallaje. Se desataron corrientes migratorias que desmembraron el país en lugar de reforzarlo. Los hombres jóvenes iban a parar a mugrientos campamentos de trabajo, mientras que en sus poblados solo quedaban mujeres y

ancianos. Gran parte de la miseria del periodo entre 1908 y 1921 se debía a los cuatro largos años de la Primera Guerra Mundial, aunque ya había mucha miseria antes. Sería un error achacarlo todo al maldito conflicto. Si bien la Gran Guerra no era la causa, empeoró la situación.

El 11 de noviembre de 2008 llovía a cántaros sobre Kinsasa. Incluso para criterios ecuatoriales se trataba de un aguacero excepcionalmente intenso. Lo que caía no eran gotas, sino riachuelos de cristal, probetas líquidas. En la ciudad el tráfico estaba colapsado, los cláxones sonaban sin cesar, como exigiendo a los charcos que se secaran, y el patio de la Maison des Anciens Combattants se había transformado en una piscina. En la década de 1950 aquel edificio era un cine al aire libre, pero ahora se había reconvertido en el local del club de excombatientes. Allí se reunían cada día los veteranos de las numerosas guerras que el Congo había conocido. «Parece increíble —me dijo un militar belga de uniforme—, en este país nada es impermeable, la lluvia penetra en todas partes; en cambio, aquí el agua se queda donde está.» Miró el patio embaldosado. Una decena de jóvenes estaban achicando agua con cubos, sin resultados visibles. Había unos buenos treinta centímetros de agua. «¡Maldita sea, aquí se podrían criar carpas!»

Mientras tanto, la gente iba llegando. Mujeres envueltas en preciosas telas: los tacones de sus zapatos dejaban hoyos en la tierra. Hombres con relucientes instrumentos de viento cobrizos. Caballeros trajeados. Ancianos militares con uniforme verde. Por supuesto, aquel era su día. Ya no quedaban muchos. Se habían congregado debajo de un tejadillo, y se entretenían comparando y quitándose sus respectivas medallas. «¿Saio? ¡Venga ya! Tú no estuviste allí. Dame eso.» En medio de un incesante gruñido, las medallas pasaban de una chaqueta a otra. Aquello duró un buen rato, hasta que todos los que querían lucir quincalla tuvieron algo que prenderse en la chaqueta. André Kitadi me confió: «Ninguno de ellos estuvo allí. En Kinsasa solo quedan cuatro excombatientes vivos de la Segunda Guerra Mundial». Él era uno de ellos, lo había entrevistado en una ocasión anterior. Le traían sin cuidado las medallas.

Aquel día se celebraba el nonagésimo aniversario del armisticio de la Primera Guerra Mundial.

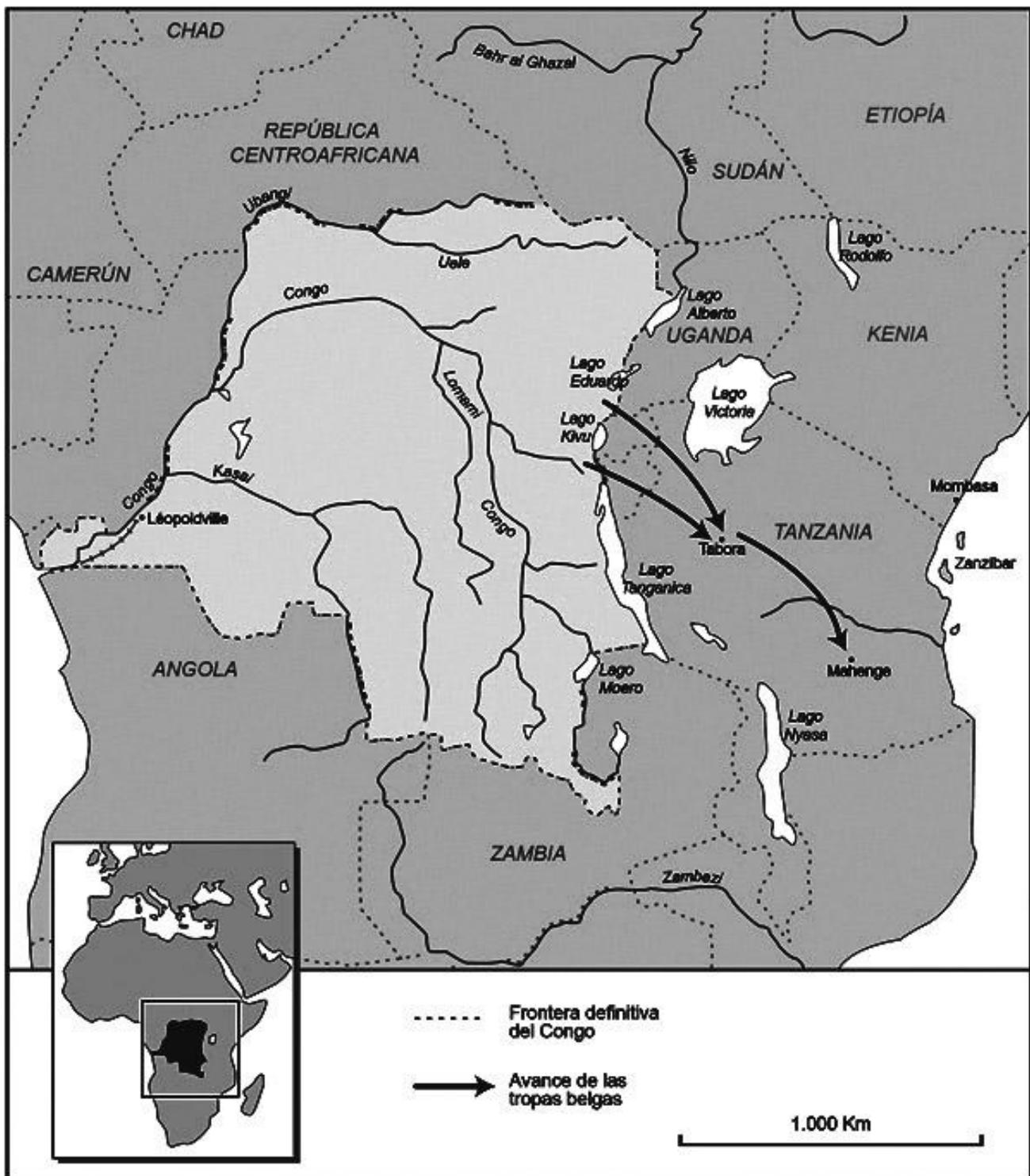
Los invitados esperaban debajo de tejadillos a que el patio volviera a estar seco. La ceremonia debía empezar a las once, pero ya eran las doce y media. Por fin se presentó alguien con una bomba de agua. Media hora más tarde trajeron gasóleo; otro cuarto de hora más tarde arrancó el motor. Después de cinco minutos de ruidosa succión, ya no quedaba agua en el patio y el jardín trasero de la Maison des Anciens Combattants se había convertido en un cenagal. Podía dar comienzo la ceremonia.

En 1914 el Congo era tan neutral como Bélgica. No podía ser de otro modo, puesto que ambos países habían sido ideados como estados colchón entre potencias

rivales. Para el Congo, esta neutralidad se derivaba del acta final de la Conferencia de Berlín. Sin embargo, llegó a su fin el 15 de agosto de 1914, once días después de que Alemania atacara Bélgica. Frente al poblado de Mokolubu, en la parte congoleña del lago Tanganica, apareció un barco de vapor. Procedía de la otra orilla, del lado alemán. El buque disparó contra una posada local y hundió una quincena de piraguas. Un destacamento de soldados alemanes desembarcó y cortó los cables de teléfono en catorce lugares^[58]. Una semana más tarde el puerto de Lukuga fue atacado. Así empezó la Primera Guerra Mundial en el Congo. La integridad territorial se veía amenazada y, por consiguiente, el imperativo de neutralidad carecía ya de validez.

El colonialismo hizo posible que un conflicto armado europeo se convirtiera en una guerra mundial. Grandes partes de África se vieron así implicadas en la conflagración internacional. Las colonias alemanas en África oriental (lo que más adelante sería Ruanda, Burundi y Tanzania) y el África occidental (los futuros Togo, Camerún y Namibia) limitaban por todos lados con territorios de ultramar de Francia, Gran Bretaña, Portugal y Bélgica. El Congo Belga compartía en el noroeste algunas decenas de kilómetros de frontera con Camerún y, al este, más de setecientos kilómetros con el África oriental alemana. Así pues, no resulta extraño que Berlín llevara ya un tiempo manifestando su interés por el Congo. Los alemanes querían tender un puente entre sus colonias orientales y occidentales, entre otras razones para romper el eje británico que iba desde Ciudad del Cabo hasta El Cairo. Además, ¿acaso colonizar no constituía, en definitiva, una tarea reservada a las grandes potencias? ¿Era sensato dejarla en manos de estados diminutos e insignificantes como Bélgica^[59]? En 1914 aún hubo negociaciones con Inglaterra sobre un reparto del Congo Belga. Sin embargo, los ingleses se echaron atrás: comprendían muy bien que los franceses, con su *droit de préemption*^[e21] sobre el Congo, nunca lo aceptarían^[60]. Sin embargo, incluso en Bélgica algunos se preguntaban si no se podía saciar al hambriento vecino oriental regalándole la mitad del Congo. Una zona de seiscientos ochenta mil kilómetros cuadrados de selva... ¿no moderaría un poco la voracidad teutónica^[61]?

Mapa 5: El Congo Belga durante la Primera Guerra Mundial



A pesar de ello, la guerra acabó estallando también en África. Ni un solo nativo sabía quién era el archiduque Francisco Fernando de Austria y por qué un disparo certero en Sarajevo debía dar pie a masacres en la sabana, pero los blancos se tomaban el asunto muy en serio. No obstante, las operaciones militares en África no se parecían en nada a la tenaz guerra de posiciones que asolaba Europa. Allí no había un frente continuo, ni claro, como la línea del mar del Norte hasta Suiza. No había trincheras, ni ataques con gas mostaza, no había posiciones que se socavaban con

dinamita, ni treguas de Navidad con partidos de fútbol en tierra de nadie. La escala del continente africano, la ausencia de carreteras, el déficit de efectivos y la topografía a menudo bastante complicada se encargaban de un tipo de combates muy diferentes. Allí no se conquistaban zonas, sino puntos estratégicos. No se rompía un frente cerrado, sino que se derrotaba a un regimiento local. No se ganaban zonas, sino que se controlaban carreteras. La intensidad era mucho menor. En el África oriental alemana, el general Von Lettow-Vorbeck resistió durante cuatro años con un ejército de tres mil alemanes y once mil africanos, unos efectivos que, en Verdún, se liquidaban en una sola mañana.

El gobernador general recibió instrucciones desde Bruselas de que podía recurrir a la Force Publique para defender la colonia. Más tarde, cuando se exilió a Le Havre en Francia, el Gobierno belga mantuvo una intensa comunicación con la Administración colonial en Boma. Sin embargo, ya no se trataba de una comunicación unidireccional procedente de Europa: mientras que Bélgica era arrollada en su práctica totalidad por las tropas alemanas, el territorio de la colonia permaneció casi intacto durante toda la guerra. De repente, las relaciones habían cambiado.

Las tropas congoleñas luchaban en tres frentes: en Camerún, en Rodesia y en el África oriental alemana. Los dos primeros exigían esfuerzos un tanto pequeños. En 1914, seiscientos soldados y un puñado de comandantes blancos acudieron en auxilio de las tropas aliadas en la lucha por Camerún. Un año más tarde, doscientos ochenta y tres congoleños y siete militares belgas marcharon con las tropas coloniales británicas cuando los alemanes amenazaron Rodesia. Sin embargo, el mayor despliegue de fuerzas se llevó a cabo en el este de la colonia. En la región el Kivu, la frontera entre el territorio belga y el alemán se había establecido solo en 1910. No obstante, a partir de 1915 las tropas alemanas intentaron de forma reiterada invadir Kivu para avanzar desde allí hacia las minas de oro de Kilo-Moto en el bosque de Ituri. Fracasaron. Aun así, consiguieron hacerse con el control de dos de los Grandes Lagos: el lago Tanganica y el más pequeño lago Kivu. Con sus buques de guerra, el *Kingani*, el *Von Wissmann*, y sobre todo el *Von Goetzen* (mil toneladas), patrullaban delante de las costas congoleñas. En el lago Kivu se hicieron con el control de la isla de Idjwi, la única parte del Congo Belga que estuvo bajo ocupación alemana.

La lucha por el lago Tanganica fue una de las más épicas de toda la Primera Guerra Mundial. Las tropas británicas transportaron clandestinamente desde Sudáfrica las piezas de dos lanchas cañoneras rápidas y manejables hasta la orilla del lago. Cargar con barcos por tierra: se diría que habían vuelto los tiempos de Stanley. Aquellas lanchas, con sus nombres en clave, *Mimi* y *Toutou*, acabarían desempeñando un papel decisivo a la hora de debilitar la fuerza ofensiva de la marina alemana. Aún más increíble, si es posible, fue la iniciativa de reforzar las tropas coloniales belgas en el

lago Tanganica con cuatro hidroaviones. La aviación aún estaba en pañales, sobre todo la colonial. Nadie sabía cómo reaccionarían aquellos aparatos ligeros en el aire caliente del trópico; nadie tenía experiencia con la aeronáutica en tiempos de guerra, por no hablar de los frágiles biplanos que despegarían desde el agua. Las piezas de los cuatro aparatos llegaron por barco a Matadi. El tren las trasladó después hasta Kinsasa, desde donde fueron transbordadas a un buque mercante hasta Kisangani. Un mes más tarde llegaron a Kalemie. Quinientas toneladas de material, cincuenta y tres mil litros de combustible y aceite, cuatro ametralladoras y treinta mil cartuchos. Puesto que el lago Tanganica era demasiado turbulento para servir de pista de despegue y aterrizaje, las avionetas se trasladaron treinta kilómetros más lejos, hasta una laguna cerrada y de aguas tranquilas, que quedaba totalmente fuera de la vista del enemigo. En 1916 las avionetas realizaron varios vuelos sobre el lago Tanganica, principalmente con la intención de bombardear el *Von Goetzen*: el 10 de julio consiguieron dar en el blanco. (A pesar de todo, el *Von Goetzen* no se hundió, en 2010 siguió haciendo de transbordador en el lago: un final vergonzoso para un buque de guerra.) De este modo se rompía la defensa del litoral alemán, y sobre todo la de la ciudad de Kigoma.

Mientras tanto, la infantería no se quedaba de brazos cruzados. El comandante de la Force Publique, el general Tombeur, concentró grandes fuerzas militares en la frontera oriental del Congo. Congregó quince mil efectivos, todos equipados con fusiles y munición. Desde el punto de vista logístico debió de ser una pesadilla trasladar todo aquel material hasta el lugar. Miles y miles de porteadores se encargaban del transporte. Para cada soldado que partía a la guerra se necesitaban cerca de siete porteadores. En conjunto, durante los cuatro años de guerra intervinieron nada menos que doscientos sesenta mil porteadores, en una población de apenas diez millones de habitantes. Muchos de ellos padecían malnutrición. No había suficiente agua potable. Los hombres bebían el agua de charcos y su propia orina. Había una enorme escasez de comida, tiendas de campaña y mantas, incluso cuando avanzaban por las tierras altas del Kivu donde las noches eran frías. Se estima que por el camino perecieron veinticinco mil porteadores. Otros dos mil militares perdieron la vida. En el punto álgido de la lucha, los efectivos congoleños habían aumentado hasta los veinticinco mil soldados. Sin embargo, a diferencia de la expedición militar a Sudán en 1896, esto apenas provocó desertiones o motines, en parte porque los oficiales blancos adoptaron una actitud más indulgente con las tropas auxiliares africanas y en parte porque se convirtió en una marcha triunfal que les infundía valor.

En marzo de 1916, Tombeur consideró que había llegado el momento de atacar. Sus tropas cruzaron la frontera con el África oriental alemana, tras lo cual iniciaron el avance hacia Kigali, que más tarde se convertiría en la capital de Ruanda. La ciudad cayó el 6 de mayo. Desde allí pusieron rumbo a Tabora, el centro administrativo de la colonia alemana. La ciudad se encontraba a apenas seiscientos kilómetros en línea

recta; el avance se efectuó a pie, de nuevo con decenas de miles de portadores. Otra columna salió desde la orilla del lago Tanganica. Tabora era una ciudad importante con algunos grandes hoteles, firmas comerciales e industrias. Se hallaba a mil doscientos metros sobre el nivel del mar en una llanura abierta y árida. La conquista de Tabora se convirtió en el momento cumbre de los esfuerzos coloniales belgas durante la Primera Guerra Mundial. El 19 de septiembre, después de diez días y diez noches de intensos combates, la ciudad cayó en manos del Congo Belga. Las tropas alemanas se batieron en retirada; la bandera tricolor belga ondeaba en su fuerte. Un año más tarde, en 1917, la ciudad serviría de base para iniciar otra expedición militar de éxito hacia Mahenge, quinientos kilómetros más allá en dirección a Mozambique. La Force Publique controlaba ahora una tercera parte del África oriental alemana. Algunas tropas marcharon incluso hacia el océano Índico, pero Tabora se convirtió en el nombre que todos acabarían conociendo. Se concedió un título de nobleza al general Tombeur —su nuevo nombre resultaba sumamente apropiado: Tombeur de Tabora^[e22]— y, en Sint-Gillis, cerca de Bruselas, se levantó un estilizado monumento en su honor. En el Congo, Tabora adquirió la connotación de conquista mítica de la que oírían hablar generaciones enteras de escolares. «[El rey] Alberto vigila al enemigo —cantaban los alumnos de los hermanos maristas en Kisangani—, infatigable / En Europa, en la ciudad de Tabora / No los pierde de vista.»^[62]

Martin Kabuya, el militar de noventa y dos años cuyo abuelo había sido enterrado vivo durante la campaña sudanesa, tenía dos años cuando acabó la guerra. Su otro abuelo materno había vivido de cerca la contienda. Me lo contó un día de calor sofocante mientras estábamos sentados en el jardín de su casa:

Mi abuelo se llamaba Matthias Dinda y había nacido en 1898. Era un zande del norte del Congo. Nuestra tribu procede de Sudán, en realidad somos todos sudaneses. Él era muy fuerte, cazaba leopardos. Se alistó en la Force Publique y se convirtió en *soldat de première classe*, el rango más alto para un negro. Desde Goma entró en Ruanda, en Burundi y en Tanzania, todas ellas zonas alemanas. Estaba allí cuando cayó Tabora. —Guardó unos instantes de silencio. Una lagartija de cabeza naranja trepó por la pared—. Mi abuelo era amigo del que plantó la bandera. Incluso lo cubrió mientras lo hacía. Era un gran militar^[63].

Volví a ver a Kabuya durante la conmemoración del armisticio en la Maison des Anciens Combattants. Las decenas de invitados tomaron asiento en el patio drenado. Él se sentó en primera fila con los excombatientes, en una de las sillas de jardín de plástico que les habían preparado. En el escenario lleno de sillas más elegantes fueron ocupando su lugar los altos dignatarios militares y civiles. Cuando la fanfarria entonó los himnos nacionales de Bélgica y del Congo, todos los presentes se pusieron de pie y saludaron a los soldados y a los oficiales durante varios minutos. Resultaba estremecedor celebrar el armisticio en Kinsasa, mientras que en el este del país los rebeldes de Nkunda estaban llevando a cabo su más violenta ofensiva. Durante su discurso, uno de los excombatientes de la Segunda Guerra Mundial dijo: «Esto nos indigna y nos asquea. Si tuviésemos la edad que teníamos en 1940, cogeríamos nuestros fusiles para desarmar a esos agitadores»^[64].

Después de los discursos llegó la hora de la *remise des cadeaux*, la entrega de regalos anual; por el altavoz fueron llamando a los afortunados. El presidente de una asociación de excombatientes recibió una nevera de manos de un vicepresidente y otro condecorado, diez kilos de harina de mandioca del agregado militar belga; pero el principal obsequio —un radiocasete portátil importado de China— fue a parar a una frágil anciana a la que todos llamaban simplemente *la veuve*^[e23]. Su nombre era Hélène Nzimbu Diluzeyi, tenía noventa y cuatro años y era la última viuda que quedaba de un veterano de la Primera Guerra Mundial.

Una vez acabada la ceremonia de entrega, una banda tocó durante media hora la canción *Ancien combattant* de Zao, un cantante del Congo-Brazzaville, quizá la canción más bonita de la música popular congoleña. *La guerre, ce n'est pas bon, ce n'est pas bon*^[e24], decía la letra. Los militares jubilados se pusieron a bailar en el patio; había cerveza, Coca-Cola y refrigerios. Algunos deslizaban los pies cautelosa y acompasadamente mientras otros jugaban a la guerra: uno sostenía un paraguas y hacía como que disparaba; otro se dejaba caer en el suelo a cámara lenta, sacudía los miembros al ritmo de la música y fingía morir. *La veuve* los miraba con semblante risueño, aplaudía y de vez en cuando soltaba una carcajada por la magnífica pantomima.

Cuando se acabó la fiesta, la acompañé a su casa. Vivía en el barrio de Kasavubu. Atravesamos las callejuelas fangosas de la *cité* bordeando grandes charcos. Ella se agarraba a mi brazo izquierdo, debajo del otro yo llevaba una enorme caja con la radio. Era la primera vez que caminaba del brazo de la viuda de un veterano de guerra. En su patio nos sentamos debajo de la ropa tendida. Sus hijos y nietos se acercaron. Su hijo vino a hacer de intérprete.

—El nombre de mi marido era Thomas Masamba Lumoso —empezó a explicarme ella—, nació en 1896. A los diez años se mudó a Kin [Kinsasa]. Los misioneros protestantes le enseñaron inglés, después lo entregaron al ejército. Allí le dieron un *battledress*^[e25]. De color caqui.

—Que no, mamá —dijo su hijo—, eso fue mucho después. Entonces aún llevaban un uniforme azul con un fez rojo.

—¿En serio? *En tout cas*, tenía dieciocho años cuando empezó la guerra. Trabajaba de cabo en la TSF.

La TSF, recordé, era la *télégraphie sans fil*, la radiocomunicación.

—Iba allá donde había guerra. A todas partes. Pero nunca cayó herido. Dios lo protegió.

—Sí —respalda su hijo—. Y hablaba muchas lenguas. Suajili, kimongo, mbunza, tshiluba, kinzande, y también flamenco, francés, inglés, y a causa de la guerra incluso un poco de alemán.

—¿Alemán?

—Sí, cosas como *Guten tag! Wie geht es? Danke schön!*^[e26] No sé qué significa, pero él lo decía siempre^[65].

Fue la única persona que conocí, durante mis diez viajes por el Congo, que supiera algo de alemán.

Aquella noche, en casa de su otro hijo, el coronel Yoka, vi una foto de aquel veterano de guerra. De uniforme, con condecoraciones y una cara muy seria. Un informe de 1921 describía a su padre como un hombre «activo y honesto». Sin embargo, el documento más interesante que me mostró el coronel fue una carta de su comandante belga: «El llamado Masamba del poblado de Lugosi estuvo trabajando de centinela para la TSF del 9 de agosto de 1914 al 5 de octubre de 1918». Firmado, el 7 de octubre de 1918, por un tal Vancleinghem, por lo que pude deducir de su letra. Aquellas fechas eran muy significativas, puesto que el periodo de servicio de aquel soldado coincidía plenamente con la duración de la Primera Guerra Mundial. Se incorporó cinco días después de su inicio y se licenció un mes antes del armisticio^[66]. El último excombatiente era también el que más tiempo había servido en el ejército.

La Primera Guerra Mundial no solo tuvo consecuencias para los hombres de la Force Publique. En las minas de Katanga los mineros trabajaban sin cesar. La explotación funcionaba a toda máquina. Aunque los vínculos financieros con Bruselas estuvieran rotos, la demanda de cobre había aumentado enormemente debido a la guerra. En plena guerra la exportación colonial pasó de cincuenta y dos millones de francos belgas en 1914 a ciento sesenta y cuatro millones en 1917^[67]. Las bombas británicas y estadounidenses en Passendale, Ieper, Verdún y a lo largo del Somme incorporaban casquillos de latón que contenían hasta un 75 por ciento de cobre de Katanga. Las piezas de sus cañones eran de cobre puro endurecido. Las balas de sus fusiles llevaban casquillos de cobre blanco con un 80 por ciento de cobre. Los torpedos y los instrumentos de la marina estaban fabricados con cobre, bronce y latón^[68].

También fuera de las grandes zonas industriales, muchos congoleños sentían que había guerra. En la Provincia Oriental los agricultores tenían que cultivar arroz para el avituallamiento de las tropas. En otros lugares las autoridades obligaban a la población a cultivar algodón; eso redundaba en beneficio no solo de la exportación, sino también de las fábricas textiles locales. Surgió todo un sistema de *cultures obligatoires*, cultivos que los congoleños debían plantar obligatoriamente en nombre del Estado. Eso traía recuerdos desagradables. Es posible que Nkasi y Lutunu no notaran gran cosa de la guerra en sus poblados del Bajo Congo, pero muchos congoleños del interior sintieron el peso de su yugo. Y como otras veces en la historia del Congo, las protestas contra ese sino adquirieron un cariz religioso^[69].

En 1915, en la zona de Ekonda en la provincia de Ecuador, una tal Maria Nkoi tuvo una experiencia mística. Estaba convencida de sus dotes de sanadora y de sus deberes proféticos. A partir de entonces era conocida como *Marie aux Léopards*, María de los Leopardos^[70].

Empezó a tratar a enfermos y a predicar su fe mientras pedía al pueblo que se sublevara contra el colonizador y predecía que el Congo sería liberado pronto por los *djermani*, los alemanes^[71]. Ese lenguaje incendiario le acarreó problemas con la Administración local que acabó encarcelándola. Su historia recuerda a la de la mujer que en 1704 ideó un cristianismo alternativo entre las ruinas de la catedral de Mbanza-Kongo y fue perseguida por ello. En aquella época la autoridad europea también atravesaba una crisis y temía las consecuencias de tal despertar religioso.

¿Liberados por los alemanes? Albert Kudjabo y Paul Panda Farnana tenían razones para dudarlo. A fin de cuentas ¿habían sido sus prisioneros! Kudjabo y Panda eran dos de los pocos congoleños que lucharon durante la Primera Guerra Mundial en Bélgica. Ya en 1912, un tal J. Droeven se había enrolado en el ejército belga; era hijo de una congoleña y de un fabricante de armas belga asesinado en 1910 en el Congo. Este mestizo fue el primer hombre de color en el ejército belga, pero apenas tres meses después de que se declarara la guerra, desertó para llevar una vida licenciosa en los cafés de París^[72]. Kudjabo, en cambio, formaba parte de un cuerpo de voluntarios congoleños que en 1914 había ofrecido sus servicios a las fuerzas armadas belgas asediadas^[73]. El grueso de aquel cuerpo se componía de antiguos colonos europeos; al frente del mando se encontraba el coronel Chaltin. Eran los únicos belgas con experiencia en la guerra; la habían hecho durante las campañas árabes y las expediciones militares sudanesas. Sin embargo, ni siquiera eso les sirvió de gran cosa. Durante el avance del ejército alemán tuvieron que ayudar a defender la ciudad de Namur, aunque sin mucho éxito. *Das Heer*^[e27] avanzaba como una apisonadora sobre Bélgica y capturó a Albert Kudjabo, de veintiún años, junto con Paul Panda. Como prisionero de guerra, Albert acabó en Berlín, entre soldados de todos los rincones del mundo. Aquella repentina concentración etnográfica les resultó interesante a algunos filólogos y especialistas en folklore. Fundaron la Real Comisión Fonográfica Prusiana y realizaron casi dos mil grabaciones de voz de todas aquellas criaturas exóticas. A Albert Kudjabo le dejaron cantar una canción. Tocó el tambor, silbó y habló en su lengua materna^[74]. Aquellas grabaciones se han conservado. Resultan conmovedoras: el único soldado al servicio del ejército belga durante la Primera Guerra Mundial de quien aún conocemos la voz es un congoleño^[75].

La Primera Guerra Mundial tuvo grandes consecuencias para el Congo Belga, ante todo territoriales. En la Conferencia de Versalles, en 1919, se decidió repartir las colonias alemanas entre los vencedores. Camerún pasó a ser francés y británico; Togo, francés y británico; el África oriental alemana se convirtió en territorio británico; y Namibia se confió al dominio británico de Sudáfrica. Bélgica obtuvo la tutela de dos minúsculos países en su frontera oriental; los reinos históricos de Ruanda y Burundi (entonces Ruanda y Urundi). En 1923 la Sociedad de Naciones ratificó estos territorios bajo mandato. En teoría no se trataba de colonias, pero en la

práctica existían pocas diferencias. También en este caso se aplicaba el marco conceptual rígido y recién desarrollado de la antropología. El razonamiento consistía en que, en los territorios bajo mandato, había «razas». Estas se presentaban como absolutas: o se era tutsi, o hutu, o tua (pigmeo). A partir de la década de 1930 este dato constaba en el pasaporte. Se pasaba por alto que las fronteras entre los grupos tribales habían sido difusas durante siglos. Las consecuencias de tal negligencia demostrarían ser desastrosas en la segunda mitad del siglo xx.

En el Congo la guerra fue como una especie de botón de pausa en la historia social.

Los vacilantes intentos por mejorar las condiciones de vida de los nativos con mejores alojamientos en las minas o con campañas a gran escala contra la enfermedad del sueño se dejaron para un futuro lejano. La sanidad pública volvía a ser muy insegura después de aquellos cuatro agotadores años. Entre 1918 y 1919, cuando la gripe española se cobró en todo el mundo entre cincuenta y cien millones de víctimas, en el Congo hubo medio millón de muertos. «La fiebre española —me dijo el viejo Kabuya de noventa y dos años—, entonces sí murieron muchos». Parecía que volvía la despoblación de 1905. El botón de pausa era en realidad de rebobinado.

Sin embargo, desde el punto de vista de los belgas algo había cambiado de verdad. Por primera vez sentían compasión por el destino de los congoleños. Comprendían que el pueblo había sufrido mucho debido a una guerra que no era la suya. Además, entre los soldados la experiencia bélica había despertado un sentimiento de fraternidad. Un oficial belga de la Force Publique recordaba, exultante: «No, aquellos hombres lucharon, sufrieron, tuvieron esperanzas y deseos, perseveraron y triunfaron con nosotros, por nosotros, como nosotros, no son... ya no son salvajes ni bárbaros. Si supieron ser nuestros iguales en el sufrimiento y en el sacrificio supremo, entonces deberán serlo, lo serán, en la civilización»^[76]. Los soldados de la Force Publique habían demostrado mucho valor y lealtad, incluso en las circunstancias más duras. Eso exigía una mayor generosidad y, por supuesto, una mayor implicación en el destino del indígena.

No obstante, para los propios congoleños aquella experiencia generó sentimientos encontrados. Muchos soldados se entusiasmaron con los innegables éxitos militares belgas. La embriaguez de la victoria era grata y forjó nuevos vínculos que, sin duda, fueron sinceros y cordiales. ¡Los belgas podían volar y posarse en el agua! Sin embargo, para muchos congoleños de a pie el esfuerzo que supuso la guerra resultó extenuante. Además —y ese era el mayor desengaño—, habían visto cómo los blancos, que les habían enseñado a no matar y a no guerrear contra otras tribus, habían intentado acabar unos con otros durante cuatro años por motivos poco claros con un imponente arsenal en un conflicto que se cobró más víctimas que todas las guerras tribales juntas de las que ellos tenían recuerdo. Sí, eso minaba algo el respeto que sentían por los belgas. Un respeto que empezaba a desmoronarse.

DOMINADOS POR EL TEMOR CRECIENTE AGITACIÓN Y DESCONFIANZA MUTUA EN TIEMPO DE PAZ

1921-1940

El periodo de entreguerras estuvo marcado por los grandes cambios sociales que se habían iniciado durante las primeras décadas del Congo Belga. La actividad industrial se fue intensificando cada vez más. Un creciente número de personas abandonaba su aldea para trabajar a sueldo. Surgieron las primeras ciudades. Allí se mezclaban las tribus y se ponían de moda nuevos estilos de vida. El domingo por la tarde la gente bailaba al son de la música de Tino Rossi, mientras que la anterior generación había danzado aún al ritmo del tamtam. En el campo, el tiempo tampoco se había detenido. El sistema de cultivos forzosos introducido durante la Primera Guerra Mundial se generalizó. Las misiones ampliaron su control sobre las almas de los congoleños. También levantaron escuelas y hospitales en lugares recónditos. Los equipos de lucha contra la enfermedad del sueño viajaban hasta los poblados más pequeños.

Visto así, todo parecía dirigirse hacia la expansión, un proceso que beneficiaba tanto al colonizador como al nativo. Al menos esa era la imagen que se quería dar. «Después de la Primera Guerra Mundial la tranquilidad en el Congo no se vio alterada sensiblemente», escribió el director de una escuela católica de la Flandes profunda.

En ocasiones, algunas revueltas menores, provocadas no pocas veces por sectas secretas y hechiceros, ponían en peligro la seguridad de una zona limitada [...] La Bula-Matari, como llaman los indígenas a la Administración belga en el Congo, puede contar por lo general con la sumisión y el respeto de los negros hacia la autoridad establecida, por lo menos siempre que los propios mandatarios tengan presentes *los requisitos de un buen funcionario colonial* y se distinguen por una *vida ordenada y moral*, por una *humanidad seria* y una *gran fuerza de voluntad*^[1].

Aquella era una tremenda exageración. Por mucha humanidad y fuerza de voluntad que manifestaran los funcionarios coloniales, no eran capaces de enfrentar el creciente rencor entre la población congoleña. No se trataba de «algunas revueltas menores» que alteraran «una zona limitada», sino de importantes movimientos populares capaces de extenderse por grandes partes de la colonia, pese a la dura represión de las autoridades públicas. La repentina fiebre independentista que brotó a

partir de 1955 no era nueva, sino que la precedía una larga historia. Para comprenderlo mejor debemos visitar primero al hermano menor de Nkasi. Y al Espíritu Santo.

Los caminos del Señor son inescrutables y los del Espíritu Santo intransitables, sobre todo desde que se ha mudado a Nkamba. La carretera desde Kinsasa hasta Mbanza-Ngungu, la antigua Thysville, es excelente. Hace unos años, europeos y chinos aunaron esfuerzos para dar al Congo al menos una carretera decente: la que une Kinsasa con el puerto de Matadi. Sin embargo, en cuanto abandonamos esta carretera principal, la pista se convierte en un camino de tierra y este en un lodazal, y nosotros empezamos a avanzar a paso de tortuga. Al final tardamos tres horas en recorrer los ochenta kilómetros que separan Mbanza-Ngungu de Nkamba. Un tiempo récord, nos explicarán más tarde. Sin embargo, la carretera hacia Nkamba no es en absoluto una senda poco transitada. Cada año miles y miles de peregrinos recorren esa misma ruta en busca de renovación espiritual. Nkamba es para ellos la Ciudad Santa o la *nouvelle Jérusalem*, la nueva Jerusalén.

Fue allí donde nació un tal Simon Kimbangu, el 24 de septiembre 1889, unos años después de Nkasi. Kimbangu tuvo una niñez y una adolescencia parecidas a las de sus contemporáneos, pero él pasaría a la historia como un importante profeta. Solo a unos pocos les es dado que pongan su nombre a una religión, pero Simon Kimbangu logró codearse con Cristo y Buda: hoy, el kimbanguismo sigue siendo una religión viva en el Congo, que representa al 10 por ciento de todos los creyentes del país.

El propio Nkasi me lo había contado: «Lo de Kimbangu no fue magia. Fue enviado por Dios. Resucitó a una muchacha de dieciséis años que llevaba cuatro días muerta».

Los congoleños y los colonizadores oyeron hablar por primera vez de aquel extraño hombre en 1921, el año de la supuesta resurrección, pero Nkasi lo conocía ya desde hacía tiempo. Provenían de la misma región. Nkamba y Ntimansi, sus poblados de origen, estaban muy cerca el uno del otro. «Ah... ¿que cuándo lo vi por primera vez? Bueno... ya conocía a Simon Kimbangu en los años de 1800. Si decía: “Vamos a Bruselas”, estaba un segundo más tarde en Bruselas. ¡Incluso curó a mi hermano menor!».

La carretera está llena de baches y llegar a la Ciudad Santa supone todo un alivio. Dejamos atrás un paisaje montañoso. En los valles susurran los eucaliptos y su sombra es reconfortante. Nkamba se encuentra en la cima de una colina y ofrece lejanas vistas al Bajo Congo. Allí sopla una placentera brisa. Sin embargo, no resulta fácil entrar en la ciudad. Necesitamos credenciales y salvoconductos de Kinsasa, así como la ayuda de un joven adepto de Mbanza-Ngungu para pasar los tres controles de carretera vigilados por los kimbanguistas encargados de mantener el orden. Me

percato de algo curioso: todos están impecablemente vestidos con sus uniformes, sus gorras verdes y sus galones, pero van descalzos. No llevan ni zapatos, ni botas, ni botines, ni sandalias, nada. Los kimbanguistas están en contra del calzado. Una vez dentro, se me contagia de inmediato la tranquilidad y la serenidad del lugar. El kimbanguismo es la más congoleña de todas las religiones y al mismo tiempo uno se siente enseguida como si estuviera en otro país. Todo el mundo va descalzo y viste con austeridad; las radios y las minicadenas están prohibidas. Nadie grita, el alcohol es tabú. ¡Qué contraste con Kinsasa, con sus extravagantes ropas, con sus eternos gritos e insultos, con sus empujones en los taxibuses, con el ensordecedor ruido de sus cláxones y sus altavoces destartalados!

El edificio más llamativo es el templo, una enorme construcción cuadrada de estilo ecléctico que los creyentes levantaron entre 1986 y 1991. Conseguir construir ese edificio en apenas cinco años puede considerarse toda una hazaña. Delante se encuentra el mausoleo, donde reposan Simon Kimbangu y sus tres hijos. Si bien al principio era venerado como profeta, ahora ha alcanzado una condición divina. Una categoría de la que también gozan sus tres hijos, que encarnan, ni más ni menos, la Santísima Trinidad. Un joven kimbanguista me lo explicó en una ocasión al borde de una piscina de Kinsasa. Sigo conservando el trozo de papel en el que lo garabateé. «Kisolokele, nacido en 1914 = Dios Padre; Dialungana, nacido en 1916 = Jesucristo; Diangienda, nacido en 1918 = el Espíritu Santo». Los kimbanguistas ya no celebran la Navidad el 25 de diciembre, sino el 25 de marzo, el día en que nació el hijo mediano. En 1952, cuando murió el fundador, Diangienda Kintuma, el menor de los tres, asumió el liderazgo espiritual del movimiento y lo mantuvo durante muchísimo tiempo: de 1954 a 1992. Ahora el cargo es ocupado por un nieto, *papa* Simon Kimbangu Kiangani, aunque la sucesión al trono no transcurrió con toda la calma que cabía esperar. Su primo Armand Diangienda Wabasolele, otro nieto del profeta, también creía tener derecho a asumir el liderazgo espiritual de la Iglesia kimbanguista y eso provocó, además de un cisma, una gran rivalidad musical. Los kimbanguistas conceden mucha importancia a la música: además de preciosos coros, en su liturgia abundan las fanfarrias. En Kinsasa, el antiguo pretendiente al trono dirige una orquesta sinfónica de doscientos integrantes; en Nkamba, su primo, el actual líder espiritual, se enorgullece de su orquesta filarmónica. En una ocasión asistí a un concierto de la orquesta sinfónica al aire libre en Kinsasa: no tengo la menor idea de cómo consiguieron hacerse con sus relucientes instrumentos en aquella ciudad destrozada, pero su interpretación de los *Carmina Burana* fue arrolladora y superó sin problemas el ruido de los bocinazos de la hora punta de la tarde. Sea como fuere, hoy se venera a Simon Kimbangu Kiangani como Espíritu Santo.

Hay que comprender esa veneración en el sentido literal de la palabra. Ya es de noche cuando me siento en la plaza delante de la catedral para asistir a la oración vespertina. Estoy de espaldas a la residencia oficial del líder espiritual. A mi derecha veo la monumental entrada. Sus columnas están revestidas con telas de colores y en

medio de las alfombras extendidas sobre el hormigón hay un trono. Una fanfarria toca una alegre música militar. Los músicos visten uniformes blancos y verdes y marcan el paso. El kimbanguismo es una religión tremendamente pacifista, pero está repleta de referencias militares. Toda esa parafernalia no existía en un principio, pero se copió en la década de 1930 del Ejército de Salvación, una organización cristiana que a diferencia de la suya no estaba prohibida en aquella época. Los creyentes pensaban que la S del uniforme de los soldados del Ejército de Salvación no significaba «Salvación», sino «Simon», y se quedaron encantados con su liturgia militar. Hoy, el verde sigue siendo el color del kimbanguismo y las bandas militares amenizan las plegarias varias veces al día.

La suma de ambas resulta impactante. Me encuentro allí un tranquilo lunes por la noche. Mientras la música militar suena de manera incesante —primero los metales, seguidos por las flautas traveseras— los fieles se acercan al trono para ser bendecidos por el líder. Se arrodillan ante él en grupos de cuatro o cinco. El líder espiritual, por su parte, está de pie. Lleva un traje gris con mangas cortas y calcetines grises. También él va descalzo. En la mano sostiene una botella de plástico llena de agua bendita procedente del Jordán, un río local. Los creyentes se arrodillan y dejan que el Espíritu Santo les asperje. Los niños abren la boca y él les echa un sorbo de agua bendita. Un joven sordo pide que le vierta agua en los oídos. Una anciana que ve mal, se deja rociar agua en los ojos. Los cojos le muestran sus tobillos doloridos. Los padres se le acercan con prendas de sus hijos enfermos. Las madres le muestran fotos de sus familias para que el líder las toque unos instantes. La fila no tiene fin. En Nkamba viven entre dos y tres mil personas, a las que hay que sumar una gran cantidad de peregrinos y de creyentes que han acudido allí para hacer ejercicios espirituales. Hay gente venida de Kinsasa y de Brazzaville, aunque también de Bruselas o de Londres.

Miles y miles de personas, noche tras noche. La extraña ceremonia podría parecerle rara a un profano, pero, de hecho, no se diferencia de la larga procesión de creyentes que desde hace más de un siglo desfila delante de una cueva de los Pirineos franceses. También allí acuden de todos los rincones al sitio donde, según la tradición, acontecieron unos hechos excepcionales; también allí esperan ver curaciones y milagros, también allí ponen todas las esperanzas en una botella de agua de manantial. Se trata de devoción popular y dice más de la desesperación del pueblo que de la misericordia de lo divino.

Una vez acabada la ceremonia, durante una frugal cena, hablo con una mujer muy digna que abandonó el Congo como refugiada y que desde hace años es enfermera psiquiátrica en Suecia. Ama a su país de acogida, pero también es devota de su religión, y por ello procura venir cada año de retiro a Nkamba, sobre todo ahora que tiene problemas con su hijo adolescente. Se lo ha traído consigo. «Siempre regreso como nueva a Suecia», me dice.

Al día siguiente, me reúno por fin con *papa* Wanzungasa, el hermano menor de Nkasi, el motivo que me ha traído hasta Nkamba. Solo tiene cien años, y aún se mantiene activo. ¡Menuda familia! Su sobrino de sesenta aparenta cuarenta y cinco; su hermano de ciento veintiséis es una de las personas más viejas que hayan existido; y él sigue siendo miembro del alto clero de Nkamba y primer suplente en materia de evangelización, finanzas, construcción y suministro de material. Lleva desde 1962 inscrito como Pasteur núm. 1 de la Iglesia kimbanguista. En 1921, cuando empezó la vida pública de Simon Kimbangu, él era un muchacho de trece años. Kimbangu tenía entonces treinta y uno.

Ninguna zona del Congo resultó tan afectada por la llegada de los europeos como el Bajo Congo. Se abolió la esclavitud, la demanda de portadores y obreros del ferrocarril rompió los modos de vida tradicionales, los campesinos tuvieron que cultivar mandioca y cacahuetes para el colonizador, que introdujo el dinero y los impuestos. Los europeos repetían hasta la saciedad que querían liberar y civilizar el Congo, pero para los africanos la consecuencia directa resultó desastrosa. Se calcula que la enfermedad del sueño y la gripe española mataron a dos tercios de la población y la ciencia médica europea demostró su incapacidad para enfrentarse a ellas. Eso suscitó una profunda desconfianza entre la población local: aquellos blancos traían más enfermedades que curación. Simon Kimbangu había sido bautizado por bautistas británicos en la misión de Gombe-Lutete, a doce kilómetros de su poblado de origen, y se hizo catequista local. En 1919 se marchó a Kinsasa en busca de empleo, al igual que Nkasi. Intentó ponerse a trabajar en las Huileries du Congo Belge de William Lever, pero no lo logró. Se encontró inmerso en un mundo de africanos que habían viajado y que sabían contar y escribir. Allí había miles de obreros negros al servicio de una veintena de empresas. En aquella época, Kimbangu ya oía voces en su cabeza y tenía visiones que le llamaban a realizar grandes hazañas. Al principio las obvió, pero al cabo de un año, cuando regresó a su poblado y constató que los bautistas británicos habían nombrado a otra persona catequista oficial, algo debió de romperse dentro de él.

El 6 de abril oyó hablar de Kintondo, una mujer que estaba gravemente enferma. Fue a verla con un sombrero en la cabeza y con una pipa en la boca; casi se diría que iba disfrazado de misionero. Cuando llegó a casa de la moribunda le impuso las manos y le ordenó que se levantara, algo que, según relata la tradición, ella hizo al día siguiente. El rumor sobre la milagrosa curación corrió como un reguero de pólvora. Las historias eran cada vez más exageradas. En las siguientes semanas se dijo que Kimbangu había curado a un paralítico, a un sordo y a un ciego. ¡Sí, y hasta habría hecho resucitar de entre los muertos a una muchacha que llevaba muerta varios días! Por fin había alguien más poderoso que esos blancos con sus inyecciones contra la enfermedad del sueño que no hacían más que empeorarla. La redención parecía

próxima. En muchas leguas a la redonda la gente abandonó sus tierras y campos para trasladarse enseguida a Nkamba.

Así lo hicieron también los padres de Nkasi y Wanzungasa. En esa época Nkasi se encontraba en Kinsasa, llenando sacos con la pala, pero su hermano lo vivió de cerca.

Tomamos asiento en los sillones de cuero verde del salón de Nkamba para hablar de aquel pasado lejano. Como corresponde a un kimbanguista, Wanzungasa habla con voz suave y amable.

Nuestros padres eran campesinos protestantes. De niño, yo tenía una joroba. Mi madre oyó que en Nkamba había un sanador que curaba a todo tipo de enfermos, ciegos y sordos, y hasta resucitaba muertos. Me llevó consigo y vinimos aquí. Nkamba estaba llena de personas. Las llamaban por orden de llegada. Cuando me tocó el turno, me invitaron a acercarme con mi madre. Nos arrodillamos delante de Simon Kimbangu. Él puso una mano sobre mi cabeza y dijo: «En nombre de Jesús, levántate, endereza la espalda y camina». Hice lo que me pedía y constaté que mi joroba había desaparecido de inmediato. Ya no me dolía.

Lo cuenta con tranquilidad, como quien se limita a narrar lo sucedido y no se esfuerza por convencer a su audiencia. Los hechos están ahí para quien quiera creerlos.

Mi madre no cabía en sí de gozo. Simon Kimbangu nos dijo que nos lavásemos en el agua bendita. Nos quedamos tres días en el lugar, para asegurarnos de que estaba curado del todo. Hoy los médicos dicen que tenía tuberculosis, pero no es cierto. Caminaba totalmente encorvado. Me curó mi fe. Nos viene de familia, de lo contrario, ¿cómo se explica que mi hermano tenga ciento veintiséis años? En nuestro poblado había muchos más enfermos. La noticia de mi curación se propagó muy rápido. Entonces todos fueron a Nkamba y se convirtieron al kimbanguismo^[2].

Aquel repentino éxodo rural empezó a preocupar a las autoridades coloniales. El distrito de Cataractes, en el Bajo Congo, era un importante proveedor de alimentos para Kinsasa, pero los mercados se vaciaron de golpe. Los rumores llegaron incluso a la gran ciudad. Algunos abandonaron su trabajo y regresaron a su lugar de origen. Los primeros en alarmarse fueron los misioneros protestantes, pues gran parte de los discípulos más antiguos de Kimbangu procedía de sus misiones. Y aunque los protestantes tuvieran una experiencia de fe mucho más individual que la de los católicos, se preguntaban si aquello no se estaba descontrolando un poco. Kimbangu había encendido un fuego que se extendía como un rayo. En todo el Bajo Congo los nuevos profetas brotaban como setas. Los llamaban *bangunza*, en singular *ngunza*. Aquello dio paso a escenas frenéticas. Un misionero sueco que en aquellos años vivía en el Congo anotó en su diario:

Hoy he asistido a las reuniones de *ngunza*. Es extraordinario. Deberíais verlos temblar, extender los brazos y elevarlos, mirar al cielo, directos al sol. Deberíais oírlos gritar, rezar, implorar, susurrar con voz queda «Jesús, Jesús». Deberíais ver a Yambula [uno de sus mejores evangelistas] saltar, correr, girar sobre su propio eje. Deberíais ver cómo la muchedumbre se reúne, avanza, se arrodilla bajo las manos temblorosas que los *bangunza* extienden sobre sus cabezas. ¡Escuchad lo que sucede aquí! Idos, deshacedos de esos ídolos^[3].

Es sumamente importante hacer hincapié en dos aspectos. En primer lugar, los adeptos a la nueva religión no se volvieron contra el protestantismo, sino que se

apropiaron de él. No se pretendía romper con la fe cristiana, sino darle un color propio, potenciarla; tampoco se trataba en modo alguno de un regreso a la religiosidad precolonial; al contrario: los seguidores se distanciaban de la fe ancestral en la hechicería. Sin embargo, al mismo tiempo —y esto resulta fascinante— utilizaban gestos y símbolos religiosos basados en los remedios tradicionales (el trance, el conjuro, la incantación). Rechazaban los fetiches, pero se comportaban como fetichistas. En definitiva, encontraron una forma africana para una religión importada. En segundo lugar, aunque este repentino despertar religioso no se quedaba al margen de las circunstancias sociales, era ante todo un fenómeno espiritual. Kimbangu no se presentaba como un rebelde político, no hacía discursos anticoloniales, sus doctrinas no iban dirigidas contra los europeos. Sin embargo, las autoridades coloniales temían que no fuera así.

Apenas tres semanas después de la primera intervención de Kimbangu, el comisario del distrito, Léon Morel, lanzó la voz de alarma. Parecía comprensible: aquellas concentraciones diarias de gente que de forma voluntaria no hacía nada resultaban tremendamente inquietantes para una Administración colonial que quería introducir en el Congo una economía monetaria regular, así como una ética de trabajo clásica. Desde 1910 los colonizadores habían estado dividiendo a la población en *chefferies* pequeñas y seguras y ahora, de repente, muchos miles de personas se reunían para entregarse a extraños rituales. Las autoridades organizaron una reunión en Thysville con misioneros católicos y protestantes. Los católicos, en su mayoría belgas, coincidían con los gobernantes coloniales en acusar a los protestantes de tratar con indolencia a los indígenas y defendían una intervención enérgica y drástica de las autoridades. En cambio, los protestantes eran más proclives a presentar un enfoque más comedido. Según ellos, se trataba tan solo de una forma de devoción cristiana popular. Eso también tenía su lado positivo, ¿no? Algunos de sus fieles más queridos estaban implicados, eran personas que conocían desde hacía años y por las que sentían afecto. Actuar con dureza los distanciaría por completo de la misión. Además, ¿no iba semejante represión a avivar aún más el fuego?

Tal como sucede con frecuencia, los razonamientos y las prácticas de los misioneros protestantes eran bastante más sutiles y humanos que los de los católicos, pero resultaba imposible luchar contra la monstruosa alianza entre misioneros católicos belgas y funcionarios coloniales belgas. El 6 de junio, una columna de la Force Publique puso rumbo, junto con Léon Morel, a Nkamba para arrestar a Kimbangu, lo que provocó escaramuzas y saqueos. Los soldados robaron las esteras, la ropa, las gallinas, las biblias, los libros de himnos y el poco dinero que los fieles tenían. Les dispararon balas. Hubo heridos y un muerto. Acto seguido, el ejército trasladó a los líderes del movimiento en largas filas hacia Thysville pero el propio Simon Kimbangu logró escapar. Para sus discípulos fue la enésima prueba de sus dones sobrenaturales.

Permaneció escondido durante tres meses. Siguió propagando su fe en poblados que las autoridades coloniales apenas visitaban y donde nadie lo delataría. Esto dice mucho sobre su popularidad y sobre el reciente rencor generalizado contra los opresores blancos. En septiembre de 1921, Kimbangu se entregó de manera voluntaria: al igual que Jesús en el huerto de los Olivos, opinaban sus discípulos, que comparaban el proceso judicial que vino después con la condena de Jesucristo por parte de Poncio Pilatos. Y no sin razón. Estaba decidido de antemano que sería declarado culpable. Se había impuesto una leve variante del Estado de sitio para que tuviera que comparecer ante un tribunal militar y no ante tribunal civil ordinario (y, por tanto, más indulgente). Por ello no tenía abogado, ni posibilidad de recurso. Su suerte quedó sellada en tres días. Al leer las actas del juicio, desconcierta comprobar la falta de imparcialidad reflejada en las preguntas del juez. Había que demostrar a toda costa que Kimbangu era culpable de socavar la seguridad del Estado y el orden público, ese era el único delito del que se le podía culpar y que acarrearía la pena de muerte.

El comandante Amadeo de Rossi presidía el consejo de guerra en calidad de juez:

—Kimbangu, ¿reconoce usted que organizó una rebelión contra el régimen colonial y que calificó a los blancos, sus benefactores, de terribles enemigos?

—No he generado ninguna rebelión contra los belgas, ni contra el régimen colonial belga —le contestó Kimbangu—. Solo he querido predicar el evangelio de Jesucristo.

Sin embargo, el juez no se rindió:

—¿Por qué pidió al pueblo que abandonara el trabajo y que dejara de pagar impuestos?

—Eso no es cierto. Las personas que fueron a Nkamba acudieron por propia voluntad a escuchar la palabra de Dios, a buscar la curación o a recibir la bendición. Ni una sola vez he pedido al pueblo que dejara de pagar impuestos.

El juez cambió de táctica y, de repente, empezó a tutearlo. El tono se volvió más sarcástico:

—¿Eres el *mvuluzi*? ¿El redentor?

—No, el redentor es Jesucristo. Yo he recibido de Él la misión de anunciar la buena nueva de la salvación eterna entre los míos.

—¿Has resucitado a los muertos?

—Sí.

—¿Cómo lo has hecho?

—Con la fuerza divina que me ha dado Jesús^[4].

Esas eran las respuestas que querían oír. Confirmaban la sospecha de que Kimbangu era un *farfelu*, un loco peligroso para el Estado. Querían acusarle de haber hecho un llamamiento a la violencia, porque en los cánticos de Nkamba se hablaba de las armas. Kimbangu respondió que los misioneros protestantes tampoco habían sido detenidos porque en sus himnos se hablara de «soldados de Cristo». Querían inculparlo por haber realizado la siguiente declaración: «Los blancos serán negros y los negros, blancos». Kimbangu se defendió diciendo que no significaba literalmente que los belgas tuvieran que largarse. De hecho, ¿desde cuándo un discurso igualitario

era racista? Creían que durante su estancia en Kinsasa había estado en contacto con estadounidenses negros seguidores de Marcus Garvey, el activista jamaicano radical que consideraba que África era para los africanos. Kimbangu lo negó: *Cela est faux*, dijo. Eso es falso.

Sin embargo, de nada sirvió. Tampoco ayudó que en pleno proceso judicial Kimbangu entrara en trance, desvariara y todo su cuerpo empezara a estremecerse. Hoy en día creemos que debía de tratarse de una crisis epiléptica, pero el médico del tribunal ordenó que le dieran una ducha de agua fría y que le propinaran doce latigazos. El veredicto fue el que cabía esperar después de semejante juicio: el 3 de octubre de 1921, Kimbangu fue condenado a muerte, mientras que sus más allegados fueron sentenciados a cadena perpetua con trabajos forzados. En el veredicto el tribunal no se tomó la molestia de ocultar los verdaderos motivos: «Es cierto que hasta ahora la hostilidad contra el orden establecido solo se ha manifestado en cánticos alborotadores, insultos, formas de difamación y algunas rebeliones aisladas, pero también es cierto que el curso de los acontecimientos podría conducir de manera fatídica a una gran revuelta»^[5].

Había que dar ejemplo, eso parecía claro. La acusación hubiese preferido ejecutar cuanto antes a Kimbangu, pero, para asombro de todos, el rey Alberto I, desde Bruselas, le concedió el indulto. Así pues, cadena perpetua. Kimbangu fue trasladado al otro lado del país, a la prisión de Elisabethville en Katanga. Permaneció encerrado treinta años, hasta su muerte en 1951. Un castigo muy duro para alguien que durante menos de seis meses había llevado un poco de esperanza y de consuelo a algunos poblados golpeados por la enfermedad y la muerte. Su condena a prisión fue una de las más largas del África colonial; duró más que la de Nelson Mandela. Cumplió gran parte de ella incomunicado. Nunca cometió actos de violencia.

¿Una época tranquila entre las dos guerras? ¿Algunas revueltas menores? El excesivo castigo impuesto a Simon Kimbangu ponía de relieve que detrás de su fachada viril y en apariencia impasible, el régimen colonial escondía muchísimo nerviosismo. Tenía un miedo atroz a los disturbios. Eso se desprende también de la dureza con la que fueron reprimidos los discípulos de Kimbangu.

A partir de 1921 las autoridades empezaron a desterrar a figuras clave del kimbanguismo a otras provincias, con el propósito de dividir el movimiento. El viejo Wanzungasa hablaba de ello con conocimiento de causa. Su tío había sido apresado y tuvo que servir durante siete años en la Force Publique. Su hermano menor, aún un niño, se vio obligado a ir a la escuela en una misión católica y fue bautizado en contra de su voluntad, convirtiéndose en el único católico en un nido, por lo demás, protestante. Sin embargo, sus futuros suegros sufrieron el peor destino. «Fueron desterrados a Lisala, en el extremo occidental de la provincia de Ecuador. ¿Por qué? Porque la madre de mi futura esposa era familiar de Marie Muilu, la mujer de Simon

Kimbangu. Su padre murió en el exilio. Mi futura esposa era entonces una niña y se quedó aquí.»

Al principio las medidas afectaron a cientos de familias, pero a lo largo de la era colonial su número ascendió hasta tres mil doscientas. Hoy los kimbanguistas afirman que tuvieron que marcharse treinta y siete mil cabezas de familia, lo que representa ciento cincuenta mil personas; sin embargo, las fuentes administrativas solo mencionan una décima parte de ese cómputo. El exilio interior constituía, por cierto, un método acreditado del régimen: durante todo el periodo colonial, cerca de ciento cuarenta mil personas fueron desplazadas, en su mayoría por motivos político-religiosos. La explicación oficial era que lo hacían para ser reeducadas, pero en la práctica las deportaciones eran con frecuencia definitivas. Los detalles recuerdan a veces a la Europa de la década de 1940. Los kimbanguistas eran trasladados en vagones de mercancías estancos, donde el hambre, el calor y la enfermedad se cobraban sus víctimas. Muchos morían durante el viaje a causa de las privaciones. Un hombre perdió a sus tres hijos antes de llegar a su destino; fueron enterrados junto al río^[6]. Los kimbanguistas eran deportados a la selva pluvial de la provincia de Ecuador, a Kasai, a Katanga, incluso a la Provincia Oriental. Allí vivían en poblados aislados, donde su religión estaba proscrita. A partir de 1940 los exiliados más peligrosos fueron enviados a las colonias agrícolas. Se trataba de campos de trabajo rodeados de alambradas donde los hombres tenían que realizar trabajos forzados junto con sus familias, bajo la estrecha vigilancia de militares con perros. La tasa de mortalidad podía alcanzar el 20 por ciento.

Sin embargo, nada de aquello logró el efecto pretendido. El kimbanguismo no fue aniquilado por aquellas medidas drásticas, más bien sucedió lo contrario. El exilio hizo que la gente se sintiera reforzada en su fe. Cada muestra de resistencia les convencía de que Simon Kimbangu era el verdadero redentor. En las difíciles circunstancias que les tocaba vivir encontraban tanto consuelo y apoyo en su fe, que esta se propagó en su entorno. Los habitantes de la región se quedaban impresionados ante la nueva religión. Por ello, el kimbanguismo pudo difundirse en el interior. El exilio no debilitó el movimiento, sino que le permitió ramificarse y conseguir unir a decenas de miles de adeptos.

Mientras tanto, cerca de Nkamba la religión había pasado a la clandestinidad. Se celebraban reuniones nocturnas en la selva, en las que Marie Muilu, la esposa de Kimbangu, hablaba de papa Simon y enseñaba a los nuevos creyentes a cantar y a rezar. La gente incluso bajaba de la provincia de Ecuador por el río para asistir a aquellas reuniones. Los fieles se comunicaban mediante mensajes en clave con los exiliados en otras partes del país. La clandestinidad era quizá un obstáculo, pero también fue una magnífica escuela que sirvió para estimular y consolidar el movimiento. La energía y la pasión de los años de ocultamiento recuerdan a veces a las experiencias de los primeros cristianos en el Imperio romano. Wanzungasa lo vivió de cerca siendo adolescente: «Solo podíamos rezar de noche en la selva, entre

las “arañas”. Así llamábamos a los congoleños que espiaban para los blancos. De día tomábamos diferentes caminos, pero intercambiábamos señales en clave. De noche nos congregábamos para cantar. A veces los belgas nos rodeaban durante la oración. Oían nuestros cánticos, pero no podían vernos. Nosotros a ellos sí, nosotros éramos invisibles para ellos». Los primeros cristianos que fueron perseguidos en Roma también mantuvieron el ánimo con historias sobrenaturales. Si la autoridad no te reconoce, tratas de buscar la aceptación más arriba.

Las duras medidas contra el kimbanguismo constituyeron uno de los mayores errores cometidos por la Administración colonial; las autoridades se hicieron una idea totalmente equivocada de la situación. Combatieron los síntomas, no las causas. Pasaron por alto los problemas reales que dieron pie a un despertar religioso tan generalizado. Consideraron más importante reprimir duramente la forma que tratar de comprender el fondo de la cuestión. Y eso resultó ser contraproducente. En 1934 surgió en el Bajo Congo el ngunzismo, una variante radical del kimbanguismo que se enfrentaba de manera abierta al colonialismo. Sus seguidores abogaban por la supresión de los impuestos y la retirada de los belgas. Poco después nació el mpadismo o el khakismo, una iniciativa de un tal Simon-Pierre Mpadi, que enriqueció el kimbanguismo con uniformes color caqui del ejército y con un ideario mucho más radical. Se volvió contra el colonizador, defendía la poligamia y celebraba reuniones en las que la multitud se entregaba a danzas extáticas. Al inicio de la Segunda Guerra Mundial, Mpadi esperaba que el Congo fuera liberado por los alemanes. Desde Congo-Brazzaville llegó el matsuanismo. André Matsua (o Matsoua) era un veterano de la Primera Guerra Mundial que había servido en Francia como integrante de los famosos *tirailleurs sénégalais*, las tropas coloniales francesas. Estando aún en el país galo creó una asociación de amigos y un fondo de emergencia para africanos, a su regreso a Brazzaville fue venerado como un mesías y eso se propagó a la otra margen del río. Matsua fue deportado a Chad, donde murió en 1942. Pese a la persecución y a las medidas represivas seguían surgiendo religiones mesiánicas. Esa tenacidad no deja de ser significativa, pues se trata de una primera forma organizada de protesta popular que pone de manifiesto cuántas personas anhelaban la liberación.

El fenómeno no se limitaba al Bajo Congo. Por todo el país aparecían nuevos movimientos religiosos. En las minas de Katanga surgió el kitauala, una distorsión de The Watch Tower, el nombre original de los testigos de Jehová. Esa religión, que se inició en 1872 en Estados Unidos, había llegado a Sudáfrica y desde allí alcanzó, a partir de 1920, el *copperbelt*^[e28] de Katanga^[7]. En el Congo, adquirió una acentuada carga política. Se propagó con cuentagotas por la colonia y llevó una existencia en gran medida clandestina. No obstante, junto con el kimbanguismo se convertiría en el mayor movimiento religioso. En otras partes surgieron pequeñas asociaciones sectarias secretas. En el Kuango nació el movimiento lukusu, apodado «la secta de la serpiente». En la provincia de Ecuador creció el culto likili, cuyos seguidores

renunciaban a las camas, los colchones, las sábanas y las mosquiteras occidentales: objetos que eran considerados responsables del descenso de la tasa de natalidad^[8]. En el curso superior del Aruwimi, en la Provincia Oriental, surgió la siniestra sociedad anioto, cuyos miembros eran conocidos como los «hombres leopardo». Este movimiento se propagó por el noreste del país. Los hombres leopardo sembraron el terror al perpetrar actos de violencia ciega y asesinaron a decenas de indígenas. Sus motivos no quedaban siempre claros, pero su cariz parecía marcadamente antieuropeo^[9]. Por consiguiente, en las décadas de 1920 y 1930 aparecieron cinco movimientos religiosos. Sus métodos diferían en intensidad (de pacíficos a terroristas), pero el resentimiento que subyacía tras todos ellos era el mismo^[10]. En el Congo, la religión se había convertido en el *piri-piri*^[e29] del pueblo.

«Nosotros, gente de Dios —me dijo Wanzungasa al final de nuestra conversación en los sillones de cuero verde del salón de la Ciudad Santa—, no podemos hacer daño, ni siquiera a las personas que nos han herido. Nosotros no practicamos el ojo por ojo. Tenemos fanfarrias, no machetes». Hizo una breve pausa. Alcé la vista de mi libreta y vi su rostro sereno y surcado de arrugas. Había nacido en 1908, el año en que se creó el Congo Belga. Bélgica no reconoció su religión hasta el 24 de diciembre de 1959, medio año antes de la independencia. Quizá rememorara la primera mitad de su vida, su primer medio siglo. Con una voz queda dijo para acabar: «Entonces no había libertad. En la época colonial se compraba a las personas. Éramos como esclavos. Realmente, el colonialismo no tenía otro color que el de la esclavitud».

En Kinsasa pude hablar largo y tendido con Nkasi sobre las décadas de 1920 y 1930 así como del surgimiento de la resistencia. Él, que en un periodo posterior de su vida admiró con tanta frecuencia a los blancos, tuvo que reconocer que aquellos habían sido tiempos difíciles. «Los viejos eran muy duros. ¡En aquella época el blanco no era tu camarada!» Después de trabajar de obrero en Kinsasa, regresó a su región. En aquellos días, solo unos pocos se quedaban a vivir de forma permanente en la ciudad, el trabajo asalariado era estacional. Puesto que Kimbangu había curado milagrosamente a su hermano, resultaba natural que él se convirtiera al kimbanguismo, pese a los peligros que ello acarrearaba. «En Nkamba, *monsieur* D'Alphonse se había convertido en *chef de poste*», me dijo sin mucho entusiasmo. Aquel administrador colonial fue el encargado de pacificar la región después de la revuelta kimbanguista. Para ello contrató a Lutunu —el antiguo esclavo liberado, boy, ciclista, borracho y ayudante-regente— para que hiciera de jefe nativo. Al fin y al cabo estaba a bien con los blancos^[11]. *Monsieur* D'Alphonse iba y venía entre su centro administrativo de Thysville y su puesto en Nkamba. Nkasi lo recordaba muy bien: «Tuve que cargar con él. ¡Sobre los hombros! Éramos dos porteadores y lo zarandeamos a gusto». Nkasi se echó a reír con ganas. Allí sentado en el borde de la

cama, imitaba el balanceo del colonial blanco vestido con el tipoi. Agitaba los brazos junto al cuerpo, de forma desgarbada y descontrolada, como si estuviera sentado en la silla de manos. El sentido del humor debió de ser una ayuda en aquellos tiempos. El viaje se prolongó a lo largo de más de ochenta kilómetros y *monsieur* D'Alphonse resultó ser despiadado. «Mi tío era un hombre importante, aun así recibió doscientos latigazos de *monsieur* D'Alphonse. Creo que fue en 1924. Había dicho: *Mundele kekituka ndonbe, ndonbe kekituka mundele*. Los blancos serán negros y los negros, blancos.» Lo más probable es que fueran menos de doscientos latigazos, pero los recibió por una frasecita que casualmente era el lema de los kimbanguistas. «Los soldados de la Force Publique le azotaron las nalgas desnudas. Mi tío tenía dos esposas, pero justo después de aquellos doscientos latigazos se convirtió en un buen cristiano, en un kimbanguista. Gracias a ello no le quedaron ni marcas, ni heridas, ni hinchazones en las nalgas, nada de nada.»

En aquella época se estaban ejecutando las obras de ensanchamiento de las vías del tren de Matadi a Kinsasa y de instalación del tendido eléctrico ferroviario. El tren ómnibus que avanzaba a paso de tortuga por la vía estrecha ya no bastaba ahora que el Congo se industrializaba a pasos agigantados. Y, por supuesto, la aviación aún se encontraba en pañales: en 1925 aterrizó en Léopoldville la primera avioneta que había despegado de Bruselas. Se trataba de un biplano y había tardado cincuenta y un días en realizar el recorrido, más de dos veces el tiempo que se requería en barco^[12]. Las obras del ferrocarril se prolongaron de 1922 a 1931, con jornadas de hasta once horas al día. El trazado se adaptó en algunos tramos, se excavaron tres túneles y se sustituyeron los antiguos puentes. Había que reducir la duración del viaje de diecinueve a doce horas^[13]. Nkasi, que de niño había visto trabajar a su padre en la construcción del primer ferrocarril, volvía a ser testigo de ello. ¿Acaso no había aprendido a manejar la pala en Kinsasa? «Ahora tenía que trabajar con el pico.» Con el *piccone*, decía él en italiano, puesto que en aquella ocasión había muchos italianos trabajando para el ferrocarril. Su capataz era uno de ellos, *monsieur* Pasquale. «Me daban diez francos al mes más un saco de arroz. Sin embargo, un día *monsieur* Pasquale me dijo: “Tu dormi, toi?”^[e30]. —Todavía conseguía imitar el francés macarrónico del italiano—. Le contesté: *Je travaille!*^[e31]. Él me llevó a su casa y me convertí en su *boy*. Me enseñó cómo debía hacer la cama y cómo poner la mesa. ¡Y por ese trabajo me pagaba veinte francos al mes!». Seguía rebosando de alegría mientras me lo contaba. ¡En toda su vida laboral no había tenido nunca tanta suerte! «Aquellos italianos estaban acostumbrados a nuestro sol. Eran totalmente libres, no traían consigo a sus esposas. Y tampoco cogían a ninguna mujer negra, ¡oh no!»

De los sesenta mil obreros congoleños que trabajaban en el nuevo proyecto ferroviario murieron al menos siete mil. En cambio, a Nkasi aquel trabajo le dio suficientes medios de subsistencia para pensar en casarse. Desde la introducción del dinero, el precio de una dote había subido enormemente y contraer matrimonio solo estaba al alcance de los ricos, que a menudo incluso podían permitirse tener varias

mujeres, mientras que los hombres jóvenes ninguna^[14]. Entonces Nkasi estaba a punto de cumplir cuarenta años. En su poblado de origen, Ntimansi, conoció a Suzanne Mbila que, como él, era kimbanguista. En 1924 nació su primer hijo y en 1926 se casaron. Su familia siguió aumentando, volvía a vivir entre los suyos y nada indicaba que aquella situación fuera a cambiar pronto.

Siempre que no se tuviera en cuenta la Bolsa estadounidense...

El *crack* de Wall Street, en octubre de 1929, se sintió hasta en la selva del Bajo Congo. La economía mundial estaba tan integrada que la incertidumbre y el pánico de los inversores de Nueva York fueron determinantes para la vida de un hombre y de su familia en un insignificante poblado del Congo. Por supuesto, no sucedió de un modo directo. La cadena de hechos fue la siguiente: debido a la crisis de la Bolsa, la economía se ralentizó y el interés por las materias primas disminuyó en todo el mundo; la minería congoleña, el motor de la economía colonial, se detuvo; la exportación colonial cayó más del 60 por ciento^[15]; en 1929 eso provocó un enorme déficit presupuestario; las autoridades belgas se dieron cuenta de que el presupuesto colonial dependía demasiado de los ingresos de la minería y, por tanto, había que diversificar; la agricultura ofrecía una alternativa, sobre todo una agricultura orientada a la exportación; no obstante, el cultivo a gran escala de tabaco, algodón y café exigía tiempo e inversiones; una manera más sencilla de conseguir ingresos consistía en subir los impuestos, de los nativos claro está, pues la idea era proteger a las empresas en aquellos tiempos de crisis; una subida del impuesto sobre la renta ofrecía otra ventaja: incrementaría la necesidad de dinero, a los congoleños no les quedaría más remedio que buscar un trabajo asalariado y eso solo podía tener un efecto civilizador. Conseguir más ingresos para el Estado y al mismo tiempo aumentar el control sobre una población que empezaba a rebelarse, ¿acaso no se mataban dos pájaros de un tiro? Y así se hizo. En 1920 la colonia solo aportaba 15,5 millones de francos belgas en impuestos. En 1926 eran ya cuarenta y cinco millones. Y en 1930, en plena crisis, la suma había ascendido hasta los 269 millones. En cuatro años la recaudación fiscal se había sextuplicado. En 1930 los impuestos directos representaban un 39 por ciento del presupuesto colonial, mientras que el impuesto sobre los beneficios de las grandes empresas —que a pesar de todo habían conseguido enormes dividendos en los años anteriores— constituía tan solo el 4 por ciento del presupuesto^[16]. Es más, muchas de las empresas privadas en apuros incluso recibían dinero de la Administración colonial porque, en su momento, habían sido atraídas hasta el Congo con garantías financieras: en caso de que se produjeran contratiempos, obtendrían una participación del 4 por ciento en los dividendos del Tesoro colonial^[17]. Por consiguiente, el pozo de la crisis debía cegarse con el dinero del congoleño de a pie, junto con una inyección de capital procedente del erario belga y de los beneficios de la lotería colonial. Eso no significaba que todos los asalariados tuvieran que pagar de repente seis veces más (en las ciudades la presión fiscal ya había aumentado lenta, pero sensiblemente), sino que el fisco estaba extendiendo sus

tentáculos hasta los poblados del interior. De este modo, el garrote del impuesto sobre la renta empujó a miles de congoleños hacia las minas, hacia las plantaciones o hacia la Administración. En 1920 había ciento veintitrés mil congoleños asalariados; en 1939 el número había aumentado hasta cuatrocientos noventa y tres mil^[18]. Los que no querían ser asalariados y preferían continuar como campesinos autónomos, se veían obligados a cultivar determinadas plantas y a venderlas a las empresas privadas coloniales. Se calcula que en 1935 novecientas mil personas participaban en el cultivo del algodón^[19].

Nkasi también tuvo que tomar una iniciativa. «Sí, entonces llegó la crisis... Y la falta de dinero... Fui a solicitar trabajo a la Administración pública, cuando el administrador provincial de Mbanza-Ngungu, un tal Musepenye, pasó por Ntimansi.»

Resulta imposible sobreestimar la importancia de aquel paso. A esas alturas los kimbanguistas sentían un odio mortal por todo lo que tenía que ver con la Administración colonial. Se refugiaban en los bosques y se consolaban a escondidas al calor de su fe. No querían tener nada que ver con los blancos, pero ahora se veían obligados a trabajar para ellos. La operación de aumento de impuestos había sido todo un éxito.

A pesar de ello, la cultura europea cautivó de inmediato a Nkasi.

De nuevo volvía a tener suerte, esta vez con Musepenye. Así había escrito yo el nombre en mi libreta, fonéticamente. Musepenye. ¿Muzepenyet? Si durante una entrevista oía una palabra que no entendía, intentaba transcribirla a la manera más ajustada posible a su sonido. Y a menudo Nkasi resultaba difícil de entender. «¿*Monsieur* Peignet?», escribí al lado. De regreso a casa, tardé días en averiguar la identidad de aquel hombre. Al final, en los anuales coloniales de la década de 1930, encontré a un tal Firmin Peigneux, administrador de la provincia donde vivía Nkasi. El administrador provincial era el funcionario colonial que más contacto tenía con la población. Viajaba de *chefferie* en *chefferie*, deliberaba con los jefes de poblado y resolvía diferencias sobre el usufructo del suelo. Así que se trataba de *monsieur* Peigneux. La mayoría de las personas que hablan bantú pronuncian el sonido «eu» como una «e». Tendría que haberlo sabido. En el archivo de África del Ministerio de Asuntos Exteriores en Bruselas pude consultar su ficha personal^[20]. De inmediato se reveló que aquel hombre no estaba cortado con el mismo patrón que un bárbaro como *monsieur* D'Alphonse.

Peigneux, un hombre originario de la provincia de Lieja, había viajado al Congo en 1925 a los veintiún años. No tardó en llamar la atención por su capacidad de empatía. Después de su primer año de servicio su superior dejó escritas las siguientes valoraciones sobre él:

Este funcionario dispone realmente de las cualidades necesarias para convertirse a corto plazo en un administrador de élite. [...] En su trato con los indígenas, *monsieur* Peigneux hace gala de una actitud sensata que le ha granjeado la confianza de los jefes y de los hombres destacados. Se interesa por el estudio de cuestiones sociales y ya domina en gran medida el arte de tratar a los primitivos que nos rodean con cuidado y precaución sin despreciar sus concepciones y usos

seculares. [...] El Gobierno puede abrigar las más altas expectativas para el desempeño futuro de este funcionario.

Esta valoración resultó no ser exagerada. Peigneux seguiría una brillante carrera colonial y en 1948 fue nombrado gobernador provincial, el segundo cargo más importante en la jerarquía administrativa, después del de gobernador general. El hecho de que en la década de 1950, tras haber regresado a Bélgica por problemas de salud, se convirtiera en miembro del consejo de administración del Fondo para el Bienestar Indígena dice algo sobre su perseverante implicación social.

Nkasi seguía hablando con especial afecto de *monsieur* Peigneux. *Musepenye, c'était mon oncle*^[e32]. ¡Incluso bebía vino de palma con nosotros! Él y *monsieur* Ryckmans eran los únicos blancos amables. André Ryckmans era el hijo de Pierre Ryckmans, el mejor gobernador general que tuvo el Congo Belga. Gobernó entre 1934 y 1946 y se distinguió por su gran inteligencia e integridad ética. Físicamente se parecía mucho a Albert Camus y en algunos aspectos coincidía en su calidad humana. Su hijo André era un administrador provincial que se entendía muy bien con la población local. Aprendió sus dichos y sus danzas, también hablaba con soltura el kikongo y el kiyaka. Justo después de la independencia fue asesinado en trágicas circunstancias.

Así pues, Nkasi consiguió trabajo con *monsieur* Peigneux. Aprendió carpintería y se convirtió en ebanista. Unos años más tarde, cuando Peigneux fue trasladado al distrito de Kwango como ayudante del comisario de distrito, Nkasi lo acompañó. Él y su familia se instalaron en Kikwit, donde vivirían más de veinte años. Me lo confirmó su hijo mayor, Pierre Diakanua, que ahora tiene ochenta y cuatro años. Lo encontré en un lejano barrio popular de Kinsasa: «Nací en Ntimansi, pero todavía era joven cuando nos mudamos a Kikwit. La parte baja de esa ciudad la construyó mi padre. Vivíamos en el barrio de los negros, en la Rue du Kasai, número 10. Teníamos una casa grande de ladrillos de adobe. En aquella época, papá se convirtió en un evolué^[e33]. Yo tenía amigos belgas»^[21].

El propio Nkasi rememora con placer aquel periodo. «Trabajaba al servicio del Estado. Era el carpintero principal. Tenía que construir le *nouveau pays des mindele*, el nuevo país de los blancos.» Eso era cierto. Kikwit acababa de ser ascendida a capital del distrito de Kwango. Antes lo era Banningville (en la actualidad Bandundu), en el extremo norte del Kwango. Sin embargo, los disturbios sociales obligaron a la Administración a mudarse al centro. También en el ámbito personal aquellos fueron años peculiares para Nkasi. «En Kikwit tuve cuatro hijos, uno de ellos murió. En 1938 falleció mi padre, el día del Feliz Año Nuevo. Era muy, muy viejo. Un año más tarde murió mi madre, que también era muy vieja.» Durante sus largos años en Kikwit conoció de cerca la cultura europea. «Yo era *tout à fait mindele*, del todo blanco. Tenía una única esposa. Llevaba traje con corbata y zapatos blancos, comía en casa de *monsieur* Peigneux. Le servía de intérprete, del kikongo al francés. *Monsieur* Peigneux incluso iba a recoger a mi esposa a la

estación. Me había contratado como agente del Estado, igual que un miembro del personal directivo, igual que un directivo europeo. Por ello me dieron una *carte civique*.» A partir de 1948 se entregaba la *carte de mérite civique*, un certificado de mérito cívico, a aquellos congoleños cuyo estilo de vida se consideraba lo bastante avanzado. Gracias a la presión fiscal de la década de 1930, el adepto de una religión subversiva de los años veinte se convirtió, en los cuarenta y cincuenta, en alguien que hablaba con orgullo de su condición casi europea. Y sigue haciéndolo hoy, pese a que ya no queda nada de aquella prosperidad.

Sin embargo, los recuerdos que tenía Nkasi de Kikwit resultaban muy interesantes en otro aspecto. «En Kikwit también construí la cárcel —me dijo—. El director de la cárcel era entonces *monsieur* Framand, un gordo.» En los últimos años he visitado varias veces la prisión de Kikwit. Este sórdido establecimiento penitenciario aún existe. Los presos llevan harapos, duermen en el suelo y solo pueden comer gracias a que el capellán, un viejo misionero flamenco, ha organizado un sistema de distribución de alimentos con las parroquias circundantes. No hay aseos: para hacer sus necesidades, los reclusos deben ir a una celda vacía y allí buscar un trozo de hormigón libre sobre el que ponerse en cuclillas. A izquierda y derecha se ven excrementos humanos. Los presos son exclusivamente hombres jóvenes, a excepción de una hermosa joven con un niño de dos años. No tengo ni idea si lo tuvo antes o después de su ingreso en la cárcel. Sobre un ladrillo blanco, encima de la puerta de entrada, está cincelado el año de construcción: 1930. Casi todas las prisiones del Congo Belga se construyeron entre 1930 y 1935. Para hacer frente al creciente número de disturbios, se reforzó el aparato judicial. Se multiplicaron los tribunales, los magistrados, las persecuciones y los presidios.

«En esa cárcel construí un patíbulo —me dijo Nkasi—. Tenía que servir para ahorcar a dos jóvenes que habían entrado a robar ropa en una tienda y habían asesinado al propietario mientras dormía. Eso fue en 1935, creo.»^[22] En el Congo Belga se dictaron numerosas sentencias de pena de muerte, y durante el periodo de entreguerras se ejecutaron con periodicidad. En 1921, el mismo año en que Kimbangu recibió su condena a muerte, fueron ahorcados diez «hombres leopardo» de la secta anioto, en Bomili, en la Provincia Oriental. En 1922 un hombre llamado François Musafiri fue llevado a la horca en Elisabethville por apuñalar a un blanco, el supuesto amante de su mujer. La ejecución pública despertó mucho interés y la presenciaron nada menos que cuatro mil espectadores, cerca de la mitad de la población de la ciudad: tres mil africanos, entre ellos también niños, y mil blancos, casi la décima parte de la población europea del Congo^[23]. Se creía que las ejecuciones públicas tenían una función edificante. La idea era meter en cintura a los negros e infundirles respeto por el Estado colonial. La pregunta que habría que hacerse es si eso funcionaba siempre. En 1939 las cosas salieron mal durante la ejecución en la horca de Ambroise Kitenge. Cuando se abrió la trampilla, la cuerda —procedente del parque de bomberos— se rompió. Tanta torpeza casaba mal con la

imagen de firmeza que el colonizador quería transmitir de sí. ¿En cuántas ocasiones se ejecutó la pena capital? No disponemos de las cifras totales, pero sabemos que durante el periodo 1931-1953 fueron condenadas a muerte cerca de doscientas sesenta y una personas y que la pena se ejecutó en ciento veintisiete ocasiones^[24]. Eso significa un promedio de una vez cada dos meses, pero en la época de entreguerras, la frecuencia fue sin duda mucho mayor. Y cabe destacar un dato significativo: nunca se condenó a la horca a un belga.

Aunque Nkasi no lo mencionó ni una sola vez, el motivo por el que Kikwit se convirtió de repente en la capital del distrito tenía que ver con una gravísima rebelión popular que se produjo en la región; fue tan importante que las autoridades públicas echaron tierra al asunto por temor a las repercusiones. En 1931 estalló la revuelta de los pende y ello dio pie a los mayores disturbios del periodo colonial antes de la lucha por la independencia. Los pende eran un grupo étnico que en su mayoría trabajaba para las Huileries du Congo Belge, la filial de Unilever. Esta empresa explotaba una región con muchas palmeras, pero con escasa mano de obra. En cambio, en la zona donde vivían los pende sucedía justo lo contrario. Por ello, los pendes fueron obligados, a menudo pistola en mano, a trasladarse a otra parte del país y a trabajar de porteadores o de cosechadores. El trabajo era tremendamente pesado. Los hombres debían recolectar cada semana treinta y seis racimos de frutos de la palma; si lo lograban, recibían —además de su mísero salario de veinte céntimos por kilo— una bonificación de 2,10 francos y tres kilos de arroz. Cada día tenían que encontrar entre cinco y ocho racimos maduros. Eso implicaba tener que trepar por los troncos sin ramas de las palmeras, a menudo de más de treinta metros de altura, para cortar luego un racimo con el machete. Los encargados de Unilever partían del supuesto de que todos los negros eran capaces de realizar sin dificultad semejantes acrobacias, cuando en realidad aquello exigía una destreza muy particular que no todo el mundo poseía. Hubo muchos muertos. Además, el trabajo no se acababa una vez que los racimos estaban en el suelo, pues había que llevarlos al lugar de recogida. En la práctica, eran las mujeres pende las que tenían que recorrer distancias de hasta treinta kilómetros a pie, atravesando el bosque, cargando sobre la cabeza un racimo de frutos de veinte o treinta kilos.

Cuando se declaró la crisis económica Unilever sufrió un duro golpe. En 1929 un kilo de aceite de palma costaba 5,9 francos; en 1934, solo 1,3 francos^[25]. La empresa se vio obligada a repercutir parte de las pérdidas en sus trabajadores. A mediados de la década de 1930 pagaba por un kilo de frutos de la palma solo tres céntimos en lugar de 20^[26]. Ello provocó muchísimo resentimiento. El Estado subía los impuestos y la empresa bajaba las remuneraciones. Semejante situación resultaba insostenible.

También en este caso la agitación socioeconómica se expresó en forma de una religión popular. Después de que una mujer llamada Kavundji hubiese tenido

visiones, surgió la secta de los tupelepele (literalmente, los vagabundos). El verdadero líder del movimiento era Matemú a Kelenge, un hombre apodado Mundele Funji (Tormenta Blanca). Sus discípulos esperaban el regreso de los antepasados, que restaurarían el orden alterado e inaugurarían una nueva época de prosperidad. Mientras tanto, había que acabar con todo lo europeo. Para empezar lanzaron al río los documentos de identidad, los recibos de impuestos, los billetes de banco y los contratos de trabajo. En la orilla pensaban levantar un cobertizo donde los antepasados les dejarían bienes, bienes milagrosos, como los cacahuets que eran tan fértiles que bastaba plantar uno para ver florecer todo un campo. Parecía casi imposible expresar de forma más conmovedora la esperanza de redención. Un habitante de la región de aquella época resumió la situación con gran lucidez:

Los blancos nos han convertido en esclavos; no dudaron en azotarnos o en golpearnos para que les diésemos frutos de la palma. Se divertían con las mujeres y las muchachas de los poblados. Nuestra vida ya no era la de personas, sino la de animales. Toda nuestra existencia estaba al servicio del trabajo para los blancos: dormíamos para los blancos, comíamos para los blancos, nos levantábamos para los blancos y para hacer el trabajo de los blancos. Estábamos hartos de tener que trabajar siempre para aquellos blancos que nos sometían a situaciones inhumanas. Por ello escuchamos y aceptamos las prédicas de Matemú a Kelenge, que más tarde sería Mundele Funji, cuando nos pidió que dejásemos de pagar impuestos, que no volviéramos trabajar para los blancos y que los echásemos^[27].

Al igual que sucediera con Simon Kimbangu, el régimen colonial envió tropas. La situación parecía bajo control hasta que el 6 de junio de 1931 un joven funcionario belga llamado Maximilien Balot acudió en coche a la zona, acompañado por algunos empleados africanos, a fin de recaudar impuestos. En el poblado de Kilamba, Balot condujo hasta una carretera que llevaba al cobertizo donde se esperaba el regreso de los antepasados. Allí se topó con Matemú a Kelenge, el líder de la secta. Este le gritó que ya no quedaba dinero y que mataría al blanco y a sus cómplices. Acto seguido, Balot efectuó un disparo al aire. Muchos huyeron, incluidos la mayoría de sus ayudantes. Un segundo disparo hirió a un vecino del poblado. «Ya lo veis: el blanco quiere matarnos —gritó Matemú—. ¡Aquí me tienes, mátame!» Balot disparó y erró el tiro. Matemú consiguió levantarse y rajó la cara del blanco con un gran cuchillo. Balot le golpeó entonces con la culata de su fusil y se marchó. Sin embargo, la flecha de uno de los lugareños lo alcanzó en el cuello. Matemú lo persiguió y le golpeó el hombro con el machete. El brazo derecho de Balot colgaba de un hilo de su cuerpo. Tres habitantes del poblado, entre ellos el jefe, le lanzaron flechas. Cuando Balot se derrumbó, el jefe del poblado se percató de que aún vivía. Entonces le cortó la cabeza y se la llevó como trofeo. Al día siguiente el cuerpo de Balot fue troceado y repartido entre los notables de ocho poblados. Sus maletas fueron desvalijadas.

Era la primera vez que los gobernantes del Congo Belga se enfrentaban al asesinato tan espantoso de un funcionario. La respuesta fue implacable. Había que cortar la rebelión de raíz. Hacia Kwango salió una expedición de castigo como la colonia no había visto desde los peores años del Estado Libre del Congo. Tres

oficiales, cinco suboficiales, doscientos sesenta soldados y setecientos porteadores ocuparon la zona durante meses. Hubo duros enfrentamientos. Las fuerzas coloniales encarcelaron y torturaron a los rebeldes, y hasta secuestraron y violaron a las mujeres. Una comisión de investigación posterior encargada por el Estado belga confirmó el terrible balance. Al menos cuatrocientos pende murieron asesinados y posiblemente fueron muchos más. Se había sofocado la revuelta de los pende, pero eso no logró que la frustración de la población disminuyera.

A su regreso a Bruselas, la viuda de Balot declaró con una comprensión y generosidad que casi no parecen de este mundo:

Los agentes de las empresas privadas tratan mal a los negros y los explotan. La gente tiene que saberlo. Lo que sucede allí ha de acabarse o, de lo contrario, habrá sublevaciones por todas partes. Las empresas privadas se han atribuido derechos que estaban reservados al Estado. Además, muchos funcionarios regionales no se han comportado como debieran. Mi marido ha pagado por los demás^[28].

Puede resultar asombroso que las primeras formas de protesta popular tuvieran lugar en las zonas rurales, entre los campesinos del Bajo Congo y los recolectores de Kwango. Un observador atento que hubiese realizado un periplo en 1920 quizá habría pronosticado que el fuego del descontento se desataría en las incipientes ciudades, con sus rudimentarios campos de trabajo y sus jornadas duras e insalubres. Sin embargo, esto no sucedió así. ¿Cómo se explica eso?

Grosso modo pueden ofrecerse dos respuestas: la calidad de vida en las ciudades mejoraba, por lo que muchos africanos empezaban a sentirse a gusto allí; además, la población europea hizo todo lo posible por apaciguar a la muchedumbre. Mientras pudo...

Durante el periodo de entreguerras las aglomeraciones protourbanas se convirtieron en verdaderas ciudades. La población experimentó un crecimiento espectacular. Entre 1920 y 1940, la de Kinsasa se duplicó hasta alcanzar la cifra de cincuenta mil habitantes^[29]. La de Elisabethville pasó de dieciséis mil en 1923 a treinta y tres mil en 1929; se dobló, por tanto, en un periodo de seis años^[30]. Cada vez más congoleños se mudaban a la ciudad. La leva de mano de obra había llegado a su fin y, sin embargo, cada vez más personas emigraban por su propia voluntad. En Kasai, Maniema, el Kivu e incluso en Ruanda y Burundi, miles de campesinos se dejaron convencer para acudir a trabajar a las minas de la Union Minière de Katanga. Aquella empresa contaba en 1919 con unos ocho mil quinientos trabajadores locales, mientras que en 1928 ya eran diecisiete mil^[31]. Desde el Bajo Congo y la provincia de Ecuador la gente emigraba a Léopoldville; por su parte, Stanleyville debía su crecimiento a la llegada de trabajadores de la Provincia Oriental.

La mayoría de los que liaban el petate para irse a trabajar como asalariados eran jóvenes. ¿Qué hacía que el trabajo en una mina, en una plantación o en una fábrica les resultara tan atractivo? A menudo querían huir del poblado, donde solo había pobreza, donde el jefe era corrupto y donde los ancianos poderosos se casaban con

todas las mujeres jóvenes. Lejos de la miserable agricultura y de los cultivos forzosos. Lejos de la obligada construcción de carreteras y de la primitiva vida rural. Lejos del mundo sin oportunidades y sin futuro^[32].

Además, la ciudad o la mina ya no eran el horror que habían sido hasta hacía poco. En la Union Minière de Katanga la tasa de mortalidad disminuyó de forma espectacular. En 1918 el 20,2 por ciento de los trabajadores había muerto a causa de la gripe española; un año más tarde la mortalidad fue del 5,1 por ciento; y en 1930 tan solo del 1,6 por ciento^[33]. Los mineros no enfermaban tan rápido como antes^[34]. Había campañas de vacunación contra la viruela, contra el tifus y contra la meningitis. Se abrieron hospitales y centros médicos. La vivienda, la ropa y la alimentación mejoraron de forma considerable. Lo mismo podía decirse de las minas de diamantes de Kasai. Un obrero en las minas de oro de Kilo-Moto recibía en aquella época 179 gramos diarios de carne o pescado frescos, 357 gramos de arroz, 286 gramos de alubias y 1,5 kilos de plátanos, además de sal y aceite de palma^[35]. En el poblado jamás podrían acceder a una dieta tan rica y variada.

Junto con la salud también mejoró el entorno laboral. La vida en los campos de trabajo de Katanga dio un vuelco importante a partir de 1923, cuando la Union Minière permitió que los mineros vivieran con sus mujeres e hijos. En 1925 el 18 por ciento de los trabajadores estaba casado; en 1932, era el 60 por ciento^[36]. El sentimiento de desarraigo que había padecido la anterior generación disminuyó rápidamente. Muchos optaron por prolongar de manera voluntaria sus contratos de trabajo. A partir de 1927 los mineros podían firmar contratos de tres años, cuando antes solo podían quedarse un máximo de seis meses. Muchos de ellos aprovecharon esa oportunidad: en 1928 el 45 por ciento ya tenía un contrato a largo plazo, en 1931 era el 98 por ciento^[37]. Trabajar en la mina ya no se consideraba un castigo. Cuando la recesión económica de 1929 a 1933 obligó a la empresa a despedir a tres cuartas parte de su plantilla, la gente protestó no tanto contra el repentino desempleo como contra la perspectiva de tener que volver al poblado. Los trabajadores despedidos tuvieron que abandonar las casas de la empresa, pero antes de regresar a su lugar de origen prefirieron establecerse en las inmediaciones de Elisabethville, donde cultivaron pequeñas parcelas y se dedicaron a la agricultura a la espera de que la economía se recuperara^[38].

La industria minera de Katanga ya no estaba integrada por jóvenes deslomados que acampaban durante unos meses en siniestros campos de trabajo, sino por nuevas familias que se sentían a gusto en su reciente entorno. Los salarios aumentaron, en los campos nacían niños que conocían el poblado de sus antepasados solo de oídas. En otras partes de Elisabethville la *cit  indigène* se convirtió en un universo multiétnico lleno de vida con una dinámica y un ambiente propios. A diferencia de los campos de trabajo organizados y cada vez más confortables donde vivían los mineros de las grandes empresas, la caótica *cit * se encontraba poblada por una mezcla de personas: carpinteros, albañiles, ebanistas, metalistas, artesanos, así como por

enfermeros, oficinistas y jefes de almacén. La gente que trabajaba para la pequeña y mediana empresa vivía junto a funcionarios del Estado^[39]. La densidad de población era cinco veces superior a la del centro de la ciudad donde residían los blancos^[40]. En definitiva, hizo su aparición una amplia y estable población urbana de origen africano, algo que en un primer momento no alegró demasiado a los administradores coloniales. Semejante concentración de proletarios ¿no provocaría un clima subversivo o algo aún peor: no promovería un ambiente bolchevique? El temor por el peligro rojo estaba profundamente arraigado en la Administración colonial; o mejor dicho: «El miedo hacia los negros se disfrazaba de miedo hacia los rojos»^[41]. Sin embargo, en 1931 los colonizadores se dieron cuenta de que se habían formado comunidades que ya no eran poblados tradicionales y que nunca lo volverían a ser. Reconocieron su existencia mediante uno de esos esperpénticos términos burocráticos de los que la Administración colonial echaba mano y parecía tener la patente: el *centre extra-coutumier*. Algo así como «centro fuera de la autoridad tradicional». Se dio a aquellos centros una estructura comparable a la de la clásica chefferie y se designó a un jefe que debía hacer de intermediario entre la masa y el poder.

En las ciudades surgió un nuevo estilo de vida que se diferenciaba de la cultura de los poblados y que iba más allá del mero calco de la cultura urbana europea, pues las aglomeraciones africanas no se parecían en nada a sus equivalentes europeas. ¡La ciudad colonial constituía una experiencia completamente nueva, incluso para los belgas! Había más espacio y más libertad, las distancias eran mayores; las avenidas, más anchas; y las parcelas, más generosas. Las ciudades fueron concebidas desde el principio para el uso del automóvil. Tenían algo de estadounidenses, opinaban muchos blancos. Léopoldville, con sus diferentes núcleos urbanos sin un claro centro, se parecía más a Los Ángeles que a las ciudades medievales de Bélgica o a los barrios decimonónicos de Bruselas o Amberes. La ciudad colonial no iba a la zaga del modelo europeo, sino que se adelantaba a él. Cuando un periodista belga vio cómo en el Congo las mujeres blancas cogían un avión para dar a luz en Léopoldville, dijo encantado que en la colonia «nacía una nueva sociedad, una nueva Bélgica con ideas nuevas»^[42]. En el Congo, la década de 1950 parecía haberse iniciado ya en la de 1920.

La ciudad colonial también representaba para los congoleños un universo desconocido, con una cultura material muy peculiar. Una hipotética familia joven de Kasai que se mudara a Elisabethville, donde el padre iba a trabajar de minero, vivía en una casa de ladrillo. La mujer empezaba a cocinar con cacerolas de esmalte, en lugar de barro, aunque quizá prefería seguir guisando al aire libre en vez de en la oscura estancia situada en la parte trasera de la casa. En la vivienda tenían mesas, sillas y cubiertos. Aparecieron nuevas ideas sobre higiene y cuidado corporal: los congoleños llevaban ropa europea (a veces hasta zapatos), se lavaban con jabón y utilizaban las letrinas. Los padres dormían en una casa cubiertos por mantas hechas en Inglaterra, y en caso de enfermedad sus hijos recibían medicamentos traídos de

Bélgica. Si la mujer se quedaba embarazada, paría en una clínica de maternidad asistida por hermanas negras o por monjas blancas. En las ocasiones en que tenían que volver al poblado, se llevaban artículos novedosos, como agujas, hilo de coser, tijeras, imperdibles, cerillas, espejitos, también dinero para regalar a la familia y a los parientes. Sin embargo, aquellas visitas dejaban ver lo mucho que se habían distanciado de sus orígenes. Como empleado, el joven padre había adquirido una nueva sensación de autonomía y ya no le impresionaba tanto lo que le contaban el jefe del poblado y los ancianos. ¡Ahora eran ellos los que le escuchaban! Les hablaba de la férrea disciplina en la mina, de la sirena que sonaba por las mañanas para congregar a los obreros, de los seis días laborables a la semana. Por supuesto, sus oyentes solían bromear sobre ello. ¿Seis días a la semana? Tendría que haberse quedado en el poblado, le decían, riéndose, ¡allí sería su mujer la que trabajara en los campos de cultivo! Él sabía que lo decían por envidia. Todos contemplaban su ropa admirados, él se había dado cuenta de eso. En el viaje de vuelta se sentía más motivado y con más ganas de trabajar que nunca. Si lograra ascender un poco en la jerarquía de la Union Minière, pensaba, y llegar a mecánico o a operario, entonces después de mucho ahorrar quizá podría comprarse una bicicleta o una máquina de coser, incluso —¿quién sabe?— un gramófono. El domingo por la mañana la familia iría a la iglesia en bicicleta. Él sobre el sillín, su esposa detrás y los niños sobre la barra y el manillar. Eso se llamaba «prosperar» y le hacía sentirse bien^[43].

El momento de la semana en que se celebraba por todo lo alto aquel nuevo estilo de vida era el domingo por la tarde. En Elisabethville los mineros iban a ver los partidos de los equipos de fútbol blancos^[44]. En Boma, los obreros portuarios se paseaban por las calles luciendo camisas de cuello alto, sombrero de paja y bastón. Sus mujeres llevaban telas de algodón con alegres estampados y tocados que en Europa habían pasado de moda hacía tiempo^[45]. En la tranquila ciudad de Tshikapa, cerca de las minas de diamantes de Kasai, se oía la voz del tenor Enrico Caruso en algunas chozas^[46]. Alguien ponía discos de *jazz* y melodías cubanas en su gramófono. En Léopoldville el Apollo-Palace se llenaba de bailarines a las cuatro de la tarde^[47]. Allí se congregaban hombres con pantalón largo, con pantalón corto, con calzas de ciclista, con pantalones de equitación, de fútbol o de cualquier otro tipo, siempre que fuera pantalón. Y también mujeres con vestidos, faldas largas o cubiertas con *pagnes*, todas ellas con tacones, a veces de doce centímetros de alto. Algún que otro hombre llevaba esmoquin y zapatos de charol, aunque la mayoría iban descalzos. Bailaban con cautela y gran seriedad, por temor a los tacones de aguja. Una orquesta tocaba merengue y rumba, o ritmos africanos enmarañados y acompañados con botellas y tambores, aunque también se oían retazos de fandango, chachachá, polcas y música escocesa, además de ecos de música militar e himnos religiosos^[48]. Sin embargo, la principal influencia era la cubana: los discos de setenta y ocho revoluciones emitían una música que les resultaba vagamente familiar a los congoleños. Era la que los esclavos se habían llevado siglos antes hasta el otro lado

del océano y que ahora volvía enriquecida con diversas influencias españolas. En Léopoldville a los cantantes les gustaba expresarse en castellano o en algo que se le pareciera. Las vocales claras se asemejaban al patrón de sonidos del lingala; bastaba con intercalar de vez en cuando un «corazón» y «mi amor»^[e34]. La guitarra era el instrumento más popular, junto con el banjo, la mandolina y el acordeón. Camille Feruzi, el mayor virtuoso del acordeón de la música congoleña, compuso melodías de inigualable melancolía. Y en los barcos que zarpaban desde el interior hacia Léopoldville, el joven Wendo Kolosoyi punteaba incansable su guitarra: se convertiría en el fundador de la rumba congoleña, el estilo musical más influyente en el África subsahariana durante el siglo xx. En aquellos años Léopoldville era una especie de Nueva Orleans, donde la música popular africana, sudamericana y europea se fundían en un nuevo género: la rumba congoleña, una irresistible música de baile que acabaría inundando el resto del continente, pero que de momento solo se oía en los bares de la nueva capital. Era música que hacía reír y olvidar, que daba ganas de bailar y de seducir, que le ponía a uno alegre y caliente. Era *Fiebre del sábado noche*, pero el domingo por la tarde. ¿Por qué habría que protestar contra esa vida deslumbrante y divertida?

Sin embargo, las autoridades se mantenían alerta. En la década de 1930 en Elisabethville se podía ver con asiduidad a tres hombres conversando en el Cercle Albert^[49]. Tres hombres blancos. Hablaban en voz baja y con el gesto grave. Sus voces: basso continuo. Su conversación: inaudible. Sobre su cabeza se elevaban las volutas de humo de sus cigarrillos, dispersadas de vez en cuando por sus estallidos de risa. Oficialmente, a los africanos no les estaba prohibido comer en restaurantes europeos, pero el muy elegante Cercle Albert constituía una excepción. Y sin embargo, allí se decidía el destino de la población negra. Aquellos tres hombres eran Amour Maron, comisario de la provincia de Katanga; Aimé Marthoz, director de la Union Minière, o uno de sus sucesores; y Félix de Hemptinne, obispo de Katanga. La imponente barba blanca de este último convenció a la población africana de que era el hijo de Leopoldo II... Tres belgas. Cada uno de ellos estaba al frente de los tres pilares del poder colonial: el régimen, el capital y la Iglesia. Lo que a veces se denominaba en broma la «trinidad colonial». A saber si eso le hacía gracia al obispo.

Aquellos tres hombres aunaron sus esfuerzos para asegurarse de que la vida en la ciudad minera de Elisabethville transcurriera de forma ordenada. Sus respectivas agendas convergían en muchos sentidos: la industria quería empleados sumisos y leales; el régimen no deseaba una repetición del caso Kimbangu, ni de la revuelta de los pende; la Iglesia confiaba en entregar almas puras al más allá y para lograrlo necesitaba criar a ciudadanos obedientes en el aquí y el ahora. Estos tres pilares de la trinidad colonial se entrelazaron también en otros durante la colonia. Si bien a menudo había tensiones entre ellos, existía una cuestión sobre la que siempre estaban

de acuerdo: si querían evitar que la transición del estilo de vida tribal al industrial no fracasara por completo, debían aconsejar y controlar de cerca a sus semejantes negros. Moldearían, de manera lenta y sobre todo cautelosa, al nuevo congoleño urbano hasta convertirlo en un obrero diligente, en un súbdito dócil y en un católico piadoso.

La ausencia de rebeliones a gran escala en las ciudades no tenía que ver únicamente con la agradable prosperidad de la que disfrutaban los trabajadores, sino en gran medida con el calculado arsenal de estrategias al que recurrió la trinidad colonial para controlar, disciplinar y en su caso sancionar a la población. Nunca se habló de un plan maestro global, pero en la práctica la Iglesia, el Estado y el gran capital seguían a menudo la misma línea. Aquella filosofía —¿cómo los tenemos bajo control? ¿Cómo rinden más? ¿Cómo los educamos?— se manifestaba de diversas maneras. En Léopoldville tanto baile inquietaba a las autoridades, que pedían encarecidamente que por las noches se iluminara la *cité*, pues de lo contrario resultaba imposible «supervisar de manera eficaz una aglomeración de veinte mil habitantes con un puñado de policías perdidos en la oscuridad»^[50]. En Elisabethville consiguieron imponer una lengua común, el suajili, que no era un idioma autóctono y que casi nadie tenía como lengua materna, pero que permitía control más fácilmente al crisol de etnias^[51].

La enseñanza seguía siendo una prerrogativa exclusiva de los misioneros y se convirtió en un poderoso instrumento para empujar a las masas en la dirección deseada: el alumnado lo aprendía todo sobre la casa real belga y nada sobre el movimiento estadounidense a favor de los derechos civiles. Incluso la Revolución francesa era tratada con la debida prudencia. Los libros de texto europeos eran demasiado explosivos: «Con frecuencia, la revolución no se aborda con el sentido crítico necesario. Se aplauden a la ligera algunas reformas, libertades, etcétera, que la Iglesia ha condenado», escribía el influyente misionero e inspector de enseñanza Gustaaf Hulstaert. Los alumnos corrían el riesgo de convertirse en «liberales para luego caer en la indiferencia y el ateísmo»^[52].

Entretanto, los oficinistas africanos también empezaban a leer periódicos en francés. Diarios comunistas como *Le Drapeau Rouge*, de Bélgica, estaban prohibidos desde 1925, al igual que revistas con títulos tan expresivos como *Paris Plaisirs*, *Séduction* y *Paris Sex-Appel*^[53]. Cuando se abrieron los primeros cines después de la Primera Guerra Mundial se puso de relieve la misma necesidad de control. El cine era considerado un medio peligroso, pues podía instigar a las masas populares iletradas. Por ello, en 1936 se estableció una censura cinematográfica especial para el público africano, lo que dio lugar a sesiones separadas para europeos y para congoleños. A menudo, el resultado era que se prohibían a los adultos negros aquellas películas que no se consideraban adecuadas para los niños blancos^[54]. *Tous les coloniaux seront unanimes à déclarer que les noirs sont encore des enfants, intellectuellement et politiquement*^[e35], decían los documentos oficiales sobre la

política que debía aplicarse en relación con la prensa^[55]. Según la metáfora que se repetía invariablemente, el africano era aún un niño desde el punto de vista de la civilización: no se le podía abandonar a su suerte, había que controlar de cerca su desarrollo. En último lugar, la trinidad colonial aspiraba a una forma de emancipación del congoleño, pero solo a largo plazo o en caso necesario a muy largo plazo. Se intentaba así que el asunto no se les fuera de las manos. *Dominer pour servir* era el lema del entonces gobernador general, Pierre Ryckmans: «dominar para servir». ¿Paternalista? En absoluto: eran muchos los que opinaban que ese «servir» sonaba peligrosamente progresista. Ellos hubiesen preferido «castigar», o como mucho «educar».

En la Léopoldville de la década de 1920 creció un joven inteligente y sensible que, después de la Segunda Guerra Mundial, se convertiría en uno de los primeros colosos de la literatura congoleña, Paul Lomami Tshibamba. Poco antes de su muerte, en 1985, evocaba el ambiente en el periodo de entreguerras:

El colonizador hacía todo lo posible por convencernos de que éramos niños grandes, de que lo seguiríamos siendo, de que no podíamos estar sin su tutela y de que debíamos seguir todas las instrucciones que nos daba para nuestra educación con miras a nuestra progresiva integración en la civilización occidental, que era el ideal de la civilización. Y nosotros ¿qué podíamos esperar aparte de eso? En mi generación ya no conocíamos las tradiciones de nuestros padres: habíamos nacido en esta ciudad fundada por los colonizadores, en esta ciudad donde la vida de una persona estaba supeditada al poder del dinero... Sin dinero acababas en la cárcel. El dinero servía para pagar impuestos, para vestirse e incluso para comer, algo que era desconocido en los poblados. El que nos daba dinero era el colonizador blanco, así que teníamos que someternos a lo que él dijera. Ese es el mundo en el que nací y viví: allí tenías que doblegarte ante lo que otros te pedían^[56].

No obstante, no bastaba con limitarse a supervisar el entorno obrero urbano; había que intervenir activamente. Los instrumentos idóneos para ello eran, aparte de la enseñanza, las asociaciones y la política familiar. La decisión de admitir a mujeres y a niños en los campos de trabajo tenía una finalidad utilitaria: debía aumentar las ganas de trabajar, frenar la prostitución y el consumo de alcohol, fomentar la monogamia y en general propiciar la tranquilidad de la vida en el campo de trabajo. Además, en los campos los niños mamaban desde pequeños la cultura empresarial. Así, gracias a las escuelas misioneras, se les preparaba para integrarse al siguiente reemplazo de trabajadores disciplinados^[57].

La Iglesia gozaba de mucho poder político. En torno a 1930 había en el Congo Belga el mismo número de misioneros católicos que de funcionarios coloniales^[58]. El poder eclesiástico y el secular estaban totalmente sincronizados, como constataba el escritor Lomami Tshibamba:

En la vida cotidiana en la que crecimos, el sacerdote quería nuestro sometimiento; los representantes de Bula Matari, es decir, del Gobierno o de la Administración territorial, tenían poder y ese poder provenía de Dios. Por consiguiente, se esperaba de nosotros una obediencia absoluta. ¡Es lo que nos aconsejaba el sacerdote! Ser buenos, tanto con Dios como con la gente de la nueva sociedad que habían creado los Bula Matari, exigía obediencia, sumisión y respeto. Nos habían reducido al «servilismo», un término que no utilizaban, aunque en realidad equivalía a eso^[59].

Cultivar el servilismo era a su vez la idea subyacente tras la política social de las grandes empresas. La Union Minière fue la que en este sentido llegó más lejos. Es cierto que la empresa construyó escuelas, hospitales y clubes de esparcimiento para las familias de los trabajadores; también que a finales de la década de 1930 se inició un sistema de pensiones y que la empresa colmaba al minero de atenciones desde la cuna hasta la tumba, más que cualquier otra empresa minera en el África Central. Sin embargo, no cabe ninguna duda de que la benevolencia paternalista de la empresa emanaba de consideraciones de eficiencia más que de filantropía. Se adiestraba a obreros perfectos: felices y obedientes.

Más que un empleador, la Union Minière era un Estado dentro del Estado. Un Estado que de vez en cuando exhibía rasgos totalitarios. Cada faceta de la vida en el campo de trabajo estaba bajo el control del jefe blanco del campo. Él tenía una ficha de cada obrero y de su familia; era el responsable de la vivienda, del suministro, de los salarios y de las escuelas. Si la mujer de un obrero de la Union Minière tenía que volver a su poblado de origen, debía solicitar permiso al jefe del campo, ¡pese a que ella no era una empleada de la empresa! Sus hijos, a partir de los diez años, recibían lecciones de trabajo manual, pues había que prepararlos para su futura misión. Si eran chicos, la empresa los ayudaba a ahorrar para pagar una dote. La Union Minière era una empresa total, que contaba con el apoyo de la misión y del Estado^[60].

La empresa temía a las organizaciones nativas, puesto que en su seno podían germinar formas de protesta social: «Se reprime al máximo la creación de asociaciones. La dirección del campo controla estrechamente todas las actividades que organizan los nativos»^[61]. Para la Union Minière los clubes de costura, los coros y los cursos de cuidado del hogar eran preferibles a las propias iniciativas de los empleados. Las misiones tenían iglesias en los barrios obreros y eran idóneas para tal fin. En Léopoldville eran sobre todo scheutistas; en Elisabethville, benedictinos. La catedral de Elisabethville contaba todos los domingos con un excelente coro gregoriano compuesto únicamente por niños africanos.

En las ciudades, los sacerdotes belgas crearon a partir de 1922 los primeros grupos de *boy scouts* de África. En la colonia, el escultismo —un movimiento inicialmente secular que, con su carácter paramilitar, estaba más cerca del Estado que de la Iglesia— era un asunto exclusivamente católico. Permitía al misionero mantener el control sobre sus mejores alumnos después del horario escolar. Con actividades como seguir el rastro, trepar los árboles, hacer nudos, acampar y enviar señales en morse, se inculcaba a los jóvenes orgullo a la vez que disciplina. El joven *boy scout* coleccionaba insignias, hacía su promesa y cuidaba con mimo de su uniforme. El número de miembros nunca fue muy elevado (en torno a los mil en todo el Congo), pero de ahí surgió una élite nativa con un elevado sentido de la disciplina y de la lealtad^[62].

En cambio, se logró llegar a una parte de la población mucho más grande con lo que quizá sería el elemento de mayor éxito de las misiones belgas: el fútbol. También

en este caso Léopoldville y Elisabethville tomaron la iniciativa a partir de 1920. Los misioneros con sotana explicaron las reglas del juego y consiguieron, en un santiamén, que los niños y adolescentes lo practicaran en las polvorientas calles de la *cit * con balones que ellos mismos habían fabricado con calabazas. Se formaron los primeros equipos: L' toile y League, en Léopoldville, y Prince Charles y Prince Léopold, en Elisabethville. En 1939 se podían contar cincuenta y tres equipos y seis divisiones solo en Léopoldville. Había equipos con calzado y sin él: jugar descalzo exigía dar unos pases más ligeros, pero permitía una mayor agilidad. Los partidos se celebraban los domingos por la tarde. Unos cientos de jugadores movilizaban a miles de hinchas. Los amigos, compañeros de trabajo, mujeres e hijos gritaban hasta quedarse af nicos alrededor del terreno de juego. El fútbol era m s que una mera distracción. Tenía también un componente formativo. Un benedictino flamenco constataba con satisfacción: «En lugar de pasar las tardes de domingo acucillados en su choza bebiendo su *pombo*, o de ir a beber a los bares acompañados por mujeres de dudosa moral, salían al aire libre para entregarse a los deportes que les apasionan»^[63]. Un scheutista manifestaba el mismo entusiasmo: «Eso, al menos, los aparta durante unas horas del baile y de la juerga, y les permite pasar un domingo agradable después de misa»^[64]. Del mismo modo que los curas de los colegios e internados flamencos fomentaban el fútbol para drenar la excesiva energía sexual de los adolescentes, en la colonia se introdujo para reprimir la posible agitación social. El fútbol era, además de un juego que entusiasmaba, una forma de inculcar disciplina. Había que ir a los entrenamientos, adquirir destreza, controlar los reflejos, acatar las reglas, obedecer al  rbitro. Un deporte divertido que exigía a su vez un dominio de sí: una escuela colonial ideal. «El deporte enseña al indígena [...] a adaptarse a una disciplina que acepta de manera voluntaria»^[65], ese era el razonamiento.

En 2007, en las calles de Kikwit vi pasar a toda velocidad una motocicleta amarilla desgastada conducida por un viejo blanco. En sí aquello ya era bastante excepcional: los escasos europeos se desplazan siempre en coche y más aún los ancianos. El motociclista en cuestión resultó ser Henri de la Kéthulle de Ryhove, jesuita de origen aristocrático que, pese a tener ochenta y muchos años, seguía trabajando infatigablemente, sobre todo en los últimos tiempos, en la lucha contra la anemia de células falciformes, una enfermedad hereditaria. El padre Henri era también sobrino de Rapha l de la Kéthulle, quizá el misionero más famoso de todo el Congo Belga. Su tío no debía su fama a un heroico af n de conversión en las profundidades de la selva, ni a un entusiasmo evangélico en las aciagas colonias de leprosos. No: père Rapha l trabaj  toda su vida en Kinsasa donde ense n  al pueblo a jugar al fútbol. Era un scheutista dedicado a la docencia y pertenecía al primer contingente de misioneros urbanos. Al ser vástago de una familia francófona aristocrática de Brujas, él mismo había ido a la escuela en el colegio de San Luis. (Es un detalle que me hace sonreír, pues yo también fui educado en una antigua dependencia de ese colegio. Y all  —tres cuartos de siglo más tarde y después de

haber experimentado una clara neerlandización— el fútbol seguía siendo la religión más importante después del cristianismo. En nuestro patio de piedra había pintados cinco o seis campos de fútbol, colgaban cinco redes de voleibol y dos cestas de baloncesto. En lugar de las dos horas obligatorias de deporte, nosotros teníamos cuatro, también preceptivas. Pese a la influencia del poeta Guido Gezelle, el catolicismo del Flandes occidental tenía más afinidad con el deporte de balón que con la poesía lírica.)

«Mi tío fue el fundador de la Association Sportive Congolaise, la primera asociación deportiva del Congo», me dijo el père Henri, una vez que estuvimos sentados frente a frente. Después del trayecto en motocicleta, con su pelo blanco peinado hacia atrás, parecía haberse hecho un *brushing*. Un peinado Kikwit. «Fue el mayor promotor del fútbol en Kinsasa. —Y no solo eso—. Su asociación deportiva también incluía gimnasia, atletismo, natación y hasta waterpolo.» Raphaël de la Kéthulle debió de ser tan incansable como su sobrino. Aparte de tomar todo tipo de iniciativas deportivas, fundó diferentes escuelas. Asimismo contribuyó al nacimiento del scoutismo colonial, el teatro escolar, una fanfarria y una asociación de exalumnos; sobre todo fue el impulsor del desarrollo de infraestructuras deportivas de buena calidad en Léopoldville. Père Henri se sabía su historia de memoria. «Construyó tres estadios de fútbol, un enorme parque deportivo, pistas de tenis y una piscina olímpica que incluso tenía un trampolín de cinco metros. ¡En esa piscina llegó a organizar carreras de piraguas!» El apogeo de su afán de construcción fue el Stade Roi Baudouin, que más adelante se convertiría en el Stade du 20 Mai, un estadio de fútbol que podía acoger a ochenta mil espectadores y que, en el momento de su inauguración, en 1952, era el más grande de toda África. Fue allí donde estallaron en 1959 las revueltas que llevarían a la independencia. Fue allí donde Mobutu habló al pueblo después de su golpe de Estado en 1965. Fue allí donde se celebró en 1974 el combate de boxeo entre Mohammed Ali y George Foreman. Hoy en día, todo kinois sabe quién fue tata Raphaël, papaíto Raphaël, aunque solo sea porque el gran estadio lleva su nombre y porque su gigantesca efigie, que guarda un asombroso parecido con el logotipo de Kentucky Fried Chicken, adorna las paredes del Colegio de San Rafael. «Sí, estaba lleno de energía —concluye père Henri—, aunque también tenía la *bottine légère*.» ¿La bota muy suelta? «Sí, podía dar alguna patada si hacía falta.»

La vida asociativa impulsada por los misioneros católicos ofrecía a los obreros urbanos no solo un esparcimiento sano, sino que además cambiaba conscientemente el mapa social. Por temor a las revueltas de tinte étnico como la de los pende, se derribaron las fronteras tribales, ¡precisamente las mismas que había reforzado la enseñanza en las misiones! Henri de la Kéthulle me contó lo siguiente: «Mi tío mezclaba a los pueblos en el deporte. En los campeonatos de fútbol siempre había equipos mixtos. Organizó encuentros intercongoleses, e incluso el primer partido de fútbol internacional. Un equipo congoleño se enfrentó a uno belga. Creo que era el Beerschot»^[66].

Pero la cabra tira al monte. Pese a todas las actividades deportivas bienintencionadas y a la política familiar paternalista, el hambre de una parte de la población urbana congoleña aún no estaba saciada. El régimen colonial se mostrara amable, pero solo mientras todos se mantuvieran en vereda. Las masas eran canalizadas bajo la mirada sonriente de la trinidad colonial, pero los que no seguían el paso, eran castigados de forma implacable.

Por consiguiente, siguieron existiendo organizaciones nativas^[67]. La religión kitawala se propagó entre los mineros y se infiltró en grandes zonas rurales. Desde Katanga, llegó al Kivu, a la Provincia Oriental y a la del Ecuador. Se organizaba en la clandestinidad y mezclaba la mística con la insurrección. En 1936, después de ser arrestados en Jadotville, sus adeptos afirmaron sobre la Biblia: «Este libro dice claramente que todas las personas son iguales. Dios no creó al blanco para que dominara a los negros. [...] No es justo que el negro que hace el trabajo tenga que vivir en la pobreza y en la miseria, mientras que los salarios de los blancos son mucho más altos»^[68]. Muchos seguidores fueron desterrados, pero al igual que sucediera con los kimbanguistas, eso dio un nuevo impulso al movimiento.

Las organizaciones étnicas en Katanga, por ejemplo las de los luluwa o los baluba, brindaban un ambiente hospitalario y familiar, algo que ninguna patrulla de exploradores podía ofrecer. Acogían a los recién llegados y ayudaban a los jóvenes a pagar las dotes. Incluso surgieron formas de solidaridad entre tocayos. Un anciano de Lubumbashi me lo explicó: «Si me llamo Albert y tú te llamas Albert, te conviertes en mi hermano. [...] Cuidamos el uno del otro. Nos ayudamos a encontrar comida, jugamos juntos, nos apoyamos mutuamente en todos los ámbitos»^[69]. A partir de 1929 la crisis generó una intensa solidaridad entre nativos. André Yav, el viejo boy de Lubumbashi, contó a este respecto: «Todo el mundo pasaba mucha hambre entonces. El paro aumentó de forma increíble. Y esto es lo que hacíamos: si un hombre tenía trabajo, se convertía en el padre y la madre de todos sus amigos. Ellos iban a comer a su casa y se vestían allí»^[70]. Estas formas de autoorganización voluntaria eran insustituibles.

En la década de 1920 había grupos que se hacían llamar Les Belges. Sus miembros utilizaban, no sin humor, los títulos de la Administración colonial («comisario del distrito», «gobernador general», «el rey») e imitaban en sus danzas a los funcionarios y misioneros blancos. Dejando de lado la sátira, también se ocupaban de alojar a los recién llegados, a distribuir comida y a organizar funerales^[71].

Después de la crisis aparecieron las primeras asociaciones de africanos que habían conseguido ascender profesionalmente. Organizaciones con nombres como el Cercle de l'Amitié des Noirs Civilisés y la Association Franco-Belge congregaban a los congoleños que habían ido a la escuela, tenían buenos ingresos y hablaban francés

entre ellos. Estas personas representaban el nacimiento de una clase media congoleña, con su correspondiente carga de esperanza y de esnobismo. Con frecuencia, sus miembros despreciaban la calle de la que acababan de desligarse y aspiraban a llevar un estilo de vida más europeo, a comprarse unos gemelos y a recibir más muestras de respeto. Sin embargo, si se veía frustrado, ese deseo podía convertirse en resentimiento y protesta, lo cual sucedió en la década de 1950. No obstante, durante el periodo de entreguerras sus actividades aún no eran abiertamente políticas, aunque algunos de ellos desearan organizarse al margen de la Iglesia.

A partir de la década de 1930 varias veces por semana se producía un fenómeno fascinante junto al puesto fronterizo con Rodesia^[72]. Cada vez que llegaba un tren procedente de los *dominions* británicos se detenía y emitía un fuerte silbido para que se apareara el maquinista blanco. Acto seguido, su colega del Congo Belga se subía a la locomotora para proseguir el viaje hacia Elisabethville. Quien presenciaba aquello por primera vez se restregaba los ojos: ¿era el nuevo maquinista un africano? Sí, lo era. El Congo Belga se jactaba de que a diferencia de Sudáfrica y Rodesia, no había ninguna *colour bar*, ninguna barrera racial. En las minas y en las fábricas, los africanos podían operar máquinas costosas y peligrosas, aunque, eso sí, bajo el control de supervisores blancos. Los entregados trabajadores de la Union Minière podían ascender hasta cierto punto en la empresa. Los hoteles, restaurantes y cafés eran en teoría accesibles a todo el mundo. Solo en los cines se aplicaba una clara segregación racial. No había una prohibición formal de las relaciones entre blancos y negros, pero la ausencia de una *colour bar* legal no significaba que no existiera una *invisible colour bar*^[73]. Y esta barrera racial era quizá la más insalvable de todas. Los africanos no tenían posibilidad de ascender hasta la cúpula de una empresa. En la Administración el nivel máximo que podían alcanzar era el de empleado de oficina o mecanógrafa. Las ciudades estaban formadas por centros rigurosamente blancos y suburbios negros, en teoría para evitar la propagación de la malaria. Sin embargo, eso era una falacia: también había segregación racial en los cementerios y allí la malaria no podía hacer muchos estragos. Tampoco existían equipos de fútbol mixtos. Y las alineaciones congoleñas no podían jugar contra las europeas, por temor a las trifulcas en caso de que perdieran o a la humillación si ganaban. Uno de los más agudos observadores del periodo colonial escribió al respecto: «Curiosamente, el hecho de que no existiera ninguna barrera racial oficial exacerbaba los reflejos raciales de los blancos. El racismo, negado por ley, se confirmaba con toda su fuerza con los hechos»^[74]. Y era cierto. Cuando leemos los periódicos coloniales del periodo de entreguerras, nos llama la atención hasta qué punto la lógica de «nosotros/ellos» determinaba el pensamiento y cuánto miedo se escondía detrás de ese lenguaje tan duro. Después del asesinato de un blanco a manos de un congoleño, *L'Avenir Colonial Belge*, uno de los periódicos más populares de la colonia, escribía:

¿Se nos sigue garantizando en Léopoldville nuestra seguridad personal, a nosotros, los Blancos? Podemos contestar con total sinceridad: ¡No! Los actos de insubordinación de los negros se multiplican; su brutalidad es grande e infunde miedo incluso a los más valientes. Aumentan el número y la importancia de los robos; el desprecio del indígena por los Blancos es en ocasiones aplastante; el temor que les provocamos es nulo; el respeto por el *mundele* ha desaparecido. Esta es la situación en el año de gracia de 1930.

—Pero —me dirá usted— ¿es Stanley Pool una región que deba volver a pacificarse?

—Pues sí, ¿por qué no?

Por cierto, el periódico tenía muy claro lo que implicaba volver a pacificar: todo africano que atentara contra un blanco, por el motivo que fuera, debía poder ser condenado a la pena de muerte^[75]. La defensa legítima, las circunstancias atenuantes, el homicidio involuntario, el impulso irresistible, todo eso carecía de importancia. Por fortuna el enfoque de la fiscalía a este respecto era más sutil, pero que un periódico capaz de publicar semejantes patrañas pudiera convertirse en uno de los más influyentes de la colonia indica lo que pensaba la mayoría de los blancos sobre la cuestión de las razas. *Les noirs* se escribía con minúscula; *les Blancs*, con mayúscula.

En el fondo, la sociedad colonial del periodo de entreguerras estaba dominada por un temor recíproco: los dominadores blancos tenían un miedo atroz a perder su respetabilidad ante los congoleños, mientras que muchos de esos congoleños temían al poder blanco y hacían todo lo que podían para merecer su respeto. Estaban todos dominados por el temor. ¿Cuánto tiempo se podía seguir así?

Albert Kudjabo y Paul Panda Farnana pasaron cuatro largos años presos en Alemania, un periodo en que no solo se limitaron a cantar canciones para los etnógrafos berlineses. Fueron años de enfermedad y de trabajos forzados; años de burlas y humillaciones. Kudjabo se vio obligado a trabajar en una granja cerca de Stuttgart, donde el dueño lo estafó. Panda acabó en Hannover y después fue trasladado a Rumanía.

Sin embargo, ahora estaban de vuelta en Bélgica, el país por el que ellos y algunos otros congoleños habían arriesgado la vida. ¿Y qué escribía sobre ellos el periódico de excombatientes *Le Journal des Combattants*? «Repatriémoslos y devolvámoslos a la sombra de sus plátanos, donde, sin duda, estarán más en su lugar. Allí aprenderán sus danzas de negros y podrán relatar sus experiencias de guerra a sus familias sentadas a su alrededor sobre una piel de chimpancé.»^[76]

¿Para eso habían luchado y sufrido? No podían dejar pasar por alto aquello. La respuesta no se hizo esperar:

En las trincheras, los blancos no paraban de repetirnos que éramos hermanos y nos trataban como a iguales. No obstante, ahora que la guerra ha acabado y ya no necesitan nuestros servicios, prefieren que desaparezcamos. Con eso último estamos plenamente de acuerdo, pero con una condición: si insisten con tanta dureza en repatriar a los negros, sería lógico que nosotros pidiésemos que se repatrie también a todos los blancos que están en África^[77].

Quel culot!^[e36] Nadie en el Congo se atrevía a usar ese tono. Aquella respuesta de los congoleños estaba escrita en un francés más convincente que el artículo que la había motivado. Aquí hablaba realmente una nueva voz. Algunas semanas antes del artículo en cuestión, el 30 de agosto de 1919, se había fundado en Bruselas la Union Congolaise, una «asociación para la ayuda y el desarrollo moral e intelectual de la raza congoleña». Se parecía a la organización que André Matsua había creado en Francia. Al principio, la asociación contaba con treinta y tres miembros, casi todos excombatientes. La figura más destacada era el exprisionero de guerra Paul Panda Farnana y su compañero de fatigas, Albert Kudjabo, asumió el cargo de secretario. Se esforzaban en ayudar a los miembros pobres y enfermos, a cubrir sus gastos de funeral y a ofrecerles enseñanza nocturna gratuita. No obstante, su agenda era también manifiestamente política. Ya en 1920 la Union Congolaise exigió que se redujeran los trabajos forzados, que se remunerara mejor el trabajo asalariado y que se ampliara la enseñanza. Sobre todo pedían que los congoleños tuvieran una mayor participación en la Administración. Repito: ¡en 1920! En aquella época el régimen consultaba como mucho a los jefes de poblado que él mismo había nombrado. Hubiese sido mucho mejor, afirmaba Paul Panda, dejar que los congoleños eligieran un consejo que asesorara a la Administración colonial en Boma.

La Union Congolaise de Panda crecía sin parar. Se abrieron delegaciones en Lieja, Charleroi y Marchienne-au-Pont. Los nuevos miembros eran a menudo marineros congoleños que habían desertado en el puerto de Amberes. Estos hombres jóvenes y solteros que se habían deslomado durante semanas enteras en salas de máquinas ensordecedoras, como engrasadores, fogoneros o carboneros, ya no aceptaban que, al llegar, su colega blanco recibiera el doble de paga por el mismo trabajo. En el Congo no había obreros blancos, solo superiores, pero en los transatlánticos se apreciaba por primera vez el gran contraste. Y mientras que en tierra el rencor se traducía en éxtasis religioso, el descontento a bordo provocaba una resistencia más prosaica: las huelgas. Tanto en el puerto de Amberes como en Matadi los hombres interrumpían el trabajo, sobre todo después de que se prohibiera a los marineros africanos completar su escaso sueldo con un pequeño negocio particular de bicicletas y máquinas de coser. Además, una vez en tierra tenían prohibido permanecer en los bares. El Gobierno temía que fueran a parar al barrio rojo, o peor aún a los bares rojos. ¡Ya había suficientes comunistas en Amberes!

En un principio la Union Congolaise se granjeó cierta simpatía entre los blancos. Paul Panda Farnana era un intelectual muy dotado para la oratoria que sabía presentar ideas radicales como medidas razonables. En diciembre de 1920 pudo hablar en el primer Congreso Colonial Nacional en Bruselas, donde su intervención sobre la necesidad de participación política del nativo consiguió un gran respaldo incluso entre los belgas presentes. Su mensaje venía a decir: «Dadnos poder». ¡Y le aplaudieron! Como excelente orador que era había salpicado su discurso de referencias a papas históricos.

Sin embargo, un año más tarde, Paul Panda participó en el segundo congreso panafricano, una iniciativa afroamericana dirigida por el estadounidense W. E. B. du Bois, activista radical de derechos humanos. Aquella participación contribuiría a la mala reputación de Panda: la prensa colonial lo acusó de nacionalismo, de bolchevismo y de garveyismo. Injustamente. El panafricanismo de la época quería liberar y emancipar a la raza negra en todo el mundo. El congreso, que duró una semana y se celebró en Londres, Bruselas y París, desmintió la imputación de bolchevismo. Lo único que querían los participantes era fomentar la igualdad entre blancos y negros, tanto en tiempos de paz como de guerra. La delegación también fue al museo colonial de Tervuren, donde los delegados estadounidenses se enfurecieron al ver la colección, que por aquel entonces ya era enorme y que ellos consideraron fruto del saqueo. Paul Panda aún no se había detenido a considerarlo de aquella manera. Las sesiones de Bruselas y París estuvieron presididas por Blaise Diagne, un senegalés que desde 1914 ocupaba un escaño en el Parlamento francés, el primer africano en conseguirlo. Aquello debió de causarle una enorme impresión a Panda. Mientras las colonias francesas podían enviar representantes del pueblo a París, en el Congo Belga solo se podía llegar a ser maquinista, monaguillo, explorador o guardameta. En lo que se refería a la implicación política, el cargo de *chef médaillé* no contaba: aquello no era una participación real, sino una simple forma de sacar provecho de la situación. Unos años más tarde sentenció con dureza: «Hasta ahora, la colonización del Congo ha sido tan solo “vandalismo civilizador” en favor del elemento europeo»^[78].

En mayo de 1929 Paul Panda Farnana regresó a la colonia. Se instaló en su poblado natal de Nzemba, cerca del océano. Allí fundó una pequeña escuela y una capilla. Con su singular combinación de experiencia vital, perspicacia y tacto podría haberse convertido en una figura clave en las negociaciones a favor de un régimen colonial más justo. Sin embargo, menos de un año después de su regreso murió en su poblado, soltero y sin hijos. El Congo Belga había perdido a su más brillante voz disidente. Solo tenía cuarenta y dos años.

LA HORA ROJA DE LA INTERVENCIÓN LA GUERRA Y EL TRAICIONERO SILENCIO POSTERIOR

1940-1955

Formaban un círculo y se balanceaban pasando su peso de un pie a otro; era algo a medio camino entre danzar con cuidado y marcar el paso. El grupo de veteranos estaba en su salsa. Los vi en la Maison des Anciens Combattants de Kinsasa. Sus flamantes uniformes eran obsequio del ejército belga a las actuales fuerzas armadas. Los excombatientes los lucían con orgullo, daban palmas y cantaban con voces graves: *Saluti, saluti, pesa saluti, tokopesa saluti na bakonzi nyonso*. Una canción de marcha. «Saludamos, saludamos, atentos, saludamos a todos nuestros comandantes.» Esos comandantes, me aclararon después, eran belgas. En aquellos tiempos todos sus oficiales eran belgas. «*Biso baCongolais, biso baCongolais* —cantaban—: Nosotros los congoleños, nosotros los congoleños, nosotros hemos demostrado nuestra fuerza. Hoy hemos conquistado Saio». Era una canción de soldados, sencilla, pero pegadiza. Si la oyes una vez, ya no puedes quitarte la melodía de la cabeza. Un militar congoleño la compuso en 1941, poco después de la toma de la ciudad de guarnición fortificada de Saio en Abisinia, la actual Etiopía. La entonaban los soldados congoleños que volvían a Kisangani en los camiones mientras cruzaban los paisajes áridos y abiertos de Sudán. Casi setenta años después los veteranos la siguen cantando. Se respiraba una nueva fraternidad. Sí, en aquellos días los blancos aún eran sus superiores, pero algo había cambiado durante la guerra. El soldado congoleño se enorgullecía sobremanera de ofrecerles a sus oficiales blancos la conquista de Saio.

Sin embargo, ese orgullo duraría poco. Más que la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial propició un acercamiento al que siguió la decepción. Hablé de ello con André Kitadi, de ochenta y siete años, uno de los hombres que habían cantado aquella canción. Era vicepresidente de la asociación de excombatientes de la Segunda Guerra Mundial, un hombre singular de voz dulce y juicio crítico. En su despacho no había nada más que un escritorio metálico, una bandera congoleña y un enorme charco formado por la lluvia de la víspera en el suelo de hormigón. «Luchamos por Bélgica, eso estaba claro. Los belgas nos utilizaron para defender sus

intereses. Nosotros nos unimos a ellos porque teníamos disciplina. Teníamos *la conscience de la guerre*.^[1]»

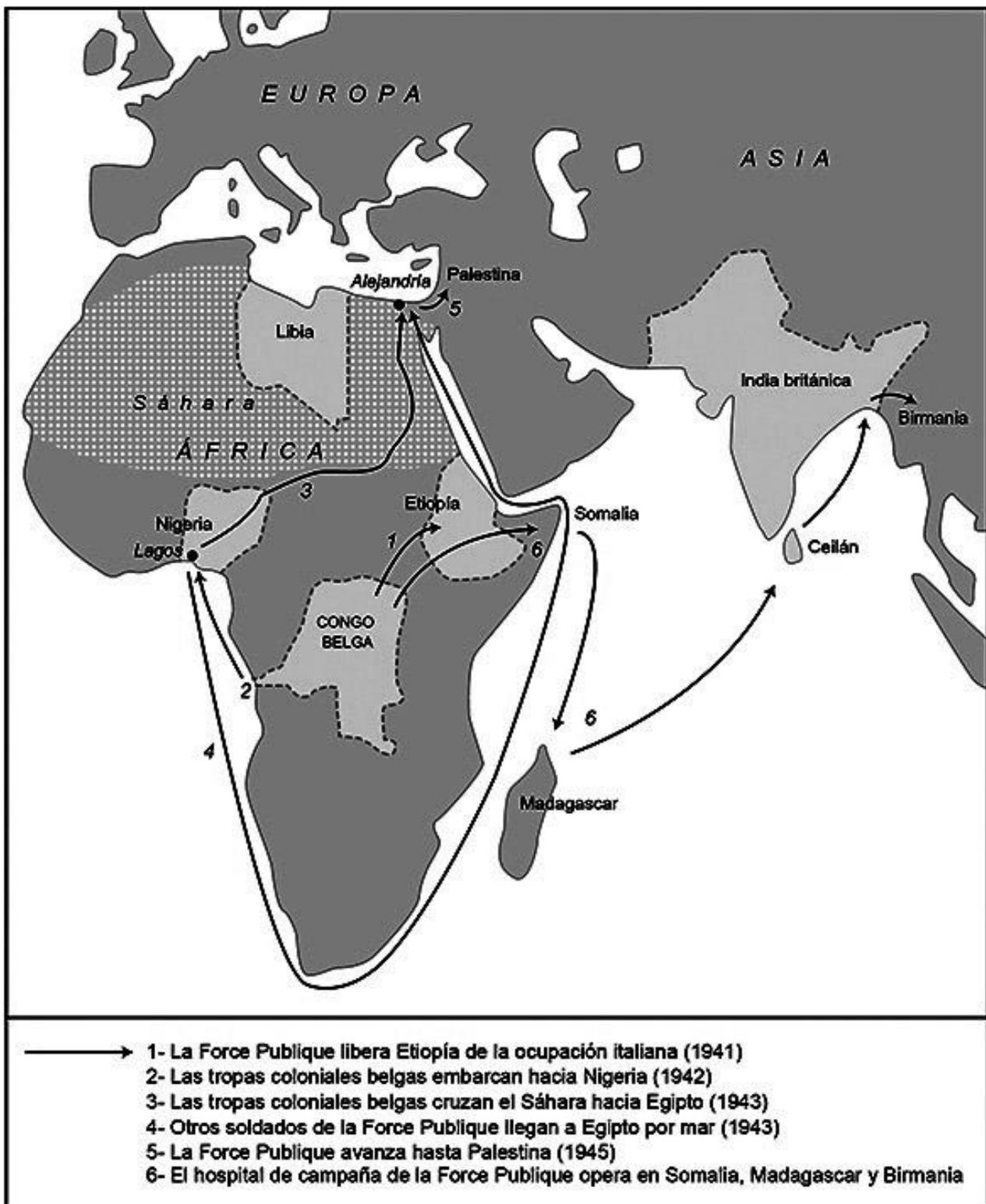
En la primavera de 1940, después de que el ejército alemán tomara Bélgica en dieciocho días, hubo meses de incertidumbre sobre la posición jurídica del Congo Belga. Ello se debía al derrumbe total de la madre patria. Mientras que el Gobierno belga huía a Francia y, posteriormente, a Inglaterra y se sumaba al bando de los aliados, el rey Leopoldo III, sobrino segundo de Leopoldo II, aceptó la victoria alemana. Fue hecho prisionero y vivió hasta el final de la guerra en la Alemania nazi. ¿A quién debía escuchar entonces el régimen colonial? ¿Al rey de un país que ya no existía como Estado soberano, pero que aún tenía una colonia, o a su ministro de las Colonias en el exilio que se suponía era el administrador general del Congo Belga? En la propia colonia había división de opiniones. Las fuerzas conservadoras, como monseñor de Hemptinne, el poderoso obispo de Katanga, defendían al rey y se rendían ante la victoria alemana y el nuevo orden mundial fascista. Además, muchos industriales sentían simpatía hacia la ultraderecha. Querían seguir suministrando materias primas a Alemania, lo que algunos de ellos hicieron en el transcurso de la guerra a través de Portugal. El antisemitismo afloró en algunos lugares. En el paraíso de Elisabethville se había formado con el tiempo una pequeña comunidad judía. El rabino del lugar, el único del Congo, se enteró con consternación de que los escaparates de los comerciantes judíos eran embadurnados con cruces gamadas y con insultos como *sale jui*^[e371].^[2] Sin embargo, el gobernador general, Pierre Ryckmans, dejó bien claro que el Congo Belga se sumaría de forma unánime al bando de los aliados y seguiría luchando contra el fascismo. Oficialmente, su política dependía del régimen del ministro de las Colonias exiliado en Londres, pero en la práctica gozaba de gran autonomía. Su coraje fue más determinante que cualquier directriz procedente de Inglaterra.

También las colonias francesas dudaron sobre qué bando elegir: la mayoría optó por apoyar al régimen colaboracionista de Pétain en Vichy y solo algunas se sumaron a la Francia Libre de De Gaulle. Así, el conflicto entre Aliados y potencias del Eje se extendió al continente africano. A pesar de que desde 1918 Alemania no tenía posesiones en ultramar, grandes partes de África quedaron dentro del área de influencia nacionalsocialista. Además, Italia, el nuevo aliado de Alemania, sí poseía colonias. Desde finales del siglo XIX dominaba Eritrea y Somalia italiana en el Cuerno de África, zonas que costeaban el mar Rojo, cuya importancia estratégica había aumentado con la apertura del canal de Suez. En 1911 Italia se anexionó Libia y en 1935 Mussolini invadió la Etiopía de Haile Selassie, el único Estado grande de África que nunca había sido colonizado. Gracias en parte a los soldados del Congo Belga, esta hegemonía extranjera sería tan solo un breve *intermezzo*.

Cuando el Gobierno belga en el exilio se sumó a los aliados, Churchill pidió apoyo material y militar al Congo Belga. En el norte de África, Libia amenazaba a Egipto (que, aunque independiente desde 1922, dependía en muchos sentidos de

Inglaterra), mientras que el Cuerno de África constituía un peligro para la Kenia y el Sudán británicos. Desde las colonias británicas, Churchill envió sus tropas a Abisinia, pero a partir de febrero de 1941 sus filas se vieron reforzadas por el XI batallón de la Force Publique. Lo integraban unos tres mil soldados y dos mil portadores y contaba con un oficial belga por cada cincuenta africanos. Las fuerzas congoleñas se desplazaron en camiones y barcos por Sudán, donde las temperaturas diurnas alcanzaban los cuarenta y cinco grados a la sombra. Desde allí entraron en la parte occidental montañosa de Abisinia. Los camiones recibieron una nueva capa de pintura: para que estuvieran mejor camuflados se añadió arena marrón a la pintura verde aún húmeda. Pese a ello, los soldados tuvieron que atravesar a pie gran parte de aquella inhóspita zona. De día, los hombres casi perecían de calor, mientras que por las noches, a altas altitudes, tiritaban de frío. Unas semanas más tarde, cuando empezó la temporada de lluvias, se vieron obligados a acampar en el barro. No tuvieron dificultades en tomar ciudades pequeñas como Asosa y Gambela. Después de unos tiroteos breves, pero intensos, las tropas italianas se batieron en retirada. Sus oficiales ni siquiera se tomaron la molestia de llevarse consigo los sables o las raquetas de tenis. Mucho más dura fue la lucha en Saio, una importante ciudad de guarnición italiana cerca de la frontera con Sudán. Después de intensos tiroteos, el 8 de junio de 1941 los desmoralizados italianos pidieron una tregua, a pesar de su clara superioridad numérica y militar. Los comandantes belgas aceptaron a condición de que se produjera una rendición total. Al menos nueve generales italianos fueron hechos prisioneros, entre ellos Pietro Gazzera, el comandante en jefe de las tropas italianas en el África oriental, y el conde Arconovaldo Bonaccorsi, el inspector general de las milicias fascistas que durante la Guerra Civil española había aterrorizado Mallorca. Además, fueron apresados trescientos setenta oficiales italianos (cuarenta y cinco de los cuales eran de alto rango), junto con 2574 suboficiales y 1533 soldados nativos. Otros dos mil soldados indígenas no regulares fueron enviados a casa.

Mapa 6: El Congo Belga durante la Segunda Guerra Mundial



Sin embargo, la toma de Saio fue importante sobre todo desde el punto de vista material y estratégico. La Force Publique se apoderó de dieciocho cañones con cinco mil bombas, cuatro morteros, doscientas ametralladoras, trescientas treinta pistolas, siete mil seiscientos fusiles, quince mil granadas y dos millones de cartuchos. Además, los belgas y congoleños confiscaron veinte toneladas de material radiofónico, que incluía tres estaciones emisoras completas, veinte motocicletas,

veinte automóviles, dos carros blindados, doscientos cincuenta camiones y —algo importante en la altiplanicie— quinientas mulas. Algo parecía claro: se estaba desmantelando un ejército. Aquella supuso la principal victoria belga contra el fascismo e incluso el mayor triunfo militar obtenido por las tropas belgas, aunque fueron los congoleños los que pagaron el mayor tributo. Del lado belga hubo cuatro víctimas y seis heridos graves, mientras que cuarenta y seis africanos perdieron la vida, cinco desaparecieron en combate y ciento noventa y tres perecieron a causa de la enfermedad o de las lesiones. Entre los portadores hubo doscientas setenta y cuatro víctimas; en su mayoría murieron a causa de la extenuación y la disentería.

La expedición militar de Abisinia llevada a cabo por la Force Publique facilitó el regreso de Haile Selassie. Etiopía había sido una colonia solo durante cinco años, de 1936 a 1941, y ahora se restauraba el imperio secular. Poco después, los rastafaris de Jamaica empezarían a venerar al emperador Haile Selassie como a una divinidad. Sin embargo, este debía su condición divina más al ejército que a la metafísica. Fueron los soldados congoleños los que liberaron en Etiopía lugares como Asosa, Gambela y sobre todo Saio. Por consiguiente, el colonialismo belga contribuyó de manera indirecta a la dimensión espiritual del *reggae*. Saio fue para la Segunda Guerra Mundial lo que Tabora para la Primera Guerra Mundial: una gran victoria que fortaleció la moral de las tropas. Y no era para menos. Por primera vez en la historia un país africano era colonizado por soldados africanos. «Solo veíamos a hombres blancos —declaró Louis Ngumbi, un excombatiente del Congo oriental—, solo disparábamos a blancos.»^[3] Eso resultaba algo exagerado, pero sin duda causó una enorme impresión que la Force Publique arrestara a varios miles de militares blancos, entre ellos a nueve generales. Saio quedó grabado en el recuerdo de toda una generación de soldados. André Kitadi, el vicepresidente de la asociación de excombatientes, recordaba las cifras: «En Abisinia capturamos a nueve generales italianos, junto con trescientos setenta oficiales italianos, dos mil quinientos soldados italianos y quince mil nativos»^[4].

Kitadi se enroló en el ejército en 1940. La guerra ya había empezado, pero eso no le importaba. En el ejército se adquiría una buena formación y él se hizo telegrafista. Durante la campaña de Abisinia permaneció en la Provincia Oriental como reservista en la frontera con Sudán, dispuesto a salir cuando hiciera falta. Sin embargo, no fue necesario. Después de que las tropas regresaran cantando y fueran recibidas por una muchedumbre exultante, lo transfirieron a Boma. No permanecería mucho tiempo allí. Ahora que el Cuerno de África había caído, los aliados se centraban en el África occidental y, sobre todo, septentrional. En otoño de 1942, cuando Marruecos y Argelia dejaron de estar en manos de Pétain, Kitadi navegaba a bordo de un paquebote que lo llevaría junto con sus camaradas a Lagos, en Nigeria. Desde aquella colonia británica debía iniciarse la lucha contra Dahomey (el actual Benín), una colonia francesa que aún obedecía al régimen de Vichy. «Fueron cuatro días de navegación. Llegamos a Lagos y desde allí nos trasladaron a un cuartel a trescientos

kilómetros de distancia. Allí seguimos un entrenamiento de seis meses.» Los hombres de la Force Publique estuvieron en contacto con las tropas coloniales británicas. Kitadi incluso tuvo que vestir uniforme británico, pese a que el mando seguía siendo belga. A principios de marzo de 1943 recibió sus hojas de ruta. Tras los éxitos de los aliados en el Magreb francés, Dahomey se había unido a De Gaulle. El último bastión germanoitaliano en África era Libia. Desde allí el general Rommel había atacado Egipto para poder avanzar hasta el canal de Suez. Los aliados querían impedirlo a toda costa y aumentaron sus efectivos en Egipto. Kitadi tuvo que apañárselas para ir desde Nigeria hasta Egipto. Aunque eso no era tan sencillo, puesto que el mar Mediterráneo estaba controlado por Italia. Entonces, ¿por tierra? ¿Cruzando África? El vecino Chad, una colonia francesa, tenía en aquellos días un gobernador negro, Félix Eboué, que apoyaba a De Gaulle y que abrió su territorio para que transitaran por él las tropas aliadas. Sin embargo, eso significaba un viaje muy largo a través del desierto...

Salieron diez, quizá incluso quince columnas. Una columna se componía de ciento cincuenta camiones, un único oficial belga y un solo radiotelegrafista. Yo era radiotelegrafista. Como *opérateur* me encargaba de la comunicación con las demás columnas. Pasamos de Nigeria a Sudán y cruzamos el gran desierto nubio orientándonos con la brújula. Nunca olvidaré aquella travesía del desierto. Había tormentas de arena que a veces te impedían ver nada durante una hora. Cuando la arena se calentaba, veíamos cosas que no estaban allí. Tardamos más de un mes en cruzarlo. A veces solo avanzábamos veinte kilómetros al día. Había barrancos. Se produjeron accidentes... Nos alimentábamos con galletas y latas de *corned beef*. Nos daban solo medio litro de agua al día. Muchos enfermaron... De los dos mil militares, doscientos perecieron por el camino... Vivíamos como animales, no podíamos lavarnos... Tardamos tres meses en realizar el viaje de Lagos a El Cairo. Recorrimos miles y miles de kilómetros^[5].

Se le quebró la voz. Se detuvo. Era la primera vez que oía hablar de esta heroica travesía del Sáhara. Le pregunté si alguien había escrito ya su historia. «No —me contestó—, es la primera vez que un blanco me pregunta sobre esto».

Por supuesto, había otra manera de llegar a Egipto. Martin Kabuya, el hombre de noventa y dos años cuyo abuelo presenció la conquista de Tabora en 1916, siguió la otra ruta. También él era radiotelegrafista y estuvo acuartelado en Nigeria. Seguía teniendo un aspecto imponente, pero su voz se había vuelto frágil como la cáscara de un huevo. Me susurró su historia.

Yo sabía mucho, mucho morse. *Tititiii-ti*. Nunca cometía errores, incluso cuando lo hacía solo de oído. Si eres capaz de hacer eso, lo demás es sencillo. El 24 de marzo de 1943 recibí órdenes de embarcarme en un buque mercante holandés, el *Duchesse de Ritmond*. Navegamos por el océano Atlántico hasta Sudáfrica. Allí tuvimos que doblar el cabo de Buena Esperanza y luego seguir hasta el golfo de Adén y el mar Rojo hasta el canal de Suez. Había cien barcos. En Sudáfrica algunos fueron atacados por aviones japoneses. En otro buque hubo veintisiete muertos. Los soldados dormían apretujados en la bodega. En malas condiciones^[6].

En Egipto, Kitadi y Kabuya participaron en las operaciones militares. André Kitadi aseguraba haber pasado un año entero en el desierto cerca de Alejandría desde donde disparaban contra posiciones y aviones enemigos. El peligro procedía de Libia y de Sicilia. «De día, hacía un calor sofocante y por las noches teníamos que llevar

guantes para protegernos del frío. Los domingos podíamos ir un rato a la ciudad, a Alejandría, pero esta había sido bombardeada por los alemanes. Había muchísimas moscas.» Martin Kabuya estaba destacado en Camp Geneva, un gran almacén cerca del canal de Suez, donde se encargaba de interceptar y de descifrar mensajes en morse del enemigo. «Estaba en la *Section d'Écoute*, la sección donde escuchábamos las comunicaciones sobre sus desplazamientos de tropas.»

La guerra los puso en contacto con otros pueblos: oficiales británicos, militares nigerianos, árabes, prisioneros de guerra alemanes e italianos. El hermético mundo del cuartel en el Congo Belga quedaba muy lejos. «Había muchos presos de guerra italianos en Alejandría —me dijo Kitadi—. Los teníamos encerrados entre alambre de espino en medio del desierto, pero ellos cavaban túneles. Nuestro arsenal estaba un poco más allá. Los árabes querían robarnos las municiones. Son unos grandes ladrones», sentenció riendo. También Kabuya vio prisioneros de guerra: «En una ocasión se me acercó un prisionero alemán, un SS grande que debía de medir unos dos metros. Se había hecho con un revólver. Le hundí mi bayoneta en la barriga. Nuestras bayonetas estaban envenenadas. Eran buenas armas. Aquel SS fue mi único muerto».

Hacia el final de la guerra ambos fueron trasladados en camión a Palestina, donde la situación era más tranquila. Como mucho había que controlar algunas fronteras en los alrededores de Haifa. El mayor peligro que Kitadi corrió allí fue una intoxicación alimentaria por la que acabó en el hospital de Gaza: carne asada podrida.

La participación de la Force Publique en las operaciones de los aliados es casi desconocida. Desde el punto de vista numérico su contribución fue menor que durante las campañas de la Primera Guerra Mundial. Los camiones sustituían en gran medida a las muchas decenas de miles de portadores de antaño. Por ello el recuerdo de su intervención se está desvaneciendo, incluso en el Congo. En Kinsasa, una ciudad de ocho millones de habitantes, solo queda un puñado de veteranos vivos. Uno de ellos es Libert Otenga, un hombre que sigue cantando a pleno pulmón *We're going to hang out the washing on the Siegfried Line*^[e38]. Yo quería hablar con él a toda costa, porque era uno de los pocos que formaron parte del hospital de campaña belga. Durante el conflicto aquella unidad médica móvil integrada por médicos belgas y enfermeros congoleños realizó una increíble peregrinación a lo largo de los más remotos campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial. Acabaron en algún lugar de la selva birmana (actualmente Myanmar). El Congo Belga ayudó a los británicos no solo en el aspecto material y militar, también en el médico. El hospital de campaña belga era conocido como *The 10th BCCS, The Tenth Belgian Congo Casualty Clearing Station*. Contaba con dos tiendas de campaña para realizar operaciones y otra para radiografías. En las demás podían atender a treinta pacientes en camas y a doscientos en camillas. A lo largo de la guerra el servicio trató a siete mil heridos y a treinta mil enfermos. En su momento de máxima de actividad, el servicio estaba integrado tan solo por treinta y tres belgas, entre ellos siete médicos, y

por trescientos congoleños^[7]. Libert Otenga era uno de ellos. Cuando por fin di con él, todavía era capaz de relatar su odisea sin problemas. Su voz retumbaba como una sirena y escogía las palabras con parsimonia.

Yo era auxiliar médico. En 1942 me alisté en el ejército. Primero partimos hacia Somalia. Allí trabajé con un cirujano belga. Tórax, abdomen, huesos. Operábamos de todo. Después nos fuimos con las tropas británicas y belgas hacia Madagascar. Allí había prisioneros de guerra alemanes. Los alemanes son un caso especial. ¡En serio! Uno de ellos necesitaba urgentemente una transfusión de sangre y el doctor Valcke, uno de los médicos belgas, quería darle la suya. Pero ¡se negó! No quería recibir sangre de un aliado. La de un negro quedaba totalmente descartada. Quería salvar su honor; nosotros, su vida. *Bon*, mientras dormía, le metimos esa sangre de todas formas.

Aquel episodio aún le hacía reír. Yo desconocía el hecho de que los prisioneros de guerra gozaran de la protección del III Convenio de Ginebra en materia de trato humanitario, incluso en contra de su voluntad. Mientras tanto, Libert Otenga seguía recorriendo tranquilamente sus recuerdos. «De Madagascar fuimos en barco a Ceilán. A Colombo donde estaban reorganizando el hospital y el ejército. Un buque nos llevó después a la India. —Eso debía de ser el delta del río Ganges; en la actualidad Bangladesh—. Allí nos subimos a una embarcación fluvial en la que remontamos el río Brahmaputra. Cuando desembarcamos tuvimos que caminar un buen trecho hasta la frontera con Birmania.» Aquella zona fue escenario de intensos combates entre las fuerzas armadas japonesas y las antifascistas, entre ellas las británicas. Japón había conquistado Birmania en 1942. «El puesto fronterizo se llamaba Tamu. Entramos en Birmania y llegamos al valle de Chindwin, que seguimos hasta Kalewa. Allí instalamos nuestro hospital.» Otenga sabía de memoria todos los nombres de los lugares. Incluso me los deletreó, en un staccato militar. «Ka-le-wa, ¿lo tienes? Allí curamos a la gente. A militares y a civiles. Muchos de ellos con heridas de bala. Recuerdo un soldado inglés al que le habían disparado shrapnel en los intestinos. Ese tipo de cosas.» Que aquellos enfermeros congoleños cuidaran a birmanos y *tommies* en la selva asiática constituye un capítulo totalmente desconocido en la historia colonial, un capítulo que dentro de poco se habrá borrado por completo. «El tiempo que pasamos en Birmania fue el más largo. Realizamos intervenciones complejas. Incluso disponíamos de un avión ambulancia. ¡Finalmente nos salvó la bomba atómica! Entonces a Japón no le quedó más remedio que renunciar a Birmania.»^[8] Y, para recalcar aquella victoria, volvió a cantar la canción sobre la Siegfried Line.

Seguro que al coronel Paul Tibbets no se le pasó por la cabeza cuando pulsó el botón. Fue el 6 de agosto de 1945. Su avión se llamaba *Enola Gay*. Solo unos segundos más tarde la ciudad que veía debajo de él dejaría de serlo para convertirse solo en un nombre: Hiroshima. Seguro que no se le pasó por la cabeza que aquello que él, un estadounidense, soltaba sobre Japón provenía del Congo. Las primeras bombas atómicas de Estados Unidos estaban fabricadas con uranio de Katanga. Cuando la

noticia de la terrible devastación llegó por fin al interior de Birmania, Libert Otenga no tenía ni idea de que se había «salvado» gracias a un mineral del subsuelo de su país. Tampoco en el Congo los mineros que trabajaban en la mina de Shinkolobwe podrían haber sospechado nunca que la pesada roca amarilla que excavaban, y que luego se transformaría en *yellow cake*, iba a provocar tanta destrucción al otro lado del planeta. Nadie parecía estar al corriente. Guardando el mayor de los secretos, Edgar Sengier, el entonces director de la Union Minière, se había asegurado de que las reservas de uranio del Congo no cayeran en manos equivocadas. Shinkolobwe era el principal yacimiento del mundo. Justo antes de la guerra, cuando se intensificó la amenaza nazi, Sengier envió mil doscientas cincuenta toneladas de uranio, la producción de tres años, desde Katanga hasta Nueva York y ordenó inundar la mina. Solo una pequeña reserva presente en Bélgica cayó en manos de los alemanes. Entonces aún se desconocía el potencial militar del uranio (que se utilizaba sobre todo como pintura en la industria cerámica), pero a finales de la década de 1930 los físicos nucleares anunciaron que con el uranio se podía provocar una reacción en cadena incontenible. Einstein consideró la posibilidad de informar a la reina Isabel de Bélgica —que él conocía y con quien compartía el amor por la música—, pero decidió poner al corriente al embajador belga en Nueva York y finalmente al propio presidente Roosevelt. En 1942, cuando se puso en marcha el proyecto Manhattan, los investigadores estadounidenses que trabajaban en la bomba atómica empezaron a buscar uranio de alta calidad, ya que el mineral canadiense que utilizaban era poco activo. Para su sorpresa resultó que los Archer Daniels Midland Warehouses, unos almacenes del puerto de Nueva York, guardaban una gigantesca reserva de excelente calidad. Acto seguido iniciaron intensas negociaciones con el Gobierno belga en el exilio, que recibió 2500 millones de dólares en efectivo para financiar la reconstrucción de Bélgica. Además, esta consiguió acceso a la tecnología nuclear. Se creó un centro de investigación en la localidad flamenca de Mol y en Kinsasa se construyó un pequeño reactor nuclear, el primero de África^[9]. Asimismo, los estadounidenses ofrecieron ayudas para la construcción de dos grandes bases aéreas en el Congo, una cerca de la costa en Kitona y otra en Kamina, en Katanga. Una vez más, durante la Segunda Guerra Mundial casi nadie en el Congo estaba al corriente de todo esto. Sin embargo, la importancia estratégica del uranio fue un factor determinante en el excepcional interés de los estadounidenses por el Congo, un interés que empezó durante la guerra, que fue decisivo en los años en torno a la independencia y que se prolongaría hasta el final de la Guerra Fría en 1990.

No obstante, el uranio no era lo único interesante. Para los aliados el Congo constituía una de las principales fuentes de abastecimiento de materias primas en su lucha contra Alemania, Italia y Japón. A principios de 1942, tras la destrucción de Pearl Harbor, los japoneses conquistaron grandes partes del sudeste asiático: Indonesia, Singapur, Malasia y Birmania. Debido a ello las importaciones de los aliados procedentes de aquellas zonas se interrumpieron por completo. El Congo les

ofreció una solución. Los minerales y las materias primas volvían a ser muy codiciados. El cobre era necesario para los casquillos de las balas y las bombas. El volframio se utilizaba en las armas antitanque. El estaño y el zinc servían para fabricar bronce y latón. Incluso los productos vegetales como el caucho, el copal, el algodón y la quinina gozaban de valor estratégico. El aceite de palma servía para fabricar jabón Sunlight, pero también se utilizaba en la industria del acero.

Por consiguiente, no fueron solo los militares congoleños los que aportaron su granito de arena a las acciones de los aliados, también los mineros, los obreros en las fábricas y los jornaleros en las plantaciones tuvieron que esforzarse al máximo. Como en la Primera Guerra Mundial, la economía congoleña volvía a funcionar a pleno rendimiento. El medio millón de trabajadores de 1939 aumentó a ochocientos mil en 1945, y quizá incluso al millón^[10]. El Congo se convirtió, después de Sudáfrica, en el país más industrializado del África subsahariana. En el periodo de entreguerras se habían construido más fábricas textiles y de jabón, refinerías de azúcar, cementeras, cervecerías y tabacaleras. Sin embargo, aquella industria que funcionaba a pleno rendimiento no trajo de inmediato la prosperidad. Debido a la guerra, llegaban cada vez menos mercancías a la colonia. No había telas, ni herramientas, ni medicamentos. Los médicos se habían ido, los pequeños hospitales no tenían suministros, en los ríos navegaban muchos menos barcos. Y por supuesto, cuanto más pequeña era la oferta, más subían los precios. Y dado que los salarios estaban estancados, el poder adquisitivo del trabajador medio disminuyó de manera desastrosa^[11]. En la lejana Elisabethville, que dependía en gran medida de la importación, el precio de un corte de tela procedente de Léopoldville se incrementó en más del 400 por ciento. Las telas de importación de Inglaterra o de Brasil aumentaron incluso hasta el 700 por ciento^[12]. Una manta en la ciudad minera de Jadotville pasó a ser cuatro veces más cara^[13]. Eso suponía un verdadero problema, teniendo en cuenta lo frías que pueden llegar a ser las noches en Katanga.

Resultaba inevitable que esa enorme inflación diera lugar a protestas sociales. Tanto al principio como a final de la guerra se declararon huelgas y revueltas. Durante una huelga en noviembre de 1941 los mineros de Manono, en el norte de Katanga, intentaron arriar la bandera belga y sustituirla por una negra. Los hombres llevaban coronas hechas con ramas de palma. La mayoría eran seguidores de la religión kitawala. Habían sacrificado todas sus cabras y perros, convencidos de que despuntaba un mundo nuevo^[14].

Un mes más tarde surgió una protesta a gran escala en Elisabethville, la capital de Katanga. Los trabajadores blancos de la Union Minière que se habían unido en un sindicato protestaban contra el poder adquisitivo, históricamente bajo, y su descontento se propagó a los campos de trabajadores negros. Ellos también pedían un aumento salarial importante. En aquella ocasión la protesta social no adquirió la forma de un renacimiento religioso (como había sucedido con Simon Kimbangu en 1921), ni de revuelta étnica (como la que se produjo entre los pende en 1931), sino

que, en 1941, se tradujo en una reivindicación salarial transparente y muy comprensible. Pese a ello, los poderes coloniales e industriales reaccionaron de la forma habitual. Los sindicatos de nativos todavía estaban prohibidos. Durante la principal jornada de huelga los trabajadores llenaron el campo de fútbol de la ciudad. Parece casi imposible imaginarse una escena más simbólica: la cancha de fútbol, el lugar pensado para disciplinar a las masas, se convertía ahora en el lugar de protesta popular y de sangrienta represión. Amour Maron, el gobernador provincial de Katanga, y el jefe de personal de la Union Minière intentaron apaciguar a los huelguistas, pero estos no se rindieron. Su líder era Léonard Mpoyi, un oficinista con estudios. Uno de los huelguistas que estaba presente contó: «Maron nos dijo: “¡Volved al trabajo! Ya os hemos subido el sueldo”. Nosotros nos negamos. La gente empezó a gritar y vociferar.» Maron volvió a preguntarle a Léonard Mpoyi: «¿No quieres irte? Léonard Mpoyi le contestó: “Me niego. Queremos que nos des una prueba, un documento escrito que diga que la empresa ha aumentado nuestros sueldos”. No lo consiguieron. Y cundió el pánico. Los soldados de la Force Publique entraron en acción. Maron dio orden a los militares de abrir fuego contra los trabajadores. Los soldados la ejecutaron y dispararon sin piedad.»^[15] Hubo al menos sesenta muertos y cien heridos. La primera víctima fue el propio Léonard Mpoyi^[16].

La sangrienta represión de la huelga causó una profunda impresión en Elisabethville. André Yav, el antiguo *boy* al que ya hemos dado la palabra antes, escribió a este respecto en su entregada historia: «Hacía un año que había empezado la guerra de 1940 a 1945. Murieron muchas, muchísimas personas. Perdieron la vida por pedir unos salarios mensuales más altos. Aquel día hubo mucha tristeza entre el pueblo de Elisabethville a causa del *buana* gobernador»^[17].

La gran huelga de Elisabethville supuso un hito en la historia social del Congo, porque fue la primera expresión abierta de protesta urbana. Elisabethville era la segunda ciudad del país y el motor económico de todo el Congo, y la Union Minière el buque insignia de la industria colonial, elogiada en todas partes por sus espléndidas prestaciones sociales; pero la política paternalista de aplacar y apaciguar tenía límites. La gente no estaba dispuesta a aceptarlo todo.

Durante la guerra circulaban en los barrios populares de Léopoldville algunas leyendas —cuya inventiva resultaba muy elocuente— sobre la actitud hacia el poder del blanco. Una de ellas era la leyenda de Mundele-Muinda, el blanco con el farolillo, un europeo imaginario que por las noches se paseaba por las calles de Kinsasa con una lámpara mágica en busca de negros. El que fuera atrapado por el haz de luz se quedaba paralizado de inmediato. Entonces Mundele-Muinda entregaba su víctima a Mundele-Ngulu, otra criatura espeluznante. Este porquero blanco (ngulu significa «cerdo» en lingala) engordaba a la víctima hasta convertirla en un cerdo. «Y luego utilizaba la carne de aquellos cerdos para hacer salchichas y jamones, con las que alimentar a los blancos durante la guerra.»^[18] El hecho de que los padres contaran este tipo de historias a sus hijos para que no salieran a la calle de noche ilustra lo

negativa que era todavía la imagen del blanco. Era la inversión perfecta de la figura del paje negro de san Nicolás en la católica Bélgica de aquella época.

Sin embargo, también los adultos daban crédito a este tipo de leyendas. Bajo la influencia de las historias populares sobre malvados blancos, la gente buscaba refugio en las religiones mesiánicas; aquellas historias atestiguaban la desconfianza hacia el colonizador. En febrero de 1944 los soldados del cuartel de Luluabourg se amotinaron. El motivo era, sin duda, extraño: una vacuna. Cuando los enfermeros militares quisieron vacunar a los soldados se propagó el rumor de que se trataba de un truco de los blancos para exterminarlos. Muchos soldados se volvieron en contra de sus superiores, abandonaron el cuartel y se dispersaron por una zona muy grande. Tanto los amotinados como los civiles empezaron a saquear oficinas de impuestos, almacenes y algunas casas de blancos. La represión fue implacable. El hecho de que un rumor infundado pudiera motivar unas protestas tan amplias indica lo profunda que había llegado a ser la desconfianza^[19].

Al final de la guerra la agitación social volvió también a otros lugares con toda intensidad. En primavera de 1944, en la zona alrededor de Masisi en la provincia de Kivu, surgió una revuelta social y mística de los seguidores de la religión kitawala. Muchos de los rebeldes trabajaban en las minas de oro. Tres blancos y cientos de negros perdieron la vida y el líder de la revuelta fue ahorcado. En noviembre de 1945 entre cinco y seis mil obreros y boys interrumpieron el trabajo en Léopoldville. El personal del ferrocarril difundió la noticia hasta la ciudad portuaria de Matadi. Los estibadores se unieron a la protesta. Soltaron los pernos de los raíles y cortaron las líneas de teléfono. Quinientos huelguistas recorrieron la ciudad armados con barras de hierro, martillos y porras con clavos. Un número desconocido de ellos, entre los que había mujeres y niños, murieron a manos de las tropas del orden. Los militares ocuparon el lugar e impusieron el toque de queda. Los días siguientes la prisión de Matadi estaba tan abarrotada que algunos sublevados murieron asfixiados^[20]. En el Congo las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial no se sintieron como una liberación. Cuando Bruselas fue liberada los congoleños bailaron en las calles de Léopoldville. Esperaban que todo cambiara; pero aquella euforia fue breve.

Mientras que en las ciudades los obreros pedían mejoras salariales, en el interior, donde reinaba la calma, la guerra también se hacía sentir. Además de la movilización militar que arrancó a los jóvenes de sus poblados, se produjo una gran movilización civil. Todos los poblados tuvieron que contribuir al llamado *effort de guerre*, esfuerzo de guerra. El número de días que se estaba obligado a trabajar para el Estado se duplicó de sesenta a ciento veinte. Por ello, a menudo la agricultura a pequeña escala tenía dificultades. Sobre todo en la selva ecuatorial ese *effort de guerre* resultó muy duro. Los hombres debían construir carreteras a través de grandes pantanos y tender puentes sobre ríos anchos. La gente de los poblados tenía la obligación de recoger

frutos de la palma y copal, e incluso de extraer de nuevo caucho de las lianas. En 1939 el Congo solo produjo 1142 toneladas de caucho, una fracción de lo que había extraído durante el *boom* del caucho, pero en 1944 fueron nada menos que 11 337 toneladas^[21]. Se había cuadruplicado en cinco años, en plena guerra mundial.

Los magníficos diarios de la guerra de Vladi Souchard, seudónimo de Vladímir Drachoussoff, un joven ingeniero agrícola belga con raíces rusas, dibujan una imagen muy viva de lo que supuso la guerra para las zonas rurales. Sus padres habían huido a Bélgica durante la Revolución de Octubre, cuando él tenía unos meses de edad. A finales de mayo de 1940, con veintidós años, partió hacia la colonia, apenas unos meses después de que se declarara la guerra. Primero estuvo al servicio de una plantación de azúcar de caña en el Bajo Congo, más adelante accedió al funcionariado colonial. El joven agrónomo empezó a recorrer los poblados para exigir el *effort de guerre*. Su zona de trabajo estaba en la provincia de Ecuador, en los alrededores del lago Leopoldo. De repente este bruselense hijo de emigrantes era responsable de la agricultura en una zona de diez mil kilómetros cuadrados, un territorio sin carreteras ni industria, con algunas partes que no eran más que «una mezcla confusa de agua, barro y árboles»^[22]. Se desplazaba a pie, en bicicleta o en piragua y buscaba poblados por los que hacía años que no pasaban los blancos. Sus mapas estaban desactualizados, algunos asentamientos se habían trasladado y la mayoría de los lugares habilitados por el Estado para pernoctar estaban totalmente descuidados. Durante la guerra no había personal para reemplazar a los funcionarios coloniales; nadie podía relevarle. Vladímir Drachoussoff tenía que ordenar a las comunidades que cultivaran arroz y cacahuetes y que volvieran a recoger caucho. Esto último hacía que la población se estremeciera, pues aquella era la zona donde el caucho rojo había provocado las heridas más profundas. Los jóvenes conocían las historias de sus padres y abuelos. En ocasiones, ni siquiera era necesario que los testigos hablaran. Drachoussoff lo comprobó por sí mismo: «En el Lopori y en el Lac [el lago Leopoldo] vi personalmente a dos viejos negros que ya no tenían mano derecha y que no habían olvidado aquella época»^[23]. Por ello, muchos habitantes de los poblados aseguraban que en su zona no había lianas de caucho, que no conocían ninguna o que las lianas estaban agotadas. Así empezó *la dure bataille du caoutchouc*^[24], la dura lucha por el caucho, que Drachoussoff se atrevió a cuestionar a pesar de todo: «¿Con qué derecho arrastramos a los congoleños en nuestra guerra? Con ninguno. No obstante, la necesidad carece de ley... y la victoria de Hitler instalaría aquí una tiranía racista que haría palidecer los abusos del colonialismo»^[25].

Era una época ambivalente y Drachoussoff lo sabía. Se balanceaba entre la necesidad y la impotencia, entre la política mundial y la selva, entre el compromiso antifascista y la realidad colonial. Siendo agrónomo en tiempos de escasez administrativa tenía que combinar muchas tareas. Por las noches anotaba sus experiencias.

Miércoles 10 de noviembre de 1943. Mekiri

A las cuatro salgo hacia Kundu en una bicicleta que me han prestado. Dos soldados me siguen a pie. Mis compañeros viajan a Mekiri con el equipaje.

Llego a Kundu poco antes del alba y espero a que se haga de día mientras me como un trozo de pan. Poco antes de las seis llamo a la puerta del *capita* [un intermediario congoleño] y le pido que convoque a todos los hombres para mostrarme la cosecha del día anterior. Los habitantes del poblado están tan sorprendidos que acuden todos, no solo los que tienen látex, sino también los demás. Reparto algunas palabras de aliento y tres multas, y a los cuatro peores casos les pongo la sogá alrededor del cuello (esta expresión es simbólica: en realidad, se anuda alrededor del cuello un trocito de *kekele* de veinte centímetros, un cordón muy resistente hecho de corteza, que no molesta, pero que materializa la detención). Luego me marchó victorioso con mis «reclusos» para alcanzar a la caravana.

No había prisión cerca de allí. Un internamiento significaba que el preso debía acompañar al funcionario colonial durante unos días, en un viaje a modo de castigo y con privación de la libertad en plena naturaleza.

Mientras voy camino de Ngongo me encuentro con los soldados y les entrego a los prisioneros. Se ha hecho justicia, Kundu aportará su contribución al esfuerzo de guerra.

Poco después de Ngongo alcanzo la cola de nuestra caravana. La etapa es de veinte kilómetros, atravesando llanuras arenosas salpicadas de palmas y cortadas por magras galerías de bosques [bosques a lo largo de los márgenes de un río]. Controlamos la producción de caucho en las aldeas por las que pasamos, no es espléndida e instruyo varios atestados.

En el poblado de Mekiri los hombres que fueron puestos al corriente anoche nos esperan con látex para que les enseñe cómo deben hacerlo coagular. Mientras yo imparto la charla, envío a Faigne y Pionso para que controlen y midan los campos. Por la noche, mientras una lluvia torrencial arrasa el lugar donde pernoctamos convirtiendo nuestro tejado en un colador y empapando las camas, la ropa y la comida, administro justicia y reparto a toda velocidad condenas y absoluciones.

El proceso penal exige un océano de papeleo. He sido nombrado magistrado con competencias limitadas (es decir, solo puedo juzgar los delitos económicos) y guardia de prisión itinerante (es decir, puedo hacerme acompañar por mis reclusos). El grado máximo de pena previsto es de siete días por no realizar trabajos de carácter educativo, por talar árboles protegidos y por delitos de caza, y de treinta días por no contribuir al esfuerzo de guerra. Por supuesto, también soy oficial de la policía judicial con competencias limitadas en virtud de mi cargo de agrónomo de distrito.

El procedimiento exige que, primero, instruya un atestado en calidad de oficial de la policía judicial y que luego me presente a mí mismo dicho atestado en calidad de magistrado. Mientras cambio el uniforme por la toga, dicto sentencia después de un interrogatorio que a menudo es totalmente surrealista.

Un hombre comparece porque no ha plantado diez áreas de cacahuetes. O bien tiene una excusa válida y controlable, en cuyo caso lo envío a casa (algunos sustitutos exigen incluso que redactemos una sentencia absolutoria...), o bien dice lo primero que se le pasa por la cabeza. Eso provoca el siguiente diálogo que se consigna escrupulosamente en el informe jurídico.

—¿Por qué no has plantado cacahuetes?

—Porque estaba enfermo.

—¿Cuántos días?

—Dos.

—Has tenido tres meses para preparar el campo. No son esos dos días los que te han impedido hacer lo que debías.

—Eso es verdad, blanco; pero hay otra cosa...

—¿Qué?

—La segunda mujer de mi padre ha parido.

Santo cielo, es imposible conocer las costumbres de los treinta o cuarenta pueblos que habitan alrededor del lago, pero seguro que las fiestas de nacimiento no duran semanas. Adelante entonces:

—*Bon*, en tal caso vas a estar cinco días preso.

—Sí, blanco.

Algunos discuten. Otros van directo al grano:

—*Mpua na nini asalaki bilanga te?* (¿Por qué no has labrado tus campos?)

—*Mpua na koi-koi* (Por pereza)...

A esos me encantaría absolverlos, pero, si lo hiciera, mañana me contestarían todos lo mismo^[26].

Drachoussoff formaba parte de la Administración colonial, pero a diferencia de la mayoría de sus coetáneos, empatizaba con la forma de pensar de los lugareños. Se daba cuenta de que tenían suficiente con el bosque y los ríos y que el dinero les interesaba más bien poco. «Puesto que se realizan escasos controles en la región, la mayoría de los campesinos prefiere pasar ocho días de pena de prisión leve a cambio de trescientos cincuenta y siete días de vida apacible. ¿Puedo echárselo en cara?»^[27]

Como ya sucediera en el siglo XIX la demanda obligaba a los hombres a adentrarse más en la selva, a pesar de la presencia de depredadores y de moscas tse-tse. Por ello, la enfermedad del sueño, que estaba controlada y había dejado de ser una epidemia, volvió a provocar estragos, y es posible que llegara a afectar a una quinta parte de la población de la selva ecuatorial. Muchos tenían asimismo parásitos intestinales, puesto que al encontrarse lejos de casa solo podían aplacar la sed bebiendo agua de los pantanos^[28].

El diario de Drachoussoff resulta apasionante en gran medida porque nos permite oír la voz de un colonizador cuya visión del mundo se tambalea. Mientras que la mayoría de los blancos se limitaban a esperar que acabara la guerra para poder retomar el hilo de su vida, él se daba cuenta de que «el debilitamiento de Europa solo puede desencadenar fuerzas centrífugas»^[29]. Nada volvería nunca a ser como antes. Le invadía la desesperación. Él, hijo de emigrantes rusos, era mucho más sensible que el belga medio a los cambios históricos repentinos. El pasaje más brillante de su diario resulta francamente profético:

¿Qué hemos venido a hacer aquí en realidad?

¿A «civilizar» en nombre de una civilización que se está descomponiendo y que ya no cree en sí misma? ¿A cristianizar? [...] Pero, entonces, ¿por qué estamos aquí?

Traemos la paz y la mantenemos, llenamos el país de carreteras, plantaciones, fábricas, construimos escuelas, cuidamos de la gente. A modo de compensación, utilizamos las riquezas de su suelo y de su subsuelo y les hacemos trabajar a cambio de una remuneración, eso sí, modesta. Un servicio a cambio de otro, pero impuesto unilateralmente: ese es el pacto colonial en su totalidad.

¿Y mañana? ¿Qué será del bebé negro bien sujeto a la espalda de su madre que adelanta mi *barza*, ese joven retoño del África colonizada? ¿Estará dispuesto a aceptar el poder de nuestras manos o querrá arrebatárnoslo? ¿Qué lejano parece eso hoy en las profundidades de esta selva...! y, no obstante, hay momentos en que la historia se acelera: de niño, mi padre creía en la eternidad del mundo patriarcal que lo rodeaba, ¡y eso era veinticinco años antes de 1917! Tarde o temprano —y espero por el Congo que no sea demasiado pronto— un hombre se levantará. ¿Será un *chef coutumier*^[e39] que domina las técnicas modernas del poder sin caer en las tradicionales? ¿Será uno de esos niños que cantan *Vers l'avenir* [Hacia el futuro]^[30] durante las entregas de premios [al final del curso escolar]? Hoy en día, muchos colonizadores ni siquiera piensan en ello, aunque nuestra colonización no será juzgada tanto por lo que ha creado como por lo que quedará cuando haya desaparecido.

Y proseguía con su lúcida reflexión:

Supongamos —una suposición que es conscientemente absurda— que el Congo sea independiente en 1970. ¡Cuántos problemas provocaría eso! En Europa nunca hemos conocido un conflicto insuperable entre nuestra organización social y nuestro entorno técnico, pues ambos se han desarrollado más o menos a la par. Sin embargo, en África una organización social arcaica choca con la omnipotencia de una civilización técnica que la desintegra sin sustituirla.

Por supuesto, el Congo accede, poco a poco, a la era moderna. [...] Pero ¿no lo hace a expensas de un mundo tradicional que ha quedado anticuado, pero que sigue siendo necesario y que durante algún tiempo seguirá siendo irremplazable? ¿En nombre de qué? ¿En nombre de la hermosa civilización cuyos frutos estamos recogiendo ahora en Europa? [...] Por ello resulta tan difícil mantener la conciencia tranquila. Por el mero hecho de ser nosotros mismos, destruimos unas tradiciones que a veces eran duras, sí, pero dignas de respeto, y a cambio les ofrecemos tan solo unos pantalones blancos y unas gafas negras, junto con unos pocos conocimientos y una inmensa espera.

¿Acaso la enseñanza no era una forma de emancipación? ¿Acaso la colonización no conducía a una lenta maduración, como le gustaba afirmar a la trinidad colonial?

¿Tenemos el derecho, incluso los más imparciales entre nosotros, de castigar y de educar, cuando la educación es, con demasiada frecuencia, sinónimo de corrupción?

El diario de Drachoussoff es una obra maestra desconocida de la literatura colonial, con un estilo elegante, con un tono sutil y literario a su pesar. Para Drachoussoff, sus años de guerra en el Congo fueron una lección de humildad. «África es una escuela para el carácter, pero también un cementerio para las ilusiones», anotó al final de la guerra^[31].

Tras la caída del Tercer Reich, André Kitadi, el radiotelegrafista que había cruzado el Sahel, seguía en Palestina. ¿Qué podía hacer tan lejos de casa? Él y sus compañeros visitaron todos los santos lugares guiados por un capellán. «Estuvimos en Jerusalén, Belén y Nazaret... Algunos incluso se volvieron a bautizar en el Jordán.» También Libert Otenga, el enfermero del hospital de campaña en Birmania, aprovechó la oportunidad para ver algo de mundo, aunque el suyo fue un turismo más terrenal. «Después de Birmania regresamos a la India. Para comer, beber y bailar. Y para buscar chicas. —Se reía a carcajadas— Eran buenas.»

Una vez acabadas las guerras los veteranos pasan a ser una categoría molesta. Quien ha puesto en riesgo la vida por un país desea algo a cambio después. Reconocimiento, honor, dinero. A menudo da la impresión de que el precio de la lucha solo se siente al finalizar esta. De vuelta a la vida civil los antiguos soldados se dan cuenta de lo que han soportado. Las heridas, incluidas las psicológicas, no se han curado aún, si es que algún día lo harán. Los jóvenes han perdido miembros y sueños. Van recuperando los recuerdos al mismo tiempo que incuban traumas. Se dan cuenta de lo apacible que ha sido la vida de quienes se quedaron en casa, mientras ellos sufrían por esas personas que nunca podrán comprender lo que vivieron. Aunque los veteranos son siempre una categoría problemática, en un ejército colonial resultan

explosivos. Allí luchan no tanto por defender a su gente como por ayudar a un opresor extranjero. Eso fue lo que sucedió en el Congo. «Hicimos la guerra como una colonia belga —me soltó Libert Otenga. Y eso se merecía una compensación generosa—: ¡Al acabar, tendrían que habernos dado la nacionalidad belga! Eso hubiese sido lo justo»^[32]. A otro le parecía que después de las clamorosas victorias los habían enviado a casa «como un mal perro que se queda sin presa después de ir a cazar con su amo»^[33].

Los veteranos regresaron con montones de impresiones nuevas. Habían adquirido experiencia y no se dejaban avasallar tan fácilmente por el régimen colonial del Congo Belga. ¡En Abisinia habían apresado a generales! ¡En Nigeria habían visto otra forma de colonialismo! Como de costumbre, André Kitadi lo expresó con contundencia: «Los ingleses nos trataron muy bien. Nos vestían y nos alimentaban bien. En Lagos cocinaban para nosotros, para los soldados. Té, pan, leche, mermelada... ¡Mientras que en el Congo teníamos que buscar comida en la jungla! También vimos que en el ejército británico ya había oficiales africanos, incluso con el rango de comandante o coronel. En Nigeria enviaban a los buenos alumnos a la escuela secundaria en Inglaterra. En el Congo Belga no había nada de todo eso. ¡Qué discriminación! ¡Nos ataban cortos! Eso provocó mucha irritación y desconfianza, y hasta cierta rebeldía. Después de la Guerra dijimos: “¡Nosotros también queremos esto!”. Queríamos una transformación, pero ni siquiera nos permitían entrar en sus tiendas. Eso no nos gustaba. Habíamos aprendido inglés. Llevábamos trajes ingleses. Nos hacíamos pasar por estadounidenses y entrábamos en los restaurantes de los portugueses, hablando en voz alta. *So, what do you drink?* —nos decíamos el uno al otro—. *You want to eat?*»^{[e40][34]}

Desafiaban sutilmente la autoridad de los blancos. Algo había cambiado en las relaciones de poder. Muchos congoleños sabían muy bien que la colonia había demostrado ser más fuerte que la metrópoli. Bélgica había sido arrollada, mientras que el Congo había aguantado y había conseguido triunfos militares. Al igual que en la Gran Guerra, la Force Publique había tenido más éxito que el ejército nacional belga. La Bélgica ocupada, con su Gobierno en Londres, solo había sobrevivido gracias a la colonia. Y la madre patria tendría que seguir apoyándose mucho en la colonia para su reconstrucción. En resumidas cuentas, los belgas necesitaban más al Congo que los congoleños a Bélgica. Por otra parte, el nuevo orden mundial de la posguerra parecía darles la razón a los congoleños. En Yalta los vencedores de la guerra dibujaron con tiza los contornos de un nuevo mundo. Estados Unidos, como excolonia, no sentía mucha simpatía por las aventuras coloniales de Europa. Y como defensora del ideal proletario la Unión Soviética se oponía a cualquier forma de sometimiento. Las colonias, que una vez fueron fuente inagotable de nobles ensueños y de grandes ideales, parecían de repente algo de otra época, algo anticuado. Por no decir sospechoso. En 1945, cuando cincuenta países de todo el mundo se reunieron en San Francisco para elaborar la Carta de las Naciones Unidas, el término «colonia»

desapareció entre los bastidores de la historia. Allí se hablaba de «territorios no autónomos» y ese término parecía encerrar un reproche —para los países colonizadores—, pero también una esperanza —para las colonias—. Su sometimiento no se prolongaría eternamente. El artículo 73 no dejaba lugar a dudas:

Los miembros de las Naciones Unidas que tengan o asuman la responsabilidad de administrar territorios cuyos pueblos no hayan alcanzado todavía la plenitud del gobierno propio, reconocen el principio de que los intereses de los habitantes de esos territorios están por encima de todo, aceptan como un encargo sagrado la obligación de promover en todo lo posible, dentro del sistema de paz y de seguridad internacionales establecido por esta Carta, el bienestar de los habitantes de esos territorios, y asimismo se obligan [...] a desarrollar el gobierno propio, a tener debidamente en cuenta las aspiraciones políticas de los pueblos, y a ayudarlos en el desenvolvimiento progresivo de sus libres instituciones políticas, de acuerdo con las circunstancias especiales de cada territorio, de sus pueblos y de sus distintos grados de adelanto.

¿Y luego? ¿Era ese el gran cambio? En un clima como aquel, cabría esperar que todo fuera muy rápido; que los veteranos sacudieran el árbol del poder, que los oficinistas se sintieran fortalecidos por aquel respaldo internacional, que los obreros dejaran oír su voz, que los campesinos blandieran sus horcas o, mejor dicho, sus machetes.

Sin embargo, nada de eso sucedió.

Después de la tumultuosa huelga de Matadi de repente hubo silencio. Una extraña calma se apoderó de la colonia. Durante diez años, de 1946 a 1956, el Congo permaneció tranquilo. No hubo ningún despertar religioso como en la década de 1920, ni ninguna rebelión de campesinos como en la de 1930, ni ningún amotinamiento como en la de 1940. No hubo huelgas.

¿Cómo es posible? ¿Acaso el colonialismo belga había mudado el semblante de la noche a la mañana? En cierto sentido, sí, al menos en cuanto a mentalidad. En 1946 el gobernador general Ryckmans dijo en su último discurso: «Los días del colonialismo han acabado», con lo cual se refería sobre todo al sistema antiguo y explotador. «Al igual que la integridad en la diplomacia, el altruismo es la mejor política en la colonización»^[35]. Por fin la colonia podría recoger los frutos de sus riquezas. No se trataba aún del camino hacia la independencia, sino de una «colonización en pro del desarrollo»^[36].

Este nuevo ímpetu se desprende asimismo de los ruidosos eslóganes que se pusieron en boga. Después de la guerra el colonizador no paraba de referirse al Congo como «la décima provincia de Bélgica». Se trataba de un intento de reemplazar la condescendencia de antes por un trato más igualitario. La colonia ya no era un territorio remoto, sino que se había convertido en una parte integral de la madre patria. Sin embargo, aquel parecía también un concepto absurdo: ¿cómo podía un país gigantesco que, por un capricho de la fortuna, se había convertido en la colonia de un Estado enano ser una «provincia» de este? ¡El Congo era mil veces más grande que Limburgo, Brabante o Henegouwen!

Otro intento de acercamiento fue el concepto de una «comunidad belgo-congoleña». La idea provenía de Léon Pétilion, gobernador general desde 1952, y

debía hacer olvidar el antiguo lema *dominer pour servir* que a esas alturas sonaba ya demasiado paternalista. Los belgas y los congoleños construirían juntos un mundo nuevo y moderno. A ejemplo de los británicos, que habían transformado su Empire en la Commonwealth, y de los franceses, que redefinían sus territorios de ultramar como la Union Française, en adelante Bélgica aspiraría a la igualdad con aquella comunidad belgo-congoleña.

Algunos políticos se sumaron de boquilla al discurso de moda sobre el «bienestar del nativo». La Comisión Permanente para la Protección de los Indígenas fue más lejos que otros en ese sentido: «El futuro de la raza y la felicidad de nuestras poblaciones congoleñas son más importantes que cualquier objetivo», afirmó^[37]. Los líderes de opinión belgas de las más diversas afiliaciones políticas coincidían con la comisión. «La colonización pone en marcha ante todo un trabajo de civilización al servicio de los pueblos», afirmaba un católico^[38]. «Tanto si queremos como si no, nuestro destino en el Congo depende del de los negros», había comprendido ya un socialista^[39]. «Todo para y por los nativos», resumía un liberal^[40]. Ese consenso puede asombrar, en vista de la profunda fragmentación social que vivía la Bélgica de posguerra. Sin embargo, numerosas personas se habían dado cuenta de lo mucho que había sufrido la población congoleña.

Los belgas iniciaban un nuevo capítulo de su colonización con combatividad, optimismo y más orgullo que antes. Introducirían a la colonia en los tiempos modernos, encumbrarían a la población y, de paso, se superarían a sí mismos. A partir de 1949 un ambicioso plan decenal debía ofrecer al Congo una infraestructura moderna en todos los ámbitos.

Era la época de las autopistas, de las medias de nailon y de las plantas de interior. El nuevo orden mundial obligaba a tener cierta fe en el progreso, incluso cierto optimismo. Numerosos valones y flamencos partieron «al Congo». Era el relevo, la sangre fresca que hombres como Drachousoff habían esperado con tantas ansias durante los largos años de guerra. Al final de la guerra solo había 36 080 blancos en el Congo, mientras que en 1952 residían allí 69 204, nunca antes había habido tantos^[41]. Los funcionarios coloniales y los trabajadores altamente cualificados en la industria —todos de sexo masculino— empezaron a traerse consigo a sus esposas. Para gran alivio de la Iglesia, la época de la *ménagère* estaba llegando a su fin, aunque dejando tras de sí a miles de mestizos, hijos de parejas mixtas que a menudo vivían entre dos mundos. La madre era casi siempre congoleña y el padre europeo solía ser un belga que trabajaba para una empresa o para el Estado, aunque también hubo griegos y portugueses que tuvieron hijos en el Congo. Esos griegos y portugueses eran pequeños autónomos que ganaban dinero con una tienda o un restaurante. Si el padre reconocía a aquellos niños, recibían educación y una nacionalidad europea. De lo contrario (lo que sucedía en nueve de cada diez casos), los pequeños se quedaban a vivir con la madre en el barrio o en el poblado, donde con frecuencia se les marginaba, pues eran demasiado blancos para ser negros y

demasiado negros para ser blancos^[42]. El número de nacimientos euroafricanos disminuyó mucho después de la guerra. Los recién llegados de Bélgica traían consigo a la familia o tenían hijos en la colonia, unos niños rubios y pecosos, de mejillas sonrosadas, que llevaban pantalones cortos, cazaban lagartijas en el césped delante de sus mansiones y conocían mejor los mangos que las manzanas.

Sin embargo, para la población congoleña hubo muy pocos cambios. Las reformas esenciales que debían concederles más derechos (en cuanto a participación y condición jurídica y social) se hicieron esperar durante largo tiempo^[43]. En la práctica no había ni rastro de una nueva alianza entre blancos y negros. La trinidad colonial seguía confiando plenamente en la educación lenta y gradual de las masas. Desde el punto de vista técnico, era más que factible cultivar en poco tiempo a una élite, pero los poderes políticos temían que esta se distanciara de las bases. El colonizador consideraba necesario que todo el pueblo ascendiera hasta el primer nivel de «civilización», antes de que pudiera iniciarse la siguiente etapa. Parecía más sensato alfabetizar a las masas que criar a una refinada élite para que consiguiera derechos políticos^[44]. Al fin y al cabo, el grueso de los congoleños no pedía participar en el poder, ¿verdad que no?

Sin embargo, el hecho de que no reclamaran poder político no significaba que fueran siempre felices. La apatía política del nativo apuntaba más a una falta de formación que a un exceso de satisfacción.

Además, en la vida cotidiana no había ningún acercamiento entre los belgas y los congoleños. Al contrario, la brecha se abría cada vez más. El nuevo reemplazo de colonos se instalaba en villas nuevas y confortables, y vivía con más lujo que antes. Sus barrios residenciales recordaban más bien a Knokke o a Spa^[e41] que al África Central. Después de un día de trabajo pasaban el tiempo con sus familias y durante los fines de semana recibían a los amigos para comer alrededor de la barbacoa o para jugar a las cartas. Sacaban cerveza de la nevera —nada menos que neveras eléctricas: ¡la época de los pioneros se había acabado!— y un creciente número de ellos tenía automóvil. Lo lavaban los domingos por la mañana con la manguera. El Congo del europeo empezaba a parecerse a la California suburbana de clase media de la década de 1950. Sin duda era una vida agradable, pero aquella comunidad de expatriados hablaba más sobre los africanos que con los africanos. Su interés por la cultura local fue decreciendo y su conocimiento de una o varias lenguas nativas, desapareciendo. Vladímir Drachoussoff lo constataba, apenado:

No son muchos los funcionarios que se interesan por los indígenas al margen de sus obligaciones profesionales. La vida familiar, un interior cómodo, la posibilidad (y por consiguiente el deseo) de vivir casi como en Europa han hecho desaparecer al viejo tipo de *broussard*^[e42], con todos sus defectos y debilidades, que iba de puesto en puesto, charlaba con los ancianos del poblado y finalmente los comprendía y era comprendido^[45].

La comunidad belgocongoleña se convirtió en una quimera que en la práctica fue adelantada por una comunidad colonial belga cada vez más cerrada que no llevaba

casco, ni contaba historias de aventuras junto a un vaso de *whisky* y una lámpara Coleman. El Congo se volvió pequeñoburgués. Muchas mujeres nunca iban a la cité y los únicos congoleños que conocían eran el *boy* y el chófer. Los niños blancos crecían a menudo en una atmósfera de latente racismo. Hasta que en 1951 la Comisión Permanente para la Protección de los Indígenas formuló un desiderátum para que «en la enseñanza y en los juegos de los niños blancos se les inculcara el respeto por el ser humano en lo que respecta a la familia indígena y los niños negros»^[46]. Que una institución venerable como la Comisión para la Protección de los Indígenas tuviera que prestar atención a los juegos infantiles constituía de por sí un hecho relevante.

Fueron pocos los europeos que consiguieron sentir una profunda empatía por la perspectiva congoleña. Nadie llegó tan lejos en este sentido como el franciscano flamenco Placide Tempels. El sacerdote trabajaba en Katanga e intentó, entre otras cosas, comprender el profundo descontento de los mineros. Desde 1944 se interesó por las rebeliones en la colonia y escribió al respecto un ensayo valiente que causó revuelo, titulado *La philosophie de la rébellion*:

Este es el *summum* de la decepción nativa. [El nativo] se ha unido a nosotros para convertirse en uno de los nuestros; pero en lugar de considerarlo hijo de la familia, lo tratan como a un simple sirviente. Ahora sabe definitivamente que ha sido rechazado, desestimado como hijo, clasificado como no incorporable^[47].

Nadie lo había enfocado nunca desde este punto de vista. En 1945 se publicó su obra de referencia *Bantoe-filosofie*. Las traducciones inglesa y francesa se hicieron mundialmente famosas; Sartre leyó el libro con interés. Su intento de comprender las culturas africanas desde dentro introdujo el concepto de «fuerza vital» como principio central. Sus criterios impulsaron un colonialismo totalmente diferente: «Creíamos tener que educar a niños grandes, lo que habría sido bastante fácil. Sin embargo, de repente nos dimos cuenta de que estábamos ante una humanidad adulta, consciente de su sabiduría, llena de su propia filosofía universal»^[48]. Los incisivos ataques de Tempels le causaron problemas con las autoridades eclesiásticas. Entre 1946 y 1949 lo llamaron de vuelta a Flandes. Era una especie de *relégation*, un exilio obligatorio; en esa ocasión, no de un kimbanguista a un poblado en la selva, sino de un católico visionario a un convento en Sint-Truiden.

Ciertamente, entre 1946 y 1956 todo se mantuvo apacible en el Congo, pero era una calma ominosa, una relativa tranquilidad que delataba más un viejo temor que una nueva esperanza. Sobre los jardines de las villas coloniales, donde los domingos por la tarde sonaba el tintineo de copas, se agolpaban oscuros nubarrones. No obstante, nadie los veía, ni siquiera el hijo pecosos que jugaba en el césped y que tenía atrapada una lagartija debajo de un tarro de cristal. Era la calma que precede a la tormenta.

¿Dónde habría tenido que estallar primero la tempestad del resentimiento? Las zonas rurales tenían, sin duda, suficientes motivos para quejarse. La gente seguía viviendo en condiciones míseras. Los campos de cultivo se encontraban abandonados. El pesadísimo esfuerzo de guerra había puesto en peligro la propia seguridad alimentaria. La población estaba desnutrida. Se había interrumpido la caza. Los funcionarios coloniales tuvieron que alentarles a recoger de nuevo orugas, termitas y larvas, una fuente tradicional de proteínas^[49], puesto que en los lugares donde sí se practicaba la ganadería, las vacas se destinaban de forma sistemática a las minas. El plan decenal preveía un extenso programa para volver a encarrilar la agricultura nativa. El objetivo consistía en ayudar a las comunidades locales con técnicas agrícolas y con medios de producción modernos (los llamados *paysannats indigènes*^[e43]); sin embargo, estos esfuerzos no obtuvieron mucho éxito. Las zonas rurales siguieron siendo paupérrimas, como siempre. El empobrecimiento del campo en el Congo no empezó después de la independencia, sino ya en pleno periodo colonial. El número de nacimientos era muy bajo. Mientras que hoy la superpoblación constituye un motivo de preocupación en África, en la primera mitad del siglo xx el descenso de la tasa de natalidad suponía una constante inquietud en el Congo Belga.

Tanta miseria podría haber dado pie a protestas sociales, pero no se produjeron o mejor dicho adquirieron otra forma. La gente no se rebeló, sino que se marchó. Los años de posguerra en el Congo se caracterizan por un enorme éxodo rural. Los congoleños empezaron a partir hacia las aglomeraciones urbanas a una escala sin precedentes. Kinsasa, con sus cincuenta mil habitantes en 1940, experimentó un crecimiento explosivo y se convirtió en una ciudad de trescientos mil habitantes en 1955^[50]. Ya en el periodo de entreguerras los jóvenes habían emigrado voluntariamente a la ciudad, pero ahora se mudaban a ella en masa. Después de la guerra el 70 por ciento de las zonas rurales tenía menos de cuatro habitantes por kilómetro cuadrado^[51].

¿Quién tendría que haber tomado entonces la iniciativa de sublevarse? Aquellos que tenían sueños se marchaban a perseguirlos a otro sitio. Los que se quedaban estaban con frecuencia extenuados y agotados. La población rural envejecía deprisa. Se calcula que en 1947 un 40 por ciento tenía más de cincuenta años^[52]. Algo desmesurado si se tiene en cuenta que la esperanza de vida era relativamente baja. Los mayores no habían tenido educación y se sometían sin rechistar a la autoridad colonial. No había cooperativas agrícolas, ni sindicatos; tampoco estructuras sociales que defendieran las necesidades de la gente del campo. La única forma de organización social que conocían era la tribal, pero esta estructura estaba carcomida casi en todas partes. El jefe carecía ya de autoridad moral, se había convertido en un arribista que acataba las órdenes del colonizador.

¿Y las ciudades? ¿Había más posibilidad de sedición allí? ¿Se transformó la concentración de sueños en rebeldía? En un primer momento, no. La emigración

hacia la ciudad brindó realmente oportunidades nuevas a muchos congoleños. El maná no caía del cielo, pero en cualquier caso era mejor que el lugar del que habían escapado. Y algunos simplemente tuvieron suerte.

Longin tenía ochenta años cuando me reuní con él en Kikwit. Lo había buscado durante meses, con la esperanza de que todavía estuviera vivo. Cuando por fin lo encontré, se estaba lavando en el agua marrón del río Kwilu. Tenía el torso flaco y hundido, la manopla que utilizaba para su aseo no era más que un trozo de tela verde totalmente desgastado. No solo estaba deshilachado, sino que apenas si era un manojo de hilos. ¿Era este el hombre que había estado buscando? Su rostro parecía más alargado de lo que recordaba de la histórica foto. Solo cuando caminaba se apreciaba que en otros tiempos había sido un futbolista fanático. Tenía las típicas piernas zambas y el característico tambaleo de los futbolistas al caminar.

Vivía en una casita de adobe. Junto al sendero que llevaba a su patio, se alzaba un gran eucalipto. Las gallinas escarbaban en la tierra roja, un cabrito balaba mientras deambulaba sin rumbo. La ropa estaba tendida al sol. Las telas de colores se hinchaban cada vez más audaces con el viento. Las perneras se agitaban. Las mangas ondeaban. Parecía una multitud enloquecida al borde de un campo de fútbol o a lo largo de una avenida al ver pasar a un rey o a una estrella. Alcé la mirada al cielo. Amenazaba lluvia. Longin me invitó a entrar en su casa y me ofreció una silla de plástico. El interior de la vivienda estaba en la penumbra. Me coloqué cerca de la puerta, a fin de tener suficiente luz para escribir. Algunos de sus nietos se mantenían en el hueco de la puerta, observándome con los ojos muy abiertos. Cuando él los echó, salieron corriendo dispersándose entre risas. Empezaron a caer las primeras gotas.

«¡Llueve! ¡Por primera vez desde hace dos semanas! —Longin parecía radiante— Es una bendición. El buen Dios bendice esta conversación.»

Longin me contó que había nacido en 1928 en Luzuna, un poblado a orillas del Kwilu, y que lo habían bautizado los jesuitas de la misión católica de Djuma. Su padre era carpintero. «¡Cómo José!» Fabricaba sillas, puertas y bancos de escuela para los padres belgas. Su madre trabajaba la tierra y cultivaba mandioca. En aquella época aún comían bien. Arroz, mandioca y pescado, así como cangrejos de río, orugas, setas y calabacines. ¡Cómo ha cambiado todo! «Ahora solo comemos una vez al día. Y siempre es arroz con alubias. O mandioca con alubias. Muy pocas veces hay carne. Y el pescado apenas lo probamos.»

El cielo se cubrió. A lo lejos oímos retumbar los truenos. Nos envolvía la oscuridad y yo apenas podía leer mis notas.

Longin seguía hablando, imperturbable. Sus padres ya eran católicos, me dijo. Él era el mediano de tres hermanos. En Djuma vio por primera vez un automóvil, una *pick-up* de las monjas. «“El blanco es inteligente”, me dije. Y felicité al sacerdote.»

Allí también fue a la escuela. Los misioneros se ocupaban de la enseñanza primaria en toda la colonia, ayudados a menudo por maestros locales. La enseñanza secundaria se limitaba a la formación profesional o —para un grupo muchísimo más pequeño— al seminario. La enseñanza media clásica que proporcionaba una formación general aún no existía. Solo a partir de 1938 llegaron las primeras escuelas secundarias. Aun así, durante mucho tiempo, en grandes zonas del Congo, los niños se convertían en carpinteros o en seminaristas. Longin siguió una formación técnica. «Se suponía que iba a ser mecánico para trabajar en las explotaciones de Lever, pero yo no tenía ganas de estar siempre sucio.» A los dieciséis años emigró a Kikwit. Quería ser sacerdote. «Sin embargo, los curas me dijeron: “Eres demasiado viejo para eso”. Entonces dejé la escuela y volví a mi poblado.»

Resulta difícil comprender lo frustrante que debió de ser ese rechazo. Ir al seminario no era tan solo la única posibilidad de seguir estudiando, sino que el sacerdocio era el cargo más alto al que podía aspirar un congoleño. Entonces se convertía en *monsieur l'abbé*, el señor cura.

Longin me mostró una vieja foto suya en color. Se le ve vestido con un hábito episcopal morado, sentado en un trono y mirando a la cámara con gesto grave. «Esa sotana está ajada, pero antes me la ponía todos los domingos para pasearme por la ciudad. Si había tenido una visión, lo anunciaba. Todos en Kikwit me llamaban *monseigneur*.» Siempre sintió algo especial por la religión. El cristianismo, por supuesto, eso sí: el suyo.

Al igual que Simon Kimbangu, que había empezado a predicar después de que los protestantes dejaran de quererlo como catequista, Longin Ngwadi se puso una sotana después de que los católicos no vieran en él a un futuro sacerdote.

Empezaron a caer las primeras gotas, unas gotas gruesas y fuertes que hacían hoyos como canicas en la tierra. Después se desató la tormenta. La lluvia caía a chorros sobre Kikwit y azotaba los endeble tejados de las cabañas y de las casas. Los relámpagos y los rayos golpeaban al mismo tiempo. El cielo crujía. Con cada tormenta tropical hay un momento en que el trueno ya no retumba, sino que chilla. Ese momento acababa de llegar.

Longin alzó las manos y rezó al Todopoderoso, mientras que un hilo de saliva le corría por la barbilla: *Seigneur*, a ti que has enviado a papa David, te pedimos: ¿puedes hacer un poco menos de ruido para que podamos seguir hablando? *Merci et amen!*

Y, acto seguido, continuó con su relato como si no hubiese pasado nada: «En 1945 fui a Kinsasa. Entonces tenía diecisiete. Mi padre me dio dinero para el barco, mi madre me dio comida. Fui caminando de Luzuna a Djuma. Allí tomé el barco correo. Navegamos durante tres o cuatro días. Primero por el Kwilu, luego por el Kasai y, por fin, en el mismo fleuve».

Longin era uno de los muchos miles y miles de jóvenes que emigraban hacia la capital. La mayoría iba a casa de familiares o de amigos que ya vivían allí; sin

embargo, él no tenía buenos contactos. «Cuando llegué a Kinsasa no conocía a nadie, a nadie en absoluto; pero un vigilante nocturno me llamó y me dijo que entrara en la parcela que estaba cuidando. Era un hombre de mi región. Me dejó dormir en el suelo, al aire libre.»

El inicio de su vida en la ciudad no tenía nada de glamur.

Poco después me dieron mi primer empleo, en casa de papa Dimitrios. Era un judío griego que tenía un almacén. Me puso problemas de aritmética como prueba y decidió que podía quedarme. Yo me encargaba de vender pantalones y camisas, telas para las mujeres, jabón, azúcar, de todo. Él me encontró una pequeña habitación en el Jardín Botanique. Después de tres meses tenía un colchón, sábanas, mantas, dos sillas, ollas y cubiertos. Dimitrios me regaló muchas cosas. Trabajé tres años en su almacén. Después empecé en el *Économat du Peuple*, una gran tienda con siete vendedores. Allí me quedé un año. Me echaron porque había vendido salchichas podridas.

Aunque no pudiera compararse con el sacerdocio, la nueva vida en Léopoldville le gustaba. Su escaso éxito como vendedor de salchichas quedó compensado con creces por otro talento. «Durante cuatro años jugué en el Daring. Con *tata* Raphaël.» El Daring era uno de los clubes de fútbol con más éxito de la ciudad. El padre Raphaël de la Kéthulle —de nuevo él— lo había fundado en 1936. El club todavía existe: hoy lleva el nombre de Daring Club Motema Pembe y es uno de los mejores clubes de fútbol congoleños. «Jugué mucho tiempo con Bonga Bonga, el primer congoleño en participar en la liga belga. Jugó con el Charleroi y con el Standard. ¡Era Pelé! En Kinsasa, los encuentros se celebraban siempre en el velódromo de Kintambo. Yo era el número 9. Jugaba de delantero. *Tata* Raphaël estaba en la línea de banda con su pipa, me miraba y sacudía la cabeza. No podía creer lo que veía. ¡Yo era como una serpiente!»

Y para dar más énfasis a sus palabras, se levantó de un salto y, con su cuerpo octogenario, empezó a driblar y a hacer una serie de regates por la oscura habitación. Aún se le daba bien. Izquierda, derecha, taconazo y vuelta. Lo hacía a cámara lenta, mientras fuera arreciaba la tormenta. A lo largo de las paredes de la habitación vi correr el agua de lluvia. No es que se estuviera goteando, no: chorreaba. Longin no le prestaba atención. «Mi apodo era *Élastique*. Así me llamaban todos entonces. *Élastique*, número 9, el pichichi del Daring.»

No obstante, su vida volvería a dar un giro inesperado. A principios de la década de 1950 la ciudad le reservaba otra sorpresa. «El gobernador general Pétillon asumió sus funciones.» Fue en 1952. «Pidió a cinco personas que fueran a trabajar a la *Maison des Blancs*. Era el lugar donde se guardaban todos los secretos del Congo. Allí se reunían los blancos para gobernar el Congo. Se encontraba justo al lado del hotel Memling. Allí solo iba gente tranquila, inteligente y seria. Era el *cercle des européens*. Y yo tenía que servirles. *S'il vous plaît. Merci. S'il y a quelque chose, vous me le dites*. Durante muchas horas, y después me daban cincuenta francos congoleños. Eso era muchísimo dinero. De los cinco yo era el “número uno”. Era el más educado, el más ordenado. Por ello Pétillon me dijo que podía ser su *boy maison*. Y de ese modo empecé a servir en la casa del gobernador.»

El hijo del carpintero que no pudo ser sacerdote, el vendedor de telas y salchichas enmohecidas, el veloz pichichi del club de fútbol Daring, se convertía ahora en criado del penúltimo gobernador general del Congo Belga. «Trabajé para él durante cuatro años. Me llamaba “mon fils”.» Léopoldville era una ciudad llena de posibilidades^[53].

La historia de Longin Ngwadi era excepcional, por supuesto, pero muchos recién llegados saborearon una nueva libertad en la ciudad. Sobre todo las mujeres. Thérèse de Kasai se fue a Léopoldville tras la muerte de su marido. Allí la acogió un tío que le prestó ayuda para que pudiera montar un pequeño negocio. En el mercado de Kinsasa empezó a vender cerveza de mandioca y más tarde zumos de fruta que preparaba ella misma con plátanos maduros. Al cabo de un año se trajo a sus hijos; unos años más tarde volvió a casarse con un obrero que había conocido, alguien que era de su tribu y que también se había mudado a la ciudad^[54]. Una «mujer libre» en la *cité* ya no era una prostituta (esa categoría que en términos oficiales se definía como «mujeres indígenas, adultas y sanas que teóricamente viven solas»), sino simplemente alguien que intentaba salir adelante por sus propios medios. O la hermana Apolline. Tenía la misma edad que Longin. La encontré en el convento de las franciscanas de Kinsasa. Provenía de una familia mixta del interior: su padre era congoleño, su madre tanzana, ambos se habían conocido durante la Primera Guerra Mundial cuando él luchaba con la Force Publique en el África oriental alemana. Cuando Apolline tenía doce años, sus padres encontraron un candidato adecuado con quien casarla. Ella, en cambio, tenía otros planes. Quería entrar en el convento, allí se sentía más libre. La vida de monja la llevó a la gran ciudad. «Trabajé durante veintinueve años en Lubumbashi. Allí era directora de una escuela primaria. Y muchos años después me convertí en el primer miembro negro del consejo provincial religioso. Siempre he vivido en la ciudad.»^[55]

O Victorine Ndjoli, la primera congoleña con carnet de conducir. «Había ido a la escuela de economía doméstica con las franciscanas. Aprendí a coser botones y corte y confección. Más tarde, en el *foyer social*^[e44], me enseñaron a confeccionar sombreros y ropa de bebé. En aquella época los blancos buscaban muchachas guapas para sus anuncios. Fui modelo para una marca de bicicletas, de jerez, de leche. Eso me gustaba, pero quería más. Me escapé para apuntarme en la autoescuela. Al principio mi padre no quería, pero acabó estando orgulloso de mí. Me saqué el carnet de conducir en una semana. Fue en 1955, yo tenía veinte años. Pude conducir un Dodge, pero nunca tuve mi propio coche. Los hombres no me dejaban.»^[56]

Victorine también participó en los primeros concursos de belleza de Léopoldville. Los organizaba el propietario de una escuela de baile, *Maître* Taureau. Maestro Toro. Suena bastante machista, ¿no? Se lo pregunté mientras estábamos sentados delante de su casa en Yolo, un barrio popular donde todos los que pasaban lo conocían. «No, mi verdadero nombre es François Ngombe. *Ngombe* significa “toro” en lingala. ¡Y

mâitre, porque soy el maestro del Vivir Sin Maestros!», me dijo riéndose a carcajadas. «En mi escuela de baile enseñaba chachachá, bolero, rumba y charanga, y también *swing* y *rock and roll*. Además organizaba la elección de Miss Charme en los barrios. Los comerciantes griegos y portugueses nos regalaban telas. Las muchachas las vestían y así les hacían publicidad. Luego se celebraba un concurso y se elegía a una chica.»^[57]

Kinsasa se convirtió en una ciudad de moda, elegancia y coquetería. Las mujeres jóvenes vestían largos pagnes de colores, una costumbre introducida por las hermanas de las misiones. Las telas de batik procedentes de Indonesia llegaban al África Central, después de pasar por Europa. Las niñas llevaban el pelo corto, pero a partir de los diez años se lo dejaban crecer. En aquella época había unos doce peinados africanos, algunos de los cuales exigían tres horas de trabajo^[58]. Las mujeres desempeñaron un papel esencial en la creación de una nueva cultura urbana. Controlaban el pequeño comercio, determinaban qué ropa, qué música y qué bailes tendrían éxito y dieron forma a un nuevo estilo de vida africano moderno^[59].

Algunas consiguieron ascender hasta ocupar cargos relevantes. En 1949, Pauline Lisanga fue contratada como locutora de Radio Congo Belge. Esta estación había empezado a emitir para la población africana. De este modo, Pauline se convirtió en la primera locutora negra de África^[60]. Pocos congoleños tenían un aparato de radio, pero en muchos lugares de la ciudad había altavoces debajo de los cuales se congregaban grupos de transeúntes y de vecinos. Allí oían la voz de Pauline. Escuchaban programas de noticias, *sketches* edificantes y programas religiosos, así como música congoleña tradicional y música ligera occidental. Incluso había espacio para canciones modernas del Congo.

En aquella época Léopoldville estaba repleta de grupos musicales que amenizaban las bodas, los funerales y las fiestas. Sus ritmos excitantes, sus virtuosos solos de guitarra, las voces agudas en falsete, las ricas melodías y las letras intrascendentes garantizaban una irresistible música de baile. Era el *rock and roll* del África Central. En el Congo las grandes salas de baile se encontraban en manos de emigrantes griegos. En Kinsasa estaba la Akropolis (un local que aún existe); en Kisangani, el Bar Olympia. Diversos empresarios griegos abrieron también estudios de grabación donde se inmortalizó la música de baile de algunas orquestas congoleñas. La radio trajo una nueva especie de héroes. El African Jazz de Kabasele y OK Jazz de Franco se convirtieron en los grupos más populares de la década de 1950.

Sin embargo, la vida urbana no se limitaba a los concursos de belleza, a la cerveza de mandioca y a los discos de baile. Una nueva generación de congoleños como Longin encontraron sus primeros empleos en los astilleros de Léopoldville, en las fábricas químicas y metalúrgicas de Katanga y en los comercios de los centros urbanos. Se familiarizaron con la exigente economía moderna. No había huelgas, pero también en este caso reinaba la traicionera calma antes de la tormenta. Apenas

unos años más tarde, cuando la fiebre de la independencia se declaró con toda intensidad, muchísimas personas soñaban con que después de la toma de poder no tendrían que volver a trabajar nunca más. Sin embargo, de momento todo permanecía en calma, en una inquietante calma. De todas formas, ¿cómo podría haber aflorado el rencor? Los sindicatos no representaban una opción, pues hasta 1946 estuvieron prohibidos para los negros. Los funcionarios blancos tenían desde 1920 una asociación de intereses, pero mantenían la puerta cerrada a los congoleños. Después de la guerra se crearon los STICS, los Syndicats des Travailleurs Indigènes Spécialisés, una federación de sindicatos solo para personal especializado, por lo que el 90 por ciento de los obreros quedaba excluido. Más tarde se creó la APIC, la Association du Personnel Indigène de la Colonie, una organización mucho más militante. Sin embargo, casi todo el movimiento sindical estaba amordazado, pues el colonizador exigía la participación de consejeros blancos^[61]. Debido a ello siempre había un funcionario del Estado o un capellán mirando por encima del hombro rebelde. Eso lo entorpecía todo. El trabajo sindical debía realizarse de forma constructiva y tranquila. El colonizador lo consideraba, a lo sumo, como una *éducation sociale* útil para el trabajador^[62]. Es decir, como una especie de fútbol sala: allí podían aprender a hacer reuniones, a elaborar un orden del día y unas actas, a debatir un presupuesto... El sindicato debía ser una escuela, no una forma legítima de oposición y resistencia. Los intentos de los sindicatos belgas, cristianos y socialistas de introducirse en la colonia estaban condenados al fracaso. El obrero congoleño no tenía afinidad con ellos. Los consideraba algo impuesto desde arriba, algo blanco. En 1955, solo 6160 de los casi 1,2 millones de congoleños asalariados eran miembros de un sindicato, es decir, menos del 0,5 por ciento^[63].

Las autoridades públicas estimulaban a las grandes compañías para que crearan comités de empresa en los que los nativos pudieran exponer sus demandas. Estos comités eran más controlables que los sindicatos independientes. También los consejos provinciales aceptaron a los primeros miembros congoleños y a partir de 1951 el Consejo Colonial, un órgano consultivo no vinculante y sin poder efectivo, contaba con ocho africanos entre sus miembros, aunque la mayoría procedían de zonas rurales y no pertenecían a la nueva clase media urbana. No eran más que tímidos intentos de escuchar las quejas y las reclamaciones de los súbditos coloniales, pero al mismo tiempo reafirmaban el convencimiento de que aún faltaba muchísimo para emprender unos cambios más profundos^[64]. No había nubes en el horizonte; o eso creían.

¿Cómo podía alguien haber sospechado que estaba a punto de producirse una revolución? Los habitantes de las zonas rurales se mantenían dóciles, mientras que los de las ciudades parecían satisfechos. E incluso se pudo constatar la aparición de una auténtica casta de évolués que querían vivir en la medida de lo posible al estilo

europeo, que estaban enamorados de todo lo que fuera belga y que alababan los beneficios de la colonización. Hoy, ese término aplicado a estos africanos occidentalizados presenta connotaciones negativas, pero se trataba de un calificativo que ellos mismos habían elegido^[65]. Los colonos estaban seguros de que aquellos *évolués* no suponían ningún peligro, ¿verdad que no? Bueno, a veces esa manía que tenían algunos de ellos de vestir trajes impecables y de adoptar maneras francesas resultaba algo grotesca, pero esos eran los auténticos arribistas, los que recogían los mayores frutos de la noble labor civilizadora. No existían súbditos más leales que ellos.

Sin embargo, sería en concreto en el entorno de aquellos *évolués* donde explotaría la bomba. En su mayoría habían nacido en la ciudad durante el periodo de entreguerras. Solo conocían la vida en el poblado por lo que les habían contado. Acudían a la escuela misionera, trabajaban en empresas europeas, sentían respeto por el Estado colonial y, por consiguiente, admiraban a sus opresores blancos. No habían experimentado nunca otro modelo de conducta. Muchos de ellos se esforzaban al máximo para que los tomaran en serio. Estudiaban en bibliotecas, leían el periódico, escuchaban la radio, acudían al cine y al teatro y leían libros, pues lo que más envidiaban de los blancos era su inteligencia, no su prosperidad. Esta última no era para ellos más que la expresión de la primera.

Dentro de este grupo de *évolués* surgió una cultura de clubes y asociaciones que, pese a permanecer todavía bajo la autoridad colonial, tuvo una gran relevancia histórica: a fin de cuentas, en las asociaciones de exalumnos, en los círculos de estudio y en las organizaciones tribales se encontraba el germen de la posterior toma de conciencia política^[66]. Los exalumnos de la escuela de *tata* Raphaël se reunían en la Adapes (Association des Anciens Elèves des Pères de Scheut), que se convirtió en un importante vivero para la primera generación de políticos congoleños. Se reunían en los *cercles des évolués* para hablar de libros y para debatir; se trataba de una especie de escuelas superiores populares que brotaron como setas. En 1950 había unas trescientas en todo el Congo. En las ciudades, las asociaciones tribales no se limitaban a ser bancos de ayuda, como antes, sino que se convirtieron en instituciones culturales que más adelante empezaron a albergar aspiraciones políticas. En Elisabethville aumentó la tensión entre los baluba procedentes de Katanga y los baluba procedentes de Kasai: estos últimos habían bajado a las minas en masa, lo que provocó la irritación de los locales. El resultado se tradujo en la aparición de nuevas asociaciones. En Léopoldville los bakongo se sentían amenazados por el aumento de los bangala procedentes de la provincia de Ecuador, que trabajaban en el ejército y en el comercio. El kikongo, el idioma original de la zona próxima a Kinsasa, quedó desbancado por el lingala. Se fundó la Abako, la Alliance des Bakongo, una alianza puramente cultural que defendía la lengua del pueblo kongo. Su fundador era, una vez más, un joven que había sido rechazado para ejercer el sacerdocio.

Un «evolucionado» (nunca había «evolucionadas», solo esposas de «evolucionados») era un hombre que había gozado de cierto grado de educación, tenía unos ingresos fijos, hacía gala de una gran seriedad profesional, era monógamo y vivía a la manera europea. El *évolué*, me explicaron una vez dos hijos de *évolués*, tenía una bicicleta Raleigh, a ser posible con marchas. «Era el Mercedes de los negros de entonces.» En su casa tenía una lámpara Coleman, un tocadiscos en el que ponía discos de Édith Piaf o de Wendo Kolosoy, que era música tranquila. «En cualquier caso, nada de música que diera pie a danzas obscenas. Los domingos, mis padres iban a bailar, mi padre se ponía un bombín para la ocasión.» Tras el parto, el *évolué* enviaba a su esposa a la asistencia en el consultorio, donde pesaban a su bebé. En casa, seguían los consejos de alimentación de las monjas blancas. Renegaban de los remedios tradicionales y de la religión de los antepasados, pero la brecha entre mujeres y hombres era muy grande. Ellos habían tenido educación y trabajaban, ellas carecían de estudios y de trabajo remunerado. En aquella época, en todo Stanleyville solo dos o tres mujeres podían mantener una conversación en un francés rudimentario^[67]. El hijo de un *évolué* me contó en una ocasión: «Ah, he oído tantas veces a mi padre decirle a mi madre: “¡Tú sí que eres una negra! ¡Así no viven los blancos!”.»^[68]

Los *évolués* no eran muy numerosos (apenas seis mil en 1946, apenas doce mil en 1954), pero su formación resultó ser decisiva. Lo trágico es que desearan un acercamiento a los europeos justo en el momento en que estos últimos se recluían cada vez más en sus villas para disfrutar de sus piscinas y de sus canchas de tenis. Aunque es cierto que en el Congo Belga había camioneros y telegrafistas negros, en los cafés y restaurantes la *colour bar* era más marcada que nunca. En Léopoldville, si un periodista blanco osaba entrar en un bar europeo junto con un compañero negro, las conversaciones cesaban. Los trenes y los barcos fluviales podían ser conducidos por maquinistas y capitanes negros, pero los compartimentos para pasajeros estaban estrictamente separados en función del color de la piel. Cuando un negro saltaba a la piscina, los blancos salían de ella. Los castigos corporales infligidos con el *chicotte* seguían siendo aplicables a todos los africanos, incluso a aquellos que conocían las declinaciones latinas y que leían los discursos de De Gaulle. El escritor Paul Lomami Tshibamba trabajaba para *La Voix du Congolais*, una revista para *évolués* controlada por el Estado. En el número 2 (1945), publicó un artículo muy controvertido, pese a ser bastante moderado, titulado *Quelle sera notre place dans le monde de demain?*^[45]. Según él mismo cuenta, el artículo le valió «innumerables juicios, acompañados de una infinidad de latigazos»^[69]. El *chicotte* azotaba, mientras que en otras partes de la ciudad se oían los raquetazos mucho más lentos contra las pelotas de tenis. Entretanto, los colonos blancos acudían a las carreras de caballos y organizaban competiciones de ciclismo de carácter festivo en las que los ciclistas aficionados corrían bajo las pancartas de Martini-Vermouth.

En ningún otro lugar he visto con mayor claridad el doloroso anhelo del *évolué* que en unos pocos segundos de filmación de *Heimweh nach den Tropen*^[e46], un apasionante documental de Luc Leysen. Estamos en 1951, en Léopoldville, y un juzgado integrado por blancos debe decidir sobre quién se llevará el primer premio del concurso. No se trata de examinar a caniches ni a aves de corral, sino a familias congoleñas que desfilan ante el jurado en presencia de un público formado solo por blancos. El padre con pantalón corto, a su lado su mujer y luego los niños, en riguroso orden de mayor a menor. El más pequeño lleva un cartel con el número de participante. El público aplaude, respetuoso. Después ellos siguen su camino con semblante serio... ¡Cuánta desesperación en tan pocos segundos^[70]!

Los *évolués* aspiraban a una posición jurídica especial que reconociera el lugar excepcional que ocupaban. Resultaba comprensible, puesto que se habían convertido en «mulatos sociales», en personas que oscilaban entre dos culturas^[71]. Los *évolués* de una pequeña ciudad como Luluabourg lo expresaron de una forma que resulta conmovedora:

Pedimos que el Gobierno tenga a bien reconocer que la sociedad nativa ha evolucionado mucho en los últimos quince años. Junto a la masa indígena que se ha quedado rezagada o está poco desarrollada, se ha formado una nueva clase social que constituye una especie de burguesía nativa.

Los miembros de esta élite intelectual nativa hacen todo lo posible por desarrollarse y llevar una vida decente, como hacen los europeos respetables. Esos *évolués* han comprendido que tienen deberes y obligaciones. Sin embargo, están convencidos de que se merecen, si no una posición jurídica especial, al menos sí una protección especial por parte del Gobierno, que les defienda contra medidas o tratos que se aplican a la masa ignorante o retrasada. [...] Resulta doloroso ser recibido como un salvaje, cuando uno está lleno de buena voluntad^[72].

También apena pensar que alguien que escribe con tanta elocuencia sea azotado con un látigo de cuero de hipopótamo. El tono sumiso, casi servil, delataba un enorme anhelo. El *évolué* no quería que se derribara el muro entre blancos y negros, pedía ayuda para pasar por encima. No luchaba contra la *colour bar*; no reclamaba derechos para «el pueblo congoleño», ni para su tribu, sino solo para el círculo al que había logrado acceder después de grandes esfuerzos. ¿Era egoísta? Sin duda. ¿Tenía algo de denigrante? Sí; pero al final, en su deseo de asimilarse, incluso había adoptado la perspectiva de la mayoría de los europeos al mirar a los indígenas.

Durante mucho tiempo las autoridades coloniales no supieron qué hacer. Al fin y al cabo nunca había sido su propósito crear una élite desarraigada. Su lema era: «Todo a su debido tiempo». La enseñanza media no llegó hasta 1938 y hubo que esperar hasta 1954 (solo seis años antes de la independencia, aunque eso no podían saberlo entonces) para que se creara la primera universidad, Lovanium, que dependía de la universidad católica de Lovaina. Durante los primeros años contó con treinta y tres estudiantes y siete profesores. Se podía estudiar ciencias naturales, ciencias sociales y administrativas, pedagogía y agronomía. Hasta 1958 no fue posible seguir estudios de derecho^[73]. Es decir, no tenían ninguna prisa. ¿De verdad era necesario reconocer ahora a una casta de privilegiados?

En 1948 el régimen belga decidió adoptar una solución provisional: el *évolué* podía recibir el «certificado de mérito cívico». Los candidatos debían carecer de antecedentes penales y no haber sido desterrados nunca, asimismo debían haber abjurado de la poligamia y la brujería y saber leer, escribir y contar. Por su parte, sus titulares quedaban exentos de los castigos corporales y serían juzgados por un juez europeo. Tenían acceso a pabellones separados en los hospitales y podían pasearse después de las seis de la tarde por el barrio blanco^[74]. Eso impresionaba mucho a los congoleños de a pie. En Boma, Camille Mananga, un hombre que tenía trece años cuando se introdujo el certificado, me contó: «Eso solo era para grandes figuras. Podían ir a comprar y a tomar algo en el barrio de los blancos. Era un gran honor. Yo era demasiado joven entonces. ¡El cielo estaba más a mi alcance que aquel certificado!»^[75]. Sin embargo, para las personas que llevaban años intentando ascender, aquellos privilegios eran irrisorios en proporción a sus esfuerzos. La desigualdad salarial estructural seguía existiendo. Victor Masunda, otro habitante de Boma y antiguo *évolué*, se indignaba al recordarlo: «Por supuesto que no solicité aquel certificado. No significaba un sueldo más alto. Muchos eran rastreros, pero yo me negué a rebajarme. Solicitarlo era humillante. ¿Tenía acaso que convertirme en el hermano pequeño de los blancos? No. Yo ya era mayorcito para comprarme mi vino tinto y mi *whisky*»^[76].

Por ello, en 1952 se lanzó la *carte d'immatriculation*, la «tarjeta de matriculación», un documento que en la vida pública y ante la ley debía conceder al *évolué* los mismos derechos que a la población europea. La principal ventaja consistía en que el *évolué* podía enviar a sus hijos a las escuelas europeas, algo que constituía una promoción social excepcional y que ofrecía una garantía de enseñanza de calidad. Sin embargo, dado el enorme recelo que sentían grandes sectores de la élite colonial hacia esta tarjeta, se impusieron unas condiciones no solo increíblemente rigurosas, sino también a menudo humillantes a quienes la solicitaban. Mientras se tramitaba la solicitud, un inspector podía presentarse de improviso en la casa del candidato para ver si él y su familia vivían de forma suficientemente civilizada. El inspector comprobaba si disponían de una cama para cada niño, si comían con cubiertos, si los platos hacían juego, si el cuarto de baño estaba limpio. Si la familia comía reunida en torno a la mesa o si, por el contrario, la madre esperaba, como en otros tiempos, con sus retoños en la cocina mientras el padre cenaba con sus invitados. Muy pocos cumplían los requisitos. Por consiguiente, se había negociado y luchado durante años para conseguir una posición jurídica que finalmente casi no beneficiaba a nadie. En 1958 se habían entregado tan solo 1557 «méritos cívicos» y tan solo 217 «matriculaciones», entre una población de catorce millones de habitantes^[77]. Y ello provocó frustración, puesto que tarde o temprano el deseo acaba convirtiéndose en aversión o incluso en hostilidad.

Si escribes «Jamais Kolonga» en YouTube, al cabo de unos segundos escucharás uno de los grandes clásicos de la rumba congoleña. Podría haber salido de la cosecha del Buena Vista Social Club, pero es una composición de African Jazz, el grupo musical más popular de la década de 1950 en el Congo. Al frente de la legendaria orquesta se encontraba Joseph Kabasele, apodado *Le Grand Kallé*. Escrita por Tino Baroza, su guitarrista de gran talento, la canción se convirtió en uno de los mayores éxitos de African Jazz. «Oye, oye, oye —decía el estribillo—, agárrame. Jamais Kolonga, agárrame. Si me sueltas, caeré». Ese «agárrame» tenía un doble sentido.

Salgo del coche en un callejón estrecho y polvoriento de Lingwala. ¿Será aquí? Durante la época colonial Lingwala era el barrio de los évolués. Todos los ancianos con los que he hablado conocían a Jamais Kolonga. ¡Por supuesto! Pero ¿no estaba muerto? ¿No se había publicado una noticia alarmante en la prensa local? El titular anunciaba: *Le vieux Jamais Kolonga laminé par la maladie!*^[e47] e informaba de que el hombre «que supo encarnar a vitalidad de Kinsasa de la década de 1960 gracias a sus ocurrencias y sus locuras» se encontraba gravemente enfermo.

Sin embargo, después de dar muchos rodeos y de pagar una fortuna en minutos de llamada conseguí una dirección y un número. Entré en una parcela de muros desmoronados en la que crecía un maíz amarillento y reseco. De una casa de bloques de hormigón salió un anciano con un pantalón corto y muletas.

—¿Es usted Jamais Kolonga?

—¡El único!

Algunos informantes han vivido muchas cosas, pero cuentan poco, mientras que otros tienen poco que contar, pero hablan mucho. Jamais Kolonga no pertenecía a ninguna de las dos categorías. Lo había vivido todo y era un excelente narrador. Aunque él no opinaba lo mismo: «Me acaban de operar de la cadera. No estoy bien. Tengo mucho dolor, a pesar de los medicamentos que tomo». Se apartó el pantalón y me mostró una cicatriz impresionante junto a la ingle.

—¿Puedo hacer algo por usted? ¿Necesita algo?

—¡Vino! Si tiene algo de dinero, uno de mis nietos puede ir a comprar vino.

—¿Vino? ¿En su estado? ¿Está seguro?

Pasé tres tardes enteras con aquel hombre pequeño y elocuente, unas veces en su sala de estar y otras a la sombra de la casa. Era una excelente compañía con mucho sentido del humor, una inquebrantable *joie de vivre* y una memoria excepcional. En una ocasión le visité en un pequeño hospital donde tuvo que hacer rehabilitación durante unos días y donde flirteaba sin parar con las enfermeras. Su cadera se recuperaba a ojos vistas. Pero ¿qué había pasado exactamente con aquella mujer blanca?

—Eso fue en 1954. Entonces yo tenía dieciocho años y trabajaba para la Otraco.

—¿La Office des Transports au Congo?

—Exacto. Mi padre también trabajaba allí. Empecé en los astilleros aquí, en Kinsasa, pero hasta que no cumpliera veintiún años mi sueldo se ingresaba en la

cuenta de mi padre. No era lo ideal, puesto que ni siquiera podía comprar alcohol. Por ello pedí el traslado al interior del país.

Mientras que todo el mundo emigraba a la ciudad, él se iba de ella.

—Me trasladaron a Port Francqui, lo que ahora es Ilebo. Está cerca de Kasai. Cuando se viaja desde Kinsasa a Lubumbashi, allí es donde se baja del barco para subir al tren. ¡En aquella época incluso tuve que alojar a los hijos de Simon Kimbangu que iban a visitar a su padre a la prisión! Bueno, así que era empleado de oficina. Y gracias a mi padre, yo era el único negro que podía entrar en las tiendas de los blancos. Bebía vino portugués y *whisky*. Sí, ya en aquella época.

Entretanto, una de sus nietas había vuelto del colmado con un tetrabrik de vino barato que puso frente a nosotros. Don Pedro. Yo preferí beber una Coca-Cola.

—Un día, Kabasele pasó por allí con su orquesta. Pero su tren descarriló y por ello perdieron el barco. ¡Estuvieron atrapados quince días en Port Francqui! Yo sabía que la hija de mi jefe flamenco se casaría pronto y le pedí a Kabasele que tocara en la boda. Dicho y hecho. Llegó el día de la fiesta. Aquella noche me había puesto un traje azul marino con una corbata roja. Solo había tres *évolués*. Había tenido que conseguir permisos especiales para los músicos, pues de lo contrario no podían permanecer en el barrio blanco por la noche. Yo estaba en la barra y miraba a una mujer portuguesa que bailaba muy bien. Tenga en cuenta que en 1954 un negro no podía tocar a una mujer blanca. ¡Ni siquiera hablar con ella! Las únicas mujeres blancas que veíamos eran las hermanas católicas. Solo los *boys* estaban en contacto con mujeres europeas casadas. Y, bueno, como le iba diciendo, vi que se movía bien y le pedí a su marido permiso para bailar con ella. ¡Así sin más! Fue un arrebato mío, una locura; pero aquel hombre asintió. Así que me acerqué a ella y la invité a bailar. Luego bailé con ella toda una canción entera. Después los blancos aplaudieron, ¡incluso el gobernador provincial! Más tarde Kabasele escribió una canción sobre aquella anécdota: «Jamais Kolonga».

Se sirvió un poco más de vino. Un *évolué* lo es para siempre.

—Hábleme de su padre.

—Nació el 1 de enero de 1900, en el Bajo Congo.

—¿Ah sí? ¿Se trata de una fecha arbitraria que le dieron los misioneros?

—No, es su fecha de nacimiento de verdad. Aquel día, un león había despedazado a alguien, a un negro. Cuando bautizaron a mi padre, los blancos todavía lo recordaban. Entonces aún había muchos leones y búfalos, incluso elefantes.

Ahora ya no hay. Ya no queda caza mayor en el Bajo Congo. Pero ¡qué evolución tan rápida! Tan solo medio siglo antes de que Jamais Kolonga bailara en una boda europea, en el Bajo Congo aún había leones que despedazaban a la gente. Y misioneros que a su manera también eran depredadores.

—Cuando [mi padre] tenía doce o trece años, el reverendo padre Cuvelier pasó por el poblado. Le dijo a mi padre: «Tú limpiarás mis zapatos. ¿Dónde está tu padre?», y a mi abuelo: «¿Puede regalarme su hijo?». «De acuerdo —dijo mi abuelo

—, se lo doy, siempre que venga a visitarme.» Mi abuelo era católico, ¿sabe? Cuando se casó por la Iglesia echó de casa a dos de sus tres esposas, aunque, por supuesto, se hizo cargo de los niños. En cualquier caso, mi padre se fue a la misión donde lo bautizaron el 13 de diciembre de 1913. Después lo matricularon en la escuela de los redentoristas en Matadi, seis años más tarde se fue a la nueva escuela secundaria de Boma. Así pues, se convirtió *ipso facto* en uno de los primeros en completar los estudios allí.

Era la primera vez en todos mis viajes que oía a un congoleño utilizar la expresión *ipso facto*.

—En torno a 1927 o 1928 lo recogió un funcionario de Otraco. Necesitaban gente inteligente. Hasta su jubilación, en 1958, mi padre trabajó para Otraco, siempre como oficinista. Cuando la empresa trasladó su sede principal de Thysville a Léopoldville, él se vino aquí. Mi padre se convirtió en un *évolué*. Estaba al frente de La cité Otraco, el barrio para el personal nativo. Daba órdenes a los albañiles, a los carpinteros y a los armadores de hierro. Visitaba las casas de los empleados de Otraco y cada sábado concedía una bonificación al que tuviera la casa más bonita y más limpia. Mi padre bebía vino, fue uno de los primeros en conseguir ese derecho. En los días de fiesta pronunciaba discursos ante el gobernador general, para Ryckmans, Pétilion o Cornelis, los conoció a todos. ¡En 1928 incluso pronunció un discurso ante el rey Alberto cuando este visitó la ciudad! Así que, por supuesto, le dieron el certificado de mérito cívico y más tarde la tarjeta de matriculación. ¡Por aquel entonces en todo el Congo no había más que cuarenta y siete *immatriculés*!

Eso imponía mucho. Incluso el viejo Nkasi se acordaba de él. «Joseph Lema era totalmente *mundele*.» El padre también accedió al comité de empresa de Otraco y más adelante incluso al consejo provincial. Formaba parte del primer grupo de congoleños que tuvo cierta responsabilidad en la Administración. Jamais Kolonga fue a buscar un sobre marrón mugriento del que sacó una foto en blanco y negro corroída por la humedad y las termitas. Se deshacía en sus manos.

—Aquí lo tiene. Y este de aquí es mi padrino. Papa Antoine. —Un hombre de uniforme, cubierto de medallas—. Era un excombatiente de la Primera Guerra Mundial y un buen amigo de mi padre.

En el dorso de la foto vi la escritura de su padre. Una caligrafía excepcionalmente elegante y regular, que delataba confianza en sí mismo.

—Yo soy de 1935. Nací en Kinsasa. Con mi padre hablaba francés, con mi madre kikongo, con los demás lingala. Mis padres eran del mismo poblado. Aunque mi madre estuviera casada con un *évolué*, cada año volvía a su poblado donde se quedaba durante un mes y medio. Sin duda fue allí donde sufrió la picadura de una mosca. En 1948 falleció a causa de la enfermedad del sueño. Mientras tanto yo iba a la escuela primaria en Saint-Pierre, el colegio del reverendo padre Raphaël de la Kéthulle. Durante el recreo me dejaba ordenar su biblioteca. Y cuando había un gran partido de fútbol, me encargaba que fuera a buscar el balón a su despacho y después,

mientras sonaba la música militar, yo, que era el más pequeño, tenía que caminar hasta el centro del campo para colocar el balón allí. De la Kéthulle me enseñó a ser valiente.

Le hubiese gustado hacerme una demostración, pero su cadera dolorida se lo impedía.

—¿Qué hizo después de la escuela primaria?

—Quería ser sacerdote. Durante dos años estudié latín y griego en el seminario menor de Kibula, a las afueras de Kinsasa, con los redentoristas; pero luego me echaron.

—¿Por qué?

—Porque no me gustaba el pan de mandioca. No me lo comía. Ellos opinaban que era un caprichoso. Jacques Ceulemans se llamaba el hombre que me echó. Todavía recuerdo su nombre. No tenía piedad. No me gustaba nada ese pan. Fue la mayor decepción de mi juventud, pero después de la independencia, cuando ya me habían nombrado portavoz, ese cargo me permitió echarlo a él. Ocurrió durante el motín de los soldados.

Deseo, frustración, ajuste de cuentas: se trata de un proceso psicológico conocido. El sacerdocio había sido también para Jamais Kolonga un ansiado sueño, un sueño del que se despertó brutalmente.

—Al final acabé mis estudios en Kinsasa, en el colegio Sainte-Anne, la escuela secundaria de De la Kéthulle. Allí estábamos todos juntos. Thomas Kanza, Cardoso, Boboliko, Adoula, Ileo. También estaba Bolikango, aunque él era un poco mayor.

Todos ellos hombres que acabarían asumiendo cargos clave después de la independencia. Bolikango negoció la independencia en Bruselas, Adoula, Ileo y Boboliko ocuparon, en algún momento, el puesto de primer ministro; Kanza fue el primer embajador del Congo en Naciones Unidas; Cardoso fue ministro de Educación...

—Estudiábamos con los scheutistas. El otro colegio era el de los jesuitas. Allí estaban, entre otros, Bomboko, Kamitatu, Albert Ndele.

Más nombres destacados de la historia del Congo. Los dos primeros fueron ministros de Asuntos Exteriores, el último, director del Banco Nacional. ¡Qué entorno, qué imagen de toda una época! Era la *jeunesse dorée*^[e48] del Congo. Allí se preparaba a una joven élite urbana llena de ambición. Ninguna generación anterior o posterior gozó de una enseñanza tan buena como aquella. Seguían teniendo cierto complejo de inferioridad frente a los blancos, pero el temor que había sentido la generación precedente se convertía en ellos en audacia, sobre todo en un hombre como Jamais Kolonga. Todavía sonreía cuando recordaba a *monsieur* Moritz.

—En 1952 empecé a trabajar en Otraco. *Monsieur* Moritz era uno de los jefes. Había un ascensor para los blancos y una escalera para los negros, incluso para los criados. Yo solía tomar el ascensor, porque tenía que ir a la tercera planta. Un día me encontré en el ascensor con el famoso *monsieur* Moritz. Y encima yo apestaba a vino.

Como mi padre era un évolué... En fin. Moritz me dio una bofetada y entonces empezamos a pelearnos. Al final acabé en la gendarmería de Otraco. Yo era de verdad el alborotador de la empresa^[78].

El Congo de la posguerra estaba en pleno cambio y los évolués constituían la prueba más clara de ello. Reinaba una atmósfera de expectación, cuyo punto culminante fue, sin duda, el famoso viaje que el rey Balduino emprendió entre mayo y junio de 1955. Por primera vez un monarca belga no se limitaba a darse una vuelta por los cenáculos del poder y por las reservas de caza de la colonia, sino que también reservaba tiempo para saludar al pueblo. La visita constituyó un clamoroso éxito, provocó una euforia sin precedentes. Los jóvenes trepaban a los árboles para saludar al rey, las mujeres lucían *pagnes* estampados con la efigie de Balduino, los niños cantaban a voz en grito «La Brabanzona»^[79]. El rey y su séquito recorrieron todo el país, como un circo ambulante que era recibido en todas partes con cánticos y danzas. En Stanleyville fue llevado en andas por hombres de la tribu bakumu. En Elisabethville las mujeres seguían al monarca mientras exclamaban: «¡Nuestro rey es tan joven y tan guapo! ¡Que Dios lo guarde!». (Lo llamaban «nuestro» rey; era la primera vez que esto sucedía.) En Kinsasa a alguien se le ocurrió la idea de que la modelo Victorine Ndjoli, que tenía carnet, condujera el coche del rey; al final el plan no se llevó a cabo. Lo llamaban *muana kitoko*, joven atractivo, pues seguía siendo muy joven y estaba soltero. Todos intentaban verlo. Se decía que mirarlo a los ojos o tocarlo traía suerte. Los niños de la provincia que nunca habían llevado calzado, recibieron su primer par de zapatos especialmente para aquel día. «Nos costaba caminar —dijo uno de ellos—, pero nos reímos mucho»^[80]. Hoy, los évolués ancianos siguen exhibiendo en sus hogares, junto a su foto de boda, un retrato oficial de Balduino.

Uno de los lugares que visitó el monarca durante su viaje fue Lingwala, el barrio de los évolués.

—Quería ver las casas que se habían construido con recursos del reino —me dijo Jamais Kolonga—. Así que vino a visitar la casa de mi padre que estaba en esta parcela.

Me señaló con la muleta la ventana donde ahora se estaba marchitando el maíz.

—Ahora la casa ha desaparecido, pero en aquella ocasión enviaron a *madame* Detiège, la asistente social de Otraco, a supervisar los sillones y arreglar la casa. Pintaron las paredes y pusieron flores sobre la mesa. El rey Balduino vino aquí con el gobernador general. Hablaron diez o incluso quince minutos con mi padre.

Cuesta creer que apenas unos meses más tarde ese mismo padre, en esa misma casa, recibiría la visita de un hombre que supo como ningún otro avivar en él el deseo por la independencia. Aquel hombre era Kasavubu. Solo unos años más tarde se convertiría en el primer presidente del Congo independiente.

Muchas cosas habían cambiado. Después de la Primera Guerra Mundial algunos deseaban regresar a la época anterior a la llegada de los blancos. Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial un creciente número de personas anhelaban tener un estilo de vida blanco. Todavía no se había declarado el fervor por la independencia, pero la guerra mundial había constituido un potente catalizador; había puesto en evidencia la vulnerabilidad de la madre patria y había desembocado en un nuevo orden mundial que cuestionaba el colonialismo evidente. En 1955, Antoine-Roger Bolamba, periodista, poeta y *évolué* supo expresar como nadie la tensión latente que ello provocaba. Fue el mayor poeta congoleño en francés de la época colonial.

Antes de entrar en la carne del combate
esperaré,
esperaré la hora roja de la intervención.

Encima de mi cabeza ya silba la flecha
que llevará lejos
el ímpetu vertiginoso del éxito^[81].

PRONTO SERÁ NUESTRA
UNA TARDÍA COLONIZACIÓN, UNA REPENTINA
INDEPENDENCIA

1955-1960

Y de repente todo sucedió a la velocidad del rayo. En 1955 ninguna organización nativa soñaba aún con un Congo independiente. Cinco años más tarde la autonomía política era un hecho. Aquella celeridad dejó boquiabiertos a todos, empezando por los propios congoleños. A fin de cuentas, el colonialismo belga al que estaban sometidos se encontraba impregnado de la idea de «gradualidad». El Congo debía abandonar paso a paso su origen primitivo para entrar en la modernidad. Los belgas consideraban que el objetivo final aún no se hallaba a la vista. Bien es cierto que desde la Segunda Guerra Mundial el país iba por buen camino, pero la «labor civilizadora» no había llegado ni a la mitad. «¿Independencia? —les dijo el misionero del Sagrado Corazón y futuro arzobispo Petrus Wijnants en 1959 a sus feligreses— ¡Quizá dentro de setenta y cinco años, pero, en ningún caso, dentro de cincuenta!»^[1].

Sin embargo, las cosas salieron de forma muy distinta. La gradualidad dio paso a un asalto; la parsimonia, al caos. ¿Los responsables? Nadie en concreto, o mejor dicho, todos. La rapidísima descolonización no fue obra de un determinado personaje o de un movimiento, sino de una interacción excepcionalmente compleja entre los diferentes actores. Era como una partida de *ping-pong* que empieza tranquilamente, con el lento rebote de la pelota a uno y otro lado de la mesa, y de repente se acelera y se transforma en un intercambio nervioso de golpes certeros y de sutiles movimientos, de peligrosos remates y de astutas fintas. La pelota vuela cada vez más rápido, tanto que ni los propios jugadores ni los espectadores saben con claridad qué está pasando con exactitud, dónde y cuándo. Nadie es capaz de seguir el juego, nadie tiene la visión de conjunto, pero todo el mundo sabe que no se puede seguir así por mucho tiempo. Y eso fue lo que sucedió en el Congo. Con la diferencia de que había más de dos jugadores, y de hecho más de una pelota. En la descolonización no estaban solo los congoleños frente a los belgas; los bloques no eran tan monolíticos. Del lado congoleño se encontraban los *évolués*, los religiosos, los militares, los obreros, los campesinos. Los habitantes del Bajo Congo tenían ambiciones distintas a

los habitantes del Kivu o de Kasai. Los treintañeros no compartían los mismos sueños que los sexagenarios. Sin embargo, tarde o temprano todos acabaron alrededor de la mesa de *ping-pong*. Del lado belga estaban, además de los belgas que vivían en la colonia, los de la metrópoli. Había liberales, católicos y socialistas. Las agendas de la Iglesia y de la casa real eran distintas a las de los industriales o a las de los sindicalistas. En el propio Congo los funcionarios coloniales tenían deseos distintos a los de los propietarios de plantaciones en el interior o los misioneros en la selva. Todos esos grupos de interés se encontraban codo con codo, frente a frente o espalda contra espalda. Y luego estaban los hinchas: la Unión Soviética, Estados Unidos y las Naciones Unidas gritaban desde las tribunas, flanqueados por estados jóvenes como Ghana, la India y Egipto. Los jugadores no sabían a quién escuchar, pero dada su posición de inferioridad los congoleños eran los que recibían más apoyo.

Y por si fuera poco, en el juego había varias pelotas: al menos tres. ¿Querían la independencia? ¿Cuándo la querían? Y ¿cómo debía ser ese Congo independiente? Esta última pregunta tenía que ver tanto con la organización interna del país (¿unitaria o federal?) como con las relaciones externas con Bélgica (¿una autonomía completa o un cierto vínculo constitucional?). La respuesta a esas tres cuestiones dio pie a posiciones muy dispares. Por ejemplo, a un lado de la mesa de *ping-pong* se podía defender una independencia incondicional e inmediata, que rompiera todos los lazos con Bélgica y mantuviera la unidad del Congo; mientras que al otro lado se era partidario de una descolonización lenta, que mantuviera un vínculo con la madre patria y diera una mayor autonomía a las diferentes provincias. Y entre ambas había todo un abanico de posiciones.

Era como si todo un campeonato de *ping-pong* se celebrara de forma simultánea y en una única mesa. Esto se tradujo en dimes y diretes, en irritación, en nerviosismo, en combatividad, en euforia, en desesperación y en locura. Y por supuesto en velocidad. Las reglas cambiaban continuamente. La única manera de mantener la cabeza fría era centrar la atención, limitar de forma deliberada el campo de visión, aferrarse a la propia táctica, tener ojos solo para el propio juego. Es lo que hicieron todos los participantes. Sin embargo, limitar el campo de visión lleva a la estrechez de miras y fue eso en concreto lo que provocó obcecación entre todos los jugadores. La trágica descolonización del Congo fue una historia con muchos puntos ciegos y de vez en cuando un poco de lucidez; aunque, por supuesto, a toro pasado, todo parece más fácil.

Estamos en 1955, seguimos en casa de Jamais Kolonga. Después de la visita del rey Balduino, su padre empezó a recibir visitas frecuentes de un *évolué* impecablemente vestido. «Kasavubu pasaba todos los días por aquí, por esta parcela —me dijo señalándome con el dedo el suelo donde el hormigón se deshacía—. Venía a discutir con mi padre por las mañanas y por las noches. Yo les servía vino. Kasavubu era un

auténtico *gentleman*.» En las fotos de aquella época se aprecia, en efecto, su aspecto sofisticado. Un traje a medida, unas gafas modernas, una mirada que parecen sonreír más que reír. Se rumoreaba que uno de sus antepasados era un chino que en la década de 1890 había trabajado en el ferrocarril entre Matadi y Kinsasa. A eso debía esa mirada, decían.

Kasavubu había nacido cuarenta años antes en un poblado del Bajo Congo, a cien kilómetros al norte de Boma, en el límite del bosque de Mayombe. Aprendió a leer y a contar en la misión de los scheutistas, y como no se le daba mal, le permitieron ir al seminario menor, donde podría ser ordenado sacerdote. Allí estudió latín y francés, y a los dieciocho años ingresó en el seminario mayor de Kabwe en Kasai. Era la primera vez que abandonaba el Bajo Congo. Sin embargo, después de tres años de filosofía llegó a la conclusión de que carecía de vocación. Abandonó el seminario, primero fue maestro, luego dependiente y por último funcionario, pero siempre acompañado de una pizca de servilismo sacerdotal. Nunca llegaría a ser un orador inspirado como Lumumba. Tenía una voz aguda y quebradiza y un tono más bien monótono y aburrido. Le costaba conseguir que se hiciera silencio en su auditorio. Estaba indudablemente dotado de inteligencia, pero esta era más el resultado del esfuerzo y de un razonamiento lento y perseverante que de una energía innata. Los numerosos debates con correligionarios le permitieron moldear sus prioridades hasta tener unas posturas claras. Una vez que estas quedaban definidas, Kasavubu conocía el arte de predicarlas con gran convicción.

Durante la guerra había emigrado, como tantos jóvenes, a Léopoldville. A los veinticinco años empezó a trabajar de oficial en el servicio de finanzas de la Administración colonial. De esta manera se convirtió en parte de la nueva élite negra urbana. Después del trabajo se iba a debatir con personas como el padre de Jamais Kolonga sobre el estatuto de los bakongo en Léopoldville. Estaban plenamente de acuerdo en que ellos eran los habitantes originarios de la zona que circundaba la capital y les exasperaba que el lingala, el idioma de los bangala que vivían río arriba en la selva, se estuviera convirtiendo en la *lingua franca* de la ciudad, en vez del kikongo, la lengua que hablaban ellos, los bakongo. ¿Acaso los bakongo no habían llegado antes? ¿Acaso no eran los más numerosos? ¿Por qué se impartía enseñanza en lingala? ¿Existía algo así como «el derecho de primer ocupante»? Ese eslogan fue un magnífico hallazgo: era una expresión procedente de la retórica colonial del siglo XIX, rescatada de la Conferencia de Berlín, pero Kasavubu lo aplicaba a la situación urbana de las décadas de 1940 y 1950.

Asimismo reflexionaba sobre cuestiones sociales y raciales. ¿Cómo era posible que los blancos ganaran mucho más que los *évolués*, más incluso que los *évolués* con una tarjeta de matriculación en el bolsillo? También en este caso Kasavubu moldeó su indignación en un eslogan atrevido: *À travail égal, salaire égal*, un mismo salario por un mismo trabajo. Eran declaraciones muy agresivas para alguien que hablaba en un tono tan almibarado.

En la capital, Kasavubu se afilió a Adapes, la asociación de exalumnos de los scheutistas. Después de la guerra, se convirtió en su secretario general, un cargo que ejercería hasta 1956 y gracias al cual consiguió muchísimos contactos en la élite de jóvenes urbanitas. Esta asociación tenía entonces entre quince y dieciocho mil miembros^[2]. En 1955, Kasavubu también pasó a presidir la Abako, la asociación tribal que defendía desde hacía algunos años la lengua y la cultura de los bakongo en Kinsasa. Su presidencia provocó un giro radical. Kasavubu transformaría Abako en una asociación explícitamente política. De esta manera se colocaba la primera piedra para la politización de los *évolués* y, de hecho, para el inicio de la descolonización.

Otro acontecimiento hizo que 1955 se convirtiera en un año decisivo, aunque ningún *évolué* en el Congo Belga pudiera sospecharlo, puesto que ocurrió en Bélgica y en neerlandés. En diciembre de aquel año la revista de la federación obrera católica flamenca publicó un artículo titulado «Un plan de treinta años para la emancipación política del África belga». El autor era un tal Jef van Bilsen, un corresponsal de la agencia de prensa belga que había trabajado durante mucho tiempo en el Congo y que daba clases en la escuela superior colonial. El artículo sugería que la colonia debía empezar, por fin, a formar a una élite intelectual. Había que preparar a una generación de ingenieros, oficiales, médicos, políticos y funcionarios para que el Congo pudiera, más o menos, valerse por sí mismo en torno a 1985^[3].

A diferencia de lo que suele afirmarse, el plan de Van Bilsen no fue rechazado en un primer momento, sino que fue objeto de indulgente interés tanto en Bélgica como en el Congo, incluso fuera de los círculos progresistas. Sus criterios sobre una emancipación lenta coincidían con la idea de «gradualidad» que defendía la trinidad colonial desde hacía décadas. Su plan de treinta años representó para la política lo que el plan decenal de 1949 para la infraestructura y la economía: una lenta modernización del país. No señalaba una ruptura con el modelo existente, sino que lo llevaba hasta el extremo. El hecho de que estableciera 1985 como fecha límite hizo que de repente todo se concretara, pero ni siquiera él pensaba en términos de una independencia completa: su idea era que después de esa fecha Bélgica y el Congo seguirían estando unidos por la Corona y formarían juntos una especie de confederación de estados, una mancomunidad *à deux*.

A principios de 1956 apareció una traducción francesa del artículo y ese fue el detonante. Empezaron a circular copias de la publicación en los barrios nativos de Léopoldville, los barrios donde todas las mañanas miles de personas salían de casa, con frecuencia descalzas, para ir a trabajar a los almacenes, a las fábricas de jabón o a las fábricas de cerveza de los europeos, los barrios donde todas las noches los *évolués* llegaban al hogar después de su jornada como mecanógrafos u oficinistas para un patrón blanco, los barrios donde algunos se quedaban hasta altas horas de la noche debatiendo sobre la situación del mundo mientras saboreaban un copa de vino portugués. ¿Por qué el jefe se dirigía a ellos diciendo Victor o Antoine y nunca *monsieur* Victor o *monsieur* Antoine? ¿Por qué todos los blancos los tuteaban y

nunca los trataban de usted, ni siquiera cuando llevaban gemelos y cuello blanco? En aquellos estrechos círculos el ensayo de Van Bilsen se convirtió en un éxito. Un blanco que pensaba en voz alta sobre la emancipación política de los negros: ¿era eso posible? Un plan que hablaba de enseñanza superior y de nuevas oportunidades: ¿no sería un sueño? Parecía que un rayo de sol hubiera atravesado la densa capa de nubes que cubría su existencia. ¿Así que esa situación no iba a perdurar eternamente?

Solo era un panfleto, que exasperó a Kasavubu cuando cayó en sus manos. Se trataba de la edición de julio-agosto de 1956 de *Conscience Africaine*, una revista de origen católico y de publicación irregular que apenas tenía unos años de existencia y muy poca tirada; estaba dirigida por Joseph Ileo, un hombre procedente de la provincia de Ecuador. Entre los seis redactores había muchos alumnos de tata Raphaël, uno de ellos era titular de un certificado de mérito cívico, otro tenía incluso la tarjeta de matriculación. La edición en cuestión se componía básicamente de un largo artículo anónimo titulado «Manifiesto». Kasavubu se percató de inmediato de que claramente los autores habían leído el plan de Van Bilsen. «Los próximos treinta años serán decisivos para nuestro futuro —leyó—. A partir de ahora, los belgas tienen que comprender que su dominio sobre el Congo no será eterno.»^[4] El texto hablaba, en plena consonancia con Van Bilsen, de emancipación política y de cambio progresivo; abogaba a favor de una iniciativa belgocongolesa conjunta y hablaba de una atmósfera de fraternidad que acabara con cualquier forma de distinción racial. ¿Acaso el rey Balduino no había predicado con el ejemplo durante su visita? El artículo proseguía: «Pedimos a los europeos que abandonen su actitud de menosprecio y de segregación racial y que eviten las continuas vejaciones que sufrimos. También les pedimos que renuncien a su actitud desdeñosa que hiere nuestro amor propio. No nos gusta que siempre se nos trate como a niños. Deben comprender que somos diferentes de ustedes y que, a la vez que asimilamos los valores de su civilización, queremos seguir siendo nosotros mismos»^[5]. El *évolué* ya no quería seguir anhelando, como llevaba años haciendo, pues no servía de nada, ahora deseaba confiar también en su propia fuerza. En mayúsculas ponía: «Queremos ser congoleños civilizados, no “europeos de piel negra”»^[6].

Kasavubu no ocultaba su enojo. No es que no estuviera de acuerdo con aquellos planteamientos, sino que le dolía tener que leer en otro sitio lo que él llevaba pensando desde hacía años. Además, casi toda la redacción de *Conscience Africaine* procedía de la provincia de Ecuador, mientras que él, Kasavubu, acababa de convertirse en el presidente de la mayor asociación de los bakongo. ¿Era posible que aquellos bangala, que hablaban lingala, llevaran la iniciativa en la lucha política en la capital? Resulta poco conocido, pero la rivalidad étnica en las grandes ciudades desempeñó un papel tan importante en la descolonización como el rechazo hacia la dominación extranjera, pese a lo artificiales que eran muchas de aquellas «tribus». Los «bangala» que tanto exasperaban a Kasavubu eran, como tribu homogénea, un constructo del Bureau International d'Ethnographie (se trataba de un mosaico de

culturas de la selva ecuatorial, nunca había existido un vínculo tribal global). Sin embargo, gracias a las escuelas misioneras, aquella invención de los etnógrafos de la década de 1910 acabó siendo muy real en la Kinsasa de la de 1950^[7]. Los bakongo no querían ser menos que los bangala.

Apenas unas semanas más tarde, Kasavubu convocó a los miembros de la Abako para examinar y comentar el manifiesto de *Conscience Africaine*. En agosto de 1956 publicaron un «contramanifiesto» que tenía que superar al primer texto y, a ser posible, pulverizarlo. El tono era mucho más radical y el contenido abiertamente revolucionario. ¿Qué opinaban del plan de treinta años de Van Bilsen y de *Conscience Africaine*? «Nosotros, por nuestra parte, no queremos colaborar con la ejecución de este plan, sino únicamente suprimirlo, pues su aplicación provocaría tan solo más retrasos para el Congo. En el fondo no es más que la eterna canción de cuna. Se nos ha acabado la paciencia. Ha llegado el momento y, por consiguiente, deben concedernos la emancipación hoy en lugar de aplazarla otros treinta años. La historia nunca ha conocido emancipaciones tardías porque, cuando llega la hora, los pueblos ya no esperan.»^[8]

Por supuesto, eso de «los pueblos» era exagerado. Kasavubu no tenía detrás de sí al pueblo congoleño, incluso en amplias extensiones de «su» Bajo Congo ni siquiera conocían su nombre. Solo hablaba en nombre de los *évolués* de habla kikongo de la capital. No obstante, aquel texto cayó como una bomba en los círculos coloniales. Era la primera vez que un grupo de congoleños pedía de forma tan abierta un proceso de emancipación acelerado. No les atraía una confederación de estados con la madre patria. Y la unidad de la colonia tampoco parecía sagrada para ellos; solo salían en defensa del Bajo Congo. Muchos colonos se quedaron desconcertados. Calificaron aquello de «locura», de «carrera suicida», de «racismo peor que el racismo al cual afirman combatir»^[9]. Jef van Bilsen se convirtió en el cabeza de turco. Lo acusaron de haber abierto la caja de Pandora.

El hecho de que la llamada a la independencia pillara por sorpresa a los colonos del Congo evidencia hasta qué punto vivían en un mundo cerrado. A fin de cuentas, después de la Segunda Guerra Mundial una primera oleada de descolonización había barrido Asia. En solo tres años, entre 1946 y 1949, se habían independizado las islas Filipinas, la India, Pakistán, Birmania, Ceilán e Indonesia. Aquella ola llegó al norte de África, donde Egipto se sacudió el yugo británico y Marruecos, Túnez y Argelia ansiaban conseguir una mayor autonomía política. Figuras como Nehru, Sukarno y Nasser mantenían buenos contactos. Aquello culminó en 1955 con la importantísima Conferencia de Bandung, en Java, una cumbre afroasiática en la que el acuerdo entre los nuevos países y los que anhelaban la independencia fue unánime a la hora de relegar el colonialismo al basurero de la historia. «El colonialismo, en todas sus manifestaciones, es un mal al que hay que poner fin rápidamente», decía la declaración final^[10]. En Bandung no había ninguna delegación congoleña, pero sí una del vecino Sudán, que unos meses más tarde conseguiría la independencia. Además,

después de aquella conferencia las emisoras de radio empezaron a propagar el antiimperialismo desde suelo egipcio e indio. A través de la onda corta, en el Congo se podía escuchar La Voix de l'Afrique Libre, que emitía desde Egipto, y All India Radio, que incluso ofrecía emisiones en suajili^[11]. Su mensaje se difundió gracias a una innovación técnica: el transistor. La introducción de este minúsculo y asequible aparato tuvo enormes consecuencias. Ya no hacía falta ir a la plaza del mercado o a la esquina de la calle para escuchar los boletines oficiales de Radio Congo Belge, sino que en la intimidad de la sala de estar se podía disfrutar en secreto de emisoras extranjeras prohibidas que repetían que África era de los africanos.

Para hacer frente a aquella atmósfera de creciente agitación Bruselas decidió introducir por fin una incipiente participación en el poder. La clase política llevaba ya diez años peleándose sobre las posibles formas de participación nativa en las ciudades, y en 1957 se aprobó, por fin, una ley referente a ella. Los barrios nativos de algunas grandes ciudades tendrían sus propios alcaldes y sus propias corporaciones municipales. De este modo, por primera vez se concedía a los congoleños un poder real en el escalón inferior de la Administración. Los administradores ya se habían percatado de que los consejos de barrio informales funcionaban bien para solucionar los problemas locales, sobre todo si los miembros eran elegidos por la comunidad^[12]. A partir de entonces esos miembros se designarían mediante elecciones formales, aunque los alcaldes aún quedaban bajo la autoridad de un «primer alcalde» belga. A finales de 1957 se celebraron las primeras elecciones de la historia del Congo Belga, sin embargo, estas se limitaron a Léopoldville, Elisabethville y Jadotville y solo tenían derecho a votar en ellas los hombres adultos.

El Congo era en aquel momento una de las colonias más urbanizadas, proletarizadas y educadas de África. Nada menos que el 22 por ciento de la población vivía en la ciudad, el 40 por ciento de la población activa masculina trabajaba para un empleador y el 60 por ciento de los niños acudía a la escuela primaria^[13]. Esta situación era tan novedosa como precaria. En la primera mitad de la década de 1950 los salarios habían experimentado una espectacular subida, pero a partir de 1956 ese crecimiento se estancó y hasta manifestó un importante retroceso. Debido al descenso de los precios de las materias primas en el mercado internacional, la economía se ralentizó (entre otras razones a causa del final de la guerra de Corea). En las ciudades apareció el desempleo^[14]. Kinsasa no tardó en tener cerca de veinte mil parados^[15]. Los que perdían su trabajo se instalaban en casa de familiares que todavía tenían ingresos. Las casas y las parcelas de la *cit * se vieron pronto abarrotadas^[16]. Empezaron a surgir pequeños bares por todas partes. El alcoholismo y la prostitución crecían sin cesar; cuando la vida se endurece, la moral se relaja. En aquella atmósfera de inquietud se celebraron las primeras elecciones.

El hecho de que solo pudieran votar los hombres adultos no significaba que las mujeres y los jóvenes no se implicaran políticamente. Es en estos dos grupos donde aparecen en torno a esa época manifestaciones alternativas de participación social: las *moziki* y los *bills*. Las primeras eran asociaciones de mujeres que se reunían para ahorrar y hablar de las tendencias de la moda, algo que en sí podría parecer bastante banal. En determinadas fiestas las integrantes de estas asociaciones presumían vestidas con telas nuevas y lujosas. Sin embargo, detrás de este acto se encerraba un mensaje. Las *moziki* tenían nombres como *La Beauté*, *La Rose* y *La Jeunesse Toilette*, siempre en francés, pues eso les confería cierta categoría. Era su manera de reaccionar al abismo entre hombres y mujeres. Adoptaban la lengua de los hombres *évolués* y afirmaban su propio progreso social. Las mujeres que integraban estas asociaciones eran asistentes sociales, maestras o comerciantes. Victorine Ndjoli, la primera mujer titular de un carnet de conducir, creó con algunas amigas la asociación La Mode: «Estábamos influenciadas por la moda europea que seguíamos en los catálogos de venta por correo. Aquellos nombres franceses demostraban que habíamos ido a la escuela, que éramos civilizadas. Las mujeres tardaron mucho en obtener el derecho de aprender francés y, por consiguiente, hablarlo se convertía en una manera de situarse al mismo nivel que los hombres»^[17]. También la locutora de radio Pauline Lisanga era miembro.

Muchas de aquellas *moziki* se asociaban con una de las orquestas populares de la ciudad. La palabra *moziki* deriva de *música*. La Mode de Victorine Ndjoli era fan incondicional de OK Jazz, la Orchestre Kinois de François Luambo Makiadi (Franco), el hombre que hasta hoy es considerado el mayor guitarrista y compositor de rumba congoleña y que, en una historia de la música negra menos anglocéntrica, se habría ganado un lugar junto a B. B. King, Chuck Berry y Little Richard. Lo llamaban Franco de Mi Amor^[e49], *le sorcier de la guitare*, Franco-le-Diable. Victorine acudía a sus conciertos acompañada de sus amigas (e incluso se casaría con uno de los músicos), bebían *mazout*, cerveza mezclada con un refresco. La cerveza tenía que ser de la marca Polar, pues era de Bracongo, la cervecera donde en aquella época empezó a trabajar un tal Patrice Lumumba. «Yo era partidaria de Lumumba, nosotras apoyábamos a su MNC [Mouvement National Congolais]», me dijo Victorine. Aquella elección no era en absoluto clara en una ciudad en la que la Abako empuñaba el cetro. «Cuando murió Lumumba, todas estábamos de luto.»^[18] Las mujeres no tenían derecho a votar, pero la moda, la música, la vida nocturna, la bebida y el baile adquirieron una connotación política. Votaban con los vasos. A fin de cuentas, Primus, la cerveza de la competencia, era la que bebían los partidarios de Kasavubu^[19].

Y luego estaban los jóvenes. Después de medio siglo con bajas tasas de natalidad, las cifras de población empezaron a incrementarse de manera considerable a partir de la década de 1950. Entre 1950 y 1960 nacieron dos millones y medio de congoleños. El día de la independencia el país tenía unos catorce millones de habitantes. El Congo

rejuvenecía: a mediados de la década de 1950 el 40 por ciento de la población tenía menos de quince años^[20]. Desde el punto de vista demográfico, así como desde el social y político, los jóvenes se convirtieron en una categoría muy importante. Los *bills* eran la primera forma de cultura juvenil de la colonia^[21]. Fueron para Léopoldville lo que los *nozems*^[e50] para Ámsterdam, los *zazús*^[e51] para París y los *teds*^[e52] para Londres. Sacaban su inspiración de las películas del Oeste que se proyectaban en la cité. Como su nombre indica, Buffalo Bill era su ídolo. Tenían su lengua juvenil, el *hindubill*, un modo de vestir propio (pañuelos, vaqueros y cuellos de camisa alzados en referencia al lejano Oeste) y se burlaban de los impecables *évolués*. Estos a su vez se preocupaban mucho de la decadencia de la juventud. Todo era culpa de las perniciosas películas:

Es preciso poner coto al cine. Las películas de policías y de vaqueros son muy populares. Todos esos guiones muestran a los espectadores —que muchas veces son jóvenes e incluso a veces niños— cómo robar, matar y, en una palabra, hacer el mal.

Al ver los anuncios y carteles, uno se creería en ocasiones en el reino de la brutalidad y la sensualidad.

¿Cómo hemos de enseñar a nuestros hijos e hijas el recato, la bondad, el amor al prójimo, el respeto por uno mismo y por los demás? El gran mal se esconde en las salas de cine.

¿Qué se ve en esas habitaciones que no sean las películas más eróticas compuestas de las escenas más voluptuosas, en las que además se escucha una música muy sensual?

Una noche asistí a una sesión cinematográfica. En la sala había en total diez adultos. ¿El resto? Niños de edades comprendidas entre los seis y los quince años. La sala estaba repleta de «chavales». Había un ruido de mil demonios... Los muchachos pateaban de impaciencia... La pantalla de cine se iluminó... Una película de vaqueros... Aplausos... Gritos de alegría... Una aventura amorosa... Con besos por todas partes y exclamaciones de «¡ah!» en todos los rincones... Después vinieron las peleas y los disparos que causaron una alegría indescriptible entre los jóvenes... Dos películas malas... Después de la sesión los jóvenes repitieron lo que habían visto durante dos horas en la pantalla. Los chicos molestaban a las chicas que salían de la sesión besándolas en las mejillas... Se perseguían con un palo imitando el sonido de una pistola, para emular a los vaqueros...

He ahí las lecciones de moral de la sesión de aquella noche...

¡Deplorable!

No nos hagamos ilusiones. El cine se convertirá en una escuela de gánsters en el Congo Belga si no se prohíbe la exhibición de determinadas películas en la cité o en los centros *extra-coutumiers*^[22].

Los *bills* pasaban por alborotadores que se entregaban al hurto, al desenfreno y a la marihuana. La delincuencia juvenil en las ciudades aumentó, en efecto, en aquella época, pero tenía que ver más bien con el robo de una cesta de papayas o como mucho de una bicicleta que con delitos graves^[23]. No obstante, había algo nuevo. La autoridad paterna se debilitaba, el prestigio del *évolué* era objeto de burla, la influencia del jefe tradicional ya se había volatilizado mucho antes. Los *bills* crearon su propio mundo y se organizaron en bandas, cada cual con un territorio en la ciudad, y rebautizaron esos territorios con nombres como Texas o Santa Fe. Aunque los *bills* no exteriorizaban ningún interés político, generaban una atmósfera de rebelión y resistencia altamente inflamable.

El domingo 16 de junio de 1957 sesenta mil espectadores confluieron en el Stade Roi Baudouin de Raphaël de la Kéthulle para asistir a un histórico encuentro de fútbol: el F. C. Léopoldville, el primer equipo nacional, contra la Union Saint-Gilloise de Bruselas, uno de los clubes de más éxito de la historia del fútbol belga^[24]. Era algo nuevo. Por primera vez un equipo congoleño se enfrentaba a otro belga en la colonia. Fue un encuentro violento con un final brusco. El arbitraje estuvo en manos de un oficial del ejército belga, cuyas decisiones generaron mucho resentimiento. Cuando anuló por segunda vez un gol congoleño por fuera de juego, la muchedumbre reaccionó con furia. El resultado final fue de 4-2 a favor de los belgas. «¡Tongo!», gritaban los hinchas. Al abandonar el estadio, los *bills*, los obreros, los parados, los muertos de hambre, las *mamans* indignadas y los escolares descargaron su cólera en los alrededores. Hubo gritos y puñetazos. Las bandas juveniles y los espectadores acudieron de prisa para intervenir en la refriega. Los coches de los colonos blancos que querían abandonar el estadio fueron apedreados. Nunca se había visto nada igual. ¿No se suponía que el fútbol tenía que apaciguar al pueblo? La policía tuvo que intervenir. El incidente se saldó con cuarenta heridos y cincuenta coches carbonizados.

Las crecientes tensiones repercutieron en las elecciones del 8 de diciembre de 1957. Entre un 80 y un 85 por ciento de los votantes acudió a las urnas, lo que convirtió a las elecciones en un rotundo éxito. En Léopoldville la Abako había realizado un trabajo excelente e incluso obtuvo el voto de personas que no eran bakongo. Ganaron ciento treinta y nueve de los ciento setenta escaños de los consistorios municipales. Consiguieron hacerse con seis de los ocho puestos de alcalde nativo. En Elisabethville los emigrantes de Kasai, el principal grupo de población de la ciudad, lograron una parte importante de los votos. Por lo demás, la Union Congolaise, una asociación de *évolués* católicos y probelgas, consiguió un buen resultado; también fueron elegidos nueve blancos^[25].

Para Bruselas, aquellas elecciones, que habían resultado ser un éxito y que habían discurrido con tranquilidad, marcaban el inicio de una democratización controlada de la colonia. Ahora había que celebrar elecciones locales también en otros lugares, seguidas por elecciones provinciales y luego nacionales. Sin embargo, según Kasavubu, era demasiado tarde para establecer este ritmo escalonado. Cuando aceptó el cargo de alcalde del municipio de Dendale en Léopoldville, hizo exactamente lo mismo que Lumumba en su investidura como primer ministro en 1960: pronunciar un discurso incendiario.

La democracia no se habrá instaurado mientras para contener la acción democrática se siga nombrando a funcionarios en lugar de designar a los representantes elegidos por el pueblo. La democracia no se habrá establecido mientras la policía no tenga comisarios congoleños. Lo mismo puede decirse del ejército: no tenemos oficiales congoleños, ni supervisores congoleños en el servicio médico. ¿Y qué decir de la dirección de la enseñanza y la inspección? No habrá democracia mientras no haya sufragio universal. Por consiguiente, aún no se ha dado el primer paso. Pedimos elecciones generales y autonomía interna^[26].

Aquellas palabras le valieron a Kasavubu una amonestación por parte del Gobierno, pero eso apenas le afectó. El cargo de alcalde le ofrecía además de un salario elevado, muchísimo prestigio entre la población local. Por consiguiente, siguió haciendo campaña. Las elecciones no aportaron tranquilidad al país, sino que avivaron aún más el fuego.

Y la bomba de relojería seguía activada. 1955: la asociación Abako se politiza. 1956: se publican los manifiestos de *Conscience Africaine* y de la Abako. 1957: llegan las elecciones municipales y el inicio del malestar. Sin embargo, el año del gran cambio sería 1958. No obstante, el motivo directo era festivo y se desarrolló en una atmósfera de cordial fraternización: la Exposición Universal de 1958 de Bruselas. Nada apuntaba a que los amenos paseos por los pabellones de la Exposición Universal fueran a despertar las ansias revolucionarias. Pero así fue. Aquella feria mundial dejó a Bélgica un Atomium y al Congo un inmenso deseo de autonomía.

Jamais Kolonga me lo confirmó. Si bien hacía años que pequeños grupos de évolués podían ir de viaje de estudios a Bélgica, para la Exposición Universal de Bruselas se invitó a cientos de congoleños —entre ellos a un nutrido grupo de militares— a una estancia de varios meses. Parecía una especie de *Wiedergutmachung*^[e53] por los trescientos congoleños que habían permanecido expuestos en Tervuren en 1897. Aunque la Exposición Universal también incluía un poblado congoleño a la sombra del Atomium, la mayoría de los congoleños que había viajado a Bélgica estaba allí en calidad de visitante. «Mi padre pudo ir en 1958 a Bélgica —me contó Jamais Kolonga—, estaba muy impresionado por lo que vio allí. Europeos que fregaban los platos y barrían las calles, no creía que eso pudiera existir. ¡Incluso había mendigos blancos! Eso le abrió los ojos.»^[27] ¡Qué contraste con la imagen de Bélgica, que solo conocían de las historias de los misioneros, y con la actitud de sus superiores! El blanco ya no era un semidiós inalcanzable. No supuso una decepción, al contrario, resultó ser muy ilusionante. Dejaba margen para el crecimiento social, también en África. Además, los congoleños constataron que eran bien recibidos en los restaurantes, en los cafés y en los cines bruselenses, incluso en los burdeles, murmuraban algunos^[28]. Eso también contrastaba enormemente con la segregación a la que se veían sometidos a diario en la colonia.

Los visitantes de la Exposición Universal no solo descubrieron otra Bélgica, también a los otros congoleños. Los de Léopoldville hablaban por primera vez con gente de Elisabethville, Stanleyville, Coquilhatville y Costermansville. Debido a la extensión de su país y a las restricciones para viajar, los contactos entre las distintas regiones de la colonia eran escasos. Los agricultores emigraban a la ciudad, pero los habitantes de las ciudades las abandonaban pocas veces o nunca. No obstante, durante los meses en Bélgica intercambiaron experiencias, hablaron de la situación en casa y soñaron con otro futuro. Durante la Exposición Universal varios évolués

fueron abordados por políticos y por líderes sindicalistas belgas, tanto de izquierdas como de derechas. Aquello también propició una toma de conciencia política.

Sin embargo, Longin Ngwadi (Élastique), el futbolista estrella del Daring, que era *boy* del gobernador general Pétilion, tuvo menos suerte. Cuando lo entrevisté en Kikwit me contó que en 1958 pudo viajar a Bélgica, pero no vio nada de la Exposición Universal. «Fuimos en avión. Yo acompañaba a Pétilion porque era su *boy maison*. Me quedé en Namur, donde tenía que ocuparme de la comida y de la colada. Pétilion fue a la Exposición Universal a ver toda la *marchandise*. Cobre, diamante, todo lo del Congo, todo lo de todos los países.» Mientras el gobernador general cenaba en Bruselas con el duque de Edimburgo y el ministro holandés de Asuntos Exteriores, Longin se quedaba solo en una cocina de Namur. «Allí comí como es debido, con cubiertos. Me había fijado en cómo debía hacerlo. *Madame* la gobernadora se reía si yo no comía como era debido. Me lo pasé muy bien en Bélgica. Me hicieron muchos regalos. Oí hablar de trenes que desaparecían debajo de la tierra y del puerto marítimo. Namur era un poblado inteligente, como Kikwit.»^[29]

A Pétilion aquella idea de la Exposición Universal le pareció funesta. ¿Llevarse a trescientos congoleños a Bruselas y someterlos durante meses al adoctrinamiento de algunos belgas? «En la mezcla de gentes y las locuras de la Exposición Universal, donde podían actuar con libertad, tuvieron éxito en su dudoso trabajo de zapa y de intoxicación, incluso entre los soldados de la Force Publique. Es terrible pensar que aquello ocurrió bajo la mirada impasible de un Gobierno belga que no parecía darse cuenta de que el Congo se sumía cada vez más en una atmósfera prerrevolucionaria.»^[30] Este hombre experimentado tenía serias objeciones contra el plan. Debido a ello, durante aquel viaje le pidieron que se quedara en Bélgica y que asumiera el cargo de ministro de las Colonias. Su predecesor, Auguste Buisseret, uno de los pocos liberales en ocupar aquel puesto, había seguido un enfoque demasiado ideológico que, entre otras cosas, había introducido la enseñanza laica en la colonia. Según todos los que querían un Congo sumiso, aquello debilitaba la cerrada jerarquía de la autoridad blanca. Se imponía, por tanto, buscar a un ministro técnico: mejor un hombre que conociera el terreno que quisquilloso. El rey Balduino impulsó esta idea, Pétilion aceptó el cargo, aunque transcurridos cuatro meses tiró la toalla. Longin nunca vería el Atomium.

Quien sí pudo admirar las construcciones de acero y hormigón de la Exposición Universal fue un joven de veintiocho años procedente de la provincia de Ecuador. Era hijo de un cocinero de la misión de los padres capuchinos y había ido a la escuela primaria en Léopoldville con los scheutistas. Después de un año de enseñanza media inició su carrera en la Force Publique, donde fue secretario-contable-mecanógrafo, y en 1954 consiguió el grado de sargento. Le gustaba mecanografiar. Con su máquina de escribir empezó a redactar, bajo seudónimo, textos para periódicos coloniales como *Actualités Africaines*. En 1956 abandonó el ejército para dedicarse al periodismo a tiempo completo. Dos años más tarde fue uno de los elegidos para ir a

Bruselas. En la Exposición Universal, su aspecto no llamaba la atención, era un hombre desgarrado y tímido que en las conversaciones con europeos repetía sin parar la muletilla *n'est-ce pas*^[e54]. Sin duda era amable, aunque bastante torpe. Su nombre: Joseph-Désiré Mobutu.

Los últimos meses de 1958 fueron especialmente tormentosos. Los visitantes de la Exposición Universal regresaron al Congo; la guerra de la independencia en Argelia alcanzaba un punto crítico; Marruecos y Túnez se habían librado del yugo colonial. Más cerca de casa el vecino Sudán pasaba de ser una colonia británica a convertirse en un Estado autónomo y en Brazzaville el presidente francés Charles de Gaulle pronunció las históricas palabras: «¡Quienes quieran la independencia pueden tenerla!». Lo dijo a modo de provocación (puesto que quien aceptara el reto perdía de inmediato todo el apoyo de Francia), pero a los belgas del otro lado del río se les atragantó el café cuando lo oyeron por la radio^[31]. En cambio, en los barrios populares se oyeron gritos de júbilo.

El 10 de octubre de 1958 la agencia de prensa belga en Léopoldville recibió un comunicado que anunciaba la creación de un nuevo partido político. Eso no resultaba tan extraño, pues aquel mismo mes se habían fundado otros partidos en el Congo: el Cerea en el Kivu (Centre de Regroupement Africain), la Conakat en Katanga (Confédération des Associations Tribales du Katanga). Cada región parecía querer de repente su propio partido; a nadie se le habían escapado los éxitos electorales de la Abako. La novedad era, no obstante, el enfoque nacional radical del comunicado. Eso se desprendía ya del nombre del partido: el Mouvement National Congolais, MNC. Uno de los puntos del programa era que se iba a «luchar con fuerza contra todas las formas de separatismo regional», porque eran «incompatibles con los intereses superiores del Congo». La Abako solo se había preocupado del Bajo Congo, pero el MNC sacaba sin dudar la tarjeta nacional. El Congo debía ser liberado «del control del colonialismo imperialista con vistas a conseguir la independencia del país en un plazo razonable y mediante negociaciones pacíficas»^[32]. Era la primera vez que un movimiento político consideraba el Congo como una entidad. La lista de nombres con la que finalizaba el comunicado incluía a personas de diversos rincones y pueblos del país. Había bakongo, bangala y baluba, católicos, liberales y socialistas, así como sindicalistas y periodistas. El autodeclarado presidente del partido se llamaba Patrice Lumumba.

Lumumba había nacido en 1925 en Onalua, un poblado de Kasai. Étnicamente pertenecía a los batetela, la tribu que a finales del siglo XIX había encabezado el gran amotinamiento contra las campañas árabes. El padre de Lumumba era un católico sin formación, conocido por tener un temperamento iracundo y un carácter desabrido, que bebía vino de palma de su propia cosecha. Lumumba fue a la escuela en misiones protestantes y católicas y durante la guerra, después de vagar por el interior, emigró a la gran ciudad: Stanleyville. Allí trabajó de funcionario administrativo de rango inferior antes de entrar en correos como oficinista. Los servicios postales lo enviaron

a Léopoldville a un curso de formación, donde mejoró su deficiente francés y donde adquirió un insaciable deseo de aprender. De vuelta a Stanleyville se convirtió en un ávido lector que trabajaba de voluntario en la biblioteca y que no se perdía ninguna conferencia, ni ninguna velada educativa. En 1954 consiguió la muy codiciada tarjeta de matriculación. Su confianza en sí mismo aumentaba a pasos agigantados. Empezó a implicarse de forma muy activa en la vida asociativa de la ciudad mientras compaginaba sin dificultad diferentes cargos: era presidente de la asociación de empleados de correos, dirigía la sección regional del sindicato APIC, mantenía contactos con el partido liberal belga y fue elegido presidente de la Association des Évolués de Stanleyville^[33]. Era conocido por dormir máximo dos o tres horas^[34]. Además de las numerosas reuniones a las que asistía, escribía análisis políticos. Empezó a enviar artículos a periódicos como *La Croix du Congo* y *La Voix du Congolais* y hasta fundó su propio diario: *L'Écho postal*. Quienes lo conocieron en aquellos días en Stanleyville se sorprendían. Lumumba era rápido, perspicaz y derrochaba entusiasmo y energía. Tenía gran capacidad oratoria y de convicción. Sus gafas, su pajarita y —una rareza en los hombres africanos— su barba le conferían, según muchos, una apariencia inteligente y atractiva. Su encanto y su soltura ocultaban una enorme ambición, aunque a veces tenía tendencia a seguirle la corriente a su interlocutor, lo que en ocasiones le proporcionaba cierto aire camaleónico.

En 1955, el año en que Kasavubu asumió la presidencia de la Abako, Lumumba orientó la *Association des Évolués de Stanleyville* hacia un planteamiento más político. De este modo se convirtió en el congoleño con mayor influencia de la ciudad. Durante la visita del rey Balduino consiguió hablar durante diez minutos con el monarca en una recepción en el jardín del gobernador provincial. A orillas del río, entre las buganvillas, expuso al joven rey, que tenía su misma edad, algunos de los problemas de la población nativa. Balduino lo escuchó con atención y le hizo preguntas. Ambos entablaron una verdadera conversación. El rumor de aquella entrevista se propagó rápidamente por las calles de Stanleyville. Ya nada podía arrebatarle a Lumumba su posición entre el pueblo. Poco después pudo partir durante un mes con un grupo de jóvenes y prometedores congoleños en viaje de estudios a Bélgica, un viaje en el que alabó, sin sombra de ironía, las buenas acciones de Leopoldo II y del colonialismo belga^[35]. Sin embargo, a su regreso, después de once años entregado a los servicios postales, fue condenado por falsificación de documentos y por malversación de fondos. Más tarde diría: «¿Hice otra cosa que no fuera recuperar algo del dinero que los belgas habían robado al Congo?»^[36]. Tras una pena de prisión de doce meses, se mudó a Léopoldville. Allí empezó a trabajar para Bracongo, la fábrica que elaboraba la cerveza Polar, y llegó a director comercial, un cargo que le proporcionaba un salario superior al de muchos blancos. Con la cerveza Polar inició la lucha contra la competencia: Primus. En los barrios populares, Patrice repartía botellas de cerveza. También entonces su elocuencia obraba milagros. Traía

cerveza y la promesa de libertad. Saciaba a las masas y las dejaba sedientas de más. La emancipación comenzó con una cerveza gratis. Polar prosperaba y Patrice se hizo famoso. Poco a poco trabó amistad con un grupo de jóvenes intelectuales. A diferencia de sus interlocutores, él conocía grandes áreas de la colonia. Antes de trasladarse a la capital había vivido en tres de las seis provincias que entonces tenía el país. Para él, el marco de referencia étnico era, por consiguiente, menos relevante. Por otra parte, no había muchos batetela en Léopoldville. Él prefería «luchar a favor del pueblo congoleño», según decía el famoso comunicado de prensa^[37].

En Kisangani, que en aquella época se llamaba Stanleyville, tuve el privilegio de hablar con algunos de los primeros partidarios de Lumumba. Albert Tukeke, de ochenta años, procedía de la misma zona que Patrice Lumumba; sus madres incluso estaban emparentadas. Al igual que Lumumba, trabajó en correos y había ido a la escuela en Léopoldville. Fue empleado de ventanilla en Elisabethville, lo que representó para él una dura escuela colonial. «Cuando un europeo entraba en la oficina de correos, nunca se ponía en la cola. Se limitaba a decir: “¡Despejad la ventanilla!”.» Siempre tenían expresiones que chocaban. Nosotros éramos jóvenes y no podíamos responder. Si necesitaban algo, decían: «¿No hay alguien?. Con “alguien” se referían a un blanco. Eso dolía.» El colonialismo no era únicamente un gigantesco sistema mundial, se componía asimismo de miles de pequeñas humillaciones, de frases reveladoras y de gestos sutiles. Lumumba lo denunció de forma decidida, recuerda Albert Tukeke: «Lumumba era un hombre como los demás que solo pedía derechos para los negros. Sin embargo, su personalidad, su criterio y su visión eran muy diferentes. Recorría cien kilómetros, cuando el resto solo había avanzado uno. Y no lo digo porque también pertenezca al pueblo batetela»^[38].

Jean Mayani era un ferviente partidario de Lumumba que en 2008 hablaba de él con la misma pasión que en 1958. Lo escuché durante toda una mañana en su casa en Kabondo, una pedanía de Kisangani. Ya en 1959 era secretario del MNC de su municipio y un año más tarde se convirtió en jefe adjunto de Lumumba en las elecciones municipales. Mayani se expresaba de forma clara y analítica:

Mire, entonces no había un racismo extremo, pero sí una clara segregación. En las tiendas, en los barrios, en las escuelas y hasta en los cementerios imperaba un *quasi-apartheid*. Admirábamos mucho a los *évolués* que tenían un certificado de mérito cívico o una tarjeta de matriculación, puesto que gozaban de ventajas sociales e iban a las escuelas europeas. Pero ¿qué diferencia seguía existiendo con respecto a la política colonial de los franceses! Los negros en las colonias francesas podían irse a estudiar a Francia. Senghor [el futuro presidente de Senegal] era diputado en París y llegó a ser secretario de Estado. Por consiguiente, el discurso del MNC me interesaba mucho. En 1958 fui uno de los primeros seguidores aquí, en Kisangani. Todavía recuerdo las primeras reuniones en la cité. Nos congregábamos en bares y en campos de deporte. Lumumba hablaba de la historia y de las fechorías de la colonización. Tenía realmente un valor increíble. Llamaba las cosas por su nombre: el sufrimiento, el destierro de los kimbanguistas, el odio racial, la falta de humanidad, los trabajos forzados en la minería, la construcción de carreteras y el ferrocarril. Era un líder que enardecía a las masas^[39].

El viejo Raphaël Maindo estaba totalmente de acuerdo. Recordaba aquella época con melancolía. «Cuando hablaba Lumumba, ya nadie quería irse. Ni siquiera si llovía, incluso por la noche, la gente se quedaba allí para escucharlo.» A diferencia de Jean Mayani, él no era miembro del cuadro directivo, sino militante de base del partido: vendía carnets de afiliado. «Era muy simple. Todos querían uno. Incluso las mujeres se afiliaban. Yo tenía el carnet de afiliado n.º 4. Uno de aquellos carnets costaba entonces veinte francos, el precio era el mismo en todo el país. Viajábamos a todas partes, hasta a setecientos kilómetros de distancia. Teníamos coches.»^[40] Para muchos congoleños, adquirir un carnet de afiliado era más que un acto político, era una forma entusiasta de autoafirmación y orgullo.

En diciembre de 1958 Lumumba se dirigió a N'Djili, el aeropuerto de Léopoldville, para tomar un avión a Accra, la capital de Ghana. Un año antes Ghana había sido el primer país del África subsahariana en conseguir la independencia. El presidente Kwame Nkrumah gozaba de la condición de héroe que se extendía desde Senegal hasta Mozambique. Era la encarnación del panafricanismo, el sueño de un África pacífica y solidaria, y precisamente por ello convocó en Accra a líderes y pensadores de todo el continente. Kasavubu también se presentó en el aeropuerto dispuesto a embarcar, pero los servicios de aduana se negaron a aceptar su tarjeta de vacunación, puede que de forma deliberada: la Administración colonial no había olvidado su provocador discurso como alcalde recién elegido. Lumumba y dos hombres de su confianza fueron los únicos representantes del Congo en Ghana. El congreso de Accra le dejaría una profunda impresión, más que todos los libros que hasta entonces había leído. Allí habló con intelectuales y con activistas y se dio cuenta de que estaban interesados en su historia. Allí conoció a Julius Nyerere y a Kenneth Kaunda, los futuros presidentes de Tanzania y de Zambia, y a Sékou Touré, el primer presidente de Guinea-Conakri. El antiguo *évolué* deseoso de conseguir respeto se había convertido en un africano orgulloso de sus raíces, de su país y del color de su piel. El Congo Belga le parecía cada vez más un anacronismo que cortaba las alas a la población sin ningún motivo. Él liberaría a su país del temor y de la vergüenza.

Es 4 de enero de 1959 y en Bruselas esa tranquila mañana de domingo hace un frío glacial. Las calles están muy resbaladizas y apenas hay tráfico. Por las elegantes avenidas de Ixelles, cerca de la abadía de La Cambre, un automóvil circula entre las villas; lo conduce Jef van Bilsen, el hombre que, según muchos, ha desatado la ira con su plan de treinta años. Sin embargo, también es el belga con los mejores contactos entre la élite congoleña. Pocos están más al corriente que él de las preocupaciones de los *évolués*. A primera hora de la mañana lo ha llamado Arthur Gilson, el ministro de Defensa, para pedirle que vaya a verle cuanto antes. El ministro se ha pasado todo el fin de semana tras el Año Nuevo dándole vueltas al texto de una

declaración gubernamental. Durante los últimos meses de 1958 un grupo de trabajo recorrió el Congo por encargo del Gobierno belga para hacer un balance de las aspiraciones de la población. Se trataría de una iniciativa loable, si no fuera porque en el grupo no había ni un solo congoleño. No obstante, su informe debía dar lugar a una enérgica declaración gubernamental que constituiría la base de una nueva política colonial. Diversos ministros habían estudiado el texto durante las vacaciones de Navidad, pero no conseguían aclararse, igual que le sucedía al ministro de Defensa. ¿Podía, Van Bilsen arrojar más luz sobre el asunto? Ese apacible domingo, en el despacho del ministro, Van Bilsen intenta dejar patente que una declaración tan crucial no servirá de nada si no se menciona la independencia y si no se propone una fecha concreta. El ministro se queda de una pieza. «Entre nosotros surgió una discusión, que parecía más bien un diálogo de sordos, sobre lo que sería deseable desde el punto de vista congoleño y lo que era alcanzable desde el punto de vista belga», según Van Bilsen^[41]. No se produce el deshielo y Van Bilsen regresa a su coche de vacío.

Es 4 de enero de 1959 y en Léopoldville hace un calor asfixiante. Aún falta mucho para que acabe la temporada de lluvias, el ambiente resulta bochornoso. En la residencia del gobernador se hacen los últimos preparativos para la acostumbrada recepción de Año Nuevo en el jardín^[42]. Se saca brillo a las copas y se asignan las tareas. El nuevo gobernador general se llama Rik Cornelis e ignora que será el último. Algunos belgas siguen durmiendo después de haber bailado durante toda la noche en el Palace o el Galiema; otros desayunan panecillos y mermelada de fresa. Los más valientes ya han ido a nadar o al jugar al tenis en el *cercle sportif*. Será una recepción elegante. Algunos congoleños han sido invitados, con arreglo a la filosofía de la comunidad belgocongoleña. Algunos de los alcaldes nativos estarán presentes. En su intervención, el gobernador general hablará sin duda sobre los grandes retos del nuevo año. Se servirá champán y las copas de cristal resplandecerán. Se «transmitirá ilusión», «se confirmará la confianza» y se hablará mucho de «comprensión mutua»; todo ello, claro está, «en un entorno amistoso».

Es 4 de enero de 1959 y a unos cuantos kilómetros de allí, en Bandalungua, un moderno barrio de la ciudad para *évolués*, Patrice Lumumba ha sido invitado a almorzar en casa de un nuevo amigo. Durante su condena en prisión leía a menudo en el periódico *Actualités Africaines* artículos de un tal Joseph Mobutu, el militar convertido en periodista y que estuvo en la Exposición Universal. Después de su liberación, Lumumba entabla amistad con él. Va a visitarle con regularidad y saborea los deliciosos platos que su esposa les prepara. Ese domingo, durante la comida, hacen planes para la tarde. Saben que a las dos, en el centro de la *cit *, en un local de *Young Men's Christian Association* (YMCA), el albergue juvenil cristiano, está previsto un mitin de la Abako. Una semana antes, Lumumba ha hablado ante una muchedumbre de siete mil oyentes sobre su viaje a Accra. Fue la mejor de sus intervenciones. La multitud reaccionó loca de entusiasmo. *Dipenda, dipenda!*,

coreaban al final, la deformación en lingala de la palabra francesa *indépendance*. Quizá sea por ello que, a las once, el primer alcalde de la ciudad, el belga Jean Tordeur, decide que es preferible no celebrar un mitin ese día. Se trata de una medida de seguridad, pues no está para soportar alborotadores. Lumumba y Mobutu deciden, de todos modos, darse una vuelta por allí. No tienen coche, pero Mobutu posee una Vespa. Retengamos esa imagen: Mobutu y Lumumba, juntos en la moto, dos nuevos amigos; el periodista y el vendedor de cerveza, uno de veintiocho años y el otro de treinta y tres. Lumumba va sentado detrás. Circulan juntos en el calor bochornoso de la ciudad y hablan a voz en grito para hacerse oír por encima del ruido del tubo de escape^[43]. Dos años más tarde uno de ellos ayudará a asesinar al otro.

Es 4 de enero de 1959 y el Stade Roi Baudouin se ha llenado con motivo de la celebración de un importante encuentro de la liga de fútbol congoleña. El gran estadio se halla a tan solo unos cientos de metros del YMCA. Veinte mil hinchas venidos desde muy lejos^[44]. Llevan camisetas y *pagnes* de vivos colores. Algunos se han ataviado con plumas en la cabeza y se han pintado rayas en la cara, como solían, anchas rayas de arcilla, de un blanco resplandeciente sobre sus frentes y mejillas. Bailan como posesos y con los ojos muy abiertos. Constituye un espectáculo aterrador. La empinada grada de hormigón que rodea el campo de juego se encuentra abarrotada, mientras se oye el redoble de tambores y el sonido de los tamtams, los clamores y los gritos. Parece una guerra. Recuerda a la orilla del río en la década de 1870, cuando Stanley pasó por allí por primera vez con su barco. El batir del tambor de guerra, las mil gargantas furiosas, la danza cada vez más frenética, los ojos del guerrero. En los vestuarios del estadio los jugadores se ajustan los cordones de las botas y se ponen espinilleras debajo de los calcetines. En otra parte de la ciudad, en la residencia del gobernador ya han sacado las botellas de champán de la nevera y burbujan al sol.

Es 4 de enero de 1959 y en la avenida Prince Baudouin, junto al YMCA, Kasavubu explica a la muchedumbre allí congregada que, por desgracia, el mitin no podrá celebrarse. Ello provoca una sonora protesta y luego da pie a empujones y tirones. Como pacifista y admirador de Gandhi, Kasavubu pide a sus seguidores que mantengan la calma. Y parece conseguirlo, pese a que no tiene micrófono. Él es el líder, es el jefe, es el alcalde. Vuelve a casa aliviado y sereno.

Es 4 de enero de 1959, el día en que todo cambiará, aunque nadie podría haberlo sabido. Se diría que el Congo vive con su tiempo. Léopoldville es la segunda ciudad del mundo con un girobús, un autobús eléctrico que se recarga en las paradas mediante tres sensores de corriente ubicados en la cubierta. La primera ciudad del mundo con un transporte tan futurista estaba en Suiza, ahora esos autobuses también circulan por la *cité*^[45]. Algunos miles de seguidores de la Abako se quedan muy enfadados en las inmediaciones del lugar donde debía celebrarse su mitin. El conductor blanco del girobús se enzarza en una discusión con uno de los seguidores y levanta el brazo. El futurismo topa con el racismo. De inmediato recibe golpes. El

genio sale de la botella. Se reparten puñetazos y empujones. Llega la policía, agentes negros, comisarios blancos. Será cosa del Año Nuevo, piensan, quizá aún estén borrachos o no tengan dinero. Dos comisarios reparten más puñetazos. No parece una buena idea. *Dipenda!*, se oye exclamar. *Attaquons les blancs!* Se desata el pánico. La policía dispara al aire. Más allá, uno de sus *jeeps* es volcado e incendiado. En ese preciso momento el estadio de fútbol empieza a vaciarse —gentío, éxtasis, frustración, sudor— y los hinchas se suman a los seguidores que hubiesen querido asistir al mitin de la Abako. El fútbol es como la pólvora. En 1830 Bélgica obtuvo la independencia después de una ópera; en 1959 el Congo exige la independencia después de un partido de fútbol. En la Vespa llegan los dos jóvenes. No dan crédito a lo que ven. En los últimos años ambos han logrado ascender gracias a su afán de aprender por ellos mismos, pero ahora contemplan la furia de la masa de la que se habían apartado. Ya no la miran desde arriba, como correspondería a los *évolués*, sino que se solidarizan con ella. La élite y la masa por fin se han encontrado.

Léopoldville cuenta en ese momento con cuatrocientos mil habitantes, entre los que hay veinticinco mil europeos. Tiene un reducido cuerpo de policía: solo mil trescientos ochenta agentes^[46]. No hay gendarmería. El siguiente nivel a la hora de mantener el orden es el ejército. En el cuartel de la ciudad hay destacados cerca de dos mil quinientos hombres, pero han sido formados para hacer la guerra en el extranjero, no para hacer frente a los disturbios de su propia población civil. La policía intenta resolver el embrollo, pero en unas pocas horas el caos se ha instalado en toda la cité. Los coches de los blancos reciben una lluvia de piedras. Los cristales saltan hechos añicos. Se declaran incendios por todas partes. La policía dispara contra los manifestantes. Sobre el asfalto se extienden los charcos de sangre en la que se refleja el resplandor de las llamas. Miles y miles de jóvenes empiezan a saquear y arremeten contra todo lo que es belga. Las iglesias católicas y las escuelas de las misiones son destrozadas; los centros de barrio donde se dan cursos de manicura, desvalijados. En torno a las cinco de la tarde algunas bandas entran en las tiendas de los griegos y de los portugueses: los establecimientos donde suelen hacer sus compras. Los saqueadores atacan sin piedad y huyen con bicicletas, radios, sal, pescado seco y metros de telas de vivos estampados.

En la recepción de Año Nuevo del gobernador general suena el teléfono: *Ça tourne mal dans la cité.*^[e55] En un radio de diez o doce kilómetros se producen intensas refriegas. Se cierra la parte europea de la ciudad. A pesar de todo, el ejército entra en acción; primero con gas lacrimógeno y después con artillería pesada. Los manifestantes caen como chinches. «En realidad, fue como matar a una mosca con un martillo», pensó la gente más tarde^[47]. No obstante, algunos colonos están tan furiosos que sacan su escopeta de caza para intentar «ayudar», algo que les libera de años de desprecio y de miedo acumulados, sobre todo de años de miedo. A las seis cae la noche y una relativa calma se apodera de la ciudad. Los incendios arden sin llamas. En el hospital europeo atienden a decenas de blancos, mientras fuera, en la

oscuridad, sus elegantes coches están carbonizados, destrozados y desguazados. En las villas las mujeres tienen que ponerse a cocinar por primera vez desde hace años, puesto que no queda ningún *boy*.

Al día siguiente, muchos belgas sienten más resignación que indignación. «Hemos perdido toda nuestra reputación», se dicen unos a otros el lunes por la mañana^[48]. Algunos empiezan a almacenar sardinas y aceite para cocinar; otros reservan vuelos de ida a Bruselas con la compañía Sabena. El ejército necesitará tres o cuatro días para recuperar el control de la ciudad. El balance posterior es imposible de aceptar: cuarenta y siete muertos y doscientos cuarenta y un congoleños heridos, al menos según cifras oficiales. Los testigos presenciales hablan de doscientos o quizá trescientos muertos.

Era 4 de enero de 1959 y nada volvería a ser como antes.

«Algunos días más tarde me encontraba a bordo de un DC-6 rumbo a Bruselas», me explicó Jean Cordy en otoño de 2009 en su apartamento de jubilado de Lovaina-la-Nueva. En 1959 era jefe del gabinete del gobernador general Cornelis. «Mis directrices eran claras: tenía que convencer al Gobierno belga de que incluyera la palabra *indépendance* en su tan esperada declaración. El gobernador general había dicho que no podíamos dejar escapar de ninguna manera esta ocasión. También fui a visitar al rey y le dije que Bélgica tenía que mencionar la independencia»^[49].

El 13 de enero de 1959, más de una semana después de las revueltas, se hizo pública la declaración del Gobierno y el mensaje del rey. El texto ministerial era confuso e incomprensible y estaba saturado de tecnicismos; en cambio, el discurso de Balduino era diáfano y oportuno. Una grabación de su mensaje llegó al Congo y se emitió enseguida por la radio. Los pescadores en la playa de Moanda, los campesinos entre las cañas de azúcar, los obreros cubiertos de polvo de la cementera, los seminaristas inclinados sobre sus libros, los enfermeros que se lavaban las manos, los jefes de poblado en el interior, los timoneles en los barcos fluviales, las monjas que arrancaban las malas hierbas en el jardín, los ancianos y los adolescentes escucharon en el transistor cómo su amado monarca pronunciaba las históricas palabras: «Nuestra firme resolución hoy es conducir sin aplazamientos funestos, pero sin precipitación desconsiderada, a las poblaciones congoleñas a la independencia en la prosperidad y en la paz»^[50].

La gente apenas podía creerlo. ¡Era demasiado hermoso para ser cierto! Los camioneros tocaban el claxon cuando atravesaban los poblados del Bajo Congo y se asomaban por la ventanilla para cantar:

La independencia llegará pronto.
La independencia pronto será nuestra.
Muana Kitoko [Balduino] lo ha afirmado.
Los jefes blancos también lo han dicho.
La independencia llegará pronto.

La independencia pronto será nuestra^[51].

Sin embargo, aquel extraordinario regocijo no significaba que en todo el Congo se hubiera conseguido cierta calma. Aún había agitación y se extendió hasta lo más recóndito de las zonas rurales. En las regiones que tenían una larga tradición de resistencia, como Kwilu y el Kivu, volvieron a producirse tumultos. En Kasai se desató un conflicto entre los luluwa y los baluba; en el Bajo Congo, las protestas fueron multitudinarias. Después de las refriegas del 4 de enero la Abako había sido disuelta por orden de la autoridad y Kasavubu pasó un tiempo en prisión junto con otros dos cabecillas (serían puestos en libertad por Maurits van Hemelrijck, el nuevo ministro encargado de los asuntos de ultramar). Aquello no hizo sino aumentar la fama de Kasavubu en el interior, mientras que la actitud contra el colonizador era cada vez más airada. Kasavubu hizo un llamamiento a la desobediencia civil y a la resistencia pacífica. En julio de 1959, Jean Cordy, el jefe del gabinete y uno de los pocos blancos con un carnet de afiliado de la Abako, recorrió la provincia junto con el gobernador interino, el general André Schöller. «De pronto el apoyo del pueblo a Kasavubu era total. Nadie hablaba con las autoridades. “Nuestro líder es Kasavubu, deliberen con él”, nos decían. No obteníamos ninguna respuesta, ni siquiera cuando les hablábamos en kikongo. Nunca antes había visto aquello y estaba desde 1946 en el Congo. Los puentes habían saltado, pese a la declaración de independencia del rey y del Gobierno, pese a la visita de Van Hemelrijck. El diálogo había cesado. Su silencio resultaba muy, muy sorprendente.»^[52]

La expectativa de que se produjera un cambio político despertó las ambiciones de poder de muchos. Fueron apareciendo multitud de nuevos partidos. A finales 1958 solo había seis, un año y medio más tarde ya eran cien. Cada semana nacía un nuevo movimiento, con nombres como Union Nationale Congolaise, Mouvement Unitaire Basonge y Alliance Progressiste Paysanne. Llovían las siglas (Puna por Parti de l'Unité Nationale, Coaka por Coalition Kasaienne, Balubakat por los baluba de Katanga); en ocasiones tenían más letras que miembros.

¿Quiénes eran aquellos líderes políticos? Una y otra vez se trataba de hombres relativamente jóvenes que habían cursado estudios de enseñanza media. Formaban la élite intelectual del país y vivían en las ciudades, a las que habían emigrado en su juventud. A menudo estaban implicados de forma activa en asociaciones de alumnos o en círculos culturales y nutrían su interés político con conferencias y debates. Hay que decir que con frecuencia su tono era más incisivo que su criterio, y que sus conocimientos del tema no estaban casi nunca a la altura de su empuje. Salvo algunas excepciones, sus programas eran mediocres^[53].

Cabe insistir en una característica. A pesar de su entorno urbano, su juventud y su estilo de vida moderno, aquella nueva generación política tenía un vínculo con algo que parecía proceder de otra época y de otro lugar: el sentimiento tribal. Puede parecer contradictorio, pero no lo es. El sentimiento de «identidad étnica» era una noción urbana por excelencia. Uno solo empezaba a pensar en sus orígenes cuando se

comparaba con otros. Los cachorros de la política se unían a organizaciones étnicas ya existentes y las modernizaban. Jugar la carta tribal resultó ser también una elección acertada desde el punto de vista político y estratégico: de esa manera, podían llegar a las masas. También merecía la pena recalcar el hecho de que se era un orgulloso tshokwe, yaka o sakata. Además de una mayor base, eso garantizaba más posibilidades de ser oído por las autoridades coloniales. Kasavubu hablaba en nombre de los bakongo; Bolikango defendía a los bangala; Jason Sendwe, a los baluba de Katanga; Justin Bomboko, a la población mongo, etcétera. La retórica tribal permitió a una joven élite convertirse en portavoz de su comunidad^[54]. Por motivos comprensibles, ese *jeunisme*^[56] no gustaba a los jefes del interior, algunos de los cuales seguían influyendo en sus comunidades de migrantes en las ciudades. Habría que añadir que lo que estaba sucediendo era bastante revolucionario. Desde siempre, en grandes zonas del África Central la autoridad se basaba en la edad. La vejez otorgaba prestigio. Ahora llegaba de repente una generación de veinteañeros y treintaeros que competían por el poder disputándose los favores del pueblo para conseguirlo. No podía ser de otro modo, puesto que el Gobierno belga había decidido implantar el sufragio universal. «Con la introducción del sufragio universal en las zonas rurales —explicaba el jefe de los bayeke en el Congo oriental—, se socava por completo la autoridad tradicional que queda condenada a desaparecer.» Y tenía razón: después de 1960 una generación relativamente joven llevó la batuta en el Congo. Solo ella parecía capaz de comprender el juego de la democracia y de participar en él con éxito. El gran jefe de los lunda, un antiguo reino ubicado en la frontera de Katanga con Angola, calificó el sufragio universal de «imperdonable aberración»^[55].

Sin embargo, el lunda más famoso de aquel periodo y en realidad de toda la historia congoleña fue otra persona: Moïse Tshombe. En 1959 —acababa de cumplir cuarenta años, vivía en la ciudad y había estudiado contabilidad— había aceptado el liderazgo de un joven partido político, la Conakat (Confédération des Associations du Katanga). Tshombe era un hombre de negocios acomodado que debía su fortuna más a la familia que a su propio éxito, y cuya mirada se interpretaba a menudo erróneamente como pensativa. Vástago de una prestigiosa familia de la tribu lunda, su padre era un comerciante rico y él mismo se casó con una de las hijas del gran jefe lunda. Aunque el orgullo tribal no le resultaba extraño (durante un tiempo dirigió la principal asociación lunda de Elisabethville), no era contrario a la introducción del sufragio universal. La Conakat se presentaba como un partido político que aspiraba a conseguir, por medio de la democracia, más derechos para los habitantes originarios de Katanga, como los lunda, los basonge, los batabwa, los tshokwe y los baluba (aunque no los baluba de Kasai, que eran «recién llegados»). Esta población se sentía amenazada debido a la importación y la inmigración de obreros que se prolongó durante décadas, principalmente desde Kasai. En Elisabethville los baluba de Kasai incluso habían ganado las elecciones de 1957. Tshombe quería más poder para las «verdaderas» tribus de Katanga. En este sentido, su Conakat se parecía mucho a la

Abako de Kasavubu: ambos movimientos defendían a los primeros habitantes de la ciudad (si bien la Abako era monoétnica); ambos deseaban una amplia autonomía regional; y a diferencia de Lumumba, ambos soñaban con un Congo federal, muy descentralizado. Si hacía falta, el Bajo Congo y Katanga tenían que convertirse en estados independientes. Aun así, discrepaban de manera clara sobre el papel reservado a Bélgica en el futuro: Abako era radicalmente anticolonialista, sobre todo después de las revueltas de enero; en cambio, Conakat no quería dinamitar los puentes. Tshombe, que estaba rodeado de consultores belgas, soñaba con una independencia tranquila y ordenada, y seguía creyendo en la idea de una comunidad belgocongolesa. «Si pedimos la independencia no es para ahuyentar a los europeos, todo lo contrario. Queremos colaborar con ellos y construir codo a codo el futuro del país.»^[56]

Entre tantos partidos políticos solo había dos importantes líneas divisorias. En primer lugar, ¿se era radical o moderado? Radical significaba estar a favor de una rápida descolonización y de una ruptura total con Bélgica. En segundo lugar, ¿se pensaba en términos federales o unitarios? La Abako (Kasavubu) era radical y federalista; el MNC (Lumumba), radical y unionista; la Conakat (Tshombe), moderada y federalista. Los demás partidos podían definirse a partir de este esquema.

Lumumba se dio cuenta de que la fragmentación no era buena. En abril de 1959 convocó a ocho partidos y grupos políticos en Luluabourg (Kasai) para aunar fuerzas. Se convirtió en el primer congreso político del Congo, una especie de Accra en miniatura. Jean Mayani, el lumumbista de primera hora de Kisangani, se encontraba presente. En su sala de estar de Kisangani me contó: «Acudí allí en calidad de secretario del partido de mi municipio. Todos los partidos nacionalistas se hallaban representados. El Cerea del Kivu, el Balubakat de Sendwe de Katanga, el PSA de Kwilu, la Abako de Kasavubu. Verdaderamente todo el mundo estaba allí. Cerca de tres cuartas partes de la población apoyaba a Lumumba»^[57]. El Cerea luchaba contra la supremacía blanca en la Provincia Oriental del Kivu. El Balubakat defendía los derechos de los baluba en Katanga y se oponía diametralmente a la Conakat de Tshombe. El PSA (Parti Solidaire Africain) operaba en Kwilu, pero se forjaría una reputación a escala nacional con grandes figuras como Cléophas Kamitatu y Antoine Gizenga.

Lumumba quería que los partidos propusieran juntos una fecha para la independencia. En su discurso, el rey Balduino había prometido que esta llegaría «sin aplazamientos funestos, pero sin precipitación desconsiderada», aunque no quedaba claro cuándo los aplazamientos se volvían funestos y cuándo la precipitación, desconsiderada. Lumumba comprendió que se daría un enorme paso hacia delante si el Congreso de Luluabourg lograba ponerse de acuerdo sobre una fecha. Además, así conseguiría una victoria personal: ser reconocido como el promotor de la iniciativa y

como la principal figura política del país. Su propuesta era: el 1 de enero de 1961. ¿Alguien tenía algo en contra? Uno de los presentes observó: «¿A qué viene tanta prisa? El fin del mundo no está previsto para el 1 de enero de 1961, ¿no?». A lo que Lumumba respondió de inmediato: «Habla usted como un colonialista»^[58]. Dos años le parecían suficientes para preparar una transición al nuevo sistema. Así había sucedido también en Ghana. En una época de programas políticos poco sólidos y de líderes que acababan de debutar quedaba poco margen para matizar y reflexionar. El que abogaba débilmente por cierta gradualidad era abucheado y tildado de lacayo del imperialismo. Los partidos se enredaron en una puja simbólica sin parangón. La osadía retórica estaba mejor vista que el sentido del pragmatismo. Una independencia rápida e incondicional se convirtió en un objetivo en sí, incluso en una obsesión, y, si hacía falta, había que lanzarse a una ciega aventura. «Prefiero ser pobre y libre que rico y colonizado.»^[59] Ese tipo de eslóganes funcionaba bien. ¿Cómo no? Ninguno de los presentes, a excepción de algunos alcaldes de barrio de las chabolas, había ejercido nunca un mandato político. Les faltaba experiencia en la Administración, sentido de la realidad y visión de futuro. Todos aprendían a marchas forzadas. Y nadie quería quedarse rezagado. Sin embargo, se trataba de un país del tamaño de Europa occidental.

El gran jefe Lunda no intentaba tan solo hacer la pelota cuando recibió al gobernador general y al ministro belga en su región con las palabras: «No queremos que se tomen decisiones bajo la presión de minorías ruidosas. No comprendemos las prisas de muchos por alcanzar la independencia. Confirmamos solemnemente que nosotros queremos la independencia, pero aún no. Necesitamos todavía mucha ayuda y mucho apoyo para lograr un crecimiento normal. Cualquier exceso de velocidad puede volver a hundir nuestra región en la pobreza y en la miseria de antaño»^[60].

Lo que entonces parecía un punto de vista reaccionario constituye, en el año 2010, una queja que se escucha con frecuencia en el Congo, una queja provocada por las recientes desgracias. Muchos jóvenes reprochan a sus padres que en aquella época quisieran la independencia a toda costa. En una calle de Kinsasa alguien me preguntó en una ocasión: «¿Cuánto durará esa independencia nuestra?». Como belga he tenido que oír innumerable veces aquello de: «¿Cuándo volverán los belgas? Sois nuestros tíos, ¿no?». A menudo lo decían para adular, pero a veces se escondía algo más detrás de esas palabras. Incluso Albert Tukeke, el hombre de Kisangani que era pariente lejano de Lumumba, me dijo al final de nuestra conversación: «No tendríamos que habernos independizado tan rápido; pero, después de la guerra, ¿sabe?, existía ese deseo. Si no se hubiese producido todo con tantas prisas, no habríamos cometido tantos errores»^[61].

La agitada descolonización fue el resultado de una escalada similar contra la Administración colonial y de una puja simbólica entre los diversos partidos políticos. El hecho de que durante las revueltas de Stanleyville fueran asesinadas algunas decenas de seguidores no contribuyó a mejorar la situación. El apasionado

lumumbista Jean Mayani me dijo a este respecto: «Después del congreso el poder colonial había interpretado las exigencias del MNC como una forma de odio racial y de xenofobia dirigida contra los belgas. —Tardé un poco en darme cuenta de que, en el léxico colonial, “xenofobia” era un rasgo atribuido a los congoleños—. La Force Publique emprendió acciones represivas contra los partidarios de Lumumba. En Mangobo, un barrio en Kisangani, hubo muchos muertos. Lumumba fue detenido y encerrado en la prisión. Era como en las revueltas del 4 de enero en Kinsasa»^[62].

A finales de 1959 se celebraron las elecciones municipales generales, pero fueron boicoteadas por la Abako, el MNC y el PSA, que ya no estaban interesados en medidas de transición, ni en procesos lentos. Lo que querían era la independencia inmediata y punto. Bélgica esperaba que una democratización gradual fuera bien acogida, sin embargo, no sucedió así. Se habían acumulado demasiadas tensiones. Las primeras elecciones de 1957 se habían organizado con la esperanza de tranquilizar a los hombres de *Conscience Africaine* y de la Abako; pero ocurrió lo contrario. En 1959, después de las revueltas de enero, Bélgica había prometido la independencia, pero eso tampoco calmó los ánimos, sino que produjo el efecto contrario. El colonizador creía estar actuando bien, pero en cada ocasión erraba el tiro. Por ello, en 1959 se perdió un tiempo precioso y mucha buena voluntad, unas bazas con las que, no obstante, se podría haber preparado la independencia. En lugar de improvisar una política bienintencionada quizá había llegado el momento de preguntar por fin a los propios congoleños qué querían.

El 20 de enero de 1960 unos ciento cincuenta hombres se dieron cita en el palacio de congresos de Bruselas, sesenta de ellos eran belgas y noventa congoleños. La idea era debatir de manera honesta y en pie de igualdad durante un mes sobre algunos temas delicados. Por ello, aquella reunión se denominó la «conferencia de la mesa redonda» (aunque, en realidad, las mesas formaran un gran cuadrado). El partido socialista belga, en aquel entonces en la oposición, se mostró satisfecho con la iniciativa. Los belgas estaban representados por seis ministros, cinco diputados y cinco senadores, acompañados por varias decenas de asesores y observadores. Los parlamentarios no tenían muchos conocimientos prácticos sobre la colonia. «Peregrinos de la temporada seca» llamaban burlescamente a los belgas en el Congo. No obstante, muchos de ellos eran favorables a la nueva ideología de descolonización promovida por las Naciones Unidas. Del lado congoleño había delegaciones de los principales partidos políticos (Kasavubu, Tshombe, Kamitatu, etcétera), así como de una decena de ancianos que representaban el poder tradicional. Justo antes de la conferencia los participantes congoleños habían formado un *front commun*, que debía salvar las rivalidades de la política de partidos, las tensiones étnicas y las líneas de división ideológicas. La conferencia no podía convertirse para ellos en una caótica partida de *ping-pong* y por ello se posicionaron como un único jugador. La unión hace la fuerza, eso era lo que

Bélgica les había enseñado. Aquella súbita coalición asombró mucho a los políticos belgas, divididos como estaban entre un bloque católico, uno liberal y uno socialista, entre Gobierno y Parlamento. Muchos estaban mal preparados. No existía orden del día, ni una postura clara del Gobierno. De todas formas no se trataba de una reunión decisiva, ¿verdad que no?

A lo largo de los primeros cinco días de la conferencia de la mesa redonda, el frente común logró tres victorias significativas. En primer lugar, los representantes congoleños consiguieron convencer a los belgas de que Patrice Lumumba, que había sido encarcelado después de las revueltas de Stanleyville, debía estar presente. Sin él, afirmaban, la reunión carecía de toda representatividad y ello podía suscitar el descontento en el Congo. Los belgas decidieron ir sobre seguro. Sacaron a Lumumba de la prisión y lo metieron en un avión con destino Bruselas. Segunda victoria importante: los delegados belgas debían garantizar que, al finalizar, las resoluciones tomadas en la conferencia de la mesa redonda adoptarían la forma de propuestas de ley que se presentarían para aprobación al Parlamento y al Senado. Los congoleños eran muy conscientes de que carecían de poder legislativo, y de esta manera se aseguraban que las decisiones adoptadas durante la conferencia no quedarían en papel mojado. Aquella victoria fue transcendental: lo que había empezado como un mero encuentro informal se convirtió en una cumbre con amplios poderes. La tercera victoria era aún más relevante: ¡la fecha! El objetivo de los belgas consistía sobre todo en establecer un organigrama de las estructuras políticas de un futuro Congo independiente, mientras que para la delegación congoleña había una pregunta que se antepone a todas las demás: ¿cuándo?

Al quinto día de la conferencia de la mesa redonda, incluso antes de que llegara Lumumba, Jean Bolikango, líder del *front commun*, y August de Schryver, ministro encargado del Congo, mantuvieron una conversación que podría compararse con una sesión de regateo en un mercado de Kinsasa. La fecha del 1 de enero de 1961, con la que se soñaba en abril de 1958, había quedado ya desfasada mucho antes. Había muchísima prisa. Bolikango hizo una jugada atrevida y propuso el 1 de junio de 1960, según un viejo dicho flamenco: «El no ya lo tienes, el sí lo puedes obtener». Los belgas reaccionaron con sorpresa: ¡pero si apenas faltaban cuatro meses para eso! ¿Qué respuesta podían darles? Su contrapropuesta fue el 31 de julio. Una prórroga de dos meses. Seguía sin ser lo ideal, pero podía valer. ¿Mejor el 30 de junio, que queda en medio? A la una, a las dos y a las tres: ¡vendido! El 30 de junio de 1960 el Congo sería independiente. La suerte estaba echada. Los congoleños y los belgas aplaudieron en el palacio de congresos. Nadie en la delegación congoleña hubiera podido imaginar que iba a ser tan fácil, todos se habían quedado atónitos^[63].

¿Qué había pasado? ¿El colonizador le había regalado la independencia por descuido? No. Aunque la conferencia de la mesa redonda tuvo más empuje de lo que en un principio se pretendía (como sucedió con casi todas las iniciativas en la política colonial después de 1955) y la delegación belga no estaba suficientemente preparada,

no se trataba de una decisión irreflexiva. En el contexto del momento, Bélgica solo tenía dos opciones: rechazar la exigencia del *front commun*, lo que habría provocado sin duda intensas revueltas, o aceptar la petición y esperar que el asunto no se descontrolara^[64]. Ya no quedaba tiempo para unas negociaciones tranquilas. Así pues, la decisión se tomó pronto. Aunque en las bases militares en Kitona y Kamina había suficientes soldados belgas, nadie quería apostar por un conflicto. En Argelia, hacía ya seis años que se libraba una lucha sangrienta por la independencia. El Parlamento no tenía ningún interés en una intervención militar. La Carta de las Naciones Unidas y las posiciones anticolonialistas de la Unión Soviética y Estados Unidos se encargaron de que Bélgica no tuviera mucho margen de maniobra a escala internacional. ¿Impedir la independencia? Era posible, pero esto acarrearía una dudosa aventura en la colonia y un aislamiento moral en el mundo. En 1960 nada menos que diecisiete países africanos consiguieron la independencia; Bélgica no podía quedarse atrás. Los únicos países europeos que todavía no pensaban en dejar marchar a sus grandes colonias africanas eran las dictaduras del sur de Europa: el Portugal de Salazar, que se negaba a renunciar a Angola, Mozambique, Guinea-Bissau y las islas de Cabo Verde, y la España de Franco, que seguía aferrándose a Guinea Ecuatorial. La Sudáfrica del *apartheid* tampoco tenía previsto soltar a Namibia. Bélgica podía aceptar la fecha del 30 de junio, porque sabía que también después seguiría implicada en la política, en el ejército y en la economía. Los altos funcionarios harían las veces de asesores ministeriales, los oficiales blancos se mantendrían en servicio, las grandes empresas seguirían siendo belgas y los misioneros continuarían impartiendo clases como siempre.

En el hotel Plaza, en el centro de Bruselas, reinaba un ambiente de euforia. Bien es cierto que todo estaba por hablar (la creación de una República del Congo, la anulación del vínculo con la casa real belga, la transformación en un único Estado, las competencias para las provincias: nada de eso estaba decidido todavía), pero los congoleños se habían hecho con el botín, ¡habían ganado el primer premio! African Jazz de Kabasele, la orquesta que había tenido tanto éxito con la canción sobre Jamais Kolonga, había viajado también a Bruselas, pues los trajeados negociadores también tenían que bailar después de las sesiones plenarias.

Charly Henault aún lo recordaba. Fue durante años el batería de African Jazz, pese a ser belga. «Yo era un blanco, pero ¿qué más daba? Era un batería en un país lleno de baterías», me contó un día lluvioso cuando fui a verlo a su casita del Brabante valón. Se encontraba gravemente enfermo y yacía en cama; la lluvia se estaba llevando sus recuerdos. «El baile de la mesa redonda fue en el hotel Plaza, sí... Aquella alegría, aquella euforia... Kabasele tuteaba a los políticos. Era muy popular... Un hombre con estilo, con su esmoquin azul claro y sus galones negros. Muy elegante... Le gustaban las mujeres y el humor... ¡En una ocasión, escondí su pijama!»^[65]. Además de gastar bromas, en el hotel Plaza empezaron a componer una canción que más adelante se convertiría en el mayor éxito de la música congoleña:

Indépendance cha cha. La letra, en lingala y kikongo, exaltaba la autonomía recién adquirida, elogiaba la colaboración de diferentes partidos y cantaba a los grandes nombres de la lucha por la independencia: «La independencia, cha cha, hemos obtenido. / ¡Oh! Autonomía, cha cha, ya la hemos conseguido. / ¡Oh! Mesa redonda, cha cha, ¡hemos ganado!». Después de 1960 el Congo tendría diferentes himnos nacionales, en la época de Kasavubu, en la de Mobutu, en la de Kabila, composiciones pomposas con letras patéticas, pero a lo largo del pasado medio siglo siempre hubo un único himno nacional, una única canción capaz de hacer que toda el África Central se contoneara espontáneamente: la música divertida, ligera y conmovedora de *Indépendance cha cha*.

Así pues, sería el 30 de junio. La conferencia de la mesa redonda finalizó el 20 de febrero de 1960. Quedaban todavía cuatro meses para montar un país. La lista de tareas era impresionante. Había que formar un Gobierno de transición, elaborar una Constitución, constituir un Parlamento y un Senado, desarrollar ministerios, formar un cuerpo diplomático, convocar elecciones municipales y nacionales, componer un Gobierno, nombrar a un jefe de Estado..., y eso solo en lo referente a las instituciones políticas del país. El Congo necesitaba una moneda nacional y un banco central, además de sellos propios, carnets de conducir, matrículas y un catastro.

Muchos belgas de la colonia desconfiaban de aquella absurda urgencia. Temían que la colonia que ellos habían levantado con esmero durante setenta y cinco años se fuera a pique en unos cuantos meses. Muchos enviaron su dinero, sus pertenencias y su familia a casa. Otros emigraron a Rodesia y a Sudáfrica. Durante las primeras dos semanas de junio salieron del aeropuerto de N'Djili cuatro veces más pasajeros que en el año anterior. Sabena tuvo que programar setenta vuelos más, los barcos hacia Amberes estaban abarrotados^[66].

En cambio, el congoleño de a pie parecía estar encantado. Creía que llegaría una época dorada, que el Congo sería próspero de un día para otro. Así se lo habían prometido en las decenas de panfletos que circulaban por el país. Casi todos los partidos hacían promesas que apenas si podían sostenerse, grotescas en algunos casos y en otros incluso arriesgadas^[67]. «Cuando llegue la independencia —decía una octavilla de Abako—, los blancos tendrán que abandonar el país». Esa no era en absoluto una conclusión de la conferencia de la mesa redonda. «Los bienes que dejen atrás pasarán a ser propiedad de los negros. Es decir, las casas, las tiendas, los camiones, las mercancías, las fábricas y los campos de cultivo serán devueltos a los bakongo.» Con este tipo de escritos provocadores no es de extrañar que los campesinos del Bajo Congo esperaran una total liberación: «Se suprimirán todas las leyes, ya no tendremos que obedecer al jefe tradicional, ni a los ancianos, ni a los funcionarios, ni a los misioneros, ni a los patronos». En aquel deseo de cambio repentino y radical resonaba el eco de la época de Simon Kimbangu. La

independencia se convirtió en sí misma en una especie de momento mesiánico que traería «vida, salud, alegría, felicidad y honor». Kasavubu y Lumumba, que habían estado en prisión, se convirtieron en profetas y mártires. En Kasavubu se veía resucitar al rey del viejo reino del Kongo, ¡mientras que el dinámico Lumumba era comparado con el *Sputnik*! La gente sencilla esperaba nada menos que un giro cósmico. El trabajo asalariado y los impuestos desaparecerían. Algunos partían incluso del supuesto de que en adelante «los negros tendrán boys blancos [y de que] todos podrán elegir a una mujer blanca, puesto que se quedarán atrás y serán repartidas, igual que los coches y las demás cosas»^[68]. Algunos astutos zorros se aprovecharon de esta ingenuidad y empezaron a vender casas de blancos por la insignificante suma de cuarenta dólares... Los crédulos que no se daban cuenta de que los estaban engañando llamaban a las villas para preguntar si podían visitar su nueva propiedad. Los había que incluso preguntaban si podían echarle un vistazo a la señora de la casa, puesto que también la habían adquirido por veinte dólares^[69].

A escala macroeconómica había que preparar también algunos traspasos. La industria colonial estaba unida de múltiples maneras al Estado colonial que pronto dejaría de existir. Para organizarlo, se celebró en Bruselas una segunda conferencia de la mesa redonda. En esa ocasión los partidos políticos del Congo le dieron mucha menos importancia, puesto que pensaban que ya habían conseguido lo principal: la independencia. Además ya era finales de abril y todo el mundo se encontraba ocupado haciendo campaña para las próximas elecciones de mayo. Ninguno de los cabezas de lista podía ausentarse durante tanto tiempo del Congo. En su lugar enviaron a Bruselas a jóvenes miembros del partido, que recibieron ayuda de algunos congoleños que estudiaban en Bélgica.

Uno de aquellos participantes fue Mario Cardoso. Actualmente es el segundo vicepresidente del Senado. En Kinsasa me invitó a un almuerzo en el restaurante del distinguido hotel Memling.

Fui el tercer estudiante del Congo que pudo hacer la carrera en Bélgica. Cada año Raphaël de la Kéthulle enviaba un alumno de los scheutistas a Lovaina. Los jesuitas consideraban que debían formar a alumnos sin salir del país, pero los scheutistas querían demostrar que sus alumnos podían medirse con los estudiantes belgas. El primero en partir fue Thomas Kanza en 1951. Estudió psicología y pedagogía. En realidad quería estudiar derecho, pero el gobernador general lo había prohibido por temor a la subversión. Al año siguiente se fue Paul Mushiete. Él también estudió psicología y pedagogía, así como sociología. En 1954 llegó mi turno. Yo quería ir a la escuela militar, pero no me dejaron, así que también opté por psicología y pedagogía. En 1959 volví a Kinsasa y trabajé de adjunto en la universidad Lovanium. Quería ser catedrático, pero Lumumba me pidió que me uniera a la mesa redonda sobre economía. Estaba al frente de la delegación del MNC, el grupo de Lumumba.

Entretanto se había producido un cisma en el partido: estaba el MNC-L de Lumumba, que era unitario, y el MNC de Kalonji, que defendía a los baluba en Kasai. «En aquella conferencia reinaba una gran desconfianza. Algunos miembros de la delegación belga habían sido profesores nuestros y nosotros teníamos que negociar

con ellos. No parecía fácil. Las conversaciones debían tratar el futuro estatuto de las empresas coloniales, pero todo resultó estar decidido de antemano.»^[70]

La mesa redonda sobre economía era sobre todo un intento de Bruselas de salvar los muebles. Bélgica quería asegurar sus intereses comerciales en el Congo y consideraba que las empresas belgas debían tener libertad para determinar dónde establecer su sede social después de 1960^[71]. Cardoso seguía resentido por ello: «Las empresas podían elegir si querían seguir con el derecho congoleño o con el belga. Aquella medida se nos impuso como un hecho consumado». La mayoría de las empresas eligieron Bélgica, puesto que temían la inestabilidad fiscal en el Congo o, peor aún, la nacionalización. Desde Leopoldo II, el Congo había sido un laboratorio de pruebas para la economía de libre mercado. Las empresas se beneficiaban de un régimen fiscal favorable con una intervención gubernamental mínima. Los grandes grupos, con la Générale en cabeza, vivieron tiempos de capitalismo salvaje. Incluso cuando era el principal accionista —como, por ejemplo, en el poderoso Comité Spécial du Katanga—, el Estado colonial dejaba la gestión efectiva en manos de empresarios. Con la independencia a la vuelta de la esquina muchos directivos de empresas pensaron que sus días de autonomía y de excelentes relaciones con las autoridades estaban contados. Siguieron haciendo negocios en el Congo, pero optaron por trasladar su sede social a Bélgica, por lo que su empresa se sometía al derecho belga en lugar de al congoleño. Debido a esta transferencia, el erario congoleño perdió una enorme cantidad de ingresos fiscales.

Durante las negociaciones también se abordó el estatuto de la «cartera colonial». Esta incluía los enormes paquetes de acciones que el Congo Belga tenía en numerosas empresas coloniales (minas, plantaciones, ferrocarriles, fábricas). ¿Qué debía hacerse con ellas? Tan pronto el Congo Belga se convirtiera en el Congo esas acciones pasarían a ser propiedad del nuevo Estado. Aquello no les parecía una buena idea a los políticos y empresarios belgas. Así, convencieron a los representantes congoleños de que convenía retirar las participaciones gubernamentales del Estado e invertirlas en una nueva sociedad de desarrollo belgocongoleña. Se trataba de quedarse con el dinero de forma encubierta^[72]. También en este caso el Congo pagó la falta de conocimientos económicos de los delegados. Unos hombres a los que solo se había dejado estudiar psicología debían tomar decisiones macroeconómicas. «Figuras de segundo orden», sentenció el entonces primer ministro Eyskens^[73]. Uno de ellos era el periodista Joseph Mobutu. Lo había enviado su amigo Lumumba para negociar y esa experiencia lo marcaría el resto de la vida. Más tarde diría al respecto:

¡Y allí estaba yo, un periodista ingenuo y sin modales en la misma mesa que los enormes tiburones de las finanzas belgas! No tenía ninguna formación financiera y mis compañeros de delegación tampoco. No es uno de los mejores recuerdos de mi vida. Del 26 de abril hasta el 16 de mayo debatimos, paso a paso, pero yo parecía uno de esos vaqueros de las películas del Oeste que se dejan engañar una y otra vez por timadores profesionales. Debatimos hasta altas horas de la noche y al día siguiente nos enteramos de que, entretanto, el Parlamento belga había tomado decisiones que dejaban sin valor las negociaciones. Teníamos que luchar por todo. [...] Por supuesto que nos dejamos robar. Mediante toda una serie de trucos jurídicos y técnicos, nuestros interlocutores

consiguieron garantizar el pleno control que las multinacionales y los capitalistas belgas tenían sobre la cartera congoleña^[74].

Aun así, lo peor estaba por llegar, pero eso sucedió tan solo unas semanas más tarde. El 27 de junio de 1960, tres días antes de que se produjera la independencia, el Parlamento belga disolvió —con la aprobación del Gobierno congoleño— el Comité Spécial du Katanga^[75]. ¡Una terrible metedura de pata por parte del Congo! Debido a ello el nuevo Estado perdió el control del gigante Union Minière, el motor de la economía nacional. ¿Cómo había podido suceder eso? El CSK era en realidad una sociedad pública que adjudicaba concesiones a empresas privadas en Katanga a cambio de acciones. De esta manera, tenía un interés mayoritario en la Union Minière y, por consiguiente, poder de decisión. Sin embargo, el Estado colonial apenas utilizaba ese derecho de participación y siempre había confiado en la competencia de mundo empresarial. No obstante, ahora que el Congo amenazaba con independizarse existía el peligro de que el nuevo Estado sí se entrometiera en las actividades de la Union Minière y de todas sus filiales. Eso se podía evitar suprimiendo el CSK. Los delegados congoleños en la mesa redonda sobre economía sentían tal aversión hacia ese Moloch del capitalismo occidental que no tuvieron ningún inconveniente en eliminarlo y el futuro Gobierno de Lumumba no tardaría en adoptar el mismo razonamiento... El Congo seguía siendo en parte propietario, pero al ser el accionista minoritario gozaba de mucho menos poder y recibía menos beneficios que los grandes trusts belgas, como la Générale. Debido a ello no solo perdieron algunos millones de dólares, también la posibilidad de poner la industria al servicio del país.

Bailando en la ignorancia, el país se dirigió hacia el precipicio de la independencia. Se hallaba en posesión de las llaves políticas, pero las económicas estaban guardadas a buen recaudo en Bélgica. Un día después de aquella jugada increíblemente astuta, ambos países firmaron, no obstante, un «tratado de amistad» que hablaba de asistencia y de ayuda.

A finales de mayo se celebraron por fin las elecciones nacionales largamente esperadas. La participación fue alta y el resultado previsible. Aparte del MNC de Patrice Lumumba, los grandes vencedores de las elecciones fueron los partidos regionales con inclinaciones separatistas o sin ellas. Abako ganó en el Bajo Congo; Conakat en el sur de Katanga; Balubakat en el norte; el MNC de Kalonji en Kasai; Cerea en el Kivu y el PSA en Kwilu. Estos últimos dos no eran en realidad partidos tribales, pero proporcionaban un carácter supratribal a las regiones étnicamente muy astilladas del Kivu y de Kwilu. Por consiguiente, el mapa electoral del Congo en 1960 coincidía en gran medida con los mapas etnográficos que habían elaborado los científicos medio siglo antes. Aquel reflejo tribal no debe considerarse algo atávico. Si hoy se celebraran elecciones paneuropeas en Europa, habría muchas probabilidades de que la mayoría de los franceses eligieran a un francés y la mayoría

de los búlgaros a un búlgaro. En un país tan enorme como el Congo, donde el grueso de la población ha cursado, si acaso, estudios de primaria, no es de extrañar que muchos voten a políticos de su zona. Las tres figuras que salieron más reforzadas de las urnas fueron Kasavubu, Lumumba y Tshombe. Kasavubu controlaba el oeste del país; Lumumba el noreste y el centro; y Tshombe el extremo meridional. Esto coincidía con las grandes ciudades: Léopoldville, Stanleyville y Elisabethville. Los partidos más pequeños se repartían las zonas rurales situadas entre ellas.

Esta división no facilitaba en nada la formación de un Gobierno. Ningún partido tenía la mayoría absoluta (a pesar de su impresionante resultado, Lumumba solo contaba con un tercio de los elegidos en cinco de las seis provincias, mientras que pasó totalmente desapercibido en Katanga) y también quedaba descartada una fácil coalición con algunos socios. Serían necesarias unas largas negociaciones. Además, el Gobierno belga parecía estar muy decepcionado por el hecho de que Lumumba, quien consideraban un demagogo peligroso para el Estado, hubiese conseguido tantos votos. Bruselas llegó incluso a nombrar especialmente a un nuevo ministro, W. J. Ganshof van der Meersch, para que viajara al Congo con objeto de inmiscuirse en la formación del Gobierno. Con él se enviaron, de paso, tropas belgas a la colonia. Lumumba no acogió de buen grado estas iniciativas y no se molestó en disimularlo. Entre ambos hombres fue creciendo una enorme animadversión. Kasavubu fue el primer designado para intentar formar Gobierno, pero cuando fracasó, el encargo pasó a Lumumba. Debía cumplir la tarea casi imposible de reunir en su ejecutivo a figuras de muy distinto signo. Hasta una semana antes de la independencia el ministro residente confiaba en que Lumumba no conseguiría ser primer ministro.

Sin embargo, el 23 de junio el primer Gobierno del Congo era un hecho. Contaba con veintitrés ministros, nueve secretarios de Estado y cuatro ministros de Estado, cargos que estaban distribuidos entre doce partidos. Como suele suceder con los compromisos difíciles, este resultado produjo más desgraciados que agraciados. Bolikango, el Néstor de la provincia de Ecuador que había encabezado el *front commun* en Bruselas, vio cómo en el último momento se le escapaba el cargo de presidente. A fin de cuentas, Lumumba necesitaba el apoyo de la Abako y lo consiguió con un compromiso: si Kasavubu reprimía sus deseos separatistas, a cambio podía convertirse en jefe del Estado. Por ello, Lumumba, el gran vencedor de las elecciones, no fue investido presidente, sino primer ministro, pese a que su partido había obtenido treinta y tres de los ciento treinta y siete escaños al Parlamento frente a los doce del partido de Kasavubu. Por último, Tshombe se dio cuenta de que había perdido la oportunidad y de que su partido tendría que contentarse con un cargo ministerial y con una secretaría de Estado. Su región, Katanga, era la que garantizaba la mayor parte de los ingresos nacionales, pero recibía poco a cambio, y eso le dolió. Tarde o temprano aquello se acabaría pagando. También el Parlamento titubeó: el flamante Gobierno consiguió por los pelos la aprobación de los diputados^[76]. Así pues, cuando el Gobierno de Lumumba se puso manos a la obra, no tenía la dinámica

colectiva de un equipo de Gobierno que se suma de forma unánime a un proyecto político.

El equipo de Gobierno no solo era heterogéneo y caprichoso, sino además especialmente joven. Tres cuartos de sus integrantes tenían menos de treinta y cinco años, y el de menor edad solo veintiséis. Se trataba de Thomas Kanza, el primer congoleño en conseguir un título universitario. Fue nombrado embajador ante las Naciones Unidas, un puesto que durante los primeros meses posteriores a la independencia no constituía ninguna prebenda. El ministro de más edad era Pascal Nkayi, con tan solo cincuenta y nueve años. Se le confiaron las Finanzas, después de haber trabajado toda la vida en la Administración de los servicios de correos. En el Parlamento también dominaba una nueva élite: solo tres de los ciento treinta y siete escaños estaban en manos de jefes tradicionales^[77].

El primer Gobierno del Congo heredó de Bélgica un país con unas buenas infraestructuras: se habían construido más de catorce mil kilómetros de ferrocarril y más de ciento cuarenta mil kilómetros de autopistas y carreteras, más de cuarenta aeropuertos o aeródromos y más de cien centrales hidráulicas o de vapor; asimismo, se había creado una industria moderna (líder mundial en diamantes industriales, tercer productor de cobre del mundo), se contaba con una incipiente sanidad pública (trescientos hospitales para nativos, más centros médicos y maternidades) y se había alcanzado un grado muy alto de alfabetización (un millón setecientos mil alumnos en la escuela primaria en 1959), unos logros que, comparados con otras colonias africanas, resultaban sin duda impresionantes^[78]. Además, el ejército había conseguido importantes éxitos en las dos guerras mundiales. Sin embargo, las infraestructuras no lo son todo. Thomas Kanza, el flamante ministro que había estudiado psicología, sabía que aquellos éxitos eran relativos para muchos africanos: «A diferencia de lo que suelen admitir los europeos, los africanos sufrieron más por la ausencia de sincera simpatía, estima y amor por parte de los colonizadores que por la falta de escuelas, carreteras y fábricas»^[79]. Aun así, ¿de qué servía un país plenamente equipado si nadie sabía cómo manejarlo? El día de la independencia el Congo contaba con dieciséis universitarios. Y aunque había cientos de enfermeros y de funcionarios capacitados, la Force Publique no tenía ningún oficial negro. No había ni un solo médico nativo, ni un ingeniero, ni un jurista, ni un agrónomo, ni un economista congoleños.

«Bélgica carecía de experiencia con la colonización —me explicó Mario Cardoso durante nuestro exquisito almuerzo en el Memling— y tenía aún menos experiencia en la descolonización. ¿Por qué tuvo que hacerse todo tan rápido? Si hubieran esperado cinco años la primera promoción de oficiales congoleños habría completado sus estudios. Y no se habrían producido amotinamientos en el ejército». En el periodo entre 1955 y 1960 el régimen colonial buscó febrilmente reformas que pudieran hacer

frente a la agitación social, pero estas resultaban insuficientes y llegaban demasiado tarde. Debido a ello la descolonización se convirtió en un tren fuera de control que nadie podía frenar. Al admitir demasiado tarde las comprensibles exigencias de una élite frustrada, Bruselas desencadenó unas fuerzas que superaban con mucho su capacidad para mantener la situación bajo control. Aunque lo mismo puede decirse de esa joven élite que no solo había señalado y canalizado el descontento social de las clases bajas, sino que también lo había inflado y magnificado hasta que adquirió proporciones frente a las cuales no sabía ya qué hacer. La cronología de los acontecimientos reveló una paradoja que podía constatarse, pero no resolverse: la descolonización empezaba demasiado tarde, pero la independencia llegaba demasiado pronto. La acelerada emancipación del Congo se había convertido en una tragedia disfrazada de comedia cuyo desenlace solo podía ser fatal.

UN JUEVES DE JUNIO

Aquel jueves Jamais Kolonga se levantó a las cuatro de la mañana. Se había quedado a dormir en casa de su sastre para no dejar nada al azar^[1]. La ceremonia no empezaría hasta las once, pero aquel no era un día como los demás. La ciudad de casi medio millón de habitantes aún se encontraba sumida en la oscuridad y en el silencio. Un calor bochornoso flotaba entre las casas y las cabañas. Nada se movía. La colada: tendida inmóvil. El fuego: unas débiles brasas de ceniza. Invisibles, los niños dormían en posturas incómodas. Invisibles, los hombres y las mujeres entrelazaban sus cuerpos, consuelo para una sola noche o para toda una vida. En el bulevar desierto los semáforos saltaban desganados del verde al naranja y de este al rojo. En los barrios europeos el agua de la piscina no se movía.

Los pájaros todavía permanecían callados. Y un poco más lejos, pasados los jardines y las villas, los céspedes y las buganvillas, el agua negra del poderoso río corría en silencio. Arrastraba islotes de vegetación, tepes y plantas, arrancados cientos de kilómetros corriente arriba en la selva, troncos de árboles que giraban en la oscuridad y que luego, en los primeros rápidos, se elevarían y rebotarían en la espuma del río. Así sucedía desde hacía miles de años. A la naturaleza le traía sin cuidado aquel día tan especial.

Jamais Kolonga encendió la luz. Rezó y se lavó. Su flamante traje colgaba de una percha. Primero sacó con cuidado el pantalón de debajo de la chaqueta. Su sastre le había hecho un precioso esmoquin a medida. La suave tela del pantalón resultaba fresca al tacto, la camisa estaba bien almidonada, la chaqueta se ceñía a la perfección a su pequeña figura. Se miró en el espejo. ¿Quién hubiese dicho que él, Jean Lema según el registro civil y Jamais Kolonga para el resto del mundo, desempeñaría un papel tan importante ese día? Hasta hacía pocos años no era más que un simple oficinista en las tierras del interior, en el ecuador congoleño. Trabajaba para Otraco, donde se encargaba de llevar la administración de los barcos fluviales. Sin embargo, ya entonces se respiraban aires de cambio. En el siguiente ascenso le dieron el puesto que antes ocupaba un blanco, *monsieur* Eugène, un belga de Verviers. En 1958 volvió por un tiempo a Léopoldville y, según sus palabras, olió «el aroma, el perfume de la independencia». Kasavubu seguía visitando a su padre y él oía las emocionantes conversaciones y saboreaba las increíbles posibilidades. Ya no quería regresar al interior, a pesar de los reiterados incentivos de su empleador. En el bulevar del centro de la ciudad se cruzó con el gran Bolikango. Este también había estudiado con tata

Raphaël, era uno de los pocos congoleños a los que se les había encomendado un alto cargo en la Administración con miras a una emancipación acelerada: era comisario adjunto del departamento de Información. Bolikango sabía, por supuesto, lo convincente que era Jamais Kolonga y recordaba que su padre era el máximo representante de los *évolués*. ¡Si hasta el mismísimo rey Balduino había estado de visita en su casa! Bolikango bajó la ventanilla del coche y le propuso convertirse en redactor-locutor-traductor del servicio de Información del *gouvernement général*. Jamais Kolonga aceptó. Pasó de ser oficinista en el interior a convertirse en periodista radiofónico para la emisora pública. A partir de entonces podría oler todos los días el perfume de la independencia. Ser reportero no solo le permitió acudir a desfiles de moda y a partidos de fútbol, también pudo vivir de cerca los grandes cambios políticos de su país. Cuando se celebró la conferencia de la mesa redonda en Bruselas, él se encargó de informar sobre el desarrollo de las jornadas desde el estudio. Y fue el reportero del 26 de junio de 1960, cuando Kasavubu prestó juramento como primer presidente del que sería muy pronto el Congo independiente. Con su pesado magnetófono de TEAC colgado del hombro, Jamais Kolonga había realizado las entrevistas para la televisión.

Sus nuevos zapatos negros estaban relucientes y tenían las suelas de un blanco inmaculado. Hacía tan solo cuatro días de la prestación de juramento de Kasavubu. Jamais Kolonga lo había hecho bien. Dos días antes le habían preguntado si quería encargarse de la cobertura informativa en directo de la solemne declaración de independencia. Él aceptó. Aunque su sastre tendría que trabajar día y noche.

30 de junio de 1960. El Congo era oficialmente independiente desde la medianoche, pero la ceremonia en el Palacio de la Nación debía ratificar la transición. El rey Balduino había acudido desde Bélgica; entregaría el poder al presidente Kasavubu, tras cincuenta y dos años de administración colonial belga, setenta y cinco años después de que su predecesor, Leopoldo II, creara el Estado Libre. Y Jamais Kolonga, el reportero, iba a estar allí para retransmitir ese histórico acontecimiento.

La historia de la presencia belga en el África Central había afectado profundamente a la de su familia. Gracias a sus estudios, su padre se había convertido en uno de los más importantes *évolués* de la colonia, mientras que su abuelo todavía era un cazador que vivía en su poblado. Jamais Kolonga conocía las historias que contaban sobre él. «Cuando los blancos llegaron al Bajo Congo, él cargaba su equipaje sobre la cabeza. No les tenía miedo a los blancos, pero hacía lo que le decían. Era polígamo, pero cuando se hizo bautizar, repudió a dos de sus tres mujeres.» No había un solo individuo, ni siquiera en el interior más recóndito, que no se hubiese visto afectado por la Historia con mayúscula. Todo había transcurrido muy deprisa.

A las seis y cuarto se celebró una sesión informativa con el comisario general. Se prepararon los informes de prensa. Acababa de entrar un texto del primer ministro Lumumba que fue distribuido entre los periodistas. A Jamais Kolonga le indicaron el

lugar que le había sido asignado en la parte delantera de la sala. Se hizo hincapié en que todo debía transcurrir con dignidad y de forma ordenada. Sobre todo teniendo en cuenta que el día anterior se había producido un doloroso incidente cuando el rey y Kasavubu circulaban en un gran descapotable americano por la ciudad.

Al igual que en 1955, Balduino saludaba al pueblo, que se había congregado en masa para saludarlo mientras pasaba. Sin embargo, de repente un hombre salió de entre la muchedumbre y logró acercarse y arrebatarse la espada al rey. El incidente fue filmado y fotografiado. Balduino iba de pie en el coche, vestía uniforme militar de gala blanco. A su izquierda se encontraba Kasavubu, con un traje negro hecho a medida. El monarca saludaba a las tropas de la Force Publique situadas en el flanco izquierdo de la calle sosteniendo en alto un asta con la bandera belga. En un primer momento, cuando notó algo en su costado derecho, el monarca no comprendió lo que pasaba. Un hombre de frente alta y rostro alargado se alejaba corriendo mientras agitaba furiosamente la espada real, uno de los *iura regalia* de la monarquía belga. Más que un arma era un objeto que simbolizaba el poder de la casa real.

El incidente fue muy comentado. «Aquel hombre estaba mal de la cabeza —me dijo Jamais Kolonga—, era un *feu follet*, un fuego fatuo, un alma intranquila con un punto de locura. La gente siempre había dicho que estaba un poco loco.» Sin duda. Para muchos europeos aquello no fue más que un acto idiota, una broma pesada para llamar la atención sobre el traspaso de poderes, pero para muchos congoleños de los barrios populares aquello no era una broma. Para ellos se trataba de una enorme temeridad. ¿Tocar y arrebatarse así como así un objeto sagrado que pertenece al jefe? «Ese hombre morirá esta misma noche», decían. Si una máscara, la imagen de un ancestro, la piel de un leopardo o la cola de un mono tenían poderes mágicos, ¿cómo no iba a tenerlos la espada de un monarca europeo? El gesto rebelde se granjeó también el desprecio de los évolués. Victorine Ndjoli, la modelo con carnet de conducir, me dijo al respecto: «Sentimos verdadera vergüenza cuando un fantoche le quitó la espada al rey Balduino. Solo después supimos que estaba mal de la cabeza»^[2].

«Ojalá que hoy todo transcurra con tranquilidad», se dijo Jamais Kolonga. La ceremonia debía ser impecable. Por su parte, la gente abrigaba las más extrañas expectativas con respecto a la independencia. Muchos habían enterrado cofres llenos de piedras con la esperanza de que después de la independencia se transformaran en oro. Otros creían que los muertos resucitarían^[3]. Algunas personas, a modo de bienvenida, habían depositado prendas sobre las lápidas de algunos de sus antepasados; otras habían cubierto las tumbas de las personas menos queridas con chapas onduladas para impedir que salieran de ellas. En los poblados del interior, algunos se encerraron en su choza durante cuatro días por temor al regreso de los muertos. Las mujeres embarazadas no salían de su casa^[4].

En las ciudades, la fiebre de la independencia adquirió un carácter más social. En Stanleyville algunos habitantes construyeron sin permiso chozas en terrenos que eran

propiedad de los europeos. Los seguidores de la religión kitawala que habían vivido durante años en la clandestinidad ocuparon las villas abandonadas por los belgas y por las noches oficiaban rituales cantando a la luz de las antorchas. En Léopoldville, en el periodo previo al gran día se registraron bastantes más casos de robo y de vandalismo. Los boys se burlaban de sus amos y se sentaban en el capó de sus coches, negándose a bajarse de ellos^[5].

En torno a las nueve, Jamais Kolonga vio cómo las autoridades empezaban a llenar la gran rotonda del Palacio de la Nación. Había diputados y senadores de Bélgica junto a diplomáticos, altos oficiales y altos dignatarios civiles. Había delegaciones de estados africanos amigos. El príncipe Hasan de Marruecos estaba presente, junto al presidente Youlou del Congo-Brazzaville y el rey Kigeri de Ruanda; y entre ellos se encontraban principalmente los diputados y senadores recién elegidos del nuevo Congo que tomaban posesión de su cargo. El Palacio de la Nación, un edificio nuevo diseñado pocos años antes como residencia oficial del gobernador general (pensando en que el cargo perduraría durante décadas), hacía las veces de nuevo Parlamento. En su mayoría, los invitados reunidos debajo de la gran cúpula vestían trajes occidentales oscuros, pero otros estaban ataviados con tocados tradicionales llenos de conchas, plumas y pieles de animales, unos tocados tan impresionantes como el casco blanco con plumas de buitre que lucía el gobernador general.

Cuanto todo el mundo estuvo sentado, entró el primer ministro Lumumba. Un poco después, la sala se levantó para saludar al rey Balduino y al presidente Kasavubu. Balduino fue el primero en tomar la palabra. El encantador rey pronunció un discurso que parecía escrito más en 1900 que en 1960. Alabó la obra de Leopoldo II como si ninguna comisión de investigación hubiese condenado su régimen: «La independencia del Congo significa la culminación de la obra concebida por la inteligencia del rey Leopoldo II, emprendida por él con tenaz valentía y continuada con perseverancia por Bélgica». El monarca tampoco rehuyó el paternalismo: «Ahora es vuestro turno, caballeros, demostradnos que tuvimos razón al confiar en vosotros. [...] Vuestra tarea es inmensa y sois los primeros en daros cuenta de ello. [...] No temáis dirigiros a nosotros. Estamos dispuestos a permanecer a vuestro lado para ayudaros con nuestros consejos»^[6].

Cuando hubo acabado, la sala aplaudió educadamente. En aquel momento, en los poblados y en los barrios populares miles de personas que estaban aferradas a su transistor oyeron la voz clara de Jamais Kolonga que comunicaba en francés, lingala y kikongo: «Señoras y señores, acaban de escuchar el discurso de Su Majestad el Rey de los belgas. En este mismo momento, el Congo es independiente»^[7]. Él, el pequeño Jamais Kolonga de ojos centelleantes, fue el primer congoleño que pudo decir que su país era independiente.

Después tuvo el turno de palabra el presidente Kasavubu, el hombre que Jamais Kolonga había visto tantas veces en el salón de su casa, conversando entusiasmado

con su padre, el hombre que al asumir el cargo de alcalde había proferido una demoledora acusación contra el colonizador. Ahora, en cambio, pronunció un discurso reservado y conciliador. Nadie debía extrañarse por ello: el texto fue redactado por Jean Cordy, el belga que había sido jefe de gabinete del gobernador general Cornelis. «Yo escribí el discurso de Kasavubu; al menos la primera versión. También escribí el texto cuando asumió la presidencia.»^[8] Según el protocolo del día, había acabado la parte reservada a los discursos.

Sin embargo, no habían contado con los huéspedes.

Durante el discurso del presidente, Lumumba había estado corrigiendo, muy apurado, un texto. Tenía un montoncito de papeles sobre las rodillas y hacía anotaciones en uno y otro. Días antes, Lumumba había podido echar un vistazo al obediente discurso de Kasavubu y consideraba que no podía contentarse con eso. Tenía que responder de una vez por todas al colonizador. Al mismo tiempo, ello le permitiría convertirse en el foco de la atención, pues le molestaba en extremo que fuera Kasavubu, y no él, el encargado de hacer los honores. Él, que había sido el gran vencedor de las elecciones, veía con impotencia cómo su rival, Kasavubu, el partidario del regionalismo que ni siquiera amaba al Congo, presumía junto al rey Balduino^[9]. Lumumba escribió su discurso la noche del miércoles al jueves; seguía teniendo suficiente con unas horas de sueño. Según dicen, su asesor e incondicional adepto, el belga Jean van Lierde, le ayudó a redactar el texto que hoy sigue considerándose uno de los grandes discursos del siglo XX y un escrito clave de la época de descolonización de África:

Aunque esta independencia del Congo está siendo proclamada hoy de común acuerdo con Bélgica, un país amistoso, con el que estamos en igualdad de términos, ningún congolés digno de ese nombre podrá olvidar que la independencia se conquistó en lucha diaria, una lucha perseverante e idealista, una lucha en la que no escatimamos esfuerzos, privaciones, sufrimiento o sangre.

Fue una lucha de lágrimas, fuego y sangre de la que estamos profundamente orgullosos, porque fue justa y noble e indispensable para poner fin a la humillante esclavitud que nos fue impuesta. Esa fue nuestra suerte durante los ochenta años de dominio colonial y nuestras heridas están muy frescas y son demasiado dolorosas para que las olvidemos. Hemos conocido el trabajo agotador exigido a cambio de una paga que no nos permitía saciar nuestra hambre, vestirnos, tener un alojamiento decente o criar a nuestros hijos como seres queridos. Mañana, tarde y noche éramos sometidos a burlas, insultos y golpes porque éramos negros. ¿Quién podrá olvidar que el negro era tratado de «tú» no porque fuera un amigo, sino porque el respetuoso «usted» quedaba reservado solo al hombre blanco? Hemos visto nuestras tierras confiscadas en nombre de textos supuestamente legales, que no hacían sino reconocer el derecho del más fuerte. No hemos olvidado que la ley nunca fue la misma para el blanco que para el negro, que era indulgente con unos y cruel e inhumana con los otros.

Hemos visto el atroz sufrimiento de los desterrados por convicciones políticas o creencias religiosas: exiliados en su propia patria, su suerte era realmente peor que la propia muerte. No hemos olvidado que en las ciudades las villas eran para los blancos y las chozas en ruinas para los negros; que un negro no era admitido en los cines, restaurantes y tiendas reservadas a los europeos; que un negro viajaba en la bodega de las barcas, a los pies de los blancos en sus cabinas de lujo^[10].

Se trataba, en efecto, de un texto memorable que, como todos los grandes discursos, aclaraba la historia abstracta con ayuda de detalles concretos e ilustraba la gran injusticia con numerosos ejemplos palpables. Sin embargo, Lumumba no podía haber elegido un peor momento. Era el día en que el Congo conseguía su independencia, pero él hablaba como si estuviera en plena campaña electoral. Demasiado obsesionado por alcanzar la inmortalidad, demasiado cegado por el romanticismo del panafricanismo, él, que era un gran partidario de la unión del Congo, olvidó que aquel primer día de autonomía debía reconciliar al país y no dividirlo. Pretendía ser la voz del pueblo —lo que encajaba con la retórica exaltada de aquella época: el Pueblo, el Yugo, la Lucha y por supuesto: la Libertad—, pero el pueblo no estaba detrás de él como un solo hombre. A fin de cuentas, había logrado menos de un tercio de los votos. El discurso de Lumumba tuvo, por tanto, un enorme alcance, pero complicadas consecuencias. Y en comparación con los discursos verdaderamente grandiosos de la historia —el de Gettysburg de Abraham Lincoln en 1863 (*a government of the people, by the people, for the people, shall not perish from the earth*^[e57]), el primer discurso de Winston Churchill como primer ministro británico el 13 de mayo de 1940 (*I have nothing to offer but blood, toil, tears and sweat*^[e58]), el discurso de Martin Luther King en 1963 (*I have a dream*^[e59]), las palabras sobre democracia con las que Mandela se dirigió en 1964 a sus jueces (*It is an ideal which I hope to live for and to achieve. But if needs be, it is an ideal for which I am prepared to die*^[e60]), o el discurso de aceptación con el cual Barack Obama consiguió cautivar al mundo en 2008 (*Change has come to America*)—,^[e61] el de Lumumba miraba más hacia atrás que hacia delante, contenía más ira que esperanza, más rencor que generosidad y, por consiguiente, se parecía más al discurso de un rebelde que al de un hombre de Estado.

Jamais Kolonga lo vivió desde la primera fila. Oyó cómo los seguidores de Lumumba interrumpían hasta ocho veces su discurso con sus aplausos, pero también contempló «la frialdad de los invitados y la palidez del rey». Vio cómo Balduino se inclinaba hacia Kasavubu para pedirle una explicación, pero este se había quedado petrificado: ninguno de los dos estaba al corriente de la iniciativa de Lumumba. Su discurso había sido entregado a los periodistas bajo mano, pero ni el monarca, ni el presidente lo habían visto. Cuando acabó, Balduino estaba furioso y se sentía herido en lo más profundo de su ser. Para él aquello tuvo que representar una dolorosa repetición de su propia subida al trono. En aquella ocasión, diez años antes, el senador comunista Julien Lahaut había gritado *Vive la république!* en el punto culminante de la ceremonia. Aquel tenía que ser un día de gran expansión e intensidad, un evento festivo que confirmaba su dignidad, pero también entonces la solemnidad se vio estropeada por un incendiario de izquierdas que había atraído todas las miradas, sin que nadie se lo hubiera pedido. Una semana más tarde, Lahaut moría acribillado por las balas que dispararon unos desconocidos en el umbral de su casa, en circunstancias

tan confusas y violentas como la suerte que le esperaba a Lumumba medio año más tarde.

Balduino hubiese preferido volver de inmediato a Bélgica. Ya no sentía ningún interés en visitar el cementerio de los Pioneros y la estatua ecuestre de Leopoldo II. Sin embargo, el primer ministro Eyskens interpeló a Lumumba y le encargó que durante el almuerzo pronunciara un segundo discurso más amable. Y así se hizo: Eyskens escribió el texto, Lumumba lo leyó con un tono seco y Balduino se quedó hasta la noche.

Constituiría un error creer que todo el Congo aplaudió las audaces palabras de su primer ministro. Catorce millones de personas rara vez comparten opinión. A Jamais Kolonga le pareció muy complicado: «Lumumba no era un diplomático, era demasiado categórico. Kasavubu, ese sí era un caballero. Quería que algunos blancos permanecieran en sus puestos de director adjunto en las provincias, en la agricultura, en las finanzas; pero nuestra Constitución concedía demasiado poder al primer ministro. Nuestro presidente estaba concebido a imagen y semejanza del rey belga: reinaba, pero no gobernaba». Al ser originario del Bajo Congo, él sentía más simpatía por Kasavubu. Para muchos bakongo, Lumumba no era un héroe. «Kasavubu era un hombre tranquilo, cultivado y respetuoso —siguen diciendo los viejos en el Bajo Congo—, Lumumba era un cabeza hueca, amanerado e impertinente. Él es la causa de nuestra miseria. ¡Hablar al rey como lo hizo es irresponsable! Tendría que haber dicho: “Tenéis la independencia, ¡ahora a trabajar!”, en lugar de hablar de las rencillas del pasado.»^[11] Casi todos los habitantes mayores de Boma, Matadi y Mbanza-Ngungu (la antigua Thysville) aún se indignan al recordarlo. «Todo empezó entonces. Aquel discurso de Lumumba provocó la cólera de los belgas. El rey no quería ni siquiera quedarse a comer. Kasavubu no quería echar a los belgas, pero Lumumba deseaba hacer tabla rasa de todo. Fue un muy mal inicio. Y lo digo por convicción y no por motivos étnicos.»^[12]

Incluso los firmes partidarios de Lumumba tenían dudas. Mario Cardoso, que venía de Stanleyville, la ciudad de Lumumba, y lo había representado a título personal durante la mesa redonda sobre economía en Bruselas, me contó: «Yo estaba en la sala y me quedé atónito. Lumumba se comportaba como un demagogo. Yo era miembro del MNC, pero nuestra campaña no trataba de lo que él decía. Algunos députés aplaudieron; yo, no. “Está cometiendo un suicidio político”, eso es lo que pensé»^[13].

En otras partes del Congo no se le prestó tanta atención. En Elisabethville todo transcurrió en un ambiente tranquilo y agradable. Tshombe, que había tenido que contentarse con un puesto de gobernador provincial, volvió a hacer hincapié en la importancia de mantener unas relaciones cordiales entre Bélgica y el Congo. Durante la celebración de la independencia en la ciudad minera, el coro infantil Los Pequeños Cantores de la Cruz de Cobre interpretó algunos agradables himnos. Incluso los belgas, que tenían que acostumbrarse al hecho de que de repente eran

excolonizadores, lo celebraron en los barrios nativos, donde fueron bien recibidos^[14]. En otras partes del país hubo misas, cánticos y muestras de aprecio. La noticia del discurso de Lumumba llegó solo más tarde. Pocos contradecían el contenido, pero muchos se preguntaban si había sido realmente necesario. Un habitante de la capital dijo: «El parto conlleva dolores. Es así; pero una vez que el niño ha nacido, se le sonríe»^[15].

Así transcurrió el primer día del Congo libre. Hubo desfiles y juegos, danzas populares y fuegos artificiales. La fiesta duraría cuatro días, de jueves a domingo. El Congo empezó con un largo fin de semana libre. Hubo encuentros deportivos en el Stade Roi Baudouin (Kasavubu debía entregar la copa a los ganadores, pero Lumumba se la quitó de las manos y lo hizo él^[16]). Hubo una carrera ciclista en las calles de la ciudad (el más belga de todos los deportes, pero los tres primeros puestos fueron para congoleños). Y sobre todo hubo cerveza, mucha cerveza, muchísima cerveza. Era a finales de mes, todos habían cobrado el sueldo. Las paredes de los bares estaban cubiertas de cajas de cerveza. Después de algunos días el nuevo régimen ordenó que todos los puntos de venta de bebidas alcohólicas cerraran entre las seis de la tarde y las siete de la mañana. La situación se había desmadrado un poco, pero no era más que una juerga inocente. Aparte de algunos disturbios en Kasai, no se habían producido ataques contra los belgas, ni linchamientos, ni violaciones, ni saqueos de casas europeas.

No obstante, un hombre afirmaba haber pasado aquel primer día de independencia gimiendo en el suelo de su celda de prisión: ¡Longin Ngwadi! El hombre de Kikwit, el creyente al que no dejaron ser sacerdote, Élastique, la estrella de fútbol del Daring Club, el antiguo boy del gobernador general Pétilion, el hombre que había viajado a Bélgica y se quedó sin ver la Exposición Universal; él, precisamente él, fue el primer disidente del nuevo Estado. «Tenía el estómago hinchado como un globo. Sangraba por la nariz y el ano. Orinaba sangre, echaba malas ventosidades. Me habían esposado, me trataban como a un ladrón.» A las cuatro de la mañana, cuando Jamais Kolonga se estaba emperifollando para el gran día y Lumumba todavía escribía su discurso, Longin ya llevaba horas gimiendo por su suerte. Días antes había sido arrestado por el gobernador provincial Bomans. «Me vinieron a buscar con dos *jeeps* repletos de militares. “Está usted loco —me dijo Bomans—. No estoy loco —le contesté—, soy normal. El rey Balduino es mi hermano. Haga lo que le plazca, soy un profeta como Elías o Jeremías”.»

En 2008, cuando encontré a Longin Ngwadi en Kikwit, después de buscarlo durante meses, se estaba lavando en el río. Para recibirme se puso sus mejores galas: una camisa con estampado de pantera en la que había una foto de Lumumba con Gizenga. Este era su gran héroe político, un hombre de su región que había sido vicepresidente en el Gobierno de Lumumba y que, en el momento de nuestro

encuentro, pasaba sus últimos días como primer ministro de Joseph Kabila. Papa Longin era uno de los congoleños más estrafalarios que he conocido nunca y no solo por su extraordinaria vida. Ya solo su atuendo resultaba impresionante. El día en que nos conocimos llevaba alrededor del cuello un gran crucifijo, junto a un medallón de santa Teresa con el niño Jesús, una medalla del arcángel san Miguel, una cruz azul de Lourdes, una vieja llave de la marca ICOSA, *made in Italy*, que describió como «la llave del cielo», un martillo que para él hacía alusión a «Jean Marteau^[e62], el apodo de Kamitatu», el otro gran político de la zona, y por último un silbato, «porque, cuando tengo una visión, pito para que todos vengan a difundir el mensaje».

La imaginación de Longin carecía de límites. Afirmaba ser el hombre que había realizado aquella hazaña cincuenta años antes: «Sí, fui yo el que le quitó la espada a Balduino». Durante un tiempo creí que decía la verdad. Su frente alta y redonda, sus mejillas hundidas y sus ojos ovalados se parecían asombrosamente a los del hombre de la famosa foto. Sin embargo, entretanto sabemos que circulan muchas historias sobre aquel incidente. Diversos congoleños de avanzada edad afirman conocer la identidad del que robó la espada y sus razones, mientras que el verdadero responsable murió hace mucho tiempo^[17]. Estas historias, aunque solo sean ficción, son en sí mismas una rica fuente de información sobre los recuerdos de la descolonización. «Balduino era un icono —me dijo Longin Ngwadi—, un *chouchou*, un encanto, era sencillo, muy joven, muy guapo.»

Después de regresar de su aventura belga, cuando Pétilon ya no era gobernador general, a Longin le entró la fiebre de la independencia. Se sentía atraído sobre todo por la dimensión mística que aquella entrañaba. Vagaba por las calles de Léopoldville e iba cada día a la iglesia de Saint-Pierre en el municipio de Limete, donde monseñor Malula celebraba misa. Malula había sido consagrado obispo en 1959, era un hombre muy inteligente que vivía de cerca la lucha por la independencia e incluso había estado implicado en el manifiesto de Conscience Africaine. Más tarde sería el primer cardenal del Congo y un opositor directo de Mobutu.

Me iba todos los días a la iglesia. Cuando rezaba, todo se iluminaba. Tenía la fuerza del espíritu y la visión de la historia. Todas las oraciones me llegaban como si las conociera de antemano, cantaba todo tipo de cánticos nuevos, rompía todos los secretos, veía flores, muchas flores. «Anda —me decía—, el buen Dios me regala la paz». Fui a contárselo a Malula. Él me dio un bolígrafo Bic y una libreta y me pidió que anotara mis visiones.

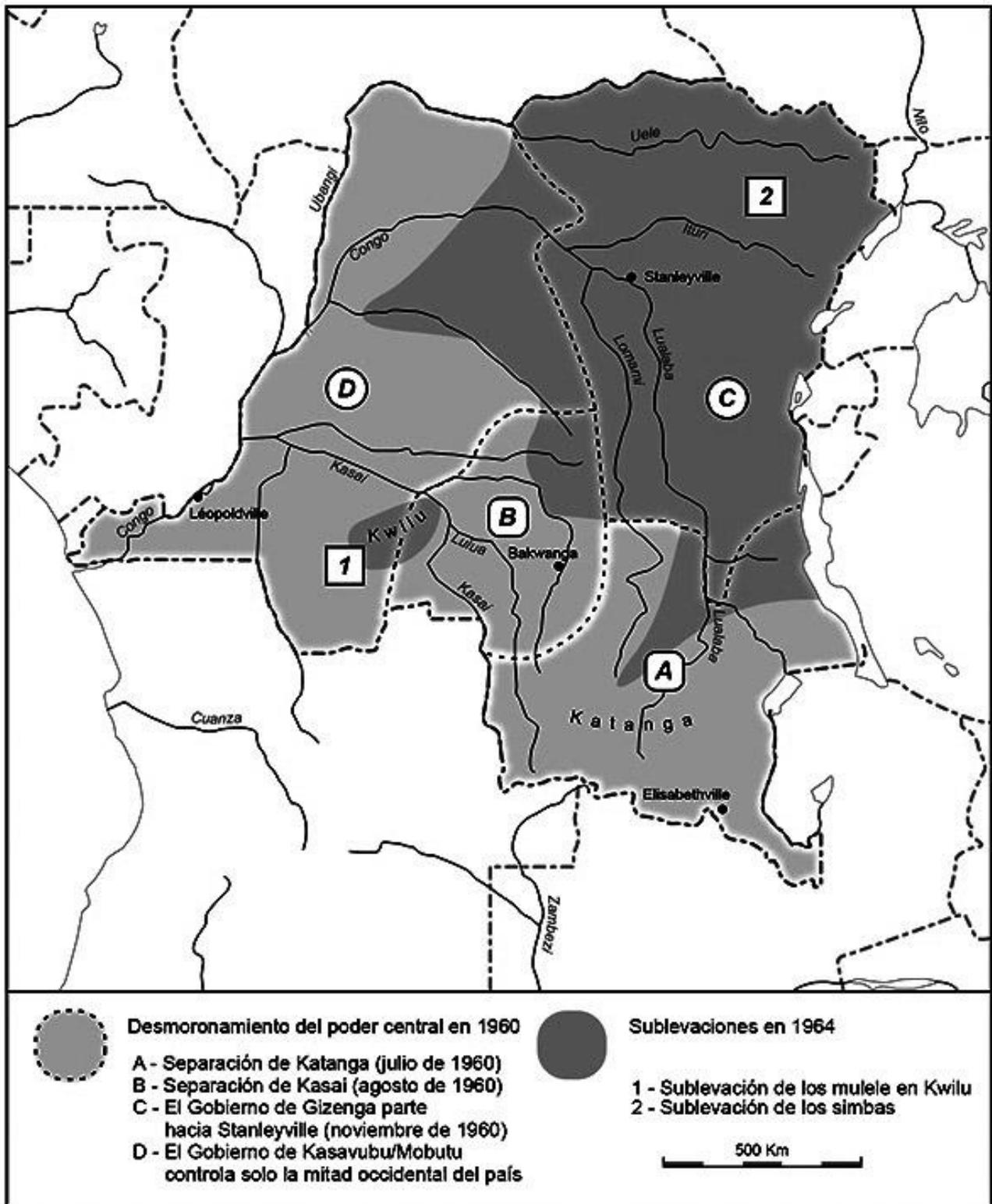
Longin sigue siendo un hombre muy creyente. Toda su existencia está saturada de espiritualidad. Reza continuamente, no empieza ninguna conversación sin antes bendecir a sus visitantes con laca para el pelo o perfume y alzar las manos al cielo para implorar protección. La religión y la política se confunden en él. Un día, aún embriagado por el perfume de mujer barato con el que me había bendecido, me paseé con él por el mercado de Kikwit, una larga exposición de mercancías que se extendía por la calle principal de la ciudad baja hasta el puente sobre el Kwilu. Cada cinco minutos Longin se detenía, le daba a su silbato y gritaba en kikongo a quien quisiera

oírle: «Hijos de Kikwit, si todavía no creéis en mi fuerza, mirad a este visitante. ¡Le he pedido a Gizenga que me enviara a un blanco y helo aquí!». Después de media hora su hijo tuvo que pedirle que adaptara su visión: no todo el mundo era adepto de Gizenga y eso podía poner en peligro mi seguridad. En el mercado, justo antes del puente, había un tenderete lúgubre con fetiches, hierbas, máscaras y cráneos de mono. Nadie se detenía delante de él. «No mire —me dijo el hijo—, trae mala suerte.» Pero Longin examinaba atentamente todos los objetos y se sentía más fuerte que la brujería. En casa había preparado una espada mágica. Había recubierto el viejo mango de un paraguas con flores artificiales, restos de hilo de cobre, una imagen de Cristo con flores y una banderita del Palu, el Parti Lumumbiste Unifié, el actual partido de Gizenga. La referencia a la espada mágica de hacía cincuenta años parecía más que evidente. En su bricolaje se mezclaban con naturalidad la memoria y la mística.

Había encontrado un buen lugar y esperé a Balduino en la estación, cerca del monumento a los obreros del ferrocarril. Todo el mundo quería verlo, era un chico guapo, pero por todos lados había militares apostados con sus fusiles. Era imposible, pero conseguí deslizarme gracias a mi fuerza. Quería entregarle flores al rey para demostrarle mi amor, pero vi aquella espada larga y brillante y me la llevé *pour la folie*. Me alejé con él cinco metros, pero entonces oí a los soldados cargar sus armas. El rey Balduino dijo: «Nada de armas». Volví a acercarme a él y le dije: «Os deseo un buen viaje en el Congo. El buen Dios acaba de dictar que os quite la espada. Vamos al Parlamento como viejos conocidos. Ha llegado la hora de que obtengamos la independencia. Las mujeres son como la Virgen María, pero más tarde el buen Dios nos dará paz para casarnos con mujeres blancas. Bélgica está lejos, tan lejos como el cielo, un bien común donde también habrá negros. Un mercado común. Los negros irán a Bélgica. No estoy loco, soy normal. Os devuelvo la espada». Balduino me contestó: «¡Nadie te golpeará! Te haré un regalo. No me olvides. Es cierto que más tarde te casarás con una mujer blanca, a condición de que aprendas francés». Sin embargo, se fue aquel mismo día, sin darme un regalo. No fue más que una promesa.

Cabe preguntarse si esta curiosa conversación ocurrió alguna vez. El misticismo y el erotismo chocan de forma genial con la actualidad europea (¡el mercado común!) y la lucha lingüística belga (¡aprender francés!). No obstante, resulta muy significativo que un hombre algo inconformista recuerde la independencia, medio siglo después de las fiestas, como una promesa nunca cumplida. A través de los intersticios de sus extravagantes fabulaciones se asoma hoy la luz de una profunda verdad: la independencia tendría que haber sido un regalo, pero no fue más que una promesa vacía.

Mapa 7: La Primera República: secesiones y sublevaciones



LA LUCHA POR EL TRONO LOS AGITADOS AÑOS DE LA PRIMERA REPÚBLICA

1960-1965

Todo el mundo sabía que al principio, una vez conseguida la independencia, habría que improvisar un poco. Era de esperar que no todo fuera como una seda. Sin embargo, el hecho de que en los primeros seis meses de existencia el Congo tuviera que enfrentarse al peor amotinamiento en el ejército, al éxodo en masa de los belgas que se habían quedado en el país, a una invasión del ejército belga, a la injerencia militar de las Naciones Unidas, al apoyo logístico de la Unión Soviética, a una fase caldeada de la Guerra Fría, a una crisis constitucional sin precedentes, a dos secesiones que abarcaban un tercio de su territorio y, para colmo, a un primer ministro encarcelado, huido, apresado, torturado y asesinado, eso realmente nadie lo tenía previsto.

Y la situación no mejoró. El periodo entre 1960 y 1965 se conoce hoy como la Primera República, pero en aquel momento recordaba más bien al Juicio Final. El país se dividió, sufrió una guerra civil, pogromos étnicos, dos golpes de Estado, tres rebeliones y tuvo seis jefes de Gobierno (Lumumba, Ileo, Bomboko, Adoula, Tshombe y Kimba), de los cuales dos, y puede que hasta tres, fueron asesinados: Lumumba fue fusilado en 1961; Kimba, ahorcado en 1966; Tshombe, encontrado muerto en su celda de prisión en Argelia en 1969. Incluso un secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld, el hombre que estaba al frente de un gobierno mundial indeciso, dejó esta vida en circunstancias nunca aclaradas: algo único dentro del multilateralismo de posguerra. En cuanto al número de muertos entre la población congoleña, este era demasiado alto para calcularlo.

La Primera República del Congo fue una etapa apocalíptica en la que salió mal todo lo que podía salir mal. En el ámbito político y militar el país se sumergió en un caos total, intrincado y confuso; en el ámbito económico la situación parecía estar más clara: iba de mal en peor. Sin embargo, el Congo no cayó en una violenta irracionalidad. Las desgracias de los primeros cinco años no fueron consecuencia de un renacimiento salvaje, de la resurrección de un primitivismo que se hubiese reprimido durante los años de colonialismo y menos aún de un «alma bantú»

inviolable. No, también en este caso el caos fue más el resultado de la lógica que de lo irracional o, mejor dicho, de la confrontación de lógicas dispares. El presidente, el primer ministro, el ejército, los rebeldes, los belgas, las Naciones Unidas, los rusos, los estadounidenses..., cada uno siguió unas lógicas que, de puertas adentro, parecían coherentes y comprensibles, pero que resultaron ser con frecuencia irreconciliables. Al igual que en el teatro, en este caso la tragedia de la historia no era una cuestión de sensatos frente a insensatos, de buenos frente a malos, sino de personas cuyas vidas se cruzaron y que se tenían, cada una de ellas, por buenas y sensatas: idealistas frente a frente; sin embargo, todo idealismo vivido con demasiado fanatismo provoca la ceguera, la de los buenos. La historia es un plato vomitivo preparado con los mejores ingredientes.

Los turbulentos primeros cinco años del Congo pueden dividirse en tres fases. La primera cubre el periodo del 30 de junio de 1960 al 17 de enero de 1961, el día en que Lumumba fue asesinado. Durante esos primeros seis meses el castillo de naipes del Estado colonial se derrumbó y la crisis congoleña ocupó, semana tras semana, las noticias mundiales. La segunda fase coincidió con el periodo entre 1961 y 1963 y estuvo marcada por la secesión de Katanga. Acabó cuando la provincia rebelde volvió a unirse al país tras una contundente intervención militar de las Naciones Unidas. La tercera fase se inició en el año 1964, cuando en el este se declaró una rebelión que afectó a la mitad del país. El poder central recuperó a duras penas el control del territorio. El año 1965 debía anunciar el regreso a la normalidad, pero acabó de forma inesperada con el golpe de Estado de Mobutu el 24 de noviembre. Aquel golpe resultó decisivo para la historia. Mobutu se mantuvo en el poder durante los siguientes treinta y dos años, hasta 1997. Fue la denominada Segunda República, que empezó siendo un régimen muy centralizado y que se convirtió en una dictadura.

La Primera República se caracterizó por un enredo de nombres de políticos y militares congoleños, asesores europeos, personal de las Naciones Unidas, mercenarios blancos e indígenas rebeldes. No obstante, cuatro nombres dominaban el juego: Kasavubu, Lumumba, Tshombe y Mobutu. Entre ellos se desató una lucha de poder cuya complejidad e intensidad no tenía nada que envidiar a las tragedias de Shakespeare. La historia de la Primera República es la historia de unas despiadadas eliminatorias entre cuatro hombres que jugaban por primera vez a la democracia. Una misión imposible, sobre todo teniendo en cuenta que cada uno de ellos estaba rodeado de actores extranjeros que intentaban defender sus intereses en el Congo. Kasavubu y Mobutu eran cortejados por la CIA; Tshombe era, en algunos momentos, el juguete de sus asesores belgas; y Lumumba estaba sometido a una enorme presión por parte de Estados Unidos, la Unión Soviética y las Naciones Unidas. La lucha de poder entre estos cuatro políticos se veía amplificada y complicada por el tira y afloja ideológico en el seno de la comunidad internacional. Sin duda, resulta difícil servir a la democracia cuando desde arriba unos actores tan poderosos no dejan de tirar de los hilos, a menudo de forma frenética.

Por otra parte, ninguno de aquellos hombres había vivido ni un solo día de democracia en su país. El Congo Belga no había tenido nunca un Parlamento, no había ninguna cultura de oposición institucionalizada, de consulta, de búsqueda de consenso, de aprender a vivir con los compromisos. Todo se decidía desde Bruselas. El régimen colonial era una Administración que se limitaba a ejecutar órdenes. Las discrepancias se ocultaban a la población nativa para no perjudicar la imagen del colonizador. En su omnipotencia aparentemente intocable, el máximo detentor del poder, el gobernador general, con su casco blanco cubierto de plumas de buitre, se parecía más al jefe tradicional de un reino feudal africano que a un alto funcionario de un régimen democrático. ¿Resulta extraño entonces que aquella primera generación de políticos congoleños tuviera problemas con los principios democráticos? ¿Resulta extraño que parecieran más bien pretendientes al trono dispuestos a matarse entre sí que dirigentes elegidos democráticamente? En los reinos históricos de la sabana, la sucesión al trono siempre había estado marcada por una intensa lucha por el poder. En 1960, el asunto que se dirimía era el mismo.

¿No se trataba, en definitiva, de ver quién podía suceder al rey Balduino? Kasavubu fue el primer y único presidente de la Primera República. El uniforme de gala que encargó que le confeccionaran era una copia exacta del traje de Balduino. Léopoldville y el Bajo Congo le apoyaban en masa. Su posición como jefe de Estado apenas fue cuestionada abiertamente; sin embargo, en 1965, fue apartado por Mobutu, cuyo uniforme de gala también resultó ser una copia del de Balduino, tal como más adelante se vería.

La base del poder de Lumumba se encontraba en la parte oriental, en cuyo centro se hallaba Stanleyville. Era el político más popular del Congo. Estaba molesto por haber tenido que aceptar que Kasavubu asumiera la presidencia, un cargo superior al suyo. Solo viviría los primeros seis meses de la Primera República, pero incluso después de su muerte su legado intelectual siguió marcando en gran medida la política.

Tshombe era quizá el más resentido de todos, pues durante la formación del Gobierno su partido había salido mal parado. Había tenido que conformarse con el cargo de gobernador provincial de Katanga en Elisabethville, y aunque equivalía al de canciller de Alemania en una Europa unida, en cuanto a superficie e importancia industrial, a él le costaba aceptar que el centro del poder estuviera en otro lugar, en Léopoldville.

Mobutu, finalmente, aparecía como el menos relevante de los cuatro el día de la independencia: era el secretario privado de Lumumba. A diferencia de los otros tres, no tenía ninguna ciudad grande que lo apoyara y, menos aún, un pueblo poderoso como Kasavubu (con los bakongo) o Tshombe (con los lunda). Él procedía de una pequeña tribu del norte de la provincia de Ecuador, los ngbandi, un grupo de población periférico que ni siquiera hablaba una lengua bantú, como el resto del Congo. Con veintinueve años era, además, el más joven del grupo (Kasavubu tenía

cuarenta y cinco; Tshombe, cuarenta; Lumumba, treinta y cinco). No obstante, cinco años más tarde sería todopoderoso. Se convertiría en una de las personalidades más influyentes del África Central y en una de las personas más ricas del mundo. La clásica historia del botones que llega a ser jefe de la mafia.

Durante el primer acto de la independencia del Congo, Patrice Lumumba surge como una figura central incontestada. Después de su provocador discurso durante la ceremonia de traspaso de poderes, todos los ojos están puestos en él. Cuando se levanta el telón del drama congoleño, él es un dinámico tribuno de la plebe venerado por decenas de miles de personas. Apenas unas escenas más tarde lo desprecian, le escupen a la cara y le obligan a comerse una copia de su discurso.

Julio de 1960. Temporada seca. Un cielo azul grisáceo. Las festividades en torno a la independencia duraron cuatro días. El ejército, la Force Publique, mantenía como de costumbre el orden público. Era la tabla de salvación. Al Congo independiente no le fue al principio viento en popa —las instituciones políticas eran frágiles, la experiencia administrativa, nula y los retos, gigantescos—, pero las fuerzas armadas eran estables. El cuerpo de oficiales aún estaba formado íntegramente por belgas: mil europeos dirigían a veinticinco mil congoleños. El comandante en jefe seguía siendo el general Janssens, el hombre que había reprimido con mano dura las revueltas de enero de 1959. Se trataba, sin duda, del más prusiano de todos los oficiales belgas, un militar de prestigio con una mente inflexible: para él la disciplina era sagrada, la protesta un error y el desorden un signo de debilidad de carácter. Y tenía que aguantar las órdenes de Lumumba, que además del cargo de primer ministro había asumido la cartera de Defensa. Más tarde escribiría sobre Lumumba: «Personalidad moral: ninguna; personalidad intelectual: totalmente superficial; personalidad física: su sistema nervioso le hacía parecer más un felino que un hombre»^[1]. Eso daba una idea de cómo se configuraba el reparto de poder. El Congo podía ser independiente, pero los belgas aún tenían además del poder económico, un control absoluto del aparato militar.

El jueves 30 de junio los fuegos artificiales iluminaron el cielo nocturno; el lunes 4 de julio ya se había torcido todo. La existencia del Congo como un país estable duró tan solo unos pocos días. Durante la revista vespertina de las tropas en el cuartel Leopoldo II, algunos militares se negaron a seguir las órdenes. El general Janssens intervino e hizo lo que acostumbraba en esos casos: degradar a los elementos recalcitrantes. En aquella ocasión eso se le volvió en contra. Al día siguiente unos quinientos soldados se congregaron en la cantina para expresar su descontento. Los militares estaban hartos. Medio año antes ya habían tenido que sofocar pequeños incendios en algunos puntos del país. Ansiaban tener posibilidades de ascender dentro de la jerarquía militar, querían una paga mejor y menos racismo. Poco antes de la independencia habían escrito:

Nadie olvida que en la Force Publique, nosotros, los militares, somos tratados como esclavos. Se nos castiga de forma arbitraria porque somos negros. No tenemos derecho a las mismas ventajas y prestaciones que nuestros oficiales. Nuestras habitaciones de dos personas son muy angostas (7,50 metros cuadrados de superficie) y no tienen muebles, ni electricidad. Comemos poco y nuestros alimentos no cumplen ni de lejos las normas higiénicas. El salario que se nos paga no es suficiente para afrontar los costes de la vida actual. No nos está permitido leer periódicos dirigidos por negros. Basta con que a uno lo sorprendan leyendo *Présence Congolaise, Indépendance, Emancipation, Notre Congo...*, para que lo encierren dos semanas en el calabozo. Después de ese castigo injusto, lo transfieren a la compañía disciplinaria de Lokandu, donde le enseñan a vivir como un militar. [...] En la Force Publique nuestros oficiales viven como los americanos; tienen mejores alojamientos, sus casas son grandes y modernas, están totalmente amuebladas por la Force Publique, su nivel de vida es alto, son orgullosos y viven como señores; y se lo deben todo al prestigio, porque son blancos. Hoy, el deseo unánime de todos los militares congoleños es poder ocupar puestos de mando, recibir un salario digno y acabar con cualquier forma de discriminación dentro de la Force Publique^[2].

Para enfrentar a tanta frustración era necesaria una reforma drástica del ejército, pero para el general Janssens quedaba descartado iniciarla durante los agitados meses previos y posteriores a la independencia. El primer reemplazo de oficiales congoleños seguía su formación en la Real Escuela Militar de Bruselas y en Luluabourg se había fundado una escuela para suboficiales. Pasados algunos años podrían ocupar sus puestos, pero de momento todo seguiría como siempre. La mañana del martes 5 de julio, Janssens se personó en el cuartel Leopoldo II e impartió a sus hombres una lección de inequívoca disciplina militar: la Force Publique estaba al servicio del país, eso ya era así en tiempos del Congo Belga y así debía ser ahora. Y para subrayar el mensaje, escribió con letras grandes en una pizarra *Avant l'indépendance = après l'indépendance*^[e63]. Aquello no fue una buena idea. El eslogan les sentó muy mal a los soldados. Habían podido constatar que los funcionarios congoleños recibían de la noche a la mañana altos cargos en la Administración, habían visto cómo los políticos salían muy bien parados con aquella gran transición. Una de las primeras decisiones adoptadas por el nuevo Parlamento había sido que los diputados tuvieran derecho a una remuneración de quinientos mil francos, casi el doble que sus colegas belgas^[3]. Los militares comprendieron de golpe que la fiesta de la independencia no les reservaba nada a ellos.

A menudo se explica el motín del ejército apuntando al discurso agitador de Lumumba. Cabría preguntarse si ello es así, puesto que los soldados estaban tan enfadados con sus nuevos dirigentes como con sus superiores blancos. ¡No querían descargar su cólera solo contra el general Janssens, sino también contra el propio Lumumba! Para ellos, este último no era un héroe, sino un ministro de Defensa que nunca había sido militar, un intelectual vestido de frac y pajarita que se lo pasaba en grande, mientras ellos veían cómo su suerte no cambiaba, a pesar de las bellas promesas^[4].

Aquel mismo día, el 5 de julio, el amotinamiento se propagó en la ciudad de guarnición de Thysville, solo a unas dos horas de la capital. Allí fue mucho más violento. Cientos de militares se rebelaron y apalearon a sus oficiales, que se vieron

obligados a buscar refugio en la cantina con sus mujeres y niños. Mientras tanto, ellos ocupaban el depósito de municiones. Fuera del cuartel, junto a la carretera que llevaba a la capital, se produjeron graves revueltas en la zona de Madimba-Inkisi. Los militares ya no asediaban a oficiales blancos, sino a civiles blancos. Varias mujeres europeas fueron víctimas de violencia sexual. Una de ellas fue violada dieciséis veces a lo largo de cinco horas, delante de su marido, de su madre y de sus hijos^[5]. Los rumores sobre ello tardarían algunos días en llegar a la capital.

Mientras tanto, Lumumba intentaba por todos los medios frenar el motín en el seno de su ejército. Tomó tres medidas consecutivas, todas ellas bienintencionadas, pero con enormes consecuencias que él no podía prever. El 6 de julio, acompañado por el general Janssens, inspeccionó las tropas en el cuartel Leopoldo II de la capital. En aquella ocasión prometió subir el rango de todos los soldados. «El soldado de segunda clase será soldado de primera clase, el soldado de primera clase será cabo, el cabo será sargento, el sargento será primer sargento, el primer sargento será sargento mayor, el sargento mayor será primer sargento mayor y el primer sargento mayor será edecán.»^[6] Sin embargo, no logró el efecto deseado. «Lokuta! —gritaron los militares—, ¡mentiras!»^[7] No se dejaban embaucar tan fácilmente. Lo que querían eran rangos más altos.

Dos días más tarde, Lumumba les ofreció más. Destituyó al general Janssens y en su lugar nombró a Victor Lundula comandante en jefe de las fuerzas armadas y a Joseph-Désiré Mobutu jefe del Estado Mayor. Una africanización de la cúpula del ejército levantaría la moral de las tropas, ¿no es cierto? Acto seguido tomó su tercera medida: una africanización acelerada y radical del cuerpo de oficiales. Los militares podían proponer nombres para sus candidatos a oficiales. Así, los sargentos y edecanes se convirtieron de golpe en comandante o coronel. Para recalcar esa ruptura había que darle otro nombre a la Force Publique: en adelante se denominaría Armée Nationale Congolaise (ANC).

Aquellas decisiones consiguieron apaciguar un poco los ánimos, pero sus consecuencias fueron desastrosas: después de una semana la recién nacida República del Congo ya no tenía un ejército operativo. Se había derribado el pilar más sólido del nuevo Estado. En la desmilitarización de la Europa actual, donde la OTAN se encarga de forma discreta de la seguridad de sus miembros, resulta difícil comprender lo crucial que es el papel de un ejército en un Estado débil. El Estado solo puede convertirse en tal cuando asume el monopolio de la violencia (social, tribal, territorial). En el agitado Congo de la década de 1960 el ejército era de vital importancia. Sin embargo, la Force Publique, el ejército colonial, que podía jactarse de haber conseguido victorias muy importantes en las dos guerras mundiales, había quedado reducida en cuestión de una semana a una horda de indisciplinados. El mando supremo estaba en manos de dos reservistas: Lundula, el alcalde de Jadotville, que quince años antes había sido sargento enfermero, y Mobutu, un periodista que había trabajado escaso tiempo de sargento contable y desde hacía poco se había

convertido en el hombre de confianza de Lumumba. En una ocasión habían recorrido juntos las calles de Léopoldville en moto, ahora eran, respectivamente, primer ministro y jefe de Estado Mayor de un inmenso país con un ejército andrajoso. Mobutu era además confidente de los servicios de inteligencia belga y estadounidense, un hecho que Lumumba se negaba a ver. Esa ceguera le costaría la vida.

Los intentos de Lumumba por luchar contra el motín recuerdan a los intentos belgas de pacificación de los disturbios sociales durante la década de 1950: al enfrentarse a una parte rebelde de la sociedad, también él tomó decisiones precipitadas que consistían en importantes concesiones con las que esperaba comprar la paz social. Sin embargo, el resultado fue justo el contrario. En lugar de contener el resentimiento, lo redobló.

«¡Nuestras mujeres están siendo violadas!» El rumor se propagó como un reguero de pólvora por la comunidad europea. El 7 de julio, un tren cargado de belgas huidos de Thysville llegó a la capital. Las historias que contaron estos refugiados superaban las previsiones más pesimistas. Algunos habían recibido escupitajos, humillaciones y abucheos, muchos se sentían amenazados. Sin embargo, las revelaciones sobre la violencia sexual fueron las que provocaron más pánico. En la sociedad colonial no existía un abismo mayor que el que había entre el hombre africano y la mujer europea (lo opuesto —el contacto entre un hombre blanco y una mujer africana— era algo corriente). Jamais Kolonga se había convertido en una celebridad nacional por haber bailado con una mujer blanca. Longin Ngwadi le contó al rey Balduino que quería casarse con una europea. Los más ingenuos creían, antes del 30 de junio, que podrían comprarse una casa belga con una mujer belga incluida. La mujer blanca era inalcanzable y por ello despertaba tanta curiosidad. A finales de la década de 1950 un colono belga vivió un suceso cómico, pero muy significativo:

En el puesto de Katana había una oficina de correos con un administrador congoleño. Un buen día, el administrador me dijo: «Señor, me han engañado». Yo le contesté: «Dígame lo que le ha pasado». «Pues verá, señor (hablábamos en suajili), mire esto, tengo un catálogo de Au Bon Marché de Bruselas y fíjese en esta foto. (Se veía a una chica guapa con un precioso sujetador.) Lo he pedido y ¿sabe lo que me envían? Un sujetador vacío.» Nuestro administrador de correos me explicó después que creía que le iban a enviar a la muchacha con el sujetador; el precio le parecía barato en comparación con la dote que debía pagar por una mujer nativa^[8].

Las mujeres blancas en el Congo colonial eran casi siempre mujeres casadas o monjas. Su disponibilidad sexual era mínima. La violencia sexual después de la independencia constituía una manera brutal de apropiarse del elemento inalcanzable de la sociedad colonial y al mismo tiempo de humillar profundamente a quien antes ostentaba el poder. A ambos lados existían tópicos: mientras que para los hombres congoleños la mujer blanca era una criatura semimítica, muchos europeos tenían concepciones muy mitificadas de la sexualidad africana. Esos tópicos ejercieron su

papel en los acontecimientos. Las violaciones fueron atroces, pero su número no guardaba proporción con el pánico que provocaron entre los europeos. Todos se enardecían entre sí con historias de terror.

La consecuencia fue un éxodo en masa, antes incluso de que hubiese caído el primer muerto. Se calcula que en cuestión de semanas unos treinta mil belgas abandonaron el país^[9]. En Léopoldville los coches que se dirigían a Beach para subir a bordo del ferri a Brazzaville provocaban kilómetros de retenciones. Muchos escarabajos Volkswagen, muchas *pick-ups*, muchos Mercedes que seguían teniendo la pegatina CB del Congo Belga en el parachoques... En otros lugares los coches habían sido abandonados. Antes de la independencia, Bruselas había pedido al mayor número de belgas posible que permanecieran en su puesto en la colonia —sus conocimientos le harían mucha falta al joven Congo—, pero dos semanas más tarde, Bélgica aconsejaba a sus compatriotas que volvieran a casa o que pusieran a salvo a las mujeres y a los niños. Sabena organizó un puente aéreo que en tres semanas sacó del Congo a decenas de miles de europeos. Fue una retirada asombrosa. Se marcharon unos diez mil funcionarios, trece mil empleados del sector privado y ocho mil colonos (propietarios de plantaciones).

Hoy sabemos que esa repentina y masiva psicosis no guardaba proporción con el peligro real. Parecía un cine que se vaciaba después de que alguien hubiese gritado: «¡Fuego! ¡Fuego!», cuando en realidad solo había un cenicero en llamas. «¿Veis cómo está ardiendo todo?», gritaba el público mientras salía del cine, sin darse cuenta de que el fuego se avivaba cuando abrían las puertas de la sala. La situación era grave, sin duda, pero no constituía un motivo para una evacuación general. Sin embargo, eso fue lo que sucedió. Toda ola de pánico genera en un momento dado una energía imposible de moderar. Del mismo modo que el cuartel de Luluabourg se vació en 1944 por un temor irracional a una campaña de vacunación, los habitantes europeos abandonaban el Congo por haber calculado mal los riesgos que ponían en peligro su seguridad.

No obstante, entonces también hubo personas que supieron mantener la calma. En 2008, en el poblado de Nsioni, en el Bajo Congo, permanecí algunos días en casa del viejo doctor Jacques Courtejoie, un belga oriundo de Stavelot (en la provincia de Lieja) que de niño había sido testigo de la ofensiva de las Ardenas, a trescientos metros de su casa paterna. Toda una lección de sangre fría. Vivía en el Congo desde 1958, siempre había estado solo, soltero, era un misionero de la ciencia, una empresa unipersonal de humanismo, dedicación y optimismo. Había educado y formado a media docena de habitantes de la región; les proporcionaba responsabilidad y confianza. Juntos diseñaban libros y carteles con información médica que luego se distribuía por todo el Congo, libros sobre la tenia, sobre enfermedades oculares e incluso sobre cría de conejos, carteles sobre cómo lavarse las manos, sobre tuberculosis y lactancia. Pocas veces he visto a alguien que fuera capaz, en circunstancias tan difíciles, de ponerse al servicio de la dignidad humana con tanta

sencillez. Un doctor Schweitzer desconocido. Desde el primer día de su estancia en el Congo, Jacques Courtejoie sintió una profunda aversión hacia el colonialismo. «En julio de 1960 escuché las noticias en la radio. En todas partes cundía el pánico, todo el mundo huía. Intenté no perder la serenidad y pensar con cordura. Realmente no veía por qué tenía que marcharme.» Fue uno de los pocos que se quedaron. Después de tres meses de independencia, apenas quedaban ciento veinte médicos en todo el Congo^[10].

Entonces había mucho miedo irracional. Por poner un ejemplo: dos meses antes de la independencia cené con un blanco que era administrador provincial. Regresó tarde a casa porque había asistido a un mitin político de la Abako. Al llegar, su mujer le dijo: «¡Espero que no hayas estrechado la mano de ese Kasavubu!». Tengo la impresión de estar oyéndola. ¡Incluso en aquella época se seguía sintiendo asco hacia un africano! ¡Y dos meses más tarde aquel hombre se convirtió en el presidente del Congo! Ese era el aire que se respiraba entonces. Un negro no podía subirse al coche, solo podía ir en la zona de carga de una pick-up, incluso si la persona en cuestión estaba enferma o embarazada. Fui testigo del caso de la madre ya anciana de un sacerdote negro que tuvo que subirse a la zona de carga, pese a encontrarse gravemente enferma. Aquí, en la región, los blancos nunca comían con los negros^[11].

Courtejoie sigue luchando todos los días contra la discriminación. Cada vez que se desplaza con sus colaboradores, todo el mundo puede subirse al *jeep* hasta que está abarrotado. Durante las pausas para almorzar, reparte el pan de mandioca con ellos y él come de la misma lata de sardinas.

Muchos europeos huyeron con la idea de regresar al cabo de unos meses, cuando volviera a reinar la calma; pero no lo hicieron. Esto provocó mucha amargura entre los excolonos belgas, pues estos se enorgullecían de los logros que se habían alcanzado. Muchos estaban convencidos de que, como habitantes procedentes de un país pequeño, se habían superado y que habían demostrado una gran dedicación y una inagotable energía. Vladímir Drachoussoff, el agrónomo que durante la Segunda Guerra Mundial había escrito su apasionante diario, recordaba en la década de 1980 «la alegría de trabajar en la construcción de un gran país que hoy es extranjero, pero que considerábamos muy nuestro»^[12]. La colonia les había brindado muchas oportunidades que nunca habrían tenido en Europa; era su patria más amada. Y ahora se convertía en un país extranjero. Thomas Kanza, el primero en obtener un título universitario en el Congo y jovencísimo ministro en el Gobierno de Lumumba, demostró comprender sorprendentemente bien la mentalidad de estos colonos cuando escribió: «Casi todos lograron más en África de lo que habrían podido conseguir en Europa, pues las oportunidades para emprender iniciativas, demostrar sus competencias, su dinamismo, en resumidas cuentas, confirmar su personalidad, eran mucho mayores en los territorios de ultramar que en Europa»^[13]. Abandonar el Congo significaba renunciar a un sueño en el que habían podido realizarse y que para muchos iba de la mano de un ideal paternalista. Drachoussoff volvía a ser muy franco a este respecto: «Nuestro paternalismo era sólido y sereno: estábamos convencidos, profunda y sinceramente, de que no solo éramos los portadores de una civilización moderna, sino de la civilización a secas, de las reglas y normas de todos los pueblos

de la tierra. [...] Casi todos estábamos orgullosos de ser europeos y abordábamos el mundo a nuestro alrededor como constructores y diseñadores, con la voluntad de moldearlo y de transformarlo, y con la convicción de que teníamos el derecho de hacerlo». Sin embargo, Drachoussoff se dio cuenta de que esa tranquila confianza tenía también, por supuesto, un lado oscuro. La repentina hostilidad entre blancos y negros no había surgido de la nada: «Un comprensible, pero peligroso, sentimiento de superioridad influyó en la práctica cotidiana de la colonización. [...] Los “civilizadores” estaban dispuestos a proteger y a educar, siempre y cuando todo se impusiera de arriba abajo y los alumnos se mostraran respetuosos y sumisos. Ninguno de nosotros escapaba del todo a la jerarquía otorgada por derecho divino que degeneraba en un racismo primario entre los mediocres y proporcionaba una buena conciencia a los más generosos»^[14].

Si el éxodo resultó frustrante para los blancos, también supuso un segundo duro golpe para el joven país. En pocas palabras después de una semana el Congo se había quedado sin ejército y, después de dos, sin Administración. Mejor dicho, sin la cúpula de la Administración. En 1959 solo tres de los 4878 altos cargos estaban ocupados por congoleños^[15]. De repente personas con muy poca cualificación tuvieron que ocupar, dentro del aparato burocrático, puestos relevantes que con frecuencia se hallaban en gran medida por encima de su nivel. El ejército era esencial para mantener el orden; la Administración, para que el Estado funcionara. En Kisangani hablé de ello con un personaje muy singular, *papa* Rovinsky, el apodo de Désiré van-Duel, que a su vez era una variante con resonancias belgas de su nombre africano: Bonyololo Lokombe. Si su país había cambiado cuatro veces de nombre a lo largo su vida, ¿por qué no podía él también cambiar el suyo? *Papa* Rovinsky daba la bienvenida a sus visitas con música. Tocaba el «tambor de hendidura» o gong y todavía era capaz de enviar mensajes en la lengua de su tribu, el lokele, cubriendo grandes distancias. «El hombre blanco acaba de llegar y se ha sentado en el sillón», tamborileó en su telégrafo de la selva en cuanto saqué el bolígrafo y la libreta. En la pared del salón había colgado la historia manuscrita de su vida que hacía las veces de currículum. Allí mencionaba a sus treinta y cinco hijos con nueve mujeres distintas, «dont 8 cartouches perdues»: de las cuales ocho balas perdidas. Se describía a sí mismo como «periodista independiente y diácono, historiador nacional e internacional nato, colaborador externo de la clase comunicacional [no tengo ni la menor idea de lo que eso significaba, pero sonaba bien], artista de la paz, *griot*^[e64] multidimensional». Sin embargo, hoy, a sus setenta y tres años de vida, se ganaba la vida sobre todo haciendo ataúdes, principalmente para niños, puesto que había mucha demanda. En el Congo, uno de cada cinco niños muere antes de cumplir los cinco años. Antes de la independencia, era estenógrafo y mecanógrafo en la Administración colonial. Sabía teclear al tacto («Mis dedos tenían ojos»), pero después de la independencia se convirtió de repente en primer secretario del ayuntamiento de Tshopo. «Solo quedaban algunos blancos, los demás dirigentes eran todos negros.

Nadie estaba preparado. El alcalde reunió a un equipo. Puesto que yo dominaba la taquigrafía y sabía mecanografiar, me dieron el puesto de secretario municipal. Tenía que redactar el acta de la asamblea municipal. ¡No era nada fácil! ¡Yo no tenía ninguna formación!»^[16]

El éxodo de los belgas también tuvo consecuencias económicas. En la segunda mitad de 1960 la agricultura enfocada a la exportación sufrió una brusca caída. El algodón, el café y el caucho, listos para ser cosechados, dejaron de exportarse. Los cultivos se pudrían en las plantaciones. La exportación de cacao y de frutos de la palma se redujo a más de la mitad^[17]. También sufrieron un duro golpe otros sectores que dependían en gran medida de los conocimientos técnicos europeos: la silvicultura, la construcción de carreteras, los transportes, los servicios. Solo la minería se mantuvo más o menos estable. El paro aumentó enormemente. Los que habían trabajado durante años de *boy*, cocinero o mujer de la limpieza para una familia blanca de repente se encontraron en la calle. Decenas de miles de personas en las plantaciones, las refinerías de azúcar, las fábricas de jabón y de cerveza perdieron su empleo. A la larga la agricultura industrial acabó cediendo el lugar a la agricultura tradicional. La gente empezó a cultivar de nuevo mandioca, a desgranar maíz y a recoger saltamontes, y volvió a acudir a los parientes cuando tenía hambre. Con el tiempo, la familia nuclear, el ideal del *évolué*, promocionado infatigablemente por las misiones, acabaría siendo sustituida por la familia extensa, la amplia red de tíos, primos y primas a la que se podía recurrir en tiempos de escasez.

Los disturbios de julio de 1960 no solo destrozaron el ejército, la Administración y la economía, además desencadenaron un conflicto armado. El 9 de julio, en Elisabethville, cayeron los primeros muertos: cinco europeos, entre ellos el cónsul italiano, fueron degollados. Aquella misma noche el ministro belga de Defensa, Arthur Gilson, decidió que no podían continuar así. Pierre Wigny dio luz verde a una intervención militar en contra de la opinión del ministro de Asuntos Exteriores y sin informar al embajador belga en Léopoldville^[18]. Su razonamiento era que la situación ponía en riesgo la vida de sus compatriotas. A primeras horas de la mañana del 10 de julio, desde la base aérea de Kamina despegaron aviones de las fuerzas aéreas belgas que llevaban a bordo tropas con destino Elisabethville. Aquel día un comando de paracaidistas saltó sobre Luluabourg para liberar a los belgas.

Fue en todos los sentidos una decisión desafortunada.

Varias semanas antes de la independencia los militares belgas ya se encontraban destacados en las bases militares de Kitona y Kamina. Según el «tratado de amistad» que habían firmado ambos países, Bélgica ofrecería apoyo militar al Congo independiente, pero solo a petición expresa de Léopoldville, es decir, del ministro de Defensa Lumumba. Y ese no era de ningún modo el caso. Bruselas se escondió detrás del argumento de que se trataba únicamente de proteger a los ciudadanos belgas; sin

embargo, la liberación de belgas no tardó en dar paso a la ocupación de grandes partes de la antigua colonia. Ahora que el ejército congoleño estaba desorganizado, Bélgica había decidido mantener el orden (y la economía), puesto que no podía permitir que lo que había tardado tres cuartos de siglo en construir se viniera abajo en un mes. Resultaba comprensible, pero estúpido. Bélgica tendría que haberse limitado a proteger a sus ciudadanos y haberse dirigido a las Naciones Unidas para realizar el otro trabajo. En ese momento esta intervención unilateral equivalía a la invasión militar de un país soberano e independiente. En Katanga los soldados belgas desarmaron a la fuerza a militares congoleños, ¡que ni siquiera se habían amotinado! Por primera vez, desde 1830, el reino de Bélgica emprendía una ofensiva en territorio extranjero, aunque apenas parecía ser consciente de ello.

Al principio, Kasavubu y Lumumba se inclinaron por permitir la actuación belga —pues, en efecto, había belgas en peligro—, pero un día más tarde se retractaron de esta actitud complaciente, lo cual estaba totalmente justificado. El 11 de julio salieron a la luz los verdaderos motivos de Bélgica y, de hecho, por partida doble. En primer lugar, aquel día dos buques de la marina belga bombardearon la ciudad portuaria de Matadi. Eso ya no tenía nada que ver con la protección de ciudadanos belgas —que en gran medida ya habían sido evacuados—, sino solo con hacerse con un puerto estratégico. En segundo lugar, y mucho más importante, Tshombe declaró aquel mismo día la independencia de Katanga y recibió de inmediato el apoyo belga. En aquellas fechas, Kasavubu y Lumumba recorrieron todo el país para frenar los disturbios, pues estaban tan preocupados como Bélgica por la desintegración de su país. En el Bajo Congo, figuras como Gaston Diomi, uno de los alcaldes de la capital, y Charles Kisilokele, uno de los hijos de Simon Kimbangu, realizaron una magnífica y valerosa labor para sofocar el amotinamiento. Por consiguiente, se pusieron en marcha iniciativas congoleñas, a menudo con éxito. Cuando el presidente y el primer ministro se enteraron de la separación de Katanga, se dirigieron hacia allí en avión; sin embargo, el comandante belga Weber les denegó la autorización para aterrizar en el aeropuerto de Elisabethville. Por supuesto, aquello provocó mucho resentimiento: ¡se había prohibido a los números uno y dos del régimen democráticamente elegido acceder a la segunda ciudad de su país! ¡Y encima la prohibición venía de un oficial extranjero que había invadido la ciudad el día anterior^[19]!

Kasavubu y Lumumba sacaron de inmediato la conclusión de que Bélgica estaba detrás la secesión de Katanga. Una suposición comprensible, aunque no del todo correcta. Los contactos entre belgas y katangueses eran excelentes desde hacía tiempo, pero no es cierto que Bruselas ayudara a urdir la secesión de Katanga^[20]. En realidad, la temeraria iniciativa de Tshombe fue una desagradable sorpresa para el Gobierno belga. Aun así, sobre el terreno se estableció enseguida el estrecho vínculo entre los líderes katangueses, los militares belgas y la cúpula de la Union Minière. Los militares belgas desarmaron a las tropas de Lumumba y crearon un nuevo ejército katangués, la denominada Gendarmerie Katangaise. Aunque Bruselas nunca

reconoció formalmente el Estado de Katanga, en la práctica, Tshombe contó con un fuerte apoyo belga. El banco nacional belga incluso ayudó a crear un banco central de Katanga^[21]. También la familia real sentía afecto por Tshombe. El rey Balduino lo apreciaba mucho más que a Lumumba. Le escribió: «Una alianza de ochenta años como la que une a nuestros dos pueblos forja lazos de afecto demasiado estrechos para ser rotos por la odiosa política de un solo hombre». En la versión definitiva se eliminó la palabra «odiosa». De todas formas, ya quedaba suficientemente claro que se estaba refiriendo a Lumumba^[22].

Con su intervención militar, Bélgica quería restablecer el orden, pero esta iniciativa provocó una escalada total del conflicto. La historia del Congo entre 1955 y 1965 no es más que una serie de intentos de diversos gobiernos de frenar la agitación, intentos que desembocaban una y otra vez en más agitación. Sin embargo, en aquella ocasión las autoridades belgas echaron muchísima leña al fuego.

En junio de 1960, cuatro aviones de combate Harvard de las fuerzas aéreas belgas empezaron a patrullar sobre el turbulento Bajo Congo, lanzando bombas y misiles contra distintos objetivos. Después de seis días uno se estrelló y otro fue abatido. Los dos restantes tenían impactos de balas en las alas y en el fuselaje^[23]. El piloto malherido del aparato caído fue asesinado por soldados congoleños y su cuerpo, lanzado al Inkisi.

André Ryckmans, administrador adjunto del territorio e hijo del anterior gobernador general, también murió asesinado. Era una de las mentes más lúcidas de la Administración, un hombre que se sentía muy a gusto en los poblados^[24]. Oyéndolo hablar en kikongo cualquiera hubiese dicho que se trataba de un africano. Nadie entendía mejor que él el punto de vista congoleño. El viejo Nkasi lo recordaba como uno de los pocos blancos que de verdad eran amables. Sin embargo, cuando Ryckmans fue a negociar con los amotinados sobre la liberación de varios rehenes blancos, lo mataron frente a una multitud enardecida. ¿Hasta qué punto la actuación militar belga no habría deteriorado el ambiente, si incluso uno de los hombres más brillantes y con mayor empatía de la Administración podía ser linchado a manos de una muchedumbre enfurecida?

«*Monsieur André*, sí, lo conocí —me dijo sonriendo el ciego Camille Mananga cuando lo entrevisté en Boma—. Ese era un auténtico congoleño. Él también se consideraba congoleño; pero lo asesinaron en el puente sobre el Inkisi.» Le pregunté si recordaba la actuación militar belga. No tuvo que pensarlo mucho:

Yo estaba en Boma. Los militares belgas de la base de Kitona habían venido a desarmar al ejército. El aeropuerto estaba lleno de tanques. Era temprano, muy de mañana, y yo me iba al trabajo. En aquel tiempo yo era agente del Estado, era un pequeño funcionario. La ciudad estaba llena de militares. Un belga me abordó. «¿Adónde vas?» «Trabajo en la Administración territorial», le contesté. «Vete a casa —me dijo él—, la ciudad ha sido ocupada por los belgas». Aun así seguí caminando, sentía curiosidad. Fue la primera vez en mi vida en que vi un tanque. Fui a echar un vistazo. Los belgas no se quedaron mucho tiempo, pero se trataba de una ocupación, nada más y nada menos^[25].

Así que la paz no regresó. En todo el país aumentó la violencia contra los belgas. La gente golpeó a funcionarios y a propietarios de plantaciones usando porras, látigos y cinturones. Forzaron a algunos a beber orina o a ingerir comida en mal estado. Unas monjas católicas fueron obligadas a desvestirse en público antes de ser atadas. Después, unos soldados les pidieron explicaciones de por qué no se habían afiliado al partido de Lumumba y les preguntaron si se acostaban con los curas. Otros propusieron meter una granada en la vagina de una mujer blanca. La humillación constituía un objetivo en sí. Entre el 5 y el 14 de julio cerca de cien hombres europeos sufrieron malos tratos, otras tantas mujeres fueron violadas y cinco blancos, asesinados^[26]. Bélgica había concedido la independencia al Congo para evitar una guerra colonial, pero había acabado envuelta en una. Y para colmo debido a su estupidez.

el gobierno de la república del congo pide a la organización onu que envíe ayuda militar urgente *stop* nuestra petición justificada por envío de tropas belgas desde la madre patria al congo en violación del tratado de amistad firmado entre Bélgica y la república del congo el pasado 29 de junio *stop* según disposiciones de este tratado las tropas belgas solo pueden intervenir a petición expresa del gobierno congoleño *stop* el régimen de la república del congo nunca formuló esa petición *stop* consideramos la operación belga no solicitada como un acto de agresión contra nuestro país *stop* la verdadera causa de la mayoría de los disturbios son provocaciones colonialistas *stop* acusamos al gobierno belga de haber preparado minuciosamente la rebelión de Katanga para mantener el control de nuestro país *stop* el gobierno apoyado por el pueblo congoleño se niega a someterse a un hecho consumado resultado de la conspiración tramada por imperialistas belgas y grupos de líderes katanguéses *stop* [...] insistimos en la urgencia del envío de tropas de onu al congo fullstop^[27]

Con este telegrama, firmado por Joseph Kasavubu y Patrice Lumumba, y enviado el 12 de julio, un día después la secesión de Katanga, el presidente y el primer ministro del Congo pedían el apoyo de las Naciones Unidas. En aquel momento la ONU era una organización relativamente joven que, en sus quince años de existencia, tenía en su palmarés cuatro breves misiones de observación. El secretario general era Dag Hammarskjöld, el hijo de un ex primer ministro sueco, un hombre dotado de un sentido protestante del deber. Kasavubu y Lumumba depositaron todas sus esperanzas en las Naciones Unidas, organización de la cual su país aún no era miembro.

Aquella misma noche, Hammarskjöld convocó una reunión de urgencia del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. En la austera sala de reuniones de Nueva York se debatió durante toda una noche sobre los recientes acontecimientos en el Congo. La Unión Soviética estaba plenamente de acuerdo con la petición de Kasavubu y de Lumumba. Los demás miembros admitían la necesidad de una intervención, pero vacilaban a la hora de amonestar a Bélgica. El secretario general consideraba que, para empezar, unas fuerzas militares internacionales debían garantizar la paz y no tanto ejecutar las órdenes del Gobierno congoleño. Tampoco se pronunció sobre la invasión belga del Congo. Polonia y la Unión Soviética entendían que los belgas, como agresores, debían marcharse de inmediato. Poco antes de las cuatro de la madrugada se aprobó la resolución 143 de la ONU. El Consejo de

Seguridad instaba «al Gobierno de Bélgica a que retire sus tropas del territorio de la República del Congo» y decidía enviar a los cascos azules^[28]. La operación recibió el nombre de Onuc (Opération des Nations Unies au Congo) y fue la misión más importante de las Naciones Unidas hasta ese momento.

Lumumba no estaba satisfecho con la resolución de las Naciones Unidas, pues el texto no condenaba a Bélgica ni decía una palabra sobre la secesión de Katanga. Él había esperado que el Consejo de Seguridad adoptara una actitud más firme. Confiaba en que los cascos azules de la ONU se hicieran cargo del trabajo de su deficiente ejército, que expulsaran a los militares belgas y que devolvieran Katanga al Congo. La resolución no autorizaba tales intervenciones. Era como si alguien llamara a la policía pidiendo auxilio por graves disturbios y solo le enviaran a los bomberos. Resultaba útil, aunque insuficiente. De ahí que Lumumba, junto con Kasavubu, reclamara la ayuda al país que en el Consejo de Seguridad había mostrado una mayor comprensión por su situación: la Unión Soviética. El 14 de julio el Congo rompió relaciones diplomáticas con Bélgica y entabló contacto con Moscú:

podríamos tener que solicitar la intervención de la unión soviética si el campo occidental no pone fin al acto de agresión contra la soberanía de la república del congo *stop* territorio nacional congoleño ocupado en estos momentos por tropas belgas y presidente de la república y primer ministro en peligro^[29]

No hay que infravalorar la importancia de este paso. Aquel telegrama abría de golpe un nuevo frente en la Guerra Fría: África. Hasta entonces la tensión entre Oriente y Occidente se había localizado sobre todo en Europa del Este y en Asia (Corea, Vietnam). Sin embargo, de repente África pasaba a convertirse en el centro de atención. El mensaje apenas había sido enviado a la Unión Soviética cuando ya se había filtrado a la CIA. Su contenido suscitó mucho nerviosismo en Washington: ¿era posible que el Congo pidiera ayuda a su enemigo declarado?

En 1960, diecisiete países africanos consiguieron la independencia. La consecuencia fue el establecimiento de un nuevo *scramble for Africa*. A diferencia del siglo XIX no se trataba de potencias de la Europa occidental en busca de colonias en ultramar, sino de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, que querían ampliar su esfera de influencia en el resto del planeta. Los intereses económicos seguían desempeñando un papel importante, pero los factores ideológicos, geopolíticos y militares habían pasado a ser mucho más determinantes. El Congo era el primer país de África en enfrentarse al tira y afloja de las dos nuevas potencias mundiales. No se trataba tan solo de un país grande con una posición estratégica que permitía controlar toda el África Central, además tenía materias primas esenciales para la producción de armas. Estados Unidos sabía muy bien que había ganado la Segunda Guerra Mundial gracias al uranio del Congo y que los únicos yacimientos de cobalto, un mineral utilizado para fabricar cohetes y otras armas, se encontraban en dos lugares del mundo: el Congo y la Unión Soviética^[30]. Dejar el Congo en manos de los soviéticos debilitaría gravemente el poder militar estadounidense.

¿Se dieron cuenta Kasavubu y Lumumba de las repercusiones de su telegrama? Lo más probable es que no. Dada la poca experiencia que tenían, es más probable que solo intentaban recibir apoyo del extranjero para solucionar un conflicto nacional en relación con la descolonización, pero con ello abrieron la caja de Pandora de un conflicto mundial. Ha corrido mucha tinta sobre el supuesto comunismo de Lumumba. Los contactos con la Unión Soviética suelen utilizarse como prueba de su inclinación bolchevique. No obstante, resulta falso. Desde el punto de vista económico, Lumumba se encontraba más cercano al liberalismo que al comunismo. No tenía ninguna intención de colectivizar la agricultura y la industria; más bien contaba con recibir inversiones privadas procedentes del extranjero. Además, Lumumba era un nacionalista, no un internacionalista, como se supone que debe ser un comunista. A pesar de su panafricanismo, su marco de referencia era congoleño hasta la médula. Asimismo, carecía de la noción de «revolución proletaria». Como *évolué* pertenecía a la incipiente burguesía congoleña, no aspiraba a derribar su propio grupo social. Además, buscó también el apoyo de Estados Unidos para solucionar el problema de su país. Por último, se olvida con frecuencia que escribió su petición de ayuda a Jrushchov junto con Kasavubu, que era de todo menos comunista. El propio Jrushchov tenía conciencia de ello: «Podría decir que el señor Lumumba es tan comunista como yo católico; pero si las palabras y los actos de Lumumba coinciden con las ideas comunistas, eso solo puede complacerme»^[31].

La solicitud de apoyo a Moscú tampoco venía dictada por el carácter voluble de Lumumba, por su personalidad inestable, por su espíritu desconfiado, por su comportamiento irracional o por cualquier rasgo de personalidad que se creyera detectar en él. Lumumba tenía, en efecto, fama de ser irascible e inconstante, pero cuando leemos hoy los telegramas que envió a las Naciones Unidas y a la Unión Soviética, advertimos otro registro psicológico: el pánico, vinculado a una profunda indignación y a un gran temor a perder el control y a ser asesinado. No hemos de olvidar que Kasavubu y Lumumba no habían ejercido cargos políticos de importancia antes de ponerse al frente de su país. Kasavubu solo había sido alcalde de un barrio de Léopoldville, mientras que el primer cargo político de Lumumba fue el de primer ministro. Después de dos semanas de independencia, se vieron sobrepasados por los acontecimientos. Parecía que acabaran de sacarse el carnet para conducir automóviles y, de repente, cayeran en la cuenta de que estaban pilotando un reactor a punto de estrellarse. Al verse enfrentados a la intervención militar de Bélgica que ellos no habían solicitado, hicieron lo que les pareció más conveniente en aquel momento de miedo: pedir a toda prisa el apoyo de quien estaba dispuesto a ayudar. Y la Unión Soviética estaba más que dispuesta. Un día más tarde, Jrushchov hizo saber, en una carta excepcionalmente efusiva, que en caso de que se mantuviera la «agresión imperialista» de Bélgica y de sus aliados, la Unión Soviética «no dudará en adoptar fuertes medidas con vistas a poner fin a la agresión». Su país solo podía solidarizarse con «la lucha heroica del pueblo congoleño por la independencia y la integridad de la

República del Congo». Y añadía: «La exigencia de la Unión Soviética es simple: ¡no tocar a la República del Congo!». Eso sí, olvidaba mencionar que cuatro años antes el ejército soviético había aplastado Hungría^[32].

Dag Hammarskjöld se percató de la posible amenaza de que estallara un conflicto mundial y en cuarenta y ocho horas consiguió enviar a los cascos azules al Congo: el 15 de julio aterrizaban los primeros contingentes marroquíes y ghaneses, seguidos de otras tropas africanas procedentes de Túnez, Marruecos, Etiopía y Mali. Mientras tanto, la Unión Soviética enviaba diez aviones Iliushin al Congo con camiones, víveres y armas. Estados Unidos estudió la posibilidad de hacer intervenir a la OTAN, pero aquello podría haber desencadenado una segunda Corea o incluso una nueva guerra mundial. Por ello Washington ejerció su influencia por medio de dos canales más discretos: las Naciones Unidas y la CIA, es decir, la vía del *lobby* diplomático en Nueva York y la influencia secreta en Léopoldville. Larry Devlin, jefe del servicio de inteligencia estadounidense en el Congo, disponía de enormes presupuestos para empujar la política congoleña en una dirección más favorable a Estados Unidos. Kasavubu y sobre todo Mobutu se convertirían en sus favoritos^[33].

Durante las conversaciones con Jamais Kolonga pude hacerme una idea de aquellos tumultuosos días. Una de sus anécdotas resulta muy significativa. A finales de julio, Lumumba quería viajar a Estados Unidos para negociar en persona con las Naciones Unidas. Sin embargo, no se respetó el procedimiento usual, según el cual una visita oficial de este tipo debía ser concertada por altos funcionarios de un país y por diplomáticos del otro. Uno de los colaboradores de Lumumba fue a la embajada estadounidense en Léopoldville y exigió que le concedieran sin demora veinticuatro visados para el primer ministro y su séquito. Aquello hizo que más de uno frunciera el entrecejo. Carecían de programa, se saltaban el protocolo y no habían concertado ninguna cita^[34]. «Los fui a despedir al aeropuerto de N'Djili», me contó Jamais Kolonga, quien desde el 30 de junio trabajaba en la oficina del servicio de prensa del primer ministro. Allí conoció, entre otros, a Mobutu, el secretario de Lumumba.

Había una banda de música tocando; la puerta del avión se cerró y retiraron la escalera. Sin embargo, dentro del avión, Lumumba se dio cuenta de que su agregado de prensa no se hallaba a bordo. La puerta volvió a abrirse y Lumumba señaló a nuestro grupo. ¿A quién apuntaba? ¿A mí? ¿A la persona que estaba a mi lado? Todos nos preguntábamos lo mismo. «*C'est vous!*», dijo gesticulando en mi dirección. Caminé hasta el avión y me fui con ellos. Solo llevaba conmigo un bolígrafo Parker y una libreta. ¡No tenía más ropa que el traje verde que me había puesto! Subí a bordo sin pasaporte, sin visado, sin equipaje; pero después regresé con dos maletas llenas y con un bolso en bandolera. Entretanto había visto cómo Dag Hammarskjöld intervenía en las Naciones Unidas^[35].

Aquella dejadez era característica de la improvisación del joven equipo de Gobierno congoleño. Ese fue también el motivo por el que Lumumba no causó una buena impresión durante su viaje. Al no haber concertado una cita, el presidente Eisenhower se negó a concederles una audiencia. En el seno de las Naciones Unidas molestó la manera en que Lumumba «formulaba exigencias imposibles y exigía resultados

inmediatos»^[36]. Douglas Dillon, el subsecretario de Estado estadounidense, se quejó de su «personalidad irracional, casi “psicótica”»: «Nunca nos miraba a los ojos, miraba hacia arriba. Y luego ese enorme torrente de palabras. [...] Sus palabras nunca guardaban relación con lo que queríamos debatir. Daba la sensación de estar poseído de una exaltación que solo puedo describir como mesiánica. Sencillamente, no razonaba. [...] La impresión que causaba era muy negativa, no se podía trabajar con él». Tampoco gustó mucho que pidiera a un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores que le encontrara una acompañante rubia^[37].

Después de un mes la situación en el Congo era la siguiente: el ejército estaba gravemente socavado y la Administración acéfala, la economía había sufrido un duro golpe, Katanga se había separado, Bélgica había invadido el país y la paz mundial parecía amenazada. Y todo porque en un principio algunos militares en la capital habían pedido un aumento salarial y un rango superior.

Entretanto, Lumumba había quemado muchas de sus naves. Tras el discurso contra Balduino y el cese del general Janssens, ya no podía recurrir a Bélgica. Después del telegrama a Jrushchov y su viaje a Estados Unidos, podía olvidarse del apoyo estadounidense. En las Naciones Unidas también se les estaba agotando la paciencia, mientras que en su propio país su arrogancia lo había distanciado de Kasavubu. Los diplomáticos, asesores y el personal de seguridad occidentales sembraron cizaña entre ambos. Todos se pusieron del lado de Kasavubu y le sugirieron que dejara a Lumumba en la estacada. En agosto de 1960, este último se había convertido en un hombre solitario, que solo contaba con el apoyo de los soviéticos.

Aquello no contribuía de ningún modo a aplacar su cólera. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas había conminado hasta en dos ocasiones a Bélgica a que retirara sus tropas (el 22 de julio le pidió que lo hiciera «rápidamente»; el 8 de agosto, incluso «inmediatamente»), pero Bélgica no parecía dispuesta a ceder ni un ápice mientras los cascos azules no pudieran garantizar la seguridad^[38]. Los diez mil militares belgas no abandonaron el Congo hasta finales de agosto, cuando ya no había nada que hacer. Para Lumumba la ONU era en el mejor de los casos una organización inútil y, en el peor, prooccidental.

Para colmo de males, el 8 de agosto el Kasai meridional declaró la independencia. La provincia de los diamantes era, después de Katanga, la principal zona minera del Congo. Albert Kalonji se hizo coronar rey. Kalonji, antiguo partidario de Lumumba, se había enemistado con él ya antes de las elecciones, razón por la cual no se le asignó ningún puesto ministerial en el Gobierno nacional. Sin embargo, su secesión tenía también una motivación étnica. Kalonji defendía a los baluba, los habitantes de Kasai, muchos de los cuales habían ido a trabajar a las minas de Katanga, donde eran detestados por ser migrantes y buscadores de fortunas. En el propio Kasai, los baluba

habían entrado en conflicto con los luluas; con regularidad se producían violentos estallidos. Con la proclamación de un Estado propio, Kalonji esperaba crear un país para los baluba. Tshombe apoyaba la empresa. Él y Kalonji decidieron incluso conformar una confederación.

Junto con Katanga, el recién separado Kasai meridional constituía una cuarta parte del territorio del Congo y además la más rica. Para un partidario de mantener el Congo unido como Lumumba, aquello resultaba inaceptable. Bolikango, por su lado, también estudiaba la posibilidad de separar la provincia de Ecuador de la república. No se trataba de una casualidad: Tshombe, Kalonji y Bolikango se consideraban los principales perjudicados en la formación del Gobierno, porque no habían conseguido ninguna cartera ministerial. Lumumba quería intervenir, pero no podía contar con los cascos azules, puesto que estos tampoco habían hecho nada contra la independencia de Katanga. En calidad de ministro de Defensa envió al nuevo ejército congoleño a la provincia rebelde de Kasai. Sin embargo, aquel ejército gubernamental no tenía dinero y estaba dirigido por oficiales que habían sido nombrados dos meses antes y carecían de cualquier preparación.

Las consecuencias fueron terribles. A finales de agosto Kasai era el escenario de enfrentamientos inútiles que, en lugar de victorias, provocaron tan solo masacres que costaron la vida a miles de civiles. Durante un ataque contra la misión católica en la que habían ido a refugiarse civiles baluba heridos, más de cincuenta personas fueron asesinadas, entre las que había mujeres y niños. Los soldados del ejército gubernamental utilizaban machetes, además de ametralladoras. El secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld, expresó su horror y habló de un genocidio contra los baluba. Calificó los sucesos como «una de las violaciones más flagrantes de los derechos humanos elementales y con características de un delito de genocidio»^[39]. Lumumba lo había echado todo a perder, también en las Naciones Unidas.

Durante todo aquel tiempo Kasavubu se había mantenido bastante al margen; pero el 5 de septiembre de 1960 aprovechó la oportunidad para llevar a cabo lo que muchos asesores occidentales le habían pedido: destituyó a Lumumba. El artículo 22 de la Loi Fondamentale, la Constitución provisional del nuevo Congo, le confería ese poder: «El jefe de Estado nombra y cesa al primer ministro y a los ministros»^[40].

Para los oyentes de la radio nacional aquella debió de ser una de las noches más extrañas de la historia del servicio público de radiodifusión. Poco después de las ocho de la noche se interrumpió la emisión —una clase de inglés— y se oyó la voz aguda del presidente Kasavubu que explicaba que acababa de cesar de su cargo al primer ministro. En toda la *cité*, en los barrios populares, en los poblados del interior, los congoleños de a pie escucharon que Lumumba ya no era su primer ministro y que sería reemplazado de manera provisional por un tal Joseph Ileo, un hombre moderado

que en 1956 había escrito el manifiesto de *Conscience Africaine*. Apenas una hora más tarde los congoleños oían con gran asombro el francés staccato del primer ministro Lumumba, quien a su vez anunciaba que había destituido al presidente Kasavubu. Las enigmáticas reglas gramaticales inglesas no eran nada en comparación con aquel embrollo. Como si el Congo no tuviera suficiente con una crisis militar, administrativa, económica, étnica y mundial, para colmo en ese momento se enfrentaba a una constitucional.

Lumumba apelaba al artículo 51 de la Constitución provisional, según el cual «la interpretación autorizada de las leyes corresponde únicamente a las Cámaras»^[41]. Fue una buena apuesta, ya que el 13 de septiembre el Parlamento confirmó su confianza en Lumumba y se negó a reconocer a Ileo como nuevo primer ministro. Eso supuso tal deshonra para el presidente Kasavubu que, al día siguiente, cesó al Parlamento durante un mes.

El embrollo era completo. En el Congo no se gobernaba, sino que se peleaba. El interés nacional estaba supeditado a la lucha por el poder. En medio de aquel caos el coronel Mobutu, jefe de Estado Mayor del ejército, dio un paso adelante para poner coto a las disputas. Aquel mismo día, el 14 de septiembre de 1960, provocó su primer golpe de Estado, con el beneplácito y el apoyo de la CIA. Declaró a la prensa que el ejército asumía el poder hasta finales de año. Lumumba y Kasavubu fueron «neutralizados». Sin embargo, mientras permitía a Kasavubu que permaneciera en el Gobierno como una especie de presidente honorífico, impuso a Lumumba un arresto domiciliario en su residencia oficial de la capital. La amistad entre Mobutu y Lumumba había terminado para siempre.

Mobutu confió la Administración del Congo a un equipo de jóvenes universitarios con el propósito de contrarrestar la falta de conocimientos técnicos del equipo de Gobierno de Lumumba. Mario Cardoso, el hombre que había asistido a la conferencia de la mesa redonda sobre economía y que gozaba de popularidad entre los estudiantes congoleños en Bélgica, me explicó que: «el coronel Mobutu pidió a los estudiantes y universitarios que regresaran de la diáspora y que pusieran sus conocimientos al servicio el país. No nos darían el título de ministro, sino de comisario general. Debíamos convertirnos en dirigentes apolíticos, no representaríamos a ningún partido, a ninguna tribu, a ninguna región, a ningún poblado. Teníamos un título, con eso bastaba». Dentro de aquel consejo de comisarios generales, a Cardoso se le asignó la cartera de Educación. Justin Bomboko, encargado de Asuntos Exteriores, era el presidente y ejercía *de facto* de primer ministro. Esta situación se mantendría tan solo algunos meses. «Éramos un Gobierno de transición. Mobutu solo quería poner orden, puesto que Kasavubu y Lumumba no dejaban de pelearse.»^[42]

Ese Gobierno con títulos universitarios no contentaba a todo el mundo. Lumumba repetía que él era el único primer ministro del Congo elegido democráticamente. En cambio, el Gobierno belga estaba satisfecho con su destitución y mantenía estrechos contactos con los jóvenes comisarios. Muchos de ellos habían estudiado en Bruselas

o en Lieja. Se trataba de evitar a toda costa que Lumumba regresara a la escena política y, si era preciso, se podía recurrir a la fuerza. Dos militares belgas que operaban bajo la protección del ministro de Asuntos Africanos, Harold d'Aspremont Lynden, hicieron los preparativos para secuestrar o asesinar a Lumumba^[43]. Además, el presidente estadounidense Eisenhower pidió personalmente a la CIA que liquidara a Lumumba. El plan, al más puro estilo James Bond, consistía en envenenar al primer ministro congoleño con un dentífrico muy tóxico^[44]. En el Congo también eran numerosos los que preferían librarse de él.

Consciente del peligro que corría su vida, Lumumba pidió protección a las Naciones Unidas. Le enviaron un contingente de cascos azules ghaneses, que se instalaron en su jardín para mantener alejados a los posibles hostigadores. Y la medida resultó ser necesaria, pues el 10 de octubre Mobutu envió doscientos soldados a la residencia de Lumumba para detenerlo. Sin embargo, las Naciones Unidas lo impidieron. Aquello provocó un *impasse* que se prolongó durante semanas. La casa de Lumumba se encontraba doblemente rodeada: por cascos azules, para protegerlo mientras permaneciera dentro, y por congoleños dispuestos a arrestarlo en cuanto saliera. Además, le cortaron el teléfono. Lumumba había sido silenciado. Debido a ello el vicepresidente Antoine Gizenga asumió el papel de representante del Gobierno de Lumumba. Gizenga procedía de Kwilu y, hasta el día de hoy, es venerado por las personas mayores, como Longin Ngwadi, el hombre de la espada de Kikwit. A medida que el golpe de Estado de Mobutu se imponía, Gizenga se dio cuenta de que en Léopoldville ya no había sitio para él, ni para otros fieles a Lumumba. Así que a principios de noviembre partió con lo que quedaba del primer Gobierno hacia Stanleyville, la cuna del movimiento de Lumumba, para, desde allí dirigir y reconquistar el país.

La situación se hacía cada vez más confusa. El Congo había cumplido cuatro meses como país independiente y tenía cuatro gobiernos simultáneos, cada uno con su propio ejército y con sus aliados extranjeros. En Léopoldville, Kasavubu y sobre todo Mobutu contaban con el apoyo incondicional de los estadounidenses. Mobutu pudo reorganizar el ejército nacional gracias a los enormes medios puestos a su disposición por Estados Unidos. En torno a él se formó el grupo Binza, llamado así por el barrio residencial de la capital donde se reunían. Se trataba de un grupo no oficial con muchísimo poder y apoyado de forma generosa por la CIA. En Stanleyville, Gizenga mantenía vivo el ideario lumumbista. Contaba con el respaldo de una parte del ejército y su Gobierno recibía apoyo de la Unión Soviética, aunque no fue nunca tan sistemático, ni tan sustancial como el que los estadounidenses concedieron a la capital^[45]. En Elisabethville, Tshombe estaba al frente de un país que había autoproclamado su independencia y que gozaba del muy generoso apoyo logístico y militar de Bélgica. Entre los gendarmes katanguéses había muchos oficiales belgas.

La Union Minière financiaba ampliamente la secesión. En Bakwanga, Kalonji dirigía Kasai, un Estado baluba independiente donde había belgas que se dedicaban a la explotación de diamantes. Allí, la Forminière aportaba los recursos necesarios.

Tshombe y Kalonji eran tan solo dirigentes regionales, pero tanto Kasavubu como Gizenga reivindicaban la legitimidad del Gobierno nacional. ¿Cuál de ellos tenía razón? Ambos buscaban el reconocimiento internacional; y aquella batalla se libró ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York. El Congo se presentó allí dividido en dos campos: Kasavubu-Mobutu frente a Lumumba-Gizenga. Thomas Kanza, el psicólogo de veintiséis años, fue el encargado de representar al Gobierno de Lumumba ante las Naciones Unidas; en cambio, el presidente Kasavubu viajó a Nueva York para convencer al mundo de que él, y solo él, encarnaba la autoridad legítima de la república. Alegó que la Constitución le permitía destituir a Lumumba, algo que los estadounidenses, los belgas y muchos altos funcionarios de las Naciones Unidas aceptaban sin demasiados reparos. El 22 de noviembre se pronunció el veredicto: cincuenta y tres países reconocían a Kasavubu, veinticuatro votaron en contra, diecinueve se abstuvieron^[46]. Mario Cardoso, que entonces trabajaba para Mobutu, lo recuerda como un triunfo: «Entonces ganamos el escaño en la ONU. Kasavubu estaba al frente de nuestra delegación y Lumumba perdió a escala internacional»^[47]. Con aquella marginación internacional se iniciaba el canto del cisne de Lumumba.

Él seguía encerrado en su casa de la capital y cuando le llegó la noticia de la votación en Nueva York, comprendió que tenía los días contados en Léopoldville. ¿Seguirían protegiéndolo los cascos azules en su jardín ahora que las Naciones Unidas habían votado en su contra? Tenía que reunirse como fuera con sus partidarios en Stanleyville. Era la noche del 27 de noviembre, en plena temporada de lluvias y una tormenta tropical excepcionalmente intensa obligó a los militares congoleños a buscar cobijo. Su atención se había relajado. Lumumba se escondió en la parte trasera de un Chevrolet y dejó que lo condujeran al exterior bajo una lluvia torrencial.

El estado de las carreteras congoleñas en aquel momento todavía era excelente. Si su chófer hubiese seguido conduciendo durante cuarenta y ocho horas sin detenerse, habría podido llegar a Stanleyville. Sin embargo, en la noche de su liberación, Lumumba se quedó en la capital para hablar al pueblo. Además, por el camino se detuvo en los poblados para disfrutar de los calurosos recibimientos de los habitantes^[48]. Pero era temporada de lluvias. En la capital, Mobutu se enteró de la huida de Lumumba y decidió impedir a toda costa que se reuniera con Gizenga. Sabía que, si lo conseguía, sería el regreso de Lumumba a la política, algo que ni la CIA, ni los asesores belgas deseaban. Las Naciones Unidas le negaron su ayuda para buscar al fugitivo, pero una compañía aérea europea puso a su disposición un aparato con un piloto acostumbrado a realizar vuelos de reconocimiento a baja altitud. No tardó en encontrar el convoy formado por tres automóviles y un camión. El 1 de diciembre los militares de Mobutu detuvieron a Lumumba y a su séquito mientras intentaban cruzar

el río Sankuru en las inmediaciones de Mueka. Lumumba fue trasladado en avión al campamento Hardy, próximo a Thysville, el cuartel donde unos meses antes se había amotinado el ejército. A partir de aquel momento Lumumba dejó de gozar de la protección de las Naciones Unidas y se convirtió en un simple preso del régimen de Léopoldville. Cuando llegó, sin gafas y maniatado, alguien le intentó meter una bola de papel en la boca: era el texto de su famoso discurso.

¿Qué debían hacer con él Kasavubu y Mobutu? ¿Mantenerlo encerrado para siempre en prisión, como si fuera una especie de Simon Kimbangu de la Primera República? ¿No era mejor trasladarlo a Katanga? ¿O a Kasai? Se trataba de provincias enemigas, cierto, pero quizá por ello fuera una buena idea, pues allí carecería de partidarios. Además, donde se encontraba ahora, había vuelto la agitación. En Thysville los soldados se amotinaron de nuevo el 12 de enero. Aquello provocó disturbios. El Gobierno belga, representado por el ministro D'Aspremont, aprobó la idea de trasladar a Lumumba hasta Katanga, pasara lo que pasara, siempre que estuviera lejos de la capital, en algún lugar donde los amotinados no pudieran liberarlo. De este modo, al apoyar aquel plan D'Aspremont conseguía a su vez estrechar lazos con Kasavubu, puesto que Bélgica quería restablecer las relaciones diplomáticas con Léopoldville. No quería dar la impresión de que solo se interesaba por Katanga. El ministro D'Aspremont insistió hasta lograr que Tshombe aceptara la llegada de Lumumba y de otros dos presos políticos.

El 17 de enero de 1961, a las 16:50 aterrizaba en Elisabethville el DC-4 que transportaba a Lumumba y a sus dos hombres de confianza, Maurice Mpolo y Joseph Okito. Durante el vuelo fueron golpeados y torturados. Cien soldados armados los esperaban en el aeropuerto, a las órdenes del capitán belga Gat. De inmediato un convoy los llevó a Villa Brouwez, una casa vacía y apartada, propiedad de un belga, situada a algunos kilómetros del aeropuerto. La seguridad dentro y fuera de la villa estaba en manos de la policía militar, dirigida por dos oficiales belgas. Allí recibieron la visita de al menos tres ministros katanguéses —Munongo, Kibwe y Kitenge, encargados de Interior, Finanzas y Obras Públicas, respectivamente— que también los torturaron. Tshombe no se hallaba entre ellos. Se había ido al cine a ver una película con el título —en este contexto, increíblemente cínico— de *Liberté* producida por *Réarmement moral*. Después celebró una reunión con sus ministros en la que no participó ningún europeo. El encuentro se prolongó entre las 18:30 y las 20:00, aunque todos los pasos que debían seguirse a lo largo la noche parecían haberse fijado de antemano. La decisión de trasladar a Lumumba a Katanga era un plan conjunto de las autoridades de Léopoldville, de sus asesores belgas y de las autoridades en Bruselas; pero la de asesinarlo fue de las autoridades katanguésas. Sobre todo el ministro Godefroid Munongo desempeñó un papel decisivo en este sentido. Era nieto de Msiri, el comerciante de esclavos afroárabe que en el siglo XIX se había apropiado del reino de Lunda.

Después de la reunión una delegación ministerial regresó a Villa Brouwez. Allí los presos fueron metidos en la parte trasera de un coche que partió junto con otros automóviles y dos *jeeps* militares. Ya había anochecido. El convoy puso rumbo al noroeste por la carretera llana que cruzaba la sabana hacia Jadotville. En el resplandor de los faros a izquierda y derecha, hierba, matorrales y la silueta de un termitero. Después de conducir durante más de tres cuartos de hora los vehículos abandonaron la carretera. Unos instantes más tarde se detuvieron en un lugar apartado e hicieron bajar a los presos. En la sabana boscosa, junto a la carretera vieron un hoyo poco profundo que había sido cavado poco antes. Allí aguardaban policías y gendarmes negros de uniforme, así como algunos hombres trajeados: el presidente Tshombe, los ministros Munongo, Kibwe y algunos de sus colegas. En la ejecución participaron cuatro belgas: Frans Verscheure, comisario de policía y asesor de la policía de Katanga; Julien Gat, capitán de la gendarmería de Katanga; François Son, su cabo subalterno; y el teniente Gabriël Michels. Los tres presos fueron conducidos uno tras otro hasta el borde del hoyo. Llevaban solo cinco horas en Katanga. Habían sido apaleados y torturados. Apenas cuatro metros más allá esperaba el pelotón de fusilamiento: cuatro voluntarios katangueses con una ametralladora. Tres veces retumbó en la noche una salva ensordecedora. Lumumba fue el último en ser ejecutado. A las 21:43, el cuerpo del primer ministro, el primero en ser elegido democráticamente en el Congo, caía de espaldas en el hoyo^[49].

La ejecución de Lumumba se mantuvo en secreto durante un tiempo. Para borrar todas las huellas, Gérard Soete, un belga que era inspector general adjunto de la policía de Katanga, exhumó poco después los restos mortales de las tres víctimas. Según dicen, una mano, quizá la de Lumumba, sobresalía de la tierra^[50]. Soete descuartizó los cadáveres con una sierra y los disolvió en ácido sulfúrico. Sacó dos muelas engastadas en oro de la mandíbula superior de Lumumba y le cortó tres dedos de la mano^[51]. En su casa de Brujas conservó durante años una cajita que a veces mostraba a sus visitas. Contenía los dientes y una bala^[52]. Muchos años después los lanzó al mar del Norte.

Cuando el mundo se enteró del asesinato de Lumumba, el desconcierto fue total. La gente se manifestó en las calles, desde Oslo hasta Tel Aviv y desde Viena hasta Nueva Delhi. En Belgrado, Varsovia y El Cairo, la embajada belga fue asaltada. Mientras en Moscú le daban su nombre a una universidad, en Occidente se puso de moda el «lumumba», un cóctel popular a base de *brandy* y batido de chocolate. El Gobierno de Gizenga recibió el reconocimiento apresurado de la Unión Soviética, Polonia, República Democrática Alemana, Yugoslavia, China, Ghana y Guinea-Conakri. Lumumba se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en un mártir de la descolonización, en un héroe para todos los oprimidos del planeta, en un santo del comunismo impío. Una condición que debía más a su terrible final que a sus éxitos

políticos. En conjunto había estado en el poder apenas dos meses y medio, del 30 de junio al 14 de septiembre de 1960. Su palmarés lo conformaba una sucesión de meteduras de pata y de errores de cálculo. La brusca africanización a la que sometió al ejército era atractiva, pero resultó desastrosa; su búsqueda de apoyo militar en Estados Unidos y en la Unión Soviética era comprensible, pero fue tremendamente inconsciente; y su actuación militar en Kasai se llevó la vida a miles de compatriotas. Cuando estaba vivo, su actuación había sido calificada de muy problemática por Youlou y Senghor, los primeros presidentes del Congo-Brazzaville y Senegal^[53]. Por otra parte, es cierto que apenas estaba preparado para su tarea, que tuvo que enfrentarse tanto a un irreflexivo éxodo de civiles como a una invasión militar de los belgas y que vio impotente cómo las Naciones Unidas titubeaban a la hora de condenar con firmeza la agresión belga. Sin embargo, con su manera poco afortunada de reaccionar ante lo que era una injusticia real, Lumumba consiguió ganarse de forma sistemática más enemigos que amigos. Lo trágico de su breve carrera política es que su mayor baza antes de la independencia —su increíble talento para enardecer a las masas— se convertiría en su principal desventaja cuando, una vez en el poder, se esperaba de él que actuara de forma más serena. El imán que al principio atraía acabó repeliendo.

Diferentes actores fueron responsables de la muerte de Lumumba. Menos de dos semanas después de la independencia, Bruselas ya había indicado que quería otro primer ministro. Después de tan solo un mes las Naciones Unidas y Estados Unidos también estaban impacientes por librarse de él. Al principio la destitución tenía que ser política, pero poco a poco las autoridades belgas y estadounidenses empezaron a pensar en una eliminación física. En otoño de 1960 la CIA apoyó el golpe de Estado de Mobutu y recibió el encargo de la Casa Blanca de liquidar a Lumumba. El ministro belga de Asuntos Africanos también encubrió las operaciones secretas destinadas a eliminarlo. Todos estos intentos fracasaron. Sin embargo, en enero de 1961, cuando Lumumba fue transferido de Thysville a Katanga, no fue solo por iniciativa de las autoridades de Léopoldville y de Elisabethville: la planificación logística y operativa contó con la participación de asesores belgas en Léopoldville (que entre otras cosas redactaron el itinerario del traslado en las oficinas de Sabena) y recibió el apoyo efectivo de algunos organismos gubernamentales de Bruselas, en particular del Ministerio de Asuntos Africanos. Dicho ministerio no tomó precauciones, a pesar de que no ignoraba que las consecuencias podían ser fatales para Lumumba. Lo mismo puede decirse de la CIA: cuando se enteró del plan, el responsable en Léopoldville no protestó contra el traslado de Lumumba a Katanga, pese a saber que podría tener consecuencias funestas. La ejecución propiamente dicha fue obra de las autoridades katanguesas. El papel desempeñado por los asesores belgas parece algo confuso: sabemos al menos que durante la noche del 17 de enero fueron informados de que Lumumba había aterrizado en Elisabethville. Sea como fuere, no se esforzaron mucho por evitar los asesinatos, pese a saber que su influencia

podría haber cambiado el curso de los acontecimientos. Varios militares belgas, que comandaban los servicios del orden de Katanga, participaron en las operaciones.

El primer acto del Congo independiente había llegado a su fin. Se había caracterizado por un horror total al vacío, una incesante corriente de sucesos y de complicaciones. Y acabó con la imagen de algunos dientes de un apasionado africano posándose a cámara lenta sobre el fondo arenoso de un mar gris europeo.

En abril de 2008 entrevisté a la señora Anne Mutosh Amuteb en un precioso jardín de Lubumbashi. A sus noventa y un años, era la congoleña más anciana con la que hablé durante mi investigación. Seguía siendo una persona que transmitía majestuosidad. Anne Mutosh era una princesa; su abuelo había sido el Muata Yamvo, el rey tradicional del reino de Lunda. Ella pertenecía al clan de Moïse Tshombe. En el significado africano de la palabra era su «tía». Hablar con ella significaba hacerlo con la historia de Katanga. Me contó que sus padres ya sabían leer en torno a 1900, lo habían aprendido de los metodistas estadounidenses. Ella había estudiado para ser comadrona, pero su talento para los negocios fue mayor que sus ambiciones obstétricas. Le pregunté cuál había sido la mejor época de su vida. No tuvo que pensárselo. «*L'époque belge* y la secesión de Katanga —me contestó con su voz grave—. Durante la época de la colonización belga todo estaba bien organizado. No había corrupción, el comercio funcionaba correctamente. Yo importaba telas de Holanda, también harina de trigo y cereales. En una ocasión pedí cincuenta sacos de golpe. Esas cosas se podían hacer entonces. Durante la secesión se podía importar sin problemas. Sin embargo, cuando llegó Mobutu, todo se volvió muy difícil.»^[54]

Teniendo en cuenta su árbol genealógico, no parecía extraño que fuera partidaria de la independencia de Katanga. Los lunda lamentaban la desaparición de su reino y soñaban desde hacía tiempo con una autonomía regional. Los europeos que habían quedado atrás apoyaban estas aspiraciones. Muchos antiguos colonos eran partidarios de la secesión. Ello se inscribía en la tendencia que se veía en toda el África meridional de consolidar el poder blanco. Había grandes diferencias entre el *apartheid* de Sudáfrica, Rodesia, el sudoeste de África (la posterior Namibia) y las colonias portuguesas de Angola y Mozambique, pero mientras que el resto del continente conseguía la independencia, los regímenes blancos y de derechas que dominaban en el sur se aferraban al poder. Katanga encajaba en este grupo^[55].

La secesión de Katanga constituye el segundo acto de la Primera República. Fue declarada el 11 de julio de 1960 y acabó el 14 de enero de 1963. Después del asesinato de Lumumba, el 17 de enero de 1961, adquirió un cariz totalmente distinto. Tras haber estado junto a su tumba, Tshombe se convirtió en un actor principal. De los cuatro pretendientes al trono de la independencia, solo quedaban tres. Aunque Kasavubu y Mobutu tenían las manos tan manchadas de sangre como Tshombe, la

muerte de Lumumba no los acercó. A partir de entonces la lucha se desarrollaría entre ellos tres.

No debe extrañarnos que Tshombe se convirtiera en un actor de tal magnitud. Después del asesinato de Lumumba todo el mundo despreciaba a su Estado de Katanga. El bloque comunista expresó su rechazo, mientras que las Naciones Unidas decidieron actuar con más determinación. Ningún Estado reconoció nunca a Katanga, ni siquiera Bélgica o Estados Unidos. No obstante, gracias a los belgas Tshombe consiguió mantenerse durante mucho tiempo en el poder. La Union Minière financió el nuevo Estado mediante el pago de sus impuestos, que ya no abonaba a Léopoldville, sino al régimen local. Los belgas formaban parte de la infraestructura militar, económica y administrativa. Todos los ministros katangueses tenían un asesor belga detrás. Algunos catedráticos de Lieja y de Gante redactaron la Constitución de Katanga. Instituciones claves, como la gendarmería, la seguridad del Estado y el Banco Central de Katanga, eran dirigidas por belgas^[56]. En los pasillos de los hoteles de Elisabethville se veía a menudo a hombres blancos que llevaban un alfiler con la bandera de Katanga prendido de la solapa de la chaqueta^[57].

Además, Tshombe era apoyado por un pequeño ejército de mercenarios blancos. Estos «voluntarios» —nunca fueron más de quinientos— procedían de Sudáfrica, Rodesia e Inglaterra, aunque también había franceses que habían luchado en Indochina y en Argelia, miembros de la legión extranjera; tipos trasnochados, matones, ultraderechistas, machistas, *rambos*, bravucones que bebían hasta olvidarse de su propio nombre, por no hablar del de la prostituta con la que se habían acostado. Habían ido allí por dinero, en busca de aventura e impulsados por vagos ideales en torno a la supremacía blanca. En su reclutamiento, formación y empleo participaban oficiales belgas^[58]. Constituían la parte más terrible de las fuerzas armadas katanguesas.

Sus adversarios eran los cascos azules de las Naciones Unidas, el ejército nacional gubernamental y los baluba del norte de la provincia, lo cual, dicho así, impresiona más de lo que era en realidad. Las Naciones Unidas vacilaban a la hora de poner en práctica el afianzamiento de su mandato, la ANC todavía estaba maltrecha y los baluba hacían la guerra con flechas envenenadas y con machetes.

Justo un año después de la ejecución de Lumumba, un flamenco de veintidós años aterrizó por primera vez en Elisabethville. Nunca antes había salido de Europa. Procedía de Flandes occidental y acababa de completar en Gante sus estudios de ingeniero técnico, especializado en electricidad de «corriente débil». Había sido contratado por la compañía ferroviaria Nouvelle Compagnie du Chemin de Fer du Bas Congo au Katanga, cuyas siglas eran BCK. Trabajar para el ferrocarril no era su sueño de juventud. Se había presentado como candidato en Sabena y en la Union Minière, empresas líderes de la economía belga. Quería ser piloto, pero tanto estudiar

le había estropeado la vista. Su nombre: Dirk van Reybrouck. Diez años más tarde se convertiría en mi padre.

El país al que llegó se llamaba Katanga, no el Congo. Para él, el resto del Congo era el extranjero. De Léopoldville solo había visto la *guesthouse* de Sabena, donde tuvo que pernoctar durante una escala. El Katanga donde aterrizó tenía su propia bandera, su propia moneda y sus propios sellos. Su inscripción de registro lo dejaba bien claro. Lo tengo delante. La tarjeta verde chillón aún estaba escrita en dos idiomas: en francés y en neerlandés. «Congo Belge-Belgisch Congo» ponía arriba. Alguien lo había tachado con estilográfica y estampó el sello: *État du Katanga*.

El destino de mi padre era Jadotville, la actual Likasi. Allí era responsable de las locomotoras eléctricas, las catenarias y las subestaciones a lo largo de un trayecto de seiscientos kilómetros hasta la frontera con Angola. Aquella conexión este-oeste era vital para la Katanga independiente^[59]. Los minerales y las materias primas ya no podían llevarse hacia el norte para ser embarcadas en Léopoldville y en Matadi, puesto que era territorio enemigo. Por consiguiente, todo se hacía por ferrocarril hasta la costa angoleña. Este ferrocarril de Benguela, una vía única en la que todavía circulaban locomotoras de vapor en Angola, era esencial para las exportaciones e importaciones de Katanga. Mi padre estaba a menudo «en la vía», como decían ellos. Con una *draisine*, una vagoneta con motor de gasóleo que hacía las veces de taller rodante, recorría durante dos o tres semanas el interior para controlar transformadores y reemplazar sistemas de conmutación. La BCK era una empresa jerárquica, pero durante aquellos años los perros viejos confiaban muchas de sus obligaciones a jóvenes empleados. «Habían enviado a sus familias de vuelta a Bélgica —me contó Walter Lumbeeck, uno de los compañeros de trabajo de mi padre en aquella época—, simplemente querían acabar su contrato y dejaban a otros hacer el trabajo. Su padre era tímido. Tenía un cargo de mucha responsabilidad para alguien tan joven como él y al principio no hablaba bien francés. Sin embargo, con el paso del tiempo, logró entablar una buena comunicación con los negros.»^[60] También recibía lecciones de suajili. Años más tarde nuestro perro se llamaría *Mbua* («perro» en suajili) y el azúcar y el tabaco seguían siendo *sukari* y *tumbaku*.

Los contendientes conocían la importancia estratégica de la línea de Benguela. En vida, mi padre, que por desgracia no era un buen narrador, me contó en varias ocasiones cómo lo llamaban de noche «porque en algún lugar habían hecho saltar un puente por los aires». Entonces él se iba hasta allí con su *draisine*, antes del alba, en la débil luz de la mañana, cuando el mundo se teñía lentamente de color. Varios de sus empleados africanos hacían avanzar la vagoneta sobre la vía mientras él intentaba dormir un poco más. Una vez que llegaban al lugar del asalto, debían arreglar la catenaria y las vías que cruzaban el río.

«En Katanga todavía teníamos autoridad —me explicó Walter Lumbeeck—, esa era la idea que imperaba. La gente pensaba “hemos podido salvar esto, que lo demás se pudra, con tal de que aquí nos vaya bien”. El cobre se vendía a buen precio, la

Union Minière seguía funcionando a pleno rendimiento.» El Congo podía ser independiente, pero en Katanga el colonialismo seguía bien vivo. Los trabajadores belgas consumían *whisky* y fruta procedentes de Sudáfrica e incluso les mandaban mejillones frescos de Bélgica por vía aérea. Los jóvenes belgas tenían una vida de película, lejos de sus padres, del pueblo y de la Iglesia. Era la época de las *barbecues* y las *parties*, unas palabras nuevas y exquisitas para referirse a fiestas en las que todo el mundo fumaba: mujeres jóvenes y elegantes con el pelo cardado y recogido, hombres con camisas blancas y corbatas estrechas. Era la época de Adamo, Juliette Gréco y Françoise Hardy. Los domingos iban al *cercle*, un club deportivo y recreativo. Tomaban el sol en el borde de la piscina mientras bebían un martini blanco y oían el rebotar de las pelotas de tenis.

En julio de 2007 me paseaba por los terrenos del Cercle de Panda, el club del que mi padre fue miembro. La piscina estaba vacía, las instalaciones de juego, oxidadas. Los trampolines parecían dos guiones sin texto entre ellos.

«Su padre tenía un Ford Consul descapotable —me contaron Frans y Marja Vleeschouwers, una pareja con la que él había entablado amistad en el *cercle*—, aquel coche consumía más aceite que gasolina. Dirk siempre tenía que llevar encima litros de aceite.»^[61] Hacían excursiones a las cataratas del Muadingusha. Visitaban la misión de Kapolowe y bebían cerveza con los padres flamencos; o se iban a pescar a la selva, a lugares donde pagaban a los viejos indígenas con dinero del antiguo Congo Belga. Allí los lazos de amistad se volvían más importantes que los familiares. Cuando Frans y Marja tuvieron a su hija, le pidieron a mi padre que fuera el padrino: un honor que en Flandes está reservado solo a los miembros de la familia.

Sin embargo, aquel era un mundo cerrado. «Cualquiera podía ser miembro de *cercle* —recordaban Frans y Marja—, pero darse de alta como miembro era tan caro que muy pocos negros se lo podían permitir. En realidad los blancos tampoco, pero la Union Minière nos transfería automáticamente el importe en nuestra cuenta bancaria de Bélgica. Increíble, ¿no?» Había otras cosas que daban que pensar. «Nosotros dejábamos que nuestra hijita jugara con niños negros. “¿No deberíais tener cuidado con las enfermedades?”, nos preguntaban algunos. No era un verdadero *apartheid*, pero, en la carnicería, los negros eran atendidos por un negro y los blancos, por un blanco.»

Walter y Alice Lumbeeck, sus otros amigos, confirmaron estos hechos. En las fotos de sus fiestas nunca se veía a un africano, ni siquiera en la de san Nicolás.

En aquella época se evitaba el contacto con los negros. Si te llevabas a un negro a una fiesta, perdías a tus amigos. Y se despreciaba a los hombres blancos que tenían una mujer negra. Eso era algo de la generación anterior. En la BCK o en la Union Minière aún había algunos hombres mayores con una mujer negra, pero entre nosotros ya no. Eso quedaba muy por debajo de nuestra situación social, no era *chic*. Se podría comparar con un director que hoy frecuentara prostitutas. Los hombres blancos tenían más bien aventuras con las mujeres de sus compañeros de trabajo. En aquella época su padre estaba soltero y le gustaba tratar con gente que hablara neerlandés. Si se hubiese presentado con una negra en una fiesta, ya no lo habrían vuelto a invitar.

Katanga era un anacronismo. Después de la muerte de Lumumba las Naciones Unidas decidieron acabar definitivamente con Tshombe y con su secesión neocolonial. En la primera mitad de 1961 se emprendió la vía diplomática. Se celebraron conferencias en Tananarive (Madagascar), Coquilhatville y Léopoldville. Las Naciones Unidas apostaban por un Congo federal o confederal, un país unido en el que las provincias asumieran numerosas competencias. También Bélgica secundó esta opción, pero los asesores belgas de los ministros katanguéses boicotearon de manera sistemática la búsqueda de un compromiso. Esta mala voluntad provocó mucho resentimiento. En agosto de 1961 todo empezó a ir mal. La ONU medió en una última conferencia que se celebraba en la universidad de Lovanium en la capital. El Congo tendría un nuevo primer ministro. No sería Ileo, que había propuesto Kasavubu, ni Mobutu, que se había propuesto a sí mismo, tampoco Bomboko, que había estado al frente del Gobierno con títulos universitarios, sino Cyrille Adoula, un sindicalista moderado y competente que contaba con el beneplácito de todas las partes. Además, se emprenderían reformas en el país: menos centralización desde la capital, más poder para las regiones. El consenso parecía estar muy cerca, pero en el último momento Tshombe se retractó.

Entonces sería a la fuerza, decidieron las Naciones Unidas. En agosto, septiembre y diciembre de 1961 los cascos azules lanzaron enérgicas ofensivas para reconquistar Katanga, eliminar al ejército local y ahuyentar a los mercenarios extranjeros. No lo lograron. Los mercenarios se replegaron en Rodesia y desde allí volvieron a la lucha. La intervención de las Naciones Unidas provocó mucho sufrimiento entre la población civil. Se produjeron tiroteos contra ambulancias, bombardeos en hospitales y asesinatos de civiles inocentes. Más de treinta europeos perdieron la vida. Además, la actuación de las Naciones Unidas dio lugar a una triste novedad: el primer campo de refugiados a gran escala de la historia del Congo. Más de treinta mil baluba emprendieron la huida por temor a las represalias de Tshombe. Ellos no eran partidarios de la secesión y ya no se sentían seguros. Vivían en la periferia de Elisabethville en pequeñas chozas hechas con cartón, hojas y telas.

Anne Mutosh tampoco guardaba buenos recuerdos de la actuación de la ONU. «Los cascos azules marroquíes violaron a muchísimas mujeres en los controles de carreteras, incluso a aquellas que estaban embarazadas. En ese momento yo era presidenta de la Union des Femmes Katangaises y en calidad de tal envié cartas a Dag Hammarskjöld y al presidente Kennedy. Incluso tuve ocasión de conocer a Hammarskjöld.»

El secretario general de las Naciones Unidas estaba decidido a acabar con el Estado neocolonial de Katanga. Inició un intenso proceso de mediación entre Léopoldville y Elisabethville. El 18 de septiembre de 1961 tomó un avión hacia el aeropuerto de Ndola, en el norte de Rodesia, para entrevistarse con Tshombe. Sin embargo, poco antes del aterrizaje, su avión se estrelló en circunstancias nunca aclaradas. Nadie sobrevivió al accidente. «Reza para que tu soledad te lleve a

encontrar un motivo para vivir y que este sea lo bastante importante para morir por él», había escrito en una ocasión^[62].

El conflicto parecía no tener fin. El Congo era como un jarrón roto que ya no podía recomponerse. Sin embargo, en torno a aquella época (diciembre de 1961 y enero de 1962) el ejército gubernamental de Mobutu consiguió acabar con la secesión de Kasai y derrocar al Gobierno de Gizenga en el este. De este modo, se habían suprimido dos de los cuatro gobiernos. Katanga aguantaría un año más. El nuevo secretario general de las Naciones Unidas, el birmano U Thant, trató de encontrar, durante todo 1962, una solución negociada, pero a finales de diciembre Estados Unidos decidió que había que parar. Kennedy concedió un apoyo considerable a la ofensiva final de la ONU, llamada operación Grand Slam, que en dos semanas consiguió tomar Katanga.

Era el 3 de enero de 1963 y mi padre se encontraba delante de la ventana de la primera planta de su vivienda en Jadotville. La BCK le había proporcionado uno de sus pisos de soltero. No una villa con jardín, sino un amplio apartamento en una primera planta con escalera modernista y garaje. Se encontraba a las afueras de la ciudad, junto a la carretera de Elisabethville. Él sabía que la capital ya había caído en manos de los cascos azules. «Liberada», según unos, «ocupada», según otros. Las fuerzas militares internacionales avanzaban hacia Jadotville, la segunda ciudad de Katanga. Pasaban por la carretera donde dos años antes Patrice Lumumba había realizado su último trayecto en coche. Cerca del río Lukutwe y del río Lufira se toparon con oposición, pero en torno al mediodía del 3 de enero entraron en Jadotville sin que nadie ofreciera resistencia. La gendarmería katanguesa ya había huido.

Mi padre miró por la ventana. Vio un escarabajo Volkswagen blanco salir de la ciudad. Al parecer, después de que hubiesen pasado las tropas, habían vuelto a abrir la carretera a Elisabethville. La vida seguía su curso. De repente oyó unos disparos. El Volkswagen se detuvo a la altura de su casa. Llevaba tres ocupantes: un hombre al volante acompañado de dos mujeres. Tres belgas y un perro. Mi padre lo había visto antes. El conductor salió del coche. Albert Verbrugge trabajaba en una cementera. Alzó las manos para mostrar que no iba armado. La sangre manaba de una herida que tenía debajo del ojo. Él gritaba y gemía mientras avanzaba a trompicones. Las dos mujeres —su esposa Madeleine y su amiga Aline— no se movían. En sus vestidos de flores se fueron extendiendo unas grandes manchas rojas. Verbrugge solo comprendió lo que había pasado cuando sacaron los cuerpos del automóvil y los tumbaron sobre la hierba junto a la carretera. Seguramente, los cascos azules indios los habían tomado por mercenarios blancos^[63]. El perro también estaba muerto.

«Ese perro se quedó allí tirado durante una semana», me explicó mi padre a principios de la década de 1980, mientras los dos estábamos en la sala de espera del

dentista. En la mesa de lectura había una revista manoseada: *Paris Match*. En la portada, una foto en blanco y negro de la escena del Volkswagen. Yo tenía entonces diez u once años y vi el temor a la muerte en la mirada de aquel hombre. Mi padre lo miró durante unos largos minutos y después dijo: «Aquel fotógrafo debía de estar muy cerca de mí. Eso sucedió delante de mi casa». Más tarde me enteré de que las fotografías habían sido tomadas por un cámara estadounidense y que habían dado la vuelta al mundo. *Time Magazine* las publicó en enero de 1963 y hoy se pueden encontrar en internet^[64]. Mi padre fue testigo ocular de la foto más famosa de la secesión de Katanga. Un domingo de julio de 2007 fui a ver la casa donde mi padre había vivido entonces. Miré por su ventana el lugar donde había sucedido. Junto a la polvorienta carretera había un gran anuncio de CelTel. Alguien empujaba una bicicleta cargada de carbón. El apartamento de mi padre seguía allí. Lo ocupaba un joven y amable magistrado con su familia, una preciosa mujer y dos adorables pequeños. Los domingos, el hombre hacía de predicador de L'Armée de l'Éternel, una de las muchas comunidades pentecostales del Congo. El garaje sin ventanas en el que mi padre había aparcado durante cinco años su Ford Consul se había convertido en una improvisada capilla. Asistí al servicio. Unos treinta creyentes estaban apretujados en los desvencijados bancos de madera. La luz entraba por la puerta entreabierta del garaje. En la penumbra vi los intensos colores de la gente que rezaba. Pensé en las fotos en blanco y negro. Los años 1963 y 2007 se fundieron. Mi padre había muerto un año antes. Aquellas personas cantaban muy bien.

Mientras el perro se pudría en el arcén, Katanga era liberada. Una semana y media más tarde, el 14 de enero de 1963, Tshombe anunció que la secesión había llegado a su fin. Sus gendarmes katangueses y sus mercenarios blancos huyeron al otro lado de la frontera, a Angola, mientras que Tshombe era acogido por la España de Franco. Entre los belgas imperaba un profundo sentimiento antiamericano: consideraban a Kennedy responsable de la ofensiva final de las Naciones Unidas. «Todo se ha ido a pique —pensó entonces Walter Lumbeeck, el compañero de trabajo de mi padre—. Todo volvió a ser congoleño. Eso provocó un gran desaliento. Muchos se marcharon.»^[65] La ANC entró en Katanga, eran militares jóvenes que no hablaban suajili, solo lingala, y que se comportaban con la característica arrogancia de los vencedores. La Administración pasó a manos de gente de Léopoldville. «Durante la secesión, nuestro *boy* tenía derecho a una jubilación —me explicaron Frans y Marja Vleeschouwers—, pero con el nuevo Gobierno eso se acabó. La gente volvía a utilizar *makala*, carbón vegetal, para cocinar. Ya no se podía adquirir nada, salvo leche y carne.»^[66]

Mi padre tenía que recurrir a los cascos azules etíopes para conseguir cigarrillos y jabón de afeitar. Las Naciones Unidas permanecieron un año y medio en Katanga para garantizar la paz. Cuando empecé a afeitarme por primera vez con agua a

mediados de la década de 1980, mi padre sacó un tubo grande y anticuado de Palmolive. Él hacía tiempo que se había pasado a la maquinilla eléctrica. Siendo como era un ingeniero técnico especializado en electrotecnia, no apreciaba el placer de afeitarse con brocha y espuma. No obstante, me dijo: «Úsalo con moderación, se lo compré hace más de veinte años a los soldados de la ONU». Aún conservo el tubo. El jabón de afeitar tiene más de medio siglo, y sigue haciendo espuma.

La secesión de Katanga se había acabado, pero el enclave blanco seguía existiendo. En Jadotville celebraban fiestas de la cerveza en las que los hombres vestían Lederhose^[65] y agitaban sus jarras de cerveza. En plena sabana... Alice Lumbeeck recordaba que el 22 de noviembre de 1963 hubo una celebración en casa de sus vecinos belgas. ¿Qué pasaba ahora? En otro tiempo habían tenido de vecino a un político katangués. En aquella casa siempre había jaleo. Dentro, apilaban las cajas de cerveza hasta el techo y, en el jardín, asaban ratas. También tuvieron de vecino a un mercenario blanco, de los llamados *affreux*, los horribles. Sin embargo, ahora los que gritaban eran los vecinos belgas, unos ciudadanos normales y corrientes. «Les pregunté qué estaban celebrando. “¡Kennedy ha sido asesinado! ¡Kennedy ha sido asesinado!” , vitoreaban.»^[67]

Y entonces solo quedaron dos: Kasavubu y Mobutu. Al inicio del tercer y último acto de la Primera República, era Kasavubu quien triunfaba (Lumumba estaba muerto y Tshombe exiliado) y Mobutu no había intervenido en la liberación de Katanga. Aquello había sido obra de los cascos azules. Por primera vez desde la independencia, Kasavubu gobernaba todo el territorio congoleño. El país se había reunificado y él lo recorrió. Se restablecieron los lazos con Bélgica y se ratificaron los vínculos con Estados Unidos. En señal de amistad y sin ningún coste, Washington envió un paquete de uranio enriquecido a Léopoldville para fines de investigación en el reactor nuclear de Lovanium^[68]. Kasavubu debía en parte la estabilidad de aquel periodo a su primer ministro, Cyrille Adoula, que se mantuvo en el cargo tres años. Fue con diferencia el mandato más largo de la Primera República, cuando un primer ministro apenas duraba meses en su puesto. Adoula era un burócrata trabajador, inteligente, pero introvertido y tímido, que nunca supuso ninguna amenaza para Kasavubu^[69].

Durante este tercer acto, Kasavubu logró reforzar de forma considerable su posición. Ahora que parecía haber vuelto la calma, abogaba por la elaboración de una nueva Constitución que reemplazara a la provisional Loi Fondamentale. En el transcurso de 1964 una comisión estudió las futuras reglas del juego del país. El resultado fue la Constitución de Luluabourg, un texto que se sometió a un referéndum y con el cual Kasavubu mató dos pájaros de un tiro. La nueva Constitución convertía el Congo en un Estado descentralizado, algo con lo que Kasavubu llevaba soñando desde hacía más de una década. Las provincias adquirirían más poder, pero se reducía

en gran medida su tamaño. Ya en 1962 las seis gigantescas provincias de la época colonial habían sido divididas en veintidós *provincettes*, o miniprovincias, que se ajustaban mejor a la realidad étnica y a los territorios históricos^[70]. Además, la nueva Constitución confería mucho más poder al jefe del Estado. A partir de entonces gobernó como soberano por encima del primer ministro y de su Gobierno, al mismo tiempo que obstaculizaba al Parlamento. Si se aprobaba una ley que disgustaba al presidente, este podía solicitar una nueva votación, pues al fin y al cabo era humano equivocarse. Y para evitar un segundo error, se requería una mayoría de dos tercios para rechazar la alternativa presidencial... En caso de emergencia, el propio jefe del Estado podía convertirse en legislador. En adelante, las disputas con un primer ministro recalcitrante también pertenecían al pasado. «Asimismo puede poner fin, por propia iniciativa, al ejercicio de las funciones del primer ministro o de uno o de varios miembros del Gobierno central, sobre todo en el caso de que un conflicto grave los enfrente», negaba el artículo 62^[71]. Kasavubu vivía como las propias rosas: tenía un país compuesto de bloques pequeños, Katanga había sido repartida en tres inofensivas miniprovincias y él empuñaba las riendas con más firmeza que nunca. Divide y vencerás, ese era el lema. A él ya no podía pasarle nada; o eso creía.

El 19 de noviembre de 1963 fueron detenidos dos diplomáticos rusos que regresaban de Brazzaville. Los pillaron con documentos muy comprometedores en el bolsillo. En la capital, al otro lado del río, los diplomáticos se habían reunido con Christophe Gbenye, ministro de Interior en tiempos de Lumumba. Brazzaville se había convertido en un refugio para los primeros lumumbistas, pues la ciudad quedaba lo suficientemente cerca de Léopoldville, pero se hallaba fuera del alcance de Kasavubu. Los documentos hablaban de la creación de un movimiento revolucionario, el Comité National de Libération, al frente del cual se encontraba Gbenye. Ya habían viajado delegaciones a Moscú y a Pekín. En los documentos, el comité solicitaba el apoyo de la Unión Soviética para entrenar a jóvenes militares; pedía estaciones de radio, magnetófonos manejables, cámaras fotográficas pequeñas y fotocopiadoras «u otros aparatos similares para el espionaje». Aquello parecía *Misión imposible*. Asimismo, deseaba recibir «veinte pistolas en miniatura (con silenciador) en forma de mechero o estilográfica [y algunas] maletas con doble fondo». La tranquilidad de Kasavubu había sido prematura^[72].

El detonante del descontento ocurrió en Kwilu. El instigador fue Pierre Mulele, antiguo ministro de Educación y Bellas Artes del Gobierno de Lumumba y compinche de Gizenga. Mulele no tenía nada que ver con los conspiradores de Brazzaville, pero iba por el mismo camino. Después de la debacle del primer Gobierno, había huido al extranjero y había acabado en China. Allí se había familiarizado con la ideología y con la práctica de la sublevación campesina de Mao y aprendió las técnicas de la guerrilla. Con esa formación regresó de forma clandestina a su región nativa. Gizenga era un pende, la tribu que en 1931 había luchado contra el poder colonial; Mulele pertenecía a la tribu vecina de los mbunda.

Este intentó despertar de nuevo el sentimiento de rebeldía entre los campesinos. El enemigo, les dijo, ya no era el colonizador blanco, sino la primera generación de políticos congoleños que habían asesinado a Lumumba. ¿Es que no veían lo ocupados que estaban disputándose el poder en lugar de velar por el interés del Estado? ¿Acaso no eran unos holgazanes que se enriquecían de manera vergonzosa? ¿Acaso no eran unos viciosos burgueses? En lugar de servir al pueblo, afirmaba Mulele, abusaban del poder para meter la mano en el erario. Su actitud prooccidental no había hecho más que incrementar su codicia. Los campesinos escuchaban a Mulele y asentían soltando un gruñido. Era cierto que ellos apenas habían notado nada de la independencia. De hecho, su vida había empeorado y se preguntaban si no había llegado el momento de «una segunda independencia». La expresión era auténticamente popular. Una nueva *dipenda*, y esta vez la buena.

Mulele emprendió su sublevación campesina, la primera gran rebelión rural en África desde la independencia. Hizo gala de un excepcional idealismo y de un gran desinterés. Se convirtió en una especie de Che Guevara, un intelectual de izquierdas que intentaba relacionarse con gente sencilla. En los poblados y en las chozas enseñaba las ideas revolucionarias. Una y otra vez, recalcaba la importancia de la disciplina durante la revuelta. Sus consignas se inspiraban en gran medida en los escritos de Mao^[73]. Los combatientes de la revolución debían respetar a todo el mundo, también a los prisioneros de guerra. Estaba prohibido robar y hasta rezar^[74]. Había que pagar lo que se destruía. «Respetad a las mujeres y no os divertáis con ellas como querríais.» No, la revolución también necesitaba hijas. En los «maquis» de Mulele también se formaba a las mujeres.

Las armas de que disponía Mulele eran mínimas. No quería depender de las potencias extranjeras, la revuelta tenía que arreglárselas sola. Así que los combatientes partieron a la lucha equipados únicamente con viejas armas de fuego, con cuchillos y con flechas envenenadas hechas con radios de bicicleta. Incendiaron escuelas, destruyeron misiones, sabotearon puentes. Los muertos se contaban por cientos. Y pese a las normas de conducta establecidas, se perpetraron masacres. No obstante, esta revolución no se propagó. La doctrina china de Mulele no fue bien recibida en todas partes. Sin duda era demasiado laica. ¿Por qué los combatientes no podían rezar? Los sencillos campesinos de Kwilu no sabían qué era el opio y no estaban interesados en historias sobre la «falsa conciencia». Sus reflejos seguían siendo en gran medida religiosa y tribal. Por ello, las bases del poder de Mulele nunca llegarían a extenderse más allá de la zona tribal de los pende y de los mbunda. Las ciudades escapaban a su autoridad. La revuelta de Mulele se prolongó solo de enero a mayo de 1964, pero tuvo un gran significado simbólico. La posición de Kasavubu se había visto amenazada abiertamente por primera vez desde Tshombe y las ideas de Lumumba resultaron estar aún vivas. Si Lumumba era un mártir, Mulele se convertiría en su nuevo profeta.

En aquellos días, en las anchas avenidas de Stanleyville, entre las obras de arte modernistas bajo el sol ardiente, se podía ver a una anciana. Tenía ochenta o quizá incluso noventa años. *Mama Lungeni* era la viuda de *Disasi Makulo*, el hombre que había liberado Stanley. Su ilustre marido había fallecido en 1941, ella llevaba ya más de veinte años viviendo sin él. En 1962 fue a Stanleyville para asistir a la boda de una de sus nietas, pero su delicada salud le impidió regresar a su poblado de la selva^[75].

Durante su juventud había sido víctima de la violencia tribal y ahora, vieja e impedida, no le quedaba más remedio que constatar que la guerra volvía de nuevo. Por supuesto, no sabía que los combatientes revolucionarios refugiados en Brazzaville habían decidido pasar a la acción, pero no tardaría en percatarse de ello. El Comité National de Libération de Gbenye planificaba una incursión en el este del país. En Burundi, que junto con Ruanda era independiente desde 1962, los futuros rebeldes eran adiestrados a toda prisa por chinos versados en la guerra de guerrillas. También la Unión Soviética se encontraba dispuesta a colaborar. En Kivu del Sur, la rebelión estaba encabezada por un tal *Gaston Soumialot*; en Katanga del Norte, por un tal *Laurent-Désiré Kabila*. Sus guerreros eran hombres muy jóvenes, muchachos de dieciséis o diecisiete años, a veces apenas adolescentes o incluso niños. Eran más susceptibles a la magia que a toda la retórica maoísta y marxista junta. Se hacían llamar simbas, leones, y creían firmemente en los rituales marciales.

El ejército de liberación de *Kabila* y de *Soumialot* tenía a su servicio a una poderosa hechicera llamada *Mama Onema*, una mujer sexagenaria que iniciaba a todos los jóvenes guerreros. Con una cuchilla de afeitar les hacía tres pequeñas incisiones entre los ojos. Después cogía una caja de cerillas de la que sacaba un polvo negro —huesos molidos y piel de leones y gorilas, mezclados con hormigas negras aplastadas y cáñamo pulverizado— que frotaba en las heridas. Les ofrecía un *grigri*, un pequeño amuleto que debían llevar alrededor de la muñeca o del cuello y que debía proporcionarles fuerza. Cada vez que iban al combate, ella les rociaba el torso y las armas para inmunizarlos contra el enemigo. Los guerreros tenían que respetar toda una serie de normas de conducta. No podían estrechar nunca la mano de alguien que no fuera un simba, no podían lavarse, ni peinarse el pelo, ni cortarse las uñas, pues ello los haría muy vulnerables. Muchas de aquellas reglas eran menos extrañas de lo que parecía a primera vista. La mayoría de los simbas no tenía uniformes y apenas armas de fuego. Partían a combatir con el torso desnudo, cubiertos con ramas y con pieles de animales, armados solo con lanzas, machetes y porras. Con eso tenían que enfrentarse a los soldados del ejército gubernamental de *Mobutu* que, pese a seguir siendo una banda de incontrolados, estaban equipados con ametralladoras semiautomáticas. Los preceptos mágicos obligaban a los simbas a acatar cierta forma de disciplina militar. El sexo estaba prohibido, porque de lo contrario los guerreros se dedicarían a violar. Les tenían prohibido dejarse llevar por el pánico, para evitar que

pusieran pies en polvorosa. No podían mirar atrás, ni esconderse. El guerrero simba debía abalanzarse sobre el enemigo, gritando *Simba, simba! Mulele mai! Mulele mai! Lumumba mai! Lumumba oyé!*, ¡León, león, agua de Mulele, agua de Lumumba, viva Lumumba! Si gritaban eso, las balas del contrincante se convertirían en agua en cuanto les alcanzaran en el pecho. Si alguno de ellos resultaba herido, era porque, al parecer, había desobedecido uno de los preceptos^[76]. ¿Absurdo? Sí, pero no más que determinados ataques durante la Primera Guerra Mundial en los que se ordenaba a los soldados avanzar entre el fuego cruzado. Y lo curioso era que no solo los simbas creían en sus poderes mágicos, sino también el propio ejército gubernamental. Los soldados de Mobutu sentían pavor ante aquellos salvajes drogados e histéricos que se abalanzaban sobre ellos con los ojos abiertos de par en par y gritando sin cesar. En mayo de 1964 los simbas tomaron Uvira y Albertville, dos importantes ciudades en la orilla occidental del lago Tanganica. Para Kasavubu y Mobutu aquella fue una derrota humillante. Los soldados gubernamentales ataban ramas alrededor del cañón de sus fusiles con la esperanza de romper la magia de los simbas, pero la mayoría de las veces emprendían la huida. Los rebeldes conquistaron gritando y rugiendo el este del Congo. Confiscaron coches y saquearon las tiendas. Cogieron las armas de fuego que el ejército gubernamental había abandonado presa del pánico. Soumialot avanzó con sus muchachos de Uvira a Stanleyville, una marcha de meses por la selva. Allí donde llegaban, en poblados o ciudades, se les unían más muchachos. Eran personas que odiaban la independencia. Debido al descontrol de sus gobernantes, miles y miles de jóvenes del este ya no podían ir a la escuela^[77]. Sus maestros apenas recibían ningún salario, si es que lo cobraban. En todo el país, los profesores iniciaron una huelga^[78]. La enseñanza media, el instrumento fundamental para favorecer el ascenso social, no era más que una sombra de lo que fue. Y ellos eran alumnos sin profesores. La palabra *révolution* encerraba para ellos más promesas que la palabra *indépendance*. Eran demasiado jóvenes para tener una mujer, una casa o un trozo de tierra, pero no lo suficientemente mayores como para renunciar a todos sus sueños. No tenían nada que perder. Eran rebeldes sin causa, jóvenes leones, los que más habían perdido con la independencia. Y se convirtieron en terribles máquinas de matar.

Mama Lungeni vio llegar a los rebeldes a la ciudad. A principios de agosto de 1964, Stanleyville cayó en sus manos. El baluarte de Lumumba y Gizenga volvía a ser suyo. Fueron en busca de los dilapidadores de la independencia. Los *évolués*, los intelectuales y los ricos no se libraron. Junto a la estatua de Lumumba fueron asesinados cerca de dos mil quinientos «reaccionarios». Los simbas les extirparon el corazón y se lo comieron para evitar que regresaran los muertos. En otros lugares también hicieron gala de una excepcional crueldad. «¡Mantequilla! ¡Mantequilla!», gritaron en Tshumbe, al ver los sesos de un enemigo salir del cráneo atravesado por un machete^[79]. Se llevaron a bebés y a niños y los dejaron tumbados bajo el sol abrasador hasta que, tres días más tarde, murieron^[80]. En Kasongo abrieron el vientre de algunos ancianos y obligaron a los presentes a comerse los intestinos^[81]. Además

eran manifiestamente antiamericanos, antibelgas y anticatólicos. Obligaron al cónsul estadounidense de Stanleyville a pisotear la bandera de Estados Unidos y a comerse un trozo^[82]. Quien tuviera un objeto que llevara el rótulo *made in USA* podía ser liquidado. Para divertirse prendían fuego a la barba de los misioneros belgas y después sofocaban las llamas a bofetadas. Muchos simbas habían sido criados en el culto secreto de kitawala, que siempre había tenido una gran presencia en el Congo oriental^[83]. Concebían un odio profundo hacia el blanco. Varias misioneras fueron violadas y asesinadas, algunos misioneros, torturados y liquidados^[84].

Mama Lungeni temía no poder regresar nunca más a la misión protestante de Yalamba, donde estaba enterrado Disasi. Ella quería morir allí y descansar junto a él. Sin embargo, el 5 de septiembre 1964 los rebeldes proclamaron la formación de un nuevo Estado. A partir de entonces el territorio rebelde se denominaría la République Populaire du Congo, a semejanza la República Popular de China. Las diferentes milicias se fundieron en la Armée Populaire de la Libération, el ejército popular de liberación. Christophe Gbenye, el hombre de Brazzaville, fue nombrado presidente; Gaston Soumialot, ministro de Defensa; el mando supremo de las fuerzas armadas recayó en el general Nicholas Olenga. Un tercio del Congo era de ellos. *Mama Lungeni* no podía irse.

Para Kasavubu aquello supuso la afrenta definitiva. Por su parte, Mobutu hacía un mal papel con sus tropas que no dejaban de poner tierra de por medio. Intentaba modernizar el ejército e incluso consiguió el apoyo de pilotos de combate cubanos, hombres que habían huido del régimen de Castro y que estaban decididos a impedir el avance de la izquierda revolucionaria en otras partes del mundo. Sin embargo, ni siquiera con eso consiguió cambiar la situación. ¿Caería el Congo en las garras del comunismo? Eso era algo que de ningún modo deseaban los estadounidenses. ¿Qué sucedería si los rebeldes conquistaban Katanga? ¿Y si Tshombe volvía de España y se unía a ellos? Tenía medios y hombres suficientes. Dos tercios del Congo pasarían a manos de los revolucionarios.

Entonces se produjo uno de esos giros totalmente inesperados típicos de la historia de la política congoleña: Tshombe regresó, en efecto, y... se sumó al bando de Léopoldville, ¡el bando contra el cual había luchado durante dos años y medio! Fue un cambio de chaqueta espectacular, pero —quitando el componente de integridad— no carecía de lógica. Mobutu y sus camaradas del grupo Binza (en especial, el ministro de Asuntos Exteriores, Justin Bomboko, Victor Nendaka, el jefe del servicio de seguridad congoleño, y Albert Ndele, el gobernador del banco nacional) comprendieron que Tshombe aún podía movilizar a sus gendarmes y mercenarios katangueses^[85]. Bastaba con que fuera a buscarlos al otro lado de la frontera con Angola. Si se ponían del lado de los rebeldes, Léopoldville estaría

perdida. Consideraron que era preferible tener a un pelma en casa meando fuera del tiesto que a un pelma en el jardín meando en casa.

A su vez, Tshombe siempre había deseado asentar su poder en la capital. La oferta de Mobutu y los suyos se presentó como la oportunidad perfecta para acabar con su exilio en Madrid y para añadir una nueva sección a su currículum político. Servilmente, le escribió a Kasavubu: «En este difícil periodo que se inicia y del cual el país debe salir reforzado para abordar las enormes tareas que le esperan, renuevo mi propuesta de prestar mi plena colaboración al servicio de la patria»^[86].

Por primera vez desde la independencia los tres enemigos de Lumumba formaban una troika: Kasavubu como presidente, Mobutu como comandante en jefe y, después de algunas conversaciones, Tshombe como primer ministro. En julio de 1964 sustituyó a Adoula y prometió al pueblo «un nuevo Congo en tres meses». En el gran estadio de fútbol de Léopoldville fue aclamado por treinta o cuarenta mil espectadores. En Stanleyville, poco antes de que fuera tomada por los rebeldes, incluso depositó una corona de flores junto al monumento de Lumumba, el hombre en cuyo asesinato él había colaborado^[87].

Tshombe disponía de dos ases: sus antiguos mercenarios y el ejército estadounidense. Entre los primeros se encontraban el coronel Mike Hoare, un sudafricano de origen irlandés, apodado Mad Mike; el coronel Bob Denard, un francés e indudablemente el mercenario más legendario del siglo xx; y Jean Schramme, apodado *Black Jack*. Este último no era un mercenario clásico, sino un belga, propietario de una plantación en Katanga, que había decidido consagrar su vida a la «salvación» del Congo. Encontraron nuevos reclutas en mugrientos bares de Bruselas, París y Marsella, que firmaban contratos en los que se indicaba la indemnización que recibirían por perder un dedo del pie (treinta mil francos belgas), el dedo gordo del pie (cincuenta mil francos belgas) o el brazo derecho (trescientos cincuenta mil francos); o cuánto le quedaría a su viuda (un millón de francos^[88]).

Los estadounidenses pusieron una flota de aviones a disposición de Léopoldville: trece aviones de combate T-28, cinco bombarderos B-26, tres aviones de transporte C-46 y dos pequeños aviones bimotores de pasajeros. Todos ellos eran excedentes de la Segunda Guerra Mundial, pero bastaba para iniciar el combate contra muchachos que iban con el torso desnudo y se creían invulnerables^[89]. Mientras los mercenarios iniciaban una ofensiva terrestre, apoyados por gendarmes katangueses, soldados gubernamentales congoleños y oficiales belgas, los estadounidenses atacaban a los simbas desde el aire. Sus posiciones cayeron una tras otra.

Los simbas reaccionaron con furia. Desconcertados al ver que podían morir, atribuían sus pérdidas a las lluvias estacionales que mermaban sus poderes mágicos^[90]. Empezaron a buscar como posesos emisoras en casa de los blancos que todavía permanecían en el lugar, puesto que sospechaban que informaban al enemigo. El que tuviera un transistor o incluso una estilográfica se convertía en sospechoso. Sacaron a cientos de europeos de lo que quedaba de la zona rebelde y los

mantuvieron como rehenes en el hotel Victoria de Stanleyville, con la amenaza de matarlos a todos. Ese fue el pistoletazo de salida de una amplia operación militar de belgas y estadounidenses. Se componía de una ofensiva terrestre (operación Ommegang) y de otra aérea (operación Dragon Rouge). El 24 de noviembre de 1964 trescientos cuarenta y tres paracaidistas belgas aterrizaron en Stanleyville y ocuparon el aeropuerto mientras las tropas terrestres entraban en la ciudad. Dos mil europeos fueron liberados y evacuados con catorce aparatos C-130; un centenar perdió la vida en la operación. En los días siguientes, los simbas, como represalia, asesinaron a noventa religiosos en el interior^[91]. Nunca pudo determinarse el número de víctimas del lado congoleño.

Mama Lungeni escapó por los pelos a la muerte. El día de la liberación de Stanleyville, a las cinco y media de la tarde, oyó el zumbido de los aviones. Se encerró con su familia en su casa. «Poco después, uno de los aviones sobrevoló nuestro barrio de Tshopo —recordaba su hijo—. Justo encima de nuestra casa lanzó un cohete que explotó a unos diez metros. Parte del proyectil desapareció en el suelo, mientras que algunos pedazos golpearon la puerta delantera y rompieron todos los cristales.» En aquel momento, *mama* Lungeni se encontraba en el salón delante de la puerta principal. Se desmayó. «Todos, sus hijos y nietos, empezaron a gritar: “¡*mama* está muerta! ¡La abuela está muerta!” Nos la llevamos al patio donde poco después empezó a respirar de nuevo y abrió los ojos»^[92].

Tras la toma de Stanleyville los rebeldes se dispersaron por el interior. Dos hijas de *mama* Lungeni que vivían junto al río fueron a buscarla con una piragua. Sin embargo, la misión de Yalamba todavía no era un lugar seguro y la gente abandonó los poblados por temor a los bombarderos estadounidenses.

La gente huía a la selva o a las islas. *Mama* Lungeni y sus hijos estaban entre los que se refugiaron en la selva, pero las condiciones de vida eran realmente deplorables. Tenían que construir chozas provisionales para protegerse de la intemperie y se veían obligados a desplazarse continuamente de un lugar a otro. *Mama* Lungeni estaba agotada y ya no podía caminar. En cada traslado, tenían que cargar con ella, por turnos, sobre la espalda de su hija Bulia y de sus nietas Mise y Ndanali, mientras que las pequeñas, Naomi, Toiteli, Maukano, Moali, y su primo, Asalo Kengo, las seguían y llevaban el equipaje.

Debido a la mala situación y la falta de seguridad decidieron abandonar la selva y buscar refugio en la isla de Enoli, en medio del río, donde vivían el tío Anganga y su familia^[93].

La anciana acabó donde había empezado: en medio de la miseria de una guerra. Un día, después de hacer las oraciones de la noche, se fue a dormir. Se desató un fuerte aguacero. A las tres de la madrugada, su primogénita, que dormía a su lado, encendió una lámpara. *Mama* Lungeni había fallecido. Era el 1 de mayo de 1965. Trasladaron su cuerpo en una piragua a Bandio, el lugar donde Disasi había sido secuestrado en 1883. El gong propagó la noticia de su muerte. La gente vino de la selva ecuatorial para asistir al funeral. Fue enterrada junto al cuerpo de su marido.

Y la guerra civil seguía causando estragos. Léopoldville iba ganando terreno poco a poco. Sin embargo, cuando los rebeldes se encontraban extremadamente debilitados, recibieron un apoyo inesperado en el este. Esta revolución mal dirigida nunca había desplegado una diplomacia seria y el apoyo de países partidarios como Egipto, Argelia, China y la Unión Soviética resultaba exiguo. Pero de pronto, en abril de 1965, ¡desembarcó a orillas del lago Tanganica nada menos que el Che Guevara! Había volado desde Cuba y traía consigo a más de cien militares cubanos bien entrenados, todos de origen africano, pues su presencia no debía llamar la atención. Se trataba de descendientes de antiguos esclavos del África Central. Ahora venían a reconquistar el Congo junto con Kabila y sus simbas. Sin embargo, el Che no tardó en percatarse de que aquellos hombres carecían de fervor revolucionario. En sus campamentos secretos, la música de baile sonaba a todo volumen y había mujeres y niños paseándose tranquilamente. Los camaradas congoleños se pasaban el día holgazaneando y no tenían la más mínima formación. No querían ni oír hablar de trincheras, pues estas eran para los muertos. Los ejercicios de tiro no les interesaban, porque no lograban mantener cerrado el ojo derecho. Preferían disparar sin apuntar^[94]. «Uno de nuestros compañeros decía, en tono festivo, que en el Congo se dan todas las anticondicionales para la Revolución», anotó el Che Guevara con sarcasmo en su diario^[95]. Las veces que estuvieron en el frente, los cubanos fueron testigos de «la experiencia triste de ver cómo las tropas que iban al ataque se disolvían en el momento del combate, cómo armas preciosas eran arrojadas por doquier para huir más velozmente.»^[96] Por su parte, Kabila permaneció todo el tiempo en Tanzania y se presentó una vez que ya habían transcurrido dos meses y volvió a desaparecer poco después. El Che reconoció que Kabila era la única figura con capacidad de liderazgo, pero un verdadero dirigente revolucionario consistía en algo muy distinto. «Es preciso tener seriedad revolucionaria, una ideología que guíe la acción, un espíritu de sacrificio que acompañe sus actos. Hasta ahora Kabila no ha demostrado poseer nada de eso. Es joven y pudiera ser que cambiara, pero me animo a dejar en un papel, que verá la luz dentro de muchos años, no pocas dudas de que pueda superar sus defectos en el medio en que actúa.»^[97] Kabila se pasaría más de treinta años remoloneando en los «maquis». En 1997 derrocó a Mobutu, el Che había muerto asesinado mucho antes.

Después de siete meses el Che Guevara y sus combatientes abandonaron el territorio congoleño. La rebelión no había dado sus frutos. El Che anotó con amargura: «Durante estas últimas horas de permanencia en el Congo me sentí solo como nunca lo había estado, ni en Cuba, ni en ninguna parte de mi peregrinar por el mundo»^[98].

Tshombe triunfaba. La rebelión había retrocedido gracias a «sus» mercenarios y a «sus» gendarmes. Además de su triunfo militar, cosechó también una victoria

diplomática muy importante. Había ido a Bruselas para negociar sobre la famosa «cartera colonial», que se refería a los grandes paquetes de acciones de los que Bélgica se había apropiado poco antes de la independencia. El debate sobre la devolución de aquellos títulos se dio a conocer con el nombre de «contencioso belgocongoleso». Tshombe logró convencer a los negociadores belgas de que, en realidad, aquella cartera de acciones correspondía al Estado congoleño, con lo que volvió a meter en su propio corral a la gallina de los huevos de oro. Cuando regresó al Congo, agitaba su maletín de piel allí donde iba^[99]. ¡La cartera! La población reía y estaba radiante de felicidad. La guerra había acabado, el dinero regresaba al país. «¡Ahora volveremos a comer *makayabu!*», cantaban contentos pensando en el delicioso bacalao que se había convertido en algo prohibitivo.

Durante la Primera República el nivel de vida del congoleño medio se había degradado mucho. La inflación era gigantesca: en 1960 un kilo de arroz costaba solo nueve francos; en 1965, noventa francos^[100]. El poder adquisitivo se había debilitado^[101]. La tasa de desempleo era enorme. Los que mantenían su trabajo se veían obligados a alimentar cada vez más bocas con cada vez menos dinero^[102]. Muchas personas pasaban hambre^[103]. Algunas enfermedades que habían estado bajo control —como la del sueño, la tuberculosis y la oncocercosis— volvieron a cobrarse innumerables víctimas^[104].

En 1965 Tshombe era con diferencia el político más popular del Congo. Por primera vez desde la descolonización se celebraron elecciones parlamentarias. Tshombe las ganó con una aplastante mayoría. Mediante una coalición de partidos que se habían unido para la ocasión, consiguió ciento veintidós de los ciento sesenta y siete escaños. Kasavubu comprendió que Tshombe podía representar un peligro para su presidencia. Ya ejercía las competencias de primer ministro, ministro de Asuntos Exteriores, de Comercio Exterior, de Trabajo, de Planificación y de Información^[105]. El 13 de octubre, Kasavubu actuó exactamente como había hecho en septiembre de 1960 con Lumumba: destituyó al primer ministro y propuso como alternativa a un lacayo (Évariste Kimba), un hombre que no gozaba de la confianza del Parlamento. Si bien la nueva Constitución permitía esta jugada, la situación parecía haber vuelto a la casilla de inicio.

Durante una de nuestras conversaciones, Jamais Kolonga me mostró una curiosa foto muy arrugada. Un grupo de jóvenes sonrientes reunidos alrededor de una mesa. En el centro reconocí enseguida al joven Mobutu. Incluso entonces ya se parecía a un remake del rey Balduino. «Eso fue durante el trigésimo quinto cumpleaños de Mobutu. La fiesta se celebró en el restaurante del zoo, el mejor restaurante de la ciudad.» Era el 14 de octubre de 1965, un día después del cese de Tshombe. «Aquí, a la izquierda, está Isaac Musekiwa, trompetista de OK Jazz; a su lado, Paul Muanga, cantante de OK Jazz; luego yo, Jamais Kolonga, ¡y a mi lado Mobutu! A la derecha

se encuentran los integrantes de African Jazz. Primero el cantante Mujos y después el gran Kabasele. Aquí está Roger Izeidi, de OK Jazz. ¡Y, en el extremo derecho, nada menos que Franco!» La flor y nata de la música congoleña se había congregado aquella noche en torno al comandante supremo del ejército, como si los Beatles y los Rolling Stones se hubiesen hecho alguna vez una foto con el comandante en jefe de las fuerzas armadas británicas. Jean Lema (Jamais Kolonga) aún lo recordaba emocionado. «¿Sabe lo que me confesó aquella noche Mobutu? En 1960 yo había trabajado tres meses con él al servicio de Lumumba. “Jean —me dijo—, dentro de un mes seré presidente de la República”.»^[106]

Y así fue. El 24 de noviembre de 1965, una fecha que cualquier congoleño se sabe de memoria, Mobutu congregó a las nueve de la noche a todos los altos cargos de las fuerzas armadas en su residencia de la capital. Su despacho estaba repleto de expedientes, periódicos y revistas. Había estado reunido durante el día entero y su decisión era firme: se convertiría en el jefe de Estado. La Primera República había resultado ser un completo desastre. Él tenía que poner orden en los asuntos. Si Kasavubu volvía a hacer de las suyas, como cinco años antes, entonces él, Mobutu, repetiría su golpe de Estado, y ya no por cinco meses, sino por cinco años. Acto seguido dictó un comunicado a un colaborador y un subteniente fue el encargado de leerlo en la radio mientras un comandante sabotaba la línea telefónica de Kasavubu. Todos le manifestaron su apoyo. Corrieron ríos de cerveza. La señora Mobutu agasajó a los presentes con pescado con bananas. Aun así, no las tenía todas consigo: «Dejaos ya de tonterías. Si os pillan, os matarán a todos», le susurró a su cuñado. Sin embargo, a las dos y media de la madrugada les sirvió una copa de champán. Tres horas más tarde, la radio emitía la noticia del golpe de Estado^[107]. Durante todo el día se oyó únicamente música militar. La Primera República había acabado. No hubo ni un disparo. La lucha por el trono había terminado. Aunque cada uno de los cuatro protagonistas había vivido su hora de gloria, fue Mobutu quien salió victorioso.

LOS AÑOS ELÉCTRICOS

MOBUTU SE PONE MANOS A LA OBRA

1965-1975

Septiembre de 1974. Zizi Kabongo se sorprendió cuando le llegó la carta. No era la primera vez que recibía correo allí, en París, pero una misiva que le entregaba personalmente el director de su escuela resultaba toda una novedad. ¿Desde cuándo el rector del famoso INA, el Institut National de l'Audiovisuel, hacía las veces de mensajero? El director de una de las principales escuelas del mundo para periodistas de radio y televisión tenía, sin duda, asuntos más importantes que resolver que dedicarse a ejercer de cartero para un puñado de estudiantes africanos, ¿o no?

Sin embargo, en la carta figuraba un remite importante. Zizi vio que venía de la embajada y en aquella época eso solo podía significar una cosa: era del presidente. Mobutu la había confiado a su ministro, el ministro se la había entregado al embajador y este a su personal. Así funcionaba todo en la lejana patria de Zizi. Mobutu llevaba las riendas con firmeza desde que hacía ya nueve años asumiera el poder. Todas las riendas.

Septiembre. El curso académico acababa de empezar. París volvía a ser una ciudad animada: los franceses habían regresado de sus vacaciones, el metro se llenaba de nuevo, una multitud apresurada llenaba los bulevares. «Ambassade de la République du Zaïre», leyó Zizi en el sobre: Embajada de la República del Zaire. Incluso después de tres años tenía que seguir acostumbrándose... En 1971 las vocales redondas de «Congo» habían tenido que ceder su lugar al sonido siseante de «Zaire». Mobutu consideraba aquel nombre más auténtico que el «Congo» de la época colonial. Para efectuar aquel cambio el padre de la Revolución se había basado en uno de los documentos escritos más antiguos: un mapa portugués del siglo XVI. Según este, el ancho río que serpenteaba por el país se denominaba «Zaire». No obstante, poco después del cambio de nombre, Mobutu descubrió que se trataba de un error estúpido: «Zaire» era la pronunciación torpe de «nzadi», una palabra normal y corriente en kikongo que significaba «río». Cuando llegaron a la desembocadura del río, los portugueses preguntaron a los indígenas cómo llamaban a aquella gran masa de agua agitada, y estos se limitaron a contestar: «¡Río!» «Nzadi», repetían. «Zaire»,

entendieron los portugueses. Durante treinta y dos años el país de Zizi debería su nombre a la fonética chapucera de un cartógrafo portugués que había vivido cuatro siglos antes.

Entonces, Zaire. Así se llamaba el país y a partir de aquel momento ese también sería el nombre del río, de la moneda, de los cigarrillos, de los preservativos y de un montón de cosas más. Un nombre extraño, con aquella z poco habitual y la molesta diéresis^[e66]. Cuando se escribía a máquina, la *i* acababa rematada por una santísima trinidad de puntos. Los aliados estadounidenses de Mobutu nunca consiguieron pronunciarlo bien. Se contentaban con el monosílabo «zair», «air» precedido de una z.

À l'attention du citoyen Kabongo Kalala, ponía en la carta de la embajada: a la atención del ciudadano Kabongo Kalala. A los franceses les hacía gracia aquel «citoyen» como título de tratamiento. Al menos quedaba un país en el mundo que mantenía alta la etiqueta revolucionaria, doscientos años después de la toma de la Bastilla.

Por supuesto, Zizi no esperaba que le dirigieran una carta con el nombre de «Zizi». Pocos conocían aún su verdadero nombre, pero en la correspondencia oficial él seguía siendo simplemente Isidore, sobre todo en Francia, donde *zizi* significa «pene». Sin embargo, en aquel sobre faltaba incluso el «Isidore». No indicaba ningún nombre cristiano, ni ninguna inicial. Kabongo Kalala, ese era oficialmente su nombre desde hacía dos años. Cuando nació en 1940 le pusieron Isidore Kabongo, pero desde 1972 se llamaba Kabongo Kalala. Sin nombre de pila. Los nombres cristianos estaban prohibidos, puesto que, de nuevo, resultaban demasiado coloniales.

Mobutu opinaba que el espíritu de su gente seguía estando demasiado sometido al viejo yugo y que era preciso liberar al pueblo, esta vez mentalmente. Para conseguirlo decidió cambiar un montón de nombres. Léopoldville se denominaría Kinsasa; Stanleyville, Kisangani; y Elisabethville, Lubumbashi. También las pequeñas ciudades recibieron un nombre nativo: Ilebo, por Port Francqui; Kananga, por Luluabourg; Moba, por Baudouinville; Mbandaka, por Coquilhatville; y Likasi, por Jadotville. El lago Leopoldo II fue rebautizado con el nombre de Mai Ndombe: aguas negras; el lago Alberto, con el de Lac Mobutu. Y para quebrar el orgullo local, Katanga se denominaría en adelante Shaba.

Sin embargo, según Mobutu no bastaba con cambiar la toponimia. También había que retocar los nombres cristianos, puesto que algunos admiraban demasiado a Bélgica. Las personas que se llamaban Lukusa seguían deformando su nombre en De Luxe. Kalonda se convertía en De Kalondarve. Al cantante Georges Kiamuangana le pareció más atractivo usar el nombre artístico de Verckys, que sonaba flamenco. Y Désiré Bonyololo, el estenógrafo de Kisangani, prefería que lo llamaran Désiré van-Duel. Aquello horrorizaba a los ideólogos de la Segunda República. El nuevo zaireño debía estar orgulloso de lo que era en lugar de coquetear estúpidamente con lo que quería ser. En adelante solo se usarían los nombres indígenas.

Por consiguiente, incluso tuvieron que renunciar a los nombres de pila. Estos habían sido introducidos por los misioneros, que durante el bautismo imponían a cada niño el nombre de un santo europeo: Joseph, Jean, Christophe, Thérèse, Bernadette, Marie. A fin de cuentas, insistía el presidente, lo que definía al auténtico zaireño era su relación con sus antepasados y no con un lejano santo. Por ello prohibió los nombres cristianos y obligó a su pueblo a llevar los nombres ancestrales. El *prénom*, nombre de pila, desapareció dejando el lugar al *postnom* (un maravilloso neologismo mobutista). Se trataba de un astuto intento de socavar el poder de la Iglesia. Isidore Kabongo se convirtió en Kabongo Kalala. Durante el régimen de Mobutu cambió todo, realmente todo.

«Al principio estábamos contentos con el golpe de Estado de Mobutu», me contó Zizi Kabongo durante una de nuestras conversaciones en Kinsasa. Con pocos informantes me he reunido tan a menudo como con él^[1]. Me habló con enorme lucidez y con gran lujo de detalles sobre la compleja historia de su país. Al igual que muchos otros de su misma generación, Zizi fue seminarista durante un tiempo, pero perdió su vocación cuando ejercía de profesor de latín y de griego en Katanga. Finalmente, optó por el camino del periodismo. Ahora, a los sesenta y nueve años, ocupa el cargo de director de la radio nacional. «¡Uf!, pensamos entonces. ¡Por fin un poco de orden! La Primera República había sido un verdadero desastre. Todo aquel follón entre Kasavubu y Tshombe... Fue una decepción demasiado grande. Los trenes ya no circulaban, no había prosperidad, el desempleo aumentaba. Y mientras tanto veíamos que los políticos se desplazaban en limusinas y enviaban a sus hijos a estudiar a Europa. Mobutu suprimió los partidos políticos durante cinco años y todo el mundo se alegró.»

Mobutu introdujo, en efecto, un cambio de estilo. Poco después de su golpe de Estado se dirigió a las masas en el gran estadio de fútbol de Kinsasa. El que les hablaba era un joven delgado que no llevaba un carísimo esmoquin, sino un uniforme caqui del ejército con gorra^[2]. Pronunció frases altisonantes sobre «los estériles conflictos de políticos que sacrificaron el país y a sus compatriotas en aras de sus intereses personales». El público solo podía estar de acuerdo con él. «Nada contaba para ellos, solo el poder y lo que este les dictaba. Llenarse los bolsillos, explotar el Congo y a los congoleños, ese era su lema.» Mobutu llamaba a las cosas por su nombre. Su lenguaje era contundente; su discurso, claro. «Siempre os diré la verdad, por muy dura que sea. Se ha acabado la época de asegurar que todo va bien, cuando todo va mal. Y os lo digo enseguida: en nuestro querido país, todo va realmente muy mal.»

Y después obsequió al estadio, repleto hasta los topes, con una clase magistral de economía nacional. Sacó a relucir cifras que helaban la sangre. La producción de maíz, arroz, mandioca, algodón y aceite de palma había disminuido de manera

drástica. El gasto del Estado había aumentado de forma exponencial. El poder adquisitivo había caído, mientras que la corrupción gozaba de buena salud. Aquello no podía seguir así. «Las situaciones excepcionales requieren medidas excepcionales, en todos los ámbitos.» Mobutu suspendió la política de partidos durante cinco años. En aquel tiempo, quería volver a encarrilar el país y para ello necesitaba la ayuda de todos los hombres y de todas las mujeres. «Para llevar a cabo este plan de recuperación necesitamos manos, muchas manos —Mobutu se remangó el uniforme para dar ejemplo—. Nos volveremos a ver dentro de cinco años. Dentro de cinco años veréis la diferencia entre la primera y la segunda legislatura. Estoy seguro de que constataréis que el Congo de hoy, con sus miserias, su hambre y sus adversidades, se habrá convertido en un país rico y próspero en el que se vivirá bien y que será la envidia del mundo.»^[3]

Desde Lumumba, ningún político se había expresado con tanta vehemencia en la capital. Mobutu utilizaban el lenguaje rotundo de Lumumba, pero lo completaba con un programa concreto. Irradiaba confianza y determinación. El Congo iba a convertirse en un Estado moderno.

Zizi hubiese preferido ir a Europa y doctorarse con una tesis sobre Baudelaire, pero según Mobutu los jóvenes intelectuales debían servir al país de forma más tangible. Así que Zizi fue enviado a París, junto con algunos compatriotas, para aprender cómo hacer televisión. La televisión estatal se convertiría en un instrumento esencial en el intento de Mobutu de volver a levantar el país. El 23 de noviembre de 1966, justo un año después del golpe de Estado, se emitió el primer programa congoleño de televisión. Un año más tarde se pusieron en marcha las primeras emisiones en lingala.

«Por todas partes empezaron a aparecer antenas y estaciones de retransmisión — me explicó Zizi—. El Congo incluso tuvo televisión en color mucho antes que grandes zonas de la Europa del Este. Toda una generación de periodistas gozó de una excelente formación. Fuimos a París con una beca de estudios de Mobutu que era dos veces el salario mínimo francés. Yo tenía mi propio apartamento, iba al cine. ¡Ganaba más que un obrero francés!» En una ocasión, Mobutu fue a París a visitar a sus estudiantes y se los llevó a los Campos Elíseos para que se compraran cinco trajes cada uno; él los pagaba^[4]. Cuando viajaron a Bruselas para realizar un reportaje, el jefe de protocolo de Mobutu fue a comprobar el equipaje del equipo de cámaras para ver si vestían con la ropa adecuada. Incluso el cámara debía llevar pajarita. Más tarde recibirían unas dietas tan generosas que le permitieron a Zizi construirse una casa.

Y entonces llegó aquella carta, en septiembre 1974. Zizi leyó que a final de mes debía viajar a Kinsasa para una visita que no duraría más de cuarenta y ocho horas. Todos los estudiantes zaireños del INA habían sido convocados, pues los servicios con servicios se pagan. ¿El motivo de tanta urgencia? Iba a celebrarse un importante encuentro de boxeo que debía retransmitirse en directo. Un combate de boxeo con Mohammed Ali.

La primera década del reinado de treinta años de Mobutu fue una época de esperanza, expectativas y regeneración. «Mobutu era eléctrico», me dijo el escritor Vincent Lombume en una ocasión^[5]. Y no solo porque trajo la televisión y construyó centrales hidráulicas, sino porque dio una descarga moral a una nación en ruinas. Los años comprendidos entre 1965 y 1975 son recordados como la edad de oro del Congo independiente. En efecto, Kinsasa bullía como nunca antes, la cerveza espumaba, las noches no acababan nunca. Kin-la-Belle era el apodo que recibía la ciudad. A partir de 1969 la producción de cerveza aumentó a un ritmo del 16 por ciento anual. En 1974, cuando se celebró el famoso combate de boxeo, se produjeron cinco millones de hectolitros^[6]. Sin embargo, los primeros cinco años, cuando Mobutu aún estaba afianzando su poder, también estuvieron marcados por momentos excepcionalmente duros. Momentos que rodeaban la euforia como trozos de vidrio que remataran un muro de hormigón.

Desde muy temprano, durante esa mañana de un sombrío jueves, fueron llegando las primeras personas a un gran descampado en la cité de Kinsasa, el erial cerca del puente al oeste del aeropuerto de Ndolo. ¿Iba a suceder realmente? Unas jóvenes que cargaban cestas de azúcar de caña sobre la cabeza detuvieron el paso y unas madres que llevaban a sus bebés sobre la espalda se detuvieron. Unos funcionarios trajeados se desviaron de su ruta diaria. Unos golfillos con camisetas hechas jirones llegaron corriendo. ¿Iba a suceder realmente? Cientos, miles de pies pisaron el gran descampado. En el polvo se veían elegantes zapatos italianos junto a pies descalzos encallecidos y chinelas de finos tacones que se clavaban en la arena. Allí esperaban unos camiones con militares. En medio de ellos, todo el mundo pudo ver que realmente iba a suceder: se había levantado una tarima de madera y en ella, un patíbulo.

Era el jueves 2 de junio de 1966 y Mobutu llevaba seis meses en el poder. El lunes había anunciado por la radio que se había frustrado un complot contra él. Se comunicó a los oyentes que, el domingo de Pentecostés, cuatro figuras del antiguo régimen habían sido sorprendidas mientras urdían planes para perpetrar un golpe de Estado. Se trataba de Alexandre Mahamba (antiguo ministro de los gobiernos de Lumumba, de Joseph Ileo y de Cyrille Adoula); Jérôme Anany (ministro de Defensa con Adoula); Emmanuel Bamba (ministro de Finanzas del mismo Gobierno de Adoula y también destacado líder de los kimbanguistas); y el principal entre ellos, Évariste Kimba (el hombre que había sido primer ministro, a petición de Kasavubu, justo antes de que Mobutu diera su golpe de Estado). ¿Tramaban realmente derrocar al régimen? Lo más probable es que les tendieran una trampa: unos oficiales del ejército, que se hacían pasar por desertores, les pidieron que elaboraran una lista para un nuevo Gobierno. El juicio que siguió no fue más que una farsa. Ninguno de los militares implicados fue llamado como testigo, los cuatro acusados civiles no tenían

ni la más mínima posibilidad. Cuando uno de ellos quiso defenderse, el presidente del tribunal militar le dijo: «Señores, hemos venido aquí a celebrar un consejo de guerra, no un debate. Estamos aquí para castigar, así que el tribunal militar no necesitará mucho tiempo»^[7]. Unos instantes más tarde se emitió el veredicto: los cuatro serían ahorcados, pese a que ninguno de ellos había cometido nunca actos de violencia, no había estado en posesión de un arma, ni había iniciado ninguna acción contra el régimen.

El descampado se fue llenando de gente. Decenas de miles de personas. La agencia de prensa francesa AFP calculó que había unas trescientas mil^[8]. Se trataba de la mayor aglomeración popular de la historia del Congo. Kinsasa había duplicado su tamaño y ahora era una ciudad con más de ochocientos mil habitantes^[9]. Más de la mitad no había cumplido aún los veinte años^[10]. Después de la independencia, la emigración hacia la ciudad se había incrementado de nuevo, entre otras razones debido a la guerra civil que se había desatado en el interior. Kinsasa se expandía. Sobre una zona de quince kilómetros se extendía un interminable océano de chapas onduladas y casas improvisadas, que solían tener una única planta y que estaban abarrotadas. Solo en el centro había edificios altos. Todos los antiguos y nuevos habitantes de Kinsasa, los kinois, concurren en masa al descampado aquel jueves por la mañana después de Pentecostés. En la década de 1930 el colonizador había utilizado las ejecuciones públicas como elemento disuasorio. ¿Se atrevería ahora Mobutu a llegar tan lejos? Y además ¿con cuatro exministros?

Entretanto, el pueblo había comprendido que Mobutu tenía agallas. Inmediatamente después del golpe de Estado sus antiguos rivales tuvieron que refugiarse en lugares más seguros. Kasavubu había huido a su región natal y Tshombe había regresado a su exilio en España. Ambos tenían miedo. Kasavubu había escrito a Mobutu que, «por el interés superior del país», aceptaba su golpe de Estado. Al ser un representante electo del pueblo, podía exigir su escaño en el Parlamento, pero consideraba «más útil no ocuparlo en este momento». Kasavubu siempre había tenido algo de cura, pero nunca antes se había mostrado tan sumiso. «Preferiría descansar un poco en el Bajo Congo», escribió. Quería volver a su poblado, quitarse su ropa europea y, ataviado con vestimenta indígena, servir vino de palma a sus amigos e invitados^[11]. Y por si eso no bastara, añadió: «No tengo intención de crear ningún tipo de agitación»^[12]. Kasavubu quedaba fuera de juego. Cuatro años más tarde moría a los cincuenta y dos años víctima de un cáncer.

Tshombe era harina de otro costal, y el pueblo lo sabía. Muchos le habían votado. Después de su gran triunfo electoral seguía abrigando muchas ambiciones políticas como salvador de la patria. Iba y venía entre París, Madrid y Palma de Mallorca mientras preparaba su regreso. Aquello no era en absoluto del agrado de Mobutu. ¿No había proclamado abiertamente que se esforzaría por *l'élimination pure et simple de la politicaille*, la eliminación definitiva de los intrigantes políticos^[13]? Ninguno de los que se encontraban alrededor del patíbulo podía sospecharlo, pero un año más

tarde Tshombe sería condenado a muerte en rebeldía por supuestas actividades subversivas, pese a que, al igual que Lumumba, había sido elegido democráticamente. En junio de 1967 fue invitado por un corrupto hombre de negocios francés con contactos en las más altas esferas congoleñas a un vuelo de placer de Palma a Ibiza. A la vuelta, el hombre realizó dos disparos y ordenó a los pilotos que pusieran rumbo a Argelia. Al llegar, Tshombe fue conducido a prisión. El Congo exigió su extradición, pero el presidente de Argelia, Huari Bumedián, la denegó, pese a que había un dictamen favorable del Tribunal Supremo. En un principio, esperaba extraditar a Tshombe si el Congo rompía relaciones diplomáticas con Israel, pero el presidente Charles de Gaulle llamó personalmente a Bumedián para impedir el canje, pues una extradición como aquella habría acabado, sin lugar a dudas, en otro asesinato como el de Lumumba^[14]. Dos años más tarde, el 29 de junio de 1969, Tshombe fallecía en su celda argelina, tres meses después de Kasavubu. De un ataque al corazón, según sus médicos. Asesinado, según creen muchos en el Congo. Solo tenía cuarenta y ocho años.

Mobutu había ganado la batalla por el trono, pero en los primeros años de su régimen ajustó cuentas, de manera sistemática, con sus rivales de la Primera República. Incluso Lumumba tuvo que ser neutralizado cinco años después de su muerte. Sus partidarios eran todavía numerosos, y no solo en el Este. Mobutu reaccionó con una jugada maestra con la que hizo gala de una gran audacia estratégica y también de un inagotable cinismo: él, Mobutu, el hombre que había desempeñado un papel clave en el asesinato de Lumumba, lo declaró... ¡héroe nacional! El día de la fiesta nacional, el pueblo congoleño oyó que Mobutu decía sin inmutarse: «Gloria y honor al ilustre congoleño, al gran africano, al primer mártir de nuestra independencia económica: Patrice Émery Lumumba»^[15]. Acto seguido, el bulevar Léopold III, uno de los principales ejes de Kinsasa, fue rebautizado con el nombre de bulevar Patrice Émery Lumumba. Y hoy sigue llamándose así. Al principio del bulevar, la estatua gigantesca de Lumumba saluda al tráfico entre el ruido de cláxones.

Aquella astuta jugada constituía el colmo de la hipocresía. Del mismo modo que Mobutu había anulado a Tshombe en 1964 al utilizarlo para sus propios fines en la lucha contra los simbas, ahora neutralizaba la figura de Lumumba al rehabilitarlo a título póstumo. Los lumumbistas no sabían qué pensar: ¡su héroe era de repente también el del enemigo! Por así decirlo, Mobutu lo había subido al tren de su golpe de Estado. La neutralización mediante una encerrona se convertiría durante los siguientes treinta años en el truco preferido de su dictadura.

La «neutralización» fue también un concepto clave durante sus primeros meses. Después de prohibir los partidos políticos, Mobutu mandó a casa al Parlamento. Dijo a diputados y senadores: «¡Váyanse primero a descansar, hagan un receso de cinco años!»^[16]. Mientras tanto, ya se encargaría él de legislar. Las provincias tampoco se libraron. Según Mobutu la proliferación de miniprovincias constituía un despilfarro.

Prefería que las cuentas estuvieran claras y por ello redujo el número de provincias de veintiuna a nueve, todas ellas dirigidas por hombres de su máxima confianza. Aquella centralización debía contrarrestar las fuerzas centrífugas (secesiones, tribalismo). Y no se detuvo ahí. El Congo pasó de ser una democracia civil y federal a convertirse en una dictadura militar centralizada. Durante su golpe de Estado, Mobutu había nombrado al general Mulamba como primer ministro, pero al cabo de un tiempo se vio obligado a neutralizar también ese cargo. Zizi Kabongo conocía el verdadero motivo: «Mulamba era popular entre el pueblo, más que Mobutu. Por eso lo apartó. Mulamba pasó a ser embajador en Japón. Así funcionaba siempre. Falsos ascensos, galones, dinero, todo tipo de favores para comprar el silencio de la gente». Como consecuencia de ello, Mobutu asumió además del poder legislativo y militar, también el poder ejecutivo.

Pero ¿un ahorcamiento público? Eso era muy distinto a regalarle a un rival un lejano puesto de embajador en una lujosa villa. «Nadie pensó que fuera a suceder realmente —me dijo Zizi—. El poder de Mobutu carecía todavía de una base sólida. Lo único que tenía para sustentarlo era el ejército y, dentro de ese ejército, había hombres de la tribu de cada uno de los cuatro condenados que podían sublevarse.» Mobutu no las tenía todas consigo. Llevaba varios días sin querer ver a su mujer, por temor a que le hiciera cambiar de parecer. El arzobispo Malula también le había pedido que indultara a los condenados, incluso el Papa lo había llamado. Sin embargo, él consideraba que ceder ahora se entendería como un signo de debilidad... El libro preferido de Mobutu en aquellos días era *El príncipe* de Maquiavelo.

Al día siguiente, una banda militar tocaba en el lugar de la ejecución. Una multitud vio un *jeep* entrar en el descampado. ¡Los cuatro condenados iban en él! Junto al cadalso, dos mujeres gritaban desesperadas. Eran familiares de uno de los «conspiradores». Hubo que llevárselas, junto con sus hijos, lejos de aquel lugar. Las mujeres estaban enloquecidas, tenían el torso desnudo y el cabello suelto. Toda la atención se centraba ahora en la empalizada. El primero en subir al cadalso fue el verdugo, un coloso vestido de negro con una capucha negra que le cubría la cabeza. Justo después la muchedumbre vio subir a un hombre alto y con el rostro tapado. Solo llevaba unos *shorts* de fútbol azules con rayas rojas y blancas. Era Évariste Kimba, ex primer ministro de la República Democrática del Congo. Antes de subir, se había confesado con uno de los sacerdotes presentes, junto a los cuatro ataúdes que ya estaban dispuestos. El verdugo leyó la sentencia. Kimba se mantuvo erguido. Le pusieron la soga al cuello y la trampilla se abrió. La multitud prorrumpió gritos de horror y después se hizo un silencio sepulcral. La agonía duró más de veinte minutos. Mientras la multitud miraba callada, el cuerpo del antiguo primer ministro no dejaba de agitarse. Una eternidad. Los otros tres condenados contemplaron desde el *jeep* el destino que les aguardaba.

Durante la última ejecución un violento pánico se apoderó de los asistentes. La muchedumbre echó a correr y, en su huida, pisoteó a los militares. Al agolparse unos

contra otros, tropezaron niños y adultos. En apenas unos minutos decenas de miles de personas desaparecieron. El descampado quedó salpicado de cuerpos que gemían y de zapatos perdidos. Un poco más lejos cerraban con clavos un cuarto ataúd. Aquel 2 de junio de 1966 el pueblo dejó de vitorear a Mobutu y empezó a temblar de miedo por él.

«Surge aquí un dilema, a saber: si es mejor ser amado que temido o al contrario. Al que se responde que lo mejor sería una y otra cosa al mismo tiempo; pero que, al ser difíciles de conciliar, es mucho más seguro ser temido que amado, cuando se haya de prescindir de una de las dos», escribió Maquiavelo^[17].

«A partir de entonces vivíamos todos con miedo —me contó Zizi—. La seguridad del Estado gozaba de muchísimo poder. Ya nadie se atrevía a almorzar en el restaurante del zoo, el lugar de reunión de políticos y diplomáticos, por temor a que los camareros escucharan las conversaciones. Incluso en los funerales desconfiábamos de los niños que vendían cacahuetes. Podían ser espías. Con aquellos ahorcamientos, Mobutu quiso dar ejemplo. “Nadie juega con mi poder.” Quería sembrar el miedo y afianzar su posición.»

Dos días más tarde, Mobutu afirmó en una entrevista: «En nuestra cultura el respeto por el jefe es sagrado. Había que dar un ejemplo claro». Él no podía permitir que se repitiera el follón de secesiones, rebeliones y destituciones. «Cuando un jefe decide, decide, y punto.»^[18]

Mobutu se aseguró de que no le faltara nada a la piedra angular de su poder: el ejército. Él no tendría que enfrentarse a ningún amotinamiento. La agitación se ahogaba con dinero. Empezó una drástica modernización de las fuerzas armadas. Concedió mejores oportunidades a los nuevos contingentes de militares. Además de una escuela de oficiales, Mobutu estableció también centros de adiestramiento especializados. Kisangani fue liberada por paracaidistas belgas y Mobutu decidió que él también los necesitaba.

En Kinsasa hablé con Alphonsine Mosolo Mpiaka. La primera mujer paracaidista del ejército congoleño. En 1966 tenía veinticinco años. «Recibimos nuestro *ground training*, el entrenamiento en tierra, aquí, en N’Djili, donde se había creado un centro nacional de adiestramiento de paracaidistas. Nuestros profesores eran israelíes.» Estados Unidos apoyaba a Mobutu y, por consiguiente, Israel también, lo que provocó una gran indignación en el mundo árabe. «Para las prácticas de salto teníamos que ir Israel. Yo realicé doce saltos. Fui la primera mujer, después de mí, Mobutu reclutó a otras veinticuatro chicas. El equipo debía ser mixto, también étnicamente. Unos cuantos bakongo, unos cuantos baluba, unos cuantos de Katanga.» Una vez más, la destribalización. Mobutu quería un ejército que ya no pensara en términos tribales. Durante su régimen la lealtad se compraba. «Éramos muy respetados y nos mimaban. Con las primas que recibí pude comprarme un terreno con

una casa. Y eso que no tuve que saltar nunca en paracaídas durante una guerra, sino solo en los desfiles, aquí, en Kinsasa.»^[19]

Aun así, sus conocimientos le habían resultado útiles. En el este del país la rebelión no estaba del todo sofocada, pero Mobutu prefería confiar esa tarea a los mercenarios blancos que seguían allí. Bob Denard y Jean Schramme hicieron la mayor parte del trabajo y después recibieron condecoraciones. Es cierto que Schramme acabó poniéndose en contra de Mobutu y que intentó «salvar» él solo al Congo, pero este episodio pasó sin pena ni gloria^[20]. Una vez sofocada la rebelión, el ejército se libró definitivamente de sus mercenarios blancos. A finales de 1967, Gaston Soumialot y Christophe Gbenye emprendieron la huida y todo el Congo volvió a estar por completo bajo la autoridad de la capital. ¿Todo? ¡No! En el extremo oriental, en una pequeña zona montañosa cerca del lago Tanganica, Laurent-Désiré Kabila seguía empuñando el cetro. Sin embargo, después de que se marchara el Che Guevara, su «maquis revolucionario» entre Fizi y Baraka se parecía más a la aldea gala de Astérix y Obélix: independiente, sí, pero sobre todo inofensiva.

El Congo estaba pacificado y a partir de 1968 Mobutu empezó a restablecer la autoridad civil^[21]. Comenzó a mostrarse en público sin el uniforme del ejército. Por primera vez llevaba los accesorios que se convertirían en su marca de fábrica: en la cabeza, la típica gorra de leopardo; en la mano, un bastón de ébano tallado. Los atributos tradicionales del jefe.

Fue en aquel contexto cuando Pierre Mulele pensó que podía regresar a casa sin ningún riesgo. Tras la revuelta campesina que había protagonizado en 1964 en Kwilu, había huido a Brazzaville; pero en 1968 Mobutu le concedió la amnistía. Justin Bomboko, ministro de Asuntos Exteriores e íntimo del grupo Binza, le aseguró que sería recibido como un hermano. En septiembre de aquel año, Mulele cruzó el río y en la otra orilla organizaron una festiva recepción en su honor. Le invitaron a alojarse en casa de Bomboko. Tres días más tarde los militares fueron a buscarlo para un gran acto en el estadio de fútbol. El defensor de la libertad, ferviente y voluntarioso, tendría la oportunidad de dirigirse al pueblo. Sin embargo, en contra de lo prometido los soldados se lo llevaron a un campamento del ejército, donde aquella misma noche fue sometido a espantosas torturas. Le cortaron las orejas y la nariz. Le hundieron los globos oculares y le arrancaron los genitales. Aún con vida, le amputaron los brazos y las piernas. Unas horas más tarde, lanzaron un saco con sus restos al río^[22].

Kasavubu, Tshombe, Kimba, Gbenye, Soumialot, Mulele: en unos cuantos años los viejos rivales de Mobutu habían desaparecido uno tras otro de la escena. Aun así, para consolidar su frágil poder, Mobutu tenía que evitar también que aparecieran nuevos aspirantes. Por ello se aseguró de que, a partir de 1967, la nueva Constitución estableciera firmemente su omnipotencia. «El pueblo congoleño y yo —dijo en una ocasión ante el Parlamento—, somos la misma persona.»^[23]

De todos modos, no tardarían en llegar días amargos. Justo fuera de la capital, en una colina verde y sombreada, se encontraba la universidad de Lovanium. Mientras Mobutu instalaba su autocracia, el movimiento estudiantil siguió minando su poder con increíble valor. Las revueltas estudiantiles de mayo de 1968 en París, Lovaina o Ámsterdam, tan cruciales para Europa, parecían un juego de niños comparadas con el esfuerzo y la intensidad del movimiento estudiantil congoleño. Mobutu había conseguido silenciar todos los levantamientos contrarios a él. Los sindicatos habían sido maniatados y amordazados, la Iglesia permanecía quieta. Solo los estudiantes se atrevían a moverse^[24].

En abril de 1967, Mobutu fundó con sus colaboradores el Mouvement Populaire de la Révolution (MPR) y el 20 de mayo redactaban el texto fundamental. Se suponía que el MPR era un movimiento popular, pero en realidad se trataba solo del partido político de Mobutu. Sus reuniones se celebraban fuera de la capital, en la localidad de Nsele. Este poblado a orillas del río se transformaría en pocos años en un gran centro de conferencias equipado con modernos alojamientos para invitados e imponentes salas de reuniones. Se convirtió en el santuario del mobutismo. El texto del 20 de mayo se divulgó como un documento titulado Manifiesto de la Nsele, que con el paso del tiempo todo el mundo acabaría conociendo. A semejanza del *Libro rojo* de Mao, se publicó en forma de librito verde y se distribuyó a gran escala como el catecismo del nuevo régimen. Según el texto cada uno de los habitantes del Congo era, en adelante, miembro del MPR. *Olinga olinga te, ozali na kati ya mpr*, suspiraban ellos. «Te guste o no, formas parte de él.»^[25]

En un principio, Mobutu parecía dispuesto a dejar un lugar para un partido de la oposición, pero no tardó en abandonar esa idea. Al igual que muchos otros países africanos, poco después de la independencia el Congo se convirtió en un Estado de partido único. La brusca transición de una Administración colonial monolítica a un sistema democrático multipartidista se había realizado sin etapas intermedias, y precisamente por eso había fracasado. El MPR quería volver a unir a la población. «Más que la lucha de clases, la unión de todos garantiza el progreso», decía el manifiesto^[26]. El pueblo entero debía entusiasmarse con la reconstrucción del país. El MPR recién creado estaba formado por un cuerpo de voluntarios integrado por jóvenes mobutistas, pero el partido no tardó en acaparar muchísimo poder: se convirtió en la más alta institución del país, tanto que incluso se desdibujó la diferencia entre Estado y partido. «El MPR es la denominación del Estado», decía el ideólogo personal de Mobutu sin ambages^[27]. Arriba se encontraba el presidente con su gabinete, el muy poderoso Bureau du Président. Por debajo estaban el congreso del MPR y el buró político, seguidos por un consejo legislativo, ejecutivo y jurídico. Todos los nombres cambiaron. Un ministro pasó a llamarse comisario de Estado, un gobernador era un comisario de región y un diputado se convirtió en un comisario popular. Todos los ciudadanos eran miembros, no se salvaban ni los antepasados ni los embriones.

Aquello no gustaba nada a los estudiantes. Pensaban, con razón, que de esta manera Mobutu sofocaba cualquier movimiento político, lo que suponía un retroceso: durante la época colonial todo había sido también pura burocracia, un Moloch administrativo que se dedicaba a elaborar estadísticas e informes, pero que no permitía la participación del pueblo. Al principio los círculos universitarios parecían eufóricos con el golpe de Estado, pero el entusiasmo se evaporó pronto. El principal movimiento estudiantil eligió sin apenas dudarlo la carta antiimperialista. Lumumba pasó a ser su héroe; Mobutu, su enemigo. En enero de 1968 los estudiantes interpretaron el gesto del vicepresidente estadounidense Hubert Humphrey de colocar una corona de flores en el monumento a Lumumba durante su visita al país como una provocación. El resultado fue una manifestación durante la cual se realizaron numerosos arrestos.

Entre los años 1968 y 1969 se sucedieron las escaramuzas entre estudiantes y el nuevo régimen. Aquellos exigían una mayor participación, una menor injerencia del MPR y una concesión de becas más justa. A principios de junio de 1969 planearon una gran manifestación, pero Mobutu envió el ejército al campus. Durante días, Lovanium estuvo cerrada al mundo exterior. No obstante, algunos cientos de estudiantes consiguieron burlar la vigilancia y llegar al centro de la ciudad en autobús. Allí se produjeron violentos enfrentamientos con el ejército. Los militares dispararon gas lacrimógeno, pero los estudiantes se taparon la boca con pañuelos y les volvieron a lanzar las granadas. Un número cada vez más elevado de civiles se unió a ellos. El ejército abrió fuego. Según cifras oficiales, cayeron seis muertos y doce heridos; según los estudiantes, fueron cincuenta muertos y ochocientos detenidos. ¿El MPR? *Mourir Pour Rien*^[e67], gritaban los estudiantes, indignados. Mobutu decidió arrancar de cuajo el movimiento estudiantil. Cada campus debía tener una sección juvenil del MPR, el *Manifeste de la Nsele* se convirtió en materia de estudio obligatoria y se ordenó a todo el mundo volver a sus libros. Se había acabado la resistencia. Los líderes de la revuelta estudiantil fueron condenados a duras penas de prisión, hasta veinte años de reclusión. Ahora también se había silenciado aquella voz crítica.

Ahorcamientos, torturas, masacres. Los primeros cinco años de Mobutu como presidente son un macabro catálogo, pero se trata solo de una parte de la historia. Muchos viejos en el Congo recuerdan hoy con cierta nostalgia aquel periodo. «Había orden —replicó Zizi Kabongo cuando le expresé mi sorpresa—. Los militares volvían a estar en sus cuarteles. En las tiendas no faltaba de nada, los precios bajaban, la industria iba viento en popa. Para mí también empezó entonces el periodo más próspero de mi vida.»

Por primera vez desde la independencia se realizaban grandes obras de infraestructura. Mobutu empezó con la construcción de una primera presa en el río

Congo: la central hidráulica de Inga, capaz de generar de 351 megavatios. Los nuevos barrios de Kinsasa tenían agua potable y electricidad. Se estableció la red de alcantarillado. El hospital central de la ciudad tenía mil quinientas camas y recibía a diario a cuatro mil pacientes. Se realizaban diez mil operaciones al año y se lavaban mil seiscientos kilos de ropa al día^[28].

Mobutu no era un demócrata, pero cambió el curso del país. Toda persona sana debía dedicar algunas horas del sábado por la tarde a realizar labores no remuneradas para el Estado, un impuesto en forma de trabajo como en la época colonial. Ahora se llamaba salongo. Tenían que arrancar malas hierbas, contribuir al mantenimiento de los carriles de bicicletas y barrer las calles. Además se alentaba a todos a cultivar un huerto, pues había que aumentar la producción agrícola. Incluso los generales del ejército ayudaban a arrancar hojas de mandioca. El lema era trabajar, trabajar y trabajar. El propio Mobutu daba ejemplo. Todas las mañanas se levantaba a las cinco. Leía una pila de periódicos, desayunaba con diplomáticos, estaba continuamente reunido y hacía jornadas de dieciocho horas e incluso más. En 1969, con apenas treinta y nueve años, sufrió un leve ataque al corazón. «¿Y cómo dirigirías tú a este jodido país?», le preguntó a su médico particular^[29].

Mobutu no se había convertido aún en el personaje orondo que llegaría a ser. Después de la calamidad de la Primera República volvió a colocar al Congo en el mapa. Se encargó de darle prestigio y aliento. ¿Que los estadounidenses llegaban a la luna? Pues él invitaba a la tripulación del *Apolo 11*, con lo cual el Congo era el único país de África en recibir a los astronautas^[30]. ¿Que los europeos organizaban un concurso de Miss Europa? Pues él convencía a la organización para que celebraran la final en Kinsasa y le dieran un toque indígena. La ganadora fue una encantadora rubia de Finlandia, incluso en la categoría «traje africano». ¿No tenían fama las mujeres congoleñas de ser las más guapas del continente? Él apoyó a *Maître* Taureau para que organizara el primer concurso nacional de Miss Congo. «La ganadora fue Elisabeth Tabares de Katanga. Tenía unos talones bonitos y no tenía los dedos de los pies cortos.»^[31]

En definitiva, Mobutu hacía realidad las promesas que la independencia había contraído, pero no había podido cumplir.

Y no solo proporcionaba circo al pueblo, también pan. En enero de 1967 un alegre cortejo fúnebre atravesó las calles de Kinsasa. Mobutu estaba presente, unos jóvenes de su cuerpo de voluntarios sostenían un crucifijo del que colgaba un casco colonial. La inscripción decía: «*Requiescat In Pace*, UMHK, nacida en 1906 y fallecida el 31 de diciembre de 1966». ¡Era el entierro de la Union Minière du Haut-Katanga! El gran ataúd estaba hecho a medida de Louis Waleff, el antiguo presidente del consejo de administración. Para no molestar a los antepasados, los restos «mortales» del gigante minero fueron lanzados al *fleuve*^[32].

Sin embargo, aquella procesión juvenil aludía a un asunto muy importante. Mobutu manifestaba su malestar con respecto a la manera en que Tshombe había

negociado a la baja la famosa cartera de acciones con Bélgica. Por supuesto, también desempeñaba un papel importante la humillación que había sufrido Mobutu en 1960 durante la conferencia de la mesa redonda sobre economía. Afirmaba que, aunque el Congo era políticamente independiente, no lo era desde el punto de vista económico. Las cifras le daban la razón. En Katanga solo el 5 por ciento de los trabajadores eran extranjeros, pero se iban a casa con el 53 por ciento del importe de los sueldos^[33]. El dinero que pagaban por una botella de buen *whisky* equivalía al salario mensual de un minero. Por ello, en 1967 Mobutu decidió nacionalizar la Union Minière, algo que desagradó sobremanera a la Générale en Bruselas. La empresa fue rebautizada con el nombre de Gécomin (la Générale Congolaise des Mines), más adelante conocida como la Gécamines (la Générale des Carrières et des Mines). Los beneficios de la explotación de cobre irían a engrosar directamente las arcas del Estado. Y esos beneficios no eran moco de pavo. La guerra de Vietnam había disparado el precio mundial del cobre. La economía congoleña seguía dependiendo de las guerras en otros lugares del mundo: así fue en las dos guerras mundiales y durante la guerra de Corea, pero la guerra de Vietnam trajo consigo más dinero.

Para consolidar su nuevo régimen económico, Mobutu también cambió la moneda. Durante la independencia un franco congoleño equivalía a un franco belga; en 1967 solo valía diez céntimos de franco belga^[34]. Mobutu lanzó el zaire como nueva unidad monetaria: un zaire reemplazaba a mil viejos francos congoleños y equivalía a cien francos belgas y dos dólares estadounidenses. El primer billete de banco mostraba a Mobutu con algunos honorables en mangas de camisa y remangándose. El lema era, en efecto: *Retroussons les manches!*, ¡Manos a la obra! Para muchos, aquellos fueron años dorados. En Lubumbashi entrevisté a Paul Kasenge, antiguo trabajador en la Gécamines. «No teníamos nada de lo que quejarnos. Con veintiséis años, y después de estudiar ciencias económicas, pasé a ser miembro del cuadro dirigente. Fui uno de los primeros negros que lo logró. Los directivos extranjeros se fueron, los congoleños ocuparon sus puestos. Nos pagaban bien. El precio del cobre era alto. Teníamos casa con jardín. Había escuelas y hospitales para nuestros hijos. Incluso nos daban crédito para comprar un coche, que pagábamos a plazos.»^[35] Antes, conseguir una bicicleta era lo máximo a lo que se podía aspirar, ahora era un coche.

A otros el MPR les brindó nuevas oportunidades. André Kitadi, el prudente militar que durante la Segunda Guerra Mundial había cruzado el desierto y que después de la guerra se había hecho pasar por estadounidense en los restaurantes, me contó: «Por medio del MPR me convertí en concejal de Ngaliema. Por primera vez tuve acceso a un cargo superior. Algo que había esperado durante mucho tiempo». La gente no se quejaba. En 1970, Mobutu salió reelegido por un segundo mandato con 10 131 669 votos a favor y solo 157 en contra: todos del mismo colegio electoral, el del barrio de estudiantes de Kinsasa. También resulta llamativo que hubiera más votos favorables que votantes, pese a que no había obligación de votar^[36]... Mucho

más tarde, André Kitadi cambió de opinión sobre Mobutu: «La dictadura nos trajo la caída, pero eso entonces aún no lo sabíamos»^[37].

Septiembre de 1974. Zizi Kabongo se preparaba para ir a casa a ver el combate de boxeo. Durante los primeros cinco años, Mobutu consolidó su poder y durante los cinco años siguientes reinó con generosidad. El *summum* de su amabilidad llegó con el encuentro entre Mohammed Ali y George Foreman, un combate por el título de campeón del mundo de los pesos pesados. El encuentro pasaría a la historia como *the rumble in the jungle*^[e68] y en el propio Congo se hablaba de *le combat du siècle*. Se convirtió, en efecto, en uno de los mayores eventos deportivos del siglo xx. Ali había perdido su título mundial a raíz de su negativa a ir a la guerra de Vietnam (*They never called me nigger*^[e69]), y después de una suspensión de tres años y medio, empezó a pensar en la revancha. Foreman, con solo veinticinco años, tenía siete menos que Ali, era campeón olímpico, campeón del mundo, invencible. ¿Acaso no había tumbado a Joe Frazier, la leyenda del boxeo, seis veces en dos asaltos? Sin embargo, Ali estaba decidido a recuperar el título.

El promotor de boxeo Don King pedía diez millones de dólares para los boxeadores, un importe demencial desde cualquier punto de vista. Nadie estaba dispuesto a desembolsar una suma tan astronómica por una pelea que como mucho iba a durar doce veces tres minutos. Nadie, salvo Mobutu. La economía zaireña tenía a sus espaldas seis años de crecimiento ininterrumpido, había llegado la hora de montar una fiesta. Ali estaba eufórico con la decisión, pero quizá no era consciente de que el dinero que Mobutu debía pagarles provenía de manera indirecta de la guerra de Vietnam. Para él, el combate en Kinsasa constituía su gran oportunidad de revancha; para Mobutu, una gran oportunidad para promocionar a su país.

No era de extrañar que el *président-fondateur* del MPR eligiera el boxeo. Desde siempre este deporte había formado parte de la lucha de los negros por la emancipación. Los puños hacían posible lo que las leyes prohibían: el triunfo del negro. En 1910 el estadounidense Jack Johnson se convirtió en el primer hombre negro campeón del mundo de los pesos pesados; después de que tumbara a Jim Jeffries, se declararon disturbios raciales en todo Estados Unidos. El senegalés Battling Siki venció en la década de 1920 al francés Georges Carpentier con un *uppercut*, un gancho ascendente: resultaba inconcebible que un súbdito colonial humillara de aquella manera a un superatleta de la metrópoli. En 1938, Joe Louis, campeón del mundo de los pesos pesados, dejó fuera de combate técnico al alemán Max Schmeling. *Heil Louis!*, gritaba la gente en las calles de Harlem aquella noche. El combate de Kinsasa era entre dos púgiles negros, pero, según me dijo Zizi, Ali fue desde el principio el favorito de los zaireños. «El pueblo veía a Ali como el negro bueno. Era muy listo, fue a la *cité*. *Ali, boma ye!*, gritaba la gente: Ali, mávalo.

Foreman era considerado un negro blanco, simplemente un estadounidense, no uno de los nuestros.»

Mohammed Ali y Mobutu: tenían más cosas en común de lo que a primera vista parecía. Les unía su aversión hacia la arrogancia blanca, ambos llevaban su *blackness*, su negrura, como una fuente de orgullo. Ambos habían rechazado su nombre por motivos políticos y religiosos: el cristiano Cassius Clay se había convertido en un ferviente musulmán; el católico Joseph-Désiré había cambiado su nombre según la tradición y ahora se llamaba *Mobutu Sese Seko Nkuku Ngbendu wa Za Banga*, «el poderoso guerrero que, gracias a su resistencia y a su voluntad, va de victoria en victoria dejando tras de sí un rastro de fuego» (o: «El gallo que no deja en paz a ninguna gallina», todo dependía de cómo se tradujera). El púgil estadounidense y el dictador africano eran voces jóvenes y vehementes que desafiaban el dominio del Occidente blanco. Y qué voces: virtuosas, elocuentes, divertidas y afiladas. También se podía boxear con las palabras. El francés que Mobutu utilizaba con tanta destreza se encontraba a la altura del torrente de palabras de Ali en inglés. Poco después de las ejecuciones, Mobutu declaraba con cara de póquer a dos periodistas belgas: «Nosotros, los bantúes, podemos aplicar la democracia, pero no según la letra, como hacen ustedes». A un adulator le soltó en una ocasión: «No le he hecho venir por su voz angelical, ni por su mensaje evangélico. Hable libremente. ¿Cuál es su problema?». Sin embargo, a alguien que se atrevió a hablar libremente le espetó:

—¿Así que dice que se siente un poco atrapado en el juego del gato y el ratón?

—Sí, así es.

—Y dígame: ¿quién es el ratón?

—¡Nosotros, *papa!*

—¿Y quién es el gato?

—Eh... también nosotros.

—Bien, entonces, ¿cuál es su problema?

Ali enriquecía el inglés con frases como: *I am so bad, I make medicine sick*^[e70] y *My toughest fight was with my first wife*^[e71]. Durante su estancia en Kinsasa se sacó de la manga la inmortal frase de: *I've seen George Foreman shadow-boxing and the shadow won*^[e72].

Esta última afirmación resultó contener una parte de verdad. Mientras se entrenaba con otro boxeador, Foreman se había partido una ceja y hubo que aplazar el encuentro cinco semanas. Zizi Kabongo pudo quedarse un poco más en París. Entretanto, se puso en marcha la parte cultural de *the rumble in the jungle*. Mobutu había reunido en Kinsasa a los más grandes músicos negros del mundo. De Latinoamérica llegaron Celia Cruz y Johnny Pacheco; de Estados Unidos, B. B. King, The Pointer Sisters, Sister Sledge y James Brown. El saxofonista camerunés Manu Dibango y la cantante sudafricana Miriam Makeba compartían el podio con las más grandes estrellas de la música zaireña. Allí estaba el viejo Wendo Kolosoyi, padre de la rumba, junto a Franco y su OK Jazz. También actuó Tabu Ley, el hombre

que antes se llamaba Rochereau, y la joven generación estaba representada por la banda de *soukous* con ritmos de *funk* Zaiko Langa Langa, el influyente grupo de la década de 1970. El festival que se celebró en Kinsasa durante tres días fue una potente expresión de orgullo africano intercontinental^[38], una especie de Woodstock negro. Mobutu volvió a juntar lo que el tráfico de esclavos había dispersado.

Al final Zizi pudo partir. Aprovechó la ocasión para visitar a su padre en Kasai, puesto que le había comprado un molinillo de harina en Europa. Su padre, que antes era empleado del ferrocarril de la BCK, se había convertido en campesino a tiempo parcial en el marco de la política agrícola de Mobutu. Un molinillo eléctrico facilitaba muchísimo el trabajo de moler mandioca.

Cuando fui a verlo, mi padre estaba muy afectado. Mobutu acababa de contar que los artistas americanos eran descendientes de esclavos y que aquellos esclavos no habían sido vendidos por blancos, sino por jefes de poblado indígenas. Me dijo:

—¡Mobutu afirma que los negros vendieron a nuestros hermanos a los blancos!

—Es cierto, *papa*.

—Pero ¡eso es increíble!

Estaba realmente conmocionado. Sospecho que Mobutu propagaba aquellas ideas de forma deliberada. Conseguida así romper el poder de los jefes locales.

Mobutu hacía todo lo posible para luchar contra los reflejos tribales. Según él, una nación fuerte no era compatible con la lógica tribal. Se hacía ineludible ofrecer un nuevo marco de referencia a la joven generación. La selección nacional de fútbol debía incluir a jugadores de todo el país. En las elecciones de Miss Zaire participaban muchachas de todas las provincias. El ejército debía admitir a todos: hasta los pigmeos podían ser reclutas^[39]. Para levantar el sentimiento zaireño, Mobutu reformó la enseñanza superior. Las tres universidades del país se fundieron en una gran universidad nacional con tres campus. En Kinsasa estaban las facultades de Derecho, Economía, Medicina, Ciencias Naturales y la Politécnica. En Kisangani se podía estudiar psicología, pedagogía o agronomía; en Lubumbashi, más cerca de las minas, Ciencias de la Tierra. Allí, lejos de la capital, se podían estudiar las corrientes «peligrosas» como Ciencias Sociales o Filosofía y Letras^[40]. Aquella reforma debilitó el movimiento estudiantil y obligó a estudiantes de diferentes tribus a mezclarse. El ejemplo más llamativo lo descubrí al atardecer en un patio de Bukavu. Me habían invitado a casa de Adolphine Ngoy y su familia. Su hija estaba preparando la cena en un fuego de carbón. Adolphine era oriunda de Moanda, una localidad costera del océano Atlántico. ¿Cómo era posible que hubiese acabado dos mil kilómetros más al este junto a la frontera con Ruanda? «Dodo y yo nos conocimos en la universidad de Kinsasa. Él estaba en la Politécnica y yo estudiaba Lingüística. Él era un mushi de Bukavu y yo una mukongo de Moanda. Al ser el primogénito de la familia, tenía que casarse con una mujer de su tribu, pero me eligió a mí. Me mudé aquí. Hubo muchas protestas por parte de su familia. Tuvieron que pasar varios años para que la familia y los vecinos me aceptaran.»^[41]

Del mismo modo que el programa Erasmus tiene por objeto inculcar el amor por Europa entre los jóvenes, si es preciso en forma de un novio o de una novia en el extranjero, la reforma educativa de Mobutu debía crear una mayor conciencia zaireña. A Mobutu le gustaba rodearse de zaireños jóvenes y entusiastas, totalmente entregados a su proyecto nacional. Las dos personas más influyentes de su entorno eran el *citoyen* Sakombi Inongo y el *citoyen* Bisengimana Rwema.

En abril de 2008 navegué de Goma a Bukavu por el precioso lago Kivu, que constituye la frontera entre Ruanda y el Congo. A bordo, me presentaron a un joven reservado y muy distinguido, el tipo de caballero que nunca se sentaría en la ventosa cubierta de popa de un barco de pasajeros, sino que siempre preferiría quedarse en la cabina hablando por teléfono. Era hijo de Bisengimana, que durante años fue el número dos del Zaire. «Mi padre empezó a trabajar para Mobutu en 1966, pero en 1969 fue ascendido a director del Bureau du Président de la République. Mobutu tenía mucha confianza en él. Mi padre incluso podía contradecirle. Lo llamaban *le petit léopard*. Siempre llevaba una gorra de piel de leopardo. Ocupó el puesto de jefe de gabinete hasta 1977, cuando se pelearon. Después de la marcha de mi padre, nadie volvió a ocupar un cargo con tanto poder con Mobutu.»^[42]

Lo más excepcional de aquel nombramiento se encontraba, no obstante, al otro lado del ojo de buey. El barco surcaba el agua y a babor aparecían los contornos de la isla de Idjwi, un poco más allá se hallaba Ruanda. Bertrand Bisengimana había nacido en esa isla, ahora se dirigía a casa. La isla de Idjwi había sido territorio alemán, pero ya antes de la Primera Guerra Mundial pasó a manos belgas. La población se componía sobre todo de tutsis procedentes de Ruanda. Como él y como su padre. Los tutsis eran una minoría étnica que desde hacía siglos formaba la élite social y política del reino ruandés, una posición que debían a la ganadería. Las vacas eran para los tutsis lo que la hulla para los barones de la industria: todo. Ya en el siglo XIX los ganaderos tutsis habían huido de la superpoblada Ruanda para establecerse al otro lado del lago. Ocuparon los altiplanos de Kivu del Sur, la zona de los volcanes de Kivu del Norte y la isla de Idjwi. Para los congoleños los tutsis eran «diferentes» en todos los sentidos. Tenían un aspecto diferente y hablaban un idioma diferente. Su kinyaruanda era una lengua bantú muy particular, que solo se hablaba en Ruanda y en el sur de Uganda, y que estaba emparentada con la lengua de Burundi. El arquetipo de tutsi era alto o incluso muy alto (algunos podían medir hasta 1,95 metros de estatura), con nariz afilada, frente alta y labios delgados. Por supuesto, se trataba de un tópico, pero era tan cierto como los que circulan sobre irlandeses, italianos y suecos. Según ese mismo tópico, en el Zaire los tutsis tenían fama de ser un pueblo arrogante y sin sentido del humor, pero Mobutu eligió a uno de ellos para ser su jefe de gabinete^[43]. «Al principio, Mobutu no quería dar un trato preferencial a su propia tribu —me dijo Bertrand—, de lo contrario, mi padre, como tutsi de Idjwi, nunca podría haberse convertido en número dos del régimen.» Por supuesto, a Mobutu también le convenía que su más directo colaborador procediera de una

pequeña tribu de migrantes que no suponía una amenaza para él... Entonces no podía saber que en 1997 sería destronado por tutsis ruandeses.

Mobutu había dado al pueblo una mayor prosperidad y ahora tenía que concederle también un sueño. Lo consiguió con el nacionalismo zaireño. Y su arquitecto fue Dominique Sakombi o, mejor dicho, Sakombi Inongo, como había que llamarlo entonces^[44]. Sakombi era un joven de gran inteligencia, muy elocuente y más mobutista que el propio Mobutu. En otoño de 2008 hablé con él por teléfono: su voz se había vuelto tan fina como un papel de fumar y no se parecía en nada al atronador bombardeo de antaño. Me dijo que estaba gravemente enfermo y que apenas tenía fuerzas para entrevistarse conmigo.

Lo que consiguió Sakombi a principios de la década de 1960 fue verdaderamente ingenioso: no abolió el tribalismo, sino que lo encumbró hasta convertirlo en una cuestión de Estado. El zaireño podía seguir queriendo a su tribu, siempre que esta se llamara «Zaire». «Para nosotros el poblado ancestral se extiende hasta las fronteras del territorio nacional.»^[45] El objetivo consistía en lograr que el arbitrario territorio trazado por los políticos europeos del siglo XIX pareciera algo natural. Más que un jefe de Estado, Mobutu se convirtió en el jefe del poblado nacional, en el jefe supremo de lujo. Y los ciudadanos pasaron a ser sus aldeanos, sus hijos.

Sakombi era comisario de Estado de Información. Su departamento contaba con mil cuatrocientos empleados y después del Ministerio de Defensa, no había otro que recibiera más dinero. Mobutu sabía cuáles eran sus prioridades: en su vida anterior había sido soldado y periodista. Si en un principio su dictadura se asentaba en la fuerza del ejército, a partir de 1970 se apoyó en el uso de la propaganda.

Sakombi diseñó una política cultural a gran escala que fue vendida a la población con el eslogan de *Recours à l'authenticité!*. El cambio de denominación del país, de las ciudades y de los nombres propios formaba parte de ese «recurso a la autenticidad», pero no se limitaba a eso. El regreso a la autenticidad —la vuelta a los orígenes— abarcaba casi todos los aspectos de la vida cotidiana. Por las mañanas, cuando se levantaba, el zaireño sabía cómo debía vestirse. Tenía prohibido llevar ropa occidental. Los hombres ya no podían ponerse traje y corbata, sino que debían llevar un abacost: un atuendo inspirado en el traje Mao, con cuello bajo y fular. (La palabra *abacost* era otro neologismo mobutista: procedía de *à bas le costume*, abajo el traje. También la lengua cambiaba.) Las mujeres no podían llevar minifalda, sino solo el *pagne* tradicional, un elegante atuendo de tres piezas: vestido, blusa y pañuelo. Solo se permitía el cabello natural y quedaba prohibido llevar extensiones o alisarse el pelo. Tampoco se podían utilizar productos para blanquear la piel. El zaireño auténtico era lo contrario del *évolué*, una persona que ya no aspiraba convertirse en algo que de todas formas nunca sería, sino que sacaba fuerzas de su propia identidad, de su propia cultura y de sus propias tradiciones.

Si ese zaireño vivía en la ciudad, de camino al trabajo veía por todos lados nuevas esculturas monumentales. Se habían retirado las estatuas de Stanley, Leopoldo II y Alberto I. Tal como declaró Sakombi lacónicamente: «Que yo sepa, tampoco hay ninguna estatua de Lumumba en el centro de Bruselas»^[46]. En las plazas y delante de los edificios gubernamentales aparecieron estilizadas estatuas de hormigón, que alzaban los brazos al cielo o que cargaban con cestas. Solo en Kinsasa trabajaban doscientos escultores^[47]. Su estilo era a menudo llamativamente moderno (había muchísimas referencias a Zadkine, Picasso y Brancusi), pero eso estaba permitido, pues a su vez aquellos europeos se habían visto fuertemente influenciados por el arte africano. La política de autenticidad no era un ejercicio de nostalgia, sino una compleja mezcla de tradición y modernidad. Sakombi dijo al respecto: «Reaccionamos como lo habrían hecho nuestros ancestros, si la evolución de su cultura no se hubiese visto interrumpida por la aculturación colonial»^[48]. Para él no se trataba de un *retour à l'authenticité*, sino de un *recours* (recurso). Del antiguo lenguaje de las formas debía emerger un nuevo arte. Por ello, Mobutu mandó reunir tesoros artísticos de todo el país. Decenas de miles de máscaras y de fetiches fueron a parar a los museos nacionales, al igual que sucedió en la época colonial, cuando todo tipo de objetos etnográficos acabaron en Tervuren^[49]. El *ballet* nacional debía ir a estudiar danzas tradicionales al interior del país con el fin de reinterpretarlas después. Se fundó un teatro nacional y se convocó un premio nacional de literatura^[50].

De día, cuando escuchaba la radio, el zaireño oía siempre música zaireña. La música occidental estaba prohibida. Mobutu se mostraba como el gran promotor de la música popular. Franco se puso al frente de un nuevo organismo gubernamental que debía apoyar a la industria musical. ¿No había posado, radiante de alegría, junto a Mobutu en su fiesta de cumpleaños justo antes del golpe de Estado? Tabu Ley se fue de gira por el país. Con el apoyo de Mobutu se convirtió incluso en el primer negro en actuar en la sala Olympia de París. El doctor Nico experimentó con la percusión tradicional. Franco sacó de debajo del polvo al viejo acordeonista Camille Feruzi. *Recours à l'authenticité*, se le oía cantar. La industria musical de Kinsasa vivía sus años más alocados. Los discos se grababan a las cinco de la tarde y ya estaban en las tiendas a las nueve de la mañana. La ciudad se había convertido en un hervidero de artistas. En el barrio de Matonge, el corazón palpitante de la vida nocturna, la plaza central, llamada Rond-Point Victoire, fue rebautizada como Place des Artistes. Allí se instaló una gran estatua en honor de los pioneros de la música congoleña o, mejor dicho, zaireña.

Por la noche, cuando volvía a casa del trabajo, el zaireño comía en su cocina auténtica. *Pundu, fufu, makayabu*: pan de mandioca, orugas, pescado salado, todo sazonado con la madre de todas las pimientos: el *piri-piri*. Antes de beberse la cerveza o el vino de palma, derramaba un poquito en el suelo. Era una libación para los antepasados, también formaba parte del ritual. Si después de una deliciosa cena encendía el televisor, veía imágenes de la *animation politique*, grandes grupos de

personas dispuestas geométricamente y vestidas con el mismo atuendo (normalmente una tela verde adornada con la bandera nacional) que alababan los méritos del MPR con canciones y bailes. Un día tras otro cantaban las bondades del ilustre líder. Y aquello se prolongaba durante seis horas al día (en ocasiones, hasta doce^[51]). A las seis de la tarde empezaba el programa estelar de la televisión estatal: el telediario. Abría con una de las pequeñas ideas de Sakombi. En un cielo de nubes aparecía el rostro del presidente, que se hacía más y más grande, de tal forma que parecía que Mobutu entrara en el salón desde la bóveda celeste. Los niños creían que era Dios padre. «Se mostraban todas las actividades del presidente y su esposa —me contó Zizi— y también las de los miembros del buró político y las del comité central. Se convirtió en un auténtico culto a la persona. Sakombi llamaba a Mobutu “el faraón de África”. Ese tipo de historias.»

Ni siquiera por la noche, cuando se metía en la cama, se libraba el zaireño de la propaganda del Estado, pues Mobutu había hecho un llamamiento a su pueblo para que procreara con ganas: la revolución necesitaba muchas manos. Incluso en los momentos más íntimos de la vida privada se oía la llamada del líder supremo. Circulaba un chiste según el cual durante el juego amoroso él nunca gritaba *Ça va jaillir!* (¡Voy a correrme!), sino *Ça va zaire!*... Del mismo modo que las misiones dictaban lo que consideraban un «buen» cuerpo colonial (usar jabón, cubrir la desnudez, ser monógamo), la dictadura penetraba en la intimidad de la vida personal y la sometía a un régimen nuevo que lo abarcaba todo. Nadie se libraba. Tener un orgasmo era servir a la nación.

Y funcionó. El zaireño empezó a sentirse como tal. Con ayuda de Sakombi, Mobutu consiguió en unos años lo que la Unión Europea sigue sin lograr después de más de medio siglo: la gente empezó a sentirse parte de un conjunto más grande. Los británicos y los franceses no quieren ser europeos, pero los bakongo y los baluba estaban orgullosos de ser zaireños.

¿Acaso no había resistencia? Por supuesto que sí, pero discreta. Zizi: «No poder llevar corbata era un rollo. En Katanga a veces se veía a alguien por la calle con traje y *cravate*. La policía lo abordaba de inmediato: “¿A qué viene ese atuendo colonial? ¿Es que eres extranjero?” *Yes, from Zambia*, les contestaba entonces. ¡Había que andarse con cuidado, pues te podían matar!». Mientras que en Europa la corbata se convertía en el emblema de la burguesía y de la opresión, en el Congo pasó a ser una forma de resistencia y de ansia de libertad. «Algunos se paseaban por su casa con corbata.»

También el cambio de nombre obligatorio provocó soterradas protestas. «Mi padre me envió una lista con nueve nombres de nuestros antepasados entre los que podía elegir mi *postnom*; pero un compañero mío se llamaba Gérard Ekwalinga. Era un gran periodista deportivo y muy creyente, y, por tanto, muy aferrado a su nombre

cristiano. Para manifestar su descontento se puso el nombre de Ekwalinga Abomasoda. Ese *postnom* no pertenecía en absoluto a ningún ancestro. En lingala significaba: ¡“El que mata a soldados”! Por su parte, Oscar Kisema optó por llamarse Kisema Kinzundi. En lingala suena como un nombre normal, pero, en suajili, significaba la “gran vagina”.»

La prohibición de llevar nombres cristianos supuso un duro golpe para la Iglesia. «Mobutu quería romper con la Iglesia —me dijo Zizi—, quería cambiar los santos por los ancestros.» Al principio la Iglesia se mostró leal al nuevo régimen. A fin de cuentas, un mes después del golpe de Estado el cardenal Malula había declarado solemnemente: «Señor presidente, la Iglesia reconoce su autoridad, pues la autoridad procede de Dios. Aplicaremos fielmente las leyes que considere usted oportuno promulgar»^[52]. Sin embargo, seis años más tarde, el 12 de enero de 1972, el propio Malula pronunció un sermón contra el régimen. Mobutu estaba furioso. Le retiró de inmediato a Malula la *Ordre du Léopard*, lo desterró del país y prohibió a los cristianos que rezaran por su arzobispo. De nada sirvió. La Iglesia sería durante mucho tiempo el más duro crítico del régimen. Los obispos sabían que contaban con el apoyo de su red internacional y además controlaban la enseñanza. Los estados suelen tener dos maneras de moldear a sus ciudadanos: con la enseñanza y con los medios de comunicación. Mobutu solo tenía los medios de comunicación. Por ello hizo todo lo posible para limitar el poder de la Iglesia (las escuelas de las misiones debían tener un director nativo, los crucifijos fueron quemados, los seminaristas debían afiliarse a la sección juvenil del MPR, los movimientos cristianos fueron prohibidos, el día de Navidad pasó a ser laborable y llegó un momento en que incluso todas las reuniones religiosas, salvo la misa y la confesión, eran tabú). Y al ver que todas estas medidas no daban resultado, empezó a ofrecer a los obispos altos cargos en la Administración o a regalarles *jeeps* y limusinas.

La política cultural de Mobutu no estipulaba de forma expresa lo que el congoleño debía creer, la fe en los ancestros no se asociaba con una teología nacional definida, pero el kimbanguismo, la religión que tanto había sufrido bajo el régimen belga, floreció como nunca antes, puesto que se consideraba la auténtica religión africana. Su propia organización se transformó en una versión en miniatura del Estado: hipercentralista y jerárquica. El líder religioso era venerado con cánticos y danzas, igual que Mobutu. Los perdedores de la época colonial se convertían ahora en los heraldos del mobutismo^[53].

Confiar en la propia identidad: la idea era bonita, pero, por supuesto, no se tenía en pie. ¿Por qué Mobutu ensalzaba la cocina indígena si su plato preferido era *ossobuco alla romana*? ¿Qué tenía de auténtica toda aquella miserable *animation politique* que se había limitado a copiar del líder norcoreano Kim Il-sung? ¿Qué tenía de zaireño aquel famoso *abacost*, que no era más que un traje Mao de color y cuyos mejores

modelos eran de la marca Arzoni, una fábrica textil de Zellik, cerca de Bruselas? ¿Qué tenía de típico el pagne, una tela de batik procedente de Indonesia, recomendada por las monjas para cubrir el pecho, cuyas variantes con colores más habituales —la famosa tela *wax hollandais*— procedían de la fábrica Vlisco de Helmond en Holanda? ¿Por qué era Camille Feruzi un músico auténtico? Tocaba el acordeón —¡santo Dios!— y no cabía la menor duda de que había escuchado mucho a Tino Rossi.

Ese *recours à l'authenticité* ¿no era más bien un mero pretexto? ¿Una atractiva ideología que debía ocultar una realidad más profunda? Sí, eso era. Y esa realidad más profunda señalaba que Mobutu se preocupaba cada vez menos por su pueblo. Estaba tan ocupado en asegurar su posición que olvidaba sus importantes tareas de gobierno. Estaba tan absorto repartiendo coches, cargos, dietas y puestos en embajadas que las arcas del Estado empezaron a vaciarse. Es cierto que se había producido una recuperación económica, pero eso se debía más a la guerra de Vietnam que a una política prudente. La coyuntura era excelente, lo que permitía a Mobutu navegar sin contratiempos; sin embargo, él no la aprovechaba para luchar contra la pobreza. Utilizaba sus abundantes ingresos para mantener intacto su aparato de poder. En esencia debía este último a una forma extrema de clientelismo. Mobutu se encontraba en la cúspide de una pirámide en la que miles de personas comían, directa o indirectamente, de su mano. Él y su séquito estaban unidos entre sí por obligaciones y favores recíprocos. A cambio de estos, sus seguidores le ofrecían la lealtad que él precisaba para permanecer en el poder. Mobutu los necesitaba y ellos necesitaban a Mobutu. Una alianza monstruosa. Mobutu era esclavo de su propia ansia de poder.

De esta manera, en Zaire surgió una verdadera burguesía de Estado, un gran grupo de personas que medraban a costa de este^[54]. En el sentido más literal, el Estado servía de base económica para esta nueva clase media que no se avergonzaba de alardear de su riqueza recién adquirida mediante coches de lujo, mansiones y un ostentoso estilo de vida^[55]. Los que se paseaban en un Jaguar o en un Mercedes recibían el apodo de Onassis. «Y el que tenía un poco de tos cogía el avión para ver a su médico en Bruselas», me aseguró Zizi.

Mientras hubo dinero, ese clientelismo funcionó. La nacionalización de la Union Minière había proporcionado a Mobutu unos recursos inmensos, pero mantenerse en el poder le exigía gastar cada vez más. «Antes prácticamente no tenía familia —se quejó en una ocasión—. ¡Nadie se preocupaba por mí! Sin embargo, desde que soy presidente, casi la mitad de Zaire se ha percatado de que podríamos estar emparentados de uno u otro modo y que eso les da derecho a que los ayude.»^[56] Por supuesto, todo ello iba en detrimento del zaireño de a pie, que no lograba recordar ningún vínculo familiar con el jefe del Estado. A fin de mantener satisfecha a su creciente clientela, Mobutu se veía obligado a encontrar una y otra vez nuevas fuentes de ingresos. Para ello recurría a inversiones extranjeras, acuerdos bilaterales y

préstamos internacionales^[57]. Cuanto más necesitado estaba su país, más se embolsaba él. La pobreza salía a cuenta. Se había convertido en una baza económica.

Sin embargo, no era suficiente. El 30 de noviembre de 1973, Mobutu tomó una decisión drástica. Acababa de regresar de una gira por China, donde había observado cómo funcionaba una economía de Estado. «El peligro es más blanco que amarillo — dijo al volver a casa—, somos un pueblo políticamente libre, que empieza a conseguir su libertad cultural, pero no somos los amos de nuestra economía.»^[58] Mobutu dio paso a la «zairización»: las pequeñas y medianas empresas, las granjas, las plantaciones y los comercios que aún eran propiedad de extranjeros, en conjunto varios miles de empresas, fueron expropiados y regalados a sus partidarios^[59]. De un día para otro los dueños de restaurantes portugueses, los comerciantes griegos, los técnicos de televisores pakistaníes o los cafeteros belgas perdieron los empleos en los que habían trabajado durante años. Al frente de sus empresas se puso a un zaireño cercano al presidente, que normalmente no tenía ni idea de gestión empresarial. En el mejor de los casos dejaba que el anterior propietario siguiera gestionando el negocio y se limitaba a recaudar los beneficios una vez al mes; en el peor, vaciaba de inmediato la caja y vendía las existencias.

Las consecuencias fueron grotescas. Una mujer elegante que nunca salía de la capital podía convertirse de la noche a la mañana en propietaria de una plantación de quinina al otro lado del país. Unos hombres que no sabían cuál era la diferencia entre un toro y una vaca se ponían al frente de una empresa ganadera. Los generales podían dirigir empresas pesqueras y los diplomáticos fábricas de limonada. Sakombi, el comisario de Estado de Información, se convirtió en propietario de toda una serie de quioscos de prensa y de salas de cine, así como de algunos aserraderos. Bisengimana recibió de regalo las plantaciones del Prince de Ligne en la isla de Idjwi, que ocupaban una tercera parte del territorio insular^[60]. Nuestro amigo Jamais Kolonga, un renacuajo en el estanque del presidente, acabó al frente del aserradero de su región de origen. El juerguista de la capital tenía que gestionar de pronto las existencias de madera dura tropical. Algunos fracasaron, otros consiguieron arreglárselas y salir adelante. Franco, la estrella del pop, se convirtió de golpe y porrazo en propietario del imperio discográfico de Willy Pelgrims, un sector con el que estaba familiarizado^[61]. Jeannot Bemba consiguió convertirse, gracias a la zairización, en uno de los hombres de negocios más ricos del país. Fue elegido presidente de la asociación de empresarios e incluso abrió una compañía aérea: Scibe Zaïre. Finalmente, Mobutu se regaló catorce plantaciones repartidas por todo el país. Controlaba una cuarta parte de la producción de cacao y de caucho, tenía veinticinco mil personas trabajando para él y se convirtió en el tercer patrono del Estado. En parte gracias a los ingresos procedentes de las minas, se calcula que llegó ser el séptimo hombre más rico del mundo^[62].

No obstante, Mobutu observó su país y se dio cuenta de que aquello no funcionaba. A finales de 1974 dio paso a la «radicalización». El Estado compró las

empresas en apuros. Así podía seguir generando beneficios y conservar a sus amigos. No había sido una buena idea convertirlos en gerentes de empresas. Sin embargo, aquella reforma económica tampoco salió bien. Mobutu, el gran amigo de Estados Unidos, se encontraba, sin haberlo pedido, con una economía comunista. Por medio de una tercera reforma, la llamada «retrocesión» (pues la retórica era la única rama empresarial que seguía floreciendo en el Zaire), intentó devolver las empresas desmanteladas y saqueadas a sus antiguos propietarios; pero estos ya no tenían ningún interés por ellas^[63].

Las consecuencias sociales resultaron desastrosas. Mobutu era tan buen comunicador como mal economista. El fiasco de la zairización provocó el aumento del desempleo. Los que aún tenían un puesto de trabajo, por ejemplo funcionarios o profesores, ya no llegaban a fin de mes con su salario^[64]. Todo el mundo se buscaba algún otro empleo: de albañil, de chófer o de vendedor de cerveza. Sus esposas intentaban obtener algún dinero extra con el microcomercio. Se pasaban días enteros en el mercado con un montoncito de carbón o con unas cuantas cebollas. Compraban pan en la fábrica y se paseaban con él sobre la cabeza recorriendo la ciudad hasta que lo vendían. Se quedaban en casa con los niños y abrían una pequeña tienda, donde los vecinos podían comprar bolsitas de té, cerillas y jabón. Ofrecían su casa como almacén para poner una cervecería o para fabricar cemento y vendían refrescos o sacos de cemento con un mínimo margen de beneficios. Intentaban llegar a fin de mes. Y, en caso necesario, recurrían a la familia.

En 1974 la situación se tornó insostenible. El final de la guerra de Vietnam provocó una espectacular caída del precio del cobre. Además, en el Zaire también se empezaba a sentir el inicio de la crisis del petróleo. Los precios experimentaron una fuerte subida. Todo el proceso de zairización contribuyó aún más a la inflación, puesto que, debido al surgimiento de una clase de personas muy ricas, los comerciantes aumentaron muchísimo los precios. Sin embargo, para el habitante medio aquello representaba un claro retroceso de su poder adquisitivo. En 1960, para comprar un kilo de pescado de río, un trabajador manual con escasa formación tenía que trabajar un día; a mediados de la década de 1970 ese mismo obrero tenía que trabajar diez días para lograrlo^[65]. Los productos alimentarios se habían vuelto prohibitivos. Una familia se gastaba todo su presupuesto en comida. En el interior, la agricultura estaba desatendida. ¿Por qué iba un campesino a labrar la tierra si de todas formas ya no había carreteras para llevar su cosecha a la ciudad? Debido a ello, Zaire, uno de los países más fértiles del mundo, pasó a depender en gran medida de alimentos caros e importados. En los puertos se desembarcaban latas de puré de tomate, mientras que en las tierras del interior había toneladas de tomates pudriéndose en los rodrigones.

La promesa de recuperación económica de Mobutu había acabado en catástrofe. Un antiguo eslogan del MPR era: «Servir et non se servir»; sin embargo, Mobutu y su

clan se habían servido muy bien. Su popularidad descendió. El pan se acababa. ¿Dónde estaba el circo?

Después de la aventura con la espada de Balduino, Longin Ngwadi regresó a Kikwit. Allí se puso a trabajar de dependiente para una tienda Bata, la cadena internacional de zapatos que también tenía sucursales en África. Un día vio entrar a una hermosa muchacha. Ella miró algunos modelos y luego se fue a comprar pescado. Unos minutos más tarde, Longin cerró para irse a almorzar y siguió a la chica. Ella estaba pagando. En aquella época el pescado aún era asequible. Entonces él le dijo estas inolvidables palabras:

—Le pagaré el pescado si quiere ser mi novia.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Entonces le daré mi dirección.

Por la noche, él fue a verla a su casa. Ella llamó a su padre y a sus tíos. Los miembros de la familia querían ver primero quién era aquel tipo.

—Estoy listo para llevarme a la muchacha —les dijo Longin.

—¿Tienes dinero? —preguntó la familia.

—Sí.

Eso no era del todo cierto, pero su jefe europeo de Bata estaba dispuesto a adelantarle la dote. Lo había hecho otras veces. Longin tendría que devolvérsela poco a poco, en plazos mensuales. Bata tenía un buen nombre, se trataba de una tienda seria. Así pues, el padre y los tíos estuvieron de acuerdo y aceptaron.

Longin trabajó muchos años en Bata. Mientras tanto, su mujer labraba la tierra, pues esa era la tradición: cultivaba maíz, mandioca y cacahuets. La joven pareja no tenía nada de lo que quejarse. En 1969 nació el primero de seis hijos. Unos años más tarde, Longin compró una gran parcela de treinta por cuarenta metros y construyó una amplia casa de adobe, donde lo entrevisté. «Fue el periodo más rico de mi vida.»

Sin embargo, entonces llegó la zairización. «Mi jefe europeo se fue. Un zaireño se hizo cargo de Bata. Se ocupaba de la gestión, pero no lo hacía bien y Bata quebró.» Llegaron tiempos difíciles. Longin iba cada vez más a menudo a rezar sobre la tumba de Kuku Pemba, un lugar peligroso, un lugar místico. Kuku Pemba fue el primer hombre de la región que vio a un blanco. En tiempos de hambruna la gente se volvía hacia lo espiritual. Kuku era considerado un ancestro poderoso, incluso Mobutu lo temía.

En 1974, Longin regresó a la capital por primera vez en muchos años. «Fui a Kinsasa para asistir al combate. Vi que Ali también rezaba. Era musulmán y llevaba una cadena pequeña. Foreman había traído consigo un gran perro, como un europeo. Yo me encontraba en el estadio. El combate se celebró de noche. Foreman era más

fuerte. Ali estaba contra las cuerdas. Durante todo el combate. Foreman estaba hinchado como un cerdo. ¡Fue un encuentro magnífico, magnífico!»

¿Cómo podía uno enfadarse con un presidente que le ofrecía una fiesta tan fantástica?

Para que los espectadores estadounidenses pudieran ver el combate en horario de máxima audiencia, el encuentro se celebró a las cuatro de la madrugada. En la ciudad hacía un calor bochornoso, la temporada de lluvias acababa de empezar. El estadio empezó a llenarse ya por la mañana. «Los niños no tuvieron que ir a la escuela. Las empresas tenían la obligación de dar un día de asueto remunerado a sus empleados. Los bares tenían que servir cerveza a mitad de precio. Incluso regalaban la harina», recordaba Zizi. Los espectadores venían de todas partes, hasta de Angola y de Camerún. Setenta mil personas consiguieron un asiento en el estadio. Varios miles de plazas estaban reservados a los VIP; se trataba sobre todo de aduladores del séquito de Mobutu. Fuera del estadio se había congregado una enorme muchedumbre. Debido a la hora poco usual del encuentro, Mobutu había hecho instalar iluminación en el estadio. Alrededor de la tribuna, cuatro gigantescos matamoscas surgían de la oscuridad. Habían sido equipados con una batería de lámparas deslumbrantes que, gracias a la corriente de la presa de Inga, inundaban todo el estadio deportivo de una blanquísima luz. Mobutu era realmente eléctrico.

En medio del campo de fútbol se había instalado un *ring* donde iba a celebrarse el combate. Las cadenas de televisión estadounidenses habían traído consigo un material impresionante. Los niños en las escaleras de hormigón estaban radiantes de orgullo. ¡Su país era el único del mundo capaz de organizar un combate como ese! ¡Incluso el *ring* venía de América! ¡Los americanos habían traído consigo incluso su propia agua! ¡Y su papel higiénico!

La televisión zaireña también tenía un muy buen equipamiento. Para que nada saliera mal se habían comprado cinco flamantes cámaras Arriflex, unos aparatos pesados que se podían llevar del hombro. Además, los reporteros tenían a su disposición algunas Bell & Howells, unas cámaras más ligeras para los primeros planos. Todo en color, por supuesto. Había dos realizadores, dos comentaristas en francés y uno en lingala. Todos recibían un cuantioso plus, porque tenían que trabajar de noche.

Zizi Kabongo se encontraba detrás de la cámara que debía filmar las reacciones del público. Una fanfarria dio la vuelta a la pista de atletismo. Tocaba música tradicional congoleña. Un impresionante «hurra» se elevó cuando Ali salió de los vestuarios y avanzó bailando y boxeando hacia el *ring*. Se quitó la capa. Un cuerpo divino brilló a la luz de los focos. *Ali, boma ye! Ali, boma ye!*, coreaba el Zaire.

Sin embargo, lo más curioso de todo era que Mobutu no estaba presente. Evitaba el estadio en el que en 1965 había sido aclamado por su pueblo. ¿Temía ser menos

popular que Ali? ¿Temía por su seguridad? ¿Consideraba acaso que siendo el presidente fundador brillaría más por su ausencia? Zizi no lo sabía. Lo que sí sabía era que, desde su palacio, Mobutu miraba directamente las imágenes que él filmaba, pues el jefe del Estado disponía de la única red de televisión en circuito cerrado de todo el país. Zizi deslizaba su cámara entre el mar de gente. En su monitor veía la colorida fiesta de una muchedumbre alborotada reducida a una escena muda en tonos grisáceos.

Solo pudo echarle, muy de vez en cuando, un rápido vistazo al combate. No vio cómo Ali, en el primer asalto, ya había intentado noquear a Foreman con una brutal serie de derechazos. No vio lo furioso que se puso Foreman ni cómo Ali olvidó bailar. Había prometido que flotaría como una mariposa y picaría como una abeja (*Float like a butterfly, sting like a bee*). Tenía que bailar, debía bailar, pero no lo hacía. Zizi solo veía a la muchedumbre por el objetivo de su cámara, la muchedumbre, sí, que primero vitoreaba y luego se encogía de miedo. No vio cómo Ali a partir del segundo asalto buscaba las cuerdas y se hundía en ellas para esquivar los golpes de Foreman. Ali, que escondía la cara detrás de sus pesados guantes de boxeo y encajaba una lluvia incesante de puñetazos en los costados. Everlast ponía en las defensas colocadas en cada esquina del *ring*; pero la cuestión era cuánto podía durar aquello. Foreman tenía uno de los puñetazos más duros de la historia del boxeo de los pesos pesados. Ali tenía previsto vencer a su contrincante agotándolo. El *rope-a-dope*, el mareo contra las cuerdas, lo llamaría más tarde. Zizi no oyó a Ali gritar una y otra vez, con la sonrisa blanca que le daba su protector bucal: *George, you disappoint me. Come here, sucker! They told me you could punch. You're not breaking popcorn, George*^[e73].

Zizi filmaba y filmaba. Sus imágenes no estaban destinadas a dar la vuelta al mundo. De eso se encargaban los estadounidenses. Lo que él filmaba era para uso personal. Él veía sentados a los hombres prominentes: el comisario de Estado de Deporte, los gobernadores provinciales, los diplomáticos, los miembros del buró político y del comité central, toda la casta que comía de la mano de Mobutu. Algunos de los aduladores que se encontraban entre el público fueron a verle y le ofrecieron dinero para que los filmara y para que el presidente los viera. Mujeres, sobre todo. Una con un pagne rojo, una dama de blanco... ¿Podía hacer una toma en primer plano?

De vez en cuando Zizi se volvía. Y entonces veía a aquel gigante de Foreman triturar el cuerpo de Ali, que colgaba hacia atrás. Sin embargo, no vio cómo, en el octavo asalto, trece segundos antes de que sonara la campana, Ali se separó de pronto de las cuerdas y lanzó una serie de golpes muy rápidos, alternando la derecha y la izquierda. El último fue un auténtico mazazo contra la mandíbula de Foreman, que le transformó la cara en un pedazo de plastilina. Los brazos de Foreman, que durante ocho asaltos habían arrollado como las bielas de acero de una locomotora, empezaron

a girar, impotentes, en el vacío. Foreman se inclinó hacia delante, no podía creerlo. Nunca antes lo habían dejado fuera de combate. El piso del *ring* se precipitó hacia él.

Fue una noche loca. Justo después del combate se desencadenó una tormenta excepcionalmente intensa. Los clubes nocturnos de Kinsasa se llenaron de gente. La bebida era gratuita. Todo el mundo estaba de fiesta, todo el mundo reía, todo el mundo bebía. Sin embargo, mientras Zizi volvía a casa no pudo evitar preguntarse cómo había seguido sus imágenes Mobutu. ¿Solo en su palacio, con algunos familiares? ¿Disfrutando del espectáculo que había regalado a su país? ¿Curioso al ver a la mujer del vestido rojo? ¿Observando tranquilamente las reacciones del público, temiendo cada rostro que no había sonreído lo suficiente?

TOUJOURS SERVIR
LA LOCURA DE UN MARISCAL

1975-1990

En la soledad de su omnipotencia, Mobutu no podía apartar la mirada del televisor. Quince años después del histórico combate de boxeo veía imágenes que lo abatían más que cualquier otro material cinematográfico que hubiese visto. Era el día de Navidad de 1989 y en una cadena extranjera, Mobutu veía a una tortuga lenta y desvalida que asomaba la cabeza mientras miraba aterrada. No, no se trataba de una tortuga, era un hombre que salía o, mejor dicho, era expulsado de una trampilla que había debajo de un tanque del ejército. En medio del acero verde grisáceo, el hombre movía el torso con tanta torpeza —tenía los brazos pegados al cuerpo y las manos aún dentro del tanque— que parecía una tortuga. Un militar que estaba en la calle lo ayudaba a salir, como si fuera una comadrona.

Las imágenes de vídeo eran amarillentas y borrosas, la escena daba la impresión de suceder en invierno; pero Mobutu reconoció al hombre de inmediato. Era Nicolae Ceaușescu. Poco antes había sido detenido junto con su mujer, después de días de protestas en el país. Mobutu vio cómo el presidente rumano se levantaba a trompicones y se quitaba el gorro negro para atusarse el pelo. El gorro parecía una variante invernal de su propio gorro de leopardo. El parecido no acababa ahí. Ceaușescu había llegado al poder en 1965, igual que él, y Mobutu admiraba el valor con el que había trazado para Rumanía un curso independiente de la Unión Soviética. Ceaușescu había contado con mucho apoyo de Occidente, al igual que Mobutu. Ambos debían su poder a aliados leales en el extranjero y a una camarilla dócil en el interior, gracias a los cuales su presidencia pudo crecer hasta convertirse casi en una monarquía. Ambos sentían devoción por el mismo apodo: Ceaușescu se hacía llamar Conducător, el conductor, el líder, mientras que a Mobutu le gustaba que le llamaran Le Guide, el guía. En torno al Genio de los Cárpatos, otro de sus apodos, se había desarrollado el mismo peculiar culto a la personalidad que en torno al Gran Timonel de Kinsasa. En el Zaire la filosofía de la autenticidad se había reconvertido en «mobutismo»; en Rumanía reinaba el «ceaușescismo». Ellos dos, convencidos como estaban de hacer lo correcto, soportaban mal las críticas. Limitaban la libertad de

prensa y preferían que los disidentes se largaran: si estos no eran capaces de ver las bendiciones que les habían aportado sus líderes, que escupieran su rencor en los ceniceros de mugrientos cafés parisinos. La seguridad del Estado se encontraba por encima de todo. La Securitate de Ceaușescu ponía de relieve llamativos parecidos con la DSP, la Division Spéciale Présidentielle, de Mobutu. Los vínculos entre Kinsasa y Bucarest eran muy cordiales y fueron coronados por una estrecha amistad entre Mobutu y Ceaușescu. Mobutu conseguía el dinero de Estados Unidos y, de Oriente, el método. Había aprendido mucho de Mao y de Kim Il-sung, pero el único jefe de Estado comunista con el que aún mantenía amistad era Ceaușescu. Sus esposas también se llevaban bien.

Mobutu miraba aquellas imágenes. Un mes antes los partidos políticos de ambos habían celebrado una cumbre en Bucarest^[1]. Ahora él veía a Nicolae y a Elena ocupar un asiento en un aula sombría. ¡Qué demacrados parecían de repente...! Nicolae era un hombre viejo y gris enfundado en un largo abrigo de invierno; Elena, una mujer madura con un cuello de piel. Una pareja de ancianos del Este de Europa. Se los veía sentados detrás de un pupitre con finas patas de metal. Nicolae gesticulaba y alzaba la voz. La cámara giraba hacia la derecha. Aparecían algunos altos oficiales cubiertos de medallas. Unos soldados se levantaban de un salto. Un hombre leía en voz alta el texto de una hoja.

Había sido un otoño muy agitado en Europa. *Glasnost, Perestroika*, el muro... Mobutu lo seguía todo con desconfianza. El impulso de Gorbachov de deshielo político había provocado una reacción en cadena que nadie podía ya frenar, y menos aún el propio Gorbachov. Y para Mobutu la democratización de un enorme Estado de partido único era una aventura a todas luces temeraria:

Miren lo que ha sucedido en la Unión Soviética; ni siquiera ha hecho falta establecer el multipartidismo, sino que ha bastado con admitir su principio para que el regionalismo y el separatismo levantaran la cabeza. No me pronuncio sobre los movimientos bálticos, armenios, georgianos o bielorrusos; me limito a constatar que ya solo la idea del multipartidismo provoca el surgimiento de fuerzas centrífugas^[2].

Mobutu no se fiaba de la democratización. Recordaba con demasiada nitidez la debacle de la Primera República. La caída del comunismo en Europa se parecía en muchos sentidos a la descolonización de África: un proceso brusco que aceleraba de forma descontrolada una esperanza latente. Recurría al siguiente sofisma: «Si imponemos a la fuerza un sistema democrático según la receta occidental, entonces sí caeremos en una dictadura»^[3].

En Europa Central y Oriental el final de la era comunista había llegado sin derramamiento de sangre. En los últimos días Mobutu había visto plazas de Bucarest en las que muchas decenas de miles de personas desafiaban el frío para exigir la dimisión del Conducător. Sin embargo, esas otras imágenes trémulas de un pueblo a las afueras de la capital le hicieron tiritar de verdad. De repente, Nicolae y Elena ya no estaban en el aula, sino en un patio de recreo vacío delante de una pared amarilla.

Mobutu vio una polvareda. Oyó crepitaciones. Como si alguien sacudiera una lata llena de piedras. El vídeo doméstico de la historia del mundo. Colores pálidos. Voces apagadas. El eterno invierno. Y después la cámara planeaba sobre dos estatuas de cera. Elena, tumbada de costado, mirando fijamente el cielo helado, indiferente al reguero de sangre que salía de su cabeza. Nicolae, de espaldas, con las piernas plegadas en una pose antinatural debajo del cuerpo, como un arlequín. Mobutu no podía dejar de mirar.

Nos alejamos. Retrocedemos. Volvemos a encuadrar y a enfocar: más de diez años antes, 1978. Un sol radiante. Mobutu rebosa de confianza. Imágenes de su figura. Aparecía un poco más orondo que cuando se hizo con el poder; era evidente que la presidencia le había sentado bien. En 1970 y en 1977 había sido reelegido jefe de Estado. La duración de un mandato se había ampliado a siete años y estos se sucedían sin limitación. Mobutu era siempre el único aspirante. En las elecciones, los ciudadanos solo tenían que introducir una tarjeta verde o roja en la urna. La roja — según les explicaba amablemente el funcionario del MPR en el colegio electoral— significaba caos, derramamiento de sangre, ideologías extrañas. La verde representaba el color de la esperanza, de la mandioca y del mismo MPR. Todos podían ver lo que votabas. Mobutu consiguió el 98 o el 99 por ciento de los votos y gobernaba con más comodidad que nunca. Se desplazaba de forma más pausada y también hablaba con mayor lentitud. A esas alturas, la dignidad era más importante que la energía.

El cohete estaba listo para el lanzamiento. Al borde de una meseta desde la cual se veía el valle de Luvua, se elevaba la fina silueta de doce metros de altura. Se apoyaba en una doble empalizada de acero. Eran las once y media de la mañana del lunes 5 de junio de 1978. Un radiante Mobutu había invitado a un grupo de amigos y periodistas para ser testigos de su enésima proeza: el lanzamiento de un cohete en suelo zaireño. Unos años antes había llegado a un acuerdo con una empresa privada alemana. La empresa, llamada OTRAG (*Orbital Transport-und Raketen Aktiengesellschaft*), podía disponer libremente de un enorme trozo de la sabana para experimentar con la construcción y el lanzamiento de cohetes baratos. La OTRAG recibía subvenciones del Estado alemán para buscar una alternativa a los costosos proyectos de la NASA y la Agencia Espacial Europea^[4]. La idea era que a largo plazo estos *Billigraketen*^[e74] alemanes pusieran satélites en órbita alrededor de la tierra por poco dinero. Una empresa privada que fabricaba cohetes: era algo único en la historia de la navegación espacial. Y encima, una empresa que gozaba del apoyo de un dictador africano: nunca se había visto nada igual. El iniciador del proyecto era Lutz Kayser, pero el nombre más llamativo en la nómina era Kurt Debus, un alemán que durante la Segunda Guerra Mundial había trabajado en el diseño del V2 y

después de la guerra había estado muchos años al frente del Kennedy Space Center, donde era el responsable del programa Apolo.

La OTRAG buscaba un área grande y con pocos habitantes cerca del ecuador y se fijó primero en Indonesia, en Singapur, en Brasil y en Nauru, todos ellos países situados a orillas de un océano, donde un cohete podía estrellarse sin problemas. El Zaire entró en escena solo más tarde. La sabana de Shaba, la antigua Katanga, estaba tan poco poblada que también podía servir. En 1977, en tan solo diez días, se llegó a un trato con Mobutu; era un acuerdo desconcertante en todos los sentidos. La empresa OTRAG se convertía en la dueña y señora de una zona de cien mil kilómetros cuadrados, una extensión equivalente a 1,5 veces la superficie de Irlanda. Eso recordaba a las empresas del caucho del siglo XIX con sus gigantescas concesiones que les permitían desarrollar libremente sus «negocios». Hasta el lejano año 2000 la OTRAG arrendaba casi el 5 por ciento del territorio zaireño en unas condiciones sumamente favorables. La empresa quedaba exenta de pagar aranceles a la importación y no tenía que rendir cuentas en caso de posibles daños medioambientales. Los trabajadores no tenían que pagar impuestos y gozaban de inmunidad jurídica. Y puesto que la sabana no estaba tan despoblada como el océano, incluso podía desplazar a poblaciones indígenas si su presencia obstaculizaba los lanzamientos. Mobutu, el hombre que había luchado contra secesiones y rebeliones, cedía el poder sobre una parte sustancial de su país. A cambio, se contentaba con el 5 por ciento de las ganancias netas, si estas se conseguían algún día, y quería que se lanzara un satélite de observación para fines de seguridad interior, si ello llegaba a ser factible algún día^[5]. Ese momento no llegaría nunca. Mientras tanto recibía anualmente veinticinco millones de dólares en concepto de arrendamiento, un dinero que desaparecía en su bolsillo de inmediato^[6].

Acompañado por sus amigos, Mobutu observó el lanzamiento lleno de orgullo. La cuenta atrás se realizó en alemán. Las dos primeras pruebas habían sido un éxito. Un año antes se había lanzado, en el mayor de los secretos, un cohete de seis metros que ascendió veinte kilómetros. Dos semanas antes un aparato más pesado había ascendido incluso treinta kilómetros. Aquel día, nada podía salir mal. El cohete se elevaría cien kilómetros.

Mobutu disfrutaba con ese tipo de espectáculos. Por algo había invitado a Kinsasa a los astronautas que habían llegado a la Luna; por algo había organizado en el Congo el combate de boxeo del siglo. Y no podía negarse que las ejecuciones públicas también habían sido todo un espectáculo. Sin embargo, no bastaba con organizar acontecimientos. Él quería que el país se alegrara con una serie de megalómanas obras de infraestructura. Transformó la presa de Inga en el río Congo en una de las mayores centrales hidráulicas de África. Cuando se completara en 1982, aquella nueva presa, llamada Inga II, generaría 1424 megavatios en lugar de los anteriores 351. Poco después, Mobutu empezó a soñar con Inga III, una central con una capacidad de 30 000 megavatios, la mayor del mundo, suficiente para abastecer de

energía a toda África y a parte de Europa. Antes de eso hizo instalar una línea de alta tensión en la provincia minera de Shaba, un cable alargador de mil ochocientos kilómetros, a través de la selva. Shaba ya estaba equipada con centrales eléctricas, pero aquel cable representaba para Mobutu la manera de mantener un dedo en el interruptor de la provincia rebelde. Para ello se necesitaron diez mil postes. En Maluku, a orillas del río Congo al norte de Kinsasa, mandó construir una acerería que produciría cada año doscientas cincuenta mil toneladas de acero^[7].

Todos estos prestigiosos proyectos se caracterizaban por lo mismo: eran construidos por empresas extranjeras, estaban equipados con los últimos artilugios técnicos, se entregaban llave en mano y nunca funcionaban como debían. Justo después del pago, la empresa constructora francesa, italiana o estadounidense desaparecía y dejaba el equipo de alta tecnología en manos de personas que no sabían cómo utilizarlo o no habían tenido tiempo de aprenderlo. Inga II costó 478 millones de dólares, pero Zaire siguió siendo un país que sufría continuas interrupciones del suministro eléctrico^[8]. No se realizaba el mantenimiento de las turbinas y dos de las ocho que siguen funcionando hoy solo generan el 30 por ciento de la producción prevista. La línea de alta tensión a Shaba costó la astronómica cifra de 850 millones de dólares, pero a menudo no transportaba más del 10 por ciento de su capacidad^[9]. Además, no se habían previsto ramales para las ciudades y los poblados a lo largo del trayecto. La acerería de Maluku tuvo un coste de 182 millones de dólares, pero la empresa nunca fue rentable: no podía procesar el mineral de hierro local, solo refundir la chatarra que se le suministraba^[10].

Tanto dinero malgastado... Nunca lo vi tan claro como el día en que Zizi, en 2007, me guio por primera vez por el edificio de la cadena de televisión estatal. La vorágine constructora de Mobutu no se limitó a la industria pesada, también había que embellecer Kinsasa, igual que Bruselas en tiempos de Leopoldo II. En la pedanía de Limete surgió un enorme nudo de comunicaciones con amplios accesos y salidas, así como atrevidos viaductos; en medio de la rotonda se alzaba una réplica modernista de la torre Eiffel, un edificio puntiagudo de acero y hormigón, de más de ciento cincuenta metros de altura. Arriba del todo iba a construirse un restaurante panorámico, pero las obras del complejo nunca finalizaron. A orillas del río Congo, Mobutu hizo levantar el CCIZ, el Centro de Comercio Internacional del Zaire, un edificio carísimo que lleva décadas degradándose. Cuando se estropeó el aire acondicionado, poco después de la inauguración, resultó que las ventanas no podían abrirse, algo bastante molesto en un clima tropical. En el centro de la ciudad se levantó un elegante centro comercial con escaleras mecánicas, llamado les Galeries Présidentielles. Y unos kilómetros más lejos apareció el *mediapark* de la RTNC, la radiotelevisión estatal, el nuevo lugar de trabajo de Zizi. Precio de coste: 159 millones de dólares.

«Lo construyeron los franceses —me dijo mientras me guiaba—, querían conseguir el encargo a toda costa. A cambio de la adjudicación, le regalaron a

Mobutu aviones de combate Mirage.» Me mostró los ruinosos estudios de grabación. De los nueve, solo se utilizaban dos; eran unos gigantescos hangares sin equipamiento. En las retransmisiones en directo, unos incansables periodistas se las apañaban con dos viejas cámaras y con varios micrófonos, siempre y cuando hubiera corriente. Lo pude comprobar personalmente. Con motivo de un programa de intercambio entre artistas de Bruselas y de Kinsasa, participé junto con otros invitados en un programa matutino de entrevistas. El techo se descolgaba. A la luz de los focos veíamos caer una incesante nieve de amianto. Los cables eléctricos estaban pelados, las mesas de mezcla se mantenían en pie con cuerdas. Yo no comprendía cómo podían hacer televisión allí. Antes del programa había un informativo. La presentadora no tenía *teleprompter*, ni siquiera papeles, pero presentaba las noticias de manera impecable, de memoria, sin el menor titubeo y con pasmosa presencia. Sin embargo, después de que hubieran transcurrido unos minutos de programa, un técnico se percató de que no había ningún micrófono sobre su mesa. Hubo que interrumpir la emisión. Mientras el equipo buscaba febrilmente un micrófono que funcionara, se entretuvo a los telespectadores con unos minutos de carta de ajuste. Observé a la elegante presentadora sentada detrás de su mesa intensamente iluminada, en la inmensidad de un estudio oscuro y desvencijado.

«Este complejo se construyó pensando en que acogería a seis mil trabajadores — me dijo Zizi—, ahora solo trabajan dos mil.» El edificio central era un enorme falo de diecinueve plantas. La recepción tenía una centralita en el vestíbulo para cientos de líneas de teléfono externas. Hacía años que no funcionaba, al igual que los ascensores, por cierto. Todo se hacía por la escalera de emergencia, un oscuro laberinto que recordaba a un cuadro de Escher y que apestaba a orina, puesto que el suministro de agua a las plantas superiores también estaba estropeado. En otros tiempos el jefe de administración tenía su despacho en la última planta del edificio, un lugar desde donde se gozaba de unas majestuosas vistas sobre toda la ciudad. Hoy en día, nadie quiere subir hasta ese nido de águilas. El actual director tiene el gran privilegio de trabajar en la primera planta. Cuanto más alto se está, de menor rango se es. «Menudo despilfarro —suspiraba Zizi mientras subíamos a su oficina del quinto piso—, la RTNC, el CCIZ, todos esos proyectos... y en un momento en que había tanta pobreza.»^[11]

Resulta realmente asombroso que Mobutu siguiera tirando dinero por la ventana. Desde que en 1975 se declarara una interminable guerra de descolonización en la vecina Angola, el Zaire ya no podía utilizar el ferrocarril de Benguela, la línea en la que había trabajado mi padre y que unía la cuenca minera de Katanga con el océano Atlántico. Debido a ello la exportación de minerales resultaba mucho más difícil y Mobutu perdía muchas divisas. El país se desmoronaba, pero él apenas parecía percatarse de ello.

Vier, drei, zwei, eins... Se levantó la llamarada. El bramido aumentó. El cohete abandonó lentamente la plataforma de lanzamiento. Debía elevarse cien kilómetros,

un nuevo paso en la carrera espacial africana. Un copioso almuerzo esperaba a los invitados. Sin embargo, antes de que el cohete hubiese abandonado la torre de lanzamiento, incluso un niño podría haber notado que algo iba mal: estaba torcido, describió una curva perfecta hacia la izquierda y se estrelló a unos cientos de metros más allá en el valle de Luvua, donde explotó. Mientras una espesa nube de polvo se elevaba en la sabana, Mobutu apartó la vista en silencio. En el aire, los espectadores pudieron contemplar durante unos segundos el penacho de humo que había dejado la curva descrita por el cohete^[12]. Una parábola de hollín. Parecía una representación gráfica del régimen de Mobutu: después de la subida espectacular de los primeros años, su Zaire se tambaleaba de forma irremediable y se precipitaba al abismo.

En aquellos años hubo más cosas que cayeron del cielo. Entre 1974 y 1980 se estrellaron dos aviones de carga C-130 del ejército zaireño, dos aviones de caza Macchi, tres helicópteros Alouette y cuatro helicópteros Puma^[13]. Ninguno de aquellos accidentes fue consecuencia de operaciones de guerra. ¿El motivo de tanta mala suerte? Los militares estaban tan mal pagados que empezaron a vender las piezas de recambio de sus aparatos. Pierre Yambuya, un piloto de helicóptero del ejército nacional, lo vivió de cerca. Su testimonio ofrece una visión excepcional de la situación de las fuerzas armadas de aquel momento. «Todos los que tenían un avión privado sabían que en Kinsasa se encontraba el mercado de recambios más barato del mundo. Los militares vendían las piezas de aviones a un precio veinte veces inferior al de fábrica.»^[14] Mobutu presumía de tener todo tipo de prestigiosos proyectos, pero poco a poco descuidó la institución que hizo posible su golpe de Estado: el ejército. Los pilotos de las fuerzas aéreas complementaban sus ingresos vendiendo, allí donde aterrizaban, parte del queroseno a la población local, que lo utilizaba para llenar las lámparas de petróleo. Esta práctica se hizo tan habitual que en cuanto tomaba tierra un aparato del ejército, los niños se iban corriendo al aeropuerto cargados con bidones amarillos. Pierre Yambuya sabía de lo que hablaba: «Un sargento mayor ganaba doscientos ochenta zaires, mientras que un saco de arroz costaba en aquella época mil doscientos zaires. Un ayudante de campo recibía cuatrocientos treinta zaires. Sin embargo, por un uniforme de colegio se pagaban entonces ochocientos cincuenta zaires, y con la prestación de cinco zaires a los que se tenía derecho por cada hijo, ni siquiera podía comprarles un lápiz». Eso hace que la corrupción resulte muy comprensible. Los militares no protestaban «hacia arriba», puesto que eso podía costarles el empleo o incluso la vida, sino que reproducían en escalones inferiores lo que sucedía por encima de sus cabezas. «Para vivir dignamente yo vendía el combustible de mi helicóptero. Mi superior se metía en el bolsillo el dinero destinado a mis misiones y me decía: “Tú, cuando llegues a algún sitio, vende el combustible. Eso es, por supuesto, asunto tuyo”.»^[15]

El Zaire enfermó. La causa profunda era la falta de dinero (debido a la crisis del cobre, la crisis del petróleo, la fallida zairización y la grotesca política de gasto) y los peores síntomas, la desaparición del Estado y la corrupción generalizada. Unos síntomas que se manifestaron con mayor rapidez en el ejército. Los militares sacaban vehículos del ejército de los cuarteles y los utilizaban para hacer de taxistas. Se llevaban radios y tocadiscos de las cantinas, buldóceres y camiones de los garajes. Los oficiales incluso ponían a trabajar de criados en casa a sus propios subordinados. El absentismo en los cuarteles era muy alto, hasta más del 50 por ciento. Los pocos soldados que se presentaban al pase de lista no estaban muy motivados. La disciplina pertenecía a una época muy lejana. Un documento interno, el *Mémoire de Réflexion*, no rehuyó la autocrítica cuando tuvo que resumir en pocas palabras la moral de las tropas: «Todos quieren mandar, pero nadie quiere obedecer»^[16].

Mientras tanto, al otro lado de la frontera angoleña, se encontraban los veteranos de la secesión de Katanga, las tropas de Tshombe. Muchos pertenecían a la tribu de los lunda, un pueblo que vivía en una zona que se extendía hasta Angola. Muchos años antes, después de que derrotaran a los rebeldes simbas, Mobutu los había hecho desaparecer de la escena nacional, pero ahora planeaban vengarse con la ayuda de sus hijos y de nuevos reclutas. Aquellos famosos gendarmes katangueses habían seguido una curiosa trayectoria. Durante la secesión de Katanga (1960-1963) lucharon por un Katanga de derechas, dirigido por europeos, pero en Angola eligieron, a partir de 1975, el bando del MPLA marxista, el Movimento Popular de Libertação de Angola. El motivo de semejante cambio ideológico era sencillo: el MPLA detestaba a Mobutu tanto como ellos.

Tras la Revolución de los claveles en Portugal, Angola inició, a partir de 1975, una intensa lucha por la descolonización. Al igual que en el Congo, se trataba de una lucha por el trono, pero en Angola fue mucho más sangrienta. Había tres grupos. El MPLA de izquierdas de Agostinho Neto se situaba en una posición diametralmente opuesta a la del FNLA de Holden Roberto y a la de la UNITA (*União Nacional para a Independência Total de Angola*) de Jonas Savimbi. Las grandes potencias se entrometieron. Angola se convirtió en el lugar de África donde la Guerra Fría vivió su fase más tórrida. El MPLA recibió un apoyo masivo de la Unión Soviética y de Cuba, las otras dos milicias podían contar con Estados Unidos. El apoyo estadounidense pasaba por Sudáfrica y Zaire: Pretoria respaldaba a Savimbi en el sur mientras Kinsasa secundaba a Holden Roberto en el norte. Dado que Holden Roberto además era cuñado de Mobutu, los antiguos gendarmes katangueses se unieron al MPLA. Tenían como líder a un tal Nathanaël Mbumba, su nuevo nom de guerre era el FLNC (*Front pour la Libération Nationale du Congo*) y su apodo *Les Tigres Katangais*.

Los rebeldes invadieron Zaire hasta en dos ocasiones. En 1977 y en 1978 cruzaron la frontera y conquistaron grandes partes de Shaba occidental (las llamadas primera guerra y segunda guerra de Shaba). Desde el punto de vista numérico y

logístico eran muy inferiores al ejército gubernamental, pero los habitantes locales los recibieron entre vítores, y no solo porque fueran lunda como ellos, sino porque estaba hartos de Mobutu. Los rebeldes fueron ganando terreno con facilidad y en 1978 llegaron incluso a conquistar la ciudad minera de Kolwezi. Por primera vez en diez años Mobutu tenía que enfrentarse a una insurrección militar. Los disidentes que habían huido a Bruselas y a París esperaban un derrocamiento de la dictadura y veían en la invasión el «embrión de un ejército popular»^[17]. Mbumba infundiría nueva vida al sueño de Lumumba y de Mulele. El reino del rey sol pareció, por un momento, tambalearse.

No obstante, el propio Mobutu hizo todo lo posible por tachar la rebelión de injerencia extranjera y marxista. Según él, Mbumba no era más que un espía del MPLA y, por consiguiente, de Cuba y de la Unión Soviética. Con tales razonamientos esperaba conseguir apoyo extranjero, pues su propio ejército no servía de nada. Y funcionó. Las tropas marroquíes, transportadas con aviones del ejército francés, pusieron fin a la primera guerra de Shaba después de ochenta días. La segunda guerra de Shaba fue reprimida en unos cuantos días por legionarios franceses y por paracaidistas belgas. Los aliados de Mobutu no tardaron en ponerse en acción, después de que los rebeldes asesinaran a treinta blancos en una villa de Kolwezi. Lo que no sabían los amigos extranjeros era que los blancos no habían sido asesinados por los rebeldes, sino, seguramente, por los soldados del propio Mobutu. El piloto de helicóptero Pierre Yambuya estaba en Kolwezi y fue muy claro sobre lo que vio:

El domingo 14 de mayo, a las 17:00, el coronel Bosange [del ejército gubernamental] da de repente la orden de fusilar a todos los europeos que están encerrados en la casa. Según él, son todos ellos mercenarios. Bosange no admite contradicción y el general Tshikeva calla como una piedra. El único que protesta es el viejo Musangu. Bosange encarga al teniente Mutuale, jefe de los servicios de inteligencia y de seguridad, y a tres otros soldados que ejecuten la orden. Mutuale y su pelotón de ejecución se dirigen a la villa cuyas puertas y ventanas están herméticamente cerradas. Los soldados vacían los cargadores de sus armas automáticas atravesando las persianas. El fuego rápido resuena como el estruendo de una colisión. Cinco minutos más tarde, Mutuale y sus soldados han regresado: misión cumplida^[18].

Mobutu conocía bien la historia de su país: sabía que en 1960 Bélgica había invadido el Congo, porque en Elisabethville habían sido asesinados cinco blancos; que en 1964 Stanleyville fue liberada por paracaidistas belgas, porque cientos de blancos habían sido secuestrados; y que bastaba con matar a unos cuantos blancos para tener a un ejército occidental de su lado, aunque, eso sí, siempre que se pudiera echar la culpa a otro.

Las dos guerras de Shaba habían sido breves, pero ofrecieron unas lecciones muy importantes. En primer lugar, Mobutu estaba realmente dispuesto a todo para mantener su posición. En segundo lugar, su ejército era inútil. En tercer lugar, sobrevivió gracias a los apoyos extranjeros. Estados Unidos ya era, desde 1960, un fiel aliado (aunque entre ambos hubiera tensiones), pero ahora se sumaba Francia. El presidente Giscard d'Estaing seguía de una forma deliberada una política dirigida a

aumentar la esfera de influencia francesa en el África Central. Al ser el país francófono más grande del mundo, el Zaire despertó, por supuesto, su interés. En 1960, en plena descolonización, Francia había intentado hacerse cargo del Congo ocupando el lugar de Bélgica, ¡apelando al histórico *droit de préemption* de 1885^[19]! Sin embargo, Giscard estaba más interesado en el beneficio económico y aumentó en gran medida el comercio con el Zaire. Fue en ese contexto cuando ambos países llegaron a un acuerdo para construir estudios de televisión a cambio de Mirages. El principal contratista era un sobrino de Giscard, mientras que otro sobrino suyo se encontraba entre los principales proveedores de fondos^[20]. Por supuesto, el nepotismo no era una invención zaireña.

En Kinsasa y en Bruselas hablé en varias ocasiones con el coronel Eugène Yoka, uno de los muy escasos pilotos de reactores del ejército zaireño. Era hijo de la última viuda viva de un veterano de la Primera Guerra Mundial y procedía de un linaje de militares. Su padre había luchado contra los alemanes, su abuelo había sido uno de los primeros soldados de la Force Publique. Él mismo tenía más de dos mil horas de vuelo a sus espaldas. En 1961 formó parte del primer contingente de pilotos del Congo; había aprendido a pilotar en la localidad belga de Tienen con un SV 4-bis, un biplano con hélice. Después había volado con aviones Dakota, aparatos T6, P-148 y muchos otros. Se encontraba presente cuando el *Concorde* realizó su primer vuelo a África en 1973; Mobutu fletaría con regularidad aquel aparato supersónico, entre otras razones para visitar con su familia Disneyland Paris^[21]. Y Yoka accedió al selecto círculo de oficiales del ejército que podía pilotar un Mirage. Siguió su formación en Francia. Le pregunté cómo había vivido las guerras de Shaba. «Yo estuve allí —me dijo—. En la primera y en la segunda guerra de Shaba, pero no como piloto.»^[22] Era la misma respuesta que me había dado Alphonsine Mosolo, la primera mujer paracaidista adiestrada en Israel. «Nunca tuve que saltar en las guerras de 1977 y 1978.» Ambos habían recibido una buena formación en el extranjero, ambos tenían que hacer acto de presencia en los desfiles anuales en Kinsasa, pero ninguno de ellos había tenido que ejercitar sus competencias cuando por fin llegó el momento. Las fuerzas armadas parecían no servir para nada. Alphonsine me contó: «En lugar de saltar, yo tenía que cocinar para Mobutu en el *Kamanyola*. Era su yate privado, con el que navegaba por el río. Una noche había una fiesta a bordo. Yo había acabado de cocinar. A Mobutu le gustaba que hubiera ambiente, era un fiestero. Me senté en una silla, pero él quería que bailara. Incluso me quitó los zapatos para conseguir que saliera a bailar. ¡De verdad! ¡El propio presidente! ¡De rodillas! ¡Y eso que me apestaban los pies!»^[23].

Mobutu podía seguir bailando, porque estaba convencido de que la recesión económica a la que se enfrentaba su país era tan solo un bache temporal. El cobre aportaba algo menos de dinero, justo en el momento en que el petróleo estaba por las

nubes. Todo el mundo podía pasar por una mala racha, sobre todo si la economía dependía mucho de un único sector como la minería. Era cierto que su país no podía hacer frente a todos los préstamos a la vez, pero la demanda mundial de minerales no tardaría de nuevo en aumentar. Mobutu llamó a la puerta de sus aliados franceses y estadounidenses, así como a sus nuevos aliados árabes, para preguntarles si podían echarle una mano.

Sin embargo, el endeudamiento de Zaire no era solo fruto de la coyuntura. En 1977 el déficit presupuestario ascendía al 32 por ciento del presupuesto total^[24]. Año tras año, el PNB (Producto Nacional Bruto) bajaba algunos puntos^[25]. No era extraño que la inflación anual ascendiera al 60 por ciento^[26]. Entre 1974 y 1983 los precios se sextuplicaron^[27]. La población sabía que aquel ya no era un problema menor y pasajero. En 1984, para comprar un kilo de arroz la gente tenía que trabajar dos días enteros y para comprar un kilo de carne de ternera, más de diez. El zaireño de a pie, que quería conseguir a buen precio un saco de mandioca de cuarenta kilos para su familia, tenía que trabajar durante ochenta días^[28]. Cuando por fin podía comprar el saco, el precio había vuelto a subir. En 1979 el poder adquisitivo había caído hasta el 4 por ciento en comparación con 1960^[29].

En un principio, los bancos occidentales y japoneses concedieron fácilmente préstamos al joven Mobutu para que llevara a cabo su industrialización —pues, a fin de cuentas, Zaire era inmensamente rico—, pero a partir de 1975 empezaron a temer por su dinero. En aquel momento Zaire tenía una deuda de 887 millones de dólares con noventa y ocho bancos^[30]. Estos últimos aunaron fuerzas en el llamado Club de París, a fin de fusionar sus reclamaciones. Acudieron al Fondo Monetario Internacional, el guardián financiero de la economía mundial, creado después de la Segunda Guerra Mundial para evitar nuevas depresiones como la de la década de 1930. El FMI debía evitar, mediante créditos de emergencia, que Zaire se descarrilara por completo.

Mobutu no tenía ningunas ganas de vérselas con aquellos fisgones del FMI. Al fin y al cabo todo su poder se asentaba en seguir alimentando a un extenso séquito. Si abría la puerta al FMI ya no podría seguir repartiendo golosinas. Sin embargo, si no la abría, no recibiría más dinero. La segunda opción provocaría de inmediato el fin de su régimen, mientras que la primera todavía ofrecía posibilidades. Bastaba con decirle que sí al FMI, aceptar amablemente todas las condiciones que formulara para después, entre bastidores, seguir vaciando como siempre las arcas del Estado.

Mobutu, el hombre que tanto había insistido en la «independencia económica» de su país, tenía que aceptar ahora que el FMI, el Club de París y, más adelante, el Banco Mundial se convirtieran en actores cruciales en la política interior. En 1976 el FMI lanzó los primeros de los muchos planes de estabilidad para el Zaire. A cambio de una primera cuota de 47 millones de dólares, Mobutu debía reducir el gasto gubernamental, aumentar los ingresos fiscales, devaluar la moneda, estimular la producción y las infraestructuras, así como mejorar la gestión financiera. Solo

entonces los bancos internacionales estarían dispuestos a hablar sobre un posible aplazamiento del pago.

A esta le seguirían muchas otras inyecciones de capital y de créditos puente, pero solo en el periodo 1977-1979 Mobutu desvió —según las estimaciones más conservadoras— más de doscientos millones de dólares para él y para su familia^[31]. Después de los planes de estabilidad de la década de 1970, en la década de 1980 se iniciaron programas de ajuste estructural mucho más drásticos, que tampoco sirvieron para nada. Hacia 1990 la deuda total del Zaire ascendía a la absurda cifra de más de diez mil millones de dólares. Solo entonces se cerró el grifo financiero.

No obstante, no era la primera vez que la contabilidad creativa de Mobutu llamaba la atención. El primero en dar la voz de alarma fue un meticuloso banquero alemán. En 1978, Erwin Blumenthal, durante años un alto cargo del Bundesbank de la República Federal de Alemania, recibió el encargo del FMI de poner orden en el caos del banco central del Zaire, el Banque Nationale du Zaïre. Era hora de que el FMI sometiera a tutela a las principales entidades financieras del país. Blumenthal intentó sanear el banco central con rigor y creciente desesperación; cada vez más se topaba con ejemplos descarados de corrupción. «No hay un solo responsable del FMI o del Banco Mundial que no sepa que cualquier intento de instaurar un control presupuestario más estricto se topa con un importante obstáculo: la presidencia — escribió—. ¿Quién va a gritar: ¡al ladrón!? Es totalmente imposible controlar las transacciones financieras realizadas en la oficina del presidente. En esa oficina ya no se distingue entre necesidades personales y gasto público. ¿Cómo es posible que las instituciones internacionales y los gobiernos occidentales sigan teniendo una confianza ciega en el presidente Mobutu?»^[32]

El desvío sistemático de fondos públicos, el descubrimiento de una serie de cuentas secretas en Europa, la desvergonzada cultura de pillaje de Mobutu y su círculo asquearon profundamente a Blumenthal. Después de dos años tiró la toalla. El informe final confidencial con el que renunciaba a su cargo era implacable: «Sin duda llegarán nuevas promesas de Mobutu y de su Gobierno, y volverá a aplazarse el pago de la deuda extranjera, que crece sin cesar, pero no existe ninguna, repito, ninguna posibilidad de que los acreedores extranjeros recuperen algún día su dinero»^[33].

El informe Blumenthal era tan incriminatorio para Mobutu y su clan que tenía que acabar filtrándose tarde o temprano. Zizi Kabongo recordaba aquellos años: «Mobutu quería impedir a toda costa que el informe se divulgara. Al principio, en el Zaire nadie conocía su existencia, pero Nguza Karl I Bond había publicado el texto en París. Los periodistas que regresaban del extranjero eran registrados en el aeropuerto». Nguza había sido durante ocho meses primer ministro con Mobutu. En 1981, cuando cayó en desgracia huyó a Europa, desde donde atacaba continuamente el régimen de Mobutu con libros y panfletos. Para él, el presidente fundador era la encarnación de «la enfermedad zaireña»^[34].

Blumenthal decía en voz alta lo que todo el mundo sospechaba; sin embargo, sus revelaciones no provocaron ningún cambio radical. La deuda estatal de Zaire ascendía en 1981 a cinco mil millones de dólares, pero para los franceses Mobutu era un socio económico y cultural demasiado importante para ponerse estrictos con él y para los estadounidenses era muy valioso como aliado en África, ahora que en este continente se estaban llevando a cabo experimentos socialistas y comunistas (en Angola, en Congo-Brazzaville, en Uganda, en Tanzania y en Zambia, por solo mencionar los países vecinos). *Mobutu is a bastard, but at least he is our bastard*^[e75], razonaba la CIA. Los informes secretos afirmaban que «una actitud negativa por parte del FMI o una actitud negativa por parte de Estados Unidos quizá impulsaría a Mobutu a reconsiderar nuestros muy estrechos vínculos. Ello podría poner en peligro un programa que el presidente [Reagan] considera esencial para la seguridad de Estados Unidos»^[35]. Sobre todo los presidentes republicanos, como Nixon, Reagan y Bush padre, mantenían relaciones cálidas con Kinsasa; en tiempos de Carter, estas se enfriaron durante un tiempo.

La lógica de la Guerra Fría hipotecó fuertemente los planes de recuperación del FMI. Sin embargo, este último organismo tampoco estaba libre de pecado. Desde el punto de vista histórico, la institución no había sido creada para salvar a los países pobres, sino para evitar crisis financieras^[36]. Incluso en la década de 1970 sus distinguidos colaboradores solían saber más de macroeconomía que de antropología. Preferían leer gráficos en sus despachos de Washington que hablar con las personas afectadas. Esa falta de conocimiento del terreno tuvo consecuencias desafortunadas.

El día de Navidad de 1979 se tomó, bajo la tutela del FMI, una de las medidas monetarias más sorprendentes de la historia del país: la depreciación de la moneda. A fin de luchar contra la inflación se pidió a los ciudadanos que llevaran al banco todos los billetes de cinco y diez zaires, las denominaciones de mayor valor en aquel momento, para cambiarlos por billetes nuevos. A finales de 1976 había 59 000 billetes de cinco zaires en circulación; a finales de 1979 eran 363 000, seis veces más. Eso provocó inflación. El dinero es para la economía lo que el aceite para el motor: no debe faltar, pero tampoco sobrar^[37].

Además de la inflación se añadía el problema del acaparamiento. En un país muy extenso, con una economía inestable como el Congo, casi nadie podía o quería guardar el dinero en el banco. La gente escondía sus ahorros en maletas, en la almohada o en vasijas. Didace Kawang, un autor de teatro al que en una ocasión impartí una clase magistral de dramaturgia, me habló de su tío, un comerciante de éxito en Lubumbashi: «Comerciaba con Zambia. El dinero entraba a espuestas. Tenía montones y montones de billetes que guardaba en “ladrillos”, fajos gruesos como ladrillos atados con una goma. Tenía un colchón lleno de dinero. ¡En serio! ¡Y dormía encima!»^[38].

Los banqueros del FMI sabían que para una economía nacional es muy poco saludable que circule más dinero (en forma de monedas y de billetes de banco) que el que hay en los propios bancos. Conocían las grandes teorías: el dinero que está en el banco se utiliza para facilitar nuestros préstamos; el dinero sobre el que se duerme no hace avanzar ni un milímetro la economía. Para contrarrestar el acaparamiento, iniciaron un proceso de depreciación de la moneda. Así pues, anunciaron que todo aquel que el día de Navidad de 1979 acudiera al banco con sus montones de billetes recibiría a cambio nuevos billetes, al menos por la mitad del importe que hubiese llevado, pues la otra mitad debía ingresarse en una cuenta bancaria. Era una ingeniosa manera de revitalizar un montón de dinero «muerto» y al mismo tiempo abordar la inflación. Sin embargo, el plan fracasó. La medida se anunció adrede en el último minuto para evitar que los ciudadanos huyeran al extranjero con sus divisas, lo que les dejaba solo un día para acudir al banco. Se cerraron las fronteras e incluso el espacio aéreo. El Zaire tenía que hacer un lavado de cara monetario y después reaparecer radiante ante los focos; pero el país era demasiado extenso para que una acción relámpago como aquella funcionara.

«También mi tío debía ingresar su dinero en el banco —me contó Didace—, pero solo tenía un día para hacerlo. Había una cola enorme. La gente arrastraba sacos y sacos de dinero. El sol se puso y mi tío seguía sin haber podido cambiar su dinero. De pronto, todos sus montones de billetes habían perdido su valor... Se volvió pobre de golpe. Murió en su poblado natal.» Y no fue el único. Muchos otros, que vivían demasiado lejos de un banco o que no comprendieron la operación perdieron todos sus ahorros, mientras que los círculos en torno a Mobutu habían sido informados de antemano y habían puesto sus ahorros a buen recaudo mucho antes.

No solo fallaba el aspecto práctico de las medidas del FMI, también la filosofía subyacente. Se suponía que después del *crack* de la bolsa de 1929 la institución debía ayudar a contener los excesos de una filosofía de mercado desenfrenada, pero en 1975 el FMI se había convertido en uno de los mayores heraldos del libre mercado. Casi todos sus empleados daban por sentado que crear condiciones favorables para el mercado era suficiente para impulsar una economía nacional, al margen de la cultura local, el estado de la economía o la estructura de Gobierno. También en ese aspecto había cierta ceguera macroeconómica. Se repetía como un mantra que, siempre que los poderes públicos mantuvieran las distancias, la mano invisible del mercado haría su trabajo. No se tuvo en cuenta ni el ritmo, ni la cronología de los cambios necesarios^[39]. El paquete entero se presentó de una sola vez en forma de programas de «ajuste estructural». Estos fundamentalistas de la liberalización —que pocas veces acudían a evaluar la situación sobre el terreno— consideraban que cualquier forma de pobreza que se señalara posteriormente debía achacarse a una mala puesta en práctica de sus recetas infalibles e incluso sagradas.

En el Zaire, la moneda se devaluó en seis ocasiones: en 1975 seguía valiendo dos dólares; en 1983, solo tres céntimos de dólar^[40]. El objetivo de esas devaluaciones

era estimular el comercio internacional. En el marco del «ajuste estructural», el FMI exigió una reducción drástica del gasto público y amplias privatizaciones. Las empresas públicas y semipúblicas debían reducir su tamaño y funcionar con mayor autonomía. Las infraestructuras y la producción debían mejorar.

A principios de la década de 1980 sus recetas parecían funcionar. La inflación se había atenuado y la economía parecía sanearse. Los gráficos tenían buena pinta. Los acreedores del Club de París respiraron aliviados confiando en que quizá podrían recuperar sus préstamos. Hasta nueve veces aceptaron una reestructuración de la deuda. Sin embargo, el efecto sobre el terreno fue muy diferente. Como tan a menudo sucede con las intervenciones del FMI, el éxito fue breve. Con el paso del tiempo la inflación volvió y la pobreza aumentó. El PNB per cápita cayó en picado de seiscientos dólares en 1980 a doscientos dólares en 1985^[41]. Los congoleños comían menos, la tasa de mortalidad infantil era alta. Las cebollas se vendían por cuartos^[42].

¿Reducir el tamaño del sector público? El número de funcionarios se rebajó de 444 000 a 289 000; el número de profesores de 285 000 a 126 000^[43]. En efecto, así se controlaba la inflación, pero miles de familias se quedaron sin ingresos. La Administración pública y la educación eran los dos principales empleadores del país.

¿Moderar el gasto? Se redujeron las ayudas estatales a la enseñanza y a la sanidad, por lo que de repente personas que carecían de recursos tenían que pagar de su propio bolsillo tanto la escolarización de sus hijos como sus visitas al médico. Aunque aquello no se reflejara en los gráficos, fueron los más pobres los que tuvieron que cargar con la bienintencionada actuación del FMI, mientras que Mobutu pudo mantenerse firme en el poder gracias a ese apoyo internacional^[44].

¿Tomar medidas para impulsar el comercio exterior? El hecho de que Mobutu no utilizara los créditos para restablecer las infraestructuras significaba que el Zaire dependía aún más de la importación. Por ejemplo, el país lo tenía todo para convertirse de nuevo en un importante productor de café, pero la gente de las ciudades bebía solo café soluble importado. No es de extrañar, puesto que en aquel momento quedaban menos de veinte mil de los ciento cuarenta mil kilómetros de carreteras transitables en 1960^[45]. El FMI quería sanear el Estado, pero lo desmanteló. El Zaire quedó reducido a un mercado de consumo y lo seguiría siendo durante décadas.

En 2008 pasé una tarde entera en el viejo puerto de Boma contemplando el río Congo. Las golondrinas zigzagueaban sobre el agua. Los pescadores remaban en piraguas para revisar sus redes. Podría haber sido 1890 hasta que vi pasar un enorme buque carguero. Procedía de Matadi y navegaba hacia el océano. El buque sobresalía mucho del agua. Además de la hélice, incluso podía verse la quilla. Estaba vacío, completamente. Aparte de contenedores vacíos no transportaba nada. Pensé en Edward Morel, que un siglo antes había visto en el puerto de Amberes cómo los barcos llegaban del Congo cargados de caucho y del marfil y cómo volvían a zarpar sin nada. Ahora sucedía justo lo contrario. Los barcos que abandonaban el Congo no

llevaban ninguna carga. Para Morel, la diferencia entre los barcos que sobresalían del agua y los que se hundían en ella era una prueba de que en el Estado Libre no se practicaba el comercio, sino el saqueo. La diferencia en la línea de flotación que yo vi sugería que el libre comercio, impuesto brutalmente durante décadas por los profetas de las instituciones económicas internacionales, también podía ser una forma de saqueo.

En la década de 1980, Mobutu se convirtió en un hombre cansado y sombrío que parecía disfrutar muy poco con sus obligaciones. Tras la muerte de su madre y de su primera esposa, no quedaba nadie en su entorno directo que tuviera control sobre él. Su nueva esposa, Bobi Ladawa, y la hermana gemela de esta, también amante de Mobutu, nunca tuvieron la misma influencia que *mama Yemo* y *mama présidente Marie-Antoinette*, su primera esposa. Mobutu estaba muy apegado a su vieja y enérgica madre. Su muerte lo dejó profundamente abatido. Su esposa Marie-Antoinette era además una mujer con una fuerte personalidad que siempre se había negado tozudamente a renunciar a su nombre cristiano. Durante mucho tiempo había moderado las locuras de su marido. Para colmo de males, Mobutu había despedido a Bisengimana, su jefe de gabinete, y su médico estadounidense se había marchado.

Mobutu se convirtió en un hombre solitario, cada día más melancólico. Parecía ser víctima del deseo de cometer excesos que suele caracterizar a aquellos a los que la vida ya no reserva ninguna sorpresa. En Europa compraba una lujosa propiedad tras otra. Poseía una docena de castillos, locales y residencias en los barrios acomodados de Bruselas, Ukkel y Sint-Genesius-Rode. Tenía un apartamento de lujo de ochocientos metros cuadrados en la avenida Foch de París, era propietario del castillo de Savigny, cerca de Lausana, poseía un palacio en Venecia, una suntuosa villa en la Riviera francesa, una finca con caballos de silla en el Algarve, además de una serie de hoteles en el África occidental y en Sudáfrica, así como su lujoso yate en el río Congo^[46]. Sin embargo, la más desconcertante de todas sus posesiones era, sin lugar a dudas, Gbadolite. En su región natal, cerca de la frontera con la República Centroafricana, hizo construir una ciudad en medio de la selva, con bancos, una oficina de correos, un hospital bien equipado, un hotel ultramoderno y una pista de aterrizaje en la que podía tomar tierra el *Concorde*. (Zizi: «Sí, siendo periodista volé en una ocasión desde Gbadolite con el *Concorde* a Japón».) Allí mandó levantar una catedral, cuya cripta debía convertirse en el panteón familiar, y una aldea china con pagodas y chinos importados. La joya de todo eso era el fastuoso palacio de Mobutu, una casita de quince mil metros cuadrados. Las puertas de caoba tenían siete metros de altura y estaban taraceadas con malaquita. Las paredes estaban cubiertas con mármol de Carrara y con telas de seda. Candelabros de cristal, espejos venecianos, muebles Imperio..., ningún lujo era demasiado. Había *jacuzzis*, salas de masaje, una piscina y una peluquería. La señora Mobutu tenía un guardarropa de cincuenta metros

de longitud en el que colgaba una vasta colección de alta costura francesa compuesta por un millar de creaciones. Debajo del edificio, miles de botellas de los mejores vinos franceses acumulaban polvo (si es que no se avinagraban en el clima tropical), había una discoteca para los niños y un refugio atómico para la familia^[47]. Las fuentes del parque manaban incesantemente y por las noches se iluminaban (en una región en la que apenas había electricidad). En su palacio, Mobutu organizaba banquetes oficiales para miles de invitados, donde el champán rosado, su bebida favorita, corría generosamente mientras los cochinitos sonreían en las bandejas con una naranja en la boca.

«Hacía venir a los más grandes *chefs* de Francia y Bélgica», me contó Kibambi Shintwa, un hombre que seguía manteniendo su nombre «auténtico». Desde 1982 trabajaba como reportero al servicio de la *présidence* y tuvo ocasión de observar de cerca a Mobutu. «Después de años de duro trabajo, empezó a tomárselo con un poco más de calma. Disfrutaba de la buena comida y de los buenos restaurantes. Aunque también le complacía mucho dar. Era en extremo generoso.» No obstante, aquella generosidad cumplía una función. «Todo el tiempo sentía la necesidad de recordar a otros que él era el jefe. Quería demostrar su poder.»^[48]

Era tal la corrupción de Mobutu que, de repente, empezó a usarse de nuevo una palabra inglesa olvidada: *kleptocracy*, cleptocracia. El inolvidable Jamais Kolonga la vivió en primera persona. Tras su breve aventura como propietario de un aserradero, empezó a trabajar en Miba, la empresa nacional de diamantes de Kasai. «Sí, pero visité a menudo Gbadolite. Acompañé muchas veces al jefe de Miba, Jonas Mukamba, cuando iba a ver al presidente. Cada vez tenía que llevar un maletín y entregárselo al presidente cuando lo saludaba. ¡Tenga! Un maletín lleno de diamantes.»^[49] Sin embargo, la cleptocracia era solo una parte de la historia. También había una «regalocracia»: Mobutu robaba para repartir y de este modo afianzar su popularidad. Nadie se iba de Gbadolite con las manos vacías, se solía decir. Unos cientos de dólares, una maleta llena de dinero, una caja de cigarrillos llena de diamantes, Mobutu siempre tenía algún regalo preparado para sus visitantes.

El «mobutismo» y su correspondiente culto a la persona habían puesto claramente en evidencia que la vanidad de Mobutu no conocía límites. De los setenta y nueve billetes de banco que se emitieron durante su régimen, setenta y uno llevaban su retrato^[50]. Sin embargo, en la década de 1980 su narcisismo adquirió unos rasgos claramente patológicos. Nadie podía saberlo mejor que el sastre flamenco Alfons Mertens. Lo entrevisté en un barrio residencial de la provincia de Amberes. Este sencillo padre de familia no era el tipo de hombre que hubiera esperado vivir de cerca la historia mundial. Pero trabajaba para Arzoni en Zellik (cerca de Bruselas), la empresa que confeccionaba los *abacosts* más elegantes del mundo y que en Zaire se convirtió en una marca como Dior o Versace. Mertens era tan buen sastre que en 1978 fue nombrado modisto privado de Mobutu.

Entre 1978 y 1990 viajé en más de cien ocasiones a Kinsasa. Me alojaba en el Intercontinental. Mobutu me llamaba para que tomara las medidas a los pilotos y a las azafatas de Air Zaire, o a los generales de su ejército. Cuando su hijo fue ascendido al rango de subteniente, tuve que diseñar un uniforme de gala y un traje de gala para todos sus compañeros de clase, veintisiete piezas. A menudo vestí al propio Mobutu, incluso con ropa de civil. Su esposa o su amante elegían la tela, mi jefe dibujaba el patrón y yo tomaba las medidas. Siempre elegían telas muy caras, como la seda natural o la seda salvaje. Las medidas de Mobutu no cambiaban mucho. Era un hombre alto, medía casi un metro ochenta, nunca tuvo una talla superior a la 54. Era un hombre apuesto. Costaba un poco conseguir su confianza, pero después era una persona amable.

En 1983, Alfons Mertens recibió el encargo más ostentoso de su carrera. «Me pidieron que confeccionara uniformes nuevos para todos sus generales, y para el propio Mobutu cuatro uniformes de gala, dos negros y dos blancos. Sus generales habían propuesto proclamarlo mariscal y yo me puse manos a la obra.» Mobutu, comandante en jefe del ejército, que durante la sublevación en Shaba había hecho un mal papel, conseguiría ahora el rango poco frecuente de mariscal. Por supuesto, la idea había sido suya.

Mertens me mostró fotos de la ceremonia y me dio explicaciones sobre su creación. «Mire, ese cuello, esa cintura y los puños, estaban adornados con auténtico hilo de oro. Esta cadena, también. Todo se confeccionaba a mano. En las mangas llevaba dos barras de siete estrellas. Eran de oro macizo, procedente de Francia.»^[51] En su quepis lucía una escarapela con el escudo: *Paix Justice Travail*, a pesar de que en su país no había ni paz, ni justicia, ni trabajo. Las fotos de la ceremonia de su investidura como mariscal dan fe de una ostentación nunca vista. Se ve a Mobutu con guantes blancos y sosteniendo un cetro. Se pasea en un Mercedes descapotable y saluda al pueblo con la mano. Pasa revista a las tropas, los magistrados y los altos funcionarios y pronuncia un discurso desde un baldaquín. Todos los mariscales necesitan un lema, le contó a la nación en aquella ocasión. El suyo sería: *Toujours servir*. Servir siempre. Ni siquiera resultaba ya grotesco. Era el punto más bajo y triste de una locura descontrolada.

Pero ¿nadie protestaba? En diciembre de 1980 un grupo de trece diputados tuvo la osadía de enviar una carta de cincuenta y dos páginas al presidente, en la que le pedían cambios políticos. Su cabecilla era Étienne Tshisekedi, un antiguo colaborador de Mobutu que había redactado la Constitución de 1967 y que había ocupado diversos puestos como ministro y como embajador. Al igual que todos los que tenían un apellido que empieza por «Tshi», era un muluba de Kasai. Su tozudez era legendaria.

Hace ya quince años que le obedecemos. ¿Qué no hemos hecho en todo este tiempo para complacerle? Cantar, bailar, animar..., hemos conocido todas las formas de humillación, todas las formas de agravio a las que ni siquiera la colonización nos había sometido. Y todo ello para que a usted no le faltara de nada para poder realizar, aunque solo fuera a medias, el modelo social que nos había propuesto. ¿Lo ha conseguido? Por desgracia, no.

Después de quince años de poder, un poder que ha ejercido sin compartirlo, nos encontramos con dos campos absolutamente divididos. Por un lado, algunos privilegiados escandalosamente ricos. Por otro, la masa popular que vive en la más oscura miseria y que solo cuenta con la caridad internacional para sobrevivir como puede. ¡Y cuando esa caridad llega al Zaire, esos mismos ricos se ponen de acuerdo para malversarla en detrimento de las masas! [...]

Citoyen Président-Fondateur, este análisis juicioso demuestra que nuestra sociedad se enfrenta a un grave problema. Ha dicho usted muchas veces que un auténtico jefe es alguien que reconoce sus errores. Usted lo ha hecho a menudo. Sin embargo, lo terrible es que no siempre asume usted las consecuencias de esos errores. Y lo peor de todo es que da un paso hacia delante y tres hacia atrás^[52].

Hacia mucho tiempo que Mobutu no escuchaba unas palabras tan francas. El grupo de trece fue detenido y enviado al interior del país; sin embargo, en 1982 algunos de sus miembros fundaron la UDPS (Union pour la Démocratie et le Progrès Social), un partido ilegal de la oposición que quería desafiar al Estado de partido único del MPR. Se convertiría en otro clavo en el ataúd de Mobutu.

Hablé de ello con Raymond Mukoka, que estuvo implicado desde el principio. Ayudó a escribir la carta de los diputados.

Los signatarios fueron condenados a quince años de exilio. Y aunque yo no la había firmado, como coautor me enviaron primero a la zona de Ituri y después a Kasai. ¡Y encima debía pagarles la comida y el salario a mis guardias! Recibíamos ayuda de Amnistía Internacional y de la Iglesia católica, que con sus radioteléfonos podían mantener informada a mi familia. *Jeune Afrique* escribió sobre nosotros. En 1985 volví a la capital. La UDPS se formó en el exilio, al igual que los kimbanguistas. Algunos soñaban con un ala paramilitar, pero siempre nos mantuvimos fieles a la no violencia. Tshisekedi decía: «La pluma y la palabra, esas son nuestras armas». En 1987 Mobutu nos invitó a Gbadolite. Nos dijo: «Uníos al MPR». Nosotros le contestamos: «¡No!». A lo que él respondió: «Entonces, participad en los órganos del MPR». Nos abrió el comité central, nos ofreció puestos de ministro o cargos directivos en empresas estatales. Muchos aceptaron, pero yo no quise, al igual que Tshisekedi^[53].

Mobutu amordazaba a sus críticos con regalos y uno de sus favoritos era un cargo ministerial. Una carrera política era algo lucrativo y casi nadie la rechazaba. Entre 1965 y 1990 asumieron funciones nada menos que cincuenta y un gabinetes, cada uno de ellos con unos cuarenta ministros^[54]. Los reajustes de Gobierno, que solían realizarse más o menos cada medio año, impedían que alguien pudiera hacerse con un poder real y ofrecían al siguiente grupo la ocasión de comer a costa del Estado durante medio año.

Mobutu no tenía rival como intrigante político. «No le gustaban las reuniones de grupo —me dijo Zizi—, prefería siempre las conversaciones a solas, las consultas privadas, que le permitían enfrentar entre sí a responsables del Gobierno. Era capaz de despertar un odio terrible entre las personas.» Mobutu disponía de todo un arsenal de técnicas para ganarse a la gente. Era encantador, simpático y divertido, aunque también podía ser impertinente, astuto y vil. Utilizaba conscientemente esas dos caras: un día podía mostrarse amable y jovial y al siguiente frío y distante. Kibambi Shintwa me habló de ello: «Mobutu era múltiple, escurridizo, resultaba difícil saber qué pensaba. Era caprichoso. Cambiaba cada día. Ante todo quería demostrar que

nadie podía burlarse de su poder. Era algo a lo que se aferraba, como un animal a su presa».

En algunas ocasiones podía humillar en público a personas que gozaban de su protección, mientras que en otras era capaz de perdonar a quienes habían caído en desgracia, como el antiguo primer ministro Nguza Karl I Bond, y permitirles regresar a Kinsasa. El propio Nguza aceptó volver, por lo que perdió toda su credibilidad. No obstante, durante un tiempo se había convertido en la esperanza de la oposición clandestina. De este modo, Mobutu usaba a sus detractores para sus propios fines y los del MPR, y triunfaba como un jefe de poblado sabio y generoso.

Otro privilegio del jefe tradicional al que recurría Mobutu era el *droit de cuissage*, su *jus primae noctis*. Zizi me explicó lo siguiente a este respecto:

Cuando Mobutu salía de gira por el país, los jefes locales le ofrecían siempre una virgen. Era un gran honor para la familia que una muchacha perdiera la virginidad por el jefe supremo. Esa costumbre existía desde antiguo, pero Mobutu iba mucho más lejos. No dudaba en utilizar a las mujeres para sus juegos de poder. Utilizaba a mujeres de su provincia para lograr sus objetivos políticos. Se acostaba con las esposas de sus ministros para sonsacarles secretos con los que poder humillarlos. Cuando tenían que ir a Gbadolite, los ministros nunca se llevaban consigo a sus mujeres, sino a una sobrina. Eso les parecía menos grave... Mokonda era jurista y un estrecho colaborador de Mobutu. Tenía una mujer muy guapa. Un día, Mokonda estaba reunido con Mobutu en Gbadolite. Lo que no sabía aquel es que en la habitación contigua dormía su propia esposa. El presidente la había hecho venir en un *jet* privado. Mobutu, decíamos, es multipolígamo. Ha roto muchísimos matrimonios.

Las intrigas políticas y sexuales eran solo la punta del iceberg. Cuanto más se retiraba Mobutu en su yate o a su palacio, más quería saber lo que sucedía en el país. En la década de 1980 los servicios de inteligencia eran tan importantes como los de propaganda de la década de 1970. Mobutu disponía de media docena de servicios que trabajaban con fines opuestos, pues también en este caso su lema era: divide y vencerás. Había muchísimos espías. Los hombres desconfiaban de sus esposas; las madres, de sus hijos; las hermanas, de sus hermanos. Mobutu tenía confidentes en todas partes, incluso en Bélgica. La paranoia se generalizó. Los ministros que eran invitados a comer con el presidente fingían seguir dietas estrictas o sufrir dolores de estómago por temor a ser envenenados. Otros se traían la comida de casa^[55]. Se rumoreaba que en Kinsasa había un canal que iba desde el palacio presidencial, en Mont Ngaliema, hasta el río; los opositores eran arrojados a los cocodrilos como alimento en ese canal. Incluso los diplomáticos belgas dejaron de pronunciar el nombre de Mobutu entre ellos. Durante las reuniones hablaban de *Jefke van den Bergh*: José de la Montaña. La montaña, en este caso, era Mont Ngaliema.

Se instauró un auténtico régimen de terror en el que reinaba la arbitrariedad y contra el cual no se podía hacer nada. En una de mis primeras estancias en el Congo, en 2005, estuve en contacto con la señora A., una mujer mayor que había sido presentadora. Durante una cena me contó la inverosímil historia de su vida.

Mi marido era redactor jefe del telediario. Teníamos cinco hijos. Era un hombre apuesto. La cuñada de Mobutu lo vio en la pantalla y se encaprichó con él, quería tenerlo, aunque estuviera

casado. Una noche se presentaron militares armados delante de nuestra puerta mientras cenábamos. Mi marido tuvo que acompañarlos. A mí me dijeron: «Si no guardas silencio, tú y tus hijos acabaréis en el *fleuve* a la altura de Kinsuka». En el trabajo me aconsejaron: «No intentes hacer nada, no se lo ha llevado cualquiera». No volví a verlo nunca más. Mobutu le ofreció puestos de embajador en Togo, Argentina, Austria e Irán. Falleció en 1995, entonces era embajador en Sudáfrica. Mucha gente en Kinsasa conoce esta historia, pero son pocos los que saben que también es la mía^[56].

Los servicios de seguridad de Mobutu fueron tan despiadados que incluso hoy la señora A. desea mantener su anonimato. Sobre todo la DSP, la Division Spéciale Présidentielle, adquirió una siniestra reputación. Se trataba de una división de algunos miles de militares especialmente adiestrados, bien remunerados y oriundos de la región natal de Mobutu. ¡El gran unificador del país se había vuelto tan neurótico que prefería confiar su guardia pretoriana a hombres de su propia tribu! Se trataba de un ejército dentro del ejército compuesto por hombres leales e implacables. El núcleo duro estaba integrado por *les hiboux*, los búhos, llamados así porque se llevaban a la gente de noche y en silencio. Los opositores o supuestos opositores eran arrestados y retenidos sin ningún tipo de juicio en cárceles inmundas y sin comida. Como en todas partes, también en el Zaire la mente humana fue singularmente creativa a la hora de idear torturas. Entre ellas estaba «el pescado», que consistía en colgar boca abajo al preso, con las manos atadas a la espalda, antes de sumergirlo en una cuba. O «el boeing», en el que izaban al preso con poleas, lo apaleaban y después dejaban que cayera como en un «bache aéreo». O «el mecanógrafo», en el que metían tacos de madera entre los dedos del preso que luego apretaban hasta aplastárselos. O «el cascanueces», en el que sujetaban los pies del preso con cuñas de madera húmeda y después lo sentaban al sol; al secarse, esta le destrozaba los huesos del tarso^[57]. O le aplicaban electrochoques en los genitales y le apagaban cigarrillos en los labios. Amnistía Internacional inició una campaña de protesta e intentó calcular la amplitud de las violaciones de los derechos humanos; sin embargo, nunca se averiguó el número exacto^[58]. Al igual que en la época colonial, algunas personas fueron desplazadas a las tierras del interior. Otras desaparecieron sin dejar rastro.

Pierre Yambuya, el piloto de helicóptero que vendía su queroseno, llevó a cabo misiones secretas en varias ocasiones. Tenía que sobrevolar el río Congo o un lago mientras desde la bodega los comandos lanzaban sacos al vacío; él pudo ver que contenían cadáveres. «Desde marzo hasta octubre de 1983 realicé cuatro de esas misiones, en las que se lanzaba una carga cerca de los rápidos de Kinsuka. Hasta donde yo sé, ese tipo de vuelos se llevaban a cabo al menos una vez por semana.» A veces ni siquiera se tomaban la molestia de matar a los opositores. Un día, Yambuya tuvo que aterrizar su *Alouette* en el *Kamanyola*, el yate presidencial. Yambani, un guardaespaldas de Mobutu, entró con dos hombres esposados y dos comandos. Mobutu estaba presente.

Volvimos a elevarnos y Yambani me indicó la dirección. En un determinado momento me pidió que subiera hasta los mil metros de altitud. Miró a su alrededor para comprobar que no hubiera señales de vida en un amplio radio —a no ser que fueran cazadores que estaban en el bosque— y,

acto seguido, ordenó a los dos comandos que se sujetaran bien con sus cinturones. Aquellos acataron su orden y, después, abrieron la puerta derecha de la parte trasera del helicóptero. Empujaron fuera al primer preso, que apenas tuvo tiempo de protestar. El segundo preso empezó a llorar y a pedir clemencia, pero también lo echaron fuera, en caída libre, sobre la selva^[59].

En Kinsasa el ambiente represivo provocó una oleada de rumores en la que las mentiras se mezclaban con la verdad. Aquella radio macuto recibió el nombre de *radio-trottoir*^[e76], puesto que los medios de comunicación oficiales solo emitían propaganda del Estado. La calle se convirtió en el lugar para la sospecha y el sarcasmo. En los cruces donde aparcaban los taxibuses se vendían cómics clandestinos y pinturas populares. En Kinsasa se desarrolló una viva cultura visual. En hojas multicopiadas o en lona rudimentaria se abordaban temas sociales, políticos y morales sin declarar abiertamente opiniones a favor o en contra. Los dibujantes y pintores representaban con hábil ironía la vida en la gran ciudad y bajo la dictadura. A menudo, los temas eran ambiguos: los artistas se recreaban retratando el pecado y se mofaban de todo lo sagrado. Las escenas recordaban a las de El Bosco o a las de Pieter Bruegel el Viejo.

Los jóvenes que odiaban el mobutismo desarrollaron una forma muy particular de crítica social. Para ello no recurrían a las palabras o a las imágenes, sino a la ropa. El traje del *évolué* estaba prohibido, el *abacost* les parecía anticuado. Por ello se vestían con flamantes y vistosos atuendos. Ahorraban dinero e importaban ropa de marca carísima de tiendas de la avenida Louisalaan en Bruselas y de la plaza Vendôme de París, o al menos eso afirmaban. Bautizaron su movimiento con el nombre de La Sape (*Société des Ambianceurs et Personnes d'Elégance*, es decir, Sociedad de Creadores de Ambiente e Iniciadores de Tendencias). El músico Papa Wemba, un joven de la clase obrera convertido en estrella, era su papa, Le Pape de la Sape. Se trataba de un movimiento muy extraño. A primera vista parecía ridículo que en tiempos de crisis un hombre se paseara por Kinsasa con unas llamativas gafas de sol, una camisa de Jean-Paul Gaultier y un abrigo de piel de visón, pero el materialismo de los *sapeurs* apuntaba a una crítica social, como el *punk* en Europa. Representaba una profunda aversión hacia la miseria y la represión que conocían y les permitía soñar con un Zaire libre de preocupaciones. El materialismo constituye una de las señales más extendidas de la pobreza. La Sape proyectaba éxito, visibilidad, llamaba la atención, se marcaba un tanto. Sus integrantes entraban en las discotecas combinando chic, choc et cheque. El auténtico *sapeur* era *supercool*: se movía y hablaba con total dominio de sí mismo, invitaba a los amigos a cerveza y, con un solo chasquido, seducía a las chicas. Era un *dandy*, un *playboy*, un *snob*. El lujo significaba prestigio. No se despreciaba al *sapeur*, se le respetaba. Sus extravagancias proporcionaban algo de esperanza a muchos jóvenes que vivían en la pobreza.

Zizi era ya demasiado mayor para eso. «Mobutu dio una gran fiesta en la que actuaron Franco y Tabu Ley. El atuendo de los invitados era un abacost con la insignia del MPR prendida del cuello. Sin embargo, los hijos de Mobutu eran fans de

Papa Wemba. Vestían pantalones anchos y camisas con cuellos aparatosos. ¡Eran dos mundos separados! La Sape era realmente la música de los jóvenes que consideraban que pertenecían a una nueva generación y que se rebelaban contra sus padres. Papa Wemba se negaba a hablar de política. Su música no estaba hecha para escucharse con atención, sino para bailar. Era música entendida como anestesia.»

Una generación entera creció en un mundo lleno de pobreza y de miseria. La música ofrecía una válvula de escape, pero el deseo de estudiar seguía estando muy generalizado. Aunque las aulas universitarias se cayeran a trozos, aunque los profesores hicieran pocas veces acto de presencia, aunque no hubiera materiales de estudio y las hojas multicopiadas se desintegraran, semana tras semana las clases se hallaban abarrotadas de jóvenes que pensaban que un título universitario los podría sacar del barro. La sed de conocimiento y de títulos era enorme, y desde entonces nunca ha disminuido. Sin embargo, el nivel de enseñanza era bajo y la corrupción aparecía en todas las esferas. Para muchos profesores mal pagados, todo era negociable. Muchas estudiantes ofrecían servicios sexuales a cambio de una buena nota. «Muchas de las jóvenes no solo consideran su cuerpo como una fuente de belleza, además piensan que este tiene que convertirse en una fuente de beneficios», escribía, preocupado, un profesor de filosofía moral. El fenómeno se extendió incluso a la educación secundaria. Había directores de escuela, cuadros de partidos y magistrados que presumían de tener *une série 7*, una adolescente nacida en la década de 1970^[60]. «Muchos colegios femeninos se han transformado en viveros sexuales para los dirigentes de la clase politicoadministrativa que salen de sus despachos antes de la hora reglamentaria y se mezclan con las hileras de coches que esperan a los niños a la salida de clase. Las noches suelen empezar en un restaurante en el barrio obrero con pollo o pescado a la brasa y mucho *piri-piri* y acaban de madrugada en cualquier hotelucho, al amparo de la oscuridad de las noches tropicales.»^[61]

Para hacer frente a la crisis surgió una nueva economía paralela en la que el microcomercio ocupaba un lugar central. Las mujeres asaban un pollo a primera hora de la mañana y se iban con él al mercado. Las señoras de buena posición que habían podido hacerse con unos elegantes zapatos de tacón alto procedentes del extranjero los vendían en su barrio. Los enfermeros que trabajaban en el hospital se llevaban un *blíster* de medicamentos a casa para revenderlo. Los pilotos robaban algunos bidones de queroseno. Los funcionarios regateaban sobre cada papel que debían sellar. Los agentes se alegraban de las infracciones de tráfico. Siempre se podía llegar a un «acuerdo». Todo tenía un precio. *Madesu ya bana*, decían, alubias para los niños, siguiendo la tradición del *matabiche* y el *baksheesh*, el soborno: el esperanto de los desesperados.

En respuesta a un Estado que se desentendía de los ciudadanos, estos le pagaban con la misma moneda. Es lo que se denominaba el *Article 15*, según un artículo

ficticio de la Constitución zaireña que indicaba: *Débrouillez-vous!*. ¡Espabilense! Con mucha frecuencia se trataba de actividades ilegales (contrabando, robo, fraude), pero ¿qué significa «ilegal» cuando el propio país es criminal? La corrupción del pueblo era la mejor manera de contrarrestar la de los dirigentes, puesto que de todas formas, más arriba, los impuestos debidamente pagados acabarían desapareciendo. Además, el propio Mobutu Sese Seko había insinuado que hacía la vista gorda, ¿no es cierto? Durante un gran mitin en el estadio de fútbol de Kinsasa había dicho: «Si tienes que robar, roba un poco y deja un poco para la nación»^[62].

Tendría que haberse callado. En aquellos años entre el 30 y el 60 por ciento de la cosecha de café se sacaba de contrabando del país lo que entre 1975 y 1979 equivalió a trescientos cincuenta millones de dólares. El 70 por ciento de los diamantes, el 90 por ciento del marfil, toneladas de cobalto y hectolitros de gasolina cruzaban las fronteras sin ser vistos^[63]. El país tenía más agujeros que un colador y el Estado perdía muchos cientos de millones. Todo se iba yendo poco a poco, tal como había pedido el presidente, hasta que no quedaba nada. «La cucaracha puede comerse un pan de mandioca entero, valiéndose únicamente de sus dienteitos», decía la gente^[64]. Era la única manera de sobrevivir. Gracias a la economía sumergida la gente podía pagar a los profesores y a los enfermeros. El país avanzaba sobre ruedas cuadradas, pero lo hacía.

Por supuesto, aquella economía basada en el pillaje no podía perdurar. El Congo estaba asistiendo a su propia canibalización. Nadie se preocupaba ya del Estado. Los servicios postales habían dejado de funcionar, el agua y la electricidad escaseaban, había menos de una línea de teléfono por cada mil habitantes^[65]. El país estaba siendo *cadavéré*, como decía una canción de Zao. En el río, los barcos se convertían en poblados que flotaban lentamente y que quizá algún día llegaran a su destino. Air Zaire, la compañía aérea nacional y orgullo de antaño, recibió el sobrenombre de *Air Peut-Être*^[e77], con el eslogan *La seule chose au Zaïre qui ne vole jamais*^[e78]. El humor era el mejor remedio.

«Mobutu, Reagan y Mitterrand dan la vuelta al mundo a bordo del *Concorde* — así empezaba el mejor chiste de la era Mobutu—. Reagan saca la mano por la ventana y dice: “Creo que estamos sobrevolando América”.» «¿Cómo lo sabes?», le preguntan los otros dos jefes de Estado. «Acabo de acariciar la estatua de la Libertad», les contesta Reagan. Poco después, Mitterrand saca su mano. «Creo que ahora sobrevolamos Francia», dice de inmediato. «¿Cómo lo sabes?», le preguntan Reagan y Mobutu. «Acabo de acariciar la torre Eiffel.» Por último, Mobutu saca la mano por la ventanilla. «Estoy seguro de que sobrevolamos Zaire», les comunica a los otros dos pasajeros. «Pero ¿cómo lo sabes?», exclaman ellos, «Zaire no tiene torres, ¿verdad?». «No, les contesta Mobutu, “pero me acaban de robar el reloj de pulsera”.»^[66]

La crisis cambió las relaciones entre hombres y mujeres. Muchos hombres perdieron su empleo y se sentían humillados porque ya no podían mantener a su familia, por no hablar de mantener a su amante. Eran más pobres que sus padres y a menudo debían recurrir a ellos en busca de dinero. Antes, el hombre era el sostén de la familia, el que tenía un puesto de trabajo; ahora la mujer era la que garantizaba los ingresos del hogar. Un director de escuela de Kikwit me contó: «Nos acabábamos mi salario en dos días. Era una miseria. A menudo ni siquiera nos pagaban. Mi mujer tenía un puesto en el mercado grande. Vendía jabón, azúcar y sal. Esa era la principal fuente de ingresos de nuestra familia. En aquellos años muchas mujeres ganaban más que sus maridos. A veces los abandonaban. Las jóvenes se iban a estudiar y se independizaban»^[67].

La economía sumergida, por dura e imprevisible que fuera, ofreció nuevas oportunidades a las mujeres. Algunas de ellas se volvieron más combativas. Las vendedoras de mandioca del Kivu, unas sencillas campesinas, ya no aceptaban que los agentes y funcionarios locales se inventaran cada vez nuevos impuestos cuando ellas acudían al mercado con sus cestas. Hicieron que su protesta llegara hasta el gobernador provincial^[68]. En Bukavu, Régine Mutijima, directora de una escuela católica femenina, constató que la política de recortes del FMI y del Banco Mundial provocaba abusos.

En 1983, Kengo wa Dondo era el primer ministro e impuso unos recortes draconianos. Incluso eliminó el permiso por maternidad de las profesoras porque supuestamente no había dinero, mientras que al mismo tiempo estaban robando dinero público a mansalva. Yo estaba al frente de la Association des Femmes Enseignantes de Bukavu. Una profesora canadiense me habló de Gandhi. Leí sus escritos y los de Martin Luther King, así como los de Lumumba y Nkrumah, pese a que estaban prohibidos. También leí la revista prohibida *Jeune Afrique*. En 1986 una de mis compañeras murió después de parir. Había seguido trabajando hasta el mismo día del parto, su bebé apenas pesaba 1,7 kilos, menos que un conejito. Nunca vi nada parecido. Decidí organizar una sentada. Fuimos en grupos pequeños a la oficina de cobros de Educación. Participaron tres cuartas partes de las maestras. A las diez en punto todas nos sentamos. Nos podían disparar, eso lo sabíamos, pero queríamos que la ciudad se paralizara. Por la noche me arrestaron. Un Land Rover lleno de militares me llevó al ayuntamiento. Yo solo llevaba un camisón. Allí estaban todos: el alcalde, el jefe de la seguridad del Estado, el cabecilla del MPR, el comisario de Educación, el patrón del barrio. Ahí estaba yo: una mujer frente a cincuenta hombres. Me insultaron uno por uno y yo no dejaba de pensar en aquel bebé de 1,7 kilos, aquel conejito, en su madre, *madame* Rumbasa, una buena compañera de trabajo, que había muerto porque no le habían dado permiso de maternidad. Me enfurecí. Exploté. Le grité al alcalde. Tenía un nudo en la garganta, era la segunda vez en mi vida adulta que lloraba. Y estaba tan enfadada que, después del sermón que solté, nadie dijo nada. Yo me quedé muy tranquila. Hacia la medianoche el alcalde me acompañó a casa en su Mercedes^[69].

Constituyó una excepcional muestra de valentía. Régine no fue procesada, sino que le permitieron ir a congresos de Nsele y Gbadolite a hablar sobre el problema de la juventud. No obstante, no todo acababa siempre tan bien. Al otro lado del país, Thérèse Pakasa trabajaba de cajera en una tienda de comestibles de Kinsasa. Se había puesto en contacto con Gizenga, el vicepresidente de Lumumba, que vivía en el exilio en Brazzaville y que procedía de su región. También leyó a Lumumba y la

Declaración Universal de los Derechos Humanos. Le hervía la sangre cuando pensaba en la situación de su país. «Quería organizar una manifestación, pero ¡la gente tenía miedo! Encontré solo a tres mujeres dispuestas a participar. Una vendedora de pan y dos amas de casa. Confeccionamos una pancarta y redactamos panfletos. El 23 de julio de 1987 empezamos a marchar por el bulevar 30 Juin, a la altura de la embajada belga. Llevábamos la vieja bandera azul del Congo.»

Cuatro mujeres sencillas que arriesgaban la vida caminando por la gran avenida de la capital con una pancarta y una bandera prohibidas...

Al cabo de unos cientos de metros nos arrestaron. El servicio de inteligencia me mantuvo detenida durante un mes y medio. Me torturaron un poco, pero salí de allí fortalecida. Un año más tarde, lo volví a intentar, aquella vez con diez mujeres. Nos detuvieron de nuevo. Me golpearon y me enviaron al interior acompañada por una tropa de soldados. Cuando regresé a Kinsasa, me volvieron a meter en la prisión y arrestaron a mis hijos, incluso a mi bebé de dos semanas. No podían creer que una mujer hiciera aquello^[70].

La sangre manando de la cabeza de la mujer. La parte inferior del cuerpo de un arlequín. Las imágenes invernales de los rumanos atormentaban a Mobutu^[71]. El bloque del Este se hundía, la Guerra Fría llegaba a su fin. Dentro de poco los estadounidenses prescindirían de él como aliado. Mobutu debía su reino al temor hacia el comunismo, pero Marx se había convertido en un gigante con pies de barro. La lealtad en la lucha contra el peligro rojo ya no contaba, el respeto por los derechos humanos se había convertido en el nuevo principio. En una cumbre de países francófonos, el presidente Mitterrand hizo saber que Francia solo ayudaría a los países en desarrollo que asumieran los valores democráticos y que respetaran los derechos humanos. La era de Giscard d'Estaing había acabado.

Principios de 1990. Con la llegada de la nueva década parecía instalarse un cambio de clima político. En febrero, Nelson Mandela fue liberado, un acontecimiento mundial que llenó de esperanza a todo el continente. En Costa de Marfil, Benín, Gabón y Tanzania hicieron un llamamiento al multipartidismo. En el Congo-Brazzaville y Mali la dictadura militar se tambaleaba. La exaltación de la libertad llegó también al Zaire. Mobutu se dio cuenta de que ya no podía seguir ignorando a su pueblo.

Y decidió consultarlo, tal como había hecho el colonizador belga en 1958 y Leopoldo II en 1905. En ambos casos aquello produjo un cambio drástico, ¿qué sucedería ahora? Un grupo de encuestadores recorrió ciudad tras ciudad para organizar audiencias públicas. En todo el país los ciudadanos podían dar su opinión sobre el régimen de Mobutu y hasta podían expresar con libertad sus quejas. No debían temer ser perseguidos por ello. La primera audiencia se llevó a cabo en Goma, y Mobutu se presentó allí. Parecía dispuesto a que le llovieran algunas críticas constructivas, pues al fin y al cabo nadie es perfecto. Sin embargo, lo que cayó no fue una lluvia, sino un diluvio de quejas. El dictador acabó en medio de una tormenta tropical de descontento. Se levantaron unas ancianas, que le soltaron una andanada.

Su nuevo apodo en aquel momento era Mobutu Sesesescu... El periodista Kibambi Shintwa vio su reacción: “Mobutu no daba crédito a lo que oía y estaba profundamente decepcionado. Consideraba que el país se lo debía todo y se sentía tan dolido que se retiró. No quería enfrentarse a la verdad. No quiso volver a asistir a las siguientes audiencias”.

Los encuestadores hicieron su trabajo. Se compilaron más de seis mil informes, en su mayoría absolutamente destructivos. El presidente de la comisión fue a ver a Mobutu con una síntesis. Zizi recuerda cómo fue: “Mobutu se había encerrado en su yate, el *Kamanyola*. Convocó allí al cuadro político del MPR para deliberar. Estuvieron encerrados dos o tres días. También tuvo que acudir el Gobierno”. Incluso el ministro estadounidense de Asuntos Exteriores pasó por el yate para comunicar que Bush padre, a pesar de todos los lazos históricos de amistad, ya no podía seguir apoyándolo de manera incondicional^[72].

El 24 de abril de 1990, Mobutu tomó una decisión. Congregó a generales, magistrados, ministros, gobernadores provinciales, diputados y periodistas extranjeros en el centro de conferencias de Nsele, que desde hacía un cuarto de siglo se había convertido en el Vaticano del MPR. Protegido por una batería de micrófonos, Mobutu se dirigió a la sala, vestido con el uniforme negro de mariscal que Alfons Mertens le había confeccionado. Había oído la voz del pueblo; Zaire se democratizaría. Ante la sorpresa de todos, anunció el final del Estado de partido único. En adelante podrían existir tres partidos, habría espacio para una prensa y unos sindicatos libres y dentro de un año se celebrarían elecciones libres. «¿Y qué será del jefe del Estado en todo esto? —se preguntó Mobutu al final de su discurso—. El jefe de Estado está por encima de los partidos políticos. Será árbitro, más aún, será el recurso supremo. Les anuncio que, a partir de hoy, me retiro del *Mouvement Populaire de la Révolution* para que pueda elegirse un nuevo jefe...» Mobutu titubeó un instante, interrumpió su discurso y miró desconcertado hacia la sala que se había sumido en el silencio. Como un hombre que hubiera envejecido en un segundo, antes de alzar las pesadas gafas y secarse los párpados, pronunció las legendarias palabras: *Comprenez mon émotion*.

Las imágenes del discurso dieron la vuelta al país. ¿Lo habían entendido bien? ¿Se había acabado definitivamente la Segunda República? ¿Con un simple discurso, sazonado con algunas lágrimas de cocodrilo? ¿Un discurso tan banal como el mensaje de radio con el que Mobutu había tomado el poder en 1965? ¿Sin revolución, ni violencia callejera? Los jóvenes asaltaron los armarios de sus padres y buscaron corbatas entre la ropa vieja. Nadie sabía cómo se anudaban aquellas cosas. Pero ¿qué más daba? ¡Constituían el emblema de la libertad! Las muchachas se pusieron pantalones demasiado anchos y salieron entre risas a la calle. En este cambio, nadie tuvo que lanzar piedras, ni corear eslóganes. «Lo recuerdo bien —me dijo Zizi rememorando el día más ilusionante de su vida—. Aquella noche, las calles de Kinsasa estaban llenas de corbatas mal anudadas.»

LA AGONÍA OPOSICIÓN DEMOCRÁTICA Y CONFRONTACIÓN MILITAR

1990-1997

Régine y Ruffin vivían en Bukavu, una elegante ciudad a orillas del lago Kivu en la frontera con Ruanda, pero no tenían nada en común. Cuando Mobutu anunció el final del Estado de partido único, Régine contaba treinta y cinco años y Ruffin siete. Régine era directora de una escuela católica femenina, mientras que Ruffin empezaba a aprender a leer en una escuela católica en otro lugar de la ciudad. Unos años antes, Régine había organizado la sentada de profesoras. Cuando oyó que el MPR había perdido su poder absoluto no pudo evitar ponerse a bailar. Ruffin era demasiado joven para comprender el valor histórico de aquel cambio. Jugaba al fútbol con sus amigos y empezaba a soñar con una vida de sacerdote. Sin embargo, ambos se verían implicados en la caída del dictador, cada uno a su manera y en distintos momentos: Régine en 1992 y Ruffin en 1997, puesto que Mobutu se tomó su tiempo para caer.

Régine Mutijima creía que todo iría muy rápido. «Queríamos realmente que Mobutu dimitiera a raíz de las elecciones y que pudiera quedarse a vivir honorablemente en el país.»^[1] Sin embargo, entre 1990 y 1997, Mobutu se aferró al poder con una tenacidad y una astucia que nadie hubiese creído posibles. Fue la agonía de un dictador que arrastró al país en su caída.

En 1905, cuando Leopoldo II ya no pudo seguir negando las atrocidades que se perpetraban en el Estado Libre, tardó aún tres años antes de transferir el territorio conquistado al Estado belga. La actitud de Mobutu después de 1990 no pareció ser diferente. En un principio los resultados de la consulta popular le hicieron aflojar las riendas, pero después volvió a tirar de ellas. En lo que le concernía, aquellas elecciones no debían llegar demasiado pronto. En 1970, 1977 y 1984 había recurrido a su inventiva para conseguir ser reelegido, pero era consciente de que en 1991 ese truco ya no funcionaría. El genio democrático había salido de la botella. No obstante, consiguió mantenerse otros siete años en el poder, esta vez sin elecciones.

Régine sabía muy bien que Mobutu debía su poder a dos cosas: el dinero y la violencia. El dinero del extranjero, la violencia en el país. Pero ¿cuánto tiempo podía seguir aguantando ahora que se había acabado la Guerra Fría? El 12 y el 13 de mayo

de 1990, unas semanas después de su emotivo discurso, Mobutu ordenó reprimir *manu militari* una protesta estudiantil en Lubumbashi, pues los estudiantes volvieron a ser los primeros en salir a la calle. Para Occidente aquello fue la gota que colmó el vaso. Se habló de cientos de víctimas, pero la cantidad exacta nunca se supo (posteriormente, Régine se enteró de que quizá habían sido solo tres). Bélgica cerró el grifo de toda su ayuda humanitaria, Francia congeló las relaciones, Estados Unidos ya no necesitaba a Mobutu. Al principio de la década de 1990 los aliados extranjeros preferían no tener tratos con él. Incluso el FMI expulsó en 1994 al Zaire como miembro con derecho a voto.

Solo le quedaba la violencia. Sin embargo, el ejército no era de fiar y los servicios de seguridad habían perdido su influencia sobre la población, ahora que cada vez se permitían más cosas. La prensa oficial ya no controlaba los canales de información. Los periódicos del Estado con nombres «auténticos» como *Elima* y *Salongo* fueron reemplazados por nuevos diarios con nombres franceses como *L'Opinion*, *Le Phare* y sobre todo *Le Potentiel*. Esos periódicos no llegaban a Bukavu, donde vivía Régine, pero en la capital eran muy importantes. En los quioscos, a lo largo del bulevar Lumumba, se revivió el fenómeno de los *parlementaires debout*, los diputados de pie, unos grupos de desempleados que se congregaban en torno a los quioscos y que se pasaban el día comentando las primeras planas de los periódicos expuestos. Surgió un espacio público de ciudadanos críticos. El fundador de *Le Potentiel* se llamaba Modeste Mutinga: «Éramos totalmente independientes. Ni siquiera teníamos vínculos con otros movimientos de la oposición como la UDPS o la Iglesia. En Estrasburgo compré una prensa tipográfica de segunda mano. Solo más tarde, después del periodo de distensión de principios de la década de 1990, todo volvió a torcerse. Entonces la DSP quemó nuestras imprentas y las de otros periódicos. Lo redujeron todo a cenizas»^[2].

Aparte de los periódicos, la democratización utilizaba otras formas para expresarse. Entre el poder y las masas se desarrolló la *société civile*, formada por organizaciones sociales. Aparecieron cientos de nuevas asociaciones: de mujeres rurales, de taxistas, de monaguillos..., para el desarrollo agrícola, para la solidaridad laica, para el cuidado de los enfermos..., incluso asociaciones de presidentes de asociaciones^[3]. Los sindicatos proliferaban: en 1990 solo existían el sindicato del Estado, pero, en 1991 había ya ciento doce^[4]. Y como ya sucediera en la década de 1950, se produjo una explosión de partidos políticos. En un principio, Mobutu defendió el sistema tripartito, pero no tardó en aceptar un multipartidismo integral. De repente el todopoderoso MPR tuvo que aguantar a otros trescientos partidos grandes y pequeños. Los había incluso con un solo miembro. La noticia de la inminente abdicación hacía que algunos soñaran con alcanzar el poder. Mientras tanto, Mobutu observaba con preocupación: la proliferación de partidos confirmaba su temor a que se produjera una desintegración y una división. *If you can't beat them, join them*^[e79], debió de pensar y, en un intento por debilitar el poder de la oposición,

llegó incluso a pagar a ciudadanos para que fundaran un partido que predicara su ideario. Era lo que se llamaba burlescamente «partidos alimenticios» o «partidos taxi», puesto que todos sus miembros cabían en uno. ¿Era ese el «multipartidismo» que había prometido Mobutu? ¡Aquello era más bien el «multimobutismo»^[5]!

Finalmente, el intranquilo campo político se cristalizó en torno a dos polos: por un lado, la UDPS de Étienne Tshisekedi con sus socios, la denominada *Union Sacrée de l'Opposition* otro, el MPR y los leales a Mobutu se agrupaban en *mouvance présidentielle*, el movimiento presidencial. Entre ambos estaban los blandos. La Iglesia simpatizaba con la oposición, pero con frecuencia estaba dispuesta a hacer concesiones. Régine no tenía ganas de comprometerse. «Durante un tiempo fui miembro de la UDPS, cuando todavía era clandestina, pero no me sentía cómoda en la política. El año 1990 significó para mí más bien el nacimiento de la sociedad civil.»

La oposición consiguió una victoria muy importante cuando Mobutu aceptó la organización de una conferencia nacional. Con ello esperaba hacer un buen papel en el extranjero y obtener de nuevo el apoyo de sus aliados occidentales. Siguiendo la estela de una conferencia similar en Benín, que poco antes había reformado el país en diez días, la conferencia de Kinsasa pretendía reunir en el Zaire a representantes del pueblo para hablar del pasado y para perfilar el futuro. Aquella conferencia debía dar forma a la transición de la Segunda a la Tercera República; es conocida por el nombre que se le dio posteriormente: la Conferencia Nacional Soberana. En ella no iban a participar solo políticos y prominentes, también representantes de la sociedad civil, las asociaciones y las Iglesias. Aunque se celebrara en Kinsasa, habría delegaciones de todas las provincias. Todo se emitiría en directo tanto por la radio como por la televisión. Iba a ser una misa solemne de la democracia de base. En la lejana Bukavu, Régine se implicó: «Las maestras de Bukavu me dijeron: “¡Tienes que ir a Kin!”. Fue así como formé parte de la delegación de Kivu del Sur. Todas las tribus estaban representadas, no queríamos pensar en términos étnicos. En la Conferencia Nacional Soberana íbamos a denunciarlo todo. Echaríamos a Mobutu y entregaríamos su cabeza en bandeja».

Régine se fue a la capital. Había en total dos mil ochocientos representantes y tan solo participaban doscientas mujeres. «Éramos pocas, apenas el 10 por ciento. Muchas de las mujeres tenían miedo a expresarse; estaban mal informadas sobre el funcionamiento de una reunión de aquel tipo y sobre la necesidad de ejercer presión política.» Aun así, ella demostraría su gran fortaleza de ánimo. La Conferencia Nacional Soberana se inició el 7 de agosto de 1991 y se preveía que tendría una duración de tres meses. La sesión inaugural se llevó a cabo en el Palais du Peuple, el Parlamento nacional. El edificio era un mastodonte levantado por trabajadores chinos a unos cientos de metros del nuevo estadio de fútbol. En el aparcamiento se encontraba el ciudadano Tshimbombo, uno de los peces gordos del régimen, con una caja de cartón bajo el brazo, repartiendo montones de billetes entre quienes estuvieran

dispuestos a fundar de prisa un nuevo partido. El dinero era gratis, lo único que había que hacer era salir en defensa de Mobutu^[6]... Tshimbombo era el hombre al que el presidente había encargado regalar veintidós Mercedes a las mujeres de la selección nacional de baloncesto por ganar la copa de África y que se había apropiado de once de aquellos coches^[7]... Ahora que estaba allí con una caja llena de dinero, lo llamaban burlescamente el «tesorero nacional». A nadie se le escapaba que Mobutu había decidido obstaculizar la conferencia por todos los medios.

«Mobutu nos quería corromper continuamente ofreciéndonos hoteles, obsequios o una noche en el centro de conferencias de Nsele —me contó Régine—, pero nosotros lo rechazábamos. La delegación de Kivu del Sur estaba decidida. ¡Incluso dormimos dos noches fuera del Parlamento! La gente nos traía comida. Por primera vez en mi vida comí pan de mandioca. Y en Kinsasa había unos mosquitos enormes. Eran cosas que no conocíamos en las montañas de Kivu del Sur».

Mobutu parecía dispuesto, si hacía falta, a aceptar un Gobierno de transición amplio en el que hubiera lugar para las voces discrepantes, pero un Gobierno de unidad nacional en el que la oposición tuviera mucho poder era pedirle demasiado. Había estipulado que él designaría al presidente de la conferencia y confió esa tarea a un antiguo partidario, cuyo *nom kilométrique* ya daba pistas de lo fanáticamente «auténtico que era»: Kalonji Mutambayi wa Pasteur Kabongo. Aquel nombre todavía hace suspirar a Régine: «Aquel viejo era totalmente manipulable. Era duro de oído y ni siquiera entendía lo que decíamos. Lo llamábamos Pasteur wa Farceur, Honorable Bromista. Pensaba: “¿Nos hemos desplazado dos mil kilómetros para dejarnos engañar?”. Nos decíamos: “¡Tenemos que acallar al presidente! Pero ¿cómo?”. Todas las mañanas teníamos que pasar por un control policial y nos cacheaban. Entonces entramos en la conferencia con silbatos escondidos, con unos de esos silbatos de plástico. Yo había escondido cinco en mis zapatos y en mis trenzas. Cada vez que el presidente tomaba la palabra, silbábamos hasta que se callaba».

Las primeras semanas de la conferencia transcurrieron con suma dificultad, con interminables discusiones sobre los procedimientos y riñas sin fin sobre la composición de las comisiones. Mobutu, que lo seguía todo a distancia, quizá se divertía con aquellas disputas, puesto que le interesaba que la conferencia fracasara. Sin embargo, fuera del Palais du Peuple aumentaba la agitación. El 23 de septiembre los soldados del centro de paracaidistas de N'Djili se amotinaron. Fueron al aeropuerto y cerraron la torre de control. Desde allí se abrieron camino hacia el centro, donde asaltaron grandes almacenes, comercios, gasolineras y hasta viviendas privadas; se llevaron todo aquello que tuviera valor: sacaron fuera televisores, neveras y fotocopiadoras, vaciaron naves enteras y saquearon establecimientos comerciales. El pueblo, desesperado por el hambre y la pobreza, se unió a los militares. Reinaba una enorme euforia, el ambiente era festivo, la hora del Gran Pillaje. ¡Por fin el pueblo podía hacer lo que los gobernantes habían estado haciendo durante un cuarto de siglo! Un delirio, la inversión de todos los valores. ¡Prohibido y

fantástico! Los disturbios se extendieron a otras ciudades. El ejército belga y el francés intervinieron para liberar a sus compatriotas, puesto que los saqueos se prolongaron durante varios días. Entre el 30 y el 40 por ciento de las empresas quedaron destruidas; el 70 por ciento del pequeño comercio desapareció. Hubo ciento diecisiete muertos y cerca de mil quinientos heridos^[8].

¿Y Mobutu? Mobutu no reaccionaba. Dejaba que sus soldados hicieran lo que quisieran. Muchos sospechaban que había provocado el motín en un intento por desestabilizar la Conferencia Nacional Soberana. Incluso su leal jefe de prensa, Kibambi Shintwa, lo acusó de oportunismo cuando hablé con él en el balcón de su apartamento. «Mobutu quería romper el país. Deliberadamente. Estaba dolido por Tshisekedi y quería vengarse. Podría compararse con alguien que tiene un bonito móvil —me dijo alzando el suyo para ilustrarlo—. Uno de esos que provoca la envidia de los demás, pero que él ya no se puede permitir. ¿Qué hace entonces? —Bajó el brazo con el teléfono hasta la silla—. Lo deja caer para que se rompa y para que los demás tampoco puedan usarlo. Eso es lo que hizo Mobutu. Cuando se inició la Conferencia Nacional Soberana fijó su residencia de forma permanente en Gbadolite. Sabía que el pueblo lo despreciaba. A las tres de la mañana, los militares saquearon el aeropuerto y él no movió ni un dedo. En realidad, lo que él pensaba era: *Après moi le déluge*^[e80]. Consideraba el saqueo como un castigo para el pueblo. Me decepcionó mucho que destrozaran el país de aquella manera. Por primera vez tenía más miedo de ser asesinado por el pueblo que por Mobutu.»^[9]

Después del saqueo se nombró un nuevo presidente de la conferencia, esta vez por votación. *Monseigneur* Monsengwo, el popular arzobispo de Kisangani y presidente de la conferencia episcopal nacional, fue elegido sin apenas problemas y pudo ocupar el lugar de Pasteur wa Farceur. *Monseigneur* Monsengwo: su nombre suscitaba grandes expectativas. Con su hábito púrpura y su gran autoridad moral parecía que iba a convertirse en el Desmond Tutu de Zaire. Era popular en la oposición, porque la conferencia episcopal zaireña había expresado con frecuencia sus duras críticas contra el régimen de Mobutu. Bajo el liderazgo del cardenal Malula, la Iglesia se había convertido en la mayor fuerza opositora de la Segunda República. Cuando nació la sociedad civil, numerosas organizaciones, incluso las más seculares, se inspiraron en los grupos de base y en la teología de la liberación de Latinoamérica^[10]. Ciertamente, Monsengwo no era el católico más radical y progresista, pero la Iglesia constituía una opción creíble para la oposición (que, no por casualidad, se hacía llamar *sacrée*). Régine no tenía ninguna duda al respecto: «Monsengwo era nuestro candidato, pero ¡incluso le votaron algunos partidarios de Mobutu!».

Mobutu no estaba en absoluto satisfecho con aquello. Su vínculo con la Iglesia siempre había sido ambiguo: hacía ya casi veinte años que la combatía y la temía. En vísperas de la visita del Papa en 1980 se casó de prisa por la Iglesia con su amante Bobi Ladawa. En Gbadolite había hecho levantar una catedral, precisamente él, el

hombre que había querido eliminar la liturgia y al que le gustaba rodearse de milagrosos y adivinos del África occidental. Por consiguiente, con Monsengwo al frente de la conferencia tenía que andarse con cuidado. Si Mobutu no podía decidir sobre la presidencia de la Conferencia Nacional Soberana, entonces decidiría sobre el otro puesto clave de la transición: el de primer ministro. Entre 1990 y 1997 el Zaire tuvo ocho diferentes primeros ministros, siete de ellos colocados allí por el propio Mobutu. El que más duró permaneció tres años en el cargo y el que menos tres semanas. Este último era asimismo su gran enemigo: Tshisekedi. En octubre de 1991, después de los saqueos, Mobutu lo nombró líder del Gobierno. ¿Era posible que los disturbios hubiesen obligado al Guía a reconocer que ya no podía seguir ignorando a Tshisekedi? ¿O se trataba más bien de una astuta jugada para desacreditarlo ante sus partidarios? Este asunto tuvo ocupados durante días enteros a los *parlementaires debout*, pero tres semanas más tarde el primer ministro era destituido. Mobutu nombró enseguida primer ministro a Mungul-Diaka, otro viejo enemigo. Este aguantó todo un mes. Entonces el turno de intentarlo fue para Nguza, otro disidente de un lejano pasado. La *vagabondage politique* triunfaba de nuevo y, mientras tanto, no sucedía nada. En enero de 1992, Mobutu ordenó la clausura de la Conferencia Nacional Soberana. La diversión ya había durado suficiente, según él, y para su alivio no se había conseguido nada. Una vez salvado el escollo, él volvía a sujetar con firmeza las riendas.

«Pagaron a la gente el billete de vuelta —me contó Régine—, pero nosotros no podíamos regresar a casa. La gente de mi provincia exigía resultados. Aquellas elecciones tenían que celebrarse. Retrasaron el pago de nuestro dinero, pero aun así nos quedamos en Kinsasa gracias al apoyo del pueblo.» La gente ya no estaba dispuesta a renunciar a la esperanza de un cambio.

Y entonces llegó el 16 de febrero de 1992, un día tan importante para la historia del Congo como el 4 de enero de 1959, cuando se declararon las revueltas en Léopoldville. En este caso el detonante también fue una manifestación no autorizada, que dio pie a protestas a gran escala en Kinsasa y que a su vez provocaron un baño de sangre. Los cristianos querían manifestarse contra el cierre de la conferencia, pero el Gobierno se negó a concederles autorización. El carismático *abbé* José Mpundu, un sacerdote más cercano al pueblo que a la jerarquía eclesiástica, se implicó estrechamente en la organización. Hablé con él en su sencilla vivienda a la sombra del viejo estadio de fútbol. Vestía —algo insólito para un congoleño— pantalón corto y —aún más insólito— me tuteó enseguida.

Los obispos habían exigido que se volviera a abrir la conferencia. Los sacerdotes habían hablado de ello en la misa del domingo. Algunos laicos dijeron: «Bien, emprendamos acciones». Yo acepté su iniciativa y asistí a sus reuniones preparatorias, donde hablé sobre la no violencia. En el seno de la conferencia episcopal, yo era secretario de la comisión de justicia y paz, ¿comprendes? Sin embargo, el cardenal Etsou, el nuevo arzobispo, no dio autorización para la marcha y, según

monseigneur Monsengwo, los obispos debían hablar. Pero no actuar... Bueno, determinamos las rutas y decidimos que en las pancartas pondríamos: «Reapertura incondicional de la Conferencia Nacional Soberana». Más tarde me echaron de la conferencia episcopal...

El domingo 16 de febrero, después de la misa de las nueve, se inició la marcha. En las más de cien parroquias de Kinsasa los feligreses salieron de las iglesias y se dirigieron juntos hacia los devastados bulevares y avenidas de su capital. Eran sencillos creyentes, no duros opositores, tampoco políticos de pura cepa, sino alumnos de secundaria, estudiantes universitarios, padres jóvenes, gente humilde, personas que se sentían apoyadas por el bajo clero, como el inconformista *abbé* José. Cantaban y agitaban ramas verdes. También se unieron a ellos los protestantes, los kimbanguistas y los musulmanes. En Matadi, Kikwit, Idiofa, Kananga, Mbuji-Mayi, Kisangani, Goma y Bukavu se organizaron marchas similares. Más de un millón de personas salió a la calle, fue la concentración más multitudinaria de la historia del país. La llamaban la Marcha de la Esperanza.

«Yo me dirigía de Limete a Pont Kasavubu —me contó *abbé* José—, pero a la altura de Saint-Raphaël nos topamos con un batallón de militares armados hasta los dientes. Yo iba delante. Habíamos acordado que, en cuanto sucediera algo, todos debíamos sentarnos en el suelo. Los militares nos bloquearon el camino y nosotros nos sentamos. A mi lado había una anciana que observaba incrédula a aquellos soldados de dieciséis y diecisiete años. Uno de ellos la miró a los ojos y ella le dijo: *Muana na nga, est-ce que omelaki mabele ya mama te?* (Hijo mío, ¿es que nunca has mamado del pecho de tu madre?). El joven no sabía adónde mirar. Esa es la fuerza de la no violencia, de la verdad.» El Congo se parecía entonces a la India de Mahatma Gandhi. «Después nos dispersaron con gas lacrimógeno. Nos fuimos, pero un poco más lejos volvimos a reagruparnos. Avanzamos y nos sentamos. Cerca de Kingabwa nos encontramos con unos guardaespaldas, creo que eran del primer ministro Nguza. Nos amenazaron de muerte. “¡No cantéis, caminad!”, gritaban. Sin embargo, yo dije: “Si caminamos, nos dispararán”. Un tipo corpulento armado con una pistola intentó agarrarme, pero la gente me sujetó. Los botones de mi sotana saltaron. Mi cadena se rompió. Un feligrés la recogió. También maltrataron a sacerdotes blancos.»^[11]

La Marcha de la Esperanza terminó en una masacre. Aquel día perdieron la vida al menos treinta y cinco civiles^[12]. Las fuerzas del orden dispararon de forma indiscriminada, incluso a bocajarro, incluso contra niños. No solo utilizaron gas lacrimógeno para dispersar a la muchedumbre, también un producto muy inflamable que casi nunca se emplea contra civiles: el napalm. Durante una de mis numerosas conversaciones con Zizi, sentados a la mesa de la terraza de la cantina de la cadena pública, me dijo: «Después de aquella marcha, Mobutu tenía mucho miedo de que lo excomulgaran. Por ello permitió la reapertura de la Conferencia Nacional Soberana y él se retiró a Gbadolite. La conferencia adquirió mucha más conciencia y seguridad. El miedo había desaparecido. “¿De verdad creías que nos ibas a matar a todos?”, gritaba la gente. Durante la marcha mi mujer vio cadáveres tendidos en la calle. Yo

sufrió quemaduras». Sacó las piernas de debajo de la mesa y se remangó las perneras del pantalón. Hacía ya algunos años que lo conocía, pero nunca me había contado aquello, ni me había mostrado sus cicatrices. En las espinillas vi unas grandes manchas rosadas; era como si llevara un camuflaje de hombre blanco. Se hizo un largo silencio. «Napalm», dijo por fin^[13].

La conferencia se reabrió en abril de 1992 y en aquella ocasión logró grandes progresos. Había pasado a ser realmente soberana: sus decisiones ya no eran meras recomendaciones, sino que emanaban de la voluntad del pueblo con fuerza de ley. Con la conferencia como órgano supremo del Estado el proceso de democratización recibió un impulso decisivo. Después de las sesiones plenarias los representantes se retiraban en veintitrés comisiones y cien subcomisiones, distribuidas por toda la ciudad. En muchas de ellas se realizó un excelente trabajo. Se efectuó un inventario de los problemas existentes y se diseñaron alternativas útiles. Régine Mutijima fue a parar a la comisión Mujer, Infancia y Familia. «Era la ponente principal. Trabajábamos día y noche. Después todos los informes se leían en voz alta en la sesión del pleno, para que pudieran introducirse enmiendas y ratificarse. La negociación sobre aquellos compromisos fue una magnífica escuela de democracia. Los partidarios de Mobutu debatían abiertamente con la oposición. Queríamos sacar a la superficie la verdadera historia del país y hacer oír la voz de los débiles.»

La Conferencia Nacional Soberana aprobó una Constitución provisional, cuyo principal artículo era que el primer ministro no debía ser nombrado por el presidente, sino por la conferencia. El presidente solo podría ratificar esta elección. Eso significaba una ruptura tan radical con el pasado que exigía también cambiar los símbolos del Estado: el Zaire se llamaría de nuevo el Congo, la bandera, la moneda y el himno nacional volverían a ser los anteriores a 1965.

Y entonces sucedió algo extraño: Monsengwo abandonó la conferencia y se fue a negociar por su cuenta con Mobutu. Aquella acción iba totalmente en contra de los acuerdos y de la soberanía de la conferencia^[14]. Mobutu dejó bien claro al prelado que el país seguiría llamándose Zaire: un cambio de nombre resultaba totalmente inaceptable para él. Sin embargo, le insinuó que se contentaba con asumir una presidencia simbólica. Régine mantiene sentimientos encontrados al respecto: «En aquel momento me pareció indignante que Monsengwo se fuera a Gbadolite, pero creo que lo hizo para evitar más muertos». Los hombres de la DSP, el ejército privado de Mobutu, seguían portando armas; podría haber estallado una guerra civil. «Monsengwo era un hombre que apostaba por un cambio gradual. No quería ni vencedores ni vencidos, porque temía que estos últimos se vengaran. Tshisekedi, en cambio, deseaba un triunfo rápido, con el consiguiente peligro de provocar un grave conflicto. Monsengwo optó por un aterrizaje suave. Intentó actuar de manera táctica en una situación compleja.»

El Zaire seguía siendo el Zaire, pero por primera vez en treinta años se podía elegir al primer ministro. El 15 de agosto de 1992 la Conferencia Nacional Soberana nombró a Tshisekedi primer ministro de la transición con un 71 por ciento de los votos; el otro candidato alcanzó tan solo el 27 por ciento. Hubo resistencia al cambio, las oficinas de la UDPS habían sido destruidas unos días antes, pero Étienne Tshisekedi, el hombre que diez años antes se había atrevido a escribir una carta tremendamente osada a Mobutu, se convertía ahora en el primer primer ministro elegido de manera democrática desde Tshombe en 1965. Después todo transcurrió de forma rápida. Se formó un Gobierno y se conformó un Parlamento de transición: cuatrocientos cincuenta y tres de los dos mil ochocientos representantes se convertirían en miembros del Consejo Superior de la República. Se redactó una nueva Constitución basada, en gran medida, en la Constitución federal de Luluabourg de 1964, la única que había tenido el Congo hasta la fecha. Y se estableció un calendario electoral.

El impulso democrático parecía imparable. Sin embargo, se frenó. El recién elegido Gobierno de Tshisekedi no brillaba ni por su visión de futuro, ni por su estrategia^[15]. No intentó controlar los servicios de seguridad, ni el ejército: los instrumentos esenciales del aparato de Estado. Los ministros perdían el tiempo con visitas y con actos protocolarios. Con menos formación democrática que los políticos de la Primera República, ignoraban que gobernar una nación no era simplemente una cuestión de sentarse en sillones de cuero y pasarse horas debatiendo. Daba la impresión de que el propio Tshisekedi se había contagiado de la enfermedad de Lumumba: carismático mientras se encontraba en la oposición, inconstante e imprevisible en cuanto asumió el poder. Convertirse en primer ministro había sido para él más importante que dirigir el Congo^[16].

La Conferencia Nacional Soberana iba a terminar, pero aún no se habían leído en voz alta los informes de las dos comisiones con los temas que podían levantar ampollas: la comisión sobre los bienes adquiridos ilícitamente (entiéndase, robados) y la comisión sobre los asesinatos políticos. «Monsengwo quería que aquellas sesiones se celebraran a puerta cerrada —me contó Régine—. Mobutu envió tanques al Parlamento y ordenó que se interrumpieran las retransmisiones televisivas.» Solo una parte del demoledor informe sobre la corrupción gubernamental se leyó en voz alta, mientras que otro mucho más duro sobre las violaciones de los derechos humanos no llegó a escucharse en la sesión. Aunque circulaban cientos de ejemplares, estos no tuvieron el efecto esperado. «Yo estaba con otras dos mujeres en la delegación de Kivu del Sur. Ellas no sabían ni leer, ni escribir», me dijo Régine. En un país donde más de dos generaciones no habían podido tener acceso a una educación digna y donde la palabra hablada tenía más peso que la impresa, la lectura de los informes ante los representantes no era una cuestión meramente simbólica.

A principios de diciembre de 1992 la Conferencia Nacional Soberana cerró sus puertas, no habían transcurrido tres, sino diecisiete meses. El balance final resultaba

ambiguo. Por primera vez Mobutu tenía un primer ministro no designado por él. La recapitulación histórica había sido muy relevante, pero los informes cruciales no se habían leído en el Parlamento y la labor legislativa no se había perfilado del todo. La oposición democrática no siempre había dado muestras de madurez política y no estaba nada claro que las tan esperadas elecciones fueran realmente a celebrarse^[17]. Régine resumió con acierto el resultado: «Queríamos arrancar de raíz la dictadura, sí, pero no es fácil talar un baobab, porque este puede caerte encima. Hay que ir cortado las raíces una por una y luego derribarlo juntos a distancia».

El pueblo quedó aplastado bajo el peso del baobab derribado. El periodo de transición hacia la Tercera República fue para muchos un auténtico calvario. Entre 1975 y 1989 el Zaire había tenido una inflación anual media del 64 por ciento; entre 1990 y 1995 fue del 3616 por ciento^[18]. En 1994 la inflación llegó incluso al 9769 por ciento^[19]. En 1981 una silla de ruedas costaba setecientos cincuenta zaires; en 1991, dos millones y medio de zaires^[20]. Las calculadoras no tenían suficientes ceros para sumar las facturas. Una simple noche de hotel ya suponía cifras astronómicas^[21]. Los salarios carecían de sentido. El poder adquisitivo era una farsa. Los ancianos decían: «En la época de los belgas comíamos tres veces al día, durante la Primera República dos veces al día, durante la Segunda República solo una vez al día. ¿Adónde va a parar todo esto?»^[22]. Los niños morían de hambre. Los carpinteros ya no tenían que fabricar muebles, sino ataúdes, a menudo para los niños. En las ciudades, la tasa de mortalidad infantil ascendía al 10 por ciento y en las zonas rurales se situaba en torno al 16 por ciento^[23].

Muchos esperaban un milagro. En el Zaire de la década de 1990 los juegos de azar alcanzaron una popularidad hasta entonces desconocida. La lotería, los planes de inversión de alto riesgo y los negocios piramidales prometían un éxito inmediato, pero en la práctica empobrecieron aún más a muchos pobres^[24]. La gente sacaba el dinero del banco, lo invertía, ganaba un poco y después perdía todo lo que tenía. Se recurría a la adivinación y a la brujería para dar un empujoncito a la suerte, pues el dinero y lo místico iban de la mano. Incluso Mobutu se rodeó de morabitos y de todo tipo de *féticheurs*. Cuando perdió a sus dos hijos a causa del sida, achacó esto a fuerzas ocultas.

En respuesta a aquel despertar místico surgió un nuevo tipo de cristianismo que no era ni católico, ni protestante, ni kimbanguista clásico, sino evangélico y mesiánico. Aquellas congregaciones se denominaban *Églises du Réveil*, Iglesias del Despertar o Iglesias Pentecostales. Con mucha frecuencia eran iniciadas por misioneros extranjeros, procedentes sobre todo de Estados Unidos.

El cristiano renacido más singular de Zaire es Dominique Sakombi Inongo, el hombre que durante años se había encargado de la propaganda de Mobutu. El arquitecto de la «autenticidad», el mobutismo y la reactivación política se convertía

de repente en portavoz de Dios. Después de un accidente en la autopista en las inmediaciones de Bruselas (en el que mató a una belga mientras circulaba de noche en dirección contraria), empezó a sufrir experiencias místicas. En un sueño, se le apareció el Altísimo: «¡Dominique, hijo mío, te regalo la vida y la muerte, pero te recomiendo que elijas la vida! Pues te salvaré y te utilizaré». Aquello exigía algunas explicaciones: «Durante mucho tiempo has dejado que mi pueblo bailara para un hombre; a partir de ahora movilizarás al pueblo para mí y solo para mí, para que me glorifique y sea por fin liberado». Sakombi decidió romper por completo con el régimen de Mobutu y se ocupó de aconsejar en persona a Mobutu que hiciera lo mismo. («Tiene usted que convivir con Tshisekedi. Es absolutamente necesario que se convierta. [...] Le insto, como un hermano, a que rompa definitivamente con los morabitos, las brujas, los *féticheurs*, los magos, etcétera. Son mentirosos. [...] *Citoyen Président*, no se resista a la llamada del Señor, que también murió por usted en la cruz.»^[25]) Sakombi consideraba que los símbolos exteriores de la Segunda República estaban todos embrujados. El himno nacional, la bandera y el escudo eran de origen satánico. Durante sesiones de oración que duraban horas, explicaba a sus oyentes que había visto con sus propios ojos el prototipo del escudo nacional esculpido en una cueva, a decenas de metros debajo del suelo, en Egipto. Allí, junto a una de las pirámides de El Cairo, a orillas de un río subterráneo, unos ancianos recitaban encantamientos... También la moneda nacional estaba hechizada: «Basta con observar los signos cabalísticos inscritos en ella para creerlo; todos tienen que ver con la magia. Con esos billetes nunca se podrá financiar el desarrollo de un país. [...] Recordad los problemas que ha causado la reciente serie de billetes y que incluso fue la causa del conflicto entre Mobutu y Tshisekedi. Ahora comprendéis por qué... porque son diabólicos»^[26].

Era cierto que algo extraño sucedía con aquellos billetes. El discurso irreal de Sakombi no había caído del cielo, pero dotaba de un cariz religioso a un conocido juicio popular. En 1970 el billete de más valor era el de cinco zaires; en 1984 el de quinientos zaires. En sí, aquello ya constituía un espectacular síntoma de inflación. Sin embargo, en 1990 circuló un billete de cincuenta mil zaires y dos años más tarde incluso uno de cinco millones de zaires^[27]. En ocasiones la macroeconomía puede resultar de una simplicidad pueril. Cuando el valor del billete más alto aumenta deprisa, eso significa que un país se enriquece muy rápido o que la moneda se devalúa a toda velocidad. Por desgracia, en el Zaire sucedía esto último: el billete de cinco millones de zaires valía tan solo dos dólares. A pesar de ello, seguía mostrando el retrato de Mobutu tan impasible como en los anteriores billetes, luciendo con orgullo el traje blanco de mariscal que Alfons Mertens le había confeccionado, por lo que se convirtió en uno de los atuendos más retratados del siglo xx.

A fin de cuentas, imprimir nuevos billetes a gran escala era el método favorito de Mobutu para asegurarse dinero, sobre todo en ese momento que ya no podía contar con sus proveedores de fondos internacionales. Recurrió a la empresa alemana

Giesecke & Devrient, encargada de imprimir el dinero de Hitler y de Mugabe, e hizo llegar aviones con enormes cargamentos de billetes de banco. Ya solo en 1995 hubo ochocientos treinta millones de billetes de banco nuevos. Mobutu tuvo que cambiar casi la mitad de aquel dinero cuanto antes por dólares para poder afrontar el pago de la imprenta^[28]. Imprimir dinero para pagar al que lo imprime: la economía también puede resultar puerilmente trágica.

En diciembre de 1992, cuando Mobutu puso en circulación el monstruoso billete de cinco millones de zaires, el primer ministro Tshisekedi lo declaró ilegal. Quería frenar la insensata política monetaria, pero provocó el primer gran enfrentamiento con el presidente. En las calles de Kinsasa el billete no tardó en recibir el nombre de Dona Beija, por la bellísima y astuta protagonista del culebrón brasileño que era muy popular entonces en el Zaire^[29]. Mobutu utilizaba el dinero para pagar a sus militares. Como de costumbre, ellos se iban de inmediato con la soldada a un agente de cambios, puesto que el sueldo que recibían el viernes por la tarde podía haber perdido un tercio de su valor el lunes por la mañana. En todo el país había surgido el fenómeno de los *cambistes*, los agentes de cambio (casi siempre mujeres) que se sentaban detrás de una mesita al borde de la carretera a la sombra de una sombrilla con un montón de billetes. En el Zaire incluso el mercado negro resultaba pintoresco. En Kinsasa se instalaban detrás de la embajada belga, en una calle que la gente no tardó en llamar Wall Street, aunque también las callejuelas del barrio de Matonge se llenaron de oficinas de cambio informales. El día de pago, el funcionario, el agente de tráfico o el militar se dirigían con su cartera llena de billetes nuevos al *cambiste* para cambiarlos por dólares. El *cambiste* revendía más tarde los billetes, a menudo a empresas públicas que los necesitaban para pagar los salarios. De aquel modo, el Zaire empezó a «dolarizarse» poco a poco^[30]. Hasta hoy los dólares son el principal medio de pago para todos los gastos importantes y solo las pequeñas compras se realizan con la moneda local.

Sin embargo, el billete de cinco millones constituyó un desastre. Después de que Tshisekedi lo declarara ilegal, los *cambistes* se negaron a aceptarlo. Los militares, que veían cómo perdían su salario mensual, se sintieron estafados y decidieron cobrar personalmente su sueldo. Del 28 al 30 de enero de 1993 volvieron a dedicarse al saqueo. Las consecuencias fueron terribles. En Kinsasa se sigue hablando del primer y del segundo saqueo, el de 1991 y el de 1993, puesto que fueron sucesos históricos que se quedaron profundamente grabados en la memoria de la nación. El segundo saqueo resultó ser, con diferencia, el más violento. En aquella ocasión fue la propia DSP, el cuerpo de élite de Mobutu, la que se amotinó y se hizo con las propiedades públicas y privadas. Ante la mirada impotente de los comerciantes, destruyeron los escaparates y arrancaron las lámparas de los techos. Como las existencias eran a menudo escasas, sacaban incluso el hilo de cobre de la pared y desmontaban los lavabos. El Zaire se había convertido en el país de las últimas cosas, un país sin ley en el que reinaba la impunidad y la desesperanza, entregado a la rapiña y a la

depredación. Cerca de mil personas murieron durante el segundo saqueo, entre ellas el embajador francés y su colaborador. Una vez más los paracaidistas franceses y belgas fueron movilizados. Cuando todo hubo acabado, la ciudad parecía haber sido asolada por una plaga de langostas. Las calles estaban sembradas de papeles, de archivadores, de escombros y de zapatos. El viento agitaba las cortinas que se colaban por los cristales rotos. También la gente común y corriente intentaba sacar provecho, puesto que en un país en quiebra incluso lo más pequeño poseía valor. Por ejemplo, el papel viejo se convirtió en una valiosa mercancía. Una muchedumbre en busca de papel de embalar vació los archivos del zoológico de Kinsasa, un penoso vestigio de la época colonial en el que un cocodrilo de 1938 seguía dormitando al sol (y allí sigue todavía^[31]). Las semanas siguientes los cacahuetes que la gente compraba para cenar en el mercado de Kinsasa estaban envueltos en cucuruchos de papel amarillento en el que se podía leer sobre la maravillosa vida del chimpancé y del okapi.

Mobutu decidió que nada podía seguir así en su país. Unos meses antes había celebrado la boda de una de sus hijas en Gbadolite. Con motivo de aquella celebración, la novia lució joyas de Cartier y de Boucheron por un valor de tres millones de dólares. Sin embargo, ese no era el problema. A la boda asistieron dos mil quinientos invitados. Se sirvió caviar y langosta. Se descorcharon mil botellas de los mejores vinos franceses. Sin embargo, ese no era el problema. Un avión voló especialmente a París para buscar el pastel, una mole de varios metros de altura, realizado por el jefe repostero Lenôtre. Sin embargo, ese no era en absoluto el problema. No. Según Mobutu el verdadero problema era Tshisekedi, el hombre que al rechazar un billete de banco con su efigie había desencadenado los saqueos. No. Le era imposible dirigir un país con aquel loco testarudo.

En marzo de 1993, después de un cónclave de diez días con la cúpula del siempre indispensable MPR, Mobutu decidió nombrar su propio Gobierno, con su propio Parlamento, con su propia Constitución y con su propio primer ministro. Faustin Birindwa, un antiguo opositor, fue la víctima de turno. Sería el encargado de presentar un proyecto de reforma monetaria en la que una nueva moneda, el *nouveau zaïre*, debía reemplazar a tres millones de antiguos zaires. El Zaire tenía ahora un doble régimen. Junto a las instituciones de la Conferencia Nacional Soberana estaban las instituciones del mucho más soberano presidente. La gigantesca labor por la que habían luchado personas como Régine Mutijima cayó víctima de la codicia de un viejo dinosaurio. A nadie se le escapaba la ironía histórica de todo aquello: Mobutu había perpetrado un golpe de Estado en 1960 y en 1965 porque Kasavubu había nombrado hasta en dos ocasiones a su propio primer ministro, además del elegido democráticamente (Ileo frente a Lumumba en 1960, y Kimba frente a Tshombe en 1965); pero ahora él, Mobutu, hacía exactamente lo mismo. Aquella insostenible

situación duraría un año. Las organizaciones transnacionales, conscientes de la gravedad de la situación, temían una escalada como la que se produjo después de la independencia. La Organización para la Unidad Africana y las Naciones Unidas enviaron emisarios a Kinsasa para tratar de encontrar una posible tercera vía. El compromiso se materializó en forma de un enorme parlamento con setecientos diputados, que incluía dos representaciones populares paralelas: la de la Conferencia Nacional Soberana y la de la dictadura. En aquella institución, llamada de forma bastante torpe HCR-PT (*Haut Conseil de la République-Parlement de Transition*), los partidarios de Mobutu gozaban de la mayoría. En julio de 1994 se volvió a designar como primer ministro a Kengo wa Dondo, un mestizo de origen polaco congoleño que en la década de 1980 había dirigido dos gobiernos relativamente estables que pusieron en práctica los programas de ajuste estructural del FMI. Ello lo convertía en un candidato aceptable para la comunidad internacional, pero los zaireños guardaban malos recuerdos de aquellos años de recortes que se llevaron a cabo durante su Gobierno. Kengo nunca aceleró sus corazones como lo hizo Tshisekedi. Su tarea era guiar al país hacia las elecciones de 1995, aunque en 1995, se postergaron hasta 1997.

Con aquel andamiaje (un Parlamento que le obedecía, un primer ministro que no le ponía obstáculos, unas elecciones que no iban a celebrarse al día siguiente), Mobutu parecía tenerlo todo bien atado. Sin embargo, esto solo era en apariencia, puesto que el Zaire, el país que él había unificado y engrandecido, se desmoronaba poco a poco. En Kasai la población se negó a utilizar la nueva moneda, el *nouveau zaïre*: en aquella zona monetaria aislada se escondía la amenaza de una nueva secesión^[32]. En Katanga la violencia étnica entre los habitantes originarios de la región y los inmigrantes luba procedentes de Kasai surgía de nuevo con toda su intensidad, debido al racismo declarado del gobernador provincial Kyungu wa Kumuanza, que soñaba con un Katanga independiente y que aprovechó esa situación para expulsar a decenas de miles de inmigrantes. Sin embargo, los peores actos de violencia se vivieron en Kivu del Norte. Allí la población de habla ruandesa, los llamados «banyaruanda», eran considerados, cada vez con más frecuencia, inmigrantes indeseados que acaparaban las riquezas, las tierras y el poder. En su mayoría, se habían establecido en el Congo entre 1959 y 1962 a raíz de los disturbios acaecidos en su propio país. En la época en que Bisengimana —el padre del joven con el que navegué por el lago Kivu— era jefe del gabinete de Mobutu, los habitantes de habla ruandesa (principalmente tutsis) eran considerados zaireños de pleno derecho y conseguían con bastante facilidad la nacionalidad zaireña. Sin embargo, una nueva ley de 1981 endureció de forma deliberada los criterios para obtener la ciudadanía zaireña y a partir de 1990 el objetivo consistía en librarse de los inmigrantes tutsis. Los banyaruanda eran para el Kivu lo que los baluba para Katanga: elementos indeseables, intrusos, extraños, aprovechados, forasteros, gente que no pertenecía a aquella tierra. *Ruandais* se convirtió en un insulto. Los niños cantaban: «Que todos los ruandeses se vayan a casa, no los queremos en la

nuestra»^[33]. La animadversión entre zaireños y «ruandeses» se intensificó tanto que aparecieron grupos de milicianos nacionalistas populares, los mai-mai. Aquellos grupos paramilitares espontáneos querían tomar las armas para luchar contra todas las influencias extranjeras. Sus extraños rituales se inspiraban en los de los simbas de 1964, pero en esta ocasión el enemigo no era Mobutu y sus aliados occidentales, sino el «inmigrante» del este.

Je suis zairois!, me dijo con orgullo uno de sus veteranos en diciembre de 2008, once años después de que su país volviera a llamarse Congo. «Al principio manteníamos buenas relaciones con los banyaruanda, pero entonces quisieron eliminar a los hunde, a los tembo y a los nyanga. Yo soy hunde. Los banyaruanda encerraron a los hunde en sus casas y les prendieron fuego.» En esencia, el conflicto giraba en torno a la tierra. Ruanda y el Kivu constituyen la zona agrícola más densamente poblada de África. «Todo empezó en 1993. Nos convertimos en mai-mai. Para eso uno tenía que ser de raza bantú, ser buen patriota y recibir el bautismo con nuestra agua especial. Nos hacían una cicatriz ritual y nos daban bebidas tradicionales y plantas medicinales. Estaba prohibido robar y violar. Entonces aún no había violaciones. Adaptábamos las escopetas con las que solíamos cazar pájaros. No teníamos otra elección. Los banyaruanda eran extranjeros que querían anexionar Kivu del Norte a Ruanda.» La superpoblación, la pobreza y un Estado ausente fueron los ingredientes de un cóctel mortal. En 1993 las tensiones en Kivu del Norte dieron paso a limpiezas étnicas en las que perdieron la vida al menos cuatro mil personas, aunque la cifra asciende probablemente a veinte mil^[34]. «Yo participé en al menos cuarenta combates.»^[35]

En Goma entrevisté a Pierrot Bushala, un hombre que seguía sin dar crédito a lo que entonces sucedió: «En la década de 1980 nadie conocía el origen étnico de sus compañeros de clase; eso solo empezó en la de 1990. Mi clase en la escuela secundaria era “un *mélange total*”. En esa época yo tenía una novia tutsi y ni siquiera lo sabía. Sin embargo, cuando nos quisimos casar en la década de 1990, sus padres no lo permitieron. Estoy seguro de que diez años antes me habrían aceptado». Dio una explicación histórica a su mal de amores: «Mire, en 1918, cuando Bélgica recibió los territorios bajo mandato, la frontera entre el Congo y Ruanda se volvió porosa. Los belgas trajeron a miles de hutus ruandeses a las minas y los tutsis cruzaban de manera espontánea la frontera. Bajo el régimen de Mobutu, los tutsis tenían pasaporte zaireño, pero en la década de 1990 aumentó el tribalismo. De repente ya no eran compatriotas leales, porque apoyaban la lucha de sus hermanos en Ruanda. “Si eres tutsi, eres ruandés”, decían los zaireños. Entonces empezaron a torcerse las cosas. Finalmente me casé con una mujer lega que procedía de una tribu autóctona de Kivu del Sur»^[36].

Allí, aquellos tutsis zaireños empezaron a ser llamados cada vez más «banyamulenge», es decir, gente de Mulenge, una denominación étnica que les atribuían otros y que antes no existía. Desde el siglo XIX vivían con sus rebaños en los

altiplanos fríos y brumosos al oeste del lago Tanganica; entre otros, en las inmediaciones de la localidad de Mulenge. Con sus alargadas figuras, con sus finos rasgos y con sus sombreros de fieltro confirmaban los tópicos del pastor tutsi que seguía a sus vacas con el bastón sobre el hombro. Con el paso del tiempo se convirtieron en objeto de escarnio y de odio. «Eran como los murciélagos —me dijo en una ocasión una mujer congoleña—, ni pájaro, ni ratón, ni ruandés, ni zaireño, inquietantes e inasibles. ¡Y también un poco sucios!» «Sí —asintió otra—, ganaban mucho dinero con sus vacas, pero aquellos banyamulenge no tenían cultura. Compraban la ropa más cara, pero sin ningún gusto. Los hombres llevaban ropa de mujer. Y las mujeres utilizaban el inodoro como mortero para la mandioca. ¡Ja ja! ¡Y parecían estar siempre sonriendo!» ¿Era porque tenían los dientes salidos? ¿O simplemente por el frío?

Mobutu había intentado despertar el sentimiento nacional en detrimento del reflejo tribal, pero en tiempos de escasez la enemistad acechaba a la vuelta de cada esquina. Los tutsis del Kivu (tanto los banyaruanda en Kivu del Norte como los banyamulenge en Kivu del Sur) fueron los que lo sintieron con mayor intensidad. A su vez, el odio racial hizo que se comportaran cada vez más como un grupo. Aquellos a los que denigraban al llamarlos «banyamulenge» empezaron a sentirse de verdad banyamulenge. Rememoraron su historia, recordaron que, en efecto, eran diferentes a los demás, que tenían sus raíces en Ruanda y que, pensándolo bien, en realidad nunca habían sido bien recibidos en el Zaire. Los grupos surgen en cuanto se sienten amenazados. La identificación étnica se volvió mucho más importante que la identificación nacional^[37]. Incluso el padre de la nación se había retirado a su región natal y confiaba su seguridad a hombres de su pueblo. El propio Mobutu, partidario de la unificación del país, se había convertido en un tribalista. El Zaire se transformó en un mosaico de tribus. La pobreza provocó agresión, hambre y atrocidades.

Sin dinero, sin apoyo exterior, sin ejército operativo: el Zaire estaba totalmente carcomido, y en 1994 hubiese hecho falta muy poco para poner de rodillas a la dictadura. Sin embargo, en ese momento en el país vecino más pequeño del Zaire se produjo una catástrofe humanitaria que desestabilizó hasta tal punto toda la región que Mobutu fue reconocido de pronto por la comunidad internacional como un ancla de estabilidad, un decano, una roca en el oleaje de la tormentosa África Central. Aquella catástrofe fue el genocidio ruandés, un suceso ajeno que influiría como ningún otro en la historia del Zaire.

Al igual que Burundi, su país hermano, Ruanda se había independizado de Bélgica en 1962. En las primeras elecciones democráticas, los tutsis, una minoría de ganaderos que conformaban la clase dirigente desde hacía siglos, perdieron el poder, que pasó a manos de los mucho más numerosos hutus, un pueblo de agricultores. Las diferencias sociales y económicas entre ambos grupos eran reales, pero el régimen colonial belga las había acentuado y les había otorgado un carácter absoluto. Eras hutu o tutsi. Después de la independencia el nuevo régimen hutu demostró gran

intolerancia hacia sus antiguos señores. Muchos tutsis huyeron con sus vacas a Burundi, al Congo y a Uganda. Allí, en la periferia de su patria, miraban sus colinas en la lejanía, decididos a regresar tarde o temprano y a recuperar el poder. En el sur de Uganda los tutsis se organizaron en el FPR, el Front Patriotique Rwandais, y combatieron junto al líder rebelde Yoweri Museveni para echar a Milton Obote. Museveni fue nombrado presidente de Uganda y el FPR aprendió cómo conquistar un país. Aquella experiencia militar les sería útil. Paul Kagame, el actual presidente de Ruanda, se convirtió en su comandante. A partir de 1990 el FPR cruzó la frontera con Ruanda e inició una guerra civil contra el régimen hutu. Se calcula que entre 1990 y 1994 la guerra causó veinte mil muertos y un millón y medio de desplazados. Aquellas invasiones provocaron tanto resentimiento entre la población hutu que el odio hacia todo lo que fuera tutsi no hizo sino aumentar, incluso hacia los tutsis que se habían quedado a vivir en Ruanda como ciudadanos modélicos. Los llamaban «cucarachas».

El 6 de abril de 1994, cuando fue derribado el aparato del presidente hutu, Juvénal Habyarimana, se desató el infierno. Los hutus pensaban que el FPR de Kagame estaba detrás del ataque y empezaron a asesinar en masa a civiles tutsis. No se trataba de militares con armas de fuego, sino de civiles con machetes. El régimen hutu había formado antes a las milicias civiles y había repartido machetes. Aquellas milicias estaban integradas a menudo por adolescentes impregnados de odio racial, los famosos interahamue. Cuando estalló el genocidio, empezaron a asesinar, incitados por las emisiones de *Radio Télévision Libre des Mille Collines* que avivaba su odio repitiendo una y otra vez que las tumbas aún no estaban suficientemente llenas y que seguían circulando cucarachas. En tres meses fueron masacrados entre ochocientos mil y un millón de tutsis y hutus moderados. Mientras tanto, el FPR de Kagame iniciaba desde el norte su marcha hacia Kigali.

La comunidad internacional estaba ausente. Al inicio del genocidio, el ejército gubernamental ruandés había asesinado a diez cascos azules belgas para echar a las Naciones Unidas, a fin de poder proceder a la limpieza étnica sin estorbos. Los reporteros y periodistas de los medios de comunicación extranjeros huyeron de la violencia del país. En aquellas semanas los ojos del mundo estaban puestos más en Sudáfrica, donde Nelson Mandela era elegido presidente. Pocos sabían lo que sucedía exactamente y el presidente francés Mitterrand no constituía una excepción. Consideraba a los hutus como víctimas de la invasión tutsi y decidió enviar tropas francesas a Ruanda para ayudarlos. El hecho de que el régimen en Kigali fuera francófono y de que los rebeldes tutsis que ganaban terreno se hubieran vuelto anglófonos en Uganda desempeñó inconscientemente un papel en el apoyo francés a los hutus. Lo que Mitterrand ignoraba era que con ello protegía a los autores del genocidio. Las tropas francesas lanzaron la operación Turquoise: en el suroeste del país, crearon una zona de seguridad hacia la cual podían huir los hutus, lejos del avance del FPR de Kagame y de las represalias que, sin duda, llegarían.

El objetivo del genocidio era limpiar Ruanda de tutsis, pero ahora aquellos tutsis estaban conquistando el país desde los otros estados vecinos. Se había subestimado sobremanera la fuerza militar del FPR. Los militares franceses acogieron a cientos de miles de refugiados hutus y los pusieron al otro lado de la frontera. El que emprendía la huida no era solo un pueblo, sino también un régimen: el ejército gubernamental, el arsenal, la Administración y hasta las arcas del Estado abandonaron el país. Se estima que doscientas setenta mil personas huyeron a Burundi y quinientas setenta mil a Tanzania, pero el grueso de los refugiados acabó en el Zaire oriental: cerca de un millón y medio de personas^[38]. Mobutu había puesto su aeropuerto a disposición de la ofensiva francesa y había dado autorización para que los refugiados se instalaran en su país. Se encontraban sobre todo en Kivu del Norte, dentro y alrededor de la ciudad de Goma (ochocientos cincuenta mil personas), y en menor medida en Kivu del Sur, cerca de Bukavu (seiscientos cincuenta mil).

En diciembre de 2008 fui hasta Mugunga, al oeste de Goma, el más grande de los campos de refugiados de aquella época, en compañía de Pierrot Bushala, el hombre que había tenido que renunciar a su novia tutsi. El campo seguía utilizándose como centro de refugiados, puesto que, después de 1994, la calma nunca ha vuelto al Kivu. En aquellos días, Pierrot había participado en el saneamiento de los campos por parte de Acnur, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. «¿Puedes imaginártelo? Toda esta zona estaba llena de refugiados y no había absolutamente nada», me dijo mientras recorriamos en su *jeep* el sombrío paisaje lunar, cubierto de una vegetación verde chillón. El suelo era de lava negra, procedente del imponente volcán Nyiragongo, situado un poco más lejos, y allí fueron a parar de repente ochocientos cincuenta mil personas. Pierrot fue nombrado responsable del saneamiento de los campos. «Al principio la gente hacía sus necesidades en cualquier parte. Pero el Acnur y la Cruz Roja suministraron tiendas de campaña y cal para esparcir. Solo más tarde se hicieron retretes cavando un hoyo en el suelo.» Mientras caminábamos por Mugunga comprendí que cavar retretes en la roca volcánica no debía de haber sido una sinecura. Pierrot contemplaba el desolador paisaje de lava solidificada lleno de chozas y tiendas de campaña. «Luchábamos contra las moscas, contra los mosquitos, nos paseábamos con pulverizadores, teníamos equipos para vaciar los retretes, recogíamos los desechos.» Pero fue en vano. En los campos se declaró una epidemia de cólera y disentería. Al menos cuarenta mil personas perdieron la vida. Los cadáveres se amontonaban junto a la carretera. El hedor resultaba insoportable. Había nubes de moscas tan espesas que los conductores apenas podían ver nada a través del parabrisas.

La miseria que siguió al genocidio restableció una vez más el prestigio internacional de Mobutu. Los franceses le estaban agradecidos por su colaboración, y poco después le invitaron a una cumbre internacional en Biarritz. Las Naciones Unidas reconocieron su papel en la acogida de refugiados. Cuando las epidemias arrasaron los campos, decenas de ONG y de organizaciones de ayuda internacional se

apresuraron a acudir al país. El brote del muy contagioso virus del Ébola en Kikwit un año más tarde confirió a Mobutu un halo de víctima más que de malhechor. Ahora que el mundo lo volvía a considerar con indulgencia, el primer ministro Kengo wa Dondo podía retrasar y sabotear el proceso electoral. No había ninguna prisa.

Sin embargo, acoger a un millón y medio de refugiados en su propio territorio constituía, por supuesto, un precio muy alto para reparar su honor, sobre todo en una región ya de por sí superpoblada, donde el odio hacia Ruanda aumentaba año tras año. Del mismo modo que la población probaba suerte con arriesgados juegos de azar, Mobutu se jugó el todo por el todo con aquellos campos. En un principio la jugada le salió bien, pero al final se convertiría en su ruina.

Aquel mismo sábado de 1996, Ruffin Luliba jugaba al fútbol con el equipo local. Era un día soleado. Se oía el sonido de voces infantiles que pedían que les pasaran el balón, el ruido sordo de las zapatillas de deporte contra la pelota, los gritos de algunos espectadores, el silbato del árbitro... Ruffin había cumplido trece años. Después de asistir a la escuela primaria en Bukavu, había ingresado en el internado de los hermanos maristas en Mugeru, donde había iniciado sus estudios en el seminario menor. Aquel día jugaban la semifinal, y entre los espectadores se encontraba Déogratias Bugera, un hombre que trabajaba como arquitecto en Goma, pero le gustaba pasar los fines de semana en su región de origen. «Una vez acabado el partido, Bugera nos dijo que quería patrocinar nuestro equipo. Nos dio azúcar de caña, bombones y galletas. Nos prometió que si ganábamos la final de la semana siguiente, nos lo pagaría todo: el uniforme completo de fútbol, las camisetas, incluso las botas de fútbol.» Ruffin no podía creer lo que oía: ¡botas de fútbol nuevas! «Y en efecto, a la semana siguiente volvió. Nosotros estábamos decididos a ganar, costara lo que costara, y derrotamos al equipo contrario por 2-0. Después todos nos subimos a su Daihatsu para ir comprar los uniformes. Era una de esas *pick-ups* con la zona de carga cubierta con redes. Éramos trece niños. El mayor tenía dieciséis años y los demás, catorce o quince. Rodrick, mi compañero de habitación, también se vino con nosotros.» Sin embargo, el entusiasmo se transformó muy pronto en confusión.

Partimos en dirección a Bukavu, pero no nos detuvimos allí. Seguimos hasta la frontera con Ruanda. En el puente sobre el Ruzizi cruzamos la frontera. Ni siquiera había trámites allí, no había aduana, ni servicio de inmigración, nada. Seguimos circulando hasta un pequeño aeropuerto. «Esperad aquí», nos dijo Déogratias mientras se alejaba. Nosotros no sabíamos exactamente dónde estábamos, no éramos más que unos simples colegiales. Eran las cinco y media de la tarde y ya empezaba a oscurecer. Teníamos miedo de que el rector del internado nos castigara y nos echamos a llorar. A las siete llegó un camión grande al que nos hicieron subir. El trayecto duró cinco horas. «¿Qué nos dirá el rector?», nos preguntábamos. Esa era nuestra principal preocupación. Por fin llegamos al centro de entrenamiento militar de Gabiro. No nos dieron zapatillas de fútbol, ni botas de cuero, como las que se usan aquí, sino botas de goma. En aquel campamento había muchos niños, todos secuestrados, que venían de Goma y de Uvira. Entre ellos también había banyamulenge, pero esos estaban allí por propia voluntad. Enseguida nos afeitaron la cabeza. A la una de la mañana tuvimos que arrastrarnos por el barro a modo de

bautismo. «Tenéis que deshaceros de Mobutu —nos gritaban—, sois los futuros liberadores de vuestro país»^[39].

El testimonio del joven Ruffin es de gran importancia no solo porque describe el destino de los niños obligados a convertirse en soldados —que en aquel momento constituía un fenómeno relativamente nuevo—, sino también porque muestra cómo Ruanda se preparaba para invadir el Zaire. El régimen tutsi que llegó al poder en Kigali después del genocidio estaba muy preocupado por el millón y medio de hutus refugiados en el Zaire. Contrariamente a las prescripciones internacionales, no se encontraban a varias decenas de kilómetros de la frontera, sino casi pegados a ellas. En aquellos campamentos empezaba a reorganizarse el régimen hutu, que acababa de ser derrotado. Tenían dinero y armas y estaban decididos a recuperar Ruanda. Del mismo modo que los tutsis habían esperado en el exilio, entre 1962 y 1994, su oportunidad en el sur de Uganda, así aguardaban su turno los hutus en el Zaire oriental. No obstante, la mayoría de los refugiados, entre un 85 y un 90 por ciento, no formaban parte del ejército gubernamental huido, no habían participado en el genocidio y no habían sido miembros de interahamue^[40]. Eran civiles inocentes que simplemente querían regresar a su país, pero tenían miedo de que se produjera un contragenocidio.

En los campos de refugiados se estaba tramando una invasión. La comunidad internacional era consciente el problema, pero no parecía realmente dispuesta a tomar cartas en el asunto. Después del desastre en Somalia, Estados Unidos no tenía ningún deseo de ver más cadáveres de soldados estadounidenses arrastrados por el polvo. Bélgica no estaba dispuesta a perder otros diez paracaidistas. Y el secretario general de las Naciones Unidas, Butros Ghali, no consiguió hacerse con suficientes apoyos para desplegar unas fuerzas militares internacionales. Cualquier actuación internacional en el Zaire se consideraría como una ayuda a Mobutu y nadie quería llegar tan lejos. Paul Kagame decidió coger la sartén por el mango: su *Front Patriotique Rwandais* pasaría a llamarse *Armée Patriotique Rwandaise* (el nuevo ejército gubernamental) y se encargaría de neutralizar el peligro de aquellos campos. Para ello obtuvo el apoyo de su viejo amigo Yoweri Museveni, presidente de Uganda.

Sin embargo, asaltar los campos significaba asaltar un país soberano, lo que *de facto* equivalía a un acto de agresión contra una potencia extranjera. Kagame buscó por ello un pretexto zaireño que justificara su iniciativa ruandesa y lo encontró en los frustrados tutsis zaireños. Estos llevaban años sufriendo humillaciones por parte de los supuestos «verdaderos» zaireños y ahora para colmo un millón y medio de hutus ruandeses los tomaban por sorpresa. Déogratias Bugera, el hincha de fútbol que secuestró en su Daihatsu a Ruffin y a sus compañeros de equipo, era un tutsi de Kivu del Norte y se encontraba al frente de la ADP (*Alliance Démocratique des Peuples*). Además, estaba Anselme Masasu Nindaga, un tutsi de Kivu del Sur que era activista político en Bukavu y que dirigía el MRLZ (*Mouvement Révolutionnaire pour la Libération du Zaire*). Sin embargo, había viejos nacionalistas, como André Kisase

Ngandu, un tetela, que se inspiraban en la tradición lumumbista. Y también estaba Laurent-Désiré Kabila, que tampoco era tutsi, sino un luba de Katanga, un hombre que mantenía desde 1964 la zona entre Fizi y Baraka fuera del control de Mobutu. Era aquel líder de los rebeldes que tan mala impresión había causado al Che Guevara. Si la «rebelión» de 1964 fue una chapuza, la de 1996 no sería mucho mejor. Kabila vivía de forma casi permanente en Tanzania y se ganaba el sustento con algo de contrabando de oro, un poco de tráfico de armas y algún que otro secuestro: en resumidas cuentas, la típica empresa mixta de la delincuencia africana.

En octubre de 1996, Kagame convencería a aquellos cuatro hombres para fundar la AFDL, *Alliance des Forces Démocratiques pour la Libération*. Kabila se convirtió en su portavoz y puesto que era el mayor de los cuatro, se le dio el título respetable de *Mzee*, «anciano» en suajili. Bugera era el número dos y Kisase el comandante militar.

Ruffin Luliba lo vivió en primera persona:

Durante nuestro adiestramiento nos presentaron a los que más tarde fundarían la AFDL. Ya conocíamos a Bugera; pero también vimos a Kisase Ngandu, Masasu y Mzee. Mzee incluso nos regaló dos vacas, gracias a ello pudimos comer bien por primera vez en mucho tiempo. Normalmente solo comíamos alubias con maíz de nuestra marmita. En el campamento había dos batallones. Nuestro adiestramiento duró seis meses. Tres de entrenamiento físico para el campo de batalla y el espionaje. Dos meses de adiestramiento ideológico, que nos debía inculcar el objetivo de la guerra. Un mes de preparación concreta. La primera parte era la más pesada. Algunos murieron. Rodrick, mi compañero de habitación en el seminario menor, falleció a causa de la diarrea. Lo enterramos envuelto en una manta porque no había ataúdes. Al final de la formación nos dieron el uniforme de verdad y nos volvieron a decir que éramos «los futuros liberadores» de nuestro país.

Desde el principio estaba claro que Ruanda no solo quería neutralizar los campos, sino también avanzar hasta la capital, dos mil kilómetros más al oeste. Kagame quería que Mobutu se fuera, porque ofrecía cobijo y protegía a los *génocidaires*. La minúscula Ruanda doblegaría al Zaire, el gigante del África Central, y la AFDL tenía que conseguir que pareciera una rebelión interior. Aquel iba a ser para Kagame su tercer cambio de régimen en un país centroafricano: después de Uganda y de Ruanda, ahora le tocaba el turno al Zaire.

Al frente de las fuerzas invasoras se colocó al jovencísimo, pero infatigable, oficial ruandés James Kabarebe, un hombre de confianza de Kagame. Tenía tan solo veintisiete años: un joven con cara de niño, pero con un gran carisma y con una conciencia flexible. El ejército de invasión ya era conocido por su juventud, porque por primera vez había reclutado a gran escala niños soldados del Zaire, los llamados *kadogo*. Se los reconocía por sus uniformes demasiado holgados y sobre todo por sus botas de goma negras, la marca de fábrica de la participación ruandesa. Los kaláshnikov parecían demasiado grandes en sus manos, pero ellos agarraban su característico cargador curvado con una mirada que delataba más veneno que repulsa.

Ruffin recordaba la primera fase:

James Kabarebe nos dijo: «Necesito diez kadogo de Bukavu, diez de Uvira y diez de Goma». Yo me ofrecí voluntario y nos tuvimos que disfrazar como niños de la calle para espiar. James me dijo:

«Te confío esta misión. Ve a mirar a las FAZ [las Fuerzas Armadas Zaireñas (en francés, *Forces Armées Zairoises*), el ejército gubernamental de Mobutu]. Observa qué armas tienen. Mira si les llegan refuerzos». Me dio un Motorola para que me mantuviera en contacto con él. Crucé la frontera en harapos y fui a ver su campamento en Bukavu. Cuando llegué allí, los soldados estaban saqueando. ¡Uno de ellos me gritó que debía ayudarlo a cargar con su botín! Yo escondí el Motorola. Era un caos. Hubo disparos. Entonces regresé a Ruanda para explicarle a James lo que había visto. No visité a mi familia cuando fui a Bukavu. Cuando estás en el ejército, te olvidas de tu familia. El ejército era mi familia.

¿Que las FAZ estaban saqueando? Kabarebe parecía encantado de oír eso y pensó que Zaire estaba podrido hasta la médula. Y en efecto, cuando el vicegobernador de Kivu del Sur anunció a principios de octubre que pronto procedería a la limpieza étnica de los banyamulenge, estos se sublevaron. Eso significó el detonante de las hostilidades. Ruanda invadió el país. Unos días más tarde la AFDL se afianzó como movimiento rebelde. El 28 de octubre de 1996 tomaron Uvira y dos días más tarde, fue el turno de Bukavu. Una de las primeras víctimas fue Christophe Munzihirwa, el arzobispo que había criticado vehementemente las maniobras ruandesas. Ruffin y sus compañeros luchaban en primera línea. «Con nosotros había ruandeses, ugandeses e incluso eritreos. Fumábamos porros de veinte centímetros, eso nos proporcionaba valor para ser patriotas.» Los soldados de Mobutu emprendieron la huida de inmediato, pero la mayor resistencia fue la de los mai-mai, las milicias populares que odiaban todo lo que venía de Ruanda.

Mi primer combate fue contra los mai-mai que defendían el edificio de la RTNC, la cadena pública. Yo tenía un kaláshnikov corto. Me costó acostumbrarme a él. Como soy zurdo, me quemaba siempre la piel, puesto que los casquillos saltaban en la parte derecha del arma y me daban en el estómago. Un mai-mai se me acercó con su turbante rojo y su grigri. No tenía munición. Le hundí una bala en la cabeza. Me quedé totalmente desconcertado. Era la primera vez que mataba a una persona y me sentía fatal. Supliqué a la comandancia del ejército que me dejaran volver a la tercera sección, ya no quería combatir en la primera sección. «Tienes que hacerlo», me dijeron, y me dieron cien latigazos.

Después de Uvira y Bukavu, el 31 de octubre de 1996 cayó Goma. En pocos días la AFDL había conquistado las tres ciudades más importantes del Zaire oriental, precisamente las tres donde estaban los principales campos de refugiados. La AFDL quería reanudar cuanto antes la marcha hacia Kinsasa, pero para los ruandeses resultaba crucial neutralizar aquellos campos. Ruffin sintió claramente aquella tensión dentro del ejército de invasión mixto: «Cuando llegábamos a un campo de refugiados, los tutsis ruandeses hacían el trabajo. Cien, mil muertos... Padres, madres, mujeres... “Los hutus son serpientes”, decían. En el campo de Kashusha, cerca de Bukavu, llegué a una tienda de campaña en la que habían asesinado a una abuela y a una mujer embarazada. El único superviviente era un niño pequeño. Me ordenaron que lo matara, pero yo no pude. Él acariciaba mi fusil. Lo dejé libre y lo envié con algunos hutus que estaban huyendo».

Los asesinatos fueron despiadados, sobre todo en Goma, donde se encontraban los cinco mayores campos de refugiados. Ruanda atacó los miserables campos con morteros y ametralladoras, por lo que una gran parte de los hutus que se encontraban

allí huyeron presa del pánico de vuelta a su patria. Aquello provocó una auténtica marea humana. En tan solo unos días casi cuatrocientos mil refugiados se desplazaron al este para cruzar la frontera^[41]. En Ruanda se introdujo una nueva señal de tráfico: *Ralentir: refugiés* («Circule despacio, refugiados»^[42]). Sin embargo, muchos hutus, sin duda los más militarizados, pusieron rumbo hacia el oeste, para adentrarse en la selva. Cuando las Naciones Unidas tuvieron listo un equipo de intervención para proteger a los refugiados, los campos ya estaban vacíos. La lucha entre los hutus y los tutsis ruandeses, la continuación del genocidio, se libraría a partir de entonces en suelo zaireño.

Ruffin, con catorce años, vivió de cerca los horrores de la guerra. Su batallón partió hacia el sur, pasando por Uvira, bordeando el lago Tanganica, hacia Katanga. Cerca de Bendera, un poblado en Katanga del Norte, vivió sus combates más encarnizados. Los bombardearon. «Un tiroteo es como una batería. Las bombas y las bazucas suenan como tambores y toms de piso. Las salvas de nuestros kaláshnikov son como redobles de tambor. El bombo se corresponde con un mortero de ochenta milímetros. Y los címbalos son nuestros gritos, puesto que siempre gritábamos. Emitíamos sonidos fantasmales para volver loco al enemigo, algunos con voces graves, otros con voces chillonas. Gritábamos sus nombres y les decíamos que los íbamos a encontrar.» Guerra, locura, histeria. Fútbol, pero sin balón. Solo con gritos. Y armas.

No sirvió de nada. Ruffin junto con otros tres soldados fueron secuestrados por hutus ruandeses. Ruffin se moría de miedo. «Los hutus eran conocidos por matar con el machete, como hicieron durante el genocidio. Le cortaban a uno los brazos o le hundían el machete en el cráneo, para verle los sesos. Era típico de ellos.» Él era el más joven de los cuatro rehenes y esa fue su salvación. Los otros tres tuvieron que poner, uno tras otro, el brazo sobre el tajo.

Los hutus tenían machetes nuevos que brillaban, eran como espejos. Cuando alzaron el machete, mi amigo apartó la vista. Gritó. Vi su mano, su mano que seguía moviéndose; se movía incluso cuando ya había caído al suelo. Lo hicieron sufrir terriblemente. Siguieron cortando, atravesando su cuerpo hasta que murió. Y entonces le tocó el turno al segundo y luego al tercero. Mis camaradas fueros degollados uno tras otro mientras yo miraba. Cuando me llegó el turno, el comandante me dijo que se llamaba Mungura y que había sido guardaespaldas del presidente Habyarimana antes de que este fuera asesinado. Me dijo que me perdonaría la vida y empezó a escribir una carta en kinyaruanda. «Ten, dale esto a Kabarebe.» Me quitaron la ropa y me echaron de allí en ropa interior. Bajé por las colinas y regresé solo a nuestra posición. Fue el momento más difícil de mi vida, no logro olvidarlo. Cuando por fin llegué, le entregué la carta a James Kabarebe. Él la leyó y dijo: «*Dieu le veut*^[e81]. Mungura ha exterminado a toda la familia, pero en adelante serás mi guardaespaldas».

Ruffin, un chico zaireño que hasta hacía poco no sabía nada de política y al que ya le parecían difíciles las reglas del fuera de juego, había estado a punto de morir en un conflicto entre hutus y tutsis ruandeses. «Ya no tuve que volver al campo de batalla. James me quería, dejaba que le llevara el macuto. “¡Kadogo, tráeme el macuto!”, me gritaba los días siguientes. Yo lo veía examinar el mapa del Congo. También él estaba

allí por primera vez. Kabarebe no tenía estudios, pero era un hombre lógico y tranquilo, capaz de analizar y de escuchar bien. Había perdido a su familia y me dijo: “Tienes que querer a tu país, kadogo”.» Y de ese modo, Ruffin, el muchacho al que le gustaba jugar al fútbol y que quería ser sacerdote, se convirtió en guardaespaldas del comandante *de facto* del ejército de invasión que iba a derrocar a Mobutu.

La AFDL recurrió a un movimiento de pinza para conquistar el Zaire. Ruffin estaba en el brazo meridional que avanzaba hacia Lubumbashi; el brazo septentrional se dirigía a Kisangani, la ciudad a orillas del río. Después de tres décadas de dictadura, muchas decenas de miles de ciudadanos tenían que soportar una guerra. Se produjo un verdadero éxodo. Muchos intentaron abandonar Kivu, pero los últimos aviones estaban repletos y los que tenían un *jeep* tuvieron que entregarlo a los soldados saqueadores de las FAZ. Miles de personas decidieron entonces ir a pie hasta Kisangani, un trayecto de setecientos kilómetros a través de la selva, cuya primera parte cruzaba Kahuzi-Biega, un parque natural montañoso donde en tiempos mejores los turistas iban a ver a los gorilas. El doctor Soki, un médico de Bukavu, se marchó después de que una granada destruyera su casa^[43]. Sekombi Katondolo, un artista de Goma, abandonó la ciudad junto con algunos amigos en busca de un lugar más seguro^[44]. Emilie Efinda, una farmacéutica relativamente próspera de Bukavu, empezó la marcha con tacones altos^[45]. Para muchos fue un duro viaje a través de la selva en plena temporada de lluvias. La gente se refugiaba bajo el follaje, dormía en el suelo, luchaba contra las hormigas y se alimentaba con fruta podrida. La higiene era mínima. Las mujeres utilizaban medias, pañuelos y trozos de tela a modo de compresa^[46]. Los senderos del interior estaban enfangados y en muchos lugares ya no quedaba carretera. Tuvieron que vadear ríos, porque el agua se había llevado los puentes. Solo de vez en cuando se podía ir en camión, pero los camioneros pedían cifras astronómicas para transportar a personas enfermas, agotadas y hambrientas. La columna de fugitivos era inmensa y heterogénea: soldados saqueadores de las FAZ, civiles desesperados, hutus ruandeses muertos de miedo que corrían por su vida, niños soldados drogados, curtidos militares de Ruanda y Uganda. Los únicos que iban en dirección contraria eran los mai-mai, que querían luchar contra los elementos extranjeros. Avanzaban hacia el este en pequeños grupos desordenados, carecían de una cadena de mando centralizada.

En las profundidades del interior, la persecución de los hutus dio lugar a graves violaciones de los derechos humanos. Los habitantes de los poblados constataron que, en cuanto llegaba la AFDL, los ruandeses les preguntaban dónde estaban los refugiados y acto seguido iban en su busca para liquidarlos^[47]. En diferentes lugares perpetraron masacres en masa. En Tingi-Tingi, un campo situado antes del puerto de Kisangani, la aniquilación fue especialmente atroz. En aquella zona pantanosa se habían concentrado cerca de ciento treinta y cinco mil refugiados hutu. Muchos de

ellos se hallaban en un estado lamentable. El cólera diezmaba sus filas, sus hijos morían como chinches. A finales de febrero de 1997, cuando la AFDL se acercaba desde el este, los supervivientes se escondieron en los bosques. Los tutsis ruandeses engañaron a las organizaciones humanitarias internacionales para que volvieran a agrupar a los refugiados en diferentes campos improvisados. En cuanto se formaban nuevas concentraciones, los tutsis impedían el acceso a la zona a cooperantes y a periodistas, «por su propia seguridad», para después perpetrar impunemente una limpieza étnica. No asesinaron solo a militares hutus o a miembros de interahamwe, también a niños desnutridos, a mujeres, a ancianos, a heridos y a moribundos. A veces los mataban con una bala, pero muchas más con el machete y el martillo. La munición era cara y resultaba pesado cargar con ella por la selva.

La comunidad internacional no tenía acceso a la zona, por lo cual la verdadera naturaleza de las atrocidades solo salió a la luz más tarde. Los testimonios de los autores son muy escasos. «Sí, estuve en Tingi-Tingi», me dijo el teniente Papy Bulaya, un hombre que era soldado del ejército de la AFDL. Solo después de muchas botellas de cerveza pudo empezar a relatar lo sucedido.

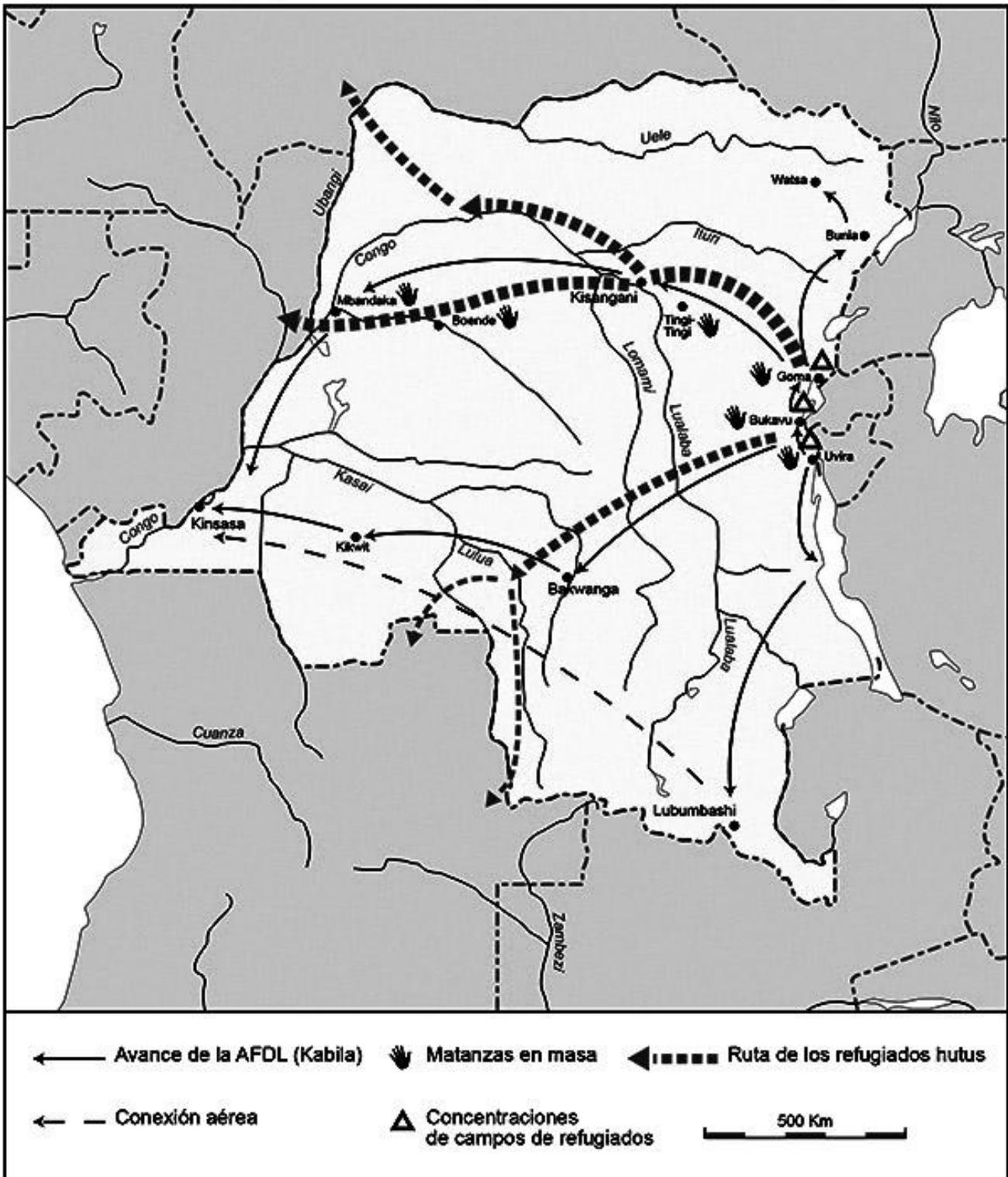
Escuche, nuestro objetivo era Kisangani y Tingi-Tingi suponía un obstáculo. Así que tuvimos que eliminarlo. Yo era un *kadogo* de quince años, nuestro comandante era un ruandés, el general Ruvusha. Ahora es coronel en el ejército ruandés, pero era un hombre terrible. Laurent Nkunda también estuvo allí. La orden era echar al enemigo. Nuestros comandantes tutsis nos decían: «Son genocidas, deben morir». Gritaban: «*Kadogo*, mata a esa persona». Y nosotros teníamos que acatar la orden, pues de lo contrario nos ejecutaban allí mismo. Debíamos seguir avanzando. Allí fueron asesinados muchísimos ruandeses. Después quemaban sus cuerpos con gasolina o los enterraban. Detrás de nosotros llegaban los camiones con refuerzos: nos traían comida y gasolina para la «limpieza», para «hacer borrón y cuenta nueva». Cuando pienso en ello, siento un gran dolor. Me arrepiento, pero éramos leales a la AFDL^[48].

Los campos improvisados tras la masacre de Tingi-Tingi ofrecían cobijo a ochenta y cinco mil personas; después de las acciones, quedaron vacíos, abandonados, desolados. Decenas de miles de hutus habían sido asesinados. Un grupo de cuarenta y cinco mil huyó más al oeste, hacia la provincia de Ecuador, pero fueron interceptados en Boende y Mbandaka y asesinados en masa. Algunos testigos oculares vieron cómo los soldados masacraban incluso a bebés aplastándoles el cráneo con sus botas o golpeándoles la cabeza contra una pared^[49]. Algunos hutus pudieron escapar y lograron llegar hasta Congo-Brazzaville y hasta Gabón. Habían recorrido a pie más de dos mil kilómetros, a través del Zaire, en circunstancias más miserables incluso que las que había tenido que soportar Stanley. En total quedaban tan solo varios miles de supervivientes, una mínima parte del número inicial. Se calcula que durante la marcha del ejército de invasión fueron asesinados entre doscientos y trescientos mil hutus^[50].

La guerra se prolongó durante siete meses y fue, en esencia, una conquista continua desde el este hacia Kinsasa. En algunos lugares, como en Bunia y Watsa, se

produjeron verdaderos combates; por lo demás, la AFDL avanzó casi sin obstáculos. El 28 de febrero de 1997 cayó Kindu; el 15 de marzo, Kisangani; el 4 abril, Mbuji-Mayi. Sobre todo la conquista de Kisangani, la tercera ciudad del país, fue muy importante desde el punto de vista estratégico y simbólico, puesto que se encontraba a orillas del río: la autopista del África Central que conducía a Kinsasa. El primer ministro Kengo wa Dondo había jurado que la ciudad no caería nunca, pero los rebeldes se hicieron con ella sin apenas dificultad. Las imágenes que suelen verse del avance de la AFDL muestran dos largas columnas de niños soldados con botas de goma negras que se acercan en silencio a un poblado o a una ciudad andando a ambos lados del camino de tierra. Eran la «infantería» en el sentido literal de la palabra: niños que se desplazaban a pie. Cuando llegaban, el ejército de Mobutu ya había huido, muchas veces después de saquear el lugar. En Kikwit los civiles entregaron dinero a los soldados para que se marcharan sin saquear la ciudad^[51]. Una vez que se hubieron ido, la población local dio la bienvenida a sus liberadores procedentes del este con pancartas y cantos. La oposición democrática estaba contenta con la liberación militar. «La UDPS da la bienvenida a la AFDL», se leía en algunas pancartas^[52]. Los pequeños soldados que venían desde tan lejos y que marchaban con tanta seriedad por las calles despertaban admiración por su valentía y por su amor por la patria^[53]. Allí donde llegaban, se presentaban nuevos candidatos. Los tigres katanguenses, que en 1978 habían visto fracasar su invasión en Shaba, se unieron a ellos. La AFDL estaba haciendo una marcha realmente triunfal.

Mapa 8: La primera guerra del Congo.
La progresión de Kabila (octubre de 1996-mayo de 1997)



Durante los imponentes mítines, Kabila hablaba al pueblo recién liberado. Era la primera vez que las muchedumbres tenían ocasión de ver al hombre sobre el cual habían oído hablar tanto en la radio. Solía ir vestido de negro, con un sombrero de vaquero que le cubría la calva. Kabila era un tipo corpulento, un hombre entrado en carnes, que se reía con ganas y tenía un aire relajado y hasta despreocupado mientras se paseaba con la mano en el bolsillo del pantalón. Con su voz firme contaba historias

altisonantes sobre su ejército de liberación, hablaba de la necesidad de las milicias populares y pedía a los padres que cedieran un hijo para la causa. Su carisma resultaba innegable. Era un verdadero alivio, una bocanada de aire fresco en comparación con el viejo cascarrabias retirado en Gbadolite. Irradiaba poder, también afabilidad. Ahora todo cambiaría. Ruanda negaba con vehemencia su participación, pero muchas personas del interior sospechaban que la marcha triunfal de Kabila no constituía un asunto puramente nacional. Todo valía para librarse del *vieux léopard*. «Un hombre que se ahoga se aferra a cualquier madera flotante y, si hace falta, incluso a una serpiente», decía la gente de Kikwit^[54].

La AFDL de Kabila no solo recibió el apoyo del pueblo, que estaba harto de Mobutu, y de Ruanda y Uganda, sino también de Estados Unidos. Desde el final del genocidio el régimen tutsi de Kagame —gracias a su papel de víctima bien representado— había ido ganando el reconocimiento de las autoridades estadounidenses. Debido al malestar que les producía el no haber sabido hacer frente al genocidio, los nuevos países asociados, como Estados Unidos, el Reino Unido y los Países Bajos, acordaron ofrecer un generoso apoyo a Kigali. Además, con Bill Clinton llegaba un presidente que quería romper de forma definitiva con la vieja y cínica política de sus predecesores en relación con el Zaire^[55]. Él creía en los *new African leaders*, como Mandela y Museveni —una nueva generación de jefes de Estado que no se parecían en nada a los Mobutu, a los Bokassa y a los Idi Amin de antaño, pensaba Clinton—, ¿quizá Kabila fuera uno de ellos? No existía ningún planteamiento dirigido, pero sea como fuere, no se impidió al ejército ruandés llevar adelante sus planes. Del mismo modo que los franceses habían seguido apoyando al régimen hutu, pese a los rumores sobre un genocidio, los diferentes servicios estadounidenses apoyaron el avance del ejército de invasión con logística y material, pese a los rumores sobre las matanzas^[56]. El viejo cinismo que el Gobierno de Clinton quería suprimir dio paso a un nuevo tipo de cinismo: humanitario en sus intenciones, muy ingenuo en sus análisis y por ello desastroso en sus consecuencias. No tenía visión a largo plazo. La confusión era grande; la política, *ad hoc*. Sin embargo, el apoyo a Ruanda y a los rebeldes provocaría años de miseria. Para Kabila debió de ser divertido constatar que treinta años después de la ayuda del Che Guevara, de repente recibía el apoyo del mismísimo demonio imperialista.

En cambio, Mobutu había perdido a sus aliados. Francia intentó apoyarlo con algunos militares, pero sin demasiado entusiasmo. Mobutu trató de dar un vuelco a la situación con algunos mercenarios europeos, pero no tuvo el mismo éxito que en 1964. Acudieron algunos serbios de Bosnia que habían participado en la guerra de los Balcanes, pero para las tropas de Kabila no contaban como adversarios.

Durante el avance de la AFDL, Mobutu pasó la mayor parte del tiempo en Europa, donde se había sometido a una operación de cáncer de próstata (lo que

motivó un nuevo nombre para el reciente cargamento de billetes de banco sin valor del Zaire: *les prostates*). Mobutu residía en Lausana y en su villa de Cap-Martin. Cuando regresó a Kinsasa era un hombre gravemente enfermo que apenas podía caminar. No obstante, fue recibido por una enorme muchedumbre de compatriotas que lo aclamaban. ¡El jefe había vuelto! ¡Salvaría al país! ¡Todo volvería a su cauce! Sin embargo, eso no sucedió. En la capital, Tshisekedi y Mobutu seguían con sus disputas de siempre, como si no se estuviera acercando una enorme fuerza militar invasora. Ellos se peleaban como de costumbre sobre quién podía ser primer ministro y quién podía elegirlo, pese a que la mitad del país del que hablaban estuviera ya en manos de otros.

Entretanto, el joven Ruffin marchaba hacia Lubumbashi. Él y sus hombres cargaban con fusiles y bazucas. «Lo hacíamos todo a pie. Recorriamos grandes trechos a lo largo de las vías. Me dolían mucho los pies. Vertíamos agua en nuestras botas, eso aliviaba el dolor y nos permitía caminar más fácilmente. El problema era que hacía que los pies sudaran muchísimo. ¡Cuando nos quitábamos las botas, nuestros pies olían a cadáver durante tres días!». Trucos de soldados, humor de soldados.

El 9 de abril de 1997 cayó Lubumbashi, la capital económica del país. Mzee Kabila se instaló allí mismo y recibió de inmediato la visita de compañías mineras internacionales como De Beers y Tenke Mining, que comprendieron que a partir de entonces tenían que negociar con él. Los primeros contratos sobre la explotación de yacimientos mineros se firmaron antes de que echaran a Mobutu^[57]. Entonces ya estaba claro que la balanza se había inclinado a favor de Kabila. Después de treinta y dos años de dictadura, se iniciaba una nueva era.

Para Ruffin se iniciaba una nueva fase de la guerra. El jefe del Estado Mayor, James Kabarebe, ya no lo necesitaba como guardaespaldas. «James nos dijo: “Para vosotros todo ha acabado. Me voy a Kisangani, pero vosotros os quedaréis aquí con Mzee”. Era la primera vez que yo estaba con Mzee. Su hijo Joseph también estaba allí.» Padre e hijo permanecían en Lubumbashi, mientras que el ruandés Kabarebe dirigía los combates en otra parte del país. La victoria comenzaba a estar al alcance de la mano y eso permitía tomarse las cosas con cierta calma. Ruffin guardaba recuerdos agradables de aquellos días con el futuro presidente. «Con Mzee empezó la buena vida. “Soy vuestro padre —nos decía—, pero no olvidéis nunca a vuestros padres biológicos”.» Me preguntó de dónde era. «De Bukavu —le contesté—, fui secuestrado por Bugera. “Ah —dijo él—, entonces se acabó eso de jugar a ser sacerdote”». Le gustaba chincharnos. Un día habíamos saqueado los almacenes que habían pertenecido a los FAZ. Me disfracé con el uniforme de un soldado del Gobierno, con botas de cuero y todo. «¿Eres tú, *kadogo*? —me preguntó Mzee—. Sí, soy yo. Hemos cogido los bienes del enemigo.» «¿De verdad? —Se echó a reír—. Me dio un apretón de manos y dijo: “Muy bien, quédate conmigo”.»

La rocambolesca juventud de Ruffin dio otro giro inesperado con aquella observación: ahora se convertía en uno de los guardaespaldas de Kabila. En un año había pasado de ser un niño ignorante que jugaba al fútbol a convertirse en un joven experimentado que estaba siempre alerta y que vivía la historia al minuto. El precio que había tenido que pagar por ello eran el miedo y la pérdida de su inocencia, pero cada fase traía nuevas formas de reconocimiento. «Kabila me quería. Me confió su dinero. ¡Diez mil dólares! A menudo comía con nosotros, directamente de su escudilla. Después de la comida, nos dejaba echar un pulso y él hacía de árbitro. En los “maquis” se practicaba a menudo este deporte. No íbamos a los clubes nocturnos, ni a ver a mujeres; yo solo conocía la vida de seminarista y la de militar. Vivíamos en el hotel Karavia, el mejor de Lubumbashi. Mzee ocupaba la habitación 114. Los buscadores de diamantes le pedían audiencia. Me regaló un Motorola.»

Y en aquella habitación de hotel, Kabila recibía con regularidad llamadas de su jefe de Estado Mayor, Kabarebe, que se acercaba, avanzando a paso rápido, a la capital. Cuando navegaba por el río Congo y divisó las dos capitales, Kabarebe tuvo que preguntarles a los pescadores locales en qué orilla estaba Kinsasa, de lo contrario habría liberado por error Brazzaville^[58]. En su habitación de hotel, Kabila se enteró de que Kinsasa estaba a punto de caer. Nunca se hubiese imaginado que se pudiera producir tan pronto. Dos semanas antes había volado a Congo-Brazzaville para unas negociaciones directas con Mobutu. Nelson Mandela los había convocado a ambos en un terreno neutral, a bordo de un buque sudafricano en el puerto de Pointe-Noire, pero aquellas conversaciones nocturnas quedaron en agua de borrajas. Mobutu no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer y Kabila no veía por qué debía echar agua al vino, dado que iba ganando. No, Kinsasa se liberaría con las armas y Ruffin podría participar.

«Mzee nos dijo: “¡Partid! ¡Mucha suerte! ¡Nos veremos en Kinsasa!”. Y nosotros le contestamos: “¡A su servicio!”.» Algo parecía claro: Kabila era solo la cabeza visible de la rebelión; el trabajo de verdad lo había hecho Kabarebe. Y, por supuesto, los kadogos. Ruffin: «Me subí al primer avión que volvió a aterrizar en Kin, un aparato privado de Scibe-Air. Era la primera vez que volaba. Nuestros hombres ya habían tomado el aeropuerto. Los *jeeps* nos llevaron al barrio Limete y desde allí seguimos a pie».

La ausencia de un acuerdo de paz acarreaba grandes riesgos. Todo el mundo temía que se produjera una confrontación violenta en Kinsasa. Mobutu acababa de nombrar nuevo jefe de Estado Mayor del ejército al general Mahele, un temible militar que se había ganado los galones durante las guerras de Shaba y que había sofocado con mano dura los saqueos de 1991 y 1993. Mahele era sin duda el oficial más competente del ejército zaireño en ese momento. El pueblo lo quería por su rectitud, pero lo temía por su dureza. Ahora tenía que defender Kinsasa contra el avance de los rebeldes. Sin embargo, el viernes 16 de mayo de 1997, cuando la AFDL estaba a punto de entrar, Mobutu huyó al alba y se refugió en su palacio de

Gbadolite. La capital corría el peligro de sumirse en una anarquía total; las siguientes veinticuatro horas resultarían decisivas. Kinsasa, una ciudad con millones de habitantes, podía convertirse en un auténtico campo de batalla de todos contra todos. Los habitantes tenían más miedo de sus propios soldados que de los rebeldes y temían que se produjera un nuevo y devastador saqueo. No obstante, Mahele era un hombre sensato. Había comprendido que se encontraban en un callejón sin salida y decidió no sacrificar una megalópolis a la locura de un hombre viejo y huido. Para salvar a la población civil, se puso en contacto con la AFDL y a últimas horas de la noche se dirigió al campamento de Tshatshi, donde se habían atrincherado los últimos leales a Mobutu. Entre ellos se hallaba Kongolo, el hijo menor de Mobutu, apodado Sadam Husein debido a su legendaria crueldad. Mahele intentó convencerles de que abandonaran el saqueo, ellos a su vez lo acusaron de alta traición. Fue asesinado en la madrugada del viernes al sábado.

Unas horas más tarde, Ruffin avanzaba con sus botas de goma negras por la avenida Lumumba en Limete. La entrada solemne de la AFDL dio lugar a escenas de entusiasmo desbordado. A lo lejos sonaba aún el estampido de la artillería pesada, pero él y sus camaradas no tuvieron que luchar. «Nos hicieron un recibimiento increíble. Los hombres gritaban: *Libérateurs! Libérateurs!*, las mujeres extendían sus *pagnes* sobre la calzada delante de nosotros para que pudiésemos caminar sobre ellos. La gente nos ofrecía agua. Hablaban en lingala y nosotros no los entendíamos. Buscamos la casa del primer ministro Kengo wa Dondo y el pueblo nos mostró el camino. No conocíamos la ciudad. Teníamos que tomar la RINC y el *Palais de Marbre* de Mobutu.»

En una de las casas que registraron, Ruffin se hizo con un cenicero de oro macizo. Era el 17 de mayo de 1997 y en unas cuantas horas la AFDL ocupó las posiciones claves de la ciudad: el Beach, el hotel Intercontinental, el Memling... Algunos soldados del ejército gubernamental se dedicaron a saquear, pero la mayoría se colaron en las casas y suplicaron a los habitantes que les dieran ropa de civiles: pasearse en uniforme equivalía a firmar su sentencia de muerte. También las mujeres de alto rango, que debían sus cargos de directoras a Mobutu, quemaron a toda prisa los *pagnes* que llevaban estampado el logotipo del MPR o la efigie del Gran Timonel^[59]. Las represalias y los ajustes de cuentas aislados se cobraron unos doscientos muertos, pocos en comparación con lo que podría haber ocurrido. En Lubumbashi, Kabila recibió una llamada telefónica de Kabarebe. «¡Kinsasa ha caído!» Kabila gritó de alegría y después se dejó rodar riendo sobre la alfombra de su habitación de hotel^[60]. Acudiría enseguida.

Y una vez más Ruffin estaba presente: «Aquel día volví al aeropuerto para buscar a Mzee. “¡Ya ves que te he contado la verdad!”, exclamó. Dio una conferencia de prensa. Yo estaba en todas las fotos y reportajes con él, junto con Joseph y con Masasu, otro fundador de la AFDL».

En aquella conferencia de prensa, Kabila se proclamó el nuevo jefe de Estado de un nuevo país, la República Democrática del Congo. Aquello de «democrática» resultaba bastante extraño, teniendo en cuenta que nadie lo había elegido y que se había ignorado por completo la oposición no violenta de Tshisekedi y los suyos, que en un principio aceptaban la liberación. La única idea que Kabila adoptó de la Conferencia Nacional Soberana fue la de recuperar el nombre de Congo para el Zaire. La lucha civil que habían defendido personas como Régine había sido adelantada a toda prisa por la conquista militar en la que había participado Ruffin. Régine tenía cuarenta y dos años y Ruffin catorce. Unos días más tarde, el 29 de mayo de 1997, cuando Kabila prestó juramento como presidente, no lo hizo en el Parlamento, donde se había celebrado la conferencia, sino un poco más lejos, en el nuevo gran estadio de fútbol. Los jefes de Estado de Ruanda y Uganda, sus patronos, se encontraban presentes, así como los de Angola y Zambia. Sin embargo, el imponente estadio no estaba repleto de *kinois* exultantes. En una ciudad con millones de habitantes, al menos dos tercios de los asientos permanecían sin ocupar. Las palabras pronunciadas por Kabila durante la ceremonia salieron de los altavoces y retumbaron contra las tribunas de hormigón medio vacías.

Aun así, Kabila consiguió empuñar las riendas de una vez por todas. Después de su huida a Togo, Mobutu voló hacia Marruecos, donde se exilió de forma definitiva. Consciente de que llegaba su fin, había ordenado exhumar los huesos de su madre y de otros seres queridos para llevárselos consigo. Apenas cuatro meses más tarde, un Mobutu abatido y amargado exhalaba el último suspiro, rodeado de algunos allegados y de los huesos de sus antepasados.

Era un día como cualquier otro y el agua del lago Kivu ondeaba imperturbable. Sin embargo, para Ruffin Luliba fue un día emotivo. Cuando Kabila volvió a visitar por primera vez Bukavu, Ruffin lo acompañó. Hacía años que no veía a sus padres. «Eran las cinco de la tarde y volvía a mi casa paterna. Vi a mi madre fuera machacando *pundu* y disparé tres veces en el aire. Ella se escondió en casa asustada y mi padre se fue corriendo detrás de ella. Entonces grité: “¡Soy yo, papá!”. Mi madre salió y se echó a llorar. Yo me había ido de casa para ser seminarista y regresaba convertido en soldado. Habían celebrado mucho antes una ceremonia de duelo por mí. Todos lloraban, incluso mi hermano.» Para la familia era como si Ruffin hubiese resucitado. Fue un reencuentro entrañable. También visitó a la madre de su compañero de habitación Rodrick, el joven que había sido secuestrado junto con él y que después de unos días en Ruanda había fallecido a causa de la diarrea. «Le conté a la madre de Rodrick la triste noticia. En aquellos días me alojaba con Mzee en el hotel Résidence. Me dijo que trajera a mis padres. Cuando se los presenté, le dio enseguida dos mil dólares a mi padre. Dijo: “Le pido disculpas, pero me lo vuelvo a llevar. Su hijo es un patriota”.»

LA COMPASIÓN: ¿QUÉ ES ESO?
LA GRAN GUERRA AFRICANA

1997-2002

Un nuevo régimen, un nuevo sonido. Los habitantes de Kinsasa no podían creer lo que oían. La era posterior a Mobutu empezó con un tono metálico grave que iba *in crescendo*, hasta convertirse en una nota aguda y estridente, para después bajar de nuevo al punto de partida, antes de retomar la ascensión, y vuelta a empezar. Era un sonido penetrante que partía el tráfico en dos y resonaba en los callejones. Los niños dejaban de jugar al fútbol y se tapaban los oídos con las manos. Esbozaban muecas de dolor mientras buscaban el camión rojo. El infernal zumbido de la sirena subía y bajaba, subía y bajaba. Kinsasa, una ciudad de millones de habitantes, de interminables barrios de chabolas, de redes eléctricas obsoletas, de cables pelados y de cientos de miles de fuegos de carbón, tenía por primera vez en décadas un vehículo imprescindible y supuestamente «prioritario»: un coche de bomberos^[1].

Y aquello era solo el principio. Laurent-Désiré Kabila parecía, en efecto, traer algunos cambios. Por primera vez en años volvían a recoger la basura, que durante el día se acumulaba en grandes montones humeantes en la cité. Se drenaron las cloacas. Los pasillos de los ministerios olían a *eau de javel*^[e82]. Incluso el aeropuerto de N'Djili, la terminal más caótica del mundo, con su maraña de pasajeros, aduaneros, funcionarios de inmigración, agentes de policía, militares y los llamados «protocolos» que empujaban y luchaban para hacerse con el pasaporte y con el recibo del equipaje de uno, incluso aquel hormiguero, se fue organizando de forma gradual. Los soldados y los agentes recibían su sueldo; no era gran cosa, pero sí regular. Por primera vez en décadas los profesores y los funcionarios podían ahorrar para comprarse una bicicleta. La enorme inflación de cuatro cifras se redujo a un número de dos, entre otras cosas gracias a la fuerza del dólar. Ya no se imprimían nuevos billetes de banco, por lo que el dinero empezó a escasear y, por consiguiente, se encareció. En la primera mitad de 1998 la inflación era tan solo del 5 por ciento^[2]. En junio desapareció el *nouveau zaïre* y llegó una nueva unidad monetaria: el *franc congolais*. Uno de aquellos francos congoleños sustituía a cien mil nuevos zaires, lo que equivalía a catorce millones de antiguos zaires. Era una moneda estable, al menos

al principio, que no tardó en ser aceptada en todo el país. Los billetes no llevaban la efigie de Kabila, sino imágenes neutrales de una máscara Chokwe o de la presa de Inga. Cuando se introdujo la nueva moneda todos los grandes de la música congoleña —desde en viejísimo Wendo Kolosoyi pasando por Papa Wemba hasta la joven estrella J. B. Mpiana— le dedicaron una canción juntos, como una especie de acción para recaudar fondos para un billete de banco^[3].

Sin embargo, las apariencias engañan y el entusiasmo por Kabila comenzó a disiparse pronto. El pueblo que lo había recibido con euforia no tardó en hartarse de él. Hacer amigos es un arte, pero Kabila conocía el arte más excepcional de convertir en un santiamén a amigos en enemigos jurados, no solo a algunos, pues eso podría sugerir un espíritu calculador, sino a todos, y eso indicaba torpeza. Empezó con la oposición democrática de la era Mobutu. Los muchos miles de ciudadanos que habían luchado con valentía contra la dictadura otorgaron al menos a Kabila el beneficio de la duda. Muchos esperaban que las resoluciones de la Conferencia Nacional Soberana entraran en vigor y que Kabila cumpliera las promesas que Mobutu había roto. Sin embargo, Kabila no tenía la más mínima intención de hacerlo. Para él, su conquista era el principio de una nueva historia. A fin de cuentas, ¿qué debía hacer él, el eterno *maquisard*^[e83], con las absurdas estupideces proclamadas cinco años antes por una sala llena de idealistas soñadores? La Constitución, el Parlamento, el Gobierno y la comisión electoral de los años de transición acabaron en la papelera^[4]. Los partidarios de la *Union pour la Démocratie et le Progrès Social* (UDPS) dieron con sus huesos en la cárcel, donde fueron brutalmente golpeados^[5]. Tshisekedi fue detenido dos meses después de la «liberación» de Kinsasa. Se le sometió a un interrogatorio y después se le impuso un arresto domiciliario antes de mandarlo a su región de origen. Uno de los ministros de Kabila dijo: «Le hemos dado semillas y un pequeño tractor para que pueda cultivar la tierra»^[6].

No. En lugar de instaurar una sólida democracia, el régimen de Kabila recuperó un régimen autoritario en el que todo giraba en torno a la persona de Kabila. El multipartidismo fue abolido, solo podía seguir existiendo la *Alliance des Forces Démocratiques pour la Libération* (AFDL), aunque fuera únicamente una alianza de conveniencia creada a instancias de Ruanda unos días después de la invasión del Zaire. En un principio, Kabila no era más que su portavoz, pero consiguió neutralizar uno tras otro a sus cofundadores. Durante la guerra había ordenado asesinar a Kisase, el único con algún poder militar; después de su toma de posesión como presidente, hizo que condenaran a Masasu a veinte años de prisión mientras ascendía a Bugera, el secuestrador de Ruffin, para quitarlo de en medio. La alianza militar debía transformarse en un partido de Estado, pero tenía escasa consistencia. El Congo se convirtió en la AFDL, pero en la práctica la AFDL era Kabila. El pueblo solo podía organizarse políticamente en los denominados Comités du Pouvoir Populaire. Nadie sabía exactamente qué eran estos comités de poder popular, pero sonaban a marxismo trasnochado de los «maquis». El 28 de mayo de 1997 entró en vigor una nueva

Constitución, un texto que en esencia depositaba todo el poder en manos del presidente. En adelante, Kabila estaba al frente del poder legislativo, ejecutivo y judicial, del ejército, de la Administración y de la diplomacia. Se rodeó de ministros, en su mayoría katanguenses como él, o de personas procedentes de la diáspora. Los opositores que durante años habían esperado con impaciencia que les nombraran para un cargo político veían cómo se lo entregaban a desconocidos. Kabila se dio el gusto de conceder dos ministerios a las hijas ya adultas de Kasavubu y de Lumumba —una referencia histórica como aquella le otorgaba un halo de legitimidad—, pero en realidad se trataba de una farsa.

«Acabé mis estudios de Relaciones Internacionales en la universidad de Lubumbashi en 1994», me explicó Bertin Punga, uno de los cabecillas de la futura protesta contra Kabila.

Me interesaba la política y estaba en contra de Mobutu. Durante los asesinatos que se cometieron en el campus en 1990 vi tres cadáveres. Yo era originario de Kasai y estaba allí cuando el gobernador nos echó de Katanga. Así pues, cuando nació la AFDL me uní a ella. Antes, la política era algo reservado a una casta, pero con esta revolución todo el mundo parecía ser bienvenido. Soy universitario, tengo que hacer política, me dije. Sin embargo, cuando llegué a Kinsasa vi cómo se repartían empleos a personas poco cualificadas procedentes de Katanga, mientras que yo, con mi título universitario, era degradado a un simple *diplomé d'État* [graduado]. Cuando vi el número de ministros katanguenses, supe que Kabila era un segundo Mobutu. No; incluso era peor, si se piensa que Mobutu tuvo treinta y dos años para cometer los mismos excesos. Hubo ejecuciones sumarias, se suprimió el multipartidismo y volvió el Estado de partido único. Eso de los *Comités du Pouvoir Populaire* para mí era en realidad una repetición del MPR^[7].

Durante los primeros años de su régimen Kabila parecía querer un Estado fuerte y muy personalizado, pero en la práctica ese Estado era muy débil. Carecía de política real, de visión y de un aparato de Estado; ni siquiera había un verdadero ejército. Las FAZ de Mobutu fueron disueltas y su lugar lo ocuparon las FAC: las Forces Armées Congolaises. Aunque el nombre sonaba solemne, en realidad no eran más que una pandilla de antiguos miembros de las FAZ, antiguos tigres katanguenses, *kadogos*, banyamulenge y tutsis de Ruanda. El jefe de Estado Mayor seguía siendo el ruandés James Kabarebe. Kabila administraba su país como antes había dirigido su zona rebelde: con despreocupación, mucha despreocupación. Lo único a lo que realmente prestaba atención era al control de los canales de información, por lo que no parecía casualidad que su asesor en materia de comunicaciones fuera otra vez Dominique Sakombi Inongo, el propagandista reconvertido en profeta. Seguro que Kabila había aprendido bien esa lección de Mobutu: un poder fuerte debe asegurarse de controlar los medios de comunicación con mano de hierro. El periodista radiofónico Zizi Kabongo lo pudo comprobar personalmente cuando el ejército llamó a su puerta a las dos de la madrugada.

Kabila mantenía una relación muy distante con la cadena pública. Consideraba al personal como una banda de mobutistas. Una noche volvimos a emitir uno de sus mítines. Kabila dormía poco y oyó nuestra emisión. Ya desde la época de Mobutu no había dinero para adquirir material, por lo que teníamos que borrar y reutilizar siempre nuestras cintas. Sin embargo, aquella cinta no se había borrado bien. Después de la grabación del mitin de Kabila, quedaba un resto de un

reportaje sobre Mobutu. El técnico de servicio se había quedado dormido, pero los oyentes escucharon al final la voz de papa Maréchal. «*Oyé! Oyé! Papa ndeko!* ¡Nuestro amigo!», se oía gritar al pueblo. Mobutu ha vuelto, pensaron los oyentes. Aquella misma noche, el ejército fue a buscar a todos los periodistas para meterlos entre rejas. A las dos de la madrugada estaban delante de mi puerta. Acabé en la prisión entre condenados a muerte y revolucionarios. La situación era grave. Kabila iba a eliminar a todos sus enemigos.

Zizi, que llevaba en las espinillas las marcas de la resistencia contra Mobutu, era acusado ahora de mobutismo. Entre mayo de 1997 y enero de 2001 fueron encarcelados más de ciento sesenta periodistas^[8]. «Al día siguiente, todos tuvimos que acudir al palacio presidencial. El propio Kabila nos dio una terrible reprimenda por nuestro acto de rebeldía. Y nos impuso a todos como castigo estudiar el marxismo. Sin embargo, al final, cuanto todo acabó, nos proporcionaron las nuevas cintas de grabación que llevábamos años esperando.»^[9]

Con la oposición democrática y la UDPS apartadas, la AFDL de capa caída y la prensa escarmentada y amordazada, ¿qué puentes le quedaban a Kabila por hacer saltar por los aires? Los puentes con el extranjero, por supuesto. Kabila echó a perder en un abrir y cerrar de ojos la simpatía de las Naciones Unidas cuando primero rechazó una investigación sobre las masacres de refugiados hutus y después le puso trabas. Los equipos de expertos eran boicoteados de forma sistemática. Kabila tenía dos opciones: o echarle la culpa a Ruanda (que es en donde estaba), aunque en tal caso tendría que admitir que no debía su victoria a su propia rebelión y eso daría al traste con su popularidad en su país, o asumir él la responsabilidad, pero eso le valdría la reputación internacional de brutal genocida. Los intereses nacionales se oponían diametralmente a los extranjeros. Incluso un político experimentado tendría que haber hecho malabarismos para mantener el equilibrio, y Kabila no lo era. No tenía ni idea de diplomacia. Su estilo era más bien tosco. Entró en la escena internacional más como un rebelde desconfiado que como un jefe de Estado maduro. Muy pronto reprochó a Francia su neocolonialismo y a Estados Unidos su falta de cortesía diplomática, mientras que Bélgica era, según él, un Estado de terroristas^[10]. Los tres países habían tenido que soportar muchas cosas de Mobutu, pero aquellas grotescas declaraciones constituían una novedad. El que hablaba no era un astuto zorro, sino un oso chabacano. Los jefes de Estado de África no tardaron en conocer a su nuevo colega. En 1997, Nelson Mandela tuvo que esperarle durante horas en las negociaciones de paz en Congo-Brazzaville, lo que acabó por enfurecer al siempre afable Mandela. El presidente egipcio Mubarak se encontraba en el aeropuerto de El Cairo con una guardia de honor y una alfombra roja cuando Kabila anuló la visita por teléfono, porque estaba «un poco cansado». El presidente Mkapa de Tanzania sí pudo recibirlo, pero en contra de las costumbres diplomáticas, Kabila interrumpió su visita de Estado y regresó en avión a Kinsasa^[11]. También el presidente Museveni de Uganda y el vicepresidente Kagame de Ruanda se darían cuenta de que su protegido no era nada cortés. Habían confiado en que podrían controlar a su caótico país vecino colocando allí a su peón, pero Kabila resultó ser un misil no guiado.

Y entonces sucedió algo decisivo: Kabila dio la espalda a Ruanda y a Uganda. No tenía muchas opciones. En todo el país crecían las protestas contra la injerencia extranjera. Y el principal cabeza de turco era Ruanda. Todo tutsi era considerado ruandés y todo ruandés invasor. La situación llegó hasta tal punto que cualquiera que tuviera una nariz afilada o una frente alta era acusado de inmediato de ser un infiltrado. En Kinsasa la gente estaba exasperada por la presencia visible de tutsis en el ejército, que con frecuencia ocupaban altos cargos. Se trataba de oficiales que no hablaban ni francés, ni lingala, sino inglés, suajili y kinyaruanda. Estos nuevos jefes militares se comportaban con provocadora frecuencia como arrogantes vencedores y no dudaron en volver a introducir el *chicotte*, el látigo de piel de hipopótamo que tantos malos recuerdos traía de la época colonial. Las mujeres que llevaban vaqueros o minifalda, algo que volvía a estar permitido desde 1990, eran azotadas en público, al igual que los taxistas que hubieran cometido alguna infracción de tráfico. El número de latigazos no se limitaba a veinticinco, como se había establecido oficialmente en la época colonial, sino que se determinaba según la edad: quien tuviera cincuenta años, recibía cincuenta azotes. Fue ganando terreno la idea de que la superpoblada Ruanda buscaba materias primas y espacio vital, y por ello había puesto los ojos en el Kivu, donde vivían ya tantos tutsis. La gente creía que Ruanda aspiraba a una Grande République des Volcans, a un nuevo Estado integrado por Ruanda y el Kivu. Tampoco ayudaba mucho que los altos cargos ruandeses hicieran un llamamiento a «una segunda Conferencia de Berlín», para volver a plantear las fronteras de 1885^[12]. De todos modos, algunos congoleños ya estaban convencidos de que su gigantesco país había sido anexionado por el miniEstado de Ruanda^[13]. Entre ambos países surgió un odio muy profundo. La relación entre ellos recordaba a la existente, en otros periodos, entre China y Japón o entre Irlanda e Inglaterra. Muchos ruandeses opinaban que el Congo era un país de chapuceros holgazanes y caóticos, que concedían más importancia a la música, al baile y a la comida que al trabajo, a las infraestructuras y al orden. A su vez, muchos congoleños consideraban Ruanda como un país frío y severo, donde se habían prohibido las bolsas de plástico para mantener limpios los lugares públicos y donde era obligatorio llevar casco cuando se circulaba en moto, un país lleno de nuevos ricos engraidos y con ínfulas, que los miraban con el mayor de los desprecios. Muchos interpretaban las diferencias entre ambos países en función de un antiquísimo conflicto cultural entre los llamados «bantúes» y «nilóticos», aunque se tratara de conceptos muy problemáticos procedentes de la antropología colonial. Mientras Kabila se rodeara de aquellos odiosos extranjeros, podía olvidarse de que su país reconociera su autoridad: el presidente sabía lo que el pueblo pensaba al respecto. Allí estaba él, al frente de un inmenso país, en una ciudad que le era nueva, con una población que no conocía, ni comprendía. Los vítores se fueron apagando poco a poco. «Tenemos que devolver la libertad a nuestros liberadores», ironizaban en la calle^[14].

Y eso fue exactamente lo que hizo Kabila. El 26 de julio de 1998, más de un año después de su entrada triunfal en Kinsasa, dio a entender durante una emisión nocturna en la radio que los ruandeses y otros soldados extranjeros debían abandonar el territorio nacional. Esta vez no se trataba de una cinta mal borrada. El jefe de Estado agradecía al pueblo congoleño «haber soportado y haber dado cobijo a las tropas ruandesas»^[15]. Aquel comunicado selló para siempre la ruptura con Kigali y Kampala. A lo largo de los días siguientes, cientos de militares abandonaron Kinsasa. Al jefe del Estado Mayor, James Kabarebe, el hombre que había conquistado el Congo en nombre de Kabila, se le agradecieron los servicios prestados. Regresó furioso a Ruanda. Una nueva escalada era ya inevitable. Y en efecto, apenas una semana más tarde, Kabarebe volvió a invadir el Congo.

La guerra que duró de octubre de 1996 a mayo de 1997 y que provocó la caída de Mobutu recibió muchos nombres: la «rebelión de los banyamulenge», la «guerra de liberación», la «marcha de la AFDL». Hoy suele denominarse la primera guerra del Congo. El 2 de agosto de 1998 se declaró la segunda guerra del Congo. Ruanda volvió a invadir el país, Kabarebe comandaba de nuevo la invasión, el objetivo volvía a ser un cambio de régimen en Kinsasa. Sin embargo, en esa ocasión el conflicto no duraría siete meses, sino cinco años, hasta junio de 2003. Al menos de manera oficial, pues extraoficialmente la guerra sigue cociéndose a fuego lento hasta la primavera de 2010, el momento en que escribo estas líneas.

La segunda guerra del Congo fue un conflicto extremadamente complejo en el que en un determinado punto, llegaron a participar nueve países africanos y casi treinta milicias locales. Se trataba de una prueba de fuerza a escala continental con el Congo como escenario de lucha central. La dinámica que impulsó a distintos estados, desde Namibia en el sur hasta Libia en el norte, a tomar partido en poco tiempo (a favor o en contra de Kabila) recuerda a la rapidísima formación de ententes en Europa en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Debido a su dimensión continental se ha llegado a hablar de «la Primera Guerra Mundial Africana», aunque se trata de una expresión muy poco afortunada que pasa por alto el fuerte impacto que tuvieron la Primera y la Segunda Guerra Mundial en África. Por ello tiene más sentido utilizar el término «Great African War» o Gran Guerra Africana, aunque el foco del conflicto se limitara en gran medida al Congo y las milicias locales intervinieran más tiempo que las fuerzas militares extranjeras. En cuanto a número de víctimas, la Gran Guerra Africana o segunda guerra del Congo se convirtió en el conflicto más letal desde la Segunda Guerra Mundial. A partir de 1998 al menos tres millones (y posiblemente cinco millones) de personas murieron solo en el Congo a causa de la guerra, más que en los conflictos muy mediáticos de Bosnia, Irak y Afganistán juntos. Y el número sigue aumentando. En 2007 se calculaban cada mes cuarenta y cinco mil muertos debido a consecuencias indirectas de aquella guerra olvidada. Las víctimas eran en su

mayoría civiles que no murieron durante los combates, sino a consecuencia de la malnutrición, la diarrea, la malaria o la neumonía: unas enfermedades que debido a la guerra ya no podían tratarse. No obstante, hay que hacer hincapié en que muchas de esas enfermedades tampoco se trataban antes de la guerra. El Congo ya tenía una tasa de mortalidad por encima de la medida y el conflicto no hizo sino empeorar la situación. En 2007 la tasa de mortalidad en el Congo seguía siendo un 60 por ciento superior a la del conjunto del África subsahariana^[16]. La esperanza de vida media al nacer era de cincuenta y tres años.

La segunda guerra del Congo desapareció de la actualidad internacional, porque era considerada una contienda oscura y difícil de comprender. En efecto, no había dos bandos claramente definidos, y para colmo no existía un claro reparto de papeles sobre quiénes eran los malos y quiénes eran los desamparados. Al final de la Guerra Fría los periodistas occidentales empezaron a manejar cada vez más un marco de referencia moral al informar sobre las guerras: en Yugoslavia los serbios se convirtieron en los malos de la película, mientras que en Ruanda los tutsis eran las víctimas inocentes; en ambos casos aquello dio pie a ideas y acciones políticas desastrosas. Sin embargo, en el Congo no lograban dar con un bando «bueno». Quién miraba de cerca el conflicto comprendía que todos los implicados tenían las manos manchadas de sangre. Los reproches eran, a menudo, justificados y los métodos elegidos, con frecuencia, problemáticos. Ninguna de las partes parecía conseguir apartarse lo suficiente de la línea de fuego —tanto literal como figuradamente— para así ver la legitimidad de la perspectiva del otro y tratar de buscar un compromiso conjunto. Eso era, sin duda, pedir demasiado a un país hundido en la miseria, con una población joven y no cualificada que solo había conocido el oscuro despotismo de Mobutu. Los hijos de la dictadura pocas veces son demócratas ejemplares. Aquel se convirtió en uno de esos conflictos en que todos consideraban al otro un poco más culpable, lo que autorizaba las represalias y podía dar pie a una interminable espiral de violencia. Los medios de comunicación occidentales abandonaron el escenario.

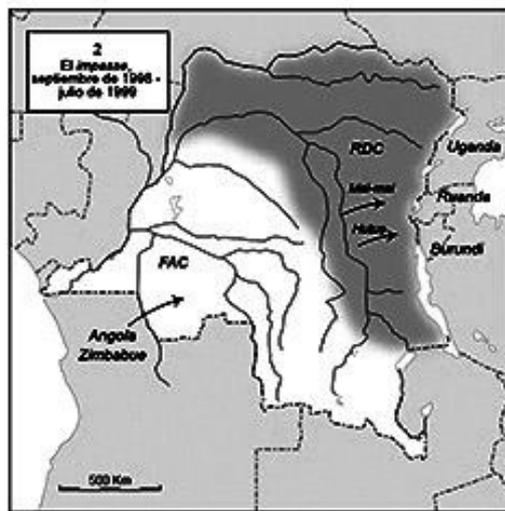
No obstante, una sencilla serie de mapas permite comprender el curso de los acontecimientos. Tres fases caracterizaron el conflicto. De agosto de 1998 a julio de 1999, Ruanda, junto con Uganda, y un ejército de rebeldes improvisado intentaron derrocar a Kabila. No lo consiguieron. La fase acabó con la firma del acuerdo de paz de Lusaka, que consiguió muchas cosas, pero no trajo la paz. La segunda fase se prolongó de julio de 1999 hasta diciembre de 2002. Ruanda y Uganda ya no intentaban llegar a Kinsasa, pero ahora con ayuda de las milicias locales controlaban la mitad del territorio congoleño, lo que les permitía explotar a gran escala las materias primas. Como el botín era más importante que el poder, se produjeron rupturas entre los rebeldes y violentas confrontaciones en Kisangani. Esta agitada fase llegó a su final con el acuerdo de paz de Pretoria en diciembre de 2002, que entró en vigor a partir de junio de 2003. Los ruandeses y los ugandeses se replegaron en sus países y las Naciones Unidas aumentaron su presencia. Oficialmente la guerra

había acabado, pero la situación sobre el terreno parecía muy distinta. La tercera fase se inició en 2003 y se prolonga en el Kivu hasta 2010, cuando escribo estas líneas. Durante este largo periodo la guerra se limitó al extremo oriental del Congo, en las zonas fronterizas con Uganda (Ituri) y Ruanda (Kivu). Esas zonas sufrieron momentos de intensa violencia, violaciones masivas de los derechos humanos y un inenarrable dolor humano.

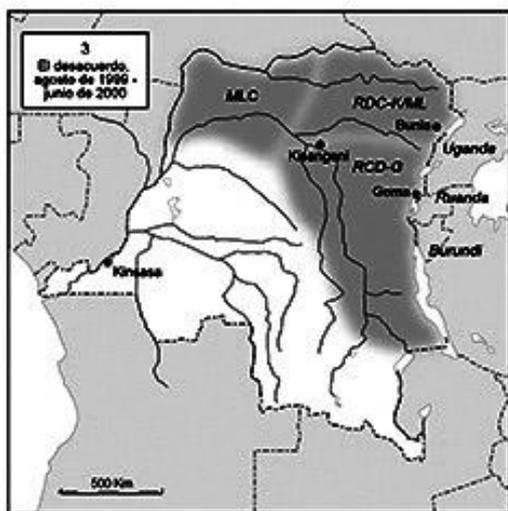
Mapa 9: La segunda guerra del Congo



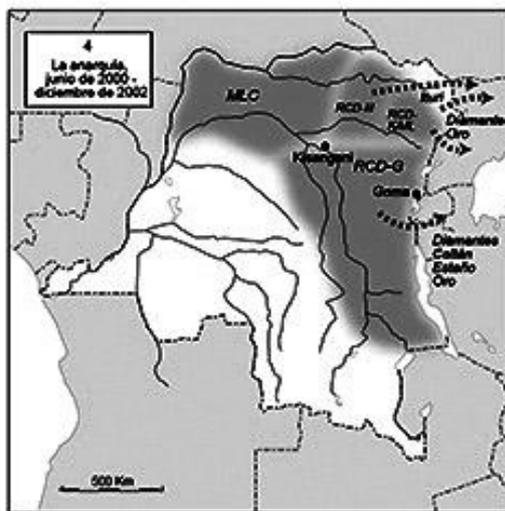
Ruanda, apoyada por Uganda y Burundi, invade el Congo. Las ciudades del este caen enseguida, un puente aéreo con el extremo occidental tiene que acelerar la conquista de Kinsasa. La invasión se presenta como un movimiento de rebeldes nacionales: el RCD.



Los aliados extranjeros de Kabila (principalmente, Angola y Zimbabue) frenan la marcha de los rebeldes. El frente se estabiliza. En el este, los rebeldes siguen siendo combatidos por los mai-mai y las milicias hutus ruandesas que gozan del apoyo de Kinsasa. En Uganda se crea un segundo movimiento de rebeldes: el MLC. El acuerdo de paz de Lusaka no resulta eficaz.



Aunque Kinsasa ha quedado fuera del alcance, aún falta el botín; pero su reparto provoca desencuerdo. El movimiento rebelde se fragmenta en una fracción proruandesa y una prougandesa, el RCD-G (de Goma) y el RCD-K (de Kisangani), respectivamente. Ruanda intenta arrebatarse Kisangani, un importante centro de diamantes, a Uganda. Después de una primera confrontación en agosto de 1999, el RCD-K huye a Bunia, donde se convierte en el RCD-ML. En mayo y junio de 2000, Ruanda conquista Kisangani.



En el norte, la rebelión se divide por completo. Los rebeldes prougandeses ya no luchan contra Kinsasa, ni contra los rebeldes proruandeses, sino entre sí. Aparecen nuevos pequeños ejércitos; en Ituri la confusión es total. El motivo último es el saqueo, también en la zona controlada por Ruanda. El acuerdo de paz de 2002 pacifica una gran parte del territorio. Se permite al MLC y al RCD-G presentar a un vicepresidente, pero, en el río Ituri y el lago Kivu, el conflicto se mantiene activo a fuego lento durante años.

Durante cada una de sus fases el conflicto ha estado marcado por las secuelas del genocidio ruandés, la debilidad del Estado congoleño, la vitalidad militar de la nueva Ruanda, la superpoblación de la zona en torno a los Grandes Lagos, la permeabilidad de las antiguas fronteras coloniales, el aumento de las tensiones étnicas debido a la pobreza, la presencia de riquezas naturales, la militarización de la economía sumergida, la demanda mundial de materias primas minerales, la oferta local de armas, la impotencia de las Naciones Unidas y algunas cosas más.

El 25 de junio de 2007 desayuné en Kigali, la capital ruandesa, en el famoso Hôtel des Mille Collines, que sirvió de refugio durante el genocidio e inspiró la película *Hotel Ruanda*. Seguía siendo un hotel de varias estrellas exageradamente caro. No había pasado la noche en él, fui allí aquel día porque tenía una cita con Simba Regis, un introvertido veterano de guerra ruandés que apenas me llevaba unos años. En el bufé agarramos con las pinzas unos cruasanes relucientes de mantequilla. Una camarera nos trajo un delicioso zumo de frutas recién hecho. Simba Regis nació en 1967 y la historia de su vida resumía en cuatro palabras la de los tutsis ruandeses. En 1959, cuando empezaron los disturbios hutus, sus padres huyeron a Burundi, donde él nació. Durante su infancia y su juventud le recordaban continuamente que su patria no era Burundi, sino Ruanda. Él simpatizaba con la lucha de los tutsis en el exilio y en 1990 se marchó al sur de Uganda para unirse al Front Patriotique Rwandais, el ejército de Kagame. Participó en las invasiones de Ruanda, fue uno de los primeros en llegar a Kigali y escapó por los pelos del genocidio en 1994. «Vi cómo niños de seis años morían en las calles, madres jóvenes asesinadas por interahamue drogados. Era para volverse loco. Cuando uno presencia algo así, tiene que defenderse.» Por consiguiente, estaba presente en 1996 cuando Ruanda invadió por primera vez el Congo para erradicar la amenaza hutu. Y también se encontraba en primera fila en 1998, durante la segunda invasión ruandesa, en aquella ocasión para eliminar al resto de las milicias hutus y para derrocar a Kabila. En los bosques del Congo oriental seguían escondiéndose miles de hutus ruandeses que, tras las matanzas de la AFDL, se hallaban más sedientos de venganza que nunca.

Los combates se iniciaron el 2 de agosto. Ruanda recibió el apoyo de Uganda y de Burundi, a las que también preocupaba la agitación en su frontera occidental y conocían las riquezas que guardaba el subsuelo del Congo oriental. Goma y Bukavu cayeron de inmediato. Dos semanas más tarde atribuyeron las conquistas a un movimiento rebelde congoleño, el *Rassemblement Congolais pour la Démocratie* (RCD). Ernest Wamba dia Wamba, un antiguo catedrático de historia, fue catapultado como líder del movimiento. Sin embargo, todo aquel RCD era una estructura tan fantasma como la AFDL de 1996. Mientras deshacía lentamente su cruasán, Simba Regis no dejó ningún resquicio para la duda: «Nosotros adiestramos y formamos a

aquellos rebeldes. Ruanda estaba sencillamente mejor organizada. Los congoleños llevaban uniformes y botas ruandesas. Seguían nuestras órdenes. Éramos sus padrinos».

Durante cuatro años, Simba combatió en suelo congoleño, de 1998 a 2002, lo que duró la guerra oficial. Estuvo en Katanga, en Kasai. A veces luchaban contra los interahamue y los mai-mai, que gozaban del apoyo de Kabila; sin embargo, la mayor parte del tiempo no sucedía nada. «*On faisait la vie* —me dijo—, nos ganábamos la vida», con lo cual parecía sugerir que explotar el subsuelo era más importante que hacer la guerra. Katanga aún tenía muchísimas materias primas, Kasai seguía siendo muy rico en diamantes. La lucha contra los hutus reorganizados era en su opinión «justa y noble», pero él estaba profundamente hastiado de la guerra como estilo de vida. «Ya no puedo seguir. Llevo desde 1990 haciendo la guerra. Los que deciden sobre ella nunca combaten, pero yo he perdido a mis hermanos y a mis amigos. Éramos once amigos, procedíamos del mismo barrio de Bujumbura y fuimos a la misma escuela primaria. De los once solo dos seguimos vivos: uno que está en Canadá y yo.» Desde la terraza de la sala donde desayunamos se podía contemplar Kigali. La ciudad brillaba en la luz matutina. «Cuando he bebido cerveza, tengo pesadillas. Veo casas que saltan por los aires. Veo a mis amigos llorar porque han perdido un brazo o una pierna. Y siempre los miro impotente, sin poder hacer nada. Entonces me despierto sobresaltado. Todavía siento la guerra. He tenido muy mala vida, de verdad. Quiero irme a Europa, porque dentro de cinco o diez años aquí la situación volverá a estallar.»^[17]

Sin embargo, James Kabarebe pensaba que podría terminar pronto el trabajo. En 1996 su ejército había tardado siete meses en llegar a Kinsasa; eso podía mejorarse. Su plan era tan arriesgado como audaz. En el aeropuerto de Goma secuestró varios aviones, los cargó de efectivos del RCD y ordenó a los pilotos poner rumbo al oeste, hacia la base militar de Kitona, junto al océano Atlántico. Desde allí quedaban solo cuatrocientos kilómetros hasta Kinsasa. Su puente aéreo parecía funcionar: el 5 de agosto tomó Kitona y consiguió convencer a los militares presentes —en su mayoría antiguos soldados desmotivados de las FAZ que estaban siendo «reeducados» en el nuevo ejército— para que lucharan con él contra Kabila. El 9 de agosto cayó la crucial ciudad portuaria de Matadi y el 11 de agosto, la central hidráulica de Inga. Kabarebe tenía ahora en sus manos el interruptor de Kinsasa y podía obstaculizar el suministro de alimentos. Durante noches enteras sumió en la oscuridad a una ciudad de millones de habitantes hambrientos. Aquello encendió el sentimiento antitutsi en los barrios populares. Varios cientos de tutsis, o de personas que tenían rasgos tutsis, fueron linchados de forma atroz por la muchedumbre. Al igual que en los *townships* —los barrios de chabolas sudafricanos—, les pasaban un neumático por el cuello que luego hacían arder con gasolina.

Todo parecía indicar que Kinsasa caería en poco tiempo. El ejército de Kabila no era un adversario de peso para las tropas de Kabarebe. No obstante, las cosas no

sucedieron tal como se preveía. En el último momento las tropas extranjeras salvaron a Kabila: el 19 de agosto de 1998 cuatrocientos soldados de Zimbabue entraron en el Congo; el 22 de agosto el ejército angoleño empezó a liberar el Bajo Congo. El papel de Angola resultó decisivo. Durante la primera guerra del Congo el país se había mantenido al margen: nadie en Luanda lamentaba la marcha de Mobutu, cuyo apoyo a los rebeldes del ala derecha de la UNITA (*União Nacional para a Independência Total de Angola*) había provocado tanto sufrimiento. Sin embargo, durante la segunda guerra del Congo las cartas no eran las mismas. Ruanda podría apoyar a la UNITA para lograr destronar a Kabila. Aquello no podía suceder. Zimbabue en cambio actuó más por consideraciones económicas; el país tenía intereses en la minería katanguesa. Además, existía una especie de fraternidad ideológica entre los presidentes Mugabe, Dos Santos y Kabila: los tres habían coqueteado con lo que en África se denominaba «le marxisme tropicalisé». Angola había gozado durante años del apoyo de Cuba, al igual que el propio Kabila cuando había recibido la visita del Che Guevara. Durante su época de guardaespaldas del presidente Kabila, Ruffin Luliba se dio cuenta de que aquel vínculo seguía siendo estrecho. «A Mzee le gustaban los revolucionarios. Le encantaban los hombres como Mugabe y Castro. Su médico era cubano. Le acompañé varias veces a Cuba. Éramos cuatro *kadogos* y fuimos recibidos por Castro; incluso le estreché la mano. Cenamos en su casa de La Habana.»^[18] Seguramente fue Castro quien incitó al presidente Dos Santos de Angola a enviar a su ejército al Congo^[19].

La coalición de Kabila crecía. Después de Zimbabue y de Angola se unió Namibia. En el norte encontró aliados en Sudán, en Chad y en Libia, todos ellos países que tenían motivos para evitar la caída de Kabila. Sudán ofreció sus servicios debido al eterno conflicto con Uganda que apoyaba a los rebeldes del sur de Sudán. Libia puso a disposición varios aviones para romper su aislamiento internacional. Chad envió dos mil soldados, por solidaridad con los anteriores dos países. Kabila disponía por fin de un ejército de siete naciones: además de sus propias tropas, contaba con las de tres países en el sur y tres en el norte. Estos combatían contra tres países del este que se escondían detrás del RCD: Ruanda, Uganda y Burundi, entre los que Ruanda desempeñaba de forma innegable el papel protagonista y era la preferida de Estados Unidos. Una vez más, la posición central del Congo en África fue decisiva para el curso de la historia. El número de tropas era grande: Kabila contaba con cerca de ochenta y cinco mil soldados, los rebeldes, con cincuenta y cinco mil efectivos^[20]. Esa impresionante presencia militar provocó un completo *impasse* en la guerra. El Congo occidental no tardó en volver a estar en manos de Kabila, pero el este seguía bajo el control del RCD. No había un verdadero frente de batalla, pero sí zonas claramente delimitadas, a menudo separadas por vastas extensiones de tierra de nadie. Kinsasa ya solo podía ejercer su autoridad sobre el Bajo Congo, Bandundu, Kasai occidental y grandes regiones de Katanga; Kigali y Kampala controlaban Katanga del Norte, Kivu del Norte y Kivu del Sur, el Maniema

y la Provincia Oriental. En noviembre de 1998, cuando Chad se retiró de la provincia de Ecuador, esa zona cayó también en manos de los rebeldes. Allí el invasor no era el RCD, sino un nuevo ejército de rebeldes apoyados únicamente por Uganda, el Mouvement pour la Libération du Congo (MLC). Su líder era Jean-Pierre Bemba, hijo del hombre de negocios más rico de la era Mobutu. Sus tropas estaban integradas en gran medida por veteranos de la DSP, el ejército privado y despiadado de Mobutu^[21].

La segunda invasión de Ruanda tendría que haber sido una repetición de 1996, pero todo ocurrió de manera completamente distinta. La situación estaba estancada y ello se debía, entre otras cosas, a la actitud de la población local. Mientras que la AFDL había sido recibida como un ejército de liberación, el RCD fue considerado desde el principio una fuerza de ocupación. En una ciudad como Goma, Kabila seguía siendo muy popular. Cuando Wamba dia Wamba quiso reclutar a muchachos para su RCD, Jeanine Mukanyirwa movilizó a su importante organización de campesinas. Era una de las mujeres que, al final de la era Mobutu, había fundado el movimiento de mujeres en el Kivu. «Éramos unas cinco mil. Wamba dia Wamba pasó por aquí para que nos sumáramos a su rebelión. Según él era una “guerra de rectificación”, pero nosotras sabíamos que detrás se encontraba Ruanda. Le dijimos: “En 1996 nos quitasteis a nuestros hijos para que fueran a combatir. Ahora venís a buscar a nuestros otros hijos para que luchen contra sus propios hermanos. ¡Vuestra guerra no tiene razón de ser!”. Sí, en aquella época, nosotras, las mujeres, teníamos valor.»^[22]

El RCD de Wamba era odiado a muerte. Incluso los banyamulenge dudaron esta vez si debían sumarse a Ruanda; su entusiasmo era mucho menor que dos años antes^[23]. Los habitantes de Goma me explicaron que toda la Administración cayó en manos de los ruandeses. El fisco, el servicio de inmigración, el servicio de seguridad... Durante la toma no hubo combates, pero tan pronto se instalaron las nuevas autoridades, se inició una interminable serie de secuestros y de desapariciones^[24]. Intelectuales, periodistas, activistas de la sociedad civil y líderes eclesiásticos se enfrentaron a intimidaciones y arrestos. Cientos de disidentes y contrainsurgentes del interior perdieron la vida^[25].

En el jardín del albergue de Cáritas, en Goma, a orillas del hermoso lago Kivu, entrevisté a un hombre que se hacía llamar Muhindu. Cojeaba y tenía una gran cicatriz en el brazo derecho. Durante cinco años había sido camionero para un comandante del RCD. Se expresaba con cierta parsimonia. «En aquella época había muchos secuestros de jóvenes. Siempre que tenía que ir a una casa, me acompañaban tres militares. Ellos cogían a todos los muchachos y hombres capaces de combatir y los metían en el camión. Luego cerraban la puerta. Yo conducía hasta Kinyogote, cerca de Mugunga, a orillas del lago. Allí había un garaje donde antes guardaban lanchas motoras. Era una prisión. Los encerrábamos allí. Después de unos días eran asesinados. Con cuerdas. Me iba con una lancha motora al centro del lago Kivu.

Había que atarles grandes piedras a los cuerpos.» Las olas del lago golpeaban la orilla, pero él no las oía. Hacía mucho frío, aquí, en las tierras altas del este. Él tan solo llevaba puesta una camiseta, bebió un trago de cerveza y prosiguió. «Si tenías problemas con alguien, buscabas a un amigo que estuviera en el RCD. Le dabas dinero y él se encargaba de que mataran a tu enemigo. Yo transportaba dieciséis personas al día en mi camión y fui chófer del RCD durante cinco años. A veces había hasta cien hombres en aquel garaje. Morían a causa del frío y del viento. Las olas también entraban.»^[26]

En los poblados el RCD actuaba con absoluta impunidad. Tenían las ciudades en su poder, pero no las zonas rurales. Aquello era territorio de los interahamue y otras fuerzas armadas hutus que contaban con el apoyo de Kinsasa. Era una improbable inversión de la historia: en 1996, Kabila lideró una rebelión que provocó auténticas masacres entre los refugiados hutus; dos años más tarde dio armas a esos mismos refugiados para luchar contra Ruanda... En el Congo nada era lo que parecía. Las alianzas iban y venían, dependiendo siempre de las circunstancias. ¿Entendimiento ideológico? ¿Afinidad política? No importaba. Lo único que contaba era el oportunismo militar (y posteriormente pecuniario). Los enemigos de tus enemigos eran tus amigos y te subías a su carro. Conforme a esta lógica, en el Congo oriental la lucha entre hutus ruandeses y tutsis ruandeses continuó durante un tiempo. Los ecos del genocidio aún resonaban.

También Kinsasa abastecía a los mai-mai. Kabila ya no tenía tropas en el este, pero por medio de los mai-mai podía evitar que el RCD controlara por completo el interior. Por consiguiente, confió la guerra a dos subcontratistas: los interahamue y los mai-mai. Se trataba de un consorcio muy peculiar: unos eran hutus ruandeses que habían perpetrado el genocidio; los otros, ultranacionalistas congoleños que confiaban ciegamente en sus supersticiones. En junio de 2007, en Bukavu, tuve oportunidad de comer, en el mayor de los secretos, con cuatro mai-mai. Tenían tanto miedo a la ciudad que esperaron a que fuera noche cerrada para acudir a nuestra cita en una vivienda privada anónima de un amigo común. En un principio, la atmósfera era tensa. Su «coronel», un treintañero con los ojos inyectados en sangre, no paraba de hablar de viva voz de la historia de los mai-mai, eran relatos heroicos que desprendían ira y combatividad, pero tan interminables que sus compañeros acabaron por quedarse dormidos. Sin embargo, aquella misma noche, cuando volvieron a despertarse, me hablaron largo y tendido de la guerra y de sus rituales. Pasado un rato, después de haber comido y bebido cerveza, me mostraron incluso sus pulseras mágicas de cuero, sus grigris. Se remangaron las perneras del pantalón para enseñarme dónde habían sido alcanzados por balas que no los habían matado («¡Y volvió a salir por aquí!»). Me invitaron a palpar su brazo donde —en efecto, así es— había una bala debajo de la piel («Y no hizo falta ningún tipo de cuidados: solo la cubrí con una pequeña planta»). Me prometieron que en el siguiente encuentro aplicarían todos los rituales de inmunización a uno de sus miembros y luego

dispararían contra él. Sí, vería cómo las balas resbalaban por su pecho como el agua. No, tenían una idea mejor. Puesto que no dudaban de mi amor por el Congo, yo también podía convertirme en un mai-mai. Practicarían todos los rituales en mi cuerpo, sí, eso era lo mejor, y uno de ellos abriría fuego contra mí. ¿No tenía ganas de vivir esa experiencia algún día^[27]?

Los mai-mai no eran muy estrictos con el origen étnico, siempre que uno declarara su amor apasionado por el Congo. Yves van Winden sabía qué era eso. Este belga tuvo durante años una pequeña compañía aérea en el Congo. Era un piloto deportivo que hizo de su *hobby* su profesión y del Congo su patria. Durante la guerra se convirtió en una persona de contacto entre Kabila y los mai-mai. Lo entrevisté en un club nocturno de Goma. Por allí se paseaban pilotos rusos que hacían contrabando de oro, al lado de siniestros tipos con uniformes militares que no logré identificar. Alrededor de la mesa de billar, unas jóvenes prostitutas bebían Coca-Cola con pajita. «Me llaman el “mai-mai blanco” —me dijo Yves van Winden—, yo les llevaba armas de Kabila. Realicé más de cuatrocientos vuelos en solitario, de cinco y seis horas. Es mucho tiempo. Solía volar con mi Cessna, a veces con un DC-3 o un pequeño Antonov 26. En cada vuelo transportaba seiscientos kilos de mercancías. Calculo que llevé más de veinte mil kaláshnikov, además de unas trescientas o quinientas bazucas, doscientos morteros del calibre 60, veinte morteros del calibre 90 y diez morteros del calibre 120. Y además dos lanzamisiles SAM-7 de artillería antiaérea.» ¿Por qué mueve alguien doscientas cuarenta toneladas de armas a la zona rebelde? «Por patriotismo. Armando a los mai-mai se detuvo el avance del RCD. Todavía me deben mucho dinero por todas mis horas de vuelo. En una ocasión dispararon contra mi Cessna durante el despegue, la bala rozó mi asiento, aunque no me dio. Eso no sorprendió en absoluto a los mai-mai. ¡A fin de cuentas, ellos habían bautizado mi avión!»^[28]

El mapa del Congo no cambiaba: en el oeste y en el sur se encontraba Kabila, con sus aliados angoleños y zimbabuenses; en el norte, Bemba, con el MLC apoyado por Uganda; en el este, Wamba dia Wamba, con su RCD secundado por Ruanda, que combatía contra los interahamwe y los mai-mai defendidos por Kinsasa. Desde principios de 1999 hubo conversaciones de paz, pero solo en julio, por la presión de Francia y de Estados Unidos, se firmó el acuerdo de paz de Lusaka, en la capital de Zambia. Los ejércitos extranjeros prometieron retirar a sus soldados, las Naciones Unidas enviarían una fuerza de mantenimiento de la paz de quinientos observadores y en el Congo debía iniciarse un diálogo nacional sobre el establecimiento de un periodo de transición de posguerra. Otra transición. Desde que Mobutu permitiera en 1990 un principio de democratización, el país vivía en un permanente estado de provisionalidad.

Sin embargo, la guerra no había acabado. Después del acuerdo de Lusaka simplemente entró en una nueva fase, sucia y caótica. Todas las guerras son asquerosas, pero cuando las motivaciones políticas tienen que apartarse para dejar sitio a las económicas, cualquier tipo de frenos desaparece. Y eso fue lo que sucedió. El RCD aparcó su objetivo de llegar a Kinsasa, pero se instaló en la rebelión y constató que podía hacer buenos negocios en el Congo oriental. Desde el punto de vista de los occidentales, las guerras son empresas carísimas, devoradoras de dinero y desastrosas para la economía. En el África Central ocurría justo lo contrario: hacer la guerra resultaba barato, sobre todo a la luz de las fabulosas ganancias que se podían conseguir con la explotación de materias primas. No se trataba, por cierto, de una guerra de alta tecnología. La sobreabundancia de armas de fuego ligeras de segunda mano, a menudo procedentes de los regímenes poscomunistas de la Europa del Este, inclinaba los precios a la baja y los (niños) soldados que podían conseguir sus ingresos del saqueo no costaban nada. Tenían a la población a su merced y los minerales al alcance de la mano. En definitiva, la guerra se convirtió en una interesante alternativa económica. ¿Por qué iban a dejar un negocio tan lucrativo? ¿Por la presión del pueblo? Pero para eso tenían armas, ¿no? ¿Y qué más daba que una parte de la población más pobre que las ratas ganara algo con la explotación?

El doctor Soki estaba solo, comiendo una tortilla en una cantina griega de Kisangani, cuando lo encontré por primera vez. Aquel día hacía un calor abrasador, pero en el interior, gracias al aire acondicionado, se podía estar. Había oído hablar de él y pronto entablamos conversación. Provenía de Bukavu y era uno de los muchos congoleños que habían huido a Kisangani en 1996 durante la primera invasión de Ruanda. Una granada había destruido su casa. A lo largo de tres semanas cruzó la selva con su familia. Sin embargo, unos años más tarde la guerra alcanzó también su nuevo lugar de residencia.

El doctor Soki no tardaría en enterarse de que la principal novedad de la segunda fase de la guerra era la ruptura entre Ruanda y Uganda. Desde el momento en que ganar dinero era más importante que ganar la batalla, la amistad entre Kagame y Museveni se topó con un obstáculo. Dejaron de combatir juntos por Kinsasa y empezaron a luchar entre sí por Kisangani. Los rebeldes ya habían tomado la ciudad del doctor Soki en agosto de 1998. Kisangani era el principal centro regional para el comercio de diamantes. Por toda la ciudad había *comptoirs du diamant*, pequeñas oficinas de cambio, a menudo regentadas por libaneses, a las que acudían los buscadores diamantes del interior para vender sus piedras. Uganda fue el primer país en empuñar el cetro, pero Ruanda también quería una parte del botín y decidió echar a Uganda. Ello provocó hasta tres enfrentamientos armados en las calles de la tercera ciudad del Congo. Incluso hoy los habitantes de Kisangani hablan de «la guerra de un día» (agosto de 1999), «la guerra de los tres días» (mayo de 2000) y «la guerra de los seis días» (junio de 2000). Sobre todo este último choque fue especialmente violento, recuerda el doctor Soki. La versión oficial era que había que desmilitarizar la ciudad.

Los *jeeps* se fueron, pero ambos bandos temían que el otro llenara ese hueco^[29]. La dotación de la fuerza de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas, la Monuc (Misión de las Naciones Unidas en la República Democrática del Congo), había aumentado de forma considerable, pero eso no bastaba para apaciguar los ánimos. Los ugandeses estaban en el norte de la ciudad, cerca del río Tshopo y en los terrenos de la fábrica textil Sotexki; los ruandeses en el sur, cerca del río Congo. No se sabe quién provocó a quién, pero algo que debía ser una retirada degeneró en un intenso tiroteo con armas pesadas. En seis días, más de mil obuses sobrevolaron los barrios residenciales de la ciudad con la arquitectura modernista más bella de todo el Congo^[30]. Los habitantes se refugiaron en los sótanos y permanecieron días enteros sin comer nada. Por la noche el cielo se llenaba de estrellas fugaces y rugientes. No había ni agua, ni electricidad. La gente bebía agua estancada en charcos y pozos mientras soportaban una guerra que no era la suya^[31]. Uganda y Ruanda luchaban por un Congo roto, pero rico, como un chacal y una hiena arrastrando la misma carcasa.

Detrás del hospital general de la ciudad surgió un improvisado cementerio. Solo durante la guerra de los seis días murieron más de cuatrocientos civiles. El número de heridos y de casas destruidas era incalculable. «La guerra se declaró un lunes a las diez de la mañana, yo hablaba de los planes de construcción con un cliente —me contó el ingeniero Utshudi que no se encontraba en su casa cuando los primeros obuses cayeron sobre ella—. Vivíamos en el número 11 de la Deuxième Avenue, en el municipio de Tshopo. Cuando llegué a casa, ya no quedaba nada en pie. Era un desierto. Solo se veían cadáveres que permanecieron allí tirados durante seis días. No pudimos quedarnos, tuvimos que huir. Los militares disparaban incluso a los sepultureros. Cuando acabó la guerra, volvimos para recoger los cuerpos. Los metíamos en bolsas y los enterrábamos en el cementerio que había detrás del hospital. De golpe perdí a mi mujer, a mi hermana pequeña, a mi cuñada y a mis cuatro hijos, siete miembros de mi familia. Ahora ruego a Dios que me permita olvidarlo.»

La ruptura entre Ruanda y Uganda corrió paralela a otra en el seno del RCD: el movimiento rebelde se dividió en una fracción proruandesa (el RCD-G, de Goma, liderado por Émile Ilunga y posteriormente sobre todo por Azarias Ruberwa) y una fracción prougandesa (el RCD-K, de Kisangani, liderado por Wamba dia Wamba y más tarde por Mbusa Nyamuisi, también llamado RCD-ML (ML, de Mouvement de Libération) o RCD-L/ML^[32]). El Congo no solo era rico en materias primas, también lo era en siglas. Sin embargo, esas no traían sin cuidado al doctor Soki. «Apenas pensaba en la política. Nosotros desconocíamos el motivo de la contienda.» Cuando empezó la guerra de los seis días las organizaciones humanitarias internacionales retiraron a su personal. El doctor Soki se quedó solo en una ciudad asediada de medio millón de habitantes. Al igual que el médico en *La peste* de Camus, intentó mantener alta la dignidad humana en un mundo inhumano.

Durante seis días trabajé solo en el hospital general de Kisangani. Teníamos tres enfermeros y quince estudiantes en prácticas. Solo más tarde llegó un cirujano estadounidense de la Cruz Roja.

Las personas dormían en el suelo sobre esterillas que habían trenzado ellas mismas. Más tarde llegaron las mantas y los medicamentos. Trabajábamos desde las siete de la mañana hasta las ocho de la tarde. Atendimos a dos mil personas, gente con heridas de bala en el vientre, en el pecho, en las extremidades o incluso en la cabeza, personas con el vientre destrozado por cascos de granada. Extrajimos sangre de los pulmones, *shrapnels*^[e84] de la vejiga, amputamos miembros. Era realmente cirugía de guerra, aunque teníamos muy pocas infecciones. Sin embargo, al principio ni siquiera disponíamos de diésel para hacer que los generadores funcionaran. Teníamos que esterilizar nuestros instrumentos con un fuego de carbón. Y entonces, por si fuera poco, un obús cayó sobre del hospital. Una de las dos salas de operación quedó destrozada y nuestro depósito con cinco mil litros de agua se vació. Eso provocó el pánico entre los enfermos y el personal. Ni siquiera aquí estábamos seguros.

El doctor Soki hablaba con voz pausada sobre el infierno de aquella semana. Su relato no dejaba entrever ni el más mínimo heroísmo, sino más bien resignación y tristeza. «También atendimos a soldados. Cuatro soldados ugandeses entraron en el hospital con las entrañas desgarradas, con los intestinos colgando. Los pudimos salvar. Cuidábamos a todo el mundo, no discriminábamos a nadie. Cuando llegaron soldados ruandeses, los pusimos en otra sala. Yo había conocido tanto sufrimiento, que no podía parar. Había recorrido setecientos kilómetros a pie y por el camino había visto morir a niños y a adultos. Por lo visto, tenía el valor de entregarme a los demás. —Ahora se limita a comer su tortilla en solitario. No le gusta hablar—. Aquella semana tuvimos también un parto. Debido al miedo, muchas mujeres parían de forma prematura. Realizamos una cesárea. Sostuve al niño. ¡Que Dios le dé la vida!, pensé.»^[33]

Tras su participación en la masacre de 1997 de Tingi-Tingi, a las afueras de Kisangani, el teniente Papy acabó en la AFDL de Kisangani. Se casó, dejó las armas y se fue a vivir con la familia de su mujer a la brousse, donde se dedicó a cultivar un trozo de tierra. Al fin llevaba la vida de un congoleño medio en tiempo de paz: era un campesino. Sin embargo, en mayo de 1999, Wamba dia Wamba llegó a Kisangani debido a la ruptura dentro del RCD. «Nos dijo: “Vosotros queréis luchar por vuestro país, pero los ruandeses quieren invadirnos. ¡Mirad lo que sucede en Goma!”.» El campesino Papy consideró que ya estaba bien de trabajar la tierra y se convirtió de nuevo en el teniente Papy. Recibió un entrenamiento de tres meses, esta vez de un coronel ugandés. Wamba había cambiado claramente de bando.

En agosto de 1999 estuvo presente cuando Ruanda atacó y tomó por primera vez Kisangani. Cuando Wamba transfirió su cuartel general a Bunia, él también se dirigió hacia el este. Ahora quería sumarse a Roger Lumbala. En Bafwasende, el corazón de la zona de diamantes, Lumbala había creado su propio ejército de rebeldes, el RCD-N (N, de National, aunque hubiese sido mejor la L, de Local). Provenía del RCD-G, coqueteó con el RCD-L/ML, fundó el RCD-N y acabó por asociarse con el MLC de Bemba^[34]. El movimiento rebelde se dividía, sobre todo en el lado ugandés, y el teniente Papy se desplazaba sin un rumbo fijo. Primero quiso ir con Lumbala, pero

luego cambió de idea; después pensó en volver con Wamba, pero fue reemplazado por Mbusa; en realidad quería regresar con su familia, que se encontraba en Beni, pero eso estaba muy lejos, así que se quedó con Mbusa. La lealtad era sobre todo una cuestión de oportunidad. Finalmente, siguió vagando durante años con algunos efectivos por una selva que, en tiempos mejores, se llamaba Parc National de l'Okapi y que con sus dieciocho mil kilómetros cuadrados era una de las más grandes reservas naturales del Congo, patrimonio de la humanidad desde 1996, normalmente habitada solo por pigmeos mbuti.

Formaban un pequeño grupo de siete y Papy era el *chef de peloton*. En las profundidades de la selva llegaron al poblado de Bomili, donde tenían unas magníficas vistas sobre la confluencia del Ituri con un afluente. En aquel lugar gobernaba un tal Mamadou, un cazador furtivo de Mali que se hacía pasar por un jefe de poblado. Recordaba a Msiri, el comerciante de esclavos afroárabe procedente de la costa oriental que se había proclamado rey de los lunda en 1856. Al desaparecer el poder político había surgido espacio para nuevas estructuras procedentes del exterior: los comerciantes extranjeros podían actuar a sus anchas con total impunidad y, con algo de violencia, podían adquirir un poder político real. En el año 2000 el interior del Congo era tan salvaje como a mediados del siglo XIX. Incluso las mercancías eran las mismas. «Mamadou tenía una casa llena de marfil. Allí vi quince colmillos de casi dos metros de longitud. Contaba con cuatro cazadores, un hombre llamado Pascal y tres pigmeos. También había pieles de okapis y el cuerno de un rinoceronte. Mamadou nos lo quitó todo, incluso nuestras pequeñas cadenas. Nos golpeó durante tres horas. Y luego nos dijo: “Cargad con mi marfil, pues, si no lo hacéis, os mataré”.» Una orden que podría haber llegado desde el siglo XIX. Papy y sus hombres caminaron durante siete kilómetros cargando con los colmillos sobre los hombros, justo en la misma zona en la que antiguamente los *arabisés* hacían sus redadas. Cuando oscureció, construyeron tres chozas para pasar la noche. No tenían ninguna intención de seguir haciendo de porteadores. «Después de una hora llegó Mamadou. Nos había seguido. Disparó y mató a uno de los nuestros; nosotros, después matamos a tres de sus cazadores, entre los cuales estaba Pascal. Huimos y enterramos el marfil. Todavía tengo que ir a buscarlo.»

Escuchar al teniente Papy era como releer *El corazón de las tinieblas*, era como sumergirse en un mundo tenebroso, de color verde oscuro, lleno de violencia letárgica. Un mundo habitado por personajes fantasmagóricos tan crueles como tétricos y ebrios. «Mamadou trabajaba con Ramses, el rey de los imbéciles. Ese era el número dos del MLC de Bemba. Había una gran rivalidad con el RCD-ML de Mbusa.» Un mundo asfixiante con lógicas brumosas. Los rebeldes prougandeses ya no combatían contra Kinsasa, ni siquiera contra Ruanda, sino simplemente entre sí. «El MLC quería ampliarse hacia el este. Atacaron Isiro, luego también Beni y Butembo. Ramses era su comandante. Cerca de Mambasa sus hombres cometieron actos de canibalismo con los pigmeos.» Un mundo febril con extraños rituales y

escenas atroces. Incluso obligaron a algunos pigmeos a comerse partes del cuerpo de sus familiares recién asesinados. Les extirpaban el corazón a los recién nacidos y después se lo comían^[35]... Un mundo sudoroso con agua que goteaba de las hojas y gritos lejanos de animales. El teniente Papy resopló y bufó. Sus turbias palabras destilaban desdén. «Un día perdí a mi amigo, a mi camarada. Al principio no podíamos encontrarlo. Entonces lo vimos en una curva junto al camino. Ramses lo había atrapado. Su cabeza estaba clavada en una estaca. Un poco más abajo, en la misma estaca, había atado su pene.»

Un mundo de sudor frío y olor corporal. Dos millones de civiles emprendieron la huida hacia ninguna parte. En las profundidades de la selva los habitantes de los poblados estaban tan aislados del mundo exterior que no tenían ropa para sustituir sus harapos. Los llamaban *les nudistes*. Caminaban desnudos por la selva en busca de comida, como si volvieran a estar en 1870, pero esta vez sentían vergüenza de su desnudez^[36].

En la época colonial la zona en torno a Bomili era conocida por sus pequeñas minas de oro. Las vetas no eran tan ricas como las de Kilo-Moto, situada más al este, aun así valían la pena. El teniente Papy empezó a dedicarse a la extracción de oro, una actividad con la que resultó tener más éxito que con el comercio de marfil. Los soldados se convertían en empresarios; los asesinos, en comerciantes. «Yo controlaba treinta y cinco pequeñas minas de oro en las inmediaciones de Nia-Nia. Ese era mi sector. Nadie nos pagaba a mí y a mis hombres, pero cada mina tenía su propio director general.» Aunque solían ser adolescentes con camisetas rotas, el término «director general» (PDG, en el francés de Papy, abreviatura de *président-directeur-général*) denotaba una cierta formalización de la economía del saqueo. «Convoqué a todos los directores generales y les solté un discurso: Debéis empezar a contribuir, pues si no lo hacéis los militares empezarán a servirse solos y tendréis problemas. Todo el mundo tiene que contribuir: *l'effort de guerre*. Cada mes quiero cinco gramos de oro de cada uno de vosotros». Hubo una discusión y finalmente acordamos tres gramos. Algunas minas tenían cinco mil *creuseurs* a su servicio, pero aquellos directores generales recibían tan solo una parte muy pequeña de los beneficios.

La minería industrial había desaparecido mucho antes. Las máquinas de la época colonial llevaban décadas oxidándose. Ahora el trabajo era realizado por los llamados *creuseurs*, hombres jóvenes y niños que raspaban el sedimento con una azada o con un pico. Recordaba al inicio de la minería en Katanga un siglo antes, con la diferencia de que no había asalariados, sino solo trabajadores por cuenta propia que a modo de gravamen debían entregar parte de su producción a un superior. «Yo hacía mi ronda por todas las minas para recaudar las tasas. De eso debía no solo alimentar a mis hombres, sino también servir a mis oficiales superiores. Vendía el oro a comandantes de brigada o de batallón. Además, exigía algunos metros cuadrados de mina para uso propio. Tenía pozos por todas partes y unos diez *creuseurs* que tamizaban para mí

arena en el río. Así podía obtener unos quinientos gramos al mes, bueno, eso si tenía suerte.»

Como pez mediano Papy se encontraba en los escalones intermedios de la pirámide de la economía de guerra. La minería artesanal se componía de una larga cadena: de los *creuseurs*, así como del gerente de mina (PDG) y del propietario de mina, se pasaba a los oficiales superiores y después a los *comptoirs* de los centros urbanos, o incluso se acudía directamente a Uganda, donde el oro se vendía a compradores internacionales. Salim Saleh, el hermano del presidente Museveni, era una figura clave en este tipo de transacciones al por mayor. En las grandes minas de oro de Kilo-Moto se saltaban a todos los intermediarios. Allí el ejército ugandés era el que controlaba la cantera. Los mineros tenían que excavar sin protección y sin remuneración, sin calzado y a menudo sin herramientas mientras los apuntaban con un fusil. Se producían muchísimos accidentes laborales. En 1999 perecieron al menos cien personas a causa del hundimiento de una galería subterránea^[37]. En 1999 y 2000 la exportación de oro de Uganda aumentó hasta entre noventa y noventa y cinco millones de dólares al año. Ruanda exportaba entonces veintinueve millones de dólares de oro anuales. Mucho, si se piensa que ambos países no tienen una producción de oro significativa^[38].

Lo mismo sucedía con otros minerales. Al principio de la guerra Uganda exportaba apenas doscientos mil dólares en diamantes; en 1999 el importe casi se había cuadruplicado hasta alcanzar los 1,8 millones de dólares^[39]. Ruanda, un país sin diamantes, exportaba quizá hasta cuarenta millones de dólares de esa piedra preciosa al año^[40]. Esto explica de inmediato por qué era tan importante hacerse con el control de Kisangani. Sin embargo, no se trataba solo de metales nobles y de piedras preciosas. Ruanda sacaba con la misma avidez del Congo el mucho más banal estaño, utilizado a escala mundial en la fabricación de latas de conserva. Entre 1998 y 2004 el país extrajo cerca de dos mil doscientas toneladas de casiterita (mineral de estaño) del propio subsuelo, pero exportó seis mil ochocientas toneladas, más del triple. La diferencia procedía de las minas de casiterita del Kivu^[41]. La zona circundante a los Grandes Lagos parecía una especie de Schengen africano, un mercado sin controles fronterizos donde las mercancías podían circular con total libertad. También la madera dura tropical, el café y el té desaparecían hacia el este. El Congo se convirtió en un *pays self-service*^[42]. Ahora eran los propios africanos quienes se repartían África.

Y luego estaba el coltán. Un mineral que no resultaba nada atractivo, que parecía grava negra, que era muy pesado y que se encontraba en el barro; sin embargo, de repente todo el mundo lo necesitaba. Para Ruanda se convirtió en la principal baza económica del Congo. En el año 2000 el coltán asumía el mismo papel que en 1900 había representado el caucho: una materia prima que estaba presente en grandes cantidades (se estima que el Congo posee más del 80 por ciento de las reservas mundiales) y de la cual había una fuerte e inesperada demanda. Los teléfonos móviles

se convirtieron en los neumáticos del nuevo milenio. El coltán se compone de columbita (niobio) y tantalio, dos elementos químicos contiguos en la tabla de Mendeléyev. Mientras que el niobio se utiliza en la producción de acero inoxidable, entre otros para los *piercings*, el tantalio es un metal con un punto de fusión extremadamente elevado (casi tres mil grados Celsius). Eso lo hace muy adecuado para superaleaciones en la industria aeroespacial y condensadores en la electrónica. Basta con abrir un móvil, un reproductor de MP3, un lector de DVD, un portátil o una videoconsola para encontrar en su interior un diminuto laberinto verde lleno de pequeñas perlas en forma de gota y de colores vivos: se trata de los condensadores. Ábrelas y encontrarás un trocito del Congo.

El año 2000 fue testigo de una auténtica fiebre del coltán. Nokia y Ericsson querían comercializar una nueva generación de móviles, mientras que Sony estaba a punto de lanzar su PlayStation 2 (algo que la empresa tuvo que aplazar por una reducción en el suministro del mineral^[43]). En menos de un año el precio se cuadruplicó, pasando de costar treinta a trescientos dólares la libra. Aparte de una cantera en Australia, el Congo oriental era el único lugar del mundo donde se extraía este preciado mineral. En Australia aquello supuso una buena fuente de ingresos para el Estado, pero en el Congo se convirtió en una maldición más que en una bendición. Un Estado débil con un suelo lleno de riquezas solo puede acarrear desgracias. Todas las minas de coltán se hallaban controladas por Ruanda. En 1999 y 2000, Kigali exportó cada año la astronómica cifra de 240 millones de dólares en coltán. La mayor parte sin cargas. Es cierto que Ruanda debía pagar a los comerciantes y a los rebeldes en el Congo, pero eso constituía una miseria en comparación con los ingresos. Los beneficios de la guerra triplicaban los costes^[44]. Merecía la pena entonces pagar de vez en cuando una caja de kaláshnikov.

Sin embargo, Ruanda y Uganda no eran los países que más ganaban con el pillaje de materias primas del Congo oriental. En una economía globalizada los estados se convertían en meros eslabones en un conjunto de complejas (y siempre cambiantes) redes comerciales internacionales. Kagame y Museveni no se encontraban al final de la línea de suministro, sino que eran las empresas mineras multinacionales, las oscuras compañías aéreas, los conocidos, pero escurridizos, traficantes de armas, los hombres de negocios sin escrúpulos, en Suiza, en Rusia, en Kazajistán, en Bélgica, en los Países Bajos y en Alemania, los que hacían su agosto con la recepción de materias primas procedentes del Congo. Operaban en un mercado muy libre. Desde el punto de vista político, el Congo era un infierno; desde el punto de vista económico, un paraíso, al menos para algunos. Los estados nación fallidos son las historias de éxito de un neoliberalismo mundial desquiciado.

Eso no le quitaba el sueño al teniente Papy. Un buen día decidió volver a probar suerte con el marfil. Tenía que poder conseguirlo sin problemas con la ayuda de algunos pigmeos. «Había recibido permiso del jefe del poblado. Tardamos cuatro días en encontrar un rastro, lo seguimos durante una semana. Cuando por fin vimos al

elefante, solo tenía un colmillo. Más tarde encontramos la manada. Maté a uno, era una hembra. Por la noche nos comimos la trompa. Estaba deliciosa.»

Más de la mitad de los cerca de seis mil elefantes presentes en la reserva natural de Okapi, por donde se paseaba Papy, fue asesinada por el marfil y por la carne. La caza furtiva se convirtió en un gran negocio en el Congo. Casi la mitad de los ciento treinta gorilas de las montañas, que ya eran una especie muy rara, desapareció en el parque de Kahuzi-Biega. En el parque de Virunga había más de veinte mil hipopótamos; solo mil trescientos sobrevivieron la guerra^[45]. Con una población que consumía anualmente entre 1,1 y 1,7 millones de toneladas de *bushmeat* (carne de animales salvajes) y quemaba setenta y dos millones de metros cúbicos de leña, la naturaleza se vio muy afectada por la guerra^[46]. La explotación industrial forestal se interrumpió, pero como no había suministro eléctrico, todo el Congo volvía a cocinar con leña, a razón de un metro cúbico por persona por año. La carne de animales salvajes solía ser de monos y de antílopes. En todos los mercados podían verse pequeños monos ahumados, casi carbonizados, con los ojos requemados y la boca abierta. En mi primer viaje al Congo en 2003 pude comprobar que en el mercado de Kinsasa aún se vendía carne de elefante.

No obstante, la carrera de Papy como cazador furtivo fue breve. «Al día siguiente volvimos a buscar los colmillos. Junto a la madre muerta había un pequeño elefante. También lo maté. Compasión, ¿qué es eso? Cuando me acerqué, vi que solo tenía dos minúsculos colmillos. Bueno, de todas formas, me gustaba más trabajar con el oro.»^[47]

La segunda fase de la guerra duró tanto porque muchos se beneficiaban de ella, no solo las grandes multinacionales, que se hallaban muy lejos de allí, no solo los astutos compradores en sus oficinas con aire acondicionado, no solo los líderes militares de los países vecinos, sino todo el mundo en cada uno de los escalones de la pirámide. El pueblo llano por fin podía ganar algo de dinero después de los penosos años de la era Mobutu. Nunca resultó tan claro como durante la fiebre del coltán. Los agricultores de los dos Kivu abandonaron sus tristes campos, los niños dejaron en masa de ir a la escuela, incluso los maestros renunciaron a sus puestos de trabajo. «Comprendemos que la extracción de coltán no puede solucionar nuestras dificultades cotidianas —decían algunos *creuseurs*—, pero aquí ganamos mucho más que antes.» Asumían los riesgos como parte del trabajo. Aquello permitió, sobre todo a los varones, recuperar su independencia económica. La economía sumergida de la década de 1980 había brindado nuevas oportunidades a las mujeres, pero la minería artesanal que surgió en la guerra era del dominio exclusivo de los hombres. «Extraer coltán resultaba muy rentable —explicaban dos *mamans*—, pero solo beneficiaba a los maridos. En cuanto tienen dinero, salen en busca de otras mujeres en Goma, y

hasta les compran una casa, a pesar de que nuestros propios hijos apenas logran salir adelante y ni siquiera acuden a la escuela.»^[48]

La guerra no se había iniciado con fines lucrativos; pero puesto que beneficiaba a tantos, simplemente se prolongaba^[49]. El comercio y la guerra se aferraban entre sí: se había producido una militarización de la economía y una comercialización de la violencia. Soldados como el teniente Papy ofrecían sus servicios allí donde se pudieran ganar un buen dinero. La economía sumergida de antaño se había convertido en una economía militar: todo seguía girando en torno al contrabando a gran escala de las riquezas congoleñas, pero ahora además con un kaláshnikov. La violencia extrema pasó a ser algo normal, el odio étnico recordaba de manera sospechosa a la competencia comercial.

«Apartaron a Kasore, un lendu de treinta y muchos años, de su familia y lo atacaron con machetes y martillos», declaró un testigo en Mongbwalu, una ciudad rica en oro en la Provincia Oriental. Allí, los hema y los lendu, los dos principales grupos de población del distrito de Ituri, se disputaban las canteras. Las minas, que antes generaban un crisol étnico, ahora ocasionaban desacuerdos. La política de Uganda avivaba el odio racial^[50]. Los hema, según vio el testigo, «mataron a Kasore y a su hijo (de unos veinte años) con cuchillos. Al hijo le cortaron el cuello y luego le abrieron el pecho. Le cortaron los tendones de los talones, le destrozaron el cráneo y le sacaron los intestinos.» Después de algunos de estos ataques los asaltantes dijeron a los presentes que a partir de entonces ellos eran los jefes. La otra cara de la mundialización era la tribalización; el robo internacional de materias primas iba acompañado de un resurgimiento de viejos ritos o de la creación de otros nuevos. Un hombre hema tuvo que superar una prueba extraña con un *féticheur*: «Él tenía dos huevos. Yo estaba atado y muerto de miedo. Hizo rodar los huevos sobre el suelo delante de sus pies. Me dijo que si los huevos se alejaban de él, me consideraría inocente, pero que si rodaban hacia él me consideraría un hema y, por consiguiente, culpable. Tuve suerte, los huevos se apartaron. Sin embargo, Jean, que se encontraba conmigo, no fue tan afortunado. Los huevos fueron hacia el lado equivocado y le dijeron que tenía que irse. Mientras se alejaba corriendo, los lendu le dispararon flechas. Cayó. Lo cortaron en pedazos con sus machetes, delante de mis ojos. Después se lo comieron»^[51].

Además del afán de lucro la guerra también trajo nuevas formas de moralidad. Los testimonios de guerreros son escasos en los informes de las organizaciones de derechos humanos. En Kasenyi, un poblado de pescadores a orillas del lago Alberto, conseguí, a duras penas, que algunos de ellos hablaran. La imagen dominante de que todos los niños soldados fueron secuestrados no se corresponde con la realidad. Muchos se enrolaron de manera voluntaria. «Nuestro poblado fue atacado en dos ocasiones. Mi abuelo, mi hermana y mi hermano fueron asesinados. Yo tenía doce años y me alisté. Por propia voluntad. Nuestra masacre fue consecuencia de las suyas. Estuve tres años con la UPC [la principal milicia hema].» El joven hema que quería

permanecer en el más absoluto anonimato se había convertido en un veterano: «Fuimos adiestrados por mercenarios ruandeses. Bosco Ntaganda era nuestro general. Él también luchó con Joseph Kony. Yo estuve presente en la masacre de Mahagi. Cogimos a las madres, a los padres y a los niños. Nos dijeron que matáramos y maté. No me gustaba matar a mujeres y niños. Por fortuna tenía un fusil, me daba miedo matar con un machete. Los soldados se llevaban a las muchachas para casarse con ellas. Me obligaban mirar mientras las violaban. Bosco decía: “Cuando eres militar las mujeres son gratis. Todo es gratis”.»^[52]

En un país donde la enseñanza estaba destruida, donde no existían puestos de trabajo, donde las dotes eran impagables y donde la esperanza media de vida ascendía tan solo a cuarenta y dos años, la guerra no solo aportaba beneficios, también daba sentido a la vida. Los niños sin futuro tenían de repente un ideal y una identidad^[53]. «Ahora mis dos hermanos son pescadores, navegan con sus piraguas por el lago — me contó otro—. En la guerra eran miembros de PUSIC [otra milicia hema]. Tenían doce y catorce años en 2002. Cuando regresaron de la guerra me explicaron, riendo, los saqueos y las violaciones que habían perpetrado. La guerra era una broma, quizá una broma que traía consigo la muerte, aun así era una broma.»^[54] Los veteranos se contaban batallitas a escondidas, como los estudiantes después de una noche de borrachera. Los combates eran una orgía de sangre y cerveza, un ritual dionisiaco en el que había que correr, agarrar, morder, una comilona con carne de cabra asada a la parrilla, suave carne de muchacha, chillidos, humo de pólvora, carne de muchacha que, de todas formas, empezaba a estar un poco húmeda, ¿ves cómo te gusta?, una embriaguez, una maldición, un carnaval, una inversión temporal de todos los valores, una transgresión consciente, un placer prohibido, impregnado de angustia, de escalofríos y de humor, mucho humor. Una macabra celebración de la fragilidad de la vida.

En un determinado momento, mientras bebía cerveza junto al agua con Muhindu, el hombre que había lanzado los cadáveres al lago Kivu, me dijo algo desconcertante: «Un soldado es como un perro. Si le abres la verja, hará destrozos. Por las mañanas, antes de soltarnos, nuestro jefe nos decía: “Haced tonterías”. Saqueábamos casas. Nos llevábamos los móviles, el dinero y las cadenas de oro. Violábamos. Si tienes permiso para matar, ¿qué más da una violación?».

Me encontraba sentado en la penumbra de la oficina de Goma y desde allí oía los ruidos de la calle. Delante de la puerta no había banderas de ninguna ONG internacional, ni logotipos, ni aire acondicionado. Era el lugar de trabajo anónimo y discreto de *La Synergie des Femmes*, el único centro de acogida de la ciudad abierto por y para mujeres congoleñas. Sentada frente a mí, al otro lado de la mesa de madera, se encontraba Masika Katsuva, una mujer nande de cuarenta y un años.

Procedía del interior del país. En lugares como Beni y Butembo, los nande eran comerciantes de éxito y eso despertaba mucha envidia.

Fue en el año 2000. Estábamos en casa. Mi marido importaba productos de Dubái. Los soldados entraron. Eran tutsis. Hablaban ruandés. Lo saquearon todo y querían matar a mi marido. «Ya lo he dado todo —les dijo él—. ¿Por qué queréis asesinar-me?» Pero ellos se limitaron a contestarle: «A los grandes comerciantes debemos liquidarlos con un cuchillo, no con un fusil». Tenían machetes. Empezaron a cortarle el brazo. «Debemos golpear fuerte —dijeron—, los nande son duros». Entonces lo sacrificaron como en una matanza. Le arrancaron las entrañas y el corazón.

Mientras hablaba, Masika no levantó la vista ni una sola vez. Rascaba sin parar una veta de la madera con el capuchón de un bolígrafo.

Tuve que recoger todos los pedazos mientras ellos apoyaban un fusil contra mi cabeza. Yo lloraba. Todos los pedazos de mi marido. Tuve que recogerlos. Me hicieron un corte con un machete, por eso tengo esta cicatriz. Tengo otras en el muslo. Me dijeron que me tumbara sobre los restos de su cuerpo para dormir. Lo hice, había sangre por todas partes. Yo lloré y empezaron a violarme. Eran doce. Y después a mis dos hijas en la habitación de al lado. Perdí el conocimiento y acabé en el hospital. Después de seis meses todavía no estaba curada. Seguía sangrando y desprendía unos olores nauseabundos. Mis hijas estaban embarazadas. Nacieron un niño y una niña, pero mis hijas no los aceptaron. Yo me hice cargo de los bebés. Cuando regresé, me enteré de que la familia de mi marido lo había vendido todo, la casa, la tierra, todo. Decían que era culpa mía que hubiese muerto mi marido. Yo no tenía hijos varones y, por tanto, no tenía derecho a quedarme. La familia me repudió. Cuando mis nietos me preguntan por esa cicatriz, no les puedo decir nada. Me la hicieron sus padres.

En 2006, Masika volvió a ser golpeada y violada, esa vez por hombres de Nkunda. Fueron en su busca porque estaba sola y se había refugiado en el interior, donde organizaba cursos para otras mujeres violadas. Cada día recibía a nuevas víctimas, muchachas que no se atrevían a presentar una denuncia. «Quiero matar a Nkunda. Que Dios me perdone. Si muero por ello, al menos habré hecho algo que me alivie. Sigo estando sola. Los hombres ya no me quieren y yo odio a todos los hombres. Quiero ayudar a otras mujeres. Mi casa está abierta para ellas. Rezo mucho. No espero nada. Intento olvidar. Pero cuando recuerdo... Cómo vivíamos mi marido y yo... Toda esa tristeza.»^[55]

El agua del lago Kivu golpea contra los pantalanés. La cumbre del volcán Nyiragongo desaparece envuelta entre las nubes. En la rotonda circulan despacio todoterrenos con las ventanillas tintadas. Dos chicos empujan una gran bicicleta de madera por el barro. El vehículo gime bajo el peso de una saca de varios metros de altura llena de chanclas de colores. Y dentro, en la penumbra de una oficina, una mujer frota la madera con el capuchón de un bolígrafo, con un lento vaivén, como si deseara borrar algo.

LA BIÈRE ET LA PRIÈRE^[e85]
 NUEVOS ACTORES EN UN PAÍS DEVASTADO

2002-2006

Pregúntale a un congoleño cualquiera dónde preferiría vivir y es muy probable que la respuesta sea *na Poto*, en Europa. La palabra *Poto*, en lingala, proviene de Portugal, el primer país europeo que conoció el África Central. Concretamente, *Poto* significa Bruselas o París, puesto que el resto de Europa carece de interés, salvo quizá Londres. Jamais Kolonga, que en la década de 1950 fue el primer congoleño en bailar con una blanca, me contó orgulloso que todos sus nietos vivían en Europa. *Poto* significa éxito. Pregúntale al mismo congoleño dónde no querría vivir de ninguna de las maneras y seguro que contestará *na Makala*. *Makala* significa carbón, pero es también un barrio periférico de Kinsasa donde antiguamente se quemaba carbón de leña y donde en la actualidad se encuentra el *Centre Pénitentiaire et de Rééducation de Kinsasa*, la prisión central. En el imaginario popular, *Makala* representa todo aquello que el congoleño teme y detesta. La desagradable palabra suscita desde la era Mobutu imágenes de hambre, tortura y asesinato. *Makala* es el lugar donde el Estado muestra sus venenosos dientes, un lugar oscuro, negro de humo, que rezuma sangre y muerte. A menudo los taxistas se niegan a llevarte hasta allí.

«Y sobre todo no pierda el papelito azul», me dice el celador antes de abrirme la puerta. En un edificio de entrada donde reina el caos y donde todo el mundo grita que es el encargado de *la sécurité*, me cachean varias veces y tengo que entregar mi móvil. A cambio de mi teléfono me dan un trozo de cartón arrugado con un número. En el taxi ya extraje la tarjeta SIM. Mi dinero —solo veinte dólares, puesto que evité deliberadamente no llevar encima una suma mayor— desapareció en un cajón. Un funcionario arrancó un trocito de papel sobre el cual anotó que *monsieur* David había dejado veinte dólares. Sin embargo, un papelito azul que no he pedido parece ser más importante que aquellos dos resguardos. Es más pequeño que un papel de liar, pero resulta ser decisivo para mi futuro. «Más tarde, cuando salga, tiene que entregarlo. Si ya no lo tiene, no podremos dejarlo pasar. En tal caso tendrá que esperar hasta la noche a que pasen revista para ver si todos están aquí.» Ante mi mirada interrogante me ofrece una explicación: «Tenemos que asegurarnos de que no se lo ha dado a un

preso que lo haya utilizado para largarse, ¿comprende?». ¿Y qué pasa si, por casualidad, falta algún preso? «En tal caso, usted será el primer sospechoso.» ¿Y qué pasa si, realmente, lo he perdido? «Simplemente, tendrá usted que quedarse aquí.» Bienvenido a Makala.

Descorren el cerrojo. Cruzo un césped reseco y llego a una antesala donde saludo a varios guardias de ojos desganados. «¿El pabellón 1?», les pregunto, procurando sonar lo más despreocupado que puedo, como si acudiera todas las semanas al corredor de la muerte. Uno de ellos alza despacio la barbilla señalando una puerta. Accedo a un estrecho corredor entre dos muros de hormigón. Ahí acaba el reino de los celadores y empieza el de los criminales. Los celadores, que llevan años sin recibir la paga, mantienen una especie de huelga continua. Acuden a su puesto de trabajo, pero no mueven ni un dedo. Permanecen en sillas de jardín de plástico mientras manipulan sus *walkie-talkies* estropeados. Por eso el director ha subcontratado el mantenimiento de la disciplina intramuros a los propios presos, con todas las consecuencias que esto implica. El cielo es una pequeña franja azul arriba del todo. En el pasillo, cientos de ojos me observan. Se produce un gran estrépito. Nadie viste el uniforme de presidiario. Camisetas de baloncesto. Camisetas sin mangas. Cuerpos musculosos. Cabezas rapadas. Al principio Makala estaba prevista para albergar a mil quinientos reclusos, hoy acoge a seis mil.

Quedarse inmóvil constituye una señal de debilidad. Me abro camino a través de un seto de hombres jóvenes que me piden —no, me exigen— dinero y cigarrillos. Un poco más lejos llego al famoso pabellón. La luz del día que me deslumbraba un poco antes se interrumpe de forma abrupta y da paso a una oscuridad total cuando entro en un pasillo largo y oscuro flanqueado por celdas. Algunas puertas se encuentran abiertas, la colada se está secando. Murmullos. En la oscuridad veo el rostro de algunos presos que se iluminan a la luz de fuegos de carbón. La escena me recuerda a una basílica rusa ortodoxa antes de la misa de medianoche; sin embargo, estos no son iconos iluminados por la vacilante luz de las velas, sino condenados a muerte que se preparan algo de comer en sencillos hornillos, pues en Makala ya no sirven comidas. Si la familia no trae nada, habrá que apañárselas con hierba o grava.

«Llevo aquí ocho años», me dice Antoine Vumilia en su minúscula celda. Miro a mi alrededor y calculo unas dimensiones de doscientos veinte por ciento diez centímetros; es más estrecha que una cama de matrimonio europea. «Comparto celda con otros dos.» Me ha hecho sentarme en su catre. En la mesilla de noche hay algunos libros: *Viaje al fin de la noche*, de Céline, *Cien años de soledad*, de García Márquez, obras de Abdurahman Waberi, Zadie Smith, Colette Braeckman... Menos mal que tiene esos libros. «Los presos más temibles son aquí amo y señor. La dirección les deja hacer lo que quieren. Ellos controlan el tráfico de estupefacientes, el cambio de dinero y el comercio de tarjetas telefónicas. —Y luego añade en voz baja—: El año pasado fueron “ejecutados” tres presos. —Con armas de fuego, pregunto—. No, simplemente a patadas.»

Era el 16 de enero de 2001. Antoine Vumilia trabajaba en la oficina del Conseil National de Sécurité, el servicio de seguridad de Kabila. Su departamento estaba junto al Palais de Marbre, la residencia oficial del jefe de Estado. Solo una pared separaba su servicio de las estancias presidenciales. Poco después del mediodía le sobresaltó un enorme estruendo. «Oí disparos —me contó Antoine en su celda de condenado a muerte—, hubo tres. Y unos minutos más tarde, otros ocho o diez.»

Al otro lado de la pared, Kabila se encontraba reunido con un asesor, cuando se le acercó un *kadogo*. La guardia de Mzees seguía estando integrada por niños soldados leales procedentes del Kivu. Ruffin ya no estaba, pues había sido desmovilizado un año antes por la Unicef —entonces tenía diecisiete años y tuvo que ponerse pantalón corto para volver a la escuela y sentarse entre niños de la calle de doce años que ni siquiera sabían cómo desarmar un A-47—, pero Rashidi, uno de sus antiguos camaradas de lucha, seguía de servicio. Fue él quien se acercó al presidente. Parecía querer susurrarle algo al oído, pero en lugar de ello sacó una pistola automática y disparó tres veces. Una de las balas atravesó la colosal cabeza del presidente. Kabila falleció en el acto, solo faltaba un día para que se cumplieran cuarenta años de la muerte de Lumumba. Unos minutos más tarde el joven Rashidi era acribillado por las balas disparadas por un coronel del palacio.

Antoine Vumilia había oído el tiroteo. Una semana después fue arrestado bajo sospecha de estar implicado en el asesinato. Como agente de seguridad, Antoine había redactado unos meses antes un informe en el que advertía del creciente resentimiento entre los niños soldados procedentes del Kivu. Los *kadogos* eran los más fieles seguidores de Kabila, pero parecía que también ellos empezaban a sentirse relegados a un segundo plano. El propio Antoine procedía del Kivu y sabía lo que sucedía, pero como conocía personalmente a los implicados, no quiso contar toda la verdad. «Me hallaba ante un dilema: por un lado, debía proteger al régimen y, por otro, se trataba de amigos míos. Estaban muy descontentos. ¿Qué quiere que le diga? En noviembre de 2000 había sido asesinado Masasu.» El joven Masasu era su héroe: un luchador como ellos, un hombre con agallas, con coraje, uno de los padres fundadores de la AFDL^[1]. Sin embargo, tras la toma de Kinsasa en mayo de 1997, Kabila lo había apartado y lo había metido en la cárcel. Cuando salió en libertad, en otoño de 2000, soñaba en voz alta con la separación del Kivu y gozaba de mucha popularidad. Poco después fue asesinado a tiros. Aquello provocó protestas tan intensas entre los niños soldados de Kinsasa que hubo decenas de muertos. El amor por Mzee se había acabado para siempre. Kabila incluso había dinamitado el puente que lo unía con aquellos a los que llamaba «sus hijos». Los chicos empezaron a urdir un complot. Amargura, venganza, sangre, muerte. Antoine intentó hacerles cambiar de idea: «Eran muchachos muy jóvenes que solo querían demostrar que estaban hartos. Les dije que su plan era un suicidio, que no tenía futuro». Sin embargo, fue

arrestado con ellos, y posteriormente se negó a testificar contra ellos en un juicio que no era tal. «Intentaban que declarara contra personas que conocía y con las que comía cada día en la cárcel.»

Además, no quedaba excluido que Kabila hubiese sido asesinado por otros motivos^[2]. ¿Seguro que el complot provenía del Kivu? ¿No estaba implicada Angola? ¿No se trataba de un asunto de diamantes? Empezó a circular el rumor de que Kabila, que tanto le debía a Angola, se había puesto a hacer negocios con los odiados rebeldes de la UNITA, que controlaban el norte de Angola, rico en diamantes. ¿No eran libaneses los que ejercían de intermediarios entre Kabila y la UNITA? ¿No habían sido asesinados once diamantistas libaneses justo después del magnicidio? Sí, así fue. ¡Pero todo era tan confuso, tan borroso! Nadie veía nada claro en este asunto y menos aún Antoine Vumilia. «Intenté abogar a favor de los muchachos, pero los jueces concluyeron que yo era uno de ellos.» Antoine fue condenado a muerte junto a otros treinta. Sin posibilidad de recurrir. Las organizaciones internacionales de derechos humanos calificaron el proceso de farsa^[3].

Los ojos de Antoine recorrieron por enésima vez su celda. «Ya llevo encerrado aquí ocho años. No tengo palabras, es una gran hipocresía. Los líderes del régimen conocen la verdad, pero quieren tranquilizar al pueblo entregándoles a un cabeza de turco.»^[4]

La muerte de Kabila marcó un giro decisivo en la segunda guerra del Congo. Su hijo, Joseph Kabila, se apresuró a asumir el poder. Al principio, debido a su voz tímida y a su juventud (solo tenía veintinueve años) parecía una figura bastante débil. Los congoleños casi no lo conocían y Occidente creía que se trataba de una marioneta. Sin embargo, apenas un mes más tarde, se reunió en Nueva York con su homólogo y acérrimo enemigo, el ruandés Paul Kagame, y pronunció algunos sorprendentes discursos. Habló de paz, de unidad nacional y del papel de la comunidad internacional. ¿Se iniciaba una nueva era? Sí. Después de que las Naciones Unidas elaboraran algunos informes que demostraban de manera irrefutable el saqueo de materias primas por parte de Ruanda y de Uganda, Kagame y Museveni ya no podían seguir sosteniendo que solo estaban en el Congo para garantizar su seguridad nacional. Se produjo una larga serie de negociaciones de paz en Gaborone (agosto de 2001), Sun City (abril de 2002), Pretoria (julio de 2002), Luanda (septiembre de 2002), Gbadolite (diciembre de 2002) y, de nuevo, Pretoria (diciembre de 2002). En esta última reunión, gracias a las brillantes negociaciones del mediador senegalés de las Naciones Unidas, Moustapha Niasse, y a la presión de Sudáfrica y de la Unión Africana, el 17 de diciembre de 2002, a las tres de la madrugada, se firmó el Acuerdo Global e Inclusivo de Pretoria (*Accord Global et Inclusif*), el crucial acuerdo de paz que debía poner punto final a la guerra. Ruanda y Uganda ya habían aceptado

retirarse, quedaba por solucionar el problema de las milicias en el interior del país. Entre los negociadores se encontraban el Gobierno de Kinsasa, algunos representantes de la sociedad civil, la UDPS de Tshisekedi, el MLC de Bemba, el RCD-G de Ruberwa, el RCD-ML de Mbusa, el RCD-N de Lumbala y los mai-mai. La palabra *inclusif* se utilizaba a justo título. De hecho, el acuerdo era tan inclusivo que, para mantener la paz, no se juzgó a los criminales de guerra, sino que se los ascendió a vicepresidentes.

El acuerdo preveía un periodo de transición de dos años, en el cual el poder se repartiría según la fórmula «1 + 4»: además del presidente Kabila habría cuatro vicepresidentes, dos pertenecientes al círculo de los rebeldes (Bemba y Ruberwa), uno procedente del entorno de Kabila (Yerodia) y uno de la oposición desarmada (un papel que recayó en Z'Ahidi Ngoma, y no, como cabía esperar, en Étienne Tshisekedi, que llevaba ya diez años librando una lucha no violenta). En aquellos dos años todas las milicias existentes debían unirse para formar un nuevo ejército nacional y había que preparar elecciones democráticas. El plazo podía prorrogarse dos veces seis meses. A la espera de las tan esperadas elecciones, se instauró un Parlamento y un Gobierno de transición.

Se trataba, sin duda, de un acuerdo histórico. Después de años de desesperanza, la paz y la reconstrucción se convertían por fin en posibilidades reales. El nuevo Congo recibió también el apoyo unánime de la comunidad internacional: las tropas de la Monuc —la Misión de las Naciones Unidas en la República Democrática del Congo— se reforzaron con ocho mil setecientos cascos azules y, durante los siguientes años, aumentaron hasta sumar dieciséis mil setecientos efectivos, por lo que se convirtió así en la mayor operación de las Naciones Unidas de la historia (y con un presupuesto de casi mil millones de dólares al año, también en la más costosa^[5]). Los cascos azules tenían que velar por el mantenimiento del alto el fuego y guiar el desarme bajo la dirección del siempre optimista estadounidense William Swing. *Ça va swing!*: ese era el título de una popular canción de la radio congoleña que parodiaba su fuerte acento norteamericano. En el plano político, el nuevo régimen contaba con la orientación del Ciat, el *Comité International d'Accompagnement à la Transition*, una singular forma de diplomacia bilateral y multilateral en la cual los embajadores de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, junto con los embajadores de Bélgica, de Canadá, de Angola, de Gabón, de Zambia y de Sudáfrica, así como los representantes de la Unión Africana, de la Unión Europea y de la Monuc, ayudaban a gobernar el país. El Ciat no era un órgano de asesoramiento externo, sino una institución formal de transición^[6]. «De hecho, éramos una comisión de supervisión —dijo Johan Swinnen, el entonces embajador belga en Kinsasa—, no teníamos poder legislativo, sino que nos limitábamos a alentar, a estimular. Les ofrecíamos experiencia y habilidad. No queríamos entrometernos, sino apoyarlos. Aun así, surgieron fricciones entre el Ciat y el régimen de “1 + 4”. Cuando acabó el proceso, publicamos algunos comunicados muy duros y críticos. Ellos nos dijeron de

todo. Después de eso, ya no nos querían.»^[7] Se hablaba de una «soberanía controlada», pero el país estaba, *de facto*, tutelado. La Monuc y el Ciat eran más que las ruedas de apoyo del nuevo Congo^[8].

Y ese apoyo resultaba necesario, pues los nuevos gobernantes no se las apañaban muy bien solos. Se entregaban a las prácticas irregulares del mobutismo con un entusiasmo que sorprendería incluso al mismísimo Mobutu. Mientras se aplazaba la tramitación de expedientes cruciales sobre la reforma del ejército y la ley electoral, una de las primeras leyes aprobadas por el Parlamento fue... el aumento del salario de los diputados. El sueldo de seiscientos dólares al mes (en sí, muy generoso en un país donde un catedrático cobraba tan solo treinta dólares al mes) se incrementó hasta mil doscientos dólares. Los senadores, al ser los mayores, aumentaron sus ingresos hasta mil quinientos dólares al mes^[9]. En 2005 los miembros del Parlamento al completo (seiscientas veinte almas) se regalaron un vehículo decente: cada diputado recibió un flamante SUV por valor de veintidós mil dólares, puesto que el deplorable estado de la calzada en Kinsasa exigía una carrocería sólida^[10]. La idea de que con ese dinero se podrían haber arreglado esas mismas carreteras no parecía importarles. Los mandatos políticos seguían siendo una vía rápida para enriquecerse, en lugar de una posibilidad para reconstruir la sociedad de forma estable. La buena gobernanza no repartía bonificaciones, mientras que la corrupción resultaba muy rentable, no solo desde el punto de vista pecuniario, sino también desde el social: se consideraba digna de elogio. «No olvide que nuestros gobernantes son hijos de pobres», me dijo en una ocasión un director de escuela congoleño^[11]. La corrupción, que en Occidente es juzgada como un comportamiento irresponsable, en el Congo se percibe a menudo como una conducta muy responsable: el verdadero irresponsable es aquel que desaprovecha una oportunidad para alimentar a su familia^[12].

Los ministros y vicepresidentes también salían mejor parados. Creían que todos ellos tenían derecho a un «trato especial» para sus «necesidades logísticas». En lenguaje común y corriente eso significaba: una residencia y un coche acordes a su posición. Los cuatro vicepresidentes recibieron incluso una mansión con tres cuartos de baño, además de un Mercedes, un automóvil de lujo y dos vehículos de escolta. La esperanza de que el *quinquevirato* formado por el presidente y los vicepresidentes sirviera para que se vigilaran unos a otros en el ámbito deontológico demostró muy pronto ser bastante ingenua. Los caballeros se dejaban en paz unos a otros y compartían una única preocupación: alargar la transición. En 2004 todos ellos sobrepasaron su presupuesto anual en un 100 por ciento; Bemba incluso en un 600 por ciento^[13]. El presupuesto de 2005 adjudicó al jefe de Estado un importe que era ocho veces superior al destinado a la sanidad pública de todo el Congo y dieciséis veces más alto que el de agricultura. La política era una guerra por otros medios. La empresa pública Gécamines seguía teniendo todas las bazas para insuflar nueva vida a la economía nacional, pero los círculos en torno al presidente firmaron una serie de turbios contratos con empresas extranjeras que a menudo no gozaban de muy buena

reputación. Aquellos contratos establecían operaciones conjuntas que permitían a «vaqueros» extranjeros ponerse manos a la obra con partes del gigante minero. Podían explotar y exportar a voluntad, mientras que el Estado congoleño recibía poco o nada a cambio; sin embargo, por debajo de la mesa unos gruesos sobres cambiaban de dueño^[14]. Una vez más, una pequeña élite se hacía con los triunfos del país. El clientelismo gozaba de buena salud. «1 + 4 = 0», pintaban los artistas populares en sus lienzos satíricos.

El ejército no lo hacía mucho mejor. Oficialmente, todas las milicias tenían que unirse para formar un nuevo ejército de unos ciento veinte mil hombres^[15]. Y en efecto, muchos antiguos rebeldes recibieron de repente un uniforme del ejército gubernamental y muchos de sus líderes obtuvieron un alto rango de oficial (siempre un buen sueldo para ganarse a un señor de la guerra), pero en realidad ese supuesto mestizaje era meramente cosmético. Detrás de la fachada, nada cambiaba. Los soldados, que habían sido enemigos durante cinco años, no confraternizaron tan rápido. En 2006 solo tres de las dieciocho brigadas previstas eran mixtas^[16]. Además, debido a aquel mestizaje el ejército congoleño padecía hidrocefalia: después de todos los ascensos de exrebeldes había casi el doble de altos cargos (oficiales y suboficiales) que de soldados^[17]. En las fuerzas armadas congoleñas se prefería dar órdenes que ejecutarlas; no, ni siquiera eso: los oficiales no querían mandar, sino arramblar. Los numerosos altos mandos del ejército se entretenían con malversaciones de fondos a gran escala. Los salarios para los soldados de infantería desaparecían de manera sistemática en los bolsillos de coroneles y de generales que no dudaban en exagerar todo lo que podían el número de efectivos para conseguir más recursos. Los soldados mal pagados y poco cualificados carecían de motivación y disciplina y actuaban en consecuencia. El nuevo ejército gubernamental, las FARCD (*Forces Armées de la République Démocratique du Congo*), tendría que haber sido la piedra angular del Estado resucitado, pero se convirtió en un cascarón tan vacío como las FAC de Kabila *père*, las FAZ de Mobutu o incluso la ANC de Lumumba y Tshombe. A veces la gente bromeaba invirtiendo las siglas FARCD para convertirlas en *phare déces*, faro muerto. El Congo independiente nunca contó con un ejército adecuado en cuanto a fuerza ofensiva y disciplina que fuera comparable con la Force Publique de antes. Por ello jamás pudo desempeñar la función primaria del Estado, la de mantener el monopolio de la violencia.

¿Resulta entonces extraño que la guerra no acabara nunca? Mientras el aparato de seguridad siguiera siendo virtual, la Monuc estaba sola para hacer frente a la situación. Sin embargo, con diecisiete mil hombres no se puede asegurar la cohesión de un territorio del tamaño de media Europa. Incluso la mayor misión de las Naciones Unidas de la historia no era más que una gota en el océano. En Irak, seis veces más pequeño que el Congo, había en aquel momento ciento cincuenta mil soldados estadounidenses incapaces de controlar la violencia. La presencia de los cascos azules tuvo en muchos lugares un efecto tranquilizador, pero en otros se sentían impotentes.

El Congo oriental siguió siendo una zona turbulenta incluso después del Acuerdo Global e Inclusivo. Allí el conflicto entraba en su tercera fase, y aunque el teatro de operaciones era mucho más pequeño, el sufrimiento humano seguía siendo grande. En esencia, la violencia se concentraba en dos zonas: el distrito de Ituri y las dos provincias del Kivu. No era casual que se tratara de zonas ricas en minerales vecinas de Uganda y Ruanda, respectivamente.

En Ituri el conflicto estalló debido al acuerdo de paz. El 6 de mayo de 2003, cuando el ejército ugandés se retiró de forma definitiva de la ciudad de Bunia, las milicias lendu asaltaron el centro de la ciudad y asesinaron a decenas de hema. Unos días más tarde, los hema atacaron y mataron a su vez a decenas de lendu. El conflicto parecía una versión en miniatura del genocidio de 1994. Los hema, con sus vacas, se sentían cercanos a los tutsis: una minoría étnica que formaba la capa superior de la sociedad. Los lendu eran agricultores que se comparaban con los hutus: numerosos, pero en la parte inferior de la escala. De hecho, se trataba del eterno conflicto entre ganaderos y agricultores sobre el acceso a la tierra, el contencioso sobre los prados y los campos de cultivo, sobre vacas que se comían las cosechas^[18]. Sin embargo, en aquella ocasión la eterna lucha entre Caín y Abel era avivada por el exceso de población y explotada por una Uganda ávida de oro^[19]. La tensión étnica en la región llegó al extremo de que incluso las mujeres profundamente católicas de ambos lados, admitían: «Hasta nosotras, *les mamans*, cogimos las armas. Nos sentíamos perseguidas». O: «Fuimos cómplices. Transportamos munición en nuestras cestas y en nuestros bidones»^[20]. La violencia étnica en Ituri no constituía un atavismo, no era un reflejo primitivo, sino la lógica consecuencia de la escasez de suelo en una economía de guerra al servicio de la globalización y, en este sentido, un avance de lo que le espera a un planeta superpoblado. El Congo no va rezagado en la historia, sino adelantado.

En mayo de 2003 ya habían caído cientos de muertos en una sola semana en la ciudad provincial de Bunia; sin embargo, toda la región se encontraba envuelta en una guerra sangrienta e intrincada. La segunda guerra del Congo alcanzó el máximo de complejidad en el distrito de Ituri. Allí combatían una docena de milicias, pequeños ejércitos de niños en chanclas y con un fusil, dirigidos por astutos veinteañeros y treintañeros que a menudo operaban con un nombre falso en diferentes alianzas con otros señores de la guerra. Con sus innumerables fusiones, escisiones, asociaciones y absorciones, este nuevo tipo de guerra se asemejaba más al mundo de los negocios que a una guerra propiamente dicha. En las oficinas de la Monuc los desanimados funcionarios elaboraban organigramas de las milicias que después colgaban de las paredes; les bastaba con mirarlos para desmoralizarse aún más. Cada mes aparecía una nueva milicia o había que modificar el esquema que se suponía esclarecía la situación —más columnas, más flechas, más abreviaturas, más fotos de personajes ruines— hasta que coincidía con el caos sobre el terreno y perdía todo su valor explicativo. Sin embargo, había una constante: todas las partes recibían, tarde o

temprano, armas y adiestramiento de Uganda^[21]. Aun así, eso no apuntaba tanto a una política consciente de «divide y vencerás» desde Kampala, sino más bien a las rivalidades internas dentro del ejército ugandés, en las que cada general tenía su propia milicia en el Congo que podía dismantelar o utilizar a conveniencia. Más flechas significaban más alianzas transversales, puesto que también del lado ugandés todo era inestable. Hasta Ruanda apoyaba a alguna milicia. No, la guerra todavía no había acabado. Se había convertido en un ovillo pequeño, pero tenaz, una forma de bandidaje armado que se perpetuaba a sí misma.

Justo un año más tarde, en mayo de 2004, se produjeron en el Kivu gravísimos estallidos de violencia. La principal línea divisoria era la que había entre hutus y tutsis y también en este caso la superpoblación desempeñaba su papel, aunque sobre todo se trataba de la de Ruanda. Diez años después del genocidio los hutus ruandeses seguían sin poder regresar a su superpoblado país, porque allí les esperaba un juicio partidista por genocidio. «Kabila no los echa y Kagame no los quiere», resumió el diplomático belga Johan Swinnen en términos claros y precisos^[22]. Su exilio permanente provocaba una creciente inestabilidad, por lo que Ruanda seguía apoyando a los tutsis congoleños para que lucharan contra los hutus. El resultado fue que en mayo de 2004 los hombres de Laurent Nkunda, junto con los de Mutebusi, recorrieron las calles de la capital provincial de Bukavu y asesinaron y saquearon. Violaron a decenas de niñas y mujeres, en muchas ocasiones en grupo, incluso a niñas de tres años^[23]. Nkunda era un tutsi de Kivu del Norte muy popular en Kigali. Desde 1990 luchaba con Kagame; en 1996 se había unido a la AFDL; en 1998 había ocupado un alto cargo dentro del RCD-G; y en 2002 había aterrorizado con mano de hierro a la población de Kisangani. Habida cuenta de las masacres que perpetró en aquellos años, no le pareció seguro ocupar un lugar en el nuevo ejército gubernamental. Nkunda se convirtió en el nuevo hombre de Kigali. Se apropió de Bukavu a su peculiar manera. Por un momento el frágil proceso de paz parecía roto. ¿Suponía aquello el inicio de una tercera guerra?

Tanto en Bunia como en Bukavu los cascos azules (sobre todo uruguayos) permanecieron de brazos cruzados, mirando con impotencia, por no decir con cobardía, algo que provocó la indignación general. Sin embargo, la calma acabaría regresando a Ituri gracias a diversas novedades históricas. Por primera vez en la historia la Unión Europea intervino militarmente y hubo algo parecido a un ejército europeo. Con la aprobación de las Naciones Unidas, las tropas, sobre todo francesas, pacificaron la ciudad Bunia durante la denominada operación Artemis. Se emitieron órdenes de arresto internacionales contra los principales señores de la guerra. Tres de ellos acabaron en prisión preventiva en La Haya y, entre otros, Thomas Lubanga, que estaba al frente de la principal milicia hema. En 2010 fue el primer acusado de la historia en ser condenado por la nueva Corte Penal Internacional. También en este ámbito el Congo se hallaba más bien en la vanguardia que en la retaguardia de la historia.

En el Kivu la transición habría podido degenerar en una nueva guerra, puesto que en agosto de 2004 en el campo de refugiados de Gatumba, en Burundi, fueron masacrados brutalmente ciento sesenta refugiados —en su mayoría tutsis congoleños— como respuesta a la violencia de Nkunda. Ruanda volvió a enviar tropas al Congo para proteger a los tutsis amigos. Por un momento todo parecía empezar de nuevo, pero las Naciones Unidas, Sudáfrica y el Ciat hicieron todo lo posible para aplacar las tensiones.

Durante la tercera fase de la guerra el conflicto volvió lentamente a lo que había sido en un principio: una disputa entre Ruanda y el Congo sobre el trato de los exiliados hutus en el Kivu. Kagame seguían pensando en neutralizarlos porque temía que tramaran hacerse con el poder en Ruanda mientras permanecían en el Congo oriental, igual que había hecho él durante la diáspora del sur de Uganda. Algo que él quería evitar a toda costa: Ruanda se encontraba en manos de los tutsis y ya no había espacio para más gente. Ese conflicto, que no cesa de resurgir, lleva prolongándose durante más de quince años. Las penalidades en la zona de los Grandes Lagos se remontan al triste y desgraciado día, durante la primavera de 1994, en que el Gobierno francés permitió que el régimen hutu huyera con sus armas al Congo oriental.

En la actualidad, la pequeña y fuerte Ruanda presenta las características de una próspera dictadura militar, que sigue gozando de mucho crédito entre los países donantes, mientras que el vecino Congo, enorme, lento y débil, sigue sin enfrentar los problemas reales. La situación podría compararse con la de un solitario soldado profesional, Ruanda, que ocupara un minúsculo apartamento de una sola habitación impecablemente amueblado dentro de un caótico bloque de apartamentos habitado por una familia desestructurada que arma mucho jaleo, se enzarza en peleas, acumula deudas y a veces deja abierta la llave del gas. Más de una vez el militar descuelga el fusil de la pared y se precipita a la cocina de sus vecinos, donde provoca más daños de lo necesario. En lugar de limitarse a apagar el gas, rompe los cacharros, destroza el falso techo a balazos y sale a la calle con un jamón. La consecuencia es un mayor estruendo y más trifulcas. De hecho, lo que ocurre hoy en el África Central es una riña entre vecinos en la que todos se insultan a voz en cuello. Por cierto, con motivos, puesto que Kigali tiene tanta culpa como Kinsasa. El resultado es amargo: dado que en Kinsasa no se logró llevar a cabo la crucial transición, no se pudo detener la segunda guerra del Congo en el este.

El tintineo de las botellas de cerveza, cientos, miles de ellas, unas botellas grandes y de color marrón apretujadas en la cinta transportadora, ahogaba la cacofonía de la fábrica. Sonaba como un carillón, un toqueo ligero e intranquilo que ahogaba los silbidos de la instalación de enjuague, el traqueteo de la etiquetadora, el tintineo de la cinta transportadora y los suspiros de las mangueras hidráulicas: igual que las

campanadas que cubren la actividad de una animada ciudad. El repiqueteo nervioso y entusiasta se propagaba por la ruidosa nave industrial como jamás lo había hecho y se mezclaba con el olor de la malta y el alcohol. Era el año 2002 y Bralima, la fábrica de cerveza de Primus, abrió en Kinsasa dos cadenas de envasado ultramodernas y totalmente automáticas, capaces de procesar setenta y dos mil botellas por hora. La guerra apenas había acabado cuando la industria ya funcionaba a toda máquina. Bralima (acrónimo de Brasserie et Limonaderie de Léopoldville) había empezado como una pequeña cervecera colonial en 1923, pero desde 1987 se encontraba en manos de Heineken. Tras la guerra, el imperio cervecero holandés estaba decidido a conquistar y ampliar el mercado de la cerveza del siempre sediento Congo. En 2002 salieron de allí un millón y medio de hectolitros, en 2008 casi tres millones. Aquella espectacular subida seguía muy alejada del récord de 1974, el año mágico en que se celebró el combate de boxeo, cuando Bralima produjo cinco millones y medio de hectolitros; pero el futuro sonreía^[24]. Ya solo en Kinsasa, Bralima volvía a tener cincuenta mil bares y puntos de venta.

En cualquier caso, los tejemanejes de los políticos traían sin cuidado a las multinacionales. La incipiente paz prometía nuevos mercados y solo había que conquistarlos cuanto antes. Lo mismo podría decirse a *fortiori* de la telefonía móvil. Vodacom, el operador sudafricano, estaba instalando los primeros cables en Bunia cuando la violencia étnica se encontraba aún en pleno apogeo. Durante los peores tiroteos, los obreros dejaban de cavar y se refugiaban durante unas horas^[25]. ¿A qué venía tanta prisa? En un país donde las infraestructuras telefónicas llevaban años sin funcionar, la demanda de móviles era enorme. Ya solo la Monuc garantizaba miles de abonados. También los congoleños de a pie empezaron a soñar con tener un móvil. Cuando visité Kinsasa por primera vez, en diciembre de 2003, un número de móvil congoleño estaba compuesto por siete cifras; en 2006, por diez. La telefonía móvil es para África lo que la imprenta fue para Europa: una auténtica revolución que redefine profundamente la estructura de la sociedad^[26].

Un Estado débil como el Congo dejaba mucho espacio para nuevos agentes internacionales. Durante la Guerra Fría fueron los países extranjeros (Francia, Bélgica y Estados Unidos) los que contribuyeron a decidir el destino del Zaire, pero ahora se trataba cada vez más de socios privados extranjeros, como empresas, Iglesias y también ONG. Grandes zonas del Congo eran gestionadas desde la guerra por entidades benéficas internacionales que asumían tareas que en realidad competían al Estado. Si Kabila se concedía a sí mismo un presupuesto ocho veces superior al presupuesto sanitario nacional, era porque sabía que, de todas formas, el dinero para la sanidad vendría del extranjero. Lo mismo sucedía con la enseñanza y con la agricultura: los ámbitos predilectos de los donantes internacionales. La ayuda de cientos de ONG era con frecuencia impresionante, pero no estaba exenta de consecuencias. Debido a la corrupción endémica dentro de la Administración pública congoleña, muchas ONG preferían seguir siendo «no gubernamentales» en el país de

destino y solo trabajar con socios locales^[27]. Es comprensible, pero aquello no ayudaba a restablecer el vínculo de confianza entre el Gobierno y la población. Además, la afluencia de dinero extranjero creó algo así como una «dependencia de la ayuda»: los congoleños empezaron a dudar de su autosuficiencia. *Monsieur* Riza, un hombre simpático y trabajador que gestionaba un modesto hotel en Bandundu, me dijo, harto de tanta pasividad: «Todas esas ONG que vienen aquí nos hacen demasiado dependientes. Solo nos falta que venga una ONG a explicarnos cómo limpiarnos los dientes»^[28]. La *ongización* no era en ningún lugar tan clara como en Goma, una ciudad rota por la guerra, inundada por la lava desde 2002. En diciembre de 2008, mientras cruzaba la ciudad sentado en el asiento trasero de una motocicleta —el transporte público del pueblo—, me fijé en los vehículos que adelantábamos con alegría: todos ellos 4x4, todos ellos de ONG, todos ellos provistos de un logotipo en la puerta o de una bandera en la antena. Era algo que exasperaba a Justine Masika, la fundadora de La Synergie des Femmes.

Ahora mismo, solo en Goma, tenemos doscientas organizaciones que participan en la defensa de los derechos de las mujeres. Entre ellas hay muchas ONG falsas, organizaciones locales que se enriquecen a costa de mujeres enfermas. Aquí todo el mundo abre una ONG. El dinero de los países donantes pasa a través de las Naciones Unidas, que se quedan con una buena comisión: hasta el 20 o el 30 por ciento. ¡Es una auténtica mafia de la ONU! Yo ya no trabajo con ellos. El programa de alimentos de las Naciones Unidas, la Unicef..., vienen aquí con presupuestos enormes, pero el 60 por ciento va a parar a la logística, sin que se consigan resultados. Al parecer, todos esos extranjeros tienen que recibir «primas de riesgo», todas las oficinas han de tener aire acondicionado, todos los despachos deben estar lujosamente amueblados y protegidos. Y dedican un montón de dinero a relaciones públicas. Quieren ser visibles, incluso aquí. Mientras que las mujeres que se supone que han de proteger corren peligro y necesitan discreción^[29].

Son palabras duras y Justine Masika no es una mujer cualquiera: ella fue una de las mil mujeres nominadas conjuntamente para el Premio Nobel de la Paz en 2005, y en 2009 recibió el Tulipán de los Derechos Humanos, una alta condecoración del Estado holandés, también el *Pax Christi International Peace Award*.

En comparación con las pretensiones humanitarias de la cooperación al desarrollo, el objeto de las empresas tenía al menos el mérito de ser inequívoco: era pecuniario. Había que obtener beneficios. No hacía falta explicarle a Dolf van den Brink que eso no tiene nada de malo. Después de estudiar filosofía y empresariales, este joven holandés, dinámico e imparable, ocupó el cargo de director comercial de Heineken en Kinsasa, el número dos de Bralima, que como tal fue corresponsable de las excepcionales cifras de crecimiento de los últimos años. «Cuando llegué aquí en 2005, Primus tenía en Kinsasa una cuota de mercado del 30 por ciento, mientras que Skol, la cerveza del competidor Bracongo, el 70 por ciento. Ahora sucede al revés: nosotros tenemos el 70 por ciento y Skol, solo el 30 por ciento.»^[30] Me mostró una diapositiva de una presentación de PowerPoint. El gráfico indicaba una línea ascendente. En la parte superior ponía: «On a gagné beaucoup de batailles, mais pas

encore la guerre!»^[e86]. En la sala de reuniones de Bralima había una pancarta que recordaba a los empleados su primera obligación: «Esprit de combat!», como si el país no acabara de salir de un terrible conflicto.

Y es que se trataba de una guerra. Si Bracongo había empezado tan bien era porque contaban con Werrason, mientras que Bralima tenía que contentarse con J. B. Mpiana. Werrason y Mpiana eran músicos pop tremendamente populares que formaban parte de la maquinaria promocional de ambas fábricas de cerveza. En 2005, Werrason tenía claramente más éxito y era impensable que un fan suyo comprara alguna vez una cerveza Primus. En una época en que no se podía elegir a los políticos, en que la gente carecía de empleo y en que tres cuartas partes de la población urbana eran jóvenes de menos de veinticinco años, los intérpretes de música pop tenían mucho poder.

La rivalidad entre J. B. Mpiana y Werrason era legendaria. Cada generación de la música pop congoleña tiene su propia confrontación: entre Franco y Kabasele en la década de 1950; entre Franco y Tabu Ley en la de 1960; entre Papa Wemba y Koffi Olomide en la de 1980; y a finales de la década de 1990 el asunto fue a más. En 1981 ambos músicos habían fundado juntos un grupo con el megalómano nombre de Wenge Musica 4x4 Tout Terrain Bon Chic Bon Genre. Parecía claro que aquello no podía acabar bien. Se trataba de una formación legendaria, que alegró al mundo en general y a Kinsasa en particular con el *ndombolo*, el estilo el baile más popular de la década de 1990 y en la primera del siglo XXI, en que los hombres doblaban las rodillas y parecían boxear, mientras que las mujeres giraban las nalgas de forma espectacular. El *ndombolo* era provocador, obsceno, gracioso y como suele ocurrir con los estilos de baile de moda, también algo excitante. Werrason y Mpiana salían al escenario con su Telecel, la primera generación de teléfonos móviles, del tamaño de un zueco. En aquella época todavía estaban reservados a los altos cargos militares y a los ministros, pero ahora los fans se metían las botellas de cerveza en el bolsillo trasero para dar la impresión de que también ellos tenían uno de aquellos voluminosos prodigios de la tecnología. Wenge Musica causó furor en la década de 1990. Cuando Kabila tomó Kinsasa, se bailaba el *ndombolo*. Sin embargo, a Wenge Musica le esperaba el mismo destino que a todas las agrupaciones de pop o partidos políticos congoleños que tenían éxito: se separaron. Werrason y Mpiana eran como el perro y el gato, los fans se dividieron y todavía hoy pueden narrar la lucha de poder con una pasión y precisión con la que pocas veces se refieren a la guerra.

Sin ironía hablan de «la guerre des albums, la guerre des salles y la guerre des stades». Al principio, Werrason era el que se mostraba más desafiante y combativo: su primer CD se titulaba *Force d'Intervention Rapide*. La jerga militar penetraba en toda la cultura pop con títulos como *Attentat*, *État d'Urgence*, *Ultimatum*, *Couvre le Feu* y *Cessez-le-Feu*^[31]. Cada disco traía consigo un nuevo baile y una nueva moda. Los fans esperaban a comprarse la ropa hasta que se publicaba el nuevo álbum. Sin embargo, en 1999, cuando J. B. Mpiana fue el primero de su generación en llenar las

míticas salas de concierto Le Zénith y Olympia de París, Werrason se vengó reuniendo a veinte mil fans en el palacio de deportes de Bercy, seguido por Le Zénith y Olympia. En Francia, *bien sûr*, ya que a partir de entonces la historia congoleña se desarrollaba en la diáspora.

En torno a las paradas de metro de Château d'Eau de París, Porte de Namur de Bruselas y Seven Sisters de Londres surgieron animados barrios congoleños con peluquerías, tiendas de música y colmados que vendían mandioca y orugas ahumadas. La miseria había hecho emigrar a decenas de miles de congoleños. En Kinsasa, Werrason y Mpiana intentaban apuntarse tantos durante sus conciertos en el Stade des Martyrs, donde el número de espectadores superaba los cien mil. En 2005 se enfrentaron en un concierto al aire libre donde tocaron *fara-fara*, cara a cara: a ambos lados del terreno había un escenario. Este concierto *du siècle* tenía que convertirse en una guerra de desgaste para decidir cuál de los dos era el más fuerte. Las dos bandas empezaron su actuación a las diez de la noche y siguieron tocando hasta que amaneció. Por la mañana, cuando las tropas del orden intentaron desenchufar los equipos, los niños de la calle formaron un escudo humano alrededor de los grupos electrógenos. A la una de la tarde el ejército puso fin al evento con gas lacrimógeno. Habían acudido más de doscientos mil espectadores y aunque el enfrentamiento quedó en tablas, la estrella de Werrason siguió su curso ascendente^[32].

Lo llamaban *Roi de la forêt*, el Rey de la Selva. Sus guardaespaldas eran *manzaka na nkoy*, los ángeles del leopardo^[33]. Con su rostro inexpresivo, sus fabulosas gafas de sol y su impecable perilla, era la definición del congoleño *cool*. Nacido el día de Navidad de 1965 parecía predestinado para lograr grandes cosas. La Unesco lo nombró embajador de la paz. El Papa lo recibió en audiencia y la megaestrella jamaicana Shaggy proclamó en la CNN que Werrason era «el más grande artista africano vivo»^[34]. Sin embargo, para los miles de niños de la calle de Kinsasa —chavales a los que sus familias habían repudiado bajo sospecha de brujería, niños que se habían escapado de casa, huérfanos de víctimas del sida que vivían permanentemente en la arena delante de la sala de ensayo de Werrason, todos los que se hacían llamar *sheges* (deformación de Schengen), porque ellos vivían en un mercado muy libre—, para todos aquellos cuerpos jóvenes vestidos con harapos, él era simplemente *Igwe*, el sumo sacerdote. Estaban dispuestos a morir por él.

Y entonces, en julio de 2005, llegó la noticia: ¡Werrason se pasaba a la competencia: cambiaba Bracongo por Bralima! Fue un auténtico bombazo. Werrason había estado durante meses en Europa. ¿A expensas de Bralima? ¿Para no tener que seguir cumpliendo su contrato con Bracongo? Hubo todo tipo de especulaciones, puesto que en el Congo la música es más importante que el fútbol en Italia. ¿Cuánto le habrían pagado? El precio de aquel traspaso sigue siendo uno de los secretos mejor guardados de Kinsasa. Dolf van den Brink conoce la cifra, puesto que él cerró el trato. «Por desgracia, no puedo decírtela —me dijo riéndose en su despacho cuando

se lo pregunté—. Créeme, la música pop nos cuesta muchos cientos de miles de dólares al año. Nos gastamos en ella dos tercios de nuestro presupuesto de márketing. Hemos invertido en un escenario para conciertos que ha costado trescientos mil dólares, el más grande del país. Tenemos camiones, generadores y monitores. Tenemos una oficina de eventos que cuenta con treinta empleados para poder dar conciertos gratuitos en la ciudad. Una vez al año los músicos escriben una canción especialmente para Primus. Nosotros pagamos el estudio, el CD, el videoclip. Todo eso nos cuesta ya entre cien y ciento cincuenta mil dólares. En los bares de la *cité* distribuimos gratuitamente cuatro mil CD y nueve mil casetes. En todas partes bailan las canciones de Primus.»

Admite que a veces él mismo siente vértigo. Es cierto que, bajo la dirección del sociólogo holandés Dick Pels, escribió una tesina sobre «la estetización del mundo empresarial», pero nunca esperó convertirse en patrón de una estrella mundial africana. «Para mí es una simbiosis entre música y cerveza. Werrason tiene tres orquestas, más de cien personas dependen de él. No puede vivir de la venta de CD y casetes. Los conciertos son impagables. Así que el patrocinio resulta esencial para él, además de los conciertos VIP y las actuaciones en Europa. Y también nos ocupamos de eso. Cuando actúa en Le Zénith, nosotros pagamos cincuenta vuelos, puesto que si no lo hiciésemos, se marcharía.»

Werrason tiene fama de ser un hombre imposible. Embajador de la paz, sí, pero sobre todo *a pain in the ass*, un tocapelotas. Exige a sus patrocinadores que importen y que hagan pasar por la aduana decenas de coches para él y para su círculo. No respeta los acuerdos. Las pocas personas que excepcionalmente consiguen una entrevista con él, lo ven pasar de largo y se quedan esperando en vano durante horas a que regrese, como yo mismo pude comprobar un gélido día de diciembre en París. Dolf van den Brink suspiró. Buscó entre sus papeles y me mostró un trozo de papel: «Acaba de pasar por aquí Sylvie Mampata, su mujer. Dentro de poco dará una fiesta y nos pide cincuenta sillas de jardín, treinta cajas de cerveza y cincuenta mil dólares. Y así todo el tiempo. ¿Comprendes a qué me refiero?».

Por supuesto que lo comprendía, puesto que Dolf acababa de explicarme su gráfico de PowerPoint. «Mira, aquí se ve muy bien —me dijo con aire de satisfacción—. En julio de 2005 Werrason se unió a nosotros. En dos meses, nuestra cuota de mercado subió un 6 por ciento: del 32 al 38. Esa subida se mantuvo. Ahora estamos en el 70 por ciento.» Bralima fue una de las filiales de más rápido crecimiento de Heineken. En 2009 la empresa tenía incluso una cuota de mercado del 75 por ciento: unas cifras de crecimiento que ya desearían los directivos de Occidente. Van den Brink fue recompensado con un traslado a América, donde, con treinta y seis años, se convirtió en el responsable de Heineken en Estados Unidos.

Bralima no ha escatimado medios para promocionar el histórico traspaso de Werrason. Unos días después de su regreso de Europa —decenas de miles de jóvenes lo habían acompañado desde el aeropuerto hasta Samba Playa, su sala de ensayos—,

dio un concierto de Primus en su ciudad natal de Kikwit: *Changement de Fréquence*. Era la primera vez que actuaba allí. Se convirtió en el mayor concierto de pop de la historia. *Changement de Fréquence* eran los barcos fluviales que Bralima había enviado meses antes desde Kinsasa cargados de equipos de sonido y focos, generadores y cincuenta mil cajas de cerveza Primus. *Changement de Fréquence* era el inmenso prado junto al aeropuerto, donde se instaló el escenario y al que acudieron decenas de miles de personas a pie, procedentes de todas partes, a veces desde más de ciento veinte kilómetros de distancia. *Changement de Fréquence* era Werrason, que llegó el día del concierto en un Fokker de Air Tropic con jefes tradicionales y jefes de poblado y besó el suelo después de aterrizar. *Changement de Fréquence* era el Rey de la Selva, que fue recibido como un jefe de Estado mientras estaba sentado en lo alto de un camión de Bralima. *Changement de Fréquence* era su orquesta de veinte miembros, que horas después de la puesta de sol hizo sonar las primeras notas en los altavoces. Los ritmos increíblemente precisos de Kakol, los cristalinos solos de guitarra de Flamme Kapaya, la voz de falsete de Héritier, los rapeados burlescos de Roi David. Este último era el sucesor del inolvidable «Bill Clinton», el animateur que había seguido su carrera en solitario y que ahora tenía un contrato con Kerrygold, para la que componía melodías para anuncios de leche en polvo. *Changement de Fréquence* eran todos aquellos nombres que uno conocía desde hacía años sin haberlos visto realmente. Ver girar las nalgas increíblemente flexibles de Cuisse de Poulet cuando bailaba el *ndombolo* en el escenario junto a Bete Sauvage y Linda la Japonaise. ¡Dios mío qué fiesta! *Changement de Fréquence* era, por último, Werrason, que pasada la medianoche subió al escenario, mirando impasible el mar de gente irrefrenable (¿cuántas personas había? Trescientas mil, según los cálculos más conservadores y setecientas mil según los fans). Interpretó tres canciones y después repartió medicamentos entre las viudas y entre los enfermos: ¡un ejemplo que bien podrían seguir las autoridades públicas, en lugar de continuar con sus intrigas y con sus enredos! *Changement de Fréquence* era la nueva versión del combate de boxeo de Mohammed Ali, con la diferencia de que esta fiesta no la pagaba el presidente, sino una empresa de Ámsterdam que cotizaba en bolsa. Eso también era un cambio de frecuencia^[35].

«En Kikwit hubo muchísima gente», me explicó Flamme Kapaya una mañana en Kisangani. Hacía bochorno y estábamos sentados en el jardín abandonado de una casa a orillas del río. Durante diez años Flamme fue el guitarrista estrella y el director artístico de Werrason. Si uno pregunta a cualquier joven congoleño cuál es el más grande de todos los guitarristas actuales, le contestará sin apenas dudar: Flamme Kapaya. «Teníamos que calentar al público, decirles hasta qué punto Werrason era fantástico. Teníamos que tocar y bailar para conseguir que saliera. Sin embargo, él cantó como mucho durante quince minutos y se quedó con todo el dinero. A nosotros no nos pagaba nada. Dejar Bracongo por Bralima no supuso ningún cambio para nosotros. ¡Él se quedaba con todo y no nos daba nada! Werrason amasó mucho dinero

y se compró una casa cerca de Bruselas. Parecía un descendiente de Mobutu.» Y dado que conseguir beneficios era más importante que reeducar, Bralima mantuvo en pie aquel sistema, puesto que los accionistas de Heineken querían seguir viendo bonitos gráficos y tablas. Existe un parecido esencial con la injerencia extranjera de antaño: del mismo modo que Estados Unidos tuvo que mantener a Mobutu a regañadientes, pues de lo contrario se hubiese ido con los comunistas, Heineken tenía que aceptar los caprichos de Werrason para impedir que se pasara a la competencia. La lealtad se conseguía a expensas de la integridad. Flamme Kapaya sigue indignado al respecto: «Yo componía las canciones, me encargaba de los arreglos, pero él las registraba en Francia con su nombre. *Arrangeur-compositeur: Werrason*, eso es lo que dice el libreto del CD. Yo solo figuro como guitarrista». Flamme fue el cerebro musical detrás de *Kibuisa Mpimpa*, considerado el mejor disco de Werrason y descrito por los críticos musicales como «revolucionario desde el punto de vista cultural y musical»^[36]. «Lo grabé en Europa, mezclé el disco, pero cuando estuvo acabado ¡ni siquiera me dieron una copia! Werrason incluso robó las cinco que por derecho me correspondían.» Parece increíble, pero durante las tres horas que esperé en vano a Werrason en un frío estudio parisino entre *groupies* enfundadas en grandes y llamativos abrigos, comprobé que Kakol y Héritier, batería y cantante, respectivamente, eran quienes se encargaban de todo el trabajo. Daban instrucciones a los cantantes, se sentaban a la mesa de mezclas y tomaban las decisiones musicales. «Éramos muy ingenuos —suspiró Flamme—, él quería músicos que no levantaran la liebre. En cuanto alguien se daba cuenta, se deshacía de él. La música es la pasión de todos los jóvenes, pero él se aprovecha de ello. Es realmente explotación del hombre por el hombre. Por eso me fui. No quiero que los jóvenes sigan ese mismo camino. Tienen que aprender cuáles son sus derechos.» Hizo un redoble con los dedos en el borde de su silla, contempló el río y entonces dijo: «Werrason es un hombre de negocios y un político. Muchas de sus bailarinas se quedaron en Europa. La gente le pagaba para poder acompañarle a Europa como miembro del grupo»^[37]. Y Bralima tiene que comprar decenas de billetes de avión cuando Werrason viaja con su «banda» a París. Su colega Papa Wemba fue condenado en París a varios meses de prisión por prácticas parecidas. «Trata de seres humanos», sentenció el tribunal francés.

Las empresas no son nunca actores neutrales y menos aún en los estados nación destrozados. Con un presupuesto para promoción que supera varias veces el del Ministerio de Educación o el de Información, llegan a más ciudadanos que las autoridades públicas. Hoy en día Kinsasa está invadida por las vallas publicitarias de multinacionales como Nestlé, DHL, Vodacom y Coca-Cola. Los muros de hormigón que rodean las empresas, los estadios y los cuarteles están pintados con eslóganes comerciales. Las cadenas de televisión emiten más publicidad que programas. Las

canciones de Primus de los artistas con contrato con Bralima se oyen durante todo un año en diversas emisoras. A menudo se trata de composiciones de diez o más minutos. La diferencia entre publicidad y entretenimiento se difumina. Kinsasa baila al rimo de los discos de promoción.

Las empresas machacan su mensaje también en otros lugares. En 2006 el operador de telefonía móvil Tigo, una multinacional presente en dieciséis países y con sede en Luxemburgo, tuvo la generosidad de adecentar el ruinoso vestíbulo de llegadas del aeropuerto nacional, pues cada gran empresa cuenta con su propio programa benéfico (becas de estudio, creación de hospitales, paquetes escolares, siempre que tengan visibilidad). Las paredes descoloridas del aeropuerto de N'Djili recibieron una nueva capa de pintura por primera vez en décadas, pero el visitante que llegue a la ciudad en avión, creará encontrarse en un *stand* de feria de Tigo y no en un edificio gubernamental. En él cuelgan decenas de pancartas y de carteles del operador de telefonía móvil y ninguna publicidad de otras empresas. Y en medio de ese torbellino lleno de oropel, el viajero espera, con su pasaporte en la mano, maldiciendo la lentitud del Estado.

Por supuesto, las empresas como Bralima y Tigo también pagan impuestos, más de los que desearían, pues en un país corrupto los funcionarios se inventan cada semana otros nuevos. Sin embargo si se exceden, aquellas amenazan con la más radical de las medidas: el cierre. Y eso no solo significa desempleo para todo el personal que recibe una remuneración más que correcta, así como la pobreza para todos los pequeños vendedores de cerveza o de minutos de llamada, sino sobre todo el final de los ingresos fiscales para todos los funcionarios. Ningún sediento inspector fiscal quiere eso. Las multinacionales son los principales contribuyentes del país. Por consiguiente, las autoridades públicas están inclinadas a hacerles caso.

Ya en la Conferencia de Berlín de 1885 se decidió que el Estado Libre del Congo debía permanecer abierto al libre comercio internacional. Hoy sigue habiendo rivalidad entre el mercado y el Estado, de hecho más que nunca. En otros tiempos lo único que importaba era comprar materias primas, pero ahora se trata también de vender productos, puesto que incluso en un país pobre de solemnidad se puede ganar mucho dinero con el comercio de pequeños artículos, como minutos de llamada, botellas de refrescos o bolsas de leche en polvo. Para conquistar el alma de todos esos desafortunados las empresas extranjeras colonizan el espacio público de este devastado país con un descaro apenas disimulado por la radiante sonrisa del astuto *márketing*.

En octubre de 2008 me convertí, durante una semana, en una celebridad de segunda clase en Kinsasa y lo conseguí sin hacer apenas nada. Los desconocidos me abordaban en la calle, decían reconocermme de la pequeña pantalla y se extrañaban de que, a pesar de mi posición, no dispusiera de un coche propio. Dolf van den Brink me había llamado unos días antes. «Estamos organizando un concierto de Werrason en la *cité*. ¿Te apetece venir?» La actuación se llevó a cabo en Bumbu, uno de los barrios

más pobres de Kinsasa. Mientras nos dirigíamos hacia allí en un convoy, me explicó: «Bracongo está librando una guerra sucia contra nosotros. Están difundiendo *spots* en los que afirman que hemos perdido Bumbu y que allí Primus ya no es líder del mercado. Tenemos pruebas de que no es cierto, pero eso nos ha obligado a ponernos a la defensiva. Ahora queremos demostrarlo con algo grande. ¡No un anuncio, ni una campaña, sino un concierto gratuito de Werrason! Es la primera vez que actúa en Bumbu. Espero que acuda mucha gente»^[38]. Mientras el SUV con aire acondicionado serpenteaba entre los baches de la calzada, Dolf me contaba que Primus había pasado por diversas fases de *márketing*. Primero idearon el eslogan *Pelisa ngwasuma*, que podría traducirse libremente como: «Que empiece la marcha», que fue bien acogido en un país destrozado por la guerra. Después cambiaron el color de la etiqueta por los de la bandera del Congo: azul, amarillo y rojo. Ahora que había acabado la guerra, Primus debía presentarse como la cerveza congoleña por excelencia. El Estado estaba carcomido, pero el orgullo nacional permanecía intacto. Bralima lo aprovechó con éxito. Entretanto ya había ideado el siguiente eslogan: *Primus, toujours leader!* (Primus, siempre líder), pues se trataba de dar a entender que el recién adquirido liderazgo del mercado era estable. Según Dolf, el deseo de dominar era algo importante para el pueblo; la gente quería saber quién era «el más fuerte». Y él iba a Bumbu para dejarlo bien claro.

Aquello me pareció interesante, pues el operador de telefonía móvil Vodacom repetía exactamente los mismos temas: sentimiento nacional y liderazgo. *Un réseau, une nation* fue durante años el eslogan del Congo: «Una red, una nación». Ahora se presentan como *Leader dans le monde cellulaire*. Según su sitio web congoleño: «Lo mejor de nosotros es mejor que lo mejor de los demás. Perder no es una opción. Somos un equipo y la competencia es nuestro deporte». ¿Quién es más congoleño? ¿Y quién es el líder? ¿Acaso no eran estos también los temas centrales en la lucha electoral entre Kabila y Bemba que se desató entonces? En julio de 2006 iban a celebrarse por fin las elecciones y los dos aspirantes favoritos a la presidencia andaban a la greña como los artistas de *pop*. Bemba, que seguía siendo más un señor de la guerra que un hombre de Estado, reprochaba a Kabila ser medio ruandés y, por tanto, no tener suficiente *congolité*, una afirmación extraña viniendo de alguien que como él tenía una cuarta parte de europeo. A su vez, Kabila, en calidad de presidente, intentó situarse por encima del tumulto cuando dijo: «El que sostiene los huevos no se pelea», una declaración que lo perseguiría durante meses. Hacía referencia a los niños de la calle que iban de bar en bar con un cartón de huevos duros sobre la cabeza, vendiéndolos como *tentempié*. Sin embargo, todo Kinsasa opinaba entonces que el presidente era un *sinvergüenza*. Los severos reproches recordaban a la guerra entre Werrason y Mpiana o entre Bralima y Bracongo. En la lucha por el cargo más alto, la idea de liderazgo se vinculaba directamente con la identidad nacional. Los eslóganes comerciales y políticos se inspiraban unos a otros.

Cuando llegamos a Bumbu, Dolf se asomó por la ventanilla del coche. El barrio popular estaba a oscuras, pero los bares y las terrazas se encontraban llenos a rebosar. Constató satisfecho que casi el 80 por ciento de las botellas de cerveza que había en las mesas eran Primus. Un poco más allá vimos aparcados camiones de Bracongo: durante y después del concierto la competencia repartiría, sin duda, miles de botellas de Skol. Dolf se preguntaba incluso si Bracongo no había contratado a bandas juveniles para provocar agitación. Por si acaso, Bralima se había traído su propia seguridad. Y era necesario, puesto que la juventud de Bumbu —de hecho la única generación— había acudido en masa. A medida que nos acercábamos al terreno donde iba a celebrarse el concierto (la banda ya había empezado a tocar, la oíamos de lejos), aumentaba de forma preocupante el número de jóvenes que se aferraban a uno de los coches que circulaban en la cola del convoy. Era un SUV con ventanillas tintadas con los colores de Primus. Estaban convencidos de que Werrason iba dentro. Después de pasar un rato atascados entre una muchedumbre excitada, alcanzamos la parte trasera del escenario mediante un atajo. Los chóferes aparcaron los coches con el morro hacia delante, para poder salir pitando si había problemas. Nos apeamos y nos dirigimos al podio por el camino dimos algunos apretones de manos. En la penumbra de la parte trasera del escenario, mientras la vibración de los bajos me hacía vibrar esternón, no lo reconocí de inmediato. Parecía mucho más normal de lo que recordaba en las fotos, también mucho más tímido. «*Monsieur Werrason* —le dije—, *bon concert.*» *Mmm*, me contestó él. Fue la entrevista más breve que jamás he realizado.

Subimos al escenario. Una hilera de bailarines y detrás otra de músicos, todos con camisetas de Primus. Un muro de sonido. Saludé a Kakol, el batería. Tras él, la pared del fondo de la tarima estaba cubierta por una inmensa pancarta: «Primus, toujours leader!». Me puse la mano sobre los ojos a modo de visera para poder contemplar al público. Vi que habían instalado el escenario en medio de un gran cruce. En las tres direcciones: cientos de metros de gente apretujada. Intenté hacer el recuento de un segmento para extrapolar. ¿Treinta mil personas? ¿Cuarenta mil? Alguien me dio una botella de Primus. Las cámaras filmaban a los pocos blancos que había en la tarima. Y entonces un hombre con perilla y pinta de tímido subió la escalera metálica que había a la izquierda del escenario. Lentamente, casi con desgana, avanzó hasta situarse bajo la luz de los focos. Miró fijamente la noche intranquila. Miles de brazos se alzaron y cruzaron los puños. «Igwe! Igwe!» Los gritos eran ensordecedores.

Después del concierto, Dolf van den Brink estaba encantado. Werrason no solo había elegido a unas niñas del público para que bailaran el *ndombolo* delante de él, sino que entre canción y canción había alzado hasta en dos ocasiones una botella de Primus y se había tomado el tiempo de explicar que Bumbu seguía estando en manos de Bralima. Una publicidad impagable. La actuación había costado diez mil dólares. Calderilla. Las grabaciones del concierto se emitirían sin parar por televisión durante los días siguientes. Bralima pagaba cada mes entre treinta mil y cuarenta mil dólares

a Antenne A, una de las cadenas más importantes de Kinsasa, que a su vez usaba ese dinero para pagar a su plantilla. De hecho, Bralima era propietaria de la emisora.

«Yo le conozco —me dijeron varios *kinois*, cuando me senté a su lado en el asiento trasero de un destartado taxi—. Usted era el blanco que estaba en el escenario durante el concierto de Bumbu. ¿No tiene coche?» Eso dice algo sobre el poder de Bralima. En una ciudad de ocho millones de habitantes en la que me encontraba de paso, de repente era más famoso que en la ciudad de un millón de habitantes donde llevo viviendo ya diez años.

Normalmente le compro minutos de llamada a Beko en la umbría avenida des Batetela, una de las pocas calles agradables de Kinsasa. Beko, un graduado en pedagogía de unos veinte años, está allí sentado debajo de una sombrilla, de seis de la mañana a ocho de la tarde, vendiendo tarjetas de prepago de Tigo, Vodacom, CelTel y CCT. Todos los días de la semana, aunque los domingos solo a partir de las once, puesto que primero quiere ir a misa. Se trata de su única distracción. La acera de la avenida des Batetela es un pequeño mercado a la sombra de los árboles. Junto a Beko hay una mujer que cambia dinero y, a su lado, una anciana fríe pescaditos a los que, por un motivo que no alcanzo a entender, llaman «Thomson». Un poco más allá un joven vende agendas de bolsillo, bolígrafos y cordones para los zapatos; a su lado una joven fríe buñuelos sobre un fuego de carbón. Un buñuelo es para muchos el único alimento del día. Sabe bien y llena el estómago.

En los días buenos, Beko puede alcanzar un volumen de ventas de hasta cien dólares, aunque de este importe apenas ocho dólares son para él. Cuando vende una tarjeta prepago de cinco dólares, 4,60 son para el operador de telefonía móvil, a veces incluso 4,75. «Y además solo los mejores clientes compran cinco dólares de minutos de llamada», me aclara. De acuerdo, entonces: ocho dólares de beneficio si ha sido un día excelente. Sin embargo, Beko vive lejos de la avenida des Batetela, muy lejos. Es una de las 1,6 millones de personas que cada día van y vienen al centro de la ciudad en furgonetas Volkswagen abarrotadas y humeantes^[39]. El transporte le cuesta un dólar y medio y horas de viaje. Si quiere comer algo durante el día, aunque solo sea un mendrugo de pan de mandioca con un trocito de pescado, tendrá que pagar de nuevo un dólar y medio. Al llegar a casa entregará un dólar a su tía, con la que vive desde que sus padres fallecieron. Él es el único sostén de sus hermanos y hermanas. De sus ocho dólares ya solo le queda la mitad. Y eso no es todo.

Mientras estamos hablando se nos acerca un hombre que empieza a gritarle a él y a otros vendedores del mercado. Beko le entrega sin rechistar doscientos francos congoleños. Un poco más allá, hay alguien con uniforme de policía. «La policía no nos permite estar aquí. Oficialmente tiene que ponernos una multa, pero no lo hace nunca. En vez de multarnos nos manda a ese tipo. A cambio de doscientos francos congoleños nos deja en paz. Solo pasa tres o cuatro veces al día. Si no pagamos, nos

requisa la mercancía. Ahora solo he perdido un dólar o un dólar y medio.»^[40] Se puede llamar «extorsión» o una forma más que directa de recaudar impuestos, pero el agente seguirá haciéndolo mientras la Administración pública no le abone su sueldo. Eso no impide que un uniforme de policía siga siendo un bien muypreciado, pues quien lo lleva tiene asegurados unos ingresos regulares, que no vienen de arriba, sino de abajo. No es de extrañar que haya surgido un tráfico de puestos de policía que, según dicen, se pueden comprar por un importe considerable, como si se tratara del traspaso de un negocio.

Siete días por semana y los domingos un poco más tarde. Los mejores años de Beko pasan de largo. Me explica que Tigo tiene un nuevo servicio. Por un importe insignificante los clientes pueden recibir un SMS que, según la compañía, «le alegrará el día». Si contrata el servicio Tigo Bible el cliente recibirá cada día un verso de la Biblia, Tigo Foi le ofrece asesoramiento religioso, Tigo Amour le da consejos amorosos y Tigo Riche le explica cómo hacerse rico. Si lo que se quiere es divertirse, le darán diversión. La oferta no incluye ningún servicio de noticias.

Beko se ríe avergonzado cuando le pregunto cuál es su sueño. «Ser embajador», me contesta, cauto. Le apasiona la política. Todos los días «alquila» un periódico en el quiosco: por una pequeña cantidad le dejan leerlo durante media hora. Comprarlos es imposible: el periódico cuesta un dólar. Los periódicos constituyen una rareza en Kinsasa. Los pocos que hay tienen tiradas máximas de mil quinientos ejemplares, algo insignificante en una ciudad de ocho millones de habitantes. Fuera de la capital no circula nada de prensa escrita. El contenido de las revistas suele ser pobre. Le Potentiel y Le Soft hacen lo que pueden, pero, en las demás revistas dominan los cotilleos y el partidismo. Los periodistas aceptan los sobornos de los ministros sobre los que escriben^[41]. El diseño es deplorable y la calidad de impresión para echarse a llorar. Sin embargo, cada día, Beko devuelve su ejemplar como nuevo al vendedor. ¿Llegará a realizar algún día su sueño? Tenía veintidós años cuando le conocí en mayo de 2007. «En el Congo no sueles cumplir más de cuarenta y cinco años —me dijo entonces sonriendo—. Qué se le va a hacer, *c'est comme ça*.» En efecto, así es la vida. Aquel mismo año Tigo consiguió unos beneficios brutos de ciento sesenta y cinco mil millones de dólares^[42].

Beko constituye una excepción. Más de la mitad de los *kinois* considera que está mal informada, las mujeres aún más que los hombres. Los únicos que aún tienen la sensación de estar al corriente son hombres de más de cincuenta años con un título universitario, los últimos que han gozado de una enseñanza decente^[43]. Sin embargo, en el Congo no hay escasez de medios de comunicación. La radio sigue siendo, con diferencia, el medio más popular; la televisión se ve sobre todo en las ciudades; internet es en todas partes de una lentitud demencial. Nadie tiene conexión en casa.

Para navegar por la red y elaborar un currículum uno acude a un cibercafé, que aquí se llama cyber, al menos cuando hay corriente eléctrica.

La cadena nacional lleva agonizando desde que se tiene memoria, pero en 2002 la Monuc, en colaboración con la ONG suiza Fondation Hironnelle, creó Radio Okapi, una emisora de alcance nacional y con redacciones en diez ciudades. Desde hace años es el único medio de comunicación del Congo a escala nacional. Los periodistas extranjeros y locales realizan cada día un valiente trabajo. Los reporteros de Okapi se encuentran entre los mejores (y entre los mejor pagados) de su profesión. Las emisiones informativas diarias son excelentes, pero el precio de diez millones de dólares al año suscita la pregunta de qué posibilidades de supervivencia hay a largo plazo. ¿Quién lo pagará cuando las Naciones Unidas se hayan ido de aquí?

En las grandes ciudades, la televisión está presente en todas partes. Los hombres la ven a diario durante más de dos horas y media, las mujeres incluso más de tres^[44]. Durante el periodo del «1 + 4» este medio de comunicación experimentó un *boom* sorprendente. Solo en Kinsasa, en febrero de 2003 había unas veinticinco cadenas y en julio de 2006, el mes de la primera ronda de las elecciones presidenciales, treinta y siete^[45]. La gran mayoría de ellas eran locales. Por menos de veinticinco mil dólares se puede montar una emisora. Todo político, comerciante o pastor que se precie tiene hoy la suya. Zapear entre los distintos canales constituye una experiencia muy didáctica, aunque no necesariamente por lo que se emite en ellos. Tropicana, Mirador y Raga son canales comerciales que pasan sobre todo videoclips musicales y anuncios, si es que existe alguna diferencia. DigitalCongo es la cadena del presidente Kabila, dirigida por su hermana gemela, y que en su momento rivalizaba con Canal Congo y Canal Kin, del vicepresidente Bemba. Antenna A y la RTNC intentan ofrecer información con los medios de los que disponen. Ratelki es de los kimbanguistas; Amen TV y Radio TV Puissance representan a los nuevos movimientos cristianos. Más de la mitad de los canales de televisión están en manos de las Iglesias pentecostales^[46]. Cuando se llega zapeando a la RTVA, conviene saber que esta emisora pertenece al pastor Léonard Bahuti, un hombre que pide a sus fieles (principalmente femeninas) renunciar a las joyas, al esmalte de uñas y a los postizos. La RTAE es del *général* Sony Kafuta, Rockman, el ferviente líder de L'Armée de l'Éternel. La RTMV es de su eterno rival, el «arzobispo» Fernando Kutino, fundador de L'Armée de la Victoire y encarcelado desde hace años. Todas esas cadenas religiosas alternan los sermones con las telenovelas. Los culebrones abordan cuestiones morales sobre la vida y la muerte en el Kinsasa de hoy (la pobreza, el adulterio, la brujería, la fertilidad y el éxito) y hacen hincapié en que solo el cristianismo carismático, aquel que enfatiza la oración en común, ofrece redención en el laberinto de la vida actual. En 2005 estuve presente durante la grabación de una de esas telenovelas. No sorprendían tanto los modestos medios (un cámara, un foco, un micrófono) y el bosquejo de guion (un trozo de cartón escrito a mano) o el trabajo en serie (hoy grabar, mañana montar, pasado mañana emitir) como la juventud los

actores. Unos jóvenes veinteañeros intentaban dar sentido a su existencia y a la de los telespectadores con un fanático discurso religioso. La cadena que más llama la atención de las que uno se encuentra zapeando es NTV. Allí se ve cómo el pastor Denis Lessie, propietario del canal, alza las manos e invita al telespectador a poner las suyas sobre la pantalla, para que así se toquen, pues el Señor también se desplaza a través de la fibra óptica o las señales de transmisión. Oíd el crepitar del Altísimo, mirad cómo se os ponen de punta los pelos al tocarlo. Hace poco pidió a sus fieles que, a modo de devoción, rociaran agua sobre el televisor o la pantalla de plasma.

Hojéé el manoseado registro del pequeño hotel del interior del país. No había habido muchos huéspedes extranjeros antes que yo. En realidad, solo uno: Andrew Snyder, de Florida. Tenía una caligrafía firme. ¿Profesión? «Pastor.» ¿Motivo del viaje? «Cruzada.» ¡Ah vale! Por lo visto la cruzada de los evangelistas estadounidenses en África había alcanzado las capitales de provincia. ¿Cómo le iría a Fernando Kutino?

Fernando Kutino era un caso aparte. A principios de la década de 1990 vio llegar a Kinsasa la primera generación de evangelistas estadounidenses, un nuevo tipo de misioneros que trajo consigo una variante carismática del cristianismo, las llamadas Iglesias pentecostales. Mobutu estaba tan molesto con el poder de los católicos que habían organizado la Marcha de la Esperanza que aceptó que otros predicadores vinieran a difundir la palabra de Dios. «Divide y vencerás», ese lema también podía aplicarse a las almas. Fernando Kutino, entonces un joven discreto, oyó hablar de Jimmy Swaggart, el evangelista televisivo estadounidense que se había convertido en una celebridad mundial por confesar, entre lágrimas, su adulterio. En Kinsasa empezó a ser conocido por sus acalorados sermones que extasiaban a miles de seguidores. También pasó por allí el evangelista alemán Reinhard Bonnke y el holandés John Maasbach, hombres casados que vestían traje y lucían un impecable corte de pelo y que venían a dar testimonio de su fe con sus agitados espectáculos. No los había enviado una autoridad eclesiástica central, sino que operaban por propia iniciativa, a menudo ayudados por sus familias. Aquellos *reborn Christians* conectaron con grupos de oración locales que se reunían cada semana para elevar el corazón a Dios al margen de la misa dominical. No tardó en surgir un clero nativo y Fernando Kutino se convirtió en una figura clave en su seno.

Kutino se anudaba la corbata, se hacía llamar reverend, y traía un mensaje claramente opuesto a las Iglesias y a los ritos tradicionales. Se había dado la señal de salida para las *Églises du réveil* congoleñas, las Iglesias del despertar, el nuevo comienzo. Los curiosos se sintieron atraídos por la importancia que se daba a la carismática experiencia de fe en la que se podía conseguir «sanación» y «redención» en momentos de intenso éxtasis religioso. Gracias a sus rituales de trance, con los que los creyentes experimentaban la presencia del Espíritu Santo, la fe pentecostal constituía una variante del cristianismo que conectaba estrechamente con el universo

espiritual de las creencias ancestrales en África. Rezar en voz alta, expulsar a los demonios, hablar en diferentes lenguas: todo recordaba al ascenso de Simon Kimbangu en 1921. También entonces la ferviente fe había sido un remedio contra la brujería. También entonces se anhelaba una curación inmediata.

Sin embargo, Fernando Kutino le añadió otra capa, la de la prosperité. La redención no tenía tan solo un carácter espiritual, sino también otro material. En los amargos años de la crisis de la década de 1990 aquello no caía en saco roto. ¿De qué les servía a los pobres, fueran o no de espíritu, ser bienaventurados, si sus hijos se morían de hambre? ¿Si por la noche el mísero billete de banco resultaba valer la mitad que por la mañana? No, la prueba de contacto con lo espiritual no era la pobreza, sino la riqueza. Y para demostrar su piedad, Fernando Kutino se acicalaba. Todo hombre de Dios que se precie no puede comparecer ante su patrono supremo en harapos, ¿no es cierto? Sentado en un lujoso trono pedía cada semana a sus fieles que hicieran generosos regalos a su Iglesia. Los donativos ostentosos constituían prueba de devoción y de virtud. Kutino aceptaba gustoso los automóviles de lujo y los móviles intergalácticos. «Me gusta el dinero —le dijo a un periodista francés—, ayuda a vivir bien.»^[47] ¿Chocante? Sí, pero en nada distinto de la dinámica gracias a la cual en la Europa medieval se construyeron catedrales y los clérigos se paseaban vestidos con brocado y filigranas. El posmaterialismo es un lujo de ricos. El pobre admira al rico. Al igual que Papa Wemba había proporcionado con La Sape una chispa de esperanza a la cultura juvenil, Fernando Kutino trajo la idea de la «prosperidad» mediante el atajo de la fe. Con sus joyas de oro y con sus zapatos de piel de cocodrilo, Kutino no era más que un *sapeur*. Encarnaba el éxito, la fuerza y la prosperidad^[48]. Era el Werrason de la liturgia. En diciembre de 2000 extasió a una muchedumbre de más de cien mil creyentes en el Stade des Martyrs. Sus espectáculos se amenizaban con música pop en vivo y eran la ocasión perfecta para cantar y bailar. «Cantad, cantad, bailad, bailad, para el Rey de Reyes —decía un artista *pop* religioso a su público—, pues, si no lo hacéis aquí, es porque lo hacéis en algún lugar del mundo de las tinieblas.»^[49] Kinsasa se había convertido en la ciudad del demonio, solo Dios traía misericordia y Kutino era su tesorero.

Durante la transición de 2002-2006, las *Églises du réveil* experimentaron un enorme florecimiento, sobre todo en las ciudades. El ejemplo de Fernando Kutino fue seguido en todas partes. Debajo de toldos, en los autobuses urbanos o en las encrucijadas, había pastores que se habían autoproclamado como tales y que predicaban con entusiasmo. En Kinsasa se abrieron tiendas que solo vendían facistoles, atriles de madera o de cristal, detrás de los que se pudiera difundir la buena nueva. Cada fin de semana aparecía un nuevo profeta. Se calcula que en 2005 había en Kinsasa tres mil Iglesias carismáticas^[50]. La mayoría de ellas eran muy modestas, algunas muy poderosas. Full Gospel llenaba estadios para sesiones maratónicas de tres días o incluso más. Acudieron predicadores de Nigeria y de Estados Unidos para pronunciar fervientes profesiones de fe. Los himnos y las acciones de grâce caían del

cielo. Un anuncio en la portada de *Le Potentiel* prometía un «festival de curaciones milagrosas» en el inmenso Stade des Martyrs con el reverendo doctor Jaerock Lee, un surcoreano: «Los muertos se levantan, los mudos hablan, los ciegos ven y los sordos oyen. Pueden curarse todo tipo de enfermedades incurables, entre otras, el sida, el cáncer y la leucemia. Con pruebas palpables que demuestran que Dios vive; podrá estar usted presente en el lugar de los milagros. Entrada gratuita»^[51].

Las Iglesias intentaban superarse entre sí con nombres combativos como *L'Armée de l'Éternel*, *L'Armée de la Victoire*, *Combat Spirituel* y *La Chapelle des Vainqueurs*, que recordaban a los títulos belicosos de los discos de pop y a la pugna por el liderazgo del mercado o de la política. Normalmente, los creyentes solían ser leales a una determinada Iglesia, pero ahora había un gran movimiento de fieles. Surgió algo similar a un monoteísmo en serie. «Si tu dios está muerto, prueba con el mío», era el eslogan del pastor Kiziamina-Kibila, como si se tratara de un detergente. Muchas personas «iban de tiendas» entre diferentes Iglesias. Algunas seguían acudiendo a la Iglesia católica en las grandes fiestas. Después del nombramiento de Joseph Ratzinger como nuevo Papa, Koffi Olomide adoptó un nuevo nombre artístico: Benoît XVI (Benedicto XVI). Cuando la Iglesia católica le llamó la atención al respecto, se lo cambió por Benoît XVII^[52].

Sin embargo, aquello no consistía solo en una mera rivalidad. En el fondo se trataba de la lucha entre el bien y el mal, entre Cristo y Satanás, entre la verdadera fe y la brujería. *Las Églises du réveil* tenían una visión del mundo sencilla y maniqueísta, que ayudaba a las personas a colocar las contradicciones de su existencia dentro de un marco de referencia. Las adversidades se debían a los malos espíritus del mundo de las sombras, mientras que la prosperidad era fruto de la misericordia de Dios. En *L'Armée de l'Éternel* las mujeres jóvenes pagaban diez, veinte o cincuenta dólares para que el predicador, *général* Sony Kafuta, Rockman, les impusiera las manos con el fin de ayudarlas a encontrar marido, a quedarse embarazadas o a conseguir un visado para Europa. ¿No era esa una descarada manera de enriquecerse a costa de los desesperados? «Nosotros también queremos escuelas —me aclaró el portavoz de aquella Iglesia—, creemos que las personas deben trabajar para ganarse el pan, en lugar de limitarse a rezar. Ofrecemos analíticas gratuitas del sida y enseñamos a los padres jóvenes a educar a sus hijos.»^[53] Para un huérfano trabajador como Beko la Iglesia constituía una red de seguridad social. La religión acudía cuando el Estado fracasaba. En los últimos años, algunos pastores consiguieron reconciliar a bandas juveniles rivales, algo que la policía ni siquiera intentó^[54]. Acogieron a niños brujos que habían sido expulsados de casa e intentaron «tratarlos»^[55]. Al igual que las empresas, llenaban un vacío que había dejado la desaparición del Estado. Los civiles desesperados encontraban un refugio acogedor en la ferviente religión. Las tiendas pequeñas se rebautizaron con nombres como *La Grâce*, *Le Christ*, *Le Tout-Puissant*; los cibercafés se llamaban Jesus.com; las oficinas de cambio, *God is my bank*. Incluso se puso de moda una nueva generación de

nombres de pila: los niños se llamaban Touvidi (de *Tout vient de Dieu*), Plamedi (*Plan Merveilleux de Dieu*), Emoro (*Éternel Mon Rocher*) o el inverosímil Merdi (de *Merveille Divine*, que tuvieron que explicarme también a mí^[56]).

El 2 de noviembre de 2008 participé en el servicio dominical de *Parole de Dieu* en Yolo-Sud, un barrio pobre de la capital. Más de mil personas se habían congregado en un patio debajo de un tejado de zinc. Cantaban, bailaban, agitaban cascabeles de fabricación propia. Entonces comprendí algo del éxito de aquellas Iglesias: había un ambiente increíble. En ningún momento hubo una ofrenda. Quien quisiera hacer un donativo podía depositarlo en la entrada de la iglesia. El profeta Dominique Khonde Mpolo estaba sentado en el estrado con zapatillas de deporte. La sencillez era su lema. No todos los predicadores eran avariciosos. Durante su muy extenso sermón despotricó contra el *Jésus Business* y, en su lugar, puso al *Jésus Vérité*. «Todas las demás Iglesias prometen dinero... Nosotros no queremos lujo, ni siquiera comemos carne. Aquí nadie lleva traje. Tenemos que trabajar por nuestro país, no por nuestro orgullo.» Su especialidad eran las resurrecciones. Se decía que ya había realizado cuatro. La primera había sido la más difícil. Sin embargo, ahora tenía una poción mágica. Bastaba con humedecer los labios del muerto con ella^[57].

Aquello sacaba de sus casillas al *abbé* José Mpundu, el sacerdote católico que había organizado la Marcha de la Esperanza: «Esas nuevas Iglesias no hacen más que adormecer a la gente. No son de ningún modo liberadoras. Prometen una felicidad sencilla en forma de “milagros”, pero no les piden que asuman ningún tipo de responsabilidad. *Nzambi akosala*, dice la gente, “Dios proveerá”. Y te lo digo sin ambages: esas Iglesias constituyen un regalo para el régimen. Se lo ponen fácil a los políticos. De ahí que el régimen las apoye generosamente. Sony Kafuta, ese tipo que se hace llamar Rockman, es muy cercano a Kabila y a su madre, es su líder espiritual»^[58].

En cualquier caso, nadie podía acusar a Fernando Kutino de codearse con el poder, pues a lo largo de su carrera se enfrentó a Mobutu, a Kabila *père* y a Kabila *fiis*. Mientras Rockman era nombrado por los Kabila capellán del ejército nacional, Kutino iniciaba una campaña llamada *Sauvons le Congo*. En su cadena de televisión acogía a invitados que lanzaban duras diatribas contra el régimen de «1 + 4». Ello lo convertía en una de las pocas voces críticas entre las Iglesias pentecostales. Así denunciaba a los llamados *antivaleurs*. El tono era muy antirruandés. Después de insinuar que Joseph Kabila se dejaba guiar por el *lobby* ruandés o, peor aún, que él mismo era un tutsi ruandés, la emisora fue clausurada y el «obispo» tuvo que huir a Europa. Solo regresó en 2006.

Aun así, aquello no fue el final. En mayo de 2006, un mes y medio antes de las elecciones, Kutino, que entretanto ya había ascendido a «arzobispo», aterrizó en Kinsasa y celebró un gran mitin en el Stade Tata Raphaël. Llevaba un hábito escarlata de obispo y saludaba desde un todoterreno a la muchedumbre de seguidores. Seguía despotricando contra las influencias «extranjeras» y reprochaba a Kabila su falta de

congolit e. Sembrar dudas sobre el origen de Kabila (se decía que su madre no era su verdadera madre, que él era ruand es, etcétera) se convirtió en una táctica eficaz de la oposición, pese a que no existía ninguna prueba de ello^[59]. La celebración fue retransmitida íntegramente por la cadena del principal adversario de Kabila: Jean-Pierre Bemba. Una vez acabado el servicio, esposaron a Kutino y se lo llevaron; Bemba podía ir a visitarlo a Makala. Un mes más tarde fue condenado a veinte años de trabajos forzados, diez de ellos condicionales. Fue declarado culpable de posesión ilegal de armas, de conspiración y de intento de asesinato, pero no quedaba la menor duda de que se trataba de un ajuste de cuentas. Las organizaciones internacionales de derechos humanos condenaron un proceso judicial que estaba plagado de graves defectos^[60]. El sitio web de *Sauvons le Congo* se incluye un dramático vídeo con las « ltimas palabras» del profeta, realizado el último día del juicio. La voz de Kutino suena más insegura que nunca. Ya no queda nada de su legendaria verbosidad. En el vídeo se intercalan las escenas más sangrientas de *La pasión de Cristo* de Mel Gibson. El mensaje es: también este profeta va a ser crucificado. Sin embargo, en la sala del tribunal sigue vistiendo un elegante traje a medida con pañuelo. Un mártir trajeado, quizá toda la ambigüedad de las * glises du réveil* solo consista en esto.

Y así, tal y como se había acordado en el *Accord Global et Inclusif*, un país que no lo era se arrastraba hacia sus primeras elecciones libres en cuarenta y un años. Las empresas y las Iglesias —la bi re et la prière— habían conquistado el espacio público y habían nublado y alegrado las mentes. En el periodo previo a la proverbial «fiesta de la democracia» que después de muchos retrasos se había fijado para el 30 de julio de 2006, la población se componía más de consumidores y de feligreses que de ciudadanos despiertos. Durante la época colonial la monstruosa alianza entre Iglesia, Estado y capital —la famosa trinidad colonial— se había encargado de mantener a la población sumisa y dócil. Ahora sucedía algo parecido. Es cierto que el Estado era más débil, pero este se apoyaba en los otros dos pilares. La «trinidad poscolonial» estaba constituida por una casta política corrupta que había establecido una alianza con las nuevas religiones y con las estrellas de pop encumbradas por las empresas. El presidente Kabila, que durante la transición no se había distinguido por su excesiva audacia, se aprovechaba de lleno de aquellos dos bloques de poder.

Ya en abril de 2002, durante su concierto en Le Zénith, Werrason hizo un llamamiento para apoyar a Kabila por sus «esfuerzos por la paz»^[61]. Una promoción impagable, puesto que Kabila no tenía una posición muy fuerte en los barrios populares de Kinsasa, donde Bemba continuaba siendo el líder. Cuando se firmó el acuerdo de paz en Sun City en 2003, Werrason, que por algo era *ambassadeur de la paix*, dio un concierto para los delegados^[62]. En 2004, cuando Nkunda tom  Bukavu, incluso le pidieron que apaciguara los ánimos cuando el pueblo se volvió en contra de

los cascos azules de las Naciones Unidas. El músico de pop que había alcanzado el éxito gracias a una empresa tenía que calmar ahora a las masas.

El 25 de enero de 2005 Kabila invitó a todos los grandes de la música congoleña a beber una copa de champán en el palacio presidencial. Werrason y J. B. Mpiana acudieron, junto a *Papa Wemba* y *Koffi Olomide* y algunos artistas rivales. El presidente podía presentarse de nuevo como el gran reconciliador, el que había traído la paz, no solo a las colinas del este, sino también a los bares de Kinsasa. La foto de aquel brindis dio la vuelta al mundo. Era una copia exacta de la instantánea que *Jamais Kolonga* me había mostrado brindando con *Franco* y *Kabasele* junto a *Mobutu*. En el Congo, el vínculo entre política y música siempre había sido muy estrecho. ¿Acaso *Kabasele* no había acudido a la mesa redonda de Bruselas cuando compuso su *Indépendance cha cha*? ¿Acaso *Franco* no se implicó a fondo con la política de *authenticité* de *Mobutu*? ¿Acaso *Papa Wemba* no actuó durante el lanzamiento de la nueva moneda de Kabila? Sí, todos lo hicieron.

Ahora había que dar un paso más. En la década de 1990 se había puesto de moda una práctica según la cual los particulares pagaban a los artistas para que incluyeran su nombre en la letra de una canción. Por un puñado de dólares, Mpiana, Werrason y sus colegas estaban dispuestos a mencionar algunos nombres. Al fin y al cabo eran tiempos de crisis. En el caso de J. B. Mpiana el resultado era más o menos este: «Amor, amor, ¿adónde nos llevará esto, *Ruphin Makengo*? / Empieza con amor y acaba con ello, *Jean Ngendu*. / ¿Es solo una cuestión de orgullo o qué, *Lidi Ebondja*?». En el de Werrason sonaba como sigue: «Tendrías que habérmelo dicho antes, *Hugues Kashala*. / Me haces perder el tiempo, todos mis amigos están casados, *Chibebi Kangala*. / Incluso mis hermanas pequeñas. / *Claudine Kinua* está furiosa»^[63]. Este fenómeno se llamaba *kobwaka libanga*, tirar piedras para llamar la atención. Entretanto se ha convertido en un componente habitual de la música *pop* congoleña. La segunda parte de una canción, *La sebene*, es la instrumental, en la que los solos de guitarra llevan a los bailarines al éxtasis, azuzados por el animador, que desgrana toda una sarta de nombres. Políticos y figuras prominentes no solo pagan a periodistas por escribir un artículo sobre ellos, también a estrellas del pop por nombrarlos en una canción. En Le 144, la discoteca congoleña más elegante de Bruselas, se oye incluso gritar al DJ, por encima del sonido de las canciones, el nombre de las personas que celebran su cumpleaños y cuántas botellas de champán han pedido. En Kinsasa aquello a veces se salía de madre. *Treize ans*, de Werrason, contenía más de ciento diez nombres de personas, *Lauréats*, de Mpiana, incluso doscientos^[64]. Aquello ya no era un homenaje, sino una larga cuña publicitaria. ¿Y qué pasaba con la libertad artística? Eso carecía de importancia y sucedía lo contrario. Quien no era capaz de mencionar a personas ricas o poderosas no era más que un pobre diablo. Daba muestras de aislamiento social y algo así era mortal para un artista que quisiera ser *leader*. La oportunista connivencia de Werrason con Kabila y su bando parecía clara, al igual que las simpatías de Mpiana por Bemba; pero en las

semanas previas a las elecciones, la *Haute Autorité des Médias* (HAM) se vio obligada a prohibir que los canales de televisión siguieran emitiendo canciones de *pop* demasiado partidistas. Antes de eso las pasaban sin parar. Sin embargo, ya entonces hacía tiempo que el cantante Tabu Ley, amigo de los Kabila, padre e hijo, había sido nombrado vicegobernador de la ciudad Kinsasa y Tshala Muana, una de las pocas estrellas de *pop* femeninas, tenía un éxito musical que decía: «Vota, vota por Kabila. / Vota solo por Kabila. / Todos votaremos por Kabila, nuestro jefe. / Es el único buen líder para el Congo».

También las Iglesias pentecostales, a excepción de la de Kutino, servían a la causa presidencial. «Todo el poder viene de Dios —oían los fieles el domingo por la mañana—, rezad por vuestras autoridades.» Y por si eso no era lo bastante explícito, el profeta de turno añadía con gusto: «Que los que amen a Jesús y a Kabila se levanten y aplaudan»^[65]. El capellán del ejército Sony Kafuta llevó hasta tal extremo su *kabilamanía*, tanto en su templo como en la televisión, que la HAM tuvo que llamarlo al orden por incitación al odio^[66]. La Iglesia católica lo observaba todo desde una cierta distancia y sacudía la cabeza. Esto quedaba muy lejos del papel crítico que ella había desempeñado en la lucha contra Mobutu^[67].

Llegó el 27 de julio de 2006, tres días antes del gran día, y Kinsasa era presa de la fiebre electoral. El que se celebraran elecciones se debía a la presión internacional del Ciat, y sobre todo a la magnífica labor de la Commission Electorale Indépendante, la CEI, que se encontraba bajo la dirección del abbé Malu Malu, un inspirado sacerdote. Los preparativos habían sido verdaderamente impresionantes. El Congo se había convertido en un país sin infraestructuras. Resultaba imposible recorrerlo de un lado a otro en coche; ni siquiera los grandes centros urbanos estaban vinculados entre sí. El Congo era más un archipiélago que un *pays-continent*: un archipiélago cuyas islas solo eran accesibles por avión, helicóptero o piragua. Nadie sabía cuántas personas vivían en él, nadie registraba los nacimientos, nadie tenía carnet de identidad. Lo más parecido a documento de identidad eran los carnets de socio del MPR de la era Mobutu. Sin embargo, el 15 de junio de 2005 la CEI consiguió registrar a veinticinco millones de electores, un éxito abrumador. El 19 de diciembre de 2005 se aprobó el proyecto de una nueva Constitución por medio de un referéndum. El 21 de febrero de 2006 la ley electoral estaba lista. La campaña podía empezar. Tshisekedi, el histórico líder de la oposición, boicoteó el proceso desde el principio y cayó víctima de su propia obcecación. El vicepresidente Ruberwa carecía de posibilidades, porque se le seguía considerando como un compinche de Ruanda. Después de la operación Artemis en Bunia, la Unión Europea lanzó una segunda iniciativa militar: el Estado Mayor de la Unión Europea (en inglés, Eufor), una fuerza de intervención integrada por mil cuatrocientos efectivos que debían garantizar la seguridad en Kinsasa, pues en África las elecciones traen más disturbios que democracia.

El 27 de julio, Jean-Pierre Bemba, el hombre procedente de la provincia de Ecuador, el hombre cuyas tropas habían perpetrado actos de canibalismo, hizo su entrada triunfal en Kinsasa. Fue recibido con los brazos abiertos: era el *muana ya mboka*, el hijo del país, el verdadero congoleño. Más de un millón de personas lo acompañaron a lo largo del clásico trayecto desde el aeropuerto hasta el centro de la ciudad, un recorrido de veinte kilómetros que también habían hecho Balduino, Mobutu, Tshisekedi y Werrason mientras eran aclamados por la muchedumbre. Bemba iba a dirigirse a sus seguidores en el Stade Tata Raphaël, el estadio con el que están vinculados tantos momentos históricos del Congo, desde los disturbios de 1959, pasando por el combate de boxeo de 1974, hasta los sermones de Kutino en 2006. Unos muchachos ebrios llevaban consigo un perro al que habían vestido con una camiseta de la campaña y el retrato de Kabila. La diversión estaba asegurada. El animal no sabía cómo ponerse y le ladraba a su cola. Otros se paseaban con un retrato gigantesco de Mobutu, aquel otro hombre fuerte procedente de la provincia de Ecuador, pues entretanto había surgido una nueva generación que solo conocía el mobutismo de oídas. En el estadio incluso ondulaba la vieja bandera del MPR. Bemba encarnaba la promesa de restablecimiento del Estado y del firme liderazgo. Al igual que Mobutu era capaz soltar un discurso de hora y media sin necesidad de consultar sus notas. Con su corpulencia y su lenguaje tajante encajaba mejor en el entusiasta Kinsasa que el tímido Kabila, con su deficiente lingala y con su francés, en el que se seguía detectando un ligero acento inglés. Muchos congoleños consideraban a Kabila como un joven peón de la comunidad internacional (solo tenía treinta y cuatro años, frente a los cuarenta y tres de Bemba) y no como alguien que de verdad pudiera devolver el orgullo al país.

Pero entonces sucedió algo muy revelador. Después de la manifestación, unos jóvenes enloquecidos recorrieron la ciudad y atacaron los principales pilares de la campaña de Kabila. La emprendieron contra la «trinidad poscolonial» que unía al presidente Kabila con el misionero Sony Kafuta y el cantante y promotor de cerveza Werrason. Los jóvenes seguidores de Bemba provocaron destrozos en la sede de la Haute Autorité des Médias, a la que acusaban de tomar partido a favor del presidente actual. Después se dirigieron al templo de Sony Kafuta (el seguidor de Kabila), que se hallaba situado un poco más lejos. Destrozaron su gran lugar de culto, *L'Armée de l'Éternel*, por lo que el «ejército de lo eterno» parecía más bien una ruina del ahora. Justo después siguieron avanzando hasta Samba Playa, la sala de ensayo y de conciertos de Werrason, que estaba unos cientos de metros más allá. Y también este lugar de peregrinaje para tantos jóvenes y pobres kinois fue redecorado en un santiamén por una muchedumbre furiosa integrada por esos mismos jóvenes y pobres kinois. Se sentían traicionados por el más que claro apoyo de Werrason a Kabila^[68]. Al mes siguiente, Bralima perdió casi el 3 por ciento de su cuota de mercado. La alianza entre alcohol, religión y poder se había creado para mantener ignorante al

pueblo, pero eso no significaba que los jóvenes electores fueran a aceptarlo todo sin rechistar. Aquellas elecciones les pertenecían.

EL RECREO
ESPERANZA Y DESESPERACIÓN EN UNA DEMOCRACIA
INCIPIENTE

2006-2010

La luz aún era débil a las seis de la mañana. Pascal Rukengwa tenía que acostumbrarse al silencio de su poblado natal. ¡Qué diferencia con Kinsasa! Bushumba se encontraba a treinta y cinco kilómetros de Bukavu. Esta era su región, era oriundo de allí, y aunque llevara años viviendo en la frenética capital, tenía intención de votar en su pueblo. Por primera vez. Pascal tenía entonces cuarenta y dos años. La última vez que se celebraron elecciones libres en su país, él tenía un año de edad. «Voto por la vida —me dijo—, por poder existir. Este acto es un nuevo inicio.»^[1]

Se percató de la gran afluencia. Delante del colegio electoral ya había colas de gente esperando a primeras horas de la mañana. Algunas personas habían pasado la noche delante de la puerta^[2]. Aquel no era un domingo como los demás. Las mamans se habían puesto sus mejores pagnes. Los hombres llevaban corbata y zapatos relucientes. Los adolescentes lucían gafas de sol con cristales de espejo. Las mujeres jóvenes se habían trenzado nuevas extensiones. Esperaban con paciencia en la cola, con su tarjeta naranja de elector en la mano.

Aquel día Pascal Rukengwa no tenía tiempo para el orgullo o el sentimentalismo. Llevaba años esforzándose por hacer realidad estas elecciones. Era uno de los veintiún miembros de la CEI, la comisión electoral nacional que había organizado el complejísimo proceso electoral. «Toda la esperanza estaba puesta en nosotros, pero nosotros lo teníamos aún todo por aprender. A veces me sentía como un extranjero en la selva, donde en cualquier momento puedes ser despedazado por un animal. Me preguntaba si nuestras esperanzas no iban a superar a nuestras capacidades. En algunos poblados no habían visto nunca un ordenador.» El apoyo logístico y financiero de Estados Unidos y de la Unión Europea fue ingente. Con casi quinientos millones de dólares, en su mayor parte procedentes de Europa, estas fueron las elecciones más caras y de mayor envergadura que la comunidad internacional había organizado nunca^[3].

Pascal miraba a su alrededor. Cincuenta mil colegios electorales abrían las puertas en aquel instante. Cuarenta mil observadores de dentro y de fuera del país velaban por que la jornada transcurriera sin incidentes^[4]. En los meses previos, doscientos cincuenta mil agentes electorales se habían puesto en camino para informar al pueblo^[5]. Las urnas se habían transportado en helicóptero, camión y motocicleta a los rincones más remotos del país. En algunos lugares de la selva incluso se habían utilizado piraguas o porteadores para trasladarlas.

Por fin había llegado el día. Dieciséis millones de personas se dirigían a las mesas electorales, incluso los refugiados abandonaban sus chozas de plástico. Pascal procedía de la *société civile* de Kivu del Sur, las agrupaciones de organizaciones no gubernamentales. «Unas elecciones libres, ese era el mayor deseo de la Conferencia Nacional Soberana. Para el pueblo se convirtió en un momento mágico, pero para mí fue un día muy estresante. Una mujer embarazada se desmayó mientras hacía cola y el hospital más cercano se encontraba a diez kilómetros. Un niño se sintió mal y falleció. Yo no hacía más que ir y venir en coche. Aquel día no tuve ni minuto para mí. Sinceramente, nunca creí que la gente daría tanta importancia a elegir a sus gobernantes.»

Aparte de algún que otro incidente, el escrutinio transcurrió con mucha seriedad. En el colegio electoral —a menudo una gran choza— se entregaba a los electores los impresos necesarios. La papeleta para las elecciones presidenciales contenía treinta y tres nombres. En ella figuraba Joseph Kabila, por supuesto, así como Jean-Pierre Bemba y Azarias Ruberwa, los líderes rebeldes que se habían convertido en vicepresidentes. Estaba Antoine Gizenga, el hombre que había sido vicepresidente con Lumumba. Y Nzanga Mobutu, hijo del dictador. También se encontraban Pierre Pay Pay, el antiguo gobernador del banco central, y Oscar Kashala, un médico que había regresado de Estados Unidos. La papeleta para el Parlamento era bastante menos clara. Había diez mil candidatos para quinientos escaños, distribuidos en más de doscientos cincuenta partidos. El formulario se componía de seis grandes hojas, en las que los candidatos estaban representados por una foto de carnet, pues no hay que olvidar que un tercio del país no sabía leer. Las ancianas preguntaban a los funcionarios que marcaran al *monsieur* Sept. Era Kabila, cuyo partido, el PPRD (*Parti du Peuple pour la Reconstruction et la Démocratie*), ocupaba el número 7 de la lista.

Cuando los colegios electorales cerraron, se inició el recuento. Para evitar fraudes con las urnas, todo se hizo, en la medida de lo posible, *in situ*, aunque no siempre resultara sencillo. «Estábamos sin electricidad —me contó Pascal Rukengwa—, y las linternas que nos habían facilitado no funcionaban. No había dinero para comprar velas, pero la gente fue a buscarlas. Hicimos un plan. En algunos colegios electorales la gente durmió junto a las urnas para asegurarse de que no pasara nada.»

La imagen de unos valientes ciudadanos que hacen el recuento en una choza a la luz de las velas, a menudo después de un día entero sin haber comido nada,

conmueve profundamente. La imagen de hombres y mujeres agotados que duermen apoyados en una urna sellada y la abrazan como si fuera un relicario o un niño no deja indiferente a nadie. El gran vencedor de las elecciones fue el congoleño de a pie^[6]. Antes del alba, los primeros resultados se transmitieron, por teléfono o SMS, a los centros de escrutinio. Se había producido el milagro.

Pascal Rukengwa regresó en avión a Kinsasa. El 20 de agosto de 2006, tres semanas después de las elecciones, se dio a conocer el resultado definitivo. Ninguno de los muchos miles de observadores había detectado fraude a gran escala y el asombroso resultado parecía confirmarlo: nadie había alcanzado una mayoría absoluta. Kabila consiguió casi el 45 por ciento de los votos; Bemba, el 20 por ciento. En tercer lugar se colocó el viejo Gizenga con el 13 por ciento, un hombre que no había hecho campaña, pero que logró aquel resultado gracias a su halo histórico. Pascal recordaba:

Aquel resultado provocó una enorme frustración: Bemba sabía que no había ganado y Kabila se dio cuenta de que no lo había conseguido en una primera vuelta. En la ciudad hubo muchos disparos. Los seguidores de Bemba concentraron toda su furia en Kabila y en nosotros. Acusaban a la CEI de parcialidad, ¡mientras que nosotros estábamos asombrados de que Bemba hubiese conseguido tantos votos! Tuvimos que reunirnos en un sótano. Yo no sabía si al día siguiente seguiría vivo. Con los tanques de la Monuc nos dirigimos entonces a la cadena pública para dar a conocer el resultado por televisión de manera oficial. Yo me había sentado en el suelo entre las piernas de los soldados. Era un tanque viejo al que le costaba arrancar. Hacen el ruido de un gran generador de gasóleo, ¿lo sabías?

El resultado ponía de relieve una significativa fractura. Kabila había ganado en el este. En provincias como Kivu del Norte, Kivu del Sur, Maniema y Katanga, logró resultados estalinistas de más del 90 por ciento (hasta el 98,3 por ciento en Maniema y Katanga). No parecía nada extraño, si se tiene en cuenta que él era del este, donde se le consideraba *l'artisan de la paix*, el artífice de la paz, el hombre que había puesto fin a la guerra. Bemba triunfó en las provincias occidentales que se habían mantenido al margen de la guerra (el Bajo Congo, Kinsasa, Bandundu) y en la provincia de Ecuador. La fractura coincidía, más o menos, con la frontera entre el Congo de habla lingala y el de habla suajili. Por un instante se temió un conflicto macroétnico.

Al día siguiente de que se dieran a conocer los resultados, las fuerzas del orden de Kabila dispararon contra la residencia de Bemba en Kinsasa; según ellas, lo hicieron en respuesta a una provocación de los guardaespaldas de Bemba. Lo que no sabían era que en aquel momento Bemba se encontraba reunido en su casa con los principales embajadores del Ciat. El tiroteo duró horas, el helicóptero privado de Bemba quedó destrozado. Las trifulcas terminaron gracias a la intervención de la Monuc y del Eufor, las fuerzas europeas para el mantenimiento de la paz.

Pese a todo, se recuperó la calma y la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, celebrada el 29 de octubre, transcurrió sin apenas incidentes. Como suele suceder en las segundas vueltas, el que quedó en primera posición llegó a un acuerdo con el que alcanzó la tercera. Kabila prometió a Gizenga el cargo de primer

ministro a cambio de su apoyo. Además, también consiguió el del situado en cuarto lugar, Nzanga Mobutu, que más tarde recibió el cargo de ministro de Agricultura. El hecho de que Mobutu júnior se pasara al bando presidencial no dejaba de tener importancia, dado que procedía del Ecuador, la provincia de Bemba. El cartel de Kabila, la Alliance pour la Majorité Présidentielle (AMP), acogía entonces a su propio PPRD y a los partidos de Gizenga y de Mobutu. Todo es posible en esta vida: aquella unión entre el hijo de Mzee Kabila y el del mariscal Mobutu quizá hizo revolverse en su tumba a más de un ancestro. Parecía como si los hijos de Churchill y Hitler se hubieran unido para formar un partido.

Kabila obtuvo el 58 por ciento de los votos; Bemba, el 42 por ciento. El 6 de diciembre de 2006, dos días después de su trigésimo quinto cumpleaños y recién casado, Kabila prestó juramento como primer presidente democráticamente elegido del Congo desde Kasavubu. La Tercera República era por fin un hecho. Mobutu había anunciado el fin de la Segunda República en abril de 1990, pero la transición hacia un nuevo sistema político había durado más de dieciséis años, dieciséis años de hambre, pobreza, guerra y muerte, dieciséis años sin esperanza, ni perspectivas.

¿Cambiarían las cosas? En Kinsasa muchos acogieron la situación con escepticismo desde el primer día. Consideraban a Kabila el candidato del mundo occidental. Aunque las elecciones habían transcurrido de forma correcta, los habitantes de Kinsasa, los *kinois*, no habían olvidado que Louis Michel —el entonces comisario europeo de Cooperación al Desarrollo y antiguo ministro belga de Asuntos Exteriores, con un papel muy activo en Centroáfrica—, aquel *big Loulou* —con su cigarro y sus palmaditas en el hombro y con sus risotadas—, aquel hombre —que para muchos congoleños era el rostro de la siempre borrosa «comunidad internacional»— había dicho en televisión, en uno de sus momentos menos calculados, que Kabila representaba «la esperanza del Congo».

El abbé José Mpundu, el sacerdote tremendamente sagaz que había organizado la Marcha de la Esperanza, se mostró muy sarcástico al respecto. «Entre 1990 y 1995 luché por otras elecciones, no por la farsa que se organizó. ¡Era una parodia orquestada por la mafia política y financiera internacional! Yo quería votar a Tshisekedi, pero él mismo se salió del juego, así que voté a Bemba. Nos hicieron representar un papel. Fue una gran estafa mafiosa carente de cualquier valor. La comunidad internacional pagó mucho dinero al presidente que prefería, mientras que nosotros tendríamos que haber hecho una colecta para financiar las elecciones y fabricar nuestras urnas. Al menos habrían sido nuestras elecciones.»

Unas declaraciones muy críticas que no eran una excepción en la capital. Pascal Rukengwa, miembro de la comisión electoral, procedía del este, donde se votó en masa a Kabila. El 6 de diciembre estaba presente en la toma de posesión del presidente, pero lo que vio allí apenas le impresionó. Sí, había invitados muy

distinguidos, muchos jefes de Estado. Sí, Tshala Muana cantó divinamente. Sin embargo, toda la organización parecía muy poco profesional. «No había suficientes sillas. La gente estuvo esperando horas bajo el sol. Yo tenía una invitación para la cena, pero todo fue manga por hombro. La sala se encontraba llena de personas sin invitación y no conseguí entrar. En fin, no estaba bien organizada, no era muy profesional.» Eso solo eran cuestiones de forma, por supuesto, pero también el fondo le parecía muy dudoso a Pascal. Los observadores occidentales estaban satisfechos con el discurso del presidente. ¿No habló con energía sobre «los cinco astilleros», «les cinq chantiers», de la reconstrucción nacional? ¿No se refería con ello a las infraestructuras, agua y electricidad, enseñanza, empleo y sanidad? ¿No dijo textualmente que «se había acabado el recreo»?

Pascal no sabía muy bien qué pensar: «No me lo creía. Esa historia de los *cinq chantiers*, me parecía más bien pueril. Si un régimen no se consagra a esas tareas esenciales, ¿a qué se dedicará entonces? No hacía falta que siguiera haciendo campaña, ¿no? En mi opinión, el recreo continuó como si nada. Era el mismo hombre indeciso e inmóvil. Bueno, considerando lo que vino después, en aquella época yo aún era demasiado optimista»^[7].

¿Cómo describir el Congo en vísperas de la Tercera República? Las estadísticas, los porcentajes y las cifras no bastan. El mundo se revela en migajas y polvo. ¿Cómo describir ese inmenso territorio? ¿Diciendo que era un país fértil, donde muchos solo comían una vez cada dos días? ¿Donde una cantidad ingente de personas tenía hemorroides debido a la desequilibrada dieta de mandioca? ¿Y donde los que no tenían dinero para comprar crema para las hemorroides, suponiendo que hubiera, se las untaban con dentífrico de importación barato? Sí, me lo contaron unos amigos. Trataban los cortes con líquido de frenos; las quemaduras, con secreciones vaginales. Limpiaban los zapatos con un preservativo gratuito, puesto que el lubricante los brillantaba. Me contaron que las mujeres que querían tener unas nalgas más gordas se metían una pastilla de caldo en la vagina. Otras se hacían una lavativa con extracto de bovino.

¿Cómo describir un país? Un país que no era un Estado, pero que contaba con más de medio millón de funcionarios, viejos hombres y mujeres que no se jubilaban porque no existía la jubilación y, por consiguiente, seguían yendo a la oficina, donde esperaban percibir un pequeño salario y donde soñaban con una mejor Administración, entre armarios repletos de expedientes enmohecidos y carcomidos^[8]. Con una paciente caligrafía realizaban los interminables papeleos y respetaban muchísimo la jerarquía administrativa, pues, por muy virtual que sea, el Estado no es irreal, al contrario. En Bunia, una carta caía en diecisiete escritorios diferentes antes de ser contestada^[9]. En Boma conocí a un bibliotecario municipal sin biblioteca.

¿Cómo describir un país? A través de la selva virgen ecuatorial, un hombre caminaba con un cerdo. Iba desde su poblado hasta el río Congo. Allí esperaba a que pasara un barco, algo que sucedía una vez al mes. Cuando lo viera —era más bien un poblado flotante con un mercado, con un tribunal y con una colección de fieras a bordo— le pediría a alguien que lo acercara a él en piragua para poder vender su robusto y rosado cerdo de un año a la tripulación o a los pasajeros que gritaban al asomarse por la borda. Sin embargo el río todavía se hallaba lejos, a doscientos cincuenta kilómetros. Él atravesaba en solitario la selva, tres semanas seguidas, a veces cargaba con el cerdo, otras lo dejaba caminar sujeto con una correa. De noche dormía a su lado. El río todavía estaba lejos, tremendamente lejos. Y él solo calzaba unas chanclas^[10].

La tarea que Kabila se disponía a iniciar no resultaba nada sencilla. Con valentía dictó: «Habrà puntualidad y disciplina. Volveré a los asuntos pendientes con determinación y recuperaré el pleno control de la situación»^[11]. La nueva Constitución, en cualquier caso, preveía un inteligente sistema de controles y contrapesos. El Congo no era ni presidencial, ni parlamentario, sino algo que se encontraba a medio camino (el jefe del Estado nombraba al primer ministro, pero el Parlamento podía emprender medidas judiciales contra ambos en caso de alta traición). El Congo no era ni partidario de la unión, ni federalista, sino algo situado entre ambas cosas (las provincias eran más pequeñas, pero adquirieron más competencias y más recursos). El Congo obtenía una Cámara y un Senado (la primera elegida por sufragio directo y el segundo por medio de consejos provinciales). Se instauró un tribunal constitucional con amplias competencias para dirimir las disputas entre el primer ministro y el presidente. Aquella compleja estructura debía impedir que se otorgara demasiado poder a una sola institución del Estado.

Ese peligro era más bien pequeño para el Parlamento y el Gobierno. El Parlamento ofrecía un aspecto dividido: los quinientos diputados representaban a nada menos que a setenta partidos, junto a otros sesenta y cuatro partidos integrados por una sola persona. Los dos grandes —el de Kabila y el de Bemba— solo tenían ciento setenta y cinco escaños, pero incluso estos estaban desunidos. El Gobierno era un obeso monstruo con nada menos que sesenta ministros, no porque hubiera mucho que regular, sino porque había muchos a los que apaciguar. (Más adelante el equipo de Gobierno se reduciría a cuarenta y cinco carteras, que seguían siendo el doble de las que hubo durante el Gobierno de Lumumba en 1960.) El primer ministro Gizenga, de ochenta y un años, gozaba al principio de mucho prestigio, pero pronto fue evidente que su fama era más antigua que actual. Uno de sus ministros recibió el curioso cargo de *ministre près le premier ministre*. ¿Un ministro cerca del primer ministro? En la práctica, el buen hombre se encargaba de mantener despierto al primer ministro durante las reuniones.

A finales de enero de 2007, después de apenas dos meses, ya se podía juzgar de forma clara la nueva cultura política. Los consejos provinciales tuvieron que elegir a sus gobernadores provinciales y, por decirlo suavemente, el resultado quedaba muy alejado de las expectativas. El PPRD, el partido de Kabila, ganó ocho de las nueve provincias, incluso en lugares donde no había conseguido nada en las elecciones generales, y solo la provincia de Ecuador obtuvo un gobernador de la cuadrilla de Bemba. Se habían repartido generosas mordidas: después, los candidatos que no habían salido elegidos, incluso llegaron a reclamar públicamente que se les devolvieran los sobornos^[12]. Algunos miembros de los consejos provinciales admitieron después haber recibido mordidas. Ese fraude provocó tanto resentimiento en el Bajo Congo que se produjeron revueltas. Pocos tenían ganas de contar con un kabilista al frente de su ilustre provincia. Bundu-dia-Kongo, un movimiento étnico, político y religioso que ya en tiempos de Mobutu defendía los derechos de los bakongo, convocó una protesta. El movimiento soñaba con restablecer el histórico reino del Kongo, que se extendía desde Angola hasta el Congo-Brazzaville. Durante las manifestaciones en Moanda, en Boma y en Matadi hubo fuertes trifulcas: murieron diez agentes, por lo que el ejército abrió fuego contra los manifestantes. Murieron ciento treinta y cuatro personas.

En marzo de 2007 Kabila volvió a optar por la violencia. Durante el régimen del «1 + 4», Bemba, como vicepresidente, había tenido derecho a una milicia privada. Y ahora que era tan solo senador, se negaba a renunciar a ella. Por supuesto, no podía aceptarse que siguiera disponiendo de un pequeño ejército de quinientos corsarios. Sin embargo, después del tiroteo en su casa en agosto empezó a temer por su seguridad y no le faltaban razones. ¡Además, Kabila, con su Garde Républicaine, disponía de un ejército privado de quince mil hombres! Había constituido aquel cuerpo de élite durante la transición. El 21 de marzo los hombres de Kabila abrieron fuego en el bulevar 30 Juin, la avenida más concurrida de la ciudad. Durante tres días Kinsasa estuvo paralizada. Las oficinas y las embajadas sufrieron los impactos de las granadas. Todas las rotondas estaban sembradas de cadáveres. Un tanque de almacenamiento de combustible prendió fuego. Más de trescientas personas perdieron la vida, quizá el número de muertos ascendiera a quinientos. Después, los servicios presidenciales arrestaron y torturaron a otras ciento veinticinco personas, sobre todo procedentes de la provincia de Ecuador. Decenas de ellas fueron asesinadas^[13]. El propio Bemba huyó a Portugal, pese a la orden de arresto internacional que pendía sobre su cabeza. Contaba con inmunidad como senador. Sin embargo, en mayo de 2008 fue arrestado en Bruselas y extraditado a la Corte Penal Internacional de La Haya, donde espera, desde entonces, ser juzgado^[e87].

«Habrà disciplina», había dicho Kabila. Sin embargo, su violenta actuación en agosto, enero y marzo no hacía sospechar nada bueno. Recordaba a la manera en que Mobutu, poco antes de su golpe de Estado, había ahorcado a cuatro ministros para imponer su autoridad. Su Garde Républicaine remitía a la DSP de antaño y sus

servicios de inteligencia, a los de Mobutu. Pero ¿se trataba de eso? Quizá fuera mucho más trágico, mucho más banal. En los tres casos habían sido escaramuzas que se descontrolaron y que, sin querer, habían acabado en una masacre. Por supuesto, Kabila no podía admitirlo, pero aquellos sucesos indicaban más bien que no tenía ningún control sobre sus tropas, ni siquiera sobre sus propias tropas de élite, y no que lo hubiese hecho de forma intencionada. Mobutu quería demostrar que era un hombre fuerte con sólidos principios; Kabila, en cambio, debía ocultar que era un hombre débil rodeado de instituciones débiles.

Sus esfuerzos resultaron en vano, Kinsasa no tardó de llenarse de rumores: Kabila era cocainómano; no, se pasaba días enteros jugando con la Nintendo; no, le habían disparado y, precisamente por ello, se le veía tan poco. La gente buscaba las explicaciones más descabelladas del inmovilismo que constataban. *Après les élections = avant les élections*^[e88], murmuraban en alusión sarcástica a la independencia de 1960. La popularidad de Kabila también cayó rápidamente en el este. Kabila nunca se dirigía a un estadio repleto. Pocas veces se le veía reír, apenas se mostraba en público. Solo de vez en cuando aparecía en la televisión: leyendo una declaración, sentado como una esfinge detrás de su escritorio.

Y no obstante, al inicio de la Tercera República se podía detectar un nuevo impulso en algunos lugares. El Parlamento, grande y lento, aprobó quince leyes en los primeros diez meses de existencia, interrogó a dieciséis ministros, creó ocho comisiones de investigación y debatió un presupuesto. Se iniciaron pesquisas sobre los escándalos de corrupción y sobre los contratos mineros ilegales^[14]. En Lubumbashi este ímpetu fue más evidente cuando el espacio público fue objeto de una impresionante transformación: se llenaron los baches de la calzada, se renovaron los jardines infantiles y las escuelas, se instalaron mil seiscientas papeleras y se estableció un servicio de recogida de basura^[15]. Cuando llegué allí en junio de 2007, los obreros revisaban el alumbrado de las calles y podaban los árboles de las largas y rectas avenidas del centro.

No obstante, tal dinamismo se debía, sin lugar a dudas, al esfuerzo y a la energía de algunas personas. El Parlamento funcionaba gracias a la entrega de su presidente, Vital Kamerhe, un hombre cercano a Kabila que conocía el arte de sintetizar debates interminables y de reconducirlos hacia una resolución. Katanga volvió a mostrar gran iniciativa, gracias a Moïse Katumbi, un singular hombre de negocios que combinaba la astucia con el populismo, y no cejaba en su defensa de *le grand chef* de Kinsasa. Kabila se servía de ese tipo de personajes para convencer al pueblo de que todo iba bien con sus *cinq chantiers*, pero al mismo tiempo vigilaba que no se convirtieran en más populares que él. A fin de cuentas, en 2011 volvían a celebrarse elecciones. En enero de 2009, cuando el presidente del Parlamento, un político valorado por todos, criticó abiertamente la actuación militar de Kabila en el este, se le obligó a dimitir, con lo que el nuevo régimen perdía a uno de sus más inteligentes colaboradores. Desde entonces el gobernador de Katanga, Moïse Katumbi, ha mantenido una actitud

muy reservada, teniendo en cuenta su carácter. Su enfoque voluntarista ilustraba las desventajas de un Gobierno muy personalizado. En junio de 2007 pude constatar que el hospital general de Lubumbashi acababa de ser equipado con dos cámaras mortuorias refrigeradas, así como con un camión para ir a recoger los cadáveres. *Don de Moïse*, se podía leer en letras enormes sobre los dos regalos. Generoso, sin duda. Sin embargo, el propio hospital, a pesar de ser el segundo más grande del país, llevaba cuatro años sin recibir ni una gota de agua^[16]. Cuando los enfermos iban al lavabo, tenían que atravesar cuatro centímetros de excrementos y de orina. Yo mismo pude verlo.

Las elecciones habían costado una ingente cantidad de dinero y habían suscitado expectativas muy altas, pero pronto fue evidente que los resultados eran escasos. Fieles a una tradición ancestral, los diputados se concedieron un fuerte aumento salarial —hasta cuatro mil quinientos dólares, en 2007 y hasta seis mil en 2008— y se adjudicaron, al igual que sus secretarios, un flamante Nissan Patrol; fue uno de los pocos puntos del orden del día que apenas suscitó desacuerdo^[17]. «No lo comprendo —me dijo un *kinois* en una ocasión—. Durante la campaña, todos esos candidatos nos miraban a los ojos y ahora, al ser elegidos, lo primero que hacen es pasearse en un todoterreno con ventanillas tintadas para no tener que mirarnos más». Debido a ello, importantes asuntos pendientes como la reforma del ejército, la descentralización de la Administración y la reforma de la justicia se quedaron en suspenso, con todas las repercusiones que cabe imaginar.

En el hospital de Lubumbashi me presentaron a Luc, un joven muy atractivo que estaba confinado en una silla de ruedas. Nueve meses antes lo habían atrapado in fraganti intentando robar una bobina de cable eléctrico en plena noche. A falta de una jurisdicción formal, todo el Congo se rige por el tribunal popular. La muchedumbre se vengó rociando las manos y los pies de Luc con gasolina. Él vio cómo ardía. Su pie izquierdo, su mano izquierda, su mano derecha. Meses más tarde, mientras se encontraba en el lavabo, vio que se le caía la mano derecha. Ahora solo le queda un pulgar. No puede manejar la silla de ruedas. Y el sistema judicial sigue siendo una farsa.

Con el equipo ministerial pasaba tres cuartos de lo mismo. En octubre de 2008 Kabila sustituyó al siempre adormecido primer ministro Gizenga por Adolphe Muzito, que hasta el momento había sido ministro de Presupuesto: un hombre obediente e inofensivo que desde entonces no ha hecho nada relevante, aparte de acumular algunas sospechas de corrupción. La mayoría de los ministros tampoco parecían dispuestos a tomar muchas iniciativas, salvo sonadas excepciones. ¿Por qué iban a hacer algo? Si se movían, se arriesgaban a caer en desgracia y a perder su lucrativo puesto de trabajo (como sucedió a finales de febrero de 2010, cuando Kabila volvió a reajustar su equipo gubernamental e invitó a veinte nuevas señorías a sumarse al banquete). Además, la política de verdad se hacía en otra parte, en el entorno cercano del presidente. El verdadero poder en la Tercera República no

descansa en las instituciones democráticas del país, sino en algunas personas de confianza del presidente, entre las que se encuentran su madre y su hermana gemela. A menudo se trata de figuras como Augustin Katumba Muanke, que le deben más a sus años de lealtad a Kabila que a su carisma o competencia. Así, el hombre más poderoso desde 2009 para cuestiones militares es John Numbi. No ejerce de ministro de Defensa, ni de jefe del Estado Mayor del ejército nacional, sino de inspector general de policía, y desde hace mucho tiempo se ha convertido en un protegido del presidente. Su formación militar es escasa.

¿Hay motivos de esperanza? Sí, algunos. La moneda se mantuvo relativamente estable hasta la crisis financiera internacional de septiembre de 2008: un dólar equivalía a unos quinientos francos congoleños; después su valor aumentó hasta los novecientos francos congoleños. El presupuesto subió año tras año, pero en 2010 seguía siendo de tan solo 4900 millones de dólares, un importe comparable al presupuesto anual de una ciudad de tamaño medio en Europa o a la mitad de los recursos económicos de la Universidad de Columbia de Nueva York durante un año académico. Con eso no se financia la reconstrucción de un país gigantesco en ruinas. Además, la mitad de ese dinero procede de los donantes internacionales; un cuarto del dinero se destina al reembolso de la deuda. El PNB aumentó anualmente algunos puntos porcentuales, sobre todo gracias a la minería, pero siguió marcado por una total dependencia del capital extranjero^[18]. En 2009, el PNB por habitante era de doscientos dólares, bastante más que los ochenta dólares de 2000, pero seguía muy alejado de los cuatrocientos cincuenta dólares de 1960. Para alcanzar el nivel actual del vecino Congo-Brazzaville (4250 dólares por habitante por año, gracias al petróleo), la población tiene que esperar hasta el año 2040, según afirmaba un documento del primer ministro en febrero de 2010. Y eso presupone un crecimiento real, año tras año, del 13 por ciento y un aumento demográfico sostenido del 3 por ciento^[19].

Por consiguiente, desde el punto de vista macroeconómico se percibe un ligero progreso, pero estas tendencias no dicen nada sobre la vida de la gente corriente. El índice de desarrollo humano (IDH), que calculan anualmente las Naciones Unidas para todos los países, ofrece una visión más real del bienestar de los ciudadanos que el PNB per cápita de la población, porque tiene en cuenta el grado de alfabetización, la escolarización, la atención sanitaria y la esperanza de vida. Pues bien, en 2006 el Congo acabó en la décima posición más baja del mundo; en 2009, se encontraba en la sexta más baja. No es un desarrollo esperanzador^[20].

La revista *Foreign Policy* publica anualmente, junto con *The Fund for Peace*, el *Failed States Index*, una lista de los sesenta estados más deficientes. En 2009 el Congo acabó en quinto lugar, antes de Irak, y bajó dos posiciones con respecto a 2007^[21]. Tras una leve mejora, el Congo amenaza de nuevo con escorarse hacia un estado de caos y mala administración. El *Doing Business Index* de 2010 colocaba al Congo en el número ciento ochenta y dos de ciento ochenta y tres países, solo

«superado» por la República Centroafricana. Quien quiera empezar una empresa en el Congo, tiene que dedicar ciento cuarenta y nueve días laborables a cuestiones administrativas. Una licencia de obras exige fácilmente trescientos veintidós días hábiles. De media, en el Congo, se tributa treinta veces al año. El impuesto sobre los beneficios es casi del 60 por ciento: un dinero que nunca acaba viendo el congoleño de a pie^[22].

Lo que si ve el congoleño de a pie es la enfermedad. La mortalidad infantil es una de las más altas del mundo: ciento sesenta y uno de cada mil niños no alcanzan la edad de cinco años. Uno de cada tres niños menor de cinco años tiene un peso inferior al normal. La esperanza de vida al nacer es de cuarenta y seis años. Hay un 30 por ciento de analfabetismo, el 50 por ciento de los niños no acude a la escuela primaria, el 54 por ciento de la población no tiene acceso a agua potable^[23].

¿Cómo es posible que no se produzca una sublevación? Según las conclusiones de un informe de investigación del Gobierno, de 2007, en dieciocho meses desaparecieron mil trescientos millones de dólares en los bolsillos de tres entidades financieras nacionales y de sus empresas públicas^[24]. Un importe astronómico que, sin embargo, no provocó la cólera popular. De los sesenta contratos mineros con empresas internacionales, como Anvil Mining, De Beers, BHP Billiton, AngloGold Kilo y Tenke Fungureme Mining, analizados por el Parlamento bajo la dirección de Kamerhe, ninguno era correcto^[25]. La empresa estatal Gécamines aportó en 2008 solo noventa y dos millones de dólares a las arcas públicas, cuando podrían haber sido cuatrocientos cincuenta millones^[26]. Las minas de diamantes de Bakwanga y las minas de oro de Kilo-Moto no aportaban casi nada. Pero ¿generaba eso indignación? ¿Combatividad? ¿Rabia? Sí, se han producido huelgas puntuales de funcionarios y de docentes, pero el congoleño común y corriente se resigna a su destino y casi se avergüenza de la esperanza que, por momentos, abrigó en el periodo previo a las elecciones. «Ça va un peu», responde cuando se les pregunta cómo les va, vamos tirando.

En noviembre de 2008 hablé de ello con Alesh, un rapero de veintitrés años de Kisangani y una de las grandes promesas del *hip-hop* congoleño. El rap es un género relativamente joven en el Congo, pero para Alesh constituye una manera de romper la apatía. En su canción *Bana Kin* señalaba con dedo acusador al mundo musical embotado de Kinsasa: «Tu música es rica y representa nuestras tradiciones / pero en cuanto a la ética no aporta contradicciones». Figuras como Werrason y Mpiana no despiertan a la nación, aunque sus melodías comerciales puedan tener valor artístico. Alesh también reflexionaba sobre la religión de forma igualmente matizada: «No tengo nada contra la oración / pero para ellos se convirtió en una mosquitera / que los encadena a la pobreza / como en una tela de araña». Hablar con Alesh es hacerlo con una generación joven y consciente de sí misma, liberada de los complejos de

inferioridad coloniales o poscoloniales: «Tenemos que atrevernos a ser críticos con nosotros mismos, muchos sueños mueren por falta de esperanza». En 2008 publicó *L'élou*, una canción despiadada en la que recordaba sus promesas a los representantes del pueblo: «De tus pretensiones, excelencia, no debes abusar / Te diviertes, consecuencia: el pueblo, te va a acusar»^[27].

Y entonces ¿las elecciones no sirvieron para nada? Se trata de una pregunta difícil. Para millones de ciudadanos tuvieron sin duda un enorme valor simbólico. La avidez con la que votaron y contaron los votos demostraba que los comicios representaron algo más que una mera fantasía de la comunidad internacional. Sin embargo, fueron más útiles antes y durante el escrutinio que después. El ritual se convirtió al menos en algo tan importante como el propio resultado. Al fin y al cabo, resultaba ingenuo esperar que unas auténticas elecciones dieran pie de manera automática a una verdadera democracia. Occidente lleva dos mil quinientos años experimentando con todo tipo de formas de administración democrática, pero hace apenas un siglo que ha depositado toda su confianza en el sufragio universal mediante unas elecciones libres. Entonces ¿por qué espera Occidente que ese método pueda convertir, como por arte de magia, una cultura política de corrupción y clientelismo profundamente arraigada en un Estado de derecho democrático según el modelo escandinavo? Y, para colmo, en una zona que en la época precolonial, colonial y poscolonial casi solo ha conocido formas de administración autocráticas. ¿Había que ser realmente crédulo para pensar que todo iría sobre ruedas después del primer impulso electoral! La democracia tiene que ser el objetivo final —pues de todas las formas de gobierno es la menos mala—, pero en el Congo se prestó muy poca atención tanto a las indispensables etapas para avanzar hacia un sistema democrático como al ritmo con el que se atravesaban estas. En 1955, Jef van Bilsen pronosticó que harían falta treinta años para que una colonia se convirtiera en un Estado soberano, pero hoy la situación es en muchos sentidos bastante peor que entonces. Las elecciones libres no deben ser el inicio de un proceso de democratización nacional, sino su conclusión o al menos una de las etapas finales. La paz, la seguridad y la enseñanza deben precederlas, así como unas elecciones locales que puedan estimular la formación de una cultura comunitaria de responsabilidad política. Esas elecciones locales debían celebrarse en un principio, pero Kabila las rechazó y no volvió a ocuparse de ellas.

Los expertos políticos occidentales padecen con frecuencia de fundamentalismo electoral, del mismo modo que no hace mucho los especialistas en macroeconomía del FMI y del Banco Mundial sufrían de fundamentalismo de mercado: creen que basta con cumplir los requisitos formales de un sistema para que incluso en el más árido de los desiertos florezcan mil flores. Sin embargo, el premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz dejó claro que *sequencing and pacing* (la secuencia y el ritmo) resultan esenciales en la introducción de una economía de mercado^[28]. No se

empieza a cultivar el desierto con las mejores semillas. Lo mismo puede aplicarse a la introducción de una democracia.

En su entusiasmo por instaurar de una vez por todas la democracia por medio del procedimiento formal de unas elecciones, lo que la comunidad internacional ha conseguido en el Congo es sobre todo quedar fuera de juego. La democracia era el objetivo y el silencio ha sido el resultado, puesto que como presidente de un país soberano renovado, elegido democráticamente, Kabila ya no toleraba injerencias extranjeras: después de cuatro años se hartó del paternalismo del Ciat. O, dicho con cinismo, Estados Unidos y Europa han pagado un alto precio en el Congo para reducirse a sí mismos al silencio diplomático. Ahora pueden ofrecer préstamos y vincularlos con la «buena gobernanza» (un término en boga, sobre todo en el FMI y en el Banco Mundial, aunque también en la Unión Europea), pero ¿por qué iba un jefe de Estado africano aceptar esas propuestas si China ofrece mucho más dinero y pone muchas menos trabas?

Algunos politólogos afirman, a modo de hipótesis, que después de tres o cuatro procesos electorales el Congo empezará a avanzar en la buena dirección. Dicen que no hay que desesperarse demasiado pronto; que es normal que un país tarde en arrancar. Un proceso continuado de elecciones puede, en efecto, generar una dinámica de responsabilidad, es cierto, los líderes pueden sentirse llamados a tener en cuenta una buena Administración. Sin embargo, también podría convertirse en un ritual hueco que aporta una fina capa de legitimidad a regímenes autocráticos. Todavía es demasiado pronto para decidir si las elecciones fomentan o no la democracia en el Congo. Cabe señalar, en cambio, que con miras a las elecciones de 2011 y 2016 Kabila creó, en septiembre de 2009, una comisión encargada de examinar si el mandato del presidente no podía ampliarse de cinco a siete años y si no podía eliminarse la limitación constitucional de dos mandatos, para poder ser reelegible eternamente^[29]. Asimismo cabe mencionar que, también en 2009, fueron arrestados diferentes activistas de derechos humanos debido a su actitud crítica^[30]. Un íntimo del presidente (que no sabía que yo sabía que era íntimo del presidente) me comentó en una ocasión, durante un almuerzo poco antes de las elecciones, como de pasada: «Mandela era un presidente demasiado occidental; Mugabe y Mobutu, esos sí eran líderes verdaderamente africanos».

Finales de noviembre de 2008. Cenaba con dos hermanos, ambos dramaturgos, en un restaurante indio de Goma, frente a la sede de la Monuc. Estábamos sentados debajo de un toldo esperando pacientemente nuestra comida, cuando recibí una llamada en el móvil. El viaje del día siguiente se anulaba, me dijeron, puesto que el chófer había sufrido una avería, ¿se le había agotado la batería o se había quedado sin gasolina? No, no, era más complicado, lo sentían mucho y buenas noches.

—Ça va? —me preguntó Sekombi, el mayor de los dos, cuando cerré el móvil.

—No —le contesté—. Lo tenía todo organizado para entrevistar mañana a Nkunda y ahora me entero de que no podrá ser.

Tenía organizado un *jeep*, un chófer, combustible y un guía que conocía el territorio de los rebeldes. Aquella mañana había comprado una acreditación de prensa en la delegación local del Ministerio de Comunicación y Medios de Comunicación por doscientos cincuenta dólares —la cuartilla más cara de mi vida—, me había hecho fotos de carnet y había tenido que personarme en las oficinas de la seguridad del Estado. Había explicado mis planes al responsable de la Monuc. Y lo más importante de todo: había hablado por teléfono con el número dos del personal civil de Nkunda. No había sido sencillo dar con él en el territorio de los rebeldes, donde apenas había cobertura, pero la cita estaba fijada: a las nueve de la mañana del día siguiente me esperaba cerca de una antigua misión.

—¿Quieres que te llevemos en coche? —me preguntó Sekombi interrumpiendo así mis lamentos.

Sekombi y Katya, su hermano más joven y más callado, eran tipos fuertes. Para iniciar un centro de arte para jóvenes talentos en una localidad como Goma, destrozada por los tiroteos y cubierta por la lava, había que ser de buena madera. Su hermano mayor, Petna, lo había iniciado. Un mes antes, Nkunda estaba a las puertas de la ciudad y las FARCD de Kabila habían empezado a saquear la ciudad, pero el centro de arte de los hermanos Katondolo siguió ofreciendo su particular festival de cine. Pero ¿aventurarme ahora a partir al escenario de guerra con dos artistas? ¿Y encima con su desvencijado *jeep*?

—¿Tenéis documentos?

Para poder llegar al lugar donde se encontraba Nkunda teníamos que atravesar tres controles de carretera de las FARCD, algunos kilómetros de tierra de nadie y finalmente otros tres controles del CNDP (*Congrès National pour la Défense du Peuple*) de Nkunda. Tenía entendido que los controles de los rebeldes eran pan comido, pues Nkunda tenía bien sujetas a sus tropas. Sin embargo, los del ejército nacional podían ser una pesadilla. Los pasaportes y las acreditaciones de prensa no siempre protegían contra su frustración.

—No —me contestó Sekombi— pero tenemos nuestro pelo.

¿Perdón? Estuve a punto de atragantarme con mi *poulet tikka masala* que, después de dos horas de espera, nos habían servido por fin. Les miré el pelo hirsuto. Echándole mucha voluntad se podía entrever un principio de rastas.

—Somos rastas. Todo el mundo nos quiere. *Nous sommes cool*. Nos dejarán pasar.

Ya era de día cuando abandonamos la ciudad poco después de las siete. Habíamos llenado el depósito de combustible y habíamos comprado algunos paquetes de cigarrillos.

—Siempre es útil —dijo Sekombi, que no fumaba mientras se comía una galleta.

El jeep avanzaba rebotando por la calzada. El volante estaba a la derecha: casi todos los coches en el Congo oriental proceden de los países vecinos que antiguamente eran colonias británicas. A lo lejos vimos alzarse la silueta del volcán Nyiragongo de dos mil metros de altitud, con su eterno penacho de humo. Sekombi estaba exultante.

—Ese volcán es nuestra madre, nuestra hermana y nuestra amante, todo en uno. Cuando veo salir el humo de su cima, pienso en un gran pecho que sigue dando leche. Quien la ha bebido alguna vez siempre regresa.

Sin embargo, en ocasiones ese pecho daba leche negra como la noche: en 2002 el volcán sepultó media Goma debajo de la lava. En algunas casas el primer piso se convirtió en la planta baja. La ciudad había quedado asfaltada en medio de una gran borrachera. Goma, la ciudad negra en un país marrón óxido, es el único lugar del Congo donde las calles no tienen baches, sino bultos.

Un poco más lejos en dirección norte nos encontramos con los primeros campos de refugiados, los mismos donde en 1994 estaban los hutus ruandeses. Ahora ofrecían cobijo a los doscientos cincuenta mil civiles que habían huido de Nkunda. El *camping* de un festival sin festival, un triste laberinto de lonas y cartón. En Kivu del Norte siempre hay alguien que huye.

Al cabo de ocho kilómetros nos topamos con el primer control. Entre dos barriles de petróleo había tendida una fina cuerda de la que colgaba una ramita; media docena de militares remoloneaban alrededor. Bajamos la ventanilla.

—¡Eh, tío! —exclamó Sekombi sonriendo a los uniformes caqui.

Su hermano Katya estaba sentado en silencio en el asiento trasero, pero llevaba la marca del auténtico rasta: un grueso gorro de lana.

—*Rastaman!* —exclamaron alegres los militares— *Wo-woow!*

Bromearon, se pusieron a charlar, aceptaron los cigarrillos que les dimos y nos desearon un buen día.

—*Peace and love!* —dijo Sekombi, para zanjar las formalidades fronterizas.

Peace and love! ¡A unos militares! ¡En tiempos de guerra! Sin embargo ellos dejaron caer la cuerda y nos dijeron adiós con la mano. Lo mismo sucedió con los siguientes controles de carretera. Nunca hubiera pensado que unas rastas embrionarias y el tabaco fueran suficientes para llegar hasta el más temido señor de la guerra del África Central.

Después de la brutal toma de Bukavu, en 2004, Laurent Nkunda mantuvo durante un tiempo un perfil bajo. Este psicólogo de formación se convirtió en el pastor de una Iglesia pentecostal en el Kivu^[31]. Solo en 2006 volvió a dar de que hablar. Justo después de que se anunciaran los resultados de las elecciones parlamentarias, fundó el CNDP, el *Congrès National pour la Défense du Peuple*^[32]. Las denominaciones de los movimientos rebeldes congoleños suelen ser abreviaturas arbitrarias, pero el fruto de la imaginación de Nkunda lo superaba todo: su Congreso Nacional para la Defensa del Pueblo no era un «congreso», sino una milicia; no era «nacional», sino regional; y

qué se entendía con «defensa del pueblo» habría que ir a preguntarlo a los campos de refugiados. No obstante, la última parte era la más correcta, al menos si se leía como la defensa de «un peuple», de un determinado grupo de la población, el grupo que llevaba ya veinte años soportando burlas y vejaciones y al cual el propio Nkunda pertenecía: los tutsis congoleños. Si un etnógrafo colonial en la década de 1920 hubiese querido hacer una foto de un tutsi arquetípico, hubiese elegido sin duda a Laurent Nkunda. Con su figura larga y delgada, con su frente alta y su nariz afilada, encarna todos los tópicos del hombre tutsi. Podría ser, desde luego, el hermano de Kagame.

El CNDP se fundó cuando quedó claro que las elecciones aportarían poco o nada a los tutsis. El RCD del vicepresidente Ruberwa, que se suponía debía defender sus intereses, no consiguió nada de las elecciones: ningún puesto de ministro, ningún título de gobernador, ningún cargo en un consejo provincial; como mucho, quince escaños en el Parlamento^[33].

El 25 de noviembre de 2006, justo antes de la toma de posesión de Kabila, Nkunda mostró los dientes y conquistó Sake, una pequeña ciudad situada a treinta kilómetros de la capital de provincia Goma. La zona volcánica y montañosa al norte de Goma, que limita con Uganda y con Ruanda, se convirtió en su terreno de juego. Y aunque el movimiento no era exclusivamente tutsi, desde el principio recibió el apoyo de Ruanda. El CNDP de Nkunda se inscribe en la línea de la AFDL de Kabila y del RCD de Wamba dia Wamba, con la diferencia de que en su caso no se trataba de una iniciativa ruandesa bajo bandera congoleña, sino de una congoleña con respaldo ruandés. Su principal enemigo eran los refugiados hutus ruandeses en el Congo oriental que se habían organizado en el seno de las FDLR (*Forces Démocratiques de Libération du Ruanda*), otro nombre discutible, puesto que no había mucha democracia y aquella liberación de Ruanda era relativa: muchos de ellos se casaban con congoleñas, cultivaban la tierra del Kivu, controlaban algunas pequeñas minas y se aseguraban unos ingresos regulares a base de saquear y violar, así que ¿por qué iban a combatir contra el poderoso ejército de Kagame?

Así pues, a partir de entonces la lucha entre tutsis y hutus en el Congo pasó a ser entre el CNDP y las FDLR. Los motivos eran tanto étnicos como económicos^[34]. A ambos lados los efectivos no superaban nunca los diez mil hombres, pero hacían gala de una indescriptible brutalidad. El sufrimiento de los civiles se convirtió en la norma; las violaciones en grupo, en un derecho. Al igual que durante la segunda guerra del Congo, los hutus contaron con el apoyo de Kinsasa —los oficiales de las FARCD y de las FDLR incluso explotaban determinadas minas— y los mai-mai volvieron a sumarse. La violencia sexual constituía un arma que utilizaban todos los bandos. La impunidad reinaba. Incluso los civiles empezaron a violar en masa, pero ya no como arma, sino por diversión.

En los años 2007 y 2008 hubo muchos intentos de detener la violencia. Enero de 2007: Nkunda acepta que sus guerreros del CNDP se integren en el ejército

gubernamental, pero en lugar de un *brassage* (mestizaje) de gran alcance, solo consigue una muy superficial *mixage* (mezcla). Su ejército de rebeldes no es desmembrado y distribuido entre cuarteles remotos, sino que puede fusionarse en el lugar. El resultado parece previsible: las FARCD no engullen al CNDP, sino el CNDP a las FARCD. Nkunda se convierte en general del ejército gubernamental y puede seguir adelante con su rebelión. «¿Las FARCD? —dice el chiste—, *Forces Armées Ruandaises Déployées au Congo!*». Diciembre de 2007: en las conversaciones de paz en Nairobi se habla del destino de los refugiados hutus. Enero de 2008: en Goma, después de largas negociaciones se lanza el proceso Amani. Abbé Malu Malu, el antiguo presidente de la comisión electoral, consigue que todas las milicias firmen un acuerdo provisional de paz.

Sin embargo, resulta inútil. En mayo de 2008 me dirijo en un helicóptero de la Monuc de Goma a Masisi, donde Malu Malu va a anunciar la paz en presencia de Karel De Gucht, el ministro belga de Asuntos Exteriores. Confluyen miles y miles de personas, que cantan, tocan los tambores y bailan. Es muy emotivo. La paz, sí, la llevan esperando desde hace mucho. Sin embargo, dos jóvenes hutus me cuentan: «Ahora va bien, solo necesitamos un genocidio, uno pequeño, para hacer desaparecer a esos hombres de Nkunda»^[35]. El odio es endémico. Finales de octubre de 2008: mientras Sekombi y su hermano proyectan *art house movies*, Nkunda avanza hacia Goma.

El *jeep* se abre camino traqueteando por tierra de nadie, que en gran medida coincide con el parque natural de Virunga. Es, literalmente, tierra de nadie: no se ve ni un alma en este paisaje de un verde intenso; la belleza en bruto es tal que deja sin aliento. Volcanes, bosques, silencio, niebla.

Los controles del CNDP no suponen ningún problema: ni siquiera quieren nuestros cigarrillos. Cuando seguimos penetrando en zona rebelde, vemos más gente en la calle. Mujeres con bidones de agua amarillos sobre la espalda, hombres con vacas pardas, jóvenes con bicicletas de madera cargadas con azúcar de caña, plátanos o carbón. Después de recorrer kilómetros dando tumbos por la selva y por las plantaciones con plataneras de varios metros de altura, por fin llegamos a la ruinosa misión de Jomba. Cientos de niños asedian el *jeep* que transporta a dos rastas y a un blanco. Manosean la carrocería y se alejan como histéricos cuando Sekombi toca el claxon. La persona con la que me he citado se acerca caminando, lleva camisa y pantalones vaqueros: René Abandi, un abogado de apenas cuarenta años de rostro amable y voz dulce. ¿Es este el número dos del CNDP? Dice que tiene amigos en Amberes y que estaba realizando una investigación para su tesis doctoral en la universidad de Urbino. Sin embargo, cuando Nkunda inició su ofensiva, él se convirtió en su primer colaborador civil. René es un tutsi congoleño. Le han ascendido de portavoz a algo parecido a ministro de Asuntos Exteriores, puesto que

el territorio de los rebeldes tiene su propio gobierno. Propone que vayamos a un poblado un poco más alejado en donde Nkunda se dirigirá al pueblo.

El camino se vuelve cenagoso. Cruzamos una pequeña corriente bordeada por grandes plantas de papiro y serpentreamos hacia arriba, hacia Rwanguba, un nido de águila en la cima de una colina. Las vistas son imponentes y se extienden hasta más de diez kilómetros: colinas, volcanes, valles de color verde esmeralda, formaciones de nubes, un penacho de humo que sale del verdor, un relámpago en la lejanía. Se asemeja a una vista panorámica decimonónica, un fresco idílico de la naturaleza, en primer plano, en 3D, el caos de la guerra. Cientos de personas se apelotonan delante del edificio central en la colina. Los militares del CNDP nos cachean y nos dejan pasar. Avanzamos abriéndonos camino a través de una muchedumbre sumisa. Allí, debajo de un tejadillo, están reunidos todos los representantes destacados y los oficiales del movimiento rebelde. Entre ellos, Bosco Ntaganda, el jefe de Estado Mayor del ejército, buscado por La Haya por crímenes contra la humanidad. En el centro, con uniforme y gorra del ejército, se encuentra el mismísimo Laurent Nkunda. Juguetea con un bastón negro cuya asa representa un águila. Sus dedos increíblemente largos acarician continuamente la cabeza. Los ojos del *chairman* son tan profundos que su rostro parece una calavera. Debajo de la gorra veo cómo las venas sinuosas le surcan las sienes. Se levanta para saludarnos y se asegura de que nos ofrezcan asiento. En esas semanas, Nkunda está en la cúspide de su fama. Su territorio rebelde tiene casi el tamaño de media Ruanda, la prensa mundial le dedica artículos y él se considera invencible. Unos niños armados con lanzas se acercan para bailar ante él, unas niñas hacen volteretas en la hierba. En Rwanguba hará valer su autoridad, es el nuevo jefe. Una vez que han acabado las danzas de guerra, Nkunda se levanta y se dirige lentamente hacia la muchedumbre. Habla sin parar. Con ademán severo, agita su bastón de águila y alza su huesudo índice. Y acto seguido cuenta un chiste. Hechizo y terror, todo en uno. Alaba a los habitantes del poblado por no haber huido. «Vosotros sois personas de verdad, vosotros os habéis quedado. Bien. Cultivad vuestros campos, id a trabajar. No me juzguéis por mi rostro, sino por mis actos.» Cuando ha acabado, regresa sin prisas a su asiento y se oye cómo la hierba cruje bajo sus botas.

Por la tarde Nkunda se reúne con su personal civil y militar en una casa construida hacía tiempo por una misión protestante y situada en la ladera de la colina. Me quedo horas esperando en el jardín con Sekombi y Katya. Hay Coca-Cola y cerveza. Unos veinte niños soldados hacen guardia con bazucas y kaláshnikov en posición de disparo. No conseguimos entablar conversación con ellos, pero quieren saber qué es el bulto que llevo en el bolsillo del pantalón. Obedezco y les muestro mis dos móviles. Unos treinta kilómetros más al norte, sus camaradas libran en ese momento una encarnizada batalla contra los mai-mai. Están muy tensos.

La reunión se alarga. Nkunda concede audiencia a comerciantes de la zona que quieren pagar menos impuestos. El territorio de los rebeldes no es rico en minas; el

CNDP obtiene sus ingresos de la venta de vacas, café y carbón, así como de los impuestos que pagan los comerciantes y los camioneros. Sekombi y Katya empiezan a ponerse nerviosos. Ya son las tres de la tarde y hay amenaza de lluvia. Quieren estar de vuelta en Goma antes de que anochezca, por motivos de seguridad. Yo titubeo, reflexiono, opto por quedarme y los dejo marchar. Un poco más tarde veo el *jeep* blanco bajar por la colina y desaparecer entre el verdor. Voy a pasar la noche con una banda que dos semanas antes participó en la masacre de ciento cincuenta civiles en el cercano Kiwanja^[36].

El comandante Antoine se lleva la litrona de cerveza a la boca y quiere hablar de historia conmigo. ¿Es cierto que los egipcios maltrataron tanto a los judíos como dice la Biblia? ¿Se disculparon los egipcios? ¿Por qué los belgas cortaban las manos de los congoleños? ¿Era para tener más café? («Caucho —le susurra un oyente—, solo aquí hay café.») ¿Por qué el precio de las materias primas se fija en Bélgica? ¿Por qué hay solo tres franceses en la selección nacional de fútbol de Francia? ¿Es por la globalización? ¿Por qué la Corte Penal Internacional acusa solo a africanos? Las preguntas más absurdas se mezclan con agudas observaciones. Hay una cuestión que quiere dejar clara: «Digan lo que digan, el CNDP es totalmente congoleño. El tipo ese de Kinsasa es un inútil que está vendiendo el país a los chinos. Lo vemos por sus soldados. Nuestros combates contra ellos no suelen durar más de media hora. Siempre se escapan. Sin embargo, cuando el combate dura horas, sabemos que estamos luchando contra las FDLR, aunque lleven el uniforme del ejército gubernamental que los apoya. Esos no paran. Son animales heridos, ¿sabe? Para ellos es la victoria o nada»^[37].

Entretanto ya es noche cerrada y yo llevo desde las seis de la mañana sin probar bocado. Me duele la cabeza. Hace frío. Nos encontramos en las montañas. Hacia las diez por fin me dejan entrar. Primero hay que cenar: cabra con arroz, un plato preparado por algunas mujeres tutsis. Las mesas están dispuestas en forma de U; ocho oficiales y comerciantes toman asiento. Nkunda tiene su propia mesa, que parece la diéresis de la U. Detrás de él hay un guardaespaldas con auricular que está armado con una ametralladora. Nadie habla. Cuando el *chairman* toma la palabra, todos fingen estar interesados. Cuando cuenta un chiste, todos ríen a carcajadas. Él acaba pronto su plato. Mientras los comensales siguen con su cena, incómodos, él se hurga lentamente en la boca con un mondadientes y observa a cada uno de los presentes. Nos muestra los dientes mientras esboza una desagradable mueca. Tiene un ojo medio cerrado. De vez en cuando relaja el rostro y se traga los restos de comida que ha entresacado.

—Ven, vamos a hablar —me dice.

Me lleva a un dormitorio situado en la parte trasera del edificio. Nos siguen su guardaespaldas adolescente y René Abandi. Tomamos asiento en tres pequeños taburetes entre literas y mosquiteras. El adolescente con el fusil cargado se queda de pie y no me quita el ojo de encima. Nkunda empieza enseguida. No habla, susurra en

tono invocatorio y me mira con los ojos bien abiertos, como si tuviera que expulsar un diablo de mi interior:

—Hay muchas líneas divisorias en este país, entre el este que votó a favor de Kabila y el oeste que era partidario de Bemba; entre las antiguas FAZ de Mobutu y los *kadogos*, entre los hema y los lendu, entre los tutsis y los hutus. El Congo tiene que atravesar un proceso de reconciliación nacional.

No doy crédito a lo que oigo. ¿El despiadado verdugo de repente se hace pasar por un gran reconciliador? ¿Intenta ganarse a Occidente con esta conversación? ¿Quiere soltar un discurso racional para impedir el envío de una poderosa fuerza de intervención? En cualquier caso, responde con habilidad al desengaño internacional que Kabila ha provocado.

—Conozco a Kabila. Es incapaz de iniciar un debate. Ha destruido tanto a Bemba como a Bundu-dia-Kongo. Este país tiene derecho a la liberación. Este país nunca ha sido independiente. Este país tiene que poder gozar por fin de todas sus posibilidades; de lo contrario el pueblo congoleño se volverá en contra de Kabila como lo hizo contra Mobutu.

En la cúspide de su fama, ha adaptado claramente sus ambiciones. Ya no intenta proteger a los tutsis, ni siquiera le importa el sino de los banyaruanda. No, ahora quiere, nada más y nada menos, que la liberación de todo el Congo.

—No habrá ningún territorio tutsi en el Congo. El CNDP no es un ejército de rebeldes tutsis, puesto que los tutsis solo constituyen entre el 10 y el 15 por ciento de nuestro movimiento. Somos una rebelión congoleña. Occidente condenó el genocidio, pero no a los genocidas, que siguen paseándose libremente. ¡Es inaceptable que haya fuerzas armadas extranjeras presentes en nuestro territorio y que además las arme nuestro Gobierno! ¡Los países normales no toleran a los ilegales, pero aquí los arman!

Nkunda, el liberador nacional: cuesta un poco acostumbrarse a la idea. Sea como fuere, él parece estar totalmente preparado para la misión:

—He fundado el CNDP como una especie de núcleo de un futuro ejército nacional.

Sí, claro, ¿y qué más?

—Era un ensayo: quería demostrar que con pocos medios era posible tener un ejército disciplinado que no se entregara al saqueo.

¿Perdón?

—El CNDP comete pocas violaciones de derechos humanos. Tenemos un claro código de conducta. Mis soldados tampoco perciben un salario. Reciben arroz, judías y maíz: ese es su salario. Y les hemos mostrado un futuro. Viven por ese sueño.

—Con todo el respeto —replico—, pero su ejército es odiado en el resto del Congo.

—Eso es porque solo se oye la voz de la Monuc, que asegura que somos violadores y que perpetramos masacres. Que somos el brazo armado de Ruanda. Pero

¡eso se ha terminado! Durante la presencia de Ruanda y Uganda en el país no vivimos tiempos felices.

—Sin embargo, usted estuvo presente. ¡Dirigió las tropas ruandesas en Kisangani!

—Es cierto. Protegí Kisangani. Por ello era el oficial más popular de la ciudad.

¡Venga ya!, me digo. ¡Si allí aún lo siguen odiando! Bajo su régimen de terror, en 2002, decenas de jóvenes de los barrios pobres fueron asesinados. Junto al puente del Tshopo, doscientos agentes de policía fueron masacrados y lanzados al río. Estaban maniatados y amordazados. Algunos murieron tiroteados o decapitados; a otros los desnucaron o los atravesaron con bayonetas. Les abrieron el vientre para que no salieran a la superficie hasta días más tarde. Nkunda estaba allí. Supervisó la acción con apoyo de Ruanda^[38]. ¿Y ahora afirma que la injerencia extranjera es mala?

—Cuando Alemania amenazó a Inglaterra, Churchill pidió a su pueblo que se defendiera, ¿no? Y le aplaudieron. ¿Por qué tenemos que aceptar nosotros que las FDLR dominen aquí como los alemanes entonces?

—Churchill había sido elegido, general, usted no.

—En tiempos de guerra eso no importa. Hitler también fue elegido y mire las consecuencias. De Gaulle no fue elegido, pero en cambio liberó Francia.

Por un momento no sé qué decir. ¿Está intentando establecer un paralelismo entre él y el principal hombre de Estado francés del siglo xx?

—¡Sí, soy el general De Gaulle del Congo^[39]!

Perplejo ante este curso avanzado de retórica, me subo con René y otros siete a un angosto todoterreno. En la parte del maletero hay un niño soldado con un kaláshnikov. Es casi medianoche. Nos dirigimos hacia el este a través de colinas húmedas que chorrean, esperando no toparnos con una patrulla de mai-mai. Siento miedo y estoy confuso. Lo que no sé es que, en ese preciso instante, en Nueva York, se está elaborando a toda prisa un informe de las Naciones Unidas que demuestra claramente la participación ruandesa en el CNDP, no sé que Human Rights Watch prepara también un informe sobre las atrocidades de Nkunda^[40]. He llegado a un punto en que la historia aún está demasiado fresca y reciente, en que resulta inasible. Carezco de una visión de conjunto, nadie la tiene.

Solo sé que prefiero hablar con personas de a pie en vez de con políticos, que aprendo más de las anécdotas que de la retórica. Solo sé que estuve en el campo de refugiados de Mugunga en la choza de plástico de Grâce Nirahabimana, bloque 48, número 34, una choza tan pequeña que no podía estar en ella de pie. Grâce era una hermosa mujer de veintitrés años con dos hijos, Fabrice y David. Nkunda se había llevado a sus dos hermanos de doce y dieciséis años, sus dos hermanas habían fallecido a causa de la diarrea, ella había sido violada por tres militares. Lo había dejado todo. Sus hermanas habían muerto en el campo —no había suficiente comida,

ni retretes—, estaban enterradas entre las plataneras. Hacía frío cuando me senté a su lado en su camastro. Un áspero viento asolaba el paisaje lunar de lava y sacudía la pared de plástico de su choza. «No me siento realmente protegida —me dijo llorando—, tengo muchísimo miedo. Miedo de Laurent Nkunda.»^[41]

Después de un trayecto que parece interminable, el todoterreno se detiene junto a una antigua vivienda colonial. «Estamos cerca de la frontera con Uganda —me dice René—, esta era la casa del jefe de la aduana. Allí, junto a los árboles, empieza Uganda.» El poblado se llama Bunagana, allí podríamos pernoctar tranquilamente. Sin embargo, para sorpresa de René, la casa resulta estar llena de niños soldados, unos veinte. Duermen en los sillones, en el suelo, en la cocina. No hay ni agua, ni electricidad, pero no tardan en encontrarme una cama.

Al día siguiente me levanto temprano. Salgo a la terraza con el torso desnudo para releer mis anotaciones. Un muchacho de trece años me cuenta que su fusil se llama un «checheno». En torno a las ocho camino con René hasta el poblado para desayunar. Él ha dormido mal. «Gastritis —suspira—, me preocupo demasiado, es mi naturaleza. Nkunda también tiene gastritis, además de asma. La guerra no es buena. Es lo peor que hay, pero no podemos hacer otra cosa.»

Llegamos a una casa que llama poco la atención y que resulta ser el cuartel general civil del CNDP. Allí me encuentro con todos los gerifaltes que conocí el día anterior. También está la hermana de Nkunda: son como dos gotas de agua. El patio interior es un taller al aire libre. Allí, media docena de *humvees*^[e89] que los rebeldes han confiscado a las FARCD están siendo reparados para el combate. Una vez dentro, me ofrecen queso por primera vez en semanas, queso del Kivu, una especialidad de los tutsis. Los mandamases del régimen debaten las últimas noticias. Desmond Tutu y Romeo Dallaire, el antiguo comandante de las Naciones Unidas en Ruanda, acaban de pedir unas fuerzas de intervención a gran escala en Kivu del Norte. «¡Bah! —bufa René—, ahora que se han quedado sin argumentos políticos, sacan los pesos pesados morales. Lo humanitario sirve de coartada para lo militar.» Los demás respaldan sus palabras. «De todos modos acabaremos en la Corte Penal Internacional —bromea—, ¡así que mejor será que violemos y asesinemos o de lo contrario estaremos allí sin motivo!»

Finalmente, las fuerzas de intervención no llegaron. La Unión Europea no parecía dispuesta a responder a las súplicas de Ban Ki-moon y la Unión Africana, la Comunidad para el desarrollo del África Meridional y Angola tampoco estaban impacientes por acudir en ayuda de Kabila. Aquella mañana, en Bunagana, llegué a la conclusión de que Laurent Nkunda podría muy bien seguir gobernando durante mucho tiempo en su territorio. Oficialmente, la frontera con Uganda permanecía cerrada, pero vi entrar un camión cargado de harina en el Congo. «De todas formas, ¿quién puede hacerle algo a Nkunda?», pensé. El Congo carece de ejército, la Monuc no interviene, no hay fuerzas de intervención más poderosas y, para colmo, Nkunda

tiene comida y recauda impuestos. Quizá aguante tanto en la selva como lo hizo Laurent-Désiré Kabila.

Sin embargo, me equivocaba. Un mes más tarde, en enero de 2009, sucedió lo que nadie había previsto: el ejército congoleño y el ejército ruandés, enemigos declarados, aunaron sus fuerzas y arrestaron a Nkunda. Una iniciativa totalmente inesperada, aunque no les quedaba más remedio: Kagame había perdido mucho crédito internacional con aquel informe de las Naciones Unidas sobre su apoyo al CNDP y Joseph Kabila era el hazmerreír con su inútil ejército al que nadie quería ayudar. Esa extraña pareja de aliados incluso intentó poner fuera de combate a las FDLR. Solo lo consiguieron a medias, pero Nkunda acabó en prisión provisional en Ruanda y desde entonces espera su proceso en el Congo. El CNDP quedó en manos del criminal de guerra Bosco Ntaganda y volvió a «fundirse» con el ejército gubernamental.

Aquella operación conjunta del Congo y Ruanda recibió el nombre de Umoja wetu (en la primera mitad de 2009) y tuvo una continuación en las operaciones Kimia II (2009) y Amani Leo (2010), unas campañas proactivas contra las FDLR, emprendidas por el ejército nacional (en esencia antiguos miembros del CNDP dirigidos por el canalla Ntaganda) en cooperación con la Monuc, lo que de momento ha traído mucho más sufrimiento a la población civil que gloria^[42]. En 2010 las FDLR cuentan con seis mil hombres, apenas un residuo homeopático del millón y medio de refugiados de 1994. Menos de trescientos de ellos son sospechosos de actos de genocidio.

Si Ruanda está sobremilitarizada, el Congo está submilitarizado. Las fuerzas armadas del país siguen siendo más un fantasma que una realidad. Y eso se nota. Las FARCD no son capaces de hacer frente al Lord Resistance Army del líder rebelde ugandés Joseph Kony, que provoca problemas en el noreste, por no hablar de que pueda defender debidamente los más de siete mil kilómetros de fronteras terrestres del territorio. Y eso además en un momento de crecientes tensiones geopolíticas: con Uganda sobre el petróleo del lago Alberto, con Ruanda sobre el metano en el lago Kivu y, por encima de todo, con Angola sobre los yacimientos petrolíferos en el océano Atlántico, lo que en ocasiones provoca escaramuzas. El ejército ni siquiera es capaz de garantizar el orden interno del Congo. En noviembre de 2009, una pelea sobre algunos estanques piscícolas en Dongo (en la provincia de Ecuador) provocó al menos cien muertos y la huida de noventa mil personas. La voluntad de cambio parece mínima^[43]. Con un ejército, Kabila podría hacerse valer más, aunque sin ejército no hay peligro de que sufra un golpe de Estado^[44].

Y la vida fluye como un río. Al otro lado del país, en Nsioni, la gente va y viene a lo largo de la calle principal, roja y polvorienta, del poblado. La miro pasar desde una terraza donde han puesto la música a todo volumen para mí y para dos clientes más.

Quitando los móviles, existe poca diferencia entre hoy y la década de 1980. Las mismas botellas de Coca-Cola de entonces, los mismos coches con los que aún se circula, los mismos destartados tenderetes que venden pescado seco. Lo único que ha cambiado es el tamaño de los trozos: ahora no son más que dados. Sin embargo, al otro lado de la calle se diría que ha aterrizado un ovni. Entre las barracas grises y las casas descoloridas se eleva un edificio de ladrillos blanco como la nieve que brilla por todos lados. Delante de la puerta hay cuatro flamantes motocicletas de reluciente cromo en perfecta alineación. Los sillines están aún protegidos con plástico. Al lado, diez bicicletas de caballero, muy juntas, con los manillares puestos de través y envueltos en cartón. Las brillantes palancas de freno son un regalo para la vista. Dentro de la tienda parpadea el resplandor azulado de una pantalla de plasma. Encima de la puerta cuelga un rótulo que aclara muchas cosas: China Amitié Company. En Nsioni han aterrizado los primeros comerciantes chinos.

Entro y saludo a una joven pareja asiática, que me observa con recelo y que no sabe ni una palabra de francés o inglés, aunque su mercancía habla por sí sola: un *horror vacui* de zapatillas de deporte de última moda apiladas hasta el techo, junto a televisores, relojes y estantes llenos de perfumes. La China Amitié Company causa a los habitantes de Nsioni la misma impresión de riqueza y confort que los supermercados en las aldeas campesinas de Europa durante la década de 1950. ¡Qué diferencia con los míseros tenderetes donde se compraban velas y hojas de afeitar por unidades! ¡Qué lujo, si se comparan esos perfumes con las pastillas de jabón de fabricación casera con las que uno se ha frotado toda la vida! ¡Qué cómodo no tener que ir ya a Boma o a Kinsasa para comprar estos productos! ¡Y además sus precios son asequibles!

En la tienda incluso se pueden adquirir cuadros de estridentes marcos con vistas de montañas y prados alpinos. Unos comerciantes asiáticos que venden paisajes europeos en el interior de África: creo que a eso lo llaman «globalización». El mundo convertido en un mercado. Me recuerda al genial grafiti pintado en el viejo puente del ferrocarril cerca de Matadi a escasos cien kilómetros de allí. El puente que data de la década de 1890 —cuando el padre de Nkasi y los obreros chinos construyeron la línea hasta Kinsasa— lleva hoy la marca de un acto de vandalismo que resume con brillantez el tercer milenio: «www.com»^[45].

A partir de finales de la década de 1990 los chinos empezaron a viajar mucho a África. No solo para vender sus productos, también, en mayor medida, para comprar materias primas. La espectacular explosión de la economía china —resultado del experimento controlado que el régimen de Deng Xiaoping realizó con el capitalismo en las costas del país— provocó a su vez un enorme aumento de la demanda de riquezas del subsuelo. En 1993 China importaba por primera vez más petróleo del que exportaba^[46]. Así, los primeros países de África que entablaron estrechos lazos con el gigante asiático fueron los estados petroleros de Nigeria, Angola y Sudán. Más tarde se sumaron Zambia y Gabón, por el cobre y los minerales de hierro. El Congo

también provocó el interés de los chinos como «escándalo geológico», pese a la guerra y a la pésima coyuntura empresarial. En Katanga no tardaron en aterrizar algunos aventureros chinos sobre los escombros de la otrora floreciente minería. Se olían que allí había una oportunidad de oro. En 2003, Gécamines había despedido a once mil mineros superfluos a instancias del Banco Mundial y del FMI^[47]. Los mineros habían recibido una indemnización por despido, pero la mayoría se la había gastado en coches o en televisores. Muchos de ellos acabaron haciendo de *creuseur*, de excavador. Tal y como sucedía en el Kivu, estaban dispuestos a cavar con escasos recursos en las viejas minas de oro y a llenar sacos de mineral que luego vendían a *monsieur* Chang o a *monsieur* Wei.

En febrero de 2006 tuve la oportunidad de visitar la mina de Ruashi. Cientos de *creuseurs* cavaban en busca de heterogenita, un mineral que contiene cobre y cobalto. Vi bajar a unos niños hasta doce metros de profundidad en unos pozos mal contruidos. Vi a un niño de cinco años cubierto de polvo, llevaba una camiseta de *Plop el Gnomo*. Con un poco de suerte les daban cinco dólares por saco. A veces un grupo de amigos conseguía sacar diez sacos a la superficie. Era un trabajo duro y peligroso, me dijeron, pero les permitía vivir. Qué diferencia con la enorme y pulcra mina de cobalto de Luiswishi propiedad del hombre de negocios belga Georges Forrest, que visité más tarde aquel mismo día y donde observé cómo trabajaban algunas decenas de congoleños. Llevaban cascos de seguridad y manejaban excavadoras con tapacubos más grandes que una persona.

Los compradores chinos eran empresarios privados que no recibían apoyo de su propio Estado. Algunos ponían en marcha pequeñas empresas de fundición improvisadas para exportar minerales más concentrados. Sus jornaleros congoleños bregaban en condiciones deplorables. Estaban mal pagados, respiraban vapores insalubres, carecían de ropa de trabajo adecuada y desde luego ni se les pasaba por la mente hablar de convenios colectivos. Como Jean que fue contratado por Jia Xing, una de las mayores empresas de procesamiento de cobre que tenía un depósito en Kolwezi y una fundición en Lubumbashi. La empresa daba empleo a doscientas personas y Jean consiguió un contrato indefinido: era un fundidor con experiencia. Por consiguiente, a veces un jornalero podía ascender hasta conseguir un empleo fijo, aunque a menudo los contratos estaban redactados en chino. Los turnos de Jean duraban entre doce y trece horas, con una breve pausa al mediodía, siete días a la semana. Había un turno de día y otro de noche. No disponían de ropa con protección, sus herramientas estaban desgastadas, el calor de los hornos era insoportable. El sueldo mensual de Jean ascendía a ciento veinte dólares, con una bonificación de cien dólares si se ocupaba del horno; eso convertía a Jia Xing en el patrón chino que mejor pagaba en Katanga.

Una mañana, Jean y doce compañeros llegaron unos minutos tarde al trabajo debido a un accidente de tráfico. A modo de castigo los encerraron en un contenedor, donde permanecieron desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde. Al final

del día todos ellos fueron despedidos. Al fin y al cabo había suficientes personas dispuestas a trabajar. Entonces Jean se hizo *creuseur*. Vendía sus sacos de mineral a su antiguo jefe, pero había pocos lugares donde estuvieran permitidas las minas artesanales. ¿Quizá debía unirse a los equipos que entraban en plena noche en las concesiones de las grandes minas? Era peligroso en la oscuridad. Algunos se ahogaban o se asfixiaban durante el trabajo, otros morían al ser alcanzados por las balas de los vigilantes. Siempre le quedaba la posibilidad de trabajar en el depósito Emmanuel, en Kolwezi, también una empresa china; sin embargo, allí los obreros se emborrachaban durante el almuerzo, porque tenían que trabajar con mineral radiactivo y no les proporcionaban ni guantes, ni mascarillas^[48].

Katanga estaba viviendo un capitalismo feroz que recordaba a la década de 1920; sin embargo, la crisis financiera de 2008 hizo que cuarenta de aquellas empresas huyeran. El precio del cobre bajó de casi nueve mil a tres mil seiscientos dólares por tonelada y la provincia impuso condiciones más estrictas. Decenas de miles de *creuseurs* se quedaron sin trabajo. De repente, Katanga recordaba más a la década de 1930^[49].

No obstante, en el Congo también se instalaron empresas estatales chinas, no buscadores de fortuna con intervenciones relámpago, sino mastodónticas compañías con recursos casi ilimitados. La carretera de Kinsasa a Matadi fue reconstruida, así como la de Lubumbashi a la frontera con Zambia, sobre la cual retumbaban camiones llenos de minerales. La CCT, una empresa de telecomunicaciones china, se convirtió en uno de los principales operadores de telefonía móvil del país. Otra empresa inició la instalación de cinco mil seiscientos kilómetros de fibra óptica para abrir el Congo a la revolución digital^[50]. Ya en la década de 1970 existían cordiales lazos de amistad entre Mobutu y Mao: entonces se trataba de cultivar la camaradería ideológica (el acercamiento se tradujo en el Estado de partido único, el abacost y los desfiles: todo un mérito en un país proestadounidense), pero ahora el asunto eran los negocios. El Congo se convirtió en uno de los nuevos socios comerciales de China. En 2006, el presidente Hu Jintao organizó una crucial cumbre sinoafricana en Beijing, a la que acudieron cuarenta y ocho jefes de Estado africanos. Se firmaron contratos por valor de dos mil millones de dólares, China prometió hasta cinco mil millones en préstamos y una duplicación de la ayuda a partir de 2009, anuló las deudas pendientes y levantó toda una serie de aranceles a la importación de productos africanos. Los altos dignatarios chinos visitaron casi todos los países de África con el propósito de entablar relaciones comerciales. Beijing cumplía a rajatabla su política de no injerencia en asuntos internos. Invocaba una cooperación fraternal sur-sur, en lugar de la intromisión paternalista norte-sur. Eso sonaba bien, pero significaba a su vez que los chinos no tenían ningún reparo en comerciar con tipos siniestros como Mugabe y Al-Bashir. La nueva China era racional, eficiente y pragmática. El único favor que les pedía el nuevo socio comercial era que, una vez al año, durante la Asamblea General de las Naciones Unidas, opinaran también que Taiwán formaba parte de China.

En septiembre 2007, Pierre Lumbi, ministro de Infraestructuras, Obras Públicas y Reconstrucción, anunció que el Congo había firmado un gran acuerdo con China. El país fundaría una empresa conjunta de derecho congoleño con tres empresas estatales chinas (un banco, una constructora de carreteras y una empresa de construcción general). La participación del Congo ascendía, gracias a la Gécamines, a un 32 por ciento y la de China a un 78 por ciento. La empresa conjunta podía extraer en Katanga diez millones de toneladas de cobre y seiscientas mil toneladas de cobalto, una cantidad gigantesca si se tiene en cuenta que durante toda la época colonial solo se extrajeron ocho millones de toneladas de cobre y se calcula que las reservas totales son de setenta millones de toneladas^[51]. A cambio, la nueva sociedad invertiría tres mil millones de dólares en la restauración de la infraestructura minera y seis mil millones en la construcción de carreteras asfaltadas (3400 kilómetros), pistas (2738 kilómetros), ferrocarriles (3215 kilómetros), viviendas (5000), policlínicas (145), hospitales (31), centrales hidráulicas (2), aeropuertos (2) y universidades (2). En total, nueve mil millones de dólares en inversiones. Y puesto que la empresa conjunta aún no obtenía beneficios, la República Popular de China adelantaría el dinero para esas grandes obras, que luego tendría que devolver a largo plazo. Kabila estaba entusiasmado: «¡Por primera vez en nuestra historia el pueblo congoleño verá, por fin, para qué sirve todo su cobre, su níquel y su cobalto!»^[52].

El acuerdo era, en efecto, impactante. Tenía tan solo siete páginas —menos que un contrato de alquiler—, pero era el documento más importante sobre el Congo desde el plan decenal de 1949. El Congo se convertiría en un terreno de construcción como no se veía desde la década de 1950. La prensa occidental retrató a menudo la operación como un «préstamo» de China, cuando en realidad se trataba de un trueque: minerales a cambio de infraestructuras. Un intercambio como aquel, que no implicaba el regreso a una economía precolonial, constituía no obstante una forma práctica de evitar la corrupción: no es fácil meterse un hospital en el bolsillo. Sin embargo, aquel trueque incluía una cláusula decisiva. Si los yacimientos no producían la cantidad de mineral esperado, el Congo estaba obligado a cumplir el contrato de otra manera.

Justo después de que se diera a conocer el acuerdo, Occidente puso el grito en el cielo. ¡Neocolonialismo! ¡Un nuevo reparto de África! ¡Saqueo disfrazado de trato ventajoso para todos! Algunos veían en él una versión del siglo XXI de los acuerdos que Stanley había hecho firmar a los jefes de los poblados. ¡Los congoleños se habían dejado embaucar! ¡El acuerdo ni siquiera se había debatido en el Parlamento! ¡No generaría empleo! ¡Por lo visto los chinos llevaban a sus presos en avión al Congo para que hicieran el trabajo! Etcétera.

Algunas de aquellas reservas resultaban justificadas y otras eran más bien una reacción de pánico ante el mundo nuevo y complejo que se anunciaba, en el que China adquiriría el estatuto de superpotencia. Recordaba al nerviosismo que se sentía en tiempos de la Conferencia de Berlín o al inicio de la Guerra Fría. Hace un siglo y

medio que el Congo despierta el interés de las potencias extranjeras y con frecuencia esto genera tensiones: entre comerciantes europeos y árabes en torno a 1870; entre los distintos estados nación europeos después; entre Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría; y ahora entre China y Occidente. Cada vez que un recién llegado exige su lugar en el tablero geopolítico de África Central, provoca desconfianza y agitación.

Pero ¿se habían dejado embaucar las autoridades congoleñas? Es difícil de decir. Una característica inherente al trueque es que no existen criterios objetivos, aparte de la satisfacción de los negociadores. China estaba contenta con el acceso que obtenía a las materias primas y Kabila satisfecho con la promesa de reconstrucción de su país. En cualquier caso, el contrato no le había sido impuesto, había sido el resultado de dos meses de intensas negociaciones en Beijing^[53]. Sin embargo, tampoco sirve de nada intentar cuantificarlo: que diez millones de toneladas de cobre a cambio de nueve mil millones de dólares en inversiones sea un trato justo depende del precio mundial del cobre. A la luz de las fuertes fluctuaciones en el mercado mundial de los últimos años, el precio podría oscilar entre los catorce mil millones de dólares y los ochenta mil millones. No obstante, algo es seguro: a China no le interesa un saqueo a corto plazo del subsuelo katangués por la sencilla razón de que la política económica de China se caracteriza por la gradualidad y la planificación. Beijing no tiene ningún interés en vaciar y desestabilizar África, sino al contrario. La idea de que China es un médico deshonesto que le promete a su paciente gravemente enfermo un paquete de tamaño familiar de vitamina C a cambio de, pongamos, un riñón y un pulmón, no se sostiene. China ha iniciado una presencia larga y estructural en África que va a cambiar el aspecto del mundo durante el próximo siglo.

Por supuesto, cabe preguntarse hasta qué punto será un proceso democrático. El contrato se debatió en cónclave, sin el conocimiento del Parlamento. Y aunque los diputados congoleños ya han podido dar su opinión al respecto, su aportación ha sido escasa. Además, las generosas relaciones comerciales que China mantiene con Zimbabue y Sudán ponen de relieve que los derechos humanos no son un criterio sagrado para el gigante asiático, como por cierto tampoco lo son en su propio territorio. En estos momentos Beijing considera que los intereses comerciales tienen prioridad sobre los humanitarios. El país depende demasiado del petróleo de alta calidad de Sudán para poner entre las cuerdas al régimen de Al-Bashir durante la votación sobre Darfur en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde, como miembro permanente, tiene mucho poder. Eso suena oportunista, pero no lo es menos la manera en que Francia, Bélgica y Estados Unidos mantuvieron en el poder a Mobutu en la década de 1980. Los regímenes occidentales solo empezaron a introducir el respeto de los derechos humanos en la década de 1990. Y aun así...

Los críticos más tenaces del contrato sinocongoleño eran las instituciones financieras internacionales. El FMI y el Banco Mundial estaban preocupados por la cláusula de garantía que estipulaba que el Congo debía cumplir sus obligaciones de

otro modo si no había suficiente cobre o cobalto en el suelo. Con semejante prenda el Congo corría el riesgo de acumular más deudas de las que ya tenía. Resultaba cierto. El país seguía arrastrando deudas contraídas en la era Mobutu, que debido a todos los pagos atrasados y a los intereses acumulados, a principios de 2010 ascendían a la astronómica suma de trece mil millones de dólares. Eso significaba anualmente una cuarta parte de todos los gastos, más del 90 por ciento del PNB, el 150 por ciento de todas las exportaciones y más del 500 por ciento de todos los ingresos públicos (excluida la ayuda extranjera^[54]). El regateo con China implicaba la posibilidad de que, además de todo esto, se añadieran un montón de deudas.

Lo que evitaron precisar el FMI y el Banco Mundial es que se encontraban en condiciones de hacer algo con respecto a aquella deuda. Durante años insistieron en la necesidad de que se reembolsara la deuda, pese a que ya en la década de 1980 Erwin Blumenthal había indicado que eso no sucedería nunca. Las instituciones de Bretton Woods tardaron en percatarse de que era injusto que el régimen recién elegido tuviera que pagar por la prodigalidad de un dictador que había estado en el poder veinte o treinta años antes. Por supuesto, se trataba de mucho dinero y no podía convertirse en una costumbre hacer borrón y cuenta nueva con los pasivos pendientes, pero aquellos trece mil millones de dólares paralizaban cualquier intento de reconstrucción. Como si los nuevos inquilinos de un edificio en ruinas tuvieran que seguir cargando con las exorbitantes facturas de teléfono de los anteriores inquilinos que se pasaban el día llamando. Rigobert Minani, un intelectual congoleño, dijo con acierto que las instituciones financieras internacionales «secuestraban la economía nacional»^[55].

El FMI mantenía la exigencia de reembolso de la deuda por el simple hecho de que era lo único que permitía a los países occidentales ricos seguir ejerciendo influencia en el Congo. Se supone que el FMI es una institución internacional, pero atribuye votos sobre la base de las contribuciones financieras de sus miembros. Por ello, Estados Unidos y la Unión Europea, que son los que en mayor medida lo financian, acaparan casi la mitad del total de votos, mientras que China, donde vive una cuarta parte de la población mundial, apenas tiene el 4 por ciento de los votos^[56]. Desde el punto de vista diplomático, Occidente no tenía ni voz, ni voto en el Congo tras las elecciones; sin embargo, el FMI —cuyo director ha de ser siempre un europeo— servía de último medio de presión para imponer condiciones en materia de lucha contra la corrupción, de fiscalidad y de política monetaria y económica. Por consiguiente, la deuda podía disminuir, pero no desaparecer del todo.

En el marco de un programa de ayuda a gran escala para los llamados *heavily indebted countries*, los países fuertemente endeudados, el FMI se mostró dispuesto a condonar nueve de los trece mil millones de dólares de deuda si el Congo cumplía una serie de estrictos requisitos. Entre otros asuntos, exigía una revisión del contrato con China. En un primer momento, Kabila no estaba dispuesto a hacerlo, pero a principios de 2009 el Estado tenía tantos problemas de tesorería —debido a la guerra

contra Nkunda y al bajo precio del cobre a consecuencia de la crisis— que apenas le quedaban divisas para cubrir dos o tres días de importaciones. En las arcas del Estado quedaban apenas treinta millones de dólares. El FMI y el Banco Mundial reaccionaron con mucha rapidez y le ofrecieron una ayuda de trescientos millones de dólares. A partir de entonces las autoridades de Kinsasa se dieron cuenta de que era sensato mantener también el diálogo con aquellas instituciones, en lugar de depender únicamente de China. Quizá tuvieran que intentar jugar a dos bandas.

Después de meses de debates, en diciembre de 2009 se acordó un compromiso: se suprimía la cláusula de garantía y a cambio de aquella concesión China reduciría sus inversiones de nueve a seis mil millones de dólares. Rápidamente, el FMI liberó quinientos cincuenta millones de dólares y anunció que el Congo no estaba lejos de la condonación de su deuda: de los trece mil millones «solo» tendría que reembolsar cuatro mil millones.

Entretanto, la India también espera convertirse en socio comercial del Congo, una cooperación que el FMI, sin duda, vigilará de cerca^[57].

Detrás de un gran muro blanco logré ver unas gigantescas mezcladoras de asfalto: era el 17 de octubre de 2008 y estaba circulando alrededor de los terrenos de la CREC (*Chinese Railway Engineering Company*) en Kinsuka. Este es un barrio de las afueras de Kinsasa situado a orillas del río Congo y la CREC una de las empresas estatales chinas del consorcio con el Congo y una de las mayores constructoras de Asia. Emplea a cien mil trabajadores. Kabila ha puesto a su disposición un enorme terreno cerca de las canteras a orillas del río y en otros lugares de la ciudad hay otras dos concesiones. Corría el rumor de que los obreros congoleños eran despedidos si no acataban las órdenes, incluso cuando estas se daban en mandarín. Su sueldo mensual de ciento cincuenta dólares se pagaba a un tipo de cambio muy bajo, por lo que en realidad tan solo recibían setenta dólares^[58].

Sin embargo, no tardé en enterarme de que quedaba descartado que me permitieran entrar, por no hablar de hacer entrevistas. Solo me dejaron ver aquel muro blanco y alto, de cientos de metros de largo, que rodeaba la concesión. Con el coche le di la vuelta hasta llegar a la parte trasera que limitaba con un barrio popular. Solo había un sendero de arena. Cuando me bajé del coche, se me acercó un chiquillo de unos cuatro años. Me miró, apuntó con el dedo y, como a los niños les gusta nombrar las cosas que conocen, dijo alto y claro: «Chinois!».

En Kinsasa crece una generación para la cual los europeos son más exóticos que los chinos. En el Congo vuelve a haber niños que nunca han visto a un blanco en persona, como sucedía a finales del siglo XIX. Uno se los encuentra incluso en los barrios populares de Kinsasa. He podido comprobar en varias ocasiones que los chiquillos se alejaban llorando cuando se topaban con mi monstruosa presencia en una de sus callejuelas.

Los congoleños adultos, en cambio, dudan entre Oriente y Occidente. Europa y Estados Unidos siguen despertando admiración por sus conocimientos técnicos, pero muchos congoleños se preguntan dónde está el resultado de tanto conocimiento, sobre todo teniendo en cuenta que los chinos llevan a cabo un proyecto tras otro. Tienen la impresión de que Occidente ha perdido el interés por el Congo. La elección de Obama trajo nuevas esperanzas. El viejo Nkasi no podía creérselo cuando habló con él por primera vez al día siguiente de las elecciones presidenciales estadounidenses. A las seis de la mañana, después de su histórico discurso de investidura, los jóvenes congregados en la transitada rotonda de Kintambo Magasin de Kinsasa gritaban de alegría: «¡Es uno de los nuestros! ¡Es uno de los nuestros! ¡Es un mutetela!»». Dado que el nombre del presidente empezaba por O, pensaban que pertenecía a la tribu de los batetela, donde son frecuentes nombres como Omasombo, Okito y Olenga. No obstante, incluso los que conocían mejor la genealogía del flamante presidente Obama creían que se abría un nuevo capítulo en las relaciones afroamericanas. Y, en efecto, Hillary Clinton viajó a Goma, era la primera secretaria de Estado estadounidense que visitaba el país desde 1997. El hecho de que fuera al Congo, pero no a Ruanda, que limita con Goma, aumentó la esperanza de que Estados Unidos rectificara por fin su política prorruandesa. Se nombró a un enviado especial para los Grandes Lagos, y durante su discurso de aceptación del premio Nobel, en diciembre de 2009, Obama se refirió expresamente a la violencia sexual en el Congo; pero, en la práctica, el Gobierno estadounidense no desarrolló una visión coherente del África Central^[59].

¿Y qué pasa entonces con los chinos? Durante mis conversaciones me llamó la atención que los congoleños hablaran a menudo con cierta ambigüedad sobre la presencia china. En su mirada se mezclan la admiración y el recelo, una paradoja que con frecuencia se traduce en una ligera burla. En el trato social, consideran a los chinos distantes, torpes y poco sociales. Muchos opinan que apenas ríen, que no se mezclan con ellos, que se instalan treinta en un mismo piso y que se olvidan de vivir. La barrera lingüística y las grandes diferencias culturales tampoco fomentan el contacto, por supuesto. Los que trabajan para un chino se muestran sumisos, pero se ríen de él a sus espaldas (no de ella, puesto que no hay mujeres), un trato que no se diferencia del que les dispensaban a los europeos hace un siglo. Eso no es óbice para que muchos estén impresionados por la velocidad con la que las empresas de construcción realizan su trabajo. *Bachinois batongaka kaka na butu*, dice la nueva canción popular: los chinos siempre construyen de noche y, cuando te despiertas por la mañana, ya hay un piso más.

Las obras se iniciaron con lentitud, pero la CREC causó sensación cuando — menos de un año después de la crisis financiera— empezó con el saneamiento de las alcantarillas y con la reconstrucción del bulevar 30 Juin en el centro de Kinsasa, a pesar de que arrancaron todos los árboles y de que el eje viario quedó reducido a una calzada de cuatro carriles donde se producen muchos accidentes mortales. La

población se percata muy bien de que Kabila ha subcontratado la ejecución de sus famosos *cinq chantiers* a los chinos para enmascarar su propio inmovilismo, igual que subcontrató la guerra a los ruandeses y a la Monuc. Algo tiene que poder presentar en las elecciones de 2011. *Cinq chantiers?* Querrás decir: «Tcheng Tchan Tché!». Cada vez que los niños ven a un chino en la calle o una congoleña con una blusa asiática, gritan: «Tcheng Tchan Tché!».

Si hay un lugar en el Congo donde el respeto por el gigante asiático casi se puede tocar, es en la acera frente a la embajada de China en Kinsasa. Tres mañanas por semana se forman allí largas colas de congoleños que esperan conseguir un visado. Algunos llegan incluso a las cinco de la mañana para asegurarse de tener sitio. Otros pagan a un niño de la calle para que les reserve un turno en la cola. Yo mismo hice cola una mañana, temprano, durante tres horas. Resultó que la mayoría de las personas que esperaban delante de la embajada eran mujeres jóvenes que querían ir a China; pero no para establecerse allí definitivamente, sino para comprar, puesto que si los chinos vienen aquí a comprar minerales, ¿por qué no íbamos a ir nosotros allí a adquirir sus productos? Ellas podían hacer lo mismo que hacía la China Amitié Company.

Fue una mañana agotadora, pero fascinante. La embajada de China está justo enfrente del cuartel militar general de la Monuc. Las personas que hacían cola no prestaban atención al tanque blanco en el que un casco azul paquistaní con un imponente mostacho vigilaba el acceso a la base. Él se mantenía como un valiente junto a su ametralladora, detrás de un muro de sacos de arena y de una gran alambrada de la que los niños de la calle colgaban la ropa para secar. Sin embargo, las mujeres daban literalmente la espalda a las Naciones Unidas y depositaban su esperanza en el nuevo salvador, la República Popular de China.

En la cola entablé conversación con Dadine y Rosemonde. Dadine era una actriz de veintisiete años en paro. Oyó hablar de las mujeres que partían hacia Guanghaizhou, la gran ciudad industrial en el sur de China, que en cantonés se llama simplemente «Cantón». En 2007 probó suerte por primera vez y viajó hasta allí para comprar durante una semana entera pantalones, zapatos, pelucas y bodis. Entonces aún era fácil hacerse con un visado, pero después de los Juegos Olímpicos de 2008 en Beijing los requisitos son más estrictos. Ella se había marchado solo con su bolso y había vuelto con sesenta y cuatro kilos de equipaje. Allí había comprado sandalias por tres dólares que podía revender por nueve en Kinsasa y a veces incluso por quince. No tenía ninguna tienda. Simplemente pasaba por casa de amigas o por los pisos de estudiantes de la ciudad. «Los clientes pueden comprar productos originales mucho más baratos de lo que están acostumbrados y yo he empezado a ganar dinero. He prosperado y soy independiente. Ahora ya no me viene de cien dólares. Sigo sin tener marido, pero hay muchos más candidatos^[60]».

Rosemonde, una pícara mujer de veintiséis años, tenía proyectos más ambiciosos. Llevaba ya desde 2006 viajando con su hermana a China, también a Guangzhou. Sus padres habían fallecido y ella tenía un hijo. Ninguna de las personas que había en la acera frente a la embajada de China iba a Shanghái, Hong Kong o Beijing, solo a Guangzhou. «Allí compro platos y vasos para restaurantes, también máquinas para hacer cubitos de hielo, pantallas de plasma y ordenadores. Hay que intentar encontrar cosas que otros no importen, así se puede pedir un precio más alto. Cada vez lleno un contenedor, yo sola. Me lo envían por barco a Boma, Matadi o Pointe Noire. Un transporte de este tipo cuesta doce mil dólares; es mucho dinero, pero en dos años he ganado cincuenta mil dólares y mi hermana también. Las dos hemos podido acceder a una vivienda.» Unas mujeres jóvenes que pueden permitirse ser propietarias de un bien inmueble en Kinsasa: ¡es lo nunca visto! Tal como la economía sumergida de la década de 1980 ofrecía nuevas oportunidades a las mujeres, la variante globalizada de esa economía les brinda nuevas perspectivas.

El mercado congoleño se inunda de productos chinos baratos, lo que ha provocado el fin de la producción textil local, una de las últimas industrias procesadoras que quedaban en el país. Un *wax chinois* (una tela estampada de China), me explicaron las mujeres, no puede compararse con la legendaria tela *wax hollandais* de Vlisco, con la que se hacían confeccionar sus mejores ropas. «Pero ¿qué quieres que te diga? Un *wax hollandais* cuesta ciento veinte dólares, mientras que un *wax chinois* solo 5.» Dado que la ropa, los televisores y los generadores *made in China* se rompen con sorprendente rapidez, en lingala ha aparecido un nuevo adjetivo: *nguanzu*, derivado de Guangzhou, que significa «poco duradero», «de mala calidad». Entretanto, a las mujeres que engañan a su marido también se las llama *nguanzu*.

Rosemonde vestía un suéter que llevaba escrito *Dior, j'adore* o, mejor dicho, ponía: «Dior, j'ddore», pues no se puede esperar que un obrero chino domine el alfabeto latino, además de los ideogramas. Las congoleñas que, como ellas, viajan a China se visten de forma muy distinta en Kinsasa: son más atrevidas, más extravagantes, parecen estrellas de *pop*, es fácil distinguirlas. Una mujer joven con minifalda o botas blancas casi seguro que comercia con Guangzhou. *Elles sont guangzhoufiées*, dice la gente: están guangzhouificadas. Sin embargo, Rosemonde lleva el verdadero sello distintivo de la nueva mujer congoleña. Se aparta el suéter «Dior, j'ddore» y me muestra su hombro desnudo. Allí, difícilmente visible sobre su piel oscura, está el orgullo del tercer milenio: un tatuaje. «En China nos va bien —me dice—. De verdad, deberías venir a verlo.»^[61]

Una autopista de noche, aunque nadie lo diría. Incluso después de medianoche los taxis tejen una red invisible de hilos mientras se deslizan de un carril a otro intentando avanzar más rápido. Pese a ello, hay mucho silencio en comparación con Kinsasa. Pocos cláxones. Nada de ruidosos y prehistóricos camiones DAF que avanzan a paso de tortuga, expulsando humaredas de diésel tan densas como los gases de las marismas. Ni de maltratadas camionetas Volkswagen cargadas con más de treinta pasajeros sentados en bancos de madera, los de la última fila con las piernas saliendo del portón trasero. Ni de baches del tamaño de cráteres en la calzada. El taxi verde y blanco se desliza por una abarrotada autopista de ocho carriles que atraviesa interminables suburbios de pisos grises. Más cerca del centro circulamos por unos pasos elevados suspendidos entre edificios de oficinas y bloques de viviendas. A veces hay una autopista encima y otra debajo de nosotros. Un tejido vertical. Y más abajo, mucho más abajo, al nivel de la calle, vemos los puestos de comida con farolillos y los anuncios de neón rojo chillón. Guangzhou.

Comparto el taxi desde el aeropuerto con tres congoleños. Hace veinticuatro horas que abandonamos Kinsasa. Kenya Airways nos llevó primero a Nairobi, donde tuvimos que esperar siete horas, y a continuación, con una escala en Bangkok, hasta Guangzhou, siete husos horarios antes. La otra ruta aérea pasa por Dubái. También Ethiopian Airlines realiza este trayecto desde su centro en Addis Abeba. Desde hace un par de años ambas compañías aéreas ofrecen semanalmente diez conexiones entre el continente africano y el sur de China, unos vuelos que salen medio vacíos y vuelven repletos. «¿Por qué íbamos a llevarnos la ropa? Ya la compraremos allí, ¿no?»

La primera vez, Dadine no las tenía todas consigo. «Poco después de despegar fui al lavabo. Escondí todo el dinero y el pasaporte debajo de mi ropa, porque había oído que había que andarse con cuidado con los nigerianos. Dicen que te drogan con alguna sustancia y luego te lo quitan todo. Yo llevaba encima mil quinientos dólares; los grandes comerciantes salen incluso con veinte mil dólares en el bolsillo. Hay que andarse con mucho cuidado.»

Nuestro taxista no corre ningún peligro. Unas rejas de plástico lo separan de nosotros, los prisioneros del asiento trasero, a los que entretiene. Los asientos son cómodos y debajo de las rejas hay empotrada una pequeña pantalla de televisión en la que desfilan dibujos animados y anuncios de crema corporal. El volumen está bajo. George, el congoleño que va sentado en la parte delantera, negocia la tarifa con el

taxista. Llevamos ya veinte minutos de camino. Georges habla un cantonés fluido. Después de unos cuantos años en Guangzhou, domina la lengua a la perfección. Yo sabía que casi todos los congoleños son políglotas y que aprenden fácilmente nuevos idiomas, incluso a edad avanzada, pero que alguien pudiera aprender chino sin seguir un curso, eso no me cabía en la cabeza. Georges no veía nada de extraordinario en ello: una joven africana había aprendido el idioma en tres meses.

El taxi nos lleva a las inmediaciones del edificio Tianxiu, en el norte de la ciudad, pegado a la concurrida Huanshi Dong Lu y el gran anillo interior de Guangzhou, un barrio con edificios altos y deteriorados, antenas de telefonía, vías de tren y un urbanismo caótico. Allí ha surgido en los últimos años un auténtico barrio africano en el que viven cerca de cien mil africanos, la mayoría temporalmente, otros de forma permanente. Georges tiene allí su pequeña oficina de transportes, junto con muchos centenares de personas más. Se dedica al «*air and ocean freight, full and groupage* contenedor»: transporte aéreo y marítimo, contenedores llenos y grupaje, como indica su espectacular tarjeta de visita. Durante los siguientes días me daré cuenta de que todos los africanos de aquí tienen tarjetas igual de vistosas, impresas en inglés, francés y chino, en las que figuran seis números de móvil: en China y en África. En las calles alrededor del Tianxiu hay diversos hoteles que ofrecen habitaciones dobles muy cómodas por veinte dólares la noche. Están llenas de africanos. Durante los siguientes diez días me alojaré en el New Donfranc Hotel y no veré ni un solo occidental.

El taxi se detiene cerca de una calle peatonal donde se pasean centenares de personas, hombres y mujeres, chinos y africanos; después de registrarme en el hotel, salgo a reconocer el barrio; las tiendas están abiertas día y noche y venden calzado, maletas, camisetas, móviles, lencería; en la calle, unos campesinos con sombrero de paja venden montones de fruta cuyo nombre desconozco, manzanas más pequeñas que una cereza, que todavía cuelgan de la rama, y pomelos más grandes que un balón de fútbol que ellos pelan con paciencia y habilidad; detrás de unas carretillas de madera con bombonas de butano, unos hombres en camiseta cocinan al *wok* como posesos mientras el sudor les gotea de la frente; mezclan fideos, *pak choi*, salsa de ostras, sacuden la sartén, llenan pequeños recipientes de poliestireno; de pronto se oye una estridente sirena, viene la policía y ellos se alejan apresurados con sus carretillas, sin apagar siquiera el fuego de gas —las llamas azules titilan como las de una antorcha, el aceite chisporrotea, histérico, la salsa de soja vuela—; en escasos segundos, han desaparecido en una oscura bocacalle entre cubos de basura y ratas amedrentadas; sus clientes se han quedado perplejos y sin cena, en medio de la calle comercial; compro un kilo de mandarinas a un viejo campesino, él las pesa con una balanza de bambú que sostiene delante de sus ojos de mirada penetrante, le pago con dinero que no conozco, ni siquiera sé si aquí calculan en kilos, y asiento con la cabeza a modo de agradecimiento, preguntándome si es el gesto adecuado; sea como fuere, el pequeño hombre de rostro ajado sonrío mostrándome dos dientes podridos;

el hotel no es un edificio aislado, sino que forma parte de un laberíntico centro comercial donde cientos de tiendas venden las mismas cadenas de oro, Nokias falsificados y camisetas de fútbol, del Barça, del Chelsea, camisetas de la selección holandesa en las que pone: Ruud van Nistelrooy, número 9; encuentro las dos puertas de ascensor que llevan al hotel, pero cuando salgo en la sexta planta, me doy cuenta de que no es el pasillo al que dan las habitaciones, sino un espacio oscuro que no reconozco; tengo la sensación de estar en un sueño; en la oscuridad, suena una débil música de cuerda, dos carpas koi nadan lentamente en un acuario suavemente iluminado, y mientras estoy allí parado con mi bolsa de mandarinas en la mano haciéndome a la idea de que he tomado el ascensor equivocado, una joven especialmente amable me pregunta si vengo por el *very special massage*; un poco más tarde, cuando por fin encuentro mi habitación de hotel, descubro en ella un expositor con planos de la ciudad y una nota que dice que *according to the provisions of Regulations of the People's Republic of China on Administrative Penalties for Public Security whoring legally forbidden*, [puesto que] *recently some aliens suffered stealing or robbery during whoring*^[e90]; pobre extranjero al que le suceda eso; no obstante, en ese mismo expositor hay tres paquetes de preservativos, dos *slips* en su envoltorio (*Antisepsis & Healthy*) y cuatro bolsitas de una sustancia desconocida: South Pole (*Liexin Resispance [sic] the Germ Liquid*); puesto que la descripción no me aclara gran cosa, leo en el dorso que el producto está elaborado con hierbas chinas naturales y elimina las bacterias en un 99,9 por ciento *for male and female privates itch and other social disease*^[e91]. Es de noche, pero no lo parece; el *jetlag* y la oleada de impresiones me mantienen despierto durante horas; incapaz de conciliar el sueño, zapeo por los treinta y seis canales llenos de samuráis que gritan y hombres de negocios que discuten; al final me quedo mirando un programa de concursos en el que los participantes, vestidos con prendas multicolores, tienen que efectuar un recorrido peligroso; pocos lo consiguen, la mayoría acaba sin pena ni gloria en una cuba de agua, para gran regocijo del público y del animador, que se ríe de ellos a gusto; son las cuatro de la mañana, echo de menos Kinsasa y descorro las cortinas; al otro lado del patio interior, dos plantas más abajo, cuatro hombres con el torso desnudo juegan a *mahjong* en una habitación llena de humo; una casa de juego, un fumadero de opio, quién sabe; no puedo oír sus voces, pero de vez en cuando los veo levantarse y gritar entre sí con fuerza.

Jules Bitulu ha sido testigo de la evolución. Me reúno con él en su oficina en la décima planta del Taole Building, en el agitado distrito de negocios de Dashatou. «En 1993 yo era el único africano en esta ciudad. Empecé junto con un chino una empresa en Shunde, cerca de aquí; dos años más tarde nos establecimos en el centro. Para los chinos, yo era un extraterrestre, una rareza. Entonces no había racismo, más bien curiosidad. Cuando llegaba a algún sitio, me ofrecían una silla de inmediato. Ahora

se han instalado aquí entre dos y tres mil congoleños. En su mayoría proceden de Kinsasa, Lubumbashi, Goma y Bukavu. Quinientos de ellos no tienen visado y viven de forma clandestina. Algunos tienen problemas con las drogas, aunque también hay muchos nigerianos que se pasean con pasaportes congoleños.»

Guangzhou es la capital de la Provincia de Guangdong, una zona con un diámetro de quinientos kilómetros en la que viven cien millones de personas, casi el doble que en todo el Congo. Fue allí donde, a finales de la década de 1970, Deng Xiaoping soltó por primera vez las riendas de la economía de Estado, mucho antes que en Shanghái. A fin de cuentas, era nativo de esta región. La gran distancia hasta Beijing la convertía en un laboratorio seguro para llevar a cabo un experimento de liberalización. Además, la Provincia de Guangdong se encontraba justo frente a Hong Kong, que era más libre, y a Macao y podía empezar a competir con ellas. Treinta años más tarde es la fábrica del mundo. Es el principal productor mundial de equipos de aire acondicionado, microondas, ordenadores, sistemas de telecomunicaciones e iluminación led. La Provincia de Guangdong es el segundo mayor exportador de productos textiles del mundo y confecciona el 30 por ciento de todos los zapatos del planeta. Las fábricas de Shenzhen exportan juguetes a todos los rincones del globo y hasta hace poco eran responsables de dos tercios de la producción mundial de árboles de Navidad artificiales: no está nada mal para una zona oficialmente atea. En esta pequeña superficie se realiza el 12 por ciento de la economía china y más de un cuarto de la exportación del país. Este improbable éxito se debía a un sistema de materias primas crudas fuertemente subvencionadas, pero la crisis financiera de 2008 golpeó duramente la zona: es cierto que los bancos nacionales chinos se mantuvieron en pie, pero los compradores extranjeros desaparecieron. Cientos de miles de obreros perdieron su empleo. Hoy en día se intenta transformar una economía de producción en serie orientada únicamente a la exportación en una innovadora industria del conocimiento que pueda atender también a un mercado local de rápida expansión. Y parece que funciona: en 2008, el año de la crisis, Huawei, el gigante de las telecomunicaciones, firmó contratos por más de veintitrés mil millones de dólares, lo que supone un crecimiento del 46 por ciento.

Con su elegante emplazamiento en el delta del río de las Perlas, Guangzhou ha sido desde siempre un lugar de negocios internacional. La ciudad, que constituía el inicio de la ruta marítima de la seda, entró muy pronto en contacto con el cristianismo y el islam. Hoy sigue teniendo una preciosa mezquita, que quizá se remonte al siglo VII, cuando surgió el islam, y una catedral católica de origen mucho más reciente. Los persas, los árabes, los portugueses y los holandeses llegaron hasta allí. Por consiguiente, no es de extrañar que también en la actualidad se haya convertido en el ombligo de las nuevas relaciones comerciales extranjeras, esta vez con África.

Jules llegó a China en 1988 con una beca de estudios. Pertenecía a un pequeño grupo de diecisiete zaireños seleccionados para realizar sus estudios superiores en Beijing en el marco de los lazos de amistad entre ambos estados. Dedicó el primer

año a seguir un curso obligatorio en una escuela de idiomas y después estudió cuatro años de informática. Ahora habla mejor mandarín que la mayoría de los cantoneses (según Beijing, el cantonés no es un idioma, sino un dialecto del mandarín, la lengua oficial) y dibuja los caracteres a una velocidad que pocos extranjeros consiguen emular. Un africano que escribe chino, cuesta un poco hacerse a la idea.

Un día, mientras estudiaba el idioma, vio en la pared de un edificio de la Administración la palabra «democracia».

Me pregunté: ¿qué es eso? Había notado cierta agitación, pero yo no entendía a qué se debía. En la televisión no se veía nada de eso. Nuestro profesor nos dijo que no fuésemos a la plaza de Tiananmén, pero yo cogí el autobús y vi una plaza llena, llenísima de estudiantes. Ya no había clases, todo se había parado. En nuestra universidad había dos ataúdes, no sé si estaban llenos o vacíos. De vuelta a mi piso, en la novena planta, vi que un minibús de la embajada de Estados Unidos recogía a los estudiantes estadounidenses. También se fueron los estudiantes de las antiguas colonias francesas, como Gabón. Nosotros, los zaireños, nos quedamos solos hasta que nuestro cónsul también vino a buscarnos. De camino a la embajada, vimos camiones del ejército quemados en la calle. Se estaba perpetrando una matanza. Unos estudiantes japoneses nos contaron más tarde que todo estaba muy bien organizado, con camiones para recoger los cadáveres y equipos de limpieza. Dormimos nueve días en el suelo en la embajada. Hacía frío y no teníamos nada que comer.

Como ingeniero informático recién graduado en un país lleno de ingenieros informáticos, Jules no encontró enseguida trabajo; sin embargo, disponía de otro talento: la música. Durante su época de estudiante, había dirigido una banda con algunos congoleños en Beijing; entonces se unió a una orquesta china itinerante. «Viajábamos durante seis meses por los poblados del interior. Estuve en las provincias de Guangxi, Hunan, Yunnan, Guizhou y Sichuán. Al principio solo tocaba la guitarra, pero más tarde también empecé a cantar en chino. Para el público era una atracción. Sin embargo, yo no me sentía a gusto con aquella vida. No veía nunca a otros congoleños y no comíamos bien, solo había comida china.» Sus experiencias recuerdan al sino de los congoleños que un siglo antes pudieron acampar en Tervuren. También entonces un negro era considerado más una atracción de feria que un ser humano.

Aun así, seguí con la música cuando ya había puesto en marcha mi negocio. Durante los fines de semana tocaba en una banda de *reggae* en Hong Kong, en el Africa Bar. Más tarde empecé a cantar canciones chinas en bares y restaurantes, unas veces daba tres conciertos al día, otras seis días a la semana. Estaba bien pagado. Cantaba en mandarín, en cantonés y en inglés. *Un Congolais, c'est bizarre*. Actuaba en grandes hoteles. También mucho karaoke. Eso me llevó hasta la frontera con Mongolia. En 2000, cuando tenía que actuar en Pekín, conocí a seis estudiantes congoleños que no tenían ni dinero, ni visados. Me los llevé a Guangzhou. Eso fue el principio de la comunidad congoleña de aquí. Trabajaban en discotecas. Ese fenómeno empezó a surgir con fuerza. Después todos abandonaron la música para dedicarse a los negocios.

De atracción de feria a pionero de la migración. Si lo entiendo bien, Jules Bitulu se convirtió en algo así como el Peter Stuyvesant del Congo. Además, es un narrador de talento y está muy bien informado. Durante nuestra conversación lleno diez páginas de anotaciones. Me cuenta que todo empezó en el año 2000, cuando en cuestión de pocos meses fueron llegando africanos occidentales, senegaleses y malíes a

Guangzhou. Dormían en un hotel musulmán cerca de Tianxiu. Me habla de lo fácil que era entonces conseguir un visado, incluso de seis meses, de un año. «Qué diferencia con lo que ocurre ahora, cuando uno puede darse por satisfecho si consigue un visado de dos semanas —suspira— y los que permanecen ilegalmente una vez que han vencido sus documentos se arriesgan a penas de prisión de uno a seis meses. Solo salen los que pueden pagarse el billete de vuelta. Ahora la situación es insostenible, incluso para los que tenemos un visado legal o un permiso de residencia. Los vuelos cuestan cada vez más, los precios de compra han aumentado, el transporte es caro, la aduana en el Congo, prohibitiva, y el mercado de Kinsasa está saturado.»

A pesar de ello, no echa realmente de menos el Congo. «Me he impregnado de la cultura china. Los congoleños deberían organizarse mejor, como los chinos. Tendrían que trabajar en grupo, pero no quieren, pese a que podrían negociar precios más bajos. Es como un virus. El contrato que el Congo firmó con China también se negoció mal. Nadie en la delegación congoleña hablaba chino. Ahora China construirá rápidamente algunas carreteras que después nadie se ocupará de mantener en buen estado.» Jules dice lo que piensan muchos congoleños en China: ese trato, el mayor de la historia de su país, fue precipitado, el país se vendió barato. «No tengo miedo de decir que me avergüenza ser congoleño. Desde la independencia, el Congo nunca ha sido un país. Nada funciona. La gente piensa solo en su bolsillo. En estos veinte años he visto cómo China evolucionaba.» En los poblados en los que cantaba Jules Bitulu, en 1990, apenas el 5 por ciento de las familias tenía televisor; a finales de 2006, era el 90 por ciento^[1]. «He visto cómo crecía Vietnam. He estado en Dubái y me quedé atónito. Aquello es un desierto, sabes, pero hay flores, ponen tubos debajo del césped. No, ellos han hecho un buen trabajo construyendo su país. Si Dios hubiese puesto a los congoleños en el desierto, ¿habrían hecho lo mismo? *Papa, c'est fini!* Que las cosas nos vayan mal no es culpa de los blancos, ni de Mobutu, ellos son cabezas de turco, eso es el pasado. Fíjate en los chinos. Aprenden de Europa y saben que las cosas no se consiguen por arte de magia, sino solo trabajando duro.»^[2]

El distrito de negocios de Dashatou es un barrio de la ciudad marcado por completo por la electrónica. Hay centros comerciales dedicados exclusivamente a las cámaras digitales, al lado de otros centrados en los portátiles o en las pantallas LCD. Después de la conversación con Jules Bitulu aprovecho la ocasión para perderme por sus calles. Entro en una megatienda sin ventanas donde solo venden móviles. Cientos de chicos y chicas atienden en los *stands*; si tienen hambre, se agachan detrás de la caja y vacían apresurados un cuenco de fideos. Puesto que el método de la observación participativa nunca falla en etnografía, me pongo a manosear su mercancía. *Chinese copy!*, me dicen sin rodeos sobre algo que parece un perfecto iPhone. *This one good copy. This one bad copy.* Vale, una copia buena y una mala. Tomo nota. *This one original.* No, no, ese *ouigina* no me interesa. Una auténtica imitación me parece

mucho más original, sobre todo porque los aparatos falsificados incluyen funciones de las que carecen los auténticos, como la posibilidad de poner dos tarjetas SIM, muy útil para quien viaja mucho. En un mundo feliz la frontera entre lo verdadero y lo falso se desdibuja. Lo falso no es una mala réplica, sino la vanguardia técnica. Y, por consiguiente, compro varios iPhones falsos y Ericssons de imitación a unos cincuenta dólares la unidad, con la intención de vender algunos cuando vuelva a Kinsasa y recuperar así parte de mi billete de avión. En ese momento todavía ignoro que tendría que haber comprado treinta en lugar de cinco: los venderé en un solo día por mucho más del doble.

Delante de uno de los puestos conozco a Enson, un joven chino hiperactivo que me habla en un fluido lingala mientras coloca las tarjetas SIM y cambia las baterías. No, nunca ha estado en el Congo, me confiesa. Él trabaja todos los días en este espacio sin ventanas, pero muchos de sus clientes son *kinois*, de ahí que domine la lengua. Me asegura que no habla francés, sin percatarse de que la mitad de los términos técnicos que utiliza son palabras francesas. *Ozana besoin sim mibale?* ¿Necesitas una doble SIM? *Ay, papa, accessoires mpo na modele oyo eza te.* Señor, este modelo no tiene accesorios.

El edificio Tianxiu es un centro comercial de varias plantas con una intensa iluminación de neón y una cacofonía de música enlatada. Los estrechos pasillos están llenos de diminutas tiendas de cristal donde unos vendedores inusualmente complacientes encomian las virtudes de sus mercancías. Muchos de esos establecimientos son escaparates de las fábricas situadas en otro lugar de Guangdong. En veinte metros de pasillo veo telas de batik industriales, chanclas, zapatillas de deporte, botas, trajes, chándales, camisetas, tangas, joyas, cargadores de móvil, móviles, ventiladores, espirales antimosquitos, motosierras, generadores, motocicletas y baterías. El vendedor se levanta de un salto tan pronto entra un cliente y se desvive por él. Despliega las telas y las vuelve a guardar. Descuelga trajes con un palo y comprueba si le queda bien. La comunicación no fluye con facilidad, pero la calculadora saca de cualquier apuro. Estos intercambios producen auténticas joyas de la pantomima. El vendedor teclea el precio en renminbi, el nombre corriente del yuan, y muestra la pantalla. El africano lo traduce a dólares, mira enfadado, dice: «No, no, no!», y teclea un importe que es la mitad del anterior, tras lo cual el chino sonríe con una mueca de dolor, niega con la cabeza e introduce una cifra que le provoca menos tristeza. Acto seguido, el africano apoya el brazo en el mostrador de cristal, con un gesto de desánimo, y dirige una mirada aburrida a la ventana. Después de una teatral pausa llena de ansia y de profunda indignación, teclea un nuevo importe y le muestra la calculadora al vendedor. El asunto sigue así durante un tiempo, hasta que el africano hace amago de irse a otra tienda y entonces nuevas fuentes de amistad parecen ser posibles.

Una tienda vende solo tangas, entre ellos un impresionante modelo con la bandera de Angola. Las cuerdas y los triángulos tienen los colores nacionales, rojo y negro; el logotipo comunista —una rueda dentada, un machete y una estrella del alegre amarillo del amanecer— está justo a la altura del monte de Venus. Cuando pregunto con timidez su precio, me informan de que solo los venden por mil unidades. *Thousand*, me dice la mujer, *not one*, mientras teclea un uno y tres ceros en su calculadora.

Dadine titubea sobre algunos vaqueros. El precio de siete dólares le gusta, pues en Kin le pueden pagar hasta treinta y cinco dólares por ellos, pero los vaqueros pesan bastante en su equipaje. Eso significa que no podrá llevarse muchos, y teniendo en cuenta cómo son los aduaneros en casa... Se lo tiene que pensar. «Nuestro país es una zona de guerra. Llegas agotada de China y en el aeropuerto los de la aduana te asaltan mientras esperas las maletas. Te piden treinta dólares por bulto para dejarte pasar y pueden subir hasta los cien dólares, pero muchas veces abren tu equipaje con un bolígrafo o con una llave y se llevan una camisa o un pantalón, allí mismo, delante de tus narices.»

Las hermanas Fatima y Fina, de la minoría congoleña musulmana, lo están pasando mal. Las conocí en el avión y unos días más tarde me topo con ellas mientras descansan sentadas en un banco después de tanta compra. Me explican que tenían previsto llenar un contenedor con latas de puré de tomate, uno de seis metros, no de doce, pues este es demasiado caro, pero en la fábrica les han dicho que el pedido no estará listo hasta diciembre. Eso significa que sus latas llegarán a Kinsasa, como muy pronto, en febrero, demasiado tarde para las fiestas de fin de año con las que ellas contaban. ¿Quizá deberían pasarse a la nuez moscada? Aunque entre enero y octubre de 2008 el precio ha aumentado de siete mil doscientos a ocho mil doscientos dólares por tonelada y un contenedor tiene fácilmente doce toneladas. ¡Y sin contar con el transporte! Enviar un contenedor de seis metros a Matadi cuesta cinco mil seiscientos dólares y uno de doce metros diez mil dólares. A ello hay que añadir las tasas de importación y el Congo tiene la aduana más cara del mundo: hasta quince mil dólares por un contenedor pequeño, hasta veinte mil por uno grande. Me explican cómo funciona eso. Las tarifas oficiales son, como siempre, negociables, pero hoy muchos prefieren enviar su cargamento a Pointe Noire y al Congo-Brazzaville. ¿No deberían ellas considerar esta opción? En tal caso, un camión lo llevará a Brazzaville y allí los cientos de sacos de nuez moscada se cargarán en el transbordador a Kinsasa, donde desde siempre el transporte de mercancías corre a cargo de personas que van en silla de ruedas, puesto que los minusválidos pueden hacer la travesía por una tarifa reducida. Mozos de equipaje discapacitados, lo he podido comprobar yo mismo. Los minusválidos con los que hablé consideraban que era un derecho adquirido cargar su silla de ruedas con montones de sacos, hasta que ya no veían nada, para subir después a bordo con los demás pasajeros.

Lina es sin duda la mujer de negocios más exitosa que he conocido. En cuatro días ha llenado dos grandes contenedores con materiales de construcción: baldosas, puertas, equipos de aire acondicionado, loza, sanitarios, iluminación. Actualmente, en Kinsasa se pueden comprar retretes de la marca Aomeikang, lavabos de Meijiale, alarmas contraincendios de Hefei Chenmeng y hasta papel higiénico Wij Mei. Su primer contenedor ya está cerrado, para el segundo busca aún varias pantallas de plasma. Cuando haya acabado, encargará que le confeccionen algunas prendas de vestir. Ha traído consigo fotos de una revista africana con ropa que los chinos tienen que imitar. El único problema es que le duele mucho el vientre. En esta ocasión, la ha acompañado su sobrina, que está pensando en someterse a un tratamiento de fertilidad en China, pues ¿por qué comprar solo productos, si también hay servicios? Sin embargo, la propia Lina no tardará en conocer la sanidad china. Cuando me la vuelvo a encontrar unos días más tarde, me cuenta que ha estado en una clínica. El intenso dolor se debe al apéndice inflamado. «Normalmente, para someterme a una intervención, me habría ido a Sudáfrica —me dice—, pero esta vez me haré operar en China. Dicen que la medicina china es buena.»

La diáspora africana en Guangzhou es cada vez mayor. Hay más personas y se establecen cada vez más lejos en el interior del país. Algunos de los africanos instalados en China conviven como si fueran una familia: mientras todos se van a comprar productos, una persona se queda en casa para cocinar de la manera más africana posible con los ingredientes disponibles. Otros comen con palillos, como si llevaran haciéndolo toda la vida. Un congoleño puso en marcha un bar con sala de baile, Chez Edo, que según muchos africanos con los que hablé era el local más agradable de toda la megalópolis, pero fue cerrado por orden de las autoridades por no tener los papeles en regla. Otros regentan una peluquería o diseñan ropa. Los homosexuales, que en África se topan con muchas dificultades, han descubierto nuevas posibilidades en China y no tienen intención de regresar. Conocí a un joven gay congoleño que había sido repudiado por su familia en Kinsasa, pero que en China había iniciado una relación con un nigeriano. Para él, China no era el país de la represión, sino de la libertad.

Uno de los grandes comerciantes, *monsieur* Fule, es considerado «el presidente de la comunidad congoleña en Guangzhou.» Ni su cargo, ni la organización son oficiales, pero él hace un poco el papel de cónsul. Todos los que llegan a la ciudad pasan a verle para charlar con él. Cuando voy a visitarlo, está sentado detrás de un escritorio lleno de zapatos de señora. «Llevo aquí nueve años y tengo un permiso de residencia —me dice seguro de sí mismo. Fule fue uno de los estudiantes congoleños que Jules Bitulu se trajo de Beijing a Guangzhou—. Ahora para los extranjeros sin visado los chinos tienen una prisión. La época dorada ha terminado. El comercio se ha convertido en un terreno resbaladizo; sin embargo, en el Congo es todavía mucho

peor. Nuestro país está en la miseria y se hunde cada vez más en ella. Todo está sucio, aunque gracias a China todo el mundo va vestido pulcramente.» Se muestra bastante optimista con respecto al gran contrato firmado entre ambos países. «Es cierto que puede parecer poco claro —me dice— pero la gente lleva años robando minerales del Congo. Ahora al menos pagan miles de millones de dólares a cambio.» Y desde detrás de su muro de zapatos, acaba sentenciando: «El Congo no logra arrancar, pero nosotros volveremos. Los emigrantes congoleños en Europa ya no se preocupan por su país, puesto que tienen su vida social allí, pero nosotros, aquí en China, nos damos cuenta de que el comercio por sí solo no satisface a nadie. Volveremos algún día»^[3].

El domingo por la mañana entro en la oficina 3105 en la decimoprimer planta del edificio Tianxiu, muy por encima de las tiendas. Es un espacio sobrio, con una alfombra desgastada, en el que aun así un comerciante congoleño ha establecido su propia Iglesia con el ambicioso nombre de Église Internationale pour la Réconciliation. Tres noches por semana se celebra una reunión de oración y los domingos se ofician dos servicios de tres horas. Cuando entro, noto de inmediato que en esta diáspora Dios ha perdido algo de lustre: hace juego con el interior. Solo hay ocho creyentes, entre ellos un chino que toca el teclado. Durante una larga meditación sobre un verso de la Biblia, el predicador dice:

—La palabra de Dios es como la lluvia. Solo sube al cielo después de haber regado la tierra para que sepamos...

—¡LO QUE ES EL ÉXITO! —responde la comunidad de fieles.

No es la primera vez que participan en este juego de preguntas y respuestas.

—En todos nuestros...

—¡PROYECTOS!

—Para que todos puedan...

—¡TRIUNFAR!

Acto seguido, los fieles se ponen en pie para rezar. Con los ojos cerrados y con las manos alzadas, todos hablan a la vez y a voz en grito suplican al Señor fuerza y visión para los negocios. El predicador les pide que recen por *notre frère* David, que ha venido hoy por primera vez. Luego vienen los cánticos: los africanos bailan con ritmo mientras el teclista chino se limita a desplazar su peso de un pie a otro. «No es fácil para ellos —me dice el evangelista cuando ha acabado la ceremonia—. Saben muy pocas cosas. Ni siquiera saben quién es Abraham. Si hubiera que explicarles todo eso...»

Por la tarde voy a casa de Patou Lelo, un comerciante que cada mes envía entre cien y ciento cincuenta contenedores a África. Aprobó un máster de Administración de Empresas en Wuhan y ahora vive en un modesto piso en la planta baja de un bloque de viviendas en el que apenas entra la luz del día. Su hija de casi dos años juega sobre

la alfombra. La pequeña tiene rasgos africanos, pero sus ojos son asiáticos. Su piel tiene una cálida tonalidad ocre.

Cuando llegué aquí muchas personas me preguntaban si podían tocarme la piel. Creían que era un chino que se había expuesto demasiado al sol y que con el tiempo volvería a recobrar su color claro. Cuando me paseaba por la calle con mi novia, muchos pensaban que ella era mi intérprete o incluso una prostituta. Ahora hace dos años y medio que nos casamos. Su madre se oponía del todo a nuestro matrimonio. «¡O él o yo!», le dijo, pero su padrastro no montó ningún escándalo. «Es un hombre tranquilo y serio», decía. En el Congo pasó lo mismo: a mi padre no le importó, pero mi madre nos puso muchas dificultades. Solo aceptó a mi esposa después de que nuestra hija naciera. En China la familia es tan sagrada como en el Congo, no es como en Europa, donde la pareja es lo primero. Aquí los abuelos son muy importantes, los cuidamos. La familia con su hijo único y los abuelos es lo que constituye aquí la familia nuclear.

Sobre una cómoda hay fotos de la boda de Patou. Posa con su mujer luciendo atuendos chinos, japoneses y occidentales. Una pareja radiante. Su primo y su hermano vinieron para la ocasión desde el Congo y toda la comunidad congoleña de Guangzhou estuvo presente. Sin embargo, Patou reconoce que no siempre es fácil.

Se trata de una cultura totalmente distinta, diametralmente opuesta a la congoleña. Los chinos son ultranacionalistas. Mi esposa defiende por sistema a otro, solo porque es chino. Además, es atea. Hay pocos chinos creyentes, a no ser que sean budistas, pero esa es *une petite religion*. Aquí incineran a sus muertos y eso es muy duro para nosotros. Cuando muere un congoleño, nuestra comunidad reúne dinero para repatriar el cuerpo. Los chinos están muy desarrollados económicamente, pero llevan retraso desde el punto de vista moral. Esa costumbre de escupir en el suelo en los grandes restaurantes... Aunque he de admitir que la mujer china es más abierta que el hombre; sin duda, mi mujer lo es.

Es consciente de que ha tenido suerte, puesto que el racismo no hace más que aumentar en Guangzhou. Cada vez más taxistas se niegan a aceptar a clientes africanos. Ya no los llaman *hēi rén* (negro), sino *hēi gǔi* (demonio negro). Las calles de alrededor de Tianxiu son conocidas como «el barrio de los demonios negros» o *chocolate city*. Si una mujer africana toca las verduras en el mercado, a veces los vendedores chinos las desechan.

«Pero los negros también tienen parte de culpa. No se integran, no se adaptan. Las bandas de traficantes integradas por nigerianos y por tipos de Sierra Leona nos dan mala fama, pese a que aquí hay muchos congoleños que trabajan duro.» Más duro que en el Congo, afirma Patou. «Fíjate, en el Congo no existen personas que sean cien por cien honestas. Siempre andan buscando dinero rápido y fácil. No comprenden el principio de inversión, puesto que de todas formas la familia siempre se lleva el dinero. No hay posibilidades para reinvertir. Sin embargo, aquí la distancia de la familia es mayor, ¿comprendes?»

Todos los miembros de su familia han emigrado: su hermano vive en España; su hermana en Francia; otra hermana en Manhattan; solo su anciana madre se ha quedado en Kinsasa. Muchos congoleños salen al extranjero huyendo de los asfixiantes lazos familiares. En tiempos de crisis la famosa solidaridad africana tiene algo de emotivo, pero en tiempos de reconstrucción impone una lógica infernal que imposibilita los proyectos a largo plazo: el poco de dinero disponible se distribuye de

inmediato entre las muchas bocas que hay que alimentar. La reinversión y la planificación no son muy valoradas. En China es más fácil conseguirlo, pues no hay tíos, ni sobrinos que te acusen de brujería si te niegas a compartir con ellos el poco dinero que gana, mientras que en el Congo la brujería es el argumento último para obligarte a ser solidario.

«Aquí no se habla nunca de brujería», me dice Patou Lelo, visiblemente aliviado de haberse liberado de esta metafísica espiritual. En el Congo muchos buscan la protección de una Iglesia pentecostal por temor a la brujería, pero esta mañana he podido comprobar que en China no lo necesitan tanto. «La proliferación de falsos predicadores y de falsos pastores en el Congo se debe únicamente a la pobreza, pero aquí el trabajo es más importante que la religión.»^[4]

Por la tarde me paso por el pequeño despacho de Georges, el hombre que me vino a recoger al aeropuerto. No descansa, ni siquiera en domingo. «Tenemos que trabajar mientras somos jóvenes —me dice—, luego seremos unos ancianos.» Su empresa de transportes tiene el eslogan *Vous servir, c'est notre devoir* y no se trata de una fórmula vacía. Dos colaboradores, César y Timothée, arrastran unas cajas de cartón descomunales y las colocan como mejor pueden sobre una balanza en la que casi no se ven las cifras. Georges habla sin parar por teléfono. ¿Se puede sellar ya el contenedor? ¿Cuántas toneladas se pueden añadir aún? ¿Cuándo saldrá el camión? ¿Alguien ha ido al aeropuerto? Espera. David, ¿cuántos kilos te sobran de equipaje? ¿Qué? ¿Cuarenta kilos? Pero ¿qué has hecho en los últimos días? ¿Es que no has comprado nada? ¿Solo cinco móviles? ¿Cuarenta kilos, estás seguro? ¿No quieres venderlos? Catorce dólares por kilo, ¿vale?

Y mientras le vendo, literalmente, aire, Iso y Jodo, dos jóvenes chinas, rellenan formularios en la parte trasera del despacho. Iso, una joven que lleva unas finas gafas, hojea un diccionario, está aprendiendo inglés y francés. Trabajar con un congoleño no solo aporta dinero, sino también conocimientos de idiomas. En la pared hay un póster de DHL y un mapamundi con China en el centro: Europa y América se han convertido en zonas periféricas, Asia y África conforman el nuevo centro. Al igual que las relaciones entre Europa y Estados Unidos eran los contactos intercontinentales más importantes del siglo xx, las relaciones entre China y África serán las más importantes del XXI.

En la pared hay una frase en lingala. *SVP Ndeko awa ezali esika ya mosala*, querido amigo, esto es un lugar de trabajo. «La he impreso y la he colgado —me explica Georges—, porque de lo contrario los congoleños venían aquí a charlar.» La actividad de los congoleños en Guangzhou es impresionante. Uno de los comerciantes a los que llamé para una entrevista me dijo: «Hoy ando muy liado, pero mañana podré dedicarle cuarenta minutos. ¿Es suficiente?». ¡Menuda diferencia con

el Congo, donde casi todo el mundo está siempre disponible y donde la mayoría se molesta si te marchas al cabo de cuatro horas!

Cuando los dos mozos de equipaje han acabado de pesar y de apilar, me proponen ir a tomar una cerveza. En la puerta de al lado hay un *snackbar* con algunas sillas fuera. Ya ha anochecido, pero en Guangzhou la «noche» es un concepto relativo. Estamos sentados en la calle y observamos a las chicas de los salones de masaje que hay al otro lado. Llevan túnicas blancas y una cinta roja alrededor de los hombros. Se han especializado en técnicas de masaje chino tradicional e intentan atraer a los clientes hacia el interior. Es un masaje de verdad, me explica César, no *the very special one*.

César es un caso aparte. Tiene los ojos inyectados en sangre y una voz que vacila entre la alegría y la tristeza. En el Congo fue durante años comandante de la policía y sigue prefiriendo que lo llamen comandante César. Sirvió con Mobutu, Kabila père y Kabila fils.

Nosotros recibimos una formación muy dura. En una ocasión me hicieron estar dos días metido en el agua, que me llegaba hasta el pecho. Agua sucia, asquerosa, si te caías dentro, estabas muerto. O cuatro días de guardia, de pie, sin dormir, ningún problema; pero, en 2002, me harté. Toda mi familia se dispersó, los seis hermanos; en el Congo solo se quedaron mis padres y una hermana para cuidar de ellos. Yo me fui a Tailandia y desde allí intenté llegar a Alemania. Un amigo que ya estaba allí me envió su pasaporte por DHL; pero cuando llegué, la aduana alemana se dio cuenta de que algo no cuadraba. Me metieron en la cárcel durante un mes y luego me devolvieron en avión a Tailandia. Desde allí pasé por todos los países: Singapur, Vietnam, Malasia, Hong Kong, Corea, Filipinas... Cada mes tenía que mudarme para prorrogar mi pasaporte. Así aterricé en China, pero mi visado ya ha vencido. Pueden detenerme en cualquier momento.

Deja su cerveza en la mesa y le grita en cantonés a la dueña que quiere otra. El callejón es gris. Junto a nuestras sillas de plástico hay una enorme rata, que no se mueve y mastica algo. «Aquí conocí a una mujer preciosa, una mujer con una larga melena negra. Provenía del oeste de China. No tenía aspecto chino, sino más bien indio o ruso, no lo sé.» Pienso que quizá era una uigur, pero no lo interrumpo. Timothée está arrancando la etiqueta de su botella. César empieza con su segunda cerveza. «Nos iba genial. Éramos propietarios de una tienda de teléfonos que funcionaba bien. Ella quería niños, pero yo ya tenía ocho en Kinsasa. Entonces empezó a arrinconarme. Quería que rompiera todos los lazos con mis amigos y con mi familia. Era solo ella y yo. *Mais je suis un africain!*» —lo dice gritando, pero la rata ni se inmuta—. «Me sentía tan atrapado que estuve a punto de suicidarme; pero era una mujer muy hermosa, todos me miraban cuando salía con ella. El *phone shop* funcionaba bien. Entonces, después de mucho dudar, rompí con ella, fue muy difícil. Ella se quedó con la tienda, pero me hizo chantaje: amenazó con denunciarme, si volvía al negocio de los teléfonos. Y aquí me tienes. Sin trabajo, sin visado, solo puedo hacer trabajillos para Georges.»

La rata se ha ido y Timothée sugiere que vayamos a bailar. ¿No me apetece ver la discoteca Kama? Es especial. En el taxi que nos lleva hasta allí me explica la historia de la empresa. «El propietario de Kama es un chino que está casado con una árabe,

pero el DJ es un nigeriano.» Cuando entramos, descubro que se trata de un templo negro como la noche, donde se mezclan asiáticos y africanos. Allí ponen música *techno* china, *beat* asiático y por supuesto —cómo no, pues es el principal producto de exportación del país, después del mineral de cobre—, rumba congoleña. Encontramos una mesita libre y pedimos cerveza. El comandante César empieza a revivir lentamente. Baila al ritmo de *Bouger bouger*, de Magic System, lo más pegadizo que África ha producido en el tercer milenio. Allí no ponen música occidental, el pop y el *rock* son géneros irrelevantes procedentes de un mundo viejo. Una banda se prepara para actuar. El DJ deja sitio a la cantante de *reggae* de Cabo Verde, a la que acompañan músicos de isla Mauricio. Las gogós son tres cantantes de las islas Filipinas con botas de látex cuatro veces más largas que sus faldas.

En diferentes salas laterales se pueden alquilar *boxes* de karaoke. César no comprende por qué habría que irse a canturrear a un *box*, cuando se puede contemplar una actuación tan... interesante. Entre las mesas se pasea una joven china que vende flores y que tiene un osito de peluche de saldo que es casi tan grande como ella. Y eso tampoco lo entiende César. *Les chinois*, suspira.

Después de unas horas, vamos a tomar una cerveza a una terraza del barrio africano. Ahora podemos hablar de nuevo, aunque nos siguen zumbando los oídos. Los coches pasan a toda velocidad trazando líneas rojas y amarillas, los anuncios de neón exigen que se les preste atención, las prostitutas van y vienen. Timothée, que apenas ha abierto la boca en toda la noche, empieza a animarse.

—Estoy descubriendo todos los sabores —dice, riéndose—, rusas, chinas, tailandesas, tanzanas, ruandesas... ¡Ah, no, nada de ruandesas, las odio! Aunque las mujeres más caras son las africanas, no hay muchas. Por una africana con un buen culo se pueden pagar fácilmente doscientos *renminbis* por una sola vez. ¡Eso son treinta dólares!

—¡O cuatrocientos *renminbis*! —añade César—. ¡Por una sola vez!

—Yo siempre pago ciento cincuenta *renminbis* por dos veces, en ocasiones solo cien. A las chinas les pago solo treinta *renminbis*, apenas cinco dólares. ¿Qué quieres? No tienen nada y no hacen nada.

—En Bangkok vi cosas raras —se ríe César—. Chicos que se convertían en chicas, ¡en serio! Le habían quitado su..., su..., ¿cómo se dice? Su cosa, su pene, sí, eso es. Y después les hicieron un agujero. *Vraiment!*

Sacude una vez más la cabeza al pensar en esa curiosa Asia adonde ha ido a parar por un capricho del destino. Y pensar que él quería vivir en Alemania. Mira a las chicas en la calle y sonrío. Tiene los ojos rojos y el rostro curtido, pero irradia cierta fragilidad. ¿Es el alcohol? ¿Es mal de amores? ¿La añoranza del exiliado? «Ya no quiero ninguna mujer. Muy ocasionalmente me llevo a una chica, pero ya casi nunca. Por las noches suelo entrar en el cuarto de baño y cojo algo de gel de ducha. Me enjabono y con eso me relajo.»^[5]

Ya no es el sonido del «tambor de hendidura» que transmitía las noticias de poblado en poblado, ya no es el golpeteo sordo del tamtam, ni el chasquido del látigo, ni el tañido de campanas de la misión, ni el retumbar del tren, ni el traqueteo de la perforadora en la mina, no, ya no es el repiqueteo del telégrafo, ni el chisporroteo de la radio, ni el griterío del pueblo, donde resuena hoy el latido de un país. No es el machaqueo de la mandioca en el mortero, ni los golpes de agua contra la piragua. El corazón de este país ya no palpita en el fuego cruzado en la selva, ni en la mesa que bate contra la pared mientras una mujer grita que nunca quiso esto, no.

Es de noche, pero no lo parece.

El nuevo Congo tiene otro tono, el nuevo Congo canta en la terminal de llegadas de un aeropuerto que resuena. Es el ruido de la cinta de embalaje que rodea los paquetes y las cajas, la cinta que grita cuando la desenrollas y que cruje cuando la rompes, grrraaaa..., crac, una cinta que rasga y chilla y brama, cinta, metros y metros de cinta, en la terminal de llegadas del aeropuerto, un gemido suave alrededor de las maletas, como en una incubadora. En todas partes hay gente que envuelve sus cosas con vendas de plástico marrón. Y una vez que han acabado escriben con rotulador su nombre, su barrio y su calle.

Estos chillidos no son quejidos, sino el grito de una nueva vida.

Ya las había visto al subir a bordo: dos mujeres de pelo rubio platino, no, con pelucas rubio platino con corte bob. Parloteaban alegremente, se daban palmaditas en la espalda, una apoyaba la cabeza sobre el hombro de la otra mientras se tronchaban de risa. Sus maletas y sus bolsas estaban en la bodega, con su nombre garabateado sobre la cinta de embalaje. Ambas vestían ropa nueva, un pantalón y una blusa con estampado de flores. Aún llevaban puesta la etiqueta. ¡Iban a hacer una entrada triunfal en Kinsasa! El que tiene algo nuevo quiere mostrarlo. Los hombres tampoco quitan la etiqueta de la manga de su traje recién estrenado, ¿verdad? Los niños tampoco le quitan el plástico a los frenos de su bicicleta, ¿no? Entonces ellas no podían ser menos.

A bordo reinaba una atmósfera alegre. Las dos mujeres rubio platino veían con los cascos puestos una película de dibujos animados y la comentaban a gritos. Regresaban al África Central. Era tan solo el segundo vuelo directo entre Guangzhou y Nairobi; el primero había salido dos días antes. Nada de escalas en Bangkok o en Dubái, mejor coger un vuelo directo, cruzar de un tirón el océano Índico: parecía un acontecimiento histórico.

En Nairobi vi a dos jóvenes turistas holandesas con las caras rojas por el sol que buscaban la puerta de salida. Llevaban pantalón corto y sandalias y cargaban con una gran jirafa de madera, un recuerdo envuelto en papel de periódico local. No sé qué era, pero algo en aquella escena me molestó. Tenía la sensación de que durante los últimos días se me había permitido echar un vistazo al tercer milenio y que ahora me

devolvían bruscamente al siglo anterior, el siglo en que los europeos compraban jirafas de madera en África. Mi razonamiento no se sostenía del todo, pero estaba demasiado cansado para preocuparme por la coherencia.

La última parte del viaje sobrevolamos el Congo. Las mujeres de rubio platino dormían con la boca abierta. A través de la ventanilla vi el enorme brócoli de color verde musgo de la selva ecuatorial, cortado de vez en cuando por un río marrón que brillaba al sol. Por supuesto, es sabido que las riquezas naturales del Congo han contribuido a darle color a la economía mundial: desde la bola de billar y el neumático, pasando por el casquillo de una bala y la bomba atómica, hasta el móvil. Sin embargo, esa historia basada solo en el utilitarismo me parecía limitada y manida, como si el Congo, ese país inmensamente hermoso, solo fuera el almacén del mundo, como si, aparte de sus materias primas, no hubiese contribuido en nada a la historia del mundo. Como si su subsuelo fuera importante para toda la humanidad y su propia historia, una cuestión meramente nacional, impregnada de sueños y de sombras, pese a que en mis conversaciones y en mis lecturas con frecuencia había constatado todo lo contrario. A principios del siglo xx la política del caucho dio pie a una de las primeras grandes campañas humanitarias de la historia. En ambas guerras mundiales los congoleños contribuyeron a que se produjeran victorias decisivas en el continente africano. En la década de 1960 fue en el Congo donde empezó la Guerra Fría en África y donde se inició la primera gran operación de las Naciones Unidas. Poco importa que los congoleños no se lleven todo el mérito de estos logros: lo que cuenta es que la historia del Congo ha contribuido a determinar y a dar forma a la historia del mundo. La guerra de 1998 a 2003 propició una de las operaciones de paz más caras y a la primera intervención militar de la Unión Europea; acabó con combinación única de diplomacia multilateral y bilateral que permitió seguir de cerca la gestión política del país. Las elecciones de 2006 fueron las más complejas que la comunidad internacional había organizado hasta ese momento. La Corte Penal Internacional está estableciendo una jurisprudencia esencial con los primeros enjuiciamientos de acusados: tres congoleños. La historia del Congo ha sido clave en varias ocasiones en los intentos por definir un orden mundial internacional. Del mismo modo, el contrato con China constituye un hito decisivo en un mundo agitado inmerso en una continua transformación.

Ellas caminaban delante de mí sobre el asfalto, en dirección al edificio amarillo del aeropuerto. Había algunos aviones aparcados sin ningún orden. Los motores a reacción de uno de ellos cortaban el mundo en dos como una gigantesca sierra. Entre tanto estruendo extraterrestre, el olor del queroseno quemado se mezclaba con el del plástico que ardía en los barrios de chabolas situados un poco más lejos. El aire ya sofocaba y aún no era mediodía. Me sentía demasiado cansado para abordarlas, demasiado cansado del viaje y de los intentos por comprender. Sin embargo, las veía caminar, todavía emocionadas, visiblemente orgullosas del viaje que acababan de realizar. Vi cómo el pelo rubio de sus pelucas saltaba a cada paso que daban. Vi cómo

el viento desordenaba algunos mechones. Y aquella mañana, mientras ellas se dirigían a casa, avanzando a paso rápido sobre el asfalto desmigajado, vi cómo se asomaban por sus mangas las etiquetas, que aleteaban y giraban, agitadas y juguetonas, como si hubiera algo que celebrar.

JUSTIFICACIÓN DE LAS FUENTES

GENERALIDADES

Congo. Una historia épica es el resultado de escuchar y de leer mucho. Aunque en la Bibliografía y en las Notas he indicado mis fuentes de la forma más detallada posible, algunas de ellas merecen una atención especial: porque les debo mucho, porque pueden ayudar a los lectores curiosos o simplemente porque quiero compartir mi entusiasmo sobre ellas.

El libro que se encontraba en mi equipaje de mano cuando volé por primera vez al Congo era *The Congo from Leopold to Kabila. A People's History*, de Georges Nzongola-Ntalaja (Londres, 2002): se trata de una excelente introducción a la historia del país; por desgracia, olvidé mi primer ejemplar del libro en el avión. También mi segundo ejemplar está lleno de subrayados a lápiz. Lo mismo puede decirse de la obra de referencia de Isidore Ndaywel e Nziem: *Histoire générale du Congo* (París, 1998). Es mucho más académica que la anterior, pero con frecuencia me han deslumbrado su exhaustividad, sus abundantes análisis y sus numerosos mapas. Mientras escribía este libro, siempre la tenía a mano. Otra obra de consulta muy útil que hojeé a menudo fue el *Historical Dictionary of the Democratic Republic of the Congo*, de Emizet Kisangani y F. Scott Bobb (Lanham, 2010). *Le Congo Kinshasa*, de Jean-Jacques Arthur Malu-Malu, es una obra personal y fácil de leer, que ofrece una visión general del Congo y que merecería ser más conocida (París, 2002).

Para orientarme en las nuevas épocas y temas empecé con las obras de referencia más conocidas. Los capítulos dedicados al África Central incluidos en la *Cambridge History of Africa*, compuesta de siete tomos, siguen siendo excelentes después de más de veinte años. Los leí a la vez que las contribuciones de la *Histoire générale de l'Afrique*, en ocho tomos, escritas en general por investigadores africanos. La reciente *A Historical Companion to Postcolonial Literatures. Continental Europe and its Empires* (Edimburgo, 2008), de Prem Poddar et al., me ayudó con sus resúmenes temáticos y con bibliografías útiles para empezar.

Algunos libros más antiguos siguen mereciendo mucho la pena, como *The River Congo*, de Peter Forbath (Nueva York, 1977), para el periodo precolonial, y *Leopold to Lumumba*, de George Martelli (Londres, 1962), para el colonial. Robert Cornevin escribió *Histoire du Congo* (Léopoldville) (París, 1963), una obra clara, cuyos excelentes mapas compensaban su eurocentrismo. La recopilación de artículos de Jean Stengers en *Congo. Mythes et réalités* (París, 1989) sigue siendo muy valiosa, sobre todo en lo que respecta a sus análisis del Estado Libre.

Para entender el funcionamiento de la economía colonial, el lector que lea en neerlandés tiene a su disposición desde hace poco una excelente obra de referencia: *Congo 1885-1960. Een financieel-economische geschiedenis* [*Congo 1885-1960. Una historia económico financiera*], de Frans Buelens (Berchem, 2007). Además de informaciones sobre la historia de las empresas, ofrece una buena visión de conjunto de la evolución del capitalismo colonial. Para un análisis de la dimensión social del capitalismo, véanse, entre otros, los clásicos de Pierre Joye y Rosine Lewin, *Les trusts au Congo* (Bruselas, 1961), y Michel Merlier, *Le Congo. De la colonisation belge à l'indépendance* (París, 1962). Unas obras específicas sobre los aspectos de la minería en Katanga son las del historiador congoleño Donatien Dibwe dia Mwembu, quien utiliza abundantes fuentes orales: *Histoire des conditions de vie des travailleurs de l'Union Minière du Haut-Katanga/Gécamines* (1910-1999) (Lubumbashi, 2001) y *Bana Shaba abandonnés par leur père. Structure de l'autorité et histoire sociale de la famille ouvrière au Katanga, 1910-1997* (París, 2001).

Durante mucho tiempo el colonialismo fue considerado como una forma de circulación unidireccional de la metrópoli a la colonia, de Europa a África. Desde hace poco eso ha cambiado y los investigadores estudian el efecto rebote de la aventura colonial en Europa. En su interesante libro *Congo. De impact van de kolonie op België* [*Congo: el impacto de la colonia en Bélgica*] (Tielt, 2007), Guy Vanthemsche demuestra de manera convincente que no solo Bélgica formó al Congo, sino también el Congo a Bélgica. Se centra, en especial, en la economía y en la política interior y exterior de Bélgica. Junto con Vincent Viaene y Bambi Ceuppens compiló una colección de estudios sobre el impacto colonial en otros ámbitos de la sociedad belga, como la cultura, la religión y la ciencia: *Congo in België. Koloniale cultuur in de metropool* [*El Congo en Bélgica*].

Cultura colonial en la metrópoli] (Lovaina, 2009). Aparte de este proceso bidireccional, también ha habido una creciente atención hacia la diversidad de la presencia colonial. Además de belgas, en el Congo Belga hubo griegos, portugueses, escandinavos e italianos. Libros como *Pionniers méconnus du Congo Belge* (Bruselas, 2007), de Georges Antipas, sobre la comunidad griega en el Congo, y *Moïse Levy, un rabbin au Congo (1937-1991)* (Bruselas, 2000), de Milantia Bourla Errera, amplían el campo de visión histórico.

Se han realizado interesantes estudios diacrónicos sobre diversos ámbitos. Por su perspectiva transversal, menciono aquí algunos de ellos. Sobre educación y ciencia, puede consultarse la obra de Ruben Mantels, *Geleerd in de tropen. Leuven, Congo & de wetenschap, 1885-1960* [*Erudito en el trópico. Lovaina, el Congo y la ciencia, 1885-1960*] (Lovaina, 2007), además de la de Benoît Verhaegen, *L'enseignement universitaire au Zaïre. De Lovanium à l'Unaza, 1958-1978* (París, 1978). Sobre arquitectura, véase *Kuvuande Mbote. Een eeuw koloniale architectuur en stedenbouw in Kongo* [*Kuvuande Mbote. Un siglo de arquitectura y urbanismo colonial en el Congo*], de Bruno de Meulder (Amberes, 2000), y *Kongo zoals het is. Drie architectuurverhalen uit de Belgische kolonizatiegeschiedenis (1920-1960)* [*El Congo tal como es. Tres historias sobre arquitectura procedente de la historia colonial belga (1920-1960)*] (Gante, 2002), de Johan Lagae. Sobre la música pop congoleña (que siempre es más que simple música), véase Gary Stewart, *Rumba on the River* (Londres, 2000). Sobre la literatura, véase Silvia Riva, *Nouvelle histoire de la littérature du Congo-Kinshasa* (París, 2000). Para el cine y la cultura visual, véase Guido Convents, *Images & démocratie. Les Congolais face au cinéma et à l'audiovisuel* (Lovaina, 2006). Y sobre las artes plásticas, véase Roger Pierre Turine, *Les arts du Congo, d'hier à nos jours* (Bruselas, 2007). Las ilustraciones de este último libro son magníficas. A menudo los artistas contemporáneos ofrecen un comentario de múltiples capas de la historia de su país. Ese es sin duda el caso de los poetas congoleños que Antoine Tshitungu Kongolo incluyó en la maravillosa antología *Poète ton silence est crime* (París, 2002).

Algunos otros libros me sorprendieron, me asombraron y me confundieron, aunque solo fuera por sus imágenes: *Congo belge en images* (Tielt, 2010), de Carl de Keyzer y Johan Lagae, desmonta todos los tópicos existentes sobre el Estado Libre del Congo con una insuperable selección de la colección de negativos sobre cristal del Museo Real de África Central de Tervuren. Al menos igual de sorprendente sobre el Congo contemporáneo es *Congo (Belge)* (Tielt, 2009), también de Carl de Keyzer, y *Congo Eza* (Roeselare, 2007), de Mirko Popovitch y Françoise de Moor, esta última obra reúne imágenes de varios fotógrafos congoleños contemporáneos. Dado que valoro mucho la fotografía como una forma autónoma de expresión, este libro no contiene más material visual que los mapas.

INTRODUCCIÓN

El esbozo geográfico general de la introducción procede de un abanico de fuentes encontradas en internet y en mi biblioteca. Un esbozo útil y provisto de numerosos mapas es *Géopolitique du Congo (RDC)*, de Marie-France Cros y François Missier (Bruselas, 2006).

Fue en un asilo de Brujas, en 2007, donde intenté escribir por primera vez una *history from below*, partiendo de entrevistas con personas cuya perspectiva no suele aparecer en las fuentes escritas. Allí hablé con ancianos que nunca habían estado en el Congo sobre sus recuerdos del colonialismo, sobre sus ideas al respecto y sobre lo que habían hecho por el Congo (guardar el papel de plata, además de coser para las misiones, intentar sacar premios en la feria de la misión y rezar mucho por los «pequeños congoleños»). Detallé esa investigación, así como las ventajas y dificultades del método —una combinación de *oral history* y *material culture studies*—, en un volumen que dirigí junto con Vincent Viaene y Bambi Ceuppens, *Congo in België. Koloniale cultuur in de metropool* [*El Congo en Bélgica. Cultura colonial en la metrópoli*] (Lovaina, 2009). Sin embargo, mi análisis no era sino una manera de hacer más explícito el método que llevaba utilizando desde hacía tiempo en mi obra periodística y literaria (como en la pieza de teatro *Missie*). Una de mis más firmes convicciones es creer que los archivos más subestimados en el Congo son las personas.

Le debo mi interés por el periodo precolonial no solo a mi formación como paleoantropólogo, sino también a un libro clásico: Eric Wolf, *Europe and the People Without History* (Berkeley, 1982). Casi no sabemos nada de los primeros habitantes del Congo, observó Graham Connah en

Forgotten Africa. An Introduction to its Archaeology (Londres, 2004). En recientes obras sobre este tema, las lagunas se colman solo parcialmente; véanse, entre otros, Ann Brower (ed.), *African Archaeology. A Critical Introduction* (Oxford, 2005), y sobre todo Lawrence Barham y Peter Mitchell, *The First Africans. African Archaeology from the Earliest Toolmakers to the Most Recent Foragers* (Cambridge, 2008). Para la instantánea de la vida de hace noventa mil años me basé en las excavaciones de John E. Yellen en Katanda: *Behavioral and Taphonomic Patterning at Katanda 9. A Middle Stone Age Site, Kivu Province, Zaïre, Journal of Archaeological Science*, 23, 6 (1996). Para una buena síntesis del origen del comportamiento humano moderno en África, véase Sally McBrearty y Alison S. Brooks, *The Revolution That Wasn't. A New Interpretation of the Origin of Modern Behavior, Journal of Human Evolution*, 39 (2000). Para mi instantánea de la existencia de los pigmeos en torno al año 2500 a. C. utilicé la reciente investigación de Julio Mercader, *Foragers of the Congo. The Early Settlement of the Ituri Forest*, y J. Mercader (ed.), *Under the Canopy. The Archaeology of Tropical Rain Forests* (New Brunswick, 2003).

Aprendí a conocer mejor el periodo en torno al año 500 y el fenómeno de la migración bantú gracias al impresionante *Paths in the Rainforest. Toward a History of Political Tradition in Equatorial Africa*, de Jan Vansina (Madison, 1990), complementado con la escrupulosa labor arqueológica de Hans-Peter Wotzka, *Studien zur Archäologie des zentral-afrikanische Regenwaldes. Die Keramik des inneren Zaïre-Beckens und ihre Stellung im Kontext der Bantu-Expansion [Estudios sobre la arqueología de la selva centroafricana: la cerámica de la cuenta interior de Zaire y su posición en el contexto de la expansión bantú]* (Colonia, 1995). Sobre los gongs y las lenguas tamborileadas, véanse John Carrington, *La voix des tambours* (Kinsasa, 1974), y Olga Boone, *Les tambours du Congo-belge et du Ruanda-Urundi* (Tervuren, 1951).

Comprendí mejor el origen de los primeros estados después de leer la excepcional obra etnohistórica de Jan Vansina. Para mi esbozo demasiado somero de los reinos locales en la sabana busqué inspiración en el clásico *Les anciens royaumes de la savane. Les états des savanes meridionales de l'Afrique centrale des origines à l'occupation coloniale* (Léopoldville, 1965), y su *How Societies Are Born. Governance in West Central Africa before 1600* (Charlottesville, 2004). Para el reino del Kongo en 1560 consulté también Anne Hilton, *The Kingdom of Kongo* (Oxford, 1985); David Northrup, *Africa's Discovery of Europe* (Nueva York, 2002); y Paul Serufuri Hakiza, *L'évangélisation de l'ancien royaume Kongo, 1491-1835* (Kinsasa, 2004).

Para el fragmento sobre 1780 y el impacto de la trata transatlántica de esclavos recurrí a un magistral estudio: Robert W. Harms, *River of Wealth, River of Sorrow. The Central Zaire Basin in the Era of the Slave and Ivory Trade, 1500-1891* (New Haven, 1981).

1. NUEVOS ESPÍRITUS

Este capítulo le debe mucho a un pequeño libro de Makulo Akambu que no puede conseguirse en Europa: *La vie de Disasi Makulo, ancien esclave de Tippu Tip et catéchiste de Grenfell, par son fils Makulo Akambu* (Kinsasa, 1983). Contiene la historia de la vida de Disasi Makulo, que este le dictó ya anciano a su hijo. El libro cayó en mis manos por una afortunada coincidencia.

Aunque se ha escrito muchísimo sobre los exploradores en África (véase, entre otros, Christopher Hibbert, *Africa Explored. Europeans in the Dark Continent, 1769-1889* [Londres, 1982]), no existe ninguna obra sistemática que ofrezca una visión de conjunto del periodo entre 1870 y 1885. El precioso *Stanley The Impossible Life of Africa's Greatest Explorer*, de Tim Jeal (Londres, 2007) es más que una biografía excepcionalmente rica en documentos y matices: dibuja el panorama de toda una época. Conseguí comprender algo de la agitada época de mediados del siglo XIX gracias a: *L'Afrique centrale vers 1875*, de Jan Vansina, publicado en *Bijdragen over de Aardrijkskundige Conferencie van 1876* (Bruselas, 1976); *Le bassin du Congo et l'Angola*, de Jean-Luc Vellut, en J. F. Ade Ajayi (ed.), *Histoire générale de l'Afrique* (VI). *L'Afrique au XIXe siècle jusque vers les années 1880* (París, 1996); y *Slavery & forced labour in the Eastern Congo, 1850-1910*, de David Northrup, en H. Médard & S. Doyle (ed.), *Slavery in the Great Lakes Region of East Africa* (Oxford, 2007). Puede encontrarse más información sobre el comercio musulmán de esclavos en Edward A. Alpers, *Ivory & Slaves in East Central Africa* (Londres, 1975); Abdul Sheriff, *Slaves, Spices & Ivory in Zanzibar* (Londres, 1987); y Ronald Segal, *Islam's Black Slaves. The Other Black Diaspora* (Nueva York, 2001). Sobre la vida de los dos comerciantes afroárabes más poderosos del Congo, véase, respectivamente, François Bontinck, *L'autobiographie de Hamed*

ben Mohammed el-Murjebi. *Tippu Tip (ca. 1840-1905)* (Bruselas, 1974), y Auguste Verbeke, *Msiri, roi du Garenganze: «l'homme rouge» du Katanga* (Bruselas, 1956).

Para las reacciones de los indígenas sobre los exploradores europeos, véase Frank McLynn, *Hearts of Darkness. The European Exploration of Africa* (Londres, 1992). Johannes Fabian invirtió la mirada antropológica y escribió una impresionante etnografía sobre los exploradores: *Out of Our Minds. Reason and Madness in the Exploration of Central Africa* (Berkeley, 2000). Me documenté sobre la primera generación de misioneros con ayuda de E. M. Braekman, *Histoire du protestantisme au Congo* (Bruselas, 1961), y Ruth Slade, *English-Speaking Missions in the Congo Independent State, 1878-1908* (Bruselas, 1959).

La literatura sobre el reparto de África es abundante. Thomas Pakenham escribió un voluminoso libro: *The Scramble for Africa, 1876-1912* (Londres, 1991); sin embargo, para obtener datos sobre el contexto internacional en el que se movió el rey Leopoldo me fue muy útil el ameno y claro análisis de H. L. Wesseling, *Verdeel en heers. De deling van Afrika, 1880-1914 [Divide y vencerás. El reparto de África 1880-1914]* (Ámsterdam, 1991). Este se apoyó a su vez en la obra de Jean Stengers que sigue siendo de lectura obligatoria: *Congo, mythes et réalités. 100 ans d'histoire* (París, 1989). El artículo de J. Stengers, *De uitbreiding van België. Tussen droom en werkelijkheid [La ampliación de Bélgica: entre sueño y realidad]*, publicado en G. Janssens & J. Stengers, *Nieuw licht op Leopold I & Leopold II. Het archief Goffinet [Nueva luz sobre Leopoldo I y Leopoldo II. El archivo Goffinet]* (Bruselas, 1997), ofrece una actualización basada en excepcionales documentos de archivo. La Academia Real de Ciencias de Ultramar de Bélgica publicó dos recopilaciones de lo que sucedió entre 1876 y 1885: *Bijdragen over de Aardrijkskundige Conferencie van 1876 [La Conferencia de geografía de 1876]* (Bruselas, 1976) y *Bijdragen over de honderdste verjaring van de Onafhankelijke Kongostaat [El centenario del Estado Libre del Congo]* (Bruselas, 1988).

2. UNA DIABÓLICA PORQUERÍA

El debate sobre el Estado Libre del Congo está dominado desde hace más de una década por un libro: Adam Hochschild, *De geest van koning Leopold II en de plundering van de Congo [El fantasma del rey Leopoldo II y el saqueo del Congo]* (Ámsterdam, 1998). Tenía el mérito de informar a un gran público sobre los abusos perpetrados en el Congo y de transmitir los conocimientos académicos de forma accesible y emotiva. Por desgracia apostaba más por la indignación que por el matiz; su perspectiva resultó ser en numerosas ocasiones muy maniquea. Para comprender la complejidad de una figura como Leopoldo me sirvieron más los estudios ya citados de Jean Stengers, aunque también algunas investigaciones más recientes que lo sitúan en el contexto de su época. Jan Vandersmissen señaló en su tesis el impacto de la ciencia geográfica: *Koningen van de wereld: de aardrijkskundige beweging en de ontwikkeling van de koloniale doctrine van Leopold II [Reyes del mundo: el movimiento geográfico y el desarrollo de la doctrina colonial de Leopoldo II]* (Gante, 2008). Vincent Viaene trató la fiebre imperial en la alta sociedad belga y centró su atención en la agenda nacional y social del rey: *King Leopold's imperialism and the origins of the Belgian colonial party, 1860-1905*, *Journal of Modern History*, 80 (2008), pp. 741-790. Jean-Luc Vellut investigó hace poco el contexto africano del colonialismo de Leopoldo: *Contextes africains du projet colonial de Léopold II*, conferencia inédita, Lovaina-la-Nueva, III-2009. Véase también la contribución de V. Viaene, L.-L. Vellut y J. Vandersmissen en Vincent Dujardin, Valérie Rosoux y Tanguy de Wilde d'Estmael (eds.), *Leopold II. Schaamteloos genie? [Leopoldo II. ¿Un genio desvergonzado?]* (Tielt, 2009). Sin embargo, todavía hemos de esperar a la biografía definitiva de Leopoldo II.

También encontré una mirada ponderada sobre los funcionarios, comerciantes y militares del Estado Libre en L. H. Gann & Peter Duignan, *The Rulers of Belgian Congo, 1884-1914* (Princeton, 1979). El catálogo de la exposición *Het gebeugen van Congo. De koloniale tijd [La memoria del Congo. La época colonial]* (Tervuren, 2005), editado por Jean-Luc Vellut, consigue evitar los tópicos, viejos y nuevos, sobre el Estado Libre. Algunos investigadores realizaron un trabajo pionero sobre la política del caucho en archivos muy distintos: Daniel Vangroenweghe con *Rood rubber [Caucho rojo]* (Bruselas, 1985) y *Voor rubber en ivoor [Por el caucho y el marfil]* (Lovaina, 2005); Jules Marchal con *E. D. Morel tegen Leopold II en de Kongostaat [E. D. Morel contra Leopoldo II y el Estado del Congo]* (Berchem, 1985) y *De Kongostaat van Leopold II [El Estado del Congo de Leopoldo II]* (Amberes, 1989, publicado con seudónimo: A. M. Delathuy).

Sin embargo, el Estado Libre no se limitaba tan solo a las atrocidades de la política del caucho. Jean Stengers y Jan Vansina ofrecen una buena visión de conjunto en *King Leopold's Congo, 1886-1908*, en R. Oliver & G. N. Sanderson (ed.), *The Cambridge History of Africa* (VI). *From 1870 to 1905* (Cambridge, 1985), pp. 315-358. A ellos debo la división entre antes de 1890 y después de 1890. Los análisis sobre la diplomacia internacional y la problemática fronteriza son tratados en obras de referencia clásicas (R. Cornevin, J. Stengers, I. Ndaywel). Sobre la pacificación de la zona y sobre las formas de resistencia local, consulté Allen Isaacman & Jan Vansina, *Initiatives et résistances africaines en Afrique centrale de 1880 et 1914*, en A. Adu Boahen (ed.), *Histoire générale de l'Afrique* (VI). *L'Afrique sous domination coloniale* (París, 1987), pp. 191-216. Jean-Luc Vellut, de nuevo, escribió un análisis juicioso del papel de la violencia en el Estado Libre: *La violence armée dans l'État Indépendant du Congo, Cultures et Développement*, 16, 3-4 (1984), pp. 671-707.

Este capítulo prestaba atención a la creciente desconfianza de los africanos hacia los europeos y su estilo de vida. En relación con los congoleños que viajaron a Europa en el marco de una exposición universal, véase Maarten Couttenier, *Congo tentoongesteld. Een geschiedenis van de Belgische antropologie en het museum van Tervuren (1882-1925)* [*El Congo expuesto: una historia de la antropología belga y el museo de Tervuren*] (Lovaina, 2005), y Maurits Wynants, *Van hertogen en Kongolezen: Tervuren en de koloniale tentoonstelling 1897* [*De duques y congoleños. Tervuren y la exposición colonial de 1897*] (Tervuren, 1997). Sobre el desarrollo del Estado en Boma, el CD-ROM de Johan Lagae, Thomas de Keyser y Jef Vervoort fue una mina de oro: *Boma 1880-1920. Koloniale hoofdstad of kosmopolitische handelspost* [*Boma 1880-1920. Capital colonial o centro comercial cosmopolita*] (Gante, 2006). Para el fragmento sobre el encuentro entre colonos y mujeres congoleñas, leí un muy interesante estudio: Amandine Lauro, *Coloniaux, ménagères et prostituées au Congo belge (1885-1930)* (Loverval, 2005).

Algunas obras clave sobre los misioneros protestantes ya se han citado en el capítulo 1. La diferencia en la forma de trabajar de las misiones católicas se explica en Ruth Slade, *King Leopold's Congo. Aspects of the Development of Race Relations in the Congo Independent State* (Londres, 1962). Acerca de la figura de George Grenfell hay abundante literatura, sobre todo de carácter hagiográfico. La principal obra es la biografía en dos volúmenes de Harry Johnston, *George Grenfell and the Congo* (Londres, 1908). Sobre el papel de los catequistas indígenas, véase la tesis de Paul Serufuri Hakiza, *Les auxiliaires autochtones des missions protestantes au Congo, 1878-1960: Étude de cinq Sociétés missionnaires* (Lovaina-la-Nueva, 1984). Un enfoque crítico de la relación entre la Iglesia católica y el Estado puede encontrarse en las obras de A. M. Delathuy (seudónimo del ya mencionado Jules Marchal), *Jesuiten in Kongo met zwaard en kruis* [*Los jesuitas en el Congo con la espada y el crucifijo*] (Berchem, 1986) y su obra, en dos volúmenes, *Missie en staat in Oud-Kongo* [*Las misiones y el Estado en el viejo Congo*] (Berchem, 1992 y 1994). Vincent Viaene me enseñó mucho sobre las relaciones entre el palacio de Laken y el Vaticano: *Leopold II en de Heilige Stoel* [*Leopoldo II y la Santa Sede*] (inédito, 2009).

La temprana historia de la Force Publique fue descrita con precisión militar y orgullo no disimulado por el capitán comandante F. Flament en *La Force Publique de sa naissance à 1914. Participation des militaires à l'histoire des premières années du Congo* (Bruselas, 1952). Sin embargo, resultó útil. Philippe Marechal escribió el voluminoso estudio *De Arabische campagne in het Maniema-gebied (1892-1894)* [*La campaña «árabe» en la región de Maniema*] (Tervuren, 1992). Veteranos como Oscar Michaux y Joseph Meyers anotaron sus experiencias durante el amotinamiento en *Au Congo. Carnet de campagne* (Namur, 1913) y en *Le prix d'un empire* (Bruselas, 1964). Las sublevaciones de los soldados recibieron mucha atención: Marcel Storme, *La mutinerie militaire au Kasai en 1895* (Bruselas, 1970); Auguste Verbeken, *La révolte des Batetela en 1895* (Bruselas, 1958); y Pierre Salmon, *La révolte des Batetela de l'expédition du Haut-Ituri (1897)* (Bruselas, 1977).

La construcción del primer ferrocarril se trata e ilustra profusamente en Charles Blanchart et al., *Le rail au Congo belge, 1890-1920* (Bruselas, 1993). Además, conviene leer René J. Cornet, *La bataille du rail. La construction du chemin de fer de Matadi au Stanley Pool* (Bruselas, 1947). Sobre la financiación del ferrocarril y el resto del Estado Libre leí *Combien le Congo a-t-il coûté à la Belgique* (Bruselas, 1957), de Jean Stengers. Como historiador institucional y diplomático escribió también una obra de referencia sobre el traspaso del Estado Libre de Leopoldo a Bélgica: *Belgique et Congo. L'élaboration de la Charte coloniale* (Bruselas, 1963). Este episodio crucial fue reexaminado recientemente por Vincent Viaene, que estudió su impacto cultural, *Reprise-remise*.

De Congolese identiteitscrisis van België rond 1908 [Recuperación. La crisis de identidad congoleña de Bélgica en torno a 1908], en V. Viaene, D. Van Reybrouck & B. Ceuppens (ed.), *De overname van België door Congo. Aspecten van de Congolese «aanwezigheid» in de Belgische samenleving, 1908-1958* [La absorción de Bélgica por el Congo. Aspectos de la «presencia» congoleña en la sociedad belga, 1908-1958] (Lovaina, 2009), pp. 43-62.

3. LOS BELGAS NOS LIBERARON

El periodo entre 1908 y 1921 es sin duda el menos conocido de la historia congoleña. Mientras que sí disponemos de una abundante bibliografía sobre el Estado Libre, existe muy poca sobre el incipiente colonialismo belga. Por fortuna he tenido a mi disposición algunos excelentes estudios parciales. Sobre las consecuencias sociales de la lucha contra la enfermedad del sueño, Maryinez Lyons escribió un clásico: *The Colonial Disease. A Social History of Sleeping Sickness in Northern Zaire, 1900-1940* (Cambridge, 1992). La información sobre los experimentos farmacéuticos la extraje de una conferencia de Myriam Mertens, *Chemical compounds in the Congo. A Belgian colony's role in the chemotherapeutic knowledge production during the 1920s*, presentada en la Third European Conference on African Studies, Leipzig, 5-VI-2009.

Para el desarrollo de la antropología colonial remito a la ya mencionada obra de Maarten Couttenier (véase la referencia en el capítulo 2, p. 615). La tesis de licenciatura de Fien Danniau, «*Il s'agit d'un peuple*». *Het antropologisch onderzoek van het Bureau international d'ethnographie (1905-1913)* [«Se trata de un pueblo». *Estudios antropológicos de la Oficina Internacional de Etnografía (1905-1913)*] (Gante, 2005) aborda de manera específica el origen de la *Collection des Monographies Ethnographiques*. Sobre el contexto más amplio de la ciencia colonial, Mark Poncelet publicó *L'invention des sciences coloniales belges* (París, 2008).

En este capítulo abordo el origen del tribalismo en los inicios del Congo colonial. Destilé la información sobre la enseñanza en las misiones católicas y las representaciones ideológicas sobre las llamadas tribus en los manuales de texto y en las canciones escolares de Marc Depaepe, Jan Briffaerts, Pierre Kita Kyankenge Masandi, Honoré Vinck, *Manuels et chansons scolaires au Congo Belge* (Lovaina, 2003). La publicación en línea de Honoré Vinck, *Colonial Schoolbooks (Belgian Congo). Anthology* resultó ser una mina de oro www.abbol.com. La literatura católica contiene mucha información sobre el primer sacerdote africano Stefano Kaoze. El estudio más interesante es, no obstante, el de Allen F. Roberts, *History, ethnicity and change in the «Christian Kingdom» of Southeastern Zaire*, en Leroy Vail (ed.), *The Creation of Tribalism in Southern Africa* (Berkeley, 1989). Roberts vincula la historia de los misioneros con los ideales políticos de Kaoze.

En los párrafos sobre la industrialización, la protourbanización y la proletarianización, utilicé mucho los fascinantes escritos de André Yav. Se puede consultar la fuente en línea, incluida una traducción completa al inglés a cargo de Johannes Fabian, *Vocabulaire de la ville de Elisabethville*, Archives of Popular Swahili, 4 (2001), p. 29 <http://www2.fmg.uva.nl/lpca/aps/vol4/vocabulaireshabaswahili.xhtml>.

Existen algunos excelentes estudios anglosajones sobre los aspectos sociales de los primeros tiempos de la explotación minera. Para las minas de oro de Kilo-Moto, véase David Northrup, *Beyond the Bend in the River. African Labor in Eastern Zaire, 1865-1940* (Athens [Ohio], 1988). Para las minas de Katanga, véase John Higginson, *A Working Class in the Making. Belgian Colonial Labor Policy, Private Enterprise, and the African Mineworker, 1907-1951* (Madison, 1989), y sobre todo Charles Perrings, *Black Mineworkers in Central Africa. Industrial Strategies and the Evolution of an African Proletariat in the Copperbelt 1911-41* (Londres, 1979). Sobre las condiciones sociales en la provincia de Ecuador, al margen de la minería, véase Samuel H. Nelson, *Colonialism in the Congo Basin, 1880-1940* (Athens [Ohio], 1994). Sobre las diversas formas de reclutamiento de mineros, Aldwin Roes me envió su conferencia inédita, pero muy esclarecedora; *Thinking with and beyond the state: the sub-and supranational perspectives on the exploitation of Congolese natural resources, 1885-1914*, presentada en *The Quest for Natural Resources in Central Africa. The case of the mining sector in DRC*, Tervuren, 8-9-XII-2008. Sobre el alojamiento de los mineros en Katanga, Bruno De Meulder escribió la interesante *De kampen van Kongo. Arbeid, kapitaal en rasveredeling in de koloniale planning* [Los campos del Congo. Trabajo, capital y eugenesia en la planificación colonial] (Ámsterdam, 1996). Las condiciones laborales en Huileries du Congo Belge de William Lever se describen en una obra del incansable Jules Marchal,

L'histoire du Congo 1910-1945 (III). Travail forcé pour l'huile de palme de lord Leverbulme (Borgloon, 2001).

Sobre la Primera Guerra Mundial consulté con mucho placer *Hew Strachan, The First World War in Africa* (Oxford, 2004), y Edward Peace, *Tip and Run. The Untold Tragedy of the Great War in Africa* (Londres, 2007). Para documentarse sobre el aspecto administrativo del asunto, véase Guy Vanthemsche, *Le Congo belge pendant la Première Guerre mondiale. Les rapports du ministre des Colonies Jules Renkin au roi Alberte Ier, 1914-1918* (Bruselas, 2009). Sobre la batalla del lago Tanganica, Giles Foden escribió la exitosa *Mimi and Toutou go forth. The Bizarre Battle of Lake Tanganica* (Londres, 2004). Sobre la toma de Tabora, véase Georges Delpierre, *Tabora 1916. De la symbolique d'une victoire, Belgisch Tijdschrift voor Nieuwste Geschiedenis* (2002). En relación con el aspecto humano de la campaña alemana en el África oriental, aprendí mucho de Jan de Waele, *Voor vorst en vaderland. Zwarte soldaten en dragers tijdens de Eerste Wereldoorlog in Congo [Por el rey y por la patria. Soldados y porteadores negros durante la Primera Guerra Mundial en el Congo]*, Militaria Belgica (2007-2008). Sobre la presencia africana en las batallas europeas de la Primera Guerra Mundial, véase el precioso catálogo de la exposición de Dominiek Dendooven & Piet Chielens, *Wereldoorlog I. Vijf continenten in Vlaanderen [Primera Guerra Mundial. Cinco continentes en Flandes]* (Tielt, 2008), que también incluye el artículo sobre las grabaciones de sonido etnográficas entre prisioneros de guerra en Berlín. Zana Aziza Etambala le dedicó también mucha atención en *In het land van de Banoko. De geschiedenis van de Kongolese/Zairese aanwezigheid in België van 1885 tot heden [En el país de los banoko. La historia de la presencia congoleña/zaireña en Bélgica de 1885 hasta hoy]* (Lovaina, 1993). Un estudio que pone al día la cuestión es el de Jeannick Vangansbeke, *Afrikaanse verdedigers van het Belgisch grondgebied, 1914-1918 [Defensores africanos del territorio belga, 1914-1918]*, *Belgische Bijdragen tot de Militaire Geschiedenis*, 4 (2006), pp. 123-134. Sobre Ruanda y Burundi bajo la Administración colonial belga y alemana: Helmut Strizek, *Geschenkte Kolonien. Ruanda und Burundi unter deutscher Herrschaft* (Berlín, 2006) e Ingeborg Vijgen, *Tussen mandaat en kolonie. Ruanda, Burundi en het Belgisch bestuur in opdracht van de Volkenbond (1916-1932) [Entre mandato y colonia. Ruanda, Burundi y la Administración belga por encargo de la Sociedad de Naciones]* (Lovaina, 2005).

4. DOMINADOS POR EL TEMOR

La impresionante síntesis de Jonathan Derrick, *Africa's «Agitators». Militant Anti-Colonialism in Africa and the West, 1918-1939* (Londres, 2008), demostró claramente que el periodo de entreguerras en África fue todo salvo pacífico. Por supuesto, el autor también presta atención a los acontecimientos en el Congo. Sobre Simon Kimbangu se ha publicado mucho, tanto por parte de historiadores y antropólogos como de adeptos a su religión. En 1959, Jules Chomé alborotó el gallinero colonial con *La passion de Simon Kimbangu, 1921-1951* (Bruselas, 1959). El mejor estudio histórico es el de Susan Asch, *L'église du prophète Simon Kimbangu. De ses origines à son rôle actuel au Zaïre* (París, 1982). Jean-Luc Vellut publicó una introducción sucinta, pero muy buena, en la primera parte de su monografía *Simon Kimbangu. 1921. De la prédication à la déportation* (Bruselas, 2005). También los libros de seguidores y simpatizantes tienen a menudo una orientación histórica. El anterior líder espiritual, Joseph Diangienda Kuntima, escribió un voluminoso documento: *L'histoire du Kimbanguisme* (Châtenay-Malabry, 2007). Véase asimismo la influyente obra de Marie-Louise Martin, *Simon Kimbangu. Un prophète et son église* (Lausana, 1981) y la de Aurélien Mokoko Grampiot, *Kimbanguisme et identité noire* (París, 2004). Un estudio exhaustivo sobre la deportación es, a mi entender: Munayi Muntu-Monji, *La déportation et le séjour des Kimbanguistes dans le Kasai-Lukenié (1921-1960), Zaïre-Afrique* (1977).

En relación con otros movimientos mesiánicos, consulté a Martial Sinda, *Le messianisme congolais et ses incidences politiques. Kimbanguisme —Matsouanisme— Autres mouvements* (París, 1972); André Ryckmans, *Les mouvements prophétiques kongo en 1958* (Kinsasa, 1970); y Jacques Gérard, *Les fondements syncrétiques du Kitawala* (Bruselas, 1969). Además tuve ocasión de leer el tiposcripto bien documentado, pero inédito, de Rufin Kibari, director de escuela en Kikwit: *Mouvements «anti-sorciers» dans les Provinces de Léopolville [sic] et du Kasai, à l'époque coloniale* (Kikwit, 1985). Una contextualización más amplia sobre el cristianismo indígena y el colonialismo es la de Paul Raymaekers y Henri Desroche, *L'administration et le sacré (1921-1957)* (Bruselas,

1983). Véase asimismo el libro clásico de Wyatt Mac-Gaffey, *Religion and Society in Central Africa* (Chicago, 1986).

El estudio más importante sobre la pena de muerte vuelve a ser de Jean-Luc Vellut, *Une exécution publique à Elisabethville (20 septembre 1922). Notes sur la pratique de la peine capitale dans l'histoire coloniale du Congo*, en B. Jewsiewicki (ed.), *Art pictorial zairois* (París, 1992). Bert Govaerts publicó recientemente *De strop of de kogel? Over de toepassing van de doodstraf in Kongo en Ruanda-Urundi (1885-1962)* [*¿La soga o la bala? Sobre la aplicación de la pena de muerte en el Congo y en Ruanda-Urundi*], Brood en Rozen (2009).

La revuelta de los pende (o bapende) ha hecho correr ríos de tinta, pero el minucioso estudio de Sikitele Gize aún no ha sido igualado: *Les racines de la révolte Pende de 1931*, Études d'histoire africaine (1973). Más recientemente se publicó una versión detallada de los hechos escrita por Louis-François Vanderstraeten, *La répression de la révolte des Pende du Kwango en 1931* (Bruselas, 2001). Un estudio ruso de la década de 1930 resulta muy sólido, una vez eliminada la evidente capa de propaganda, para comprender las causas profundas: A. T. Nzula, I. I. Potekhin y A. Z. Zusmanovich, *Forced Labour in Colonial Africa* (Londres, 1979). En ningún otro lugar se demostró mejor el vínculo entre la introducción del impuesto sobre la renta y el proceso de proletarización.

La historia económica y financiera del periodo de entreguerras se describe muy bien en G. Vandewalle, *De conjuncturele evolutie in Kongo en Ruanda-Urundi van 1920 tot 1939 en van 1949 tot 1958* [*La evolución coyuntural en el Congo y en Ruanda-Urundi de 1920 a 1939 y de 1949 a 1958*] (Gante, 1966). Para la dimensión social, volví a recurrir a las obras de D. Northrup, S. H. Nelson, C. Perrings y J. Higginson mencionadas en el capítulo. El efecto de la industrialización en la cultura material y la mentalidad del indígena se describe de forma muy viva en un estudio de la década de 1930: John Merle Davis, *Modern Industry and the African. An Inquiry into the Effect of the Copper Mines of Central Africa upon Native Society and the Work of the Christian Missions* (Londres, 1933). La política social de la Union Minière se debate en la obra bien documentada, pero favorable a la empresa, de René Brion y Jean-Louis Moreau, *Van mijnbouw tot Mars. De ontstaansgeschiedenis van Umicore* [*De la explotación minera a Marte: la génesis de Umicore*] (Tielt, 2006). Conviene leerla junto con dos obras de Bruce Fetter, *L'Union Minière du Haut-Katanga, 1920-1940. La naissance d'une sous-culture totalitaire* (Bruselas, 1973) y *The Creation of Elisabethville* (Stanford, 1976). Los primeros capítulos de Johannes Fabian, *Jamaa. A Charismatic Movement in Katanga* (Evanston, 1941), son asimismo muy lúcidos. Sobre las obras del sector del aceite de palma, Jacques Vanderlinden publicó un importante estudio de fuentes: *Main-d'oeuvre, Église, capital et administration dans le Congo des années trente* (Bruselas, 2007).

Para comprender mejor el crecimiento de una cultura urbana consulté el volumen que editó Jean-Luc Vellut, *Itinéraires croisés de la modernité: Congo belge (1920-1950)* (Tervuren, 2000). En él encontré apasionantes capítulos sobre *boy scouts*, fútbol, medios de comunicación, la barrera racial y la vida diaria en la ciudad colonial. Sobre el excepcional papel de tata Raphaël leí, además del capítulo de Bénédicte van Peel incluido en el volumen mencionado, también el artículo de Roland Renson y Christel Peeters, *Sport als missie. Raphaël de la Kéthulle de Ryhove (1890-1956)* [*El deporte como misión. Raphaël de la Kéthulle de Ryhove (1890-1956)*], en M.D'hoker, R. Renson & J. Tolleneer (ed.), *Voor lichaam & geest: katholieken, lichamelijke opvoeding en sport in de 19de en 20ste eeuw* [*Para el cuerpo y la mente. Los católicos, la educación física y el deporte en los siglos XIX y XX*] (Lovaina, 1994). Sobre la obra juvenil católica encontré más en Karl Catteeuw, *Cardijn in Congo. De ontwikkeling en betekenis van de Katholieke Arbeidersjeugd in Belgisch-Congo* [*Cardijn en el Congo. El desarrollo y la importancia de la juventud obrera católica en el Congo Belga*], Brood en Rozen (1999). Sara Boel escribió una interesante tesina sobre cómo el régimen intentaba mantener el control de los medios de comunicación y las artes: *Censuur in Belgisch Congo (1908-1960). Een onderzoek naar de controle op de pers, de film en de muziek door de koloniale overheid* [*La censura en el Congo Belga (1908-1960). Un estudio sobre el control de la prensa, el cine y la música por parte de la Administración colonial*] (Bruselas, 2005). Bruce Fetter retrató el mundo de las asociaciones y los intentos de recuperación por parte de la Iglesia católica en el clásico artículo, *African associations in Elisabethville, 1910-1935. Their origins and development*, Études d'Histoire Africaine (1974). El viejo libro de Georges Brausch, *Belgian Administration in the Congo* (Londres, 1961) sigue valiendo la pena por su matizado capítulo sobre la barrera racial. Benoît Verhaegen escribió un excelente artículo sobre el miedo exagerado por el peligro rojo: *Communisme et anticommunisme au Congo (1920-1960)*, Brood en Rozen

(1999). En relación con la *body politics*, la medicalización de la sociedad congoleña y las reacciones locales que provocó en el interior, Nancy R. Hunt escribió un fascinante estudio: *A Colonial Lexicon. Of Birth Ritual, Medicalization, and Mobility in the Congo* (Durham, 1999). Zana Aziza Etambala dedicó a Paul Panda Farnana y su Union Congolaise un capítulo muy instructivo de su ya mencionado *In het land van de Banoko [En el país de los banoko]* (Lovaina, 1993). François Bontinck, *Mfumu Paul Panda Farnana, 1888-1930: premier (?) nationaliste congolais*, en V. Y. Mudimbe (ed.), *La dépendance de l'Afrique et les moyens d'y remédier* (París, 1980). En los entornos congoleños se detecta en los últimos tiempos un renovado interés por este militante pionero. Recientemente, el ya citado Didier Mumengi lo homenajeó en *Panda Farnana, premier universitaire congolais, 1888-1930* (París, 2005). Antoine Tshitungu Kongolo investigó sus conexiones con los entornos intelectuales belgas: *Paul Panda Farnana (1888-1930), panafricaniste, nationaliste, intellectuel engagé. Une contribution a l'étude de sa pensée et de son action*, L'Africain (2003).

5. LA HORA ROJA DE LA INTERVENCIÓN

El artículo de Michael Crowder, *The Second World War: Prelude to decolonization in Africa* en la VIII parte de *The Cambridge History of Africa* (Cambridge, 1984) ofrece una clara visión de conjunto de la Segunda Guerra Mundial en África y su impacto sobre el colonialismo. Por desgracia no existe una síntesis reciente sobre la situación en el Congo Belga. El último intento se remonta a la década de 1980, cuando la Real Academia de Ciencias de Ultramar de Bélgica publicó *Bijdragen over Belgisch-Congo tijdens de Tweede Wereldoorlog [Estudios sobre el Congo Belga durante la Segunda Guerra Mundial]* (Bruselas, 1983). Utilicé sobre todo, los artículos de Léon de Saint-Moulin, Jean-Luc Vellut, Benoît Verhaegen, Gustaaf Hulstaert, Jonathan Helmreich y Antoine Rubbens. El volumen dejaba de lado el aspecto militar, pues se encargaba de ello Émile Janssens en *Contribution à l'histoire militaire du Congo belge pendant la Seconde Guerre mondiale, 1940-1945* (Bruselas, 1982-1984). La campaña de Abisinia fue documentada por algunos oficiales belgas que participaron en ella, entre otros R. Werbrouck, *Campagne des troupes coloniales belges en Abyssinie* (Léopoldville, 1945) y Philippe Brousmiche, Bortai. Faradje, Asosa, Gambela, Saio. *Journal de campagne* (Doornik, 1987). Felix Denis colgó en internet el diario y sobre todo el fascinante álbum fotográfico de su suegro, el teniente Carlo Blomme: [http://force-publique-1941.skynetblogs.be/Christine Denuit-Somerhausen](http://force-publique-1941.skynetblogs.be/Christine_Denuit-Somerhausen) y Francis Balace publicaron *Abyssinie 41. Du mirage à la victoire*, en F. Balace (ed.), *Jours de lutte* (Bruselas, 1992).

Sobre el papel del uranio katangués en el desarrollo de la bomba atómica escribieron Jacques Vanderlinden en su *A propos de l'uranium congolais* (Bruselas, 1991) y Jonathan E. Helmreich en *The uranium negotiations of 1944*, en *Bijdragen over Belgisch-Congo tijdens de Tweede Wereldoorlog [Estudios sobre el Congo Belga durante la Segunda Guerra Mundial]* (Bruselas, 1983). Véase asimismo su *Gathering Rare Ores. The Diplomacy of Uranium Acquisition, 1943-1954* (Princeton, 1986) y *L'uranium, la Belgique et les puissances*, de Pierre Buch & Jacques Vanderlinden (Bruselas, 1995).

La agitación social en las minas está ampliamente documentada en el libro antes mencionado de C. Perrings, *Black Mineworkers in Central Africa* (Londres, 1979). Asimismo consulté J.-L. Vellut, *Le Katanga industriel en 1944. Malaises et anxiétés dans la société coloniale*, en *Bijdragen over Belgisch-Congo tijdens de Tweede Wereldoorlog [Estudios sobre el Congo Belga durante la Segunda Guerra Mundial]* (Bruselas, 1983). Útil fue la investigación de Tshibangu Kabet Musas, *La situation sociale dans le ressort administratif de Likasi (ex-Territoire de Jadotville) pendant la Guerre 1940-1945*, *Études d'Histoire Africaine* (1974) y la de Bogumil Jewsiewicki, Kilola Lema y Jean-Luc Vellut, *Documents pour servir à l'histoire sociale du Zaïre. Grèves dans le Bas-Congo (Bas-Zaïre) en 1945*, *Études d'Histoire Africaine* (1973). El resumen más claro también es de Bogumil Jewsiewicki: *La contestation sociale et la naissance du prolétariat au Zaïre au cours de la première moitié du XXe siècle*, *Revue Canadienne des Études Africaines* (1976).

El muy interesante diario de guerra de Vladímir Drachousoff se publicó en una modesta tirada con seudónimo: Vladi Souchard, *Jours de brousse. Congo 1940-1945* (Bruselas, 1983). Fue uno de los libros más interesantes que leí mientras preparaba esta historia. El gobernador general Pierre Ryckmans y el padre Placide Tempels tenían una mirada crítica sobre la realidad colonial, véase, respectivamente, *Dominer pour servir* (Bruselas, 1948) y *Bantoe-filosofie [Filosofía bantú]*

(Amberes, 1946). Véase asimismo el libro de Jacques Vanderlinden, *Pierre Ryckmans, 1891-1959. Coloniser dans l'honneur* (Bruselas, 1994). Sobre el periodo de posguerra Nestor Delval escribió también el muy vivo ensayo *Schuld in Kongo?* [*¿Culpa en el Congo?*] (Lovaina, 1966).

Sobre los años de posguerra, vale la pena leer la pequeña obra de Antoine Rubbens, *Dettes de guerre* (Elisabethville, 1945); recoge una serie de artículos críticos que se publicaron en el periódico *L'Essor du Congo*. Además, son de lectura obligada los informes de la Commission Permanente pour la Protection des Indigènes, no solo porque contienen información social útil, sino porque también son muy relevantes para el paradigma colonial: véase L. Guebels, *Relation complète des travaux de la Commission Permanente pour la Protection des Indigènes, 1911-1951* (Bruselas, 1952). Una excelente introducción a la cuestión de los sindicatos y la protesta social la ofrece el número especial de Brood en Rozen de 1999: *Sociale bewegingen in Belgisch-Congo* [*Movimientos sociales en el Congo Belga*]. Consulté asimismo la obra de André Corneille, *Le syndicalisme au Katanga* (Elisabethville, 1945), la de Arthur Doucy & Pierre Feldheim, *Problèmes du travail et politique sociale au Congo belge* (Bruselas, 1952) y la de R. Poupert, *Première esquisse de l'évolution du syndicalisme au Congo* (Bruselas, 1960).

Comprendí mejor la vida en la ciudad colonial gracias a Filip de Boeck y Marie-Françoise Plissart, *Kinshasa. Tales of the Invisible City* (Gante, 2004), y Johan Lagae, *Kongo zoals het is. Drie architectuurverhalen uit de Belgische koloniatiegeschiedenis (1920-1960)* [*El Congo tal como es. Tres historias sobre arquitectura de la historia colonial belga (1920-1960)*] (Gante, 2002). Las obras de Suzanne Comhaire-Sylvain, *Femmes de Kinshasa. Hier et aujourd'hui* (París, 1968), de Valdo Pons, *Stanleyville. An African Urban Community under Belgian Administration* (Oxford, 1969) y de W. C. Klein, *De Congolese elite* (Ámsterdam, 1957) me dieron una clara imagen de la nueva cultura urbana. El funcionamiento y el impacto de las retransmisiones radiofónicas para congoleños fueron debatidas por Greta Pauwels-Boon, *L'origine, l'évolution et le fonctionnement de la radiodiffusion au Zaïre de 1937 à 1960* (Tervuren, 1979) y Sara Boel, *Censuur in Belgisch Congo (1908-1960). Een onderzoek naar de controle op de pers, de film en de muziek door de koloniale overheid* [*La censura en el Congo belga (908-1960). Un estudio sobre el control de la prensa, el cine y la música por parte de la Administración colonial*] (Bruselas, 2005). Sobre la asociación de exalumnos de Raphaël de la Kéthulle escribió Charles Tshimanga: *L'ADAPES et la formation d'une élite au Congo (1925-1945)*, en J.-L. Vellut (ed.), *Itinéraires croisés de la modernité. Congo belge (1920-1950)* (Tervuren, 2000). El destino de los *évolués* ha sido tratado en muchos lugares y por autores muy diversos como J. Stengers, C. Young o I. Ndaywel. La obra de referencia es la de Jean-Marie Mutamba Makombo, *Du Congo Belge au Congo indépendant 1940-1960* (Kinsasa, 1998). Un estudio muy interesante es el de Mukala Kadima-Nzují, que establece un vínculo entre resentimiento social, prensa y literatura en *La littérature zaïroise de langue française (1945-1965)* (París, 1984). Sobre el origen de la primera universidad del Congo, Ruben Mantels escribió el apasionante *Geleerd in de tropen. Leuven, Congo & de wetenschap, 1885-1960* [*Erudito en el trópico. Lovaina, el Congo y la ciencia, 1885-1960*] (Lovaina, 2007). El viaje del rey Balduino fue narrado con todo detalle por Erik Raspoet, *Bwana Kitoko en de koning van de Bakuba. Een vorstelijke ontmoeting op de evenaar* [*Buana Kitoko y el rey de los bakuba. Un encuentro en el ecuador*] (Amberes, 2005).

Los versos con los que acabo este capítulo proceden del volumen *Esanzo*, de Antoine-Roger Bolamba, una de las obras poéticas más hermosas de la poesía congoleña.

6. PRONTO SERÁ NUESTRA

La literatura sobre la descolonización del Congo es abundante, pero con frecuencia de calidad desigual, anticuada y con una perspectiva exageradamente «blanca». El mejor libro sobre el periodo es *Politics in the Congo*, de Crawford Young (Princeton, 1965). Medio siglo después de su publicación sigue sorprendiendo que alguien, después de los sucesos, pudiera analizar y anotar los grandes procesos con tanta lucidez y tan pronto. Sin duda, le ayudarían los excelentes trabajos preparatorios del CRISP, el Centre de Recherche et d'Information Socio-Politiques de Bruselas, un centro de documentación de gran solidez, donde figuras como Jean van Lierde, Benoît Verhaegen y Jules Gérard-Libois realizaron una labor pionera. Sus anales y estudios sobre movimientos políticos siguen constituyendo hasta hoy una fuente indispensable para la

investigación histórica sobre las décadas de 1950 y 1960 en el Congo. Ellos publicaron la obra clásica de C. Young en francés.

Un estudio más antiguo, pero siempre valioso, es el de Paule Bouvier, *L'accession du Congo belge à l'indépendance* (Bruselas, 1965). Más recientemente, Zana Aziza Etambala reunió nuevo material de archivo en dos obras que merecen la pena: *Congo 55/65. Van Koning Boudewijn tot president Mobutu* [*Congo 55/65. Del rey Balduino al presidente Mobutu*] (Tielt, 1999) y *De teloorgang van een modelkolonie. Belgisch Congo (1958-1960)* [*La pérdida de una colonia modelo. El Congo Belga (1956-1960)*] (Lovaina, 2008). De las numerosas memorias que se publicaron sobre la agitada descolonización, las de Jef van Bilsen, figura clave en todo el proceso, son muy recomendables: *Kongo 1945-1965. Het einde van een kolonie* [*Congo 1945-1965. El final de una colonia*] (Lovaina, 1993).

Para el contexto internacional de la lucha congoleña por la independencia me fue muy útil la obra de Pierre Queuille, *Histoire de l'afro-asiatisme jusqu'à Bandoung. La naissance du tiers-monde* (París, 1965), así como la de Colin Legum, *Pan-Africanism. A Short Political Guide* (Nueva York, 1965).

Las culturas juveniles de Kinsasa fueron descritas por Didier Gondola, *Villes miroirs. Migrations et identités urbaines à Kinshasa et Brazzaville, 1930-1970* (París, 1997). El ya mencionado trabajo de Filip de Boeck prestó asimismo atención al fenómeno de los bills y los moziki. Sobre la dimensión política del fútbol congoleño, Jan Antonissen y Joeri Weyn realizaron un excelente documental: *F. C. Indépendance* (2007). Las graves revueltas de enero de 1959 en la capital hicieron correr ríos de tinta. Jacques Marras y Pierre de Vos escribieron el ameno *L'équinoxe de janvier. Les émeutes de Léopoldville* (Bruselas, 1959), aunque también merece la pena leer el informe del general Janssens, que capitaneó la Force Publique y por ello no era en absoluto imparcial: *J'étais le général Janssens* (Bruselas, 1961).

Sobre la primera generación de figuras políticas se ha publicado mucho. En torno a la de Kasavubu, véase Benoît Verhaegen y Charles Tshimanga, *L'Abako et l'indépendance du Congo belge. Dix ans de nationalisme kongo (1950-1960)* (Tervuren, 2003). Sobre Lumumba, véase Jean Omasombo Tshonda & Benoît Verhaegen, *Patrice Lumumba. Jeunesse et apprentissage politique, 1925-1956* (Tervuren, 1998), y su continuación: *Patrice Lumumba. De la prison aux portes du pouvoir, juillet 1956-février 1960* (Tervuren, 2005). El mejor estudio sobre Lumumba es el de Jean-Claude Willame, *Patrice Lumumba. La crise congolaise revisitée* (París, 1990). Debemos otras obras a fervientes partidarios, con todas las ventajas e inconvenientes que ello entraña: lo que ganamos en historia vivida lo perdemos a menudo en crítica y perspectiva. Pierre de Vos escribió un libro ameno, aunque no siempre preciso: *Vie et mort de Lumumba* (París, 1961); Francis Monheim parecía enamorado cuando publicó *Mobutu, l'homme seul* (Bruselas, 1962), mientras que Jules Chomé estaba claramente furioso cuando escribió *Moïse Tshombe et l'escroquerie katangaise* (Bruselas, 1966). En *La pensée politique de Patrice Lumumba* (París, 1963), Jean Van Lierde compiló los principales discursos, artículos y cartas de Lumumba. El prefacio de Sartre es, aparte de previsible, siempre impactante.

Son escasos los estudios que examinan los dimes y diretes políticos desde una distancia mayor. Sin embargo, con *Leaders africains en milieu urbain (Elisabethville)* (Bruselas, 1959), P. Caprassé ofreció un excelente enfoque sociológico que sobrepasa con creces el foco central de su investigación katanguesa; prestó especial atención a la retórica con la cual se explotó el elemento tribal. Luc Fierlafyn profundizó en ello y sometió los textos políticos de la época a un interesante análisis del discurso: *Le discours nationaliste au Congo belge durant la période 1955-1960* (Bruselas, 1990).

8. LA LUCHA POR EL TRONO

El torbellino de acontecimientos que conformaron la Primera República ha llenado estanterías. No existe ninguna obra reciente que ofrezca una imagen de conjunto, pero se han publicado buenos estudios sobre diferentes aspectos. La obra de Walter Geerts, *Binza 10. De eerste tien onafhankelijkheidsjaren van de Democratische Republiek Congo* [*Binza 10. Los primeros diez años de la independencia de la República Democrática del Congo*] (Gante, 1970) constituye una clara introducción. La obra, ya citada, de Zana Aziza Etambala, *Congo 55/65. Van koning Boudewijn tot president Mobutu* [*Congo 55/65. Del rey Balduino al presidente Mobutu*] (Lovaina, 1999), y el

también mencionado y muy importante libro de Jef van Bilsens, *Kongo 1945-1965. Het einde van een kolonie* [Congo 1945-1965. *El final de una colonia*] (Lovaina, 1993) son, asimismo, puntos de partida accesibles. Además, los ya señalados anales de CRISP resultan esenciales.

Sobre el motín del ejército, Louis-François Vanderstraeten escribió el estudio definitivo: *Histoire d'une mutinerie, juillet 1960. De la Force Publique à l'Armée nationale congolaise* (París, 1985); prestó mucha atención al pánico, al repentino éxodo de los belgas y a la actuación militar belga. Para una viva imagen de aquellos días, véanse dos libros de Peter Verlinden, *Weg uit Congo. Het drama van de kolonialen* [La partida del Congo. *El drama de los colonos*] (Lovaina, 2002) y *Achterblijven in Congo. Een drama voor de Congolezen?* [Quedarse en el Congo. *¿Un drama para los congoleños?*] (Lovaina, 2008). Marie-Bénédicte Dembour escribió un interesante estudio antropológico sobre la visión de los antiguos colonos: *Recalling the Belgian Congo* (Nueva York, 2000).

La manera en que la crisis del Congo implicó a África en la Guerra Fría es analizada de forma realmente excepcional en el documental con tintes épicos de Jihan El-Tahri, *Cuba, une odyssée africaine* (Arte, 2007). La película no solo da la palabra a los veteranos cubanos, también a personalidades congoleñas, rusas y estadounidenses de aquella época; se trata de un asombroso retrato de las maquinaciones de la Guerra Fría en suelo africano. Para el punto de vista estadounidense, véase Stephen R. Weissman, *American Foreign Policy in the Congo 1960-1964* (Ithaca, 1974), y Romain Yakem tchouk, *Les relations entre les États-Unis et le Zaïre* (Bruselas, 1986). Para la perspectiva comunista, véase Arthur Wauters (ed.), *Le monde communiste et la crise du Congo belge* (Bruselas, 1961), y Édouard Mendiaux, *Moscou Accra et le Congo* (Bruselas, 1960). Recientemente, el director de la CIA, Larry Devlin, publicó unas memorias sorprendentemente francas: *Chief of Station, Congo. A Memoir of 1960-67* (Nueva York, 2007). Más recientemente, Frank R. Villafaña prestó atención a la confrontación entre los cubanos de izquierda y de derechas en el Congo: *Cold War in the Congo. The Confrontation of Cuban Military Forces, 1960-1967* (New Brunswick, 2009).

La intervención de las Naciones Unidas ha sido comentada por diferentes autores. Georges Abi-Saab analizó las implicaciones para el derecho internacional en *The United Nations Operation in the Congo 1960-1964* (Oxford, 1978). Claude Leclercq prestó mucha atención a la situación sobre el terreno: *L'ONU et l'affaire du Congo* (París, 1964). Georges Martelli emitió un juicio muy negativo: *Experiment in World Government. An Account of the United Nations Operation in the Congo 1960-1964* (Londres, 1966). El papel de las Naciones Unidas era de tal importancia que muchas otras formas de multilateralismo quedaron en la sombra. Para la creación y la contribución de la Organización para la Unidad Africana en el conflicto, véase Catherine Hoskyns, *The Organization of African Unity and the Congo Crisis* (Dar es Salaam, 1969).

El asesinato de Lumumba es conocido por el clásico, muy traducido, de Ludo de Witte, *De moord op Lumumba* (Lovaina, 1999). [Hay trad. cast.: *El asesinato de Lumumba*, Barcelona, 2002.] En Bélgica, el libro motivó una comisión de investigación parlamentaria compuesta por cuatro historiadores que recibieron el encargo de examinar los archivos existentes a fin de determinar la responsabilidad belga en el asesinato. Elaboraron un informe seco, pero escrupuloso: Luc de Vos et al., *Lumumba. De complotten? De moord* [Lumumba *¿Los complots? El asesinato*] (Lovaina, 2004). Para la participación estadounidense en el asunto, véase: Madeleine Kalb, *The Congo Cables. The Cold War in Africa, from Eisenhower to Kennedy* (Nueva York, 1982), y el reciente artículo de Stephen R. Weissman *An extraordinary rendition*, *Intelligence and National Security* (2010). Para la perspectiva de dos políticos congoleños que en un momento estuvieron del lado de Lumumba, véase Cléophas Kamitatu, *La grande mystification du Congo-Kinshasa. Les crimes de Mobutu* (París, 1971), y Thomas Kanza, *Conflict in the Congo. The Rise and Fall of Lumumba* (Baltimore, 1972).

Un buen estudio se ocupó muy pronto de la separación de Katanga: Jules Gérard-Libois, *Sécession au Katanga* (Bruselas, 1963). Para las raíces históricas, véase Romain Yakemtchouk, *Aux origines du séparatisme katangais* (Bruselas, 1988). Las sublevaciones en Kwilu y en el este del país fueron tratadas de forma exhaustiva en los estudios de Benoît Verhaegen *Rébellions au Congo* (Bruselas, 1966-1969) y en la compilación de conferencias, en dos volúmenes, de Catherine Coquery-Vidrovitch et al. (eds.), *Rébellions-révolution au Zaïre 1963-1965* (París, 1987). Herbert Weiss y Benoît Verhaegen le dedicaron en 1986 un importante número especial de *Les Cahiers du Cedaf* (publicación periódica del Centre d'Étude et de Documentation Africaines), con el título de *Les rébellions dans l'est du Zaïre (1964-1967)*. Ludo Martens escribió dos biografías, una de Pierre

Mulele y otra de su esposa Léonie Abo, ambas afines al matrimonio: *Pierre Mulele ou la seconde vie de Patrice Lumumba* (Berchem, 1985) y *Une femme du Congo* (Berchem, 1991). Un excelente informe periodístico sobre la rebelión congoleña se debe a Jean Kestergat, *Congo, Congo. De l'indépendance à la guerre civile* (París, 1965).

Las condiciones sociales y económicas de la Primera República recibieron mucha menos atención que los tejemanejes políticos y militares, pero tenemos una imagen bastante precisa de la vida en la gran ciudad gracias a J. S. Lafontaine, *City Politics. A Study of Léopoldville, 1962-63* (Cambridge, 1970). Sobre la compleja cuestión de la cartera de acciones colonial y la negociación sobre su devolución al Congo, véase Jean-Claude Willame, *Éléments pour une lecture du contentieux belgo-zairois* (Bruselas, 1988).

9. LOS AÑOS ELÉCTRICOS

Una excelente, e incluso magnífica, introducción a la vida y obra de Mobutu es el documental de Thierry Michel, *Mobutu, roi du Zaïre* (Bruselas, 1999). Quien desee profundizar en este periodo puede empezar con el muy esclarecedor capítulo sobre la Segunda República que escribió Jacques Vanderlinden en A. Huybrechts et al., *Du Congo au Zaïre, 1960-1980* (Bruselas, 1980). Sobre la manera en que la élite política saqueó la economía nacional, consúltese Fernard Bézy et al., *Accumulation et sous-développement au Zaïre 1960-1980* (Lovaina-la-Nueva, 1981), y David J. Gould, *Bureaucratic Corruption and Underdevelopment in the Third World. The Case of Zaïre* (Nueva York, 1980). Sin embargo, todo el que quiera sumergirse de lleno en aquella época no puede hacerlo sin el voluminoso estudio de Crawford Young y Thomas Turner, *The Rise and Decline of the Zairean State* (Madison, 1985). El libro se concentra en la primera mitad del régimen de Mobutu, el periodo entre 1965 y 1980, y demuestra de forma muy convincente cómo el Estado primero lo abarcó todo para después quedar totalmente carcomido. A pesar de su estilo sobrio, está muy bien documentado. Sin duda, se trata del libro más importante acerca de este periodo.

Existen muchas fuentes originales zaireñas sobre este periodo, pero están invariablemente limitadas por el temor hacia el régimen. Debido a ello, encontramos abundante propaganda y ningún análisis crítico. Solo se podía maldecir en voz alta fuera de las fronteras nacionales. En París, Cléophas Kamitatu, cofundador del Parti Solidaire Africain, escribió dos obras bien documentadas que también eran una crítica virulenta contra el régimen: *La grande mystification du Congo-Kinshasa. Les crimes de Mobutu* (París, 1971) y *Zaïre. Le pouvoir à la portée du peuple* (París, 1977).

Dos libros estadounidenses nos han permitido mirar entre bastidores. El guardaespaldas de Mobutu, el estadounidense William Close, padre de la actriz Glenn Close, publicó sus memorias de aquellos desquiciados tiempos: *Beyond the Storm* (Marbleton, 2007). Aunque el análisis no siempre es muy profundo, lo anecdótico resulta a veces muy revelador. Para comprender los lazos de amistad entre Estados Unidos y el Zaïre conviene leer, además de la obra antes mencionada de Romain Yakemtchouk, *Les relations entre les États-Unis et le Zaïre* (Bruselas, 1986), las memorias del agente de la CIA Larry Devlin, *Chief of Station* (Nueva York, 2007).

La increíble explosión urbana de Kinsasa está bien descrita por Marc Pain en Kinshasa, la ville et la cité (París, 1984) y por René de Maximy en *Kinshasa, ville en suspens* (París, 1984). Ambos libros no solo prestan atención a los procesos urbanísticos y demográficos, también a las consecuencias sociales y culturales.

En esta ciudad dilatada y juvenil la música desempeñaba un papel importante. La escena musical congoleña quizá no fue nunca tan animada como a principios de la década de 1970, en parte debido a la campaña de *authenticité* de Mobutu. El libro de Gary Stewart, *Rumba on the River* (Londres, 2000) prestó mucha atención a este aspecto. También merece mucho la pena *Rumba Rules. The Politics of Dance Music in Mobutu's Zaïre* (Durham, 2008), cuyo tema principal es la vinculación entre política y música pop.

Para las descripciones del combate de boxeo entre Mohammed Ali y George Foreman utilicé, además de los vídeos en YouTube, el clásico de Norman Mailer, *The Fight*, publicado en neerlandés como *Het gevecht* (Ámsterdam, 2007) [hay trad. cast.: *El combate*, Barcelona, 2013]; se trata de uno de los mejores libros sobre deporte de la historia. Además disfruté mucho viendo el documental ganador de un premio Óscar, *When We Were Kings*, de Leon Gast (1996), que presta

mucha atención a los aspectos musicales de *the rumble in the jungle*. Sobre el vínculo de la lucha de los negros por la emancipación y el boxeo, leí algunos excelentes ensayos en Gerard Early, *Speech and Power* (Hopewell, 1992).

10. TOUJOURS SERVIR

Sobre la locura que caracterizó al régimen de Mobutu desde 1975 existen obras accesibles y bien documentadas en diversos idiomas. Jean-Claude Willame escribió el sereno, pero sagaz, *L'automne d'un despotisme* (París, 1992), y Colette Braeckman, periodista en *Le Soir*, el ameno y, en el Congo, muy influyente *Le dinosaure* (París, 1991), que años más tarde se publicaría en neerlandés con el título de *De dinosaurus* (Berchem, 1992). En Flandes, dos periodistas del canal público escribieron sus experiencias y análisis: *Mobutu, de man van Kamanyola* [*Mobutu el hombre de Kamanyola*], de Walter Geerts (Lovaina, 2005), y sobre todo, *Mobutu, van mirakel tot malaise* [*Mobutu, de milagro a malestar*], de Walter Zinzen (Amberes, 1995). Solo por el capítulo sobre las guerras de Shaba merece la pena leerlo. El historiador estadounidense Thomas Callaghy encontró un paralelismo entre el régimen de Mobutu y el *Ancien Régime* de Francia: *The State-Society Struggle. Zaire in Comparative Perspective* (Nueva York, 1984). La periodista británica Michela Wrong escribió *In the Footsteps of Mr Kurtz. Living on the Brink of Disaster in the Congo*, un libro emocionante que narra la década de 1990. Y más de treinta años después de su aparición, la obra, muy traducida, *Terug naar Congo*, de Lieve Joris (Ámsterdam, 1987) [hay trad. cast.: *Regreso al Congo*, Barcelona, 2004], ofrece una imagen tangible y apasionante de la vida bajo la dictadura.

Sobre los llamados «elefantes blancos», las inútiles construcciones de Mobutu, Jean-Claude Willame escribió *Zaire, l'épopée d'Inga. Chronique d'une prédation industrielle* (París, 1986). A diferencia de lo que hace sospechar el título, no solo presta atención a la famosa central hidráulica. Para la información sobre el programa de misiles alemán recurrí al documental *Mobutu, roi du Zaire*, de Thierry Michel, y al ya mencionado libro de Walter Geerts, y sobre todo a Otrag Rakete, el sitio web de Bernd Leitenberger <http://www.bernd-leitenberger.de/OTRAG.shtml>

La obra clásica sobre las guerras de Shaba es el libro de Romain Yakemtchouk, *Les deux guerres du Shaba* (Bruselas, 1988). Prestó mucha atención a los vínculos que mantuvieron Bélgica, Francia y Estados Unidos con el Zaire de Mobutu. Antes de empezar *Les relations entre les États-Unis et le Zaire* (Bruselas, 1986), del mismo autor, había leído la obra menos técnica de Sean Kelly, cuyo título ya contenía una sinopsis: *America's Tyrant: the CIA and Mobutu of Zaire. How the United States put Mobutu in power, protected him from his enemies, helped him become one of the richest men in the world, and lived to regret it* (Washington, D. C., 1993).

La política económica y monetaria entre 1975 y 1990 es un tema particularmente arduo, sobre todo por el hecho de que falta una obra de conjunto sobre el papel del FMI, del Banco Mundial y del Club de París. Winsome J. Leslie iluminó a uno de los actores cruciales en *The World Bank and Structural Adjustment in Developing Countries. The Case of Zaire* (Boulder, 1987). La obra de Jean-Philippe Peemans, *Zaire onder het Mobutu-regime* [*El Zaire bajo el régimen de Mobutu*] (1988), constituyó una lectura clara y apasionante, sobre todo considerando que alertó muy pronto sobre las consecuencias no deseadas de las medidas del FMI. Kisangani Emizet pulió el razonamiento y ofreció gráficos importantes y convincentes en los primeros capítulos de su *Zaire after Mobutu* (Helsinki, 1997). Debo mi opinión sobre el funcionamiento del FMI al *best seller* *Globalization and its Discontents* del premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz (Londres, 2002). [Hay trad. cast.: *El malestar en la globalización*, Madrid, 2018.]

Las dramáticas consecuencias de la crisis y la aparición de una «segunda» economía sumergida fueron examinadas por Janet MacGaffey y su equipo: *The Real Economy of Zaire* (Londres, 1991). Sobre el lugar de la mujer en la nueva economía, véase Benoît Verhaegen, *Femmes zairoises de Kisangani. Combats pour la survie* (París, 1990). También leí testimonios conmovedores en G. de Villers et al. (eds.), *Manières de vivre. Économie de la «débrouille» dans les villes du Congo/Zaire* (Tervuren, 2002).

Para comprender el funcionamiento represivo del aparato del Estado hay que leer los desalentadores informes de Amnistía Internacional y el informe, reeditado por Abdoulaye Yerodia, *Rapport sur les assassinats* de la Conferencia Nacional Soberana (Kinsasa, 2004). Un

enfoque más académico puede encontrarse en Michael Schatzberg, *The Dialectics of Oppression in Zaire* (Bloomington, 1988). Leyendas urbanas, rumores y noticias procedentes de *radio-trottoir* fueron recogidas por Cornelis Nlandu-Tsasa, *La rumeur au Zaïre de Mobutu. Radio-trottoir à Kinshasa* (París, 1997). Sobre la pintura popular, véase Bogumil Jewsiewicki (ed.), *Art pictorial zairois* (París, 1992), y Johannes Fabian, *Remembering the Present. Painting and Popular History in Zaire* (Berkeley, 1996).

Los seis mil informes de la consulta popular de 1990 nunca se publicaron, pero la mejor obra sobre el inicio del proceso de democratización es la de A. Gbabendu Engunduka y E. Efolo Ngobaasu, *Volonté de changement au Zaïre. De la consultation populaire vers la conférence nationale* (París, 1992).

11. LA AGONÍA

Una introducción sucinta, pero muy lúcida, al agitado periodo de transición entre la Segunda y la Tercera República la ofreció el periodista radiofónico flamenco Guy Poppe con *De tranen van de dictator. Van Mobutu tot Kabila* [*Las lágrimas del dictador. De Mobutu a Kabila*] (Amberes, 1998). Sobre la lucha política, muchos de quienes participaron activamente han escrito y publicado su versión en *L'Harmattan* de París. Esta editorial fue durante años el principal escaparate del África francófona intelectual en la diáspora, pero debido a una política de publicación carente de espíritu crítico a menudo parece más una sofisticada copistería que un centro difusor de conocimiento. Una de las obras más ponderadas es la de Dieudonné Ilunga Mpunga, *Étienne Tshisekedi. Le sens d'un combat* (París, 2007), que examina sobre todo el papel de la UDPS. Loka-ne-Kongo escribió una retrospectiva crítica de aquel periodo confuso de democratización: *Lutte de libération et piège de l'illusion. Multipartisme intégral et dérive de l'opposition au Zaïre (1990-1997)* (Kinsasa, 2001). Axel Buyse resumió los principales acontecimientos de los primeros años en *Democratie voor Zaïre. De bittere nasmaak van een troebel experiment* [*Democracia para el Zaïre. El regusto amargo de un turbio experimento*] (Groot-Bijgaarden, 1994). El trabajo más pormenorizado es el de Gauthier de Villers, *Zaïre. La transition manquée (1990-1997)* (París, 1997), la primera parte de una trilogía muy valiosa sobre la transición democrática.

Muela Ngalumulume Nkongolo escribió un extenso estudio sobre la represión de la protesta estudiantil en Lubumbashi: *Le campus martyr. Lubumbashi, 11-12 mai 1990* (París, 2000). Sobre la represión de la gran marcha de la paz en Kinsasa, véase Philippe de Dorlodot (ed.), *Marche d'espoir, Kinshasa 16 février 1992. Non-violence pour la démocratie au Zaïre* (París, 1994). Hasta donde yo sé no existe una obra de referencia sobre la Conferencia Nacional Soberana, pero pude complementar el testimonio de Régine Mutijima con datos extraídos de la retrospectiva de Georges Nzongola-Ntalaja, que también fue uno de los participantes: *The Congo from Leopold to Kabila* (Londres, 2002).

En varias ocasiones tuve el privilegio de hablar con Baudouin Hamuli, el padrino de la société civile en el Congo. Fue el primer presidente del consejo nacional de ONG y recogió sus análisis en dos interesantes estudios: *Donner sa chance au peuple congolais. Expériences de développement participatif (1985-2001)* (París, 2002) y, junto con dos coautores, *La société civile congolaise. État des lieux et perspectives* (Bruselas, 2003).

Las condiciones de vida tremendamente lamentables de la gente común fueron tratadas en dos recopilaciones: G. de Villers et al. (ed.), *Manières de vivre. Économie de la «débrouille» dans les villes du Congo/Zaïre* (Tervuren, 2002), y L. Monnier et al. (ed.), *Chasse au diamant au Congo/Zaïre* (Tervuren, 2001). Estos libros arrojan luz sobre la aparición de fenómenos como los *cambistes* en Kinsasa, las bicicletas taxis en Kisangani y el contrabando de diamantes en el Kasai. Sobre el lujo que Mobutu aún podía permitirse en la década de 1990, se aprenden algunas cosas de las historias de su yerno belga Pierre Janssen, *Aan het hof van Mobutu* [*En la corte de Mobutu*] (París, 1997). Sobre el principio de una nueva religiosidad, véase Isidore Ndaywel e Nziem, *La transition politique au Zaïre et son prophète Dominique Sakombi Inongo* (Quebec, 1995). El antropólogo René Devisch escribió un importante artículo sobre la búsqueda de un sentido moral y social en tiempos de crisis: *Frenzy, violence, and renewal in Kinshasa*, *Public Culture* (1995). El libro de Lieve Joris, *Dans van de luipaard* (Ámsterdam, 2001) [hay trad. cast.: *La danza del leopardo*, Barcelona, 2017] es la obra literaria y periodística más conocida sobre el final de la era Mobutu.

Los libros que abordan el genocidio ruandés podrían llenar una estantería. La obra de referencia es *Leave None to Tell the Story* (Nueva York, 1999), de Alison Des Forges, la investigadora de Human Rights Watch desaparecida demasiado pronto. Conviene leer además el clásico de Gérard Prunier, *The Ruanda Crisis* (Londres, 1995). Se han publicado en los últimos años algunos libros importantes sobre el conflicto en los Grandes Lagos: Thomas Turner, *The Congo Wars. Conflict, Myth and Reality* (Londres, 2007), René Lemarchand, *The Dynamics of Violence in Central-Africa* (Filadelfia, 2008), Filip Reyntjens, *De Grote Afrikaanse oorlog. Congo in de regionale geopolitiek, 1996-2006 [La gran guerra africana. El Congo en la geopolítica regional, 1996-2000]* (Amberes, 2009) y Gérard Prunier, *Africa's World War. Congo, the Ruandan Genocide, and the Making of a Continental Catastrophe* (Oxford, 2009). Si bien la obra de T. Turner es algo confusa, R. Lemarchand cuenta una historia apasionante y general, F. Reyntjens ofrece una buena síntesis y G. Prunier un análisis detallado.

En el avance de la AFDL se centra una magnífica recopilación: Colette Braeckman et al., *Kabila prend le pouvoir* (Bruselas, 1998). Erik Kennes escribió una voluminosa biografía sobre la vida de Kabila antes de su toma del poder: *Essai biographique sur Laurent-Désiré Kabila* (Tervuren, 2003). Incomparable en cuanto a su carga expresiva es el documental de la cineasta egipcia Jihan El-Tahri, *L'Afrique en morceaux. La tragédie des Grands Lacs* (2000), que puede verse íntegramente en línea.

12. LA COMPASIÓN: ¿QUÉ ES ESO?

El preámbulo y el transcurso de la segunda guerra del Congo son tratados ampliamente en las obras, mencionadas antes, de G. Prunier y F. Reyntjens. Una excelente introducción al conflicto es la de Olivier Lanotte, *Guerres sans frontieres en République Démocratique du Congo* (Bruselas, 2003). Más analítica, pero muy rica, es la obra de Gauthier de Villers, *Guerre et politique. Les trente derniers mois de L.-D. Kabila* (Tervuren, 2001). Sobre el régimen de Kabila, antes y durante la invasión, véase la obra crítica de Wamu Oyatambwe, *De Mobutu à Kabila. Avatars d'une passation inopinée* (París, 1999). Mucho más hagiográfica, hasta rozar a veces al ridículo, es la compilación coordinada por Eddie Tambwe y Jean-Marie Dikanga Kazadi, *Laurent-Désiré Kabila. L'actualité d'un combat* (París, 2008). Sobre los motivos de los países participantes se publicó bastante pronto *The African Stakes of the Congo War*, de John F. Clark (Nueva York, 2002). Las difíciles negociaciones de paz que llevaron a los acuerdos de Lusaka (1999) y de Pretoria (2002) fueron debatidas por Jean-Claude Willame, *Les «faiseurs de paix» au Congo* (Bruselas, 2007). Este libro dedicó también mucha atención a los motivos de los contendientes, tanto nacionales como extranjeros, y al papel de la fuerza de mantenimiento de la paz internacional de las Naciones Unidas, la Monuc. El estudio definitivo sobre la Monuc todavía está por hacerse, pero Xavier Zeebroek escribió hace poco un informe útil: *La Mission des Nations Unies au Congo. Le laboratoire de la paix introuvable* (Bruselas, 2008), y Julie Reynaert una esclarecedora tesis doctoral: *De balans na tien jaar Monuc in Congo [El balance después de diez años de la Monuc en el Congo]* (Lovaina, 2009). El saqueo en masa de materias primas fue demostrado de manera irrefutable por sucesivos informes del grupo de expertos de las Naciones Unidas (www.un.org/News/dh/latest/drcongo.htm). Falta un análisis cuantitativo general, pero Stefaan Marysse y Catherine André aportaron nuevos datos al cómputo de los años 1999 y 2000 en «*Guerre et pillage en République Démocratique du Congo*», *L'Afrique des Grands Lacs* (2001). Los anuarios de *L'Afrique des Grands Lacs*, en estos momentos bajo la dirección de Stefaan Marysse, Filip Reyntjens y Stef Vandeginste, ofrecen muchísima información para quien quiera profundizar en los periodos recientes de la historia congoleña (y también de la historia ruandesa y burundesa). Los anuarios más antiguos pueden descargarse íntegramente desde el sitio web de la Universidad de Amberes.

Algunas ONG independientes también han realizado una excelente labor. Human Rights Watch documentó el contrabando de oro por parte de Uganda en dos informes: *Uganda in Eastern DRC* (2001) y sobre todo *The Curse of Gold* (2005). Global Witness investigó el papel de Ruanda en el tráfico de estaño: *Under-Mining Peace. Tin, The Explosive Trade in Cassiterite in Eastern DRC* (2005). IPIS examinó, en un estudio en dos partes, los mercados del coltán: *Supporting the War Economy in the DRC. European Companies and the Coltan Trade* (2002). Pole

Institute, un instituto de investigación congoleño en Goma, editó *The Coltan Phenomenon* (2002), con extensas entrevistas a mineros. Todos estos informes son también accesibles en línea.

Dos estudios me confirmaron que no basta con mirar a los regímenes de Ruanda y de Uganda cuando se trata del saqueo de materias primas en el Congo oriental. Hay actores tanto «corriente arriba» como «corriente abajo» de estos. *Network War. An Introduction to Congo's Privatised War Economy*, de Tim Raeymaekers (IPIS, 2002), señaló el papel clave de agentes no gubernamentales privados en el actual mundo globalizado, mientras que Koen Vlassenroot y Hans Romkema demostraron cómo los congoleños de a pie cogían también su parte del pastel: *The emergence of a New order? Resources and war in Eastern Congo*, *Journal of Humanitarian Assistance* (2002).

Sobre estas y otras consecuencias sociales de la guerra a escala local, Koen Vlassenroot y Tim Raeymaekers editaron una interesante compilación: *Conflict and Social Transformation in Eastern* (Gante, 2004). Leí con mucho interés el capítulo antropológico de Luca Jourdan, *Being at War, Being Young. Violence and Youth in North Kivu*. Human Rights Watch publicó en junio de 2002 un informe sobre la violencia sexual: *The War within the War*. Para las consecuencias ecológicas del conflicto consulté, además del informe de la Unesco, *Promoting and Preserving Congolese Heritage. Linking Biological and Cultural Diversity* (2005), la gran obra recopilatoria de L. Debroux et al. (eds.), *Forests in Post-Conflict Democratic Republic of Congo* (2007).

13. LA BIÈRE ET LA PRIÈRE

La dimensión política y militar del periodo de transición está bien descrita en las obras mencionadas antes de F. Reyntjens y G. Prunier. El estudio más detallado vuelve a ser el de Gauthier de Villers, *De la guerre aux élections* (Tervuren, 2009), que cierra con ello su trilogía sobre el Zaire/Congo durante la larga transición de la Segunda a la Tercera República (De Villers, 1997, 2001, 2009). El carácter de inventario de estos estudios los convierte en obras de consulta para el periodo entre 1990 y 2008, tal como lo fueron para el periodo 1959-1967 los anuarios de CRISP.

Este capítulo presta mucha atención a las conexiones entre empresas multinacionales, música pop, Iglesias pentecostales y medios de comunicación de masas en la cultura urbana del Congo. Dado que se trata de un fenómeno reciente, todavía faltan estudios que lo abarquen en su totalidad. El volumen editado por Theodore Trefon, *Reinventing Order in the Congo. How People Respond to State Failure in Kinshasa* (Londres, 2004) contiene algunas buenas contribuciones. Sin embargo, la obra de referencia sobre la vida en la capital es el impresionante estudio antropológico de Filip de Boeck, *Kinshasa, Tales of the Invisible City* (Gante, 2004), ilustrado con fotos de Marie-Françoise Plissart. Dos estudiantes de doctorado, Kristien Geenen y Katrien Pype, han publicado en los últimos años una magnífica investigación sobre niños de la calle, bandas juveniles y telenovelas religiosas en Kinsasa. En 2010, De Boeck estrenó el documental *Cemetery State*, que aborda la juventud y la muerte en una ciudad imposible de apresar.

Conseguí información sobre la música pop en internet y en innumerables conversaciones con congoleños. Además, mis principales fuentes fueron *Rumba on the River*, de Gary Stewart (Londres, 2000) y *Rumba Rules*, de Bob White (Durham, 2008). Hasta donde yo sé no se ha realizado ningún estudio específico sobre las actividades de Heineken en África. La cadena de televisión holandesa produjo en 2008 un documental bastante superficial y lleno de amor patrio: *Een Hollands biertje in Afrika* [Una cerveza holandesa de África]. Este, que trata íntegramente de Bralima en Kinsasa, con Dolf van den Brink como protagonista, puede verse en el sitio web de la cadena.

Además de en la obra de Katrien Pype sobre emisoras religiosas, pude hacerme una idea del funcionamiento de los medios de comunicación congoleños en Marie-Soleil Frère, *Afrique centrale, médias et conflits. Vecteurs de guerre ou acteurs de paix* (Bruselas, 2005) y en sus artículos posteriores. Sobre el impacto de la telefonía móvil en África, véase Mirjam de Bruijn et al., *Mobile Africa. Changing Patterns of Movement in Africa and Beyond* (Leiden, 2001).

Sobre la aparición del cristianismo carismático consulté, entre otros, el libro de Gerrie Ter Haar, *How God became African. African Spirituality and Western Secular Thought* (Filadelfia, 2009). La interacción con la reciente historia de migración ha sido descrita por Emma Wild-Wood en *Migration and Christian Identity in Congo* (Leiden, 2008). Sobre el surgimiento de la diáspora congoleña en Europa, véase *In het land van de Banoko* [En el país de los banoko], de Zana

Etambala (Lovaina, 1993), para Bélgica, y *Les Africains en France*, de Marc Tardieu (Mónaco, 2006), para Francia. Para la comunidad mucho más joven de Londres, véanse las entrevistas recopiladas por David Garbin y Wa Gamoka Pambu en *Roots and Routes. Congolese Diaspora in Multicultural Britain* (Londres, 2009).

Algunos artículos periodísticos describen la interacción entre cultura popular y política. En *La victoire en chantant*, Luc Olinga investigó el impacto de la música pop congoleña en las elecciones de 2006, *Jeune Afrique* (2006). En *Quand le pluralisme déraile*, Marie-Soleil Frère examinó la influencia de la televisión comercial y religiosa en la campaña electoral, *Africultures* (2007).

En el ámbito cinematográfico remito a *Congo River*, de Thierry Michel (2005), por su viva impresión del Congo durante los años de transición, y a *Congo na biso*, de Chuck de Liedekerke y Yannick Muller (2006), por su claro enfoque político. Lieve Joris escribió *Het uur van de rebellen* [*La hora de los rebeldes*] (Ámsterdam, 2006), un libro valiente sobre la difícil reforma del ejército congoleño.

14. EL RECREO

Por supuesto, aún se han escrito pocos libros sobre el periodo más reciente de la historia del Congo. Un informe muy ameno sobre el transcurso de las primeras elecciones libres en décadas fue escrito por el holandés de origen congoleño Alphonse Muambi, que como observador internacional pudo regresar a su antigua patria: *Democratie kun je niet eten* [*La democracia no se come*] (Ámsterdam, 2009).

El inicio de la Tercera República está descrito en dos obras muy dispares: la periodista de *Le Soir* Colette Braeckman ofrece, en *Vers la deuxième indépendance du Congo* (Bruselas, 2009), una imagen ligeramente optimista, mientras que la colección dirigida por Theodore Trefon presenta un panorama mucho más sombrío: *Réforme au Congo (RDC). Attentes et désillusions* (Tervuren, 2009). Sobre Nkunda, Stewart Andrew Scott escribió *Laurent Nkunda et la rébellion du Kivu* (París, 2008). Además de los principales medios, consulté *Mo-Magazine*, *Le Monde Diplomatique* y *Jeune Afrique*. Los blogs de Colette Braeckman (en lesoir.be) y Jason Stearns (congosiasa.blogspot.com) fueron muy útiles para interpretar los procesos recientes. Asimismo me resultaron muy instructivos los penetrantes análisis que envió Kris Berwouts como director de EurAc, la organización de ONG europeas, activas en el África Central.

Los sitios web de International Crisis Group (crisisgroup.org) y Human Rights Watch (hrw.org) son insuperables en cuanto a análisis de conflictos e investigación de campo sobre violaciones de los derechos humanos. Mientras uno aporta una macroperspectiva, el otro ofrece observaciones detalladas sobre el terreno. Ambas ONG llevan años realizando una excelente labor que no solo alegra a los historiadores, sino que sobre todo se esfuerza por salvar vidas humanas.

Los sitios web de *Le Potentiel* y Radio Okapi, el mejor periódico y la mejor radio del Congo, respectivamente, me permitieron seguir también la actualidad cotidiana del país desde una cierta distancia. El rapero Alesh, a quien entrevisté en Kisangani, también puede escucharse en el sitio web de Radio Okapi. Distintas y valientes ONG congoleñas difunden desde hace poco informes en internet: me refiero en concreto a Asadho (*Association Africaine de Défense de Droits de l'Homme*), Rodhecic (*Réseau d'Organisations des Droits Humains et d'Education Civique d'Inspiration Chrétienne*) y *Journaliste en Danger*.

Sobre los conflictos en la minería katanguesa, Thierry Michel realizó un interesante documental: *Katanga Business*. Muy útiles fueron los informes de IPIS, Raid, Global Witness y Resource Consulting Services.

Sobre la creciente presencia china en África se han publicado en los últimos años algunos buenos estudios; véase Chris Alden, *China in Africa* (Londres, 2007), para un enfoque analítico, y Serge Michel & Michel Beuret, *La Chinafrique* (París, 2009), para un informe periodístico muy vivo. Muy equilibrado me pareció el estudio de Martine Dahle Huse y Stephen L. Muyakwa, *China in Africa. Lending, Policy Space and Governance* (en línea, 2008). Encontré un buen análisis del contrato que el Congo firmó con China en Stefaan Marysse y Sara Geenen, *Les contrats chinois en RCD. L'impérialisme rouge en marche?, L'Afrique des Grands Lacs* (2007-2008).

15. WWW.COM

No existen muchos estudios sobre la comunidad africana en Guangzhou. Aunque se han publicado los primeros artículos académicos, estos suelen tener un carácter muy descriptivo; véase Brigitte Bertoncello y Sylvie Bredeloup, *The Emergence of New African «Trading Posts» en Hong Kong and Guangzhou, China Perspectives* (2007), y Li Zhang, *Ethnic Congregation in a Globalizing City. The Case of Guangzhou, China* (www.sciencedirect.com 2008). Zhigang Li, Desheng Xue, Michael Lyons y Alison Brown escribieron *Ethnic Enclave of Transnational Migrants in Guangzhou* (asiandrivers.open.ac.uk, 2007) y de Adams Bodo, un catedrático ghanés en Hong Kong, se publicó *The African Trading Community in Guangzhou*, *The China Quarterly* (2010). Muy instructivas fueron las conversaciones con el cónsul belga Frank Felix, con el representante económico flamenco y sinólogo Koen de Ridder y con el periodista congoleño en China Jaffar Mulassa, y como siempre aprendí sobre todo charlando con los protagonistas.

BIBLIOGRAFÍA

- ABI-SAAB, G., 1978, *The United Nations Operation in the Congo 1960-1964*, Oxford.
- ALDEN, C., 2007, *China in Africa*, Londres.
- ALPERS, E. A., 1975, *Ivory & Slaves in East Central Africa*, Londres.
- AMNISTÍA INTERNACIONAL, 1980, *Les violations des droits de l'homme au Zaïre*, Bruselas.
- , 1983, *Zaïre. Dossier sur l'emprisonnement politique et commentaires des autorités*, París.
- , 2006, *Democratic Republic of Congo. Acts of political repression on the increase*, AI Index: AFR 62/014/2006, 4-VII.
- , 2010, *Human Rights Defenders under Attack in the Democratic Republic of Congo, II-2010*, <https://www.amnesty.org/>
- ANTIPAS, G., 2007, *Pionniers méconnus du Congo Belge*, Bruselas.
- ANTONISSEN, J. y J. Weyn, 2007, *F. C. Indépendance*, documental de Canvas.
- ARCHER, J., 1971, *Congo. The Birth of a New Nation*, Folkestone.
- ASADHO, 2010, *Les conditions de travail des congolais au sein de l'entreprise chinoise CREC sont inacceptables!*, enero, <https://www.asadho-RDC.org/>
- ASCH, S., 1982, *L'église du prophète Simon Kimbangu. De ses origines à son rôle actuel au Zaïre*, París.
- AYAD, C., 2001, *Les sectes, sauve-qui-peut au Congo-Kinshasa, Libération*, 31-I.
- BAILEY, H., 1894, *Travel and Adventures in the Congo Free State and its Big Game Shooting*, Londres.
- BANQUE CENTRALE DU CONGO, 2007, *La Banque Centrale du Congo. Une rétrospective historique*, Kinsasa.
- BARHAM, L. y P. Mitchell, 2008, *The First Africans. African Archaeology from the Earliest Toolmakers to the Most Recent Foragers*, Cambridge.
- BATUMIKE, C., 1986, *Une liberté de moins. Témoignage de prison et autres rubriques*, Langenthal.
- BEAUGRAND, P., 1997, *Zaire's hyperinflation, 1990-96*, documento de trabajo del FMI 97/50.
- , 2003, *Overshooting and dollarization in the Democratic Republic of the Congo*, documento de trabajo del FMI 03/105.

- BENDER, K. W., 2006, *Moneymakers. The Secret World of Banknote Printing*, Weinheim.
- BENTLEY, W. H., 1900, *Pioneering on the Congo*, Londres.
- BERTONCELO, B. y S. Bredeloup, 2007, *The emergence of new African «trading posts» in Hong Kong and Guangzhou, China Perspectives*, 1 <https://journals.openedition.org/chinaperspectives/>
- BERWOUTS, K., 2010, *Un semblant d'état en état de ruine*, documento interno de EurAc, 27-I-2010.
- BÉZY, F., J.-P. Peemans y J.-M. Wautelet, 1981, *Accumulation et sous-développement au Zaïre 1960-1980*, Lovaina-la-Nueva.
- BLANCHART, C., J. de Deurwaerder, G. Neve, M. Robeyns y P. van Bost, 1993, *Le rail au Congo Belge (I). 1890-1920*, Bruselas.
- 1999, *Le rail au Congo Belge (II). 1920-1945*, Bruselas.
- BLUMENTHAL, E., 1982, *Zaïre. Rapport over zijn internationale financiële credibiliteit*, *Info Zaïre*, 36, pp. 3-15.
- BODOMO, A., 2010, *The African trading community in Guangzhou. An emerging bridge for Africa-China relations*, *The China Quarterly*, 203, pp. 693-707.
- BOEHME, O., 2005, *The involvement of the Belgian Central Bank in the Katanga secession, 1960-1963*, *African Economic History*, 33, pp. 1-29.
- BOEL, S., 2005, *Censuur in Belgisch Congo (1908-1960). Een onderzoek naar de controle op de pers, de film en de muziek door de koloniale overheid*, tesis de licenciatura inédita, Vrije Universiteit Bruselas.
- BOELAERT, E., H. Vinck y C. Lonkama, 1995, *Témoignages africains de l'arrivée des premiers blancs aux bords des rivières de l'Equateur*, *Annales Aequatoria*, 16, pp. 36-117.
- BONTINCK, F., 1974, *L'autobiographie de Hamed ben Mohammed el-Murjebi. Tippu Tip (ca. 1840-1905)*, Bruselas.
- , 1980, *Mfumu Paul Panda Farnana, 1888-1930. Premier (?) nationaliste congolais*, en V. Y. Mudimbe (ed.), *La dépendance de l'Afrique et les moyens d'y remédier*, París, pp. 591-610.
- BOONE, O., 1951, *Les tambours du Congo-belge et du Ruanda-Urundi*, Tervuren.
- BOOVEN, H. van, 1913, *Tropenwee*, Ámsterdam [orig. 1904].
- BOSSCHAERTS, D., 2007, *Herinneringen aan Congo. Ambtenaar in Boma (1904-1907)*, Amberes.
- BOURLA ERRERA, M., 2000, *Moïse Levy. Un rabbin au Congo (1937-1991)*, Bruselas.

- BOUVIER, P., 1965, *L'accession du Congo belge à l'indépendance. Essai d'analyse sociologique*, Bruselas.
- BRAECKMAN, C., 1992, *De dinosaurus. Het Zaïre van Mobutu*, Berchem.
- , 2003, *Les nouveaux prédateurs. Politique des puissances en Afrique*, París.
- , 2009, *Vers la deuxième indépendance du Congo*, Bruselas.
- , 2010, *Les amis chinois du Congo, Manière de voir*, XII-2009-I-2010, pp. 52-54.
- , C., M.-F. Cros, G. de Villers, F. François, F. Reyntjens, F. Ryckmans y J.-C. Willame, 1998, *Kabila prend le pouvoir*, Bruselas.
- BRAEKMAN, E. M., 1961, *Histoire du protestantisme au Congo*, Bruselas.
- BRAUSCH, G., 1961, *Belgian Administration in the Congo*, Londres.
- BRION, E., 1986, *L'Église catholique et la rébellion au Zaïre (1964-1967)*, *Les Cahiers du Cedaf*, 7-8, pp. 61-78.
- BRION, R. y J.-L. Moreau, 2006, *Van mijnbouw tot Mars. De ontstaansgeschiedenis van Umicore*, Tielt.
- BROUSMICHE, P., 1987, Bortai. Faradje, Asosa, Gambela, Saio. *Journal de campagne*, Doornik.
- BROWER, A. (ed.), 2005, *African Archaeology. A Critical Introduction*, Oxford.
- BRUIJN, M. de, R. van Dijk y D. Foeken (eds.), 2001, *Mobile Africa. Changing Patterns of Movement in Africa and Beyond*, Leiden.
- BUANA KABUE, 1975, *L'expérience zairoise. Du casque colonial à la toque de léopard*, París.
- BUCH, P. y J. Vanderlinden, 1995, *L'uranium, la Belgique et les puissances*, Bruselas.
- BUELENS, F., 2007, *Congo 1885-1960. Een financieel-economische geschiedenis*, Berchem.
- BUREAU DU PRÉSIDENT DE LA RÉPUBLIQUE [1972], *Profils du Zaïre*, Kinsasa.
- BUYSE, A., 1994, *Democratie voor Zaïre. De bittere nasmaak van een troebel experiment*, Groot-Bijgaarden.
- CABINET DU DÉPARTEMENT DE LA DÉFENSE NATIONALE, 1974, *Forces Armées Zairoises. Mémoire de Réflexion, d'Action et d'Information*, Kinsasa.
- CALLAGHY, T., 1984, *The State-Society Struggle. Zaire in Comparative Perspective*, Nueva York.

- CAMPBELL, K., 2007, *800 Chinese state-owned enterprises active in Africa, covering every country*, *Mining Weekly*, 28-IX-2007.
- CAPRASSE, P., 1959, *Leaders africains en milieu urbain (Elisabethville)*, Bruselas.
- CARRINGTON, J. F., 1974, *La voix des tambours*, Kinsasa.
- CARTON DE WIART, H., 1923, *Mes vacances au Congo*, Bruselas.
- CATHERINE, L., 1994, *Manyiema, de enige oorlog die België won*, Amberes.
- CATTEEUW, K., 1999, *Cardijn in Congo. De ontwikkeling en betekenis van de Katholieke Arbeidersjeugd in Belgisch-Congo*, *Brood en Rozen*, 4, 2, pp. 153-169.
- CATTIER, F., 1906, *Étude sur la situation de l'État Indépendent du Congo*, Bruselas.
- CAYEN, A., 1938, *Au service de la colonie*, Bruselas.
- CEUPPENS, B., 2003, *Congo Made in Flanders? Koloniale Vlaamse visies op «blank» en «zwart» in Belgisch-Congo*, Gante.
- , 2009, *Een Congolese kolonie in Brussel*, en V. Viaene, D. Van Reybrouck y B. Ceuppens (eds.), *Congo in België. Koloniale cultuur in de metropool*, Lovaina, pp. 231-250.
- CHALUX, 1925, *Un an au Congo Belge*, Bruselas.
- CHOMÉ, J., 1959, *La passion de Simon Kimbangu, 1921-1951*, Bruselas.
- , 1966, *Moïse Tshombe et l'escroquerie katangaise*, Bruselas.
- , 1975, *Mobutu, guide suprême*, Bruselas.
- , 1978, *Mobutu of de opgang van een sergeant-hulpboekhouder tot Opperste Leider van Zaïre*, Amberes.
- CLARK, J. F., 2002, *The African Stakes of the Congo War*, Nueva York.
- CLOSE, W. T., 2007, *Beyond the Storm. Treating the Powerless and the Powerful in Mobutu's Congo/Zaire*, Marbleton.
- COMHAIRE-SYLVAIN, S., 1968, *Femmes de Kinshasa. Hier et aujourd'hui*, París.
- COMITÉ INTERNACIONAL DE RESCATE, 2007, *Mortality in the Democratic Republic of Congo: An Ongoing Crisis, I-2007*, <https://www.theirc.org/>
- CONNAH, G., 2004, *Forgotten Africa. An Introduction to its Archaeology*, Londres.
- CONSEJO DE SEGURIDAD DE NACIONES UNIDAS, 2008, *Final report of the Group of Experts on the Democratic Republic of the Congo*, S/2008/773.

- CONVENTS, G., 2006, *Images & démocratie. Les Congolais face au cinéma et à l'audiovisuel*, Lovaina.
- COQUERY-VIDROVITCH, C., A. Forest y H. Weiss (eds.), 1987, *Rébellions-révolution au Zaïre 1963-1965*, 2 vols., París.
- CORNEILLE, A., 1945, *Le syndicalisme au Katanga*, Elisabethville.
- CORNET, R. J., 1944, *Katanga. Le Katanga avant les Belges*, Bruselas.
- , 1947, *La bataille du rail. La construction du chemin de fer de Matadi au Stanley Pool*, Bruselas.
- CORNEVIN, R., 1963, *Histoire du Congo (Léopoldville)*, París.
- COUTTENIER, M., 2005, *Congo tentoongesteld. Een geschiedenis van de Belgische antropologie en het museum van Tervuren (1882-1925)*, Lovaina.
- CRISP, 1960, *Congo 1959. Documents belges et africains*, Bruselas.
- , 1961, *Congo 1960*, 2 vols. y anexo, Bruselas.
- , 1962, *Abako 1950-1960. Documents*, Bruselas.
- , 1963, *Congo 1962*, Bruselas.
- , 1964, *Congo 1963*, Bruselas.
- , 1965, *Congo 1964*, Bruselas.
- , 1966, *Congo 1965*, Bruselas.
- , 1967, *Congo 1966*, Bruselas.
- , 1969, *Congo 1967*, Bruselas.
- CROS, M.-F. y F. Misser, 2006, *Géopolitique du Congo (RDC)*, Bruselas.
- CROWDER, M., 1984, *The Second World War. Prelude to decolonization in Africa*, en M. Crowder (ed.), *The Cambridge History of Africa (VIII)*. From c. 1940 to c. 1975, Cambridge, pp. 8-51.
- DAHLE HUSE, M. y S. L. Muyakwa, 2008, *China in Africa. Lending, Policy Space and Governance*, <https://www.africa.no/>
- DANNIAU, F., 2005, *Il s'agit d'un peuple. Het antropologisch onderzoek van het Bureau international d'ethnographie (1905-1913)*, tesina inédita, Universidad de Gante.
- DAVIDSON, A. B., A. F. Isaacman y R. Péliissier, 1987, *La politique et le nacionalisme en Afrique centrale et méridionale, 1919-1935*, en A. Adu Boahen (ed.), *Histoire générale de l'Afrique (VII)*. *L'Afrique sous la domination coloniale*, París, pp. 721-760.
- DAVIS, J. M., 1933, *Modern Industry and the African. An Inquiry into the Effect of the Copper Mines of Central Africa upon Native Society and the Work of the Christian Missions*, Londres.
- DAYE, P., 1929, *Congo et Angola*, Bruselas.

- DE BACKER, M. C. C., 1959, *Notes pour servir à l'étude des «groupements politiques» à Léopoldville*, 3 secc., tiposcrito, Bruselas.
- DE BOECK, F. y M.-F. Plissart, 2004, *Kinshasa. Tales of the Invisible City*, Gante.
- , 2004, *On being shege in Kinshasa. Children, the occult and the street*, en T. Trefon (ed.), *Reinventing Order in the Congo. How People Respond to State Failure in Kinshasa*, Londres, pp. 155-173.
- , 2005, *The apocalyptic interlude. Revealing death in Kinshasa*, *African Studies Review*, 48, 2, pp. 11-32.
- DEBROUX, L., T. Hart, D. Kalmowitz, A. Karsenty y G. Topa (eds.), 2007, *Forests in Post-Conflict Democratic Republic of Congo. Analysis of a Priority Agenda* <https://www.cifor.cgiar.org/>
- DE CRAEMER, W. y R. C. Fox, 1968, *The Emerging Physician. A Sociological Approach to the Development of a Congolese Medical Profession*, Stanford.
- DE DORLODOT, P., 1994, *Marche d'espoir, Kinshasa 16 février 1992. Non-violence pour la démocratie au Zaïre*, París.
- DE HERDT, T. y S. Marysse, 2002, *La réinvention du marché par le bas. Circuits monétaires et personnes de confiance dans les rues de Kinshasa*, en G. de Villers, B. Jewsiewicki y L. Monnier (eds.), 2002, *Manières de vivre. Économie de la «débrouille» dans les villes du Congo/Zaïre*, Tervuren.
- DEHOUX, E., 1950, *L'Afrique centrale à la croisée des chemins. Un reportage critique*, 2 vols., Bruselas.
- DE JONGHE, E., 1908, *L'activité ethnographique des Belges au Congo*, *Bulletin de la Société d'Études Coloniales*, 15, 4, pp. 283-308.
- DE KEYZER, C., 2009, *Congo (Belge)*, Tielt.
- y J. Lagae, 2010, *Congo Belge en images*, Tielt.
- DELANNOO, E., 2006, *Het kortstondige verhaal van het Kongolese Vrijwilligerskorps, Shrapnel*, junio, pp. 49-52.
- DELATHUY, A. M., 1986, *Jesuiten in Kongo met zwaard en kruis*, Berchem.
- , 1989, *De Kongostaat van Leopold II*, Amberes.
- , 1992-1994, *Missie en staat in Oud-Kongo*, 2 vols., Berchem.
- DELCOMMUNE, A., 1920, *Le Congo, la plus belle colonie du monde*, Bruselas.
- DE LIEDEKERKE, C. y Y. Muller, 2006, *Congo na biso*, documental, París.

- DELPYERRE, G., 2002, *Tabora 1916. De la symbolique d'une victoire*, *Belgisch Tijdschrift voor Nieuwste Geschiedenis*, 32, 3-4, pp. 351-381.
- DELVAL, N., 1966, *Schuld in Kongo?*, Lovaina.
- DE MEULDER, B., 1996, *De kampen van Kongo. Arbeid, kapitaal en rasveredeling in de koloniale planning*, Ámsterdam.
- , 2000, *Kuvuande Mbote. Een eeuw koloniale architectuur en stedenbouw in Kongo*, Amberes.
- DEMBOUR, M.-B., 2000, *Recalling the Belgian Congo*, Nueva York.
- DE MONSTELLE, A., 1965, *La débâcle du Congo Belge*, Bruselas.
- DEMUNTER, P., 1975, *Luttés politiques au Zaïre. Le processus de politisation des masses rurales du Bas-Zaïre*, París.
- DENDOOVEN, D. y P. Chielens, 2008, *Wereldoorlog I. Vijf continenten in Vlaanderen*, Tielt.
- DENUIT-SOMERHAUSEN, C., 1988, *Les traités de Stanley et de ses collaborateurs avec les chefs africains, 1880-1885*, en *Koninklijke Academie voor Overzeese Wetenschappen, Bijdragen over de honderdste verjaring van de Onafhankelijke Kongostaat*, Bruselas, pp. 77-146.
- , y F. Balace, 1992, *Abyssinie 41. Du mirage à la victoire*, en F. Balace (ed.), *Jours de lutte*, Bruselas, pp. 15-49.
- DEPAEPE, M., J. Briffaerts, P. Kita Kyankenge Masandi y H. Vinck, 2003, *Manuels et chansons scolaires au Congo Belge*, Lovaina.
- DERRICK, J., 2008, *Africa's «Agitators». Militant Anti-Colonialism in Africa and the West, 1918-1939*, Londres.
- DE SAINT MOULIN, L., 1983, *La population du Congo pendant la Seconde Guerre Mondiale*, en *Le Congo belge durant la Seconde Guerre Mondiale*, Bruselas, pp. 15-49.
- , 2007, *Croissance de Kinshasa et transformations du réseau urbain de la République du Congo depuis l'indépendance*, en J.-L. Vellut (ed.), *Villes d'Afrique. Explorations en histoire urbaine*, París, pp. 41-65.
- , 2009, *Analyse du paysage sociopolitique à partir du résultat des élections de 2006*, en T. Trefon (ed.), *Réforme au Congo (RDC). Attentes et désillusions*, Tervuren, pp. 49-65.
- DE VALON, A., 2006, *Mission de renforcement des capacités du Commissariat de District de l'Ituri*, tiposcrito inédito, Bunia.
- DEVISCH, R., 1995, *Frenzy, Violence, and Ethical Renewal in Kinshasa*, *Public Culture*, 7, pp. 593-629.
- DE VILLERS, G., 1997, *Zaïre. La transition manquée (1990-1997)*, París.

- , B. Jewsiewicki y L. Monnier (eds.), 2002, *Manières de vivre. Économie de la «débrouille» dans les villes du Congo/Zaire*, Tervuren.
- , 2001, *Guerre et politique. Les trente derniers mois de L.-D. Kabila (aout 1998-janvier 2001)*, Tervuren.
- , 2009, *De la guerre aux élections. L'ascension de Joseph Kabila et la naissance de la Troisième République (janvier 2001-aout 2008)*, Tervuren.
- y J. Omasombo Tshonda, 2002, «An intransitive transition», *Review of African Political Economy*, 93-94, pp. 399-410.
- DEVLIN, L., 2007, *Chief of Station, Congo. A Memoir of 1960-67*, Nueva York.
- DE VOS, L., E. Gerard, P. Raxhon y J. Gérard-Libois, 2004, *Lumumba. De complotten? De moord*, Lovaina.
- DE VOS, P., 1961, *Vie et mort de Lumumba*, París.
- DE WAELE, J., 2007-2008, *Voor vorst en vaderland. Zwarte soldaten en dragers tijdens de Eerste Wereld Oorlog in Congo*, *Militaria Belgica*, pp. 107-126.
- DE WITTE, L., 1999, *De moord op Lumumba*, Lovaina. [Hay trad. cast.: *El asesinato de Lumumba*, Barcelona, 2002.]
- DIALLO, S., 1977, *Zaire Today*, París.
- DIANGIENDA KUNTIMA, J., 2007, *L'histoire du Kimbanguisme*, Châtenay-Malabry.
- DIBWE DIA MUEMBU, D., 1999, *De la surpolitisation à l'antipolitique, quelques remarques en marge de l'histoire du mouvement ouvrier à l'Union Minière du Haut-Katanga (UMHK) et à la Gécamines, 1920-1960*, *Brood en Rozen*, 4, 2, pp. 184-199.
- , 2001a, *Histoire des conditions de vie des travailleurs de l'Union Minière du Haut-Katanga/Gécamines (1910-1999)*, Lubumbashi.
- , 2001b, *Bana Shaba abandonnés par leur père. Structure de l'autorité et histoire sociale de la famille ouvrière au Katanga, 1910-1997*, París.
- , 2004, *Le travail hier et aujourd'hui: mémoires de Lubumbashi*, París.
- DOUCY, A. y P. Feldheim, 1952, *Problèmes du travail et politique sociale au Congo belge*, Bruselas.
- DRACHOUSSOFF, V., 1954, *L'évolution de l'agriculture indigène dans la zone de Léopoldville*, Bruselas.
- DUJARDIN, V., V. Rosoux y T. de Wilde D'Estmael (eds.), 2009, *Leopold II. Schaamteloos genie?*, Tielt.

- EARLY, G. (ed.), 1992, *Speech and Power. The African-American Essay and its Cultural Content from Polemics to Pulpit*, 2 vols., Hopewell.
- EFINDA, E., 2009, *Grand Lacs. Sur les routes malgré nous!*, París.
- EKANGA BOTOMBELE, B., 1975, *La politique culturelle en République du Zaïre*, París.
- EL-TAHRI, J., 2000, *L'Afrique en morceaux. La tragédie des Grands Lacs*, documental de Canal Plus.
- , 2007, *Cuba, une odysée africaine*, documental de ARTE.
- EMIZET, K. N. F., 1997, *Zaire after Mobutu. A Case of Humanitarian Emergency*, Helsinki.
- EMONGO LOMOMBA, 1985, *Le «Blanc-belge» au Congo. Entretien avec Lomami Tshibamba, en Zaïre 1885-1985. Cent ans de regards belges*, Bruselas, pp. 135-147.
- ENGELS, D. y B. van Peel, 2010, *Boyamba Belgique*, documental, Bruselas.
- ERGO, A.-B., 2008, *Congo belge. La colonie assassinée*, París.
- ESGAIN, N., 2000, *Scenes de la vie quotidienne à Elisabethville dans les années vingt*, en J.-L. Vellut (ed.), *Itinéraires croisés de la modernité. Congo belge (1920-1950)*, Tervuren, pp. 57-60.
- ESPOSITO, R. F., 1978, *Anuarite, vierge et martyre zaïroise*, Kinsasa.
- ETAMBALA, Zana Aziza, 1987, *Congolese children at the Congo House in Colwyn Bay (North Wales, Great-Britain), at the end of the 19th century*, *Africa Focus*, 3, pp. 237-285.
- , 1993, *In het land van de Banoko. De geschiedenis van de Kongolese/Zaïrese aanwezigheid in België van 1885 tot heden*, Lovaina.
- , 1999a, *Arbeidersopstanden en het ontstaan van inlandse syndicaten. De houding van de Katholiek Kerk (1940-1947), Brood en Rozen*. 4, 2, pp. 67-111.
- , 1999b, *Congo 55/65. Van koning Boudewijn tot president Mobutu*, Tielt.
- , 2008, *De teloorgang van een modelkolonie. Belgisch Congo (1958-1960)*, Lovaina.
- EYSKENS, G., 1994, *De memoires*, Tielt.
- FABIAN, J., 1971, *Jamaa. A Charismatic Movement in Katanga*, Evanston.
- , 1986, *Language and Colonial Power. The Appropriation of Swahili in the Former Belgian Congo, 1880-1938*, Cambridge.
- , 1996, *Remembering the Present. Painting and Popular History in Zaire*, Berkeley.

- , 2000, *Out of Our Minds. Reason and Madness in the Exploration of Central Africa*, Berkeley.
- FETTER, B., 1973, *L'Union Minière du Haut-Katanga, 1920-1940. La naissance d'une sous-culture totalitaire*, Bruselas.
- , 1974, *African associations in Elisabethville, 1910-1935. Their origins and development*, *Études d'Histoire Africaine*, 6, pp. 205-223.
- , 1976, *The Creation of Elisabethville, 1910-1940*, Stanford.
- FEUCHAUX, L., 2000, *Vie coloniale et faits divers à Léopoldville (1920-1940)*, en J.-L. Vellut (ed.), *Itinéraires croisés de la modernité. Congo belge (1920-1950)*, Tervuren, pp. 71-101.
- FIERLAFYN, L., 1990, *Le discours nationaliste au Congo belge durant la période 1955-1960*, Bruselas.
- FLAMENT, F., 1952, *La Force Publique de sa naissance à 1914. Participation des militaires à l'histoire des premières années du Congo*, Bruselas.
- FODEN, G., 2004, *Mimi and Toutou go forth. The Bizarre Battle of Lake Tanganica*, Londres.
- FOIRE INTERNATIONALE D'ELISABETHVILLE, 1962, *Elisabethville 1911-1961*, Bruselas.
- FORBATH, P., 1977, *The River Congo: The Discovery, Exploration and Exploitation of het World's Most Dramatic River*, Nueva York.
- FOX, R. C., W. de Craemer y J.-M. Ribeaucourt, 1965, *La deuxième indépendance. Étude d'un cas, la rébellion au Kwilu*, *Études congolaises*, 8, 1, pp. 1-35.
- FRÈRE, M.-S., 2005, *Afrique centrale, médias et conflits. Vecteurs de guerre ou acteurs de paix*, Bruselas.
- , 2007, *Quand le pluralisme déraile. Images et manipulations télévisuelles à Kinshasa*, *Africultures*, 20-XI-2007, <https://www.africultures.com/>
- , 2009, *Appui au secteur des médias: quel bilan pour quel avenir?*, en T. Trefon (ed.), *Réforme au Congo (RDC). Attentes et désillusions*, Tervuren, pp. 191-210.
- FRÈRES MARISTES, 1927, *Buku na kutanga o lingala (Livre de lecture en lingala)*, Lieja, <https://www.abbol.com/>
- GANN, L. H., y P. Duignan, 1979, *The Rulers of Belgian Congo, 1884-1914*, Princeton.
- GANSHOF VAN DER MEERSCH, 1958, *Le droit électoral au Congo belge. Status des villes et des communes*, Bruselas.
- , 1960, *Congo, mei-juni 1960*, s. l.

- GARBIN, D. y Wa Gamoka Pandu, 2009, *Roots and Routes. Congolese Diaspora in Multicultural Britain*, Londres.
- GAST, L., 1996, *When we were kings*, documental, Los Ángeles.
- GBABENDU ENGUNDUKA, A. y E. Efolo Ngobaasu, 1991, *Volonté de changement au Zaïre. De la consultation populaire vers la conférence nationale*, 2 vols., París.
- GEENEN, K., 2009, «*Sleep occupies no space*». *The use of public space by street gangs in Kinshasa*, *Journal of the African International Institute*, 79, 3, pp. 347-368.
- GEERNAERT, J., s. f., *Congophilie. Solution de la question coloniale belge*, Bruselas.
- GEERTS, W., 1970, *Binza 10. De eerste tien onafhankelijkheidsjaren van de Democratische Republiek Congo*, Gante.
- , 2005, *Mobutu. De man van Kamanyola*, Lovaina.
- GELDOF, J., 1937, *Belgisch-Congo*, Brujas [2.^a ed.].
- GÉRARD, J. E., 1969, *Les fondements syncrétiques du Kitawala*, Bruselas.
- GÉRARD-LIBOIS, J., 1963, *Sécession au Katanga*, Bruselas.
- GHILAIN, J., 1963, *Le revenu des populations indigènes du Congo-Léopoldville*, Bruselas.
- GIOVANNONI, M., T. Trefon, J. Kasongo Banga y C. Muema, 2004, *Acting on Behalf (and in Spite) of the State. NGOs and Civil Society Associations in Kinshasa*, en T. Trefon (ed.), *Reinventing Order in the Congo. How People Respond to State Failure in Kinshasa*, Londres, pp. 99-115.
- GLOBAL WITNESS, 2005, *Under-Mining Peace. Tin, The Explosive Trade in Cassiterite in Eastern DRC*, junio de 2005, <https://www.globalwitness.org/>
- GOFFIN, L., 1907, *Le chemin de fer du Congo (Matadi-Stanley-Pool)*, Bruselas.
- GONDOLA, C. D., 1997a, *Unies pour le meilleur et le pire. Femmes africaines et villes coloniales. Une histoire du métissage*, *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, 6, <http://clio.revues.org/index377.xhtml/>
- , 1997b, *Villes miroirs. Migrations et identités urbaines à Kinshasa et Brazzaville, 1930-1970*, París.
- , 1999, *La contestation politique des jeunes à Kinshasa à travers l'exemple du mouvement «kindoubill» (1950-1959)*, *Brood en Rozen*, 4, 2, pp. 171-183.
- GOULD, D. J., 1980, *Bureaucratic Corruption and Underdevelopment in the Third World. The Case of Zaire*, Nueva York.

- GOUROU, P., 1955, *La densité de la population rurale au Congo Belge*, Bruselas.
- GOVAERTS, B., 2009, *De strop of de kogel? Over de toepassing van de doodstraf in Kongo en Ruanda-Urundi (1885-1962)*, *Brood en Rozen*, 1, pp. 59-77.
- GRÉVISSE, F., 1951, *Le centre extra-coutumier d'Elisabethville. Quelques aspects de la politique indigène du Haut-Katanga industriel*, Bruselas.
- GUEBELS, L., 1952, *Relation complète des travaux de la Commission Permanente pour la Protection des Indigènes, 1911-1951*, Gembloux.
- GUEVARA, E. Che, 2001, *De Afrikaanse droom. De revolutionaire dagboeken uit de Kongo 1965-1966*, Ámsterdam. [Hay trad. cast.: *Pasajes de la guerra revolucionaria. Congo*, Barcelona, 1999.]
- HABRAN, L., 1925, *Coup d'oeil sur le problème politique et militaire du Congo Belge*, Bruselas.
- HAMMARSKJÖLD, D., 1964, *Markings*, Londres.
- HAMULI KABARHUZA, B., 2002, *Donner sa chance au peuple congolais. Expériences de développement participatif (1985-2001)*, París.
- , F. Mushi Mugumo y N. Yambayamba Shuku, 2003, *La société civile congolaise. État des lieux et perspectives*, Bruselas.
- HARDEN, B., 2001, *A black mud from Africa helps power the new economy*, *The New York Times*, 12-VIII-2001.
- HARMS, R. W., 1981, *River of Wealth, River of Sorrow, The Central Zaire Basin in the Era of the Slave and Ivory Trade, 1500-1891*, New Haven.
- HAWKER, G., 1909, *The Life of George Grenfell. Congo Missionary and Explorer*, Londres.
- HELMREICH, J. E., 1983, *The uranium negotiations of 1944*, en *Le Congo belge durant la Seconde Guerre Mondiale*, Bruselas, pp. 253-284.
- , 1986, *Gathering Rare Ores. The Diplomacy of Uranium Acquisition, 1943-1954*, Princeton.
- HEMMENS, H. L., 1949, *George Grenfell, Master Builder of Foundations*, Londres.
- HIBBERT, C., 1982, *Africa Explored. Europeans in the Dark Continent, 1769-1889*, Londres.
- HIGGINSON, J., 1989, *A Working Class in the Making. Belgian Colonial Labor Policy, Private Enterprise, and the African Mineworker, 1907-1951*, Madison.

- HILTON, A., 1985, *The Kingdom of Kongo*, Oxford.
- HOCHSCHILD, A., 1998, *De geest van koning Leopold II en de plundering van de Congo*, Amsterdam.
- HOEBEKE, H., H. Boshoff y K. Vlassenroot, 2009, «Monsieur le Président, vous n'avez pas d'armée...»: *La réforme du secteur de sécurité vue du Kivu*, en T. Trefon (ed.), *Réforme au Congo (RDC). Attentes et désillusions*, Tervuren, pp. 119-137.
- HOSKYNS, C., 1969, *Case Studies in African Diplomacy 1. The Organization of African Unity and the Congo Crisis*, Dar es Salaam.
- HOUYOUX, J., 1972, *Budgets menagers à Kisangani, juin-juillet-août 1972*, s. l.
- , 1973, *Budgets menagers, nutrition et mode de vie à Kinshasa*, Kinsasa.
- HULSTAERT, G., 1983, *Herinneringen aan de oorlog*, en *Le Congo belge durant la Seconde Guerre Mondiale*, Bruselas, pp. 587-595.
- , 1990, *Marie aux Léopards. Quelques souvenirs historiques*, *Annales Aequatoria*, 11, pp. 433-435.
- HUMAN RIGHTS WATCH, 1997a, *What Kabila is Hiding. Civilian Killings and Impunity in Congo, X-1997*, <https://www.hrw.org/>
- , 1997b, *Uncertain Course. Transition and Human Rights Violations in the Congo, XII-1997*, <https://www.hrw.org/>
- , 2000, *Eastern Congo Ravaged. Killing Civilians and Silencing Protest. V-2000*, <https://www.hrw.org/>
- , 2001, *Uganda in Eastern DRC. Fuelling Political and Ethnic Strife. III-2001*, <https://www.hrw.org/>
- , 2002a, *The War within the War. Sexual Violence against Women and Girls in Eastern Congo, VI-2002*, <https://www.hrw.org/>
- , 2002b, *War Crimes in Kisangani. The Response of Ruandan-backed Rebels to the May 2002 Mutiny, VIII-2002*, <https://www.hrw.org/>
- , 2003, *Ituri «covered in blood». Ethnically targeted violence in northeastern DR Congo, VII-2003*, <https://www.hrw.org/>
- , 2004, *D. R. Congo. War crimes in Bukavu, VI-2004*, <https://www.hrw.org/>
- , 2005, *The Curse of Gold, VI-2005*, <https://www.hrw.org/>
- , 2008a, *We will crush you. The Restriction of Political Space in the Democratic Republic of Congo, XI-2008*, <https://www.hrw.org/>
- , 2008b, *Killings in Kiwanja, XII-2008*, <https://www.hrw.org/>
- HUNT, N. R., 1999, *A Colonial Lexicon. Of Birth Ritual, Medicalization, and Mobility in the Congo*, Durham.

- HUYBRECHTS, A., V. Y. Mudimbe, L. Peeters, J. Vanderlinden, D. van der Steen y B. Verhaegen [1980], *Du Congo au Zaïre, 1960-1980. Essai de bilan*, Bruselas.
- IKEMBANA, P., 2007, *Mobutu's totalitarian political system. An Afrocentric analysis*, Londres.
- ILOSONO BEKILI B'INKONKOY, 1985, *L'épopée du 24 novembre. Témoignage*, Kinsasa.
- ILUNGA MPUNGA, D., 2007, *Étienne Tshisekedi. Le sens d'un combat*, París.
- INFORCONGO, 1958, *Belgisch-Congo en Ruandi-Urundi. Reisgids*, Bruselas.
- INTERNATIONAL CRISIS GROUP, 2007, *Congo. Consolidating the Peace, VII-2007*, <https://www.crisisgroup.org/>
- , 2009a, *Congo. Five Priorities for a Peacebuilding Strategy, V-2009*, <https://www.crisisgroup.org/>
- , 2009b, *A Comprehensive Strategy to Disarm the FDLR, VII-2009*, <https://www.crisisgroup.org/>
- IPIS, 2002, *Supporting the War Economy in the DRC. European Companies and the Coltan Trade*, <https://www.ipisresearch.be/>
- , 2002, *European Companies and the Coltan Trade. An update*, <https://www.ipisresearch.be/>
- , 2002, *Network War. An Introduction to Congo's Privatised War Economy*, <https://www.ipisresearch.be/>
- , 2008a, *The Congo wants to raise the profits of its mining sector*, <https://www.ipisresearch.be/>
- , 2008b, *Mapping Conflict Motives. Eastern DRC*, <https://www.ipisresearch.be/>
- , 2009, *The Impact of the Global Financial Crisis in Katanga*, https://www.ipisresearch.be
- ISAACMAN, A. y J. Vansina, 1987, *Initiatives et résistances africaines en Afrique centrale de 1880 et 1914*, en A. Adu Boahen (ed.), *Histoire générale de l'Afrique (VII). L'Afrique sous domination coloniale*, París, pp. 191-216.
- JADIN, L., 1968, *Les sectes religieuses secrètes des Antoniens au Congo, 1703-1709*, *Cahiers des Religions Africaines*, 2, pp. 113-120.
- JANSSEN, P., 1997, *Aan het hof van Mobutu*, París.
- JANSSENS, E., 1905, *Rapport de la Commission d'Enquete*, *Bulletin Officiel de l'État Indépendent du Congo*, 21, 9-10, pp. 135-287.
- , 1961, *J'étais le général Janssens*, Bruselas.
- , 1979, *Histoire de la Force Publique*, Bruselas.

- , 1982-1984, *Contribution à l'histoire militaire du Congo belge pendant la Seconde Guerre mondiale, 1940-45*, Bruselas.
- JEAL, T., 2007, *The Impossible Life of Africa's Greatest Explorer*, Londres.
- JEWSIEWICKI, B., 1976, *La contestation sociale et la naissance du prolétariat au Zaïre au cours de la première moitié du xxe siècle*, *Revue Canadienne des Études Africaines*, 10, 1, pp. 47-71.
- , 1980, *Political Consciousness Among African Peasants in the Belgian Congo*, *Review of African Political Economy*, 7, 19, pp. 23-32.
- , 1988, *Mémoire collective et passé récent dans les discours historiques populaires zaïrois*, en B. Jewsiewicki & H. Moniot (eds.), *Dialoguer avec le léopard*, París, pp. 218-268.
- (ed.), 1992, *Art pictorial zaïrois*, París.
- , Kilola Lema y J.-L. Vellut, 1973, *Documents pour servir à l'histoire sociale du Zaïre: grèves dans le Bas Congo (Bas-Zaïre) en 1945*, *Études d'Histoire Africaine*, 5, pp. 155-188.
- JOHNSTON, H., 1908, *George Grenfell and the Congo*, Londres.
- JORIS, L., 1987, *Terug naar Congo*, Ámsterdam. [Hay trad. cast.: *Regreso al Congo*, Barcelona, 2004.]
- , 2001, *Dans van de luipaard*, Ámsterdam. [Hay trad. cast.: *La danza del leopardo*, Barcelona, 2017.]
- , 2006, *Het uur van de rebellen*, Ámsterdam.
- JORISSEN, F., 2005, *Dagboek van een koloniaal. Herinneringen van Belgisch Kongo 1953-1960*, Hasselt.
- JOURDAN, L., 2004, *Being at war, being young. Violence and youth in North Kivu*, en K. Vlassenroot & T. Raeymaekers (ed.), *Conflict and Social Transformation in Eastern DRC*, Gante, pp. 157-176.
- JOYE, P. y R. Lewen, 1961, *Les trusts au Congo*, Bruselas.
- JULIEN, P., 1953, *Pygmeeën. Vijfentwintig jaar dwergen-onderzoek in Equatoriaal Afrika*, Ámsterdam
- KABUYA KALALA, F., Kalonji Nsenga y Itimelongo Titi, 1980, *Les mesures de démonétisation du 25 décembre 1979 au Zaïre. Impacts et conséquences probables, Zaïre-Afrique*, 20, 144, pp. 197-214.
- y Matata Ponyo, 1999, *L'espace monétaire kasaien. Crise de légitimité et de souveraineté monétaire en période d'hyperinflation au Congo (1993-1997)*, París.
- KADIMA-NZUJI, M., 1984, *La littérature zaïroise de langue française (1945-1965)*, París.
- KALB, M., 1982, *The Congo Cables. The Cold War in Africa, from Eisenhower to Kennedy*, Nueva York.

- KALONGA, A., 1978, *Le mal zaïrois*, Bruselas.
- KALULAMBI PONGO, M., 2004, *Le ndombolo du Seigneur. Itinéraires et logiques des musiques religieuses en Afrique centrale*, *Rupture-Solidarité*, 5, pp. 47-67.
- KAMITATU, C., 1971, *La grande mystification du Congo-Kinshasa. Les crimes de Mobutu*, París.
- KAMITATU-MASSAMBA, C., 1977, *Zaire. Le pouvoir à la portée du peuple*, París.
- KANZA, T. R., 1959, *Propos d'un congolais naïf*, Bruselas.
- KANZA, T., 1972, *Conflict in the Congo. The Rise and Fall of Lumumba*, Baltimore.
- KAOZE, S., 1910, *La psychologie des Bantu*, *La revue Congolaise*, 1, pp. 406-437.
- KELLY, S., 1993, *America's Tyrant. The CIA and Mobutu of Zaire. How the United States Put Mobutu in Power, Protected Him from His Enemies, Helped Him Become One of the Richest Men in the World, and Lived to Regret It*, Washington, D. C.
- KENNES, E., 2003, *Essai biographique sur Laurent-Désiré Kabila*, Tervuren.
- KESTERGAT, J., 1961, *André Ryckmans*, Bruselas.
- , 1965, *Congo Congo. De l'indépendance à la guerre civile*, 1965.
- KIBARI NSANGA, R., 1985, *Mouvements «anti-sorciers» dans les Provinces de Leopoldville [sic] et du Kasai, à l'époque coloniale*, tiposcrito inédito, Kikwit.
- KIMONI IYAY, 1990, *Kikwit et son destin. Aperçu historique et sociologique, Pistes et Recherches*, *Revue Scientifique*, 5, pp. 155-182.
- KISANGANI, E. F. y F. S. Bobb, 2010, *Historical Dictionary of the Democratic Republic of the Congo*, Lanham.
- KISOBELE NDONTONI, N., 2008, *Mot de Circonstance des Anciens Combattants 40-45*, discurso inédito, Kinsasa, 11-XI-2008.
- KLEIN, W. C., 1957, *De Congolese elite*, Ámsterdam.
- KONINKLIJKE ACADEMIE VOOR OVERZEESE WETENSCHAPPEN, 1976, *Bijdragen over de Aardrijkskundige Conferentie van 1876*. Bruselas.
- , 1988, *Bijdragen over de honderdste verjaring van de Onafhankelijke Kongostaat*, Bruselas.
- LABRIQUE, J., 1957, *Congo politique*, Léopoldville.
- LA FONTAINE, J. S., 1970, *City Politics. A Study of Léopoldville, 1962-63*, Cambridge.

- LAGAE, J., 2002, *Kongo zoals het is. Drie architectuurverhalen uit de Belgische kolonisatiegeschiedenis (1920-1960)*, Gante.
- , T. de Keyser y J. Vervoort, 2006, *Boma 1880-1920. Koloniale hoofdstad of kosmopolitische handelspost*, CD-ROM, Gante.
- LANOTTE, O., 2003, *Guerres sans frontieres en République Démocratique du Congo*, Bruselas.
- LAUDE, N., 1956, *La délinquance juvénile au Congo belge et au Ruanda-Urundi*, Bruselas.
- LAURO, A., 2005, *Coloniaux, ménagères et prostituées au Congo belge (1885-1930)*, Loverval.
- LEMARCHAND, R., 2008, *The Dynamics of Violence in Central-Africa*, Filadelfia.
- LECLERCQ, C., 1964, *L'ONU et l'affaire du Congo*, París.
- LECLERCQ, H., 2003, *Le rôle économique du diamant dans le conflit congolais*, en Monnier, L., B. Jewsiewicki y G. de Villers (ed.), *Chasse au diamant au Congo/Zaire*, Tervuren, pp. 47-78.
- LEFEBVRE, V., 1952, *La Belgique et le Congo au milieu du XXe siècle*, Charleroi.
- LEGUM, C., 1965, *Pan-Africanism. A Short Political Guide*, Nueva York.
- LESLIE, W. J., 1987, *The World Bank and Structural Adjustment in Developing Countries. The Case of Zaire*, Boulder.
- LEYSEN, L., 1982, *Heimweh nach den Tropen*, documental de ARD.
- LI, Z., D. Xue, M. Lyons y A. Brown, 2007, *Ethnic enclave of transnational migrants in Guangzhou. A case study of Xiaobei*, asiandrivers.open.ac.uk
- LIBOTTE, B., s. f., *Droeven J. De eerste kleurling in het Belgische leger* <http://users.telenet.be/ABL1914/Droeven.htm>.
- LOKA-NE-KONGO, 2001, *Lutte de libération et piège de l'illusion. Multipartisme intégral et dérive de l'opposition au Zaire (1990-1997)*, Kinsasa.
- LUBABU MPASI-A-MBONGO y Musangi Ntemo, 1987, *Histoire du MPR*, en Sakombi Inongo (ed.), *Mélanges pour une révolution*, Kinsasa, pp. 35-126.
- LUMENGANESO, A., 2005, *Stedelijk vervoer in Leopoldstad. De gyrobus*, en J.-L. Vellut (ed.), *Het geheugen van Congo. De koloniale tijd*, Tervuren, pp. 108-109.
- LYONS, M., 1992, *The Colonial Disease. A Social History of Sleeping Sickness in Northern Zaire, 1900-1940*, Cambridge.
- MACGAFFEY, W., 1986, *Religion and Society in Central Africa*, 1986.

- MACGAFFEY, J., 1991, *The Real Economy of Zaire. The Contribution of Smuggling and Other Unofficial Activities to National Wealth*, Londres.
- MAILER, N., 2007, *Het gevecht*, Ámsterdam. [Hay trad. cast.: *El combate*, Barcelona, 2013.]
- MAKULO AKAMBU, 1983, *La vie de Disasi Makulo, ancien esclave de Tippu Tip et catéchiste de Grenfell, par son fils Makulo Akambu*, Kinsasa.
- MALU-MALU, J.-J., 2002, *Le Congo Kinshasa*, París.
- MAMDANI, M., 2001, *When Victims Become Killers. Colonialism, Nativism and the Genocide in Ruanda*, Princeton.
- MANTELS, R., 2007. *Geleerd in de tropen. Leuven, Congo & de wetenschap, 1885-1960*, Lovaina.
- MANYA K'OMALOWETE, 1986, *Utilisation des procédés d'initiation et d'immunisation à caractère magique par le mouvement simba*, *Les Cahiers du Cedaf*, 7-8, pp. 87-112.
- MAQUET-TOMBU, J., 1952, *Le Siècle marche... Vie du chef congolais Lutunu*, Bruselas.
- MARCHAL, J., 1985, *E. D. Morel tegen Leopold II en de Kongostaat*, Berchem.
- , 2001, *L'histoire du Congo 1910-1945 (III). Travail forcé pour l'huile de palme de lord Leverhulme*, Borgloon.
- MARECHAL, P., 1992, *De Arabische campagne in het Maniema-gebied (1892-1894)*, Tervuren, 1992.
- 2005, *Kritische bedenkingen bij de controverses over Leopold II en Congo in de literatuur en de media*, en J.-L. Vellut (ed.), *Het geheugen van Congo. De koloniale tijd*, Tervuren, pp. 45-46.
- MARRES, J. y P. de Vos, 1959, *L'équinoxe de janvier. Les émeutes de Léopoldville*, Bruselas.
- MARTELLI, G., 1962, *Leopold to Lumumba. A History of the Belgian Congo 1877-1960*, Londres.
- , 1966, *Experiment in World Government. An Account of the United Nations Operation in the Congo 1960-1964*, Londres.
- MARTENS, G., 1999, *Congolese Trade Unionism. The Colonial Heritage*, *Brood en Rozen*, 4, 2, pp. 129-149.
- MARTENS, L., 1985, *Pierre Mulele ou la seconde vie de Patrice Lumumba*, Berchem.
- , 1991, *Une femme du Congo*, Berchem.
- MARTIN, M.-L., 1981, *Simon Kimbangu. Un prophète et son église*, Lausana.

- MARYSSE, S., y C. André, 2001, *Guerre et pillage en République Démocratique du Congo, L'Afrique des Grands Lacs, Annuaire 2000-2001*, pp. 307-332.
- MARYSSE, S. y S. Geenen, 2008, *Les contrats chinois en RDC. L'impérialisme rouge en marche?, L'Afrique des Grands Lacs, 2007-2008*, pp. 287-313.
- DE MAXIMY, R., 1984, *Kinshasa, ville en suspens. Dynamique de la croissance et problèmes d'urbanisme: étude socio-politique*, París.
- McBREARTY, S. y A. S. Brooks, 2000, *The Revolution That Wasn't. A New Interpretation of the Origin of Modern Behavior*, *Journal of Human Evolution*, 39, pp. 453-563.
- MCCRUMMEN, S., 2009, *Nearly forgotten forces of WW II*, *The Washington Post*, 4-VIII-2009.
- McLYNN, F., 1992, *Hearts of Darkness. The European Exploration of Africa*, Londres.
- MEEUWIS, M., 1999, *Buntungu's «Mokingi mwa Mputu». A Boloki perception of Europe at the end of the 19th century*, *LPCA Text Archives*, 1, www2.fmg.uva.nl/lpca/textarchives/buntungu.html
- MENDE OMALANGA, L. y Tshilenge Wa Kabamb, 1992, *Rapport sur les Biens Mal Acquis*, Kinsasa.
- MENDIAUX, E., 1960, *Moscou Accra et le Congo*, Bruselas.
- MERCADER, J., 2003, *Foragers of the Congo. The early settlement of the Ituri Forest*, en J. Mercader (ed.), *Under the Canopy. The Archaeology of Tropical Rain Forests*, New Brunswick, pp. 93-116.
- MEREDITH, M., 2005, *The State of Africa. A History of Fifty Years of Independence*, Londres.
- MERLIER, M., 1962, *Le Congo. De la colonisation belge à l'indépendance*, París.
- MERTENS, M., 2009, *Chemical compounds in the Congo. A Belgian colony's role in the chemotherapeutic knowledge production during the 1920s*, conferencia inédita, Leipzig.
- MEYERS, J., 1964, *Le prix d'un empire*, Bruselas.
- MICHAUX, O., 1913, *Au Congo. Carnet de campagne*, Namur.
- MICHEL, S., 1962, *Uhuru Lumumba*, París.
- y M. Beuret, 2009, *La Chinafrique. Pékin à la conquête du continent noir*, París.
- MICHEL, T., 1992, *Zaire, le cycle du serpent*, documental, Bruselas.
- , 1999, *Mobutu, roi du Zaire*, documental, Bruselas.
- , 2005, *Congo River*, documental, Bruselas.

- , 2009, *Katanga Business*, documental, Bruselas.
- MINANI, R., 2010, 2010, *année charnière. Bref aperçu de la situation sociopolitique*, 19-II-2010, www.rodhecic.org
- MOBUTU SESE SEKO, 1973: *Discours du 30 novembre 1973 devant le Conseil Législatif National*, en Cabinet du Département de la Défense Nationale, *Forces Armées Zaïroises. Mémoire de Réflexion, d'Action et d'Information*, Kinsasa, pp. 229-269.
- MOKOKO GRAMPIOT, A., 2004, *Kimbanguisme et identité noire*, Paris.
- MONHEIM, F., 1961, *Réponse à Pierre De Vos au sujet de «Vie et mort de Lumumba»*, Amberes.
- , 1962, *Mobutu, l'homme seul*, Bruselas.
- MONNIER, L., B. Jewsiewicki y G. de Villers (ed.), 2001, *Chasse au diamant au Congo/Zaire*, Tervuren.
- MUABILA MALELA, 1979, *Travail et travailleurs au Zaïre. Essai sur la conscience ouvrière du prolétariat urbain de Lubumbashi*, Kinsasa.
- MUAMBI, A., 2009, *Democratie kan je niet eten. Reisverslag van een verkiezingswaarnemer*, Ámsterdam.
- MUMENGI, D., 2005, *Panda Farnana, premier universitaire congolais, 1888-1930*, Paris.
- MUNAYI MUNTU-MONJI, 1977, *La déportation et le séjour des Kimbanguistes dans le Kasai-Lukenié (1921-1960)*, *Zaire-Afrique*, 119, pp. 555-573.
- MUTAMBA MAKOMBO KITASHIMA, J.-M., 1998, *Du Congo Belge au Congo indépendant 1940-1960*, Kinsasa.
- MUZITO, A., 2010, *Les années des nationalistes au pouvoir en chiffres*, présentation inédite en PowerPoint del primer ministro, Kinsasa.
- MVUMBI NGOLU TSASA, 1986, «*Révolution*» *sexuelle, intention éthique et ordre politique*, en Association des Moralistes Zaïrois (ed.), *Crise morale et vie économique au Zaïre*, Kinsasa, pp. 65-72.
- NDAYWEL E NZIEM, I., 1995, *La transition politique au Zaïre et son prophète Dominique Sakombi Inongo*, Quebec.
- , 1998, *L'histoire générale du Congo. De l'héritage ancien à la République Démocratique*, Paris.
- , 2002, *Identité congolaise contemporaine du prénom écrit au prénom oral*, en M. Quaghebeur (ed.), *Figures et paradoxes de l'histoire au Burundi, au Congo et au Ruanda*, 2 vols., Paris, pp. 766-779.

- NELSON, S., 1994, *Colonialism in the Congo Basin, 1880-1940*, Athens (Ohio).
- NEWBURY, M. C., 1984, *Ebutumwa Bw'Emiogo, the tyranny of casava. A women's tax revolt in Eastern Zaire*, *Canadian Journal of African Studies*, 18, 1, pp. 35-54.
- NGALAMULUME NKONGOLO, M., 2000, *Le campus martyr. Lubumbashi, 11-12 mai 1990*, París.
- NGBANDA NZAMBO, H., 2004, *Crimes organisés en Afrique Centrale. Révélation sur les réseaux Ruandais et occidentaux*, París.
- NGUZA KARL I BOND, 1982, *Mobutu ou l'incarnation du Mal Zaïrois*, Londres.
- NIZA, 2006, *The State vs. the People. Governance, Mining and the Transitional Regime in the Democratic Republic of Congo*, Ámsterdam.
- NLANDU-TSASA, C., 1997, *La rumeur au Zaïre de Mobutu: Radio-trottoir à Kinshasa*, París.
- NORTHRUP, D., 1988, *Beyond the Bend in the River, African Labor in Eastern Zaire, 1865-1940*, Athens (Ohio).
- , 2002, *Africa's Discovery of Europe*, Nueva York.
- , 2007, *Slavery and forced labour in the Eastern Congo, 1850-1910*, en H. Médard y S. Doyle (ed.), *Slavery in the Great Lakes Region of East Africa*, Oxford, pp. 111-123.
- NZEZA BILAKILA, A., 2004, *The Kinshasa bargain*, en T. Trefon (ed.), *Reinventing Order in the Congo. How People Respond to State Failure in Kinshasa*, Londres, pp. 20-32.
- NZONGOLA-NTALAJA, G. (ed.), 1986, *The Crisis in Zaire. Myths and realities*, Trenton.
- , 2002, *The Congo from Leopold to Kabila. A People's History*, Londres.
- NZULA, A. T., I. I. Potekhin y A. Z. Zusmanovich, 1979, *Forced Labour in Colonial Africa*, Londres [orig. ed. rusa, 1933].
- OLINGA, L., 2006, *La victoire en chantant*, *Jeune Afrique*, 7-III-2006 www.rodhecic.org
- OMASOMBO TSHONDA, J. y B. Verhaegen, 1998, *Patrice Lumumba. Jeunesse et apprentissage politique, 1925-1956*, Tervuren.
- , 2005, *Patrice Lumumba. De la prison aux portes du pouvoir, juillet 1956-février 1960*, Tervuren.
- PAICE, E., 2007, *Tip and Run. The Untold Tragedy of the Great War in Africa*, Londres.

- PAIN, M., 1984, *Kinshasa, la ville et la cité*, París.
- PAKENHAM, T., 1991, *The Scramble for Africa, 1876-1912*, Londres.
- PARDIGON, V., 1961, *L'U. R. S. S.*, en A. Wauters (ed.), *Le monde communiste et la crise du Congo belge*, Bruselas, pp. 59-92.
- PAULUS, J.-P., 1962, *Congo 1956-1960*, Bruselas.
- PAUWELS-BOON, G., 1979, *L'origine, l'évolution et le fonctionnement de la radiodiffusion au Zaïre de 1937 à 1960*, Tervuren.
- PEEMANS, J.-P., 1988, *Zaïre onder het Mobutu-régimen. Grote stappen in de economische en sociale ontwikkeling*, en J. Devos, J.-P. Peemans, R. Renard, E. Vervliet, J.-C. Willame (ed.), *Wederzijds. De toekomst van de Belgisch-Zaïrese samenwerking*, Bruselas, pp. 16-49.
- PERRINGS, C., 1979, *Black Mineworkers in Central Africa. Industrial Strategies and the Evolution of an African Proletariat in the Copperbelt 1911-41*, Londres.
- PÉTILLON, L. A., 1985, *Récit. Congo 1929-1958*, Bruselas.
- PICARD, E., 1896, *En Congolie*, Bruselas.
- PODDAR, P., R. S. Patke y L. Jensen (ed.), 2008, *A Historical Companion to Postcolonial Literatures. Continental Europe and its Empires*, Edimburgo.
- POEL, I. van der, 2006, *Congo-Océan. Un chemin de fer colonial controversé*, 2 vols., París.
- POLE INSTITUTE, 2002, *The Coltan Phenomenon*, Goma.
- PONCELET, M., 2008, *L'invention des sciences coloniales belges*, París.
- PONS, V., 1969, *Stanleyville. An African Urban Community under Belgian Administration*, Oxford.
- POPOVITCH, M. D. y F. de Moor, 2007, *Eza Congo. Photographes de RDC*, Roeselare.
- POPPE, G., 1998, *De tranen van de dictator. Van Mobutu tot Kabila*, Amberes.
- POUPART, R., 1960, *Première esquisse de l'évolution du syndicalisme au Congo*, Bruselas.
- PRUNIER, G., 1995, *The Ruanda Crisis. History of a Genocide*, Londres.
- , 2009, *Africa's World War. Congo, the Ruandan Genocide, and the Making of a Continental Catastrophe*, Oxford.
- PYPE, K., 2006, *Dancing for God or the Devil. Pentecostal Discourse on Popular Dance in Kinshasa*, *Journal of Religion in Africa*, 36, 3-4, p. 296-318.

- , 2007, *Fighting Boys, Strong Men and Gorillas. Notes on the Imagination of Masculinities in Kinshasa*, *Journal of the International African Institute*, 77, 2, pp. 250-271.
- , 2009a, «We need to open up the country». *Development and the Christian Key Scenario in the Social Space of Kinshasa's Teleserials*, *Journal of African Media Studies*, 1, 1, pp. 101-116.
- , 2009b, *Media Celebrity, Charisma and Morality in Post-Mobutu Kinsasa*, *Journal of Southern African Studies*, 35, 3, pp. 541-555.
- , 2009c, *A Historical Analysis of Christian Visual Media in Postcolonial Kinshasa*, *Studies in World Christianity*, 15, 2, pp. 131-148.
- QUEUILLE, P., 1965, *Histoire de l'afro-asiatisme jusqu'à Bandung. La naissance du tiers-monde*, París.
- RAID, 2009, *Chinese Mining Operations in Katanga*, septiembre, www.raiduk.org.
- RASPOET, E., 2005, *Bwana Kitoko en de koning van de Bakuba. Een vorstelijke ontmoeting op de evenaar*, Amberes.
- RAYMAEKERS, P. y H. Desroche, 1983, *L'administration et le sacré (1921-1957)*, Bruselas.
- REMILLEUX, J.-L., 1989, *Mobutu. Dignité pour l'Afrique*, París.
- RENSON, R. y C. Peeters, 1994, *Sport als missie. Raphaël de la Kéthulle de Ryhove (1890-1956)*, en M.D'hoker, R. Renson & J. Tolleneer (ed.), *Voor lichaam & geest: katholieken, lichamelijke opvoeding en sport in de 19de en 20ste eeuw*, Lovaina, pp. 200-215.
- RENTON, D., D. Seddon y L. Zeilig, 2007, *The Congo. Plunder and Resistance*, Londres.
- REYNAERT, J., 2009, *De balans na tien jaar Monuc in Congo. Hoe effectief is de VN-vredesmissie op het terrein?*, Lovaina.
- REYNTJENS, F., 2009, *De grote Afrikaanse oorlog. Congo in de regionale geopolitiek, 1996-2006*, Amberes.
- RIVA, S., 2000, *Nouvelle histoire de la littérature du Congo-Kinshasa*, París.
- ROBERTS, A. F., 1989, *History, Ethnicity and Change in the «Christian Kingdom» of Southeastern Zaire*, en L. Vail (ed.), *The Creation of Tribalism in Southern Africa*, Berkeley, pp. 176-207.
- ROES, A., 2008, *Thinking With and Beyond the State. The Sub-and Supranational Perspectives on the Exploitation of Congolese Natural Resources, 1885-1914*, conferencia inédita, Tervuren.
- ROUSSEL, J., 1949, *Déontologie coloniale. Consignes de vie et d'action coloniales pour l'élite des blancs et l'élite des noirs*,

- Lovaina.
- RUBBENS, A., 1945, *Dettes de guerre*, Elisabethville.
- , 1983, *De naweeën van de oorlogsinspanning*, en *Le Congo belge durant la Seconde Guerre Mondiale*, Bruselas, pp. 579-585.
- RYCKMANS, A., 1970, *Les mouvements prophétiques kongo en 1958. Contribution à l'étude de l'Histoire du Congo*, Kinsasa.
- , 1948, *Dominer pour servir*, Bruselas.
- SADIN, F., 1918, *La mission des jésuites au Kwango. Notice historique*, Kisantu.
- SAKOMBI INONGO, 1974a, *L'authenticité à Dakar*, en Cabinet du Département de la Défense Nationale, *Forces Armées Zaïroises: Mémoire de Réflexion, d'Action et d'Information*, Kinsasa, pp. 339-363.
- , 1974b, *L'authenticité à Paris*, en Cabinet du Département de la Défense Nationale, *Forces Armées Zaïroises. Mémoire de Réflexion, d'Action et d'Information*, Kinsasa, pp. 365-393.
- , 1987, *Mélanges pour une révolution*, Kinsasa.
- SALMON, P., 1977, *La révolte des Batetela de l'expédition du Haut-Ituri (1897)*, Bruselas.
- SCHATZBERG, M. G., 1988, *The Dialectics of Oppression in Zaire*, Bloomington.
- SCHÖLLER, A., 1982, *Congo 1959-1960. Mission au Katanga, intérim à Léopoldville*, Paris.
- SCHOLL-LATOURE, P., 1986, *Mort sur le grand fleuve. Du Congo au Zaïre, chronique d'une indépendance*, Paris.
- SCOTT, I., 1969, *Tumbled House. The Congo at Independence*, Londres.
- SCOTT, S. A., 2008, *Laurent Nkunda et la rébellion du Kivu. Au coeur de la guerre congolaise*, Paris.
- SEGAL, R., 2001, *Islam's Black Slaves. The Other Black Diaspora*, Nueva York.
- SERUFURI HAKIZA, P., 1984, *Les auxiliaires autochtones des missions protestantes au Congo, 1878-1960. Étude de cinq Sociétés missionnaires*, Lovaina-la-Nueva.
- , 2004, *L'évangélisation de l'ancien royaume Kongo, 1491-1835*, Kinsasa.
- SHERIFF, A., 1987, *Slaves, Spices & Ivory in Zanzibar*, Londres.
- SIKITELE GIZE, 1973, *Les racines de la révolte Pende de 1931, Études d'Histoire Africaine*, 5, pp. 99-153.
- SINATU BOLYA, C., 2003, *Des sociétés d'élégance aux mouvements d'émancipation féministes*,

- http://www.mvca.be/_realisations/realisations_11.html
- SINDA, M., 1972, *Le messianisme congolais et ses incidences politiques. Kimbanguisme —Matsouanisme— Autres mouvements*, París.
- SINGLETON-GATES, P., y M. Girodias, 1959, *The Black Diaries. An Account of Roger Casement's Life and Times with a Collection of his Diaries and Public Writings*, s. l.
- SLADE, R., 1959, *English-Speaking Missions in the Congo Independent State, 1878-1908*, Bruselas.
- , 1962, *King Leopold's Congo. Aspects of the Development of Race Relations in the Congo Independent State*, Londres.
- SMITH, J., 2005, *Dinner with Mobutu. A Chronicle of my Life and Times*, s. l.
- SOETE, G., 1993, *Het einde van de grijshemden. Onze koloniale politie*, Zedelgem.
- SOHIER, J., 1959, *Essai sur la criminalité dans la province de Léopoldville. Meurtres et infractions apparentées*, Bruselas.
- SOUCHARD, V., 1983, *Jours de brousse. Congo 1940-1945*, Bruselas.
- SOUDAN, F., 2007, *Kabila, l'heure des choix*, Jeune Afrique, 16-XII-2007, pp. 26-29.
- STANLEY, H. M., 1886, *Zes jaren aan den Congo en de stichting van een nieuwen vrijen staat*, 2 vols., Ámsterdam.
- , 1899, *Through the Dark Continent*, 2 vols., Londres [orig. 1878].
- STEARNS, J., 2010, *What is Obama doing for Congo?*, congosiassa.blogspot.com 10-I-2010.
- STENGERS, J., 1957, *Combien le Congo a-t-il couté à la Belgique*, Bruselas.
- , 1963, *Belgique et Congo. L'élaboration de la Charte coloniale*, Bruselas.
- , 1989, *Congo: mythes et réalités. Cent ans d'histoire*, París.
- , J. 1997, *De uitbreiding van België. Tussen droom en werkelijkheid*, en G. Janssens y J. Stengers (ed.), *Nieuw licht op Leopold I & Leopold II. Het archief Goffinet*, Bruselas, pp. 237-285.
- y J. Vansina, 1985, *King Leopold's Congo, 1886-1908*, en R. Oliver y G. N. Sanderson (ed.), *The Cambridge History of Africa (VI). From 1870 to 1905*, Cambridge, pp. 315-358.
- STEWART, G., 2000, *Rumba on the River. A History of the Popular Music of the two Congos*, Londres.
- STIGLITZ, J. E., 2002, *Globalization and its Discontents*, Londres. [Hay trad. cast.: *El malestar en la globalización*, Madrid, 2018.]

- STORME, M., 1970, *La mutinerie militaire au Kasai en 1895*, Bruselas.
- STRACHAN, H., 2004, *The First World War in Africa*, Oxford.
- STRIZEK, H., 2006, *Geschenkte Kolonien. Ruanda und Burundi unter deutscher Herrschaft*, Berlín.
- TAKIZALA, H. D., 1964, «Situation de l'enseignement durant la première législature», *Études Congolaises*, 7, 8, pp. 61-79.
- TAMBWE, E. y J.-M. Dikanga Kazadi (eds.), 2008, *Laurent-Désiré Kabila. L'actualité d'un combat*, París.
- TARDIEU, M., 2006, *Les Africains en France. De 1914 à nos jours*, Mónaco.
- TEMPELS, P., 1944, *La philosophie de la rébellion, L'Essor du Congo*, 31-VIII-1944 (incluido en A. Rubbens, 1945, *Dettes de guerre*, Elisabethville, pp. 17-23).
- , 1946 [1945], *Bantoe-Filosofie*, Amberes.
- TER HAAR, G., 2009, *How God became African. African Spirituality and Western Secular Thought*, Filadelfia.
- THIEFFRY, E., 1926, *En avion de Bruxelles au Congo Belge. Histoire de la première liaison aérienne entre la Belgique et sa colonie*, Bruselas.
- THIEL, H. VAN, 1982, *Wij Ngombe. Volk in Zaïre*, Deurne.
- TIELEMANS, H., 1966, *Gijzelaars in Congo. Overzicht van de dramatische gebeurtenissen in het missiegebied Isangi tijdens de Congolese rebellie, 4 de augustus 1964-27 februari 1965*, s. l.
- TILMAN, S., 2000, *L'implantation du scoutisme au Congo belge*, en J.-L. Vellut (ed.), *Itinéraires croisés de la modernité. Congo Belge (1920-1950)*, Tervuren, pp. 103-140.
- TOKWAULA AENA, B., s. f., *Tant que je vivrai, tu vivras*, Kinsasa.
- TRAVAUX DU GROUPE D'ÉTUDES COLONIALES, 1912, *Les fermes-chapelles au point de vue économique et civilisateur*, *Bulletin de la Société Belge d'Études Coloniales*, 5.
- TREFON, T. (ed.), 2004, *Reinventing Order in the Congo. How People Respond to State Failure in Kinshasa*, Londres.
- (ed.), 2009, *Réforme au Congo (RDC). Attentes et désillusions*, Tervuren.
- TSHIBANGU KABET MUSAS, 1974, *La situation sociale dans le ressort administratif de Likasi (ex-Territoire de Jadotville) pendant la Guerre 1940-1945*, *Études d'Histoire Africaine*, 6, pp. 275-311.
- TSHIMANGA, C., 2000, *L'adapes et la formation d'une élite au Congo (1925-1945)*, en J.-L. Vellut (ed.), *Itinéraires croisés de la modernité. Congo belge (1920-1950)*, Tervuren, pp. 189-204.

- TSHITUNGU KONGOLO, A., 2002, *Poète ton silence est crime. Panorama de la poésie congolaise de langue française*, París.
- , 2003a, *Paul Panda Farnana (1888-1930), panafricaniste, nationaliste, intellectuel engagé. Une contribution à l'étude de sa pensée et de son action*, *L'Africain*, 211 (X-XI-2003), pp. 1-7.
- TURINE, Roger Pierre, 2007, *Les arts du Congo, d'hier à nos jours*, Bruselas.
- TURNER, T., 2007, *The Congo War. Conflict, Myth and Reality*, Londres.
- UNESCO, 2005, *Promoting and Preserving Congolese Heritage. Linking Biological and Cultural Diversity*, París.
- VAN ACKER, G., 1924, *Een Vlaamsch geloofszending bij de Baloeba's in Congoland*, s. l.
- VAN BILSEN, J., 1958, *Vers l'indépendance du Congo et du Ruanda-Urundi*, Kraainem.
- , 1962, *L'indépendance du Congo*. Doornik.
- , 1993, *Kongo 1945-1965. Het einde van een kolonie*, Lovaina.
- VANDAELE, J., 2005, *Het recht van de rijkste. Hebben andersglobalisten gelijk?*, Amberes.
- , 2008, *Het roofdier, Mozes en de Chinezen*, *Mo*, febrero de 2008, pp. 28-33.
- VAN DEN BOSCH, J., 1986, *Pré-Zaïre. Le cordon mal coupé*, Bruselas.
- VAN DEN BOSCH, P., 1992, *Vijf en twintig jaren in de branding. Congo-Zaïre, novembre 1949-janvier 1975*, s. l.
- VANDERKERKEN, G., 1920, *Les sociétés bantoues du Congo Belge et les problèmes de la politique indigène*, Bruselas.
- VANDERLINDEN, J., 1991, *À-propos de l'uranium congolais*, Bruselas.
- , 1994, *Pierre Ryckmans, 1891-1959. Coloniser dans l'honneur*, Bruselas.
- VAN DER SMISSEN, E., 1920, *Léopold II et Beernaert, d'après leur correspondance inédite de 1884 à 1894*, 2 vols., Bruselas.
- VANDERSMISSEN, J., 2008, *Koningen van de wereld. De aardrijkskundige beweging en de ontwikkeling van de koloniale doctrine van Leopold II*, Gante.
- VANDERSTRAETEN, L.-F., 1985, *Histoire d'une mutinerie, juillet 1960. De la Force Publique à l'Armée nationale congolaise*, París.
- , 2001, *La répression de la révolte des Pende du Kwango en 1931*, Bruselas.

- VANDEWALLE, G., 1966, *De conjuncturele evolutie in Kongo en Ruanda-Urundi van 1920 tot 1939 en van 1949 tot 1958*, Gante.
- VAN DIJCK, H., 1997, *Rapport sur les violations des Droits de l'Homme dans le Sud-Équateur du 15 Mars 1997 au 15 Septembre 1997*, informe inédito.
- VANDOMMELE, M., 1983, *Zaire. Buitenlandse belangen, binnenlandse pijnbank*, Bruselas.
- VANGANSBEKE, J., 2006, *Afrikaanse verdedigers van het Belgisch grondgebied, 1914-1918*, *Belgisch Bijdragen tot de Militaire Geschiedenis*, 4, pp. 123-134.
- VANGROENWEGHE, D., 1985, *Rood rubber. Leopold II en zijn Kongo*, Bruselas.
- , 2005, *Voor rubber en ivoor. Leopold II en de ophanging van Stokes*, Lovaina.
- VAN LIERDE, J., 1963, *La pensée politique de Patrice Lumumba*, París.
- VAN OVERBERGH, C., 1913, *Les nègres d'Afrique*, Bruselas.
- VAN PEEL, B., 2000, *Aux débuts du football congolais*, en J.-L. Vellut (ed.), *Itinéraires croisés de la modernité. Congo belge (1920-1950)*, Tervuren, pp. 141-187.
- VAN REYBROUCK, D., 2009, *Congo in de populaire cultuur*, en V. Viaene, D. van Reybrouck y B. Ceuppens (eds.), *Congo in België. Koloniale cultuur in de metropool*, Lovaina, pp. 169-181.
- VANSINA, J., 1965, *Les anciens royaumes de la savane. Les états des savanes méridionales de l'Afrique centrale des origines à l'occupation coloniale*, Léopoldville.
- , 1976, *L'Afrique centrale vers 1875*, en Koninklijke Academie voor Overzeese Wetenschappen, *Bijdragen over de Aardrijkskundige Conferencie van 1876*. Bruselas, pp. 1-31.
- , 1990, *Paths in the Rainforest. Toward a History of Political Tradition in Equatorial Africa*, Madison.
- , 2004, *How Societies Are Born. Governance in West Central Africa before 1600*, Charlottesville.
- VANTHEMSCHE, G., 1999, *Radioscopie van een kolonie. Belgisch-Congo 1908-1960*, *Brood en Rozen*, 4, 2, pp. 9-29.
- , 2007, *Congo: de impact van de kolonie op België*, Tielt.
- , 2009, *Le Congo belge pendant la Première Guerre mondiale. Les rapports du ministre des Colonies Jules Renkin au roi Albert Ier, 1914-1918*, Bruselas.
- , 2010, *Belgian Congo During the First World War, As Seen Through the Reports of Jules Renkin, Minister of Colonies, to King Albert I*,

- 1914-1918, *Mededelingen der zittingen van de Koninklijke Academie voor Overzeese Wetenschappen*.
- VAN WING, J., 1959, *Études Bakongo. Sociologie, religion et magie*, Brujas.
- VELLUT, J.-L., 1981, *Les bassins miniers de l'ancien Congo Belge. Essai d'histoire économique et sociale (1900-1960)*, Bruselas.
- , 1983, *Le Katanga industriel en 1944. Malaises et anxiétés dans la société coloniale*, en *Le Congo belge durant la Seconde Guerre Mondiale*, Bruselas, pp. 495-523.
- , 1984, *La violence armée dans l'État Indépendant du Congo*, *Cultures et Développement*, 16, 3-4, pp. 671-707.
- , 1992, *Une exécution publique à Elisabethville (20 septembre 1922). Notes sur la pratique de la peine capitale dans l'histoire coloniale du Congo*, en B. Jewsiewicki (ed.), *Art pictural zaïrois*, Paris, pp. 171-222.
- , 1996, *Le bassin du Congo et l'Angola*, en J. F. Ade Ajayi (ed.), *Histoire générale de l'Afrique (VI). L'Afrique au XIXe siècle jusque vers les années 1880*, Paris, pp. 331-361.
- (ed.), 2000, *Itinéraires croisés de la modernité. Congo belge (1920-1950)*, Tervuren.
- , 2005a, Simon Kimbangu. 1921. *De la prédication à la déportation. Les sources. (i). Fonds missionnaires protestants (1). Alliance missionnaire suédoise*, Bruselas.
- (ed.), 2005b, *Het geheugen van Congo. De koloniale tijd*, Tervuren.
- , 2009, *Contextes africains du projet colonial de Léopold II*, discurso inédito, Lovaina-la-Nueva.
- VERBEKEN, A., 1956, *Msiri, roi du Garenganze. «L'homme rouge» du Katanga*, Bruselas.
- , 1958, *La révolte des Batetela en 1895*, Bruselas.
- VERBEKEN, P., 2005, *Ik zeg het eerlijk. Het was een prachtjob*, *Humo*, 26-VII-2005, pp. 32-37.
- VERHAEGEN, B., 1966-1969, *Rébellions au Congo*, 2 vols., Bruselas.
- , 1970, *Dix ans d'indépendance*, *Revue Française d'Études Politiques Africaines*, 57, pp. 17-25.
- , 1971, *Étude sur la rébellion*, en *Mouvements nationaux d'indépendance et classes populaires*, Paris, pp. 418-443.
- , 1978, *L'enseignement universitaire au Zaïre. De Lovanium à l'Unaza 1958-1978*, Paris.
- , 1983, *La guerre vécue au Centre Extra-Coutumier de Stanleyville*, en *Le Congo belge durant la Seconde Guerre Mondiale*, Bruselas, pp. 439-493.

- , 1986, *Conditions politiques et participation sociale à la rébellion dans l'Est du Zaïre, Les Cahiers du Cedad*, 7-8, pp. 1-14.
- , 1990, *Femmes zaïroises de Kisangani. Combats pour la survie*, París.
- , 1999, *Communisme et anticomunisme au Congo (1920-1960)*, Brood en Rozen, 4, 2, pp. 113-127.
- y C. Tshimanga, 2003, *L'Abako et l'indépendance du Congo belge. Dix ans de nationalisme kongo (1950-1960)*, Tervuren.
- VERLINDEN, P., 2002, *Weg uit Congo. Het drama van de kolonialen*, Lovaina.
- , 2008, *Achterblijven in Congo. Een drama voor de Congolezen?*, Lovaina.
- VESSE, A., 1961, *Note sur l'évolution de l'économie congolaise après l'indépendance du pays*, s. l.
- VIAENE, V., 2008, *King Leopold's imperialism and the origins of the Belgian colonial party, 1860-1905*, *Journal of Modern History*, 80, pp. 741-790.
- , 2009, *Reprise-remise. De Congolese identiteitscrisis van België rond 1908*, en V. Viaene, D. van Reybrouck y B. Ceuppens (eds.), *De overname van België door Congo. Aspecten van de Congolese «aanwezigheid» in de Belgische samenleving, 1908-1958*, Lovaina, pp. 43-62.
- , 2009, *De religie van de prins. Leopold II, de Heilige Stoel, België en Congo (1855-1909)*, en V. Dujardin, V. Rosoux y T. de Wilde (eds.), *Leopold II, ongegeneerd genie? Buitenlandse politiek en klonizatie*, Tielt, pp. 143-164.
- D. van Reybrouck y B. Ceuppens (eds.), 2009, *Congo in België. Koloniale cultuur in de metropool*, Lovaina.
- VIJGEN, I., 2005, *Tussen mandaat en kolonie. Rwanda, Burundi en het Belgisch bestuur in opdracht van de Volkenbond (1916-1932)*, Lovaina.
- VILLAFANA, F. R., 2009, *Cold War in the Congo. The Confrontation of Cuban Military Forces, 1960-1967*, New Brunswick.
- VINCK, H., 2002, *Colonial Schoolbooks (Belgian Congo). Anthology*, <http://www.abbol.com>
- VLASSENROOT, K., 2000, *The promise of ethnic conflict. Militarisation and enclaveformation in South Kivu*, en D. Goyvaerts (ed.), *Conflict and Ethnicity in Central Africa*, Tokio, pp. 59-104.
- y H. Romkema, 2002, *The emergence of a new order? Resources and War in Eastern Congo*, *Journal of Humanitarian Assistance*,

- <http://www.jha.ac/articles/a111.htm>
- y T. Raeymaekers (eds.), 2004, *Conflict and Social Transformation in Eastern DRC*, Gante.
- , 2004, «Le conflit en Ituri», *L’Afrique des Grands Lacs, Annuaire 2003-2004*, pp. 207-233.
- WAMU OYATAMBWE, 1999, *De Mobutu à Kabila. Avatars d’une passation inopinée*, París.
- WAUTERS, A., 1929, *D’Anvers à Bruxelles via le Lac Kivu. Le Congo vu par un socialiste*, Bruselas.
- (ed.), 1961, *Le monde communiste et la crise du Congo belge*, Bruselas.
- WEISS, H., 1965, *L’évolution des élites*, *Études congolaises*, 8, 5, pp. 1-14.
- y B. Verhaegen (ed.), 1986, *Les rébellions dans l’est du Zaïre (1964-1967)*, número especial de *Les Cahiers du Cedad*, pp. 7-8.
- WEISSMAN, S. R., 1974, *American Foreign Policy in the Congo 1960-1964*, Ithaca (Nueva York).
- , 2010, *An extraordinary rendition*, *Intelligence and National Security*, 25, 2, pp. 198-222.
- WERBROUCK, R., 1945, *La campagne des troupes coloniales belges en Abyssinie*, Léopoldville.
- WESSELING, H. L., 1991, *Verdeel en heers. De deling van Afrika, 1880-1914*, Ámsterdam.
- WHITE, B. W., 2008, *Rumba Rules. The Politics of Dance Music in Mobutu’s Zaire*, Durham.
- WILD-WOOD, E., 2008, *Migration and Christian Identity in Congo*, Leiden.
- WILLAME, J.-C., 1986, *Zaïre, l’épopée d’Inga. Chronique d’une prédation industrielle*, París.
- , 1988, *Éléments pour une lecture du contentieux belgo-zaïrois*, Bruselas.
- , 1990, *Patrice Lumumba. La crise congolaise revisitée*, París.
- , 1992, *L’automne d’un despotisme. Pouvoir et argent et obéissance dans le Zaïre des années quatre-vingt*, París.
- , 1998, *La «nouvelle» politique américaine en Afrique centrale*, en C. Braeckman, M.-F. Cros, G. de Villers, F. François, F. Reyntjens, F. Ryckmans y J.-C. Willame, *Kabila prend le pouvoir*, Bruselas, pp. 134-144.
- , 2007, *Les «faiseurs de paix» au Congo. Gestion d’une crise internacional dans un État sous tutelle*, Bruselas.
- WOLF, E., 1982, *Europe and the People Without History*, Berkeley.

- WOLTER, R., L. Davreux, R. Régnier, 1957, *Le chômage au Congo belge*, Bruselas.
- WOTZKA, H.-P., 1995, *Studien zur Archäologie des zentral-afrikanische Regenwaldes. Die Keramik des inneren Zaire-Beckens und ihre Stellung im Kontext der Bantú-Expansion*, Colonia.
- WRONG, M., 2000, *In the Footsteps of Mr Kurtz. Living on the Brink of Disaster in the Congo*, Londres.
- WYNANTS, M., 1997, *Van hertogen en Kongolezen. Tervuren en de koloniale tentoonstelling 1897*, Tervuren.
- YAKEMTCHOUK, R., 1986, *Les relations entre les États-Unis et le Zaire*, *Studia Diplomatica*, 39, 1, pp. 5-127.
- 1988a, *Aux origines du séparatisme katangais*, Bruselas.
- 1988b, *Les deux guerres du Shaba. Les relations entre la Belgique, la France et le Zaire*, *Studia Diplomatica*, 41, 4-6, pp. 375-742.
- YAMBUYA, P., 1991, *Zaire, het abattoir. Over gruweldaden van het leger van Mobutu*, Amberes.
- YAV, A., 1965, *Vocabulaire de la ville de Elisabethville. A history of Elisabethville from its beginnings to 1965, compiled and written by André Yav, edited, translated, and commented by Johannes Fabian with assistance from Kalundi Mango*, *Archives of Popular Swahili*, 4 (2001)
<http://www2.fmg.uva.nl/lpca/aps/vol4/vocabulaireshabaswahili.html>
- YELLEN, J. E., 1996, *Behavioral and Taphonomic Patterning at Katanda 9. A Middle Stone Age Site, Kivu Province, Zaire*, *Journal of Archaeological Science*, 23, pp. 915-932.
- YERODIA, A., 2004, *Rapport sur les assassinats et violations des droits de l'homme*, Kinsasa, 2004.
- YOKA, L. M., 2005, *Kinshasa, carnets de guerre*, Kinsasa.
- YOUNG, C. M., 1968, *Introduction à la politique congolaise*, Bruselas.
- , 1984, *Zaire, Ruanda and Burundi*, en M. Crowder (ed.), *The Cambridge History of Africa (VIII). From c. 1940 to c. 1975*, Cambridge, pp. 698-754.
- YOUNG, C. y T. Turner, 1985, *The Rise and Decline of the Zairean State*, Madison.
- ZEEBROEK, X., 2008, *La Mission des Nations Unies au Congo. Le laboratoire de la paix introuvable*, Bruselas.
- ZHANG, L., 2008, *Ethnic Congregation in a Globalizing City. The Case of Guangzhou, China*, www.sciencedirect.com
- ZIÉGLER, J., 1963, *La contre-révolution en Afrique*, París.
- ZINZEN, W., 1995, *Mobutu. Van mirakel tot malaise*, Amberes.

—, 2004, *Kisangani, verloren stad*, Lovaina.

AGRADECIMIENTOS

La idea de este libro surgió una noche de noviembre de 2003 en el café Greenwich de Bruselas. En los años anteriores había escrito sobre mis numerosos viajes al África meridional, y estaba a punto de viajar por primera vez al Congo. Para prepararme había visitado varias librerías de Bruselas, pero sin encontrar el libro que andaba buscando. «Quizá tenga que escribirlo yo —pensé entonces—, puesto que por lo visto pertenezco al grupo de autores que se dedica a hacer libros que querría haber leído.» En aquel momento no podía ni imaginarme que aquella idea sería el germen de un proyecto que se prolongaría durante años y produciría innumerables encuentros inolvidables. Sin embargo, ya en una fase temprana decidí rodearme de algunas personas cuyo juicio valoro mucho: Geert Buelens, Jozef Deleu, Luc Huyse e Ivo Kuyl. Siguiendo la buena tradición centroafricana los llamaba «mis tíos»: podía recurrir a ellos cuando fuera necesario y me daban su confianza incluso cuando no la merecía. La idea de contar con su silenciosa participación fue para mí más importante de lo que ellos supieron.

Desde el principio tuve claro que este libro podía surgir con más facilidad si no estaba vinculado a una institución universitaria. Yo valoraba más la libertad del escritor que la seguridad de un puesto académico. Para la financiación decidí atenerme a la norma de Amnistía Internacional, a saber: no aceptar dinero que proceda directamente de gobiernos, pues solo así podía conservar mi independencia. Por ello fue una suerte recibir apoyo de cinco instituciones que trabajan con comisiones de evaluación autónomas y a menudo incluso anónimas. Agradezco sinceramente los recursos que me concedieron el *Vlaams Fonds voor de Letteren* (Fondo Flamenco de las Letras), el *Nederlands Letterenfonds* (Fondo Neerlandés de las Letras), la Fundación Pascal Decroos para el periodismo especializado, la Fundación para Proyectos de periodismo especializado y el *Netherlands Institute for Advanced Study*. En dos de mis diez visitas al Congo viajé con el equipo de prensa de una delegación ministerial belga. Durante mis estancias más largas, realicé vuelos nacionales en aviones de las fuerzas de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas. Aparte de ello no recibí dinero de ningún ministro, ni fui patrocinado por ninguna empresa ni pernocté en ninguna ONG. Al que quería invitarme, le decía socarronamente que lo haría por su cuenta y riesgo. La independencia es el bien máspreciado, pero no significa que jugara al llanero solitario. Me nutrí a menudo de las ideas de muchas personas, sin ir más lejos de los innumerables informantes que he nombrado en los anteriores capítulos. Son el corazón palpitante de este libro. Con algunos de ellos incluso llegué a entablar amistad. Sin embargo, entre bastidores también hubo muchos otros que me ayudaron. Algunos eminentes conocedores del Congo fueron desde el principio especialmente generosos con su información. Lieve

Joris me facilitó libros y contactos con una generosidad que ya no es propia de estos tiempos. Walter Zinzen, Filip De Boeck y Benoît Standaert constituyeron fuentes inagotables de erudición y amistad. Guy Poppe, Katelijne Hermans, Ine Roox, Peter Verlinden, Koen Vidal, Maarten Rabaey y John Vandaele estuvieron más que dispuestos a compartir conmigo sus criterios sobre el Congo. Diversas personas que sabían que estaba escribiendo este libro llamaron mi atención sobre interesantes fuentes documentales. Me refiero en especial a Colette Braeckman, Raf Custers, Roger Huisman, Piet Joostens, Luc Leysen, Alphonse Muambi, Sophie de Schaepdrijver, Mark Schaevers, Vincent Stuer, Margot Vanderstraeten, Pascal Verbeken, Paule Verbruggen y Honoré Vinck.

En Kinsasa fueron muy valiosas las conversaciones con Zizi Kabongo, Annie Matiti, Noël Mayamba, el cónsul Benoît Standaert, y Johan y Mieke Swinnen, el entonces embajador belga y su esposa. El chófer Didier Catu, el coronel Frank Werbrouck, el embajador Geoffroy de Liedekerke y el hermano Luc Vansina me ayudaron de diversas maneras a solucionar problemas logísticos. En Kisangani recibí la ayuda de Pionus Katuala, Faustin Linyekula y Virginie Dupray. En Bunia fue un privilegio conocer al periodista de radio Jean-Paul Basila. En Goma me ayudaron Sekombi Katondolo, Chrispin Mvano ya Bauma, Cléon Mufingizi y Carine Tchoma. En Bukavu fui huésped en casa de Adolphine Ngoy y su familia. En Lubumbashi hablé largo y tendido con Jules Bizimana, el padre Jo De Neckere y Paul Kaboba. En Ruanda pasé un tiempo con Gady Byabagabo. En Nkamba, la ciudad santa de los kimbanguistas, aprendí mucho con la joven periodista Tétys Danaé Samba. En Nsioni fue especial escuchar al doctor Jacques Courtejoie y a sus amigos Roger Zimuangu y Clément Nzungu. En Boma conocí al maravilloso archivero municipal Placide Munanga, que me habló de la historia de su ciudad. En Kikwit pasé horas charlando con el director de la escuela local Rufin Kibari Nsanga cuya mesa de trabajo estaba literalmente sepultada bajo pilas de libros y documentos. Tratar con él fue una fiesta. Sus conocimientos de historia eran asombrosos y solo se vieron superados por su curiosidad histórica y su radiante hospitalidad.

Durante la ofensiva de Nkunda en 2008 mantuve contactos apasionantes con William Elachi, Sylvie van den Wildenberg y Bernard Kalume en la Monuc. En China aprendí muchas cosas de las conversaciones con el cónsul belga Frank Felix, el representante económico flamenco Koen de Ridder, el periodista congoleño Jaffar Mulassa y los hombres y mujeres de negocios africanos Georges Ndjeka, Dadine Musitu y Lina Garcia Mendes.

Durante mis viajes conocí con regularidad a periodistas o investigadores con los que resultaba interesante hablar. Me refiero en concreto a Caty Clement, Samuel Turpin, Greg Mthembu-Salter, Kipulu Samba, Hery Mambo, Delphine Schrank y Kristien Geenen. Casi siempre viajé solo, pero fue genial compartir algunas veces el camino con viajeros perspicaces como Jan Goossens, Carl de Keyzer y Stephan Vanfleteren. En un vuelo de Kinsasa a Bukavu tuve ocasión de conocer a Kris

Berwouts, el director de EurAc, la red europea de ONG activas en el África Central. Y aunque no hubiésemos vivido un aterrizaje forzoso en Bukavu, habríamos acabado siendo amigos; pero aquel día, cuando salimos los dos indemnes del avión y nos alejábamos de él a través de hierba alta, la lluvia torrencial y el barro rojo, comprendimos que habíamos tenido muchísima suerte y que a partir de entonces nos unía no solo el amor por el Congo sino también por la vida.

En la fase de escritura de este libro pude consultar regularmente a los historiadores Jean-Luc Vellut, Daniel Vangroenweghe, Zana Aziza Etambala, Guy Vanthemsche y Vincent Viaene, a los antropólogos Filip de Boeck, Peter Geschiere, Klaas de Jonge, David Garbin y Anne Mélice, a los historiadores del arte Roger Pierre Turine y Sabine Cornelis, a la arqueóloga Els Cornelissen, al economista Frans Buelens y a la cineasta Valérie Kanza. Walter y Alice Lumbeeck, y Frans y Marja Vleeschouwers, los amigos de mi padre durante los años sesenta, me ayudaron a comprender la perspectiva belga durante la secesión de Katanga, mientras que Michel y Edith Lechat y Jean Cordy fueron informantes excepcionales sobre la época colonial.

Muchas personas que nunca antes había visto se mostraron dispuestas a contestar mis mensajes de correo electrónico o mis llamadas de teléfono. El reverendo Martin M’Caw, Robert Lay, Julian Lock y Betty Layton me ayudaron con información sobre la primera generación de misioneros protestantes. Aldwin Roes, Fien Danniau, Nancy Hunt, Myriam Mertens, Bob White, Bodomo Adams y Bram Libotte me enviaron manuscritos inéditos; por su parte, Dominiek Dendooven, Didier Mumengi, Steven Spittaels y Didier Verbruggen me complacieron al facilitarme la información o los documentos específicos que buscaba. También Bogumil Jewsiewicki, Tom De Herdt, Stefaan Marysse y Erik Kennes solucionaron algunas de mis preguntas técnicas. Odette Kudjabo me contó por teléfono la historia de su abuelo que había combatido en la guerra de entre 1914 y 1918, Michel Drachoussoff me habló de su padre, que escribió un apasionante diario de guerra de entre 1940 y 1945, y Dorothee Longeni Katende me narró historias de su abuelo Disasi Makulo, al que por desgracia nunca conoció.

Cuando hube completado el manuscrito de esta obra, se lo hice leer a algunos expertos. Vincent Viaene, Guy Vanthemsche y Filip Reyntjens examinaron los capítulos relativos al Estado Libre, el Congo Belga y el Congo independiente, y Frans Buelens revisó los pasajes relativos a la economía. Agradezco a todos ellos sus rigurosos comentarios.

En la literatura neerlandesa es habitual dar las gracias a los editores («Para eso me pagan», suelen contestar casi siempre), pero esta regla no se aplica a Wil Hansen, por la sencilla razón de que fue más que un editor, un *honnête homme* de la especie más noble y más rara, con quien fue sumamente agradable colaborar.

Escribí *Congo*. Una historia en mi estudio de Kuregem, el «barrio problemático» del municipio bruselense de Anderlecht, aunque he de reconocer que me molestaron más los helicópteros de la policía que durante semanas estuvieron sobrevolando el barrio en el marco de la política de tolerancia cero, que el propio barrio donde llevo ya cuatro años viviendo y trabajando con placer. No habría podido imaginarme un mejor lugar de trabajo en Europa para escribir sobre el Congo: mi estudio da a la calle donde cada día se venden decenas de coches de segunda mano antes de ser enviados por barco al África Central. Las esquinas de la calle están llenas de anuncios de sanadores o carteles de actuaciones de Werrason. Visto desde fuera, este barrio parece mal integrado en Bélgica, oigo decir a veces, pero desde dentro, es Bélgica la que parece mal integrada en el mundo. Kuregem es una lección de globalización, y también de empatía e implicación.

Para este tipo de lecciones, quizá la mejor escuela sea el Teatro Real Flamenco (KVS) de Bruselas. Mi investigación sobre el Congo empezó más o menos de forma sincrónica con el trayecto sobre el Congo artístico del KVS, un largo programa de intercambio entre artistas congoleños y belgas. Estuve implicado en sus inicios, me encargué de algunos talleres para autores congoleños en Kinsasa y Goma, y entretanto escribí mi monólogo de teatro *Misión*, que se estrenó en el KVS. El excelente trabajo de personas como Jan Goossens y Paul Kerstens me convenció de que el gran debate social se entabla con más urgencia en este tipo de refugios para el pensamiento crítico que en muchas universidades o en los cada vez más comerciales medios de comunicación. Fue así que conocí a algunos de mis más queridos amigos en el Congo, en especial a los escritores Bibish Mumbu y Vincent Lombume, a los dramaturgos Papy Mbwiti y Jovial y Véronique Mbenga, a las actrices Starlette Mathata y Dadine Musitu, al cineasta Djo Munga, al coreógrafo Faustin Linyekula, al artista plástico Vitshois Mwilambwe y al escultor Freddy Tsimba. Todos ellos me han ayudado no solo a comprender su país, sino también a quererlo, pues un país que produce unos artistas tan inteligentes y valientes no está en absoluto perdido.

Tampoco habría podido escribir este libro sin la cercanía de algunos queridos amigos en Europa: Natalie Ariën, Geert Buelens, Emmy Deschuttere, Jan Goossens, Maaïke Pereboom, Grażyna Plebanek, Stephan Vanfleteren, Francesca Vanthielen y Peter Vermeersch me ayudaron a su manera durante la escritura de este texto. Y sobre todo doy las gracias a Bernadette De Bouvere y Tomas Van Reybrouck, mi madre y mi hermano por su sabiduría y su cariño.

*Bruselas,
abril de 2010*

ÍNDICE ALFABÉTICO

Aba
Abako (*Alliance des Bakongo*)
Abandi, René
ABIR (*Anglo-Belgian Indian Rubber Company*)
Abisinia, véase Etiopía
aceite de palma
Acnur (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados)
Actualités Africaines, revista
acuerdo de paz de Pretoria
Acuerdo Global e Inclusivo de Pretoria
Adapes (*Association des Anciens Elèves de Pères de Scheut*)
Adoula, Cyrille
AFDL, véase *Alliance des Forces Démocratiques pour la Libération*
Afonso I, rey de Kongo
African Jazz
afroárabes
 comerciantes
 esclavos
 musulmanes
 negreros
 traficantes
agricultura
 abandono
 colonias agrícolas
 conflictos por la tierra
 crisis después de la independencia
 durante y después de la Segunda Guerra Mundial
 industrial (plantaciones)
 plan de recuperación de Mobutu
 surgimiento y expansión
Air Zaire
Al-Bashir, Omar
Alberto I, rey
Albertville, véase Kalemie
alcoholismo
Alejandría
Alemania

actor central en la colonización de África
alemanes en la era Mobutu
ambiciones coloniales
colonias en África
evangelistas
liberadores míticos del colonialismo
país de inmigración
Primera Guerra Mundial
Segunda Guerra Mundial
República Democrática Alemana
Alemania, República Democrática de
Alesh
Ali, Mohammed
All India Radio
Alliance Démocratique des Peuples (ADP)
Alliance des Forces Démocratiques pour la Libération (AFDL)
Alliance pour la Majorité Présidentelle (AMP)
Alliance Progressiste Paysanne
Al-Zubayr
Amani, proceso
Amani Leo, operación
Amberes
 Exposición Universal de 1885
 Instituto de Medicina Tropical de
 puerto de
American Baptist Missionary Union
Amin, Idi
Amnistía Internacional
amotinamiento
Anany, Jérôme
Ángeles, Los
AngloGold Kilo
Angola
 colonia portuguesa de
 yacimientos petrolíferos de
Anversoise
Anvil Mining
apartheid
Apolline, hermana, véase Lemole Daringi, Apolline
árabes
Argelia

Armée de l'Éternel
Armée de la Victoire
Armée Nationale Congolaise (ANC)
Armée Populaire de la Libération
armisticio
Artemis, operación
Arzoni
asociaciones
Asosa
Association des Évolués de Stanleyville
Association du Personnel Indigène de la Colonie (APIC)
Association Franco-Belge
Association Internationale Africaine (AIA)
Association Internationale du Congo (AIC)
Association Sportive Congolaise
Asuán
atoxil
authenticité
azande
babua
Bafwasende
Bagamoyo
baholoholo
Bahuti, Léonard
Bain, Alexander L.
bakango
Baker, Samuel
bakongo
 concienciación política en Léopoldville
 contacto con misioneros
 contacto con portugueses
 contacto con Stanley
 desplazamientos forzosos
 papel en la descolonización
 reino feudal
Bakwanga, véase Mbuji-Mayi
Balcanes, guerra de los
Balduino
 actitud hacia Lumumba
 como modelo de jefe de Estado
 fiestas de la independencia

papel en la descolonización
periplo en el Congo Belga
Balot, Maximilien
baluba
 contactos con Lumumba
 en Kasai
 en Katanga
 migrantes en Katanga
 organización étnica
 reino feudal
 balubakat
Bamba, Emmanuel
Ban Ki-moon
Banco Central de Katanga
Banco Mundial
Bandio
Bandundu
Bandung, Conferencia de
bangala
 competencia con *bakongo* en Léopoldville
 construcción etnográfica
 contactos con los exploradores
 contactos con Lumumba
 contactos con misioneros
 soldados en la Force Publique
 Bangladesh
Banningville, véase Bandundu
Banque Nationale du Zaïre
bantú, lenguas
banyamulenge
banyaruanda
Baptist Missionary Society
Baraka
Baroza, Tino
Basoko
basonge
batambatamba batetela
Baudouinville, véase Moba
Beijing
belgocongoleña, comunidad
Bemba, Jean-Pierre

como candidato a presidente
como señor de la guerra
como vicepresidente
Bemba, Jeannot
Bendera
Beni
Benín
Bercy
Berlín, Conferencia de
BHP Billiton
bills
Binza, grupo
Birindwa, Faustin
Birmania
Bisengimana Rwema, Barthélémy
Bismarck, Otto von
Bitulu, Jules
Blumenthal, Erwin
Bobi Ladawa
Boboliko, André
Boende
bóeres
Bokassa, Jean-Bédél
Bolamba, Antoine-Roger
bolchevismo
Bolikango, Jean
Bolobo
Boma
Bomans, gobernador provincial
Bomboko, Justin
Bonaccorsi, Arnocovaldo
Bonga Bonga, Paul
bonificaciones, sistema de
Bonnke, Reinhard
bonobo
Bosange, coronel
Bosco, El
Boutros-Ghali, Boutros
boxeo
boy
boy scouts

Brabanzona, La, himno nacional de Bélgica
Bracongo, cervecera
Bralima, fábrica de cerveza
Brancusi, Constantin
Brasil
brassage
Brazza, Savorgnan de
Bretton Woods, instituciones de
Brown, James
Browne de Tiège, Alexandre de
Brueghel el Viejo, Pieter
brujería
Bruselas
 bienes inmuebles de Mobutu
 conferencia de la mesa redonda, véase conferencia de la mesa redonda
 conferencia geográfica
 congreso contra la esclavitud
 diáspora congoleña
 disidentes
 estudiantes
 Exposición Universal, véase Exposición Universal
 fieles a Mobutu
 sede del régimen colonial
 urbanismo
Bugera, Déogratias
Buisseret, Auguste
Bukavu (Costermansville)
Bula Matari
Bulaya, Papy
Bumbu, barrio de,
Bumedián, Huari
Bunagana
Bundu-dia-Kongo (BDK)
Bunia
Buntungu
Bureau International d'Ethnographie
Burundi
Bush, George H. W.
Bushala, Pierrot
bushmeat

Buta
Butembo

Cabo Verde, islas de
Cairo, El
cambistas
Cameron, Lovett
Camerún
Camus, Albert
canibalismo
Cantón (cantonés), véase Guangzhou
cañones Krupp
Cap-Martin
Cardoso, Mario
Carpentier, Georges
carte de mérite civique (certificado de mérito cívico)
Carter, Jimmy
cartera colonial (contencioso)
Casement, Roger
castigo corporal, véase justicia
Castro, Fidel
Cattier, Félicien
caucho
 explotación después de la independencia
 explotación durante el Estado Libre del Congo
 explotación durante el periodo colonial
 recuerdo al «caucho rojo»
cazadores-recolectores
Ceaușescu, Nicolae
Ceilán
Centralización frente a descentralización, véase unitarismo frente a
 federalismo
Centro de Comercio Internacional del Zaire (CCIZ)
Cercle de l’Amitié des Noirs Civilisés
Cerea (Centre de Regroupement Africain)
Ceulemans, Jacques
Chad
Chaltin, Louis
Changement de Fréquence
chefferie
China

comprador del tráfico de esclavos africano
congoleses en China
contrato con el Congo
empresarios en el Congo,
implicación en la Primera República
implicación en la Segunda República
no sucumbe bajo el colonialismo europeo
obreros en el Estado Libre del Congo
percepción congoleña de la presencia china
China Amitié Company
Chinese Railway Engineering Company (CREC)
Churchill, Winston
CIA, Agencia Central de Inteligencia
Ciat (*Comité International d'Accompagnement à la Transition*)
cinq chantiers
clientelismo
Clinton, Bill
Clinton, Hillary
Close, William
Club de París
Coalition Kasaienne (Coaka)
cobre
 descubrimiento
 explotación poscolonial
 minería colonial
 uso precolonial
cólera
Collection des Monographies Ethnographiques
colonie scolaire
colour bar
coltán
Colwyn Bay
Comber, Thomas
comerciantes suajiloárabes, véase afroárabes
comercio
 fluvial
 libre
 microcomercio
 mundial
 trueque
comercio internacional de esclavos

afroárabe
atlántico
Comisión para el Bienestar de los Indígenas
Comisión Permanente para la Protección de los Indígenas
Comité d'Études du Haut-Congo (CEHC)
Comité National de Libération (CNL)
Comité Spécial du Katanga (CSK)
Comités du Pouvoir Populaire (CPP)
Commission Electorale Indépendante (CEI)
Compagnie des Grands Lacs
Compagnie du Chemin de Fer du Bas Congo au Katanga (BCK)
Compagnie du Katanga
Comunidad para el desarrollo del África Meridional
comunismo
Conakat (*Confédération des Associations Tribales du Katanga*)
Conan Doyle, Arthur
conciencia étnica (tribal)
 combatida por Mobutu,
 decisiva en la descolonización
 reforzada por la colonización
 retada en vano por Mulele
 síntoma de la decadencia del Estado,
conciencia tribal, véase conciencia étnica
Conferencia de Accra
Conferencia de Bandung,
Conferencia de Berlín
conferencia de la mesa redonda (política)
conferencia de la mesa redonda (económica)
Conferencia de Versalles
Conferencia de Yalta
Conferencia Nacional Soberana
Congo, Estado Libre del
 descenso de la demografía durante el
 enseñanza en el
 Estados Unidos reconoce al
 explotación durante el
 Francia reconoce al
 Kasai durante el
 Leopoldo II gobierna el
 Leopoldo II lo entrega a Bélgica
 música durante el

obreros chinos en el
Reino Unido y el
relaciones de género en el
Congo Francés, véase Congo-Brazzaville

Congo, Bajo
amotinamiento de la Force Publique
construcción del ferrocarril,
cuna de la descolonización
cuna del movimiento religioso
población de la capital
puerta del África Central
separatismo

Congo, République Populaire du

Congo, río

Congo-Brazzaville

Congo Institute de Gales

congolité

Congrès National pour la Défense du Peuple (CNDP)

Congreso Colonial Nacional en Bruselas, primer

Congreso Panafricano

Conrad, Joseph
El corazón de las tinieblas

Conscience Africaine, revista

Consejo Colonial

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas

Constitución
Carta Colonial
de J. Kabila
de Katanga
de L.-D. Kabila
de la transición
de Luluabourg
de Mobutu
Loi Fondamentale

consulta popular

contrabando

copal

coptos

Coquilhatville, véase Mbandaka

Cordy, Jean Cornelis

Corea, guerra de

Cornelis, Hendrik
Cornet, Jules
corrupción
Corte Penal Internacional de La Haya
Costa de Marfil
Courtejoie, Jacques
creuseurs
crisis del Congo
Croix du Congo, La, periódico
Cruz Roja
Cruz, Celia
Cuba
Cuerno de África
cultivos
 de aceite de palma
 de algodón
 de cacao
 de café
 de mandioca
 de tabaco
 de té
cultivos obligatorios
cultura juvenil
Curie, Pierre y Marie
Cuvelier, padre
D'Aspremont Lynden, Harold
Dahomey, véase Benín
Daily Telegraph, The
Dallaire, Romeo
Darfur
Daring Club Motema Pembe
Dashatou, distrito de negocios de
De Beers, compañía minera
De Cleene, Natalis
De Gucht, Karel
De Jonghe, Édouard
De la Kéthulle, Henri
De la Kéthulle, Raphaël
De Rossi, Amadeo
Debus, Kurt
decenal, plan

décima provincia de Bélgica

Delcommune, Alexandre

democracia

- durante el régimen de J. Kabila,

- durante el régimen de L.-D. Kabila

- durante la colonización,

- durante la Primera República

- durante la Segunda República

- durante la transición

demografía

- aumento a partir de la década de 1950

- crecimiento por la agricultura; véase también agricultura

- descenso durante el Estado Libre del Congo

- descenso durante la colonización

- durante la Primera Guerra Mundial

- superpoblación

Denard, Bob

Dendale, véase Kasavubu, barrio de

Deng Xiaoping

deporte

- como catalizador de la independencia

- como medio de control colonial

- como pasatiempo colonial

- como propaganda para la nación

- en las fiestas de la independencia

descolonización

- en el mundo

- Lumumba como símbolo de

- papel de la rivalidad étnica

desempleo

deuda pública

Devlin, Larry

Dhanis, Francis

Diagne, Blaise

Diakanua, Pierre

diamante

- extracción informal

- inicio de la explotación

- obreros en la época colonial

- papel en la actualidad

- papel en la economía colonial

papel en la economía de guerra
papel en la era Mobutu
papel en la separación de Kasai
Diangienda Kintuma, Joseph,
Diangienda Wabasolele, Armand
diáspora
Dibango, Manu
Dillon, Douglas
Dinda, Matthias
Diomi, Gaston
Diop, Birago,
Division Spéciale Présidentielle (DSP)
disentería
Djuma
Doing Business Index
Dominer pour servir, lema
Don João
Dona Beija
Dongo
Dorcas, Lungeni
Dos Santos, José Eduardo
Drachoussoff, Vladimir
Droeven, J.
droit de préemption
Du Bois, W.E.B
Dunlop, John Boyd

Eboué, Félix
École de Médecine Tropicale
economía sumergida
Ecuador, provincia de
 cuna de los movimientos religiosos
 durante la colonización belga
 hoy
 papel en la descolonización
 población de la capital
 política del caucho
 región de Bemba
 región de Mobutu
Eduardo, lago
effort de guerre (esfuerzo de guerra)

Efinda, Emilie
Egipto
églises du réveil, véase Iglesias pentecostales
Einstein, Albert
Eisenhower, Dwight
Ejército de Salvación
Ekwalanga, Gérard
elecciones
 durante la transición
 en el Congo Belga
 en la Primera República
 en la Segunda República
 en la Tercera República
 primeras democráticas en cuarenta años
elefante
elefantiasis
Elisabethville, véase Lubumbashi
Emin Pasha
empresas concesionarias
Encyclopédie des races noires
enfermedad
 cólera
 disentería
 ébola
 enfermedad del sueño
 enteritis
 gripe española
 malaria
 medicalización
 tifus
 viruela
enseñanza
 alfabetización
 después de la independencia
 durante Estado Libre del Congo
 durante y al servicio de la colonización
lengua de la
 media
 primaria
 superior
 universidad

Eritrea
esclavitud indígena
 colonialismo como esclavitud
Escuela de Medicina Tropical
esperanza de vida
Estado Independiente del Congo, véase Congo, Estado Libre del
estados feudales precoloniales
Estados Unidos
 apoya a Kagame
 apoya el proceso de paz y las elecciones
 colonia y colonizador
 en la minería
 en un principio apoya a L.-D. Kabila
 implica al Congo en la Guerra Fría
 movimiento en pro de los derechos civiles
 no reconoce la secesión de Katanga
 papel en la descolonización
 presencia de evangelistas en el Congo
 reconoce al Estado Libre del Congo
 se distancia de Mobutu
 tráfico de esclavos
estaño
Etiopía
etnografía
Etsou, Frédéric, cardenal
Eufor (Estado Mayor de la Unión Europea)
eurocentrismo
Europa
 actitud en la descolonización
 apoyo a las elecciones
 apropiación congoleña del estilo de vida
 comerciantes del siglo XIX en el Congo
 conflicto con los comerciantes afroárabes
 congoleños conocen a
 congoleños en Europa
 democratización de Europa del Este
 destino de migración
 envía tropas
 éxodo después de la independencia
 exploración y colonización
 idea congoleña sobre

ideal de civilización
ideología antieuropea durante el régimen de Mobutu
mestizaje
ocupación del Congo
papel en el asesinato de Lumumba
papel en la secesión de Katanga
paraíso para los ricos
pierde terreno
poder después de la independencia
Primera Guerra Mundial, véase Guerra Mundial, Primera
primeros europeos en el Congo
protesta congoleña contra
refugio de disidentes
reparto de África
represión colonial
revueltas contra europeos
segregación
Segunda Guerra Mundial, véase Guerra Mundial, Segunda
tráfico de esclavos europeo
violencia contra europeos después de la independencia
évolués
exportación
 agricultura
 bajadas
 de algodón
 de caucho
 de esclavos
 de infraestructuras
 de marfil
 de minerales
 exportación no registrada
 libre comercio
 privilegio de Estado
 subidas
exposición colonial
Exposición Universal
 de Amberes de 1885
 de Bruselas de 1958
Eyskens, Gaston
Failed States Index
familia

colonos la traen
destrozada por la crisis
en las minas
entre los kimbanguistas
nuevos modelos de sociedad
fermes-chapelles (granjas capilla)
Ferrocarril de Benguela
Feruzi, Camille
fetiche
féticheur
Fiévez, Léon
Fizi
Fondo Monetario Internacional (FMI),
Fondo para el Bienestar Indígena
Force Publique
amotinamiento
campañas árabes
creación y reclutamiento
éxitos en ambas guerras mundiales
extracción de caucho
oficiales blancos
represión de la población del interior
resentimiento
Forces Armées Congolaises (FAC)
Forces Armées de la République Démocratique du Congo (FARCD)
Forces Armées Zaïroises (FAZ)
Forces Démocratiques de Libération du Ruanda (FDLR)
Foreman, George
Forminière, véase *Société Internationale Forestière et Minière du Congo*
Forrest, Georges
FPR, véase *Front Patriotique Rwandais*
Francia
acusada de neocolonialismo
ambiciones coloniales
apoya a Mobutu
apoya las conversaciones de paz de
colonización
comerciantes en la época precolonial
critica a Mobutu
descolonización

diáspora congoleña en Francia
droit de préemption
intervenciones militares
mercenarios
posesiones coloniales
preferencia de Mobutu por
Primera Guerra Mundial
reconoce al Estado Libre del Congo
Segunda Guerra Mundial
Francisco Fernando de Austria, archiduque
Franck, Louis
Franco (François Luambo Makiadi)
Franco, Francisco
Frente Nacional para a Libertação de Angola (FNLA)
Front Patriotique Rwandais (FPR)
Front pour la Libération Nationale du Congo (FLNC)
fútbol, véase deporte
Gabirol, centro de entrenamiento militar de
Gabón
Gaborone
Gambela
Gandhi, Mahatma
Ganshof van der Meersch, W. J.
Garde Républicaine
Garvey, Marcus
Gat, Julien
Gatumba
Gaulle, Charles de
Gazzera, Pietro
Gbadolite
Gbenye, Christophe
Gécamines (*Générale des Carrières et des Mines*)
gendarmería katanguesa
género, relaciones de
 en el Estado Libre del Congo
 en las épocas precoloniales
 entre los évolués
 impacto de la economía informal,
 impacto de la guerra
 impacto de la urbanización e industrialización
 impacto de las Iglesias pentecostales

- ménagère, véase ménagère
- reino de Mobutu
- trato con la mujer blanca
- violación, véase violación
- violencia sexual, véase violencia sexual
- génocidaires
- genocidio (general)
- genocidio (Ruanda)
 - consecuencias a largo plazo
 - consecuencias para el Congo
 - primera invasión ruandesa del Congo,
 - segunda invasión ruandesa del Congo
- Gezelle, Guido
- Ghana
- Giesecke & Devrient
- Gijzegem, en Flandes
- Gilson, Arthur
- Giscard d'Estaing, Valéry
- Gizenga, Antoine
 - en el exilio
 - primer ministro
 - vicepresidente
- Glave, Edward J.
- Goffin, Louis
- golpe de Estado, véase Mobutu
- Goma
- Gombe-Matadi
- Gorbachov, Mijaíl
- gorila
- Gran Bretaña, véase Inglaterra
- Grenfell, George
- Greshoff, Anton
- Grévy, Jules
- griega, presencia
- grigri
- Guangdong
- Guangzhou
- Guerra Fría
- Guerra Mundial, Primera
 - comparación con la Segunda Guerra Mundial
 - comparación con las guerras poscoloniales

Guerra Mundial, Segunda
actuación de la Force Publique
impacto en el interior
impacto en la colonización
papel del uranio congoleño
situación en África
Guevara, Ernesto Che
Guinea Ecuatorial
Guinea-Bissau
Guinea-Conakri

Habyarimana, Juvénal
hachas de mano
Hammarskjöld, Dag
Hasan, príncipe de Marruecos
Haute Autorité des Médias (HAM)
Havre, Le
Heineken
hema
Hemptinne, Félix de
Henault, Charly
Henrique, obispo
hiboux, les
Hiroshima
Hitler, Adolf
Hoare, Mike
Holanda
Hong Kong
Hu Jintao
Hughes, William
Huileries du Congo Belge (HCB)
Hulstaert, Gustaaf
Human Rights Watch
Humphrey, Hubert
hunde
hutus
durante la época colonial
durante la guerra con Nkunda
durante la primera guerra del Congo
durante la segunda guerra del Congo
genocidio ruandés

Idjwi
Iglesia católica como factor político
Iglesias pentecostales
Ilebo
Ileo, Joseph
Ilunga, Émile
importación
 aranceles
 de artículos de lujo
 de China
 de Dubái
 de materias
 dependencia de Katanga
 dependencia extrema
 infraestructuras
impuestos
 actitud de la población indígena
 como medio de control
 corrupción
 economía de guerra
 en bienes
 en dinero
 en trabajo
 impuesto sobre los beneficios
India
 índice de desarrollo humano (IDH)
Indonesia
industrialización
inflación,
infraestructura
Inga, central hidráulica de
Inkisi
Institut National de l'Audiovisuel (INA)
Instituto de Medicina Tropical de Amberes
interahamue
Isiro
islam (musulmanes)
Israel
Italia
 ambición colonial
 presencia en el Congo

Segunda Guerra Mundial en África
Ituri
Izeidi, Roger
Jadotville, véase Likasi
Jamaica
Jamais Kolonga (Jean Lema)
Janot, Narcisse
Jansen, Leopold Camille
Janssens, Émile, general
Japón
Jartum
Jeffries, Jim
Jeune Afrique
Jia Xing
Johnson, Jack
Jonghe, Édouard de
Jrushchov, Nikita
judía, comunidad
justicia
 bajo Mobutu
 castigo corporal
 chicotte
 durante la época colonial
 ejecución
 impunidad
 pena de muerte
 situación hoy
 tortura
Kabarebe, James
Kabasele, Joseph
Kabila, Joseph
 durante el régimen «1 + 4»
 elecciones
 elegido presidente
 sucede a su padre
Kabila, Laurent-Désiré
 asesinato de
 avanza con la AFDL
 inicio de la segunda guerra del Congo
 presidente,
 rebelde durante la Primera República

Kabinda
Kabongo, Zizi (Isidore)
Kabuya, Martin
Kabwe
kadogo
Kafuta, Sony
Kagame, Paul
Kahuzi-Biega
Kalemie (Albertville)
Kalonji, Albert
Kambove
Kamerhe, Vital
Kamina, base militar de
Kamitatu, Cléophas
Kampala
Kananga (Luluabourg)
Kanza, Thomas
Kaoze, Stefano: *La psychologie des Bantu*
Kapaya, Flamme,
Kapolowe, misión de
Kasai
 durante el Estado Libre
 durante la descolonización
 durante la segunda guerra del Congo
 mineros de origen katangués
 provincia de diamantes
 región rebelde
 separación
Kasavubu, barrio de
Kasavubu, Joseph
 alcalde
 crecimiento de la conciencia política
 évolué
 exige la independencia
 final de su carrera política
 presidente de la Primera República
Kasenyi
Kashala, Oscar
Kashusha
Kasongo
Katanga

anexión por Leopoldo II
corazón económico del Congo,
debilitada por Kinsasa
importancia durante la descolonización
importancia durante la era pos-Mobutu
importancia durante las guerras mundiales
presencia china
protesta social
secesión, véase secesión de Katanga
tráfico de esclavos
Katondolo, Sekombi
Katsuva, Masika
Katumba Muanke, Augustin
Katumbi, Moïse
Kaunda, Kenneth
Kawang, Didace
Kayser, Lutz
Kazajistán
Kengo wa Dondo, Léon
Kenia
Kennedy, John F.
khakismo
Khone Mpolo, Dominique
Kibambi Shintwa
Kibula
Kibwe, Jean-Baptiste
Kigali
Kigeri, rey de Ruanda
Kikwit
Kilamba
Kilo-Moto, minas de oro de
Kim Il-sung
Kimba, Évariste
Kimbangu, Simon
Kimbangu Kiangani, Simon
kimbanguismo
durante Mobutu
exilio
hoy
surgimiento
Kimia II, operación

Kimuenza, misión de
King, B. B.
King, Don
King, Martin Luther
Kingani, buque de guerra
kinois
Kinsasa (Léopoldville)
 ahorcamientos del complot de Pentecostés,
 asediada durante la segunda guerra del Congo
 combate de boxeo Ali-Foreman
 confrontación Kabila-Bemba
 crecimiento de la cultura urbana,
 embellecimiento urbano con Mobutu
 estación de Stanley
 fiestas de la independencia
 hoy
 Marcha de la Esperanza
 mercado precolonial
 mitin masivo después del golpe de Estado de Mobutu
 obras chinas
 revueltas anticoloniales
 saneamiento urbano con L.-D. Kabila
 saqueos
 se convierte en capital
 tomada por AFDL
 ubicación
 violencia electoral
Kintambo
Kintuma, Diangienda
Kipushi
Kisangani (Stanleyville)
 cuna del lumumbismo
 fundación de Stanley Falls
 papel durante la primera guerra del Congo
 papel durante la segunda guerra del Congo
 rebelión de los simbas
 refugio del Gobierno de Gizenga
 Kisase Ngandu, André
Kisema, Oscar (Kisema Kinzundi)
Kisolokele, Charles
Kitadi, André

kitawala, religión
Kitenge, Ambroise
Kitenge, Gabriel
Kitona, base militar de
Kivu
Kivu, lago
Kivu del Norte
Kivu del Sur
Kiwanja
Kiziamina-Kibila, Jean-Oscar
Kolonga, Jamais
Kolosozi, Wendo
Kongo, reino de
Kony, Joseph
Kuba, estado de
Kudjabo, Albert
Kutino, Fernando
Kwango, distrito de
Kwilu, provincia de
Kwilu, río
Kyungu wa Kumuanza, Gabriel
Labwe, Riza
Ladawa, Bobi
Lady Alice, barco de acero
Lagos
Lahaut, Julien
Laken, palacio de
langage tambouriné, véase medios de comunicación
Lausana
Lee, Jaerock, doctor
Lelo, Patou
Lema, Joseph
Lemole Daringi, Apolline (hermana Apolline)
lendu
lenguas
 francés
 inglés
 kikongo
 kinyaruanda
 lenguas oficiales
 lingala

portugués
suajili
tshiluba
León XIII, papa
Leopoldo II, rey
 consigue reconocimiento internacional
 despliega ambiciones coloniales
 elige misioneros belgas
 encarga a Stanley la creación de una colonia
 entrega el Estado Libre del Congo a Bélgica
 es criticado internacionalmente
 gobierna el Estado Libre del Congo
 hace construir el ferrocarril
 idea un territorio,
 imperialismo social
 invierte mucho en la Force Publique
 lucha contra el tráfico de esclavos afroárabe
 muerte
 nacionaliza los suelos vacantes
 política del caucho
 quiebra
 relación con Bélgica

Leopoldo II, cuartel
Leopoldo III, rey
Leopoldo, lago
Léopoldville, véase Kinsasa
Lessie, Denis
Lever, William
Leverville
Leysen, Luc
liberales
liberalismo
Libia
Lieja
Likasi (Jadotville)
Limete, barrio de,
Lincoln, Abraham
Lingwala
Lisala
Lisanga, Pauline

Lisboa
Lista Civil
Liverpool
Liverpool School of Tropical Medicine
Livingstone, David
Livingstone Inland Mission
Lomami Tshibamba, Paul
Lombume, Vincent
Londres
Lord Resistance Army
lotería colonial
Louis, Joe
Lovanium, primera universidad
Lualaba, río
Luambo Makiadi (Franco), François,
Luanda
Luba
Lubanga, Thomas
Lufira, río
Luiswishi, mina de cobalto de
Lukala
Lukolela
Lukudu
Lukuga
Lukungu, misión de
Lukutwe, río
Luliba, Ruffin
Luluabourg, véase Kananga
Lumbala, Roger
Lumbeeck, Walter y Alice
Lumbi, Pierre
Lumumba, Patrice E.
arresto y asesinato,
Balduino y
Bélgica y
consecuencias internacionales de su asesinato
depuesto
discurso durante la ceremonia de independencia
Estados Unidos y
fuente de inspiración después de su muerte
gestión de la separación de Kasai

gestión de la separación de Katanga
gestión del amotinamiento
héroe nacional
Kasavubu y
Mobutu y
Naciones Unidas y
política como primer ministro
surgimiento como político
Unión Soviética y
vencedor de las elecciones
Lubumbashi (Elisabethville)
agitación durante la Segunda Guerra Mundial
bajo control colonial
cae en manos de la AFDL
creación y crecimiento
empresas chinas
hoy
independencia y disturbios
Mobutu somete a los estudiantes
secesión de Katanga, véase secesión de Katanga
tensiones étnicas
Tshombe, véase Tshombe
Lunda
 poblado
 reino
 territorio
Lundula, Victor
Lusaka, acuerdo de paz de,
Lutunu-Smith, Francis
Luvua, valle de
Maasbach, John
Macao
Madagascar
Madimba-Inkisi
Madrid
Mahagi, masacre de
Mahamba, Alexandre
mahdistas
Mahele, Marc, general
Mahenge
mai-mai

Maindo, Raphaël
Maître Taureau
maíz
Makala
Makeba, Miriam
Makitu, Mfumu
Makulo, Disasi
Makuta
malaria
Malasia
Malawi
Malawi, lago
Mali
Malu Malu, Apollinaire, *abbé*
Maluku
Malula, Joseph-Albert
Mambasa
Mampata, Sylvie
Mananga, Camille
Mandela, Nelson
mandioca
 alimento básico
 cultivado por el Estado colonial
 introducción
 propagado por Mobutu
mangbetu
Maniema
Mao Zedong
Maquiavelo, Nicolás
Marcha de la Esperanza
Marchienne-au-Pont
marfil
 comercio afroárabe
 comercio europeo
 economía sumergida y militar
 trata transatlántica de esclavos
Maron, Amour
Marruecos
Marsella
Marthoz, Aimé
Marx, Karl

Masamba Lumoso, Thomas
Masasu Nindaga, Anselme
Masika, Justine
Masisi
Masunda, Victor
Matadi
Matemu a Kelenge
materias primas
 caucho, véase caucho
 cobalto
 cobre, véase cobre
 coltán
 copal
 diamantes, véase diamantes
 estaño
 marfil, véase marfil
 orchilla
 oro, véase oro
 uranio
 volframio
 zinc
Matsua, André
Mayani, Jean
Mayombe
Mbandaka (Coquilhatville)
Mbanza-Gombe
Mbanza-Kongo
Mbanza-Ngungu (Thysville)
Mbila, Suzanne
Mbuji-Mayi (Bakwanga)
Mbumba, Nathanaël
mbunda, tribu
Mbusa Nyamuisi, Antipas
medicalización
medicina tropical
medios de comunicación
 campanas
 censura
 cine
 código morse
 gongo o tambor de hendidura

imprensa
internet
móviles y telefonía móvil
periódicos y revistas
prensa durante la transición
prensa en la era Mobutu
radio
radioteléfonos
telefonía
telegrafía
televisión
TSF
medios de pago, véase moneda
ménagère
mercenarios
 en la guerra de Shaba, presuntos
 en la lucha contra la AFDL
 en la lucha contra los simba
 en la secesión de Katanga
 en la toma del África Central
Mertens, Alfons
metano, gas
México
Miba, empresa de diamantes,
Michel, Louis
Michels, Gabriël
Mimi y Toutou, lanchas
Minani, Rigobert
mineros
Mirage, cazas
misioneros católicos
 capuchinos
 enseñanza
 espiritanos
 jesuitas
 maristas
 padres blancos
 postura frente a la misión protestante
 postura frente al kimbanguismo
 scheutistas
 seminario

temprana cristianización
vínculo con la lucha lingüística flamenca
vínculo entre Iglesia y colonización
misioneros protestantes
conversiones
posición frente al kimbanguismo
primera oleada
protesta contra la política del caucho
protesta contra Mobutu
mitakos
Mitterrand, François
mixage
Mkapa, Benjamin,
MNC, véase *Mouvement National Congolais*
MNC-L
Moba
mobutismo
Mobutu, Joseph Désiré (Mobutu Sese Seko)
asienta su poder
clientelismo
comandante en jefe del ejército
Estados Unidos y
fastuosidad
genocidio y
infraestructuras
obstaculiza la democratización,
ocaso y fallecimiento
política cultural
política económica
promete democratización
relaciones con la oposición
se hace con el poder (primer golpe de Estado)
se hace con el poder (segundo golpe de Estado)
surgimiento
Tshombe y
véase también *authenticité*; China; conciencia étnica; Conferencia
Nacional Soberana; Fondo Monetario Internacional; Francia;
Guerra Fría; guerras de Shaba; Iglesia católica; Lumumba;
medios de comunicación
Mobutu, Kongolo
Mobutu, Marie-Antoinette

Mobutu, Nzanga
Mode, La, asociación
Mokolubu
Mol
moneda
 billetes de banco
 cambistas, véase cambistas
 devaluación de la moneda
 devaluación
 dolarización
 francos congoleños
 introducción de dinero
 nouveau zaïre
 nueva impresión de dinero
 primeros medios de pago
 zaire
mongo, población
monogamia, véase familia
Monsengwo, Laurent
Monuc (Misión de las Naciones Unidas en la República Democrática
 del Congo)
Morel, Edward
Morel, Léon
mortalidad infantil
Moscú
Mosolo Mpiaka, Alphonsine
Mouvement National Congolais (MNC)
Mouvement Populaire de la Révolution (MPR)
Mouvement pour la Libération du Congo (MLC)
Mouvement Révolutionnaire pour la Libération de Zaïre (MRLZ)
Mouvement Unitaire Basonge
Movimento Popular de Libertação de Angola (MPLA)
Mozambique
moziki
Mpadi, Simon-Pierre
Mpiana, J. B.
Mpolo, Maurice
Mpoyi, Léonard
Mpundu, José
Msiri, comerciante de esclavos
Muadingusha, cataratas del

Muanga, Paul
Mubarak, Hosni
Mugabe, Robert
Mugeri
Mugunga
Muilu, Marie
Mukamba, Jonas
Mukanirwa, Jeanine
Mukoka, Raymond
Mulamba, Léonard
Mulele, Pierre
Mundele Funji
Mundele-Muinda
Mundele-Ngulu
Mungul-Diaka, Bernardin
Munongo, Godefroid
Munzihirwa, Christophe
Musafiri, François
Musekiwa, Isaac
Museveni, Yoweri
Mushiete, Paul
música
 durante el Estado Libre del Congo
 Indépendance cha cha
 papel con L.-D. Kabila
 papel durante la transición
 papel durante los años de Mobutu
 rumba en China
 surgimiento de la rumba congoleña
 Musitu, Dadine
Mutebusi, Jules
Mutijima, Régine
Mutinga, Modeste
Mutosh Amuteb, Anne
Mutuale, teniente
Muzito, Adolphe
N'Djili, aeropuerto de
nacionalsocialismo
Naciones Unidas
 Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas
 papel después de la segunda guerra del Congo

papel durante la crisis del Congo
papel durante la década de 1990
papel durante la segunda guerra del Congo
papel en la descolonización
véase también Monuc y Onuc

Nairobi
ñame, tubérculo
Namibia
Namur
napalm
Nasser, Ali
Ndele, Albert
Ndjoli, Victorine
Ndolo
ndombolo
Neferkara, faraón
Nehru, Jawaharlal
Nendaka, Victor
Neto, Agostinho
New York Herald
Ngaliema
Ngombe, François
Ngoy, Adolphine
Ngumbi, Louis
ngunza
Nguza Karl I Bond, Jean
Ngwadi, Longin
Nia-Nia
Niasse, Moustapha
Nico, doctor
Nigeria
Nilo, río
Nirahabimana, Grâce
Nixon, Richard
Njoli, Joseph
Nkamba
Nkasi, Étienne
Nkayi, Pascal
Nkoi, Marie (*Marie aux Léopards*)
Nkrumah, Kwame
Nkunda, Laurent

Nsele
Nsioni,
Ntaganda, Bosco
Ntimansi
nubios
Nueva Orleans
Nueva York
Numbi, John
Nyamuisi, Mbusa
nyanga, tribu
Nyangwe
Nyerere, Julius
Nyiragongo, volcán
Nzemba
Nzimbu Diluzeyi, Hélène
Nzinga Kuwu, rey de Bakongo
Nzinga Mvemba, príncipe

Obama, Barack
Obote, Milton
OK Jazz
okapi
Okito, Joseph
Olenga, Nicholas
Olomide, Koffi
Olympia, sala, en París
Omán
Onalua
Onema, Mama
ongización
Onuc, véase *Opération des Nations Unies au Congo*
operación Artémis
operación Dragon Rouge
operación Grand Slam
operación Ommegang
operación Turquoise
Opération des Nations Unies au Congo (Onuc)
Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)
Organización para la Unidad Africana
oro
contrabando

explotación durante la segunda guerra del Congo
explotación en la época colonial
Oslo
Ostende
Otenga, Libert
OTRACO (*Office des Transports au Congo*)
OTRAG
Pacheco, Johnny
pagne
Pakasa, Thérèse
Pakistán
Palabala
Palestina
palma, árbol de la
 véase también aceite de palma; vino de palma
pan de mandioca
Panda Farnana, Paul
Papa Wemba
Papy, teniente
parlamentaires debout
Parti du Peuple pour la Reconstruction et la Démocratie (PPRD)
Parti Lumumbiste Unifié (PALU)
Parti pour l'Unité et la Sauvegarde de l'Intégrité du Congo (PUSIC)
Parti Solidaire Africain (PSA)
partidos políticos
 durante la descolonización
 germen
 momentos de proliferación
 suprimidos por L.-D. Kabila
 suprimidos por Mobutu
Pay Pay, Pierre
paysannats indigènes
Pearl Harbor
Peigneux, Firmin
Pekín, véase Beijing
Pels, Dick
pena de muerte
pende, tribu
Permentier, René de
Perú
Pétain, Henri Philippe, mariscal

Pétillon, Léon
Picard, Edmond
Picasso, Pablo
pigmeos
plan de treinta años
plátano macho
poder adquisitivo
Pointe Noire
Pointer Sisters, The
Polar, cerveza
poligamia
política monetaria, véase moneda
Polonia
Port Francqui, véase Ilebo
Portugal
 actor en el siglo XIX
 colonialismo en el siglo XX
 presencia en el Congo
 primer colonizador europeo
 refugio de Bemba
postnom
Potentiel, Le
Pretoria
Primus, cerveza,
Producto Nacional Bruto (PNB)
proletarización
Provincia Oriental
Prusia
Punga, Bertin
quinina
radicalización
Radio Congo Belge
Radio Okapi
Radio Télévision Nationale Congolaise (RTNC)
Rashidi
Rassemblement Congolais pour la Démocratie (RCD)
RCD-G
 RCD-K
 RCD-ML
 RCD-N
Ratzinger, Joseph, cardenal

Reagan, Ronald
Regis, Simba
Reino Unido
 agentes del Estado Libre del Congo
 apoyo a Ruanda
 comerciantes en la época precolonial
 congoleños en Inglaterra
 interés por el Congo,
 misioneros protestantes, véase misioneros protestantes
 participación en la minería katanguesa
 posesiones coloniales en África
 potencia mundial colonial
 Primera Guerra Mundial
 protesta contra el Estado Libre del Congo
 reconoce al Estado Libre del Congo
 Segunda Guerra Mundial
Renkin, Jules
resistencia (periodo colonial)
 con aspecto religioso; véase también kimbanguismo, kitawala
 huelgas
 revuelta de los pende
 revueltas
resistencia (periodo poscolonial)
 protesta abierta; véase también Conferencia Nacional Soberana
 protesta estudiantil
 protesta femenina,
 protesta sutil
retrocesión
Revolución francesa
Revue Congolaise, La
Rhodes, Cecil
rift
Riza, *monsieur*
Roberto, Holden
Rodesia
rodesianos
Roma
Rommel, Erwin
Roosevelt, Franklin D.
Ross, Ronald
Rossi, Tino

Rousseau, Jean-Jacques
Rovinsky (Désiré Bonyololo)
Ruanda
 colonia alemana
 genocidio, véase genocidio
 independencia
 papel después de la segunda guerra del Congo
 papel en la primera guerra del Congo
 papel en la segunda guerra del Congo
 presencia en el Congo bajo L.-D. Kabila
 presencia en el Congo, histórica
 sentimientos antiruandeses en el Congo
 territorio belga bajo mandato
Ruashi
Ruberwa, Azarias
Rukengwa, Pascal
Rusia
Ruvusha, Emmanuel, general
Ruzizi, río
Rwanguba,
Ryckmans, André
Ryckmans, Pierre
Sabena, compañía
Sáhara
Sahel
Saio
Sake
Sakombi Inongo, Dominique
Salazar, António de Oliveira
salongo
Salum ben Mohamed
San Salvador, véase Mbanza Kongo
Sankuru, río
saqueos
Sartre, Jean-Paul
Savimbi, Jonas
Schmeling, Max
Schöller, André
Schramme, Jean
Schryver, August de
Schweinfurth, Georg

Scibe Zaïre
scramble for Africa
secesión de Katanga
Sékou Touré, Ahmed
Selassie, Haile
Semliki, río
Sendwe, Jason
Senegal
Senghor, Léopold
Sengier, Edgar
serbios bosnios
sexualidad africana
Shaba, véase Katanga
Shaba, guerras de
Shaggy
Shanghai
sheges
Shenzhen
Shinkolobwe, mina de
Sicilia
Siki, Battling
simbas
sindicatos
Singapur
Sint-Genesius-Rode
Sint-Gillis
Sister Sledge
Skol, cerveza
socialismo
Sociedad de Naciones
Société Belge de Crédit Maritime en Amberes
société civile
Société Générale Africaine
Société Internationale Forestière et Minière du Congo (Forminière)
Soete, Gérard
Soki, doctor
Somalia
Somalilandia, véase Somalia
Son, François
sorgo
Soumialot, Gaston

sous-chefferie

Sputnik

Stade des Martyrs

Stade Tata Raphaël (Stade Roi Baudouin, Stade du 20 Mai)

Stanley, Henry M.

- aboga por un ferrocarril
- al servicio de Leopoldo II
- comparaciones de la historia posterior
- compra esclavos
- dibuja el mapa del futuro Congo
- encuentra a Livingstone
- estatua
- percepción de la población local
- travesía del África Central
- Stanley, monte

Stanley Falls, véase Kisangani

Stanleyville, véase Kisangani

Star, The, mina

Stavelot

Stengers, Jean

Stiglitz, Joseph

Sudáfrica

- antes de la independencia
- después de la independencia

Sudán

- comercio afroárabe
- influencia en la independencia en el Congo
- interés de China por
- Leopoldo II muy interesado
- papel durante la segunda guerra del Congo
- papel durante la Segunda Guerra Mundial

Suecia

- presencia en el Congo

Suez, canal de

Suiza

Sukarno

Sun City, acuerdo de paz en

Sunlight, jabón

Svenska Missions Förbundet

Swaggart, Jimmy

Swinburne, Anthony

Swing, William
Swinnen, Johan
Syndicats des Travailleurs Indigènes Spécialisés (STICS)
Synergie des Femmes, La
Tabares, Elisabeth
Tabora
Tabu Ley (Rochereau)
Taiwán
Tanganica, lago
Tanzania,
tata Raphaël, véase De la Kéthulle
Taylor, William
té
Tel Aviv
télégraphe de brousse
Televisión Central de China (CCT)
tembo, tribu
Tempels, Placide
Bantoe-filosofie
La philosophie de la rébellion,
Tenke Fungurume Mining
Tenke Mining
territorios bajo mandato
Tervuren
testigos de Jehová
Thant, U
Thys, Albert
Thysville, véase Mbanza-Ngungu
Tiananmén, plaza de
Tianxiu, edificio
Tibbets, Paul
Tierras de la Corona
Tigo, operador de telefonía móvil
tigres katangueses
Tingi-Tingi, masacre de
Tippu Tip
Tobback, Nicolas
Togo
Tombeur, Charles
Tordeur, Jean
trabajo asalariado

transporte
 automóvil
 aviación y aviones
 bicicleta
 caravanas
 ferrocarriles
 girobús
 navegación espacial
 piraguas y canoas de árbol
 porteadores
 vías fluviales navegables
«trinidad colonial»
tse-tse, mosca
Tshala Muana, Elisabeth
Tshikapa
Tshikeva, general
Tshimbombo Mukuna, Jacques
Tshisekedi, Étienne
Tshombe, Moïse
 asesinato de Lumumba, véase Lumumba
 exilio y fallecimiento
 primer ministro
 primeras elecciones
 secesión de Katanga, véase secesión de Katanga
 surgimiento
 y Mobutu, véase Mobutu
Tshopo
tua, raza
Tukeke, Albert
Tumba
Túnez
Turquía
Turquoise, operación
Turumbu
tutsis
 durante la época colonial
 durante la era de L.-D. Kabila
 durante la era Mobutu
 durante la guerra con Nkunda
 durante la primera guerra del Congo
 durante la segunda guerra del Congo

genocidio ruandés
sentimientos antitutsi, véase Ruanda
Tutu, Desmond
Twain, Mark

Ubangi
Uele, río
Uganda
bando durante la Guerra Fría
despierta el interés de Leopoldo II
papel en la primera guerra del Congo
papel en la segunda guerra del Congo
papel en recientes conflictos
refugio de tutsis ruandeses

Ujiji
Ukkel
Umoja wetu, operación
União Nacional para a Independência Total de Angola (UNITA)
Unilever
Unión Africana
Union Congolaise
Union des Femmes Katangaises
Union des Patriotes Congolais (UPC)
Unión Europea
Union Française
Union Minière
Union Minière du Haut-Katanga (UMHK)
Union Nationale Congolaise
Union pour la Démocratie et le Progrès Social (UDPS)
Union Sacrée de l'Opposition
Unión Soviética
unitarismo frente a federalismo
centralización
descentralización
federalismo
unitarismo

uranio
urbanización
aparición y medida de urbanización
cité
emancipación política

estilo de vida urbano
éxodo rural
segregación espacial
Urundi, véase Burundi
Uvira
van Acker, Gustaaf
van Bilsen, Jef
van den Brink, Dolf
van Hemelrijck, Maurits
Van Impe, padre
van Kerckhoven, Guillaume
van Lierde, Jean
van Overbergh, Cyrille
van Reybrouck, Dirk
van Winden, Yves
Vangele, Alphonse
Varsovia
Venecia
Verbrugghe, Albert
Versalles, Conferencia de
Verscheure, Frans
Vetch, Francis
Victoria, lago
Victoria, reina de Inglaterra
Viena
Vietnam, guerra de
vino de palma
violación
violencia sexual
Virunga, parque de
Vleeschouwers, Frans y Marja
Vlisco
Vodacom
Voix de l'Afrique Libre, La
Voix du Congolais, La, periódico
Von Goetzen, buque de guerra
Von Lettow-Vorbeck, general
Von Wissmann, buque de guerra
Vumilia, Antoine
Waleff, Louis
Wall Street, crack de

Wamba dia Wamba, Ernest
Wangata
Wanzungasa, Marcel
Ward, Herbert
warega
Waterloo
Watsa
wax hollandais
Weber, comandante belga
Weeks, John
Welles, Ernest T.
Wenge Musica
Werrason, músico *pop*
Wigny, Pierre
Wijnants, Petrus
Yakusu
Yalemba, misión de
Yambuya, Pierre
Yamokanda
Yav, André
yellow cake
Yerodia, Abdoulaye
Yoka, Eugène
Youlou, Fulbert
Young Men's Christian Asspciation (YMCA)
Yugoslavia
Z'Ahidi Ngoma, Arthur
Zadkine, Ósip
Zaiko Langa Langa
zairización
Zambezi
Zambia
Zanzíbar
zanzibareños
Zao, cantante
Zénith, Le, sala de concierto
Zimbabue
Zinga, Joseph



DAVID VAN REYBROUCK (Brujas, Bélgica, 11-09-1971) estudió arqueología y filosofía en las universidades de Lovaina y Cambridge, y es doctor por la Universidad de Leiden.

Sus libros *The Plague* (2001) y *Congo* (2010, traducido a quince idiomas) le consagraron como uno de los mejores escritores europeos de no ficción. También es un prestigioso autor teatral.

En 2011 Van Reybrouck lanzó el G1000, una cumbre ciudadana y organización que funciona como plataforma para la innovación democrática en Bélgica. Desde ese mismo año preside el PEN en Flandes.

[c1] «El Sueño y la Sombra eran grandes compañeros.» (Todas las notas entre paréntesis pertenecen a la traductora.) <<

[e2] «Poder de Dios.» <<

[e3] «El telégrafo de la selva.» <<

[e4] «¡Sigue estando bien!» <<

[e5] «Este magnífico pastel africano.» <<

[e6] «Estanque.» <<

[e7] «Farol.» <<

[e8] «Esto es mío.» <<

[e9] «Curandero.» <<

[e10] Literalmente, «amas de casa». <<

[e11] «Disasi [...] ha trabajado bien y ha causado una impresión bastante favorable entre los indígenas». <<

[e12] Misioneros de la Congregación del Corazón Inmaculado de María que fue fundada en 1862 en un suburbio de Bruselas llamado Scheut. <<

[e13] Bubú, túnica africana. <<

[e14] «Una cooperación entre el trabajo de los negros y el capital europeo.» <<

[e15] Tela africana usada como vestido. <<

[e16] Látigo hecho con piel de hipopótamo. <<

[e17] «Jefes condecorados.» <<

[e18] «Las comunidades una a una, en sí mismas, para sí mismas.» <<

[e19] Recinto con barracones o chozas para los obreros. <<

[e20] «Empresarios privados.» <<

[e21] «Derecho de tanteo.» <<

[e22] Literalmente, «Vencedor de Tabora». <<

[e23] «La viuda.» <<

[e24] «La guerra no es buena, no es buena.» <<

[e25] «Uniforme de combate.» <<

[e26] «¡Buenos días! ¿Cómo está? ¡Gracias!» <<

[e27] El ejército alemán. <<

[e28] «Cinturón de cobre.» <<

[e29] También llamado «diablo africano», chile, pimiento muy picante. <<

[e30] «¿Estás dormido?» <<

[e31] «¡Estoy trabajando!» <<

[e32] «Musepenye, era mi tío.» <<

[e33] Cultivado, educado. <<

[e34] En castellano en el original. <<

[e35] «Todos los que vivan en la colonia coincidirán en que los negros son aún niños, tanto intelectual como políticamente.» <<

[e36] ¡Qué desfachatez! <<

[e37] «Sucio judío.» <<

[e38] Textualmente: «Colgaremos la ropa en la línea Siegfried». Canción escrita por Jimmy Kennedy en 1939 cuando era capitán de la Fuerza Expedicionaria Británica durante la Segunda Guerra Mundial con música de Michael Carr. <<

[e39] «Jefe local.» <<

[e40] «Bueno, ¿qué quieres beber? ¿Quieres comer?» <<

[e41] Municipios belgas de balnearios de lujo. <<

[e42] Habitante de la selva. <<

[e43] «Campesinados indígenas.» <<

[e44] «Hogar social.» <<

[e45] «¿Cuál será mañana nuestro lugar en el mundo?» <<

[e46] «La nostalgia del trópico.» <<

[e47] «¡El viejo Jamais Kolonga destrozado por la enfermedad!» <<

[e48] «Juventud dorada.» <<

[e49] En castellano en el original. <<

[e50] Subcultura juvenil holandesa de mediados de la década de 1950 caracterizada por la seguridad y agresividad de sus miembros que solían vestir pantalones vaqueros y chaquetas de cuero negro. La palabra «nozem» es sinónimo de gamberro. <<

[e51] Subcultura francesa de la década de 1940 de jóvenes que se vestían a la moda inglesa o estadounidense. <<

[e52] También llamados teddy boys. Subcultura inglesa de la década de 1950 inspirada en los estilos de la época eduardiana. <<

[e53] «Desagravio.» <<

[e54] «¿Verdad?» <<

[e55] «La cosa se está poniendo fea en la cité.» <<

[e56] Liderazgo de la generación joven. <<

[e57] «El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparecerá jamás de la faz de la tierra.» <<

[e58] «No tengo nada más que ofrecer que sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor.» <<

[e59] «Tengo un sueño.» <<

[e60] «Es un ideal por el que espero vivir y que espero lograr; pero, si es necesario, es un ideal por el que estoy dispuesto a morir.» <<

[e61] «El cambio ha llegado a Estados Unidos.» <<

[e62] «Juan Martillo.» <<

[e63] «Antes de la independencia = después de la independencia.» <<

[e64] «Narrador.» <<

[e65] Pantalones de cuero típicos de Baviera. <<

[e66] En francés, se escribe «Zaire». <<

[e67] «Morir por nada.» <<

[e68] «El rugido de la selva.» <<

[e69] «Ellos nunca me han llamado negrata.» <<

[e70] «Soy tan malo que hago que la medicina enferme.» <<

[e71] «Mi combate más duro fue con mi primera mujer.» <<

[e72] «He visto a George Foreman boxear contra su sombra y esta ganó.» <<

[e73] «George, me has defraudado. ¡Ven aquí, mamón! Me han dicho que sabías golpear. ¡Que no estás haciendo palomitas, George!» <<

[e74] «Cohetes baratos». <<

[e75] «Mobutu es un cabrón, pero al menos es nuestro cabrón.» <<

[e76] Literalmente, «radio acera». <<

[e77] «Air quizá.» <<

[e78] «Lo único en Zaire que nunca vuela.» <<

[e79] «Si no puedes derrotarlos, únete a ellos.» <<

[e80] «Después de mí, el diluvio.» <<

[e81] «Es la voluntad de Dios.» <<

[e82] «Lejía.» <<

[e83] «Guerrillero.» <<

[e84] Literalmente, «esquirlas»: proyectiles cargados de metralla. <<

[e85] «La cerveza y la oración.» <<

[e86] «Hemos ganado muchas batallas, pero todavía no hemos ganado la guerra.» <<

[e87] El 8 de junio de 2018 fue absuelto después de apelar a la pena de dieciocho años de cárcel. <<

[e88] «Antes de las elecciones = después de las elecciones.» <<

[e89] HMMWV (High Mobility Multipurpose Wheeled Vehicle) o humvee, vehículo militar todoterreno. <<

[e90] «De acuerdo con las disposiciones de la legislación de la República Popular de China sobre Sanciones Administrativas en caso de que se atente contra la Seguridad Pública, se prohíbe la prostitución. Recientemente, algunos extranjeros han sido víctimas de robo al frecuentar a las prostitutas.» <<

[e91] «Para las irritaciones de las partes íntimas de hombres y mujeres, así como otras enfermedades sociales.» <<

NOTAS

[i1] Van Booven, 1913, pp. 23-24. <<

[i2] [http: www-odp.tamu.edu/publications/](http://www-odp.tamu.edu/publications/) <<

[i3] Julien, 1953, p. 10. <<

[i4] Northrup, 2002, pp. 18-21; McLynn, 1992, pp. 321-322; Hilton, 1985, p. 50. <<

[i5] Hilton, 1985, p. 80. <<

[i6] Jadin, 1968. <<

[i7] Hilton, 1985, pp. 69-84. <<

[i8] Vansina, 1990, p. 86. <<

[i9] Harms, 1981, pp. 3-5. <<

[i10] Ibid., pp. 21-29. <<

[i11] Ibid., p. 3. <<

[i12] Northrup, 2002, pp. 113-114. <<

[i13] Harms, 1981, p. 54. <<

[i14] Vansina, 1965, pp. 146-152. <<

[1] Makulo Akambu, 1983, p. 15. <<

[2] Ibid., pp. 15-16. <<

[3] Bontinck, 1974, p. 250. <<

[4] Stanley, 1899, pp. 210, 212. <<

[5] Jeal, 2007, p. 199. <<

[6] Ibid., p. 469. <<

[7] Vansina, 1976, p. 30. <<

[8] Wesseling, 1991, p. 119. <<

[9] Stengers, 1997, p. 275. <<

[10] Makulo Akambu, 1983, p. 18. <<

[11] Ibid., pp. 20-30. <<

[12] Bontinck, 1974, pp. 269-271. <<

[13] Jeal, 2007, pp. 274-276. <<

[14] Stanley, 1886, II, pp. 147, 151-152. <<

[15] Jeal, 2007, p. 276. <<

[16] Harms, 1981, p. 33. <<

[17] Makulo Akambu, 1983, pp. 32-34. <<

[18] Fabian, 2000, pp. 103. <<

[19] McLynn, 1992, pp. 322. <<

[20] Johnston, 1908, pp. 222-224. <<

[21] Bentley, 1900, p. 81. <<

[22] Ibid., p. 126. <<

[23] Johnston, 1908, p. 328. <<

[24] Alexander L. Bain, asiento registral, colección de archivo, Board of International Ministries (BIM), American Baptist Historical Society, Atlanta (Georgia). <<

[25] Slade, 1959, p. 154; Braekman, 1961, pp. 129-136, 351. <<

[26] Etambala, 1987, pp. 237-285. <<

[27] Ernest T. Welles, asiento registral, colección de archivo, Board of International Ministries (BIM), American Baptist Historical Society, Atlanta (Georgia). <<

[28] Jeal, 2007, pp. 464-475. <<

[29] Makulo Akambu, 1983, p. 36. <<

[30] Bailey, 1894, pp. 161-163. <<

[31] Denuit-Somerhausen, 1988, pp. 77-146. <<

[32] Wesseling, 1991, p. 126. <<

[33] Jeal, 2007, pp. 277-278. <<

[34] Stengers, 1989, pp. 58-59. <<

[35] Maquet-Tombu, 1952, p. 56. <<

[1] Stengers & Vansina, 1985 pp. 351. <<

[2] Ndaywel e Nziem, 1998, pp. 289-292. <<

[3] Van der Smissen, 1920, p. 425. <<

[4] Vellut, 2005b, p. 247. <<

[5] Jeal, 2007, p. 281. <<

[6] Vansina & Stengers, 1985, p. 351. <<

[7] Jeal, 2007, p. 294. <<

[8] Makulo Akambu, 1983, pp. 36-37. <<

[9] Etambala, 1987. <<

[10] Etambala, 1993. <<

[11] Maquet-Tombu, 1952. <<

[12] Meeuwis, 1999. <<

[13] Hawker, 1909, p. 244. <<

[14] Picard, 1896, p. 161. <<

[15] Bailey, 1894, p. 246. <<

[16] The New York Times, 16 de abril de 1899. <<

[17] Lauro, 2005, p. 78. <<

[18] Makulo Akambu, 1983, p. 38. <<

[19] Ibid., pp. 38-39. <<

[20] Ibid., p. 45. <<

[21] Hemmens, 1949, p. 27. <<

[22] Johnston, 1908, p. 328. <<

[23] Makulo Akambu, 1983, p. 58. <<

[24] Ibid., pp. 68-69. <<

[25] Ibid., p. 70. <<

[26] Ibid., p. 71. <<

[27] Ibid., pp. 80-81. <<

[28] Entrevista con Étienne Nkasi, Kinsasa, 8 de diciembre de 2008. <<

[29] Sadin, 1918. <<

[30] Ibid., pp. 16-17. <<

[31] Ibid., p. 20. <<

[32] Travaux du Groupe d'Études coloniales, 1912, p. 7. <<

[33] Ibid., p. 7. <<

[34] Sadin, 1918. <<

[35] Ibid., p. 68. <<

[36] Van Acker, 1924, p. 164. <<

[37] Entrevista con Victor Masunda Kukana, Boma, 8 de octubre de 2008. <<

[38] Entrevista con Camille Mananga Nkanu, Boma, 9 de octubre de 2008. <<

[39] Makulo Akambu, 1983, pp. 40-44. <<

[40] Michaux, 1913, pp. 46, 52. <<

[41] Flament, 1952, pp. 509, 516. <<

[42] Ibid., pp. 81-82. <<

[43] Entrevista con Eugène Yoka Kinene, Kinsasa, 11 de noviembre de 2008. <<

[44] Joye & Lewin, 1961, p. 18. <<

[45] Stengers, 1957, p. 32. <<

[46] Ibid., p. 277. <<

[47] Ibid., p. 240. <<

[48] Catherine, 1994, 126-130. <<

[49] Entrevista con Martin Kabuya, Kinsasa, 16 de octubre de 2008. <<

[50] Gann & Duignan, 1979, 97; Van der Poel, 2006, 1, p. 26. <<

[51] Van der Poel, 2006, I, pp. 8-30. <<

[52] Entrevista con Étienne Nkasi, Kinsasa, 6 y 10 de noviembre de 2008. <<

[53] Goffin, 1907, p. 79. <<

[54] Entrevista con Étienne Nkasi, Kinsasa, 10 de noviembre de 2008. <<

[55] Vangroenweghe, 2005, p. 376; Stengers, 1989, p. 102. <<

[56] Makulo Akambu, 1983, pp. 79-80. <<

[57] Servicio Público Federal de Asuntos Exteriores, Archivo africano, documentos E. Janssens, D1366, 27-XII-1904. <<

[58] Ibid., 12-XII-1904. <<

[59] Ibid., 2-I-1905. <<

[60] Ibid., 12-XII-1904. <<

[61] Ibid., 3-I-1905. <<

[62] Ibid., 22-XI-1904. <<

[63] Ibid., 12-XII-1904. <<

[64] Bosschaerts, 2007, p. 216. <<

[65] Servicio Público Federal de Asuntos Exteriores, Archivo africano, documentos E. Janssens, D1366, 5-I-1905. <<

[66] Vangroenweghe, 1985, p. 64. <<

[67] Ibid., p. 62. <<

[68] Marechal, 2005, pp. 45-46. <<

[69] Johnston, 1908, pp. 378-379. <<

[70] Stengers, 1989, p. 109. <<

[71] Johnston, 1908, p. 380. <<

[72] Singleton-Gates & Girodias, 1959, pp. 120-122. <<

[73] Ibid., p. 114. <<

[74] Janssens, 1905, p. 197. <<

[75] Cattier, 1906, p. 341. <<

[76] Cornevin, 1963, p. 129; Gann & Duignan, 1979, p. 79; Stengers & Vansina, 1985, pp. 346, 354. <<

[77] Makulo Akambu, 1983, p. 85. <<

[1] Van Thiel, 1982, 20; Boelaert et al., 1995, pp. 36-117. <<

[2] Stanley, 1886, II, p. 214. <<

[3] Maquet-Tombu, 1952. <<

[4] Cornevin, 1963, pp. 173-228; Stengers, 1989. <<

[5] Young, 1968, p. 23. <<

[6] De Meulder, 2000, p. 50. <<

[7] Cornevin, 1963, 187. <<

[8] Vanderkerken, 1920, p. 235. <<

[9] Ibid., p. 234. <<

[10] Van Wing, 1959, 128-129. <<

[11] Carton de Wiart, 1923, p. 70-71. <<

[12] Cattier, 1906, p. 321. <<

[13] Ibid., p. 322. <<

[14] Couttenier, 2005, p. 225. <<

[15] Van Overberg, 1913, VIII. <<

[16] De Jonghe, 1908, p. 304. <<

[17] Van Overbergh, 1913, p. 181. <<

[18] Ibid., p. 183. <<

[19] Depaepe et al., 2003, pp. 233, 236. <<

[20] Vinck, 2002. <<

[21] Depaepe et al., 2003, p. 191. <<

[22] Frères Maristes, 1927, 30-31. <<

[23] Vinck, 2002. <<

[24] Kalundi Mango, entrevistado por Johannes Fabian, Lubumbashi, junio de 1986,
[http:// www2.fmg.uva.nl/lpca/aps/vol4/—.xhtml](http://www2.fmg.uva.nl/lpca/aps/vol4/—.xhtml) <<

[25] Kaoze, 1910. <<

[26] Chalux, 1925, p. 125. <<

[27] Entrevista con Étienne Nkasi, Kinsasa, 6 de noviembre de 2008. <<

[28] Chalux, 1925, pp. 111-114. <<

[29] Ibid., pp. 122-125. <<

[30] Entrevista con Étienne Nkasi, Kinsasa, 10 de noviembre de 2008. <<

[31] Stengers, 1989, pp. 213-214. <<

[32] Cornet, 1944, p. 261. <<

[33] Stengers, 1989, p. 215. <<

[34] Carton de Wiart, 1923, p. 93. <<

[35] Ibid., p. 5. <<

[36] Chalux, 1925, p. 204. <<

[37] Buelens, 2007, p. 405. <<

[38] Carton de Wiart, 1923, p. 83. <<

[39] Merlier, 1962, p. 130. <<

[40] Jewsiewicki, 1988, pp. 231-232. <<

[41] Foire Internationale d'Elisabethville, 1962, pp. 71-73. <<

[42] Yav, 1965, p. 29. <<

[43] Ibid., p. 5. <<

[44] Brausch, 1961, pp. 21-22. <<

[45] Higginson, 1989, p. 33. <<

[46] Ibid., p. 35. <<

[47] Chalux, 1925, p. 79. <<

[48] Yav, 1965, p. 7. <<

[49] Northrup, 1988, pp. 97-99. <<

[50] Chalux, 1925, 209. <<

[51] Joye & Lewin, 1961, p. 184. <<

[52] Kimoni Iyay, 1990, pp. 155-182. <<

[53] Vandewalle, 1966, p. 45. <<

[54] Banco Central del Congo, 2007. <<

[55] Chalux, 1925, p. 147. <<

[56] Boelaert et al., 1995. <<

[57] Delcommune, 1920, p. 26. <<

[58] Cayen, 1938, p. 58. <<

[59] Ibid., p. 47-54. <<

[60] Cornevin, 1963, pp. 176-177. <<

[61] Geernaert, s. f. <<

[62] Depaepe et al., 2003, p. 220. <<

[63] Entrevista con Martin Kabuya, Kinsasa, 16 de octubre de 2008. <<

[64] Kisobele Ndontoni, 2008. <<

[65] Entrevista con Hélène Nzimbu Diluzeyi y Léon Wasolua, Kinsasa, 11 de noviembre de 2008. <<

[66] Entrevista con Eugène Yoka Kinene, Kinsasa, 11 de noviembre de 2008. <<

[67] Vanthemsche, 2010. <<

[68] Brion & Moreau, 2006, p. 95. <<

[69] Jewsiewicki, 1980. <<

[70] Hulstaert, 1990. <<

[71] Ndaywel e Nziem, 1998, p. 411. <<

[72] Libotte, s. f. <<

[73] Delannoo, 2006. <<

[74] Etambala, 1993, pp. 33-37; Odette Kudjabo, comunicación personal. <<

[75] Dominiek Dendooven, comunicación personal. <<

[76] Habran, 1925, pp. 52-53. <<

[1] Geldof, 1937, p. 131. <<

[2] Entrevista con Marcel Wanzungasa, Nkamba, 4 de noviembre de 2008. <<

[3] Citado en Vellut, 2005, p. 10. <<

[4] Mokoko Gampiot, 2004, pp. 60-63. <<

[5] Sinda, 1972, p. 73. <<

[6] Munayi, 1977. <<

[7] Gérard, 1969, pp. 9-13. <<

[8] Nelson, 1994, pp. 176-177. <<

[9] Ndaywel e Nziem, 1998, pp. 411-412. <<

[10] Kibari, 1985. <<

[11] Maquet-Tombu, 1952, pp. 135-136. <<

[12] Thieffry, 1926, p. 267. <<

[13] Blanchart et al., 1999. <<

[14] Guebels, 1952, p. 262. <<

[15] Vandewalle, 1966, p. 13. <<

[16] Nzula et al., 1979, p. 64. <<

[17] Vanthemsche, 1999, p. 17. <<

[18] Vandewalle, 1966, p. 45. <<

[19] Davidson et al., 1987, p. 739. <<

[20] Servicio Público Federal de Asuntos Exteriores, Archivo africano, expediente personal de Firmin Joseph Arthur Peigneux. <<

[21] Entrevista con Pierre Diakanua, Kinsasa, 8 de diciembre de 2008. <<

[22] Entrevista con Étienne Nkasi, Kinsasa, 10 de noviembre de 2008. <<

[23] Vellut, 1992, p. 201. <<

[24] Ibid., p. 175. <<

[25] Nelson, 1994, p. 155. <<

[26] Sikitele, 1973, pp. 117-118. <<

[27] Ibid., p. 109. <<

[28] Citado en Nzula et al., 1979, p. 110. <<

[29] De Saint Moulin, 2007, p. 42. <<

[30] Fetter, 1976, p. 74. <<

[31] Brion & Moreau, 2006, pp. 115, 134. <<

[32] Nelson, 1994, p. 151; Northrup, 1988, pp. 206-209. <<

[33] Fetter, 1973, p. 23. <<

[34] Higginson, 1989, p. 56. <<

[35] Northrup, 1988, p. 208. <<

[36] Joye & Lewin, 1961, p. 160. <<

[37] Ibid., p. 159. <<

[38] Fetter, 1974, p. 216. <<

[39] Grévisse, 1951, p. 98. <<

[40] Esgain, 2000, p. 61. <<

[41] Verhaegen, 1999, p. 126. <<

[42] Daye, 1929, p. 207. <<

[43] Davis, 1933, pp. 287-290. <<

[44] Van Peel, 2000, p. 152. <<

[45] Daye, 1929, p. 239. <<

[46] Chalux, 1925, p. 213. <<

[47] Ibid., pp. 157-158. <<

[48] Stewart, 2000, p. 16. <<

[49] Fetter, 1973, p. 38. <<

[50] Chalux, 1925, p. 126. <<

[51] Fabian, 1986. <<

[52] Citado en Depaepe et al., 2003, pp. 164-165. <<

[53] Boel, 2005, pp. 77, 83. <<

[54] Ibid., pp. 111, 139. <<

[55] Ibid., p. 88. <<

[56] Emongo Lomomba, 1985, p. 136. <<

[57] Fabian, 1971, p. 60. <<

[58] Young, 1984, p. 700. <<

[59] Emongo Lomomba, 1985, pp. 137-138. <<

[60] Joye & Lewin, 1961, pp. 161-163; Fabian, 1971, pp. 55-60; Fetter, 1973, p. 38.

<<

[61] Citado en Brion & Moreau, 2006, p. 137. <<

[62] Tilman, 2003. <<

[63] Van Peel, 2000, p. 180. <<

[64] Renson & Peeters, 1994, p. 204. <<

[65] Van Peel, 2000, p. 185. <<

[66] Entrevista con Henri de la Kéthulle, Kinsasa, 26 de mayo de 2007, Kikwit, 2 de junio de 2007 y 20 de septiembre de 2008. <<

[67] Fetter, 1974. <<

[68] Perrings, 1979, p. 216. <<

[69] Kalundi Mango, entrevistado por Johannes Fabian, Lubumbasi, junio de 1986,
<http://www2.fmg.uva.nl/lpca/aps/vol4/vocabulairekalundicomments.html/> <<

[70] Yav, 1965, p. 22. <<

[71] Fetter, 1974, pp. 212-213. <<

[72] Brausch, 1961, p. 20. <<

[73] Ibid., pp. 19-39. <<

[74] Souchard, 1983, p. 47. <<

[75] Citado en Feuchaux, 2000, pp. 88-90. <<

[76] Citado en Etambala, 1993, p. 40. <<

[77] Ibid. <<

[78] Citado en Bontinck, 1980, p. 608. <<

[1] Entrevista con André Kitadi, Kinsasa, 16 de octubre de 2008. <<

[2] Bourla Errera, 2000, p. 59. <<

[3] McCrummen, 2009. <<

[4] Entrevista con André Kitadi, Kinsasa, 11 de noviembre de 2008. <<

[5] Ibid., 16 de octubre de 2008. <<

[6] Entrevista con Martin Kabuya, Kinsasa, 16 de octubre de 2008. <<

[7] Ergo, 2008, pp. 132-134. <<

[8] Entrevista con Libert Otenga, 11 de noviembre de 2008. <<

[9] Wrong, 2000, pp. 136-144. <<

[10] Buelens, 2007, p. 282. <<

[11] Ibid., p. 288. <<

[12] Jewsiewicki et al., 1973, p. 160. <<

[13] Tshibangu Kabet, 1974, p. 297. <<

[14] Etambala, 1999a, pp. 77-78. <<

[15] Dibwe dia Muembu, 1999, p. 195. <<

[16] Perrings, 1979, p. 226. <<

[17] Yav, 1965, p. 24. <<

[18] Emongo Lomomba, 1985, p. 140. <<

[19] Vellut, 1983, pp. 506-514. <<

[20] Jewsiewicki et al., 1973. <<

[21] Young, 1984, p. 703. <<

[22] Souchard, 1983, p. 176. <<

[23] Ibid., p. 59. <<

[24] Ibid., p. 58. <<

[25] Ibid., pp. 59-60. <<

[26] Ibid., pp. 146-148. <<

[27] Ibid., p. 155. <<

[28] Hulstaert, 1983, p. 590. <<

[29] Souchard, 1983, p. 234. <<

[30] Ibid., pp. 84-87 <<

[31] Ibid., p. 235. <<

[32] Entrevista con Libert Otenga, 11 de noviembre de 2008. <<

[33] Vellut, 1983, p. 505. <<

[34] Entrevista con André Kitadi, Kinsasa, 16 de octubre de 2008. <<

[35] Vanderlinden, 1994, p. 604. <<

[36] Van Bilsen, 1993, p. 55. <<

[37] Guebels, 1952, p. 640. <<

[38] Roussel, 1949, p. 49. <<

[39] Wauters, 1929, p. 142. <<

[40] Dehoux, 1950, I, p. 155. <<

[41] Lefebvre, 1952, p. 519. <<

[42] Ceuppens, 2009. <<

[43] Young, 1984, pp. 704-707. <<

[44] Stengers, 1989, p. 226. <<

[45] Drachoussoff, 1954, pp. 115-116. <<

[46] Guebels, 1952, p. 738. <<

[47] Tempels, 1944, p. 22. <<

[48] Tempels, 1945, p. 105. <<

[49] Guebels, 1952, p. 659. <<

[50] De Saint Moulin, 2007, p. 42. <<

[51] Gourou, 1955, p. 33. <<

[52] Guebels, 1952, p. 642. <<

[53] Entrevista con Longin Ngwadi, Kikwit, 19-20 de septiembre de 2008. <<

[54] Comhaire-Sylvain, 1968, pp. 54-56. <<

[55] Entrevista con la hermana Apolline Lemole Daringi, Kinsasa, 29 de septiembre de 2008. <<

[56] Entrevista con Victorine Ndjoli, Kinsasa, 7 de noviembre de 2008. <<

[57] Entrevista con François Ngombe, Kinsasa, 9 de noviembre de 2009. <<

[58] Comhaire-Sylvain, 1968, p. 23. <<

[59] Gondola, 1997a. <<

[60] Pauwels-Boon, 1979, p. 137. <<

[61] Jewsiewicki, 1976, p. 69. <<

[62] Guebels, 1952, p. 664. <<

[63] Martens, 1999, p. 141. <<

[64] Young, 1968, pp. 24-25. <<

[65] Pons, 1969, pp. 147-150. <<

[66] Young, 1968, pp. 150-153. <<

[67] Pons, 1969, p. 214. <<

[68] Entrevista con Kipulu Sambo y Hery Mambo, Kinsasa, 17 de septiembre de 2008.

<<

[69] Emongo Lomomba, 1985, p. 139. <<

[70] Leysen, 1982, dur.: 35' 04. <<

[71] Jewsiewicki, 1976, p. 69. <<

[72] Citado en Rubbens, 1945, pp. 128-129. <<

[73] Mantels, 2007, p. 206. <<

[74] Kadima-Nzuji, 1984, p. 55. <<

[75] Entrevista con Camille Mananga Nkanu, Boma, 9 de octubre de 2008. <<

[76] Entrevista con Victor Masunda Kukana, Boma, 8 de octubre de 2008. <<

[77] Ndaywel e Nziem, 1998, p. 462. <<

[78] Entrevista con Jean Lema (Jamais Kolonga), Kinsasa, 3 y 14 de octubre y 6 de noviembre de 2008. <<

[79] Entrevista con Paul Kasenge, Lubumbashi, 29 de junio de 2007. <<

[80] Entrevista con Zizi Kabongo, Kinsasa, 21 de abril de 2008. <<

[81] Tshitungu Kongolo, 2003b, p. 62. <<

[1] Entrevista con Michel Lechat, Bruselas, 19 de septiembre de 2007. <<

[2] De Backer, 1959, I, p. 7. <<

[3] Van Bilsen, 1958, pp. 164-202. <<

[4] Labrique, 1957, pp. 253, 256. <<

[5] Ibid., p. 261. <<

[6] Ibid., p. 254. <<

[7] Young, 1965, pp. 114-117. <<

[8] Labrique, 1957, p. 271. <<

[9] Ibid., pp. 107-110. <<

[10] Queuille, 1965, p. 315. <<

[11] Klein, 1957, p. 84; Pétillon, 1985, p. 448. <<

[12] Entrevista con Jean Cordy, Lovaina-la-Nueva, 5 de septiembre de 2009. <<

[13] Verhaegen, 1971, pp. 419-421; Bouvier, 1965, pp. 39-56. <<

[14] Ghilain, 1963, pp. 90-91. <<

[15] Archer, 1971, p. 67. <<

[16] Wolter et al., 1957, pp. 55-58. <<

[17] Sinatu Bolya, 2003. <<

[18] Entrevista con Victorine Ndjoli, Kinsasa, 7 de noviembre de 2008. <<

[19] Michel, 1962, p. 72. <<

[20] Verhaegen, 1971, p. 419. <<

[21] Gondola, 1999. <<

[22] Laude, 1956, p. 29. <<

[23] Sohier, 1959, p. 236. <<

[24] Etambala, 1999b, p. 50. <<

[25] Ganshof van der Meersch, 1958, pp. 40-54. <<

[26] CRISP, 1962, p. 136. <<

[27] Entrevista con Jean Lema (Jamais Kolonga), Kinsasa, 3 y 14 de octubre y 6 de noviembre de 2008. <<

[28] De Monstelle, 1962, p. 119. <<

[29] Entrevista con Longin Ngwadi, Kikwit, 19-20 de septiembre de 2008. <<

[30] Pétillon, 1985, p. 446. <<

[31] Ibid., p. 517. <<

[32] De Backer, 1959, I, p. 32. <<

[33] Etambala, 2008, pp. 79-80. <<

[34] Scott, 1969, pp. 21-22. <<

[35] Etambala, 2008, pp. 82, 84. <<

[36] De Vos, 1961, p. 52. <<

[37] De Backer, 1959, I, p. 32. <<

[38] Entrevista con Albert Tukeke Talulue, Kisangani, 18 de noviembre de 2008. <<

[39] Entrevista con Jean Mayani, Kisangani, 19 de noviembre de 2008. <<

[40] Entrevista con Raphaël Maindo, Kisangani, 17 de noviembre de 2008. <<

[41] Van Bilsen, 1993, p. 124. <<

[42] Entrevista con Jean Cordy, Lovaina-la-Nueva, 5 de septiembre de 2009. <<

[43] Monheim, 1961, pp. 22-24. <<

[44] Janssens, 1961, p. 60. <<

[45] Lumenganeso, 2005, pp. 108-109. <<

[46] Janssens, 1961, pp. 59-61. <<

[47] Entrevista con Jean Cordy, Lovaina-la-Nueva, 5 de septiembre de 2009. <<

[48] Ibid. <<

[49] Ibid. <<

[50] CRISP, 1960, p. 10. <<

[51] Demunter, 1975, p. 266. <<

[52] Entrevista con Jean Cordy, Lovaina-la-Nueva, 5 de septiembre de 2009. <<

[53] Young, 1968, pp. 159-160. <<

[54] Caprasso, 1959, pp. 137-141. <<

[55] CRISP, 1960, p. 51-53. <<

[56] De Backer, 1959, III, p. 64. <<

[57] Entrevista con Jean Mayani, Kisangani, 19 de noviembre de 2008. <<

[58] De Backer, 1959, II, p. 20. <<

[59] Ibid., III, p. 158. <<

[60] Ibid., II, p. 83. <<

[61] Entrevista con Albert Tukeke Talulue, Kisangani, 19 de noviembre de 2008. <<

[62] Entrevista con Jean Mayani, Kisangani, 19 de noviembre de 2008. <<

[63] Ndaywel e Nziem, 1998, p. 546. <<

[64] Schöller, 1982, p. 114. <<

[65] Entrevista con Charly Henault, Mehaigne, 28 de agosto de 2008. <<

[66] Ganshof van der Meersch, 1960, p. 25; Scott, 1969, p. 25. <<

[67] Fierlafyn, 1990, p. 200. <<

[68] Demunter, 1975, pp. 276-277. <<

[69] Archer, 1971, p. 84. <<

[70] Entrevista con Mario Cardoso, Kinsasa, 1 de octubre de 2008. <<

[71] Buelens, 2007, p. 327. <<

[72] Merlier, 1962, p. 292. <<

[73] Eyskens, 1994, p. 567. <<

[74] Remilleux, 1989, p. 46. <<

[75] Joye & Lewin, 1961, pp. 290-295. <<

[76] Young, 1984, pp. 712-713. <<

[77] Weiss, 1965, p. 2. <<

[78] Inforcongo, 1958; Verhaegen, 1971, p. 421. <<

[79] Kanza, 1959, p. 39. <<

[1] Entrevista con Jean Lema (Jamais Kolonga), Kinsasa, 3 y 14 de octubre y 6 de noviembre de 2008. <<

[2] Entrevista con Victorine Ndjoli, Kinsasa, 7 de noviembre de 2008. <<

[3] Archer, 1971, p. 11. <<

[4] Etambala, 1999, p. 147. <<

[5] Etambala, 2008, pp. 432-433. <<

[6] CRISP, 1961, pp. 318-320. <<

[7] Verlinden, 2008, p. 140. <<

[8] Entrevista con Jean Cordy, Lovaina-la-Nueva, 18 de septiembre de 2009. <<

[9] De Vos, 1961, pp. 193-194. <<

[10] CRISP, 1961, p. 323. <<

[11] Entrevista con Victor Masunda Kukana, Boma, 8 de octubre de 2008. <<

[12] Entrevista con Camille Mananga Nkanu, Boma, 9 de octubre de 2008. <<

[13] Entrevista con Mario Cardoso, Kinsasa, 1 de octubre de 2008. <<

[14] Schöller, 1982, pp. 178-183. <<

[15] Ganshof van der Meersch, 1958, p. 284. <<

[16] Paulus, 1962, p. 224. <<

[17] Engels & Van Peel, 2010. <<

[1] Janssens, 1961, p. 12. <<

[2] CRISP, 1961, pp. 353-354. <<

[3] De Vos, 1961, p. 202. <<

[4] CRISP, 1961, pp. 381, 388; Geerts, 1970, p. 79. <<

[5] Verlinden, 2002, p. 154. <<

[6] CRISP, 1961, p. 375. <<

[7] Janssens, 1961, p. 216. <<

[8] Jorissen, 2005, p. 115. <<

[9] Verlinden, 2002, pp. 148-151. <<

[10] De Craemer & Fox, 1968, p. 3. <<

[11] Entrevista con Jacques Courtejoie, Nsioni, 5 de octubre de 2008. <<

[12] Souchard, 1983, p. 254. <<

[13] Kanza, 1959, p. 40. <<

[14] Souchard, 1983, pp. 248-249. <<

[15] Geerts, 1970, p. 11. <<

[16] Entrevista con Bonyololo Lokombe (Papa Rovinsky), Kisangani, 17 de noviembre de 2008. <<

[17] Vesse, 1961, p. 16. <<

[18] Van den Bosch, 1986, p. 57. <<

[19] De Vos et al., 2004, p. 41. <<

[20] Ibid., p. 40. <<

[21] Boehme, 2005. <<

[22] De Vos et al., 2004, p. 521. <<

[23] http://www.congo-1960.be/wilfrieddebrouwerfaf_piloot.xhtml <<

[24] Kestergat, 1961. <<

[25] Entrevista con Camille Mananga Nkanu, Boma, 9 de octubre de 2008. <<

[26] Verlinden, 2002, p. 151. <<

[27] CRISP, 1961, p. 544. <<

[28] Abi-Saab, 1978, p. 14. <<

[29] CRISP, 1961, p. 555. <<

[30] Devlin, 2007, p. 48. <<

[31] Pardigon, 1961, p. 89. <<

[32] CRISP, 1961, pp. 555-556. <<

[33] Devlin, 2007. <<

[34] El-Tahri, 2007. <<

[35] Entrevista con Jean Lema (Jamais Kolonga), Kinsasa, 3 de octubre de 2008. <<

[36] Brian Urquhart, citado en Meredith, 2005, p. 104. <<

[37] Meredith, 2005, pp. 104-105. <<

[38] Eyskens, 1994, p. 584. <<

[39] CRISP, 1961, p. 806. <<

[40] Ibid., p. 110. <<

[41] Geerts, 1970, pp. 90-91. <<

[42] Entrevista con Mario Cardoso, Kinsasa, 1 de octubre de 2008. <<

[43] De Vos et al., 2004, p. 581. <<

[44] Devlin, 2007, pp. 94-97. <<

[45] Young, 1984, p. 721. <<

[46] De Vos et al., 2004, p. 255. <<

[47] Entrevista con Mario Cardoso, Kinsasa, 1 de octubre de 2008. <<

[48] Meredith, 2005, p. 109. <<

[49] De Vos et al., 2004, pp. 363-422. <<

[50] Ibid., p. 395. <<

[51] Soete, 1993, pp. 98-101. <<

[52] Walter Zinzen, comunicación personal, 4 de noviembre de 2009. <<

[53] Van Bilsen, 1993, p. 161. <<

[54] Entrevista con Anne Mutosh Amuteb, Lubumbashi, 23 de abril de 2008. <<

[55] Ziegler, 1963. <<

[56] Yakemthouck, 1988a, p. 177. <<

[57] Scholl-Latour, 1986, p. 216. <<

[58] Gérard-Libois, 1963, pp. 186-187. <<

[59] Ziegler, 1963, p. 38. <<

[60] Entrevista con Walter y Alice Lumbeeck, Oostkamp, 25 de julio de 2009. <<

[61] Entrevista con Frans y Marja Vleeschouwers, Berchem, 25 de julio de 2009. <<

[62] Hammarskjöld, 1964, p. 93. <<

[63] Martelli, 1966, p. 198. <<

[64] <http://www.congo-1960.be/huurlingencongo.htm> <<

[65] Entrevista con Walter y Alice Lumbeeck, Oostkamp, 25 de julio 2009. <<

[66] Entrevista con Frans y Marja Vleeschouwers, Berchem, 25 de julio 2009. <<

[67] Entrevista con Walter y Alice Lumbeeck, Oostkamp, 25 de julio de 2009. <<

[68] CRISP, 1964, p. 99. <<

[69] Kamitatu, 1971, p. 97. <<

[70] Young, 1968, pp. 319-348. <<

[71] CRISP, 1965, p. 104. <<

[72] Ibid., 1964, pp. 105-107. <<

[73] Verhaegen, 1966, I, p. 122. <<

[74] Fox et al., 1965, p. 22. <<

[75] Makulo Akambu, 1983, pp. 91-94. <<

[76] Manyá K'Omalowete, p. 1986. <<

[77] Verhaegen, 1986, pp. 7, 12. <<

[78] Takizala, 1964, p. 69. <<

[79] Manya K'Omalowete, 1986, p. 102. <<

[80] Zinzen, 2004, p. 101. <<

[81] Geerts, 1970, p. 189. <<

[82] Etambala, 1999b, p. 266. <<

[83] Ibid., p. 258. <<

[84] Tielemans, 1966; Esposito, 1978. <<

[85] Ndaywel e Nziem, 1998, pp. 638-639. <<

[86] CRISP, 1965, p. 141. <<

[87] Ndaywel e Nziem, 1998, p. 639. <<

[88] Verbeken, 2005, p. 36. <<

[89] Devlin, 2007, p. 225. <<

[90] Ndaywel e Nziem, 1998, p. 623. <<

[91] Brion, 1986, p. 63. <<

[92] Makulo Akambu, 1983, p. 92. <<

[93] Ibid., pp. 93-94. <<

[94] El-Tahri, 2007. <<

[95] Guevara, 2001, p. 298. <<

[96] Ibid., p. 83. <<

[97] Ibid., p. 313. <<

[98] Ibid., p. 281. <<

[99] Zinzen, 1995, pp. 19-20. <<

[100] CRISP, 1966, p. 441. <<

[101] Ibid., p. 257. <<

[102] Houyoux, 1973, p. 30. <<

[103] La Fontaine, 1970, p. 64. <<

[104] Close, 2007, p. 164. <<

[105] CRISP, 1966, p. 6. <<

[106] Entrevista con Jean Lema (Jamais Kolonga), Kinsasa, 3 de octubre de 2008. <<

[107] Ilosono, 1985, pp. 67-72. <<

[1] Entrevista con Zizi Kabongo, Kinsasa, 31 de mayo, 14 y 16 de noviembre de 2007; 21 de abril y 16 de septiembre de 2008. <<

[2] Buana Kabue, 1975, p. 105. <<

[3] CRISP, 1966, pp. 438-444. <<

[4] Joris, 2001, p. 33. <<

[5] Entrevista con Vincent Lombume Kalimasi, Kinsasa, 14 de junio de 2007. <<

[6] Diallo, 1977, p. 88. <<

[7] CRISP, 1967, p. 441. <<

[8] Ibid., pp. 442-443. <<

[9] De Saint Moulin, 2007, p. 42. <<

[10] Houyoux, 1973, pp. 30-31. <<

[11] Geerts, 1970, p. 358. <<

[12] CRISP, 1966, pp. 415-416. <<

[13] Ibid., 1967, p. 102. <<

[14] Geerts, 1970, pp. 286-295. <<

[15] CRISP, 1967, p. 120. <<

[16] Ibid., p. 179. <<

[17] Maquiavelo, El príncipe, xvii, Madrid, Gredos, p. 56, trad. de Antonio Hermosa Andújar. (N. de la T.) <<

[18] Geerts, 1970, p. 274. <<

[19] Entrevista con Alphonsine Mosolo Mpiaka, Kinsasa, 7 de noviembre de 2008. <<

[20] Zinzen, 1995, pp. 29-31. <<

[21] Verhaegen, 1970, p. 23. <<

[22] Braeckman, 1992, pp. 38-40. <<

[23] Geerts, 1970, p. 255. <<

[24] Huybrechts et al., 1980, pp. 152-163. <<

[25] Ikembana, 2007, p. 31. <<

[26] Oficina del Presidente de la República, 1972, pp. 384-385. <<

[27] Sakombi Inongo, 1974b, p. 409. <<

[28] Close, 2007, p. 235. <<

[29] Ibid., p. 190. <<

[30] Ibid., p. 251. <<

[31] Entrevista con François Ngombe (*Maître Taureau*), Kinsasa, 9 de noviembre de 2009. <<

[32] Lubabu Mpasi-A-Mbongo & Musangi Ntemo, 1987, p. 56. <<

[33] Muabila Malela, 1979, p. 128. <<

[34] Huybrechts et al., 1980, p. 239. <<

[35] Entrevista con Paul Kasenge, Lubumbashi, 29 de junio de 2007. <<

[36] Huybrechts et al., 1980, p. 170. <<

[37] Entrevista con André Kitadi, Kinsasa, 16 de octubre de 2008. <<

[38] Gast, 1996. <<

[39] Lubabu Mpasi-A-Mbongo & Musangi Ntemo, 1987, p. 76. <<

[40] Verhaegen, 1978, pp. 126-130. <<

[41] Entrevista con Adolphine Ngoy, Bukavu, 19 de junio de 2007. <<

[42] Entrevista con Bertrand Bisengimana, Kivu-meer, 25 de abril de 2008. <<

[43] Young & Turner, 1985, pp. 167-168. <<

[44] Ndaywel e Nziem, I., 1995. <<

[45] Sakombi Inongo, 1974b, p. 409. <<

[46] Ibid., 1974a, p. 334. <<

[47] Ekanga Botombele, 1975. <<

[48] Sakombi Inongo, 1974b, p. 318. <<

[49] Entrevista con Joseph Ibongo, Kinsasa, 1 de junio de 2007. <<

[50] Entrevista con Jean-Pierre Mukoko, Kinsasa, 19 de marzo de 2005. <<

[51] White, 2008, pp. 73-79. <<

[52] Huybrechts et al., 1980, p. 155. <<

[53] Schatzberg, 1988, pp. 122-125. <<

[54] Nzongola-Ntalaja, 2002, p. 148. <<

[55] Bézy et al., 1981, pp. 57-68. <<

[56] Van den Bosch, 1992, p. 90. <<

[57] Bézy et al., 1981, p. 61. <<

[58] Mobutu, 1973, pp. 233, 243. <<

[59] Chomé, 1975, p. 28. <<

[60] Ibid., 1978, pp. 142-143. <<

[61] Stewart, 2000, p. 199. <<

[62] Mailer, 2007, p. 40. <<

[63] Young & Turner, 1985, pp. 326-362. <<

[64] Houyoux, 1972, 1973. <<

[65] Pain, 1984, p. 114. <<

[1] Braeckman, 1992, p. 298. <<

[2] Remilleux, 1989, p. 91. <<

[3] Ibid., p. 92. <<

[4] <http://www.berndleitenberger.de/otrag.shtml> <<

[5] Kalonga, 1978, pp. 32-47. <<

[6] Mende Omalanga & Tshilenge wa Kabamb, 1992, pp. 75-77. <<

[7] Willame, 1986. <<

[8] Ndaywiel e Nziem, 1998, p. 737. <<

[9] Willame, 1986, p. 132. <<

[10] Ibid., pp. 80-81. <<

[11] Entrevista con Zizi Kabongo, Kinsasa, 31 de mayo, 14 y 16 de noviembre de 2007; 21 de abril y 16 de septiembre de 2008. <<

[12] Geerts, 2005, pp. 173-176. <<

[13] Yambuya, 1991, pp. 34-36. <<

[14] Ibid., p. 33. <<

[15] Ibid., 1991, p. 28. <<

[16] Gabinete del Departamento de Defensa Nacional, 1974, p. 40. <<

[17] Kamitatu-Massamba, 1977, p. 103. <<

[18] Yambuya, 1991, p. 69. <<

[19] Yakemtchouk, 1988b, pp. 399-402. <<

[20] Young & Turner, 1985, p. 375. <<

[21] Wrong, 2000, p. 190. <<

[22] Entrevista con Eugène Yoka Kinene, Kinsasa, 11 de noviembre de 2008. <<

[23] Entrevista con Alphonsine Mosolo Mpiaka, Kinsasa, 7 de noviembre de 2008. <<

[24] Young & Turner, 1985, p. 324. <<

[25] Ndaywel e Nziem, 1998, p. 732. <<

[26] Young & Turner, 1985, p. 324. <<

[27] Ndaywel e Nziem, 1998, p. 732. <<

[28] Willame, 1992, p. 96. <<

[29] Peemans, 1988, p. 23. <<

[30] Young & Turner, 1985, p. 379. <<

[31] Mende Omalanga & Tshilenge wa Kabamb, 1992, pp. 28-29. <<

[32] Blumenthal, 1982, p. 8. <<

[33] Ibid., p. 15. <<

[34] Nguza Karl I Bond, 1982. <<

[35] Documento de la CIA hecho público, Zaire's IMF Problem, 15 de septiembre de 1986,<http://www.foia.cia.gov/> <<

[36] Stiglitz, 2002, p. 12. <<

[37] Kabuya Kalala et al., 1980. <<

[38] Entrevista con Didace Kawang, Kinsasa, 30 de septiembre de 2008. <<

[39] Stiglitz, 2002, p. 18. <<

[40] Young & Turner, 1985, p. 323. <<

[41] Emizet, 1997, pp. 22, 26. <<

[42] Nzongola-Ntalaja, 1986, p. 4. <<

[43] Peemans, 1988, p. 39. <<

[44] Emizet, 1997, p. 25. <<

[45] Young & Turner, 1985, p. 311. <<

[46] Janssen, 1997, pp. 78-83. <<

[47] Ibid., pp. 73-78. <<

[48] Entrevista con Kibambi Shintwa, Kinsasa, 25 de septiembre de 2008. <<

[49] Entrevista con Jean Lema (Jamais Kolonga), Kinsasa, 3 y 14 de octubre y 6 de noviembre de 2008. <<

[50] Bender, 2006, p. 304. <<

[51] Entrevista con Alfons Mertens, Puurs, 5 de noviembre de 2007. <<

[52] Willame, 1992, p. 132. <<

[53] Entrevista con Raymond Mukoka, Kinsasa, 29 de septiembre de 2008. <<

[54] Wrong, 2000, p. 97. <<

[55] Braeckman, 1992, p. 72. <<

[56] Entrevista con la señora A., Kinsasa, 17 de marzo de 2005; cfr. Nlandu-Tsasa, 1997, p. 16. <<

[57] Vandommele, 1983, pp. 78-79; Batumike, 1986, pp. 52-53. <<

[58] Amnistía Internacional, 1980; 1983. <<

[59] Yambuya, 1991, p. 91. <<

[60] Nlandu-Tsasa, 1997, p. 98. <<

[61] Mvumbi Ngolu Tsasa, 1986, pp. 68-69. <<

[62] Entrevista con Papy Mbwiti, Kinsasa, 30 de septiembre de 2008. <<

[63] MacGaffey, 1991, pp. 17-19. <<

[64] Nlandu-Tsasa, 1997, p. 64. <<

[65] Renton et al., 2007, p. 136. <<

[66] Entrevista con Papy Mbwiti, Kinsasa, 30 de septiembre de 2008. <<

[67] Entrevista con Rufin Kibarin Nsanga, Kikwit, 21 de septiembre de 2008. <<

[68] Newbury, 1984. <<

[69] Entrevista con Régine Mutijima, Kinsasa, 10 de diciembre de 2008. <<

[70] Entrevista con Thérèse Pakasa, Kinsasa, 8 de noviembre de 2008. <<

[71] Michel, 1999. <<

[72] Braeckman, 1992, p. 303. <<

[1] Entrevista con Régine Mutijima, Kinsasa, 10 de diciembre de 2008. <<

[2] Entrevista con Modeste Mutinga, Kinsasa, 3 de octubre de 2008. <<

[3] Entrevista con Baudouin Hamuli, Kinsasa, 16 y 24 de septiembre de 2008. <<

[4] Hamuli Kabarhuza et al., 2003, p. 27. <<

[5] Braeckman, 1992, p. 205. <<

[6] Entrevista con Baudouin Hamuli, Kinsasa, 16 y 24 de septiembre de 2008. <<

[7] Mende Omalanga & Tshilenge wa Kabamb, 1992, pp. 45-47. <<

[8] Buyse, 1994, p. 29. <<

[9] Entrevista con Kibambi Shintwa, Kinsasa, 25 de septiembre de 2008. <<

[10] Entrevista con Baudouin Hamuli, Kinsasa, 16 y 24 de septiembre de 2008. <<

[11] Entrevista con José Mpundu, Kinsasa, 23 de septiembre de 2008. <<

[12] De Dorlodot, 1994, pp. 90-94. <<

[13] Entrevista con Zizi Kabongo, Kinsasa, 31 de mayo, 14 y 16 de noviembre de 2007; 21 de abril y 16 de septiembre de 2008. <<

[14] Nzongola-Ntalaja, 2002, p. 193. <<

[15] Ibid., p. 199. <<

[16] De Villers & Omasomba, 2002, p. 403. <<

[17] Nzongola-Ntalaja, 2002, pp. 196-198. <<

[18] De Herdt & Marysse, 2002, p. 175. <<

[19] Banco Central del Congo, 2007, p. 92. <<

[20] Michel, 1992. <<

[21] Smith, 2005, p. 234. <<

[22] Devisch, 1995, p. 608. <<

[23] Hamuli Kabarhuza et al., 2003, p. 18. <<

[24] Devisch, 1995. <<

[25] Ndaywel e Nziem, 1995, pp. 78, 116. <<

[26] Ibid., 1995, pp. 65-66. <<

[27] Banco Central del Congo, 2007, p. 117. <<

[28] Beaugrand, 1997, p. 9. <<

[29] Banco Central del Congo, 2007, p. 119; De Boeck & Plissart, 2004, p. 187. <<

[30] Beaugrand, 2003. <<

[31] Entrevista con Alexandre Kasumba Dunia, director del zoo, Kinsasa, 29 de diciembre de 2003. <<

[32] Kabuya Kalala & Matata Ponyo, 1999. <<

[33] Entrevista con Sekombi Katondolo, Goma, 26 de noviembre de 2008. <<

[34] Mamdani, 2001, p. 253. <<

[35] Entrevista con un mai-mai anónimo, Goma, 4 de diciembre de 2008. <<

[36] Entrevista con Pierrot Bushala, Goma, 26 de noviembre de 2008. <<

[37] Vlassenroot, 2000. <<

[38] Prunier, 2009, p. 25. <<

[39] Entrevista con Ruffin Luliba, Kinsasa, 1 de octubre de 2008. <<

[40] Reyntjens, 2009, p. 88. <<

[41] Prunier, 2009, p. 122. <<

[42] Entrevista con Katelijne Hermans, Bruselas, 12 de septiembre de 2007. <<

[43] Entrevista con el doctor Soki, Kisangani, 16 de noviembre de 2008. <<

[44] Entrevista con Sekombi Katondolo, Goma, 26 de noviembre de 2008. <<

[45] Efinda, 2009, p. 49. <<

[46] Ibid., p. 73. <<

[47] Human Rights Watch, 1997a, p. 23. <<

[48] Entrevista con Papy Bulaya, Kinsasa, 11 de diciembre de 2008. <<

[49] Van Dijck, 1997, p. 9. <<

[50] Prunier, 2009, p. 148. <<

[51] Entrevista con Rufin Kibari Nsanga, Kikwit, 21 de septiembre de 2008. <<

[52] Entrevista con Katelijne Hermans, Bruselas, 12 de septiembre de 2007. <<

[53] Entrevista con Rufin Kibari Nsanga, Kikwit, 21 de septiembre de 2008. <<

[54] Ibid. <<

[55] Willame, 1998. <<

[56] Reyntjens, 2009, pp. 67-77. <<

[57] Prunier, 2009, pp. 137-143. <<

[58] El Tahri, 2000. <<

[59] Tokwaulu Aena, s. f., p. 187. <<

[60] El Tahri, 2000. <<

[1] Reyntjens, 2009, p. 152. <<

[2] Reyntjens, 2009, p. 152. <<

[3] Banco Central del Congo, 2007, p. 95. <<

[4] Human Rights Watch, 1997b, p. 16. <<

[5] Ibid., p. 48. <<

[6] Reyntjens, 2009, p. 152. <<

[7] Entrevista con Bertin Punga, Kinsasa, 29 de septiembre de 2008. <<

[8] Frère, 2005, p. 100. <<

[9] Entrevista con Zizi Kabongo, Kinsasa, 14 de noviembre de 2007. <<

[10] Reyntjens, 2009, p. 154. <<

[11] Prunier, 2009, p. 150. <<

[12] Reyntjens, 2009, p. 57. <<

[13] Ngbanda, 2004, p. 41. <<

[14] Braeckman et al., 1998, p. 132. <<

[15] Prunier, 2009, p. 178. <<

[16] Comité Internacional de Rescate, 2007. <<

[17] Entrevista con Simba Regis, Kigali, 25 de junio de 2007. <<

[18] Entrevista con Ruffin Luliba, Kinsasa, 11 de diciembre de 2008. <<

[19] Entrevista con Rufin Kibari Nsanga, Kikwit, 21 de septiembre de 2008. <<

[20] Reyntjens, 2009, p. 186. <<

[21] Lanotte, 2003, p. 109. <<

[22] Entrevista con Jeanine Mukanirwa, Kinsasa, 12 de noviembre de 2007. <<

[23] Entrevista con Tharcisse Kayira, Bukavu, 20 de junio de 2007. <<

[24] Entrevista con Pierrot Bushala, Goma, 26 de noviembre de 2008. <<

[25] Human Rights Watch, 2000. <<

[26] Entrevista con Muhindu, Goma, 4 de diciembre de 2008. <<

[27] De Morgen, 23 de junio de 2007. <<

[28] Entrevista con Yves van Winden, Goma, 4 de diciembre de 2008. <<

[29] De Villers, 2001, p. 12. <<

[30] Zinzen, 2004, pp. 180-185. <<

[31] Entrevista con Agustín Utshudi, Goma, 1 de diciembre de 2008. <<

[32] Lanotte, 2003, pp. 111-115. <<

[33] Entrevista con el doctor Soki, Kisangani, 16 de noviembre de 2008. <<

[34] Prunier, 2009, p. 229. <<

[35] Lanotte, 2003, p. 122. <<

[36] De Villers, 2001, pp. 159-160. <<

[37] Human Rights Watch, 2005, p. 18. <<

[38] Marysse & André, 2001. <<

[39] Leclercq, 2001, p. 69. <<

[40] Marysse & André, 2001. <<

[41] Global Witness, 2005, p. 30. <<

[42] Wanu Oyatambwe, 1999, p. 122. <<

[43] Harden, 2001. <<

[44] Marysse & André, 2001. <<

[45] Unesco, 2005, p. 34. <<

[46] Debroux et al., 2007, pp. 7, 10. <<

[47] Entrevista con Papy Bulaya, Kinsasa, 11 de diciembre de 2008. <<

[48] Pole Institute, 2002, pp. 11, 13. <<

[49] Vlassenroot & Romkema, 2002. <<

[50] Human Rights Watch, 2001. <<

[51] Ibid., 2005, pp. 27, 29, 45. <<

[52] Entrevista con un veterano de la UPC, Kasenyi, 23 de noviembre de 2008. <<

[53] Jourdan, 2004. <<

[54] Entrevista con Baptiste Uzele-Uparpiu, Kasenyi, 23 de noviembre de 2008. <<

[55] Entrevista con Masika Katsuva, Goma, 2 de diciembre de 2008.14 <<

[1] Prunier, 2009, p. 252. <<

[2] Braeckman, 2003, pp. 97-125. <<

[3] De Villers, 2009, pp. 15-20. <<

[4] Entrevista con Antoine Vumilia, Kinsasa, 12 de diciembre de 2008. <<

[5] Zeebroek, 2008, pp. 8-9. <<

[6] De Villers, 2009, p. 222. <<

[7] Entrevista con Johan Swinnen, Kinsasa, 17 de noviembre de 2007. <<

[8] Reyntjens, 2009, p. 239. <<

[9] Ibid., p. 243-244. <<

[10] Niza, 2006, p. 20. <<

[11] Entrevista con Rufin Kibari Nsanga, Kikwit, 21 de septiembre de 2008. <<

[12] Nzeza, 2004, p. 29. <<

[13] Niza, 2006, pp. 20-21. <<

[14] Ibid., p. 9. <<

[15] Prunier, 2009, p. 306. <<

[16] Reyntjens, 2009, p. 243. <<

[17] Entrevista con Frank Werbrouck, Kinsasa, 11 de noviembre de 2008. <<

[18] Vlassenroot & Raeymaekers, 2004b. <<

[19] Prunier, 2009, pp. 325-326. <<

[20] Entrevistas con Marie Djoza, Bunia, 21 de noviembre de 2008, y Marie Pacuriema y Jacqueline Dz'ju Malosi, Bunia, 22 de noviembre de 2008. <<

[21] Human Rights Watch, 2003, p. 6. <<

[22] Entrevista con Johan Swinnen, Kinsasa, 17 de noviembre de 2007. <<

[23] Human Rights Watch, 2004, p. 5. <<

[24] Market Volume DRC, documento interno de Bralima, septiembre de 2008. <<

[25] Entrevista con Jo de Neckere, Bruselas, 23 de enero de 2010. <<

[26] De Bruijn et al., 2001. <<

[27] Giovannoni et al., 2004, pp. 102-105. <<

[28] Entrevista con Riza Labwe, Kikwit, 21 de septiembre de 2008. <<

[29] Entrevista con Justine Masika, Goma, 1 de diciembre de 2008. <<

[30] Entrevista con Dolf van den Brink, 17 de septiembre de 2008. <<

[31] Yoka, 2005, p. 60. <<

[32] Entrevista con Papy Mbwiti, Kinsasa, 16 de septiembre de 2008. <<

[33] De Boeck & Plissart, 2004, p. 41. <<

[34] «Werrason», Wikipedia [en inglés], 30 de enero de 2010. <<

[35] Entrevista con siete fans de Werrason, Kikwit, 21 de septiembre de 2008. <<

[36] «Werrason», Wikipedia [en inglés], 30 de enero de 2010. <<

[37] Entrevista con Flamme Kapaya, Kisangani, 13 y 16 de noviembre de 2008. <<

[38] Entrevista con Dolf van den Brink, 4 de octubre de 2008. <<

[39] Le Potentiel, 25 de septiembre de 2008. <<

[40] Entrevista con Beko, 28 de mayo de 2007. <<

[41] Frère, 2005, p. 124. <<

[42] Tigo Annual Report and Accounts, 2007, p. 25. <<

[43] Frère, 2009, p. 210. <<

[44] Ibid., p. 209. <<

[45] Pype, 2009a, p. 103. <<

[46] Ibid. <<

[47] Ayad, 2001. <<

[48] Pype, 2007. <<

[49] Kalulambi Pongo, 2004, p. 59. <<

[50] Pype, 2009c. <<

[51] Le Potentiel, 4 de febrero de 2006. <<

[52] Muambi, 2009, p. 96. <<

[53] Entrevista con Martin Kayembe, Kinsasa, 22 de abril de 2008. <<

[54] Le Potentiel, 31 de mayo de 2007. <<

[55] De Boeck, 2004, pp. 162-164. <<

[56] Ndaywel e Nziem, 2002. <<

[57] Entrevista con Dominique Khonde Mpolo, Kinsasa, 10 de noviembre de 2008. <<

[58] Entrevista con José Mpundu, Kinsasa, 23 de septiembre de 2008. <<

[59] Kennes, 2003, p. 298. <<

[60] Amnistía Internacional, 2006. <<

[61] Olinga, 2006. <<

[62] Reyntjens, 2009, p. 237. <<

[63] White, 2008, pp. 184, 187. <<

[64] Ibid., p. 173; Olinga, 2006. <<

[65] Entrevista con Israël Tshipamba, Kinsasa, 29 de mayo de 2007. <<

[66] Frère, 2007. <<

[67] De Villers, 2009, p. 372. <<

[68] www.deboutcongolais.info/actualite5/art_330.htm/ <<

[1] Entrevista con Pascal Rukengwa, Kinsasa, 26 de septiembre de 2008. <<

[2] Muambi, 2009, p. 78. <<

[3] De Villers, 2009, p. 366. <<

[4] Braeckman, 2009, p. 123. <<

[5] De Villers, 2009, p. 369. <<

[6] De Saint Moulin, 2009, p. 54. <<

[7] Entrevista telefónica con Pascal Rukengwa, Bruselas-Kinsasa, 9 de febrero de 2010. <<

[8] Vandaele, 2008, p. 30. <<

[9] De Valon, 2006, p. 23. <<

[10] Entrevista con Carl de Keyzer, Kinsasa, 27 de mayo de 2007. <<

[11] Braeckman, 2009, p. 132. <<

[12] International Crisis Group, 2007, p. 10. <<

[13] Human Rights Watch, 2008a, pp. 16-65. <<

[14] Soudan, 2007, p. 28. <<

[15] Quiproquo, 20 de junio de 2007. <<

[16] Entrevista con Baudouin Waterkeyn, capellán del hospital, Lubumbashi, 29 de junio de 2007. <<

[17] De Villers, 2009, p. 430. <<

[18] The Africa Report, diciembre de 2009, p. 197. <<

[19] Muzito, 2010, pp. 4-8. <<

[20] hrd.undp.org <<

[21] www.foreignpolicy.com <<

[22] www.doingbusiness.org <<

[23] www.unicef.org/infobycountry/drcongo_statistics.shtml/ <<

[24] De Villers, 2009, p. 426. <<

[25] IPIS, 2008a. <<

[26] Africa Confidential, 8 de octubre de 2009. <<

[27] Entrevista con Alain Chirwisa (Alesh), Kisangani, 16 de noviembre de 2008. <<

[28] Stiglitz, 2002, p. 18. <<

[29] Radio France International, 22 de septiembre de 2009. <<

[30] Amnistía Internacional, 2010. <<

[31] Christian Science Monitor, 14 de noviembre de 2008. <<

[32] Scott, 2008, p. 170. <<

[33] Lemarchand, 2009, p. 270. <<

[34] IPIS, 2008b. <<

[35] De Morgen, 6 de mayo de 2008. <<

[36] Human Rights Watch, 2008b. <<

[37] Entrevista con el comandante Antoine, Rwanguba, 27 de noviembre de 2008. <<

[38] Human Rights Watch, 2002b, pp. 18-20. <<

[39] Entrevista con Laurent Nkunda, Rwanguba, 27 de noviembre de 2008. <<

[40] Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 2008; Human Rights Watch, 2008b. <<

[41] Entrevista con Grâce Nirahabimana, Mugunga, 2 de diciembre de 2008. <<

[42] International Crisis Group, 2009a, 2009b. <<

[43] Hoebeke et al., 2009, p. 136. <<

[44] Berwouts, 2010. <<

[45] De Keyzer, 2009, pp. 14-15. <<

[46] Campbell, 2007. <<

[47] Braeckman, 2009, pp. 158-159. <<

[48] Raid, 2009, pp. 8-26. <<

[49] IPIS, 2009. <<

[50] Braeckman, 2010, p. 52. <<

[51] Braeckman, 2009, p. 175. <<

[52] Soudan, 2007, p. 28. <<

[53] Braeckman, 2009, p. 177. <<

[54] FMI, 11 de diciembre de 2009, comunicado de prensa 09/445. <<

[55] Minani, 2010. <<

[56] Vandaele, 2005, p. 166; www.imf.org <<

[57] Reuters, 12 de diciembre de 2009. <<

[58] Asadho, 2010. <<

[59] Stearns, 2010. <<

[60] Entrevista con Dadine Musitu, Kinsasa, 16 de septiembre de 2008. <<

[61] Entrevista con Rosemonde N., Kinsasa, 25 de septiembre de 2008. <<

[1] China Daily, 28 de octubre de 2008. <<

[2] Entrevista con Jules Bitulu, Guangzhou, 27 de octubre de 2008. <<

[3] Entrevista con Lukisu Fule, Guangzhou, 25 de octubre de 2008. <<

[4] Entrevista con Patou Lelo, Guangzhou, 26 de octubre de 2008. <<

[5] Entrevista con el comandante César y con Timothée, Guangzhou, 26 de octubre de 2008. <<